SHŌGUN

JAMES CLAVELL



Blackthorne, un marino inglés cautivo en el Japón de los shogun a principios del siglo XVII, se va adaptando al modo de vida de sus nuevos amos hasta acabar convirtiéndose en samurái al servicio del gran señor. El enfrentamiento entre dos culturas y dos maneras de ver el mundo tan alejadas como la occidental y la oriental, en la historia de un hombre que termina por reconciliarlas.



James Clavell

Shogun

Saga asiática - 3

ePub r1.7
orhi 30.07.2019

Título original: *Shogun*
James Clavell, 1975
Traducción: José Ferrer Aleu

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: Readman, barca331, alvardeflagg y jaad34
ePub base r2.1



A dos marinos, capitanes de la Royal Navy,
que amaron a sus barcos más que a sus mujeres…
tal como se esperaba de ellos.

NOTA DEL AUTOR

Quiero dar las gracias a todos aquellos —vivos y muertos— que contribuyeron, en Asia y en Europa, a hacer posible esta novela.

LOOKOUT MOUNTAIN, California

PRÓLOGO

El ventarrón lo azotaba, y él sentía su feroz mordedura en su interior y sabía que si no tocaban tierra en tres días morirían todos. «Demasiados muertos en este viaje —pensó—. Soy el capitán de una flota muerta. Sólo queda un barco de los cinco que eran, veintiocho hombres de una tripulación de ciento siete y sólo diez de ellos se sostienen hoy de pie, y los demás, entre ellos nuestro capitán general, están a punto de morir. No hay comida, apenas hay agua y la poca que queda es salobre y huele mal.»

Se llamaba John Blackthorne y estaba solo en cubierta con el vigía del bauprés —Salamón *el Mudo*—, que escrutaba el mar a sotavento.

El barco era el *Erasmus*, de doscientas sesenta toneladas. Era un buque de guerra al servicio del comercio, estaba armado con veinte cañones y era el único superviviente de la primera fuerza expedicionaria holandesa salida de Rotterdam para atacar al enemigo en el Nuevo Mundo. Los primeros barcos holandeses que descubrían los secretos del estrecho de Magallanes. Cuatrocientos noventa y seis hombres, todos voluntarios. Todos holandeses, salvo tres ingleses: dos capitanes y un oficial. Consigna: saquear las posesiones españolas y portuguesas del Nuevo Mundo, establecer concesiones comerciales permanentes, descubrir nuevas islas en el océano Pacífico que pudiesen servir de bases fijas, reclamar el territorio para los Países Bajos y volver a casa al cabo de tres años.

Hacía más de cuatro décadas que los Países Bajos, protestantes, estaban en guerra con la católica España, aunque legalmente todavía formaban parte del Imperio español. Inglaterra hacía también la guerra a España desde hacía veinte años y desde hacía diez era aliada declarada de Holanda.

«Aquí arrecia más el temporal —se dijo Blackthorne—, y hay más arrecifes y más bajíos. Un mar desconocido. Bien. Toda mi vida he luchado contra el mar y he vencido. Seguiré triunfando.»

Era el primer inglés que cruzaba el estrecho de Magallanes. Sí, el primero, y el primer capitán que surcaba aquellas aguas asiáticas, aparte de unos pocos bastardos portugueses o españoles que todavía se imaginaban ser los amos del mundo. El primer inglés en aquellos mares…

Demasiados primeros. Sí, y demasiadas muertes.

Escudriñó el océano, que seguía alborotado y gris, sin el menor indicio de tierra. Ni algas ni manchas de color indicadoras de arena. Vio la punta de otro arrecife a lo lejos, a estribor, pero esto no le dijo nada. Hacía un mes que estaban bajo la amenaza de los arrecifes, pero sin que nunca viesen tierra. «Este mar es infinito —pensó—. Bueno. Éste es mi oficio: navegar por mares desconocidos, trazar mapas y volver a casa.» ¿Cuánto tiempo hacía que había salido de casa? Un año, once meses y dos días.

Blackthorne tenía hambre y le dolían la boca y el cuerpo a causa del escorbuto. Afinó la mirada para comprobar la dirección de la brújula y se estrujó el cerebro para calcular aproximadamente la posición. Una vez anotada ésta en su libro de navegar, podría considerarse a salvo en aquel punto del océano. Y si él estaba a salvo, también lo estaría su buque, y juntos podrían encontrar a los japoneses o incluso al rey cristiano Preste Juan y su Imperio Dorado, que, según la leyenda, estaba al norte de Catay, dondequiera que Catay estuviese.

—Y con mi parte del botín, me haré de nuevo a la mar, volveré a mi país por la ruta de Occidente y seré el primer piloto inglés que habrá dado la vuelta al mundo, y nunca volveré a salir de casa. Nunca. ¡Lo juro por mi hijo!

—Vaya abajo, capitán. Yo le relevaré si me lo permite —dijo el tercer piloto, Hendrik Specz, subiendo la escalera y apoyándose pesadamente en la bitácora para mantener el equilibrio—. ¡Maldito sea el día en que salí de Holanda!

—¿Dónde está el piloto, Hendrik?

—En su litera. No puede levantarse de su scbeit voll litera. Ni lo hará… antes del Día del Juicio.

—¿Y el capitán general?

—Gimiendo y pidiendo comida y agua —repuso Hendrik escupiendo—. Yo le digo que le asaré un capón y se lo serviré en bandeja de plata, con una botella de coñac para regarlo. Scheit-buis! Coot!

—¡Calla la boca!

—Lo haré. Pero es un estúpido y todos moriremos por su culpa —gruñó el joven eructando y escupiendo una flema sanguinolenta—. ¡Dios mío, apiádate de mí!

—Vuelve abajo. Y sube al amanecer.

—Abajo huele a muerte. Prefiero relevarle si no le importa. ¿Cuál es el rumbo?

—El que nos marque el viento.

—¿Dónde está la tierra que nos prometió usted? ¿Dónde está el Japón?

—Más allá.

¡Siempre más allá! Gottimhimmel, no nos ordenaron navegar hacia lo desconocido. Ya tendríamos que estar de nuevo en casa, sanos y salvos, con la panza llena, y no persiguiendo fuegos fatuos.

—Cállate, o vuelve abajo.

Hendrik puso cara hosca y desvió la mirada de aquel hombre alto y barbudo. «¿Dónde estamos ahora? —habría querido preguntar—. ¿Por qué no puedo ver el libro secreto?» —Pero sabía que no podían preguntarse estas cosas a un capitán, y menos a éste—. «Ojalá —pensó— estuviese tan sano y vigoroso como cuando salí de Holanda. Entonces, no esperaría. Te chafaría esos ojos azules y borraría esa media sonrisa de tu cara, y te mandaría al infierno que tienes merecido. Entonces, yo sería capitán, y un holandés, no un extranjero, mandaría en el barco, y sólo nosotros sabríamos los secretos. Porque pronto estaremos en guerra con Inglaterra. Queremos lo mismo: ser amos del mar, controlar todas las rutas comerciales, dominar el Nuevo Mundo y aplastar a España.»

—Tal vez el Japón no existe —murmuró de pronto Hendrik—. Es una *Gottbewonden* leyenda.

—Existe. Entre las latitudes treinta y cuarenta Norte. Y ahora, cierra el pico y vuelve abajo.

—Abajo está la muerte, capitán.

Blackthorne rebulló en su silla. Hoy le dolía más el cuerpo. «Tienes más suerte que la mayoría —pensó—. Más suerte que Hendrik. Eres más precavido que ellos. Ellos lo consumieron todo alegremente contra tus consejos. Por esto tu escorbuto es leve mientras que los otros sufren continuas hemorragias y diarreas, y tienen los ojos irritados y lacrimosos, y se les caen los dientes.»

Sabía que todos le temían, incluso el capitán general, y que la mayoría lo odiaban. Pero esto era normal, porque él era el capitán que mandaba en el mar, el que fijaba el rumbo y gobernaba el buque.

En aquellos tiempos todos los viajes eran peligrosos, porque las pocas cartas de navegación que había eran tan vagas que podían considerarse inútiles. Y no había manera de fijar la longitud.

—Cuando pierdes de vista la tierra estás perdido muchacho —le había dicho Alaban Cardoc, su viejo maestro cuando él tenía trece años—. Estás perdido a menos que…

—¡A menos que tenga un libro de ruta! —había gritado Blackthorne, entusiasmado, sabiendo que había aprendido bien la lección.

El libro de ruta era un cuaderno que contenía las observaciones detalladas de un capitán *que había estado antes allí*. En él se consignaban las indicaciones de la brújula magnética entre los puertos y los cabos, las puntas de tierra y los canales, los sondeos y las profundidades, y el color del agua y la naturaleza del fondo del mar. Expresaba *cómo llegamos allí y cómo volvimos*, los días empleados en una singladura determinada, la clase de viento y cuándo soplaba y desde dónde, las corrientes que cabía esperar y su dirección, las épocas de tormentas y los períodos de viento favorable, dónde carenar el barco y dónde abastecerse de agua, dónde había amigos y dónde había enemigos, los bajíos, los arrecifes, las mareas, los puertos, y en el mejor de los casos todo lo necesario para un viaje seguro.

Los ingleses, los holandeses y los franceses tenían libros de ruta de sus propias aguas, pero las aguas del resto del mundo sólo habían sido surcadas por marinos de Portugal y de España y estos dos países consideraban secretos todos los libros de ruta.

Pero la bondad de estos libros dependía del capitán que los había escrito, del escribiente que los había copiado, del raro impresor que los había impreso o del erudito que los había traducido. Por consiguiente, podían contener errores. Incluso errores deliberados. Un capitán nunca podía estar seguro de ellos *hasta haber estado allí él mismo*. Al menos una vez.

En el mar, el capitán era el jefe, el único guía, el árbitro inapelable del barco y de su tripulación. Sólo él mandaba en el alcázar.

«Un vino embriagador —se dijo Blackthorne—. Una vez catado, ya no se olvida nunca, se busca siempre, es una necesidad. Es una de las cosas que le mantiene a uno con vida mientras los demás mueren.»

Se levantó y orinó en el imbornal. Al cabo de un rato se agotó la arena del reloj de la bitácora y Blackthorne se volvió y tocó la campana.

—¿Podrás permanecer despierto, Hendrik?

—Sí, sí. Creo que sí.

—Enviaré a alguien que releve al vigía de proa. Cuida que esté de cara al viento y no a sotavento. Así se mantendrá despierto y alerta.

Bajó la escalera que conducía a la cámara. Ésta ocupaba toda la anchura del barco y tenía literas y hamacas para ciento veinte hombres. Ninguno de los veinte y pico que estaban allí se movió de su litera.

—Arriba, Maetsukker —dijo, en holandés, lengua que hablaba perfectamente, además del portugués, el español y el latín.

—Me estoy muriendo —dijo el hombrecillo de duras facciones acurrucándose más en la litera—. Estoy enfermo. El escorbuto se ha llevado todos mis dientes. Si Dios no nos ayuda, pereceremos todos. A no ser por vos, estaríamos todos en casa, sanos y salvos. Yo soy un mercader, no un marinero. No formo parte de la tripulación. Elegid a otro. A Johann, por ejemplo…

Blackthorne lo arrancó de la litera y lo lanzó contra la puerta. El hombre gritó, escupió sangre y se quedó como atontado. Un puntapié brutal en el costado lo sacó de su estupor.

—Sube y no te muevas de allí hasta que te mueras o hasta que toquemos tierra.

El hombre abrió la puerta y huyó aterrorizado.

Blackthorne se volvió hacia los otros, y todos lo miraron fijamente.

—¿Cómo te encuentras, Johann?

—Bastante bien, capitán. Tal vez no moriré.

Johann Vinck tenía cuarenta y tres años, era el jefe de los artilleros y el más viejo de a bordo. Era calvo y desdentado y tenía el color y casi la fortaleza de un viejo roble. Hacía seis años que navegaba con Blackthorne en la desdichada busca del Paso del Nordeste, y los dos se conocían bien.

—A tu edad, la mayoría de los hombres están muertos. Todo esto nos llevas de ventaja. (Blackthorne tenía treinta y seis años.)

Vinck sonrió sin ganas.

—Es el coñac, capitán, y la santa vida que he llevado.

Nadie rió. Entonces, alguien señaló una litera.

—Capitán, el «bosun» ha muerto.

—¡Llevad arriba el cadáver! Lavadlo y cerradle los ojos. Tú, y tú, y tú.

Esta vez, los hombres saltaron en seguida de sus literas y entre todos sacaron medio a rastras de la cámara el cadáver.

—Toma el relevo de la aurora, Vinck. Tú, Ginsel, serás el vigía de proa.

—Sí, señor.

Blackthorne volvió a cubierta.

Vio que Hendrik seguía despierto y que el barco estaba en orden. El vigía

relevado, Salamon, pasó por su lado tambaleándose, más muerto que vivo, con los ojos hinchados y enrojecidos por el viento. Blackthorne se dirigió a la otra puerta y bajó la escalera que conducía al gran camarote de popa donde estaba el capitán general. Su propio camarote estaba a estribor y el de babor era generalmente ocupado por los tres pilotos. Ahora lo compartían Baccus van Nekk, jefe de los mercaderes, el tercer piloto Hendrik y el grumete Croocq. Todos estaban muy enfermos.

Entró en el camarote grande. El capitán general, Paulus Spillbergen, yacía medio inconsciente en su litera. Era bajito, colorado, normalmente muy gordo y ahora muy flaco. Blackthorne sacó un frasco de agua de un cajón secreto y le ayudó a beber un poco.

—Gracias —dijo débilmente Spillbergen—. ¿Dónde está la tierra…? ¿Dónde está la tierra…?

—Delante de nosotros —respondió Blackthorne, y salió.

Hacía casi exactamente un año que habían llegado a Tierra del Fuego y los vientos eran favorables para intentar el paso por el desconocido estrecho de Magallanes. Pero el capitán general había ordenado que desembarcasen para buscar oro y tesoros.

—¡Por Cristo Jesús, mirad la tierra, capitán general! No puede haber tesoros en ese erial.

—La leyenda dice que es rico en oro y podremos reclamar el terreno para la gloriosa Holanda.

—Los españoles estuvieron aquí en gran número durante cincuenta años.

—Tal vez. Pero quizá no llegaron tanto al Sur.

—Precisamente tanto al Sur se invierten las estaciones. En mayo, junio, julio y agosto es aquí pleno invierno. El libro de ruta dice que hay que calcular bien el tiempo para cruzar los estrechos… Los vientos cambian en unas semanas y tal vez tendríamos que quedarnos aquí todos los meses de invierno.

—¿Cuántas semanas, capitán?

—El libro dice ocho. Pero las estaciones varían…

—Entonces, exploraremos durante un par de semanas. Esto nos dejará tiempo sobrado y si fuese necesario podríamos volver hacia el Norte y saquear unas cuantas poblaciones más, ¿eh, caballeros?

—Tenemos que seguir adelante, capitán general. Los españoles tienen pocos barcos de guerra en el Pacífico. Aquí los hay en abundancia y nos están buscando. Tenemos que seguir.

Pero el capitán general se había salido con la suya al poner el asunto a votación entre los militares, no los marinos.

Los vientos habían cambiado pronto aquel año, y ellos habían tenido que invernar allí, pues el capitán general había tenido miedo de zarpar hacia el Norte a causa de los buques españoles. Pasaron cuatro meses antes de que pudiesen levar anclas. Entretanto, ciento cincuenta y seis hombres habían muerto de hambre y de disentería y de frío. Las terribles tormentas del Estrecho habían desperdigado la flota, y sólo el *Erasmus* llegó a Chile en el tiempo previsto. Allí habían esperado a los otros durante un mes, hasta que, acosados por los españoles, habían zarpado hacia lo desconocido. El libro de ruta secreto terminaba en Chile.

Blackthorne recorrió el pasillo, entró en su camarote y cerró la puerta por dentro. Abrió un cajón y desenvolvió la última manzana que guardaba cuidadosamente desde la isla de Santa María, frente a las costas de Chile. Cortó una cuarta parte. Había unos cuantos gusanos en su interior. Se los comió también, pues según una antigua leyenda los gusanos de las manzanas eran tan eficaces como éstas contra el escorbuto y frotando con ellos las encías evitaban que se cayeran los dientes. Después bebió un poco de agua de un pellejo. Tenía un sabor salobre.

Una rata se deslizó en la sombra proyectada por la lámpara de aceite que pendía del techo. Corrían cucarachas por el suelo.

—Estoy cansado. Muy cansado.

—¡Échate a dormir una hora! —dijo su mitad maligna—. Aunque sólo sean diez minutos… Sólo has dormido unas horas en muchos días, y la mayor parte, en cubierta.

—No, dormiré mañana —dijo en voz alta.

Y abriendo el arca, sacó su libro de ruta, cogió una pluma limpia y empezó a escribir:

21 de abril de 1600. Las cinco. 133 días desde la isla de Santa María, Chile, a 32º de latitud Norte. El mar sigue encrespado y con viento fuerte y el barco sin novedad. El mar es de un color gris verdoso opaco y sin fondo. Seguimos navegando a favor del viento en un curso de 270 grados, virando al nornoroeste, a buena velocidad, unas dos leguas,

de tres millas cada una. Avistamos unos grandes escollos en forma de triángulo, en dirección nordeste y a una distancia de media legua.

Tres hombres murieron esta noche de escorbuto: el marinero Joris, el artillero Reiss y el segundo piloto Haan. Después de encomendar sus almas a Dios, y como el capitán general sigue enfermo, los arrojé al mar sin sudario, pues no había nadie para confeccionarlos. Hoy ha muerto el «bosun» Rijckloff.

Hoy no he podido tomar la declinación del sol al mediodía, debido a las nubes, pero calculo que seguimos nuestro rumbo y que pronto llegaremos al Japón…

—Pero, ¿cuándo? —preguntó mirando la linterna que pendía sobre su cabeza y oscilaba con el vaivén del barco—. ¿Cómo hacer una carta? Debe de haber una manera. ¿Cómo establecer la longitud? Debe de haber una manera. ¿Cómo conservar frescas las verduras? ¿Qué es el escorbuto…?

—Dicen que es un flujo que viene del mar, muchacho —le había dicho Alban Caradoc, que era un hombre panzudo, de gran corazón y barba enmarañada.

—Pero, ¿no se pueden hervir las verduras y conservar el caldo?

—Se echa a perder, muchacho. Nadie ha descubierto la manera de conservarlo.

—Dicen que Francis Drake se hace pronto a la mar.

—No, no puedes ir, muchacho.

—Tengo casi catorce años. Usted dejó que Tim y Watt se enrolasen con él, y necesita aprendices.

—Ellos tienen dieciséis. Y tú, sólo trece.

—Dicen que intentará pasar por el estrecho de Magallanes y remontará la costa hacia la región inexplorada, las Californias, para encontrar los estrechos de Anian que unen el Pacífico con el Atlántico. Desde las Californias hasta Terranova por el Paso del Noroeste…

—El *supuesto* Paso del Noroeste, muchacho. Nadie ha demostrado aún que sea cierta esta leyenda.

—Él lo hará. Ahora es almirante y su buque será la primera embarcación inglesa que cruce el estrecho de Magallanes, la primera en navegar por el Pacífico, la primera… Nunca volveré a tener una oportunidad como ésta.

—¡Oh, sí la tendrás! Y él no descubrirá el camino secreto de Magallanes, a menos que pueda robar un libro de ruta o capturar un piloto portugués que le guíe. ¿Cuántas veces tengo que decirte que un marino ha de tener paciencia? Aprende a tenerla, muchacho. Te sobra tiempo para…

—¡Por favor!

—No.

—¿Por qué?

—Porque estará ausente dos o tres años, tal vez más. Los jóvenes y los débiles serán los que tendrán menos comida y beberán menos agua. Y de los cinco barcos que zarparán, sólo volverá uno. Nunca sobrevivirías, muchacho.

—Pues yo sólo me enrolaré en su barco. Soy fuerte. ¡Me aceptará!

—Escucha, muchacho, yo estuve con Drake en el *Judith*, su barco de cincuenta toneladas, en San Juan de Ulúa, cuando nosotros y el almirante Hawkins, que iba en el *Minion*, nos abrimos paso y salimos del puerto entre los malditos españoles. Habíamos estado llevando esclavos de Guinea a las tierras españolas, pero no teníamos licencia española para el comercio y ellos engañaron a Hawkins y atraparon a nuestra flota. Ellos tenían trece grandes barcos y nosotros seis. Hundimos tres de los suyos y ellos nos hundieron el *Swallow*, el *Ángel*, el *Caravelle* y el *Jesús of Lubeck*. ¡Oh, sí! Drake nos sacó de la trampa y nos llevó a casa. Con once hombres a bordo para contar la hazaña. A Hawkins le quedaron quince. De un total de cuatrocientos ocho gallardos marinos. Drake es despiadado, muchacho. Quiere gloria y oro, pero sólo para él, y son demasiados los que han muerto para demostrarlo…

«Pero yo habría sobrevivido —se decía Blackthorne—. Y mi parte en el tesoro me habría bastado para…»

—*Rotz vooruiiiiiit!* ¡Escollo al frente!

Sintió más que oyó aquel grito. Después volvió a oír el gemebundo alarido, mezclado con el viento.

Salió del camarote y subió la escalera hasta el alcázar, palpitándole el corazón, seca la garganta. Era noche cerrada y estaba lloviendo a cántaros. Sintió un alivio momentáneo porque sabía que los depósitos de lona, confeccionados hacía muchas semanas, se llenarían pronto hasta rebosar. Abrió la boca y paladeó la dulzura de la lluvia casi horizontal. Después volvió la espalda al viento.

Vio que Hendrik estaba paralizado de terror. Maetsukker, el vigía, agazapado en la proa, lanzaba gritos incoherentes y señalaba al frente. Y él miró también más allá del barco.

Los escollos estaban apenas a doscientas yardas delante del buque y eran como grandes garras negras de un mar hambriento. La línea de olas espumosas se estiraba a babor y a estribor y se rompía de un modo intermitente. El ventarrón levantaba enormes masas de espuma en la negrura de la noche. Se rompió una driza, el mástil se estremeció pero aguantó y el mar siguió empujando inexorablemente el barco hacia la muerte.

—¡Todos a cubierta! —gritó Blackthorne tocando violentamente la campana.

El ruido sacó a Hendrick de su estupor.

—¡Estamos perdidos! —gritó en holandés—. ¡Sálvanos, Señor Jesús!

—¡Haz que toda la tripulación suba a cubierta, bastardo! ¡Estabas durmiendo! ¡Los dos estabais durmiendo! —dijo Blackthorne empujándolo hacia la escalera, agarrando el timón y girando con fuerza a babor.

Tuvo que emplear toda su energía al morder el gobernalle la corriente. Todo el barco se estremeció. Entonces, la proa empezó a girar con creciente velocidad al impulso del viento y pronto estuvieron de costado a éste y al mar. La tempestad rugía y trataba de vencer el peso del barco y todas las cuerdas vibraron a su empuje. El mar se alzaba amenazador sobre ellos y el barco avanzaba paralelamente a los arrecifes cuando Blackthorne vio la enorme ola. Dio un grito para avisar a los hombres que subían la escalera y se agarró con fuerza para salvar la vida.

La ola cayó sobre el barco y éste escoró, y Blackthorne pensó que se hundían, pero la nave se enderezó y se sacudió como un perro mojado saliendo del abismo. El agua fluyó en los imbornales y Blackthorne jadeó, falto de aire. Vio que el cadáver del bosun había desaparecido de la cubierta donde lo había dejado para lanzarlo al día siguiente al agua, y que venía otra ola aún más imponente. Ésta pilló a Hendrick y lo levantó, jadeante y debatiéndose, lanzándolo por encima de la borda. Otra ola barrió la cubierta. Blackthorne sujetó uno de sus brazos en la rueda del timón, y la ola pasó. Hendrick estaba a cincuenta yardas a babor. La resaca lo arrastró y después, una ola gigantesca lo levantó sobre el barco, lo sostuvo allí un momento y, por último, lo lanzó contra una roca y se lo tragó. El barco cabeceaba tratando de avanzar. Cedió otra driza y la polea con aparejo saltó locamente y se enredó con el aparejo.

Vinck y otro hombre corrieron hasta el alcázar y se arrojaron sobre la rueda del timón para ayudar. Blackthorne vio los terribles escollos a estribor, todavía más cerca. Había más rocas al frente y a babor, pero vio algunos huecos entre ellas.

El mar llenó de espuma la cubierta y se llevó a otro hombre mientras devolvía al barco el cadáver del bosun. La proa salió del agua y se hundió una vez más.

—¡Un escollo! ¡Un escollo a proa! —chilló Vinck.

Blackthorne y el otro hombre hicieron girar la rueda a estribor. El barco vaciló, giró y chirrió al rozar las rocas su costado. Pero fue un golpe oblicuo y la punta de la roca se rompió. La madera del barco resistió y los hombres de a bordo volvieron a respirar.

Blackthorne vio un hueco entre los arrecifes a proa y dirigió la nave hacia allá. El viento había arreciado y el mar estaba aún más furioso. El barco giró impulsado por una ráfaga y la rueda del timón se escapó de las manos de los hombres. Éstos la agarraron, todos a la vez, y restablecieron el rumbo, pero la nave cabeceó y bailó como un hombre ebrio. El mar invadió la cubierta e irrumpió en el castillo de proa aplastando a un hombre contra el mamparo.

—¡Accionad las bombas! —gritó Blackthorne.

La lluvia lo azotaba y volvió a cerrar los ojos a causa del dolor. La luz de la bitácora y la de popa se habían apagado hacía rato. Entonces, otra ráfaga desvió a la nave de su curso. El marinero resbaló, y de nuevo la rueda del timón se escapó de sus manos. El hombre se derrumbó al darle una cabilla de la rueda en la cabeza y quedó tendido en el suelo a merced del mar. Blackthorne lo levantó y lo sostuvo hasta que hubo pasado la gélida oleada. Entonces vio que estaba muerto y lo dejó caer en la silla. La ola siguiente se lo llevó del alcázar.

El hueco entre los arrecifes estaba tres puntos a barlovento y por mucho que se esforzase Blackthorne no podía avanzar hacia allá. Buscó desesperadamente otro canal, pero sabía que no había ninguno. Por ello dejó un momento el barco a merced del viento para que adquiriese velocidad y entonces viró de nuevo bruscamente a barlovento. Con esto ganó un poco de distancia.

Después hubo una terrible sacudida al rozar la quilla las afiladas aristas de unas rocas sumergidas y todos los que estaban a bordo se imaginaron que el casco se abría y lo invadían las aguas. La nave avanzaba sin el menor control.

Blackthorne gritó pidiendo ayuda, pero nadie le oyó y se aferró a la rueda luchando él solo contra el mar.

En la angostura del paso, el mar se convirtió en un torbellino empujado por la tempestad y ceñido por las rocas. Enormes olas golpeaban los escollos, retrocedían y caían sobre el recién llegado, y después luchaban entre sí, atacando

desde todas las direcciones de la brújula. El barco se sumió en la vorágine, de costado e indefenso.

—¡Maldita tormenta! —rugió Blackthorne—. ¡Quita tus puercas garras de mi barco!

La rueda giró de nuevo y lo despidió y la cubierta giró vertiginosamente. El bauprés chocó con una roca y se desprendió, arrastrando una parte del aparejo y la nave se enderezó de nuevo. El palo de trinquete se dobló como un arco y se partió. Los hombres de cubierta se lanzaron sobre el cordaje para cortarlo con sus hachas mientras el barco se deslizaba por el furioso canal. Después cortaron el mástil y éste cayó de lado llevándose a uno de los hombres enredado en las cuerdas. El hombre gritó al sentirse atrapado, pero nada podían hacer por él. Únicamente pudieron ver cómo el mástil y él aparecían y desaparecían junto al barco hasta perderse de vista definitivamente.

El estrecho se ensanchó momentáneamente y el barco redujo su velocidad, pero más allá aquél se estrechaba de nuevo, amenazador, y las rocas parecían crecer y cernerse sobre ellos. La corriente rebotó sobre uno de los lados del estrecho arrastrando el barco, poniéndolo de nuevo de través y lanzándolo a su destino.

Blackthorne dejó de maldecir la tempestad, hizo girar la rueda a babor y la mantuvo con firmeza con los músculos agarrotados por el esfuerzo. Pero ni el barco ni el mar obedecían al timón.

—¡Vira de una vez, ramera del infierno! —jadeó sintiendo agotarse rápidamente sus fuerzas—. ¡Socorro!

La carrera del mar se aceleró aún más y él sintió que iba a estallarle el corazón, pero siguió luchando contra la furia del mar. El barco estaba ahora en el cuello del estrecho, abandonado a sí mismo, pero precisamente en aquel momento la quilla rozó un banco fangoso. El golpe enderezó el rumbo de la nave. El gobernalle mordió el agua. Y entonces el viento y el mar juntaron su esfuerzo y empujaron la nave hacia delante, a través del paso y hacia su salvación. Hacia la bahía que estaba más allá.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Blackthorne se despertó de pronto. De momento, pensó que estaba soñando porque estaba en tierra y en una habitación inverosímil. Era pequeña y muy limpia, cubierta de suaves esterillas. Yacía sobre una gruesa colcha y estaba cubierto con otra. El techo era de cedro pulido y las paredes estaban formadas por unos marcos de cedro entre los que se extendía un papel opaco que tamizaba agradablemente la luz. A su lado, había una bandeja escarlata con unos tazones pequeños. Uno de ellos contenía verduras cocidas y frías, que él devoró sin advertir apenas su sabor picante. Otro contenía una sopa de pescado, que engulló también. Otro estaba lleno de unas espesas gachas de trigo o de cebada, que despachó rápidamente. El agua de una cantimplora de forma antigua estaba tibia y tenía un sabor extraño, ligeramente amargo, pero delicioso al paladar.

Entonces advirtió el crucifijo en su hornacina.

«Esta casa es española o portuguesa —se dijo, alarmado—. ¿Será esto el Japón? ¿Será Catay?»

Se deslizó un panel de la pared. Una mujer de edad mediana, robusta y de cara redonda, estaba arrodillada junto a la puerta. Le hizo una reverencia y sonrió. Su piel era dorada y sus ojos negros y sesgados, y llevaba los largos cabellos negros recogidos pulcramente sobre la cabeza. Vestía una túnica de seda gris y llevaba unos calcetines cortos y blancos, de planta gruesa, y un ancho cinturón purpúreo.

—*Goshujinsama, gokibun wa ikaga desu ka?* —dijo.

Esperó mientras él la miraba sin comprender. Después repitió la pregunta.

—¿Es esto el Japón? —preguntó él—. ¿Es el Japón o Catay?

Ella lo miró, también sin entenderlo, y dijo algo que él tampoco comprendió. Entonces se dio cuenta de que estaba desnudo. Su ropa no se veía en ningún sitio. Valiéndose de señas, indicó su deseo de vestirse y después señaló los tazones. Ella comprendió que aún estaba hambriento.

Sonrió, saludó y cerró la puerta.

Él trató de recordar. «Recuerdo que eché el ancla. Con Vinck. Estábamos en una bahía, y el barco había chocado con un bajío y se había detenido. Había luces en la costa. Yo estaba de nuevo en mi camarote, y allí reinaba la oscuridad. Después, hubo también luces en la oscuridad, y voces extrañas. Yo hablé en inglés y después en portugués. Uno de los indígenas hablaba un poco el portugués. No recuerdo si le pregunté dónde estábamos. Entonces debieron traerme aquí.»

Se durmió otra vez y cuando se despertó había más comida en las tazas de loza y su ropa estaba a su lado en un limpio montón. La habían lavado y planchado y remendado con menudas y exquisitas puntadas.

Pero su cuchillo había desaparecido, y también sus llaves.

«Debo conseguir un cuchillo lo antes posible —pensó—. O una pistola.»

Miró el crucifijo. A pesar de sus temores, se sintió excitado. Toda su vida había oído contar leyendas a los pilotos y a los marineros sobre las increíbles riquezas del imperio secreto de Portugal en Oriente, donde el oro era tan barato como el hierro, y las esmeraldas, los rubíes, los diamantes y los zafiros tan abundantes como la arena de una playa.

«Tal vez es verdad —se dijo—. Pero cuanto antes esté armado y en el *Erasmus*, detrás de su cañón, tanto mejor.»

Comió, se vistió y se puso de pie, tambaleándose, sintiéndose fuera de su elemento, como siempre que estaba en tierra. No vio sus botas en ninguna parte. Se dirigió a la puerta, oscilando ligeramente, y alargó una mano para recobrar el equilibrio, pero los frágiles marcos de madera no pudieron aguantar su peso y se rompieron, rasgando el papel. Se irguió. La asombrada mujer del pasillo lo miraba fijamente.

—Lo siento —dijo, extrañamente incomodado por su torpeza—. ¿Dónde están mis botas?

La mujer lo miraba, inexpresiva. Armándose de paciencia, él repitió su pregunta con señas y la mujer corrió por el pasillo, se arrodilló, abrió otra puerta y lo llamó con un ademán. Él cruzó la puerta y se encontró en otra habitación,

también casi desnuda. Ésta daba a una galería, en la que unas escaleras conducían a un pequeño jardín rodeado de un alto muro. Junto a esta entrada principal, había dos ancianas, tres niños vestidos con túnicas escarlata y un viejo, sin duda un jardinero, con un rastrillo en la mano. Todos se inclinaron gravemente y mantuvieron bajas las cabezas.

—Buenos días —fue todo lo que se le ocurrió decirles.

Los otros permanecieron inmóviles, inclinados.

Él los miró, confuso, y correspondió torpemente a su reverencia. Entonces, se irguieron todos y le sonrieron. El viejo saludó una vez más y volvió a su trabajo en el jardín. Los niños lo miraron fijamente, rieron y echaron a correr. Las viejas desaparecieron en las profundidades de la casa. Pero él sintió que lo estaban observando.

Vio sus botas al pie de la escalera. Pero antes de que pudiese cogerlas, la mujer de edad mediana se arrodilló en el suelo y le ayudó a ponérselas.

—Gracias —dijo él. Pensó un momento y después se señaló a sí mismo—. Blackthorne —dijo pausadamente—. Blackthorne. —Después le apuntó con el dedo—. ¿Cómo te llamas?

Ella frunció el ceño y, comprendiendo de pronto, se señaló y dijo:

—*¡Onna! ¡Onna!*

—*Onna* —repitió él, sintiéndose tan orgulloso como ella—. Onna.

El jardín era distinto de todos los que había visto hasta entonces: una pequeña cascada, un riachuelo, un puente diminuto y unos senderos enarenados y piedras y flores y arbustos. Y todo muy limpio, muy pulcro…

—¡Increíble! —dijo.

—*¿Nkerriber?* —repitió ella, con solicitud.

—Nada —dijo él.

Y como no sabía qué hacer, la despidió con un gesto.

Ella, sumisa, hizo una reverencia y se marchó.

Blackthorne se sentó al sol, apoyándose en un poste. «Me pregunto dónde estarán los otros —pensó—. ¿Estará vivo el capitán general? ¿Cuántos días he dormido?»

Por encima del muro podía ver los tejados de otras casas y a lo lejos unas montañas altas. Un viento fresco barría el cielo y empujaba los cúmulos. Volaban abejas en busca del néctar en el espléndido día primaveral. Su cuerpo le pedía más sueño, pero él se levantó y se dirigió a la puerta del jardín. El

jardinero le sonrió, se inclinó y corrió a abrir la puerta, y volvió a inclinarse y a cerrarla.

El pueblo se hallaba emplazado alrededor del puerto, mirando hacia el Este. Había tal vez doscientas casas, completamente distintas de todas las que hubiera visto hasta entonces, acurrucadas al pie de la montaña que descendía hasta la costa. Más arriba, había unos campos formando terrazas y caminos de tierra en dirección norte y sur. El muelle estaba empedrado y había una rampa de piedra que se adentraba en el mar. Un puerto bueno y seguro y un malecón de piedra, y hombres y mujeres que limpiaban pescado y componían redes, y otros que construían una embarcación de singular diseño, en el lado norte. Había varias islas mar adentro, hacia el Este y hacia el Sur. Los arrecifes debían estar allí o detrás del horizonte.

En el puerto había otras embarcaciones extrañas, de pesca en su mayoría, algunas con una sola vela grande. Y el *Erasmus* estaba bien anclado, a cincuenta yardas de la orilla, en buenas aguas y amarrado con tres cables. ¿Quién lo habría hecho? Había unos botes junto al barco y pudo ver unos indígenas a bordo. Pero no vio a ninguno de sus hombres. ¿Dónde podían estar?

Miró a su alrededor y vio que muchos lo estaban observando. Cuando se dieron cuenta de que se fijaba en ellos, se inclinaron respetuosamente, y él, todavía incómodo, correspondió a su saludo. Después parecieron olvidarse de él, pero al dirigirse a la orilla sintió que muchos ojos lo observaban desde las ventanas y las puertas.

«¿Qué tienen en su aspecto que resulta tan extraño? —se preguntó—. No es sólo por sus trajes o su comportamiento. Es que… no llevan armas. ¡Ni espadas ni pistolas! ¿Por qué será?»

La callejuela estaba flanqueada de tiendas abiertas, llenas de artículos extraños. El suelo de las tiendas estaba levantado, y los compradores y los vendedores estaban arrodillados o en cuclillas en el suelo limpio. Vio que la mayoría llevaban chinelas o sandalias de junco, pero que las dejaban fuera, en la calle. Y los que iban descalzos, se limpiaban los pies y los introducían en sandalias limpias preparadas para ellos en el interior.

Entonces vio que se acercaba un tonsurado, y un estremecimiento de miedo le subió desde los testículos hasta el estómago. El sacerdote era sin duda español o portugués y, aunque su flotante vestidura era de color naranja, resultaban inconfundibles el rosario y el crucifijo que pendían de su cinto, así como la fría hostilidad de su semblante. Su ropa estaba manchada de polvo, y sus botas de

estilo europeo, llenas de barro. Contemplaba el puerto y el *Erasmus*, y Blackthorne comprendió que no dejaría de reconocerlo como holandés o inglés. El sacerdote iba acompañado de diez indígenas de cabellos y ojos negros, uno de los cuales vestía como él, aunque calzaba unas chinelas de cuero. Los otros llevaban túnicas variopintas o calzones anchos, o unos simples taparrabos. Pero ninguno de ellos iba armado.

—¿Quién es usted? —preguntó en portugués el cura, que era un hombre robusto, moreno, bien alimentado, de unos veinticinco años y provisto de una larga barba.

—Y usted, ¿quién es? —replicó Blackthorne mirándolo fijamente.

—Eres un corsario holandés. Un holandés hereje. ¡Sois unos piratas! ¡Que Dios se apiade de vosotros!

—No somos piratas. Somos pacíficos mercaderes, salvo para nuestros enemigos. Yo soy el capitán de aquel barco. ¿Quién es usted?

—El padre Sebastião. ¿Cómo llegasteis aquí? ¿Cómo?

—Nos arrastró el temporal. ¿Dónde estamos? ¿Es esto el Japón?

—Sí, el Japón —dijo el cura con impaciencia.

Se volvió a uno de sus hombres, más viejo que los otros, bajito y delgado, de fuertes brazos y manos callosas, de cabeza rapada, salvo un mechón de cabellos recogido en una fina coleta tan gris como sus cejas. Le habló con voz entrecortada, en japonés, señalando a Blackthorne. Todos ellos parecieron impresionados y uno hizo la señal de la cruz.

—Los holandeses son rebeldes, herejes, piratas. ¿Cómo os llamáis?

—¿Es esto una colonia portuguesa?

El sacerdote tenía los ojos duros y enrojecidos.

—El jefe del pueblo dice que ha informado a las autoridades. Ahora pagaréis vuestros pecados. ¿Dónde está el resto de la tripulación?

—No lo sé. A bordo. Supongo que a bordo.

El cura interrogó de nuevo al jefe, el cual respondió y señaló al otro lado del pueblo. El cura se volvió a Blackthorne.

—Aquí, los criminales son crucificados, capitán. El daimío viene ya con sus samurais. ¡Que Dios se apiade de usted!

—¿Qué es un daimío?

—Un señor feudal. El dueño de toda esta provincia. ¿Cómo llegasteis aquí?

—No reconozco vuestro acento —dijo Blackthorne tratando de minar su aplomo—, ¿sois español?

—Soy portugués —rugió el sacerdote mordiendo el anzuelo—. Ya os lo he dicho. Soy el padre Sebastião, de Portugal. ¿Dónde aprendisteis tan bien el portugués?

—Pero Portugal y España son ahora un mismo país —repuso Blackthorne con ironía—. Tenéis el mismo rey.

—Somos países separados. Somos pueblos diferentes. Lo hemos sido siempre. Nosotros tenemos nuestra bandera. Y nuestras posesiones de ultramar son distintas, sí, distintas. El rey Felipe así lo confesó cuando se apoderó de mi país.

El padre Sebastião dominó su ira haciendo un esfuerzo.

—Se apoderó de mi país por la fuerza de las armas hace veinte años. Sus soldados y aquel diabólico tirano español, el duque de Alba, aplastaron a nuestro verdadero rey. *¡Qué va*! Ahora gobierna el hijo de Felipe, pero tampoco es nuestro verdadero rey. Pero pronto volveremos a tenerlo.

Y añadió, con malignidad:

—Vos sabéis que ésta es la verdad. El diabólico Alba hizo a mi país lo mismo que hizo al vuestro.

—Esto es mentira. Alba fue una plaga para los Países Bajos, pero nunca los conquistó. Todavía son libres. Y lo serán siempre. En cambio, en Portugal, derrotó a un pequeño ejército y todo el país se rindió. No tenéis valor. Sólo lo tenéis para quemar a inocentes en nombre de Dios.

—Mi Dios os hará arder en el infierno por toda la eternidad —rugió el sacerdote—. Satanás será vencido. Los herejes seréis borrados de la faz de la tierra. ¡Estáis malditos ante Dios!

A pesar suyo, Blackthorne sintió que el terror religioso empezaba a apoderarse de él.

—Los sacerdotes no oyen como Dios ni hablan con Su voz. ¡Nos hemos liberado de vuestro yugo y seguiremos libres de él! Ahora tenemos nuestras propias escuelas, nuestros propios libros, nuestra propia Biblia, nuestra propia Iglesia. Todos los españoles sois iguales. ¡Escoria! Y todos los monjes sois iguales. ¡Adoradores de ídolos!

El sacerdote levantó el crucifijo y lo sostuvo entre él y Blackthorne como un escudo.

—¡Oh, Dios, protégenos de este mal! Yo no soy español. Soy portugués. Y no soy un monje. Soy un hermano de la Compañía de Jesús.

—¡Ah, ya! ¡Un jesuita!

—Sí. ¡Que Dios se apiade de vuestra alma!

El padre Sebastião dijo algo en japonés y los hombres se arrojaron sobre Blackthorne. Éste se apoyó en la pared y propinó un rudo golpe a uno de ellos, pero los otros se le echaron encima y sintió que se ahogaba.

—*¿Nanigoto da?*

El tumulto cesó de pronto.

El joven estaba a diez pasos de distancia. Llevaba calzones y chinelas y un quimono ligero, y dos sables envainados atados del cinturón. Uno de éstos tenía la forma de una daga. El otro era una espada para dos manos, larga y ligeramente curva. Precisamente apoyaba una mano en la empuñadura de ésta.

—*¿Nanigoto da?* —repitió con voz dura.

Y al no recibir una respuesta inmediata:

—*NANIGOTO DA?*

Los japoneses cayeron de rodillas, tocando el suelo con la frente. Sólo el sacerdote permaneció de pie. Saludó y empezó a explicarse en tono vacilante, pero el hombre le interrumpió despectivamente y señaló al jefe.

—¡Mura!

Mura, el jefe indígena, mantuvo inclinada la cabeza y habló rápidamente. Señaló varias veces a Blackthorne, una al barco y dos al sacerdote. Ahora no se veía movimiento en la calle. Todas las personas visibles estaban arrodilladas y con la cabeza baja. Cuando el hombre hubo terminado, el guerrero le interrogó con arrogancia unos momentos y recibió una rápida y respetuosa contestación. Entonces, el soldado dijo algo al jefecillo y señaló con despectivo ademán al cura y a Blackthorne y el hombre de cabellos grises lo explicó más sencillamente al cura, que enrojeció de pronto.

El soldado, que era un palmo más bajo y mucho más joven que Blackthorne y tenía el bello semblante ligeramente picado de viruela, miró fijamente al extranjero.

—*¿Onushi ittai doko kara kitamoda? ¿Doko no kuni no monada?*

El sacerdote dijo, muy nervioso:

—Kasigi Omi-san pregunta de dónde venís y cuál es vuestra nacionalidad.

—¿Es el señor Omi-san el daimío? —preguntó Blackthorne, temeroso de los sables a pesar suyo.

—No. Es un samurai. El samurai encargado del pueblo. Se apellida Kasigi y su nombre es Omi. Aquí ponen siempre el apellido. «San» significa

«honorable», y se añade a todos los nombres por cortesía. Os conviene ser cortés… y aprender modales. No toleran la descortesía.

Su voz se hizo cortante.

—¡Contestad deprisa!

—Vengo de Amsterdam y soy inglés.

El padre Sebastião inició una explicación, pero Omi lo interrumpió y soltó un chorro de palabras.

—Omi-san pregunta si sois el jefe. Sabemos que sólo han sobrevivido unos cuantos herejes y que la mayoría están enfermos. ¿No hay un capitán general?

—Yo soy el jefe —respondió Blackthorne, aunque en realidad, estando en tierra, quien mandaba era el capitán general.

Otro chorro de palabras por parte del samurai.

—Omi-san dice que ya que sois el jefe, podéis andar libremente por el pueblo hasta que venga su señor. Su señor, el daimio, decidirá vuestro destino. Hasta entonces, podréis vivir como invitado en la casa del jefe del pueblo. Pero no podéis salir fuera de éste. Vuestros tripulantes están confinados en su casa.

—¿Dónde?

El padre Sebastião señaló vagamente un grupo de casas junto a un embarcadero.

—*¿Wakarimasu ka?* —dijo Omi directamente a Blackthorne.

—Pregunta si lo habéis comprendido.

—¿Cómo se dice «sí» en japonés?

El padre Sebastião dijo al samurai:

—*Wakarimasu.*

Omi les despidió desdeñosamente con un ademán. Todos se inclinaron profundamente. Salvo un hombre que se levantó despacio, sin hacer la reverencia.

Con cegadora rapidez, el sable describió un arco sibilante, y la cabeza del hombre se desprendió de los hombros y un chorro de sangre se esparció en el suelo. Involuntariamente, el sacerdote dio un paso atrás. Nadie más movió un solo músculo. Las cabezas permanecieron bajas e inmóviles. Blackthorne estaba rígido, impresionado.

Omi puso tranquilamente un pie sobre el cadáver.

—*¡Ikinasai!* —dijo despidiendo a todos con un gesto.

Los hombres que estaban delante de él se inclinaron de nuevo hasta el suelo. Después, se levantaron y se alejaron, impasibles. La calle empezó a vaciarse. Y

también las tiendas.

El padre Sebastião miró el cadáver. Gravemente, hizo la señal de la cruz sobre él y dijo: *«In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.»* Y miró al samurai, ahora sin miedo.

—*¡Ikinasai!*

Después de un largo momento, el sacerdote dio media vuelta y se alejó. Con dignidad. Omi lo observó fijamente y después miró a Blackthorne. Éste retrocedió y cuando se encontró a una distancia segura, dobló rápidamente una esquina y desapareció.

Omi empezó a reír a carcajadas. La calle estaba ahora desierta. Cuando acabó de reír, asió el sable con ambas manos y empezó a despedazar metódicamente el cadáver, en trozos menudos.

Blackthorne estaba en una barquichuela cuyo barquero remaba dichoso en dirección al *Erasmus*. No le había costado nada conseguir el bote, y ahora podía ver hombres en el puente. Todos eran samurais. Algunos llevaban corazas de acero, pero la mayoría vestían sencillos quimonos y todos iban armados con los dos sables. Llevaban rapada la parte alta del cráneo y recogidos los cabellos de la nuca y de los lados en una coleta enroscada y sujetada sobre la coronilla. Un peinado que sólo estaba autorizado —y era obligatorio— para los samurais.

Sumamente inquieto, Blackthorne subió la escalerilla y se plantó en cubierta. Uno de los samurais, más ricamente vestido que los otros, se acercó a él y le hizo una reverencia. Blackthorne había aprendido bien la lección y le devolvió el saludo, y todos los demás le imitaron. Se dirigió a la escalera interior y se detuvo en seco. Una ancha cinta de seda roja había sido fijada sobre la puerta, así como un pequeño rótulo lleno de caracteres extraños. Vaciló, se dirigió a otra puerta y la encontró igualmente cerrada y sellada.

Alargó la mano para arrancar la cinta.

—*¡Hotté oké!* —dijo el samurai de guardia moviendo la cabeza y dejando de sonreír.

—Este barco es mío, y quiero…

Blackthorne reprimió su ansiedad mirando los sables. «Tengo que ir abajo —pensó—. Tengo que recuperar los libros de ruta, el mío y el secreto. ¡Dios mío! Si los encuentran y los dan a los curas o a las autoridades japonesas, estamos perdidos. Con esta prueba, cualquier tribunal del mundo, salvo Inglaterra y

Holanda, nos condenaría como piratas. En mi libro constan fechas, lugares y cantidad de botín conquistado, el número de muertos causados en tres desembarcos en América y uno en el África española, el número de iglesias saqueadas y las poblaciones y los barcos incendiados. En cuanto al libro de ruta portugués, sería nuestra sentencia de muerte, pues, desde luego, fue robado.»

—*¿Nan no yoda?* —dijo uno de los samurais.

—¿Habláis portugués? —preguntó Blackthorne en este idioma.

El hombre se encogió de hombros.

—*Wakarimasen*.

Otro se acercó y habló respetuosamente al jefe, el cual movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Portugeezu amigo —dijo el samurai abriendo un poco su quimono y mostrando un pequeño crucifijo que pendía de su cuello—. ¡Cristan! ¡Cristan! —Señaló a Blackthorne—. ¿Crist'an *ka*?

Blackthorne vaciló y después asintió con la cabeza.

—Cristiano.

—¿Portugeezu?

—Inglés.

El hombre habló con el jefe y ambos se encogieron de hombros.

—Mis amigos. ¿Dónde? —preguntó Blackthorne.

El samurai señaló el extremo oriental del pueblo y dijo:

—Amigos.

—Este barco es mío y quiero ir abajo —dijo Blackthorne de varias maneras y con unos ademanes que ellos comprendieron.

—*¡Ah, so desu! Kinjiru* —dijeron enfáticamente señalando el letrero.

Estaba claro que no podía ir abajo. Pensó, irritado, que Kinjiru debía significar «prohibido». Bueno, ¡al diablo con ello! Asió el tirador de la puerta y empezó a abrirla.

—*¡KINJIRU!*

Lo empujaron, haciéndole dar media vuelta y enfrentándolo con los samurais. Los dos hombres habían desenvainado a medias sus sables y esperaban inmóviles que tomase una decisión. Los demás observaban impasibles.

Blackthorne comprendió que no tenía más remedio que obedecer y se encogió de hombros. Se dirigió a la escalerilla para salir del barco, pero se detuvo en seco al ver que todos le miraban con malevolencia. Entonces les hizo

una cortés reverencia, y al punto cesó la hostilidad y todos se inclinaron a su vez y le sonrieron.

—Creo que estáis en un error, capitán —dijo Vinck—. Si podéis con esa bazofia a la que llaman comida, éste es el mejor lugar donde haya estado jamás. He tenido dos mujeres en tres días.

—Es verdad. Pero no se puede hacer nada sin comer carne y beber coñac —dijo Maetsukker—. Esos bastardos amarillos no quieren comprender que necesitamos carne y cerveza y pan. Y coñac o vino.

—Esto es lo peor. Dios mío, mi reino por un grog —dijo Baccus van Nekk, lleno de tristeza, acercándose a Blackthorne y mirándolo fijamente.

Era muy corto de vista y había perdido las gafas durante la tormenta. Era jefe de los mercaderes, tesorero y representante de la «Compañía Holandesa» de las Indias Orientales que había puesto el dinero para el viaje.

—Estamos en tierra sanos y salvos y todavía no he echado un trago. Ni una gota. ¡Terrible! ¿Habéis bebido algo, capitán?

—No.

A Blackthorne le disgustaba tener gente cerca, pero Baccus era un amigo y estaba casi ciego. Por consiguiente, no se apartó.

—No he bebido más que agua caliente con hierbas.

—No saben lo que es un grog. Sólo se puede beber agua caliente con hierbas… ¿Y si no hubiese alcohol en todo el país? ¿Queréis hacerme un gran favor, capitán? Pedid un poco de licor.

Blackthorne había encontrado la casa que les habían destinado en el extremo oriental del pueblo. Los guardias lo habían dejado pasar, pero sus hombres le habían confirmado que no podían cruzar la puerta del jardín. La casa tenía muchas habitaciones, como la suya, pero era más grande y había en ella muchos criados de todas las edades, hombres y mujeres.

Once de sus hombres seguían con vida. Los japoneses se habían llevado los muertos. Las abundantes raciones de verduras frescas habían empezado a curar el escorbuto y todos, menos dos, estaban sanando rápidamente. Vinck había sangrado a estos dos, pero sin resultado. Sin duda morirían al anochecer. El capitán general estaba en otra habitación y seguía muy enfermo.

Sonk, el cocinero, hombre bajito y robusto, dijo riendo:

—Como dice Johann, aquí se está bien, capitán, salvo por la comida y la

falta de licor. Y los indígenas son amables, con tal de que no llevemos botas dentro de casa.

—Escuchad —dijo Blackthorne—. Hay un cura en el pueblo. Un jesuita.

Y el entusiasmo de los hombres se desvaneció cuando les contó su encuentro con el sacerdote y la subsiguiente decapitación.

—¿Por qué le cortó la cabeza, capitán?

—No lo sé.

—Será mejor que volvamos a bordo. Si los papistas nos pillan en tierra…

—Estamos en manos de Dios —dijo Jan Roper, uno de los mercaderes aventureros, joven, de ojos pequeños, alta frente y nariz afilada—. Él nos librará de los siervos de Satán.

Vinck miró a Blackthorne.

—Pero, ¿y los portugueses, capitán? ¿Habéis visto alguno por ahí?

—No. No hay rastros de ellos en el pueblo.

—Pero acudirán como moscas en cuanto sepan que estamos aquí —dijo Maetsukker, y el grumete Croocq lanzó un gemido.

—Sí. Y si hay un cura, tiene que haber otros —dijo Ginsel lamiéndose los secos labios—. Y sus malditos conquistadores nunca andan lejos.

—Es verdad —dijo Vinck, inquieto—. Son como los piojos.

—Pero, ¿estamos en el Japón, capitán? —preguntó Van Nekk—. ¿Os lo dijo él?

—Sí. ¿Por qué?

Van Nekk se acercó a él y bajó la voz.

—Si aquí hay curas y algunos de los indígenas son católicos, quizás es también verdad lo otro… lo de las riquezas, el oro, la plata y las piedras preciosas. ¿Habéis visto algo, capitán? ¿Llevan oro o joyas los indígenas?

—No —repuso Blackthorne pensando un momento—. No recuerdo haber visto nada de eso. Ni collares, ni piedras, ni brazaletes. Y ahora escuchad, pues tengo que deciros algo más. Fui a bordo del *Erasmus*, pero el barco está sellado.

Les contó lo ocurrido y aumentó la ansiedad general.

—¡Jesús! Si no podemos ir a bordo y hay curas y papistas en tierra… Tenemos que salir de aquí. —La voz de Maetsukker empezó a temblar—. ¿Qué vamos a hacer, capitán? ¡Nos quemarán vivos!

Blackthorne dijo:

—En vista de cómo trató al cura el samurai Omi-san, estoy seguro de que lo odia. Buena cosa, ¿no? Lo que quisiera saber es por qué no llevaba el cura su

hábito acostumbrado. ¿Por qué esa ropa de color naranja? No lo había visto nunca.

—Es curioso —dijo Van Nekk. Blackthorne lo miró.

—Tal vez no tienen mucha fuerza aquí —dijo—. Esto nos ayudaría mucho.

—¿Qué vamos a hacer, capitán? —preguntó Ginsel.

—Tener paciencia y esperar que venga el jefe, el daimío. Él nos dejará marchar. ¿Por qué no habría de hacerlo? No les hemos perjudicado en nada. Tenemos artículos para comerciar. No somos piratas. No tenemos nada que temer.

—¿Qué ocurrirá si el daimío es papista? —preguntó Jan Roper.

Nadie le respondió. Únicamente Ginsel dijo:

—Ese hombre del sable, capitán, ¿dijisteis que había despedazado al otro después de cortarle la cabeza?

—Sí.

—¡Dios mío! ¡Son bárbaros! ¡Lunáticos! —exclamó Ginsel, un joven alto y guapo, de brazos cortos y piernas muy arqueadas, y a quien el escorbuto había dejado sin dientes—. Y cuando le hubo cortado la cabeza, ¿se marcharon los otros sin decir nada?

—Sí.

—¡Por Cristo Jesús! Un hombre desarmado, asesinado de este modo. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué lo mató?

—No lo sé, Ginsel. Pero nunca había visto tanta rapidez. Desenvainó el sable y en el acto rodó la cabeza por el suelo.

—¡Que Dios nos proteja! ¿Cuántos samurais había a bordo, capitán?

—Veintidós. Pero había más en tierra.

—La ira de Dios caerá sobre los paganos y los pecadores que arderán en el infierno por toda la eternidad —dijo Jan Roper.

—Quisiera estar seguro de esto —dijo Blackthorne sintiendo que el miedo a la venganza de Dios flotaba en el ambiente. Estaba muy cansado y tenía ganas de dormir.

—Podéis estar seguro, capitán, como lo estoy yo. Rezo para que vuestros ojos se abran a la verdad de Dios. Para que os deis cuenta de que nosotros… lo que queda de nosotros… sólo estamos aquí por vuestra culpa.

—¿Qué? —dijo Blackthorne con un tono amenazador.

—¿Por qué persuadisteis al capitán general de buscar el Japón? Esto no figuraba en nuestras órdenes. Teníamos que saquear el Nuevo Mundo, llevar la

guerra a la panza del enemigo y después volver a casa.

—Había barcos españoles al norte y al sur de donde estábamos y no podíamos huir en otra dirección. ¿Has perdido la memoria además del juicio? Teníamos que navegar hacia el Oeste. Era nuestra única oportunidad.

—Yo no vi barcos enemigos, capitán. Nadie los vio.

—Vamos, Jan —dijo Van Nekk, con voz cansada—. El capitán hizo lo que creyó mejor. Y, desde luego, allí había españoles.

—Sí, es verdad, y estábamos a mil leguas de nuestros amigos y en aguas enemigas —dijo Vinck, y escupió—. Ésta es la verdad como hay Dios. Y también lo es que pusimos el asunto a votación. Todos dijimos que sí.

—Yo, no.

—A mí, nadie me lo preguntó —dijo Sonk.

—¡Oh, por Cristo Jesús!

—Cálmate, Johann —dijo Van Nekk tratando de aliviar la tensión—. ¿Recuerdas la leyenda? Seremos ricos si conservamos la serenidad. Tenemos artículos de comercio y aquí hay oro…, tiene que haberlo. ¿Dónde podíamos vender nuestro cargamento? En el Nuevo Mundo no, porque nos perseguían los españoles. Teníamos que salir de Chile y sólo podíamos escapar por el Estrecho. Era nuestra única oportunidad. Ahora estamos en la Isla de las Especias. Ya habéis oído hablar de las riquezas del Japón y de Catay. ¿Por qué nos enrolamos? Seremos ricos, ya lo veréis.

—Somos hombres muertos, como todos los demás. Estamos en la tierra de Satán.

—¡Cierra el pico, Roper! —dijo Vinck ásperamente—. El capitán no tiene la culpa de que otros muriesen. Siempre muere gente en estos viajes.

Los ojos de Jan Roper echaban chispas y sus pupilas estaban contraídas.

—Sí, que Dios les tenga en su seno. Mi hermano era uno de ellos.

Blackthorne miró los ojos del fanático y odió a Jan Roper. Pero se peguntó en secreto si realmente había navegado hacia el Oeste para evitar los barcos enemigos o si lo había hecho para ser el primer capitán inglés que cruzara el Estrecho y navegase en aquella dirección para dar la vuelta al mundo.

—¡Cállate de una vez! —dijo con tono suave, pero autoritario.

Jan Roper lo miró fijamente, hosco y helado el semblante, pero guardó silencio.

—¿Qué haremos ahora, capitán?

—Esperar y prepararnos. Su jefe no tardará en llegar y entonces se arreglará

todo.

Vinck contemplaba el jardín y al samurai que permanecía sentado inmóvil sobre los talones, junto a la puerta.

—Fijaos en ese bastardo. Hace horas que está ahí, sin moverse, sin hablar, sin rascarse siquiera la nariz.

—No nos ha molestado, Johann. En absoluto —dijo Van Nekk.

—Está solo, capitán. Y nosotros somos diez —opinó Ginsel, en voz baja.

—Ya he pensado en esto. Pero no estamos preparados. El escorbuto tardará una semana en desaparecer —respondió Blackthorne, inquieto—, y hay demasiada gente en el barco. No quisiera enfrentarme con uno solo de ellos, sin llevar una espada o una pistola. ¿Os vigilan por la noche?

—Sí. Cambian la guardia tres o cuatro veces. ¿Ha visto alguien a algún centinela dormido? —preguntó Van Nekk.

Todos negaron con la cabeza.

—Podríamos estar a bordo esta noche —dijo Jan Roper—. Con la ayuda de Dios, venceríamos a los paganos y nos apoderaríamos del barco.

—¡Destápate los oídos! ¿No has escuchado lo que acaba de decir el capitán? —dijo Vinck escupiendo con disgusto.

—Bien dicho —terció Pieterzoon, un artillero—. ¡Deja en paz al viejo Vinck!

Los labios de Jan Roper se fruncieron aún más.

—Cuida de tu alma, Johann Vinck. Y tú de la tuya, Hans Pieterzoon. El Día del Juicio se acerca —dijo sentándose en la galería.

Van Nekk rompió el silencio:

—Todo terminará bien, ya lo veréis.

—Roper tiene razón. La codicia nos ha empujado hasta aquí —dijo el grumete Croocq—. Es un castigo de Dios.

—¡Cállate!

El muchacho dio un respingo.

—Sí, capitán. Lo siento, pero…

Maximilian Croocq era el más joven de todos, sólo tenía dieciséis años, y se había enrolado para este viaje porque su padre era capitán de uno de los barcos y todos querían hacer fortuna. Pero había visto morir de mala manera a su padre, cuando habían saqueado la ciudad española de Santa Magdalena, en la Argentina. El botín había sido bueno. Él había visto lo que era un saqueo y había participado en él, atraído por el olor de la sangre y la matanza, y se había odiado

por ello. Más tarde, había visto morir a otros amigos, y de los cinco barcos no quedaba más que uno, y ahora tenía la impresión de ser el tripulante más viejo.

—Perdón. Os pido disculpas.

—¿Cuánto tiempo hace que estamos en tierra, Baccus? —preguntó Blackthorne.

—Hoy es el tercer día —dijo Van Nekk—. No recuerdo claramente la llegada, pero cuando me desperté el barco estaba lleno de salvajes. Muy corteses y bastante amables. Nos dieron comida y agua. Se llevaron a los muertos y echaron las anclas. Cuando nos llevaron a tierra, les pedimos que os dejasen con nosotros, pero se negaron. Uno de ellos hablaba un poco el portugués. Dijo que no debíamos preocuparnos por vos, pues estaríais bien atendido. Después nos trajo aquí y dijo que tendríamos que esperar a que llegase su capitán. ¿Qué sucederá cuando llegue el daimío?

—¿Tiene alguien un cuchillo o una pistola?

—No —dijo Van Nekk rascándose distraídamente la cabeza llena de piojos —. Se llevaron nuestra ropa para lavarla y se guardaron las armas. También se guardaron mis llaves.

—Esto no debe preocuparnos. Todo está cerrado a bordo.

—No me gusta que me hayan quitado las llaves. Me pone nervioso. ¡Maldita sea! Lo que daría ahora por una copa de coñac… o por una cerveza.

—¡Jesús! El saimirí lo cortó en pedazos, ¿eh? —murmuró Sonk, como hablando consigo mismo.

—Por el amor de Dios, cierra el pico —replicó Ginsel—. Se dice samurai.

—Confío en que el cura no venga aquí —dijo Vinck.

—Estamos a salvo en las manos del Señor —intervino Van Nekk tratando de mostrarse confiado—. Cuando llegue el daimío nos soltarán. Recobraremos el barco y los cañones. Ya lo veréis. Venderemos toda la mercancía y regresaremos a Holanda, ricos y sanos, después de dar la vuelta al mundo. Los primeros holandeses que habremos dado la vuelta al mundo. Que se vayan al infierno los católicos, y se acabó la cuestión.

—No, no se acabó —dijo Vinck—. Los papistas me dan escalofríos. No puedo evitarlo. Ellos, y los conquistadores. ¿Creéis que habrá muchos por aquí, capitán?

—No lo sé. ¡Creo que sí! Ojalá tuviésemos aquí a toda nuestra flota.

—¡Pobres bastardos! —dijo Vinck—. Al menos, nosotros estamos vivos.

—Con los papistas aquí, y con todos esos paganos iracundos, no daría un

maravedí por nuestras vidas.

—¡Maldito sea el día en que partí de Holanda! —dijo Pieterzoon—. ¡Malditos sean todos los licores! Si no hubiese estado borracho como una cuba, me habría quedado en Amsterdam con mi mujer.

—Maldice todo lo que quieras, Pieterzoon, menos el licor. ¡Es la savia de la vida!

Más tarde, los servidores volvieron a traerles comida. Lo de siempre: verduras cocidas y crudas con un poco de vinagre, sopa de pescado y gachas de trigo o de cebada. Todos rechazaron los pedacitos de pescado crudo y pidieron carne y licor. Pero no los comprendieron. Cuando iba a ponerse el sol, Blackthorne se marchó. Estaba cansado de su miedo, de sus odios y de sus obscenidades. Les dijo que volvería después del amanecer.

Había mucho movimiento en las tiendas de las callejas. Encontró su propia calle y la puerta de su casa. Habían lavado las manchas del suelo y se habían llevado el cadáver. «Casi parece un sueño», pensó. La puerta del jardín se abrió antes de que la tocase.

El viejo jardinero, en taparrabo a pesar de que el viento había refrescado un poco, se inclinó, ceremonioso.

—*Konbanwa*.

—Hola —dijo Blackthorne sin pensarlo.

Subió la escalera y se detuvo al acordarse de las botas. Se las quitó y entró descalzo en la galería y en la casa. Llegó a un pasillo, pero no pudo encontrar su habitación.

—¡Onna! —gritó.

Apareció una anciana.

—*¿Hai?*

—¿Dónde está Onna?

La vieja frunció el ceño y se señaló a sí misma.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Blackthorne, irritado—. ¿Dónde está mi habitación? ¿Dónde está Onna?

Abrió otra puerta corredera. Cuatro japoneses estaban sentados en el suelo, alrededor de una mesa baja, comiendo. Reconoció a uno de ellos como el hombre de cabellos grises que era el jefe del pueblo y había estado con el cura. Todos se inclinaron.

—¡Oh, disculpen! —dijo, y cerró la puerta—. ¡Onna! —gritó.

La vieja dudó un momento y le hizo una seña. Él la siguió a otro pasillo. Ella

abrió una puerta. Reconoció su habitación por el crucifijo. Las colchas habían sido cuidadosamente preparadas.

—Gracias —dijo, aliviado—. Y ahora, busque a Onna.

La mujer se alejó. Blackthorne se sentó. Le dolía el cuerpo y la cabeza. Al menos podía haber una silla. ¿Dónde diablos las guardaban? Volvió a oírse ruido de pasos y entraron tres mujeres: la vieja, una jovencita de cara redonda y la dama de edad madura.

La vieja señaló a la niña, que parecía un poco asustada.

—Onna.

—No —dijo Blackthorne levantándose enojado y señalando a la mujer—. Ésa es Onna, ¿no? ¿Acaso te has olvidado de tu nombre? ¡Onna! Tengo hambre. ¿Puedo comer algo?

Se frotó la barriga, parodiando el ademán de un hambriento. Ellas se miraron. Entonces, la mujer de edad madura se encogió de hombros, dijo algo que hizo reír a las otras, se acercó a la cama y empezó a desnudarse.

Blackthorne se quedó pasmado.

—¿Qué estás haciendo?

—*Ishimasho* —dijo ella quitándose el cinto y abriendo el quimono. Sus pechos eran fláccidos, y su vientre, abultado.

Estaba claro que iba a meterse en la cama. Él movió la cabeza, le dijo que se vistiese y la asió de un brazo, y todas se pusieron a hablar y a gesticular. La mujer empezó a enfadarse.

Pero cesó el parloteo y todas se inclinaron al llegar el jefe silenciosamente por el pasillo.

—*¿Nanda? ¿Nanda?* —preguntó.

La vieja le explicó lo que pasaba.

—¿Quieres a esa mujer? —preguntó él, con incredulidad, en un portugués apenas comprensible.

—No, ¡claro que no! Sólo quería que Onna me trajese un poco de comida.

—*Onna* significa «mujer». ¿Tú querer Onna?

Blackthorne movió cansadamente la cabeza.

—No. No, gracias. Me equivoqué. Lo siento. ¿Cómo se llama?

—Su nombre es Haku —dijo el hombre.

—Perdona Haku-san. Creía que te llamabas *onna*.

El hombre se lo explicó a Haku, la cual no pareció nada complacida. Pero él le dijo algo más, y todas se marcharon.

—Gracias —dijo Blackthorne, furioso por su propia estupidez.

—Esta ser mi casa. Mi nombre, Mura.

—Mura-san. El mío, Blackthorne.

—¡Ah! Berr-rakk-fon…

Mura repitió varias veces el nombre, pero no consiguió pronunciarlo bien. Por fin, lo dejó correr y observó al coloso que tenía delante. Era el primer bárbaro que había visto, aparte del padre Sebastião y de los otros curas, hacía muchos años. «Pero los curas tienen el pelo y los ojos negros y son de estatura normal —pensó—. En cambio, ese hombre tiene los cabellos y la barba de oro y los ojos azules, y su piel es pálida donde está cubierta y roja donde está expuesta. ¡Asombroso! Yo pensaba que *todos* los hombres tenían cabellos negros y ojos negros. *Nosotros* los tenemos. Y los chinos los tienen, y, ¿no es China todo el mundo, salvo la tierra meridional de los bárbaros portugueses? ¡Asombroso! ¿Y por qué odia tanto el padre Sebastião a ese hombre? ¿Porque adora a Satanás? Yo no lo creo, porque el padre Sebastião podría echar al diablo si quisiera. ¡Uf! Nunca vi tan enojado al buen padre. Nunca. ¡Asombroso!»

¿Serían los ojos azules y los cabellos de oro la marca de Satanás?

Mura miró a Blackthorne y recordó que había tratado de interrogarlo a bordo y que cuando el capitán se había desmayado había decidido traerlo a su propia casa, porque era el jefe y merecía una consideración especial. Lo habían tendido sobre la colcha y lo habían desnudado, con no poca curiosidad.

Después lo habían lavado y él había continuado inconsciente. El médico consideró imprudente bañarlo antes de que se despertara.

—Debemos recordar, Mura-san, que no sabemos cuál es el verdadero estado de ese bárbaro —había dicho prudentemente—. Lo siento, pero podríamos matarlo por equivocación. Salta a la vista que ha llegado al límite de sus fuerzas. Debemos tener paciencia.

—Pero, ¿y las liendres de sus cabellos? —había preguntado Mura.

—De momento, tendrán que quedarse donde están. Tengo entendido que todos los bárbaros las tienen. Lo siento, pero te aconsejo que tengas paciencia.

—¿No crees que al menos podríamos lavarle la cabeza? —había dicho su mujer—. Tendremos mucho cuidado. Estoy segura de que la Señora bendecirá nuestros pobres esfuerzos. Será bueno para el bárbaro y para la limpieza de nuestra casa.

—De acuerdo, puedes lavarle la cabeza —había dicho su madre zanjando la cuestión.

Mura miró a Blackthorne y recordó lo que le había dicho el sacerdote de los piratas adoradores de Satán. «Que Dios Padre nos libre de todo mal —pensó—. Si hubiese sabido que era un hombre terrible, no lo habría traído a mi casa. Pero no. Tienes obligación de tratarlo como a un invitado especial, mientras Omi-san no diga lo contrario. Sin embargo, fuiste muy prudente al avisar inmediatamente al cura y a Omi-san. Muy prudente. Has protegido el pueblo y te has protegido a ti mismo y, como jefe de aquél, eres el único responsable. Sí, y Omi-san te hará responsable de la muerte de esta mañana y de la impertinencia del hombre, y con razón.»

—No seas estúpido, Tamazaki. Pones en entredicho el buen nombre del pueblo, *¿neh?* —había dicho docenas de veces a su amigo el pecador—. No seas intolerante. Omi-san no tiene más remedio que burlarse de los cristianos. Si nuestro daimío detesta a los cristianos, ¿qué puede hacer Omi-san?

—Nada, Mura-san, lo sé —le había respondido siempre Tamazaki—. Pero los budistas deberían ser más tolerantes, *¿neh?* ¿Acaso no son ambos budistas Zen?

El budismo Zen era una secta muy rígida. Predicaba la autodisciplina y la meditación para encontrar la Luz. La mayoría de los samurais pertenecían al budismo Zen porque parecía adecuado, incluso hecho exprofeso, para los orgullosos guerreros que no temían la muerte.

—Sí, el budismo enseña la tolerancia. Pero, ¿cuántas veces tengo que decirte que ellos son samurais y que estamos en Izú, no en Kiusiu, y que, aunque estuviésemos en Kiusiu, tú serías siempre el equivocado? *¿Neh?*

—Sí. Por favor, discúlpame. Sé que hago mal. Pero, a veces, siento que no puedo vivir con la vergüenza que me roe por dentro, cuando Omi-san insulta a la verdadera fe.

Y ahora, Tamazaki, estás muerto porque así lo quisiste, porque insultaste a Omi-san al no inclinarte ante él, sólo porque dijo «… ese maloliente sacerdote de la religión extranjera». Siendo así que el sacerdote huele mal y que la verdadera fe es extranjera. ¡Mi pobre amigo! Esa fe no alimentará ahora a tu familia ni borrará la mancha de mi pueblo.

¡Oh, Virgen santa, bendice a mi viejo amigo y concédele la gloria en tu Cielo!

«Omi-san me creará muchas dificultades —se dijo Mura—. Y por si esto fuera poco, ahora vendrá nuestro daimío.»

Siempre le acometía una terrible angustia cuando pensaba en su señor feudal,

Kasigi Yabú, daimío de Izú, tío de Omi, y en su crueldad y su falta de sentido del honor, que hacían que robase a todos los pueblos la parte que les correspondía en la pesca y en las cosechas.

—Cuando estalle la guerra —se preguntó Mura—, ¿por quién se inclinará Yabú, por el señor Ishido o por el señor Toranaga? Estamos atrapados entre gigantes y en las garras de los dos.

Al Norte, Toranaga, el más grande general viviente, señor de Kwanto, de las Ocho Provincias, el daimío más importante del país, general en jefe de los Ejércitos del Este, al Oeste, los dominios de Ishido, señor del castillo de Osaka, conquistador de Corea, Protector del Heredero, general en jefe de los Ejércitos del Oeste. Y hacia el Norte, el Tokaido, la Gran Carretera de la Costa que enlaza Yedo, la capital de Toranaga, con Osaka, la capital de Ishido, trescientas millas que habrán de recorrer sus legiones.

¿Quién ganará la guerra?

Ninguno de los dos.

Porque su guerra envolverá de nuevo a todo el Imperio, y se desharán las alianzas, y las provincias lucharán contra las provincias y los pueblos contra los pueblos, igual que siempre. Salvo en los últimos diez años. Pues, increíblemente, había habido, en los diez últimos años, por primera vez en la Historia, una ausencia de guerras a la que llamaban paz en todo el Imperio.

«Me empezaba a gustar la paz —pensó Mura—. Pero el hombre que hizo la paz ha muerto. El campesino soldado que se había convertido en samurai, y después en general, y después en el general más grande, y por último en el Taiko, el absoluto señor Protector del Japón, murió hace un año, y su hijo de siete años es demasiado joven para heredar el poder supremo. Lo cierto es que estamos todos atrapados y que pronto llegará la guerra. Sólo Yabú decidirá por quién tendremos que luchar.»

Mura volvió a prestar atención al bárbaro pirata que tenía delante. «Eres un diablo, enviado para fastidiarnos —pensó—. Desde que llegaste, sólo nos has causado preocupaciones. ¿Por qué no elegiste otro pueblo?»

—¿Capitán-san quiere *onna*? —preguntó, solícito.

Por indicación suya, el consejo del pueblo había tomado medidas para satisfacer las necesidades físicas de los otros bárbaros, tanto por cortesía como para tenerlos ocupados hasta que llegasen las autoridades.

—*¿Onna?* —repitió presumiendo que su ofrecimiento sería del agrado del pirata y habiendo hecho ya preparativos al respecto.

—¡No! —Lo único que quería Blackthorne era dormir. Pero como sabía que necesitaba atraerse a aquel hombre, señaló el crucifijo—. ¿Eres cristiano?

—Cristiano —dijo Mura asintiendo con la cabeza.

—Yo también soy cristiano.

El padre decir que no. No cristiano.

—Soy cristiano. No católico, pero sí cristiano.

Mura no lo entendió. Y Blackthorne no pudo hacérselo comprender, a pesar de sus esfuerzos.

—¿Quieres *onna*?

—¿Cuándo vendrá el daimío?

—Daimío viene cuando viene —dijo Mura encogiéndose de hombros—. Duerme. Pero primero lavar, por favor.

—¿Qué?

—Lavar. Baño, por favor.

—No comprendo.

Mura se acercó más a él y frunció la nariz con desagrado.

—Oler mal. Como todos portugueses. Baño. Esta casa, limpia.

—Me bañaré cuando quiera, ¡y no huelo mal! —dijo Blackthorne, enojado —. Todo el mundo sabe que los baños son peligrosos. ¿Quieres que me dé una diarrea? ¿Te imaginas que soy estúpido? ¡Lárgate de aquí y déjame dormir!

—¡Baño! —ordenó Mura, sorprendido por la furia del bárbaro y por su mala educación.

No sólo el bárbaro apestaba, sino que no se había bañado bien desde hacía tres días, que él supiera, y la cortesana se negaría a acostarse con él por muy elevado que fuese el precio. «¡Esos horribles extranjeros! —pensó—. Sus sucias costumbres causan asombro. No importa. Yo respondo de ti. Te enseñaré buenos modales.»

—¡Baño! —repitió.

—Lárgate de una vez si no quieres que te haga pedazos —gritó Blackthorne despidiéndole con un gesto brusco.

Hubo una pausa momentánea y entonces entraron los otros tres japoneses y tres de las mujeres. Mura les explicó en pocas palabras lo que pasaba y dijo a Blackthorne con un tono rotundo:

—Baño. Por favor.

—¡Fuera!

Mura avanzó solo en la estancia. Blackthorne alargó el brazo, no con

intención de pegar al hombre, sino sólo de empujarlo. De pronto, lanzó un grito de dolor. Mura le había golpeado el codo con el canto de la mano y el brazo de Blackthorne pendía momentáneamente paralizado. El capitán cargó, furioso. Pero la habitación empezó a dar vueltas y Blackthorne se encontró de bruces en el suelo. Sentía un dolor agudo en la espalda y no podía moverse.

—Por Dios que…

Trató de levantarse, pero las piernas no le obedecieron. Entonces, Mura alargó un pequeño pero acerado dedo y tocó un centro nervioso del cuello de Blackthorne. Otro dolor agudísimo.

—¡Jesús…!

—¿Baño? Por favor.

—Sí…, sí… —jadeó Blackthorne, en medio de su malestar, pasmado de haber sido dominado tan fácilmente por aquel hombrecito.

Hacía años, Mura había aprendido las artes del judo y del karate, así como a luchar con el sable y la lanza. Esto había sido cuando era guerrero y combatía por Nakamura, el campesino general, el Taiko —mucho antes de que fuese el Taiko—, cuando los campesinos podían ser samurais y los samurais podían ser campesinos, o artesanos o incluso viles mercaderes, y convertirse de nuevo en guerreros. «Es extraño —pensó Mura mientras contemplaba al gigante caído—. Lo primero que hizo el Taiko al asumir el poder fue ordenar a todos los campesinos que dejaran de ser soldados y entregaran todas las armas.» El Taiko había establecido también el inmutable sistema de castas que hoy regía en todo el Imperio. El primer lugar, los samurais, debajo de éstos, los campesinos, después, los artesanos, después, los mercaderes, seguidos de los cómicos, los parias y los bandidos, y por último, en el peldaño más bajo de la escala, los eta, los infrahumanos, que eran los enterradores, los curtidores y también los verdugos y los mutiladores públicos. Desde luego, los bárbaros no figuraban siquiera en esta escala.

—Por favor, disculpar, Capitán-san —dijo Mura inclinándose, pero avergonzado de la falta de dignidad del bárbaro, que gemía en el suelo como un niño.

«Me provocaste de un modo irracional, incluso para un bárbaro —pensó—. Sí, lo siento mucho, pero he tenido que hacerlo. Además, ha sido por tu bien. Y, en realidad, como los bárbaros no tenéis dignidad, no podéis perderla. Salvo los sacerdotes… que son distintos. Cierto que huelen horriblemente, pero están ungidos por Dios Padre y por esto tienen mucha dignidad. En cambio, tú eres

mentiroso además de pirata. ¡Y dices que eres cristiano! Desgraciadamente, esto no te servirá de nada. Nuestro daimío odia la verdadera fe y odia a los bárbaros, y si los tolera es porque no tiene más remedio. Pero tú no eres portugués ni cristiano. Por consiguiente, no estás protegido por la ley, *¿neh?* Pero, aunque seas hombre muerto, o al menos mutilado, tengo el deber de enviarte limpio a tu destino.»

—¡Baño muy bueno! —dijo.

Ayudó a los otros hombres a transportar al todavía aturdido Blackthorne a través de la casa. Después, lo sacaron al jardín, lo llevaron por un caminito cubierto del que estaba Mura muy orgulloso y lo introdujeron en la casa del baño. Las mujeres les siguieron.

Fue una de las grandes experiencias de la vida de Mura, que sabía que lo contaría una y otra vez a sus incrédulos amigos, frente a las jarras de saké caliente, que era el vino nacional del Japón. Y sus hijos lo contarían a sus hijos, y el nombre de Mura, el pescador, viviría eternamente en el pueblo de Anjiro, que estaba en la provincia de Izú, en la costa meridional de la gran isla de Honshu.

CAPÍTULO II

—El daimío, Kasigi Yabú, señor de Izú, quiere saber quién sois, de dónde venís, cómo llegasteis aquí y qué actos de piratería habéis cometido —dijo el padre Sebastião.

—Ya os he dicho mil veces que no somos piratas.

La mañana era clara y tibia y Blackthorne estaba arrodillado delante del tablado, en la plaza del pueblo. «Conserva la calma y haz funcionar el cerebro. Se están juzgando vuestras vidas. Tú eres el portavoz y debes actuar como tal. El jesuita es vuestro enemigo y el único intérprete disponible, y no hay manera de saber lo que dice, aunque puedes estar seguro de que no os ayudará…»

—Ante todo, decidle al daimío que estamos en guerra y que somos enemigos vuestros —dijo—. Decidle que Inglaterra y los Países Bajos están en guerra con España y Portugal.

—Os aconsejo que habléis con sencillez y no alteréis los hechos. Los Países Bajos son una pequeña provincia rebelde del Imperio español. Vos sois jefe de unos traidores que se han rebelado contra su legítimo rey.

—Inglaterra está en guerra y los Países Bajos se han separa…

Blackthorne se interrumpió, porque el sacerdote ya no le escuchaba y estaba traduciendo sus palabras.

El daimío estaba sobre el tablado. Bajo, rechoncho, dominador, cómodamente arrodillado y con los pies doblados debajo del cuerpo, y acompañado de cuatro lugartenientes, entre ellos Kasigi Omi, su sobrino y vasallo.

Mura estaba arrodillado sobre el polvo de la plaza. Era el único aldeano presente, y los únicos mirones eran los cincuenta samurais que habían venido con el daimío. Estaban sentados en hileras disciplinadas y mudas. Los tripulantes del barco estaban detrás de Blackthorne, arrodillados como él y vigilados de cerca. Habían tenido que traer al capitán general cuando habían ido a buscarles, a pesar de que estaba gravemente enfermo. Le habían permitido tenderse en el suelo, todavía semiconsciente. Blackthorne y todos los demás habían hecho una reverencia al llegar ante el daimío, pero esto no había bastado. Los samurais los habían obligado a arrodillarse y les habían empujado la cabeza hasta tocar el

suelo, a la manera de los campesinos. Blackthorne había tratado de resistir y le había gritado al cura que explicase que él era el jefe y un emisario de su país y que debía ser tratado como tal. Pero el palo de una lanza le había hecho rodar por el suelo. Sus hombres se dispusieron a atacar impulsivamente, pero él les gritó que se detuviesen y se hincasen de rodillas. Afortunadamente, le obedecieron. El daimío había pronunciado unas palabras guturales que el sacerdote tradujo como una invitación a decir la verdad, y de prisa. Blackthorne había pedido una silla, pero el cura le había contestado que los japoneses no usaban sillas y que no había ninguna en el Japón.

Blackthorne concentraba su atención en el sacerdote mientras éste hablaba con el daimío, tratando de encontrar un modo de salir del atolladero.

«Hay arrogancia y crueldad en la cara del daimío —pensó—. Apuesto a que es un verdadero bastardo. El japonés del cura no es fluido. El otro está irritado e impaciente. ¿Será católico el daimío? Apuesto a que no. ¡Cuidado! En todo caso, no esperes compasión. ¿Cómo puedes manejar a ese maldito bastardo? ¿Cómo desacreditar al cura? Vamos, ¡piensa!»

—El daimío dice que os deis prisa en contestar.

—Sí, claro. Lo siento. Me llamo John Blackthorne. Soy inglés, capitán de la flota holandesa. Procedemos del puerto de Amsterdam.

—¿Flota? ¿Qué flota? Estáis mintiendo. ¿Cómo puede ser un inglés capitán de un barco holandés?

—Cada cosa a su tiempo. Traducid primero lo que he dicho.

—¿Por qué sois capitán de un buque corsario holandés? ¡Deprisa!

Blackthorne decidió jugar fuerte. Su voz, bruscamente endurecida, vibró en el aire tibio de la mañana.

—*¡Qué va!* Primero, traducid lo que he dicho. *¡Español!* ¡Ahora!

El sacerdote enrojeció.

—Os he dicho que soy portugués. Contestad la pregunta.

—Estoy aquí para hablar con el daimío, no con vos. ¡Traducid lo que he dicho, escoria del diablo!

Blackthorne vio que el cura enrojecía aún más y que esto no pasaba inadvertido al daimío. «Ten prudencia —se advirtió él mismo—. No te pases de la raya, o ese bastardo amarillo te hará pedazos más deprisa que una bandada de tiburones.»

El padre Sebastião sabía que debía mantenerse imperturbable ante los insultos del pirata y su evidente plan de desacreditarlo ante el daimío. Pero, por

primera vez, se sentía desorientado. Cuando el mensajero de Mura había llevado a su misión de la provincia limítrofe la noticia de la llegada del barco, le habían sobresaltado las implicaciones del suceso. Había pensado que no podía ser holandés ni inglés. Nunca había habido un barco de herejes en el Pacífico, salvo los del archidiabólico corsario Drake, y éstos no habían llegado a Asia. Las rutas eran secretas y estaban bien guardadas. Inmediatamente, había enviado una nota por paloma mensajera a su superior de Osaka, aunque éste era joven y casi nuevo en el Japón e incapaz de solventar un caso como éste. Después, había corrido a Anjiro esperando que la noticia fuese falsa. Pero el barco era holandés y el capitán era inglés, y todo su odio por las satánicas herejías de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII y de la malvada Isabel, su hija bastarda, se había desatado. Y todavía nublaba su juicio.

—Sacerdote, traduce lo que ha dicho el pirata —dijo el daimío.

El padre Sebastião se serenó y empezó a hablar con más confianza.

Blackthorne escuchaba atentamente tratando de captar palabras y significaciones. El padre decía «Inglaterra» y «Blackthorne» y señalaba el barco anclado en la bahía.

—¿Cómo llegasteis aquí? —dijo el padre Sebastião.

—Por el estrecho de Magallanes. Hace ciento treinta y seis días que pasamos por él. Decidle al daimío…

—Mentís. El estrecho de Magallanes es secreto. Habéis venido por la ruta de África y la India. Y, en definitiva, tendréis que decir la verdad. Aquí emplean la tortura.

—El estrecho era secreto. Pero un portugués nos vendió un libro de ruta. Uno de los vuestros os vendió como Judas. Ahora, todos los barcos de guerra ingleses y holandeses conocen el camino del Pacífico. En este mismo instante, veinte grandes barcos de guerra ingleses y sesenta cañoneras están atacando Manila. Vuestro Imperio ha terminado.

—¡Estáis mintiendo!

Blackthorne pensó al mentir que la única manera de probarlo era yendo a Manila.

—*¿Ano mono wa nani o moshité oru?* —preguntó, impaciente, el daimío.

El sacerdote habló más de prisa y más fuerte, y dijo «Magallanes» y «Manila», pero Blackthorne pensó que el daimío y sus lugartenientes no parecían entender gran cosa.

Yabú se estaba cansando del juicio. Miró hacia el puerto, al barco que le

tenía obsesionado desde el momento en que había recibido el mensaje secreto de Omi y se preguntó de nuevo si sería el regalo de los dioses que esperaba.

—¿Has inspeccionado el cargamento, Omi-san? —había preguntado esta misma mañana, al llegar, lleno de barro y muy cansado.

—No, señor. Pensé que era mejor sellar el barco hasta que llegaras, pero las bodegas están llenas de cestas y de fardos. Creí obrar correctamente. Confisqué las llaves, y aquí están.

—Muy bien.

Yabú había venido de Yedo, capital de Toranaga, situada a más de cien millas de distancia, quemando etapas, furtivamente y con gran riesgo para su persona, y deseaba volver lo antes posible. El viaje había durado casi dos días.

—Iré inmediatamente al barco.

—Deberías ver a los extranjeros, señor —había dicho Omi con una carcajada —. Son algo increíble. La mayoría de ellos tienen los ojos azules como los gatos siameses y los cabellos de oro. Pero lo más interesante es que son piratas…

Omi le había hablado del cura y de lo que éste había dicho de los corsarios, y de lo que había dicho el pirata y de todo lo que había sucedido. En vista de ello, Yabú se había bañado y se había cambiado de ropa ordenando que llevaran los bárbaros a su presencia.

—Escucha, sacerdote —dijo bruscamente, casi incapaz de comprender el mal japonés del cura—. ¿Por qué está tan furioso contigo?

—Es malo. Pirata. Adorador del diablo.

Yabú se inclinó hacia Omi, que estaba a su izquierda.

—¿Entiendes lo que está diciendo, sobrino? ¿Acaso miente? ¿Qué te parece?

—No lo sé, señor. ¿Quién sabe lo que creen realmente los bárbaros? Supongo que el sacerdote *piensa* que el pirata adora al diablo. Desde luego, todo son tonterías.

Yabú se volvió al cura. Le habría gustado crucificarlo en seguida y borrar el cristianismo de sus dominios de una vez para siempre. Pero no podía hacerlo. Aunque él y los otros daimíos gozaban de todo el poder en sus dominios, estaban sometidos a la suprema autoridad del Consejo de Regencia y a los decretos promulgados por el Taiko antes de su muerte y que conservaban plena fuerza legal. Uno de éstos, promulgado hacía años, se refería a los bárbaros portugueses y ordenaba que se les protegiese y que, dentro de lo razonable, se tolerara su religión y se permitiese a sus sacerdotes predicar y convertir.

—Escucha, sacerdote. ¿Qué más te ha dicho el pirata? ¡De prisa! ¿Te has

comido la lengua?

—El pirata dice cosas malas. Malas. Sobre más barcos de guerra piratas… Muchos.

—«Barcos piratas de guerra», no tiene sentido, *¿neh?*

—Pirata dice otros barcos de guerra en Manila.

—Omi-san, ¿entiendes algo de lo que está diciendo?

—No, señor. Su acento es horrible, es casi una jerigonza. Parece que dice que hay más barcos piratas al este del Japón.

—¡Oye, sacerdote! ¿Están esos barcos piratas frente a nuestras costas? ¿Al Este? ¡Habla!

—Sí, señor. Pero creo que miente. Dice en Manila.

—No te entiendo. ¿Dónde está Manila?

—Al Este. Muchos días de viaje.

—Si algún barco pirata llega hasta aquí, le daremos una agradable bienvenida, dondequiera que esté Manila.

—Perdón, pero no entiendo…

—Lo mismo da —dijo Yabú, agotada su paciencia.

Había decidido ya que los extranjeros tenían que morir y le gustaba la perspectiva. Evidentemente, aquellos hombres no estaban comprendidos en el decreto del Taiko, que sólo se refería a los «bárbaros portugueses» y, además, eran piratas. Él había odiado siempre a los bárbaros y se sentía avergonzado, como todos los daimíos, por la fuerza que habían adquirido en el País de los Dioses. Como existía desde hacía siglos un estado de guerra entre China y el Japón, China no permitía el comercio. Pero, hacía unos sesenta años, habían llegado los bárbaros. El emperador chino de Pekín les había otorgado una pequeña base permanente en Macao y ellos se habían avenido a trocar seda por plata. Como la plata abundaba en el Japón, pronto floreció el comercio y prosperaron ambos países. Los mediadores, o sea los portugueses, se hicieron ricos, y sus sacerdotes, jesuitas en su mayoría, fueron muy pronto un elemento vital del comercio porque aprendieron a hablar el chino y el japonés. Ahora, el giro comercial era enorme e interesaba a todos los samurais, por lo que tenían que tolerar a los sacerdotes.

Además, había un número importante de daimíos cristianos y muchos cientos de miles de conversos, la mayoría de ellos en Kiusiu, la isla meridional más próxima a China y en la que se hallaba el puerto portugués de Nagasaki. «Sí —pensó Yabú—, debemos tolerar a los sacerdotes y a los portugueses, pero no a

esos bárbaros, a esos hombres inverosímiles de cabellos de oro y ojos azules.» Su excitación creció. Por fin podría satisfacer su curiosidad de ver cómo se enfrentaban los bárbaros con la muerte si se les sometía a tormento. Y tenía once hombres, once maneras distintas de matar, para hacer el experimento. Dijo:

—El barco extranjero, no portugués, pirata, queda confiscado con todo su contenido. Todos los piratas son sentenciados a…

Pero se interrumpió y se quedó boquiabierto al ver que el jefe de los piratas se arrojaba de un salto sobre el sacerdote, le arrancaba el crucifijo del cinto, lo hacía pedazos y gritaba algo con fuerza. Inmediatamente después, el pirata se arrodilló y tocó el suelo con la cabeza, rindiendo pleitesía al daimío mientras los guardias avanzaban con los sables desenvainados.

—¡Alto! ¡No lo matéis! —gritó Yabú, pasmado de que alguien pudiese tener la impertinencia de actuar con tanta brutalidad delante de él—. ¡Esos bárbaros son incomprensibles!

—Sí —dijo Omi mientras bullían mil preguntas en su mente sobre las implicaciones de semejante acción.

El sacerdote recogió con mano temblorosa la profanada madera y dijo algo al pirata, en voz baja y casi amable. Después, cerró los ojos, cruzó los dedos, y sus labios empezaron a moverse lentamente.

—Omi-san —dijo Yabú—. Primero, quiero ir al barco. Después, empezaremos.

Su voz se hizo más pastosa, al imaginarse la diversión que le esperaba.

—Quiero empezar con aquel pelirrojo del extremo de la fila, con aquel hombre pequeño.

Omi se inclinó y bajó la excitada voz.

—Discúlpeme, pero nunca había ocurrido una cosa así, señor. ¿No es el crucifijo su símbolo sagrado? ¿No se muestran siempre respetuosos con sus sacerdotes?

—Ve al grano.

—Todos detestamos a los portugueses, señor. Salvo los que se han hecho cristianos, *¿neh?* Tal vez esos bárbaros te serán más útiles vivos que muertos.

—¿Por qué?

—Porque son únicos. ¡Son anticristianos! Quizás un hombre sabio hallaría la manera de emplear su odio o su irreligiosidad en provecho nuestro. Son tuyos y puedes hacer lo que quieras con ellos. Ikawa Jikkyu es cristiano —siguió diciendo, nombrando al odiado enemigo de su tío, uno de los vasallos y aliados

de Ishido, asentado junto a la frontera occidental—. ¿No vive allí ese asqueroso sacerdote? Tal vez esos bárbaros podrían darte la llave que abra toda la provincia de Ikawa. Tal vez la de Ishido. Tal vez, incluso, la del señor Toranaga.

Yabú estudió la cara de Omi tratando de descubrir lo que había detrás. Después, miró el barco. Era indudable que le había sido enviado por los dioses. Sí. Pero, ¿era un regalo o una plaga?

—De acuerdo —dijo—. Pero, primero, enseña buenos modales a esos piratas. En particular, *a él*.

—¡Por la muerte del buen Jesús! —murmuró Vinck.

—Deberíamos rezar una oración —dijo Van Nekk.

—Acabamos de hacerlo.

Estaban apretujados en un sótano, uno de los muchos que empleaban los pescadores para guardar pescado secado al sol. Unos samurais los habían conducido a través de la plaza y los habían hecho bajar una escalera, y ahora estaban encerrados bajo tierra. Aquel agujero tenía cinco pasos de largo por cinco de ancho y cuatro de profundidad y las paredes del suelo eran de tierra. El techo estaba hecho de tablas cubiertas con un palmo y medio de tierra y con una trampilla encajada en ellas.

—¡No me pises, mono del diablo!

—¡Cierra el pico, estúpido! —dijo Pieterzoon—. Y tú, Vinck, encógete un poco, viejo desdentado. Tienes más sitio que los demás.

—Es el capitán general. Tiene todo el espacio. Dadle un empujón. Despertadlo —dijo Maetsukker.

—¿Eh? ¿Qué pasa? Dejadme en paz. Estoy enfermo. Tengo que estar echado. ¿Dónde estamos?

—Vamos, Maetsukker, levántate, por el amor de Dios —dijo Vinck tirando de Maetsukker y sujetándolo contra la pared.

Maetsukker perdió la paciencia y dio un puñetazo en la barriga a Vinck.

—¡Déjame en paz o te mataré, bastardo!

Vinck se arrojó contra él, pero Blackthorne los agarró a los dos y les golpeó la cabeza contra la pared.

—Callaos todos —dijo en voz baja y todos le obedecieron—. Tenemos que hacer turnos. Unos echados, otros sentados y otros de pie. Spillbergen estará echado hasta que se encuentre mejor. Aquel rincón será la letrina.

Los repartió, y cuando hubieron formado los turnos el sitio fue más tolerable.

«Tenemos que salir de aquí antes de un día, o nos debilitaremos demasiado —pensó Blackthorne—. Cuando pongan la escalera para traernos comida o agua. Tendrá que ser esta noche o mañana por la noche. ¿Por qué nos han traído aquí? No somos un peligro para ellos. Y podemos ayudar al daimío. ¿Lo comprenderá? Era la única manera de demostrarle que somos enemigos del cura. Éste sí que lo comprendió.»

—Tal vez Dios perdonará tu sacrilegio —le había dicho en voz baja el padre Sebastião—. Pero yo no descansaré hasta que tú y tu malignidad hayáis sido borrados de la faz de la tierra.

Gotas de sudor resbalaban por sus mejillas y por su mentón. Las enjugó distraídamente, aguzando los oídos como cuando estaba a bordo, durmiendo o vigilando, lo suficiente para oír el peligro antes de que se manifestara.

«Tenemos que salir de aquí y apoderarnos del barco. Me pregunto lo que estará haciendo Felicity. Y los niños. Veamos. Tudor tiene ahora siete años, y Lisbeth… Estamos a un año, once meses y seis días de Amsterdam, a los que hay que sumar los treinta y siete días que tardamos en abastecernos e ir desde Chatham hasta allí y, por último, los once días que pasaron desde que nació hasta que embarcamos en Chatham. Ésta es exactamente su edad…, si todo anda bien. Todo debe andar bien, Felicity estará cocinando y cuidando a los niños y haciendo la limpieza y charlando, mientras los chicos crecen, tan fuertes e intrépidos como su madre. Me gustaría estar en casa, pasear juntos por la playa y por los bosques y los prados de la bella Inglaterra.»

Con los años, Blackthorne se había acostumbrado a pensar en ellos como en los personajes de una comedia, una gente a la que se amaba y por la que se sufría sin que la comedia acabara nunca. De otro modo, la ausencia pesaría demasiado. Casi podía contar los días que había estado en casa en once años de matrimonio. Eran pocos, demasiado pocos. «Es una vida muy dura para una mujer», había dicho antaño. Y ella le había respondido: «Cualquier vida es dura para una mujer.» Ella tenía entonces diecisiete años, y era alta y sus cabellos eran largos y sedosos…

Sus oídos le dijeron que debía estar alerta.

Los hombres estaban sentados o recostados o tratando de dormir. Van Nekk estaba mirando al espacio como los demás. Spillbergen estaba medio despierto, y Blackthorne pensó que aquel hombre era más vigoroso de lo que parecía.

Se hizo un súbito silencio al oír unos pasos sobre sus cabezas. Los pasos se

detuvieron. Voces sofocadas, en aquella lengua áspera y extraña. Blackthorne creyó reconocer la voz del samurai… ¿Omi-san? Sí, así se llamaba. Al cabo de un momento, cesaron las voces y los pasos se alejaron.

—¿Creéis que nos darán de comer, capitán? —dijo Sonk.

—Sí.

—No me vendría mal un trago. ¡Cerveza fresca, Dios mío! —gimió Pieterzoon.

—Cállate —dijo Vinck—. Me haces sudar.

Blackthorne sintió su camisa mojada. Y el mal olor. Pensó que le vendría bien un baño y sonrió de pronto, recordando.

Mura y los otros lo habían llevado aquel día a la cálida habitación y lo habían tendido en un banco de piedra cuando aún tenía embotados los miembros. Las tres mujeres, dirigidas por la arrugada vieja habían empezado a desnudarle. Él había tratado de impedírselo, pero cada vez que se movía uno de los hombres le golpeaba un nervio y lo dejaba impotente, y aunque gritaba y maldecía, siguieron quitándole la ropa hasta dejarlo desnudo. No era que se avergonzase de aparecer desnudo delante de unas mujeres, sino que él se desnudaba siempre en privado, según la costumbre. No le gustaba que lo desnudara nadie, y menos aquellas salvajes indígenas. Pero, que lo hiciesen en público, y que lo lavaran como a un recién nacido, con agua caliente, jabonosa y perfumada, mientras charlaban y sonreían tranquilamente, era demasiado. Pero después lo había tomado a broma y se había echado a reír y los otros se habían sorprendido de momento, pero habían acabado riéndose con él. Después lo habían sumergido delicadamente en un agua perfumada y tan caliente que al principio no pudo aguantarla, y lo habían sacado jadeando y tendido de nuevo en el banco. Las mujeres lo habían secado, y entonces había entrado un ciego. Blackthorne no sabía lo que era el masaje. Al principio, había tratado de rechazar aquellos dedos inquietos, pero después su magia lo había seducido y a punto estuvo de ronronear como los gatos cuando los dedos descubrieron los nudos e hicieron fluir la sangre o el elixir que corría por debajo de la piel, de los músculos y de los tendones.

Después lo habían llevado a la cama, extrañamente débil, medio adormilado, y la niña estaba allí. Él no le había preguntado su nombre, y por la mañana, cuando Mura, inquieto y muy asustado, lo había despertado, ella se había marchado ya.

Blackthorne suspiró y pensó que la vida era maravillosa.

En el sótano, Spillbergen volvía a mostrarse belicoso. Maetsukker se acariciaba la cabeza y gemía, no de dolor, sino de miedo. El grumete Croocq estaba a punto de perder el juicio, y Jan Roper dijo:

—¿Hay algo para sonreír, capitán?

—¡Vete al infierno!

—Con el debido respeto, capitán —dijo Van Nekk, cuidadosamente, pero haciéndose eco de lo que pensaban todos—, fue muy imprudente atacar al sacerdote en presencia del maldito bastardo amarillo.

Y todos convinieron respetuosamente que había sido una imprudencia.

—Si no lo hubieseis hecho, no nos encontraríamos metidos en este lío.

—Todo lo que hay que hacer —dijo Van Nekk sin acercarse a Blackthorne— es tocar el suelo con la frente, cuando el señor bastardo anda por ahí. Entonces se vuelven mansos como corderos.

Blackthorne no respondió. Aumentó la tensión.

—Sí, fue peligroso, capitán —dijo Spillbergen—. Pasadme un poco de agua… Ahora, los jesuitas no nos dejarán en paz.

—Tendríais que haberle retorcido el cuello, capitán —dijo Jan Roper—. Los jesuitas no nos dejarán en paz en ningún caso. Son unos piojosos y nosotros estamos en este sucio agujero por castigo de Dios.

—Tonterías, Roper —dijo Spillbergen—. Estamos aquí por…

—¡Es un castigo de Dios! Teníamos que haber quemado todas las iglesias de Santa Magdalena y no solamente dos.

Spillbergen dio un débil manotazo a una mosca.

—Las tropas españolas se estaban reagrupando y estábamos en una proporción de uno a quince… Dadme un poco de agua… Saqueamos la ciudad, nos apoderamos del botín y los pusimos de narices en el polvo. Si nos hubiésemos quedado, nos habrían matado… Por el amor de Dios, que alguien me dé un poco de agua… Todos estaríamos muertos, si no nos hubiésemos retirado.

—¿Qué importa esto cuando se trata de la obra de Dios? Lo traicionamos.

—Tal vez estamos aquí para trabajar por Dios —dijo Van Nekk con un tono apaciguador, pues Roper era un hombre bueno, aunque fanático y un mercader listo, hijo de su socio—. Tal vez podremos demostrar a los indígenas que están en un error al seguir a los papistas. Tal vez podremos convertirlos a la verdadera fe.

—Está bien —dijo Spillbergen que aún se sentía débil, pero que estaba

recobrando sus fuerzas—. Creo que habríais debido consultar a Baccus, capitán. Él sabe parlamentar con los salvajes. Pasadme el agua.

—No hay agua, Paulus —contestó Van Nekk, cada vez más desolado—. No nos han dado agua ni comida. Ni siquiera tenemos un orinal.

—¡Pues pedidlo! Y un poco de agua. ¡Qué sed tengo, Dios mío! ¡Pedid agua! ¡Tú!

—¿Yo? —exclamó Vinck.

—Sí, tú.

Vinck miró a Blackthorne, pero éste sólo dirigió una mirada distraída a la trampilla. En vista de ello, Vinck se situó debajo de la abertura y gritó.

—¡Eh, los de arriba! ¡Dadnos agua! ¡Queremos comida y agua!

No hubo respuesta. Volvió a gritar. Nada. Gradualmente, se fueron sumando todos al griterío. Todos, menos Blackthorne.

Por fin se abrió la trampilla. Omi les miró desde arriba. Mura estaba junto a él. Y el sacerdote.

—¡Agua! ¡Y comida, por el amor de Dios! ¡Sacadnos de aquí!

Y todos se pusieron a gritar otra vez.

Omi hizo una seña a Mura, que asintió con la cabeza y se alejó. Al cabo de un momento, Mura volvió con otro pescador llevando entre los dos un gran barril. Vaciaron su contenido, restos podridos de pescado y agua de mar, sobre las cabezas de los prisioneros.

Los hombres de la hoya se apartaron tratando de librarse de aquella lluvia, pero no todos lo consiguieron. Spillbergen jadeaba, a punto de ahogarse. Algunos resbalaron y fueron pisoteados por los otros. Blackthorne no se había movido del rincón. Miró fijamente a Omi. ¡Cómo lo odiaba!

Entonces, Omi empezó a hablar, y el cura tradujo nerviosamente sus palabras:

—Éstas son las órdenes de Kasigi Omi. Os comportaréis correctamente. Si volvéis a armar ruido, se verterán cinco barriles en este agujero. Diez, veinte. Se os dará comida y agua dos veces al día. Cuando aprendáis a portaros bien, volveréis al mundo de los hombres. El señor Yabú os perdona magnánimamente la vida si le servís con lealtad. A todos, menos a uno. Uno tiene que morir al atardecer. Vosotros lo escogeréis. Pero vos —señalando a Blackthorne—, no podéis ser el elegido.

Dicho esto respiró profundamente, hizo una media reverencia al samurai y se apartó.

La trampilla se cerró de golpe.

CAPÍTULO III

Yabú hallábase en su baño caliente, más satisfecho y confiado de lo que se había sentido en su vida. El barco había revelado su riqueza y esta riqueza le daba un poder que nunca había soñado.

—Quiero que todo sea desembarcado mañana —había dicho—. Volved a guardar los mosquetes en sus cajas. Disimuladlo todo con redes o sacos.

Quinientos mosquetes, pensó entusiasmado. Con más pólvora y proyectiles que los que tenía Toranaga en las Ocho Provincias. Y veinte cañones, cinco mil balas de cañón y abundancia de pertrechos. Todo de la mejor calidad europea.

—Tú, Mura, reclutarás los porteadores. Igurashi-san, quiero que todo ese armamento, incluidos los cañones, sea transportado en secreto a mi castillo de Mishima. Tú serás el responsable.

Cuando los portugueses habían descubierto el Japón, en 1542, habían introducido allí los mosquetes y la pólvora. Al cabo de dieciocho meses, los japoneses ya los fabricaban. Su calidad era muy inferior a la de sus equivalentes europeos, pero esto importaba poco porque las armas de fuego eran consideradas únicamente como una novedad y durante mucho tiempo fueron utilizadas solamente para la caza. También, y muy importante, la guerra era casi ritual en el Japón. Se combatía mano a mano, individualmente, y el sable era el arma más digna. El uso de las armas de fuego se consideraba deshonroso y absolutamente contrario al código del samurai, el *bushido*, el Camino del Guerrero, que obligaba a los samurais a luchar, vivir y morir con honor.

Desde hacía años, Yabú tenía una teoría secreta. «Al fin —pensó entusiasmado— podré desarrollarla y ponerla en práctica.» Quinientos samurais armados con mosquetes, pero *formados como una unidad*, servirían de punta de lanza a sus veinte mil soldados convencionales, apoyados por veinte cañones manejados por hombres especiales, también adiestrados *como una unidad*. ¡Una nueva estrategia para una nueva era! En la próxima guerra, los cañones serían decisivos.

—¿Y el *bushido*? —le preguntaban las sombras de sus antepasados.

—¿Y el *bushido*? —les replicaba él.

Y nunca le respondían.

Jamás, en sus sueños más exaltados, había creído posible que llegase a tener quinientos mosquetes. Y ahora los tenía de balde y sólo él sabía cómo emplearlos. Pero, ¿por qué bando se inclinaría? ¿Por Toranaga o por Ishido? ¿O le convenía más esperar… y ser en definitiva el triunfador?

—Igurashi-san, viajarás de noche y con absoluta reserva.

—Sí, señor.

—Esto debe permanecer secreto, Mura, si no quieres que el pueblo sea arrasado.

—No diremos nada, señor. Respondo de mi pueblo. Pero no del viaje ni de los otros pueblos. ¿Cómo saber dónde hay espías?

Después, Yabú había registrado la cámara fuerte. Contenía el presunto botín de los piratas: bandejas, copas, candelabros y ornamentos de oro y de plata y algunas pinturas religiosas en ricos marcos. En una arca, había vestidos de mujer minuciosamente bordados con hilo de oro y piedras de colores.

—Haré fundir la plata y el oro en lingotes y los depositaré en el tesoro —había dicho Zukimoto, hombre pulcro y pedante, cuarentón, y que no era samurai.

Había sido sacerdote budista, pero su monasterio había sido arrasado por el Taiko. Zukimoto se había librado de la muerte gracias al soborno y se había convertido en buhonero y después en un pequeño mercader de arroz. Diez años atrás, había entrado al servicio de Yabú y ahora le era indispensable.

—En cuanto a las ropas, tal vez el hilo de oro y las gemas tengan valor —siguió diciendo—. Con tu permiso, lo enviaré a Nagasaki con todo lo demás que se pueda aprovechar. El puerto de Nagasaki, en la costa sur de la isla meridional de Kiusiu es el depósito legal y centro comercial de los portugueses. Los bárbaros pueden pagar bien estas chucherías. Y aquí hay algo más que te gustará, señor.

Zukimoto había abierto el cofre fuerte, que contenía veinte mil monedas de plata. Doblones españoles de la mejor calidad.

Tres días antes Yabú estaba en Yedo, capital de Toranaga. El mensaje de Omi había llegado al anochecer. Evidentemente, había que registrar inmediatamente el barco, pero Toranaga estaba todavía en Osaka para una confrontación definitiva con el señor general Ishido y había dicho a Yabú y a todos los daimíos vecinos y amigos que esperasen su regreso. Esta indicación no podía ser rechazada sin exponerse a los peores resultados. En realidad, ellos y sus familias eran rehenes que garantizaban el regreso de Toranaga, sano y salvo, de la

inexpugnable fortaleza enemiga de Osaka, donde se celebraba la reunión. Toranaga era presidente del Consejo de Regencia. Había cinco regentes, todos eminentes daimíos, pero sólo Toranaga e Ishido tenían verdadero poder.

Yabú había sopesado cuidadosamente las razones para ir a Anjiro, los peligros inherentes y las ventajas de quedarse. Después había llamado a su esposa y a su consorte favorita. Una consorte era una amante oficial y legal. Un hombre podía tener todas las consortes que quisiera, pero sólo una esposa.

—Mi sobrino Omi acaba de enviarme un mensaje secreto según el cual un barco bárbaro ha llegado a Anjiro.

—¿Uno de los Barcos Negros? —había preguntado su esposa, muy excitada.

Eran éstos unos barcos comerciales enormes e increíblemente ricos que, anualmente y en la época del monzón, navegaban entre Nagasaki y la colonia portuguesa de Macao, situada a casi mil millas al Sur, en la China continental.

—No, pero puede llevar riquezas. Partiré inmediatamente. Diréis que he caído enfermo y que no se me puede molestar en absoluto. Estaré de regreso dentro de cinco días.

—Esto es terriblemente peligroso —le advirtió su esposa—. Alguien puede sospechar la verdad, pues hay espías en todas partes. Si Toranaga vuelve y se entera de que te has marchado, tu ausencia puede ser mal interpretada. Y tus enemigos influirán para que se vuelva contra ti.

—Sí —dijo la consorte—. Tu esposa tiene razón. El señor Toranaga nunca creería que lo has desobedecido sólo para registrar un barco bárbaro. Por favor, envía a otro.

—Pero éste no es un buque bárbaro corriente. No es portugués. Omi dice que es de otro país. Sus hombres hablan otra lengua entre ellos, y tienen *los ojos azules* y los *cabellos de oro*.

—Omi-san se ha vuelto loco. O ha bebido demasiado saké —dijo su esposa.

—Es un asunto demasiado importante para tomarlo a broma.

Su esposa se había inclinado pidiendo disculpas y había dicho que él tenía razón al reprenderla, pero que no había hablado en broma. Era una mujer menuda y delgada, diez años mayor que él y que le había dado ocho hijos en ocho años, hasta que su vientre se había secado. De estos hijos, cinco habían sido varones. Tres se habían hecho guerreros y habían muerto valientemente en la guerra contra China. Otro era sacerdote budista, y el último, que tenía diecinueve años, era despreciado por su padre.

La esposa, Yuriko, era la única mujer a quien él temía y respetaba.

Gobernaba la casa con un látigo de seda.

—Discúlpame una vez más —dijo—. ¿Examinó Omi-san el cargamento?

—No, no lo examinó, Yuriko-san. Dice que lo selló inmediatamente, precisamente por tratarse de algo tan raro. También dice que es un barco de guerra. Con veinte cañones en cubierta.

—Entonces, alguien tiene que ir en seguida.

—Iré yo mismo.

—Piénsalo bien, por favor. Envía a Mizuno. Tu hermano es astuto y prudente. Te suplico que no vayas.

—Mizuno es débil y no merece confianza.

—Entonces, ordénale que se haga el harakiri y acaba con él de una vez —dijo ella, con voz dura.

—Más adelante, no ahora —replicó Yabú.

—Pues envía a Zukimoto. En él sí puedes confiar.

—Si Toranaga no hubiese ordenado que todas las esposas y consortes permaneciesen también aquí, te enviaría a ti. Pero sería demasiado arriesgado. Tengo que ir yo. No hay más remedio.

—Las órdenes de Toranaga fueron muy claras, señor. Si vuelve y descubre que…

—Sí. *Si* vuelve, señora. Todavía creo que se metió en una trampa. Ishido tiene ochenta mil samurais dentro y alrededor del castillo de Osaka. Fue una locura presentarse allí con sólo unos centenares de hombres. Si yo fuese Ishido y lo tuviera en mis manos lo mataría inmediatamente.

—Sí —repuso Yuriko—. Pero la madre del Heredero está también como rehén en Yedo hasta el regreso de Toranaga. El general Ishido no se atreverá a tocar a Toranaga hasta que ella esté sana y salva en Osaka.

—Yo lo mataría. Poco importa que Ochiba, la señora, viva o muera. El Heredero está a salvo en Osaka. Con Toranaga muerto, la sucesión es segura. Toranaga es la única amenaza real para el Heredero, el único que puede valerse del Consejo de Regencia para usurpar el poder de Taiko y matar al niño.

—Perdona, señor, pero tal vez el general Ishido pueda atraerse a los otros regentes y acusar a Toranaga, lo cual significaría el fin de éste, *¿neh?*

—Sí, señora. Si Ishido pudiera hacerlo lo haría, pero no creo que pueda, como tampoco puede Toranaga. El Taiko eligió sabiamente los cinco regentes. Se desprecian tanto los unos a los otros que es casi imposible que se pongan de acuerdo en algo. Nada puede realmente cambiar hasta que herede Yaemón.

—Pero un día, señor, cuatro regentes pueden juntarse contra uno, por envidia, miedo o ambición, *¿neh?* Los cuatro pueden retorcer las órdenes del Taiko lo bastante para ir a la guerra, *¿neh?*

—Sí, pero será una guerra pequeña, y el *uno* será siempre derrotado y sus tierras repartidas entre los vencedores, los cuales tendrán que nombrar el quinto regente, y con el tiempo volverán a ser cuatro contra uno, y el *uno* será derrotado y perderá sus tierras…, tal como lo planeó el Taiko. El único problema está en saber quién será el uno esta vez: Ishido o Toranaga.

—Será Toranaga quien se quede solo.

—Los otros lo temen demasiado, porque todos *saben* que, en secreto, quiere ser Shogun, por mucho que diga lo contrario.

Shogun era el rango supremo que podía alcanzar un mortal en el Japón. Shogun significaba Dictador Militar Supremo. Sólo un daimío podía ser Shogun en un momento dado, y sólo Su Alteza Imperial el Emperador reinante, el Hijo Divino del Cielo, que vivía recluido con la Familia Imperial en Kioto, podía otorgar aquel título.

El nombramiento de Shogun representaba el poder absoluto, el sello y el mandato del Emperador. El Shogun gobernaba en nombre del Emperador. Por consiguiente, cualquier daimío que se rebelase contra el Shogun lo hacía automáticamente contra el Trono, era puesto fuera de la ley y se confiscaban sus tierras.

El Emperador reinante era adorado como una divinidad porque descendía en línea directa de la diosa Sol, Amaterasu Omikami, hija de los dioses Ezanagi e Izanami que habían formado las islas del Japón del firmamento. Por derecho divino, el Emperador reinante poseía todas las tierras y gobernaba y era obedecido sin discusión. Pero en la práctica, hace más de seis siglos que el poder real se ejercía detrás del trono.

Tres siglos antes había habido un cisma cuando dos de las tres grandes familias rivales de samurais, los Minowara, los Fujimoto y los Takashima, habían apoyado a dos pretendientes rivales al trono sumiendo al país en una guerra civil. Después de sesenta años, los Minowara triunfaron de los Takashima, y los Fujimoto, que habían permanecido neutrales, dieron tiempo al tiempo.

A partir de entonces, los shogunes Minowara dominaron en el reino, decretaron hereditario el shogunado y empezaron a casar algunas de sus hijas con miembros de la familia imperial. El Emperador y toda la Corte imperial

permanecían completamente aislados en palacios y jardines amurallados del pequeño enclave de Kioto, casi siempre en la penuria, y limitando sus actividades a la observación de los ritos del Shinto, la antigua religión animista del Japón, y a menesteres intelectuales tales como la caligrafía, la pintura, la filosofía y la poesía.

Con el tiempo, los shogunes Minowara perdieron su poder en provecho de los otros, de los descendientes de los Takashima o de los Fujimoto. Y mientras las guerras civiles proseguían a lo largo de los siglos, el Emperador dependía cada vez más del daimío que era lo bastante fuerte para conseguir el dominio físico de Kioto. En cuanto el nuevo conquistador de Kioto había asesinado al Shogun en el poder y a sus descendientes, juraba fidelidad al trono y suplicaba humildemente al impotente Emperador que le otorgase el cargo vacante del Shogun. Después, igual que sus predecesores, trataba de extender su régimen más allá de Kioto, hasta que era, a su vez, destruido por otro. Los emperadores se casaban, abdicaban o subían al trono, según los antojos del shogunado. Pero la estirpe del Emperador reinante permanecía siempre inviolada e ininterrumpida.

El Shogun era todopoderoso. Hasta que era derribado.

En los últimos cien años, ningún daimío individual había tenido poder bastante para convertirse en Shogun. Hacía doce años, el campesino general Nakamura había tenido el poder y había conseguido el mandato del emperador Go-Nijo. Pero no había alcanzado el rango de Shogun, por mucho que lo deseara porque había nacido campesino. Había tenido que contentarse con el título civil mucho menos importante de Kwampaku, Primer Consejero, y más tarde, cuando cedió este título a su hijo pequeño, Yaemón, aun conservando todo el poder como era habitual, con el de Taiko. Por costumbre histórica, sólo los descendientes de las antiguas y semidivinas familias de los Minowara, los Takashima y los Fujimoto tenían derecho al rango de Shogun.

Toranaga era descendiente de los Minowara. La estirpe de Yabú se remontaba a una rama vaga y menor de los Takashima, pero esto le bastaría si un día llegaba al poder supremo.

—Bueno, señora —dijo Yabú—, es cierto que Toranaga quiere ser Shogun, pero nunca lo conseguirá. Los otros regentes lo desprecian y lo temen. ¿Crees que perderá ante Ishido?

—Se quedará aislado, sí. Pero en definitiva no creo que pierda, señor. Te suplico que no desobedezcas a Toranaga y que no te marches de Yedo para ver el

barco bárbaro por muy raro que lo considere Omi-san. Por favor, envía a Zukimoto a Anjiro.

—¿Y si hay oro o plata en el barco? ¿Se lo confiarías a Zukimoto o a cualquiera de nuestros oficiales?

—No —había dicho su esposa.

Aquella noche había salido en secreto de Yedo con sólo cincuenta hombres, y ahora era más rico y poderoso de lo que nunca había soñado y tenía unos cautivos singulares, uno de los cuales moriría aquella misma noche. Y el día siguiente, al amanecer, partiría hacia Yedo. Y al anochecer, las armas y las monedas emprenderían su viaje secreto.

«¡Las armas! —pensó entusiasmado—. Estas armas y mi plan me darán el poder necesario para hacer que venza Ishido o Toranaga…, el que yo prefiera. Después, seré regente en substitución del perdedor. Y después, el regente más poderoso. ¿Por qué no Shogun? Sí. *Ahora*, todo es posible.»

Con las veinte mil monedas de plata podía reconstruir el castillo. Y comprar caballos especiales para la artillería. Y extender la red de espionaje. ¿Y qué de Ikawa Jikkyu? ¿Bastarían mil monedas para sobornar a sus cocineros para que lo envenenasen?

Estaba en la casa de Omi. Se abrió la puerta del cuarto de baño y entró un ciego.

—Me envía Kasigi Omi-san, señor. Soy Suwo, su masajista.

Era un hombre alto y muy delgado, viejo y con el rostro surcado de arrugas.

—Bien.

Yabú había tenido siempre miedo a la ceguera, pero este miedo parecía aumentar el placer que le producía el masaje del ciego.

Podía ver la cicatriz en la sien derecha del hombre y una profunda depresión del cráneo debajo de ella. Pensó que debía de ser un corte producido por un sable. ¿Era ésta la causa de su ceguera? ¿Había sido samurai? ¿Al servicio de quién? ¿Sería un espía?

Yabú sabía que el hombre había sido minuciosamente registrado por sus guardias antes de entrar. Por consiguiente, no temía que llevase ninguna arma oculta. Y tenía al alcance de la mano su precioso y largo sable, obra del maestro armero Muramasa. Vio cómo el viejo se quitaba el quimono de algodón y lo colgaba en la percha sin verla. Tenía más cicatrices en el pecho. Su ropa interior estaba muy limpia. Se arrodilló y esperó pacientemente.

Yabú salió del baño y se tendió sobre el banco de piedra. El viejo secó

cuidadosamente al daimío, se untó las manos con aceite perfumado y empezó a frotar los músculos del cuello y de la espalda de Yabú.

La tensión empezó a menguar mientras los vigorosos dedos recorrían el cuerpo de Yabú con asombrosa habilidad.

—Muy bien. Esto está muy bien —dijo Yabú al cabo de un rato.

—Gracias, Yabú-sama —dijo Suwo.

Sama significaba «señor» y era un término de obligada cortesía cuando uno se dirigía a un superior.

—¿Hace tiempo que sirves a Omi-san?

—Tres años, señor. Él es muy bueno para este viejo.

—¿Y antes?

—Iba de pueblo en pueblo. Unos días aquí, medio año allá, como una mariposa llevada por el soplo de la primavera.

La voz de Suwo era tan suave como sus manos. Había comprendido que el daimío quería hacerle hablar y esperaba la próxima pregunta. Parte de su arte consistía en saber lo que querían de él y cuándo. A veces, se lo decían sus oídos, pero casi siempre eran sus dedos los que parecían revelar el secreto de la mente masculina o femenina. Ahora sus dedos le decían que tuviera cuidado con aquel hombre, que era peligroso y versátil, que tenía unos cuarenta años, que era un buen jinete y excelente con el sable. Y también que tenía el hígado enfermo y que moriría antes de dos años. Probablemente por culpa del saké o de los afrodisíacos.

—Estás muy fuerte para tu edad Yabú-sama.

—También tú. ¿Cuántos años tienes?

—Debo de tener más de ochenta… no lo sé fijo. Serví al señor Yoshi Chikitada, abuelo del señor Toranaga, cuando el feudo del clan no era más grande que este pueblo. Estaba en el campamento el día que fue asesinado.

Yabú se esforzó en mantener el cuerpo laxo, pero su mente se puso alerta y empezó a escuchar con atención.

—Un día triste, Yabú-sama. El asesino fue Obata Hiro, hijo de su aliado más poderoso. Tal vez sabrás que el joven cortó la cabeza del señor Chikitada de un solo sablazo. Era una hoja Muramasa y de aquí nació la superstición de que todos los sables Muramasa traen mala suerte al clan Yoshi.

«¿Lo dirá porque yo tengo un sable Muramasa? —se preguntó Yabú—. Muchos saben que lo tengo.»

—¿Cómo era el abuelo de Toranaga? —preguntó con fingida indiferencia

para probar a Suwo.

—Alto, Yabú-sama. Tenía veinticinco años el día que murió y era guerrero desde los doce. Estaba casado y había engendrado un hijo. Fue una lástima que tuviese que morir. Obata Hiro era su amigo y su vasallo. Tenía entonces diecisiete años, pero alguien había envenenado su mente, diciéndole que Chikitada pensaba matar a su padre a traición. Desde luego, era mentira. El joven Obata se arrodilló delante del cadáver y se inclinó tres veces. Dijo que lo había hecho por respeto a su padre y que quería lavar su insulto a nuestro clan haciéndose el harakiri. Le dieron permiso. Y murió como un hombre. Uno de los nuestros actuó de maestro de ceremonias y cuando él estuvo muerto le cortó la cabeza de un solo golpe. Después, su padre vino a buscar su cabeza y el sable Muramasa. Las cosas se pusieron mal para nosotros. El único hijo del señor Chikitada fue cogido como rehén en alguna parte y nosotros pasamos malos tiempos. Esto fue…

—Estás mintiendo, viejo. Nunca estuviste allí —interrumpió Yabú que se había vuelto y miraba fijamente al hombre, que se quedó petrificado—. El sable fue roto y destruido después de la muerte de Obata.

—No, Yabú-sama. Esto es una leyenda. Yo vi cómo el padre se llevaba la cabeza y el sable. ¿Quién habría querido destruir semejante obra de arte? Habría sido un sacrilegio. Su padre se lo llevó.

—¿Qué hizo con él?

—Nadie lo sabe. Algunos dicen que lo arrojó al mar. Otros, que lo enterró, y que sigue enterrado en espera del nieto, de Yoshi Toranaga.

—Y *tú*, ¿qué crees?

—Que lo arrojó al mar.

—¿Lo viste?

—No.

Yabú se tumbó de nuevo y el viejo continuó su trabajo. La idea de que alguien más sabía que el sable no había sido destruido le producía un escalofrío extraño. ¿Debería matar a Suwo? ¿Por qué? ¿Cómo podría un ciego reconocer la hoja? La empuñadura y la vaina han sido cambiadas muchas veces en el curso de los años. Nadie puede saber que es el *mismo* sable que ha pasado de mano en mano, cada vez con mayor secreto, a medida que aumentaba el poder de Toranaga. Déjalo vivir. Puedes matarlo cuando quieras. Con el sable.

—¿Qué pasó después? —preguntó deseando sentirse arrullado por la voz del viejo.

—Fueron malos tiempos para nosotros. Fue el año del hambre atroz, y como mi amo había muerto, me convertí en *ronín*.

Los *ronín* eran campesinos-soldados o samurais que por haber sido degradados o por haber perdido a sus dueños se veían obligados a vagar de un lado a otro en busca de otro señor que aceptase sus servicios.

—Aquel año y el siguiente fueron muy malos —siguió diciendo Suwo—. Luchaba por quien fuese. Un combate aquí, una escaramuza allá. La comida era mi paga. Entonces supe que había comida en abundancia en Kiusiu, y me dirigí al Oeste. Aquel invierno encontré un santuario. Conseguí que me contratasen como guardián de un monasterio budista. Estuve allí medio año. El monasterio estaba cerca de Osaka, y en aquella época los bandidos eran tan numerosos como los mosquitos en un pantano. Un día nos tendieron una emboscada y me dieron por muerto. Unos monjes me encontraron y curaron mis heridas. Pero no pudieron devolverme la vista.

Sus dedos se hundían cada vez más en la carne.

—Me pusieron con un monje ciego que me enseñó a dar masaje y a ver con los dedos. Creo que ahora mis dedos me dicen más de lo que decían mis ojos. Lo último que recuerdo haber visto con ellos fue la boca y los dientes podridos del bandido, el arco brillante de su sable y… un perfume de flores. Vi perfume en todos sus colores, Yabú-sama. Esto fue hace mucho tiempo, mucho antes de que los bárbaros llegasen a nuestro país, cincuenta o sesenta años atrás. Pero vi los colores del perfume. Creo que vi el *nirvana* y por un momento la cara de Buda. La ceguera es un precio muy barato de semejante don, *¿neh?*

No obtuvo respuesta, ni la esperaba. Yabú se había dormido, según lo previsto. «¿Te ha gustado mi historia, Yabú-sama? —preguntó Suwo en silencio —. Es cierta toda ella menos en una cosa. El monasterio no estaba cerca de Osaka, sino al otro lado de tu frontera occidental. ¿Cómo se llamaba el monje? Su, y era tío de tu enemigo Ikawa Jikkyu. Podría cortarte el cuello con toda facilidad. Le haría un favor a Omi-san. Sería un bien para el pueblo. Y con ello pagaría una pequeña parte de lo que debo a mi bienhechor. ¿Debo hacerlo ahora, o dejarlo para más tarde?»

Spillbergen levantó el puñado de paja de arroz, tenso el semblante.

—¿Quién quiere ser el primero?

Nadie le respondió. Blackthorne parecía dormitar, apoyado en el rincón del

que no se había movido. Estaba a punto de ponerse el sol.

—Alguien tiene que ser el primero —gruñó Spillbergen—. Vamos, no queda mucho tiempo.

Les habían dado comida y un lebrillo de agua, y otro lebrillo como letrina. Pero nada para limpiarse. Y habían venido las moscas. La mayoría de los hombres estaban desnudos de cintura para arriba y sudaban de calor. Y de miedo.

Spillbergen los miró uno a uno y, por fin, a Blackthorne.

—¿Por qué… por qué os han eliminado? ¿Eh? ¿Por qué?

Blackthorne abrió los ojos, unos ojos helados.

—Por última vez, no-lo-sé.

—No es justo. No es justo.

Blackthorne volvió a sus pensamientos. «Ha de haber una manera de salir de aquí. Ha de haber una manera de llegar al barco. Ese bastardo acabará matándonos a todos. No queda mucho tiempo, y si me han excluido ahora es porque tienen algún plan maligno respecto a mí.»

Cuando se había cerrado la trampilla, todos lo habían mirado y alguien había dicho:

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —había contestado él.

—¿Por qué os han excluido a vos?

—No lo sé.

—¡Jesús mío, ayúdanos! —gimió alguien.

—¿Cómo haremos la elección? —preguntó Spillbergen.

—De ninguna manera. Luchemos contra ellos.

—¿Con qué?

—¿Iréis como ovejas al matadero? ¿Iréis *vos*?

—No digáis ridiculeces. Yo no les intereso. Y no sería justo que yo fuese el elegido.

—¿Por qué? —preguntó Vinck.

—Soy el capitán general.

—Con todo mi respeto, señor —dijo Vinck con ironía—, creo que deberíais ofreceros voluntario.

Spillbergen quería imponerse, pero vio los ojos implacables de los otros. Por consiguiente, desistió y miró al suelo. Después dijo:

—Yo… Bueno, echaremos suertes. El que saque la paja más corta… Nos pondremos en las manos de Dios, vos, capitán, sostendréis las pajas.

—No. No quiero saber nada de esto. Quiero luchar.

—Nos matarían a todos. Ya oísteis lo que dijo el samurai. Nos perdonan la vida, salvo a uno —recordó Spillbergen secándose el sudor de la cara, y una nube de moscas se levantó y volvió a posarse—. Dadme agua. Es mejor que muera uno en vez de todos.

Van Nekk sacó agua del lebrillo y se la dio a Spillbergen.

—Somos diez, incluido vos, Paulus —dijo—. Las probabilidades son buenas.

—Salvo que seas tú el elegido —Vinck miró a Blackthorne—. ¿Podríamos luchar contra esos sables?

—¿Podrás ir mansamente al que ha de torturarte si el elegido eres tú?

—No lo sé.

—Echaremos suertes —dijo Van Nekk— y Dios decidirá. Lo haremos como ha dicho Paulus. Por algo es capitán general. ¿Estáis todos de acuerdo?

Todos dijeron que sí, salvo Vinck.

—Yo estoy con el capitán. ¡Al diablo con las sucias y malditas pajas!

Pero, al fin, se dejó convencer. Jan Roper, el calvinista, dirigió la plegaria. Spillbergen cortó diez trozos de paja exactamente iguales. Después, partió una de ellas por la mitad.

—¿Quién saca el primero? —volvió a preguntar.

—¿Cómo podemos saber que obedecerá el que saque la paja más corta? —preguntó Maetsukker, con voz ronca por el miedo.

—Esto es fácil —dijo Jan Roper—. Juremos que lo haremos en nombre de Dios. En Su nombre. Morir por los demás en Su nombre. La oveja ungida de Dios irá directamente a la Gloria Eterna.

Todos se mostraron de acuerdo y prestaron el juramento.

Sonk eligió el primero. Después, Pieterzoon. Le siguieron Jan Roper, Salamon y Croocq. Spillbergen se sintió morir, porque habían convenido que él no elegiría, sino que su paja sería la última, y ahora la probabilidad era terrible.

Ginsel se salvó. Quedaban cuatro.

Maetsukker lloraba a lágrima viva, pero apartó a Vinck, cogió una paja y casi no dio crédito a sus ojos al ver que no era él la víctima.

El puño de Spillbergen temblaba violentamente, y Croocq tuvo que sujetarle el brazo. Heces fecales resbalaron por sus piernas.

—¿Cuál debo coger? —se preguntaba desesperadamente Van Nekk—. ¡Dios mío, ayúdame!

Casi no podía ver las pajas entre la niebla de su miopía. «Si al menos pudiese ver, tal vez sabría la que tengo que elegir. ¿Cuál?»

Cogió una paja y la acercó a los ojos para ver claramente su sentencia. Pero no era la corta.

Los dedos de Vinck asieron la penúltima paja. La paja cayó al suelo, pero todos vieron que era la más corta. Spillbergen abrió su nudosa mano y todos vieron que la última paja era larga. Spillbergen se desmayó.

Todos miraban fijamente a Vinck. Él los miró desalentado, sin verlos. Se encogió débilmente de hombros y medio sonrió ojeando inconscientemente las moscas. Después, se derrumbó y los otros le hicieron sitio apartándose de él como si fuese un leproso.

Blackthorne se arrodilló en el suelo sucio junto a Spillbergen.

—¿Está muerto? —preguntó Van Nekk, con voz casi inaudible.

Vinck soltó una carcajada que puso los nervios de punta a todos los demás y que cesó con la misma brusquedad.

—Yo soy… el muerto —dijo—. ¡Estoy muerto!

—No temas. Eres el ungido de Dios. Estás en las manos de Dios —dijo Jan Roper.

—Sí —dijo Van Nekk—. No temas.

—Ahora es fácil, ¿no?

Vinck los miró uno a uno, y todos desviaron sus miradas. Todos, menos Blackthorne.

—Dame un poco de agua, Vinck —dijo, sin levantar la voz—. Dame un poco de agua del lebrillo. Vamos.

Vinck lo miró fijamente. Después cogió la calabaza, la llenó de agua y se la dio.

—Que Dios me asista, capitán —dijo—. ¿Qué voy a hacer?

—Primero, ayúdame con Paulus. ¡Haz lo que te digo, Vinck! ¿Se pondrá bien?

Vinck dominó su angustia, ayudado por la calma de Blackthorne. Spillbergen tenía el pulso débil. Vinck le auscultó el corazón, le abrió los párpados y observó sus ojos un momento.

—No lo sé, capitán. ¡Dios mío! No puedo pensar como es debido. Creo que su corazón está bien. Le convendría una sangría… pero no puedo…, no puedo concentrarme… Dadme…

Se interrumpió agotado. Se reclinó en la pared y empezó a temblar con

violencia.

Se abrió la trampilla.

Omi se erguía contra el cielo, con el quimono ensangrentado por el sol poniente.

CAPÍTULO IV

Vinck trató de mover las piernas, pero no pudo. Se había enfrentado muchas veces con la muerte, pero nunca sumisamente como ahora. Había sido señalado por las pajas. «¿Por qué yo? —chillaba su cerebro—. No soy peor que los demás. Dios del cielo, ¿por qué yo?»

Habían bajado una escalera. Omi hizo un gesto para que subiese el hombre. *¡Isogi!* ¡De prisa!

Van Nekk y Jan Roper rezaban en silencio, con los ojos cerrados. Pieterzoon no podía mirar. Blackthorne contemplaba fijamente a Omi y a sus hombres.

—*¡Isogi!* —volvió a gritar Omi.

Una vez más, Vinck trató de ponerse de pie.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme a levantarme!

Pieterzoon, que era el que estaba más cerca, le ayudó a levantarse, pero Blackthorne se había plantado al pie de la escalera.

—*¡Kinjiru!* —gritó, empleando la palabra que había oído en el barco, torciendo la escalera y desafiando a Omi a poner el pie en ella.

Omi se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Spillbergen, asustado como todos.

—Le he dicho que está prohibido. Ninguno de mis tripulantes irá a la muerte sin luchar.

—Pero… lo hemos jurado.

—Yo, no.

—Bueno, capitán —murmuró Vinck—. Lo decidimos así, y el juego fue limpio. Es la voluntad de Dios. Iré…

—No irás sin luchar. Nadie lo hará.

Omi retrocedió un paso y gritó una orden a sus hombres. Inmediatamente, un samurai, seguido de cerca por otros dos, empezó a bajar la escalera con el sable desenvainado.

Blackthorne hizo girar la escala, esquivando el sable y tratando de estrangular al hombre.

—¡Ayudadme! ¡Vamos! ¡Por vuestra *vida*!

Blackthorne cambió de mano para hacer caer al hombre de la escalera, mientras bajaba su primer acompañante. Vinck salió de su estado cataléptico y se lanzó sobre el samurai. Paró el golpe que habría cortado la muñeca de Blackthorne y lanzó el otro puño contra la ingle del hombre. El samurai lanzó un gemido y una tremenda patada. Vinck pareció no sentir el golpe. Subió unos peldaños y trató de apoderarse del sable y de arañar los ojos de su rival. Los otros dos samurais veían cortados sus movimientos por la falta de espacio y la presencia de Blackthorne, pero una patada de uno de ellos alcanzó la cara de Vinck haciéndole retroceder. Entonces, toda la tripulación se lanzó sobre la escala.

Croocq dio un puñetazo en el empeine del pie del samurai y sintió que se quebraba un huesecillo. El hombre sacó el sable de la vaina, pero cayó pesadamente al suelo. Vinck y Pieterzoon cayeron sobre él. Blackthorne se apoderó de la daga del japonés caído y empezó a subir la escalera, seguido de Croocq, Jan Roper y Salamon. Los dos samurais se retiraron y se plantaron en la entrada blandiendo sus sables asesinos. Blackthorne sabía que la daga era inútil contra los sables. Sin embargo, atacó apoyado por los otros. En el momento en que asomó la cabeza, le descargaron un sablazo que no le alcanzó por una fracción de pulgada. Una violenta patada de un samurai al que no había visto le hizo caer de nuevo en el agujero.

Vinck dio un golpe en la nuca al samurai caído y éste perdió el conocimiento. Siguió golpeándolo, pero Blackthorne lo detuvo.

—No lo mates. ¡Podemos emplearlo como rehén! —gritó tirando desesperadamente de la escalera y tratando de hacerla caer dentro del sótano.

Pero era demasiado larga. Arriba, los otros samurais de Omi esperaban, impávidos, junto a la trampilla.

Otros tres samurais, provistos de cuchillos y llevando sólo un taparrabo, saltaron dentro de la hoya. Los dos primeros cayeron deliberadamente sobre Blackthorne, derribándolo y lo atacaron ferozmente.

Blackthorne quedó aplastado bajo el peso de los hombres. No podía emplear el cuchillo, sintió flaquear su voluntad de lucha y lamentó no tener la habilidad de Mura para el combate sin armas. Sabía que no podría resistir mucho tiempo, pero hizo un último esfuerzo para liberar un brazo. Un golpe cruel de una mano pétrea retumbó en su cabeza y otro le hizo ver las estrellas, pero siguió luchando.

Vinck forcejeaba con uno de los samurais cuando el tercero se dejó caer sobre él desde lo alto, y Maetsukker chilló al clavarse una daga en su brazo.

Blackthorne agarró por el cuello a uno de los samurais, pero sus dedos resbalaron a causa del sudor y del fango, y cuando se erguía como un toro enloquecido tratando de sacudírselos de encima, un último golpe lo sumió en la inconsciencia. Los tres samurais volvieron a la escalera, y los prisioneros, ahora sin jefe, retrocedieron ante los molinetes de los sables. Los samurais no pretendían matarlos ni mutilarlos, sino únicamente acorralarlos contra los muros, lejos de la escalera a cuyo pie yacían inertes Blackthorne y el primer samurai.

Omi bajó con arrogancia y agarró al hombre que tenía más cerca que era Pieterzoon. Lo empujó hacia la escala.

Pieterzoon gritó y luchó por librarse de las garras de Omi, pero un cuchillo rasgó su muñeca y otro le desgarró un brazo.

—¡Que Dios me ayude! No soy yo quien tiene que ir…, no soy yo —tenía los pies en el primer peldaño y siguió subiendo, huyendo de los cuchillos—. ¡Salvadme, por el amor de Dios! —gritó por última vez.

Omi lo siguió, sin apresurarse.

Un samurai subió detrás de él. Después, otro. El tercero recogió el cuchillo que había empleado Blackthorne.

Retiraron la escalera. El aire, el cielo y la luz se desvanecieron. Sólo quedó la oscuridad, y en ella unos pechos jadeantes y unos corazones palpitantes y sudor y hedor. Volvieron las moscas.

De momento, nadie se movió. Jan Roper tenía un pequeño corte en la mejilla, Maetsukker sangraba mucho y casi todos los demás estaban conmocionados, excepto Salamon. Éste se acercó a Blackthorne y apartó al samurai inconsciente. Croocq recogió un poco de agua y entre los dos limpiaron la cara de Blackthorne.

Sonk se puso trabajosamente de pie y se acercó a ellos. Movió delicadamente la cabeza de Blackthorne y le palpó los hombros.

—Parece que está bien. Pero habrá que esperar que vuelva en sí.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Vinck echándose a temblar—. ¡Pobre Pieterzoon! Me he condenado… Me he condenado…

—Tú ibas a ir. El capitán te lo impidió —dijo Sonk sacudiéndole—. Yo lo he visto, Vinck.

—Es cierto —dijo Spillbergen—. No gimas más, Vinck. Ha sido culpa del capitán.

Jan Roper cogió un poco de agua con la calabaza, bebió y se lavó la herida de la mejilla.

—Vinck tenía que ir. Era el cordero de Dios. Era el elegido. Y ahora su alma se ha condenado. Apiádate de él, Dios mío, para que no arda por toda la eternidad.

—Dadme agua —gimió el capitán general.

Van Nekk tomó la calabaza de manos de Jan Roper y la pasó a Spillbergen.

—Vinck no ha tenido la culpa —dijo Van Nekk cansadamente—. Él no podía levantarse, ¿no os acordáis? Ha pedido que lo ayudáramos.

—No ha sido culpa suya —dijo Spillbergen—, sino de ése. —Todos miraron a Blackthorne—. Está loco.

—Como todos los ingleses —dijo Sonk—. ¿Habéis conocido a alguno que no lo estuviera? Rascadlos un poco, y encontraréis un maníaco… y un pirata.

—¡Son unos bastardos! —dijo Ginsel.

—No todos lo son —dijo Van Nekk—. El capitán sólo hizo lo que creía justo. Nos protegió y nos trajo aquí, después de diez mil leguas de navegación.

—¡Al diablo con su protección! Eramos quinientos y teníamos cinco barcos al zarpar. ¡Ahora sólo quedamos nueve!

—No fue culpa suya que se desperdigara la flota. Ni que nos azotasen las tormentas…

—De no haber sido por él nos habríamos quedado en el Nuevo Mundo. Fue él quien dijo que podríamos llegar al Japón. Y aquí estamos, ¡vive Dios!

—Todos convinimos en ello —dijo Van Nekk—. ¡Todos lo votamos!

—Sí, pero él nos convenció.

—¡Mirad! —dijo Ginsel, señalando al samurai que empezaba a moverse y a gemir.

Sonk se deslizó rápidamente junto a él y le dio un puñetazo en la mandíbula. El hombre se desvaneció de nuevo.

—¿Por qué lo han dejado aquí esos bastardos? Podían habérselo llevado fácilmente. No podíamos hacer nada para impedírselo.

—¿Pensarían que estaba muerto?

—No lo sé.

—No lo mates, Sonk. Es un rehén —dijo Croocq, y miró a Vinck—. ¿Qué le harán a Pieterzoon? ¿Qué nos harán a todos?

—La culpa es del capitán —dijo Jan Roper—. Sólo suya.

Van Nekk miró compasivamente a Blackthorne.

—Ahora ya no importa de quién sea la culpa —dijo.

Sonaron unos pasos arriba. La trampilla se abrió. Los aldeanos empezaron a

verter barriles de agua de mar y de desperdicios de pescado en el pozo. Cuando hubo seis pulgadas de líquido en el suelo, se detuvieron.

Los gritos empezaron cuando la luna estaba alta en el cielo. Yabú estaba arrodillado en el jardín interior de la casa de Omi. Inmóvil. Observaba la luz de la luna sobre el árbol florido, el haz de ramas sobre el claro cielo, los apiñados capullos apenas coloreados. Un pétalo giró en el aire, y él pensó:

La belleza
no es menor
por caer
en la brisa.

Cayó otro pétalo. El viento suspiró y arrancó otro. El árbol tenía apenas la altura de un hombre y se levantaba entre unas piedras cubiertas de musgo y que parecían haber nacido de la tierra, tan hábilmente habían sido colocadas.

Se necesitaba toda la fuerza de voluntad de Yabú para concentrarse en el árbol y los capullos y el cielo y la noche, sentir el roce amable del viento y oler su dulce fragancia marina y pensar en poesías, y mantener al mismo tiempo aguzados los oídos para captar los gritos de agonía.

—Omi-san, ¿cuánto tiempo estará aquí nuestro señor? —preguntó la madre de Omi, en un temeroso murmullo, desde el interior de la casa.

—No lo sé.

—Esos gritos son terribles. ¿Cuándo cesarán?

—No lo sé —respondió Omi.

Estaban sentados detrás de un biombo, en la segunda habitación de la casa. La principal, que era la de la madre, había sido cedida a Yabú, y ambas estancias daban al jardín que él había construido con tanto esfuerzo. Podían ver a Yabú a través de la celosía.

—Quisiera irme a dormir —dijo, temblando, la mujer—. Pero no podré dormir con todo ese ruido. ¿Cuándo cesará?

—No lo sé. Ten paciencia, madre —dijo Omi con voz suave—. El ruido cesará pronto. Mañana, el señor Yabú partirá hacia Yedo. Por favor, ten paciencia.

Pero Omi sabía que la tortura duraría hasta el amanecer. Así había sido planeado.

Trató de concentrarse, siguiendo el ejemplo de su señor feudal. Pero el siguiente alarido lo volvió a la realidad, y pensó: «No puedo. No tengo su dominio ni su fuerza.»

—Pero, ¿es realmente fuerza? —se preguntó.

Podía ver claramente la cara de Yabú. Y trató de interpretar la extraña expresión del semblante de su daimío: el ligero fruncimiento de los labios, un poco de saliva en sus comisuras y los ojos incrustados en unas oscuras rendijas que sólo se movían con los pétalos.

Era la primera vez que Omi estaba tan cerca de su tío, pues él era sólo un pequeño eslabón en la cadena del clan y su feudo de Anjiro y de la zona circundante era pobre y carecía de importancia. Su padre, Mizuno, tenía seis hermanos, y Omi era el menor de sus tres hijos. Yabú era el mayor de aquellos hermanos y jefe del clan Kasigi, Mizuno era el segundo. Omi tenía veintiún años y era padre de un hijo varón.

—¿Dónde está tu miserable esposa? —farfulló la vieja con un tono malhumorado—. Quiero que me frote la espalda y los hombros.

—Ha tenido que ir a visitar a su padre, ¿no te acuerdas? Está muy enfermo. Deja que lo haga yo.

—No. Puedes llamar a una sirvienta. Pero tu mujer es muy desconsiderada. Podía haber esperado unos días. Yo he venido de Yedo para visitaros. Dos semanas de fatigoso viaje. Y ella se ha marchado cuando apenas llevaba aquí una semana. ¡Podía haber esperado un poco! Tu padre cometió un grave error al concertar tu boda con ella. Deberías decirle que no vuelva y divorciarte de ella. O al menos, darle una buena paliza. ¡Esos terribles gritos! ¿Por qué no acaban de una vez?

—Acabarán pronto.

—Deberías darle una buena paliza.

—Sí.

Omi pensó en su esposa, Midori, y el corazón saltó en su pecho. Era muy hermosa y gentil e inteligente. Su voz era clara y su música tan buena como la de cualquier cortesana de Izú.

—Midori-san —le había dicho él, reservadamente—, debes marcharte en seguida.

—Mi padre no está tan enfermo, Omi-san, y mi sitio está aquí, para servir a

tu madre, *¿neh?* Si viene nuestro señor daimío, habrá que preparar la casa. ¡Oh! Esto es muy importante, Omi-san, el momento más importante de tu servicio, *¿neh?* Si el señor Yabú recibe una buena impresión, tal vez te dará un feudo mejor, que bien te lo mereces. Si ocurriera algo durante mi ausencia, nunca me lo perdonaría.

—A pesar de todo, quiero que te marches en seguida, Midori-san. Sólo por dos días. Después, vuelve corriendo.

Ella había suplicado, pero ante la insistencia de él, había acabado por marcharse. Omi había querido que no estuviese en Anjiro cuando llegara Yabú y mientras éste permaneciese en la casa. No era que temiera que el daimío se atreviese a tocarla sin permiso. Esto era inconcebible, pues en tal caso Omi habría tenido el derecho, el honor y el deber de eliminar al daimío.

Pero había advertido que Yabú la miraba mucho cuando se casaron en Yedo y ahora había querido evitar toda posible causa de violencia. Debía impresionar a Yabú-sama con su lealtad filial, su previsión y su consejo. Y hasta ahora todo se había desarrollado a pedir de boca. El barco había sido un descubrimiento precioso, lo mismo que su tripulación. Todo era perfecto.

Omi estaba triste sin ella, pero contento de que se hubiera marchado. Los gritos la habrían afligido demasiado.

Su madre percibía apenas la borrosa silueta de Yabú en el jardín. En secreto, lo odiaba y deseaba su muerte. Si Yabú moría, Mizuno, su marido, sería daimío de Izú y jefe del clan. Sería algo magnífico. Entonces, todos los otros hermanos y sus esposas y sus hijos, serían sus servidores, y Mizuno-san nombraría a Omi su heredero.

El dolor del cuello la hizo moverse un poco.

—Llamaré a Kikú-san —dijo Omi refiriéndose a la cortesana que esperaba pacientemente a Yabú en la habitación contigua, con el muchacho—. Es muy hábil.

—Estoy bien. Sólo un poco cansada, *¿neh?* Pero, bueno, puede darme un poco de masaje.

Omi entró en la habitación contigua. El lecho estaba a punto. Consistía en una colcha inferior y otra superior, colocadas sobre la esterilla. Kikú se inclinó, trató de sonreír y murmuró que sería para ella un honor poner su modesta habilidad al servicio de la madre más honorable de la casa. Estaba más pálida que de costumbre y Omi comprendió que los gritos la afectaban también profundamente. El muchacho procuraba disimular su miedo.

Cuando habían empezado los gritos, Omi había tenido que emplear toda su habilidad para hacer que se quedara.

—¡Oh, no puedo soportarlo, Omi-san! Es terrible. Por favor, déjame marchar. Me tapo los oídos, pero el ruido penetra a través de mis manos. ¡Pobre hombre! Es terrible —había dicho ella.

—Por favor, Kikú-san, ten paciencia. Ha sido una orden de Yabú-sama, *¿neh?* No podemos hacer nada. Pronto acabará.

—Es demasiado, Omi-san. No puedo soportarlo.

Por una costumbre inveterada, el dinero no podía comprar a una joven si ésta o su patrona rechazaban al cliente, quienquiera que fuese. Kikú era una cortesana de primera clase, la más famosa de Izú, y aunque Omi estaba convencido de que no podía compararse con las cortesanas de segunda clase de Yedo, Osaka o Kioto, aquí estaba en la cima y justamente orgullosa de sí misma. Y aunque él había convenido con su patrona, Mamá-san Gyoko, pagarle el quíntuplo del precio acostumbrado, todavía no estaba seguro de que Kikú quisiera quedarse.

Ahora observaba sus ágiles dedos sobre el cuello de su madre. Era bonita, menuda, de piel suave y casi translúcida. En general, sabía gozar de la vida. Pero, ¿cómo podía sentirse feliz bajo el peso de aquellos gritos?

De pronto, los gritos cesaron.

Omi escuchó, con los labios entreabiertos, esforzándose en captar el menor sonido, esperando. Advirtió que los dedos de Kikú se habían detenido y que su madre no se quejaba y escuchaba con la misma atención. Miró a Yabú, a través de la celosía. El daimío permanecía inmóvil como una estatua.

—¡Omi-san! —llamó Yabú, al fin.

Omi se levantó, salió a la galería y se inclinó.

—Sí, señor.

—Ve a ver lo que ha pasado.

Omi se inclinó de nuevo, cruzó el jardín y salió al camino enarenado que conducía al pueblo y a la playa. Allá abajo, pudo ver una fogata cerca de uno de los muelles y varios hombres a su alrededor. Y en la plaza frente al mar, la trampa del pozo y los cuatro centinelas.

Al acercarse al pueblo, vio que los lugareños —hombres, mujeres y niños— seguían descargando el buque y que unas canoas y unas barcas de pesca iban y venían como otras tantas luciérnagas. Fardos y cajas se amontonaban en la orilla. Siete cañones estaban ya allí, y otro estaba siendo izado de un bote a una rampa y de ésta a la arena. Reinaba el silencio. Incluso los perros callaban.

Nunca había ocurrido una cosa así. Omi pensó que era como si el *kami* (espíritu Shinto) del pueblo los hubiera abandonado.

Mura llegó de la playa y le salió al encuentro.

—Buenas noches, Omi-sama. El barco estará descargado al mediodía.

—¿Ha muerto el bárbaro?

—No lo sé, Omi-sama. Iré a verlo en seguida.

—Puedes venir conmigo.

Mura le siguió, sumiso, a medio paso de distancia.

—¿Has dicho al mediodía? —preguntó Omi, preocupado por aquel silencio.

—Sí. Todo marcha bien.

—¿Y el camuflaje?

Mura señaló unos grupos de viejas y de niños, cerca de las casas donde se guardaban las redes. Suwo estaba con ellos.

—Podemos desmontar los cañones de sus cureñas y envolverlos. Al menos necesitaremos diez hombres para transportar cada cañón. Igurashi-san ha enviado a buscar más porteadores al pueblo vecino.

—Bien.

—Me preocupa que se mantenga el secreto, señor.

—Igurashi-san les hará comprender esta necesidad, *¿neh?*

—Tendremos que emplear todos nuestros sacos para arroz y todas nuestras redes y esterillas, Omi-sama.

—¿Y bien?

—¿Cómo podremos pescar y ensacar nuestras cosechas?

—Ya encontraréis la manera —repuso Omi endureciendo la voz—. Esta temporada los impuestos aumentarán una mitad. Yabú-san lo ha ordenado esta noche.

—Tenemos pagados los impuestos de este año y del próximo.

—Es el privilegio de los campesinos, Mura. Pescar, cultivar, cosechar y pagar los impuestos, *¿neh?*

—Sí, Omi-sama —dijo Mura sin perder la calma.

—El jefe de un pueblo que no puede dominarlo es un objeto inútil, *¿neh?*

—Sí, Omi-sama.

—Aquel lugareño fue tan estúpido como insolente. ¿Son los otros como él?

—Ninguno, Omi-sama.

—Así lo espero. Los malos modales son imperdonables. Su familia ha sido multada con el valor de un kokú de arroz a pagar en pescado, arroz, cereales o de

cualquier otra manera en el plazo de tres lunas.

—Sí, Omi-sama.

Tanto Mura como Omi sabían que esta suma estaba fuera del alcance de la familia. Los tres hermanos Tamazaki —ahora dos— sólo tenían una barca de pesca y un campo de arroz de media hectárea para mantener a sus respectivas esposas, cuatro hijos y tres hijas, amén de la viuda y los tres hijos del muerto. Un kokú de arroz era lo que necesitaba una familia para vivir un año. Equivalía aproximadamente a trescientas cincuenta libras.

Mura estaba pensando cómo podría conseguir el importe de la multa, pues si la familia no podía pagarla tendría que hacerlo el pueblo. El jefe del pueblo vecino le debía un favor… ¡Ah! ¿Acaso la hija mayor de Tamazaki no era una belleza a los seis años y no eran los seis años la mejor edad para vender una niña? ¿Y no era un primo lejano de la hermana de su madre el mejor mercader de niños de todo Izú? Mura suspiró sabiendo los furiosos regateos que le esperaban. Pero quizá conseguiría dos kokú por la niña. Ciertamente, valía mucho más.

—Pido perdón por el mal comportamiento de Tamazaki —dijo Mura.

—El insolente fue él, no tú —respondió Omi, amablemente.

Doblaron la esquina del muelle y se detuvieron. Omi vaciló y después despidió a Mura con un ademán. El jefe del pueblo hizo una reverencia y se alejó, agradecido.

—¿Ha muerto, Zukimoto?

—No, Omi-san. Sólo ha vuelto a desmayarse.

Omi se acercó a la gran caldera de hierro que se empleaba en el pueblo para obtener la esperma de las ballenas que a veces capturaban en alta mar durante los meses de invierno o para hacer cola de pescado que era una industria local.

El bárbaro estaba sumergido hasta los hombros en el agua humeante. Tenía roja la cara y sus labios dejaban al descubierto los cariados dientes.

Al ponerse el sol, Omi había observado a Zukimoto, hinchado de vanidad, mientras supervisaba la operación de atar al bárbaro como a un pollo, con los brazos sobre las rodillas y las manos colgando hasta los pies, y sumergirlo en agua fría. El bárbaro pelirrojo con quien había querido empezar Yabú no había parado de charlar y de reír y de llorar mientras el sacerdote cristiano rezaba a gritos sus plegarias.

Entonces, habían empezado a atizar el fuego. Yabú no estaba en la playa, pero había dado órdenes concretas, que se habían seguido al pie de la letra. El bárbaro había empezado a gritar y a vociferar y había tratado de abrirse la cabeza

a golpes contra el borde de la caldera. Pero se lo habían impedido. Omi había tratado de presenciar aquello como se observa la inmolación de una mosca procurando no ver al hombre. Pero no lo había logrado y se había marchado lo antes posible. Acababa de descubrir que no le gustaba la tortura. Era algo indigno tanto para el que sufría como para su verdugo. Privaba a la muerte de su dignidad.

Zukimoto pinchó las piernas del hombre con un palo, como suele hacerse para saber si un pescado está cocido.

—Pronto volverá a la vida —dijo—. Es extraordinario lo que aguanta. No creo que estén hechos como nosotros. Muy interesante, ¿eh?

—No —dijo Omi, detestándole.

Zukimoto se puso inmediatamente en guardia.

—Me he expresado mal, Omi-san —dijo inclinándose profundamente.

—Desde luego. El señor Yabú está muy complacido por tu buena actuación. Debe necesitarse mucha habilidad para regular exactamente el fuego.

—Eres demasiado amable, Omi-san.

—Yabú quiere saber cuánto vivirá ese hombre.

—Si tenemos cuidado, hasta el amanecer.

Omi observó la caldera, pensativo. Después se dirigió a la plaza. Todos los samurais se levantaron y le hicieron una reverencia.

—Todo está tranquilo ahí abajo, Omi-san —dijo uno de ellos—. Al principio, sonaron algunas voces irritadas y algunos golpes. Pero hace rato que no se oye nada.

—¿Y Masijiro? —preguntó Omi nombrando al samurai que, por orden suya, había sido dejado abajo.

—No lo sabemos, Omi-san. Desde luego, no ha llamado. Probablemente está muerto.

«¡Dejarse dominar por unos hombres que estaban desarmados y en su mayoría enfermos! —pensó Omi—. ¡Qué asco! Mejor que haya muerto.»

—Mañana, ni comida ni agua. Al mediodía, sacad los cadáveres que haya, *¿neh?* Y subid al jefe. Solo.

—Sí, Omi-san.

Omi volvió a la fogata y esperó hasta que el bárbaro abrió los ojos. Después, volvió al jardín y refirió lo que había dicho Zukimoto.

—¿Has mirado los ojos del bárbaro?

—Sí, Yabú-sama.

Omi estaba ahora arrodillado detrás del daimío, a diez pasos de distancia. Yabú permanecía inmóvil.

—¿Qué… qué has visto en ellos?

—Locura. La esencia de la locura. Nunca había visto unos ojos como aquéllos. Y un terror infinito.

Tres pétalos cayeron suavemente.

—Haz una poesía acerca de él.

Omi se estrujó el cerebro. Después, lamentando no ser más hábil, dijo:

Sus ojos
eran el fondo
del Infierno…
Dolor total
articulado.

Se oyeron unos alaridos, ahora más débiles, pero la distancia parecía nacer su tono más cruel.

Yabú dijo, al cabo de un momento:

Si tú dejas
que su escalofrío llegue
a lo más hondo,
te vuelves uno de ellos,
inarticulado.

Omi reflexionó sobre esto durante largo rato, envuelto en la belleza de la noche.

CAPÍTULO V

Exactamente antes del amanecer, cesaron los gritos.

La madre de Omi dormía. Yabú también.

El pueblo seguía agitado en aquella hora temprana. Faltaba transportar cuatro cañones, cincuenta barriles de pólvora y mil balas de cañón.

Kikú yacía bajo la colcha observando las sombras en la pared del shoji. No se había dormido, aunque estaba más agotada que nunca. Los sonoros ronquidos de la vieja en la habitación contigua ahogaban la suave y profunda respiración del daimío, que yacía a su lado. El muchacho dormía sin ruido en el otro lecho, con los ojos tapados con un brazo para resguardarlos de la luz.

Yabú tembló ligeramente y Kikú contuvo el aliento. Pero él siguió durmiendo, y esto la satisfizo porque sabía que podría marcharse muy pronto sin molestarlo. Mientras esperaba pacientemente, procuró pensar cosas agradables recordando el consejo de su primera maestra.

Pensó en la delicia sensual del baño que pronto tomaría y que borraría el recuerdo de esta noche, y después la apaciguadora caricia de las manos de Suwo. Pensó en cómo se reiría con las otras chicas y con Gyoko-san, la Mamá-san, contando chistes y rumores y cuentos y en el limpio quimono que se pondría por la noche: el dorado con flores amarillas y verdes, y con las cintas del tocado haciendo juego. Después del baño haría que la peinasen, y con el dinero de la noche podría pagar una buena parte de lo que debía a su patrona, Gyoko-san, y mandar algo a su padre, que era granjero, por medio del cambista, y aún le quedaría algo para ella. Pronto vería a su amante y la velada sería perfecta.

«La vida es bella —pensó—. Sí. Pero es muy difícil olvidar los gritos. Es imposible. Y las otras muchachas se sentirán también afligidas, y la pobre Gyoko-san. Pero no importa. Mañana nos marcharemos todas de Anjiro y volveremos a casa, a nuestra adorable casa de té de Mishima, la ciudad más grande de Izú, asentada alrededor del castillo más grande del daimío. Siento que dama Midori me enviase a buscar.»

—Debes ser sensata, Kikú —se dijo vivamente—. No debes lamentarlo. Ha sido un honor servir a nuestro Señor. Y ahora que has sido distinguida, aumentará tu valor a los ojos de Gyoko-san, *¿neh?* Ha sido toda una experiencia,

y ahora te llamarán la Dama de la Noche de los Gritos, y, si tienes suerte, alguien escribirá una balada acerca de ti, una balada que quizá se cantará incluso en Yedo. ¡Oh, esto sería estupendo! Entonces, tu amante compraría sin duda tu contrato y estarías segura y contenta y podrías criar hijos.

Al cesar los gritos, Yabú había permanecido como una estatua a la luz de la luna durante lo que le había parecido una eternidad. Después se había levantado y había corrido a la otra habitación con su quimono de seda suspirando como el mar a medianoche. El muchacho estaba espantado, aunque trataba de disimularlo y se enjugaba las lágrimas producidas por el tormento. Ella le había sonreído para tranquilizarlo fingiendo una calma que no sentía.

Entonces, Yabú se plantó en la puerta. Estaba bañado en sudor, tenso el semblante y medio cerrados los ojos. Kikú le ayudó a desprenderse de los sables y a quitarse el quimono empapado y el taparrabo. Lo secó, le ayudó a ponerse un quimono limpio y le ató el cinto de seda. Había iniciado una salutación, pero él había apoyado suavemente un dedo en sus labios.

Después, él se había acercado a la ventana y había contemplado la luna que se desvanecía, como si estuviese en trance, tambaleándose un poco sobre los pies. Ella permaneció expectante, sin temor, porque no tenía motivos para sentir miedo. Él era un hombre y ella era una mujer, adiestrada como tal, para complacer por todos los medios. Pero no para causar ni recibir dolor. Había otras cortesanas especializadas en esta forma de sensualidad. Algún golpe ocasional, tal vez un mordisco… Bueno, esto era parte del placer-dolor de dar y recibir, pero siempre dentro de lo razonable, pues esto tenía que ver con el honor y ella era una dama del Mundo de los Sauces, una dama de primera clase y no se la debía tratar a la ligera. Le habían enseñado a amansar a los hombres, a mantenerlos dentro de ciertos límites. A veces, un hombre se desmandaba, y entonces era horrible. Porque la dama estaba sola. Y no tenía ningún derecho.

Su tocado era impecable, salvo por unos mechones de cabello dejados deliberadamente sueltos sobre las orejas para sugerir su desorden erótico y al propio tiempo para realzar la pureza del conjunto. Su quimono a cuadros rojos y negros, ribeteado del verde más puro para acentuar la blancura de su piel, estaba ceñido a su cintura por una faja ancha y rígida, un *obi*, de un verde iridiscente. Ahora podía oír la resaca de la playa y el susurro de la brisa en el jardín.

Por último, Yabú se volvió a mirarla y después miró al muchacho.

Éste tenía quince años, era hijo de un pescador local y discípulo de un monje budista que era artista, pintor e ilustrador de libros. Al chico no le importaba

ganar dinero de aquellos que gustaban más de los muchachos que de las mujeres.

Yabú le hizo una seña. El chico, obediente y dominado ya su miedo, soltó el cinto de su quimono con estudiada elegancia. No llevaba taparrabo, sino una camisola femenina que llegaba hasta el suelo. Tenía el cuerpo delicado y curvilíneo y casi lampiño.

Kikú recordaba el silencio de la estancia, envueltos los tres en la quietud, después de cesar los gritos y esperando ella y el muchacho que Yabú hiciese su elección.

Por fin, éste la había señalado a ella. Kikú había desatado graciosamente la cinta de su *obi* y, al abrirse los pliegues de sus tres quimonos de finísimo hilo, habían dejado al descubierto la opaca camisola que realzaba su figura. Yabú se había tendido en el lecho y a una indicación suya ellos lo habían hecho también, uno a cada lado. Lo demás, había sucedido con gran rapidez. El hombre jadeó un momento, con los ojos fuertemente cerrados, y después dio media vuelta y se quedó dormido casi instantáneamente.

El muchacho arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Acaso somos unos ineptos, Kiku-san? Quiero decir que todo ha sido tan rápido… —murmuró.

—Hemos hecho lo que él quería —dijo ella.

—Ciertamente, ha alcanzado las nubes y la lluvia —repuso el chiquillo.

Cubrieron a Yabú con la colcha y el muchacho se tumbó lánguidamente, medio apoyado en un codo, y ahogó un bostezo.

—¿Por qué no duermes tú también? —dijo ella.

El muchacho se ciñó el quimono y cambió de posición para quedar arrodillado delante de ella. Kikú estaba sentada junto a Yabú y acariciaba el brazo del daimío, velando su tembloroso sueño.

—Nunca había estado con un hombre y una dama al mismo tiempo, Kikú-san —murmuró el muchacho.

—Tampoco yo.

El muchacho frunció el ceño.

—Tampoco he estado con una joven en la cama.

—¿Me querrías a mí? —le había preguntado ella, amablemente—. Si esperas un poco, estoy segura de que nuestro señor no se despertará.

El chico volvió a fruncir el ceño y dijo:

—Sí, por favor.

Y después, comentó:

—Ha sido muy extraño, dama Kikú.

Ella sonrió para sus adentros.

—¿Qué prefieres?

El muchacho reflexionó un buen rato mientras yacían tranquilos y abrazados.

—Es un trabajo bastante pesado —dijo.

Ella enterró la cabeza en su espalda y le besó la nuca para disimular una sonrisa.

—Eres un amante maravilloso —murmuró—. Y ahora debes dormir, después de un trabajo tan pesado.

Lo acarició hasta que se quedó dormido y después lo dejó y se fue a su camastro.

El lecho se había enfriado. Pero ella no quería volver al calor de Yabú para no molestarlo. El lecho se calentó pronto.

Las sombras del shoji se agudizaban. «Los hombres son unos chiquillos —pensó—. Llenos de un orgullo tonto. Toda la angustia de esta noche por algo tan fugaz. Por una pasión que, en sí misma, no es más que una ilusión, *¿neh?*»

El muchacho se agitó en sueños.

«¿Por qué te ofreciste a él? —se preguntó Kikú—. Para su placer, por él y no por mí, aunque me divirtió y me ayudó a pasar el tiempo y le di la paz que necesitaba. ¿Por qué no duermes un poco? Más tarde. Dormiré más tarde.»

Cuando llegó la hora, se deslizó fuera del calor suave del lecho y se puso de pie. Sus quimonos se abrieron en un susurro y el aire la hizo estremecerse. Rápidamente, se ajustó las ropas y se ató el *obi*. Un diestro y cuidadoso toque a su peinado. Y a su maquillaje.

No hizo el menor ruido al salir.

El centinela samurai de la galena se inclinó. Ella correspondió a su saludo y salió al sol del amanecer. Su doncella la estaba esperando.

—Buenos días, Kikú-san.

—Buenos días.

El sol era agradable y borraba la noche. Kikú pensó que vivir era hermoso.

Introdujo los pies en las sandalias, abrió su sombrilla escarlata y cruzando el jardín salió al caminito que conducía al pueblo y llegó a la plaza y a la casa de té que era su residencia temporal. Su doncella la siguió.

—Buenos días, Kikú-san —le gritó Mura inclinándose.

Estaba descansando un momento en la galería de su casa, bebiendo cha, el té verde pálido del Japón. Su madre le servía.

—Buenos días, Kikú-san —dijo también ella.

—Buenos días, Mura-san. Buenos días, Saiko-san… Tienes muy buen aspecto —respondió Kikú.

—Y tú, ¿cómo estás? —preguntó la madre taladrando con los ojos a la joven —. ¡Terrible noche! Toma el té con nosotros. Estás pálida, chiquilla.

—Gracias, pero debéis disculparme porque tengo que ir a casa. Me hacéis un gran honor. Tal vez más tarde.

—Desde luego, Kikú-san. Honras nuestro pueblo con tu presencia.

Kikú sonrió y fingió no advertir sus miradas escrutadoras. Después se alejó estoicamente.

—¡Oh, pobre niña! Es bonita, *¿neh?* ¡Qué vergüenza! ¡Es terrible! —dijo la madre de Mura con un suspiro que partía el corazón.

—¿Qué es eso tan terrible, Saiko-san? —preguntó la mujer de Mura saliendo a la galería.

—¿No has visto la angustia de esa pobre criatura y con qué valor trataba de disimularla? Sólo diecisiete años y tener que soportar todo eso.

—Tiene dieciocho —dijo Mura secamente.

—Todo, ¿qué, mi ama? —dijo una de las criadas uniéndose al grupo.

La vieja miró a su alrededor para asegurarse de que todas la escuchaban y murmuró:

—He oído decir… He oído decir… que quedará inútil… por tres meses.

—¡Oh, no! ¡Pobre Kikú-san! Pero ¿por qué?

—Él empleó los dientes.

—Lo sé de buena tinta.

—¡Oh!

—¡Oh!

—Pero, ¿por qué tiene también al muchacho, mi ama? Supongo que no…

—¡Lárgate! Vuelve a tu trabajo, haragana. ¡Tú no debes oír estas cosas! Marchaos todas. El amo y yo tenemos que hablar.

Y las echó de la galería. Incluso a la esposa de Mura. Y sorbió su cha, tranquila y satisfecha.

—¿Dientes? —preguntó Mura rompiendo el silencio.

—Sí. Según rumores, los gritos lo excitan porque un dragón le dio un susto cuando era pequeño —contestó ella de corrido—. Siempre tiene un muchacho con él para que le recuerde cómo se quedó petrificado en su juventud, pero en

realidad, lo tiene para acostarse con él… De no hacerlo así, destrozaría a la pobre muchacha.

Mura suspiró. Se dirigió a la casilla exterior, junto a la puerta de entrada y se alivió con un ruido involuntario en el cubo. Se preguntó qué había pasado en realidad. ¿La habría mordido realmente el daimío? ¡Qué cosa más rara!

Salió, se sacudió para asegurarse de no manchar el taparrabo y se dirigió a la plaza, sumido en una profunda reflexión.

—¿Cuánto habrá tenido que pagar Omi-san a Mamá-san? En definitiva, lo pagaremos nosotros. ¿Dos kokú? Dicen que Mamá-san, Gyoko-san, pidió y obtuvo el décuplo del precio corriente. ¿Cinco kokú por una noche? Ciertamente, Kikú-san los vale, *¿neh?*

Se ajustó distraídamente el taparrabo mientras salía de la plaza y subía el pisoteado sendero que conducía al campo funerario.

La pira había sido preparada. Una delegación de cinco hombres del pueblo se encontraba ya allí.

Era el lugar más agradable de la aldea. La brisa del mar soplaba más fresca en verano, y la vista era deliciosa. Cerca de allí, se hallaba el santuario Shinto, un pequeño cobertizo sobre un pedestal, para el *kami*, el espíritu, que vivía allí o podía hacerlo cuando le viniese en gana. Un tejo nudoso, más viejo que el pueblo, aparecía inclinado por la fuerza del viento.

Más tarde llegó Omi. Lo acompañaban Zukimoto y cuatro guardias. Se inclinó ceremoniosamente ante la pira y el cadáver envuelto en un sudario y casi descoyuntado, y los otros lo imitaron honrando así al bárbaro que había muerto para que viviesen sus camaradas.

A una señal de Omi, Zukimoto avanzó para encender la pira. Había pedido este privilegio a Omi y le había sido concedido. Hizo una última reverencia. Cuando el fuego estuvo bien encendido, se marcharon todos.

Blackthorne metió la taza en el barreño, la llenó cuidadosamente hasta la mitad y la ofreció a Sonk. Éste bebió de un trago el tibio líquido y lamentó haberlo hecho tan de prisa en el momento en que el agua hubo pasado por su garganta reseca. Después volvió a su sitio junto a la pared pasando por encima de los que estaban echados. El suelo estaba lleno de cieno, el hedor y las moscas eran algo horrible.

Vinck era el siguiente, sentado cerca del barreño. Cogió la taza y la miró

fijamente.

—Date prisa —le dijo Jan Roper, que debía ser el último en beber y se sentía aún más torturado por la proximidad del agua—. Date prisa, Vinck, por el amor de Dios.

—Perdón. Bueno, tómala tú —murmuró Vinck tendiéndole la taza.

—¡Bebe, estúpido! No tendrás más hasta que se ponga el sol. ¡Bebe!

Jan Roper puso de nuevo la taza en las manos de Vinck. Éste no lo miró, pero obedeció sumiso y se hundió una vez más en su infierno interior.

Jan Roper tomó la taza de agua que le ofrecía Blackthorne. Cerró los ojos y dio las gracias en silencio. Era uno de los que estaban de pie y le dolían los músculos de las piernas. La taza no contenía más de dos tragos.

Y ahora que todos habían tomado su ración, Blackthorne sumergió la taza y sorbió con alivio el agua. Su boca y su lengua estaban ásperas y ardían.

Observó al samurai que los otros habían dejado en la hoya. Estaba acurrucado contra la pared, entre Sonk y Croocq, ocupando el menor espacio posible, y llevaba horas sin moverse.

Cuando Blackthorne había recobrado el sentido reinaba la más completa oscuridad. Los gritos llenaban el pozo y se imaginó que estaba muerto, sumido en lo más hondo del infierno, y gritó a su vez, y se agitó presa del pánico, hasta que, después de lo que le pareció una eternidad, oyó que alguien le decía:

—Bueno, capitán, no estáis muerto. Estáis bien. Despertad, despertad, por el amor de Dios. Esto no es el infierno, aunque podría serlo. ¡Oh, buen Jesús, ayúdanos!

Cuando hubo recobrado plenamente la conciencia, le contaron lo de Pieterzoon y lo de los barriles de agua de mar.

—¿Qué le están haciendo al pobre Pieterzoon? ¡Ayúdanos, Dios mío! ¡No puedo soportar esos gritos!

La noche se había hecho interminable en el pozo.

Antes del amanecer habían cesado los gritos. Con las primeras luces de la aurora había visto al olvidado samurai.

—¿Qué haremos con él? —había preguntado Van Nekk.

—No lo sé. Parece tan asustado como nosotros —había dicho Blackthorne cuyo corazón latía desaforadamente.

—Será mejor que no intente nada.

—¡Oh, buen Jesús, sácame de aquí! —dijo Croocq, y el tono de su voz se fue elevando—. *¡Socorrooooo!*

Van Nekk, que estaba cerca de él, lo sacudió y lo apaciguó:

—Bueno, muchacho. Estamos en las manos de Dios. Él cuidará de nosotros.

—¡Mirad mi brazo! —gimió Maetsukker cuya herida ya se había infectado.

Blackthorne se puso de pie tambaleándose.

—Si no nos sacan de aquí, todos estaremos locos de remate dentro de un par de días —dijo.

—Casi no hay agua —advirtió Van Nekk.

—Racionaremos la que queda. Un poco ahora y un poco al mediodía. Si tenemos suerte, habrá para tres turnos. ¡Malditas moscas!

Había encontrado la taza y había repartido una ración, y ahora sorbía la suya haciéndola durar.

—¿Qué vamos a hacer con el japonés? —dijo Spillbergen que había pasado la noche mejor que los otros, porque se había tapado los oídos con un poco de barro y, además, como estaba junto al barreño había mitigado cuidadosamente su sed—. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Deberíamos darle un poco de agua —dijo Van Nekk.

—¡Y un cuerno! —dijo Sonk—. Yo digo que no.

Lo pusieron a votación y decidieron no darle agua.

—No estoy de acuerdo —dijo Blackthorne.

—Vos no estáis de acuerdo con nada de lo que decimos —dijo Jan Roper—. Es nuestro enemigo. Es un diablo pagano y estuvo a punto de mataros.

—Tú también estuviste a punto de matarme media docena de veces. Si tu mosquete hubiese funcionado en Santa Magdalena me habrías volado la cabeza.

—No os apuntaba a vos. Apuntaba a los siervos de Satán.

—Eran curas desarmados. Y había tiempo de sobra.

—No os apuntaba a vos.

—Estuviste doce veces a punto de matarme con tu maldita ira y tu maldito fanatismo y tu maldita estupidez. Pero ahora haréis todos lo que yo diga.

Jan Roper miró a su alrededor buscando apoyo en vano.

—¡Haced lo que queráis! —dijo de mal talante.

—Lo haré.

El samurai estaba tan sediento como ellos, pero movió la cabeza al serle ofrecida la taza. Blackthorne vaciló y después acercó la taza a los labios del samurai, pero éste la apartó de un golpe derramando el agua y murmuró algo en voz ronca.

—Está loco. Todos están locos —dijo Spillbergen.

—¡Habrá más agua para nosotros! —exclamó Jan Roper—. Dejad que se vaya al infierno… Bien merecido lo tiene.

—¿Cómo te llamas? ¿Nombre? —le preguntó Blackthorne.

Lo repitió de diferentes maneras, pero el samurai pareció no oírle.

Le dejaron en paz. Pero lo vigilaron como si fuese un escorpión. El hombre no devolvió sus miradas. Blackthorne tenía la seguridad de que se estaba forjando algo en su cabeza, pero no tenía la menor idea de lo que podía ser.

«¡Dios mío, ojalá pudiera acostarme! —pensó—. ¡Ojalá pudiera darme un baño! Hoy no tendrían que llevarme a rastras. Nunca me había dado cuenta de lo importante que puede ser un baño. ¡Y aquel hombre de los dedos de acero! De buena gana lo tendría un par de horas conmigo. ¡Qué desastre! ¡Tantos barcos, tantos hombres y tantos esfuerzos para llegar a esto! Un fracaso total. Bueno, casi total. Algunos de nosotros seguimos aún con vida.»

—¡Capitán! —dijo Van Nekk, sacudiéndolo—. Os habéis quedado dormido. Es él… Está inclinado ante vos desde hace más de un minuto.

Y señaló al samurai, que estaba arrodillado frente a él, con la cabeza baja.

Blackthorne se frotó los ojos. Con un esfuerzo correspondió al saludo.

—*¿Hai?* —preguntó secamente recordando la palabra que significaba «sí» en japonés.

El samurai arrancó el cinto de su destrozado quimono y se rodeó el cuello con él. Sin levantarse, entregó un extremo a Blackthorne y el otro a Sonk, inclinó la cabeza y, con un ademán, les indicó que tirasen.

—Teme que lo estrangulemos —dijo Sonk.

—No. Es lo que quiere que hagamos.

Blackthorne soltó el cinto y movió la cabeza. Después, pensando en lo útil que resultaba esta palabra, dijo enérgicamente:

—*¡Kinjiru!*

El samurai insistió, suplicándole con sus gestos, pero Blackthorne volvió a negar con la cabeza y a decir: «*Kinjiru*.» El hombre miró enloquecido a su alrededor. De pronto, se puso de pie y metió la cabeza en el barreño de los excrementos tratando de ahogarse. Jan Roper y Sonk lo sacaron de allí inmediatamente mientras él tosía y se debatía.

—¡Soltadlo! —ordenó Blackthorne señalando la letrina—. Si es eso lo que quieres, samurai, adelante…

El hombre estaba vomitando, pero comprendió. Miró el apestoso cubo y supo que no tendría fuerzas para tener la cabeza sumergida mucho tiempo. Con

un gran desconsuelo, volvió a su sitio junto a la pared.

Blackthorne llenó media taza de agua y la ofreció al japonés. El samurai fingió no verla.

—Por el amor de Dios, ¿cuánto tiempo nos tendrán aquí? —preguntó Ginsel.

—Todo el que quieran.

Spillbergen, Maetsukker y Sonk empezaron a lamentarse, pero Blackthorne los obligó a ponerse de pie, y cuando hubo establecido los nuevos turnos se tumbó en el suelo con alivio. El fango apestaba y las moscas eran una plaga, pero el mero hecho de poder estirarse le produjo una gran satisfacción.

«¿Qué le habrán hecho a Pieterzoon? —se preguntó, sintiendo que le invadía la fatiga—. ¡Oh, Dios mío, ayúdanos a salir de aquí! Tengo miedo.»

Sonaron pasos arriba. Se abrió la trampa. El sacerdote estaba allí, entre unos samurais.

—Capitán, tenéis que subir —dijo—. Sólo vos.

CAPÍTULO VI

Los ojos de todos los del pozo se fijaron en Blackthorne.

—¿Qué quieren de mí?

—No lo sé —dijo gravemente el padre Sebastião—. Pero debéis subir en seguida.

Blackthorne sabía que no tenía opción, pero se mantuvo junto a la pared protectora haciendo acopio de fuerzas.

—¿Qué le han hecho a Pieterzoon?

El sacerdote se lo dijo, y él lo tradujo para los que no hablaban portugués.

—Lo siento, pero no pude hacer nada —dijo el sacerdote con profunda tristeza—. Le di la absolución y recé por él. Tal vez, por la gracia de Dios… —Hizo la señal de la cruz sobre el pozo—. En cuanto a vosotros, os pido que renunciéis a la herejía y que volváis a la fe de Dios. Debéis subir, capitán.

Vinck se dirigió a la escalera y empezó a subir.

—Cogedme a mí, no al capitán. Decidle que…

Se detuvo, impotente. Una punta de lanza estaba a una pulgada de su pecho. Trató de agarrar el astil, pero el samurai estaba alerta y si Vinck no hubiese dado un salto atrás habría sido atravesado sin remedio.

El samurai apuntó a Blackthorne ordenándole que subiera. Blackthorne no se movió. Entonces, el samurai que estaba en el sótano lo miró, se encogió de hombros y dijo algo.

—¿Qué ha dicho?

—Una máxima japonesa —respondió el cura—. «El destino es el destino y la vida no es más que una ilusión.»

Blackthorne asintió con la cabeza y se dirigió a la escalera sin mirar hacia atrás. Subió, pero al llegar arriba las rodillas le flaquearon y cayó sobre el suelo arenoso.

Omi estaba a un lado. El sacerdote y Mura permanecían de pie junto a los cuatro samurais. Nadie le ayudó a levantarse.

—¡Dios mío, dame fuerza! —rogó Blackthorne—. Tengo que ponerme de pie y fingir vigor. Es lo único que respetan. La fuerza.

Apretó los dientes y apoyándose en el suelo se levantó tambaleándose ligeramente.

—¿Qué diablos quieres de mí? —preguntó a Omi y después se dirigió al sacerdote—: Decidle a ese bastardo que yo soy daimío en mi país y que merezco este tratamiento. Decidle que no tenemos nada contra él. Que nos deje marchar o le pesará. Decidle que soy un daimío, ¡vive Dios! Soy heredero de *sir* William de Micklehaven. Decídselo.

—El pirata dice que es de sangre noble en su país —explicó el cura en japonés, y escuchó la respuesta de Omi—. Omi-san dice que no le importa nada que seáis rey en vuestro país. Aquí, vuestra vida y la de vuestros hombres está en manos del señor Yabú.

—Decidle que es un cerdo.

—No debéis insultarlo.

Omi empezó a hablar de nuevo.

—Omi-san dice que tomaréis un baño. Y os darán de comer y de beber. Si os portáis bien, no volveréis al pozo.

—¿Y mis hombres?

El sacerdote preguntó a Omi.

—Permanecerán abajo.

—Entonces, decidle que se vaya al infierno —y se dirigió a la escalera dispuesto a bajar de nuevo.

Dos samurais se lo impidieron y aunque luchó contra ellos lo sujetaron con facilidad. Omi habló al sacerdote y a sus hombres. Éstos soltaron a Blackthorne que casi volvió a caerse.

—Omi-san dice que si no os portáis bien sacarán a otro de vuestros hombres. Queda mucha leña y mucha agua.

«Si acepto —pensó Blackthorne— me tendrán en su poder. Pero, ¡qué importa! Ya me tienen, de todos modos. Van Nekk tenía razón. He de hacer lo que ellos quieran.»

—¿Qué quiere que haga? ¿Qué significa «portarse bien»?

—Omi-san dice que significa obedecer. Hacer lo que os digan. Comer estiércol, si así os lo mandan.

—Decidle que se vaya al infierno. Que me meo en él y en todo su país… y en su daimío.

—Os aconsejo que aceptéis lo que…

—Decidle exactamente lo que he dicho, ¡vive Dios!

—Está bien, pero conste que os he advertido, capitán.

Omi escuchó al sacerdote. Los nudillos de sus manos se pusieron blancos. Sus hombres rebulleron inquietos atravesando a Blackthorne con sus miradas.

Omi dio una orden a media voz.

Inmediatamente, dos samurais bajaron al pozo y sacaron a Croocq, el grumete. Lo arrastraron hasta la caldera y lo ataron mientras los otros traían leña y agua.

Blackthorne observó los mudos balbuceos de Croocq y el terror que se pintaba en su semblante. «La vida no tiene ningún valor para esa gente —pensó —. ¡Que Dios les maldiga! Hervirán a Croocq, como yo estoy en esta tierra olvidada de Dios.»

—Decidle que se detenga —dijo en voz alta—. Pedidle que se detenga.

—Omi-san pregunta si prometéis portaros bien.

—Sí.

—¿Y obedecer todas las órdenes?

—Si puedo, sí.

El fuego empezaba a calentar el agua y un gemido de angustia brotó de la garganta del grumete. Las llamas de la fogata lamían el metal. Echaron más leña.

—Omi-san dice que te tiendas inmediatamente en el suelo.

Blackthorne obedeció.

—Omi-san dice que él no os ha insultado personalmente ni teníais vos ningún motivo para insultarle. No os matará, porque sois un bárbaro y parece que ignoráis muchas cosas. Pero os enseñará buenos modales. ¿Comprendido?

—Sí.

—Quiere que le respondáis directamente a él.

El grumete profirió un grito agudo que se prolongó hasta que el chico perdió el conocimiento. Un samurai le sostenía la cabeza fuera del agua.

Blackthorne miró a Omi. Se estremeció al pensar que aquel chico estaba en sus manos, que la vida de toda la tripulación estaba en sus manos.

—¿Comprendido?

—*Hai*.

Vio que Omi se abría el quimono y sacaba el miembro del taparrabo. Esperó que el hombre se mease en su cara. Pero no fue así. Omi lo hizo sobre su espalda.

«¡Por Dios que me las pagará algún día!», se juró a sí mismo.

—Omi-san dice que es de mala educación decir que uno se meará en alguien.

Sobre todo si uno está desarmado. Y peor aún si no está dispuesto a ver morir a sus amigos.

—*¿Wakarimasu ka?* —preguntó Omi.

—Dice si habéis comprendido.

—*Hai*.

—*Okiro*.

—Dice que os levantéis.

Blackthorne se levantó. Le dolía terriblemente la cabeza. Miró fijamente a Omi y éste correspondió a su mirada.

—Iréis con Mura y obedeceréis sus órdenes.

Blackthorne no respondió.

—*¿Wakarimasu ka?* —volvió a preguntar Omi.

—*Hai*.

Blackthorne medía la distancia que le separaba de Omi. Se imaginaba sus dedos en el cuello y la cara del hombre y hubiera querido tener la rapidez y la fuerza suficiente para arrancarle los ojos antes de que los otros se apoderasen de él.

—¿Y qué hay del chico? —preguntó.

El sacerdote habló a Omi con voz entrecortada.

Omi miró la caldera. El agua no estaba aún muy caliente. El muchacho se había desmayado, pero estaba indemne.

—Sacadlo de ahí —ordenó—. Llamad a un médico si lo necesita.

Sus hombres obedecieron. Blackthorne se acercó al muchacho y le auscultó el corazón. Omi llamó al sacerdote.

—Dile al jefe que el joven se quedará fuera del pozo. Si el jefe y el joven se portan bien, *es posible* que otro de los bárbaros salga del pozo mañana. Y después, otro. Tal vez. O más de uno. Todo dependerá de cómo se porten los de arriba.

El cura tradujo sus palabras, y cuando oyó que el bárbaro contestaba afirmativamente, la furia desapareció de los ojos de Omi. Pero el odio permaneció.

—Repite su nombre, sacerdote. Dilo despacio.

El cura pronunció varias veces el nombre, pero a Omi siguió sonándole como un galimatías.

—Sacerdote, dile que de ahora en adelante se llamará *Anjín*, o sea capitán, *¿neh?* Explícale que no hay sonidos en nuestra lengua para expresar su

verdadero nombre —ordenó Omi secamente—. Haz que comprenda bien que no es un insulto. Adiós, Anjín, por el momento.

Todos se inclinaron y él correspondió amablemente al saludo y se alejó. Sólo cuando estuvo lejos de la plaza y seguro de que nadie lo observaba, se permitió una amplia sonrisa. ¡Con qué rapidez había dominado al jefe de los bárbaros! ¡Y qué pronto había comprendido lo que debía hacer para lograrlo!

«Esos bárbaros son extraordinarios —pensó—. Bueno, cuanto antes aprenda el Anjín a hablar nuestra lengua, tanto mejor será. Entonces sabremos la manera de aplastar a los bárbaros cristianos de una vez para siempre.»

—¿Por qué no te orinaste en su cara? —preguntó Yabú.

—De momento, pensé hacerlo, señor. Pero el capitán es todavía un animal salvaje y muy peligroso. Hacerlo en su cara… Bueno, entre nosotros, tocar la cara a un hombre es el peor de los insultos, *¿neh?* Por consiguiente, pensé que si le insultaba tan gravemente él perdería tal vez todo dominio sobre sí mismo.

Estaban sentados en la galería de su casa, sobre cojines de seda. La madre de Omi les servía el cha —el té— con toda la ceremonia de que era capaz y que había aprendido en su juventud.

—Me has causado admiración, Omi-san —dijo Yabú—. Tu manera de razonar es excepcional. Has planeado y manejado todo este asunto de un modo espléndido.

—Eres demasiado amable, señor. Mis esfuerzos habrían podido ser mucho mejores, mucho mejores.

—¿Dónde aprendiste tanto acerca de la mentalidad de los bárbaros?

—Cuando tenía catorce años tuve por maestro a un monje llamado Jiro. Había sido sacerdote cristiano, o al menos aprendiz de sacerdote, pero, afortunadamente, había comprendido los errores de su estupidez. Decía que la religión cristiana era vulnerable porque enseñaba que su divinidad, Jesús, decía que los hombres debían «amarse» los unos a los otros. No decía nada sobre el honor o el deber, sino únicamente sobre el amor. Y también que la vida era sagrada: «No matarás.» Y otras estupideces. Estos nuevos bárbaros se dicen también cristianos, aunque el sacerdote lo niega. Por esto pensé que tal vez pertenecen a una secta diferente y que ésta es la causa de su enemistad, de la misma manera que algunas sectas budistas se odian entre sí. Pensé que si «se

aman los unos a los otros» tal vez podría dominar a su jefe matando o amenazando con matar a uno de sus hombres.

—Pero, Omi-san —dijo su madre terciando en la conversación—, tal vez deberías decirle a nuestro señor si crees que su sumisión será temporal o permanente.

Omi vaciló.

—Temporal —dijo—. Pero creo que debería aprender nuestra lengua lo antes posible. Esto es muy importante para ti, señor. Probablemente tendrás que destruir a uno o dos de ellos para tenerlos dominados a él y a los demás, pero en definitiva aprenderá a comportarse bien. Y cuando podáis hablar directamente con él, Yabú-sama, podréis aprovechar sus conocimientos. Si es verdad lo que dice el sacerdote… que pilotó el barco en una ruta de diez mil *ri*… Debe de ser bastante inteligente.

—Tú eres más que bastante inteligente —rió Yabú—. Quedas encargado de los animales, Omi-san, domador de hombres.

—Lo intentaré, señor —dijo Omi riéndose también.

—Tu feudo de quinientos kokú queda aumentado a tres mil. Dominarás en veinte ri[1]. Y en mayor prueba de mi afecto, cuando regrese a Yedo te enviaré dos caballos, veinte quimonos de seda, una armadura, dos sables y armas suficientes para equipar a otros cien samurais que habrás de reclutar. Cuando estalle la guerra, te incorporarás inmediatamente a mi estado mayor en calidad de *hatamoto*.

Yabú se sentía espléndido. El *hatamoto* era un ayudante especial del daimío, que podía presentarse siempre a su señor y llevar sables en su presencia. Estaba encantado con Omi y se sentía descansado, como nuevo, después de haber dormido estupendamente.

—Omi-san, hay también una piedra en mi jardín de Mishima que me gustaría que aceptaras para conmemorar este acontecimiento y la maravillosa noche que he pasado y nuestra buena fortuna. Te la enviaré con las otras cosas. Procede de Kiusiu, y yo le puse el nombre de «La Piedra de la Espera» porque estábamos esperando que el Taiko ordenara un ataque cuando la encontramos. Esto ocurrió hace quince años. Yo formaba parte de su ejército que aplastó a los rebeldes y sometió la isla.

—Me haces un gran honor.

—¿Por qué no ponerla aquí, en tu jardín, y darle un nombre nuevo? Podríamos llamarla «La Piedra de la Paz del Bárbaro» para conmemorar esta noche y su interminable espera de la paz.

—Quisiera que me permitieses llamarla «La Piedra de la Felicidad» para que nos sirviera a mí y a mis descendientes de recordatorio de los honores que me has prodigado, tío.

—No. Es mejor llamarla simplemente «El Bárbaro Expectante». Sí, me gusta este nombre. Nos une más… a él y a mí. Él esperaba y yo esperaba. Yo viví, y él murió.

Yabú miró el jardín y murmuró:

—Bien, «El Bárbaro Expectante». Me gusta. La piedra tiene, en uno de sus lados, unas curiosas manchas que parecen lágrimas y unas vetas azules mezcladas con un cuarzo rojizo que me recuerdan la carne… ¡la fugacidad de la carne!

Suspiró gozando con su melancolía. Después añadió:

—Es bueno para un hombre plantar una piedra y darle nombre. El bárbaro tardó mucho en morir, *¿neh?* Tal vez, cuando vuelva a nacer, será japonés como recompensa por su sufrimiento. ¿No sería maravilloso?

Omi le dio las gracias efusivamente y declaró que no era merecedor de tanta munificencia. Yabú sabía que su generosidad era más que merecida. Fácilmente habría podido dar más, pero había recordado un viejo adagio según el cual siempre se puede aumentar un feudo, pero si se reduce es causa de enemistad. Y de traición.

Sonaron cascos de caballos en la cuesta. Igurashi, primer ayudante de Yabú, cruzó el jardín.

—Todo está listo, señor. Si queréis volver rápidamente a Yedo deberíamos partir en seguida.

—Bien. Omi-san, tú y tus hombres iréis con el convoy y ayudaréis a Igurashi-san para que todo llegue al castillo en perfecto estado.

Yabú vio cruzar una sombra por el rostro de Omi.

—¿Qué tienes que decir?

—Sólo estaba pensando en los bárbaros.

—Deja unos cuantos guardias con ellos. Comparados con el convoy, carecen de importancia. Haz con ellos lo que quieras. Si descubres que te sirven para algo, házmelo saber.

—Sí, señor —respondió Omi—. Dejaré diez samurais y unas instrucciones

concretas a Mura de que no les pase nada en cinco o seis días. ¿Qué queréis que se haga con el barco?

—Consérvalo aquí. Tú me respondes de él. Zukimoto ha escrito a un mercader de Nagasaki para que lo ofrezca en venta a los portugueses. Puede que vengan a recogerlo.

Omi vaciló.

—Tal vez deberías conservar el barco, señor, y hacer que los bárbaros enseñen su manejo a algunos de nuestros marineros.

—¿Para qué necesito barcos bárbaros? —repuso Yabú riendo despectivamente—. ¿Quieres que me convierta en un sucio mercader?

—Claro que no, señor —dijo rápidamente Omi—. Sólo pensaba que tal vez Zukimoto podría darle un empleo útil.

—¿Qué quieres que haga con un barco mercante?

—El sacerdote dijo que era un barco de guerra, señor. Y, cuando estalle la guerra podría…

—Nuestra guerra se desarrollará en tierra firme. El mar es para los mercaderes, que son unos puercos usureros, o piratas, o pescadores.

Yabú se levantó y empezó a bajar la escalera en dirección a la puerta del jardín donde un samurai sostenía la brida de su caballo. Pero se detuvo, mirando al mar. Las rodillas le flaquearon.

Omi siguió su mirada.

Un barco estaba volviendo el cabo. Era una galera grande con muchísimos remos, la embarcación costera japonesa más veloz porque no dependía del viento ni de la marea. La bandera del mástil llevaba la enseña de Toranaga.

CAPÍTULO VII

Toda Hiro-matsu, señor de las provincias de Sagami y Kozuké, general y consejero de confianza de Toranaga y comandante en jefe de todos sus ejércitos, bajó solo la pasarela y se plantó en el muelle. Era alto como japonés, casi seis pies, robusto y de fuertes mandíbulas, y llevaba con gallardía sus sesenta y siete años. Su quimono militar era de seda de color castaño, liso a no ser por las cinco pequeñas insignias de Toranaga: tres cañas de bambú entrelazadas. Llevaba una bruñida coraza y unos protectores de acero en los brazos. Sólo el sable corto pendía de su cinto. El largo lo llevaba en la mano. Para poder desenvainarlo inmediatamente y matar si había de proteger a su señor.

Hacía un año, al morir el Taiko, Hiro-matsu se había hecho vasallo de Toranaga. Toranaga le había dado el gobierno de Sagami y Kozuké, dos de sus ocho provincias y quinientos mil kokú al año.

La playa estaba ahora llena de lugareños —hombres, mujeres y niños—, todos ellos arrodillados y con la cabeza baja. Los samurais estaban formados en filas delante de ellos y a la cabeza Yabú y sus lugartenientes.

Si Yabú hubiese sido una mujer o un hombre más débil, habría estado golpeándose el pecho, gimiendo y arrancándose los cabellos. Era demasiada coincidencia. El hecho de que el famoso Toda Hiro-matsu estuviera aquí en este día significaba que Yabú había sido traicionado en Yedo por un miembro de su casa o en Anjiro por Omi, por uno de los hombres de Omi o por uno de los lugareños. Le habían atrapado en plena desobediencia. Un enemigo se había aprovechado de su interés por el barco.

—Ah, Yabú-sama —oyó decir a Hiro-matsu y advirtió que la reverencia de éste era menos que correcta y que, por consiguiente, él estaba en grave peligro.

—Me honras viniendo a una de mis pobres aldeas, Hiro-matsu-sama —dijo.

—Mi señor me ordenó venir.

Hiro-matsu tenía fama por su brusquedad. No era insidioso ni astuto, pero sí absolutamente fiel a su señor feudal.

—Me alegro y me siento honrado —dijo Yabú—. Vine corriendo aquí desde Yedo a causa de ese barco bárbaro.

—El señor Toranaga había invitado a todos sus daimíos amigos a esperar en Yedo hasta su regreso de Osaka.

—¿Cómo está nuestro señor? Confío en que sigue bien.

—Cuanto antes esté el señor Toranaga a salvo en su castillo, tanto mejor será. Y cuanto antes choquemos abiertamente con Ishido y nuestro ejército se abra camino hasta el castillo de Osaka y lo reduzca a cenizas, tanto mejor será.

El Taiko había construido el castillo de Osaka para que fuera invulnerable. Había espacio para ocho mil soldados dentro de su recinto. Y alrededor de las murallas y de la gran ciudad había otros ejércitos, igualmente disciplinados y bien armados y todos ellos fanáticos defensores de Yaemón, el Heredero.

—Le dije docenas de veces que era una locura ponerse en manos de Ishido —añadió—. ¡Una verdadera locura!

—El Señor Toranaga tenía que ir, *¿neh?* No tenía más remedio.

El Taiko había ordenado que el Consejo de Regencia se reuniese al menos dos veces al año en el castillo de Osaka con un séquito de quinientas personas como máximo. Y todos los daimíos estaban obligados a visitar el castillo con sus familias, dos veces al año, para presentar sus respetos al Heredero. De este modo, todos estaban bajo control e indefensos durante parte del año.

—Se había convocado la reunión, *¿neh?* Si no hubiese ido, habría sido traición, *¿neh?*

—Traición, ¿contra quién? —dijo Hiro-matsu, muy sofocado—. Ishido está tratando de aislar a nuestro señor. Escucha, si yo tuviese en mi poder a Ishido, como él tiene a Toranaga, no vacilaría en cortarle la cabeza. ¿Dónde están los cañones?

—Los hice desembarcar. Como medida de seguridad. ¿Celebrará Toranaga-sama otro compromiso con Ishido?

—Cuando salí de Osaka todo estaba tranquilo. El Consejo tenía que reunirse al cabo de tres días. —Hiro-matsu miró fijamente a Yabú—. Toranaga ordenó a todos los daimíos aliados que le esperasen en Yedo hasta su regreso. Esto no es Yedo.

—Sí. Pensé que el barco era lo bastante importante para investigarlo inmediatamente.

—No había necesidad, Yabú-san. Debías tener más confianza. Nada sucede sin que lo sepa nuestro señor. Él habría enviado a alguien a investigar. En realidad, me envió a mí. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un día y una noche.

—Viniste muy deprisa de Yedo. Te felicito.

Para ganar tiempo, Yabú empezó a contar a Hiro-matsu su marcha forzada. Pero él estaba pensando en cuestiones más vitales. ¿Quién era el espía? ¿Cómo había recibido Toranaga información sobre el barco al mismo tiempo que él? ¿Y quién había enterado a Toranaga de su partida? ¿Cómo podía manejar a Hiro-matsu?

Hiro-matsu lo escuchó y dijo con voz acerada:

—El señor Toranaga ha confiscado el barco y todo su contenido.

Se hizo un silencio impresionante en la playa. Estaban en Izú, feudo de Yabú, y Toranaga no tenía allí ningún derecho. Ni podía Hiro-matsu ordenar nada. La mano de Yabú se cerró sobre la empuñadura de su sable.

Hiro-matsu esperó con una calma fruto de la práctica. Había hecho exactamente lo que le había ordenado Toranaga y estaba comprometido. El terrible dilema era matar o morir.

Yabú sabía que también él debía comprometerse. No había espera. Si se negaba a entregar el barco, tendría que matar a Hiro-matsu, llamado Puño de Hierro, porque Hiro-matsu no se marcharía sin el *Erasmus*. En la galera atracada en el muelle, había tal vez doscientos samurais escogidos. También tendrían que morir. Podía invitarlos a desembarcar y entretenerlos, y en pocas horas, podía reunir en Anjiro los samurais suficientes para vencerlos, pues era maestro en emboscadas. Pero esto obligaría a Toranaga a enviar sus ejércitos contra Izú.

«Me aniquilarían —se dijo—, a menos que Ishido viniera en mi ayuda. Pero, ¿por qué habría de ayudarme, si soy enemigo de Ikawa Jikkyu, que es pariente suyo y ambiciona adueñarse de Izú? Pero, ¿y mis cañones? Si tengo que entregarlos a Toranaga, perderé la gran oportunidad de mi vida.»

Había descartado inmediatamente la posibilidad de no hablar de los mosquetes.

Si alguien había revelado la presencia del barco, sin duda había revelado también su cargamento. Pero, ¿cómo llegó la noticia con tanta rapidez a Toranaga? ¡Por paloma mensajera! Era la única respuesta. ¿Desde Yedo o desde allí? ¿Quién tenía allí palomas mensajeras? ¿Por qué no tenía él aquel servicio? Esto era por culpa de Zukimoto. Debió de pensar en ello, *¿neh?*

Tenía que decidirse de una vez: guerra o no guerra.

—El señor Toranaga —dijo— no puede confiscar el barco porque yo se lo he ofrecido ya como regalo. Dicté una carta en este sentido, ¿no es cierto, Zukimoto?

—Sí, señor.

—Naturalmente, si el señor Toranaga desea considerarlo como confiscado, puede hacerlo. Pero mi intención fue regalárselo. Y espero que le satisfaga el botín.

—Gracias, en nombre de mi señor.

Hiro-matsu se maravilló una vez más de la previsión de Toranaga, que había pronosticado exactamente lo que ocurriría. Hiro-matsu le había dicho: «Ningún daimío es capaz de tolerar semejante usurpación de sus derechos. Yo no lo toleraría.» «Pero tú habrías obedecido mis órdenes —le había respondido Toranaga— y me habrías contado lo del barco. Podremos manejar a Yabú, *¿neh?* Necesito su violencia y su astucia para neutralizar a Ikawa Jikkyu y guardarme el flanco.»

Y ahora, en la playa y bajo el amable sol, Hiro-matsu hizo una cortés reverencia, odiando su propia duplicidad.

—El señor Toranaga apreciará tu generosidad.

Yabú lo miró con atención.

—No es un barco portugués —dijo.

—Así lo teníamos entendido.

—Y es pirata.

—¿Eh? —dijo el general frunciendo las cejas.

Mientras le contaba lo que había dicho el cura, Yabú pensó que si la noticia era tan nueva para el otro como lo había sido para él era porque habían tenido la misma fuente de información. Pero si aquél conocía el contenido del barco, el espía debía de ser Omi, algunos de sus samurais o alguien del pueblo.

—Hay abundancia de tela. Algunas monedas. Mosquetes, pólvora y municiones.

Hiro-matsu vaciló y después preguntó:

—La tela, ¿es seda de China?

—No, Hiro-matsu-san —contestó Yabú, empleando el «san».

Los dos eran daimíos. Pero después de haber «regalado» generosamente el barco, Yabú se sentía lo bastante seguro para emplear el tratamiento menos deferente.

—Está bien. Ten la bondad de cargarlo todo en mi barco.

—¿Qué? —dijo Yabú, sintiendo sus tripas a punto de estallar.

—Todo. Y en seguida.

—¿Ahora?

—Sí. Lo siento, pero comprenderás que quiero volver a Osaka lo antes posible.

—Sí, pero… ¿habrá sitio para todo?

—Pon de nuevo los cañones en el barco bárbaro y séllalo. Dentro de tres días llegarán unas embarcaciones para remolcarlo hasta Yedo. En cuanto a los mosquetes, la pólvora y las municiones, hay…

Hiro-matsu se interrumpió para no caer en la trampa que vio que el otro le tendía.

—En la galera hay —le había dicho Toranaga— espacio justo para los quinientos mosquetes, la pólvora y los veinte mil doblones de plata. Deja los cañones en la cubierta del barco y las telas en la bodega. Y ten cuidado de que Yabú no te tienda una trampa para saber si conoces exactamente en qué consiste el cargamento, pues en este caso podría descubrir la identidad de nuestro espía.

Hiro-matsu maldijo su torpeza en estos juegos.

—En cuanto al espacio necesario, tal vez tú puedas indicármelo. Dime exactamente en qué consiste el cargamento. Número de mosquetes, cantidad de municiones y todo lo demás. Y el metálico, ¿es en monedas o en lingotes? ¿De plata, o de oro?

—¡Zukimoto, trae la lista del contenido!

«Más tarde nos veremos», pensó Yabú mientras Zukimoto se alejaba a toda prisa.

—Debes de estar cansado, Hiro-matsu-san. ¿Un poco de cha? Te hemos preparado habitaciones dentro de lo posible. Los baños son muy inadecuados, pero si quieres refrescarte un poco…

—Gracias. Eres muy previsor. Un poco de cha y un baño me vendrán muy bien. Más tarde. Ahora cuéntame lo ocurrido desde que llegó el barco.

Yabú le contó los hechos omitiendo lo referente a la cortesana y el muchacho, que carecía de importancia. Por orden de Yabú, Omi contó la historia excepto su conversación privada con su tío. Y Mura contó también lo que sabía.

Hiro-matsu contempló la nubecilla de humo que aún surgía de la pira.

—¿Cuántos piratas quedan?

—Diez, contando el jefe —dijo Omi—. ¿Dónde está ahora el jefe?

—En la casa de Mura.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué fue lo primero que hizo al llegar allí, después de salir del pozo?

—Se fue directamente al baño, señor —respondió rápidamente Mura—.

Ahora está durmiendo, señor. Como un muerto.

—Esta vez no has tenido que arrastrarlo, ¿eh?

—No señor.

—Parece aprender de prisa —repuso Hiro-matsu mirando a Omi—. ¿Crees que aprenderán a comportarse como es debido?

—No. No estoy seguro, Hiro-matsu-sama.

—¿Te limpiarías tú la orina de un enemigo de tu espalda?

—No, señor.

—Yo tampoco. Los bárbaros son muy extraños. —Hiro-matsu volvió su atención al barco—. ¿Quién vigilará la carga?

—Mi sobrino Omi-san.

—Bien. Omi-san, quiero zarpar antes del crepúsculo. Mi capitán os ayudará, y podréis hacerlo en tres varillas. (Esta unidad de tiempo era el rato que tardaba en consumirse una varilla corriente de incienso, o sea aproximadamente una hora.)

—Sí, señor.

—¿Por qué no vienes conmigo a Osaka, Yabú-san? —dijo Hiro-matsu como si acabara de ocurrírsele esta idea—. El señor Toranaga estará encantado de recibir todas esas cosas de tus manos.

Cuando Yabú empezó a protestar, lo dejó hablar un rato, como le había ordenado Toranaga, y después le dijo, también como le había ordenado Toranaga:

—Insisto. En nombre del señor Toranaga. Insisto. Tu generosidad merece esta recompensa.

«¿Con mi cabeza y con mis tierras?», se preguntó amargamente Yabú sabiendo que no tenía más remedio que aceptar agradecido.

—Gracias. Será un honor para mí.

—Bien. Entonces, nada nos retiene aquí —dijo Puño de Hierro con visible alivio—. Veamos lo del té y el baño.

Yabú lo condujo cortésmente a la casa de Omi. Después de lavado y fregado, el viejo se tendió a descansar en el humeante calor de la estancia. Después, el masaje de Suwo lo dejó como nuevo. Un poco de arroz, de pescado crudo y de verduras en vinagre, catado en privado. El cha, en una linda taza de porcelana. Y una breve siesta.

Al cabo de tres varillas se abrió la puerta.

—Yabú-sama está esperando fuera, señor. Dice que el barco ha sido cargado.

—Muy bien.

Hiro-matsu salió a la galería e hizo sus necesidades en el cubo.

—Tus hombres son muy eficaces, Yabú-san.

—Los tuyos les ayudaron, Hiro-matsu-san. Son más que eficaces.

«Sí, y por el Sol que les conviene serlo», pensó Hiro-matsu.

—Haz que lleven al pirata a mi barco —dijo.

—¿Qué?

—Tu generosidad te ha impulsado a regalar el barco y su contenido. La tripulación es parte del contenido. Por consiguiente, me llevo al capitán pirata a Osaka. El señor Toranaga quiere verlo. Naturalmente, puedes hacer lo que quieras con los demás. Pero, ya que vas a estar ausente, ten la bondad de asegurarte de que tus servidores comprendan que los bárbaros son propiedad de mi señor y que conviene que estén aquí los nueve, vivos y sanos, cuando él decida reclamarlos.

Yabú corrió al muelle donde debía hallarse Omi.

Antes, cuando había dejado a Hiro-matsu en el baño, se había dirigido a una pequeña meseta que dominaba el pueblo. Un pulcro santuario *kami* guardaba el lugar. Un viejo árbol proporcionaba sombra y tranquilidad. Había ido allí a calmar su furia y a pensar.

«Debes hacer que tus espías descubran al espía. Nada de lo que ha dicho Hiro-matsu indica si la traición se ha producido aquí o en Yedo. En Osaka, tienes amigos poderosos, entre ellos el propio señor Ishido. Tal vez uno de ellos pueda oler al enemigo. Pero debes enviar inmediatamente un mensaje secreto a tu esposa para el caso de que el delator esté allí. Y Omi, ¿qué? ¿Debo encargarle que busque aquí al espía? ¿Y si el espía es él? No es probable, pero tampoco imposible. Es más probable que la traición haya empezado en Yedo. Cuestión de tiempo. Si Toranaga hubiese recibido la información sobre el barco en cuanto llegó, Hiro-matsu habría llegado aquí el primero. Luego los informadores están en Yedo. ¿Y qué me dices de los bárbaros? De momento, son lo único que te ha dado el barco. ¿Cómo puedes emplearlos? Espera, ¿no te dio Omi la respuesta? Podrías emplear su conocimiento del mar y de los barcos para negociar con Toranaga sobre los cañones, *¿neh?*

»Otra posibilidad es convertirte completamente en *vasallo* de Toranaga. Confiarle tu plan. Pedirle que te permita mandar el Regimiento de Artillería…

para su gloria. *Pero un vasallo no debe esperar nunca que su señor recompense ni siquiera reconozca sus servicios: Servir es deber, deber es samurai, samurai es inmortalidad*.

»No, esto no es imaginable. Aliado, sí, vasallo, no.

»Bueno, los bárbaros son una baza a mi favor, a fin de cuentas. Omi ha tenido razón una vez más.»

Se había sentado más sereno, pero cuando había llegado la hora y un mensajero le había llevado la noticia de que el barco estaba ya cargado, y había ido en busca de Hiro-matsu, había la sorpresa de que también había perdido los bárbaros.

Estaba fuera de sus casillas cuando llegó al muelle.

—¡Omi-san!

—Sí, Yabú-sama.

—Trae aquí al jefe bárbaro. Me lo llevo a Osaka. En cuanto a los otros, haz que estén bien cuidados durante mi ausencia. Quiero que estén en buenas condiciones y que se porten bien. Emplea el pozo en caso necesario.

Desde que había llegado la galera, a Omi le daba vueltas la cabeza y estaba lleno de ansiedad por la seguridad de Yabú.

—Deja que vaya contigo, señor. Tal vez pueda ayudarte.

—No, quiero que cuides de los bárbaros.

—Por favor. Tal vez podré corresponder, aunque en grado ínfimo, a tus bondades para conmigo.

—No es necesario —dijo Yabú con más amabilidad de lo que pretendía.

Recordaba que había aumentado el salario de Omi a tres mil kokú y extendido su feudo a causa de las monedas y de los cañones que ahora se habían desvanecido. Pero había percibido la preocupación del joven y sentido una involuntaria emoción.

«Con vasallos como éste, edificaré un imperio —se prometió—. Omi mandará una de las unidades cuando recobre mis cañones.»

—Cuando estalle la guerra… Bueno, te encargaré una tarea importante, Omi-san. Ahora, ve a buscar al bárbaro.

Omi se llevó cuatro guardias y a Mura como intérprete.

Blackthorne estaba durmiendo. Necesitó un minuto para que se le despejara la cabeza. Cuando se disipó la bruma, Omi lo estaba mirando fijamente.

Mura se arrodilló y se inclinó hasta el suelo.

—*Konnichi wa* (Buenos días).

—*Konnichi wa* —dijo Blackthorne, y se arrodilló, aunque estaba desnudo, y se inclinó con igual cortesía.

—Ten la bondad de vestirte, Anjín —dijo Mura.

«¿Anjín? ¡Ah! Ahora lo recuerdo. El cura dijo que como no sabían pronunciar mi nombre me llamarían *Anjín,* que significa *capitán de barco,* y que no debía tomarlo como un insulto.»

«No mires a Omi —se aconsejó—. Todavía, no. No recuerdes la plaza del pueblo, ni a Omi, ni a Croocq, ni a Pieterzoon. Cada cosa a su tiempo. Así lo juraste delante de Dios. Cada cosa a su tiempo. Ya llegará el día de la venganza.»

Blackthorne vio que su ropa había sido lavada otra vez y bendijo a quien lo hubiera hecho. Se la había quitado en la casa de baño como si hubiese estado llena de parásitos. Se había hecho frotar tres veces la espalda con la esponja más áspera y con piedra pómez. Pero todavía sentía la quemadura de los orines.

Apartó los ojos de Mura y miró a Omi. El conocimiento de que su enemigo estaba vivo y cerca de él le producía una morbosa satisfacción.

Se inclinó como había visto hacer a los otros entre iguales y mantuvo esta actitud.

—*Konnichi wa*, Omi-san —dijo pensando que no era humillante hablar su lengua, decir «buenos días» e inclinarse como era allí costumbre.

Omi correspondió a su saludo.

—*Konnichi wa*, Anjín —dijo.

Su voz era amable, pero no lo suficiente.

—Anjín-*san* —dijo Blackthorne, mirándole a los ojos.

Sus voluntades chocaron, y Blackthorne pareció decirle: «¿Acaso no tienes modales?»

—*Konnichi wa*, Anjín-san —dijo Omi al fin con una breve sonrisa.

Blackthorne se vistió rápidamente.

—*¿Hai,* Omi-san? —preguntó cuando se hubo vestido, sintiéndose mejor, pero receloso, y lamentando no conocer más palabras.

—Por favor, las manos —dijo Mura.

Blackthorne no comprendió y así se lo hizo saber con señas. Mura alargó sus propias manos e hizo como si fuera a atárselas.

—Las manos, por favor.

—No —dijo Blackthorne dirigiéndose a Omi en inglés y sacudiendo la cabeza—. No es necesario, en absoluto. He dado mi palabra.

Su voz era amable, pero añadió con dureza imitando a Omi:

—*Wakarimasu ka*, Omi-san. ¿Comprendes?

Omi se echó a reír. Después dijo:

—*Hai*, Anjín-san. *Wakarimasu*.

Dio media vuelta y salió. Mura y los otros lo miraron, asombrados. Blackthorne lo siguió al exterior. Sus botas habían sido limpiadas. Antes de que pudiese ponérselas, la doncella «Onna» se arrodilló y lo ayudó a calzarse.

—Gracias, Haku-san —dijo recordando su verdadero nombre y preguntándose como se diría «gracias» en japonés.

Cruzó la puerta, detrás de Omi.

«Voy detrás de ti, maldito bastardo. ¡Alto! ¿No recuerdas lo que te prometiste? Además, sólo juran los débiles o los tontos, ¿no? Cada cosa a su tiempo. Ahora, tienes que ir detrás de él. Lo sabes y él lo sabe. No cometas errores.»

Los cuatro samurais se colocaron a los lados de Blackthorne mientras bajaban la cuesta. Mura seguía discretamente a diez pasos de distancia. Omi marchaba el primero.

«¿Van a encerrarme de nuevo bajo tierra? —se preguntó Blackthorne—. ¿Por qué querían atarme las manos? ¿No dijo Omi ayer que si me portaba bien me quedaría fuera del pozo? ¿No me he portado bien? Me pregunto cómo estará Croocq. El chico vivía cuando lo llevaron a la casa donde había estado la tripulación.»

El camino cuesta abajo y a través del pueblo empezó a fatigarle.

«Estás más débil de lo que creías… No, estás más fuerte de lo que pensabas», se obligó a creer.

Los mástiles del *Erasmus* sobresalían de los tejados y esto hizo latir más de prisa su corazón. Delante de ellos, la calle describía una curva siguiendo la falda de la colina, y bajaba hasta la plaza donde terminaba. Un palanquín con cortinas esperaba bajo el sol. Cuatro mozos, con sólo unos breves taparrabos, estaban agachados junto a él hurgándose distraídamente los dientes. En cuanto vieron a Omi se pusieron de rodillas y tocaron el suelo con sus frentes.

Omi se limitó a mover ligeramente la cabeza al pasar, pero entonces una joven salió de un portal para dirigirse al palanquín y Omi se detuvo.

Blackthorne contuvo el aliento y se detuvo también.

Una joven doncella salió con una sombrilla verde para cubrir a la muchacha. Omi se inclinó y la joven hizo lo mismo y los dos charlaron animadamente olvidando Omi toda su arrogancia.

La joven llevaba un quimono de color melocotón con un ancho cinturón de oro y unas zapatillas también doradas. Blackthorne vio que ella lo miraba. Era evidente que la joven y Omi hablaban de él. No sabía cómo reaccionar ni qué tenía que hacer y, por consiguiente, no hizo nada. Esperó pacientemente gozando con la visión de la mujer y con la pulcritud y el calor de su presencia. Se preguntó si ella y Omi serían amantes, o si ella sería la esposa de Omi, y si era efectivamente real.

Omi le preguntó algo y ella le respondió y agitó el abanico verde que aleteó y brilló al sol, y rió con una risa musical, delicada y exquisita. Omi sonrió y después giró sobre sus talones y se alejó. Volvía a ser el samurai.

Blackthorne le siguió. Ella lo miró al pasar, y él dijo:

—*Konnichi wa*.

—*Konnichi wa,* Anjín-san —respondió ella con una voz que lo conmovió.

Tenía apenas cinco pies de altura y era perfecta.

El perfume de la joven lo envolvía aún cuando dobló la esquina. Vio la trampa del suelo y el *Erasmus*. Y la galera. La niña se borró de su mente.

«¿Por qué están vacías nuestras portañolas? ¿Dónde están nuestros cañones? ¿Qué diablos hace ahí esa galera de esclavos? ¿Qué ha pasado en el pozo?»

Cada cosa a su tiempo.

Ante todo, el *Erasmus*. Lo que quedaba del palo de trinquete arrancado por la tormenta tenía un aspecto desolador. «Pero no importa —pensó—. Podríamos hacernos a la mar sin él. Después, medio día para colocar el palo de recambio… Aunque tal vez sería mejor no echar el ancla, sino huir a aguas más seguras. Pero ¿y la tripulación? No podrías sacarlo de aquí tú solo.»

¿De dónde habría venido aquella galera? ¿Y por qué estaba allí?

Podía ver grupos de samurais y de marineros en el muelle. La embarcación de sesenta remos —veinte por banda— aparecía limpia y bien cuidada, cuidadosamente sujetos los remos, a punto de hacerse a la mar. Se estremeció involuntariamente. La última vez que había visto una galera había sido frente a la Costa de Oro, hacía dos años, cuando su flota de cinco barcos se dirigía a Occidente. Era un barco mercante costero, portugués, que huyó de él navegando contra el viento. El *Erasmus* no pudo alcanzarla para capturarla o hundirla.

Blackthorne conocía bien la costa norteafricana, a pesar de que el Mediterráneo era peligroso para los barcos ingleses y holandeses. Los españoles y portugueses tenían mucha fuerza en aquella región y más aún los otomanos.

Los infieles turcos merodeaban en aquellas aguas con galeras de esclavos y barcos de guerra.

Sus viajes habían sido muy provechosos para él y había podido comprar un barco propio, un bergantín de ciento cincuenta toneladas, para comerciar por su cuenta. Pero había sido hundido y él lo había perdido todo. Una galera turca los había sorprendido en un día de calma, a sotavento de Cerdeña. La lucha había sido feroz hasta que poco antes de ponerse el sol el espolón de la embarcación enemiga se enganchó en su popa y los abordaron. Nunca olvidaría los agudos gritos de «Alahhhhhhhh» de los corsarios al saltar sobre las bordas. Iban armados con sables y mosquetes. Él había reunido a sus hombres y habían rechazado el primer ataque, pero se había visto superado en el segundo, por lo cual había ordenado volar la santabárbara. El barco estaba ardiendo y él decidió que era mejor morir que ser enviado a galeras. Siempre había sentido un miedo mortal de que le cogiesen vivo y lo convirtiesen en esclavo de galera, destino corriente en los marinos capturados.

Al estallar la santabárbara, la explosión abrió la quilla del bergantín y destruyó parte de la galera corsaria, y aprovechando la confusión él consiguió nadar hasta la lancha y escapar con cuatro de sus hombres. Tuvo que abandonar a los que no pudieron nadar hasta él y todavía recordaba sus gritos de socorro en nombre de Dios. Pero Dios les había vuelto la espalda aquel día por lo que perecieron o fueron a galeras. En cambio, había favorecido a Blackthorne y a los otros cuatro que habían conseguido llegar a Cagliari, en Cerdeña. Y desde allí, habían vuelto a casa sin un penique.

De esto hacía ocho años. Había sido el año en que la peste había rebrotado en Londres. Peste y hambre y algaradas de los sin trabajo. Su hermano menor y sus padres habían muerto. Incluso su hijo primogénito había perecido. Pero en el invierno había cesado la epidemia y él había conseguido fácilmente un nuevo barco y se había hecho a la mar para recobrar su fortuna. Primero había estado al servicio de la «London Company of Barbary Merchants». Después había hecho un viaje a las Indias Occidentales a la caza de barcos españoles. Después de esto, y ya un poco más rico, había navegado para Kees Veerman, el holandés, en su segundo viaje en busca del legendario Paso del Noroeste hacia Catay y las Islas de las Especias, paso que se presumía que existía en los Mares de Hielo, al norte de la Rusia zarista. Habían buscado durante dos años y Kees Veerman había muerto en el desierto ártico con el ochenta por ciento de la tripulación, y Blackthorne había dado media vuelta y había llevado a los supervivientes a sus

casas. Después, hacía tres años, la recién formada «Compañía Holandesa de la India Oriental» le había ofrecido el mando de su primera expedición al Nuevo Mundo. Le confiaron en secreto que habían adquirido por un precio enorme un libro de ruta portugués, que, según se presumía, contenía los secretos del estrecho de Magallanes. No habrían podido elegir mejor capitán. Blackthorne era el mejor piloto protestante que existía a la sazón y hablaba perfectamente el holandés, pues su madre había sido holandesa. Aceptó entusiasmado la proposición y el quince por ciento de todas las ganancias como honorarios y juró solemnemente fidelidad a la Compañía y devolverle la flota que le era confiada.

«Al menos, le devolveré el *Erasmus* —pensó Blackthorne—. Y con todos los hombres que Dios no se haya llevado.»

Ahora estaban cruzando la plaza. Apartó su mirada de la galera y vio que tres samurais estaban guardando la trampa del pozo.

—¡Omi-san! —dijo, y le explicó por señas que deseaba ir hasta la trampa, sólo para saludar a sus amigos.

Pero Omi sacudió la cabeza y dijo algo que él no comprendió. Blackthorne lo siguió sumisamente.

«Cada cosa a su tiempo —se dijo—. Ten paciencia.»

Una vez en el muelle, Omi se volvió y gritó algo a los guardias. Blackthorne vio que abrían la trampilla y miraban hacia abajo. Uno de ellos hizo señas a unos lugareños, los cuales fueron en busca de la escalera y de un barreño de agua potable y lo bajaron al pozo. Después sacaron el barreño y el cubo de los excrementos.

«¡Ya lo ves! Si tienes paciencia y sigues su juego, podrás ayudar a tus hombres», se dijo Blackthorne con satisfacción.

Había grupos de samurais cerca de la galera. Un hombre alto y viejo se mantenía apartado. En vista del respeto que le mostraba el daimío Yabú y la manera en que los otros se afanaban a su menor observación. Blackthorne dedujo inmediatamente que debía ser un personaje muy importante, tal vez el rey.

Omi se arrodilló humildemente. El viejo le correspondió con media reverencia y miró a Blackthorne.

Éste, con toda la gracia de que fue capaz, se arrodilló y apoyó las manos en el suelo del muelle, como había visto hacer a Omi, y se inclinó como él.

—*Konnichi wa*, sama —dijo, cortésmente.

Y vio que el hombre volvía a inclinarse a medias.

Después, hubo una conversación entre Yabú, el viejo y Omi. Yabú dijo algo a Mura. Y Mura señaló la galera.

—Anjín-san. Allá, por favor.

—¿Por qué?

—Ve. Ahora. ¡Ve!

Blackthorne sintió crecer su pánico.

—¿Por qué?

—*¡Isogi!* —ordenó Omi, señalando la galera.

—No, no voy a…

Omi dio una orden y cuatro samurais cayeron sobre Blackthorne y le sujetaron los brazos. Mura sacó una cuerda y empezó a atarle las manos a la espalda.

—¡Hijos de perra! —gritó Blackthorne—. ¡No voy a subir a esa maldita embarcación de esclavos!

—¡Virgen santa, dejadle en paz! Eh, vosotros, monos del diablo, ¡dejad en paz a ese bastardo! *Kinjiru, ¿neh?* ¿Es el capitán del barco? ¿El Anjín, *ka*?

Blackthorne casi no podía dar crédito a sus oídos. Las estentóreas imprecaciones en portugués procedían de la cubierta de la galera. Entonces vio que un hombre bajaba por la pasarela. Era alto como él y aproximadamente de su misma edad, pero tenía los cabellos y los ojos negros y vestía descuidadamente ropas de marinero con unas pistolas al cinto y un espadín pendiente en el costado. Un crucifijo con piedras preciosas colgaba de su cuello. Se tocaba con un airoso gorro y llevaba una sonrisa pintada en el semblante.

—¿Eres el capitán? ¿El capitán del barco holandés?

—Sí —respondió Blackthorne.

—Bien. Muy bien. Yo soy Vasco Rodrigues, capitán de esta galera.

Se volvió al viejo y le habló en una mezcla de japonés y portugués, llamándole mono-sama y otras cosas.

Hiro-matsu dio unas breves órdenes y el samurai soltó a Blackthorne y Mura lo desató.

—Así es mejor. Escucha, capitán, ese hombre es como un rey. Le he dicho que me hacía responsable de ti, que te saltaría la tapa de los sesos en menos que canta un gallo.

Rodrigues hizo una reverencia a Hiro-matsu y otra a Blackthorne.

—Inclínate ante el bastardo-sama.

Blackthorne obedeció como en sueños.

—Lo haces como un nipón —dijo Rodrigues con una mueca—. ¿Eres realmente el capitán?

—Sí.

—¿Cuál es la latitud del Lagarto?

—Cuarenta y nueve grados cincuenta y seis minutos norte, y cuidado con los arrecifes del sur-sudoeste.

—Realmente, ¡eres el capitán! —dijo Rodrigues estrechando calurosamente la mano de Blackthorne—. Ven a bordo. Allí hay comida y coñac y vino y licores. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo cansadamente Blackthorne—. ¿Adónde me lleváis?

—A Osaka. El gran señor verdugo quiere verte.

Blackthorne sintió renacer su pánico.

—¿Quién?

—¡Toranaga!, señor de las Ocho Provincias. Primer daimío del Japón. Un daimío es como un rey o un señor feudal, pero mejor. Todos son déspotas.

—¿Y qué quiere de mí?

—No lo sé, pero ésta es la razón de que estemos aquí. Y si Toranaga quiere verte, capitán, te verá. Dicen que tiene un millón de esos fanáticos de ojos sesgados capaces de morir por limpiarle el culo, si éste fuera su deseo. «Toranaga quiere que le traigas al piloto, Vasco», me dijo el intérprete. «Trae al piloto y el cargamento del barco.» ¡Oh, sí, capitán! Según tengo entendido, todo ha sido confiscado, tu barco y todo lo que hay en él.

—¿Confiscado?

—Tal vez es un rumor. A veces, los japoneses confiscan cosas con una mano y las devuelven con la otra, o dicen que nunca dieron la orden.

Blackthorne sintió fijos en él los ojos fríos de los japoneses y trató de disimular su miedo. Rodrigues siguió su mirada.

—Sí, se están poniendo nerviosos. Ya tendremos tiempo de hablar. Subamos a bordo.

Se volvió, pero Blackthorne lo detuvo.

—¿Y mis amigos…, mi tripulación?

—¿Eh?

Blackthorne le habló rápidamente del pozo. Rodrigues interrogó a Omi en un japonés elemental.

—Dice que estarán bien. Escucha, no podemos hacer nada ahora. Tendrás que esperar.

Y lo guió hasta la cubierta.

Para asombro de Blackthorne, allí no había esclavos ni cadenas.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? —preguntó Rodrigues.

—No. Pensé que era una galera de esclavos.

—No hay esclavos en el Japón. Ni siquiera en las minas. Tenemos remeros samurais. Y nunca viste remar mejor a los esclavos ni soldados que combatan mejor que ellos. Vinimos de Osaka, que está a trescientas y pico de millas marinas, en cuarenta horas. Vamos abajo. Pronto zarparemos. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, creo que sí.

Blackthorne miraba al *Erasmus* que estaba anclado a unas cien yardas de allí.

—¿No hay posibilidad de ir a bordo, capitán? No me dejaron volver, no tengo ropa, y sellaron el barco en cuanto llegamos. Por favor.

Rodrigues escrutaba la nave.

—¿Cuándo perdisteis el palo de trinquete?

—Antes de llegar aquí.

—¿Hay uno de recambio a bordo?

—Sí.

¿Cuál es su puerto de procedencia?

—Rotterdam.

—¿Fue construido allí?

—Sí.

—Tiene una buena línea. Es nueva. No había visto nada parecido. Debe de ser veloz, muy veloz. Pero difícil de manejar. ¿Podrás coger pronto tu ropa? —preguntó, volviéndose a mirar el reloj de arena.

—Sí —dijo Blackthorne, tratando de disimular una raya de esperanza.

—Con una condición, capitán. Nada de armas en la manga o en otro sitio. Tu palabra de capitán. He dicho a los monos que respondo de ti.

—De acuerdo.

—Te volaré la cabeza, seas o no capitán, si intentas el menor truco. O te cortaré el gaznate.

—Te doy mi palabra, de capitán a capitán. ¡Y al diablo los españoles!

Rodrigues sonrió dándole unas calurosas palmadas en la espalda.

—Me empiezas a gustar, inglés.

—¿Cómo sabes que soy inglés? —preguntó Blackthorne, seguro de que su portugués era perfecto y que nada de lo que había dicho podía diferenciarlo de

un holandés.

—Soy adivino —dijo Rodrigues con una carcajada.

Se dirigió a la pasarela de babor, que dominaba el muelle.

—*¡Sapito-sama! ¿Ikamasho ka?*

—*Ikamasho,* Rodrigu-san. *¡Ima!*

—*Ima* significa «ahora», «en seguida» —dijo Rodrigues, mirando pensativamente a Blackthorne—. Tenemos que zarpar en seguida, inglés.

—Pídeselo a él, por favor. Necesito ir a mi barco.

—No, inglés. No le pediré nada.

Inmediatamente, Rodrigues tocó seis veces la campana del barco y el piloto empezó a dar órdenes a los marineros y a los samurais que estaban en tierra o a bordo. Los marineros subieron a cubierta para preparar la partida y, en medio de la disciplinada confusión, Rodrigues asió del brazo a Blackthorne y lo empujó hacia la escalerilla de estribor.

—Abajo hay un bote, inglés. No te apresures, no mires a tu alrededor y no prestes atención a nadie, salvo a mí. Si te digo que vuelvas, hazlo en seguida.

Blackthorne acabó de cruzar la cubierta y bajó la escalera. Oyó unas voces irritadas detrás de él y se le erizaron los cabellos de la nuca, pues había muchos samurais armados a bordo.

—No te preocupes por él, piloto-san. Yo, Rodrigu-san, soy el responsable, *ichi-ban* Anjín-san. ¿*Wakarimasu ka*? —dijo Rodrigues, imponiendo su voz a las otras, que parecían cada vez más irritadas.

Blackthorne estaba a punto de llegar al bote cuando vio que no había escálamos en él.

—No puedo remar con ellos —se dijo—. Ese bote no me sirve. Y el barco está demasiado lejos para ir a nado. ¿O tal vez no?

Sonaron pisadas en la escalerilla y tuvo que hacer un esfuerzo para no volverse.

—Siéntate en la popa —oyó que le decía Rodrigues, con voz apremiante—. ¡De prisa!

Obedeció, y Rodrigues saltó ágilmente al bote, agarró los remos y, sin sentarse, empezó a remar con gran habilidad.

Un samurai estaba en lo alto de la escalerilla, muy excitado, y otros dos estaban a su lado con los arcos preparados. El capitán samurai gritó diciéndoles sin duda que regresaran.

A unas yardas del barco, Rodrigues se volvió y le gritó al samurai señalando

el *Erasmus*:

—Vamos allá y volvemos en seguida.

Volvió la espalda a su nave y siguió remando, empujando los remos al estilo japonés, de pie en mitad del bote.

—¡Dime si ponen flechas en los arcos, inglés! ¡Obsérvalos con atención! ¿Qué están haciendo ahora?

—Nada. Escuchan a su capitán. Este parece indeciso. No. Nadie ha sacado ninguna flecha. Pero…, espera un momento. Alguien se ha acercado al capitán, un marinero, según creo. Parece que le pregunta algo acerca del barco. Señala algo sobre la cubierta.

Rodrigues echó una rápida mirada y suspiró aliviado.

—Es uno de los pilotos. Necesitará al menos media hora para disponer de todos sus remeros.

Blackthorne esperó mientras aumentaba la distancia.

—El capitán vuelve a mirarnos. Pero, no. Ya se ha marchado. Pero uno de los samurais nos está observando.

—Que mire cuanto quiera —dijo Rodrigues, más tranquilo, pero sin reducir la marcha ni mirar hacia atrás—. No me gusta dar la espalda a un samurai, sobre todo si está armado. Aunque, en realidad, nunca los he visto sin armas. ¡Son todos unos bastardos!

—¿Por qué?

—Les gusta matar. Tienen por costumbre dormir con sus sables. Éste es un gran país, pero los samurais son tan peligrosos como las víboras y mucho más ruines.

—¿Por qué?

—No lo sé, inglés, pero lo son —respondió Rodrigues, satisfecho de hablar con alguien de su raza—. Desde luego, todos los japoneses son diferentes a nosotros, pero los samurais son los peores. No temen nada, y menos aún la muerte. ¿Por qué? Sólo Dios lo sabe. Si sus superiores dicen «mata», ellos matan, si les dicen «muere», se arrojan sobre el sable o se abren la barriga. Y también hay mujeres samurais, inglés. Matan para proteger a sus amos, que es como llaman aquí a sus maridos, o se suicidan si ellos mandan hacerlo. Para esto, se cortan el cuello. Bueno, las mujeres son distintas, a pesar de todo. No hay nada en el mundo como ellas. Pero los hombres… Los samurais son unos reptiles, y lo más seguro es tratarlos como serpientes venenosas. ¿Te sientes bien?

—Sí, gracias. Un poco débil, pero bien.

—¿Cómo fue tu viaje?

—Muy duro. Pero, hablando de los samurais, ¿cómo llegan a serlo? ¿Les basta con coger dos sables y cortarse el pelo?

—Lo son por nacimiento. Desde luego, hay muchas categorías de samurais, desde los daimíos, que están en la cima, hasta los que nosotros llamaríamos soldados de a pie, que están en el fondo. Casi siempre es cuestión de herencia, como en nuestros países. Según me han dicho, en los viejos tiempos era como en la Europa de hoy. Podía haber soldados campesinos y campesinos soldados, junto a caballeros y nobles por herencia, hasta llegar a los reyes. Algunos campesinos soldados alcanzaron los más altos rangos. El Taiko fue uno de ellos.

—¿Quién es?

—El Gran Déspota, el jefe de todo el Japón, el Gran Asesino de todos los tiempos. Otro día te contaré algo más de él. Murió hace un año y ahora estará ardiendo en el infierno. —Rodrigues escupió sobre la borda—. En realidad, hay que nacer samurai. Esta palabra procede de otra que significa «servir». Pero, aunque todos se inclinan ante el hombre de más categoría, todos son samurais y tienen privilegios especiales. ¿Qué pasa a bordo?

—El capitán está hablando con otro samurai y señalando hacia nosotros. ¿Cuáles son esos privilegios especiales?

—Aquí, el samurai lo gobierna todo y lo posee todo. Tienen su propio código de honor y sus normas particulares. El más bajo de ellos puede matar legalmente a cualquiera que no sea samurai, a cualquier hombre, mujer o niño con razón o sin ella. Yo les he visto matar sólo para probar el filo de sus sables…, y tienen los mejores sables del mundo. ¿Qué está haciendo ahora aquel maldito?

—Sólo nos observa. Se ha colgado el arco a la espalda —repuso Blackthorne estremeciéndose—. ¡Odio a esos bastardos más que a los españoles!

Rodrigues volvió a reír y siguió remando.

—Pero si quieres hacerte rico de prisa —dijo—, tienes que trabajar con ellos, porque lo poseen todo. El país está dividido en castas, como en la India. Los samurais están en la cima. Los campesinos les siguen en importancia. Sólo los campesinos pueden *poseer* tierras. ¿Comprendes? Pero los samurais son dueños de todos los productos. Son dueños de todo el arroz, que es la única cosecha importante, y devuelven una parte a los campesinos. Sólo los samurais pueden llevar armas. Si alguien que no sea samurai ataca a un samurai, se considera rebelión y su castigo es la muerte inmediata. Y si alguien presencia el ataque y

no lo denuncia en el acto, es también reo de muerte, así como su mujer e incluso sus hijos. ¡Los samurais son engendros de Satanás! Yo vi cómo trinchaban niños a pequeños pedazos. Pero a pesar de todo, si uno sabe desenvolverse, este país es un cielo en la tierra.

Miró la galera para asegurarse, y sonrió:

—Bueno, inglés, nada como un paseo en bote por el puerto, ¿eh?

Blackthorne se echó a reír y dijo:

—Pensé que no me ayudarías a ir al *Erasmus*.

—Esto es lo malo de los ingleses. No tenéis paciencia. Escucha, aquí no hay que *pedir* nada a los nipones. Sean o no sean samurais, todos son iguales. Si lo haces, vacilan y consultan al hombre que está por encima de ellos. Aquí hay que *actuar*. Claro está que… —añadió soltando una sonora carcajada— puedes equivocarte y pagarlo con la vida.

—Remas muy bien. Cuando tú llegaste, me estaba preguntando cómo se empleaban esos remos.

—No pensarías que te dejaría ir solo, ¿eh? ¿Cómo te llamas?

—Blackthorne. John Blackthorne.

—¿Estuviste en el Norte, inglés? ¿En el lejano Norte?

—Estuve con Kees Veerman en *Der Life*. Hace ocho años. Era su segundo viaje en busca del Paso del Nordeste. ¿Por qué?

—Me gustaría que me contaras algo de eso y de todos los sitios donde has estado. ¿Crees que encontrarán la ruta? Me refiero a la ruta de Asia por el Norte, al Este o al Oeste.

—Sí. Vosotros y los españoles tenéis bloqueadas las dos rutas del Sur. Por tanto, tendremos que hacerlo. Nosotros, o los holandeses. ¿Por qué lo preguntas?

—Y has navegado por la costa de Berbería, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Conoces Trípoli?

—La mayoría de los pilotos han estado allí.

—Pensé que te había visto antes de ahora. Sí, fue en Trípoli. Alguien te señaló. El famoso piloto inglés que estuvo con el explorador holandés Kees Veerman en el Mar de los Hielos… y que fue una vez capitán con Drake, ¿eh? En la Armada. ¿Cuántos años tenías entonces?

—Veinticuatro. Y tú, ¿qué hacías en Trípoli?

—Pilotaba un corsario inglés. Mi barco había sido apresado en las Indias por el pirata Morrow, Henry Morrow. Después de saquear y quemar mi barco, me

ofreció el cargo de piloto. Me hizo la oferta acostumbrada de soltar a mis camaradas y darles comida y botes si me unía a él. Yo le dije: «¿Por qué no? Con tal de que no apresemos ningún barco portugués, y me desembarquéis cerca de Lisboa y no me quitéis mis libros de ruta.» Los dos juramos sobre la Cruz y quedó cerrado el trato. Tuvimos un buen viaje y varios mercaderes gordos españoles cayeron en nuestras manos. Morrow cumplió su palabra, como buen pirata. Me desembarcó con mis libros de ruta… después de haberlos hecho copiar, naturalmente, aunque no sabía leer ni escribir, y me dio mi parte en el precio del botín. ¿Has navegado alguna vez con él, inglés?

—No. La Reina le dio un título nobiliario hace unos años. No serví en ninguno de sus barcos. Celebro que fuese leal contigo.

Se acercaban al *Erasmus*. Varios samurais los observaban curiosos desde arriba.

—Fue la segunda vez que navegué con los herejes. La primera no fui tan afortunado.

—¡Oh!

Rodrigues dejó los remos. El bote llegó suavemente junto al barco, y el hombre agarró las cuerdas para subir a bordo.

—Sube tú primero, pero déjame hablar a mí.

Blackthorne empezó a trepar, mientras el otro amarraba el bote. Sin embargo, Rodrigues fue el primero en llegar sobre cubierta. Se inclino como un cortesano.

—*Nonnichi wa* a todos los samas comedores de hierbas.

Había cuatro samurais a bordo. Blackthorne reconoció a uno de ellos como uno de los guardianes de la escotilla. Muy asombrados, saludaron rígidamente al portugués. Blackthorne imitó a éste, con cierta torpeza y lamentando no hacerlo más correctamente.

Rodrigues se dirigió inmediatamente a la escalera de la cámara. Los sellos estaban en su sitio. Un samurai le cerró el paso.

—*Kinjiru, gomen nasai* (Prohibido, lo siento).

—*Kinjiru*, ¿eh? —dijo el portugués sin inmutarse—. Yo soy Rodrigu-san, anjín de Toda Hiro-matsu-sama. Ese sello —dijo, señalando el cartel rojo con la extraña escritura— es de Toda Hiro-matsu-sama, *¿ka?*

—*Iyé* —dijo el samurai moviendo la cabeza—. ¡Es de Kasigi Yabú-sama!

—*¿Iyé?* —dijo Rodrigues—. ¿Kasigi Yabú-sama? Me envía Toda Hiro-matsu-sama, que es un rey más grande que vuestro mísero señor y Toda-sama

está a las órdenes de Toranaga-sama, que es el pícaro-sama más grande del mundo. *¿Neh?*

Arrancó el sello de la puerta y llevó una mano a una de sus pistolas. Los sables estaban medio desenvainados, y Rodrigues dijo a Blackthorne:

—Prepárate para abandonar el barco.

Y, rudamente, a los samurais:

—¡Toranaga-sama! —y señaló con su mano izquierda la bandera que ondeaba en el palo mayor de su galera—. *¿Wakarimasu ka?*

Los samurais vacilaron sin soltar sus sables. Blackthorne se preparó para saltar por la borda.

—¡Toranaga-sama! —Rodrigues dio una patada a la puerta, que se abrió al saltar la cerradura—. *¿WAKARIMASU KA?*

—*Wakarimasu*, Anjín-san.

Los samurais envainaron rápidamente sus sables y se inclinaron y pidieron disculpas, y volvieron a inclinarse, y Rodrigues dijo con voz ronca mientras empezaba a bajar la escalera:

—Así está mejor.

—¡Dios mío, Rodrigues! —exclamó Blackthorne cuando estuvieron abajo—. ¿Qué les has dicho?

—Toda Hiro-matsu es el primer consejero de Toranaga. Es un daimío más importante que el suyo. Por esto cedieron.

—¿Cómo es Toranaga?

—Esto es una larga historia, inglés. —Rodrigues se sentó en el escalón, se quitó una bota y se frotó el tobillo—. Casi me he roto el pie con la puerta carcomida.

—No estaba cerrada. Te bastaba con empujarla.

—Lo sé. Pero esto no habría sido tan eficaz. ¡Virgen santa, cuánto tienes que aprender!

—¿Me enseñarás?

Rodrigues volvió a ponerse la bota.

—Eso dependerá —dijo.

—¿De qué?

—Ya veremos. Hasta ahora, yo he hecho todo el gasto de la conversación, lo cual era justo, porque conocía el terreno, y tú no. Pero pronto te llegará el turno. ¿Cuál es tu camarote?

Blackthorne lo observó un momento. El aire, debajo de cubierta, era

sofocante y rancio.

—Gracias por haberme ayudado a subir a bordo —dijo.

Echó a andar hacia popa. La puerta estaba abierta. El camarote había sido saqueado y se habían llevado todo lo que habían podido. No había libros, ni ropa, ni instrumentos, ni recado de escribir. Su arca estaba también abierta. Y vacía.

Pálido de ira, se dirigió al gran camarote, mientras Rodrigues lo miraba fijamente. Incluso el compartimiento secreto había sido descubierto y saqueado.

—¡Se lo han llevado todo los muy piojosos!

—¿Qué te imaginabas?

—No sé. Pensé que con los sellos…

Blackthorne se dirigió a la cámara fuerte. Estaba vacía. Y también la santabárbara. En la bodega, sólo estaban las balas de tela de lana.

—¡Que Dios confunda a todos los japoneses!

Volvió a su camarote y cerró el arca de golpe.

—¿Dónde están? —preguntó Rodrigues.

—¿Qué?

—Tus libros de ruta. ¿Dónde están?

Blackthorne lo miró.

—Ningún capitán de barco se preocupa por la ropa. Has venido a buscar los libros de ruta, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué te sorprendes tanto, inglés? ¿Por qué te imaginas que vine a bordo? ¿Para ayudarte a coger cuatro trapos? Bueno, ¿dónde están los libros de ruta?

—Han desaparecido. Estaban en mi arca.

—No los habrías dejado allí viniendo a un puerto desconocido. No habrías olvidado la regla principal del marino: esconderlos bien, y dejar sólo los falsos sin protección. ¡Date prisa!

—¡Los han robado!

—No te creo. Pero confieso que los has ocultado muy bien. Estuve dos horas registrando y no encontré el menor indicio.

—¿Habías estado ya aquí?

—Naturalmente —dijo Rodrigues con impaciencia—. Hace dos o tres horas con Hiro-matsu que quería echar un vistazo. Rompió los sellos, pero el daimío

local volvió a ponerlos cuando nos marchamos. ¡Date prisa! —añadió—. Se agota el tiempo.

—*¡Los han robado!* ¡Todas mis cartas! ¡Todos mis libros de ruta! Tengo copias de algunos en Inglaterra, pero el libro de ruta de este viaje y el…

Se interrumpió.

—¿Y el portugués? ¡Vamos, hombre, tenía que ser portugués!

—Sí. Pero también ha desaparecido. «Serenidad —pensó—. Han desaparecido, y se acabó. ¿Quién los tiene? ¿Los japoneses? ¿O los habrán dado al cura? Sin los libros de ruta ni las cartas de navegación, no podrás volver a casa. Nunca podrás volver… ¡Oh, Jesús, dame fuerza!»

Rodrigues lo observaba con atención. Al fin, dijo:

—Lo siento por ti, inglés. Sé lo que sientes porque también me ocurrió una vez. El ladrón fue un inglés, ¡así se hunda su barco y él arda en el infierno por toda la eternidad! Bueno, volvamos a la galera.

Omi y los otros esperaron en el muelle hasta que la galera dobló la punta de tierra y desapareció. En Occidente, unas pinceladas oscuras empezaban a teñir el cielo carmesí. En Oriente, la oscuridad fundía el cielo con la tierra borrando el horizonte.

—Mura, ¿cuánto tardaréis en embarcar todos los cañones?

—Si trabajamos de noche, habremos terminado mañana al mediodía, Omi-san. Si empezamos al amanecer, terminaremos mucho antes de ponerse el sol. Trabajaríamos con más seguridad durante el día.

—Trabajad de noche. Haz que el sacerdote venga inmediatamente al pozo.

Omi miró a Igurashi, primer lugarteniente de Yabú, que seguía mirando hacia la punta de tierra, tenso el semblante, con la sombra pronunciada de la lívida cicatriz sobre la cuenca vacía de uno de sus ojos.

—Te invito a quedarte, Igurashi-san. Mi casa es pobre, pero tal vez podamos hacer que te resulte cómoda.

—Gracias —dijo el otro volviéndose hacia él—. Pero nuestro señor me ordenó que volviese a Yedo inmediatamente, y así lo haré. —Su preocupación se hizo más manifiesta—. ¡Ojalá estuviese en aquella galera!

—Sí.

—Me aflige pensar que Yabú-sama está a bordo con sólo dos de sus hombres.

—Sí. Pero, ¿crees que el señor Toranaga no se sentirá complacido, enormemente complacido, con el regalo del señor Yabú?

—Ese mono avariento, saqueador de provincias, está tan convencido de su propia importancia que ni siquiera se dará cuenta de la cantidad de plata que ha robado a nuestro señor. ¿Dónde tenéis la cabeza?

—Supongo que sólo vuestra inquietud por el peligro que puede correr nuestro señor os ha dictado esta observación.

—Tienes razón, Omi-san. No pretendí insultarte. Has sido muy inteligente y de mucha ayuda para nuestro señor. Tal vez tienes también razón en lo que respecta a Toranaga —dijo Igurashi.

Pero estaba pensando: «Disfruta de tu recién ganada riqueza, pobre loco. Conozco a mi señor mejor que tú, y tu aumentado feudo no te hará ningún bien. Lo que tú le diste se ha desvanecido. Y por tu culpa mi señor está en peligro. Tú le enviaste el mensaje y lo tentaste después: “Mira primero a los bárbaros.” Tendríamos que habernos marchado ayer. De haberlo hecho, mi señor estaría ahora a salvo, con las armas y el dinero. ¿Eres un traidor? ¿Actúas por tu cuenta, o por la de tu estúpido padre, o por la de un enemigo? No importa. Puedes creerme, Omi, tú y tu rama del clan Kasigi no estaréis mucho tiempo en este mundo.»

—Gracias por tu hospitalidad, Omi-san —dijo—. ¡Ojalá vuelva a verte pronto, pero debo ponerme en marcha!

—¿Quieres hacerme un favor? Presenta mis respetos a mi padre. Te lo agradeceré muchísimo.

—Lo haré con mucho gusto. Gracias de nuevo, Omi-san.

Levantó la mano en amistoso saludo, dio la orden de marcha a sus hombres y salió del pueblo al frente de sus jinetes.

Omi se dirigió al pozo. El cura estaba ya allí. Omi vio que el hombre estaba irritado y deseó que cometiera alguna indiscreción en público para poder azotarlo.

—Sacerdote, di a los bárbaros que suban, uno a uno. Diles que el señor Yabú ha dicho que pueden vivir de nuevo en el mundo de los hombres. Pero que a la menor infracción de las normas, dos de ellos volverán al pozo. Tienen que portarse bien y obedecer todas las órdenes. ¿Está claro?

—Sí.

Los hombres subieron uno a uno. Todos estaban aterrorizados. Algunos necesitaron ayuda. Uno de ellos sufría agudos dolores y gritaba cuando alguien le tocaba el brazo.

—Tendrían que ser nueve.

—Ha muerto uno —repuso el sacerdote—. Su cadáver está en el pozo.

—Mura —dijo Omi después de pensar un momento—, quema el cadáver y guarda sus cenizas con las del otro bárbaro. Lleva a esos hombres a la misma casa donde estuvieron antes. Dales verduras y pescado en abundancia. Y sopa de centeno y fruta. Haz que se laven, pues apestan. —Después, se volvió al sacerdote—. ¿Bien?

—Ahora, yo volver a mi casa. Dejar Anjiro.

—Vete y no vuelvas nunca. Quizá la próxima vez que tú o uno de los tuyos volváis a *mi* feudo, será porque alguno de mis campesinos o vasallos cristianos habrá cometido traición —dijo sirviéndose de esta velada amenaza contra la indiscriminada difusión de la fe extranjera, pues si los curas estaban protegidos, no podía decirse lo mismo de los conversos japoneses.

—Comprendo, sí. Comprendo muy bien.

El cura hizo una rígida reverencia, pues incluso los sacerdotes bárbaros debían tener buenos modales, y se alejó.

—Omi-san —dijo un samurai joven y muy guapo.

—¿Sí?

—Discúlpame, por favor. Sé que no lo has olvidado, pero Masijiro-san está aún en el pozo.

Omi se acercó a la trampilla y miró al samurai. Inmediatamente, el hombre se puso de rodillas y se inclinó respetuosamente.

Omi consideró sus servicios pasados y su valor para el futuro. Después, tomó la daga del joven samurai y la arrojó al pozo.

Masijiro, al pie de la escalera, contempló el cuchillo sin dar crédito a sus ojos. Corrieron lágrimas por sus mejillas.

—No merezco este honor, Omi-san —dijo desoladamente.

—Sí.

—Gracias.

El joven samurai que estaba junto a Omi dijo:

—¿Puedo preguntar si debe hacerse el harakiri aquí o en la playa?

—Fracasó en el pozo. Se quedará en el pozo. Ordena a los lugareños que lo llenen de tierra. Que no quede rastro de la hoya. Los bárbaros la han profanado.

Kikú se echó a reír y movió la cabeza.

—No, Omi-san, lo siento, pero no me des más saké o se me caerá el cabello.

Me quedaré dormida, ¿y qué pasará entonces?

—Yo dormiré contigo y estaremos en el *nirvana*, fuera de nosotros mismos —dijo alegremente Omi.

—¡Oh, no! Me quedaría roncando, ¿y qué podrías hacer con una horrible jovencita borracha? ¡Oh, no, Omi-san del Gran Feudo Nuevo, tú mereces algo mejor!

Vertió otro poco de licor caliente en la diminuta taza de porcelana y se la ofreció con ambas manos, con el dedo índice izquierdo sosteniendo delicadamente la taza y apoyando el fondo de ésta en el índice de la mano derecha.

Él la tomó y sorbió el licor paladeando su tibieza y su suave aroma.

—Celebro mucho haber podido convencerte de que te quedaras un día más. ¡Eres tan hermosa, Kikú-san!

—Tú eres el hermoso, y el placer es mío.

Sus ojos bailaban a la luz de la vela encajada en una flor de papel y de bambú que pendía de una viga de cedro. Se hallaban en el mejor compartimiento de la casa de té próxima a la plaza. Ella se inclinó para servirle un poco más de arroz del sencillo tazón de madera colocado sobre la mesa de laca negra, pero él movió la cabeza.

—No, no. Gracias.

—Un hombre vigoroso como tú debería comer más.

—Estoy harto, de veras.

Ella dio unas leves palmadas e inmediatamente se abrió la puerta y apareció su sirvienta.

—¿Señora?

—Llévate todas estas cosas, Suisen, y trae más saké y una nueva jarrita de cha. Y fruta. El saké ha de estar más caliente que la última vez. Date prisa, haragana —dijo procurando dar a su voz un tono imperioso.

Suisen tenía catorce años. Era dulce, complaciente, y aprendiza de cortesana. Hacía dos años que estaba con Kikú, y ésta era la encargada de adiestrarla.

Haciendo un esfuerzo, Kikú apartó la mirada del blanquísimo arroz que tanto le apetecía, y procuró olvidarse de su hambre. «¡Ah! Las damas tienen poco apetito, muy poco apetito —solía decirle su maestra—. Los invitados deben comer y beber cuanto más, mejor. Pero no las damas, y menos con los invitados. ¿Cómo pueden las damas conversar o tocar el *samisen* o bailar con la boca llena? Ten paciencia. Ya comerás más tarde. Dedica toda tu atención al invitado.»

Mientras observaba críticamente a Suisen juzgando su habilidad, contó cuentos a Omi para hacerle reír y olvidar el mundo exterior. Mientras tanto, la niña se arrodilló junto a Omi y colocó las tacitas y los palillos en la bandeja de laca, artísticamente, según le habían enseñado. Después, levantó el frasco vacío de saké, inclinándolo suavemente para asegurarse de que no quedaba nada en él, pues habría sido de mala educación sacudirlo. Se levantó con la bandeja, la llevó sin ruido hasta la puerta corredera, se arrodilló, dejó la bandeja en el suelo, abrió la puerta, se levantó, pasó al otro lado, volvió a arrodillarse, levantó la bandeja, volvió a dejarla en el suelo sin ruido y cerró la puerta herméticamente.

—Tendré que buscar otra doncella —dijo Kikú, en algún modo disgustada—. Es una niña dulce y muy graciosa, pero hace demasiado ruido, un verdadero alboroto. Lo siento.

—No me he fijado en ella —dijo Omi apurando su licor—. Sólo te veo a ti.

Kikú agitó su abanico y su cara se iluminó con una sonrisa.

—Me haces sentir muy dichosa, Omi-san. Y amada.

Suisen trajo rápidamente el saké. Y el cha. Su ama sirvió un poco de licor a Omi y se lo ofreció. La niña llenó discretamente las tazas. No derramó una sola gota y pensó que el ruido que hacía el líquido al caer en la taza tenía la suave sonoridad adecuada, en vista de lo cual suspiró aliviada para sus adentros, se sentó sobre los talones y esperó.

Kikú contaba ahora una historia divertida y Omi se reía. Al mismo tiempo, ella cogió una pequeña naranja y, sirviéndose de sus largas uñas, la abrió como una flor en la que los gajos eran los pétalos y la piel dividida las hojas.

—¿Quieres una naranja, Omi-san?

El primer impulso de Omi fue decir que no podía destruir tanta belleza. Pero esto habría sido una descortesía. «¿Cómo puedo corresponder a la satisfacción que me ha dado —pensó—, dejándome ver cómo creaban sus dedos algo tan precioso y sin embargo tan efímero?»

Sostuvo un momento la flor en sus manos y después extrajo delicadamente cuatro gajos, equidistantes entre sí, y los comió con fruición. Quedaba otra flor. Sacó cuatro gajos más creando un nuevo dibujo floral. Después cogió otro gajo, y otro, de modo que los tres restantes formaban otra flor.

Por último, arrancó dos gajos y colocó el último en la cuna formada por la piel de la naranja, como una luna en cuarto creciente dentro de un sol.

Comió un gajo muy despacio. Cuando hubo terminado, se puso el otro en la palma de la mano y se lo ofreció a Kikú.

—Éste te corresponde a ti porque es el penúltimo. Es mi regalo.

Kikú tomó la fruta y la comió. Era lo mejor que había catado en su vida.

—Éste, el último —dijo Omi colocando gravemente toda la flor en la palma de su mano derecha—, es mi ofrenda a los dioses, sean quienes fueren, dondequiera que estén. Nunca volveré a comer esta fruta, a menos que sea de tus manos.

—Esto es demasiado, Omi-sama. ¡Te relevo de tu voto! ¡Lo has dicho bajo la influencia del *kami* que vive en todas las botellas de saké!

Se sentían felices los dos juntos.

—Suisen —dijo ella—. Déjanos solos. Y por favor, muchacha, procura hacerlo con gracia.

—Sí, señora.

La niña pasó a la habitación contigua para hacer que todo estuviera a la perfección. Alisó una arruga imperceptible en la finísima colcha. Después, dándose por satisfecha, se sentó, suspiró aliviada, espantó el calor de su cara con el abanico de color morado claro, y esperó complacida.

En la otra habitación, que era la más bella de la casa de té, la única que tenía jardín propio, Kikú tomó el *samisen* de largo mango. Era un instrumento parecido a una guitarra de tres cuerdas y el sonido del primer acorde llenó la estancia. Entonces, Kikú empezó a cantar. Suavemente al principio, con trémolos después, de nuevo suavemente y después con fuerza, y bajando luego la voz como un suspiro, cantó al amor y al amor no correspondido, a la alegría y a la tristeza.

—¿Señora?

El susurro no habría despertado a la persona de sueño más ligero, pero Suisen sabía que su ama prefería no dormir después de las nubes y la lluvia. Prefería descansar, medio despierta, con toda tranquilidad.

—¿Qué, Sui-chan? —murmuró Kikú con igual suavidad, empleando el «chan», como habría hecho con una hija predilecta.

—La esposa de Omi-san ha regresado. Su palanquín acaba de subir por el sendero de su casa.

Kikú miró a Omi. Lo acarició suavemente, lo justo para que su contacto entrara en sus sueños, pero sin despertarlo. Después, se deslizó del lecho y se ciñó sus quimonos.

Kikú necesitó muy poco tiempo para componer su maquillaje mientras Suisen peinaba y cepillaba sus cabellos y los sujetaba según el estilo shimoda. Después, ama y doncella cruzaron el pasillo sin ruido, pasaron a la galería, bajaron al jardín y salieron a la plaza. Era una noche cerrada y faltaba mucho para el amanecer.

Las dos mujeres empezaron a subir el sendero.

Los sudorosos y fatigados porteadores recobraban fuerzas junto al palanquín, delante de la casa de Omi. Había velas encendidas en toda la casa, y los criados iban apresuradamente de un lado a otro. Kikú hizo una seña a Suisen, la cual se dirigió a la galería de la entrada principal, llamó y esperó. Al cabo de un momento, se abrió la puerta. Una doncella saludó con la cabeza y desapareció. Volvió al cabo de un momento, hizo un gesto a Kikú y se inclinó profundamente cuando entró.

La madre de Omi no se había acostado. Estaba sentada, muy erguida, y Midori, la esposa de Omi, se hallaba frente a ella.

Kikú se arrodilló. Se inclinó, primero ante la madre de Omi y después ante la esposa, sintiendo la tensión existente entre las dos mujeres, y se preguntó:

«¿Por qué hay siempre tanta violencia entre la suegra y la nuera? ¿Acaso la nuera no se convierte en suegra con el tiempo? ¿Es que nunca aprenderán?»

—Lamento molestarte, Ama-san.

—Bienvenida, Kikú-san —dijo la vieja—. Espero que no ocurra nada malo.

—¡Oh, no! Pero no sabía si desearías que despertara o no a tu hijo —dijo Kikú, aun sabiendo cuál sería la respuesta—. Pensé que debía preguntártelo, al enterarme de que tú, Midori-san —y se volvió y sonrió a ésta, pues la apreciaba mucho— habías regresado.

La vieja dijo:

—Eres muy amable, Kikú-san, y muy previsora. Déjalo dormir en paz.

—Así lo haré. Perdona que te haya molestado, pero pensé que debía consultarte. Confío que no habrás tenido mal viaje, Midori-san.

—Ha sido horrible —dijo Midori—. Me alegro de estar de nuevo aquí. Ojalá no me hubiera marchado. ¿Está bien mi esposo?

—Sí, muy bien. Ha reído mucho esta noche y parecía muy feliz. Comió y bebió con moderación y ahora duerme tranquilamente.

—El Ama-san empezaba a contarme algo sobre las terribles cosas ocurridas durante mi ausencia y…

—No tenías que haberte marchado. Eras necesaria aquí —le interrumpió la

anciana con una intención venenosa—. O tal vez, no. Tal vez hubieras debido quedarte fuera para siempre. Quizás has traído un *kami* malo a nuestra casa, junto con la ropa de tu lecho.

—No lo traje, Ama-san —dijo Midori, con paciencia—. Te ruego que creas que antes me mataría que traer la más ligera sombra sobre tu buen nombre. Por favor, disculpa mi ausencia y mis faltas. Lo siento.

—Desde que llegó ese maldito barco, sólo hemos tenido disgustos. Esto es mal *kami*. Muy malo. ¿Y dónde estabas cuando te necesitábamos? Chismorreando en Mishima, hartándote y bebiendo saké.

—Mi padre murió, Ama-san. El día antes de mi llegada.

—¡Uf! Ni siquiera tuviste la cortesía o la previsión de estar junto al lecho de muerte de tu padre. Cuanto antes te marches definitivamente de esta casa, mejor será para todos.

Se abrió la puerta corredera. Una doncella entró nerviosamente con el cha y unos dulces. Midori sirvió primero a la anciana, que maldijo a la doncella, mordió un dulce con sus encías desdentadas y sorbió ruidosamente su bebida.

—Debes perdonar a la doncella, Kikú-san —dijo la anciana—. El cha es insípido. ¡Insípido! Y quema. Supongo que es lo único que puede esperarse en esta casa.

—Torna el mío, por favor —dijo amablemente Midori, soplando el té para enfriarlo.

La vieja lo tomó malhumorada y guardó un hosco silencio.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Midori a Kikú—. Me refiero al barco y a Yabú-sama y a Toda Hiro-matsu-sama.

—No sé qué pensar. Es muy curioso que Puño de Hierro llegase casi al mismo tiempo que el señor Yabú, *¿neh?* Y ahora, debéis disculparme. No, por favor, conozco el camino.

—De ninguna manera, Kikú-san. Te acompañaré.

—Ya lo ves, Midori-san —terció la vieja, impaciente—. Nuestra invitada se siente incómoda y el cha era horrible.

—¡Oh! El cha estuvo bien para mí, Ama-san, de veras. Lo que ocurre es que estoy un poco cansada. Tal vez me permitirás que mañana, antes de marcharme, venga a saludarte. Hablar contigo es siempre un placer para mí.

La vieja aceptó el cumplido, y Kikú siguió a Midori a la galería y al jardín.

—Has sido muy considerada, Kikú-san —dijo Midori cogiéndola del brazo, conmovida por su belleza—. Gracias.

Kikú se volvió a mirar la casa y sintió un escalofrío.

—¿Se muestra siempre así?

—Esta noche ha estado amable comparado con otras veces. Si no fuese por Omi y por mi hijo, juro que me sacudiría el polvo de los pies, me afeitaría la cabeza y me haría monja. —Suspiró, y estaba hermosa a la luz de la luna—. Pero esto carece de importancia. Dime lo que ha pasado desde que me marché.

Por esto había ido Kikú a la casa con tanta urgencia, pues ya sabía que ni la madre ni la esposa desearían turbar el sueño de Omi. Había ido para contárselo todo a dama Midori a fin de que pudiese velar por Kasigi Omi como ella misma trataría de hacerlo. Le dijo todo lo que sabía, salvo lo que había pasado en el dormitorio con Yabú. Añadió los rumores que había oído y los chismes transmitidos o inventados por las otras muchachas. Y todo lo que le había dicho Omi sobre sus esperanzas, sus temores y sus planes.

—Tengo miedo, Kikú-san, tengo miedo por mi esposo.

—Todos sus consejos fueron prudentes, señora. Creo que todo lo que hizo fue correcto. El señor Yabú no otorga recompensas a la ligera, y tres mil kokú son muy valiosos.

—Pero el barco es ahora del señor Toranaga. Y también todo el dinero.

—Sí, pero la idea de que Yabú ofreciera el barco como regalo fue genial, y esta idea se la dio Omi-san. Seguro que con ella pagó sobradamente los favores de Yabú-san, *¿neh?* Omi-san merece ser reconocido como vasallo eminente.

Kikú había retorcido sólo una pizca la verdad sabiendo que Omi estaba en gran peligro y, con él, toda su casa.

—Sí, lo comprendo —dijo Midori deseando que fuera verdad. Y besó a la niña, con ojos lacrimosos.

—Gracias. Eres muy amable, Kikú-san, muy amable.

Tenía diecisiete años.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué te parece, inglés?

—Creo que habrá tormenta.

—¿Cuándo?

—Antes de que se ponga el sol.

Era casi mediodía y estaban en el alcázar de la galera bajo un cielo de nubes grises. Era un segundo día de navegación.

—Si el barco fuese tuyo, ¿qué harías?

—¿Cuándo llegamos al punto de destino? —preguntó Blackthorne.

—Después de anochecer.

—¿A qué distancia está la tierra más próxima?

—A cuatro o cinco horas de aquí, inglés. Pero, si buscamos un refugio perderemos medio día, y no puedo permitírmelo. ¿Qué harías tú?

Blackthorne reflexionó un momento. Durante la primera noche la galera había navegado junto a la costa oriental de la península de Izú, ayudada por la gran vela del mástil de en medio. Pero, después, Rodrigues había salido al mar abierto, con rumbo al cabo Shinto, a doscientas millas de distancia.

—Normalmente —le había dicho Rodrigues—, vamos costeando para más seguridad. Pero ahora el tiempo es importante. Hay una recompensa para mí si llegamos pronto. —Y cambiando de tema—: El libro de ruta que te robaron, quiero decir el portugués… ¿de quién era?

—No lo sé. No había ningún nombre en él, ninguna firma.

—¿Quién te lo dio?

—El jefe mercader de la «Compañía Holandesa de la India Oriental».

—¿Dónde lo obtuvo él?

Blackthorne se encogió de hombros y Rodrigues se echó a reír sin ganas.

—Bueno, nunca esperé que me lo dijeras… pero espero que el que lo robó y vendió arda eternamente en el infierno.

—¿Eres empleado de Toranaga, Rodrigues?

—No. Sólo estaba de visita en Osaka. Es un favor que le hago a Toranaga. Yo soy capitán de…

Rodrigues se interrumpió.

—Siempre me olvido de que eres mi enemigo, inglés.

—Portugal e Inglaterra fueron aliados durante siglos.

—Pero no ahora. Vete abajo, inglés. Estás cansado, y yo también lo estoy, sobre todo de ver los errores de los hombres. Cuando hayas reposado, vuelve a cubierta.

Blackthorne había bajado al camarote del capitán y se había tumbado en la litera. El libro de ruta de Rodrigues estaba sobre el pupitre clavado en el mamparo. Estaba forrado de cuero y muy gastado, pero Blackthorne no lo abrió.

—¿Por qué lo dejas ahí? —había preguntado a Rodrigues.

—Porque, si no lo hubiera dejado aquí, tú lo buscarías. En cambio, ahora no lo tocarás ni lo mirarás sin mi permiso. Eres capitán de barco, no un panzudo mercader ni un soldado ladrón.

—Lo leeré. Tú lo harías.

—No sin permiso, inglés. Ningún capitán lo haría. ¡Ni siquiera yo!

Blackthorne había observado un momento el libro y después había cerrado los ojos. Durmió profundamente todo el día y parte de la noche y se despertó antes del amanecer como de costumbre. Le costaba acostumbrarse al movimiento de la galera y al sonido del tambor que marcaba el ritmo a los remeros. Permaneció cómodamente en la oscuridad, con los brazos cruzados debajo de la cabeza. Pensó en su propio barco y alejó la preocupación de lo que pasaría cuando arribasen a Osaka. «Cada cosa a su tiempo. Piensa en que, si todos los portugueses son como Rodrigues, tienes una buena oportunidad. Los capitanes de barco no son enemigos, ¡y al diablo todo lo demás! Pero tú eres inglés, un hereje, un Anticristo. Los católicos son dueños de este mundo. Lo *eran*. Ahora, nosotros y los holandeses los aplastaremos. ¡Qué tonterías! Yo habría debido nacer católico. Fue sólo el destino quien llevó a mi padre a Holanda y allí conoció a una mujer, Anneke van Droste, con la que se casó. Ella le abrió los ojos y me alegro. Como me alegro de tener abiertos los míos.»

Entonces, había subido a cubierta. Rodrigues estaba en su silla, con los ojos enrojecidos por el sueño, y dos marineros japoneses estaban al timón, igual que antes.

—¿Cómo te encuentras, inglés?

—Descansado. ¿Puedo relevarte? —dijo Blackthorne mientras Rodrigues lo sopesaba con la mirada—. Te despertaré si cambia el viento o pasa cualquier cosa.

—Gracias, inglés. Sí, dormiré un poco. Mantén este rumbo. Cuando se agote

la arena del reloj, gira cuatro grados al Oeste, y al cambio siguiente, seis grados más al Oeste. Tendrás que señalar los nuevos rumbos a los timoneles. *¿Wakarimasu ka?*

—*¡Hai!* —rió Blackthorne—. Cuatro puntos al Oeste. Vete abajo, capitán. Tu litera es muy cómoda.

Pero Vasco Rodrigues no bajó. Sólo se ciñó más su traje de marino y se hundió más en la silla. En el momento en que había que volver el reloj de arena, se despertó, comprobó el cambio de rumbo sin moverse y se durmió de nuevo.

Hiro-matsu y Yabú subieron a cubierta durante la mañana. Blackthorne advirtió su sorpresa cuando vieron que él gobernaba el barco y Rodrigues estaba durmiendo. No le dijeron nada, sino que continuaron su conversación y, al cabo de un rato, volvieron abajo.

Cerca del mediodía, Rodrigues se levantó de la silla y miró al Noroeste, oliendo el viento y aguzando todos sus sentidos. Los dos hombres estudiaron el mar, el cielo y las nubes que se estaban acumulando.

—¿Qué harías, inglés, si este barco fuera tuyo? —repitió Rodrigues.

—Correría hacia la costa, si supiese dónde está. Hacia el punto más próximo. Esta embarcación no admite mucha agua y se está preparando una tormenta para dentro de unas cuatro horas.

—No puede ser *tai-fun* —murmuró Rodrigues.

—¿Qué?

Tai-fun. Son vientos muy fuertes, como jamás los hayas visto. Pero no estamos en la estación de los *tai-fun*.

—¿Cuándo es?

—No ahora, enemigo —rió Rodrigues—. Pero la tormenta puede ser bastante fuerte, por lo que seguiré tu consejo.

Blackthorne señaló el nuevo rumbo y el timonel hizo girar limpiamente la embarcación. Rodrigues dijo:

—Ahora, iré abajo y prepararé un poco de comida.

—¿También sabes cocinar?

—En el Japón, todo hombre civilizado tiene que saber cocinar o enseñar a esos monos a hacerlo si no quiere morirse de hambre. Ellos sólo comen pescado crudo o verduras crudas sazonadas con vinagre aromatizado. Pero la vida puede ser buena si uno sabe cómo hay que tomarla.

Rodrigues bajó a su camarote. Cerró la puerta y comprobó minuciosamente la cerradura de su arca. El cabello que había colocado allí seguía en su sitio. Y

otro cabello, igualmente invisible para cualquiera que no fuese él, continuaba sobre la tapa de su libro de ruta.

«Ninguna precaución está de más en este mundo —pensó Rodrigues—. ¿Hay algún mal en que él sepa que soy el capitán de la *Nao del Trato,* que es este año el gran Barco Negro de Macao? Quizá. Porque entonces tendría que explicarle que es un monstruo marino, uno de los barcos más ricos y más grandes del mundo, de más de seiscientas toneladas. Podría caer en la tentación de hablarle de su cargamento, del comercio y de Macao, y de muchas cosas interesantes que son muy reservadas, reservadas y secretas. Y nosotros estamos en guerra contra los holandeses y los ingleses.»

Abrió la bien engrasada cerradura y sacó un libro de ruta particular para comprobar la posición del puerto más próximo, y sus ojos tropezaron con el paquete sellado que le había dado el padre Sebastião un poco antes de zarpar de Anjiro.

«¿Contiene acaso los libros de ruta del inglés?», se preguntó una vez más.

Sopesó el paquete y contempló los sellos del jesuita sintiendo la tentación de romperlos y examinar el contenido. Blackthorne le había dicho que la flotilla holandesa había ido por el estrecho de Magallanes y no le había aclarado gran cosa más. «Esos ingleses preguntan mucho y hablan poco —pensó—. Y ése es inteligente, astuto y peligroso. ¿Son éstos sus libros de ruta o no lo son? Si lo son, ¿de qué les sirven a los santos padres?»

Se estremeció pensando en los jesuitas y los franciscanos y los dominicos y en todos los curas y en la Inquisición. Había curas buenos y curas malos, pero incluso los malos eran sacerdotes. «La Iglesia ha de tener sacerdotes para que intercedan por nosotros, pues sin ellos seríamos ovejas perdidas en un mundo satánico. ¡Oh, Virgen santa, protégeme de todo mal y de los malos sacerdotes!»

Rodrigues estaba en su camarote con Blackthorne, en Anjiro, cuando se había abierto la puerta y había entrado el padre Sebastião, sin pedir permiso. Habían estado comiendo y bebiendo, y las sobras de la comida estaban aún en los tazones de madera.

—¿Compartís el pan con los herejes? —le había preguntado el sacerdote—. Es peligroso comer con ellos. Pueden contaminar. ¿Os dijo que es un pirata?

—Es de buen cristiano mostrarse caballeroso con los enemigos, padre. Cuando estuve en sus manos fueron buenos conmigo. No hago más que devolver su caridad. Y ahora, ¿qué deseáis?

—Quiero ir a Osaka. En este barco.

—Lo preguntaré en seguida.

La petición había llegado hasta Toda Hiro-matsu el cual había respondido que Toranaga no le había dado orden de llevar a un sacerdote extranjero desde Anjiro y que, por tanto, lamentaba no poder acceder a su deseo.

Entonces, el padre Sebastião había querido hablar en privado con Rodrigues y había sacado el paquete sellado.

—Quisiera que entregaseis esto al padre Visitador.

—No sé si su Eminencia estará todavía en Osaka cuando yo llegue —dijo Rodrigues porque no le gustaba servir de recadero de los secretos de los jesuitas.

—En tal caso, entregadlo al padre Alvito. Pero hacedlo en propia mano.

—Muy bien —había dicho él.

Ahora, en el camarote, dejó el paquete resistiendo la fuerte tentación. ¿Por qué el padre Alvito? El padre Martín Alvito era un gran negociante y había sido intérprete personal del Taiko durante muchos años y, por consiguiente, tenía buena amistad con la mayoría de los daimíos influyentes. El padre Alvito viajaba continuamente entre Nagasaki y Osaka y era uno de los pocos hombres, y el único europeo, que había podido acercarse al Taiko en todo momento. Ahora era el mediador portugués más influyente cerca del Consejo de Regencia, y de Ishido y Toranaga en particular.

«Suerte que los jesuitas han puesto a uno de sus hombres en una posición tan vital —pensó Rodrigues—. Ciertamente, si no hubiese sido por la Compañía de Jesús la invasión de la herejía no se habría detenido».

«¿Por qué pienso constantemente en los curas? —se preguntó luego en voz alta—. Esto me pone nervioso. Sí, pero, ¿por qué el padre Alvito? Si el paquete contiene los libros de ruta, ¿va destinado a uno de los daimíos cristianos, Ishido o Toranaga, o bien a Su Eminencia el padre Visitador? ¿O serán los libros de ruta enviados a Roma para los españoles? ¿Por qué el padre Alvito? ¿Por qué no me ha dicho el padre Sebastião que lo entregue a cualquiera de los otros jesuitas? ¿Y para qué quiere Toranaga al inglés? Sé que debería matarlo. Es un enemigo, es un hereje. Pero hay algo más. Tengo la impresión de que el inglés es un peligro para todos nosotros. Pero, ¿por qué? Es un marino, un gran marino. Fuerte. Inteligente. Es un buen hombre. Entonces, ¿de qué tengo miedo? Tengo miedo de él. ¿Qué debo hacer? ¿Dejarlo en las manos de Dios? Se acerca la tormenta, y será mala. ¡Maldita sea mi torpeza! ¿Por qué no sé nunca lo que he de hacer?»

La tormenta llegó antes de ponerse el sol y los pilló en alta mar. La tierra estaba a diez millas de distancia. La bahía a la que se dirigían era bastante segura. No había que salvar escollos ni bajíos, pero diez millas eran diez millas y el mar se encrespaba de prisa, agitado por el viento cargado de lluvia.

El ventarrón soplaba del Nordeste, sobre la banda de estribor. Ellos habían puesto rumbo al Noroeste, de modo que las olas les pillaban casi siempre de lado, agitando fuertemente la embarcación, que tan pronto se hallaba en la sima como en la cresta. La galera tenía poco calado y estaba construida para navegar velozmente en aguas tranquilas, y aunque sus remeros eran buenos y muy disciplinados, les resultaba difícil sumergir los remos y mantener el ritmo.

—Tendrás que guardar los remos y navegar a favor del viento —gritó Blackthorne.

—Tal vez, pero todavía no.

Ambos se habían sujetado con cuerdas de seguridad atadas a la bitácora y se alegraban de haberlo hecho, pues la embarcación cabeceaba y oscilaba terriblemente. Y también se agarraban a la borda.

Hasta entonces no había entrado agua en la galera. Pero iba muy cargada y navegaba más hundida de lo que ellos habrían deseado. Rodrigues había dispuesto bien las cosas durante las horas de espera. Se habían cerrado bien las escotillas y los hombres habían sido avisados. Hiro-matsu y Yabú habían dicho que permanecerían abajo durante un tiempo y que subirían después a cubierta. Rodrigues se había encogido de hombros y les había dicho claramente que sería muy peligroso. Estaba seguro de que no lo habían comprendido.

—¿Qué harán? —le había preguntado Blackthorne.

—¡Quién sabe! De lo único que puedes estar seguro es de que no llorarán de miedo.

Los remeros de la línea superior trabajaban de firme. Normalmente, había dos hombres para cada remo, pero Rodrigues había ordenado que fuesen tres, para dar más impulso, seguridad y velocidad a la embarcación. Otros esperaban abajo para relevarles cuando se diese la orden. El capitán de remeros era un hombre experimentado y su ritmo era pausado, acompasado con las olas. La galera seguía avanzando, aunque su oscilación se hacía más pronunciada a cada instante y su recuperación era más lenta. Después, las ráfagas de viento se hicieron erráticas y el capitán de remeros perdió el compás.

—¡Cuidado al frente! —gritaron casi al mismo tiempo Blackthorne y Rodrigues.

La galera osciló violentamente, veinte remos golpearon el aire en vez del agua y se hizo el caos a bordo. Una enorme ola saltó sobre la borda de babor. La nave vaciló.

—¡Adelante! —ordenó Rodrigues—. ¡Haz que retiren la mitad de los remos de cada lado! ¡De prisa! ¡De prisa!

Blackthorne sabía que sin su cuerda de segundad podía ser arrastrado fácilmente por el agua. Pero había que retirar los remos o estaban perdidos.

Deshizo el nudo y se deslizó sobre la cubierta resbaladiza y la corta escalera que conducía a la cámara principal de los remeros. De pronto, la galera giró y él se vio arrastrado hacia el lado más bajo. La borda estaba sumergida y un hombre cayó al agua. Blackthorne pensó que también iba a caer.

Pudo agarrarse a la borda con una mano, sus tendones sufrieron un enorme tirón, pero aguantaron. Asió la barandilla con la otra mano y se izó sobre cubierta, dando gracias a Dios y pensando que acababa de gastar su novena vida. Alban Caradoc decía siempre que un buen piloto tenía que ser como un gato con la diferencia de que debía tener al menos diez vidas en vez de siete.

Miró el alcázar y maldijo a Rodrigues por haber soltado la rueda del timón. Rodrigues agitó la mano, señalando algo, y gritó, pero su grito fue ahogado por la borrasca. Blackthorne vio que su rumbo había cambiado. Ahora casi navegaban a favor del viento, y comprendió que el viraje había sido deliberado. «Muy bien hecho —pensó—. Esto nos dará un respiro para organizarnos, pero el muy bastardo podía haberme avisado. No me gusta perder vidas innecesariamente.»

La bahía estaba ya más cerca, pero aún parecía hallarse a un millón de millas de distancia. El cielo estaba negro hacia el Nordeste. La lluvia los azotaba y las ráfagas se hacían más fuertes. En el *Erasmus*, Blackthorne no se habría preocupado. Habrían podido llegar a puerto fácilmente o reemprender tranquilamente su ruta hacia el destino fijado. Su barco estaba construido y pertrechado para capear temporales. Pero aquella galera, no.

—¿Qué piensas, inglés?

—Que harás lo que quieras con independencia de lo que yo pueda pensar —gritó Blackthorne—. Pero la galera no admite mucha agua y nos hundiremos como una piedra. Y la próxima vez que me mandes hacia la proa, procura no virar de pronto, si quieres que lleguemos a puerto los dos.

—Fue la mano de Dios, inglés. Una ola la hizo girar.

—Casi me tiró por la borda.

—Ya lo vi.

Blackthorne calculaba la derivación del barco.

—Si mantenemos este rumbo, no llegaremos nunca a la bahía. Pasaremos por delante del cabo a más de una milla.

—Me dejaré llevar por el viento. Después, en el momento oportuno, viraremos hacia la costa. ¿Sabes nadar?

—Sí.

—Bien. Yo no aprendí. Demasiado peligroso. Vale más ahogarse de prisa que despacio, ¿no? —dijo Rodrigues estremeciéndose involuntariamente—. ¡Virgen Santísima, protégeme contra una tumba de agua! Este maldito barco tendrá que permanecer al abrigo durante la noche. No hay más remedio. Mi olfato me dice que si cambiamos de rumbo se hundirá. Llevamos demasiada carga.

—¡Aligéralo! Tira el cargamento por la borda.

—El rey Hiro-matsu no lo consentirá. Tiene que llegar con la carga o quedarse en el camino.

—Pregúntaselo.

—¡Virgen Santa! ¿Eres sordo? ¡Ya te lo he dicho! ¡Nunca lo aceptaría!

Rodrigues se acercó al timonel y se aseguró de que mantendría el rumbo a favor del viento.

—¡Vigílales, inglés! Quedan a tu cargo.

Se desató la cuerda de seguridad y se dirigió a la escalera con paso firme. Los remeros lo miraron fijamente cuando se acercó a su capitán y le explicó, con señas y con palabras, el plan que había imaginado. Hiro-matsu y Yabú subieron a cubierta. El capitán de remeros les explicó el plan. Los dos estaban pálidos, pero permanecieron impasibles y no vomitaron. Miraron hacia la costa a través de la lluvia, se encogieron de hombros y volvieron abajo.

Blackthorne contempló la bahía a babor. Sabía que el plan era peligroso. Tenían que esperar hasta haber pasado la más próxima punta de tierra, virar hacia el Noroeste y remar con fuerza por sus vidas. La vela no serviría de nada. Sólo podían confiar en la fuerza de sus brazos. El lado sur de la bahía estaba lleno de escollos y arrecifes. Si calculaban mal el tiempo, serían lanzados contra aquella costa y naufragarían.

—¡Ven, inglés! —le llamó el portugués.

Blackthorne obedeció.

—Quédate aquí. Si el capitán de remeros lleva mal el ritmo o lo perdemos, encárgate de esto. ¿De acuerdo?

—Nunca goberné uno de estos barcos. Pero lo intentaré.

Rodrigues miró hacia tierra. La punta aparecía y desaparecía en la cortina de lluvia. Las olas crecían y empezaban a cubrirse de espuma. La carrera entre los dos cabos parecía fatídica. Sería algo endiablado. Escupió y tomó su decisión.

—Ve a popa, inglés. Cuando te dé la señal, pon rumbo Oeste-Noroeste. Hacia aquella punta. ¿La ves?

—Sí.

—¿Esperarás mis órdenes y las obedecerás?

—Bueno, ¿quieres que tome el timón, o no?

Rodrigues sabía que estaba atrapado.

«Tengo que confiar en ti, inglés, y no me gusta nada. Ve a popa.»

Vio que Blackthorne leía en sus pensamientos y se alejaba. Entonces, cambió de idea y le gritó:

—¡Eh, pirata arrogante, ve con Dios!

Llegaron a puerto, pero sin Rodrigues. Éste fue arrastrado por una ola al romperse su cuerda de seguridad.

La embarcación estaba a punto de ponerse a salvo cuando llegó del norte la enorme ola. Había perdido ya al capitán japonés. Blackthorne vio cómo arrastraba a Rodrigues y cómo él se debatía en el mar alborotado. La tormenta y la marea los había arrastrado hacia el sur de la bahía y estaban casi sobre las rocas presintiendo todos que el barco iba a naufragar.

Blackthorne arrojó un salvavidas de madera a Rodrigues. El portugués trató de alcanzarlo, pero el mar lo puso fuera de su alcance. Un remo se rompió y salió despedido en su dirección y Rodrigues trató de agarrarse a él. La lluvia caía a raudales y lo último que vio Blackthorne de Rodrigues fue un brazo junto al remo roto y, frente a ellos, la rompiente de las olas contra la atormentada costa. Habría podido saltar al agua y nadar hacia él y quizá salvarlo. Tal vez habría estado aún a tiempo, pero su primer deber era salvar su barco, y su barco estaba en peligro.

La ola se había llevado también a algunos remeros y otros corrían a llenar los sitios vacíos. Un piloto soltó valientemente su cuerda de segundad, saltó a proa y volvió a marcar el ritmo con el tambor.

—*¡Isogiiii!* —gritó Blackthorne recordando la palabra—. ¡Vamos, bastardos, remad!

La galera estaba en las rocas, o, al menos, las rocas estaban a popa, a babor y a estribor. Los remos se hundían en el agua y empujaban con fuerza, pero la embarcación no avanzaba. El viento y la corriente la empujaban perceptiblemente hacia atrás.

—Vamos, ¡remad, bastardos! —volvió a gritar Blackthorne marcando el ritmo con la mano.

Su energía se contagió a los remeros.

Primero resistieron al mar. Después lo vencieron.

La embarcación se alejó de las rocas. Blackthorne mantuvo el rumbo a sotavento y pronto se hallaron en aguas más tranquilas. Seguía soplando el viento, pero lo hacía por encima de ellos. Continuaba el temporal, pero rugía sobre el mar.

—¡Soltad el ancla de estribor!

Nadie entendió sus palabras, pero todos supieron lo que quería decir. El ancla se deslizó junto al costado de la nave.

—¡Soltad el ancla de babor!

Cuando el barco estuvo asegurado, miró hacia popa.

La línea abrupta de la costa apenas podía verse a través de la lluvia. Contempló el mar y consideró las posibilidades.

«El libro de ruta del portugués está abajo —pensó—. Puedo llevar el barco hasta Osaka.» Y podría regresar a Anjiro.

Hizo una seña llamando al piloto que se acercó corriendo. Los dos timoneles se habían derrumbado, con los brazos y las piernas casi descoyuntados. Los remeros parecían cadáveres, caídos sobre los remos. Otros subían fatigosamente para ayudarles. Hiro-matsu y Yabú, ambos muy conmocionados, necesitaron auxilio para subir a cubierta, pero una vez en ella se irguieron con su arrogancia de daimíos.

—¿*Hai,* Anjín-san? —preguntó el piloto.

Era un hombre de edad madura, de dientes fuertes y blancos y cara redonda y curtida por la intemperie. Tenía una mancha lívida en la mejilla, de una vez que una ola le había lanzado contra la borda.

—Lo has hecho muy bien —dijo Blackthorne pensando que aunque el otro no comprendiese sus palabras entendería su tono y su sonrisa—. Sí, muy bien. Ahora, serás capitán-san de los remeros. *¿Wakarimasu?* ¡Tú, capitán-san!

El hombre lo miró boquiabierto, y después se inclinó para disimular su asombro y su satisfacción.

—*Wakarimasu,* Anjín-san. *Hai. Arigato goziemashita*.

—Escucha, capitán-san —dijo Blackthorne—. Da de comer y de beber a los hombres. Comida caliente. Pernoctaremos aquí.

Y con señas hizo que lo comprendiera.

Inmediatamente, el hombre se volvió y gritó con nueva autoridad. Y los marineros lo obedecieron presurosos. «Ojalá supiese hablar tu lengua bárbara —pensó—. Entonces podría darte las gracias, Anjín-san, por haber salvado el barco y la vida de nuestro señor Hiro-matsu. Tu magia nos dio nueva fuerza. Sin tu magia, habríamos naufragado. Puedes ser un pirata, pero eres un gran marino, y mientras seas capitán te obedeceré a ciegas.»

Blackthorne miraba sobre la borda. El fondo del mar estaba oscuro. Hizo unos cálculos mentales y cuando estuvo seguro de que las anclas no se habían deslizado y de que el mar era seguro dijo:

—Lanzad el bote al agua. Y dadme un buen remero.

Las señas con que acompañó sus palabras hicieron que éstas fuesen comprendidas y obedecidas en el acto.

A punto estaba de bajar por la escala cuando una voz ronca lo detuvo. Miró a su alrededor. Hiro-matsu estaba allí, y Yabú estaba a su lado. Ambos permanecían impasibles como si no sintieran sus contusiones ni la frialdad del viento. Blackthorne hizo una reverencia cortés.

—¿*Hai,* Toda-sama?

Volvieron a sonar palabras roncas y el viejo señaló el bote con su sable y movió la cabeza.

—¡Rodrigu-san allí! —dijo Blackthorne, señalando hacia la costa del sur—. ¡Iré a ver!

—*¡Iyé!* —dijo Hiro-matsu moviendo otra vez la cabeza y añadiendo un largo discurso, que era ostensiblemente una negativa a causa del peligro.

—Yo soy el Anjín-san de este cochino barco y si quiero ir a tierra, iré. —Blackthorne hablaba en tono cortés, pero firme, y era también evidente lo que quería decir—. Sé que el bote no aguantaría en ese mar. *¡Hai!* Pero iré por aquel punto. ¿Lo ves, Toda Hiro-matsu-sama? Junto a aquella roca pequeña. No tengo ganas de morir ni puedo escapar a ninguna parte. Quiero el cuerpo de Rodrigu-san.

Y pasó una pierna sobre la borda. Hiro-matsu estaba ante un dilema. Comprendía los deseos del pirata de recoger el cuerpo de Rodrigu-san, pero era

peligroso ir allí, y el señor Toranaga había ordenado que le llevase el pirata sano y salvo. También era evidente que el hombre estaba decidido a ir.

Lo había visto durante la tormenta, plantado en el puente como un *kami* maligno del mar, impertérrito, como si el temporal fuese su elemento, y había pensado con aprensión que sería mejor tener a aquel hombre y a todos los bárbaros como él en tierra, donde se podía hacerle frente. En el mar estarían siempre en su poder.

Podía ver que el pirata estaba impaciente.

«Son insultantes —se dijo—. Pero incluso así debo estar agradecido. Todos dicen que gracias a ti hemos llegado a puerto, que Rodrigues había perdido el control y nos alejaba de tierra y que tú conservaste el rumbo. Sí. De habernos adentrado en el mar, habríamos naufragado con toda seguridad, y yo habría incumplido las órdenes de mi señor. ¡Líbrame de ello, oh Buda!»

—¡Quédate donde estás, Anjín-san! —dijo en voz alta señalando con la vaina de su sable para mayor claridad, y admirando hasta cierto punto el fuego helado que brillaba en los ojos del hombre.

Cuando estuvo seguro de que el otro le había comprendido, miró a su piloto.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿De quién es este feudo?

—No lo sé, señor. Creo que estamos en algún lugar de la provincia de Ise. Podemos enviar a alguien a tierra, para que vaya a informarse en la aldea más próxima.

—¿Podrías llevarnos a Osaka?

—Sólo navegando muy cerca de la costa, señor, y con lentitud y mucha precaución. No conozco estas aguas y no podría garantizar tu seguridad. Ni yo, ni nadie de a bordo, tenemos los conocimientos necesarios, salvo ese capitán. En mi opinión, deberías ir por tierra. Podríamos conseguir caballos o palanquines.

Hiro-matsu movió la cabeza, irritado. Ni pensar en ir por tierra. Tardarían demasiado —el camino era montañoso y había pocas carreteras— y tendrían que pasar por muchos territorios dominados por aliados de Ishido, el enemigo. Por si esto fuera poco, había también numerosos grupos de bandidos que infestaban los pasos, lo cual significaba que tendría que llevar consigo a todos sus hombres. Cierto que podría abrirse paso entre los bandidos, pero nunca podría impedir que se lo cerrasen Ishido o sus aliados. Y él tenía orden de entregar el cargamento, el bárbaro y Yabú rápidamente y en buen estado.

—¿Cuánto tardaríamos si siguiésemos la costa?

—No lo sé, señor. Cuatro o cinco días, o tal vez más. Y me sentiría inseguro.

Yo no soy capitán… Lo siento.

«Lo cual quiere decir —pensó Hiro-matsu— que necesito la colaboración de ese bárbaro. Si quiero impedir que vaya a tierra, tendré que atarlo. ¿Y quién sabe si entonces querrá colaborar?»

—¿Cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí?

—El capitán dijo que esta noche.

—¿Cesará después la tormenta?

—Supongo que sí, señor, pero no puede saberse de fijo.

Hiro-matsu estudió la costa montañosa y miró al capitán. Vacilaba.

—¿Puedo hacerte una sugerencia, Hiro-matsu-san? —dijo Yabú.

—Sí, sí, desde luego.

—Ya que parece que necesitamos la colaboración del pirata para ir a Osaka, ¿por qué no dejarlo ir a tierra, pero acompañado de hombres que lo protejan y que le obliguen a volver antes de la noche? En cuanto a hacer el viaje por tierra, convengo contigo en que sería demasiado peligroso. Si te ocurriera algo, nunca me lo perdonaría. En cuanto cese la tormenta, estarás mucho más seguro en el barco y podrás llegar a Osaka mucho antes, *¿neh?* Seguramente antes de que mañana se ponga el sol.

Hiro-matsu asintió de mala gana.

—Está bien —repuso llamando a un samurai—. ¡Takatashi-san! —Toma seis hombres y ve con el capitán. Traed el cadáver del portugués, si podéis encontrarlo. Pero si ese pirata sufre el menor daño, tú y tus hombres tendréis que suicidaros inmediatamente.

—Sí, señor.

—Y envía dos hombres a la aldea más próxima y averigua exactamente dónde estamos y de quién es este feudo.

—Sí, señor.

—Si me das tu permiso, Hiro-matsu-san, me pondré al frente del grupo —dijo Yabú—. Si llegásemos a Osaka sin el pirata me sentiría tan avergonzado que también yo tendría que matarme. Concédeme el honor de cumplir tus órdenes.

Hiro-matsu asintió con la cabeza, sorprendido de que Yabú quisiera correr un riesgo semejante. Bajó a la cámara inferior.

Cuando Blackthorne se dio cuenta de que Yabú iba a tierra con él, su pulso se aceleró. «No he olvidado a Pieterzoon ni a mis tripulantes del pozo, ni los gritos, ni a Omi, ni nada de lo ocurrido. ¡Vela por tu vida, bastardo!»

CAPÍTULO IX

Llegaron rápidamente a tierra. Blackthorne quiso ponerse al frente de la expedición, pero Yabú le quitó el sitio y marcó un paso rápido que resultaba difícil de seguir. Los otros seis samurais lo vigilaban de cerca. «No tengo ningún sitio adonde huir, estúpidos», pensó interpretando equivocadamente su actitud, mientras sus ojos reseguían automáticamente la bahía, buscando bajíos o arrecifes ocultos, midiendo distancias y tratando de fijar en su memoria todas las cosas importantes para una futura trascripción.

Cruzaron primero una playa pedregosa y subieron después una breve cuesta sobre unas rocas pulidas por el mar y llegaron a un sendero que se deslizaba peligrosamente a lo largo de la punta de tierra en dirección al sur. Había dejado de llover, pero seguía soplando el vendaval. Las olas chocaban contra las rocas de abajo llenando el aire de espuma. Pronto quedaron todos empapados.

Encima de ellos, el acantilado se elevaba a doscientos pies. Y el agua estaba a cincuenta pies debajo de ellos. El sendero subía y bajaba a lo largo de la cara del risco. Era peligroso y poco firme. Blackthorne avanzaba inclinado contra el viento y observó que Yabú tenía las piernas fuertes y musculosas. «Resbala, hijo de perra —pensó—. Resbala… y estréllate contra las rocas. ¿Te haría gritar esto? ¿Gritarías al fin?»

Haciendo un esfuerzo, dejó de mirar a Yabú y volvió a escrutar la orilla. Las ráfagas de viento y espuma arrancaban lágrimas de sus ojos. Las olas iban y venían, se encrespaban y rompían. Blackthorne sabía que había muy pocas probabilidades de encontrar a Rodrigues porque había demasiadas cuevas y grietas ocultas que nunca podría registrar. Pero había tenido que saltar a tierra para intentarlo. Debía este intento a Rodrigues. Todos los pilotos rezaban por morir en tierra y ser enterrados. Todos habían visto cadáveres hinchados en el mar, medio comidos por los peces o mutilados por los cangrejos.

Rodearon la punta de tierra y se detuvieron aliviados a sotavento. No hacía falta seguir. Si el cadáver no estaba a barlovento, estaría oculto o hundido o habría sido arrastrado hacia alta mar. A media milla de distancia, había un pueblecito de pescadores acurrucado en la playa blanca de espuma. Yabú hizo una seña a dos samurais. Éstos se inclinaron y corrieron hacia el pueblo. Yabú se

enjugó la cara, miró a Blackthorne y ordenó el regreso. Blackthorne asintió con la cabeza y reemprendieron la marcha, precedidos de Yabú y con los otros samurais vigilando a Blackthorne con gran cuidado.

Entonces, cuando estaban a medio camino de regreso, vieron a Rodrigues.

El cuerpo estaba aprisionado en una grieta entre dos grandes rocas sobre las olas, pero lamido en parte por éstas. Tenía un brazo estirado hacia delante, y el otro, asido todavía al pedazo de remo, que se movía ligeramente con el flujo y el reflujo. Había sido este movimiento el que había llamado la atención a Blackthorne.

Sólo se podía bajar por el acantilado. Su altura era solamente de cincuenta o sesenta pies, pero era muy escarpado y casi no había ningún sitio donde apoyar los pies.

«¿Y la marea? —se preguntó Blackthorne—. La marea se lo llevará más adentro. ¡Horrible panorama! ¿Qué debo hacer?»

Se acercó más al borde. Yabú se puso inmediatamente a su lado moviendo la cabeza y los otros samurais lo rodearon.

«No hay nada que hacer —pensó—. Es demasiado peligroso. Volveremos con cuerdas al amanecer. Si aún está aquí, lo enterraremos.» Se volvió, de mala gana, y, al hacerlo, se desprendió el borde del sendero y él empezó a resbalar. Inmediatamente, Yabú y los otros lo agarraron y lo echaron hacia atrás, y entonces se dio cuenta de que lo único que buscaban era su seguridad. ¡Sólo trataban de protegerlo!

«¿Por qué quieren que no me pase nada? ¿Por Toranaga? Sí, pero quizá también porque no hay nadie más a bordo que pueda gobernar la nave. Por consiguiente, tengo poder sobre el barco, sobre el viejo daimío y sobre este bastardo. ¿Cómo puedo emplearlo?»

Se tranquilizó, les dio las gracias y miró hacia abajo.

—Tenemos que sacarlo de ahí, Yabú-san. *¡Hai!* Y sólo podemos hacerlo por el acantilado. ¡Yo, Anjín-san, lo subiré!

—¡*Iyé*, Anjín-san! —dijo Yabú.

Blackthorne se irguió sobre Yabú.

—Si no quieres que vaya yo, Yabú-san, envía a uno de tus hombres. ¡O ve tú mismo! ¡Tú!

El viento rugía a su alrededor barriendo la cara de la roca. Yabú miró hacia abajo considerando la distancia y la luz, y Blackthorne comprendió que lo había pillado. «Has caído en la trampa —pensó—. Tu vanidad te ha traicionado. Si

bajas, te harás daño. Pero, por favor, no te mates. Rómpete sólo una pierna o un tobillo. Y después, ahógate.»

Un samurai inició el descenso, pero Yabú lo mandó retroceder.

—Vuelve al barco y trae en seguida algunas cuerdas —le dijo.

El hombre echó a correr y Yabú se quitó las zapatillas. Descolgó los sables de su cinto y los puso a buen recaudo.

—Vigilad al bárbaro. Si algo le sucede, os haré sentar sobre vuestros propios sables.

—Por favor, deja que baje yo, Yabú-sama —dijo Takatashi—. Si te ocurriese algo, yo…

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que yo?

—No, señor, claro que no.

—Bien.

—Pero al menos espera que lleguen las cuerdas. Si sufrieras algún daño, nunca me lo perdonaría —dijo Takatashi, que era un hombre bajo y robusto, de barba poblada.

«¿Por qué no esperar las cuerdas?», se preguntó Yabú.

Sería lo más sensato, sí, pero no lo más astuto. Miró al bárbaro y asintió brevemente con la cabeza. Sabía que éste le había desafiado. Lo había esperado. Y lo había deseado. «Por esto me ofrecí para esta misión, Anjín-san —pensó con secreta satisfacción—. En realidad, eres muy simple. Omi tenía razón.»

Yabú se despojó del empapado quimono y, cubierto sólo con su taparrabo, se acercó al borde del acantilado y lo tanteó con las suelas de sus *tabi* de algodón[2]. «Vale más que no me los quite —pensó—, pues así podré fijar mejor los pies… durante un rato. Necesitaré toda mi fuerza y toda mi habilidad para llegar vivo allá abajo. ¿Vale la pena?»

Durante la tormenta había subido a cubierta y sin que lo advirtiese Blackthorne había ocupado un sitio entre los remeros. Había decidido que era mejor morir al aire libre que asfixiarse allá abajo.

Mientras remaba con los otros bajo el viento frío, había observado a los capitanes. Y había comprendido claramente que en el mar el barco y todos los de a bordo estaban en poder de aquellos dos hombres que se hallaban en su elemento. Ninguno de los japoneses de la nave podían compararseles. Y poco a poco había concebido un proyecto fantástico: barcos bárbaros modernos, llenos

de samurais, pilotados por samurais, capitaneados por samurais, tripulados por samurais. *Sus* samurais.

Si tuviese tres barcos bárbaros para empezar podría dominar fácilmente las extensiones marinas entre Yedo y Osaka. Con una base en Izú podría estrangular todo el comercio, o autorizarlo. Casi todo el arroz y casi toda la seda. ¿No sería entonces árbitro entre Toranaga e Ishido? ¿No podría, al menos, equilibrar sus fuerzas?

«Ningún daimío tiene barcos ni pilotos. Yo tengo un barco… Bueno, lo tenía, pero puedo recuperarlo con astucia. Tengo un capitán y, por lo tanto, un instructor de capitanes… si puedo tenerle apartado de Toranaga. Y si puedo dominarlo. En cuanto se avenga a convertirse en mi vasallo, adiestraré a mis hombres. Y construirá barcos para mí… Pero ¿cómo hacer de él un verdadero vasallo?»

El pozo no quebrantó su ánimo.

«Ante todo, aislarlo y mantenerlo aislado, ¿no es esto lo que dijo Omi? Después podrán enseñarle buenos modales y a hablar en japonés. Sí. Omi es muy listo. Quizá demasiado… Pero pensaré en Omi más tarde. Ahora, ¿cómo dominar a un bárbaro, a un puerco cristiano? ¿Qué dijo Omi? “Aprecian la vida. Su divinidad, Jesucristo, enseñó que deben amarse los unos a los otros.” ¿Podría yo devolverle la vida? Salvarla sería buena cosa. ¿Cómo doblegarlo?»

Llevado de su entusiasmo, Yabú apenas había advertido el movimiento del barco y del mar. Una ola saltó sobre él. Vio que envolvía al capitán. Pero éste no mostró el menor temor. Yabú se quedó asombrado. ¿Cómo podía un hombre capaz de permitir que un enemigo se orinase en su espalda para salvar la vida a un vasallo insignificante, tener la fuerza de voluntad suficiente para olvidar tan terrible afrenta y permanecer allí, en el alcázar, desafiando a los dioses del mar como un héroe legendario para salvar a sus propios enemigos? Nunca lo comprendería.

En el borde del acantilado, Yabú miró hacia atrás por última vez. «¡Ah, Anjín-san, sé que piensas que voy a morir, que me has atrapado! Sé que tú no habrías bajado. Te observé de cerca. Pero yo me crié en las montañas, y aquí, en el Japón, trepamos por orgullo y por gusto. Por esto, bajaré ahora por mi propia voluntad, no por la tuya. Realizaré mi intento, y si muero nada se habrá perdido. Pero si triunfo sabrás que soy mejor que tú, desde tu punto de vista. Y si recupero el cadáver, estarás en deuda conmigo. *¡Serás mi vasallo, Anjín-san!*»

Descendió por el cantil con gran habilidad, pero cuando estaba a mitad de

camino, resbaló. Se agarró a un saliente con la mano izquierda y buscó una grieta con el pie. Pero ambos apoyos cedieron y cayó desde una altura de veinte pies.

Se preparó lo mejor que pudo y cayó sobre sus pies como los gatos tratando de agarrarse a la roca para amortiguar el golpe y se detuvo al fin como una bola jadeante. Cruzó los brazos sobre la cabeza, para protegerse del alud de piedras. Pero no cayó ninguna. Movió la cabeza para aclararse la mente y se levantó. Se había torcido un tobillo. Un dolor agudo subió por su pierna y empezó a sudar. Le sangraban los dedos de los pies y de las manos, pero esto era de esperar.

«No hay dolor. No sientes dolor. Levántate. El bárbaro te está observando.»

Un chorro de espuma cayó sobre él y el frío contribuyó a mitigar su dolor. Con mucho cuidado, se deslizó sobre las rocas cubiertas de algas y se introdujo en la grieta. Allí estaba el cuerpo del portugués.

De pronto, Yabú se dio cuenta de que el hombre estaba vivo. Después de asegurarse de esto, se sentó un momento. ¿Me conviene vivo o muerto? ¿Qué es lo mejor?

Al cabo de un instante, se levantó y gritó:

—¡Takatashi-san! ¡El capitán vive todavía! Ve al barco y trae una camilla y un médico, si es que hay alguno allí.

La respuesta de Takatashi llegó debilitada por el viento:

—Sí, señor.

Y dirigiéndose a sus hombres añadió:

—¡Vigilad al bárbaro! ¡Que no le ocurra nada!

Yabú contempló la galera, sonrió y miró de nuevo hacia arriba. Blackthorne se había acercado al borde del cantil y le gritaba algo en tono apremiante.

—¿Qué tratará de decirme? —se preguntó Yabú.

Vio que el capitán señalaba hacia el mar, pero no sacó nada en claro. El mar estaba encrespado, pero no se diferenciaba en nada de como estaba antes.

Por fin, Yabú renunció a comprender y volvió su atención a Rodrigues. Con dificultad, izó al hombre sobre las rocas, lejos del agua. La respiración del portugués era jadeante, pero su corazón parecía latir bien. Tenía muchas magulladuras. Un hueso roto asomaba a través de la piel de la pantorrilla izquierda. El hombro derecho parecía dislocado. Yabú miró si sangraba por alguna herida y vio que no. «Si no tiene alguna lesión interna, aún es posible que salve la vida», pensó.

El daimío había sido herido demasiadas veces y había visto demasiados

muertos y heridos para no poder formular un diagnóstico con probabilidades de acertar. «Si abrigamos bien a Rodrigues y le damos saké y hierbas fuertes y baños calientes vivirá. Sí, quiero que este hombre viva. Si no puede andar, no importa. Tal vez sea mejor. Tendré un capitán suplente, pues es indudable que este hombre me debe la vida. Si el pirata no quiere colaborar, tal vez pueda servirme de éste. ¿Valdría la pena simular que me convierto al cristianismo? ¿Me atraería con ello a esos hombres?»

¿Qué haría Omi?

«Omi es muy listo, demasiado listo. Ve demasiadas cosas y demasiado aprisa. No puede dejar de ver que si yo faltara, su padre se convertiría en el jefe del clan, pues mi hijo es demasiado inexperto para valerse por sí solo. Y después de su padre, viene el propio Omi, *¿neh?*¿Qué hacer con Omi? ¿Debo entregarlo al bárbaro, como un juguete?»

Oyó unos gritos excitados en lo alto. Y entonces comprendió lo que había estado señalando el bárbaro. ¡La marea! La marea subía rápidamente. Lamía ya su roca. Vio que la marca de la marea en el acantilado estaba a una altura mayor que la de un hombre.

Miró hacia el bote. Ahora estaba más cerca del barco. Y Takatashi corría bien por la orilla. Se dijo que las cuerdas no llegarían a tiempo.

Sus ojos escrutaron la zona con diligencia. No había manera de subir por el acantilado. Ninguna roca le ofrecía protección. Ninguna cueva. No sabía nadar y no había nada que pudiese emplear como una balsa.

«No hay escapatoria —pensó—. Tienes que morir. Prepárate.»

Volvió la espalda a los de arriba y se acomodó sobre la roca disfrutando de la enorme claridad que se había hecho en él. El último día, el último mar, la última luz, el último gozo, el último… todo. Empezó a pensar en la última poesía que compondría llevado por la costumbre. Se sintió afortunado. Tenía tiempo de pensar con claridad.

Blackthorne gritaba:

—¡Escucha, hijo de perra! ¡Busca una cornisa! Tiene que haber una cornisa en alguna parte.

Los samurais le cerraban el paso mirándolo como si estuviera loco. Estaban convencidos de que no había ninguna posibilidad de salvación y de que Yabú no hacía más que prepararse para una muerte digna, como harían ellos si se encontraran en su lugar.

—Mirad abajo. ¡Puede haber una cornisa!

Uno de ellos se acercó al borde, miró y se encogió de hombros. Habló con sus camaradas y éstos se encogieron también de hombros. Cada vez que Blackthorne trataba de acercarse al borde para buscar una salida, se lo impedían. Fácilmente habría podido empujar a uno de ellos y tentado estuvo de hacerlo. Pero les comprendía a ellos y sus problemas. «Tienes que encontrar la manera de ayudar a ese bastardo. Tienes que salvarlo para salvar a Rodrigues.»

—¡Eh, maldito, inútil y puerco japonés! ¡Eh, *Kasigi Yabu*! ¡No te rindas! ¡Sólo se rinden los cobardes! ¿Eres un hombre o un cordero?

Pero Yabú no le prestaba atención. Permanecía tan inmóvil como la roca sobre la que se había sentado.

Blackthorne le tiró una piedra, pero cayó en el agua sin que Yabú la viera. Los samurais gritaron, irritados. Blackthorne comprendió que podían caer sobre él en cualquier momento y atarlo. Pero ¿cómo? No tenían ninguna cuerda…

¡Una cuerda! ¿No podían hacer una cuerda?

Vio el quimono de Yabú y se puso a desgarrarlo haciendo tiras. Probó la resistencia y vio que la seda era muy fuerte.

—¡Vamos! —ordenó a los samurais quitándose la camisa—. Haremos una cuerda. ¿Hai?

Lo comprendieron. Rápidamente se despojaron de sus cintos y de sus quimonos y lo imitaron. Él empezó a anudar las tiras y los cintos.

Cuando tuvo la cuerda, se tendió cuidadosamente en el suelo y se deslizó, pulgada a pulgada, hacia el borde, haciendo que le sujetasen los pies para más seguridad. En realidad esto no hacía falta, pero él lo hacía para tranquilizarlos.

Asomó la cabeza y empezó a registrar la pared. Pero ésta aparecía lisa.

Volvió a mirar.

Nada.

Otra vez.

¿Qué era aquello? ¡Justo encima de la marca de la marea! ¿Una cornisa en el acantilado? ¿O era una sombra?

Blackthorne cambió de posición advirtiendo que la roca sobre la que se sentaba Yabú estaba a punto de ser cubierta por el mar. Ahora podía ver mejor, y señaló con el dedo.

—¡Allí! ¿Qué es aquello?

Uno de los samurais se puso a gatas y siguió la dirección del dedo de Blackthorne, pero no vio nada.

—¡Allí! ¿No es una cornisa?

Con las manos y los dedos, imitó una cornisa con un hombre de pie sobre ella y otro hombre sobre su espalda.

—¡De prisa! *¡Isogi!* ¡Explicadlo a Kasigi Yabú-sama! *¿Wakarimasu ka?*

El hombre se levantó y habló rápidamente a los otros y éstos miraron a su vez y vieron la cornisa. Se pusieron a gritar. Yabú permaneció inmóvil, como petrificado.

Entonces, uno de ellos habló a los otros y todos asintieron y se inclinaron. Él correspondió a su saludo. Y lanzando de pronto un grito de *¡Bansaiiiiii!*, se arrojó al precipicio y se estrelló. Yabú salió violentamente de su trance, miró a su alrededor y se puso de pie.

Blackthorne sólo veía ahora el cuerpo destrozado que yacía allá abajo. Se preguntó qué clase de hombres eran aquéllos. Aquel hombre se había suicidado para llamar la atención a otro hombre que había renunciado a vivir. ¡Aquello no tenía sentido!

Vio que Yabú, medio a rastras, medio deslizándose, arrastraba al inconsciente Rodrigues hasta el pie del acantilado. Encontró la cornisa, que apenas tenía un pie de anchura. Con grandes esfuerzos, izó a Rodrigues sobre ella y se encaramó después.

La cuerda era corta. Rápidamente, los samurais le añadieron sus taparrabos. Ahora, si Yabú se ponía de pie, podría cogerla por la punta.

Blackthorne, a pesar de su odio, tuvo que admirar el valor de Yabú. Media docena de veces, las olas estuvieron a punto de arrastrarlo. En dos ocasiones, Rodrigues cayó y Yabú lo subió de nuevo, manteniendo su cabeza fuera del agua. Blackthorne tuvo que confesarse que él le habría abandonado mucho antes. «¿De dónde sacas tu valor, Yabú? ¿Eres acaso un engendro del diablo?»

Durante casi una hora, Yabú luchó contra el mar y contra su propio agotamiento y después, al ponerse el sol, llegó Takatashi con las cuerdas.

Rodrigues fue izado rápidamente. Un japonés de cabeza rapada se arrodilló junto a él. Blackthorne observó al hombre, que era por lo visto médico, mientras examinaba la pierna rota. Después, un samurai sujetó los hombros de Rodrigues y el médico cargó todo su peso sobre el pie del herido, de modo que el hueso volvió a hundirse bajo la carne. Palpó con los dedos, colocó el hueso en su sitio y ató unas tablillas a la pierna poniendo un apósito de hierbas de feo aspecto sobre la herida.

Entonces, subieron a Yabú.

El daimío rechazó todo auxilio indicando al médico que siguiese con

Rodrigues. Se sentó, y esperó.

Blackthorne lo miró.

Yabú sintió su mirada y lo miró a su vez fijamente.

—Gracias —dijo Blackthorne al fin señalando a Rodrigues—. Gracias por haberle salvado la vida, Yabú-san.

Hizo una profunda reverencia.

«Esto es por tu valor, maldito hijo de perra.»

Yabú se inclinó también, con rigidez. Pero sonrió para sus adentros.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO X

Rodrigues recobró el conocimiento durante la primera noche.

—Te curaron y te vendaron la pierna —le dijo Blackthorne—. Y también te vendaron el hombro. Lo tenías dislocado. No quisieron sangrarte, a pesar de mi insistencia.

—Lo harán los jesuitas cuando lleguemos a Osaka —repuso Rodrigues mirándolo con ojos atormentados—. ¿Cómo he llegado aquí, inglés? Sólo recuerdo que me caí por la borda.

Blackthorne le contó lo sucedido.

—Así pues, te debo la vida, ¡maldito seas!

Le dolía mucho la pierna y Blackthorne le dio un vaso de grog y lo veló durante la noche mientras iba amainando la tormenta. El médico japonés entró varias veces y obligó a Rodrigues a beber una medicina caliente y también le puso toallas calientes sobre la frente y abrió los tragaluces. Pero al marcharse él, Blackthorne cerraba los tragaluces, pues todo el mundo sabía que las enfermedades venían por el aire y que cuanto más herméticamente cerrado estuviese el camarote más seguro sería éste para un hombre tan gravemente enfermo como Rodrigues.

Por fin, el médico le riñó y colocó a un samurai junto a los tragaluces para que permaneciesen abiertos.

Al amanecer, Blackthorne subió a cubierta. Hiro-matsu y Yabú estaban ya allí. Él les hizo una reverencia cortesana.

—*Konnichi wa*. ¿Osaka?

Ellos correspondieron a su saludo.

—Osaka. *Hai*, Anjín-san —dijo Hiro-matsu.

—¡*Hai! Isogi*, Hiro-matsu-sama. ¡Capitán-san! ¡Levad anclas!

—¡*Hai*, Anjín-san!

Blackthorne condujo fácilmente la nave hasta Osaka. El viaje duró todo el día y toda la noche, y antes del amanecer del día siguiente se acercaron a la bahía de Osaka. Un piloto japonés subió a bordo para llevar el barco hasta el muelle y, viéndose relevado de su responsabilidad, Blackthorne se fue a dormir un rato.

Más tarde, el capitán de remeros lo despertó, le saludó y le dio a entender por señas que debía prepararse para ir con Hiro-matsu cuando atracaran.

—¿*Wakarimasu ka*, Anjín-san?

—*Hai*.

El marinero salió. Blackthorne se estiró para desentumecer la dolorida espalda y vio que Rodrigues lo estaba observando.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, inglés. Aparte que me arde la pierna y tengo la cabeza a punto de estallar. Quiero orinar y mi lengua parece un barril de salmuera.

Blackthorne le dio el orinal y después lo vació por el tragaluz. Por último, llenó el vaso de grog.

—Eres una pésima enfermera, inglés. Por culpa de tu negro corazón —dijo Rodrigues riendo.

Blackthorne se alegró de oírlo reír de nuevo. El portugués miró el libro de ruta abierto sobre la mesa y el arca. Vio que ésta había sido también abierta.

—¿Te di la llave?

—No. Te registré y la cogí. Necesitaba el verdadero libro de ruta. Te lo dije cuando te despertaste la primera noche.

—Hiciste bien. No lo recuerdo, pero hiciste bien. Escucha, inglés, pregunta a cualquier jesuita de Osaka dónde está Vasco Rodrigues y ellos te guiarán hasta mí. Ven a verme y si lo deseas podrás copiar mi cuaderno de ruta.

—Gracias, pero ya lo he hecho. Al menos, he copiado lo que he podido y he leído cuidadosamente el resto.

—¡Tu madre! —dijo Rodrigues en español. Y volviendo al portugués—: Hay un paquete en el arca. Dámelo, por favor.

—¿El que lleva los sellos del jesuita?

—Sí.

Se lo dio. Rodrigues lo observó, palpó los sellos intactos y metió el paquete debajo de la tosca manta sobre la que yacía.

—¡Ay, inglés! La vida es muy extraña.

¿Por qué?

—Si vivo es por la gracia de Dios, y por la ayuda de un hereje y de un japonés. Envíame a ese herbívoro para que pueda darle las gracias.

—¿Ahora?

—Más tarde.

—Bien.

—¿De cuántos barcos se componía tu flota?

—De cinco. Los demás están en alta mar a una semana aproximadamente de nosotros. Yo me adelanté y me pilló la tormenta.

—Mientes, inglés. Pero no me importa, pues yo mentí igual que tú cuando me capturaron. No existe la flota ni los barcos.

—Espera y lo verás.

—De acuerdo —dijo Rodrigues bebiendo un buen trago.

Blackthorne se estiró, se acercó al tragaluz para interrumpir la conversación y contempló la costa y la ciudad.

—Pensaba que Londres era la mayor ciudad del mundo, pero comparado con Osaka no es más que un pueblo.

—Tienen docenas de ciudades como ésa —dijo Rodrigues alegrándose de interrumpir un juego del gato y el ratón que no conducía a nada—. Miyako, la capital, o Kioto, como a veces la llaman, es la ciudad más grande del imperio, más de dos veces Osaka, según dicen. Después, viene Yedo, la capital de Toranaga. Nunca estuve allí, como tampoco han estado ningún portugués y ningún sacerdote, pues es una ciudad prohibida. Sin embargo, esto ocurre en todas partes. Todo el Japón nos está oficialmente prohibido, salvo los puertos de Nagasaki y de Hirado. Los curas no hacen mucho caso de las órdenes y van adonde quieren. Pero no así los marinos ni los mercaderes a menos que tengamos un salvoconducto especial de los regentes o de un gran daimío, como Toranaga. Cualquier daimío puede apoderarse de nuestros barcos, como Toranaga se apoderó del tuyo, fuera de Nagasaki o de Hirado. Es su ley.

—¿Por qué está prohibido ir adonde uno quiere?

—¡Oh! Fue el Taiko quien armó todo este jaleo. Desde que llegamos aquí en 1592 para empezar la obra de Dios y traerles la civilización, nosotros y nuestros sacerdotes podíamos movernos libremente, pero cuando el Taiko se hizo con

todo el poder empezaron las prohibiciones. Muchos creen que el Taiko fue un engendro de Satanás. Hace diez años promulgó decretos contra los santos padres y contra todos los que querían predicar la palabra de Cristo. Fue antes de que yo viniese a estas aguas…, hace siete años. Los buenos padres dicen que todo fue por culpa de los sacerdotes paganos, de los budistas, que llenaron de mentiras la cabeza del Taiko cuando estaba a punto de convertirse. Sí, el Gran Asesino estuvo a punto de salvar su alma. Pero desdeñó su oportunidad de salvación. Sí. El caso fue que ordenó a todos nuestros sacerdotes que abandonasen el Japón… ¿Te he dicho que esto fue hace diez años?

Blackthorne asintió con la cabeza, deseoso de aprender.

—El Taiko hizo que todos los padres se reunieran en Nagasaki para ser embarcados con destino a Macao y con órdenes escritas de no volver bajo pena de muerte. Pero, de pronto, los dejó tranquilos y no hizo más. ¿Te he dicho que los japoneses son contradictorios? Pues sí, los dejó en paz y todo volvió a ser como antes, salvo que la mayoría de los padres se quedaron en Kiusiu donde siempre somos bien recibidos. El Japón es un mundo vuelto al revés. El padre Alvito me contó que todo siguió como si nada hubiera pasado. El Taiko se mostró tan amistoso como antes, aunque no se convirtió. Apenas si cerró una iglesia, y sólo desterró a dos o tres daimíos cristianos para apoderarse de sus tierras… y nunca ejecutó sus decretos de expulsión. Después, hace tres años, le dio un nuevo ataque de locura y martirizó a veintiséis padres. Los crucificó en Nagasaki. Sin ningún motivo. Era un lunático. Pero, después de asesinar a estos veintiséis, no hizo nada más. Murió poco después. Fue la mano de Dios, inglés. La maldición de Dios cayó sobre él y sobre los suyos. Estoy seguro.

—¿Hay aquí muchos conversos?

Pero Rodrigues pareció no oírle, tan enfrascado estaba en sus propios pensamientos semiconscientes.

—Los japoneses son como animales. ¿Te hablé del padre Alvito? Es intérprete y ellos le llaman Tsukku-san, señor intérprete. Lo fue del Taiko, y ahora es intérprete oficial del Consejo de Regencia. Habla el japonés mejor que la mayoría de los japoneses y sabe más de ellos que cualquier otra persona. Me dijo que hay un montículo de tierra de cincuenta pies de altura en Miyako… Miyako es la capital. Pues bien, el Taiko hizo enterrar allí las narices y las orejas de todos los coreanos muertos en la guerra… Corea está en el continente, al oeste de Kiusiu.

—¿Hay muchos conversos? —volvió a preguntar Blackthorne, empeñado en

saber cuántos enemigos tenía allí.

Para espanto suyo, Rodrigues respondió:

—Cientos de miles, y su número aumenta todos los años. Desde que murió el Taiko, hay más conversiones que nunca y los que eran cristianos en secreto van a la iglesia sin ocultarse. La mayor parte de la isla de Kiusiu es católica en la actualidad. Y la mayoría de los daimíos de Kiusiu son conversos. Nagasaki es una ciudad católica. Está bajo el dominio de los jesuitas, que controlan todo el comercio. Y todo el comercio pasa por Nagasaki. Tenemos una catedral y una docena de iglesias, y más docenas desparramadas en Kiusiu…

El dolor hizo que se interrumpiera, pero prosiguió al cabo de un momento:

—Sólo en Kiusiu hay tres o cuatro millones de habitantes, todos los cuales serán pronto católicos. Y hay otros veinte y pico de millones de japoneses en las islas que pronto…

—¡No es posible! —dijo Blackthorne, e inmediatamente se maldijo por interrumpir el manantial de información.

—¿Por qué habría de mentir? Hubo un empadronamiento hace diez años. Según el padre Alvito, lo ordenó el propio Taiko, y él puede saberlo porque estaba allí. ¿Por qué había de mentir?

«¡Dios mío! —pensó Blackthorne—. Toda Inglaterra no tiene más de tres millones de habitantes, incluido el País de Gales. Si hay tantos japoneses, ¿cómo podemos enfrentarnos con ellos? Si son tan feroces como los que he conocido (¿y por qué habrían de ser de otra manera?), deben de ser invencibles. Si parte de ellos son católicos y si los jesuitas tienen aquí tanta fuerza, su número aumentará aún más, y no hay fanático más grande que un fanático converso. Por consiguiente, ¿qué podemos hacer los holandeses en Asia? Nada en absoluto.»

—Si te parecen muchos —siguió diciendo Rodrigues—, espera a conocer China. Allí, todos son amarillos, de ojos y cabellos negros. Ya veo, inglés, que tienes mucho que aprender. Yo estuve el año pasado en Cantón, en la feria de la seda. Cantón es una ciudad amurallada del sur de China, junto al Río de las Perlas, al norte de nuestra Ciudad del Nombre de Dios, en Macao. Sólo dentro de sus murallas, hay un millón de paganos. China tiene más habitantes que todo el resto del mundo.

Le sacudió un espasmo de dolor y se apretó el estómago con la mano sana.

—¿Me has visto sangrar por alguna parte?

—No. Me aseguré bien de ello. Sólo tienes lo de la pierna y lo del hombro. Ninguna lesión interna, Rodrigues… Al menos, así lo creo.

—¿Está muy mal la pierna?

—El agua del mar te la lavó. La herida era limpia, y también lo está la piel, por el momento.

—¿Rociaste la herida con aguardiente y le prendiste fuego?

—No. No me dejaron… Me apartaron de tu lado. Pero el médico parecía saber lo que hacía. ¿Vendrán los tuyos en seguida?

—Sí, en cuanto atraquemos. Así lo espero.

—Bueno, ¿qué estabas diciendo? Acerca de China y de Cantón…

—Tal vez demasiado. Ya tendremos tiempo de hablar de ello.

Hizo una pausa y añadió:

—En todo caso, te debo la vida. Cuando me estaba ahogando pensaba en los cangrejos entrando por mis ojos. Los sentía bullir en mi interior…

Se abrió la puerta del camarote y el capitán de remeros se inclinó e indicó a Blackthorne que debía subir a cubierta.

—*Hai* —dijo Blackthorne levantándose—. No me debes nada, Rodrigues. Me diste vida y ánimos cuando estaba desesperado, y te doy gracias por ello. Estamos en paz.

—Tal vez, pero escucha, inglés, y deja que, en pago parcial, te dé un consejo: No olvides nunca que los japoneses tienen seis caras y tres corazones. Según un dicho popular, el hombre tiene un corazón falso en la boca para que todos lo vean, otro en el pecho para mostrarlo a sus amigos y a sus familiares y el otro, el verdadero, el secreto, que nadie lo conoce, salvo él, y que está oculto Dios sabe dónde. Son increíblemente traidores, y viciosos sin remedio.

—¿Por qué quiere verme Toranaga?

—No lo sé. ¡Por la Santísima Virgen que no lo sé! Ven a verme, si puedes.

—Sí. Que tengas suerte, español.

—¡Que te zurzan! Pero aun así, ve con Dios.

Blackthorne sonrió sin saber qué responder. Subió a cubierta y se desconcertó al contemplar Osaka, su inmensidad, sus hormigueros humanos y el enorme castillo que dominaba la ciudad. De la gran estructura del castillo surgía el torreón, la fortaleza central, de siete u ocho pisos de altura con tejados curvos a cada nivel y tejas doradas y paredes azules.

«Allí debe de estar Toranaga», pensó sintiendo una punzada de hielo en el pecho.

Un palanquín cerrado lo llevó a una casa grande. Allí lo bañaron y le dieron de comer: naturalmente, sopa de pescado, pescado crudo y ahumado, unas

verduras en adobo y agua caliente con hierbas. En vez de las gachas de trigo, le sirvieron un tazón de arroz. Su estómago le pedía carne y pan, pan recién hecho, de corteza tostada, untado con mantequilla, y pierna de cordero y empanada y pollo y huevos y cerveza.

El día siguiente fue a buscarle una doncella. La ropa que le había dado Rodrigues había sido lavada. Ella lo observó mientras se vestía y le ayudó a ponerse unos tabi nuevos. Fuera había un par nuevo de sandalias. Sus botas no estaban. La doncella movió la cabeza y señaló las sandalias y después el palanquín con cortinas. A su alrededor había una falange de samurai. El jefe le indicó que se diese prisa en subir.

Se pusieron inmediatamente en marcha. Las cortinas no le dejaban ver nada. Al cabo de un rato que le pareció una eternidad el palanquín se detuvo.

—No debes asustarte —se dijo en voz alta al apearse.

Se encontró frente a la gigantesca puerta de piedra del castillo. Estaba emplazada en una muralla de treinta pies de altura, con almenas, bastiones y obras exteriores. La puerta era enorme, revestida de plancha de hierro, y estaba abierta y levantado el rastrillo de hierro forjado. Detrás de ella había un puente de madera, de veinte pasos de ancho por doscientos de largo, tendido sobre el foso y que terminaba en un enorme puente levadizo. En la segunda muralla había otra puerta igualmente grande.

Veíanse allí cientos de samurais. Todos llevaban el mismo uniforme gris oscuro, quimonos con cinturón y cinco pequeñas insignias circulares, una en cada brazo, dos sobre el pecho y una en medio de la espalda. Las insignias eran azules y en forma de flor o de flores.

—¡Anjín-san!

Hiro-matsu estaba rígidamente sentado en un palanquín abierto. Su quimono era de color castaño y su cinturón negro, iguales que los de los cincuenta samurais que lo rodeaban. Las insignias eran escarlatas, con el emblema de Toranaga. Los samurais estaban armados con unas lanzas largas y resplandecientes con pequeñas banderolas en la punta.

El oficial de la puerta salió a su encuentro. Leyó ceremoniosamente el papel que le entregó Hiro-matsu y después de muchas reverencias y de mirar varias veces a Blackthorne invitó a los dos a pasar al puente seguidos de una escolta.

La superficie del foso estaba a cincuenta pies debajo de ellos, y Blackthorne pensó: «¡Dios mío! No me gustaría tener que organizar un ataque contra esta fortaleza. Los defensores podrían sacrificar la guarnición exterior y quemar el

puente y estarían a salvo en el recinto interior. Estas murallas deben de tener de veinte a treinta pies de grueso y están hechas de enormes bloques de piedra de diez por diez pies. ¡Como mínimo! Deben de pesar al menos cincuenta toneladas cada una. Cierto que unos cañones de sitio podrían derribar la muralla exterior, pero los de los defensores responderían adecuadamente. Sería difícil traerlos hasta aquí y no hay puntos elevados desde los que se puedan lanzar proyectiles incendiarios dentro del castillo.

»Y en todo caso, ¿cómo cruzar el foso? Es demasiado grande para los métodos normales. El castillo debe de ser inexpugnable si cuenta con soldados suficientes. ¿Cuántos soldados debe de haber aquí? ¿Cuántos habitantes de la ciudad podrían refugiarse en su interior? Al lado de esto la Torre de Londres parece una pocilga. ¡Y todo Hampton Court cabría en un rincón!»

En la puerta siguiente hubo otra comprobación oficial de papeles. Después, el camino torció bruscamente a la izquierda y se convirtió en una amplia avenida flanqueada de casas fortificadas, detrás de unos muros más o menos altos y todos ellos fáciles de defender, y se desdobló por último en un laberinto de callejones y escaleras. A continuación, otra puerta y más comprobaciones, otro rastrillo y otro foso grande y más vueltas y revueltas hasta que Blackthorne, a pesar de ser un observador agudo y de tener una memoria y un sentido de orientación extraordinarios, se sintió perdido en aquel deliberado embrollo. Y continuamente, innumerables soldados los observaban desde los muros, los contrafuertes, los parapetos y los bastiones. Y había otros a pie, de guardia, marchando, adiestrando o cuidando caballos en establos abiertos. Soldados en todas partes a millares. Y todos bien armados y meticulosamente vestidos.

Blackthorne se maldijo por no haber sido capaz de sacarle más información a Rodrigues. Aparte de lo que le había dicho sobre el Taiko y los conversos, se había mostrado reservado como el que más y eludió sus preguntas.

«Concéntrate. Busca claves. ¿Qué tiene de especial este castillo? Es inmenso. Pero hay algo más. ¿Qué? ¿Son los Grises hostiles a los Pardos? No lo sé porque su gravedad es impenetrable.»

Blackthorne centró su atención en los detalles. A la izquierda había un pequeño jardín multicolor y muy bien cuidado con unos puentes diminutos y un pequeño arroyo. Las paredes estaban ahora más juntas y el camino se estrechaba. Se acercaban al torreón. No había gente del pueblo, sino cientos de criados… ¡Y no había cañones! ¡He aquí la diferencia!

«No has visto un solo cañón. ¡Ni uno! Si tuvieses armas modernas, y no

teniéndolas los defensores, podrías derribar las murallas y las puertas, lanzar balas incendiarias contra el castillo, prenderle fuego y apoderarte de él. Pero, ¿cómo cruzar los fosos? ¿Con barcas? ¿Con almadías provistas de torres?»

Estaba tratando de imaginar un plan cuando se detuvo el palanquín. Hiro-matsu se apeó. Estaban en un estrecho callejón sin salida. Una enorme puerta de madera, reforzada con hierros, hallábase empotrada en el muro de veinte pies, que se confundía con la obra exterior de bastión superior fortificado. A diferencia de las otras puertas, ésta estaba guardada por samurais Pardos, los únicos que Blackthorne había visto dentro del castillo. Su satisfacción al ver a Hiro-matsu, fue evidente.

Los Grises dieron media vuelta y se alejaron. Blackthorne observó las miradas hostiles que les lanzaron los Pardos.

La puerta se abrió de par en par y Blackthorne siguió al viejo. Los samurais se quedaron fuera.

El patio interior estaba guardado por otros Pardos, lo mismo que el jardín. Lo cruzaron y entraron en el fuerte. Hiro-matsu se quitó las sandalias y Blackthorne lo imitó.

El pasillo interior estaba revestido de *tatamis*, esterillas de junco, limpias y agradables a los pies, que podían verse en los suelos de todas las casas, a excepción de las más pobres. Blackthorne había advertido con anterioridad que todas estas esterillas tenían el mismo tamaño, unos seis pies por tres. ¿Quería esto decir que todas las habitaciones debían construirse de manera que coincidiesen con un número exacto de esterillas? ¡Qué raro!

Subieron una escalera de caracol, de fácil defensa, y recorrieron otros pasillos y escaleras. Había allí muchos guardias, todos ellos Pardos. Rayos de sol que se filtraban por las aspilleras de los muros trazaban unos dibujos intrincados. Blackthorne advirtió que estaban más altos que las tres murallas circundantes. La ciudad y el puerto parecían una colcha de colores allá abajo.

El corredor dio un brusco giro y terminó cincuenta pasos más allá.

Blackthorne sintió amargor de bilis en la boca.

«No te preocupes —se dijo—. Has decidido lo que tienes que hacer. Estás comprometido.»

Un grupo de samurais con su oficial al frente custodiaban la última puerta, todos ellos con la diestra en la empuñadura del sable y la izquierda sobre la daga, inmóviles y alerta, observando fijamente a los dos hombres que se acercaban.

Esto tranquilizó a Hiro-matsu. Había elegido personalmente aquella guardia.

Seguía considerando peligroso que Toranaga se hubiese puesto en manos del enemigo. El día anterior, inmediatamente después de desembarcar, había corrido junto a Toranaga para informarle de lo ocurrido y enterarse de que nada malo había sucedido durante su ausencia. Pero todo seguía tranquilo a pesar de que sus espías hablaban de peligrosas maniobras del enemigo en el Norte y el Este y de que sus principales aliados, los regentes Onoshi y Kiyama, los más grandes daimíos cristianos, estaban a punto de pasarse al bando de Ishido.

Hiro-matsu se detuvo a diez pasos del oficial.

CAPÍTULO XI

Yoshi Naga, el oficial de guardia, era un joven de diecisiete años, maligno y peligroso.

—Buenos días, señor. Sé bien venido.

—Gracias. El señor Toranaga me espera.

—Sí.

Aunque no lo hubiesen esperado, Naga lo habría dejado pasar. Toda Hiro-matsu era una de las tres únicas personas del mundo que podía visitar a Toranaga de día o de noche, sin haber sido citado previamente.

—Registrad al bárbaro —dijo Naga, que era el quinto hijo de Toranaga por una de sus consortes y que adoraba a su padre.

Blackthorne no opuso resistencia. Los dos samurais eran muy expertos. Nada se les habría escapado.

Hiro-matsu entró en la inmensa sala de audiencias. Una vez cruzado el umbral, se arrodilló, dejó el sable en el suelo, bajó la cabeza y esperó en esta humillante actitud.

Naga, siempre vigilante, indicó a Blackthorne que hiciese lo mismo.

Blackthorne entró. La estancia era de veinte pasos cuadrados de extensión y diez de altura. Las esterillas de *tatami* eran de la mejor calidad, impecables y de cuatro dedos de grueso. Había dos puertas en la pared del fondo. Ambas estaban guardadas. A diez pasos del estrado y formando círculo había otros veinte samurais, sentados con las piernas cruzadas y mirando al frente.

Toranaga estaba sentado en un cojín sobre el estrado. Estaba reparando el ala rota de un halcón encapuchado con toda la delicadeza de un tallista de marfil.

Ni él ni los otros que se encontraban allí habían saludado a Hiro-matsu ni habían prestado la menor atención a Blackthorne cuando entró y se detuvo junto al viejo. Pero a diferencia de Hiro-matsu, Blackthorne hizo una reverencia, tal como le había enseñado Rodrigues, y respirando profundamente se sentó y cruzó las piernas, y miró fijamente a Toranaga.

Todos los ojos echaron chispas mirando a Blackthorne.

En la puerta, Naga llevó la mano a la empuñadura de su sable. Hiro-matsu hizo lo mismo, aunque sin levantar la cabeza.

Blackthorne sólo podía esperar. Rodrigues le había dicho: «Con los japoneses, tienes que portarte como un rey.»

Toranaga levantó despacio la cabeza.

Una gota de sudor tembló en la sien de Blackthorne, al ver que todo lo que le había dicho Rodrigues sobre los samurais parecía cristalizado en aquel hombre. Pero mantuvo la mirada firme, sin pestañear, y su rostro permaneció tranquilo. Contó despacio hasta seis y entonces inclinó la cabeza, hizo otra leve reverencia y sonrió con calma.

Toranaga lo observó brevemente, con el semblante impasible y, bajando la cabeza, volvió a su trabajo. La tensión amenguó en la estancia.

El ave era una hembra de halcón peregrino, y el halconero, un viejo y nudoso samurai, arrodillado delante de Toranaga, la sostenía como si fuese de porcelana. Toranaga acabó de reparar el ala.

Yoshi Toranaga, señor de Kwanto —las Ocho Provincias—, jefe del clan Yoshi, general en jefe de los Ejércitos del Este, presidente del Consejo de Regencia, era un hombre bajo, panzudo y de nariz grande. Sus cejas eran negras y tupidas y su barba y su bigote, ralos y salpicados de gris. Los ojos eran su facción más dominante. Tenía cincuenta y ocho años y era vigoroso para su edad. Llevaba un quimono sencillo, el uniforme corriente de los Pardos y un cinto de algodón. Pero sus sables eran los mejores del mundo.

El halconero hizo una reverencia y salió con el ave.

Toranaga volvió la mirada a los dos hombres de la puerta.

—Bienvenido, Puño de Hierro, me alegro de verte —dijo—. ¿Es ése tu famoso bárbaro?

—Sí, señor.

Hiro-matsu fue a dejar sus sables en la puerta, como era habitual, pero Toranaga insistió en que los conservara con él.

Hiro-matsu le dio las gracias. Pero en todo caso se sentó a cinco pasos de distancia. Según la costumbre, ningún hombre armado podía acercarse más a Toranaga. En la primera fila de guardias estaba Usagi, nieto político predilecto de Hiro-matsu, y éste le dirigió un breve saludo. El joven se inclinó profundamente, honrado y satisfecho de que el viejo se hubiese fijado en él.

«Tal vez debería adoptarlo oficialmente» se dijo Hiro-matsu, pensando en su nieta predilecta y en el primer bisnieto que le habían ofrecido el año anterior.

—¿Cómo está su espalda? —preguntó amablemente Toranaga.

—Muy bien. Gracias, señor. Pero debo confesar que me alegro de haber

dejado aquel barco y estar de nuevo en tierra.

—Tu salud es importante para mí. Procuraré recompensar tus esfuerzos.

—Eres muy amable, Toranaga-sama —dijo seriamente Hiro-matsu—. Pero la mejor recompensa para todos sería que salieras inmediatamente de este avispero y volvieras a tu castillo de Yedo, donde tus vasallos pueden protegerte. Aquí estamos desnudos. En el momento menos pensado, Ishido podría…

—Lo haré cuando concluyan las reuniones del Consejo de Regencia. —Toranaga se volvió e hizo una seña a un portugués de cara enjuta, pacientemente sentado a su sombra—. ¿Quieres hacer de intérprete en mi obsequio, amigo mío?

—Ciertamente, señor.

El tonsurado sacerdote avanzó y se arrodilló junto al estrado al estilo japonés, con una naturalidad fruto de la práctica. Su cuerpo era tan magro como su cara, sus ojos negros y húmedos y en todo él había un aire de serena concentración. Llevaba unos calcetines tabi, un holgado quimono y un rosario con una cruz de oro labrado colgando del cinto. Saludó a Hiro-matsu de igual a igual y después miró amablemente a Blackthorne.

—Me llamo Martín Alvito, de la Compañía de Jesús, capitán. El señor Toranaga me ha pedido que le sirva de intérprete.

—Ante todo, decidle que vos y yo somos enemigos y que…

—Cada cosa a su tiempo —le interrumpió delicadamente el padre Alvito—. Podemos hablar en portugués, en español o, desde luego, en latín. Lo que vos prefiráis.

A Blackthorne no le gustó la fácil elegancia y el vigor y el poder que respiraba el jesuita. Se había imaginado que éste sería mucho más viejo, dadas su posición influyente y la manera como Rodrigues había hablado de él. Pero eran aproximadamente de la misma, tal vez el jesuita tenía unos pocos años más.

—En portugués —dijo esperando que esto pudiese darle una ligera ventaja —. ¿Sois vos portugués?

—Tengo este privilegio. Y ahora, capitán, podemos empezar. Os ruego que escuchéis todo lo que diga el señor Toranaga, sin interrumpir —dijo el padre Alvito—. Después contestaréis. A partir de ahora, traduciré casi simultáneamente cuanto digáis. Por consiguiente, tened mucho cuidado en las respuestas.

—¿Para qué? ¡Yo no confío en vos!

El padre Alvito tradujo inmediatamente estas palabras a Toranaga cuyo rostro se ensombreció perceptiblemente.

«Sé prudente —pensó Blackthorne—, pues juega contigo como con un ratón. Te apuesto tres guineas de oro contra un penique a que te llevará donde quiera. Tanto si traduce correctamente como si no, debes dar una buena impresión a Toranaga. Puede ser tu única oportunidad.»

—Podéis estar seguro de que traduciré lo que digáis con la mayor exactitud que pueda —la voz del sacerdote era amable, pero dominante—. Éste es el tribunal del señor Toranaga. Yo soy intérprete oficial del Consejo de Regencia, del señor general Toranaga y del señor general Ishido. El señor Toranaga me ha honrado con su confianza durante muchos años. Os aconsejo que contestéis verazmente, pues puedo aseguraros que es un hombre muy inteligente. También debo advertiros que yo no soy el padre Sebastião, que tiene tal vez un exceso de celo y que, desgraciadamente, no habla muy bien el japonés ni tiene mucha experiencia del Japón. Vuestra súbita presencia lo trastornó y, lamentablemente, se dejó dominar por su pasado… Sus padres, sus hermanos y sus hermanas fueron horriblemente asesinados en los Países Bajos por vuestras… por las fuerzas del Príncipe de Orange. Pido para él vuestra indulgencia y vuestra compasión —sonrió con benevolencia—. En japonés, «enemigo» se dice *teki*. Podéis emplear esta palabra, si así os place. Si me señaláis y pronunciáis esta palabra, el señor Toranaga comprenderá perfectamente lo que queréis decir. Sí, soy enemigo vuestro, capitán John Blackthorne. Pero no soy vuestro asesino.

Blackthorne vio que explicaba a Toranaga lo que acababa de decir. Oyó varias veces la palabra *teki* y se preguntó si realmente significaba «enemigo».

«Seguro que sí —se dijo—. Ese cura no es como el otro.»

—Por favor, olvidad un momento que yo existo —dijo el padre Alvito—. No soy más que un instrumento para dar a conocer al señor Toranaga vuestras respuestas, de la misma manera que os formularé *sus* preguntas.

Se volvió a Toranaga y se inclinó cortésmente.

Toranaga habló con palabras breves, y el sacerdote empezó a traducir casi simultáneamente.

—¿Por qué eres enemigo de Tsukku-san, mi amigo e intérprete, que no es enemigo de nadie?

El padre Alvito añadió, por vía de explicación:

—Tsukku-san es mi apodo, porque los japoneses tampoco pueden pronunciar mi nombre. Tsukku es una variante de la palabra japonesa tsuyaku, que significa interpretar. Por favor contestad la pregunta.

—Somos enemigos porque nuestros países están en guerra.

—¡Oh! ¿Cuál es tu país?

—Inglaterra.

—¿Dónde está?

—Es un reino insular, a mil millas al norte de Portugal.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis en guerra con Portugal?

—Desde que Portugal se convirtió en Estado *vasallo* de España. Esto fue en 1580, hace veinte años. España conquistó Portugal. En realidad, estamos en guerra con España. Desde hace casi treinta años.

Blackthorne advirtió la sorpresa de Toranaga y la mirada interrogadora que dirigió al padre Alvito.

—¿Dices que Portugal es parte de España?

—Sí, señor Toranaga. Un Estado vasallo. España conquistó Portugal y ahora son un mismo país y tienen el mismo rey. Pero los portugueses están sometidos a España en casi todas las partes del mundo y el Imperio Español da poca importancia a sus jefes.

Se hizo un largo silencio. Después, Toranaga habló directamente al jesuita, el cual sonrió y le respondió prolijamente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó vivamente Blackthorne.

El padre Alvito no le contestó, sino que siguió traduciendo como antes, casi simultáneamente. Toranaga respondió directamente a Blackthorne con voz acerada y cruel:

—Lo que he dicho no es de tu incumbencia. Cuando quiera que sepas algo, te lo diré. Y ten la boca cerrada hasta que te pregunte. ¿Comprendido?

—Sí.

«Error número uno —se dijo Blackthorne—. Ten cuidado. No puedes cometer errores.»

—¿Por qué estáis en guerra con España y con Portugal?

—En parte, porque España quiere conquistar el mundo y los ingleses, y nuestros aliados holandeses, no queremos ser conquistados. En parte, debido a nuestras religiones.

—¡Ah! ¿Una guerra religiosa? ¿Cuál es tu religión?

—Yo soy cristiano. Nuestra Iglesia…

—¡Los portugueses y los españoles son cristianos! ¡Dijiste que vuestra religión es diferente! ¿Cuál es, entonces?

—También es cristiana. Es difícil de explicar sencillamente y con pocas palabras, señor Toranaga. Las dos son…

—No debes tener prisa, señor capitán. Tenemos tiempo. Yo soy muy paciente. Tú eres hombre culto y, por consiguiente, puedes explicarte de un modo sencillo o complicado, según prefieras, con tal de que lo hagas con claridad. ¿Qué estabas diciendo?

—Mi religión es cristiana. Hay dos religiones cristianas importantes: la protestante y la católica. La mayoría de los ingleses somos protestantes.

—¿Adoráis al mismo Dios, a la Virgen y al Niño?

—No, señor. No como los católicos.

«¿Qué quiere saber? —se preguntaba Blackthorne—. ¿Él es católico? ¿Debo contestarle lo que él desea que le diga o lo que yo considero verdad? ¿O será anticristiano?» Sin embargo, llamó «amigo mío» al jesuita…

—¿Crees que Jesús es Dios?

—Creo en Dios —respondió cautelosamente.

—¡No eludas las preguntas directas! ¿Crees que Jesús es Dios? ¿Sí o no?

—Las preguntas sobre Dios no pueden contestarse con un simple «sí» o «no». Hay que matizar el «sí» o el «no». No sabemos nada cierto sobre Dios hasta que estamos muertos. Sí, yo creo que Jesús es Dios, pero no lo sabré de fijo hasta que me muera.

—¿Por qué profanaste la cruz del sacerdote cuando llegaste al Japón?

Blackthorne no había esperado esta pregunta. ¿Sabía Toranaga todo lo que había pasado desde su llegada?

—Yo… quise demostrar al daimío Yabú que el padre Sebastião era mi enemigo, que, al menos en mi opinión, no era digno de confianza. Porque estaba seguro de que no traduciría mis palabras con exactitud, como lo está haciendo ahora el padre Alvito. Por ejemplo, nos acusó de ser piratas. Y nosotros no somos piratas, sino que venimos en son de paz.

—¡Ah, sí! Piratas. Después hablaremos de esto. Dijiste que vuestras dos sectas son cristianas, que ambas adoran a Jesucristo. ¿No es el precepto «amaos los unos a los otros» la esencia de su enseñanza?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo podéis ser enemigos?

—Su fe… su versión del cristianismo es una interpretación falsa de las Escrituras.

—¡Ah! Por fin llegamos a alguna parte. Así, estáis en guerra por una diferencia de opinión sobre lo que es Dios, ¿no?

—Sí.

—Un motivo muy estúpido para hacer la guerra.

—De acuerdo —repuso Blackthorne mirando al sacerdote—. Estoy completamente de acuerdo en esto.

—¿Cuántos barcos hay en tu flota?

—Cinco.

—¿Y eras tú el primer capitán?

—Sí.

—¿Dónde están los otros?

—En el mar —respondió cauto Blackthorne presumiendo que Alvito había indicado algunas preguntas a Toranaga—. Nos sorprendió una tormenta y nos separó. No sé exactamente dónde están, señor.

—¿Eran ingleses tus barcos?

—No, señor. Holandeses, de los Países Bajos.

—¿Por qué tenía un inglés el mando de barcos holandeses?

—No es nada extraño, señor. Somos aliados.

—Pero, ¿por qué tú? ¿Por qué quisieron que tú mandases sus barcos?

—Probablemente porque mi madre era holandesa y hablo su lengua con fluidez y tengo experiencia.

—Y tú, capitán, ¿ingresaste en su marina para defender tu religión y para luchar contra tus enemigos, España y Portugal?

—Ante todo, señor, soy capitán de barco. Ningún inglés ni holandés había estado antes en estas aguas. Nuestra flota es mercante, aunque tenemos patentes de corso para atacar al enemigo en el Nuevo Mundo. En cuanto al Japón, sólo vinimos a comerciar.

—¿Qué son las patentes de corso?

—Autorizaciones legales de la Corona o del Gobierno para hacer la guerra al enemigo.

—¡Ah! Tus enemigos están aquí. ¿Piensas luchar aquí contra ellos?

—No lo sabíamos cuando llegamos, señor. Sólo vinimos a comerciar. Vuestro país es casi desconocido, legendario. Los portugueses y los españoles hablan muy poco de esta zona.

—Contesta la pregunta: Tus enemigos están aquí. ¿Piensas luchar, aquí, contra ellos?

—Si me atacan, sí.

Toranaga rebulló, irritado.

—Lo que hagáis en el mar o en vuestros países es asunto vuestro. Pero aquí

hay una ley para todos. *Cualquier* mala acción o querella son castigados en el acto con la muerte. Nuestras leyes son claras y deben ser obedecidas. ¿Lo comprendes?

—Sí, señor. Pero nosotros vinimos en son de paz. Vinimos a comerciar. ¿Podríamos hablar de negocios, señor?

—Cuando desee hablar de negocios, te avisaré. Ahora, limítate a contestar las preguntas, por favor. ¿Te enrolaste por dinero?

—Sí. Es nuestra costumbre, señor. Cobramos una parte en el bo…, en todo el comercio y en los bienes capturados al enemigo.

—Entonces, ¿eres un mercenario?

—Fui contratado como primer capitán para mandar la expedición. Sí.

Blackthorne percibía la hostilidad de Toranaga, pero no comprendía el motivo. «¿Qué he dicho de malo?»

—Es una costumbre normal entre nosotros, Toranaga-sama —repitió.

Toranaga empezó a hablar con Hiro-matsu y parecían estar de acuerdo en sus opiniones. Blackthorne creyó ver una expresión de repugnancia en sus semblantes. «¿Por qué? Sin duda tiene algo que ver con lo de mercenario», pensó. «Pero, ¿qué hay de malo en ello? ¿No se paga a todo el mundo? ¿No hay que ganar el dinero necesario para vivir?»

—Antes dijiste que viniste aquí a comerciar en paz —dijo Toranaga—. ¿Por qué llevas tantos cañones y tanta pólvora y mosquetes y metralla?

—Nuestros enemigos españoles y portugueses son muy fuertes y poderosos, señor Toranaga. Tenemos que protegernos y…

—¿Quieres decir que vuestras armas son puramente defensivas?

—No. Las empleamos, no sólo para protegernos, sino también para atacar a nuestros enemigos.

—¿Qué es un pirata?

—Un hombre fuera de la Ley. Un hombre que roba, mata o saquea para su lucro personal.

—¿No es lo mismo que un mercenario? ¿No lo eres tú?

—No. La verdad es que mis barcos tienen patente de corso de las autoridades legales de Holanda para hacer la guerra en todos los mares dominados por nuestros enemigos. Y para buscar mercados para nuestros artículos. Para los españoles y la mayoría de los portugueses, somos piratas y herejes. Pero, repito, la verdad es que no lo somos.

El padre Alvito terminó de traducir y empezó a hablar directamente a

Toranaga con voz suave pero firme.

Toranaga miró a Hiro-matsu y el viejo hizo algunas preguntas al jesuita, que contestó largamente. Después, Toranaga se volvió a Blackthorne y su voz se hizo aún más severa.

—Tsukku-san dice que los holandeses, los Países Bajos, eran vasallos del rey español hace pocos años. ¿Es esto cierto?

—Sí.

—Por consiguiente, vuestros aliados, los holandeses, se hallan en un estado de rebelión contra su soberano legal, ¿no?

—Sí. Pero hay circunstancias atenuantes…

—No hay «circunstancias atenuantes» cuando se trata de rebelión contra un soberano.

—A menos que se salga triunfante.

Toranaga lo miró fijamente. Después se echó a reír a carcajadas.

—Sí, señor extranjero de nombre impronunciable. Has nombrado la *única* circunstancia atenuante. —Rió otra vez, pero su regocijo se extinguió con la misma rapidez—. ¿Venceréis?

—*Hai*.

Toranaga habló de nuevo, pero el sacerdote no tradujo inmediatamente. Sonreía de un modo extraño, fijos los ojos en Blackthorne. Después, suspiró y dijo:

—¿Estás seguro?

—Sí. Decidle que sí. Estoy seguro. ¿Puedo explicar por qué?

El padre Alvito habló con Toranaga, mucho más de lo necesario para traducir esta sencilla pregunta. Toranaga habló a su vez sacándose un abanico de la manga.

El padre Alvito empezó a traducir de nuevo, con su delicada animadversión cargada de ironía:

—Sí, capitán, puedes explicar por qué crees que ganaréis esta guerra.

Blackthorne trató de aparentar confianza, aunque sabía que el sacerdote lo dominaba.

—En la actualidad somos los dueños de los mares de Europa… de la mayoría de los mares de Europa —se corrigió diciéndose que debía ceñirse a la verdad. Retorcerla un poco, como sin duda hacía el jesuita, pero decir la verdad —. Los ingleses destruimos dos grandes armadas hispano-portuguesas que pretendían invadirnos y no es probable que puedan organizar otras. Nuestra

pequeña isla es una fortaleza y en ella estamos seguros. Nuestra marina domina el mar. Nuestros barcos son más veloces, más modernos y están mejor armados. Nuestros aliados holandeses están haciendo que se desangre el Imperio español. Venceremos porque tenemos el dominio del mar y porque el rey de España, en su vana arrogancia no quiere dejar libre a un pueblo extranjero.

—¿Domináis los mares? ¿También los nuestros, los que rodean nuestras costas?

—No, claro que no, Toranaga-sama. Me refería, naturalmente, a los mares de Europa. Aunque…

—Bien. Celebro que esto haya quedado aclarado. Decías que aunque…

—Aunque en *todos* los mares apartados de las costas, destruiremos pronto al enemigo —dijo Blackthorne, lisa y llanamente.

—Has dicho «al enemigo». ¿Somos acaso nosotros enemigos vuestros? En tal caso, ¿hundiríais nuestros barcos y asolaríais nuestras costas?

—No puedo concebir que seamos enemigos.

—Yo, sí. ¿Qué ocurriría entonces?

—Si vosotros atacaseis mi país, lo defendería y procuraría venceros —dijo Blackthorne.

—¿Y si tu jefe te ordenase atacarnos aquí?

—Le aconsejaría que revocara la orden. Enérgicamente. Y nuestra reina atendería a mis razones. Ella es…

—¿Os gobierna una reina y no un rey?

—Sí, señor Toranaga. Y nuestra reina es prudente. No daría, no podría dar una orden tan insensata.

—¿Y si lo hiciera ella u otro soberano?

—Entonces, encomendaría mi alma a Dios porque moriría en cualquier caso.

—Cierto que sí. Tú y todas tus legiones.

Toranaga hizo una breve pausa y después dijo:

—¿Cuánto tardaste en llegar aquí?

—Casi dos años. Exactamente, un año, once meses y dos días.

—¿Cómo viniste? ¿Por qué ruta?

—Por el estrecho de Magallanes. Si tuviera mis mapas y mis libros de ruta podría enseñárselos, pero me los robaron… Alguien se los llevó de mi barco, con mis patentes de corso y todos mis papeles. Si tú, señor…

Blackthorne se interrumpió al ver que Toranaga hablaba vivamente con Hiromatsu, el cual parecía igualmente trastornado.

—¿Dices que tus papeles te fueron sustraídos, robados?

—Sí.

—Si es verdad, eso es terrible. En el Japón aborrecemos el robo. La pena del robo es la muerte. Este asunto será investigado inmediatamente. Parece increíble que un japonés haya hecho una cosa así, aunque, de vez en cuando, aparecen malvados bandidos y piratas.

—Tal vez los guardaron en alguna parte —dijo Blackthorne—. Pero son muy valiosos, señor Toranaga. Sin mis cartas marinas sería como un ciego en un laberinto. ¿Quieres que te explique mi ruta?

—Sí, pero más tarde. Primero dime *por qué* viniste de tan lejos.

—Vinimos para comerciar en paz —repitió Blackthorne dominando su impaciencia—. Para comerciar y volver a casa. Para enriqueceros y enriquecernos. Y tratar de…

—¿Enriqueceros y enriquecernos? ¿Qué es más importante?

—Ambas partes deben beneficiarse, naturalmente, y los tratos deben ser justos. Buscamos un comercio duradero…

Blackthorne se interrumpió al oírse fuertes voces fuera de la estancia. Hiromatsu y la mitad de los guardias se dirigieron inmediatamente a la puerta, mientras los otros formaban una barrera ante el estrado.

Toranaga no se había movido. Dijo algo al padre Alvito.

—Venid conmigo, capitán Blackthorne, lejos de la puerta —dijo el padre Alvito disimulando un tono apremiante—. Si apreciáis en algo vuestra vida, no hagáis ningún movimiento brusco ni digáis nada.

Y se dirigió despacio a la puerta izquierda del fondo, sentándose junto a ella.

Blackthorne hizo una reverencia a Toranaga y se situó cautelosamente junto al sacerdote. Éste, con deliberada lentitud, se sacó un pañuelo de la manga y se secó el sudor de las manos. Había necesitado toda su práctica y su fortaleza para permanecer tranquilo durante el interrogatorio del hereje, que había sido peor de lo que él y el padre Visitador habían esperado.

—¿Tenéis que estar presente? —le había preguntado el padre Visitador la noche pasada.

—Toranaga me ha llamado especialmente.

—Creo que es muy peligroso para vos y para todos nosotros. Podríais excusaros por enfermedad. Si estáis allí tendréis que traducir lo que diga el pirata y, a juzgar por lo que escribe el padre Sebastião, es un diablo en la tierra, astuto como un judío.

—Será mejor que esté allí, Eminencia. Al menos, podré interceptar las mentiras menos evidentes de Blackthorne.

—¿Por qué ha venido? ¿Por qué precisamente ahora, cuando todo volvía a andar por buen camino? ¿Tienen realmente barcos en el Pacífico? Esto podría tener muy malas consecuencias para nosotros en Asia. Y si consigue hacerse escuchar por Toranaga, o por Ishido, o por cualquiera de los más poderosos daimíos… bueno, la cosa se pondría muy difícil.

—Blackthorne es una realidad. Afortunadamente, estamos en condiciones de hacerle frente.

—Casi creería que los españoles, o más probablemente sus descarnados lacayos, los franciscanos y los benedictinos, lo guiaron deliberadamente hasta aquí para fastidiarnos.

—Tal vez lo hicieron, Eminencia. Los monjes harían cualquier cosa por destruirnos. Pero esto no es más que envidia, porque nosotros triunfamos donde ellos fracasan. ¡Seguro que Dios les hará ver el camino equivocado que siguen! Tal vez el inglés se «eliminará» él mismo antes de causar daños. Sus libros de ruta demuestran lo que es. ¡Un pirata y jefe de piratas!

—Leédselos a Toranaga, Martín. Las partes en que describe el saqueo de las indefensas colonias desde África hasta Chile y las listas del botín y de los muertos.

—Tal vez deberíamos esperar, Eminencia. Siempre podemos sacar a relucir los libros de ruta. Esperemos que se condene él mismo sin necesidad de mostrarlos.

El padre Alvito se enjugó de nuevo las palmas de las manos. Sentía los ojos de Blackthorne fijos en él. «¡Que Dios se apiade de ti! —pensó—. Te van a crucificar, incluso sin las pruebas contenidas en tus libros de ruta. ¿Deberíamos devolverlos al padre Sebastião para que los devolviera a su vez a Mura? ¿Qué haría Toranaga si los papeles no fuesen nunca descubiertos? No, esto sería demasiado peligroso para Mura.»

Se abrió la puerta del otro extremo del salón.

—El señor Ishido desea verte señor, —anunció Naga—. Inmediatamente, dice.

—Vosotros, volved a vuestros sitios —dijo Toranaga a sus hombres—. Naga-san, di al señor Ishido que siempre es bienvenido. Hazle pasar.

El hombre alto entró en el salón. Diez samurais —Grises— lo seguían, pero se quedaron en la puerta y, a una señal suya, se sentaron y cruzaron las piernas.

El padre Alvito bendijo su buena suerte por hallarse presente. El choque inminente entre los dos jefes rivales influiría mucho en el curso del Imperio y en el futuro de la Madre Iglesia en el Japón. Por consiguiente, cualquier indicio o información directa que pudiese ayudar a los jesuitas a decidir por quién debían inclinarse tenía una importancia inconmensurable. Ishido era budista Zen y anticristiano fanático. Toranaga era budista Zen y simpatizaba abiertamente con el cristianismo. Pero la mayoría de los daimíos cristianos apoyaban a Ishido temiendo el poder de Toranaga. Pensaban que si conseguía el poder absoluto aplicaría los decretos de expulsión del Taiko y aplastaría la verdadera fe. En cambio, si Toranaga era eliminado quedaría asegurada la sucesión, una sucesión débil, y la Madre Iglesia prosperaría.

Lo cierto era que, dadas las vacilaciones de los daimíos cristianos —y de los no cristianos—, nadie sabía de cierto cuál de los dos bandos era el más poderoso. Ni siquiera el padre Alvito, que era el europeo más informado del Imperio, sabía de cierto por qué bando se inclinarían los daimíos cristianos cuando estallara el conflicto abierto.

Toranaga bajó de su estrado.

—Bien venido, señor Ishido. Por favor, siéntate ahí —dijo señalando el único cojín del estrado—. Quiero que estés cómodo.

—No, gracias, señor Toranaga.

Ishido Kazunari era delgado, moreno y muy vigoroso, y tenía un año menos que Toranaga. Tenía a sus órdenes ochenta mil samurais, dentro y alrededor del castillo de Osaka, pues era comandante de la guarnición y, por lo tanto, comandante del cuerpo de guardia del Heredero, general en jefe de los Ejércitos del Oeste, conquistador de Corea, miembro del Consejo de Regencia y, oficialmente, Inspector General de todas las tropas del difunto Taiko constituidas legalmente por todos los ejércitos de todos los daimíos del reino.

—No, gracias —repitió—. No podría sentirme cómodo si tú no lo estás, *¿neh?* Algún día aceptaré tu cojín, pero no ahora.

A pesar de la implícita amenaza de Ishido, Toranaga respondió amablemente:

—No podías llegar en momento más oportuno. Estaba acabando de interrogar al nuevo bárbaro. Tsukku-san, ten la bondad de decirle que se ponga de pie.

El sacerdote obedeció. Sintió, desde lejos, la hostilidad de Ishido. Además de ser anticristiano, Ishido se había mostrado siempre acérrimo partidario de cerrar el Imperio a todos los europeos.

Ishido miró a Blackthorne con marcado disgusto.

—Me habían dicho que era feo, pero no creía que lo fuese tanto. También se rumorea que es un pirata. ¿Es esto cierto?

—¿Puedes dudarlo? Y también es un embustero.

—Entonces, préstamelo un par de días antes de crucificarlo. Al Heredero le divertirá verlo cuando aún conserve la cabeza. —Ishido rió estruendosamente—. O tal vez podríamos enseñarle a bailar como un oso y podrías exhibirlo en todo el Imperio… «El Fenómeno del Este.»

Aunque era verdad que Blackthorne era el único que había venido de los mares orientales, Ishido aludía evidentemente a Toranaga, que dominaba las provincias del Este.

Pero Toranaga se limitó a sonreír como si no lo hubiese comprendido.

—Eres un humorista formidable, señor Ishido —dijo—. Pero creo que cuanto antes sea eliminado el bárbaro tanto mejor será. Es un hombre atrevido, arrogante e insolente. Es un fenómeno, sí, pero de escaso valor, y que en todo caso desconoce los buenos modales. Naga-san, destaca algunos hombres y que lo encierren con los delincuentes comunes. Tsukku-san, dile que les siga.

—Capitán, tenéis que seguir a esos hombres.

—¿Adónde me llevan?

El padre Alvito vaciló. Se alegraba de haber triunfado, pero su rival era valiente y tenía un alma inmortal que aún podía ser salvada.

—Van a encerrarte —dijo.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé, hijo mío. Hasta que quiera el señor Toranaga.

CAPÍTULO XII

Toranaga observó la salida del bárbaro del salón lamentando la interrupción del interesante interrogatorio y disponiéndose a enfrentarse con el más inmediato problema de Ishido.

Éste fue inmediatamente al grano:

—Una vez debo preguntarte: ¿Qué contestas al Consejo de Regencia?

—Y yo debo repetir una vez más que como presidente del Consejo de Regencia no creo que sea necesaria ninguna respuesta.

—Casaste a tu hijo Naga-san con la hija del señor Masamune, casaste a una de tus nietas con el hijo y heredero del señor Zataki, y otro nieto con la hija del señor Kiyama. Todos estos matrimonios fueron con señores feudales o descendientes directos suyos y, por consiguiente, absolutamente en contra de las órdenes de nuestro señor.

—Desgraciadamente, nuestro señor, el Taiko, murió hace un año. Sí, lamento la muerte de mi cuñado y que no viva aún para guiar los destinos del Imperio —añadió Toranaga revolviendo un puñal en la vieja herida—. Si mi cuñado viviera, sin duda aprobaría estas relaciones familiares. Sus instrucciones se referían a matrimonios que amenazasen la sucesión de su casa. Yo no amenazo su casa ni a mi sobrino Yaemón, el Heredero. Me contento con ser señor de Kwanto. No quiero más territorios. No seré el primero en romper la paz.

Durante seis siglos, el reino había sufrido la plaga de una constante guerra civil. Treinta años antes, un daimío poco importante llamado Goroda había tomado posesión de Kioto, instigado principalmente por Toranaga. En los dos decenios siguientes, aquel guerrero había sojuzgado milagrosamente la mitad del Japón, había levantado una montaña de cráneos y se había erigido en dictador, aunque no se había considerado lo bastante poderoso para pedir al Emperador reinante que le otorgase el título de Shogun, a pesar de que descendía vagamente de una de las ramas de los Fujimoto. Después, hacía de ello dieciséis años, Goroda fue asesinado por uno de sus generales y su poder pasó a las manos de su gran vasallo y brillantísimo general, el campesino Nakamura.

En sólo cuatro años, el general Nakamura, ayudado por Toranaga, Ishido y otros, aniquiló a los descendientes de Goroda y sometió todo el Japón a su

absoluto y único dominio. Fue la primera vez en la Historia que un hombre sometió a todo el reino. Y se dirigió triunfalmente a Kioto para postrarse a los pies de Go-Nijo, el Hijo del Cielo. Allí, y debido a que había nacido campesino, Nakamura tuvo que contentarse con el título menor de Kwampaku, Primer Consejero, que más tarde renunció en favor de su hijo, tomando para sí el título de Taiko. Aunque parezca increíble, reinó la paz durante veinte años. Hasta que, el año anterior, había muerto el Taiko.

—Por nuestro señor el Buda —repitió Toranaga—, no seré el primero en romper la paz.

—Pero, ¿irás a la guerra?

—El hombre prudente debe apercibirse contra la traición, *¿neh?* —contestó Toranaga endureciendo su tono—. Tú y yo conocemos el infinito poder de la traición en los corazones de los hombres. El Taiko dejó un territorio unido que ahora está dividido entre tu Oeste y mi Este. El Consejo de Regencia no se entiende. Los daimíos andan a la greña. Cuanto antes sea mayor de edad el hijo del Taiko, tanto mejor. ¡Ojalá tengamos pronto otro Kwampaku!

—¿O tal vez un Shogun? —replicó Ishido con voz insinuante.

—Kwampaku, Shogun o Taiko, el poder es el mismo. Goroda nunca fue Shogun. Nakamura se contentó con ser Kwampaku y, después, Taiko. Gobernó, y esto es lo importante. ¿Qué importa que mi cuñado hubiese nacido campesino? ¿Qué importa que mi familia sea antigua? ¿Qué importa que tú seas de humilde cuna?

«Importa mucho», pensó Ishido.

—Yaemón tiene siete años —dijo—. Dentro de otros siete, será Kwampaku. Mientras tanto…

—Dentro de ocho años, general Ishido. Ésta es nuestra ley histórica. Cuando mi sobrino cumpla quince años, será mayor de edad y heredará. Mientras tanto, nosotros, los cinco regentes, gobernamos en su nombre. Así lo quiso nuestro difunto señor.

—Sí. Y también ordenó que los regentes no tomasen rehenes para luchar entre ellos. Tú guardas como rehén en tu castillo a dama Ochiba, la madre del Heredero, como garantía de tu seguridad aquí, y esto viola también la voluntad del Taiko.

Toranaga suspiró.

—Dama Ochiba está de visita en Yedo, donde mi única hermana va a dar a luz. Su hermana está casada con mi hijo y heredero. ¿Qué más natural que visitar

a una hermana en tales circunstancias?

—La madre del Heredero es la dama más importante del Imperio. Por consiguiente, no debería estar… —Iba a decir «en manos enemigas», pero lo pensó mejor.—… en una ciudad extraña.

Hizo una pausa, y añadió, lisa y llanamente:

—El Consejo desearía que la enviaras hoy mismo a su casa.

Toranaga eludió la trampa.

—Repito que dama Ochiba no es un rehén y, por consiguiente, no está ni ha estado nunca bajo mis órdenes.

—Entonces, lo diré de otra manera. El Consejo exige su inmediata presencia en Osaka.

¿Quién lo exige?

—Yo, el señor Sugiyama, el señor Onoshi y el señor Kiyama. Aquí están sus firmas.

Toranaga se puso lívido. Cuatro a uno significaba la soledad y el desastre. ¿Por qué había desertado Onoshi? ¿Y Kiyama? Ambos eran enemigos implacables, incluso antes de convertirse a la religión extranjera. ¿Qué poder tenía ahora Ishido sobre ellos?

Ishido comprendió que su enemigo estaba derrotado. Pero aún le quedaba algo más para hacer completa su victoria.

—Los regentes hemos convenido en que ha llegado el momento de terminar con los que pretenden usurpar el poder de mi señor y matar al Heredero. Los traidores morirán, sean quienes fueren. ¡Aunque sean Minowara!

Un rugido de furor brotó de las gargantas de todos los samurais de Toranaga, Usagi, el yerno de Hiro-matsu, desenvainó su sable y se lanzó sobre Ishido.

Éste estaba preparado para recibir el golpe mortal y no trató de defenderse. Así lo había planeado. Si lo mataba un samurai de Toranaga, toda la guarnición de Osaka podría caer sobre éste justificadamente y matarlo. Dama Ochiba sería eliminada en represalia por los hijos de Toranaga y los demás regentes se verían obligados a unirse contra el clan Yoshi, que, al encontrarse solo, sería aniquilado. Sólo entonces sería segura la sucesión del Heredero, y él, Ishido, habría cumplido su deber con el Taiko.

Pero el golpe no cayó. En el último momento, Usagi recobró su buen juicio y envainó el sable con mano temblorosa.

—Perdón, señor Toranaga —dijo arrodillándose humildemente—. No pude soportar esos insultos… Pido permiso para hacerme el harakiri.

Toranaga había permanecido inmóvil, pero dispuesto a impedir el golpe y sabía que Hiro-matsu habría hecho lo mismo. Comprendía también el motivo de los insultos de Ishido.

—Te pagaré con crecidos intereses, Ishido —se dijo para sus adentros.

Después se volvió al joven arrodillado.

—¿Cómo te atreves a suponer que lo que ha dicho el señor Ishido pretendía ser un insulto contra mí? Desde luego, es incapaz de una descortesía semejante. ¿Y cómo te atreves a escuchar conversaciones que no te incumben? No, no te permito hacerte el harakiri. Esto es un honor. Y tú no tienes honor ni disciplina. Serás crucificado hoy mismo como un vulgar criminal. Tus sables serán rotos y enterrados en el pueblo eta. Tu hijo será enterrado en el pueblo eta. Tu cabeza será clavada en una pica para escarnio de todos y con un letrero que dirá: «Este hombre nació samurai por equivocación. ¡Su nombre ha dejado de existir!»

Usagi, con un supremo esfuerzo, consiguió dominar su respiración, pero empezó a sudar, y esto fue para él una vergüenza intolerable. Se inclinó ante Toranaga aceptando su destino con fingida serenidad.

Hiro-matsu avanzó y arrancó los dos sables del cinto de su nieto político.

—Señor Toranaga —dijo gravemente—, con tu permiso, cuidaré personalmente de que tu orden sea cumplida.

Toranaga asintió con la cabeza.

El joven se inclinó por última vez, y cuando iba a levantarse Hiro-matsu lo empujó al suelo.

—Los samurais caminan —dijo—. Y también los hombres. Pero tú no eres lo uno ni lo otro. Irás a rastras a la muerte.

Usagi obedeció en silencio.

Y todos los que estaban en el salón se sintieron conmovidos por el sentido de disciplina del joven y por su valor.

«Cuando vuelvas a nacer serás samurai», se dijeron, satisfechos.

CAPÍTULO XIII

Aquella noche, Toranaga no podía dormir. Cosa rara en él, pues normalmente era capaz de dejar para el día siguiente la consideración de los problemas más apremiantes.

Pero aquella vez eran demasiadas las preguntas complicadas que requerían contestación.

¿Qué debía hacer con respecto a Ishido?

¿Por qué se había pasado Onoshi al enemigo?

¿Cómo debía enfrentarse con el Consejo?

¿Habían intrigado de nuevo los curas cristianos?

¿De dónde vendría la próxima tentativa de asesinato?

¿Qué debía hacer con Yabú?

¿Y qué debía hacer con el bárbaro?

¿Decía éste la verdad?

Era curioso que el bárbaro hubiera llegado de los mares del Este precisamente ahora. ¿Era un presagio? ¿Sería su *karma* la chispa que haría estallar el barril de pólvora?

Karma era una palabra india adoptada por los japoneses de la filosofía budista y que significaba el destino de una persona en esta vida, destino inexorablemente fijado por sus actos en una vida anterior. Toda persona renacía en este valle de lágrimas hasta que, después de sufrir y aprender durante muchas vidas, alcanzaba al fin la perfección e iba al *nirvana*, el lugar de la paz perfecta.

Era extraño que Buda o algún otro dios, o tal vez simplemente el *karma*, hubiese traído a Anjín-san al feudo de Yabú. Era extraño que hubiese desembarcado precisamente en el pueblo donde Mura, el jefe secreto de la organización de espionaje de Izú, actuaba desde hacía tantos años ante las narices del Taiko y del padre de Yabú. Era extraño que Tsukku-san estuviese en Osaka y no en Nagasaki. Y que también estuviesen en Osaka el sacerdote principal de los cristianos y el capitán general de los portugueses. Era extraño que el capitán Rodrigues hubiera estado disponible para llevar a Hiro-matsu a Anjiro con el tiempo justo para capturar vivo al bárbaro y apoderarse de los

cañones. Además, estaba también Kasigi Omi, hijo del hombre que le traería la cabeza de Yabú si Toranaga movía el dedo meñique.

Toranaga suspiró. Una cosa era segura. El bárbaro no se marcharía nunca. Ni vivo, ni muerto. Se había incorporado al reino para siempre.

Oyó unos pasos casi imperceptibles que se acercaban y preparó su sable. Cada noche cambiaba de dormitorio y de guardianes y cambiaba también el santo y seña para burlar a los asesinos que lo acechaban. Los pasos se detuvieron frente a la puerta. Entonces oyó la voz de Hiro-matsu y la primera frase del santo y seña:

—«Si la verdad está ya clara, ¿de qué sirve la meditación?»

—«¿Y si la verdad está oculta?» —dijo Toranaga.

—«También está clara» —respondió correctamente Hiro-matsu.

La cita era de Saraha, antiguo maestro budista tántrico.

—Entra y siéntate.

—He oído que no dormías. He pensado que podías necesitar algo.

—No, gracias —repuso Toranaga observando las profundas arrugas alrededor de los ojos del viejo—. Gracias, buen amigo.

—Entonces, me voy. Siento haberte molestado, señor.

—No, pasa, por favor. Me alegro de que hayas venido. Siéntate.

El viejo se sentó junto a la puerta, erguida la espalda, y al cabo de un rato dijo:

—Sobre aquel loco, todo se ha hecho según ordenaste. Todo.

—Gracias.

—Mi nieta, cuando se enteró de la sentencia, me pidió permiso para matarse y acompañar a su marido y a su hijo al Gran Vacío. Se lo negué y le dije que debía esperar tu aprobación.

Hiro-matsu sangraba interiormente. ¡Qué terrible era la vida!

—Has obrado correctamente.

—Ahora te pido permiso para poner fin a mi vida. Él te puso en mortal peligro, pero fue por mi culpa. Debí prevenir su arrebato. Soy indigno de tu confianza.

—No. Te necesito vivo.

—Te obedeceré. Pero dígnate aceptar mis disculpas.

—Aceptadas.

Al cabo de un rato, Toranaga dijo:

—¿Qué hay del bárbaro?

—Muchas cosas, señor. Primera, si hoy no hubieras estado esperándolo habrías salido de caza con tu halcón al amanecer y no se habría producido la desagradable entrevista con Ishido. Ahora, no tendrás más remedio que declararle la guerra… si puedes salir de este castillo y volver a Yedo.

—¿Segunda?

—No soy tan inteligente como tú ni mucho menos, señor Toranaga, pero incluso yo me doy cuenta de que nada de lo que nos dijeron los bárbaros del Sur es cierto.

Hiro-matsu se alegraba de poder hablar, pues con ello mitigaba su dolor.

—Bueno, si hay *dos* religiones cristianas que se odian, si los portugueses forman parte de la gran nación española, si el nuevo país bárbaro, se llame como se llame, les hace la guerra y los vence, si ese país es una nación isleña como la nuestra, y si, y éste es el «si» más importante, el bárbaro ha dicho la verdad y el sacerdote ha traducido fielmente lo que ha dicho… Bueno, puedes poner juntos todos estos «síes» y deducir algo y trazar un plan. Siento no poder hacerlo yo, pues sólo sé lo que vi en Anjiro y a bordo del barco. Que Anjín-san es un hombre de cabeza muy firme y dominador en el mar, aunque no le entiendo en absoluto. ¿Cómo, teniendo tan buenas cualidades, dejó que un hombre orinase en su espalda? ¿Por qué salvó la vida de Yabú, después de lo que éste le hizo, y la del portugués Rodrigues, que es su enemigo declarado? —Hiro-matsu hizo una pausa. Estaba muy cansado—. Pero creo que debemos retenerlo en tierra, así como a los que vengan detrás de él, y matarlos rápidamente a todos.

—¿Y qué me dices de Yabú?

—Ordénale que se haga el harakiri esta noche.

—¿Por qué?

—Iba a robar tu propiedad. Y es un embustero. Deja que le transmita la orden ahora mismo. Más pronto o más tarde tendrás que matarlo. Y ahora será más fácil, pues no tiene ningún vasallo a su alrededor. Te aconsejo que no lo demores.

Sonó una delicada llamada en la puerta interior.

—¿Tora-chan?

Toranaga sonrió como siempre al oír aquella voz especial que pronunciaba el especial diminutivo.

—¿Sí, Kiri-san?

—Me he tomado la libertad, señor, de traer cha para ti y para tu invitado. ¿Puedo pasar?

—Sí.

Los dos hombres correspondieron a su reverencia. Kiri cerró la puerta y empezó a servir el cha. De cincuenta y tres años, vigorosa, jefe de las azafatas de Toranaga, Kintsubu-noh-Toshiko, apodada Kiri, era la dama más vieja de la corte.

—No deberías estar despierto a estas horas de la noche, Tora-chan. Pronto amanecerá y supongo que saldrás al monte con tus halcones, *¿neh?* ¡Necesitas dormir!

—Ya lo ves, Hiro-matsu —dijo Toranaga—. Después de veinte años, todavía trata de dominarme.

—Lo siento, pero hace más de treinta años, Tora-sama —dijo ella con orgullo—. ¡Y tú eras tan manejable entonces como ahora!

Cuando Toranaga tenía veinte y pico de años había sido cogido como rehén por el despótico Ikawa Tadazaki, señor de Suruga y Totomi, padre del actual Ikawa Jikkyu, el enemigo de Yabú. El samurai responsable de la buena conducta de Toranaga acababa de tomar como segunda esposa a Kiritsubu. Ésta tenía entonces diecisiete años. Tanto el samurai como su esposa Kiri habían tratado dignamente a Toranaga, le habían aconsejado y cuando éste se había rebelado contra Tadazaki y unido a Goroda lo había seguido con sus guerreros y había luchado valientemente a su lado. Más tarde, el marido de Kiri había caído muerto durante la lucha por la capital. Toranaga había preguntado a Kiri si quería ser una de sus consortes y ella había aceptado de buen grado. Entonces tenía ella diecinueve años y él veinticuatro y desde el primer momento ella había dirigido todo el servicio doméstico. Era muy astuta y muy competente.

—Estás engordando mucho —dijo él dándole una afectuosa palmada en el trasero.

—¡Señor Toranaga! ¡Delante del señor Toda…! Tendré que suicidarme o, al menos, raparme la cabeza y hacerme monja. ¡Yo creía que seguía siendo joven y esbelta! —dijo riendo y acabando de servir el té—. Bueno, es cierto que tengo gordo el trasero, pero, ¿qué puedo hacer? Me gusta comer. Bueno, me voy. ¿Quieres que te envíe a dama Sazuko?

—No, mi siempre precavida Kiri-san. No, gracias. Charlaremos un rato y después me echaré a dormir.

—Buenas noches, Tora-sama. Que duermas bien —dijo ella inclinándose.

—Siempre he lamentado no haber tenido un hijo con Kiri-san —dijo Toranaga—. Ella concibió una vez, pero abortó. Fue en los tiempos de la batalla

de Nagakudé.

Después del asesinato del dictador Goroda, el general Nakamura —el futuro Taiko— trató de consolidar todo el poder en sus manos. En aquellos tiempos, el desenlace era dudoso y Toranaga apoyaba a uno de los hijos de Goroda, heredero legal de éste. Nakamura atacó a Toranaga cerca del pequeño pueblo de Nagakudé, pero sus fuerzas fueron diezmadas y derrotadas y perdió la batalla. Toranaga se retiró prudentemente, perseguido por un nuevo ejército de Nakamura, mandado por Hiro-matsu. Toranaga no cayó en la trampa, sino que escapó a sus provincias del Norte con su ejército intacto. Nagakudé fue la única batalla perdida por el Taiko y Toranaga el único general que logró vencerle.

—Me alegro de que no nos enfrentásemos en el campo de batalla, señor —dijo Hiro-matsu.

—También yo.

—Tú habrías vencido.

—No. El Taiko fue el general más grande y más prudente y el hombre más listo que jamás haya existido.

—Excepto tú —sonrió Hiro-matsu.

—No. Te equivocas. Por esto me hice vasallo *suyo*.

—Tendrías que levantarte contra Ishido. Esto obligaría a todos los daimíos a tomar partido de una vez para siempre. En todo caso, ganaríamos la guerra. Entonces podrías disolver el Consejo y erigirte en Shogun.

—No busco este honor —dijo vivamente Toranaga—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Discúlpame, señor. Lo sé. Pero creo que sería lo mejor para el Japón.

—Sería alta traición.

—¿Contra quién, señor? ¿Contra el Taiko? Está muerto. ¿Contra su testamento? Es un pedazo de papel. ¿Contra el pequeño Yaemón? Yaemón es el hijo de un campesino que usurpó el poder y la herencia de un general.

—¿Aconsejarías lo mismo si fueras uno de los Regentes?

—No. Pero se da el caso de que no lo soy, y lo celebro. Sólo soy vasallo tuyo. Elegí mi bando hace un año. Y lo hice libremente.

—¿Por qué? —le preguntó Toranaga por primera vez.

—Porque eres un hombre, porque eres un Moniwara y porque siempre harás lo mejor que pueda hacerse. No somos un pueblo al que pueda gobernar un comité. Necesitamos un caudillo. ¿A cuál de los cinco regentes podía yo elegir para ponerme a su servicio? ¿A Onoshi? Sí, es un hombre prudente y un buen

general. Pero es cristiano, está inválido y tan roído por la lepra que apesta a cincuenta pasos de distancia. ¿A Sugiyama? Es el daimío más rico del país y su familia es tan antigua como la tuya. Pero es un tránsfuga sin agallas y los dos lo conocemos bien. ¿A Kiyama? Es inteligente, valiente, buen general y antiguo camarada. Pero también es cristiano, y creo que ya tenemos bastantes dioses propios en esta Tierra de los Dioses para no tener la arrogancia de adorar a uno solo. ¿A Ishido? Siempre he detestado a ese traidor engendro de campesino. Como ves, Yoshi Toranaga-noh-Mi-nowara, no tenía otra elección.

—¿Y si desoigo tu consejo? ¿Y si me entiendo con el Consejo de Regencia y pongo a Yaemón en el poder?

—Lo que hagas estará bien hecho. Pero todos los Regentes quisieran verte muerto. Te aconsejo la guerra *inmediata*. Antes de que te aíslen, o lo que es más probable, te asesinen.

Toranaga pensó en sus enemigos. Eran muchos y poderosos.

Después volvió a pensar en el plan que había concebido. No veía en él el menor defecto.

—Ayer me enteré secretamente de que la madre de Ishido está en Nagoya visitando a su nieto —dijo.

Nagoya era una gran ciudad-Estado que no se había pronunciado aún por ninguno de los bandos. La dama podría ser «invitada» por el superior a visitar el Templo Johji, a ver los cerezos en flor.

—Se hará en seguida —dijo Hiro-matsu—. Por paloma mensajera.

El Templo Johji era famoso por tres cosas: su avenida de cerezos, la belicosidad de sus monjes budistas Zen y su absoluta fidelidad a Toranaga, que había pagado años atrás la construcción del templo y lo había mantenido desde entonces.

—Las flores de los cerezos estarán ya un poco mustias, pero ella estará allí mañana. Debe ir también su nieto, *¿neh?*

—No, sólo ella, pues hay que evitar que el objeto de la «invitación» sea demasiado evidente. Otra cosa. Envía un mensaje cifrado a mi hijo Sudara: «Saldré de Osaka cuando el Consejo termine sus sesiones, dentro de cuatro días.» Mándalo por un correo y confírmalo mañana por paloma mensajera. Y ahora creo que dormiré un rato.

Hiro-matsu se levantó y estiró los hombros. Al llegar a la puerta, se volvió y dijo:

—¿Puedo autorizar a mi nieta Fujiko para quitarse la vida?

—No.

—Fujiko es samurai, señor, y ya sabes lo que sienten las madres por sus hijos. Éste era su primogénito.

—Fujiko puede tener muchos hijos. ¿Qué edad tiene? ¿Dieciocho años? ¿Diecinueve? Le buscaré otro marido.

Hiro-matsu movió la cabeza.

—No lo aceptaría. La conozco bien. Su mayor deseo es poner fin a su vida. Por favor.

—Dile a tu nieta que no quiero muertes inútiles. Permiso denegado.

Hiro-matsu hizo una reverencia y se dispuso a salir.

—¿Cuánto tiempo puede vivir el bárbaro en la cárcel? —preguntó Toranaga.

—Dependerá de su vigor —dijo Hiro-matsu sin volverse.

—Gracias. Buenas noches, Hiro-matsu.

Cuando estuvo seguro de haberse quedado solo, llamó en voz baja:

—¡Kiri-san!

Se abrió la puerta interior, y la mujer entró y se arrodilló.

—Envía inmediatamente este mensaje a Sudara: «Todo va bien.» Envíalo por palomas mensajeras. Suelta tres de ellas al amanecer. Y otras tres al mediodía.

—Sí, señor —dijo ella, y salió.

Era una clave muy secreta. Sólo la conocían, además de él, su hijo mayor, Noburu, su hijo segundo y heredero, Sudara, y Kiri. El mensaje quería decir: «No hagas caso de otros mensajes. Activa el Plan Cinco.» El Plan Cinco consistía en reunir inmediatamente a todos los jefes del clan Yoshi y a los consejeros de más confianza en Yedo, la capital, y movilizarlos para la guerra. La clave para la guerra era «Cielo Carmesí». Su propio asesinato o su captura desencadenarían la guerra: un furioso ataque contra Kioto dirigido por su heredero Sudara con *todas* las legiones para apoderarse de la ciudad y del Emperador títere. Esto se completaría con unas insurrecciones secretas y meticulosamente preparadas en cincuenta provincias.

«Es un buen plan —pensó Toranaga—. Pero fracasará si no lo pongo en práctica yo mismo. Sudara fracasaría. No por falta de empeño, de valor y de inteligencia, ni por alguna traición. Sólo porque Sudara no tiene aún bastantes conocimientos ni suficiente experiencia, y no podría arrastrar a un número suficiente de daimíos no comprometidos. Y también porque el castillo de Osaka y el heredero, Yaemón, se yerguen inviolados en mi camino, y son el punto donde se concentran todas las enemistades y envidias que me he ganado en

cincuenta y dos años de guerra. ¡Muchas batallas, y ninguna perdida! Pero, ¡cuántos enemigos! Y ahora se han coaligado todos contra mí. Sudara fracasaría. Yo soy el único que, tal vez, podría ganar con Cielo Carmesí. Pero sería mejor no tener que llegar a este extremo.»

CAPÍTULO XIV

Para Blackthorne fue un amanecer infernal. Estaba enzarzado en una lucha a muerte con otro preso. El premio era una taza de gachas. Los dos hombres estaban desnudos. Cuando un reo era introducido en la vasta celda de madera y de un solo piso lo despojaban de sus vestiduras. Un hombre vestido ocupaba más espacio, y la ropa podía ocultar armas.

La sucia y sofocante estancia tenía cincuenta pasos de longitud por diez de anchura y estaba atestada de japoneses sudorosos. Poca luz se filtraba entre las tablas y las vigas que constituían las paredes y el techo bajo.

Por fin, Blackthorne consiguió golpear con la cabeza la cara del hombre, cogerlo por el cuello, y sacudirle la cabeza contra las tablas hasta dejarlo inconsciente. Después, volvió a su sitio en un rincón apercibiéndose contra otro ataque.

Al amanecer, los guardias habían empezado a introducir las tazas de gachas y agua por una estrecha abertura. Era el primer alimento que recibía desde que lo habían encerrado al anochecer del día anterior. El desfile para recibir la comida y el agua se había desarrollado con desacostumbrada tranquilidad. Pero entonces aquel hombre que parecía un mono, sin afeitar, sucio y lleno de piojos, le había dado un golpe en los riñones y se había apoderado de su ración mientras los otros esperaban a ver lo que pasaba. Blackthorne se había visto enzarzado en demasiadas riñas de marineros para dejarse vencer por un golpe dado a traición. Por consiguiente, fingió que se iba a desmayar y lanzó una terrible patada al hombre iniciándose así la pelea. Ahora, y para sorpresa suya, vio que uno de los hombres le ofrecía la taza de gachas y el agua que creía perdidas. Las tomó y le dio las gracias.

Los rincones eran las zonas preferidas. Una viga tendida a lo largo del suelo de tierra dividía la celda en dos mitades. En cada una de éstas, había tres hileras de hombres. Sólo los débiles y los enfermos formaban la hilera del centro.

Blackthorne vio dos cadáveres, hinchados y cubiertos de moscas, en una de las hileras de en medio. Pero sus débiles y moribundos vecinos no parecían darse cuenta.

De vez en cuando, los guardias abrían la puerta de hierro y gritaban unos nombres. Los llamados saludaban a sus camaradas y salían, pero pronto llegaban otros que ocupaban su sitio.

Uno de los que estaban contra la pared empezó a vomitar y fue trasladado rápidamente a la hilera de en medio, donde se derrumbó, medio asfixiado, bajo el peso de las piernas de otros.

Blackthorne tuvo que cerrar los ojos y esforzarse en dominar su terror y su claustrofobia.

—¡Maldito Toranaga! —no cesaba de decirse—. ¡Ojalá pueda meterte aquí algún día!

Había cuatro de estos bloques celulares. Estaban en un extremo de la ciudad, en un recinto pavimentado y amurallado. Fuera de las murallas había una zona de tierra batida marcada con cuerdas, cerca del río. Allí se levantaban cinco cruces. Cuatro hombres desnudos y una mujer estaban atados por las muñecas y los tobillos a las cruces. Al entrar Blackthorne en el perímetro, siguiendo a sus guardias samurais, había visto cómo los verdugos clavaban sus largas lanzas en el pecho de las víctimas entre las aclamaciones de la multitud. Después habían descolgado a los cinco reos y habían atado a otros cinco, y habían llegado unos samurais que habían despedazado los cadáveres con sus largos sables, entre grandes carcajadas.

Sin que Blackthorne lo advirtiera, el hombre con quien había reñido estaba recobrando el conocimiento. Yacía en la hilera de en medio. De pronto saltó y se lanzó sobre Blackthorne.

Éste le vio llegar en el último momento, esquivó hábilmente la embestida y lo derribó. El hombre cayó sobre otros presos, que lo maldijeron, y uno de ellos, vigoroso y con aspecto de bulldog, le dio un terrible golpe en el cuello con el borde de la mano. Se oyó un chasquido seco y la cabeza del hombre se dobló.

—Gracias —dijo Blackthorne recobrando el aliento—. Me llamo Anjín-san. ¿Y tú?

—*¡Ah, so desu!* ¡Anjín-san! —repuso señalándose a sí mismo—. Minikui.

—¿Minikui-san?

—*Hai* —añadió algo en japonés.

—*Wakarimasen* (No comprendo) —dijo Blackthorne encogiéndose de hombros.

—*¡Ah, so desu!*

Bulldog charló brevemente con sus vecinos. Después, se encogió también de

hombros y entre él y Blackthorne levantaron al hombre muerto y lo pusieron junto a los otros cadáveres. Cuando volvieron al rincón, nadie había ocupado su sitio.

La mayoría de los presos dormían o trataban de dormir.

Blackthorne sintió la proximidad de la muerte.

«No te preocupes —se dijo—. Todavía te queda mucho camino por delante antes de morir… No, no puedo vivir mucho tiempo en este agujero del infierno. ¡Oh, Dios, sácame de aquí! ¿Por qué oscila esta cueva? ¿Y no es aquél Rodrigues, que surge de lo profundo con dos cangrejos por ojos? ¿Y qué estás haciendo aquí, Croocq, muchacho? Pensé que te habían soltado. Y ahora estamos los dos en el pueblo y no sé cómo llegué a él, y allí está aquella chica tan bonita junto al muelle… Pero, ¿por qué la arrastran a la playa esos samurais desnudos, y qué hace Omi ahí, riendo? Y ahí está la caldera, y nosotros estamos en la caldera, y… no, ¡no más leña, no más leña! Me estoy ahogando en un líquido apestoso… ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Me muero…, me muero… *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Éste es el último Sacramento…»

Salió de su pesadilla sintiendo que le estallaban los oídos con la estremecedora rotundidad del último Sacramento. Durante un momento no supo si dormía o estaba despierto porque sus incrédulos oídos volvieron a escuchar la bendición latina y sus incrédulos ojos vieron un europeo flaco y arrugado, inclinado sobre la fila de en medio, a quince pasos de él. Aquel viejo desdentado tenía largos y sucios los cabellos, revuelta la barba y rotas las uñas y se cubría con una bata sucia y raída. Levantó una mano como una garra de buitre y sostuvo una cruz de madera sobre el cadáver medio oculto. Entonces vio a Blackthorne que lo estaba mirando.

—¡Madre de Dios! ¿Sois un ser real? —masculló en el tosco español de los campesinos y santiguándose.

—Si —dijo Blackthorne en español—. ¿Quién sois vos?

El viejo se acercó murmurando y los otros presos lo dejaron pasar o se dejaron pisar sin decir palabra.

—¡Oh, Virgen Santísima! El *señor* es real. ¿Quién sois? Yo soy fray Domingo… Domingo… de la Sagrada Orden de San Francisco… Pero, ¿es real el *señor*?

—Sí, soy real —dijo Blackthorne levantándose.

Corrían lágrimas por las mejillas del sacerdote. Éste besó repetidamente la cruz y se habría arrodillado si hubiese habido sitio. Bulldog despertó a su vecino.

Ambos se apretaron para dejar un sitio donde pudiese sentarse el sacerdote.

—Mis preces al bendito San Francisco han sido escuchadas. Al veros, pensé que estaba viendo otra aparición, un fantasma. Sí, un espíritu maligno. He visto tantos… ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Llegué ayer. ¿Y vos?

—No lo sé, señor. Hace mucho tiempo. Me encerraron aquí en septiembre… del año de gracia de mil quinientos noventa y ocho.

—Ahora estamos en mayo del mil seiscientos.

—¿Del mil seiscientos?

Un gemido distrajo al monje. Se levantó y se abrió paso entre los cuerpos, pero como no pudo descubrir al moribundo murmuró los últimos ritos a aquella parte de la celda y bendijo a todos.

—Venid conmigo, hijo mío.

Blackthorne vaciló resistiéndose a dejar su sitio. Después se levantó y siguió al monje. A los diez pasos, volvió la cabeza. Su sitio ya no existía. Parecía imposible que hubiese estado allí.

En el rincón más alejado había, increíblemente, un espacio libre. El sitio suficiente para un hombre de baja estatura. Había allí unos cuantos botes, unas tazas y una vieja esterilla de paja.

El padre Domingo se abrió paso hasta aquel sitio e invitó a Blackthorne a seguirlo. Los japoneses lo observaron en silencio y dejaron pasar a Blackthorne.

—Son mi rebaño, señor. Son mis hijos en el Buen Jesús. He convertido a muchos aquí. Éste es Juan, aquél Marcos y aquél Matusalén…

El sacerdote se interrumpió para recobrar el aliento.

—Estoy cansado. Muy cansado. Debo… debo…

Su voz se extinguió y se quedó dormido.

Al anochecer llevaron más comida. Cuando Blackthorne iba a levantarse, uno de los japoneses le indicó que no se moviera y le dio un tazón bien repleto. Otro despertó delicadamente al religioso y le ofreció la comida.

—*Iyé* —dijo el viejo moviendo la cabeza, sonriendo y volviendo a dejar la taza en las manos del hombre.

—*Iyé, Farddah-sama*.

El monje se dejó convencer y comió un poco, después se levantó haciendo crujir sus articulaciones, y ofreció el tazón a uno de los de la hilera de en medio. Éste asió la mano del sacerdote y se la llevó a la frente para que bendijese.

—Me alegro de ver a alguien de mi raza —dijo el sacerdote sentándose otra

vez al lado de Blackthorne—. Una de mis ovejas me ha dicho que os llaman «Anjín». ¿Sois capitán de barco?

—Sí.

—¿Venís de Manila?

—No. Nunca había estado en Asia —dijo precavidamente Blackthorne en correcto español—. ¿Por qué estáis vos aquí?

—Por culpa de los jesuitas, hijo mío. Pero vos no sois español… ni portugués… ¿Era portugués el barco? ¡Decid la verdad, en nombre de Dios!

—No, padre. No era portugués. ¡Lo juro por Dios!

—¡Oh, demos gracias a la Santísima Virgen! Perdonadme, señor. Temía que… ¿De dónde procedéis, señor? ¿Del Flandes español? ¿Del Ducado de Brandenburgo? ¿De alguno de nuestros dominios alemanes? Pero, ¿dijisteis que no habíais estado nunca en Asia?

—No.

—Si el señor no estuvo nunca en Asia, debe encontrarse como un niño perdido en la selva. ¡Hay tantas cosas que contar! ¿Sabe el señor que los jesuitas no son más que mercaderes, traficantes de armas y usureros? ¿Que dominan aquí todo el comercio de la seda, todo el comercio con China? ¿Que el Barco Negro anual vale un millón en oro? ¿Que obligaron a Su Santidad el Papa a otorgarles un poder absoluto sobre Asia, a ellos y sus perros portugueses? ¿Que todas las demás religiones están prohibidas aquí? ¿Que los jesuitas trafican en oro, comprándolo y vendiéndolo en provecho propio y de los paganos, contra las órdenes expresas de Su Santidad el Papa Clemente y del rey Felipe, y contra las leyes de este país? ¿Que introdujeron secretamente armas en el Japón para los caudillos cristianos incitándolos a la rebelión? ¿Que su Superior envió un mensaje secreto a nuestro Virrey español en Luzón pidiéndole que enviase conquistadores a esta tierra con el fin de encubrir los errores portugueses con una invasión española? Por su culpa estoy aquí. ¡Y por su culpa fueron martirizados veintiséis santos padres! Ellos piensan que yo no comprendo nada porque vengo de cuna campesina… Pero yo sé leer y escribir, señor… Fui uno de los secretarios de Su Excelencia el Virrey…

Los ánimos y la curiosidad de Blackthorne se habían reanimado con lo que había dicho el sacerdote. ¿Qué cañones? ¿Qué oro? ¿Qué comercio? ¿Qué Barco Negro? ¿Qué invasión? ¿Qué caudillos cristianos?

«¿No estás abusando de este enfermo? —se preguntó—. Él se imagina que eres amigo, no enemigo. Yo nunca le he mentido. Pero, ¿no le has dado a

entender que eres amigo? Le he contestado lisa y llanamente. Pero, ¿le has informado de algo? No. ¿Es esto justo? Es la primera regla de supervivencia en aguas enemigas: no decir nada.»

Los japoneses próximos habían empezado a rebullir, inquietos. El padre Domingo se fue calmando gradualmente y sus ojos se aclararon. Miró a Blackthorne y calmó a los japoneses.

—Lo siento, señor —dijo jadeando—. Se imaginaron que estaba enojado con vos. ¡Que Dios perdone mi estúpida ira!

Se enjugó un poco de saliva de la barba y se apretó el pecho para mitigar el dolor que sentía.

—¿Qué estabais diciendo, señor? Vuestro barco… ¿fue arrojado contra la costa?

—Sí. En cierto modo. El caso es que llegamos a tierra —respondió Blackthorne.

Estiró con cuidado las piernas. Los hombres, que observaban y escuchaban, le hicieron más sitio. Uno de ellos se levantó y le hizo una seña de que se pusiera cómodo.

—Gracias —dijo él al punto—. ¡Oh! ¿Cómo se dice «gracias», padre?

—*Domo*. A veces, se dice *arigato*. Y las mujeres, que deben ser muy corteses, dicen *arigato goziemashita*.

—Gracias. ¿Cómo se llama él? —preguntó Blackthorne señalando al hombre que se había levantado.

—Ése es González.

—Pero, ¿cuál es su nombre japonés?

—¡Oh, sí! Akabo. Pero esto sólo significa «porteador». Ellos no tienen apellido. Sólo lo tienen los samurais.

—¿Cómo?

—Es su ley, señor. Cada uno se llama según lo que es: mandadero, pescador, cocinero, verdugo, granjero, etcétera. Los hijos y las hijas suelen denominarse Primera Hija, Segunda Hija, Primer Hijo, etcétera. A veces, llaman a un hombre «pescador que vive cerca del olmo» o «pescador de mala mirada». —El monje se encogió de hombros y ahogó un bostezo—. Los japoneses corrientes no tienen nombre. Las prostitutas se ponen nombres como Carpa, Luna, Pétalo, Anguila o Estrella. Es extraño, señor, pero es su ley. Sólo nosotros les ponemos nombres cristianos, verdaderos nombres, cuando los bautizamos trayéndoles la salvación y la palabra de Dios…

Y con un bostezo inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—*Domo*, Akabo-san —dijo Blackthorne al mandadero.

El hombre sonrió tímidamente, se inclinó y respiró hondo. El monje se despertó al cabo de un rato, dijo una breve oración y se rascó.

—¿Dijo el señor que llegó aquí ayer? —preguntó—. ¿Qué os ocurrió?

—Cuando llegamos a tierra, había allí un jesuita —dijo Blackthorne—. Pero vos, padre, ¿decís que os acusaron? ¿Qué os sucedió a vos y a vuestro barco?

—¿Nuestro barco? ¿Me preguntáis por nuestro barco? ¿Veníais de Manila como nosotros? ¡Oh, tonto de mí! Ahora recuerdo que volvíais a vuestro país y no habíais estado nunca en Asia… Me duele la cabeza, señor, ¡cómo me duele…! ¿Nuestro barco? Tenía que llevarnos a casa. De Manila a Acapulco, en México, la tierra de Cortés, y después debíamos seguir por tierra hasta Veracruz y tomar otro barco para cruzar el Atlántico y llegar a mi país. Mi pueblo está cerca de Madrid, señor, en la montaña… Mi barco era el gran galeón *San Felipe*. Llevábamos un cargamento de especias, oro y plata y monedas por valor de un millón y medio de pesos de plata. Pero nos pilló una gran tormenta que nos arrojó sobre la costa de Shikoku. Se rompió la quilla en el banco de arena en que habíamos embarrancado. Esto fue el tercer día cuando ya habíamos desembarcado el dinero y la mayor parte de la carga. Entonces nos dijeron que todo había sido confiscado, confiscado por el propio Taiko, que éramos piratas y…

Se interrumpió al advertir un súbito silencio. Se había abierto la puerta de la prisión.

Los guardias empezaron a leer nombres de una lista. Bulldog, el hombre que había defendido a Blackthorne, fue uno de los nombrados. Salió sin mirar atrás. También nombraron a Akabo. Éste se arrodilló delante del monje, el cual lo bendijo, hizo la señal de la cruz y le administró el último Sacramento. El hombre besó la cruz y se alejó.

La puerta se cerró de nuevo.

—¿Van a ejecutarlo? —preguntó Blackthorne.

—Sí, su Calvario está al otro lado de esa puerta. Que la Santa Virgen acoja su alma y la conduzca a la vida eterna.

—¿Qué hizo ese hombre?

—Quebrantó la ley…, su ley, señor. Los japoneses son gente sencilla. Y muy severa. En realidad, sólo tienen una pena: la muerte. Por crucifixión, por estrangulación o por decapitación. Para el delito de incendio provocado, la

muerte es en la hoguera. Casi no tienen más castigos, el destierro, algunas veces y cortar el cabello a las mujeres. Pero casi siempre es la muerte.

—Olvidáis la prisión.

El monje se arañó distraídamente las escaras de su brazo.

—Esto no es una de sus penas, hijo mío. Para ellos, la prisión no es más que un lugar para guardar temporalmente al reo mientras deciden su sentencia. Sólo los condenados vienen aquí. Por una corta temporada.

—¡Tonterías! ¿Qué me decís de vos? Lleváis aquí casi dos años.

—Un día vendrán por mí como vienen por los otros. Esto no es más que un lugar de descanso entre el infierno del mundo y la gloria de la Vida Eterna.

—No os creo.

—No temáis, hijo mío. Es la voluntad de Dios. Yo estoy aquí y puedo oíros en confesión y absolveros y haceros perfecto. ¿Queréis confesar ahora?

—No, no, gracias, ahora no —dijo Blackthorne mirando la puerta de hierro —. ¿Ha intentado alguien salir de aquí alguna vez?

—¿Por qué habían de hacerlo? No hay ningún sitio adonde huir, ningún sitio donde esconderse. Las autoridades son muy severas. Cualquiera que ayude a escapar a un preso o incluso a un simple delincuente… —Señaló vagamente la puerta de la cárcel—. González… Akabo… el hombre que acaba de… de dejarnos, es un hombre-kaga. Me dijo que…

—¿Qué es un hombre-kaga?

—¡Oh! Son porteadores, señor, los hombres que llevan los palanquines o los más pequeños kaga de dos plazas, que son como hamacas suspendidas de una pértiga. Pues bien, nos dijo que su compañero había hurtado un pañuelo de seda a un parroquiano. ¡Pobre muchacho! Como él no lo delató, también le habrá costado la vida.

«No te enfurezcas ni te espantes —se dijo Blackthorne—. Ten paciencia. Ya encontrarás una salida. Y no todo lo que dice el cura es verdad. Está trastornado. ¿Y quién no lo estaría después de tanto tiempo?»

—Estas cárceles son nuevas para ellos, señor —seguía diciendo el monje—. Hace unos años, cuando un hombre era detenido, confesaba su delito y era ejecutado en el acto.

—¿Y si no confesaba?

—Todo el mundo confiesa, y cuanto antes mejor. Esto ocurre también en nuestro mundo.

Al cabo de un rato, Blackthorne dijo:

—Decidme, padre, ¿cómo pudieron los jesuitas meter a un siervo de Dios en este apestoso lugar?

—Hay muy poco, y mucho, que decir. Cuando los hombres del Taiko se apoderaron de todo nuestro dinero y de todo lo demás, nuestro capitán general insistió en ir a la capital a protestar. No había motivo para la confiscación. ¿Acaso no éramos siervos de Su Majestad Católica Imperial, el rey Felipe de España? ¿Acaso no éramos amigos? ¿Acaso no pretendía el Taiko que la Manila española comerciase directamente con el Japón, para destruir el repugnante monopolio de los portugueses? La confiscación era un error. Tenía que serlo.

»Yo acompañé a nuestro capitán general porque hablaba un poco el japonés, no mucho en aquellos tiempos. El *San Felipe* había embarrancado en el mes de octubre de 1597. Los jesuitas, uno de los cuales se llamaba padre Martín Alvito, se atrevieron a ofrecernos su mediación, aunque el Superior de los franciscanos, fray Braganza, estaba en la capital y era embajador, el verdadero embajador de España en la corte del Taiko, y llevaba cinco años en Kioto. El propio Taiko había pedido personalmente a nuestro virrey en Manila que enviase monjes franciscanos y un embajador al Japón.

»Después de muchos días de espera, celebramos una entrevista con el Taiko, un hombrecillo menudo y feo, y le pedimos que nos devolviera nuestros bienes y nos facilitase otro barco, o pasaje en otro barco, que nuestro capitán general ofreció pagar espléndidamente. Nos pareció que la entrevista había ido bien y volvimos a nuestro monasterio de Kioto a esperar, y mientras tanto seguimos predicando la palabra de Dios a los paganos durante unos meses. Nuestra congregación aumentó. Teníamos un hospital para leprosos y nuestra propia iglesia, señor, y nuestra grey prosperó. Muchísimo. Pero un día, cuando estábamos a punto de convertir a muchos de sus reyes, fuimos traicionados.

»Un día de enero, los franciscanos fuimos llevados ante el magistrado por una acusación del propio Taiko, una acusación de violar sus leyes y de perturbar la paz, y sentenciados a muerte por crucifixión. Eramos cuarenta y tres. Tenían que ser destruidas nuestras iglesias en todo el país y disgregadas nuestras congregaciones. Sólo las nuestras, señor, las de los franciscanos, no las de los jesuitas. Habíamos sido acusados en falso de ser conquistadores, de querer invadir estas costas, a pesar de que eran los jesuitas quienes habían pedido a Su Excelencia, nuestro Virrey, que enviase un ejército de Manila. El daimío de Hizen, Dom Francisco… su nombre japonés es Harima Tadao, pero le pusieron Dom Francisco al bautizarlo, intercedió por nosotros. Es como un rey, pues

todos los daimíos son como reyes, y es franciscano e intercedió por nosotros. Pero no sirvió de nada.

»En definitiva, fueron martirizados veintiséis: seis españoles, diecisiete neófitos japoneses, y tres personas más. El bienaventurado Braganza fue uno de ellos, y había tres muchachos entre los neófitos. ¡Oh, señor! Aquel día acudieron millares de fieles. Según me contaron, cincuenta o quizá cien mil personas presenciaron el santo martirio en Nagasaki. Fue un triste mes de febrero de un año muy triste. Un año de terremotos, tifones, inundaciones, tempestades e incendios en que la mano de Dios cayó pesadamente sobre el Gran Asesino e incluso destruyó su gran castillo de Fushimi al sacudir la tierra. Fue algo terrible, pero también maravilloso de ver: el Dedo de Dios castigando a los paganos y a los pecadores.

»Sí, señor… Fueron martirizados seis buenos españoles, destruida nuestra iglesia y también nuestro rebaño y cerrado el hospital. —La cara del anciano adquirió una expresión afligida—. Yo… yo fui uno de los elegidos para el martirio, pero no debía merecer este honor. Nos llevaron a pie desde Kioto y, cuando llegamos a Osaka, nos dejaron a algunos en nuestras misiones de aquí, y a los otros… a los otros les cortaron una oreja y los hicieron desfilar por las calles como vulgares delincuentes. Después, los bienaventurados hermanos fueron conducidos a pie hacia el Oeste. Su marcha duró un mes. Su santo viaje terminó en el monte llamado Nishizaki, que domina el gran puerto de Nagasaki. Yo supliqué al samurai que me dejara ir con ellos, pero él me obligó a quedarme en la misión de Osaka. Sin razón alguna. Al cabo de unos meses, nos metieron en esta celda. Eramos tres… creo que éramos tres, pero yo era el único español. Los otros eran neófitos, hermanos legos japoneses. Pocos días después, los guardias los llamaron. Pero no pronunciaron mi nombre. Tal vez es voluntad de Dios… Pero es difícil sufrir con paciencia. Muy difícil…

El viejo monje cerró los ojos, rezó y volvió a quedarse dormido.

Blackthorne no pudo dormir aquella noche. Comprendía, con terrible claridad, que no había manera de escapar de allí y que se hallaba al borde de la muerte. En medio de la negra noche, le invadió el terror y, por primera vez en su vida, lloró.

—Hijo mío —murmuró el monje—, ¿qué tenéis?

—Nada, nada —dijo Blackthorne, palpitándole con fuerza el corazón—. Dormid.

—No hay que tener miedo. Todos estamos en manos de Dios —dijo el

monje, y se durmió de nuevo.

Al amanecer, les entraron comida y agua. Blackthorne se sentía ahora más fuerte.

«No te abandones —se dijo—. Es estúpido, indigno y peligroso. No vuelvas a hacerlo, o te volverás loco y morirás. Te pondrán en la tercera fila y morirás. Ten cuidado, ten paciencia y está alerta.»

—¿Cómo os sentís hoy, señor?

—Bien, gracias, padre. ¿Y vos?

—Muy bien, gracias.

—¿Cómo se dice esto en japonés?

—*Domo, genki desu*.

—*Domo, genki desu*. Ayer me hablasteis, padre, de los Buques Negros portugueses. ¿Cómo son? ¿Habéis visto alguno?

—¡Oh, sí, señor! Son los barcos más grandes del mundo. Casi dos mil toneladas. Se necesitan doscientos hombres y muchachos para manejarlos, y, entre tripulantes y pasajeros, pueden transportar casi mil almas.

—¿Cuántos cañones llevan?

—A veces veinte o treinta en tres puentes.

El padre Domingo se alegraba de contestar preguntas y de hablar y de enseñar, y Blackthorne se alegraba de escuchar y de aprender. Los conocimientos del monje eran muy valiosos.

—¿Cuánto tiempo hace que están aquí los portugueses? —preguntó Blackthorne.

—Este país fue descubierto en 1542, el año en que yo nací. Fueron tres hombres: Da Mota, Peixoto, y no recuerdo el nombre del tercero. Todos ellos eran mercaderes portugueses que comerciaban en las costas de China, con un junco procedente de un puerto de Siam. ¿Habéis estado en Siam?

—No.

—¡Oh, hay mucho que ver en Asia! Esos tres hombres se dedicaban al comercio, pero fueron sorprendidos por un temporal, por un tifón que los desvió de su ruta para desembarcar sanos y salvos en Tanegashima, en Kiusiu. Fue la primera vez que unos europeos pusieron pie en el Japón y en seguida empezó el comercio. Unos años más tarde, Francisco Javier, uno de los miembros fundadores de los jesuitas, llegó aquí. Esto fue en 1549… Francisco Javier murió tres años después en China, solo y abandonado… ¿Le dije al señor que

actualmente hay un jesuita en la corte del Emperador de China, en una ciudad llamada Pekín?

Blackthorne iba almacenando en su memoria los hechos que le contaba el otro, así como palabras y frases japonesas. Preguntaba sobre la vida en el Japón, sobre los daimíos y los samurais, el comercio y Nagasaki, la paz y la guerra, los jesuitas y los franciscanos y los portugueses en Asia, y sobre la Manila española, y una y otra vez sobre el Buque Negro que llegaba anualmente de Macao. Durante tres días y tres noches, Blackthorne conversó con el padre Domingo y lo interrogó, y escuchó y aprendió, y durmió y tuvo pesadillas, y se despertó para seguir preguntando y aprendiendo.

El cuarto día gritaron su nombre:

—¡Anjín-san!

CAPÍTULO XV

Blackthorne se puso de pie, en medio de un silencio total.

—La confesión, hijo mío. Decidla de prisa.

—Yo… yo no creo que…

Blackthorne advirtió, a pesar de su mente embotada, que estaba hablando en inglés. Por consiguiente, cerró los labios y se echó a andar. El monje se levantó presumiendo que aquellas palabras eran holandesas o alemanas y lo siguió agarrándolo de la muñeca.

—De prisa, señor. Os daré la absolución. Hacedlo por vuestra alma inmortal. Basta con que os arrepintáis ante Dios de todas vuestras faltas pasadas y presentes…

Se acercaban a la puerta de hierro y el monje seguía agarrado a Blackthorne con sorprendente fuerza.

—¡Decidlo ahora! ¡La Santa Virgen cuidará de vos!

Blackthorne desprendió su brazo y dijo roncamente en español:

—Quedad con Dios, padre.

La puerta se cerró de golpe detrás de él.

El día era increíblemente fresco y tranquilo. Las nubes se deslizaban empujadas por un fino viento del Sudeste.

Aspiró profundamente el aire limpio y delicioso y la sangre corrió rauda por sus venas. Sintió la alegría de vivir.

Varios prisioneros desnudos estaban en el patio, con un oficial, carceleros con lanzas, *etas* y un grupo de samurais. El oficial vestía un quimono oscuro y una capa de rígidas hombreras que parecían alas y llevaba un sombrerito negro. Aquel hombre se plantaba delante de cada prisionero y leía algo en un delicado rollo y cuando terminaba cada hombre seguía a su grupito de carceleros en dirección a las grandes puertas del patio. Blackthorne fue el último. A diferencia de los otros, le dieron un taparrabo, un quimono de algodón y unas sandalias. Y sus guardias eran samurais.

Había decidido echar a correr en el momento en que cruzasen la puerta, pero al acercarse los samurais lo rodearon más de cerca, impidiéndole huir. Llegaron juntos al portal. Fuera, había una enorme multitud, pulcra y elegante, con

quitasoles carmesíes, amarillos y dorados. Un hombre estaba atado ya a su cruz, y ésta se elevó contra el cielo. Y al lado de cada cruz, esperaban dos etas con sus largas lanzas brillando bajo el sol.

Blackthorne retrasó su paso. Los samurais se apretaron más a él dándole prisa. Pensó confusamente que sería mejor morir rápidamente y se dispuso a estirar la mano para agarrar el sable más próximo. Pero no tuvo oportunidad de hacerlo, porque los samurais dieron media vuelta y echaron a andar hacia el campo, en dirección a las calles que conducían a la ciudad y al castillo.

Blackthorne esperó, sin atreverse a respirar, queriendo estar seguro. Cruzaron entre la multitud que retrocedía y saludaba y se metieron por una calle. No había error posible.

Blackthorne se sintió renacer.

Cuando se puso a hablar preguntó en inglés y sin preocuparse de que no le comprendiesen:

—¿A dónde vamos?

Estaba completamente atolondrado. Andaba con pasos ligeros. Las correas de las sandalias no eran incómodas, el tosco contacto del quimono no era desagradable. En realidad, le gustaba. Tal vez era un poco áspero, pero en un día como aquél era lo que le gustaría llevar en el puente de mando.

—¡Dios mío, es maravilloso volver a hablar inglés! —dijo al samurai—. ¡Por Cristo que pensé que era hombre muerto! Acabo de gastar mi octava vida. ¿Sabíais esto, amigos? Ahora sólo me queda una. Pero, ¡no importa! Alban Coradoc solía decir que los marinos tenemos diez vidas.

Los samurais parecían enojarse por su charla incomprensible.

«¡Para el carro! —se dijo—. No los irrites más de lo que ya están.»

Advirtió que todos los samurais eran Grises, hombres de Ishido. Había preguntado al padre Alvito el nombre del rival de Toranaga. Y Alvito le había dicho: «Ishido.» Esto había sido momentos antes de que le ordenaran levantarse y se lo llevasen preso. ¿Eran todos los Grises hombres de Ishido, como eran de Toranaga todos los Pardos?

—¿A dónde vamos? ¿Allí? —preguntó señalando el castillo que se erguía sobre la ciudad—. Allí, *¿hai?*

—*Hai* —respondió el jefe, que tenía barba gris y una cabeza como una bala de cañón.

«¿Qué querrá Ishido de mí?», se preguntó Blackthorne.

El jefe se metió por otra calle, siempre alejándose del puerto, y entonces

Blackthorne vio un pequeño bergantín portugués con su bandera azul y blanca ondeando en la brisa.

Diez cañones en el puente principal y uno de a veinte a proa y a popa. El *Erasmus* podría reducirlo fácilmente. «¿Qué habrá sido de mi tripulación? ¿Qué estarán haciendo en el pueblo? ¡Por Dios que me gustaría verles! Y pensar que me alegré de dejarlos aquel día y de volver a mi casa, donde estaba Onna… Haku… la casa de… ¿cómo se llamaba?… ¡Ah, sí! Mura-san. ¿Y que habrá sido de la niña que estaba en mi lecho y de aquella otra, la belleza angelical que habló aquel día con Omi-san? La del sueño, que estaba también en la caldera… Pero, ¿por qué recuerdo estas tonterías? Debilitan la mente. "Para vivir en el mar, hay que tener la cabeza firme", solía decir Alban Caradoc.»

Blackthorne y los samurais andaban ahora por una calle ancha y serpenteante. No había tiendas, sino sólo casas, todas ellas con su jardín y sus altas vallas, y todo —las casas y las vallas y la misma calle— extraordinariamente limpio.

Esta pulcritud resultaba inverosímil para Blackthorne, porque en Londres y las ciudades y pueblos de Inglaterra, y de toda Europa, la basura y los desperdicios eran arrojados a la calle, donde, si no los recogían los basureros, se amontonaban hasta impedir el paso a los peatones, los carruajes y los caballos. Los basureros de Londres eran grandes rebaños de cerdos, que eran llevados de noche por las calles principales. Pero, sobre todo, eran las ratas, las manadas de perros salvajes y los gatos quienes, además del fuego —¡y de las moscas!— hacían la limpieza de Londres.

En Osaka era muy distinto.

«¿Cómo lo harán?», se preguntó. Ni baches, ni montones de estiércol de caballo, ni rodadas, ni basura, ni desperdicios de ninguna clase. Sólo la tierra bien apisonada, barrida y limpia. Paredes de madera y casas de madera resplandecientes y claras. ¿Y dónde están los atajos de pordioseros e inválidos que emponzoñan todas las ciudades de la cristiandad? ¿Y las pandillas de salteadores y de jóvenes salvajes que indefectiblemente acechan en la sombra?

Las personas con las que se cruzaban se inclinaban cortésmente y algunas se arrodillaban. Porteadores corrían llevando palanquines o kagas de una sola plaza. Grupos de samurais —Grises, nunca Pardos— caminaban tranquilamente por las calles.

Pasaban por una calle llena de tiendas cuando a Blackthorne le flaquearon las piernas. Se tambaleó pesadamente y cayó sobre las manos y las rodillas.

Los samurais le ayudaron a incorporarse, pero de momento lo habían abandonado sus fuerzas y no podía seguir andando.

—*Gomen nasai, dozo ga matsu* (Lo siento, esperad, por favor) —dijo sintiendo que sus piernas se habían agarrotado.

Se frotó los músculos contraídos de las pantorrillas y bendijo a frai Domingo por las inestimables cosas que le había enseñado.

El jefe samurai lo miró y habló prolijamente.

—*Gomen nasai, nihon go ga hanase-masen* (Lo siento, no hablo japonés) —respondió Blackthorne, lenta pero claramente—. *Dozo, ga matsu*.

—*¡Ah! So desu*, Anjín-san. *Wakarimasu* —dijo el hombre comprendiéndolo.

Dio una breve orden y uno de los samurais se alejó rápidamente. Al cabo de un rato, Blackthorne se levantó y trató de reanudar la marcha, pero el jefe de los samurais le hizo una seña indicándole que esperase.

Pronto volvió el samurai con cuatro porteadores semidesnudos y su kaga. El samurai mostró a Blackthorne cómo debía acomodarse allí y sujetar la correa que colgaba del palo central.

El grupo reemprendió la marcha. Blackthorne se recobró muy pronto y prefirió seguir andando, pero estaba aún muy débil. «Necesito un poco de descanso —pensó—. No tengo reservas. Tendría que tomar un baño y comer. Comida de verdad.»

Ahora subían unos anchos escalones que enlazaban dos calles. Penetraron en un distrito residencial, muy nuevo, flanqueado por un tupido bosque de altos árboles y cruzado por unos senderos. Blackthorne pensó que era muy agradable verse fuera de las calles, por el blando césped del sendero que serpenteaba entre los árboles.

Cuando se hubieron adentrado mucho en el bosque, apareció otro grupo de una treintena de Grises en un recodo del camino. Al encontrarse ambos grupos, se detuvieron y, después de los acostumbrados saludos ceremoniales entre los capitanes, todos los ojos se fijaron en Blackthorne. Siguió un alud de preguntas y respuestas, y cuando aquellos hombres empezaban a agruparse para marcharse, su jefe desenvainó tranquilamente el sable y ensartó al capitán de los samurais de Blackthorne. La emboscada fue tan súbita y tan bien planeada que los diez Grises cayeron muertos casi en el acto. Ni siquiera habían tenido tiempo de desenvainar sus sables.

Los hombres-kaga, horrorizados, se habían puesto de rodillas y habían bajado la cabeza hasta el suelo. Blackthorne permaneció de pie al lado de ellos.

El capitán samurai, hombre robusto y panzudo, envió centinelas a ambos extremos del camino. Otros hombres se dedicaron a recoger los sables de los muertos. Durante todo esto, nadie prestó la menor atención a Blackthorne hasta que éste empezó a retroceder. Inmediatamente, se oyó una orden sibilante del capitán, que sin duda quería decir que no se moviese de su sitio.

A otra voz de mando, los nuevos Grises se despojaron de sus quimonos de uniforme. Debajo de ellos, apareció una gran variedad de harapos y de quimonos viejos. Y todos se pusieron máscaras, que llevaban ya atadas al cuello. Un hombre recogió los uniformes grises y desapareció con ellos en el bosque.

«Deben de ser bandidos —pensó Blackthorne—. ¿Por qué, si no, las máscaras? ¿Y qué pensarán hacer conmigo?»

Los bandidos hablaron entre ellos en voz baja observándolo mientras limpiaban sus sables en las ropas de los samurais muertos.

—¿Anjín-san? *¿Hai?*

Los ojos del capitán brillaban redondos y penetrantes a través del antifaz.

—*Hai* —respondió Blackthorne sintiendo que se le ponía la piel de gallina.

El hombre señaló el suelo indicándole claramente que no se moviera.

—*¿Wakarimasu ka?*

—*Hai*.

Lo miraron de arriba a abajo. Entonces, uno de los centinelas, ya sin su uniforme gris y enmascarado como los otros, salió un momento de entre los arbustos, a cien pasos de distancia. Hizo una seña con la mano y desapareció de nuevo.

Inmediatamente los hombres rodearon a Blackthorne disponiéndose a marchar. El capitán de los bandidos miró a los hombres-kaga, que temblaron como perros ante un amo cruel y hundieron más sus cabezas en la hierba.

Entonces, el jefe de los bandoleros gritó una orden. Los cuatro porteadores levantaron la cabeza con incredulidad. Al repetirse la orden, se inclinaron, se arrastraron y se incorporaron de nuevo. Después, giraron al unísono sobre sus talones y echaron a correr entre los matorrales.

El bandido sonrió despectivamente e hizo una seña a Blackthorne para que echase a andar, de vuelta a la ciudad.

Él obedeció, resignado. No había escapatoria posible.

Estaban a punto de llegar a la orilla del bosque cuando se detuvieron. Se oyeron ruidos al frente, y otro grupo de treinta samurais dobló el recodo. Pardos y Grises, los Pardos en vanguardia y, en su palanquín, su jefe seguido de unas

cuantas acémilas. Ambos grupos se colocaron en posición de combate, mirándose con hostilidad, a setenta pasos los unos de los otros. El jefe de los bandidos se plantó en el espacio intermedio, con bruscos movimientos, y le gritó con furia al otro samurai, señalando a Blackthorne y hacia el lugar donde se había desarrollado la emboscada. Desenvainó su sable y lo levantó, amenazador, sin duda diciendo al otro grupo que se apartase de su camino.

Todos los suyos desenvainaron también sus sables. A una orden suya, uno de los bandidos se colocó detrás de Blackthorne y levantó el sable, mientras el jefe seguía gritando a sus oponentes.

Entonces, Blackthorne vio que se apeaba el hombre del palanquín y lo reconoció inmediatamente. Era Kasigi Yabú. Yabú gritó, a su vez, al jefe de los bandidos, pero éste movió furiosamente la cabeza. Entonces, Yabú dio una orden breve y atacó lanzando un grito de guerra, cojeando ligeramente y con el sable desenvainado, seguido de sus hombres y a poca distancia de los Grises.

Blackthorne se dejó caer al suelo para librarse del sable que le habría partido por la mitad, pero el golpe estuvo mal calculado y el jefe dio media vuelta y huyó entre los matorrales, seguido de sus hombres.

Varios samurais persiguieron a los bandidos en el bosque, otros corrieron por el camino, y los demás se desparramaron en posición defensiva. Yabú se acercó despacio a Blackthorne.

—*So desu*, Anjín-san —dijo, jadeando por el esfuerzo.

—*So desu*, Kasigi Yabú-san —respondió Blackthorne, empleando la misma frase, que significaba algo así como «bien» o «cierto» o «así estamos». Señaló en la dirección en que habían huido los bandidos.

—*Domo* —dijo inclinándose cortésmente, de igual a igual, y repitió otra frase de frai Domingo—: *Gomen nasai, nihon go ga hanase masen* (Lo siento. No sé hablar japonés.)

—*Hai* —dijo Yabú, bastante impresionado, y añadió algo que Blackthorne no comprendió.

—*¿Tsyuku ga imasu ka?* (¿Tienes un intérprete?) —preguntó Blackthorne.

—*Iyé*, Anjín-san. *Gomen nasai*.

Blackthorne se sintió un poco más tranquilo. Ahora podía comunicar directamente. Su vocabulario era muy reducido, pero era algo para empezar.

«¡Ojalá tuviese un intérprete! —pensaba febrilmente Yabú—. Me gustaría saber lo que te ocurrió con Toranaga, lo que te preguntó y lo que le dijiste sobre

el pueblo y los cañones y el cargamento y la galera y Rodrigues. Entonces podría saber lo que voy a decirle hoy.

»¿Por qué quiso *verte* Toranaga en el momento en que llegamos, y no me llamó a mí? ¿Por qué me ha mandado llamar hoy? ¿Por qué aplazó dos veces nuestra entrevista? ¿Fue por algo que tú o Hiro-matsu le dijisteis? ¿O ha sido una demora normal, debida a sus otras ocupaciones?

»Sí, Toranaga, tienes un problema casi insoluble. La influencia de Ishido se extiende como un incendio. ¿Y te has enterado ya de la traición de Onoshi? ¿Sabes que Ishido me ha ofrecido la cabeza y la provincia de Ikawa Jikkyu si me uno con él en secreto?

»¿Qué buen *kami* me trajo aquí para salvar la vida de Anjín-san? ¿Por qué lo encarcelaste para ejecutarlo? ¿Por qué quiso Ishido sacarlo de la prisión? ¿Por qué trataron los bandidos de capturarlo para obtener un rescate? Un rescate, ¿de quién? ¿Y por qué vive aún Anjín-san? El bandido habría podido matarle fácilmente.

»¡Oh, sí, capitán! En este momento, daría mil kokú por un intérprete de confianza.

»Seré tu amo. Tú vas a construir mis barcos y adiestrar a mis hombres. Tendré que manejar a Toranaga de algún modo. Y si no lo consigo, ¿qué más da? En mi próxima vida estaré más preparado.»

—¡Buen perro! —dijo Yabú en voz alta, dirigiéndose a Blackthorne y sonriendo ligeramente—. Lo único que te hace falta es una mano firme, unos cuantos huesos y unos pocos latigazos.

El daimío se volvió y miró en la dirección en que habían huido los bandidos. Haciendo bocina con las manos, gritó algo. Inmediatamente, los Pardos volvieron junto a él. El jefe samurai de los Grises estaba plantado en el centro del camino y ordenó también que cesara la persecución. Ninguno de los bandidos había sido apresado.

Cuando el capitán de los Grises se acercó a Yabú empezaron a discutir con gran empeño señalando la ciudad y el castillo. Saltaba a la vista que no estaban de acuerdo.

Por fin, Yabú hizo callar al otro sin soltar la empuñadura de su sable, y con un gesto ordenó a Blackthorne que subiese al palanquín.

—*Iyé* —dijo el capitán.

Los dos hombres empezaron a ponerse violentos y los Grises y los Pardos se agitaron nerviosos.

—Anjín-san *desu shunjín* Toranaga-sama…

Blackthorne pillaba alguna palabra suelta. *Watakushi* significaba «yo»: si se le añadía *hitachi*, quería decir «nosotros», *shunjín* significaba «prisionero». Entonces recordó lo que le había dicho Rodrigues, y sacudió la cabeza y los interrumpió vivamente:

—*Shunjín, ¡iyé! Watakushi wa* Anjín-san.

Los dos hombres lo miraron fijamente.

Blackthorne rompió el silencio y añadió, en un japonés entrecortado, convencido de que sus palabras no serían gramaticales y sí como el lenguaje de un niño, pero esperando que los otros las comprenderían:

—Yo amigo. No prisionero. Comprendedlo, por favor. Amigo. Lo siento, amigo necesita baño. Baño, ¿comprendéis? Cansado. Hambre. Baño. —Señaló el torreón del castillo—. ¡Ir allá! Ahora, por favor. Señor Toranaga uno, señor Ishido dos. Ir *ahora*.

Y cargando el acento sobre la última *ima*, subió torpemente al palanquín y se tumbó sobre los almohadones, sacando los pies.

Entonces, Yabú se echó a reír y todos le hicieron coro.

—¡*Ah so*, Anjín-sama! —dijo Yabú, con una reverencia burlona.

—*Iyé*, Yabú-sama. Anjín-san —le corrigió Blackthorne, satisfecho.

«Sí, bastardo. Ahora sé un par de cosas más. Pero no me he olvidado de ti. Pronto me pasearé sobre tu tumba.»

CAPÍTULO XVI

—Tal vez habría sido mejor consultarme antes de llevaros a *mi* prisionero de *mi* jurisdicción, señor Ishido —dijo Toranaga.

—El bárbaro estaba en la prisión común con los delincuentes comunes. Por consiguiente, supuse que ya no te interesaba. Desde luego, nunca pretendí entrometerme en tus asuntos privados.

Ishido estaba aparentemente tranquilo y cortés, pero hervía por dentro. Sabía que le habían atrapado en una indiscreción. Era verdad que hubiese debido consultar primero a Toranaga. Así lo exigía la más elemental educación.

—Pido de nuevo disculpas —dijo.

Toranaga miró a Hiro-matsu. La disculpa sonaba como música celestial en sus oídos. Los dos sabían que el otro sangraba interiormente. Estaban en el gran salón de audiencias. Por acuerdo previo entre los dos antagonistas, sólo cinco guardias, hombres dignos de toda confianza, estaban presentes. El resto esperaba fuera. Yabú también esperaba en el exterior. Y estaban aseando al bárbaro. «Muy bien», pensó Toranaga, satisfecho de sí mismo. Pensó un momento en Yabú y decidió no verle aquel mismo día. Por consiguiente, pidió a Hiro-matsu que lo despidiese y se volvió a Ishido.

—Desde luego, acepto tus disculpas. Afortunadamente, no se ha causado ningún daño.

—Entonces, ¿puedo llevar al bárbaro al Heredero cuando esté presentable?

—Yo se lo enviaré cuando haya terminado con él.

—¿Puedo preguntarte cuándo será eso? El Heredero lo esperaba esta mañana.

—Esto no debe preocuparnos a ninguno de los dos, *¿neh?* Yaemón sólo tiene siete años. Estoy seguro de que un niño de siete años debe ejercitar la paciencia. *¿Neh?* La paciencia es una forma de disciplina y requiere práctica, ¿no es cierto? Yo mismo le explicaré la confusión. Esta mañana voy a darle otra lección de natación.

—¿Sí?

—Sí. Tú también deberías aprender a nadar, señor Ishido. Es un ejercicio excelente y puede ser muy útil durante la guerra. Todos mis samurais saben

nadar.

—Los míos practican el arco, la esgrima, la equitación y el tiro.

—Los míos añaden a ello la poesía, la escritura, la confección de ramos de flores y la ceremonia *cha-no-yu*. Los samurais deberían ser versados en las artes de la paz, para ser fuertes en las artes de la guerra.

—La mayoría de mis hombres son más que versados en estas artes —dijo Ishido, consciente de que su propia escritura era defectuosa y sus conocimientos limitados—. Los samurais nacieron para la guerra. Yo entiendo la guerra muy bien. Esto basta, de momento. Esto y la obediencia a la voluntad de nuestro señor.

—La lección de natación de Yaemón será a la Hora del Caballo.

Tanto el día como la noche se dividían en seis partes iguales. El día empezaba con la Hora de la Liebre, desde las 5 hasta las 7 de la mañana, después venía la Hora del Dragón, de las 7 a las 9. Seguían las horas de la Serpiente, del Caballo, de la Cabra, del Mono, del Gallo, del Perro, del Oso, de la Rata y del Buey, y el ciclo terminaba con la Hora del Tigre, de las 3 a las 5 de la mañana.

—¿Te gustaría tomar parte en la lección? —preguntó.

—No, gracias. Soy demasiado viejo para cambiar los hábitos —dijo débilmente Ishido.

—He oído decir que el capitán de tus hombres ha recibido la orden de hacerse el harakiri.

—Naturalmente. Habría tenido que coger a los bandidos. Al menos, a uno de ellos. Esto nos habría permitido descubrir a los demás.

—Me asombra que esa carroña pueda operar tan cerca del castillo.

—Estoy de acuerdo contigo. Tal vez el bárbaro podría describirlos.

—¿Qué puede saber un bárbaro? —rió Toranaga—. En cuanto a los bandidos, eran *ronín*, ¿no? Los *ronín* abundan entre tus hombres. Una investigación en este sentido podría ser eficaz, *¿neh?*

—Se está investigando a fondo, en muchas direcciones —dijo Ishido, prescindiendo de la alusión a los *ronín*, los samurais mercenarios, sin dueño, que se habían incorporado a millares bajo la bandera del Heredero cuando Ishido había difundido el rumor de que él, en nombre del Heredero y de la madre del Heredero, aceptaría su fidelidad, perdonaría y olvidaría sus pasadas culpas, y les recompensaría con largueza.

Ishido sabía que había sido una brillante maniobra, pues le proporcionaba una enorme reserva de samurais adiestrados.

—Hay muchas cosas que no comprendo en esa emboscada —dijo Ishido, con una voz llena de veneno—. Por ejemplo, si los bandidos pretendían un rescate, ¿por qué habían de capturar al bárbaro? ¿A quién hubiesen pedido el rescate? El bárbaro no tiene ningún valor. ¿Y cómo sabían dónde estaría? Hasta ayer no di la orden de que lo llevasen al Heredero, pensando que esto divertiría al chico. Es muy curioso.

—¡Mucho! —dijo Toranaga.

—Además, se da la coincidencia de que el señor Yabú estaba por allí con algunos de tus hombres y algunos de los míos, en el momento exacto. Muy curioso.

—¡Mucho! Pero Yabú estaba allí porque yo lo había enviado a buscar y tus hombres estaban allí porque habíamos convenido, a indicación tuya, que era de buena política que tus hombres acompañasen a los míos mientras yo estuviese en una visita oficial.

—También es extraño que los bandidos, que fueron lo bastante bravos para liquidar a los diez primeros sin oposición, se comportasen como coreanos al llegar nuestros hombres. Había igualdad de fuerzas entre los dos bandos. ¿Por qué no lucharon los bandidos o se llevaron inmediatamente al bárbaro a los montes, en vez de quedarse estúpidamente en el camino principal del castillo? Muy curioso.

—¡Mucho! Desde luego, mañana doblaré mi guardia cuando salga a cazar. Por si acaso. ¿Mantendrás a tus hombres lejos de mi zona de caza? No quisiera que me espantasen las piezas —dijo, taimadamente.

—Desde luego. ¿Y el bárbaro?

—Sigue siendo de mi propiedad. Y también su barco. Pero te lo entregaré cuando haya acabado con él, y podrás enviarlo al campo de ejecución, si lo deseas.

—Gracias. Sí, lo haré. —Ishido cerró el abanico y se lo metió en la manga—. Ese hombre no tiene importancia. Lo importante, y la razón de que haya venido a verte, es… A propósito, he oído decir que mi señora madre está visitando el monasterio Johji.

—¡Ah! Yo diría que es un poco tarde para ver los cerezos en flor.

—Cierto. Pero las ancianas tienen una mentalidad propia y ven las cosas de un modo diferente, *¿neh?* Lo que me preocupa es que está delicada de salud. Tiene que tener mucho cuidado. Se enfría con facilidad.

—Lo mismo le pasa a mi madre. Hay que cuidar de la salud de los viejos.

Toranaga tomó mentalmente nota de que debía enviar un mensaje urgente al superior recordándole que debía extremar sus cuidados con la anciana. Si ésta moría en el monasterio, las repercusiones serían terribles. Todos los daimíos se darían cuenta de que, en el juego de ajedrez por el poder, había empleado como peón a una anciana indefensa, madre de su enemigo, y no había sabido velar por ella. Tomar un rehén era siempre una jugada peligrosa.

Ishido se había vuelto casi ciego de furor al enterarse de que su venerada madre estaba en la plaza fuerte de Toranaga en Nagoya. Habían rodado cabezas. Inmediatamente, Ishido había trazado planes para la destrucción de Toranaga y tomado la solemne resolución de sitiar Nagoya y eliminar el daimío Kazamaki —a cuyo cargo estaba ostensiblemente ella— en cuanto se rompiesen las hostilidades. Por último, había enviado un mensaje particular al superior del monasterio, a través de intermediarios, haciéndole saber que si ella no salía sana y salva de allí antes de veinticuatro horas, Naga, único hijo de Toranaga que estaba a su alcance, y todas las mujeres de éste a quienes pudiese apresar se despertarían en el pueblo de los leprosos. Ishido sabía que mientras su madre estuviese en poder de Toranaga tenía que actuar con cautela. Pero había dejado bien claro que si no la soltaban prendería fuego al Imperio.

—¿Cómo está tu señora madre, señor Toranaga? —preguntó cortésmente.

—Muy bien, gracias —dijo Toranaga dejando traslucir su satisfacción—. Lleva perfectamente sus setenta y cuatro años. ¡Ojalá esté yo tan fuerte como ella cuando tenga su edad!

«Tienes cincuenta y ocho, Toranaga, pero no llegarás a los cincuenta y nueve —se prometió Ishido para sus adentros.»

—Por favor, transmítele mis mejores deseos de una vida siempre feliz. Gracias de nuevo, y perdona que te haya molestado.

Se inclinó con exquisita cortesía y, conteniendo difícilmente su regocijo, añadió:

—¡Ah, sí! El asunto importante que quería comunicarte es que se ha aplazado la última reunión oficial del Consejo de Regencia. No se celebrará hoy al ponerse el sol.

Toranaga conservó la sonrisa en su semblante, pero tembló interiormente.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Por qué?

—El señor Kiyama está enfermo. El señor Sugiyama y el señor Onoshi han convenido en el aplazamiento. Y yo también. Unos pocos días carecen de importancia, tratándose de asuntos de tanta enjundia, ¿no crees?

—Podemos celebrar la reunión sin el señor Kiyama.

—Hemos resuelto no hacerlo —dijo Ishido con un destello provocador en los ojos.

—¿Oficialmente?

—Aquí están nuestros cuatro sellos.

Toranaga estaba rabioso. Cualquier demora suponía para él un riesgo inmenso.

—¿Cuándo será la reunión?

—Creo que el señor Kiyama puede haberse repuesto mañana o pasado mañana.

—Bien. Enviaré mi médico personal a visitarle.

—Estoy seguro de que os lo agradecería. Pero su propio médico ha prohibido todas las visitas. La enfermedad podría ser contagiosa, *¿neh?*

—¿Qué enfermedad?

—No lo sé, mi señor. Digo lo que me han dicho.

—¿Es bárbaro el médico?

—Sí. Tengo entendido que es el mejor médico de los cristianos. Un médico-sacerdote cristiano, para un daimío cristiano. Los nuestros no son lo bastante buenos para… un daimío tan importante —dijo Ishido, riendo entre dientes.

La inquietud de Toranaga fue en aumento. Si el médico hubiese sido japonés, habría podido hacer muchas cosas. Pero, con un médico cristiano —sin duda un sacerdote jesuita—, bueno… No podía ir contra él, ni siquiera entrometerse en lo que hacía, sin correr el riesgo de enemistarse con todos los daimíos cristianos, riesgo que no podía permitirse. Sabía que su amistad con Tsukku-san no le serviría de nada contra los daimíos cristianos Onoshi o Kiyama. Los cristianos tenían interés en presentar un frente unido. Pronto tendría que acercarse a ellos, a los sacerdotes bárbaros, para llegar a un arreglo, para fijar el precio de su colaboración. «Si Ishido tiene realmente a Onoshi y a Kiyama con él, y dado que todos los daimíos cristianos seguirían a estos dos si actuasen conjuntamente, estoy aislado —pensó—. Y el único camino que me queda es Cielo Carmesí.»

—Visitaré al señor Kiyama pasado mañana —dijo fijando el plazo.

—Pero, ¿y el contagio? Si te ocurriese algo mientras estás en Osaka, mi señor, nunca me lo perdonaría. Eres nuestro invitado, estás a mi cuidado. Debo insistir en que no lo hagas.

—Descuida, mi señor Ishido, ningún contagio puede conmigo. Olvidas la predicción del astrólogo.

Seis años antes, el Taiko había recibido una embajada china que trataba de arreglar la guerra chino-coreana-japonesa, de la que formaba parte un astrólogo. Éste había profetizado muchas cosas que después habían resultado verdad. Y este mismo astrólogo había predicho que Toranaga moriría por el sable en su edad madura. Ishido, el famoso conquistador de Corea, moriría de viejo, firme sobre sus pies y siendo el hombre más famoso de su época. Y en cuanto al Taiko, moriría en la cama, respetado, venerado, a una edad provecta y dejando un hijo fuerte y sano para asumir su sucesión.

—No, señor Toranaga, no la he olvidado —dijo Ishido, que la recordaba muy bien—. Pero el contagio puede ser muy molesto. Podrías contraer la viruela, como tu hijo Noboru, o la lepra, como el señor Onoshi. Todavía es joven, pero sufre. ¡Oh, sí! Sufre.

Toranaga se quedó momentáneamente desconcertado. Conocía demasiado bien los estragos de ambas enfermedades. Noboru, el mayor de sus hijos vivos, había contraído la viruela china cuando tenía siete años —ahora hacía diez—, y todos los médicos, japoneses, chinos, coreanos y cristianos habían fracasado ante una enfermedad que lo había desfigurado completamente, pero sin matarlo.

—Por el señor Buda, que no quisiera contraer ninguna de las dos ni ninguna otra —dijo.

—Lo creo —dijo Ishido, que se inclinó de nuevo y salió. Toranaga rompió el silencio.

—¿Y bien?

—Lo mismo da que te quedes o que te marches —dijo Hiro-matsu—. Será un desastre, porque te han traicionado y te han aislado, señor. Si te quedas para la reunión, que no se celebrará en una semana, Ishido movilizará sus legiones alrededor de Osaka y no podrás escapar sin que importe lo que le ocurra a dama Oshiba en Yedo, pues está claro que Ishido está dispuesto a ponerla en peligro con tal de pillarte. Es evidente que te han traicionado y que los cuatro regentes se pronunciarán contra ti. Y si te marchas, dictarán también todas las órdenes que quiera Ishido. Y tendrás que someterte a un voto de cuatro contra uno. Juraste hacerlo. Y no puedes renegar de tu palabra de honor como regente.

—Lo sé.

Hiro-matsu esperó, con creciente ansiedad.

—¿Qué vas a hacer?

—Ante todo, voy a darme un baño —dijo Toranaga con sorprendente jovialidad—. Después veré a ese bárbaro.

La mujer cruzó sin hacer ruido el jardín privado de Toranaga en el castillo, en dirección a la pequeña choza cubierta de ramaje y lindamente instalada en un bosquecillo de meples. Su quimono de seda y su *obi* eran de lo más sencillo y, sin embargo, los más famosos artesanos de China no habrían podido hacerlos más elegantes. Llevaba el cabello a la última moda de Kioto, peinado hacia arriba y sujeto con largos alfileres de plata. Una sombrilla de colores protegía su blanca piel. Era menuda —no más de cinco pies— pero perfectamente proporcionada. Alrededor del cuello, llevaba una fina cadena de oro y, colgando de ésta, un pequeño crucifijo también de oro.

Kiri esperaba en la galería de la choza, sentada pesadamente a la sombra y reposando sus nalgas sobre el cojín.

—Estás más hermosa que nunca, más joven que nunca, Toda Mariko-san —dijo Kiri, sin envidia, devolviéndole su saludo.

—¡Ojalá fuese verdad, Kiritsubo-san! —respondió Mariko sonriendo y arrodillándose sobre un almohadón.

—Lo es. ¿Cuándo nos vimos por última vez? ¿Hace dos años? ¿Tres? No has cambiado nada en veinte años. Pues debe hacer casi veinte años que nos conocimos. ¿Te acuerdas? Fue en una fiesta que dio el señor Goroda. Tú tenías catorce años y acababas de casarte.

—Y estaba asustada.

—No. No lo estabas.

—Hace dieciséis años, Kiritsubo-san, no veinte. Sí, lo recuerdo muy bien.

«Demasiado bien —pensó, afligida—. Fue el día en que mi hermano me dijo al oído que creía que nuestro venerado padre iba a vengarse de su señor feudal, el dictador Goroda. Iba a asesinarlo. Y yo no avisé a mi esposo o a Hiro-matsu, su padre, ambos fieles vasallos del Dictador, de que uno de sus más grandes generales estaba tramando una traición. Falté a mi deber con mi señor, con mi marido y con su familia que, debido al matrimonio, es mi única familia. Guardé silencio para proteger a mi amado padre, que mancilló mil años de honor. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, señor Jesús de Nazaret, salva a esta pecadora de la condenación eterna…!»

—Hace dieciséis años —dijo serenamente Mariko.

—Aquel año, yo estaba encinta del señor Toranaga —dijo Kiri.

Y pensó: «Si el señor Goroda no hubiese sido vilmente traicionado y

asesinado por tu padre, mi señor Toranaga no habría tenido que luchar en la batalla de Nagakudé y yo no me habría enfriado y no habría perdido a mi hijo. Tal vez fue sólo mi *karma*.»

—¡Ah, Mariko-san! —exclamó, sin malicia—. ¿Por qué no puedo tener tu figura y tus hermosos cabellos y andar con tanta distinción? —Kiri se echó a reír —. La respuesta es sencilla: porque como demasiado.

—¿Qué importa esto? Tú gozas del favor del señor Toranaga, *¿neh?* Eres feliz.

—¿Acaso tú no lo eres?

—Yo no soy más que un instrumento de mi señor Buntaro. Si mi marido es feliz, yo soy feliz. Su placer es mi placer. Me pasa lo mismo que a ti —dijo Mariko.

—Sí. Pero no es lo mismo.

Kiri se abanicó y pensó: «Me alegro de no ser igual que tú, Mariko, con toda tu belleza y tu valor y tus conocimientos. ¡No! No podría estar casada un solo día con ese hombre odioso, feo, orgulloso y violento. Tan distinto de su padre, el señor Hiro-matsu… ¿Cómo has podido soportar tu tragedia? Parece imposible que no se perciba una sola sombra de ella en tu cara ni en tu alma.»

—Eres una mujer admirable, Toda Buntaro Mariko-san.

—Gracias, Kiritsubo Toshiko-san. ¡Cuánto me alegro de verte, Kiri-san!

—Y yo de verte a ti. ¿Cómo está tu hijo?

—Estupendo, estupendo, estupendo. Saruji tiene ahora quince años, ¿te imaginas? Alto y fuerte como su padre y el señor Hiro-matsu ha dado a Saruji un feudo propio, y ahora… ¿sabes que va a casarse?

—No. ¿Con quién?

—Ella es nieta del señor Kiyama. El señor Toranaga lo dispuso perfectamente. Una boda magnífica para nuestra familia. Sólo quisiera que la chica fuese más… más atenta con mi hijo, más solícita. —Mariko rió, con cierta timidez—. Bueno, parezco una suegra como todas. Pero creo que convendrás conmigo en que tiene aún muchas cosas que aprender.

—Tendrás tiempo de enseñarla.

—Así lo espero. —Las manos de Mariko reposaban quietas en su falda—. Mi marido me ha hecho venir aquí. ¿Quiere verme el señor Toranaga?

—Sí. Quiere que le hagas de intérprete.

—¿Con quién? —preguntó Mariko, sorprendida.

—Con el nuevo bárbaro.

—¡Oh! ¿Y el padre Tsukku-san? ¿Está enfermo?

—No —dijo Kiri jugando con su abanico—. Supongo que sólo podemos hacer conjeturas sobre por qué quiere el señor Toranaga que vengas tú, en vez del sacerdote. Pero yo diría que debe tratarse de un asunto muy privado. En tal caso, tendrás que jurar por tu Dios cristiano no divulgar nada acerca de esta reunión. No decir nada a nadie.

—Desde luego —dijo Mariko, intranquila.

Comprendía claramente que lo que Kiri había querido decir era que no debía decir nada a su marido ni a su padre, ni a su confesor. Como era su marido quien le había ordenado venir, sin duda a requerimiento del señor Toranaga, su deber para con éste era superior al que le ligaba a su marido. Por consiguiente, podía no darle información. Pero, ¿y a su confesor? ¿Podía no decirle nada? ¿Y por qué había de hacer ella de intérprete, en vez del padre Tsukku-san? Sabía que una vez más y contra su voluntad se veía metida en la clase de intriga política que había destrozado su vida y lamentó de nuevo que su familia fuese antigua y derivada de los Fujimoto y que ella hubiese nacido con el don de las lenguas que le había permitido aprender el casi incomprensible portugués y el latín, e incluso lamentó haber nacido. «Pero entonces —pensó— no habría visto a mi hijo, ni habría sabido nada de Cristo Niño ni de Su Verdad, ni de la Vida Eterna.»

—Muy bien, Kiri-san —dijo con temor—. Juro por el señor mi Dios que no divulgaré nada de lo que se diga hoy aquí, ni nada de lo que interprete en cualquier momento para mi señor.

—También supongo que debes prescindir de tus propios sentimientos y traducir exactamente lo que se diga. Este nuevo bárbaro es muy extraño y dice cosas muy particulares. Estoy segura de que mi señor te ha elegido entre todos por razones especiales.

—Estoy aquí para cumplir los deseos del señor Toranaga. No debe temer por mi lealtad.

—Nadie la ha puesto nunca en duda, señora. No he querido ofenderte.

Una lluvia de primavera salpicó los pétalos y el musgo y las hojas, y cesó poco después dejándolo todo más bello después de su paso.

—Quisiera pedirte un favor, Mariko-san. ¿Quieres poner tu crucifijo debajo de tu quimono?

Los dedos de Mariko asieron el crucifijo en ademán defensivo.

—¿Por qué? Mi señor Toranaga jamás se opuso a mi conversión y tampoco el señor Hiro-matsu, jefe de mi clan. En cuanto a mi esposo, me permite tenerlo

y llevarlo.

—Sí. Pero los crucifijos enloquecen a ese bárbaro, y mi señor Toranaga quiere que esté tranquilo.

Blackthorne no había visto nunca una mujer tan menuda.

—*Konnichi wa* —dijo—. *Konnichi,* Toranaga-sama.

Se inclinó como un cortesano y saludó al niño que estaba arrodillado junto a Toranaga, con los ojos muy abiertos, y a la mujer gorda que estaba detrás de éste. Se hallaban todos en la galería que circundaba la pequeña choza. Ésta se componía de una sola y pequeña habitación y una cocina en el fondo. Estaba montada sobre unas pilastras de madera de un pie de altura, sobre una alfombra de pura y blanca arena. Era una casa de té ceremonial para el rito del *cha-no-yu*, construida para éste solo fin con materiales caros y raros, aunque, a veces, debido a su aislamiento, era también empleada para citas y conversaciones privadas.

Blackthorne se ciñó el quimono y se sentó en el almohadón que habían colocado sobre la arena, delante de ellos y a nivel más bajo.

—*Gomen nasai*, Toranaga-sama, *nihon go ga hanase-masen. ¿Tsuyaku go imasu ka?*

—Yo soy tu intérprete, señor —dijo Mariko en un portugués casi perfecto—. Pero, ¿hablas japonés?

—No, señorita, sólo unas pocas palabras o frases —respondió Blackthorne, sorprendido.

Había esperado que el padre Alvito fuese el intérprete y que Toranaga hubiese estado acompañado de algunos samurais y tal vez del daimío Yabú. Pero allí no había ningún samurai, aunque muchos estaban apostados alrededor del jardín.

—Mi señor Toranaga pregunta dónde… Pero tal vez debería preguntarte primero si prefieres hablar en latín.

—Lo que tú prefieras, señorita.

«¿Quién será esa mujer? —pensó—. ¿Dónde aprendió un portugués tan perfecto? ¿Y el latín? Sin duda de los jesuitas. En una de sus escuelas.»

—Entonces, hablaremos portugués —dijo ella—. Mi señor desea saber dónde aprendiste tus «pocas palabras y frases».

—Había un monje en la prisión, señorita, un monje franciscano que me

enseñó palabras tales como «comida, amigo, baño, ir, venir, verdadero, falso, aquí, allí, yo, tú, por favor, gracias, quiero, no quiero, prisionero, sí, no», etcétera. Desgraciadamente, sólo cosas rudimentarias. Ten la bondad de decirle al señor Toranaga que ahora podré responder mejor a sus preguntas, que procuraré complacerle y que le doy las gracias por haberme sacado de la prisión.

Sabía que tenía que hablar con sencillez, con frases cortas y con mucho cuidado, porque, a diferencia del sacerdote, esta mujer esperaba que hubiese terminado y daba después una sinopsis o una versión de lo que había dicho. El baño, el masaje, la comida y dos horas de sueño, le habían refrescado de un modo extraordinario. Las servidoras del baño, mujeres hábiles y vigorosas, le habían restregado y lavado el cabello trenzándolo en una bonita coleta y el barbero le había recortado la barba. Le habían dado un taparrabo limpio, un quimono y un cinto, un tabi y unas sandalias para los pies.

Había esperado con impaciencia que lo llevaran otra vez a presencia de Toranaga planeando lo que le diría y le revelaría y la manera de burlar al padre Alvito y de ganar ascendiente sobre él. Y sobre Toranaga. Pues ahora sabía, por lo que le había dicho el padre Domingo sobre los japoneses, los portugueses, la política y el comercio, que podía ayudar a Toranaga y que éste podía recompensarle a su vez con las riquezas que deseaba.

Y ahora, al no tener que luchar con el cura, se sentía aún más confiado.

Toranaga escuchaba atentamente a la muñeca-intérprete.

«¿Estará casada? —pensó Blackthorne—. No lleva anillo de boda. Es interesante. No lleva joyas de ninguna clase, excepto los alfileres de plata en el cabello. Y tampoco las lleva la otra mujer, la gorda.» Rebuscó en su memoria. Aquellas dos mujeres de la aldea tampoco llevaban joyas y tampoco las de la casa de Mura. ¿Por qué?

¿Y quién era la gorda? ¿La esposa de Toranaga? ¿O la niñera del chico? ¿Sería éste el hijo de Toranaga? ¿O nieto suyo?

El chico era bajito, pero estirado. Tenía los ojos redondos y el cabello negro, atado en una coleta y llevaba la cabeza sin afeitar. Daba muestras de una curiosidad enorme.

Sin pensarlo, Blackthorne le guiñó un ojo. El chico dio un salto, se echó a reír e interrumpió a Mariko, y señaló y habló, y todos le escucharon con indulgencia y nadie le mandó callar. Cuando hubo terminado, Toranaga dirigió unas breves palabras a Blackthorne.

—El señor Toranaga pregunta por qué has hecho esto, señor.

—¡Oh!, sólo para divertir al pequeño. Es un niño como los demás y los niños de mi país suelen reírse cuando se les hace esto. Mi hijo debe ser de su misma edad. Ahora tiene siete años.

—El Heredero tiene siete —dijo Mariko tras una pausa, y después tradujo lo que él había dicho.

—¿El Heredero? ¿Quiere esto decir que ese muchacho es el único hijo del señor Toranaga?

—El señor Toranaga me pide que te diga que hagas el favor de limitarte a contestar sus preguntas, por ahora. —Después añadió—: Estoy segura de que, si tienes paciencia, piloto-capitán Blackthorne, podrás preguntar más tarde lo que desees.

—Muy bien.

—Como tu nombre es muy difícil de pronunciar, porque no tenemos los sonidos adecuados para ello, ¿puedo emplear, en interés del señor Toranaga, tu nombre japonés de Anjín-san?

—Desde luego.

—Gracias. Mi señor pregunta si tienes otros hijos.

—Una hija. Nació poco antes de salir yo de Inglaterra. Por consiguiente, ahora tiene dos años.

—¿Tienes una o muchas mujeres?

—Una. Es nuestra costumbre. Como los portugueses y los españoles. Nosotros no tenemos consortes oficiales.

—¿Es ésta tu primera esposa, señor?

—Sí.

—Por favor, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y seis.

—¿Dónde vives en Inglaterra?

—En las afueras de Chathan. Es un pequeño puerto cerca de Londres.

—¿Londres es vuestra capital?

—Sí.

—Él pregunta qué idiomas hablas.

—Inglés, portugués, español, holandés y, naturalmente, latín.

—¿Qué es el holandés?

—Una lengua que se habla en Europa, en los Países Bajos. Muy parecida al alemán.

Ella frunció el ceño.

—¿Es el holandés una lengua pagana? ¿Y el alemán?

—Ambos son países no católicos —dijo él, cautelosamente.

—Perdón, ¿no es esto lo mismo que ser pagano?

—No, señorita. El cristianismo se divide en dos religiones muy distintas: catolicismo y protestantismo. La secta del Japón es católica. Ahora, hay mucha hostilidad entre ambas sectas.

Notó que Toranaga se impacientaba.

«Ten cuidado —se dijo—. Sin duda ella es católica.»

—Tal vez el señor Toranaga no quiere hablar de religión, señorita —repuso en voz alta—, pues ya tratamos un poco de esto en nuestro primer encuentro.

—¿Eres cristiano protestante?

—Sí.

—Y los cristianos católicos, ¿son enemigos tuyos?

—La mayoría me considerarían hereje y enemigo suyo.

Había muchos guardias alrededor del jardín. Todos se mantenían muy apartados y eran Pardos. Entonces, Blackthorne advirtió que había diez Grises, sentados en grupo aparte, a la sombra, y mirando al chico.

«¿Qué significa esto?», se preguntó.

—Mi señor desea saber de ti y de tu familia —dijo Mariko—. De tu país, de tu reina y de los anteriores gobernantes, de sus hábitos, de sus costumbres y de su historia. Y también de otros países, como España y Portugal. Quiere saberlo todo sobre el mundo en que vives. Sobre vuestros barcos, armas, comestibles, comercio… Cómo son vuestras guerras y cómo gobernáis los barcos, cómo gobernaste tú el tuyo y qué te ocurrió durante el viaje… Sí, mi señor desea saber la *verdad* acerca de todo.

—Se lo diré gustoso. Pero requerirá bastante tiempo.

—Mi señor dice que tiene tiempo de sobra. A propósito, yo soy la señora Mariko Buntaro, no señorita.

—Sí, señora. —Blackthorne miró a Toranaga—. ¿Por dónde quiere que empiece?

Ella se lo preguntó y una débil sonrisa cruzó por el semblante de Toranaga.

—Dice que empieces por el principio.

Blackthorne sabía que esto era otra prueba. Entre tantas posibilidades, ¿por dónde debía empezar? ¿Y a quién debía dirigirse? ¿A Toranaga, al chico o a la mujer? Evidentemente, si sólo hubiese habido hombres presentes, a Toranaga.

Pero, ¿y ahora? ¿Por qué estaban aquí las mujeres y el chico? Esto debía tener una significación.

—Pues, bien… —Entonces tuvo un destello de inspiración—. Tal vez sería lo mejor que dibujase un mapa del mundo, señora, tal como lo conocemos —dijo atropelladamente—. ¿Qué os parece?

Ella lo tradujo y Blackthorne vio un destello de interés en los ojos de Toranaga, pero no en los del niño ni de la mujer. ¿Cómo interesarles también?

—Mi señor dice que sí. Enviaré a buscar papel.

—Gracias. Pero de momento no hará falta. Después, si me das materiales de escribir, podré trazar un mapa más exacto.

Blackthorne se levantó de su almohadón y se arrodilló en el suelo. Con el dedo índice, empezó a trazar un tosco mapa sobre la arena, invertido para que ellos pudiesen verlo mejor.

—La Tierra es redonda como una naranja, pero este mapa es como su piel, cortado en óvalos, de norte a sur, aplanada y estirada un poco por las puntas. Un holandés llamado Mercator inventó la manera de hacer esto exactamente, hace veinte años. Es el primer mapa bien hecho del mundo. Incluso podemos navegar con esto, o con sus globos terráqueos —había esbozado audazmente los continentes—. Esto es el Norte y esto el Sur, el Este y el Oeste. El Japón está aquí. Mi país está allá, al otro lado del mundo. Todo eso es desconocido e inexplorado…

Eliminó con la mano toda Norteamérica, al norte de una línea que iba de México hasta Terranova, toda la América del Sur, a excepción del Perú y de una estrecha franja de costa alrededor del continente, y después todo lo situado al norte y al este de Noruega y al este de Moscovia, toda Asia, todas las tierras interiores de África, todo lo que había al sur de Java, y la punta de América del Sur.

—Conocemos las líneas costeras, pero poco más. Los interiores de África, de las Américas y de Asia, son casi otros tantos misterios.

Hizo una pausa para que lo captasen bien. Mariko traducía ahora con más facilidad, y él advirtió que crecía el interés de todos. El chico se movió y se acercó un poco.

—El Heredero desea saber dónde estamos nosotros en el mapa.

—Aquí. Esto es Catay, China, según creo. No sé a qué distancia estamos de la costa. Yo tardé dos años en ir desde aquí hasta aquí.

Toranaga y la mujer gorda se estiraron para ver mejor.

—El Heredero pregunta por qué somos tan pequeños en tu mapa.

—Sólo es cuestión de escala, señora. En este continente, hay casi mil leguas, de tres millas cada una, desde Terranova, aquí, hasta México, aquí. Desde el lugar donde estamos hasta Yedo, hay unas cien leguas.

Hubo un silencio y después una conversación entre ellos.

—El señor Toranaga desea saber sobre el mapa cómo llegaste al Japón.

—Por esta ruta. Esto es el paso, o el estrecho de Magallanes, aquí, en la punta de América del Sur. Se llama así por el nombre del navegante portugués que lo descubrió hace ochenta años. Desde entonces, los portugueses y los españoles han mantenido en secreto esta ruta, para su empleo exclusivo. Nosotros fuimos los primeros extranjeros en cruzar el paso. Yo tenía uno de sus libros de ruta secretos, una especie de mapa, pero, incluso así, tuvimos que esperar seis meses para pasar, pues los vientos nos eran contrarios.

Ella tradujo sus palabras. Toranaga levantó la cabeza dando muestras de incredulidad.

—Mi señor dice que estás equivocado. Todos los bar…, todos los portugueses vienen del Sur. Es su ruta, la única ruta.

—Sí. Es verdad que los portugueses prefieren este camino, nosotros lo llamamos cabo de Buena Esperanza, porque tienen docenas de fuertes a lo largo de aquellas costas, de África, la India y las Islas de las Especias, donde pueden abastecerse e invernar. Y sus galeones de guerra patrullan por aquellos mares y los monopolizan. En cambio, los españoles emplean el paso de Magallanes para ir a sus colonias americanas del Pacífico y a las Filipinas, o bien cruzan el estrecho istmo de Panamá por tierra para ahorrarse meses de viaje. Para nosotros era más seguro seguir la ruta del estrecho de Magallanes, pues en otro caso habríamos tenido que desafiar a todos los fuertes portugueses enemigos. Por favor, dile al señor Toranaga que ahora conozco la situación de muchos de ellos. Y diré de paso que, en la mayoría de ellos, hay soldados japoneses. El fraile que me dio la información en la prisión era español y hostil a los portugueses y también a los jesuitas.

Blackthorne vio una reacción inmediata en la cara de ella y en la de Toranaga cuando hubo traducido sus palabras.

—¿Soldados japoneses? ¿Quieres decir samurais?

—Supongo que más bien son *ronín*.

—Hablaste de una carta «secreta». Mi señor desea saber cómo la obtuviste.

—Un hombre llamado Pieter Suyderhof, de Holanda, era secretario

particular del Primado de Goa. Éste es el título de sumo sacerdote católico, y Goa es la capital de la India portuguesa. Sabréis, desde luego, que los portugueses tratan de apoderarse de aquel continente por la fuerza. Como secretario particular de este arzobispo, que era también virrey portugués a la sazón, pasaban toda clase de documentos por sus manos. Después de muchos años, obtuvo algunos de sus libros de ruta o cartas y las copió. En ellos figuraban los secretos para cruzar el paso de Magallanes y también para doblar el cabo de Buena Esperanza, así como los bajíos y arrecifes desde Goa hasta el Japón, vía Macao. Mi libro de ruta era el del estrecho de Magallanes. Estaba entre los papeles que perdí con mi barco. Son vitales para mí y podrían tener un valor inmenso para el señor Toranaga.

—Mi señor dice que ha dado orden de buscarlos. Continúa, por favor.

—Cuando Suyderhof regresó a Holanda, los vendió a la «Compañía de Mercaderes de la India Oriental», que tenía el monopolio de la exploración en el Lejano Oriente.

Ella lo miraba fríamente.

—¿Era un espía pagado ese hombre?

—Le pagaron sus mapas, sí.

—Mi señor pregunta por qué ese arzobispo empleaba a un enemigo.

—Según contó Pieter Suyderhof, a ese arzobispo, que era jesuita, sólo le interesaba el comercio. Suyderhof dobló sus ingresos y por esto era su «niño mimado». Era un mercader sumamente listo (los holandeses suelen ser mejores que los portugueses en esto) y por ello no comprobaron muy a fondo sus credenciales. Además, muchos hombres de ojos azules y cabellos rubios, alemanes o de otros países de Europa, son católicos.

Blackthorne esperó que ella hubiese traducido esto y después añadió cautelosamente:

—Era jefe de los espías de Holanda en Asia y colocó algunos de sus hombres en barcos portugueses. Por favor, dile al señor Toranaga que sin el comercio con el Japón la India portuguesa no viviría mucho tiempo.

Toranaga mantuvo los ojos fijos en el mapa mientras Mariko hablaba. No mostró ninguna reacción a lo que decía ella. Blackthorne se preguntó si lo habría traducido todo.

—Mi señor quisiera un mapa detallado del mundo sobre papel y lo antes posible, con todas las bases portuguesas marcadas en él y con el número de *ronín* de cada una. Dice que tengas la bondad de proseguir.

Blackthorne comprendió que había dado un paso gigantesco. Pero el niño bostezó y en vista de ello decidió cambiar de rumbo, pero en dirección al mismo puerto.

—Nuestro mundo no es siempre como parece. Por ejemplo, al sur de esta línea, a la que llamamos ecuador, las estaciones están invertidas. Cuando aquí es verano, allí es invierno, y cuando aquí hace calor, allí se hielan de frío.

—¿Cómo es eso?

—No lo sé, pero es verdad. Bueno, la ruta hacia el Japón pasa por uno de esos dos estrechos meridionales. Los ingleses estamos buscando una ruta por el Norte, ya sea hacia el Nordeste, por encima de las Siberias, o hacia el Noroeste, por encima de las Américas. Yo he llegado hasta aquí. Todo el suelo es perpetuamente de nieve y de hielo y hace tanto frío que si no se llevasen guantes de piel los dedos se helarían en unos momentos. Las gentes que viven allí se llaman lapones. Van vestidos de pieles. Los hombres cazan y las mujeres hacen todo el trabajo.

—*¿Sorewa honto desu ka?* —preguntó Toranaga con impaciencia. (¿Qué hay de verdad en esto?)

—Yo viví con ellos casi un año. Nos atraparon los hielos y tuvimos que esperar al deshielo. Se alimentan de pescado, de focas, y a veces de osos polares y de ballenas, y comen la carne cruda. Su mayor golosina es la grasa cruda de ballena.

—¡Oh, vamos, Anjín-san!

—Es verdad. Y viven en casitas redondas hechas enteramente de nieve, y nunca se bañan.

—¡Cómo! ¿Nunca? —exclamó ella.

Él movió la cabeza y resolvió no decirle que el baño era raro en Inglaterra, incluso más raro que en Portugal y en España que eran países cálidos.

Ella tradujo y Toranaga sacudió la cabeza con incredulidad.

—Mi señor dice que esto es una gran exageración. Nadie puede vivir sin bañarse. Ni siquiera los salvajes.

—Es verdad: *honto* —dijo él serenamente y levantando la mano—. Lo juro por Jesús de Nazaret y por mi alma.

Ella lo observó en silencio.

—¿Todo?

—Sí. El señor Toranaga quería la verdad. ¿Por qué había de mentirle? Mi vida está en sus manos. Es fácil probar la verdad… Pero no, sería difícil probar

lo que he dicho porque tendríais que ir allí a verlo con vuestros ojos. Desde luego, los portugueses y los españoles, que son mis enemigos, no me apoyarían. Pero el señor Toranaga me pidió la verdad y puede estar seguro de que se la digo.

—El señor Toranaga dice que es increíble que un ser humano pueda vivir sin bañarse.

—Algunas de vuestras costumbres son también difíciles de creer. Pero es verdad que en el poco tiempo que llevo en vuestro país me he bañado más veces que en muchos años anteriores. Y confieso francamente que me ha sentado bien.

—¿Qué piensas de él, Mariko-san? —preguntó Toranaga.

—Estoy convencida de que dice la verdad o de que cree decirla. Al parecer, podría serte muy valioso, mi señor. ¡Tenemos tan pocos conocimientos del mundo exterior! ¿Te interesa esto? Yo no lo sé. Pero es casi como si hubiese bajado de las estrellas o subido del fondo del mar. Si es enemigo de los portugueses y de los españoles, su información, en el caso de que sea verídica, tal vez podría ser vital para tus intereses, *¿neh?*

—Soy de la misma opinión —dijo Kiri.

—¿Y tú qué opinas, Yaemón-sama?

—¿Yo, tío? ¡Oh! Creo que es feo y no me gustan sus cabellos de oro y sus ojos de gato, y ni siquiera parece humano —dijo el niño de un tirón—. Me alegro de no haber nacido bárbaro como él, sino samurai como mi padre. ¿Podemos nadar otro rato?

—Mañana, Yaemón —dijo Toranaga lamentando no poder hablar directamente con el marino.

Mientras hablaban entre ellos, Blackthorne decidió que había llegado el momento. Entonces, Mariko se volvió de nuevo a él.

—Mi señor pregunta por qué estuviste en el Norte.

—Era capitán de un barco. Buscábamos un paso en el Nordeste, señora. Sé que muchas cosas que puedo deciros os parecerán risibles —empezó—. Por ejemplo, hace setenta años, los reyes de España y de Portugal firmaron un tratado solemne repartiéndose la propiedad del Nuevo Mundo, del mundo por descubrir. Como vuestro país cae dentro de la mitad portuguesa, pertenece oficialmente a Portugal, señor Toranaga. Tú, todos los tuyos, este castillo y todo lo demás fue dado a Portugal.

—Por favor, Anjín-san. Perdóname, pero es ridículo.

—Convengo en que su arrogancia es increíble. Pero es verdad.

Toranaga se echó a reír, burlonamente.

—Mi señor Toranaga dice que igual podrían repartirse el cielo entre él y el Emperador de China, *¿neh?*

—Por favor, dile al señor Toranaga que no es lo mismo —dijo Blackthorne, consciente de que pisaba un terreno peligroso—. Esto está escrito en documentos legales que otorgan a cada rey el derecho a reclamar como propio todo país no católico descubierto por sus súbditos —trazó una raya con el dedo sobre el mapa, que cortaba el Brasil de Norte a Sur—. Todo lo que está al este de esta línea pertenece a Portugal, y todo lo que está al oeste, a España. Pedro Cabral descubrió el Brasil en 1500 y, por consiguiente, Portugal posee ahora el Brasil, se ha enriquecido con el oro y la plata extraída de sus minas y ha saqueado los templos indígenas. Todo el resto de América descubierto hasta ahora es de España: México, Perú, casi todo el continente del Sur. Exterminaron las naciones incas. Ahora, España es la nación más rica del mundo gracias al oro y la plata que los conquistadores robaron a los incas y a los mejicanos y que enviaron a su país.

Mariko estaba ahora muy seria. Había captado en seguida el significado de la lección de Blackthorne. Y también lo había captado Toranaga.

—Mi señor dice que esta conversación es vana. ¿Cómo pueden arrogarse tales derechos?

—No lo hicieron —dijo gravemente Blackthorne—. Se los otorgó el Papa a cambio de difundir la palabra de Dios.

—No lo creo —exclamó ella.

—Por favor, traduce lo que he dicho, señora. Es *honto*.

Ella obedeció y habló largamente, visiblemente turbada. Después:

—Mi señor… mi señor dice que estás… que estás tratando de empozoñarle contra tus enemigos. Di la verdad. Por tu propia vida, señor.

—El papa Alejandro VI trazó la primera línea de demarcación en 1493. En 1506, el papa Julio II aprobó algunos cambios en el Tratado de Tordesillas firmado por España y Portugal en 1494 y alteró un poco la línea. Y el papa Clemente VII sancionó el Tratado de Zaragoza de 1529, que trazaba una línea aquí —trazó sobre la arena una línea de longitud que pasaba por la punta meridional del Japón—. Esto dio a Portugal un derecho exclusivo sobre tu país, sobre todos estos países, desde el Japón a China hasta África, a cambio de difundir el catolicismo.

Mariko, haciendo un esfuerzo, repitió lo que había dicho él. Después, volvió

a escuchar a Blackthorne, detestando todo lo que oía.

—Dice el capitán, señor —tradujo—, que en… en los días en que se tomaron estas decisiones por Su Santidad el Papa, todo su mundo, incluso el país de Anjín-san, era cristiano católico. Todavía no… no se había producido el cisma. Por consiguiente, estas decisiones papales obligarían a todas las naciones. Pero añade que, aunque se dio a los portugueses el derecho a explotar en exclusiva el Japón, España y Portugal luchan continuamente por esta *propiedad* debido a la riqueza de nuestro comercio con China.

—¿Qué opinas, Kiri-san? —preguntó Toranaga, tan impresionado como los demás, menos el niño, que jugaba con su abanico.

—Él cree que dice la verdad —respondió Kiri—. Sí, estoy convencida. Pero, ¿cómo probarla… en todo o en parte?

—¿Cómo la probarías tú, Mariko-san? —preguntó Toranaga, más turbado por la reacción de Mariko que por lo que se había dicho, pero alegrándose de haberla tenido como intérprete.

—Yo preguntaría al padre Tsukku-san —dijo ella—. Y también enviaría a alguien, a un vasallo de confianza, a ver el mundo. Tal vez con Anjín-san.

—Si el sacerdote no confirma estas declaraciones —dijo Kiri— esto no querrá decir necesariamente que Anjín-san esté mintiendo, *¿neh?* ¿Por qué no enviar a buscar al más destacado sacerdote cristiano y preguntarle acerca de estos hechos? Veamos lo que dice. Sus rostros son casi siempre abiertos y carecen de toda sutileza.

Toranaga asintió con la cabeza y miró a Mariko.

—Por lo que sabes de los bárbaros del Sur, Mariko-san, ¿crees que las órdenes del Papa serían obedecidas?

—Sin duda alguna.

—¿Serían consideradas sus órdenes como si hablase el Dios cristiano?

—Sí.

—¿Obedecerían sus órdenes todos los cristianos católicos?

—Sí.

—¿Incluso nuestros cristianos?

—Yo diría que sí.

—¿Incluso tú?

—Sí, señor. Si fuese una orden directa de Su Santidad dirigida personalmente a mí. Lo haría para salvar mi alma. Pero, mientras esto no se

produzca, sólo obedeceré a mi señor, al jefe de mi familia y a mi esposo. Soy japonesa, cristiana, sí, pero, ante todo, soy samurai.

—Entonces, creo que convendría que esa Santidad se mantuviese alejado de nuestras costas —Toranaga reflexionó un momento. Después, decidió lo que tenía que hacer con el bárbaro Anjín-san—. Dile…

Pero se interrumpió de pronto. Todas las miradas se dirigieron al camino y a la anciana que se acercaba. Llevaba el hábito encapuchado de las monjas budistas. La acompañaban cuatro Grises. Los Grises se detuvieron y ella avanzó sola.

CAPÍTULO XVII

Todos se inclinaron profundamente. Toranaga advirtió que el bárbaro copiaba sus movimientos. «El capitán aprende de prisa», pensó, bullendo todavía en su mente lo que acababa de oír. Quería hacerle mil preguntas, pero las dejó para más tarde y se concentró en el peligro actual. Kiri corrió a ofrecer su cojín a la anciana, la ayudó a sentarse y se arrodilló a su lado.

—Gracias, Kiritsubo-san —dijo la mujer devolviendo a todos el saludo.

Se llamaba Yodoko. Era la viuda del Taiko, y después de la muerte de éste se había hecho monja budista.

—Lamento haber venido a interrumpirte y sin ser invitada, señor Toranaga.

—No necesitas invitación, y siempre eres bien venida, Yodoko-sama.

—Gracias, muchas gracias —repuso ella mirando a Blackthorne y entornando los párpados para ver mejor—. De todos modos, te he interrumpido. No veo bien… ¿Es un bárbaro? Mis ojos empeoran cada día. No es Tsukku-san, ¿verdad?

—No, es el nuevo bárbaro —dijo Toranaga.

—¡Oh, él! —exclamó Yodoko mirándolo fijamente—. Por favor, dile que no puedo verle bien. De ahí mi descortesía.

Mariko obedeció. Después, Yodoko se volvió al niño y lo miró fingiendo no haberlo visto antes.

—¡Oh, hijo mío! Estás aquí. Te estaba buscando. ¡Cuánto me alegro de verte, Kwampaku!

—Gracias, Primera Madre —dijo Yaemón correspondiendo a la reverencia de ella—. ¡Oh! Tendrías que haber oído al bárbaro. Nos ha dibujado un mapa del mundo y nos ha contado cosas muy raras sobre gentes que no se bañan nunca y viven en casas de nieve y llevan pieles como *kami* malignos.

La vieja gruñó:

—Creo que cuanto menos vengas por aquí mejor será, hijo mío. Nunca he podido entenderlos. Huelen que apestan. No sé cómo el señor Taiko, tu padre, podía aguantarlos. Pero él es un hombre y tú eres un hombre, y los hombres tenéis más paciencia que esta infeliz mujer.

—La paciencia es importante para el hombre y vital para el caudillo —dijo Toranaga—. Y el afán de saber es también una buena cualidad, ¿no es cierto Yaemón-sama? Y el saber viene de los lugares más extraños.

—Sí, tío. ¡Oh, sí! —dijo Yaemón—. ¿Verdad que tiene razón, Primera Madre?

—Sí, sí. De acuerdo. Pero me alegro de ser mujer y de no tener que preocuparme de estas cosas, *¿neh?* —Yodoko abrazó al niño que se había sentado a su lado—. Bueno, hijo mío. ¿Por qué he venido aquí? A buscar al Kwampaku. ¿Por qué? Porque el Kwampaku llegará tarde a la comida y a su lección de escritura.

—¡Odio las lecciones de escritura! Prefiero nadar.

—Un caudillo tiene que escribir bien —dijo Toranaga—, y el Kwampaku, mejor que todos los demás. Si no, ¿cómo podría escribir a Su Alteza Imperial y a los grandes daimíos? Un caudillo tiene que hacer muchas cosas difíciles.

—Sí, tío. Es muy difícil ser Kwampaku —dijo Yaemón dándose importancia. Después preguntó—: ¿Cuándo vendrá madre a casa?

Yodoko miró a Toranaga.

—Pronto.

—Espero que muy pronto —dijo Toranaga.

Sabía que Yodoko había sido enviada por Ishido a buscar al niño. Toranaga había traído al chico y a los guardias directamente al jardín para irritar más a su enemigo. Y también para mostrar el extraño piloto al niño y privar a Ishido del placer de hacerlo él.

—Ser responsable de mi hijo es una tarea muy pesada para mí —dijo Yodoko—. Sería buena cosa tener a dama Ochiba aquí, en Osaka. Entonces, yo podría regresar al templo, *¿neh?* ¿Cómo está ella y cómo está dama Genjiko?

—Las dos gozan de excelente salud —contestó Toranaga.

Hacía nueve años que, en una desacostumbrada muestra de amistad, el Taiko lo había invitado privadamente a casarse con dama Genjiko, hermana menor de dama Ochiba, su consorte favorita.

—Así, nuestras casas estarán unidas para siempre, *¿neh?* —le había dicho el Taiko.

—Sí, señor. Obedeceré, aunque no merezco tanto honor —había respondido Toranaga, respetuosamente, deseando establecer este lazo con el Taiko.

Pero sabía que si bien Yodoko, esposa del Taiko, aprobaría sin duda el proyecto, su consorte Ochiba, que lo odiaba, emplearía su influencia para

impedir el matrimonio. También era más prudente no tener a la hermana de Ochiba por esposa, pues esto le daría un poder enorme sobre él. En cambio si se casaba con su hijo Sudara, Toranaga, como jefe supremo de la familia, dominaría completamente la situación. Había necesitado toda su habilidad para urdir el matrimonio entre Sudara y Genjiko, pero lo había conseguido y ahora Genjiko tenía un valor enorme para él como defensa contra Ochiba, porque ésta adoraba a su hermana.

—Mi nuera no ha empezado aún a dar a luz, aunque esperábamos que fuese ayer. En todo caso, supongo que dama Ochiba la dejará en cuanto haya pasado el peligro.

—Después de tres niñas, ya es hora de que Genjiko te dé un nieto varón, *¿neh?* Rezaré para que sea así.

—Gracias —dijo Toranaga, convencido de su sinceridad, a pesar de que él sólo representaba un peligro para su casa.

—He oído decir que tu dama Sazuko está encinta.

—Sí. Soy muy afortunado —dijo Toranaga, regocijándose al pensar en su última consorte, en su juventud, su vigor y su ternura.

—Buda te ha bendecido.

Yodoko sintió un poco de envidia. Le parecía injusto que Toranaga tuviese cinco hijos y cuatro hijas y cinco nietas, a los que habría que añadir el hijo de Sazuko que estaba a punto de llegar y tal vez otros muchos más, pues aún era vigoroso y tenía muchas consortes en su casa. En cambio, todas las esperanzas de ella se centraban en este único niño de siete años, que era tan hijo suyo como de Ochiba. «Sí, también es hijo mío —pensó—. ¡Y cuánto odié a Ochiba al principio!»

Se sobresaltó al ver que todos la miraban fijamente.

—¿Qué?

Yaemón frunció el ceño.

—He preguntado dos veces si podíamos marcharnos y dar yo mis lecciones, Primera Madre.

—Lo siento, hijo mío. Estaba distraída.

Kiri la ayudó a levantarse. Yaemón echó a correr. Los Grises se habían puesto ya de pie, y uno de ellos lo agarró y lo cargó delicadamente sobre sus hombros.

—¿Quieres acompañarme un trecho, señor Toranaga? Necesito un brazo fuerte en el que apoyarme.

Toranaga se puso de pie con sorprendente agilidad. Ella se apoyó en su brazo, pero no con fuerza.

—Sí, necesito un brazo firme. Yaemón también lo necesita. Y también el reino.

Y cuando se hubieron alejado de los otros, añadió:

—Conviértete en el único regente. Asume el poder y gobierna tú solo. Hasta que Yaemón sea mayor de edad.

—El testamento del Taiko lo prohíbe, aunque yo lo deseara, y conste que no es así.

—Tora-chan —dijo ella empleando el apodo que le había dado el Taiko hacía mucho tiempo—, tú y yo tenemos pocos secretos. Si quieres, puedes hacerlo. Yo respondo de dama Ochiba. Asume el poder por todo el tiempo que vivas. Conviértete en Shogun y nombra a Yaemón tu *único* heredero. Así podrá ser Shogun después de ti. ¿Acaso no lleva sangre de los Fujimoto?

Toranaga la miró fijamente.

—¿Piensas que los daimíos se avendrían a esto y que Su Alteza el Hijo del Cielo lo aprobaría?

—No. No por lo que respecta sólo a Yaemón. Pero, si tú fueses primero Shogun y lo adoptaras, podrías persuadirlos a todos. Dama Oshiba y yo te apoyaríamos.

—¿Ha convenido ella en esto? —preguntó Toranaga, pasmado.

—No. Nunca lo hemos discutido. Es una idea mía. Pero estará de acuerdo. Respondo de ella.

—Esta conversación es imposible, señora.

—Tú puedes con Ishido y con todos los demás. Siempre has podido. Y me espanta lo que oigo, Tora-chan. Rumores de guerra. Y si la guerra empieza, durará eternamente y consumirá a Yaemón.

—Sí. Si empieza, durará eternamente.

—Entonces, ¡toma el poder! Yaemón es un niño excelente. Sé que tú le quieres. Tiene la inteligencia de su padre, y, si tú lo guías, todos saldremos beneficiados. Él tendría su herencia.

—Yo no me opongo a él ni a su sucesión. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—El Heredero será destruido si tú no lo apoyas activamente.

—¡Yo lo apoyo! —dijo Toranaga—. Así lo prometí al Taiko, tu difunto marido.

Yodoko suspiró y se arrebujó en su hábito.

—Mis viejos huesos están helados. Demasiados secretos y luchas, Tora-chan. Y traiciones y muertes y victorias. Sólo soy una mujer, y estoy muy sola. Me alegro de haberme consagrado a Buda, y pienso sobre todo en él y en mi vida futura. Pero en ésta tengo que proteger a mi hijo y decirte estas cosas. Espero que perdones mi impertinencia.

—Siempre busco y aprecio tus consejos.

—Gracias. —Irguió un poco la espalda—. Escucha… Mientras yo viva, ni el Heredero ni dama Ochiba irán contra ti. ¿Pensarás en mi proposición?

—El testamento de mi difunto señor me lo prohíbe. No puedo ir contra su voluntad ni contra mi promesa formal como regente.

Anduvieron un rato en silencio. Después, Yodoko suspiró.

—¿Por qué no la tomas por esposa?

Toranaga se detuvo en seco.

—¿A Ochiba?

—¿Por qué no? Sería perfecta para ti. Es hermosa, joven y vigorosa, y lleva sangre de los Fujimoto y de los Minowara. Tú no tienes ahora esposa oficial. Entonces, ¿por qué no? Esto resolvería el problema de la sucesión e impediría la división del reino. Seguramente tendrías otros hijos con ella. Yaemón te sucedería y después sus hijos o los otros hijos de ella. Podrías ser Shogun. Adoptarías oficialmente a Yaemón y éste sería tan hijo tuyo como los otros. ¿Por qué no casarte con dama Ochiba?

»Porque es un gato salvaje, una tigresa traidora con la cara y el cuerpo de una diosa, que se cree emperatriz y actúa como tal —pensó Toranaga—. No podría fiarme de ella en la cama. Sería capaz de saltarme los ojos con un alfiler durante mi sueño. ¡Oh, no! Es imposible. Por muchas razones, entre ellas la de que me odia y ha tramado mi caída y la de mi casa desde que parió por vez primera, hace once años.

»Ya entonces, cuando ella tenía diecisiete, se empeñó en destruirme. Exteriormente, es dulce como el primer melocotón maduro del verano y tan fragante como éste. Pero, interiormente, es dura como una hoja de acero. Hizo que el Taiko enloqueciese por ella, con exclusión de todas las demás. Ya a los quince años, Ochiba sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Después, se produjo el milagro y dio al Taiko un hijo varón, el único que tuvo de sus muchísimas mujeres. ¿Cuántas? Al menos cien, de todas las edades y castas, desde una princesa Fujimoto hasta una cortesana de cuarta categoría.

»Le dio su primer hijo cuando tenía él cincuenta y tres años, un chiquillo

enclenque y enfermizo que murió muy pronto, provocando que el Taiko se rasgase las vestiduras, casi loco de dolor, culpándose a sí mismo y no a ella. Al cabo de cuatro años, ella volvió a parir milagrosamente, y fue milagrosamente otro varón, esta vez milagrosamente lleno de salud.

»¿Fue el Taiko el verdadero padre de Yaemón? ¡Oh, cuánto daría por saber la verdad! Pero, ¿llegaremos a saberla algún día? Probablemente, no.

»¿Habría tenido ella la astucia de acostarse con otro hombre eliminándolo después para su propia seguridad, y no una, sino dos veces?

»¿Podía ser tan traidora? ¡Oh, sí!

»¿Casarse con Ochiba? ¡Nunca!»

—Es para mí un honor que me hayas hecho esta sugerencia —dijo Toranaga después de esta meditación.

—Tú eres un hombre, Tora-chan. Podrías manejar fácilmente a una mujer como ella. Eres el único hombre del Imperio capaz de ello, *¿neh?* Ella sería una pareja maravillosa para ti. Mira cómo lucha ahora por proteger los intereses de su hijo, a pesar de que no es más que una mujer indefensa. Sería una esposa digna de ti.

—No creo que se aviniera siquiera a pensarlo.

—¿Y si lo hiciese?

—Me gustaría saberlo. Confidencialmente. Esto sería un honor inestimable.

—Muchas personas creen que sólo tú te interpones entre Yaemón y la sucesión.

—Muchas personas están locas.

—Sí, pero no tú, Toranaga-sama. Y tampoco dama Ochiba.

«Y tampoco tú, señora», pensó él.

CAPÍTULO XVIII

En lo más oscuro de la noche, el asesino saltó el muro del jardín. Llevaba ropas negras y ajustadas al cuerpo y tabi negro, y se cubría la cabeza con una capucha y una máscara también negras. Era menudo y corrió sin hacer ruido hasta el pie de la alta muralla. A cincuenta yardas de allí, dos Pardos guardaban la puerta principal. Con gran habilidad, el hombre arrojó un garfio forrado de tela y del que pendía una fina cuerda de seda. El garfio se enganchó en el borde de piedra de una aspillera. El hombre subió, se deslizó por la abertura y desapareció en el interior.

Con otro hábil lanzamiento y una breve ascensión se halló en el corredor de arriba. Los centinelas apostados en las esquinas de las murallas almenadas no lo oyeron, a pesar de que estaban alerta.

Al llegar a un ángulo del pasillo, se detuvo y miró a su alrededor. Un samurai guardaba la puerta del fondo. La luz de unas velas oscilaba en el silencio. El guardián estaba sentado con las piernas cruzadas. Bostezó, se reclinó en la pared y se estiró, cerrando un momento los ojos. Inmediatamente, el asesino dio un salto, formó un lazo corredizo con la cuerda de seda, lo dejó caer sobre el cuello del guardián y apretó con fuerza. Una breve cuchillada entre las vértebras, con la precisión de un cirujano, acabó con el guerrero.

El hombre abrió la puerta. La sala de audiencias estaba desierta y no había guardias en las puertas interiores. Arrastró el cadáver al interior y cerró la puerta. Cruzó el salón sin vacilar y escogió la puerta interior izquierda. Empuñó el curvo cuchillo con la diestra. Llamó suavemente.

—«En tiempos del emperador Shirakawa… —dijo, dando la primera parte del santo y seña.

Desde el otro lado de la puerta, alguien respondió:

… vivía un sabio llamado Enraku-ji…

… que escribió la trigésima primera sutra.» Traigo un mensaje urgente para el señor Toranaga.

La puerta se abrió y el asesino saltó hacia delante. El cuchillo se hundió en el cuello del samurai, exactamente debajo del mentón, y con la misma rapidez se

clavó en la garganta del segundo guardián. Los dos estaban muertos antes de caer al suelo.

El hombre echó a correr por el pasillo interior que estaba débilmente iluminado. Entonces, se abrió un shoji. El hombre se detuvo en seco y volvió lentamente la cabeza. Kiri lo miró fijamente desde una distancia de diez pasos. Llevaba una bandeja en la mano.

Dejó caer la bandeja al suelo y sacó una daga de su *obi* moviendo la boca sin hacer ruido alguno. El hombre corrió hacia el extremo del pasillo donde se abrió una puerta y apareció un samurai medio dormido.

El asesino corrió en su dirección y abrió un shoji que había a la derecha. Kiri chillaba y había sonado ya la alarma, pero el hombre siguió corriendo con pasos seguros y cruzó la antecámara, saltando sobre las mujeres y sus doncellas y saliendo al pasillo interior del otro lado.

Allí, la oscuridad era total, pero el hombre avanzó resueltamente, abrió la puerta que buscaba y se arrojó sobre la figura que yacía en el lecho. Pero el brazo que empuñaba el cuchillo fue sujetado por una mano de hierro. El hombre luchó con astucia, consiguió desprenderse y se lanzó de nuevo sobre la figura, dispuesta a descargar el golpe mortal. Pero el otro le esquivó con sorprendente agilidad y le largó una patada en el bajo vientre. El dolor le inmovilizó, mientras su víctima se ponía a salvo.

Entonces llegaron varios samurais, algunos con linternas, y Naga, que sólo se cubría con un taparrabo, se plantó entre el asesino y Blackthorne con el sable en alto.

—¡Ríndete!

El asesino hizo una finta y gritó *Namu Amida Butsu* —«en el nombre del Buda Amida»— y con ambas manos, se hundió el cuchillo debajo del mentón. Naga describió un arco con su sable, y la cabeza de aquel hombre rodó por el suelo.

En medio del silencio, Naga la cogió y le arrancó la máscara.

—¿Le conoce alguien?

Nadie respondió. Naga escupió a la cara, arrojó la cabeza a uno de sus hombres, desgarró la negra vestidura, levantó el brazo derecho del muerto y encontró lo que buscaba. Un pequeño tatuaje en el sobaco: el signo chino del Buda Amida.

—¿Quién es el oficial de guardia?

—Yo, señor —dijo un hombre, pálido por la emoción.

Naga saltó hacia él y los demás se apartaron. El oficial no intentó siquiera esquivar el terrible sablazo que le arrancó la cabeza y parte de un hombro y el brazo.

—Hayabusa-san, ordena a todos los samurais de esta guardia que se reúnan en el patio —dijo Naga a un oficial—. Dobla la próxima guardia. Saca el cadáver de aquí. En cuanto a los demás…

Se interrumpió al ver llegar a Kiri, todavía con su daga en la mano. Miró el cadáver y después a Blackthorne.

—¿No está herido Anjín-san? —preguntó.

Naga se acercó al capitán y le abrió el quimono de dormir, para ver si estaba herido.

—Bien —dijo—. Parece ileso, Kiritsubo-san.

Vio que Anjín-san señalaba el cadáver y decía algo.

—No te comprendo —dijo Naga—. Quédate aquí, Anjín-san.

Y, dirigiéndose a uno de sus hombres:

—Traedle de comer y de beber, si lo desea.

—El asesino llevaba el tatuaje Amida, *¿neh?* —preguntó Kiri.

—Sí, dama Kiritsubo.

—Son diablos…

—Sí.

Naga la saludó y miró a uno de los aterrados samurais.

—Sígueme. ¡Y trae la cabeza!

Y salió, preguntándose cómo se lo diría a su padre.

—¡Oh, Buda, gracias por haber salvado a mi padre!

—Era un *ronín* —dijo brevemente Toranaga—. Nunca descubrirás su identidad, Hiro-matsu-san.

—Sí. Pero Ishido es el responsable. Te pido, por favor, que me dejes llamar a nuestras legiones. Pondré fin a esto de una vez para siempre.

—No —dijo Toranaga—. ¿Estás seguro de que Anjín-san no ha sufrido daño?

—Está ileso, señor.

—Hiro-matsu-san. Degradarás a todos los que estaban de guardia por haber descuidado su deber. Se les prohíbe hacerse el harakiri. Vivirán, para vergüenza suya, como soldados de última categoría.

Miró a su hijo Naga. Aquella misma noche, más temprano, había llegado un mensaje urgente del monasterio Johji, de Nagoya, informando de la amenaza de Ishido contra Naga. En él se añadía que el superior había considerado prudente soltar al punto a la madre de Ishido y devolverla a la ciudad con sus doncellas.

No me atrevo a poner tontamente en peligro la vida de uno de tus ilustres hijos. Además, la salud de ella no es buena. Tiene un enfriamiento. Si tiene que morir, es mejor que muera en su casa.

—Naga-san, tú también eres responsable de que haya podido llegar el asesino hasta aquí. Te impongo una multa de la mitad de tu renta anual. Ahora, saldrás inmediatamente para Yedo. Llevarás veinte hombres contigo y te presentarás a tu hermano. ¡No pierdas un instante! ¡Vete!

Se volvió hacia Hiro-matsu y le dijo con la misma brusquedad:

—Cuadruplica mi guardia. Cancela mi caza de hoy y de mañana. El día siguiente a la reunión del Consejo de Regencia, saldré de Osaka. Haz todos los preparativos. Mientras tanto, permaneceré aquí y no recibiré a nadie que no haya sido invitado. A nadie.

Hizo un irritado ademán de despedida.

—Podéis marcharos todos. Tú, Hiro-matsu, quédate.

La habitación se vació. Toranaga se sumió en profundos pensamientos. No había rastro de irritación en su semblante.

—Si quisieras contratar los servicios de la sociedad secreta Amida Tong, ¿dónde los buscarías? ¿Cómo te pondrías en contacto con ellos?

—No lo sé, señor.

—¿Quién podría saberlo?

—Kasigi Yabú.

Toranaga miró a través de una aspillera. Las primeras luces de la aurora se mezclaban con la oscuridad en oriente.

—Tráelo aquí cuando haya amanecido.

—¿Lo crees responsable?

Toranaga no le contestó, sino que volvió a su meditación. Al cabo de un rato, el viejo soldado no pudo soportar el silencio.

—Debo decirte algo más, señor, pues yo soy responsable de tu seguridad hasta que estés de regreso en Yedo. Habrá más atentados contra ti, y todos

nuestros espías informan sobre movimientos de tropas. Ishido está movilizando.

—Sí —dijo Toranaga, como sin darle importancia—. Después de Yabú, quiero ver a Tsukku-san y después a Mariko-san. Dobla la guardia de Anjín-san.

—Esta noche han llegado mensajes informando de que el señor Onoshi tiene cien mil hombres reforzando sus defensas de Kiusiu —dijo Hiro-matsu, lleno de inquietud por la seguridad de Toranaga.

—Le preguntaré acerca de esto cuando nos reunamos.

Hiro-matsu estalló:

—No te comprendo en absoluto. Debo decirte que te pones estúpidamente en peligro. Sí, estúpidamente. Puedes cortarme la cabeza por decirte esto, pero es la verdad. Si Kiyama y Onoshi votan con Ishido, serás inculpado. Puedes darte por muerto… Lo has arriesgado todo, viniendo aquí, y has perdido. Huye mientras estés a tiempo.

—Todavía no corro peligro.

—El ataque de esta noche, ¿no significa nada para ti? Si no hubieras cambiado otra vez de habitación, estarías muerto.

—Es posible, pero no lo creo —dijo Toranaga—. El asesino estaba muy bien informado. Conocía el camino e incluso el santo y seña, *¿neh?* Kiri-san oyó cómo lo pronunciaba. No era yo su víctima. Era Anjín-san.

Toranaga había previsto el peligro que acechaba al bárbaro después de las extraordinarias revelaciones de la mañana. Estaba claro que Anjín-san era demasiado peligroso para alguien, pero Toranaga no había presumido que el ataque se produjese con tanta rapidez y dentro de sus propios departamentos. «¿Quién me está traicionando?» Estaba seguro de que ni Kiri ni Mariko se habían ido de la lengua. Pero los castillos y los jardines tienen siempre lugares secretos desde los que escuchar. «Estoy en el centro de la fortaleza enemiga —pensó—. Y donde yo tengo un espía, Ishido y los otros deben de tener veinte.»

—Dobla la guardia de Anjín-san. Para mí, vale tanto como diez mil hombres.

Al marcharse dama Yodoko por la mañana, él había vuelto al jardín de la casa de té y había observado la visible fatiga de Anjín-san. Por consiguiente, lo había despedido, diciéndole que continuarían el día siguiente. Y lo había confiado al cuidado de Kiri, con instrucciones de que le hiciera ver por un médico para fortalecerlo, de que le diese comida bárbara si así lo deseaba, e incluso le cediera el dormitorio que usaba Toranaga la mayoría de las noches.

Entonces, Anjín-san le había pedido que soltara al monje de la cárcel, pues era viejo y estaba enfermo. Él le había contestado que lo pensaría, pero no le

había dicho que había ordenado ya a unos samurais que fuesen a buscarle a la prisión inmediatamente, pues tal vez era también valioso tanto para él como para Ishido.

Toranaga conocía desde hacía tiempo la existencia de este sacerdote. Sabía que era español y que no quería a los portugueses. Pero el hombre había sido encerrado allí por el Taiko, era prisionero de éste y Toranaga no tenía jurisdicción sobre nadie en Osaka. Había enviado deliberadamente a Anjín-san a aquella prisión, no sólo para hacer ver a Ishido que no daba valor alguno al extranjero, sino también con la esperanza de que el imponente capitán pudiese obtener información del monje.

El primer y torpe atentado contra la vida de Anjín-san había sido preparado e inmediatamente había levantado a su alrededor un muro protector. Minikui, espía de Toranaga, había sido sacado el día siguiente de Osaka y recompensado espléndidamente. Después, otros espías le habían informado de que los dos hombres se habían hecho amigos y de que el monje hablaba y Anjín-san le hacía preguntas y escuchaba. Entonces, inesperadamente, Ishido había tratado de apoderarse de él, influido por alguien.

Toranaga e Hiro-matsu habían planeado la «emboscada» —los «bandidos ronín» eran uno de los pequeños grupos de samurais distinguidos que tenían secretamente repartidos dentro y fuera de Osaka—, así como el encuentro con Yabú, que, sin sospecharlo, había efectuado el «rescate».

Todo había salido a las mil maravillas. Hasta entonces.

Los samurais que habían ido en busca del monje habían vuelto con las manos vacías.

—El sacerdote ha muerto —le había dicho—. Los delincuentes que estaban a su alrededor dijeron que se había derrumbado al llamarlo los carceleros. Yo mismo comprobé que estaba muerto. He traído el cadáver. Algunos de los criminales dijeron que eran conversos suyos. Querían conservar su cuerpo y se resistieron. Por consiguiente, tuve que matar a algunos, pero traje el cadáver. Está en el patio, señor.

—¿Por qué murió el monje? —se preguntó de nuevo Toranaga.

Después vio que Hiro-matsu lo miraba interrogador.

—¿Qué?

—Te he preguntado quién puede querer la muerte del capitán.

—Los cristianos.

Kasigi Yabú siguió a Hiro-matsu por el pasillo, sintiéndose importante bajo la luz del amanecer. La brisa tenía un agradable olor a sal que le recordaba Mishima, su ciudad natal. Se alegraba de ver por fin a Toranaga y de que acabase su espera. Se había bañado y se había vestido con cuidado. Había escrito sus últimas cartas a su esposa y a su madre y había sellado su testamento definitivo para el caso de que la entrevista terminara mal para él. Llevaba el sable Muramasa, dentro de su vaina de combate.

Doblaron otra esquina e Hiro-matsu abrió inesperadamente una puerta reforzada con hierro y lo precedió por una escalera de piedra que conducía a la parte central interior de la fortaleza. Había muchos guardias, y Yabú presintió el peligro.

La escalera de caracol subía hacia lo alto y terminaba en un reducto fácilmente defendible. Unos guardias abrieron la puerta de hierro. Salieron a las murallas.

Para sorpresa de Yabú, Toranaga estaba allí y se levantó para saludarle con una deferencia que él no tenía derecho a esperar. A fin de cuentas, Toranaga era señor de las Ocho Provincias, mientras que él era solamente señor de Izú. Unos almohadones habían sido dispuestos cuidadosamente. Había una tetera envuelta en una funda de seda. Una joven ricamente vestida, de cara cuadrada y no muy bonita, hizo una profunda reverencia. Se llamaba Sazuko, era la séptima y más joven consorte oficial de Toranaga y estaba embarazada.

—¡Cuánto me alegro de verte, Kasigi Yabú-san! Lamento haberte hecho esperar tanto.

Yabú estuvo seguro de que Toranaga había decidido cortarle la cabeza, pues, por costumbre universal, el enemigo se mostraba más cortés cuando planeaba o había planeado la destrucción de uno. Se despojó de ambos sables y los dejó cuidadosamente sobre las losas permitiendo que le alejaran de ellos y lo condujesen al sitio de honor.

—Ésta es mi señora Sazuko. Sazuko, éste es mi aliado, el famoso señor Kasigi Yabú de Izú, el daimío que nos trajo al bárbaro y el barco del tesoro.

Ella se inclinó, cortés, y él le devolvió el saludo y ella se inclinó de nuevo. Después, ofreció a Yabú la primera taza de té, pero él, siguiendo el ritual, declinó el honor y le pidió que la ofreciese a Toranaga, el cual la rechazó e insistió en que la aceptase él. Por fin, y también de acuerdo con el ritual, se dejó convencer, como invitado de honor que era. Hiro-matsu aceptó la segunda taza, sosteniendo

difícilmente la porcelana con sus nudosos dedos y sujetando con la otra mano la empuñadura del sable sobre sus rodillas. Toranaga aceptó la tercera taza y sorbió su cha, y después los tres observaron la Naturaleza y la subida del sol en el silencio del cielo.

Chillaron las gaviotas. Comenzaron los ruidos de la ciudad. Había nacido el día.

Dama Sazuko suspiró, llenos los ojos de lágrimas.

—Me siento como una diosa en esta altura, contemplando tanta belleza, *¿neh?* Es triste que se haya ido para siempre, señor. Muy triste, *¿neh?*

—Sí —dijo Toranaga.

Cuando el sol se hubo levantado a medias sobre el horizonte, ella saludó y se fue. Para sorpresa de Yabú, los guardias se marcharon también. Quedaron solos los tres.

—Me alegró recibir tu obsequio, Yabú-san. Fue magnífico: el barco y todo lo que había en él.

—Todo lo que tengo es tuyo —dijo Yabú, todavía profundamente conmovido por el amanecer y pensando que era un detalle muy elegante por parte de Toranaga ofrecerle la última visión de aquella inmensidad—. ¡Gracias por esta aurora!

—Sí —dijo Toranaga—. Es mi regalo. Y me alegro de que te haya gustado, como a mí me gustó el tuyo.

Hubo un silencio.

—Yabú-san. ¿Qué sabes de la Amida Tong?

—Sólo lo que sabe casi todo el mundo: que es una sociedad secreta compuesta de unidades de diez hombres, un jefe y nunca más de diez acólitos, hombres y mujeres, por cada zona. Hacen voto secreto de obediencia, de castidad y de muerte y de dedicar la vida a convertirse en un arma perfecta y mortal. Han de matar solamente por orden del jefe, y si fracasan en su intento de matar a la persona señalada, sea hombre, mujer o niño, tienen que quitarse inmediatamente la vida. Ninguno de ellos ha sido nunca cazado vivo. —Yabú conocía ya el atentado contra Toranaga—. No hay manera de vengarse de ellos, porque nadie sabe quiénes son, dónde viven, ni dónde se instruyen.

—Si quisieras emplearlos, ¿qué harías?

—Daría el soplo en tres lugares: en el Monasterio Hernán, en el santuario Amida y en el Monasterio Johji. Si uno es aceptado como patrono, unos intermediarios establecen contacto con él en el plazo de diez días. Todo es tan

secreto y complicado que aunque uno quisiera traicionarles o sorprenderles no lo conseguiría. El décimo día piden una cantidad de dinero, en plata, cuyo importe depende de la persona a quien haya que asesinar. No admiten regateos y cobran por anticipado. Sólo garantizan que uno de sus miembros intentará el asesinato dentro de diez días.

—Entonces, ¿crees que nunca podré descubrir quién pagó la agresión de hoy?

—No.

—¿Crees que se repetirá?

—Tal vez sí. O tal vez no.

—¿Los has empleado tú alguna vez?

—No.

Yabú sintió algo detrás de él y presumió que serían los guardias que habrían vuelto en secreto. Midió la distancia que le separaba de sus sables. Se preguntó una vez más si intentaría matar a Toranaga. Había decidido hacerlo y ahora vacilaba. Había cambiado. ¿Por qué?

—¿Qué habrías pagado tú por mi cabeza? —le preguntó Toranaga.

—No hay bastante plata en toda Asia para tentarme a hacer una cosa parecida.

—¿Qué tendrían que pagar otros?

—Veinte mil kokú, cincuenta mil, cien mil, tal vez más. No lo sé.

—¿Pagarías tú cien mil kokú para llegar a ser Shogun? Tu estirpe se remonta a los Takashima, *¿neh?*

—No pagaría nada —dijo soberbiamente Yabú—. El dinero es basura, un juguete para las mujeres o para los sucios mercaderes. Pero si esto fuese posible, que no lo es, daría mi vida y la vida de mi esposa, de mi madre y de todos los míos, excepto mi único hijo varón, y la de todos mis samurais de Izú y de todos sus hijos y mujeres, para ser un día Shogun.

—¿Y qué darías por las Ocho Provincias?

—También todo, menos la vida de mi esposa, de mi madre y de mi hijo.

—¿Y por la provincia de Suruga?

—Nada —dijo Yabú, despectivamente—. Ikawa Jikkyu no vale nada. Si no les corto la cabeza a él y a todos los suyos en esta vida, lo haré en la otra.

—¿Y si yo te lo entregase? Con toda Suruga… y quizá también con la provincia de Totomi.

Yabú se cansó súbitamente de aquel juego del gato y el ratón y de la charla

sobre los Amida.

—Sé que quieres mi cabeza, señor Toranaga, y estoy dispuesto. Acabemos de una vez.

—No quiero tu cabeza, Yabú-san —dijo Toranaga—. ¿Cómo puedes pensar una cosa así? ¿Qué enemigo ha vertido veneno en tus oídos? ¿Tal vez Ishido?

Yabú se volvió despacio. Había esperado ver samurais detrás de él, con los sables desenvainados. Pero no había nadie. Volvió a mirar a Toranaga.

—No lo comprendo —dijo.

—Te he hecho venir aquí para que pudiésemos hablar en privado. Y contemplar la aurora. ¿Te gustaría gobernar las provincias de Izú, Suruga y Totomi… si no pierdo esta guerra?

—Sí. Mucho —dijo Yabú sintiendo renacer sus esperanzas.

—¿Te convertirías en mi vasallo? ¿Me aceptarías como señor feudal?

Yabú no vaciló.

—¡Nunca! —dijo—. Como aliado, sí. Como mi caudillo, sí. Siempre seré menos que tú. Pondré mi vida y todo lo que tengo a tu servicio. Pero Izú es mía. Soy daimío de Izú y nunca cederé a nadie este poder.

Toranaga se rascó una ingle.

—¿Qué te ha ofrecido Ishido?

—La cabeza de Jikkyu… en el momento en que hayas perdido la tuya. Y su provincia.

—¿A cambio de qué?

—De mi apoyo cuando empiece la guerra. Debería atacarte por el flanco sur.

—¿Aceptaste?

—Me conoces demasiado para saber que no.

Los espías de Toranaga en la casa de Ishido habían murmurado que se había cerrado el trato y que éste incluía el asesinato de sus tres hijos: Noburu, Sudara y Naga.

—¿Nada más? ¿Sólo tu apoyo?

—Con todos los medios a mi disposición —dijo delicadamente Yabú.

—¿Incluido el asesinato?

—Cuando empiece la guerra, lucharé con todas mis fuerzas. Por mi aliado. Necesitamos un solo regente durante la minoría de edad de Yaemón. La guerra entre tú e Ishido es inevitable. Es el único camino.

Yabú trataba de leer los pensamientos de Toranaga. Sabía que éste necesitaba su apoyo y que, en definitiva, acabaría venciéndole. Pero, de momento, ¿qué

debía hacer? Decidió jugar fuerte.

—Puedo ser muy valioso para ti. Puedo ayudarte a ser el único regente —dijo.

—¿Por qué he de desear ser único regente?

—Cuando Ishido ataque, puedo ayudarte a vencerle.

—¿Cómo?

Le contó su plan de los cañones y mosquetes.

—¿Un regimiento de quinientos samurais con armas de fuego? —saltó Hiro-matsu—. Sería horrible. No podría mantenerse secreto. Si empezáramos nosotros, el enemigo nos imitaría. Un horror que no terminaría nunca. Sería una lucha sin honor y sin futuro.

—¿Acaso no es la guerra que se avecina la única que nos interesa, señor Hiro-matsu? —replicó Yabú—. ¿No nos preocupa la seguridad del señor Toranaga? Lo único que necesita el señor Toranaga es ganar esta única y grande batalla. En ella caerán las cabezas de todos sus enemigos. Y obtendrá el poder. Afirmo que esta estrategia le dará la victoria.

—Y yo digo que no. Es un plan repugnante y deshonroso.

Yabú se volvió a Toranaga.

—Una nueva era requiere una idea clara del significado del honor.

—¿Qué dijo Ishido de tu plan? —preguntó Toranaga.

—No lo discutí con él.

—¿Por qué? Si piensas que es valioso para mí, también lo sería para él. O tal vez más.

—Tú no eres un campesino como Ishido. Eres el caudillo más sabio y más experimentado del Imperio.

«¿Cuál es la verdadera razón? ¿O se lo has dicho también a Ishido?», se preguntó Toranaga.

—Si pusiéramos en práctica este plan, ¿serían los hombres la mitad tuyos y la mitad míos?

—De acuerdo. Yo tendría el mando.

—¿Secundado por mi delegado?

—De acuerdo. Pero necesitaré a Anjín-san para adiestrar a nuestros fusileros y nuestros artilleros.

—Pero él seguiría siendo de mi exclusiva propiedad y le protegerías como al Heredero. Serías responsable de él y harías con él todo lo que yo ordenase.

Toranaga observó un momento las nubes carmesíes. «Este plan es una locura

—pensó—. Tendré que desatar mi Cielo Carmesí y atacar Kioto al frente de mis legiones. Cien mil contra diez veces este número.»

—¿Quién será el intérprete? No puedo utilizar eternamente a Toda Mariko-san.

—Sólo unas semanas, señor. Haré que el bárbaro aprenda nuestra lengua.

—Esto requeriría años. Los únicos bárbaros que han llegado a dominarla son los sacerdotes cristianos, *¿neh?* Pero han tardado años.

—Te prometo que Anjín-san aprenderá rápidamente —dijo Yabú, y le explicó el plan de Omi como si fuese idea suya.

—Podría ser demasiado peligroso.

—Aprendería rápidamente, *¿neh?* Además, está amansado.

Después de una pausa, Toranaga dijo:

—¿Cómo mantendrías el secreto durante la instrucción?

—Izú es una península muy segura. Estableceré la base en Anjiro, muy al sur y lejos de Mishima y de la frontera para mayor seguridad.

—Bien. Enviaremos palomas mensajeras de Anjiro a Osaka y Yedo al mismo tiempo.

—Magnífico. Sólo necesito cinco o seis meses y…

—Tendremos suerte si disponemos de seis días —gruñó Hiro-matsu—. ¿Qué ha sido de tu famosa red de espionaje, Yabú-san? ¿No has tenido noticias de que Ishido y Onoshi están movilizando? ¿No estamos encerrados aquí?

Yabú no respondió.

—¿Y bien? —dijo Toranaga.

—Los informes —repuso Yabú— indican que sucede todo esto y algo más. Si son seis días, serán seis días. Pero creo que eres demasiado listo para dejarte atrapar aquí o provocar una guerra prematura.

—Si convengo en tu plan, ¿me aceptarás como caudillo?

—Sí. Y cuando triunfes, será para mí un honor aceptar Suruga y Totomi como parte de mi feudo perpetuo.

—Totomi dependerá del éxito de tu plan.

—Conforme.

—¿Me obedecerás? ¿Por tu honor?

—Sí. Por *bushido*, por el señor Buda, por la vida de mi madre, de mi esposa y de mi posteridad futura.

—Bien —dijo Toranaga—. Orinemos para cerrar el trato.

Se dirigió al borde de la muralla y se plantó sobre el mismo parapeto. Setenta

pies más abajo estaba el jardín interior. Hiro-matsu contuvo la respiración, aterrado por la bravata de su dueño. Vio cómo éste se volvía e invitaba a Yabú a acompañarle. Yabú obedeció. El menor contacto habría podido enviarlos a ambos a la muerte.

Toranaga se abrió el quimono y apartó el taparrabo, y lo propio hizo Yabú. Los dos orinaron, y sus orines se mezclaron y cayeron sobre el jardín.

—La última vez que sellé un trato de esta manera fue con el propio Taiko —dijo Toranaga, muy aliviado después de haber vaciado su vejiga—. Fue cuando decidió darme el Kwanto, las Ocho Provincias, como feudo. Derrotamos a Hojo y cortamos cinco mil cabezas en un año. Lo arrojamos de allí con toda su tribu. Tal vez tengas razón, Kasigi Yabú-san. Tal vez puedas ayudarme como yo ayudé al Taiko. Sin mí, el Taiko nunca habría sido Taiko.

—Puedo ayudarte a convertirte en el único regente, Toranaga-sama. Pero no en Shogun.

—Desde luego. No ambiciono este honor por más que digan mis enemigos.

Toranaga saltó sobre las losas y miró a Yabú, que seguía sobre el estrecho parapeto ciñéndose el cinto. Sintió la cruel tentación de darle un empujón por su insolencia. Pero se sentó y lanzó un ruidoso cuesco.

—Así es mejor. ¿Cómo está tu vejiga, Puño de Hierro?

—Cansada, señor, muy cansada.

El viejo se apartó y orinó también por encima del parapeto, pero sin encaramarse sobre él.

—Yabú-san. Esto debe mantenerse en secreto. Creo que deberías marcharte dentro de dos o tres días —dijo Toranaga.

—Sí. ¿Con los cañones y el bárbaro, Toranaga-sama?

—Sí. Iréis en barco. —Toranaga miró a Hiro-matsu—. Prepara la galera.

—El barco está a punto. Las armas y la pólvora siguen en la bodega —respondió Hiro-matsu cuyo semblante reflejaba su disgusto.

—Bien.

«Lo he conseguido —habría querido gritar Yabú—. Tengo las armas, tengo a Anjín-san, lo tengo todo. Y tengo seis meses. Toranaga no desencadenará la guerra tan de prisa. Y aunque Ishido lo asesinara en los próximos días, seguiría teniéndolo todo. ¡Oh, Buda, protege a Toranaga hasta que me haya hecho a la mar!»

—Gracias —dijo con sinceridad—. Nunca has tenido un aliado más fiel.

Cuando Yabú se hubo marchado, Hiro-matsu se volvió a Toranaga.

—Ha sido una mala cosa. Este trato es vergonzoso. Me avergüenzo de que mi consejo valga tan poco. Te ha manejado como un muñeco. Incluso ha tenido la desfachatez de llevar su sable Muramasa en tu presencia.

—Ya me he dado cuenta —dijo Toranaga.

—Creo que los dioses te han hechizado, señor. Cierras los ojos ante semejante insulto y permites que él se regocije delante de ti. Permites que Ishido te avergüence delante de todos. Impides que yo y los míos te protejamos. Niegas a mi nieta, que es una dama samurai, el honor y la paz de la muerte. Tu enemigo se ha burlado de ti y ahora cierras el trato más descabellado con un hombre tan traidor como lo fue su padre. ¡Te han embrujado! Yo te pregunto, te grito y te insulto y tú no haces más que mirarme. Uno de los dos se ha vuelto loco. Te pido permiso para hacerme el harakiri, y si no quieres concederme esta paz me afeitaré la cabeza y me haré monje. Cualquier cosa, pero deja que me vaya de aquí.

—No harás nada de esto. En cambio, enviarás a buscar al sacerdote bárbaro, a Tsukku-san.

Y Toranaga se echó a reír.

CAPÍTULO XIX

El padre Alvito descendió a caballo la cuesta del castillo, al frente de su acostumbrado séquito de jesuitas, vestidos todos ellos como los sacerdotes budistas, excepto por el rosario y el crucifijo que llevaban colgados del cinto. Lo acompañaban también cuarenta japoneses, todos ellos hijos de samuráis cristianos, estudiantes del seminario de Nagasaki que le habían acompañado a Osaka.

Después de cruzar al trote vivo los bosques y las calles de la ciudad, en dirección a la Misión de los Jesuitas, gran edificio de piedra de estilo europeo, el cortejo penetró en el patio central y se detuvo frente a la puerta principal. Unos servidores estaban ya esperando para ayudar a desmontar al padre Alvito. Sus espuelas resonaron en las piedras al dirigirse al patio interior que contenía una fuente y un apacible jardín. La puerta de la antecámara estaba abierta.

—¿Está solo? —preguntó.

—No, no está solo, Martín —dijo el padre Soldi, un napolitano bajito, bonachón y picado de viruelas, que era secretario del padre Visitador hacía casi treinta años, veinticinco de los cuales los había pasado en Asia—. El capitán general Ferriera está con Su Eminencia. Sí, el pavo real está con él. Pero Su Eminencia dijo que os hiciese entrar inmediatamente. ¿Pasa algo malo, Martín?

—No. Nada.

Soldi gruñó y volvió a su tarea de afilar la pluma.

—Nada —se dijo el sabio padre—. Bueno, pronto lo sabré.

Alvito se dirigió a la puerta del fondo. Un fuego de leña crepitaba en una chimenea iluminando los ricos y pesados muebles, ennegrecidos por los años y pulidos cuidadosamente. Un pequeño cuadro de la Virgen y el Niño, de Tintoretto, traído de Roma por el padre Visitador y que gustaba mucho a Alvito, pendía sobre la chimenea.

—¿Visteis de nuevo al inglés? —le gritó el padre Soldi.

Alvito no le contestó. Llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Cario Dell'Aqua, padre Visitador de Asia, representante personal del general de los jesuitas, el jesuita más eminente y, por tanto, el hombre más poderoso de

Asia, era también el más alto. Medía seis pies y tres pulgadas, y su físico hacía juego con su estatura. Vestía una sotana color naranja y llevaba una cruz preciosa. Llevaba tonsura, tenía el pelo blanco y sesenta y un años de edad, y era napolitano por nacimiento.

—¡Ah! Pasad, pasad, Martín. ¿Un poco de vino? —dijo hablando portugués con una maravillosa fluidez italiana—. ¿Visteis al inglés?

—No, Eminentísimo Señor. Sólo a Toranaga.

—¿Mal?

—Sí.

—¿Un poco de vino?

—Gracias.

—Mal, ¿hasta qué punto? —preguntó Ferriera, que era el fidaglio, el capitán general de la *Nao del Trato,* Buque Negro de este año. El hombre tenía unos treinta y cinco años, y era delgado, esbelto y formidable.

—Creo que muy mal, capitán general. Por ejemplo, Toranaga dijo que este año el comercio podía esperar.

—El comercio no puede esperar ni yo tampoco —dijo Ferriera—. Me haré a la mar cuando suba la marea.

—No tenéis las licencias del puerto. Temo que tendréis que esperar.

—Creía que todo había quedado arreglado hace meses. No deberíamos estar sujetos a los estúpidos reglamentos del país. Dijisteis que se trataba de una simple formalidad, de recoger los documentos.

—Así debía ser, pero me equivoqué. Tal vez será mejor que os explique…

—Debo volver inmediatamente a Macao a preparar el Buque Negro. Tenemos ya compradas las mejores sedas de la feria de febrero de Cantón por valor de un millón de ducados y llevaremos al menos cien mil onzas de oro chino. Creía haber dejado bien claro que todo el dinero en efectivo de Macao, Malaca y Goa, y todo lo que han podido tomar prestado los mercaderes de Macao y los padres de la ciudad, ha sido invertido en la empresa de este año. Y hasta vuestro último maravedí.

—Lo siento, capitán general, pero Toranaga no ha querido hablar del comercio de este año ni de vuestras licencias. Para empezar, dijo que no aprueba el asesinato.

—¿Asesinato? —dijo Dell'Aqua—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esto?

—Dijo: «¿Por qué queréis los cristianos asesinar a mi prisionero, el

capitán?»

—¿Qué?

—Toranaga cree que el atentado de la noche pasada iba dirigido contra el inglés, no contra él —dijo Alvito mirando fijamente al soldado.

—¿De qué me acusáis, padre? —dijo Ferriera—. ¿De un intento de asesinato? ¿Yo? ¿En el castillo de Osaka? Ésta es la primera vez que estoy en el Japón.

—¿Negáis todo conocimiento de esto?

—No niego que cuanto antes muera ese hereje tanto mejor será —dijo fríamente Ferriera—. Si los holandeses y los ingleses empiezan a infestar el Asia, nos veremos en apuros. Todos nosotros.

—Ya lo estamos —dijo Alvito—. Toranaga empezó diciendo que sabe por el inglés que el *monopolio* portugués del comercio chino rinde unos beneficios increíbles, que los portugueses cargan de un modo inverosímil el precio de la seda que sólo ellos pueden comprar en China pagándola con el único artículo que aceptan los chinos a cambio: la plata del Japón que los portugueses menosprecian también de un modo ridículo. Después dijo que os «invitaba», a vos, Eminentísimo Señor, a presentar un informe a los regentes sobre los tipos de cambio: plata por seda, seda por plata, oro por plata. Y añadió que, desde luego, no se opone a que realicemos grandes ganancias con tal de que sea a expensas de los chinos.

—Desde luego, no os doblegaréis a una exigencia tan insolente —dijo Ferriera.

—Es muy difícil negarse.

—Entonces dadle un informe falso.

—Esto pondría en peligro toda nuestra posición que se basa en la confianza —dijo Dell'Aqua.

—¿Podéis fiaros de un japonés? ¡Claro que no! Nuestros beneficios deben permanecer secretos.

—Lamento deciros que Blackthorne parece particularmente bien informado.

—¿Qué más dijo el japonés? —preguntó Ferriera fingiendo no haber visto la mirada que se cruzaron los dos sacerdotes.

—Toranaga me ha pedido que le proporcione mañana al mediodía un mapa del mundo con las demarcaciones entre Portugal y España, los nombres de los Papas que aprobaron los tratados y la fecha de éstos. También «pide», para dentro de tres días, una relación escrita de nuestras «conquistas» en el Nuevo

Mundo, y «sólo para mi curiosidad» según sus palabras textuales, la cantidad de oro y de plata que España y Portugal se llevaron —en realidad empleó la palabra «saquearon», tomada de Blackthorne— del Nuevo Mundo. Y también pide otro mapa que muestre la extensión de los Imperios español y portugués hace cien años, hace cincuenta, y en la actualidad, así como las posiciones exactas de nuestras bases desde Malaca hasta Goa (y las nombró sin equivocarse, pues las tenía escritas en un papel) y el número de mercenarios japoneses que empleamos en tales bases.

Dell'Aqua y Ferriera se quedaron pasmados.

—Debéis negaros rotundamente —bramó el soldado.

—No se le puede negar nada a Toranaga —dijo Dell'Aqua.

—Creo que Vuestra Eminencia exagera su importancia —dijo Ferriera—. Negaos. Sin nuestro Buque Negro, toda su economía se vendría abajo. ¡Que se vaya al diablo Toranaga! Podemos comerciar con los reyes cristianos… Onoshi y Kiyama, y con otros caudillos cristianos de Kiusiu.

—No podemos, capitán —dijo Dell'Aqua—. Ésta es vuestra primera visita al Japón y no tenéis idea de nuestros problemas. Sí, ellos nos necesitan, pero nosotros los necesitamos más. Sin el favor de Toranaga y de Ishido perderíamos nuestra influencia sobre los reyes cristianos. Perderíamos Nagasaki y todo lo que hemos construido en cincuenta años. ¿Provocasteis el atentado contra ese marino hereje?

—Desde el primer momento dije a Rodrigues y a todos los que quisieron escucharme que el inglés era un pirata peligroso y que debía ser eliminado. Vos dijisteis lo mismo en otras palabras, Eminentísimo Señor. Y vos hicisteis lo propio, padre Alvito. ¿No se habló del asunto en nuestra conferencia con Onoshi y Kiyama, hace dos días? ¿No dijisteis que el pirata era peligroso?

—Sí, pero…

—En cuanto al atentado del castillo, debió ser ordenado por un indígena. Es una jugada típicamente japonesa. No lamento que lo intentasen y sólo me disgusta su fracaso. Cuando yo prepare su eliminación, podéis estar seguros de que será eliminado.

Alvito sorbió su vino.

—Toranaga dijo que enviaba a Blackthorne a Izú.

—¿Por tierra o por mar?

—Por mar.

—Bien. Entonces, lamento deciros que todos pueden perderse en el mar en

un desgraciado temporal.

—Y yo lamento deciros, capitán general —replicó fríamente Alvito—, que Toranaga dijo estas palabras textuales: «Pondré una guardia personal alrededor del capitán, Tsukku-san, y, si sufre algún accidente, éste será investigado hasta el límite de mi poder y del poder de los regentes, y si resulta que el responsable es un cristiano o alguien que guarde cierta relación con los cristianos, es muy posible que vuelvan a considerarse los Edictos de Expulsión y que todas las iglesias, escuelas y lugares de descanso cristianos, sean clausurados inmediatamente.»

—¡Bah! —se burló Ferriera.

—No, capitán general. Toranaga es astuto como Maquiavelo e implacable como Atila. —Alvito miró a Dell'Aqua—. Sería fácil echarnos la culpa si le ocurriera algo al inglés.

—Tal vez deberíais atacar la raíz del problema —dijo audazmente Ferriera —. Eliminad a Toranaga.

—No es momento para bromas —dijo el padre Visitador.

—Lo que dio tan buenos resultados en la India y en Malaya, en Brasil, Perú, México y en tantos otros sitios, también lo daría aquí. Empleemos los reyes cristianos. Si el problema es Toranaga, ayudemos a uno de ellos a eliminarlo. Unos cientos de conquistadores serían suficientes. Divide y vencerás. Yo hablaré con Kiyama. Si vos queréis hacer de intérprete, padre Alvito…

—No podéis comparar a los japoneses con los indios ni con salvajes ignorantes como los incas —dijo Dell'Aqua con voz cansada—. Aquí no rige la norma de divide y vencerás. El Japón no se parece a ninguna otra nación. En absoluto. Debo pediros formalmente, capitán general, que no os entrometáis en la política interna de este país.

—De acuerdo. Os pido que olvidéis mis palabras. Mi franqueza ha sido impertinente e ingenua. Afortunadamente, las tormentas abundan en esta época del año.

—Si se produce una tormenta será por voluntad de Dios. Pero vos no atacaréis al capitán ni ordenaréis a nadie que lo haga.

—Yo he prestado juramento a mi rey de destruir a sus enemigos. El inglés es un enemigo nacional. Un parásito, un pirata, un hereje. Si decido eliminarlo es asunto mío. Soy capitán general del Buque Negro este año y, por consiguiente, gobernador de Macao con poderes de virrey sobre estas aguas, y si quiero eliminarlo a él, o a Toranaga o a quien sea, lo haré.

—En tal caso, lo haréis contrariando mis órdenes directas y os expondréis a ser inmediatamente excomulgado.

—Esto escapa a vuestra jurisdicción. Es un asunto temporal, no espiritual.

—Desgraciadamente, la posición de la Iglesia está aquí tan entremezclada con la política y con el comercio de la seda, que todo afecta a la seguridad de aquélla. Si aquí se tolera el cristianismo es porque todos los daimíos están convencidos de que si nos expulsan y destruyen la fe los Buques Negros no volverán. *Desgraciadamente* para la fe, lo que ellos creen no es verdad. Estoy seguro de que el comercio continuaría con independencia de nuestra posición y de la posición de la Iglesia, porque los mercaderes portugueses se preocupan más de sus propios intereses egoístas que del servicio de Nuestro Señor.

—Tal vez el interés egoísta de los clérigos que quieren obligarnos, hasta el punto de pedir la autorización legal de Su Santidad, a tocar en todos los puertos que ellos decidan y a comerciar con los daimíos que elijan, es igualmente evidente.

—Olvidáis vuestro propio respeto, señor capitán general.

—Pero no olvido que el Buque Negro se perdió el año pasado desde aquí a Malaca con todos sus tripulantes, con más de dos mil toneladas de oro y con monedas de plata por valor de quinientos mil cruzados, después de retrasarse innecesariamente la salida hasta que empezó el mal tiempo, por instigación vuestra. Esta catástrofe casi arruinó a todo el mundo, desde aquí hasta Goa.

—Nos obligó a ello la muerte del Taiko y la política interna de la sucesión.

—Tampoco olvido que, hace tres años, pedisteis al virrey de Goa que cancelara el viaje del Buque Negro y que enviase solamente lo que vos dijerais y al puerto que decidierais.

—Esto fue para doblegar al Taiko, para provocar una crisis económica en medio de aquella estúpida guerra contra China y Corea, debido a los martirios que había ordenado en Nagasaki, a su furioso ataque contra la Iglesia y a los Edictos de Expulsión que acababa de publicar. ¿Qué es más importante, el comercio o la salvación de las almas?

—Mi respuesta es que son más importantes las almas. Pero ya que me ilustráis sobre los asuntos japoneses, dejad que ponga los asuntos japoneses en su correcta perspectiva. Sólo la plata del Japón libera la seda china y el oro chino. Las inmensas ganancias que hacemos y exportamos a Malaca y a Goa, y de allí a Lisboa, sirven para mantener todo nuestro imperio asiático con sus fuertes, sus misiones, sus expediciones y sus descubrimientos, y para evitar que

los herejes nos dominen al mantenerlos lejos de Asia y de las riquezas que necesitan para destruirnos y para destruir la fe. ¿Qué es más importante, padre, la cristiandad española, portuguesa e italiana o la cristiandad japonesa?

Dell'Aqua fulminó al soldado con la mirada.

—Por última vez, no os entrometáis en los asuntos internos del Japón.

Una brasa saltó de la chimenea y chisporroteó sobre la alfombra. Ferriera, que era el que estaba más cerca, le dio una patada para alejar el peligro.

—Suponiendo que tenga que doblegarme, ¿qué pensáis hacer con el hereje?

Dell'Aqua se sentó creyendo que había ganado la partida.

—De momento, no lo sé. Pero incluso la idea de eliminar a Toranaga es una ridiculez. Se muestra muy complaciente con nosotros y muy bien dispuesto para aumentar el comercio y, por lo tanto, vuestros beneficios.

—Y los vuestros —dijo Ferriera contraatacando de nuevo.

—Nuestras ganancias se dedican a la obra de Nuestro Señor. Pero no discutamos. Necesitamos vuestro consejo, vuestra inteligencia y vuestra fuerza. Pero podéis creerme, Toranaga es vital para nosotros. Sin él, todo el país volvería a sumirse en la anarquía.

—Es verdad, capitán general —dijo Alvito—. Lo que no comprendo es por qué sigue en el castillo y ha accedido al aplazamiento de la reunión.

—Si es tan vital —dijo Ferriera—, ¿por qué apoyar a Onoshi y a Kiyama? ¿Acaso no se han confabulado con Ishido contra Toranaga? ¿Por qué no les aconsejáis que no lo hagan? ¿Por qué no les amenazáis con la excomunión?

Dell'Aqua suspiró.

—¡Ojalá fuese tan sencillo! En el Japón no se hacen estas cosas. Ellos aborrecen toda injerencia en sus asuntos internos. Incluso cuando queremos brindar una sugerencia, tenemos que hacerlo con suma delicadeza.

Ferriera apuró su vaso de plata, se sirvió un poco más de vino y procuró calmarse sabiendo que necesitaba tener a los jesuitas de su parte, y que sin ellos como intérpretes no podía hacer nada.

«Este viaje tiene que ser un éxito —se dijo—. Has prestado servicio y has trabajado de firme once años por el rey, para ganarte con justicia la recompensa más preciada que podía darte, el título de capitán general del Buque Negro por un año, más la décima parte de toda la seda, de todo el oro, de toda la plata y de todos los beneficios de cada transacción. Serás rico para toda la vida, para treinta vidas que tuvieras, gracias a éste solo viaje. Con tal de que lo realices.»

La mano de Ferriera se cerró sobre la empuñadura de su espada, sobre la

cruz de plata que era parte de la filigrana, y exclamó:

—¡Por la Sangre de Cristo que mi Buque Negro zarpará a su debido tiempo de Macao con rumbo a Nagasaki y que después el barco más rico de la Historia navegará hacia el Sur en noviembre, con el monzón, hasta Goa y, por fin, hasta la patria! Así ocurrirá, como Cristo es mi juez.

Y añadió para sus adentros:

«¡Aunque tenga que quemar todo el Japón, y todo Macao, y toda China!»

—Nuestras oraciones os acompañarán —respondió sinceramente Dell'Aqua —. Sabemos la importancia de vuestro viaje.

—Entonces, ¿qué me aconsejáis? Sin las licencias del puerto y los salvoconductos para comerciar, estoy indefenso. ¿No podemos hacer caso omiso de los regentes? ¿No hay otro camino?

Dell'Aqua movió la cabeza.

—Martín —dijo—, vos sois nuestro experto comercial.

—Lo siento, pero es imposible —dijo Alvito, que había escuchado la acalorada discusión con indignación creciente.

«¡Grosero, arrogante y mal nacido cretino! —pensó—. ¡Dios mío, dame paciencia, pues sin ese hombre y otros como él, la Iglesia moriría en este país!»

—Capitán general, estoy seguro de que dentro de un par de días todo estará arreglado. Una semana, como máximo. Toranaga tiene grandes problemas en este momento. Pero todo irá bien, estoy seguro.

—Esperaré una semana. No más. —La amenaza latente en el tono de Ferriera era tremenda—. Me gustaría ponerle la mano encima a ese hereje. Le arrancaría la verdad. ¿Dijo algo Toranaga sobre la supuesta flota? ¿Sobre una flota enemiga?

—No.

—Quisiera saber la verdad porque, en el viaje de ida, mi barco irá lleno a reventar, con más cantidad de seda en sus bodegas que jamás se haya visto. Tenemos uno de los barcos más grandes del mundo, pero no llevaré escolta, y si una sola fragata enemiga, o ese cerdo holandés, el *Erasmus*, nos pillara en alta mar, estaríamos a su merced.

—*E vero, é solamente vero* —murmuró Dell'Aqua.

Ferriera terminó su vino.

—¿Cuándo enviarán a Blackthorne a Izú?

—No lo sé. Los regentes se reúnen dentro de cuatro días. Supongo que será después de esto.

Ferriera se levantó.

—Vuelvo a mi barco. ¿Queréis cenar conmigo esta noche? ¿Los dos? Al ponerse el sol. Tenemos un magnífico capón, un cuarto de buey, vino de Madeira e incluso pan tierno.

—Gracias, sois muy amable —dijo Dell'Aqua, un poco más animado—. Sí, un poco de buena comida será maravilloso.

Cuando Ferriera se hubo marchado y el Visitador se hubo asegurado de que no podían oírles, dijo con ansiedad:

—Martín, ¿qué más ha dicho Toranaga?

—Quiere una explicación, por escrito, del incidente de las armas de fuego y de la petición de conquistadores.

—*¡Mamma mía…!* ¿Qué dijo exactamente?

—Dijo: «Tengo entendido, Tsukku-san, que el anterior superior de vuestra Orden, el padre Da Cunha, escribió a los gobernadores de Macao y de Goa y al virrey de España en Manila, Don Siseo Vivera, en julio de 1588 de vuestro calendario, pidiendo una invasión de cientos de soldados españoles con armas de fuego para apoyar a algunos daimíos cristianos en una rebelión que el sumo sacerdote cristiano trataba de provocar contra su legítimo señor, el Taiko. ¿Quiénes fueron estos daimíos? ¿Es verdad que no se enviaron soldados, pero que se introdujeron grandes cantidades de armas de contrabando en Nagasaki? ¿Es verdad que el padre-gigante se apoderó en secreto de estas armas al venir por segunda vez al Japón desde Goa, como embajador, en marzo o abril de 1590, según vuestro calendario, y en secreto las sacó de Nagasaki y las embarcó en un barco portugués, el *Santa Cruz*, rumbo a Macao?»

Alvito se secó el sudor de las manos.

—¿Dijo algo más?

—Nada importante, Eminentísimo Señor. No tuvo ocasión de explicarme, pues me despidió de pronto. Una despedida cortés, pero despedida a fin de cuentas.

—¿De dónde saca su información ese maldito inglés?

—¡Ojalá lo supiera!

—Esos datos y fechas… ¿No estaréis equivocado? ¿Los pronunció correctamente?

—No, señor. Los nombres estaban escritos en un pedazo de papel. Me lo mostró.

—¿Era de Blackthorne la escritura?

—No. Los nombres estaban escritos fonéticamente en japonés, en *hiragana*.

—Tenemos que saber de qué intérprete se sirve Toranaga. Debe ser asombrosamente bueno. Pero no uno de los nuestros, ¿verdad?

—El intérprete fue dama María —dijo Alvito, dando a Toda Mariko su nombre de bautismo.

—¿Os lo dijo Toranaga?

—No, Eminentísimo Señor. Pero sé que ha estado visitando el castillo y que fue vista con el inglés.

—¿Estáis seguro?

—Nuestra información es absolutamente exacta.

—Bien —dijo Dell'Aqua—. Tal vez Dios nos ayuda con sus medios inescrutables. Enviadla a buscar en seguida.

—La he visto ya. Me tropecé con ella, como por casualidad. Se mostró amable, cortés y respetuosa como siempre, pero antes de que tuviese oportunidad de interrogarla me dijo intencionadamente: «Desde luego, el Imperio es un país muy secreto, padre, y algunas cosas, por costumbre, tienen que permanecer secretas. Lo mismo ocurre en Portugal y dentro de la Compañía de Jesús.» Está claro que le prohibieron hablar de lo que pasó y de lo que se dijo. Los conozco bien a todos. En esto, la influencia de Toranaga será mayor que la nuestra.

—¿Tan débil es su fe? ¿Acaso la instruimos mal? Seguro que no. Es la mujer más devota y más buena cristiana que he conocido. Un día se hará monja… Tal vez será la primera abadesa japonesa.

—Sí. Pero ahora no dirá nada.

—La Iglesia está en peligro. Esto es importante, tal vez demasiado importante —dijo Dell'Aqua—. Ella debería comprenderlo. Es demasiado inteligente para no darse cuenta.

—Os suplico que no pongáis a prueba su fe en esta ocasión. Podríamos perder. Me lo advirtió. Tan claramente como si lo hubiese escrito.

—A pesar de todo, tal vez deberíamos hacer la prueba. Por su propia salvación.

—A vos corresponde ordenarlo o no ordenarlo. Pero temo que obedecería a Toranaga y no a nosotros.

—Pensaré en lo de María, sí —dijo Dell'Aqua.

Dejó que su mirada se posara en el fuego y pareció que el peso de su despacho lo aplastara. «¡Pobre María! ¡Y aquel maldito hereje! ¿Cómo podemos

librarnos de la trampa? ¿Cómo podemos ocultar la verdad sobre las armas de fuego? ¿Y cómo pudo un Padre Superior y viceprovincial como Da Cunha, tan instruido y experimentado, con siete años de conocimiento práctico de Macao y del Japón, cometer un error tan monstruoso?»

—¿Cómo? —preguntó a las llamas.

«Yo mismo puedo contestar —se dijo—. Es muy fácil. Uno tiene pánico, olvida la gloria de Dios o se llena de orgullo, o queda petrificado. ¿Quién no habría hecho lo mismo en iguales circunstancias? Ser recibido al anochecer por el Taiko lleno de benevolencia, una reunión triunfal con pompa y ceremonia, casi como un acto de contrición del Taiko, que parecía estar a punto de convertirse. Y después, despertar en mitad de la misma noche y encontrarse con los Decretos de Expulsión, según los cuales, todas las Ordenes religiosas debían abandonar el Japón en el plazo de veinte días, bajo pena de muerte, para no volver jamás. Y peor aún, todos los japoneses conversos debían retractarse inmediatamente si no querían sufrir el destierro o la muerte.»

Desesperado, el Superior había aconsejado imprudentemente a los daimíos cristianos de Kiusiu —entre ellos, Onoshi, Misaki, Kiyama y Harima de Nagasaki— que se rebelaran para salvar la Iglesia y había escrito pidiendo el envío de conquistadores para apoyar la rebelión.

«Sí, todo era verdad —pensó Dell'Aqua—. Si yo lo hubiese sabido, si Da Cunha me hubiese consultado…» Pero la carta que le había remitido a Goa había tardado seis meses en llegar, y aunque Dell'Aqua se hizo a la mar en el momento de recibirla y de obtener unas credenciales de embajador del virrey de Goa, había tardado unos meses en llegar a Macao, donde se había enterado de que Da Cunha había muerto y de que todos los padres tenían prohibida la entrada en el Japón bajo pena de muerte.

Pero las armas de fuego habían salido ya.

Después, al cabo de diez semanas, llegaron noticias de que el Taiko no aplicaba las nuevas leyes. Sólo habían ardido unas cincuenta iglesias. Y sólo Takayama había sido aplastada. Aunque los Decretos conservaban su vigor oficial, el Taiko estaba dispuesto a dejar las cosas como estaban con tal de que los padres y sus conversos se comportaran más discretamente y se abstuviesen de manifestaciones públicas del culto y que los fanáticos no quemasen más santuarios budistas.

Entonces, cuando pareció que la ordalía había terminado, Dell'Aqua recordó que los cañones habían salido semanas antes con el sello del padre superior Da

Cunha y que todavía estaban en los almacenes de los jesuitas en Nagasaki.

Siguieron más semanas de angustia, hasta que las armas fueron reembarcadas en secreto hacia Macao…

—Sí, esta vez bajo mi sello —se dijo Dell'Aqua—. ¿Cuánto sabe el hereje?

Durante más de una hora, Su Eminencia permaneció sentado en su sillón de cuero de alto respaldo contemplando fijamente el fuego. Alvito esperaba pacientemente junto a la librería. En una de las paredes laterales, había un pequeño óleo del pintor veneciano Tiziano, que había comprado el joven Dell'Aqua en Padua cuando su padre lo envió allí a estudiar leyes. La otra pared desaparecía detrás de sus Biblias y sus libros en latín, portugués, italiano y español, amén de dos estantes de libros y folletos japoneses con devocionarios y catecismos de todas clases, trabajosamente traducidos al japonés por los jesuitas, y por último dos libros de un valor inestimable: la primera *Gramática portuguesa-japonesa*, obra impresa seis años antes y en la que el padre Sancho Álvarez trabajó toda la vida, y el increíble *Diccionario portugués-latino-japonés*, impreso el año anterior en caracteres romanos así como en escritura *hiragana*. Había sido empezado, por orden suya, hacía veinte años y era el primer diccionario de palabras japonesas que se había compilado.

El padre Alvito cogió el libro y lo acarició amorosamente. Sabía que era una obra de arte única. Él mismo había estado trabajando en ella dieciocho años y todavía estaba lejos de terminarla. Pero sería una obra maestra comparada con la del padre Álvarez. Si su nombre había de ser recordado algún día, sería gracias a su libro y al padre Visitador, que había sido el único padre que había conocido.

—¿Quieres salir de Portugal, hijo mío, e ingresar en el servicio de Dios? —le había preguntado el gigantesco jesuita el día que lo había conocido.

—Sí, padre, os lo suplico —había contestado él.

—¿Cuántos años tienes, hijo mío?

—No lo sé, padre. Tal vez diez, tal vez once. Pero sé leer y escribir. Me enseñó el cura. Y estoy solo, no tengo a nadie…

Dell'Aqua lo había llevado a Goa y después a Nagasaki donde había ingresado en el Seminario de la Compañía de Jesús. Entonces se manifestaron sus dotes milagrosas para las lenguas y fue intérprete de confianza y consejero comercial, primero de Harima Tadao, daimío del feudo de Hizen, y, con el tiempo, del propio Taiko. Recibió las órdenes sagradas y más tarde alcanzó incluso el privilegio del cuarto voto, que era el voto de obediencia personal al Papa.

«He sido muy afortunado —pensó Alvito—. ¡Oh, Dios mío, ayúdame, para que pueda ayudar a los demás!»

Al fin, Dell'Aqua se levantó, se estiró y se acercó a la ventana. El sol arrancaba destellos de las tejas doradas del alto torreón central del castillo cuya fuerza maciza quedaba disimulada por la singular elegancia de su estructura. «La torre del mal —pensó—. ¿Cuánto tiempo permanecerá en pie, como un recordatorio para cada uno de nosotros? Sólo hace quince… no, diecisiete años, que el Taiko empleó cuatrocientos mil hombres en la excavación y en la construcción de este monumento, sangrando al país para pagarlo, y en dos años el castillo de Osaka quedó terminado. ¡Un hombre inverosímil! ¡Un pueblo inverosímil! Sí. Y ahí está, indestructible, excepto para el dedo de Dios, que puede derruirlo en un instante, si Él lo desea. ¡Oh, Dios mío, ayúdame a cumplir Tu voluntad!»

—Bueno, Martín, parece que tenemos trabajo. —Dell'Aqua empezó a andar de un lado para otro y su voz era tan firme como sus pisadas—. Hablemos del capitán inglés. Si no le protegemos, lo matarán y podremos incurrir en las iras de Toranaga. Si podemos protegerle, no tardará en ahorcarse él mismo. Pero, ¿podemos esperar? Su presencia es una amenaza para nosotros, y quién sabe el daño que puede hacernos antes de que llegue ese día feliz. También podemos ayudar a Toranaga a eliminarlo. O, por fin, podemos convertirlo.

—¿Qué? —dijo Alvito, pestañeando.

—Es inteligente y conoce bien el catolicismo. ¿No creéis que la mayoría de los ingleses son católicos en el fondo de su corazón? La respuesta es afirmativa cuando su rey o su reina son católicos y negativa cuando son protestantes. Los ingleses se preocupan poco de la religión. Tal vez Blackthorne pueda ser convertido. Sería la solución perfecta para mayor gloria de Dios y para salvar el alma de un hereje de la condenación eterna.

»Pasemos a Toranaga. Le daremos los mapas que pide. Explicadle lo de las "esferas de influencia". ¿Acaso no se trazaron las líneas de demarcación para separar la influencia de los portugueses de la de nuestros amigos españoles? *Sì, é vero*! Decidle que, en lo que respecta a las otras materias importantes, será para mí un honor prepararlas personalmente y entregárselas lo antes posible. Decidle que tengo que comprobar los datos en Macao y que le ruego que me conceda un plazo razonable. Y hacedle saber de una vez que el Buque Negro se hará a la mar tres semanas antes con un cargamento de seda y de oro mayor que nunca, y que

toda nuestra parte del cargamento y al menos el treinta por ciento de toda la carga será vendida por medio del agente que nombre Toranaga.

—Pero Onoshi, Kiyama y Harima suelen repartirse el corretaje del cargamento. No sé si estarán de acuerdo.

—Tendréis que resolver el problema. Toranaga concederá el aplazamiento a cambio de una concesión. Las únicas concesiones que necesita son poder, influencia y dinero. ¿Qué podemos darle nosotros? No podemos entregarle los daimíos cristianos.

—Sin embargo… —dijo Alvito.

—Aunque pudiésemos, creo que no deberíamos hacerlo. Onoshi y Kiyama son enemigos encarnizados, pero se han unido contra Toranaga porque están seguros de que éste destruiría la Iglesia, y a ellos si llegase a dominar el Consejo.

—Toranaga apoyará a la Iglesia. Nuestro verdadero enemigo es Ishido.

—No comparto vuestra confianza, Martín. No debemos olvidar que por ser cristianos Onoshi y Kiyama lo son también todos sus seguidores. No podemos atacarles. La única concesión que podemos hacer a Toranaga es la relativa al comercio. Es un entusiasta del comercio, aunque nunca ha conseguido participar directamente en él. El ofrecimiento que sugiero puede tentarle a concedernos un aplazamiento… que tal vez se prorrogue indefinidamente.

—En mi opinión, Onoshi y Kiyama cometen una imprudencia política al volverse contra Toranaga en este momento. Deberían seguir el antiguo proverbio que aconseja dejar abierta una línea de retirada, ¿no? Yo podría sugerirles que un ofrecimiento del veinticinco por ciento a Toranaga, de modo que Onoshi, Kiyama y Toranaga tuviesen una participación igual, amortiguaría el mal efecto de su alianza «temporal» con Ishido contra él.

—Entonces, Ishido desconfiaría de ellos y nos odiaría aún más cuando se enterase.

—Ishido nos odia ya a más no poder. Si Onoshi y Kiyama accedieran, podríamos presentar nuestra proposición como si fuese una idea puramente nuestra para mantener una posición de imparcialidad entre Ishido y Toranaga. Y podríamos informar en privado a Toranaga de su generosidad.

Dell’Aqua consideró las ventajas y los defectos del plan.

—Excelente —dijo al fin—. Ponedlo en práctica. Y ahora, por lo que respecta al hereje, entregad sus libros de ruta a Toranaga hoy mismo. Decidle que nos fueron enviados en secreto.

—¿Cómo explicaré el retraso en dárselos?

—No tenéis que explicar nada. Decidle sólo la verdad: que los trajo Rodrigues, pero que no sabíamos que el paquete sellado contenía los libros de ruta robados. En realidad, tardamos dos días en abrirlo. Los libros de ruta demuestran que Blackthorne es un pirata, un ladrón y un traidor. Decidle a Toranaga que Mura los entregó al padre Sebastião, el cual nos los envió pensando que nosotros sabríamos lo que teníamos que hacer con ellos. Esto justificará a Mura, al padre Sebastião y a todos. Estoy seguro de que Toranaga comprenderá que hemos puesto sus intereses por encima de los de Yabú. ¿Sabe que Yabú ha hecho un pacto con Ishido?

—Estoy seguro de ello, Eminentísimo Señor. Pero corren rumores de que Toranaga y Yabú se han hecho amigos.

—Yo no me fiaría de ese engendro de Satanás.

—Estoy seguro de que tampoco se fía Toranaga.

Súbitamente, les interrumpió un altercado en el exterior. Se abrió la puerta y entró un monje encapuchado y descalzo sacudiéndose al padre Soldi.

—Que la bendición de Jesucristo descienda sobre vosotros —dijo, con voz ronca y hostil—. Y que Él perdone vuestros pecados.

—¡Fray Pérez! ¿Qué hacéis aquí? —exclamó Dell'Aqua.

—He venido a este estercolero a predicar de nuevo la palabra de Dios a los paganos.

—Pero se os prohibió la entrada en el país bajo pena de muerte por incitar a la rebelión. Escapasteis por milagro al martirio en Nagasaki y se os ordenó…

—Fue voluntad de Dios y un sucio decreto de un loco que ya ha muerto no tiene nada que ver conmigo —dijo el fraile, un español bajito y flaco, de larga y descuidada barba—. Estoy aquí para continuar la obra de Dios.

—Muy laudable —dijo vivamente Dell'Aqua— pero deberíais hacerlo donde ordenó el Papa, fuera del Japón. Esta provincia es exclusivamente *nuestra*. Y es territorio portugués, no español. Así lo ordenaron tres Papas y también el rey Felipe.

—No os canséis, Eminentísimo Señor. La obra de Dios vale más que todas las órdenes del mundo. He vuelto y abriré las puertas de las iglesias e incitaré a las multitudes a levantarse contra los enemigos de Dios.

—¡No debéis provocar a las autoridades o reduciréis a cenizas la Madre Iglesia!

—Y yo os digo que volvemos al Japón y que nos quedaremos en el Japón. Predicaremos la Palabra a pesar vuestro, a pesar de lo que digan los prelados, los

obispos y los reyes, e incluso los propios Papas. ¡Todo sea para gloria de Dios!

Y el monje salió cerrando la puerta de golpe.

Dell'Aqua, irritadísimo, se sirvió un vaso de Madeira. Unas gotas de vino cayeron sobre la pulida superficie de la mesa.

—Esos españoles nos destruirán a todos —dijo Dell'Aqua tratando de calmarse—. Hacedlo vigilar por algunos de los nuestros, Martín. Y será mejor que aviséis inmediatamente a Kiyama y a Onoshi. Si ese loco se muestra en público, es imposible saber lo que puede pasar.

—Sí, Eminentísimo Señor. —Alvito se detuvo al llegar a la puerta—. Primero Blackthorne y ahora Pérez. Es demasiada coincidencia. Tal vez los españoles de Manila se enteraron de lo de Blackthorne y lo dejaron venir aquí sólo para fastidiarnos.

—Tal vez, pero no es probable —repuso Dell'Aqua apurando su vaso y dejándolo cuidadosamente sobre la mesa—. En todo caso, con la ayuda de Dios y con la debida diligencia, ninguno de los dos podrá dañar a la Santa Madre Iglesia, nos cueste lo que nos cueste.

CAPÍTULO XX

—¡Que me aspen si esto no es vida!

Blackthorne yacía beatíficamente de bruces sobre las gruesas esterillas, parcialmente envuelto en un quimono de algodón y con la cabeza apoyada en los brazos. La niña pasaba las manos sobre su espalda, apretando ocasionalmente sus músculos, suavizando su piel y calmando su espíritu y casi provocando en él un ronroneo de placer. Otra niña vertía saké en una tacita de porcelana. Y una tercera esperaba con una bandeja de laca, en la que había una cesta de bambú llena de pescado frito al estilo portugués, otra jarra de saké y unos palillos.

—¿*Nan desu ka,* Anjín-san? (¿Qué has dicho, honorable capitán?)

—No sé decirlo en *Nihon-go,* Rako-san —dijo él sonriendo a la niña que le servía el saké y señalando la taza—. ¿Cómo se llama eso? *¿Namae ka?*

—*Sabazuki* —dijo ella, en tres tiempos.

Entonces, la otra muchacha, Asa, le ofreció el pescado y él movió la cabeza.

—*Iyé domo.* —No sabía decir «estoy satisfecho», y por ello trató de decir «no hambre ahora».

—*¡Ah! Ima hará, hette wa oranu* —le explicó Asa corrigiéndole.

Él repitió la frase varias veces, y ellas se rieron de su pronunciación, pero al fin, consiguió decirlo bien.

«Nunca aprenderé esta lengua —pensó—. Sus sonidos no se parecen en nada al inglés, ni siquiera al latín o al portugués.»

Las tres muchachas, Asa, Sonó y Rako, habían llegado con la aurora, trayendo *cha*, que era la bebida nacional de China y del Japón, aunque fray Domingo le había dicho que los chinos la llamaban a veces té. Había tenido un sueño agitado, después de su encuentro con el asesino, pero la bebida caliente y picante había empezado a restaurarle.

Después lo habían acompañado, junto con sus cuatro guardias samurais, a los humeantes baños situados al otro lado de esta sección del castillo, y lo habían confiado a los servidores del baño. Los cuatro guardias sudaron estoicamente mientras lo bañaban, le recortaban la barba y le lavaban y frotaban el cabello.

Después de esto, se sintió milagrosamente como nuevo. Le dieron otro quimono de algodón, limpio y que le llegaba a las rodillas, y un tabí nuevo, y las

chicas le estaban ya esperando. Entonces lo condujeron a otra habitación, donde estaban Kiri y Mariko. Mariko dijo que el señor Toranaga había resuelto enviarle a una de sus provincias, dentro de unos días, para que se recobrase. Añadió que el señor Toranaga estaba muy contento de él y que no tenía que temer nada, porque estaba bajo la protección personal del señor Toranaga. Después le rogó que empezara a preparar los mapas con el material que ella le proporcionaría. El señor Toranaga estaba deseoso de que Blackthorne aprendiese todo lo posible sobre los japoneses, de la misma manera que él ansiaba aprender sobre el mundo exterior y la navegación y las rutas de los mares. Por último, Blackthorne fue llevado al médico. A diferencia de los samurais, los médicos llevaban el pelo corto y sin coleta.

Blackthorne odiaba y temía a los médicos. Pero éste era diferente. Era amable e increíblemente aseado. La mayoría de los médicos europeos eran barberos, toscos y tan llenos de piojos como todo el mundo. Éste lo tocaba y lo examinaba con cuidado, le cogió la muñeca para tomarle el pulso y le golpeó suavemente la espalda, las rodillas y las plantas de los pies. Su tacto y sus modales eran apaciguadores. Lo único que sabían hacer los médicos europeos era mirarle a uno la lengua y preguntarle «¿Dónde te duele?», y sangrarlo para extraer los malos humores de la sangre y darle una fuerte lavativa para limpiarle el vientre.

Los dedos del médico tocaron interrogadoramente las cicatrices del muslo. Blackthorne imitó el ruido de un disparo, porque una bala de mosquete le había perforado la carne hacía muchos años.

—*Ah so desu* —dijo el médico, y asintió con la cabeza.

Por último, el médico habló a Rako y ella hizo una reverencia y le dio las gracias.

—*¿Ichi ban?* —preguntó Blackthorne. (¿Estoy bien?)

—*Hai*, Anjín-san.

—*¿Honto ka?*

—*Honto*.

Honto quería decir «verdad». «¡Qué palabra tan útil!», pensó Blackthorne.

—*Domo*, Médico-san.

El médico se inclinó y Blackthorne le devolvió el saludo. Sólo cuando las muchachas se lo hubieron llevado de allí y se encontró tumbado en las esterillas, flojo su quimono de algodón y mientras la niña Sonó le daba masaje en la

espalda, recordó que había estado desnudo delante del médico, de las jóvenes y de los samurais, sin haberlo advertido ni haber sentido vergüenza.

—¿*Nan desu ka*, Anjín-san? —preguntó Rako, queriendo decir: «¿Qué pasa, honorable capitán? ¿De qué te ríes?»

Sus blancos dientes brillaban, y tenía depiladas las cejas y pintadas en forma de media luna. Llevaba peinados altos los negros cabellos y vestía un quimono floreado de color rosa y un *obi* verde-gris.

—Río porque soy feliz, Rako-san. Pero, ¿cómo podría explicarte todo lo que siento?

Entonces, se levantó de un salto, se ciñó el quimono y empezó a bailar una danza marinera y a cantar una canción para marcar el ritmo.

Rako y las otras chicas se quedaron pasmadas. Inmediatamente se abrió el shoji, y los guardias samurais se quedaron igualmente boquiabiertos. Blackthorne cantó y bailó furiosamente hasta que no pudo más. Entonces, soltó una carcajada y se derrumbó en el suelo. Las niñas aplaudieron y Rako trató de imitarle, pero fracasó estrepitosamente porque se lo impedía el largo quimono. Las otras se levantaron e insistieron en que él les diese lecciones, y él lo intentó, marcando los pasos mientras ellas trataban de imitarle, levantándose los quimonos. Pero no lo consiguieron y pronto empezaron a charlar y a reír y abanicarse.

De pronto, los guardias se pusieron serios y se inclinaron profundamente. Toranaga estaba en el umbral, flanqueado por Kiri y Mariko y sus siempre presentes guardias samurais. Las niñas se arrodillaron, pusieron las manos en el suelo y se inclinaron reverentes, pero sin miedo.

—*Konnichi wa*, Toranaga-sama —dijo Blackthorne inclinándose también, pero no tanto como las mujeres.

—*Konnichi wa*, Anjín-san —respondió Toranaga, y preguntó algo.

—Mi señor pregunta qué estabas haciendo, señor —dijo Mariko.

—Sólo bailaba un baile, Mariko-san —dijo Blackthorne sintiéndose como un tonto—. Se llama *hornpipe*. Es un baile marinero que acompañamos con *shanties*, con canciones. Me sentía contento…, tal vez a causa del saké. Lo siento. Espero no haber molestado a Toranaga-sama.

Ella tradujo.

—Mi señor dice que quisiera ver el baile y oír la canción.

—¿Ahora?

—Naturalmente.

Toranaga se sentó inmediatamente, cruzando las piernas, y todos los demás se acomodaron en la estancia y miraron, expectantes, a Blackthorne.

«Eres un tonto —se dijo Blackthorne—. Esto te ocurre por descuidarte. Ahora tendrás que hacer una exhibición, y tienes la voz cascada y bailas como un pato.»

Pero, como no tenía más remedio, se ciñó el quimono y empezó a bailar furiosamente, girando, pateando, retorciéndose, saltando y cantando a grito pelado.

—Mi señor dice que nunca vio nada parecido en su vida —dijo Mariko—. El señor Toranaga quiere bailar tu baile.

—¿Eh?

—Te ruega que le enseñes.

Blackthorne empezó la lección. Mostró el paso fundamental y lo repitió varias veces. Toranaga lo aprendió en seguida. Blackthorne se sintió impresionado por la agilidad de aquel hombre gordo y de edad avanzada.

Después, Blackthorne empezó a cantar y a bailar, y Toranaga le imitó, indeciso al principio, entre las aclamaciones de los espectadores. Pero pronto se despojó Toranaga del quimono y cruzó los brazos y empezó a bailar con igual entusiasmo que Blackthorne. Hasta que éste lanzó un grito, dio un salto y se detuvo. Después, aplaudió y se inclinó ante Toranaga, y todos aplaudieron a su señor, que se sintió feliz.

Toranaga se sentó en el centro de la estancia respirando con facilidad. Rako se apresuró a abanicarle y las otras jóvenes corrieron en busca de su quimono. Pero Toranaga empujó su propio quimono en dirección a Blackthorne y cogió el sencillo de éste. Mariko dijo:

—Mi señor dice que querría que aceptaras éste como regalo —y añadió—: Aquí se considera un gran honor recibir como obsequio el quimono, aunque sea muy viejo, del señor feudal.

—*Arigato goziemashita*, Toranaga-sama.

Blackthorne hizo una reverencia y después dijo a Mariko:

—Por favor, dile al señor Toranaga, con las frases más correctas que por desgracia aún no conozco, que lo conservaré como un tesoro y que aprecio aún más el honor que me ha hecho al bailar esta danza conmigo.

—El señor Toranaga dice que le ha gustado tu baile y que tal vez algún día te enseñará algunos de los nuestros. También quisiera que aprendieras el japonés lo más rápidamente posible.

—También a mí me gustaría. Y ahora, ¿quieres preguntar al señor Toranaga cuándo me devolverán mi barco?

—¿Qué?

—Mi barco, señora. Por favor, pregúntale cuándo me devolverán mi barco. Y mi tripulación. Todo el cargamento fue desembarcado y había veinte mil piezas de a ocho en la caja fuerte. Estoy seguro de que comprenderá que somos mercaderes, y aunque aprecio su hospitalidad, nos gustaría trocar los bienes que trajimos y volver a nuestro país. Tardaremos al menos dieciocho meses en llegar a casa.

—Mi señor dice que no debes preocuparte. Todo se hará lo antes posible. Pero, primero, debes recobrar tu vigor y tu salud. Saldrás al anochecer.

—Pero… hace cosa de una hora me dijiste que saldría dentro de unos días.

—Mi señor dice que es mejor y más conveniente para ti salir esta noche. Envía a dama Kiritsubo a Yedo a preparar su regreso. Irás con ella.

—Te ruego que le des las gracias. ¿Sería posible, puedo preguntar si sería posible poner en libertad a fray Domingo? Es un hombre que sabe muchas cosas.

—Mi señor dice que lo siente, pero que el hombre ha muerto. Envió a buscarlo cuando tú se lo pediste ayer, pero ya había muerto.

—¿Cómo murió? —preguntó Blackthorne, muy afligido.

—Mi señor dice que murió cuando lo llamaron por su nombre.

—¡Oh!

En aquel momento, entró precipitadamente un joven samurai, se inclinó ante Toranaga y esperó.

—*¿Nan ja?* —preguntó Toranaga.

Blackthorne no comprendió nada de lo que decían, salvo que creyó captar el seudónimo del padre Alvito: Tsukku. Vio que Toranaga lo miraba de reojo y advirtió en él la sombra de una sonrisa, y se preguntó si Toranaga habría enviado a buscar al sacerdote a causa de lo que él le había dicho.

—*Kare ni matsu yoni* —dijo secamente Toranaga.

—*Gyoi*.

El samurai hizo una reverencia y se marchó rápidamente. Toranaga se volvió a Blackthorne:

—¿*Nan ja*, Anjín-san?

—¿Algo más, capitán? —dijo Mariko.

—Sí. ¿Podría Toranaga cuidar también de mis tripulantes y hacer que los traten bien? ¿Los enviará también a Yedo?

—Mi señor dice que ha tomado las medidas necesarias. No tienes que preocuparte por ellos. Ni por tu barco.

—¿Está bien mi barco? ¿Cuidan de él?

—Sí. Dice que el barco está ya en Yedo.

Toranaga se levantó. Y todos empezaban a inclinarse cuando Blackthorne dijo, inesperadamente:

—Una última cosa…

Se interrumpió y se maldijo dándose cuenta de que era una descortesía. Toranaga había puesto claramente fin a la entrevista y ahora los presentes no sabían si terminar su reverencia, esperar o empezar de nuevo.

—¿*Nan ja*, Anjín-san? —dijo Toranaga, ahora con voz agria y viva, pues también se había sentido momentáneamente desconcertado.

—*Gomen nasai*, lo siento, Toranaga-sama. No quise ser descortés. Sólo quería preguntar si puedo hablar unos momentos con dama Mariko antes de marcharme. Me complacería mucho.

Ella lo preguntó.

Toranaga se limitó a lanzar un imperioso gruñido afirmativo y salió, seguido de Kiri y de su guardia personal.

«¡Quisquillosos bastardos! —dijo Blackthorne para sus adentros—. ¡Dios mío, aquí hay que andarse con mucho cuidado!»

Se enjugó la frente con la manga y vio una expresión de disgusto en el semblante de Mariko. Rako sacó apresuradamente un pañuelo de los que parecía tener una reserva inagotable y secreta en algún lugar de la parte de atrás de su obi. Entonces él se dio cuenta de que llevaba el quimono «del señor» y de que uno no debía secarse el sudor de la frente con la manga «del señor», y de que había cometido otra falta. «¡Nunca aprenderé, Dios mío, nunca aprenderé!»

—¿Anjín-san? —dijo Rako ofreciéndole saké.

Él le dio las gracias y lo bebió de un trago. Ella volvió a llenar la taza. Blackthorne vio que las frentes de todos estaban sudorosas.

—*Gomen nasai* —dijo disculpándose, y tomó la copa y la ofreció galantemente a Mariko—. No sé si esto es correcto o no, pero, ¿quieres un poco de saké? ¿Está permitido? ¿O tengo que golpear el suelo con la cabeza?

Ella se echó a reír.

—¡Oh, sí! Es absolutamente correcto, y no debes excusarte conmigo, capitán. Los hombres no se excusan con las mujeres. Todo lo que hacen es correcto. Al menos, así lo creen las damas.

Explicó a las chicas lo que había dicho, y éstas asintieron gravemente, pero con ojos reidores.

—Tú no podías saberlo, Anjín-san —siguió diciendo, y después bebió un sorbo y le devolvió la taza—. Gracias, pero el saké se me sube a la cabeza y me baja a las rodillas. El caso es que aprendes muy de prisa, aunque debe costarte mucho. No te preocupes, el señor Toranaga me dijo que tienes aptitudes excepcionales. Nunca te habría dado su quimono si no se hubiese sentido plenamente satisfecho.

—¿Envió a buscar a Tsukku-san?

—¿Al padre Alvito?

—Sí.

—Tendrías que habérselo preguntado a él, capitán. A mí no me lo dijo. E hizo bien, pues las mujeres no entendemos de cuestiones políticas. Y ahora, ya que quieres preguntarme algo, ¿puedo preguntarte yo primero?

—Desde luego.

—¿Cómo es tu señora, tu esposa?

—Tiene veintinueve años. Es alta, comparada contigo. Yo mido seis pies y dos pulgadas, y ella, unos cinco pies y ocho pulgadas. Por tanto, te pasa la cabeza, aunque es… proporcionada como tú. Su cabello es de color de… —señaló las vigas de cedro pulimentado, y todos las miraron y volvieron a mirarle a él—. Sí, aproximadamente de ese color. De un rubio ligeramente rojizo. Sus ojos son azules, mucho más azules que los míos, de un azul verdoso. Casi siempre lleva el cabello largo y suelto.

Mariko tradujo todo esto a los otros, y todos contuvieron el aliento y miraron las vigas de cedro y de nuevo a él, e incluso los guardias samurais prestaron atención. Rako preguntó algo.

—Rako-san pregunta si tiene el cuerpo como nosotras.

—Sí. Pero tiene las caderas más anchas y más redondas y la cintura más pronunciada y… bueno, generalmente nuestras mujeres son más redondeadas y tienen los senos más grandes.

—¿Son todas vuestras mujeres y vuestros hombres mucho más altos que nosotros?

—Generalmente, sí. Pero también tenemos bajitas. Vuestra pequeña estatura me parece deliciosa. Muy agradable.

Asa preguntó algo y el interés general aumentó.

—Asa pregunta si en cuestiones de almohada pueden compararse vuestras

mujeres con las nuestras.

—Perdón, no comprendo.

—¡Oh, discúlpame, por favor! Nosotros decimos asuntos de almohada para indicar la unión física del hombre y la mujer. Es más delicado que fornicación, *¿neh?*

—Yo… bueno… sólo he tenido una experiencia de almohada en este país… Fue…, en el pueblo…, y no lo recuerdo muy bien, pues estaba agotado por el viaje y medio dormido.

Mariko frunció el ceño.

—¿Sólo una vez desde que llegaste?

—Sí.

—Debes sentirte muy incómodo, *¿neh?* Una de esas damas estaría encantada de compartir la almohada contigo, Anjín-san. O las tres, si lo deseas.

—¿Eh?

—¡Claro! Pero si no quieres a ninguna de ellas, no debes preocuparte, porque no se ofenderán. Dime solamente la clase de dama que prefieres y la buscaremos.

—Gracias —dijo Blackthorne—. Ahora, no.

—¿Estás seguro? Discúlpame, pero Kiritsubo-san dejó instrucciones concretas en el sentido de que hay que proteger y mejorar tu salud. ¿Cómo puedes estar sano sin esto? Es muy importante para el hombre, *¿neh?* Sí, muchísimo.

—Gracias, pero no ahora —dijo Blackthorne, contrariado por el descaro y la falta de tacto de la sugerencia.

—Te aseguro que quedarías satisfecho, Anjín-san. ¡Oh! Tal vez… ¿Prefieres tal vez un muchacho?

—¿Eh?

—Un muchacho. Es muy sencillo, si lo deseas —dijo ella, con ingenua sonrisa y con toda naturalidad.

—¿Me ofreces en serio un chico?

—Pues claro, Anjín-san. ¿Qué te pasa? Sólo dije que te enviaríamos un muchacho si *tú* lo deseas.

—¡No lo deseo! —dijo Blackthorne, sofocado—. ¿Tengo cara de ser un maldito sodomita?

Sus palabras restallaron en la estancia. Todos lo miraron asombrados. Mariko se inclinó, desconsolada, tocando el suelo con la frente.

—Por favor, discúlpame. He cometido un terrible error. Te he ofendido, cuando sólo trataba de complacerte. Nunca había hablado con un extranjero antes de ahora, aparte los santos padres, y nada sé de vuestras costumbres íntimas. Los padres no hablan de estas cosas.

El jefe de los samurais, Kazu Oan, los observaba con irritación. Él respondía de la seguridad y de la salud del bárbaro y había visto con sus propios ojos la increíble merced que había hecho el señor Toranaga a Anjín-san, y ahora, Anjín-san estaba furioso.

—¿Qué le pasa? —preguntó con un tono amenazador, pues sin duda la estúpida mujer había dicho algo que había ofendido al importantísimo prisionero.

Mariko le explicó lo que había dicho y lo que le había respondido Anjín-san.

Oan se rascó la cabeza con incredulidad.

—¿Se ha puesto como un buey furioso sólo porque le has ofrecido un muchacho?

—Sí.

—Perdona, pero ¿lo has hecho cortésmente? ¿No habrás empleado una palabra grosera?

—¡Oh, no, Oan-san! Estoy segura.

—Nunca comprenderé a esos bárbaros —dijo Oan, desesperado—. Por lo que más quieras, cálmalo, Mariko-san. Debe de ser a causa de su larga abstinencia. Tú —ordenó a Sonó—, trae más saké, saké caliente, y toallas calientes. Tú, Rako, frota el cuello de ese diablo.

Cuando salieron corriendo las muchachas, se le ocurrió una idea:

—Me pregunto si será impotente. Su relato de aquella vez en el pueblo fue bastante vago, *¿neh?* Quizás el pobre hombre está furioso porque no puede hacerlo y tú sacaste a relucir el tema.

—Perdona, pero no lo creo. El médico dijo que era normal.

—Si fuese impotente, esto lo explicaría todo, *¿neh?* Cualquiera se habría puesto como él. Pregúntaselo.

Mariko hizo inmediatamente lo que le ordenaban y Oan se horrorizó al ver cómo se congestionaba la cara del bárbaro y cómo se llenaba la habitación de unos sonidos bárbaros horribles.

—Ha dicho «no» —murmuró Mariko.

—Y todo eso, ¿sólo quiere decir «no»?

—Es que, cuando se excitan, emplean muchas maldiciones elocuentes.

Oan empezaba a sudar de angustia pensando en su responsabilidad.

—¡Haz que se calme! —empezó a decir, pero se interrumpió de pronto porque vio llegar a Hiro-matsu.

Éste, que en circunstancias ordinarias era un ordenancista, se había mostrado como un tigre irritado durante las últimas semanas, y aquel día había sido aún peor. Había degradado a diez hombres por falta de pulcritud, había ordenado a dos samurais que se hicieran el harakiri por haber llegado tarde a su ronda, y cuatro encargados de la limpieza nocturna habían sido arrojados desde lo alto de la muralla por dejar caer parte de un contenedor en el jardín del castillo.

—¿Se ha portado bien, Mariko-san? —dijo Puño de Hierro, con irritación—, y Oan temió que la estúpida mujer que había armado todo el jaleo dijese la verdad haciendo que rodasen sus cabezas.

Pero, para su gran alivio, ella contestó:

—Sí, señor. Todo va bien. Gracias.

—Se te ordena partir con Kiritsubo-san.

—Sí, señor.

Mientras Hiro-matsu se alejaba para continuar su ronda, Mariko reflexionó sobre la causa de que la enviasen fuera. ¿Era simplemente para actuar de intérprete para Kiri y el bárbaro durante el viaje? ¿Era la cosa tan importante? ¿Se marchaban también las otras mujeres de Toranaga? ¿Y dama Sazuko? ¿No era peligroso para ésta el viaje por mar?

«¿Iré yo sola con Kiri —se preguntó—, o vendrá también mi esposo? Y si él se queda, ¿quién cuidará de su casa? ¿Y por qué tenemos que ir en barco? ¿Acaso no es segura la carretera de Tokaido? ¿Acaso nos atacaría Ishido? Tal vez. Dama Sazuko, Kiritsubo y las otras podrían ser buenos rehenes. ¿Será por esto que nos envían por mar?»

A Mariko nunca le había gustado el mar. Su sola visión le producía mareo. «Pero si tengo que ir, iré, y se acabó la cuestión.» *Karma*. Dejó de pensar en ello para centrar su atención en el problema más inmediato de aquel bárbaro extranjero que sólo le causaba preocupaciones.

Cuando Puño de Hierro hubo desaparecido, Oan levantó la cabeza y todos suspiraron. Asa llegó corriendo con el saké, seguida de cerca por Sonó que traía las toallas calientes.

Observaron cómo servían al bárbaro. Vieron el rostro tenso de éste, que aceptó el saké sin la menor satisfacción y recibió las toallas calientes con toda frialdad.

Mariko ofreció más saké a Blackthorne.

—No, gracias.

—Pido de nuevo disculpas por mi estupidez. ¿Querías hacerme alguna pregunta?

Blackthorne había visto que hablaban entre ellos, fastidiado por no poder entenderles y furioso por no poder maldecirles debidamente por su insulto.

—Sí. ¿Dijiste que la sodomía es aquí una cosa normal?

—¡Oh! Perdóname, pero, ¿no podemos hablar de otra cosa?

—Desde luego, señora. Pero, ante todo, para que pueda comprenderte, dime si la sodomía es una cosa normal en este país.

—Todo lo que tiene que ver con la almohada es normal —dijo ella, en tono desafiador, irritada por la falta de buenos modales y por la evidente imbecilidad del hombre.

Recordaba que Toranaga le había dicho que podía informarle ampliamente de cuestiones no políticas, pero que debía contarle después a él las preguntas que le había hecho Anjín-san. Además, no estaba dispuesta a aguantar sus tonterías, porque el Anjín seguía siendo un bárbaro y probablemente un pirata, y pendía sobre él una sentencia de muerte que había quedado en suspenso de momento porque así lo había querido Toranaga.

—El hecho de que un hombre vaya con otro hombre o con un muchacho, sólo les afecta a ellos. ¿Qué perjuicio causan a los demás, a ti o a mí? ¡Ninguno!

«¿Acaso soy una estúpida analfabeta —pensó— o soy uno de esos mercaderes idiotas que se dejan intimidar por los bárbaros? No. Yo soy una samurai. Sí, lo eres, Mariko. Pero eres también bastante tonta. Eres una mujer, y debes tratarlo como a un hombre cualquiera, si has de dominarlo. Halágalo, síguele la corriente y háblale con dulzura. Olvidaste tus armas. ¿Por qué te hace actuar como una niña de doce años?»

Deliberadamente, suavizó el tono de su voz.

—Pero si tú crees…

—La sodomía es un pecado horrible, algo maligno, una abominación condenada por Dios, y los bastardos que la practican son la escoria del mundo —la interrumpió Blackthorne, todavía furioso porque ella le había creído capaz de ser uno de éstos.

«¡Señor! ¿Cómo es posible? Pero domínate —se dijo—, ¡cualquiera diría que eres un puritano fanático o un calvinista! ¿Y por qué te pones tan furioso contra los sodomitas? ¿Será porque siempre se encuentra alguno en el mar,

porque son muchos los marineros que lo han probado al no poder soportar tantos meses de aislamiento? ¿Será porque tú mismo te sentiste tentado y te odiaste por sentir la tentación? ¿O será porque cuando eras pequeño tuviste que luchar para protegerte, hasta el punto de que en una ocasión estuvieron a punto de abusar de ti, pero pudiste escapar y matar a uno de los bastardos de una cuchillada en el cuello, y esto cuando sólo tenías doce años, y que fue la primera muerte de tu larga lista?»

—Es un pecado condenado por Dios, ¡un pecado contra las leyes de Dios y de los hombres! —gritó.

—Seguramente, esto son palabras cristianas que se aplican a otras cosas —replicó ella agriamente, sin pensarlo, irritada por la rudeza del hombre—. ¿Un pecado? ¿Dónde está el pecado en esto?

—Tú deberías saberlo. Eres católica, ¿no? Fuiste educada por los jesuitas, ¿no?

—Un santo padre me enseñó a hablar latín y portugués y a escribir en latín y en portugués. No sé qué significado das tú a ser católico, pero soy cristiana desde hace casi diez años, y ellos nunca me hablaron de esto. Nunca leí libros eróticos. Sólo libros religiosos. ¿El erotismo, un pecado? ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser pecaminoso algo que proporciona placer?

—¡Pregúntalo al padre Alvito!

«¡Ojalá pudiese hacerlo! —pensó ella, confusa—. Pero me ordenaron que sólo comentase con Kiri y con mi señor Toranaga lo que se dijese aquí. Pedí a Dios y a la Virgen que me ayudasen, pero han permanecido mudos. Sólo sé que, desde que llegaste aquí, todo ha sido un embrollo. Sólo me has causado preocupaciones…»

—Si es un pecado como tú dices, ¿por qué tantos sacerdotes budistas lo hacen y siempre lo han hecho? Incluso hay sectas que lo recomiendan como una forma de adoración. ¿Son malos por ello? ¡Claro que no! ¿Por qué han de privarse de un placer normal si no pueden tener trato con las mujeres?

—La sodomía es una abominación, contraria a todas las leyes. ¡Pregúntalo a tu confesor!

»Tú eres la única abominación, tú, capitán —habría querido gritarle Mariko —. ¿Cómo te atreves a ser tan rudo y cómo puedes ser tan estúpido? ¿Dijiste contra Dios? ¡Qué absurdo! Tal vez contra tu dios malvado. Dices que eres cristiano, pero evidentemente no lo eres, eres un embustero y un falsario. Quizá conoces cosas extraordinarias y has estado en lugares extraños, pero no eres

cristiano y sí un blasfemo. ¿Te ha enviado Satanás? ¿Un pecado eso? ¡Qué ridiculez!

»Te enfureces por cosas normales y actúas como un loco. Irritas a los santos padres, irritas al señor Toranaga, produces tensiones entre nosotros, atacas nuestras creencias y nos atormentas con insinuaciones sobre lo que es verdad y lo que no lo es, sabiendo que no podemos probar inmediatamente la verdad.

»Te desprecio, como desprecio a todos los bárbaros. Sí, los bárbaros destrozaron mi vida. ¿Acaso no odiaron a mi padre porque desconfiaba de ellos y pidió abiertamente al Dictador Goroda que los expulsara de nuestro país? ¿Acaso no envenenaron los bárbaros la mente del Dictador, haciendo que empezara a odiar a mi padre, su general más fiel, un hombre que lo había ayudado incluso más que el general Nakamura o que el señor Toranaga? ¿No fueron los bárbaros quienes hicieron que el Dictador insultara a mi padre, le volviera loco y le obligase a hacer lo indecible, siendo por ello causa de todas mis angustias?

»Sí, hicieron todo esto y aún más. Pero también trajeron la incomparable Palabra de Dios, y en las horas negras de mi aflicción, cuando me trajeron del odioso destierro a una vida aún más odiosa, el padre Visitador me mostró el Camino, abrió mis ojos y mi alma y me bautizó. Y el Camino me dio fuerza para resistir, llenó mi corazón de una paz infinita, me liberó del tormento perpetuo y me bendijo con la promesa de la Salvación Eterna.

»Pase lo que pase, estoy en manos de Dios. ¡Oh, Virgen Santa! Dale tu paz y ayuda a esta pobre pecadora para vencer a tu enemigo.»

—Pido perdón por mi rudeza —dijo—. Tienes motivo para haberte enojado. Soy una mujer tonta. Por favor, ten paciencia y disculpa mi estupidez, Anjín-san.

Inmediatamente se aplacó la ira de Blackthorne.

—Yo también pido disculpas, Mariko-san —dijo ablandándose un poco—, pero entre nosotros sugerir que un hombre es sodomita es el peor de los insultos.

«Entonces, sois tan tontos e infantiles como viles, toscos y mal educados», pensó. Pero dijo, aparentemente compungida:

—Tienes razón. No pretendí ofenderte, Anjín-sama. Acepta mis disculpas. Toda la culpa fue mía. Lo siento.

El sol había tocado el horizonte, y el padre Alvito seguía esperando en la sala de audiencias, con los libros de ruta en las manos.

Era la primera vez que Toranaga le hacía esperar, la primera vez, en muchos años, que esperaba para ver a su daimío e incluso al propio Taiko. Durante los últimos ocho años de gobierno del Taiko, había gozado del increíble privilegio de ser recibido inmediatamente. Pero este privilegio se lo había ganado gracias a su fluidez en la lengua japonesa y a su inteligencia para los negocios. Su conocimiento de las maniobras internas del comercio internacional había contribuido activamente a aumentar la inverosímil fortuna del Taiko, y Alvito se había convertido en el confidente de aquél, en una de las cuatro únicas personas —y en el único extranjero— que había visto todos los cuartos del tesoro personal del Taiko.

A unos cien pasos de allí, se elevaba el torreón del castillo. Tenía siete pisos de altura y estaba protegido por gran cantidad de muros, puertas y fortificaciones. En el piso cuarto había siete habitaciones con puertas de hierro. Todas ellas estaban llenas de lingotes de oro y de cofres de monedas de oro. En el piso de encima, estaba la plata, también en lingotes y en cofres llenos de monedas. Y en el de encima de éste, se guardaban las sedas raras, las porcelanas, los sables y las armaduras, el tesoro del Imperio.

«En las condiciones actuales —pensó Alvito—, aquello debía valer al menos cincuenta millones de ducados, más que la renta anual de todo el Imperio español, del Imperio portugués y de Europa en su conjunto. La más grande fortuna personal en efectivo de la Tierra. Con una centésima parte de ella podríamos construir una catedral en cada ciudad, una iglesia en cada pueblo y una misión en cada aldea del país. ¡Quién lo tuviese, para Gloria de Dios!»

El Taiko había ambicionado el poder. Y había codiciado el oro por el poder que daba sobre los hombres. El tesoro era el producto de dieciséis años de poder indiscutido, de los inmensos dones obligatorios que todos los daimíos tenían que ofrecer anualmente, por costumbre, y de los ingresos de sus propios feudos. El Taiko poseía personalmente, por derecho de conquista, la cuarta parte de todo el país. Su renta anual pasaba de los cinco millones de kokú. Y como era señor de todo el Japón, por mandato del Emperador, poseía en teoría todas las rentas de todos los feudos. No imponía contribuciones a nadie. Pero todos los daimíos, todos los samurais, todos los campesinos, artesanos, mercaderes, ladrones y bandidos, todos los bárbaros, e incluso los eta, contribuían voluntariamente y con esplendidez. Por su propia seguridad.

Alvito recordó la noche en que había muerto el Taiko. Éste lo había invitado a acompañarle en sus últimos momentos, junto con Yodoko-sama, esposa del

Taiko, y dama Ochiba, su consorte y madre del Heredero. Los tres habían velado y esperado en el embalsamado ambiente de aquella interminable noche de verano.

Después empezó la agonía y se produjo la muerte.

—Su alma se ha ido. Ahora está en manos de Dios —había dicho él, haciendo la señal de la cruz y bendiciendo el cadáver.

—Que Buda reciba a mi señor y le haga renacer muy pronto para que pueda empuñar de nuevo las riendas del Imperio —había dicho Yodoko, llorando en silencio.

Le había cerrado los ojos y había aseado el cadáver, tal como le correspondía por privilegio. Después, tristemente, había hecho tres reverencias y había salido dejando a Alvito con dama Ochiba.

La muerte del Taiko había sido dulce. Hacía meses que estaba enfermo, y aquella noche se previó el fin. Pocas horas antes de morir, había abierto los ojos y sonreído a Ochiba y a Yodoko, y había murmurado con un hilo de voz:

—Escuchad mi epitafio:

Como el rocío nací,
como el rocío me extingo.
El castillo de Osaka y todo cuanto hice
no es más que un sueño
dentro de un sueño.

Y después de una última sonrisa cariñosa a ellas y a él, había añadido:

—Velad por mi hijo todos vosotros.

Y sus ojos se habían nublado para siempre.

El padre Alvito recordaba cuánto le había conmovido esta última poesía, tan típica del Taiko. La invitación de éste le había hecho esperar que en el último momento el señor del Japón aceptaría la verdadera fe. No había sido así.

—¡Has perdido para siempre el Reino de Dios, pobre mortal! —había murmurado tristemente.

—¿Y si tu Reino de Dios está en un callejón sin salida de los bárbaros? —le había dicho dama Ochiba.

—¿Qué? —había preguntado él pensando que no había oído bien, pues conocía a dama Ochiba desde hacía casi doce años y siempre la había visto dócil

y sumisa, callada, dulce, sonriente y feliz.

—He dicho: ¿Y si tu Reino de Dios está en un callejón sin salida de los bárbaros?

—Que Dios te perdone. Tu señor acaba de morir y…

—El señor mi dueño ha muerto, y con él ha muerto la influencia que tenías sobre él. *¿Neh?* El quiso que estuvieras aquí, y bien está, pues tenía derecho a quererlo. Pero ahora está en el Gran Vacío y ya no tiene autoridad. Ahora mando yo. Tú, sacerdote, apestas, siempre has apestado, y tu hedor contamina el aire. ¡Sal de mi castillo y déjanos con nuestro dolor!

La triste luz de las velas había puesto un temblor en su semblante. Era una de las mujeres más bellas del mundo. Involuntariamente, él había hecho la señal de la cruz contra su maldad.

—¿*Nan ja*, Tsukku-san?

De momento, las palabras japonesas no tuvieron ningún significado para él.

Toranaga estaba de pie en el umbral, rodeado de sus guardias.

El padre Alvito hizo una reverencia poniéndose sobre sí y sintiendo que el sudor corría por su espalda y por su cara.

—Pido perdón por haber venido sin ser invitado. Estaba… estaba soñando despierto. Recordaba muchas cosas que tuve la dicha de presenciar en el Japón. Parece como si toda mi vida hubiera transcurrido aquí.

—Para fortuna nuestra, Tsukku-san.

Toranaga se dirigió con paso cansino al estrado y se sentó sobre el sencillo almohadón. Los guardias formaron, en silencio, una valla de protección a su alrededor.

—Llegaste aquí el tercer año de Tensho, ¿no?

—No, señor. Fue el cuarto, el Año de la Rata —respondió empleando su calendario, que le había costado meses comprender.

Todos los años se contaban partiendo de un año particular, elegido por el Emperador reinante. Una catástrofe o un suceso feliz podían terminar o empezar una era, al antojo de aquél. Se ordenaba a los eruditos que escogiesen un nombre de buen augurio, tomado de los antiguos libros de China, para la nueva era que podía durar un año o cincuenta años. Tensho significaba «Justicia del Cielo». El año anterior había estado marcado por un maremoto que había causado doscientos mil muertos. Y cada año recibía un número además de un nombre siguiendo este último la misma serie que servía para designar las horas: Liebre, Dragón, Serpiente, Caballo, Cabra, Mono, Gallo, Perro, Oso, Rata, Buey y Tigre.

El primer año de Tensho había coincidido con el Año del Gallo. De aquí que el año 1576 fuese el Año de la Rata, en el cuarto año de Tensho.

—Mucho ha ocurrido en estos veinticuatro años, *¿neh*, amigo mío?

—Sí, señor.

—Sí. El auge de Goroda y su muerte. El auge del Taiko y su muerte. ¿Y ahora?

—Esto está en manos del Infinito —dijo Alvito empleando un término que podía significar Dios y también Buda.

—Ni el señor Goroda ni el señor Taiko creían en ningún dios ni en el Infinito.

—¿No dijo el señor Buda que muchos caminos conducen al *nirvana*, señor?

—¡Ah! Eres un hombre prudente, Tsukku-san. ¿Cómo, siendo tan joven, puedes ser tan prudente?

—Sinceramente desearía serlo, señor. Así os podría ser de más ayuda.

—¿Querías verme?

—Sí. Pensé que el asunto era lo bastante importante para venir sin previa invitación.

Alvito sacó los libros de ruta de Blackthorne y los depositó en el suelo, delante de Toranaga, y le dio las explicaciones sugeridas por Dell'Aqua. Vio que las facciones de Toranaga se endurecían, y se alegró de ello.

—¿Prueba de su *piratería*?

—Sí, señor. Los libros de ruta contienen incluso el texto exacto de las órdenes, entre las cuales figura ésta: «… en caso necesario, desembarcar con todas las fuerzas y apoderarse de cualquier territorio alcanzado o descubierto». Si lo deseas, puedo hacer una traducción literal de todos los pasajes pertinentes.

—Tradúcelo todo. Rápidamente —dijo Toranaga.

—Hay algo más, que el padre Visitador cree que debes saber.

Alvito contó a Toranaga todo lo referente a los mapas y los informes y al Buque Negro tal como habían convenido, y se alegró al ver la complacida reacción del otro.

—¡Excelente! —dijo Toranaga—. ¿Estás seguro de que el Buque Negro anticipará su salida?

—Sí —respondió Alvito con firmeza.

—Bien. Di a tu señor que espero sus informes con impaciencia, aunque supongo que tardará algunos meses en comprobar correctamente los hechos.

—Dijo que preparará los informes lo antes posible. Y te enviaremos los

mapas que deseas. ¿Es posible que el capitán general tenga pronto sus licencias? Esto facilitaría muchísimo la salida anticipada del Buque Negro, señor Toranaga.

—¿Garantizas que el barco llegará pronto?

—Nadie puede garantizar el viento y las tormentas en el mar. Pero el barco saldrá anticipadamente de Macao.

—Tendrás las licencias antes de anochecer —dijo Toranaga y despidió a sus guardias.

Era la primera vez que Alvito veía a un daimío sin escolta.

—Ven y siéntate aquí, Tsukku-san.

Toranaga señaló un sitio a su lado en el estrado. Alvito nunca había recibido semejante invitación. ¿Era un voto de confianza… o una sentencia?

—La guerra está a punto de estallar —dijo Toranaga.

—Sí.

Los señores cristianos Onoshi y Kiyama se oponen extrañamente a mis deseos. Circulan malos rumores, *¿neh?* Sobre ellos y sobre otros daimíos cristianos.

—Los hombres prudentes deben llevar siempre en su corazón los intereses del Imperio.

—Sí. Pero mientras tanto, y contra mi voluntad, el Imperio se ha dividido en dos bandos. El mío y el de Ishido. Por consiguiente, todos los intereses del Imperio están en un bando o en el otro. ¿Dónde están los intereses de los cristianos?

—Tenemos prohibido intervenir en política, señor.

—¿Creéis que Ishido os favorecerá? —La voz de Toranaga se endureció—. Es absolutamente contrario a vuestra religión. Ishido quiere poner en vigor los Decretos de Expulsión del Taiko y cerrar todo el país a los bárbaros. Yo quiero la expansión del comercio.

—Nosotros no tenemos influencia sobre ninguno de los daimíos cristianos.

—Entonces, ¿cómo puedo yo influir en ellos?

—No sé lo bastante para atreverme a aconsejarte.

—Sabes lo bastante, viejo amigo para comprender que, si Kiyama y Onoshi se coaligan contra mí poniéndose al lado de Ishido y de toda su ralea, los otros daimíos cristianos no tardarán en seguirles, y la proporción será de veinte hombres de los suyos contra uno de los míos.

—¿No hay manera de evitar la guerra? Si estalla, nunca acabará.

—También yo lo creo. Y todo el mundo saldrá perdiendo: nosotros y los

bárbaros y la Iglesia Cristiana. En cambio, si todos los daimíos cristianos se pusieran de mi parte abiertamente, no habría guerra. Aunque Ishido levantara la bandera y se rebelase, los regentes podían aplastarlo como a un gusano.

Alvito sintió que el nudo se apretaba alrededor de su cuello.

—Nosotros sólo estamos aquí para predicar la Palabra de Dios. No para meternos en política, señor.

—Vuestro jefe anterior ofreció al Taiko los servicios de los daimíos cristianos de Kiusiu antes de que hubiese sometido aquella parte del Imperio.

—Se equivocó al hacerlo. No tenía autoridad de la Iglesia ni de los propios daimíos.

—Pronto tendrá cada uno que tomar partido, Tsukku-san, Sí. Muy pronto.

Alvito sintió físicamente la amenaza.

—Siempre estoy dispuesto a servirte.

—Si pierdo, ¿morirás conmigo?

—Mi vida y mi muerte están en manos de Dios.

—¡Oh, sí! ¡Tu Dios cristiano! —Toranaga movió un poco su sable y se inclinó—. Si Onoshi y Kiyama se ponen de mi parte en el término de cuarenta días, el Consejo de Regentes revocará los Decretos del Taiko.

«¿Hasta dónde puedo llegar? —se preguntó Alvito, desesperado—. ¿Hasta dónde?»

—No podemos influir en ellos como tú crees —dijo en voz alta.

—Tal vez tu jefe podría ordenárselo. *¡Ordenárselo!* Ishido os traicionará, a vosotros y a ellos. Le conozco bien. Y también dama Ochiba. ¿Acaso no influye ya cerca del Heredero contra vosotros?

«Sí —habría querido gritar Alvito—. Pero Onoshi y Kiyama han obtenido en secreto un compromiso jurado y escrito de Ishido confiándoles el nombramiento de todos los tutores del Heredero, uno de los cuales será cristiano. Y Onoshi y Kiyama han jurado solemnemente que están convencidos de que tú traicionarás a la Iglesia, en cuanto hayas eliminado a Ishido.»

—El padre Visitador no puede darles órdenes, señor. Sería una injerencia imperdonable en vuestra política.

—Onoshi y Kiyama, dentro de cuarenta días, y se derogarán los Decretos del Taiko… y se acabarán también los malos sacerdotes. Los regentes les prohibirán la entrada en el Japón.

—¿Qué?

—Sólo quedaréis tú y los tuyos. Ninguno de los otros… los apestosos

mendigos de sotana, los peludos descalzos. Los que sólo lanzan estúpidas amenazas y no hacen más que crear conflictos. Si queréis, tendréis las cabezas de todos los que están aquí.

Todo el ser de Alvito se puso alerta. Nunca había sido tan franco Toranaga. El menor resbalón podía ofenderle y convertirlo para siempre en enemigo de la Iglesia.

«¡Piensa en lo que ofrece Toranaga! ¡La exclusiva en todo el Imperio! Lo único que garantizaría la pureza y la seguridad de la Iglesia en su período de crecimiento. Algo que sólo Toranaga puede darnos. Con Kiyama y Onoshi apoyándole abiertamente, Toranaga podría aplastar a Ishido y dominar el Consejo.»

—No estoy autorizado para responderte, señor, ni para hablar de estos asuntos, *¿neh?* Sólo te digo que nuestro fin es salvar almas —dijo.

—Tengo entendido que mi hijo Naga se interesa por vuestra fe cristiana.

«¿Es una amenaza o una oferta? —se preguntó Alvito—. ¿Me está ofreciendo su permiso para que Naga abrace la fe —¡qué golpe magnífico sería! — o me dice que si no cooperamos nos lo prohibirá?»

De pronto, Alvito se dio cuenta de la enormidad del dilema con que se enfrentaba Toranaga. «Está atrapado, tiene que hacer un convenio con nosotros —pensó entusiasmado—. Tiene que darnos lo que queramos, si accedemos a hacer un trato con él. ¡Al fin confiesa francamente que los daimíos cristianos tienen la balanza del poder! ¿Qué más podemos pedir? Nada. Excepto…»

Miró deliberadamente los libros de ruta que había dejado delante de Toranaga. Éste alargó la mano y los guardó en la manga de su quimono.

—¡Ah, sí, Tsukku-san! —dijo con voz misteriosa y cansada—. También está el nuevo bárbaro, el pirata. El enemigo de tu país. Pronto vendrán en gran número, *¿neh?* Se les puede disuadir… o animar. Como a ese pirata, *¿neh?*

El padre Alvito comprendió que podían tenerlo todo. «¡Pero sólo queremos lo ofrecido! Si sólo dependiese de mí, me arriesgaría. Conozco a Toranaga y apostaría por él. Sí, amenazaría a Onoshi y a Kiyama con la excomunión si se negaran a apoyarle con tal de ganar estas concesiones para la Madre Iglesia. Dos almas a cambio de decenas de millares, de centenas de millares, de millones. Pero no puedo decidir nada. Sólo soy un mensajero.»

—Necesito ayuda, Tsukku-san —dijo—. Y la necesito ahora.

—Yo haré todo lo que pueda, Toranaga-sama. Te lo prometo.

Entonces, Toranaga dijo rotundamente:

—Esperaré cuarenta días. Sí. Cuarenta días.

Alvito hizo una reverencia. Toranaga le devolvió el saludo inclinándose más ceremoniosamente que nunca, casi como si lo hiciese ante el propio Taiko. El sacerdote se levantó, emocionado. Salió de la estancia y echó a andar por el pasillo. Aceleró el paso. Empezó a correr.

Toranaga observó al jesuita desde una aspillera, al cruzar éste el jardín. El shoji se entreabrió de nuevo, pero él despidió a los guardias con una maldición y les ordenó bajo pena de muerte que lo dejasen solo. Con la mirada siguió atentamente a Alvito a través de la puerta fortificada y del patio hasta que el sacerdote se perdió en el laberinto de las fortificaciones interiores.

Y después, en la soledad y en el silencio, Toranaga sonrió. Se arremangó el quimono y se puso a bailar un baile marinero.

CAPÍTULO XXI

Poco después de anochecer, Kiri bajó nerviosamente la escalera, acompañada por dos doncellas. Su litera con cortinas estaba junto a la cabaña del jardín. Una voluminosa capa envolvía su quimono de viaje y llevaba un gran sombrero de ala ancha sujeto con una cinta atada debajo del mentón.

Dama Sazuko la esperaba pacientemente en la galería, en avanzado estado de embarazo, y Mariko estaba cerca de ella. Blackthorne se apoyaba en la pared, cerca de la puerta fortificada. Llevaba el quimono con cinto de los Pardos, calcetines tabi y sandalias militares. En el patio, más allá de la puerta, la escolta de sesenta samurais fuertemente armados aparecía en correcta formación. Uno de cada tres hombres llevaba una antorcha. Al frente de los soldados, Yabú hablaba con Buntaro, el esposo de Mariko, un hombre bajo, robusto y casi sin cuello.

La promesa del verano flotaba en la tenue brisa, pero nadie lo advertía, salvo Blackthorne, que percibía también la tensión que los envolvía a todos. Él era el único que iba desarmado.

Kiri se dirigió a la galería.

—No deberías estar aquí esperando, Sazuko-san. ¡Te vas a enfriar! Estas noches de primavera son muy húmedas.

—No tengo frío, Kiri-san. Hace una noche deliciosa.

—¿Todo va bien?

—¡Oh, sí! Todo es perfecto.

Yabú, que era mayor que Buntaro, era nominalmente el jefe de la expedición. Había visto llegar a Kiri y cruzó la puerta para saludarla. Buntaro le siguió.

—¡Oh, señor Yabú! ¡Señor Buntaro! —dijo Kiri inclinándose con dificultad —. Siento haberos hecho esperar. El señor Toranaga iba a bajar, pero al fin decidió no hacerlo. Márchate ahora mismo, me dijo. Por favor, aceptad mis disculpas.

—No son necesarias —dijo Yabú, que quería alejarse del castillo lo antes posible, y salir de Osaka y volver a Izú. Casi no podía creer que conservaba la cabeza, el bárbaro, las armas y todo lo demás. Había enviado mensajes urgentes

por palomas mensajeras a su esposa, que estaba en Yedo, para asegurarse de que todo estuviera preparado en Mishima, y a Omi, en la aldea de Anjiro.

—¿Estás lista?

Brillaron unas lágrimas en los ojos de Kiri.

—Déjame recobrar el aliento y subiré a la litera. ¡Oh, no quisiera tener que marcharme!

Miró a su alrededor buscando a Blackthorne, y por fin lo vio entre las sombras.

—¿Quién es responsable de Anjín-san hasta que lleguemos al barco?

—He ordenado que camine al lado de la litera de mi esposa —dijo secamente Buntaro—. Si ella no puede dominarle, lo haré yo.

—Tal vez, señor Yabú, podrías escoltar a dama Sazuko…

—*¡Guardias!*

El grito de alerta procedía del patio. Buntaro y Yabú cruzaron corriendo la puerta fortificada y todos los hombres les siguieron, y otros salieron de las fortificaciones interiores.

Ishido bajaba por el paseo, entre las murallas del castillo, al frente de doscientos Grises. Se detuvo en el patio, frente a la puerta, e hizo una ceremoniosa reverencia.

—Espléndida noche, señor Yabú.

—Sí, ciertamente.

Ishido saludó descuidadamente a Buntaro, el cual le correspondió con el mínimo de cortesía permisible. Los dos habían sido generales predilectos del Taiko. Buntaro había mandado uno de los regimientos en Corea, cuando Ishido tenía el mando supremo. Los dos se habían acusado recíprocamente de traición. Sólo la intervención personal y una orden directa del Taiko habían evitado la efusión de sangre y una venganza.

Ishido observó a los Pardos. Después, su mirada tropezó con Blackthorne. Vio la media reverencia de éste y correspondió con un movimiento de cabeza. A través de la puerta, pudo ver las tres mujeres y la otra litera.

Volvió a mirar a Yabú.

—Cualquiera diría que vais todos a la guerra, Yabú-san, en vez de formar una escolta ceremonial para dama Kiritsubo.

—Hiro-matsu-san lo ordenó a causa del asesino Amida…

Yabú se interrumpió al ver que Buntaro avanzaba con talante agresivo y se plantaba en el centro de la puerta.

—Siempre estamos dispuestos para el combate con o sin armadura. Cada uno de los nuestros puede luchar contra diez hombres y contra cien comedores de ajos.

La sonrisa de Ishido estaba llena de desprecio y el tono de su voz era burlón al decir:

—¡Oh! Tal vez pronto tendréis oportunidad de luchar contra hombres de verdad, no contra comedores de ajos.

—¿Cuándo? ¿Por qué no esta noche? ¿Por qué no aquí?

Yabú se interpuso cautelosamente entre los dos. También él había estado en Corea, y sabía que los dos habían dicho la verdad y que ninguno era de fiar, Buntaro menos que Ishido.

—Esta noche no, porque estamos entre amigos, Buntaro-san —dijo, apaciguador, queriendo desesperadamente evitar un choque que los encerraría para siempre en el castillo.

—¿Qué amigos? ¡Conozco a los amigos y a los enemigos! —gritó Buntaro volviéndose hacia Ishido—. ¿Quién es ese hombre o esos hombres de verdad de quienes hablabas, Ishido-san? ¡Que salga, que salgan de sus agujeros y se planten delante de mí, de Toda Buntaro, señor de Sakura, si es que tienen agallas!

Ishido le dirigió una mirada maligna.

—No es el momento, Buntaro-san —dijo Yabú—. Amigos o ene…

—¿Amigos? ¿Dónde? ¿En ese montón de basura? —Y Buntaro escupió en el polvo.

Uno de los Grises llevó la mano a la empuñadura del sable y diez Pardos lo imitaron. Cincuenta Grises hicieron lo propio una fracción de segundo después, y todos esperaron que Ishido desenvainase el sable como señal de ataque.

Entonces salió Hiro-matsu de las sombras del jardín, cruzó la puerta y se plantó en el patio haciendo oscilar entre sus manos el sable casi fuera de la vaina.

—A veces se encuentran amigos entre la basura, hijo mío —dijo tranquilamente.

Las manos aflojaron su presión sobre las empuñaduras de los sables y aflojaron la tensión de los arcos armados con flechas.

—Tenemos amigos en todo el castillo —prosiguió—. Y en toda Osaka. Nuestro señor Toranaga lo dice siempre. ¿No es cierto, hijo mío?

Haciendo un enorme esfuerzo, Buntaro asintió con una inclinación de cabeza

y retrocedió un paso. Pero seguía impidiendo la entrada del jardín.

Hiro-matsu volvió su atención a Ishido.

—No te esperábamos esta noche, Ishido-san.

—He venido a presentar mis respetos a dama Kiritsubo. Sólo hace unos momentos que me han informado de que alguien se marchaba.

—¿Es posible que mi hijo tenga razón? ¿Debemos pensar que no estamos entre amigos? ¿Acaso somos rehenes?

—No. Pero el señor Toranaga y yo convinimos el protocolo a observar durante su visita. Hay que avisar con un día de antelación la llegada y la salida de los altos personajes a fin de que yo pueda presentarles mis respetos.

—Ésta ha sido una decisión súbita del señor Toranaga. No consideró que el hecho de enviar a una de sus damas a Yedo fuese lo bastante importante para tener que molestarte —dijo Hiro-matsu—. El señor Toranaga está preparando su partida.

—¿Ha decidido ya cuándo será?

—Sí. El día en que terminen las sesiones de los regentes. Serás informado en el momento oportuno de acuerdo con el protocolo.

—Bien. Lo cierto es que la reunión puede aplazarse otra vez. El señor Kiyama ha empeorado en su dolencia.

—¿Se ha acordado el aplazamiento o no?

—Sólo he dicho que podría aplazarse. Sería un placer tener al señor Toranaga con nosotros durante mucho tiempo, *¿neh?* ¿Cazará conmigo mañana?

—Yo le he pedido que cancele todas las cacerías hasta que se celebre la reunión. Si un puerco asesino puede filtrarse con tanta facilidad entre los centinelas, ¿no sería aún más fácil la traición fuera del recinto del castillo?

Ishido no recogió el insulto. Sabía que éste enardecería aún más a sus hombres, pero todavía no le interesaba prender fuego a la mecha.

—Como sabes muy bien —dijo—, todos los jefes de la guardia de aquella noche han sido enviados al Gran Vacío. Desgraciadamente, los Amidas son poderosos. Pero serán aplastados muy pronto. Y ahora, tal vez podré presentar mis respetos a Kiritsubo-san.

Ishido avanzó, seguido de su guardia personal de Grises. De pronto, se detuvieron. Buntaro tenía una flecha en su arco y aunque apuntaba al suelo el arco estaba completamente tenso.

—Los Grises no pueden cruzar esta puerta. ¡Así lo dispone el protocolo!

—¡Soy gobernador del castillo de Osaka y jefe de la guardia personal del

Heredero! ¡Puedo ir a donde me plazca!

Una vez más, Hiro-matsu controló la situación.

—Cierto que eres jefe de la guardia personal del Heredero y que puedes ir a donde quieras. Pero solamente pueden acompañarte cinco hombres al cruzar esta puerta. ¿No lo conviniste así con mi señor durante su estancia aquí?

—¡Cinco o cincuenta, qué más da! Este insulto es intolerable.

—¿Insulto? Mi hijo no ha pretendido insultarte. Sólo sigue órdenes acordadas contigo por su señor. Cinco hombres. ¡Cinco! —dijo autoritariamente volviéndose hacia su hijo—. El señor Ishido nos hace el honor de querer saludar a dama Kiritsubo.

El viejo había sacado dos pulgadas de sable de la vaina, y nadie sabía si lo había hecho para atacar a Ishido si empezaba la lucha, o para rebanar la cabeza de su hijo si éste apuntaba la flecha. Todos sabían que no había el menor cariño entre padre e hijo, sino sólo un mutuo respeto por la malignidad del otro.

—Bueno, hijo mío, ¿qué dices al jefe de la guardia del Heredero?

El sudor corría por la cara de Buntaro. Al cabo de un momento, se apartó a un lado y aflojó la tensión del arco. Pero no quitó la flecha.

Ishido había visto muchas veces a Buntaro disparando flechas en los concursos a doscientos pasos y lanzando seis de ellas antes de que la primera diese en el blanco, con una asombrosa puntería. De buen grado habría ordenado el ataque para acabar de una vez con el padre, el hijo y todos los demás. Pero sabía que sería una estupidez empezar con ellos y no con Toranaga. Además, Ochiba había prometido influir cerca del viejo Puño de Hierro para atraerlo a su bando, cuando llegase el momento. Se preguntó una vez más qué poder secreto tendría sobre él. Había ordenado a dama Ochiba que saliera de Yedo, a ser posible, antes de la reunión de los regentes. Su vida no valdría un grano de arroz después de la inculpación de Toranaga, convenida con los otros regentes y que iría seguida del harakiri impuesto por la fuerza en caso necesario.

Ishido penetró en el jardín, acompañado de Hiro-matsu y de Yabú. Les siguieron cinco guardias. Ishido se inclinó ceremoniosamente y deseó buen viaje a Kiritsubo. Después, satisfecho porque todo estaba en orden, dio media vuelta y se marchó.

—Mejor que os pongáis en marcha ahora mismo, Yabú-san —dijo Hiro-matsu.

—Sí. En seguida.

Kiri apartó el grueso velo que pendía del ala de su ancho sombrero.

—¡Oh, Yabú-sama! ¿Quieres acompañar a dama Sazuko al interior? Te lo ruego.

—Desde luego.

Sazuko saludó y se alejó apresuradamente, seguida de Yabú. La joven subió corriendo la escalera. Cuando estaba casi arriba, resbaló y cayó.

—¡El niño! —chilló Kiri—. ¿Se ha hecho daño?

Todos los ojos se fijaron en la joven caída. Mariko corrió hacia ella, pero Yabú llegó primero. La ayudó a levantarse. Sazuko estaba más asustada que lesionada.

—Estoy bien —dijo jadeando un poco—. No os preocupéis, estoy perfectamente. ¡Qué tonta he sido!

Cuando se hubo asegurado de que todo estaba bien, Yabú volvió al patio y se dispuso a partir inmediatamente.

Mariko volvió a la puerta, visiblemente aliviada. Blackthorne estaba en el jardín y parecía sorprendido.

Kiri estaba ya en la litera, detrás de las traslúcidas cortinas, con el velo cubriendo su cara. «¡Pobre mujer! —pensó Mariko—. Está tratando de ocultar sus lágrimas. Yo también estaría aterrorizada si tuviese que abandonar como ella a mi señor.»

—¿Qué quería Ishido? —le preguntó Blackthorne.

—Estaba… No sé la palabra correcta. Investigando… haciendo una visita de inspección sin previo aviso.

—¿Por qué?

—Es el jefe del castillo —dijo ella no queriendo revelar la verdadera razón.

Yabú gritó una orden y la columna se puso en marcha. Mariko subió a su litera dejando las cortinas entreabiertas. Buntaro hizo una seña a Blackthorne para que se apartara. Éste obedeció.

Esperaron a que pasara la litera de Kiri. Blackthorne miró fijamente la confusa y velada figura y oyó unos sollozos apagados. Las dos asustadas doncellas, Asa y Sonó, caminaban a su lado. Después miró hacia atrás por última vez. Hiro-matsu estaba solo, delante de la pequeña cabaña, apoyado en su sable. Los samurais cerraron la enorme puerta fortificada. No había guardias en el patio. Todos estaban en la fortaleza.

—¿Qué pasa? —preguntó Blackthorne.

—¿Qué dices, Anjín-san?

—Parece que estén sitiados. Pardos contra Grises. ¿Esperan jaleo? ¿Más

jaleo?

—Perdona, pero es normal que se cierren las puertas por la noche —dijo Mariko.

Él echó a andar a su lado, al ponerse en marcha la litera. Buntaro y el resto de la retaguardia siguieron detrás de él. Blackthorne observaba la primera litera, el paso bamboleante de los portadores y la confusa figura del interior. Estaba muy excitado, aunque trataba de disimularlo. Cuando Kiritsubo había gritado, todos habían mirado a la joven caída en la escalera, pero él vio que Kiritsubo se metía con sorprendente rapidez en la cabaña y volvía a salir al cabo de un momento para subir inmediatamente a la litera y correr las cortinas. Pero sus miradas se habían cruzado un breve instante. Era Toranaga.

CAPÍTULO XXII

El pequeño cortejo que rodeaba las dos literas avanzó lentamente por el laberinto del castillo y entre los continuos puestos de vigilancia. En cada uno de éstos, después de las reverencias de ritual, se examinaban minuciosamente los documentos y un capitán y un grupo de Grises los escoltaban hasta el puesto siguiente. Y cada vez, Blackthorne observaba con creciente alarma al capitán de la guardia acercarse a las corridas cortinas de la litera de Kiritsubo. Pero el hombre se inclinaba cortésmente ante la figura entrevista, que seguía ahogando sus sollozos, y les mandaba seguir adelante.

«¿Quién más lo sabe? —se preguntaba desesperadamente Blackthorne—. Las doncellas deben de saberlo. Por eso están tan asustadas. Hiro-matsu lo sabe también, y dama Suzuko, la muy comediante. ¿Y Mariko? No lo creo. ¿Y Yabú? ¿Se fiaría Toranaga de él? ¿Y ese loco sin cuello de Buntaro? Probablemente, no. Evidentemente, es un intento de fuga bien secreto. Pero, ¿por qué arriesga Toranaga su vida fuera del castillo? ¿No estaba más seguro dentro de él? ¿Por qué el secreto? ¿De quién está tratando de escapar? ¿De Ishido? ¿De los asesinos? ¿De alguna otra persona del castillo? Probablemente, de todos.»

Blackthorne deseaba hallarse a salvo en la galera y en alta mar.

—¿Te cansas, Anjín-san? —preguntó delicadamente Mariko—. Si quieres, puedes subir y yo iré andando.

—Gracias —respondió él secamente echando en falta sus botas, pues aún no se había acostumbrado a las sandalias—. Mis piernas están bien. Sólo deseo estar a salvo en el mar.

—¿Es siempre seguro el mar?

—A veces, señora. Pero no siempre.

En el puesto siguiente de guardia, el nuevo capitán de los Grises se acercó más que los otros mientras las doncellas le hacían profundas reverencias y le cerraban el paso sin dar la impresión de que lo hacían adrede. El capitán miró a Blackthorne y se acercó a él. Después de un incrédulo escrutinio, habló a Mariko, la cual sacudió la cabeza y le respondió. El hombre gruñó y volvió junto a Yabú. Le devolvió los documentos y, con un ademán, indicó que el cortejo podía seguir su camino.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Blackthorne.

—Me ha preguntado de dónde eres y cuál es tu país.

—Pero tú has movido la cabeza. ¿Era esto una respuesta?

—¡Oh! Perdona —dijo ella—. Quería saber si los remotos antepasados de tu pueblo estaban relacionados con el *kami*, el espíritu, que vive en el Norte, en el borde de China. Hasta hace poco pensábamos que China era el único lugar civilizado del mundo, además del Japón, *¿neh?*

En realidad, el capitán le había preguntado si creía que el bárbaro era descendiente de Harinwakairi, el *kami* protector de los gatos, añadiendo que aquel tipo apestaba como un gato en celo, como se suponía que apestaba el *kami*.

Otro puesto de vigilancia. Blackthorne no podía comprender cómo se mostraban todos tan corteses y pacientes, siempre haciendo reverencias, entregando y recogiendo los documentos, sonriendo y sin que nadie diese muestras de irritación. «¡Qué diferentes son de nosotros!»

Miró la cara de Mariko, parcialmente oculta por el velo y por el ancho sombrero. Pensó que era muy bonita y se alegró de haber puesto en claro lo referente a la equivocación cometida por ella. «Al menos —pensó— no volverá a venirme con aquellas sandeces. Son unos maricas bastardos. ¡Eso es lo que son!»

Después de aceptar las excusas de ella, la había interrogado sobre Yedo y las costumbres japonesas y sobre Ishido y el castillo evitando siempre el tópico del sexo. Ella le había respondido prolijamente, pero eludiendo toda clase de explicación política. Sus respuestas habían sido informativas, pero innocuas. Sin embargo, se había marchado pronto con las doncellas, dejándolo solo con los guardias samurais.

El hecho de verse vigilado tan de cerca le ponía nervioso. «Siempre hay alguien rondando a mi alrededor —pensó—. Son demasiados. Son como hormigas. Me gusta, de vez en cuando, la paz de una puerta cerrada, pero cerrada por dentro, no por fuera. Ansió estar de nuevo a bordo, a pleno aire, en alta mar. Aunque sea en esa galera panzuda como una marrana.»

Al cruzar el castillo de Osaka se dio cuenta de que cuando estuviesen en el mar donde él era el rey, tendría a Toranaga en su elemento. «Nos sobrará tiempo para hablar. Mariko traducirá y podré solucionarlo todo. Tratos comerciales, el barco, la devolución de nuestra plata y el precio de los mosquetes y de la pólvora, si quiere comprarlos. Convendré con él en volver el próximo año con todo un cargamento de seda. Siento lo de fray Domingo, pero aprovecharé su

información. Cogeré el *Erasmus* y remontaré con él el Río de las Perlas hasta Cantón y romperé el bloqueo portugués y chino. Devolvedme mi barco y seré rico. ¡Más rico que Drake! Cuando vuelva a casa, contrataré a todos los lobos de mar, desde Plymouth hasta el Zuiderzee, y nos apoderaremos de todo el comercio de Asia. Donde Drake le tiró de la barba a Felipe, yo le cortaré los testículos. Sin la seda, Macao está muerta, y sin Macao está muerta Malaca. Y después, Goa. Podremos enrollar el Imperio portugués como una alfombra.

»¿Queréis el comercio de la India, Majestad? ¿De África? ¿De Asia? ¿Del Japón? ¡Podéis tenerlo todo en cinco años!

»¡Levántate, *Sir* John!

»Sí. Con un poco de tiempo, el título de caballero estará al alcance de mi mano. Y tal vez más. Los capitanes y los navegantes pueden convertirse en almirantes, caballeros, lores e incluso condes.

»En tres años, podré hacer tres viajes. Conozco los monzones y los grandes temporales, pero el *Erasmus* navega bien de bolina y no lo cargaremos demasiado… ¡Un momento! ¿Por qué no hacer las cosas bien y olvidar las pequeñas cantidades? ¿Por qué no apoderarme este año del Buque Negro? ¡Entonces lo tendría todo! ¿Cómo? Fácilmente, si va sin escolta y lo pillamos por sorpresa. Pero no tengo bastantes hombres. Sin embargo, los hay en Nagasaki. ¿No es donde están todos los portugueses? ¿No dijo Domingo que era casi como un puerto portugués? Y Rodrigues dijo lo mismo. Y en sus barcos siempre hay marineros que fueron embarcados por la fuerza o que están dispuestos a cambiar de embarcación con tal de ganar dinero, sin que les importe un bledo el capitán o el pabellón. ¿He dicho tres años? Bastará con dos para hacerme rico y famoso. Y después, me despediré del mar. ¡Para siempre!»

Toranaga era la clave. ¿Cómo iba a manejarlo?

Pasaron otro puesto de guardia y doblaron una esquina. Delante de ellos estaban el último rastrillo y la última puerta del castillo propiamente dicho, y más allá, el último puente levadizo y el último foso.

Entonces, Ishido salió de entre las sombras.

Los Pardos lo vieron casi todos en el mismo instante. Un estremecimiento de hostilidad recorrió sus filas. Buntaro casi saltó para acercarse a la cabeza de la columna.

—¡Ese bastardo lo echará todo a perder, con su afán de lucha! —dijo Blackthorne.

—¿Señor? ¿Qué has dicho, señor?

—Sólo he dicho que tu marido…, que Ishido saca en seguida de quicio a tu marido.

Ella no respondió. Yabú se detuvo. Despreocupadamente, tendió el salvoconducto al capitán del puesto y se acercó a Ishido.

—No esperaba volver a verte tan pronto. Tus guardias son muy eficaces.

—Gracias —dijo Ishido observando a Buntaro y la litera cerrada.

—Debería bastar con una comprobación de nuestro salvoconducto —repuso Buntaro haciendo resonar amenazadoramente sus armas—. Dos, como máximo. ¿Somos acaso una banda de guerra? ¡Es un insulto!

—No he querido insultar a nadie, Buntaro-san. Sólo he tomado mayores medidas de seguridad a causa del asesino —dijo Ishido mirando rápidamente a Blackthorne y preguntándose si debía dejarlo marchar o retenerlo como querían Onoshi y Kiyama.

El capitán observaba minuciosamente a cada cual para asegurarse de que estaba en la lista.

—Todo está en orden, Yabú-sama —dijo volviendo junto al jefe de la columna—. Ya no necesitas el salvoconducto. Lo guardaremos aquí.

—Bien —murmuró Yabú volviéndose hacia Ishido—. Hasta pronto.

Ishido sacó un rollo de pergamino de su manga.

—Quisiera pedir a dama Kiritsubo que llevase esto a Yedo. Es para mi sobrina. Probablemente, tardaré algún tiempo en ir allá.

—Desde luego —dijo Yabú alargando la mano.

—No te molestes, Yabú-san. Yo lo cogeré.

Ishido se dirigió a la litera. Las doncellas, obsequiosas, le cerraron el paso.

—¿Puedo coger yo el mensaje, señor? Mi se…

—No.

Para sorpresa de Ishido y de todos los presentes, las doncellas no se movieron.

—Es que mi se…

—¡Fuera! —gruñó Buntaro.

Las dos doncellas retrocedieron humildemente, muy espantadas.

Ishido se inclinó ante la cortina.

—Kiritsubo-san, ¿serías tan amable de llevar este mensaje a Yedo? Es para mi sobrina.

Hubo una pequeña vacilación entre sollozos y la figura asintió con una inclinación de cabeza.

—Gracias —dijo Ishido acercando el fino rollo de pergamino hasta una pulgada de las cortinas.

Cesaron los sollozos. Blackthorne comprendió que Toranaga estaba atrapado. La cortesía exigía que Toranaga tomara el rollo, y su mano le delataría.

—¿Kiritsubo-san?

Nada. Entonces, Ishido avanzó un paso y apartó las cortinas, y en el mismo instante, Blackthorne profirió un grito y se puso a bailar como un loco. Ishido y los demás, se volvieron, pasmados.

Por un instante, Toranaga fue plenamente visible detrás de Ishido, a pesar del velo que cubría su cara. Y en el interminable segundo que transcurrió antes de que Toranaga corriera de nuevo las cortinas, Blackthorne tuvo la seguridad de que Yabú lo había reconocido y también Mariko, y probablemente Buntaro y alguno de los samurais. Entonces, saltó hacia delante, agarró el rollo, lo arrojó a través de la rendija de las cortinas y farfulló:

—En mi país, trae mala suerte que un príncipe entregue personalmente un mensaje como si fuese un villano… Mala suerte…

Todo ocurrió tan inesperadamente y con tanta rapidez que Ishido no desenvainó su sable hasta que Blackthorne le hubo dicho desesperadamente a Mariko:

—¡Por el amor de Dios, ayúdame! Mala suerte… *Mala suerte*.

Ella gritó algo y el sable se detuvo muy cerca del cuello de Blackthorne. Mariko dio una explicación de lo que Blackthorne había dicho. Ishido bajó el sable, gritó enfurecido y golpeó la cara de Blackthorne con el dorso de la mano.

Blackthorne, ciego de ira, se lanzó sobre Ishido.

Si Yabú no hubiese sujetado con tanta rapidez el brazo de Ishido, la cabeza de Blackthorne habría rodado por el polvo. Medio segundo después, Buntaro agarró a Blackthorne y entre él y cuatro Pardos lo apartaron de Ishido. Después, Buntaro le dio un golpe en la nuca dejándolo atontado. Los Grises saltaron en defensa de su amo, pero los Pardos rodearon a Blackthorne y las literas y hubo una tregua momentánea.

Yabú empezó a calmar a Ishido. Mariko lloraba y no cesaba de repetir, casi histéricamente, que el bárbaro sólo había tratado de salvar a Ishido, el gran jefe, de un *kami* maligno.

—Para ellos, como para nosotros, una bofetada es el peor de los insultos, y esto le produjo una locura momentánea. Es un bárbaro insensato, pero es daimío en su país, y sólo ha tratado de servirte, señor.

Ishido vociferó y pateó a Blackthorne, que estaba volviendo en sí. Éste oyó el tumulto con gran tranquilidad. Los Grises los rodeaban en proporción de veinte a uno, pero hasta entonces nadie había muerto y todos estaban a la expectativa.

Ishido se volvió de nuevo hacia él y se acercó vociferando. Notó que se apretaban los dedos de los Pardos y comprendió que se acercaba el golpe final, pero esta vez, lejos de tratar de rebelarse, empezó a derrumbarse y, de pronto dio un salto, se desprendió y, riendo como un loco, inició un furioso baile marinero. El padre Domingo le había dicho que los japoneses creían que la locura era producida por un *kami* y que por esto los locos, lo mismo que los niños y los muy viejos, no eran responsables de sus actos.

—¡Está loco! ¡Está poseído! —gritó Mariko comprendiendo la treta de Blackthorne.

—Sí —dijo Yabú tratando aún de recobrarse de la impresión recibida al ver a Toranaga y sin saber si Anjín-san estaba haciendo comedia o se había vuelto loco de verdad.

Blackthorne seguía bailando frenéticamente esperando una ayuda que no llegaba. Después, maldiciendo en silencio a Yabú y a Buntaro por su cobardía y a Mariko por su estupidez, saludó a Ishido como una marioneta y, medio andando, medio bailando, se dirigió a la puerta.

—¡Seguidme! ¡Seguidme! —gritó, con voz ahogada tratando de dirigir la marcha como un gaitero.

Los Grises le cerraron el camino. Él rugió con fingida rabia y les ordenó imperiosamente que se apartaran y lanzó una carcajada histérica.

Ishido cogió un arco y una flecha. Los Grises se apartaron. Blackthorne estaba a punto de cruzar la puerta. Se volvió y se detuvo sabiendo que de nada le servía echar a correr y reanudó su loca danza.

—Está loco. Es un perro rabioso. ¡Hay que matarlo! —dijo Ishido, con voz ronca armando el arco y apuntando.

Mariko saltó desde su posición defensiva junto a la litera de Toranaga y avanzó en dirección a Blackthorne.

—No te preocupes, señor Ishido —exclamó—. No vale la pena… No es más que una locura pasajera. Si me permites…

Al acercarse a Blackthorne, pudo ver su agotamiento, su sonrisa enloquecida y, a pesar suyo, se espantó.

—Ahora puedo ayudarte, Anjín-san —dijo, precipitadamente—. Tenemos

que seguir andando. Yo te seguiré. No temas, no disparará contra nosotros. Por favor, deja de bailar.

Blackthorne se detuvo inmediatamente, dio media vuelta y anduvo rápidamente por el puente. Ella le siguió a un paso de distancia, como era la costumbre, pero esperando las flechas, casi oyéndolas silbar.

Yabú reaccionó al fin:

—Si quieres matarlo, deja que lo haga yo, Ishido-sama. No sería digno de ti quitarle la vida. Un general no mata con sus propias manos. Otros deben hacerlo por él.

Se acercó mucho y le dijo en voz baja:

—¡Déjalo vivir! Su locura se ha debido a tu bofetada. Confía en mí. Nos interesa más que viva.

—¿Qué?

—Vivo nos interesa más. Confía en mí. Puedes matarlo cuando quieras. Ahora lo necesitamos vivo.

Ishido leyó desesperación, y sinceridad, en la cara de Yabú. Bajó el arco.

—Muy bien. Pero un día lo querré vivo. Y lo colgaré de los pies sobre el pozo.

Yabú tragó saliva e hizo una media reverencia. Nerviosamente, hizo un ademán para que el cortejo se pusiese en marcha temiendo que Ishido se acordara de la litera y de Kiritsubo.

La columna se acercaba ya a la puerta. Yabú se situó en la retaguardia. Temía que el cortejo fuese detenido en cualquier momento. «Seguramente, alguno de los Grises habrá visto a Toranaga —pensó—. ¿Cuánto tardarán en decírselo a Ishido? ¿Pensará éste que he participado en el intento de fuga? ¿Será esto mi ruina?»

En mitad del puente, Mariko se detuvo para mirar hacia atrás.

—Nos siguen, Anjín-san. Las dos literas han cruzado la puerta y están ya en el puente.

Blackthorne no contestó ni se volvió. Necesitaba toda su fuerza de voluntad para mantenerse en pie. Había perdido las sandalias, la cara le ardía a causa de la bofetada y le dolía la cabeza. Los últimos guardias le dejaron cruzar el rastrillo y seguir adelante. También dejaron pasar a Mariko sin detenerla. Después, pasaron las literas.

Blackthorne descendió en vanguardia la suave cuesta y cruzó el campo abierto y el último puente. Sólo cuando estuvo en la zona boscosa, fuera del

campo visual del castillo, se derrumbó.

CAPÍTULO XXIII

—¡Anjín-san! ¡Anjín-san!

Semiconsciente, dejó que Mariko lo ayudara a beber un poco de saké. La columna se había detenido. Los Pardos rodeaban apresuradamente la litera cerrada, precedidos y seguidos por los grises que los escoltaban. Buntaro había gritado algo a una de las doncellas, que inmediatamente sacó un frasco de una de las cajas del equipaje. Después, corrió hacia Mariko.

—¿Está bien Anjín-san?

—Sí, creo que sí —respondió Mariko.

Yabú se unió a ellos y, tratando de alejar al capitán de los Grises, dijo con naturalidad:

—Podemos seguir, capitán. Dejaremos aquí unos cuantos hombres. Cuando el bárbaro se haya recobrado, nos seguirán.

—Con tu permiso, Yabú-san, esperaremos. Tengo que depositaros sanos y salvos en la galera.

Todos miraron a Blackthorne, que se atragantaba un poco con el licor.

—Gracias —dijo—. ¿Estamos a salvo? ¿Quién más sabe que…?

—¡Estás a salvo! —le interrumpió ella, deliberadamente—. Tuviste una especie de ataque. Mira a tu alrededor… Y te convencerás de que estás a salvo.

Blackthorne hizo lo que ella le mandaba. Vio al capitán y a los Grises y comprendió. Con la ayuda del vino, recobró rápidamente las fuerzas.

—Lo siento, señora. Creo que fue un ataque de pánico. Sin duda me hago viejo. Hablar en portugués es muy cansado, ¿no? —pasó al latín—. ¿Puedes entenderme?

—Claro que sí.

—¿Es «más fácil» esta lengua?

—Tal vez —dijo ella, aliviada al ver que había comprendido la necesidad de obrar con cautela, pues eran muy pocos los japoneses que entendían el latín—. Aunque las dos lenguas son difíciles y tienen sus peligros.

—¿Quién más conocía los «peligros»?

—Mi marido y el que nos dirige.

—¿Estás segura?

—Así parecieron indicarlo los dos.

El capitán de los Grises rebulló inquieto y dijo algo a Mariko.

—Me ha preguntado si todavía eres peligroso y si tiene que atarte las manos y los pies. Le he dicho que no. Ya estás curado de tu ataque.

—Sí —dijo él volviendo a hablar en portugués—. Los tengo a menudo. Y si me golpean la cara, me pongo furioso. Lo siento.

Vio que el capitán miraba fijamente sus labios, y pensó: «Te he pillado, bastardo. Apuesto a que entiendes el portugués.»

La doncella Sonó arrimó la cabeza a la cortina, escuchó y se acercó a Mariko.

—Perdona, Mariko-sama, pero mi señora pregunta si el loco está en condiciones de continuar. Y te pide que le cedas tu litera, pues debemos apresurarnos a causa de la marea.

Mariko se lo tradujo a Blackthorne.

—Sí, estoy bien —dijo él, y se levantó tambaleándose.

Yabú dio una orden.

—Yabú-san dice que debes ir en la litera. —Mariko sonrió al protestar él—. En realidad, soy muy fuerte y no debes preocuparte. Caminaré a tu lado, para que podamos hablar si lo deseas.

Lo ayudaron a subir a la litera y se pusieron en marcha inmediatamente. Él esperó que el capitán de los Grises se hubiese alejado, y murmuró en latín:

—Ese centurión comprende la otra lengua.

—Sí, y creo que también entiende un poco el latín —susurró ella. Caminó unos momentos y añadió—: Eres valiente. Te doy las gracias por haberle salvado.

—Tu valentía es aún mayor.

—No. El Señor Dios me puso en el sendero para que pudiese ser un poco útil. De nuevo te doy las gracias.

De noche, la ciudad era un país de hadas. Las casas ricas tenían muchos farolillos de colores en las puertas y en los jardines, y los shijos aparecían deliciosamente traslúcidos. Incluso las casas pobres parecían lindas a causa de los shijos. Y estaban iluminadas las calles por donde transitaban los peatones, las kagas y los samurais a caballo.

—Las casas se alumbran con lámparas de aceite o con velas —le explicó Mariko—, pero al llegar la noche casi todo el mundo se va a dormir.

—Lo mismo que en mi país. ¿Cómo cocináis vosotros? ¿En un fogón de

leña?

—Empleamos un brasero de carbón. Pero no hacemos guisos como vosotros, y por esto nuestra cocina es más sencilla. Sólo arroz y un poco de pescado casi siempre crudo, o tostado sobre carbón, con una salsa picante y verduras en adobo. A veces, tomamos un poco de sopa. Pero nada de carne. Somos un pueblo frugal. Tenemos que serlo, porque sólo una pequeña parte de nuestro suelo, tal vez una quinta parte, es cultivable…, y somos muchos.

—Eres valiente. Gracias. Si no volaron las flechas fue gracias al escudo de tu espalda.

—No, capitán de barco. Fue por voluntad de Dios.

—Eres valiente y eres hermosa.

«Nadie me había llamado hermosa antes de ahora», pensó.

—No soy valiente ni soy hermosa —replicó—. Los sables son hermosos. El honor es hermoso.

—Y el valor es hermoso y tú lo tienes en abundancia.

Mariko no respondió. Recordaba aquella mañana y todas las malas palabras y todos los malos pensamientos. ¿Cómo podía ser un hombre tan bravo y tan estúpido, tan amable y tan cruel, tan atractivo y tan detestable, todo al mismo tiempo?

«Pero sé prudente, Mariko —se dijo—. Piensa en Toranaga y no en ese extranjero.»

—Sí —repuso—. El valor es hermoso, y a ti te sobra. —Después, volvió al portugués—. El latín me fatiga.

—¿Lo aprendiste en la escuela?

—No, Anjín-san. Fue más tarde. Después de casarme, viví mucho tiempo en el lejano Norte. Estaba sola. No había más que criados y lugareños, y los únicos libros que tenía eran en portugués y en latín. Algunas gramáticas, algunos libros religiosos y una Biblia. Aprendiendo lenguas pasaba bien el rato y tenía la mente ocupada. Tuve mucha suerte.

—¿Dónde estaba tu marido?

—En la guerra.

—¿Cuánto tiempo estuviste sola?

—Tenemos un dicho según el cual no tiene el tiempo una sola medida, sino que puede ser como la escarcha o como el relámpago, como una lágrima, un asedio, una tormenta o una puesta de sol, o incluso como una roca.

—Es un sabio proverbio. Tu portugués es muy bueno, señora. Y tu latín,

mejor que el mío.

—¡Tienes la lengua de miel, Anjín-san!

—¡Es *honto*!

—*Honto* es una bella palabra. La *honto* es que, un día, un padre cristiano llegó al pueblo. Éramos como dos almas perdidas. Él permaneció cuatro años allí y me ayudó muchísimo. Me alegro de poder hablar bien —dijo sin vanidad—. Mi padre quería que aprendiese lenguas.

—¿Por qué?

—Pensaba que debíamos conocer al diablo con quien teníamos que tratar.

—Era un hombre prudente.

—No. No lo era.

—¿Por qué?

—Un día te contaré la historia. Es muy triste.

—¿Por qué estuviste sola durante un tiempo que fue como una roca?

—Mi marido me despidió. Mi presencia lo había ofendido. Tenía perfecto derecho a hacerlo. Y me honró al no divorciarse de mí. Después me honró aún más al aceptarme de nuevo con mi hijo… Mi hijo tiene ahora quince años. En realidad, soy vieja.

—No te creo, señora.

—Es *honto*.

—¿Qué edad tenías cuando te casaste?

—Soy vieja, Anjín-san. Muy vieja.

—Nosotros también tenemos un dicho. La edad es como la escarcha o un asedio o una puesta de sol, e incluso, a veces, como una roca.

Ella se echó a reír, y él se sintió hechizado y pensó que todo era gracioso en aquella mujer.

—A ti, venerable señora, te sienta magníficamente la vejez.

—Para una mujer, la vejez nunca es bella, Anjín-san.

—Tú eres tan inteligente como hermosa.

«Nadie me había llamado hermosa antes de ahora —volvió a pensar ella—. ¡Ojalá fuera verdad!»

—Aquí no es prudente fijarse en la mujer de otro hombre —dijo—. Nuestras costumbres son muy severas. Por ejemplo, si una mujer casada es encontrada a solas con un hombre en una habitación que tenga la puerta cerrada, aunque no hagan más que hablar, la ley autoriza a su marido, a su hermano o a su padre a

matarla en el acto. Si la joven es soltera, su padre puede hacer de ella lo que quiera.

—Esto no es justo ni civilizado —dijo él, e inmediatamente lamentó haberlo dicho.

—Nosotros creemos que somos muy civilizados, Anjín-san —Mariko se alegró ahora del nuevo insulto, pues había roto el encanto y deshecho la intimidad—. Nuestras leyes son muy sabias. Hay demasiadas mujeres libres y sin compromiso para que un hombre tenga que coger la que pertenece a otro. Hay un sitio para el hombre y un sitio para la mujer. El hombre puede tener una esposa oficial, aunque puede, desde luego, tener muchas consortes. Pero, por lo que me han contado, la mujer tiene aquí mucha más libertad que en Portugal o en España. Podemos ir libremente adonde nos plazca y cuando nos plazca. Si queremos, podemos divorciarnos de nuestros maridos. En primer lugar, podemos negarnos a casarnos. Somos dueñas de nuestro caudal y de nuestros bienes, de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Si lo deseamos, podemos tener un poder enorme. En tu casa, ¿quién administra el caudal, el dinero?

—Yo, naturalmente.

—Aquí, la esposa cuida de todo. El dinero no significa nada para un samurai. Yo administro los negocios de mi marido. Él toma las decisiones. Yo cumplo sus deseos y pago las facturas. Esto le deja en libertad para dedicarse únicamente a cumplir su deber con su señor. No, Anjín-san, no debes hacer críticas prematuras.

—No he pretendido criticar, señora. Pero nosotros creemos en la santidad de la vida, creemos que sólo el tribunal de la reina puede condenar a muerte.

—Pero, ¿no has dicho que esto no es justo ni civilizado?

—Sí.

—¿Y no es esto una crítica? Debes recordar que nuestra civilización y nuestra cultura tienen miles de años de antigüedad. ¿Cuántos tiene la vuestra?

—Pocos, señora.

—Nuestro Emperador, Go-Nijo, hace el número ciento siete de una dinastía ininterrumpida que se remonta a Jimmu-tenno, el primer mortal, descendiente de cinco generaciones de espíritus terrestres, precedidas de las siete generaciones de espíritus celestes, procedentes de Kino-toko-tachi-noh-Mikoto, el primer espíritu, que apareció cuando la Tierra fue separada de los cielos. ¿Cuántas generaciones de reyes han gobernado tu país?

—Nuestra reina es la tercera de la línea Tudor. Pero ya es vieja y no tiene

hijos, y será la última de su estirpe.

—Son ciento siete generaciones, Anjín-san, que se remontan a la divinidad —repitió ella con orgullo.

—Si crees esto, señora, ¿cómo puedes ser también católica?

Ella frunció el ceño y después se encogió de hombros.

—Sólo hace diez años que soy cristiana, y aunque creo en el Dios cristiano, en el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con todo mi corazón, nuestro Emperador desciende directamente de los dioses o de Dios. Es divino. Hay muchas cosas que no puedo explicar ni comprender. Pero la divinidad de mi Emperador es indiscutible. Sí, soy cristiana, pero ante todo soy japonesa.

Él la había observado, pasmado por lo que decía. ¿Ciento siete generaciones? ¡Imposible! ¿La muerte en el acto sólo por estar inocentemente con un hombre en una habitación cerrada? ¡Esto era barbarie, una descarada invitación al asesinato! ¡Fomentaban y admiraban el asesinato! ¿No lo había dicho así Rodrigues? ¿No había sido un asesinato lo que hizo Omi-san con aquel lugareño?

«¡Dios mío!, hace días que no pienso en Omi-san —se dijo—. Olvídalo, escucha, ten paciencia, hazle preguntas, pues ella te dará los medios para obligar a Toranaga a aceptar tu plan. Ahora, Toranaga está en deuda contigo. Le has salvado la vida y él lo sabe y todos lo saben.»

La columna cruzaba la ciudad en dirección al mar. Vio a Yabú, que marcaba el paso y, por un momento, los gritos de Pieterzoon resonaron en su cabeza.

—Cada cosa a su tiempo —se dijo.

—Sí —siguió diciendo Mariko—. Debe de ser muy difícil para ti. Nuestro mundo es muy distinto del tuyo. —¿Cómo explicarle al bárbaro nuestro modo de ser? ¿Cómo encomiarle por su bravura? Toranaga le había ordenado que lo hiciese. Pero, ¿cómo?—. Permite que te cuente una historia, Anjín-san. Cuando yo era joven, mi padre era general de un daimío llamado Goroda. En aquellos tiempos, el señor Goroda no era aún el gran Dictador. Mi padre invitó a Goroda y a sus principales vasallos a un banquete. Ni se le ocurrió pensar que no había dinero para comprar la comida y el saké y la vajilla y las demás cosas requeridas por tan importante visita. Y no es que mi madre fuese mala administradora, sino todo lo contrario. Gracias a su sentido del ahorro, mi padre pudo llevar cinco mil trescientos guerreros al combate en vez de los cuatro mil que oficialmente le correspondían. Pero la familia teníamos apenas lo necesario para comer.

»No había dinero para la fiesta. En vista de ello, mi madre se dirigió a los

peluqueros de Kyoto y les vendió su cabellera. Recuerdo que era negra como la noche y que le llegaba más abajo de la cintura. Pero la vendió. Los peluqueros se la cortaron aquel mismo día y le dieron una peluca barata, y ella compró todo lo necesario y salvó el honor de mi padre. Debía pagar las facturas y las pagó. Cumplió su deber. Para nosotros, el deber es lo más importante.

—¿Y qué dijo tu padre, al enterarse?

—¿Qué podía decir, sino darle las gracias? Ella tenía el deber de encontrar el dinero, de salvar su honor.

—Debía amarlo mucho.

—El amor es una palabra cristiana, Anjín-san. Nosotros no tenemos una palabra para el «amor» tal como vosotros lo entendéis. Deber, lealtad, honor, respeto, deseo: tenemos esas palabras, y nos bastan.

Lo miró a pesar suyo, y recordó el momento en que había salvado a Toranaga, a su marido. «No olvides que ambos estaban perdidos, que estaría ahora muerto de no haber sido por este hombre.» Se aseguró de que no hubiese nadie cerca de ellos.

—¿Por qué has hecho lo que has hecho?

—No lo sé. Tal vez porque…

Se interrumpió. ¡Habría podido decir tantas cosas…! Pero se limitó a responder, en latín:

—Porque Él dijo: Dad al César lo que es del César.

—Sí —repuso ella en la misma lengua—. Sí, esto es lo que yo quería decir. Al César lo suyo, y a Dios lo suyo. Así pensamos nosotros. Dios es Dios, y nuestro Emperador es de Dios. Y el César es el César, y debe ser honrado como César.

Después, conmovida por su comprensión y por la ternura de su voz agregó:

—Eres inteligente. A veces creo que entiendes más de lo que dices.

«¿No estás haciendo lo que juraste que no harías nunca? —se preguntó Blackthorne—. ¿No te portas como un hipócrita? Sí y no. Yo no les debo nada. Soy su prisionero. Han robado mi barco y mis bienes y han asesinado a uno de mis hombres. Son paganos… Bueno, algunos son paganos y los otros son católicos. Yo no debo nada a los paganos ni a los católicos.»

El mar estaba ya más cerca, a cosa de media milla. Pudo ver muchos barcos y la fragata portuguesa, con sus luces de posición. Sería una buena presa. Con veinte muchachos resueltos, podría apoderarse de ella. Se volvió a Mariko. Una

mujer extraña de una extraña familia. ¿En qué habría ofendido a Buntaro… a aquel mono? ¿Cómo podía acostarse con él o haberse casado con él?

—Señora —dijo con la misma delicadeza en la voz—. Tu madre debió ser una mujer excepcional para hacer aquello.

—Sí, pero precisamente por lo que hizo vivirá eternamente. Ahora es una leyenda. Era samurai… como mi padre.

—¿Está ahora en tu casa?

—No. Ni ella, ni mi padre, ni ninguno de mis hermanos, hermanas o familiares. Soy la última de mi estirpe.

—¿Hubo una catástrofe?

De pronto, Mariko se sintió cansada. «Estoy cansada de hablar latín y de hablar el malsonante portugués, y de hacer de maestra. Yo no soy maestra. Sólo soy una mujer que conoce su deber y quiere hacerlo en paz. No quiero saber nada de sentimentalismos ni de ese hombre que me inquieta. No quiero saber nada de él.»

—En cierto modo, Anjín-san, fue una catástrofe. Un día te lo contaré.

Apretó ligeramente el paso y se adelantó acercándose a la otra litera. Las dos doncellas sonrieron nerviosamente.

—¿Tenemos que ir muy lejos, Mariko-san? —preguntó Sonó.

—Creo que no —dijo ella con voz tranquilizadora.

El capitán de los Grises surgió bruscamente de la oscuridad al otro lado de la litera. Ella se preguntó si habría oído algo de lo que le había dicho a Anjín-san.

—¿Se porta bien el bárbaro? ¿No te molesta? —preguntó.

—¡Oh, no! Parece haberse calmado del todo.

—¿De qué hablabais?

—De muchas cosas. Trataba de explicarle algunas de nuestras leyes y costumbres. El señor Toranaga me pidió que procurase infundirle un poco de sensatez.

—¡Ah, sí! El señor Toranaga. ¿Por qué se interesa tanto en él, señora?

—No lo sé. Supongo que por lo extraño que es.

Doblaron una esquina y salieron a una calle flanqueada por casas con jardines vallados. Más allá estaban los muelles y el mar.

—Según rumores, es cristiano o dice serlo. ¿Lo es?

—No de los nuestros, capitán. ¿Eres tú cristiano?

—Mi señor lo es y, por tanto, yo también lo soy. Mi amo es el señor Kiyama.

—Tengo el honor de conocerlo. Honró a mi marido desposando a una de sus

nietas con mi hijo.

—Sí, lo sé, dama Toda.

—¿Se encuentra mejorado el señor Kiyama? Tengo entendido que los médicos no permiten que nadie lo visite.

—No lo he visto desde hace una semana. Ninguno de nosotros le ha visto. Tal vez es la viruela china. ¡Que Dios le proteja de ella y maldiga a todos los chinos! —Miró con ira a Blackthorne—. Los médicos dicen que esos bárbaros trajeron la peste a China, a Macao y, de allí, a nuestras costas.

—*Sumus omnes in manu Dei* —dijo ella.

—*Ita, amen* —respondió el capitán sin pensarlo, cayendo en la trampa.

Blackthorne había captado también la treta. Vio pasar un destello de ira por el rostro del capitán y oyó que decía algo entre dientes a Mariko que enrojeció y se detuvo. Blackthorne saltó de la litera y se acercó a ellos.

—Si sabes latín, centurión, tal vez tendrás la amabilidad de hablar un poco conmigo. Estoy ansioso por saber cosas de tu gran país.

—Sí, hablo tu lengua, extranjero.

—No es mi lengua, centurión, sino la de la Iglesia y de todas las personas cultas de mi mundo. Tú la hablas muy bien. ¿Cómo y dónde la aprendiste?

El cortejo los adelantaba y todos los samurais, los Grises y los Pardos, los observaban. Buntaro, que caminaba junto a la litera de Toranaga, se detuvo y se volvió. El capitán vaciló un momento y se echó a andar, y Mariko se alegró de que Blackthorne se hubiera reunido con ellos. Caminaron un breve rato en silencio.

El capitán no respondió, pues odiaba el recuerdo del seminario de Macao donde Kiyama lo había enviado de pequeño para que aprendiese lenguas y dijo fríamente:

—Ya que podemos hablar directamente, dime con sencillez por qué preguntaste a esta dama: «¿Quién más lo sabe…?» Quién más sabe, ¿qué?

—No lo recuerdo. Mi mente estaba trastornada.

—Trastornada, ¿eh? Entonces, ¿por qué dijiste: «Dad al César lo que es del César»?

—No fue más que una broma. Estaba discutiendo con esa dama que cuenta historias muy interesantes, pero a veces difíciles de comprender.

—Sí, hay muchas cosas difíciles de comprender. ¿Por qué te volviste loco en

la puerta? ¿Y cómo te recobraste tan rápidamente de tu ataque?

—Ha sido por la bondad de Dios.

Volvían a caminar junto a la litera, y el capitán estaba furioso por haberse dejado atrapar con tanta facilidad. El señor Kiyama le había advertido que aquella mujer era sumamente astuta: «No olvides que lleva la traición en todo su ser. Y que el pirata lleva la marca del demonio Satanás. Vigila, escucha y recuerda. Y mata al pirata en cuanto empiece la emboscada.»

Las flechas saltaron en la noche y la primera de ellas se clavó en el cuello del capitán, cuyo último pensamiento fue de asombro porque la emboscada no debía producirse en aquella calle, sino cerca de los muelles, y el ataque no debía dirigirse contra ellos, sino contra el pirata.

Otra flecha se había clavado en un poste de la litera, a una pulgada de la cabeza de Blackthorne. Otras dos habían perforado las cortinas de la litera de Kiritsubo, y otra había herido a la joven Asa en la cintura. Al empezar ésta a chillar, los portadores soltaron las literas y echaron a correr en la oscuridad. Blackthorne rodó para ponerse a cubierto arrastrando a Mariko detrás de la litera volcada. Buntaro cubría la litera de Toranaga con su cuerpo lo mejor que podía, y cuando cesó la lluvia de saetas avanzó y descorrió las cortinas. Las dos flechas se habían clavado en el pecho y en el costado de Toranaga, pero él estaba ileso. Se arrancó los dardos de la armadura protectora que llevaba debajo del quimono. Después, se arrancó el sombrero ancho y la peluca y, sacando su sable de debajo del manto, saltó de la litera. Mariko empezó a arrastrarse para acudir en ayuda de Toranaga, pero Blackthorne la detuvo con un grito, al acribillar otras flechas las literas, matando a dos Pardos y a un Gris. Otra pasó tan cerca que arañó la mejilla de Blackthorne y otra clavó la falda de su quimono en el suelo. Entonces, Yabú dio la orden de ataque. Unas figuras vagas se dibujaron sobre uno de los tejados. Una última ráfaga de flechas rasgó la oscuridad también en dirección a las literas. Buntaro y otros Pardos servían de escudo a Toranaga. Un hombre cayó muerto. Una saeta se clavó en los hombros de Buntaro, a través de una juntura de su armadura, y él lanzó un gruñido de dolor. Yabú, los Pardos y los Grises llegaron cerca del muro persiguiendo a los atacantes, pero éstos se desvanecieron en la oscuridad. Blackthorne se puso de pie y ayudó a Mariko a levantarse. Ella estaba impresionada, pero ilesa.

—Gracias —dijo, y echó a correr hacia Toranaga para ayudar a ocultarlo de los Grises.

Pero uno de éstos dijo: «¡Toranaga!», y aunque lo dijo en voz baja, todos lo

oyeron.

Uno de los oficiales Grises hizo una precipitada reverencia. Aunque pareciese increíble, aquí estaba el enemigo de su señor, en libertad, fuera de las murallas del castillo.

—Espera aquí, señor Toranaga —dijo.

Y, volviéndose a uno de sus hombres:

—Tú, informa inmediatamente al señor Ishido.

El hombre echó a correr.

—¡Detenedlo! —ordenó Toranaga a media voz.

Buntaro lanzó dos flechas. El hombre cayó, herido de muerte. El oficial desenvainó el enorme sable y saltó sobre Toranaga lanzando un grito de guerra, pero Buntaro estaba apercibido y paró el mandoble. Simultáneamente, los Pardos y los Grises, todos mezclados, desenvainaron sus sables y saltaron buscando espacio libre. Toda la calle se convirtió en un confuso campo de batalla. Buntaro y el oficial, dignos rivales el uno del otro, hacían fintas y descargaban golpes. De pronto, un Gris se separó de los demás para atacar a Toranaga, pero Mariko agarró una antorcha, corrió y la plantó en la cara del oficial. Buntaro partió a su enemigo por la mitad, destripó a otro y le dio un tajo de arriba a abajo a un tercero que trataba de acercarse a Toranaga, mientras Mariko se echaba hacia atrás con un sable entre las manos, sin perder de vista a Toranaga ni a Buntaro, su monstruoso guardaespaldas.

Cuatro Grises se agruparon y se lanzaron contra Blackthorne, que seguía inmóvil junto a su litera. Yabú y un Pardo saltaron para cortarles el paso luchando como demonios. Blackthorne consiguió apartarse, agarró una antorcha y, empleándola como una maza, logró desconcertar de momento a sus atacantes. Yabú mató a uno de ellos y mutiló a otro, y cuatro Pardos llegaron corriendo para acabar con los otros dos Grises. Sin vacilar, Yabú y el Pardo, que estaba herido, se lanzaron de nuevo al ataque para proteger a Toranaga. Blackthorne corrió, recogió un arma que era medio sable y medio lanza y se acercó a Toranaga. Sólo Toranaga permanecía inmóvil, con el sable envainado, en medio de aquel estruendo.

Los Grises luchaban valerosamente. Cuatro de ellos se unieron en una carga suicida contra Toranaga. Los Pardos hicieron fracasar su intento y aprovecharon su ventaja. Los Grises se reagruparon y atacaron de nuevo. Entonces, un oficial ordenó que tres hombres se retirasen para pedir ayuda y que los demás

protegiesen su retirada. Los tres Grises echaron a correr, y, aunque fueron perseguidos y Buntaro mató a uno de ellos, los otros dos lograron escapar.

Todos los demás murieron.

CAPÍTULO XXIV

Caminaban apresuradamente por unos callejones desiertos dando un rodeo para llegar al puerto y a la galera. Eran diez: Toranaga, que iba en cabeza, Yabú, Mariko, Blackthorne y seis samurais. Los demás, al mando de Buntaro, seguían el itinerario previsto, con las literas y el equipaje. El cadáver de Asa iba en una de las literas. Blackthorne le había arrancado la saeta y Toranaga había visto, con asombro, cómo Anjín-san la acunaba en vez de dejarla morir a solas y dignamente, y cómo, al cesar la lucha, la colocaba delicadamente en la litera. Después le había sobrevenido la muerte, y Toranaga la había dejado allí como señuelo y había hecho colocar a uno de los heridos en la segunda litera también como señuelo.

De los cincuenta Pardos que componían su escolta, quince habían resultado muertos y once mortalmente heridos. Los once habían sido rápida y honorablemente enviados al Gran Vacío, tres por propia mano y los otros ocho con ayuda de Buntaro a petición suya. Cuarenta y ocho Grises yacían en el polvo.

Toranaga sabía que estaba peligrosamente indefenso, pero estaba contento. «Todo ha ido bien —pensó—, dadas las vicisitudes de la suerte. ¡Qué curiosa es la vida! De momento, pensé que era de mal augurio que el capitán hubiese visto el cambio de papeles entre Kiri y yo. Pero después, el capitán me salvó, se hizo perfectamente el loco y, gracias a él, pude escapar de Ishido.»

Había sido un buen plan, pues era evidente que Ishido había tratado de retenerlo en el castillo, aun a costa de sacrificar a dama Ochiba, su rehén en Yedo, y habría empleado cualquier medio para tenerlo bajo vigilancia hasta la reunión definitiva del Consejo de Regencia donde lo habrían acorralado, inculpado y eliminado.

—¡Pero no por esto dejarán de inculparte! —le había dicho Hiro-matsu—. Aunque logres escapar, los regentes te inculparán a espaldas tuyas con más facilidad que si tienen que hacerlo cara a cara. Y tendrás que hacerte el harakiri cuando ellos lo ordenen, como lo ordenarán sin duda.

—Sí —había dicho Toranaga—. Como presidente del Consejo de Regencia, tengo que hacerlo si los cuatro votan contra mí. Pero aquí está —y se había

sacado un rollo de pergamino de la manga— mi renuncia formal al cargo de regente. Se lo entregarás a Ishido cuando se entere de mi fuga.

—¿Qué?

—Si dimito no estaré atado por mi juramento como regente. *¿Neh?* El Taiko no me prohibió dimitir, *¿neh?* Dale también esto a Ishido —había añadido, entregando a Hiro-matsu el sello oficial de su cargo de presidente.

—Pero te encontrarás completamente aislado. ¡Será tu ruina!

—Te equivocas. El Taiko estableció en su testamento un consejo de cinco regentes del reino. Ahora son cuatro. Legalmente, para ejercer el mandato del emperador, tienen que elegir un nuevo miembro, el quinto, *¿neh?* Para ello, Ishido, Kiyama, Onoshi y Sugiyama tienen que ponerse *de acuerdo, ¿neh?* Ahora bien, viejo camarada, ¿con quién aceptarían estos enemigos compartir el poder supremo? Mientras discutan, no habrá decisiones y…

—Como nos estamos preparando para la guerra y ya no te atará ningún juramento podrás arrojar unas gotas de miel aquí y unas gotas de hiel allá, y esos infectos escarabajos peloteros se devorarán entre ellos —dijo Hiro-matsu de una tirada—. ¡Ah, Yoshi Toranaga-noh-Mono-wara, eres el más grande de los hombres!

«Sí, es un buen plan —pensó Toranaga—. Todos han representado bien sus papeles: Hiro-matsu, Kiri y mi adorable Sazuko. Pero temo que no les dejarán marchar y sentiré perderlos.»

Cruzaron otra calle desierta y bajaron por un pasaje. Sabía que la voz de alarma llegaría pronto a Ishido y empezaría la caza.

Pero se dijo que había tiempo de sobra.

«Sí, es un buen plan. Pero no previ la emboscada. Esto me cuesta tres días de tranquilidad. Kiri estaba segura de que podría mantener el engaño durante tres días. Pero ahora se ha descubierto el secreto y no podré subir a bordo y hacerme a la mar. ¿Contra quién iba dirigida la emboscada? ¿Contra mí o contra el capitán? Contra él, sin duda alguna. Pero, ¿no dirigieron las flechas contra las dos literas? Sí, pero los arqueros estaban muy lejos y no podían ver bien y lo más seguro era matar a los dos pasajeros, por si acaso ¿Quién ordenó el ataque? ¿Kiyama u Onoshi? ¿O los portugueses? ¿O los padres cristianos?»

Toranaga se volvió a mirar al capitán. Vio que no flaqueaba, como tampoco la mujer que caminaba a su lado, aunque ambos estaban cansados. «Esta noche ha sido la segunda vez que he estado a punto de morir —pensó—. El Taiko me dijo muchas veces: “Mientras viva el castillo de Osaka, mi estirpe no morirá, y

tu epitafio, Toranaga Minowara, será escrito en sus murallas. ¡Osaka será causa de tu muerte, mi fiel vasallo!”».

Con un esfuerzo, Toranaga apartó la mirada del castillo, dobló otra esquina y se metió en un laberinto de callejas. Por fin se detuvo ante una puerta destartalada. Había un pez dibujado en la madera. Llamó, de acuerdo con una señal convenida. La puerta se abrió inmediatamente, y un tosco samurai se inclinó.

—¿Señor?

—Llama a tus hombres y sígueme.

El samurai no llevaba el quimono pardo de ordenanza, sino los harapos propios de un *ronín*, pero era uno de los soldados secretos especiales que Toranaga había introducido en Osaka para un caso de emergencia. Quince hombres, vestidos de una manera parecida e igualmente bien armados, lo siguieron, mientras otros iban a dar la alarma a otros cuadros secretos. Muy pronto estuvo Toranaga rodeado de cincuenta soldados. Otro centenar le cubrían los flancos, y otro millar estaría a punto al amanecer si los necesitaba. Tranquilizado, aflojó el paso, adviniendo que el capitán y la mujer se fatigaban demasiado. Los necesitaba fuertes.

Toranaga se detuvo a la sombra del almacén y observó la galera, el espigón y el muelle. Yabú y un samurai estaban a su lado. Los otros se habían agrupado a unos cien pasos atrás, en el callejón.

Un destacamento de cien Grises esperaba cerca de la pasarela de la galera, a unos cientos de pasos de distancia, en una amplia extensión de tierra batida que hacía imposible toda sorpresa. La galera estaba atracada de lado en el espigón de piedra que se adentraba cien yardas en el mar. Los remos estaban perfectamente armados, y Toranaga pudo ver claramente a muchos marineros y guerreros sobre la cubierta.

—¿Son nuestros o de ellos? —preguntó en voz baja.

—Demasiado lejos para estar seguros —respondió Yabú.

La marea estaba alta. Más allá de la galera, iban y venían las barcas de pesca, con linternas a modo de luces de posición y para pescar. Al Norte, y a lo largo de la playa, había hileras de embarcaciones de pesca varadas, de diferentes tamaños. Y a unos quinientos pasos al Sur, atracada en otro espigón de piedra, estaba la fragata portuguesa, la *Santa Teresa*. Alumbrados por antorchas, grupos

de cargadores embarcaban fardos y barriles. Otra numerosa compañía de Grises patrullaba cerca de ellos.

—Con tu permiso, señor, yo atacaría en seguida —murmuró el samurai.

—No lo creo aconsejable —dijo Yabú—. No sabemos si los nuestros están a bordo. Y puede que haya mil hombres ocultos en los alrededores. Esos tipos —y señaló a los Grises que estaban cerca del barco portugués— darían la voz de alarma. No podríamos subir al barco y hacernos a la mar antes de que nos copasen. Necesitaríamos el décuplo de los hombres que tenemos.

—El general señor Ishido sabrá pronto lo ocurrido —dijo el samurai—. Entonces, toda Osaka bullirá de enemigos, más numerosos que las moscas en un campo de batalla. Tengo quinientos cincuenta hombres, contando los de los flancos. Serán bastantes.

—No, si queremos asegurarnos. No, si nuestros marineros no empuñan ya los remos. Es mejor hacer una maniobra de diversión que atraiga a los Grises y a todos los que están ocultos. Y también a ésos —añadió Yabú, señalando a los que estaban junto a la fragata.

—¿Qué clase de diversión? —preguntó Toranaga.

—Incendiar la calle.

—¡Es imposible! —protestó el samurai, aterrado.

El incendio provocado era un delito que se castigaba con la muerte en la hoguera del culpable y de toda su familia. Esta pena era la más severa de la Ley porque el fuego era la mayor calamidad para cualquier ciudad, pueblo o aldea del Imperio. A excepción de las tejas de algunas cubiertas, la madera y el papel eran los únicos materiales de construcción.

—¡No podemos incendiar la calle! —dijo.

—¿Qué es más importante? —le preguntó Yabú—. ¿La destrucción de unas pocas calles o la vida de nuestro señor?

—El fuego se extenderá, Yabú-san. Podemos incendiar Osaka. Hay un millón de personas en la ciudad… o tal vez más.

—¿Respondes con esto a mi pregunta?

El samurai palideció y se volvió a Toranaga.

—Haré lo que tú digas, señor. ¿Es esto lo que quieres?

Toranaga había observado el viento. Era suave y no propagaría el incendio. Tal vez. Pero una hoguera podía convertirse fácilmente en un monstruo que devorase toda la ciudad. Menos el castillo. ¡Ah! ¡Si hubiese de arder el castillo, no vacilaría un solo instante!

Giró sobre sus talones y volvió junto a los otros.

—Mariko-san, ve a la galera con el capitán y nuestros seis samurais. Finge un estado casi de pánico. Diles a los Grises que ha habido una emboscada, por bandidos o *ronín*, no estás segura. Diles dónde ocurrió y que el capitán de los Grises de nuestra escolta te envió a pedir ayuda, que la batalla está en curso y crees que Kiritsubo está muerta o herida…, y que se den prisa por lo que más quieran. Si te muestras convincente, esto sacará de aquí a la mayoría de ellos.

—Comprendo perfectamente, señor.

—Entonces, hagan lo que hagan, sube a bordo con el capitán. Si nuestros marineros están allí y hay seguridad en el barco, vuelve a la pasarela y finge desmayarte. —Toranaga miró a Blackthorne—. Dile lo que vas a hacer, pero no que vas a desmayarte.

Se volvió a dar órdenes a sus otros hombres e instrucciones especiales a los seis samurais. Cuando hubo terminado, Yabú lo llevó aparte.

—¿Por qué enviar al bárbaro? ¿No sería más seguro dejarlo aquí? Quiero decir más seguro para ti.

—Más seguro para él, Yabú-san, no para mí. Es un señuelo útil.

—¿Señor?

—Di, Mariko-san.

—Lo siento, pero Anjín-san pregunta qué pasará si el barco ha sido ocupado por el enemigo.

—Dile que si no se siente con fuerzas puede quedarse.

Blackthorne dominó su genio al traducirle ella lo que había dicho Toranaga.

—Dile al señor Toranaga que su plan es malo para ti, que deberías quedarte aquí. Si todo está bien, puedo hacerle una señal.

—No puedo hacerlo, Anjín-san, porque no es lo que ha ordenado mi señor —dijo Mariko, con firmeza—. Cualquier plan suyo tiene que ser por fuerza bueno.

Blackthorne comprendió que de nada le serviría discutir. La había visto, durante la emboscada, con un sable que era casi tan largo como ella, resuelta a luchar hasta morir por Toranaga.

—¿Dónde aprendiste a manejar el sable? —Le había preguntado mientras se dirigían al muelle.

—Debes saber que todas las damas samurais aprenden, desde pequeñas, a manejar un cuchillo para defender su honor y el de sus señores —le había dicho ella con naturalidad mostrándole el estilete que llevaba oculto en el obi—. Pero

algunas, no muchas, aprendimos también a usar el sable y la lanza, Anjín-san. Desde luego, hay mujeres más aguerridas que otras, que gustan de ir a la guerra con sus maridos o sus padres. Mi madre era una de éstas.

—De no haber sido porque el capitán de los Grises se interpuso, la primera flecha te habría atravesado —había dicho él.

—Te habría atravesado a ti, Anjín-san —le había corregido ella con gran seguridad—. Pero me salvaste la vida al arrastrarme a un lugar seguro.

Ahora, al mirarla, comprendió que sentiría mucho que le ocurriese algo.

—Deja que vaya yo con el samurai, Mariko-san. Tú quédate, por favor.

—No es posible, Anjín-san.

—Entonces, quiero un cuchillo. Y mejor si son dos.

Ella transmitió la petición a Toranaga, el cual asintió. Blackthorne introdujo un cuchillo debajo del cinto, dentro del quimono. El otro lo sujetó, con el puño hacia abajo, en la cara interna de su antebrazo, con una tira de seda que arrancó del dobladillo del quimono.

—Mi señor pregunta si todos los ingleses lleváis cuchillos ocultos en la manga.

—No. Pero sí la mayoría de los marineros.

—Nosotros no solemos hacerlo, y tampoco los portugueses —dijo ella.

—El mejor sitio para un cuchillo de repuesto es la bota. Con él se puede hacer mucho daño, y de prisa. En caso necesario.

Ella tradujo esto y Blackthorne advirtió las miradas atentas de Toranaga y de Yabú, y comprendió que no les gustaba verlo armado. «Bueno —pensó—. Tal vez no me los quiten.»

Volvió a interrogarse sobre Toranaga. Liquidada la emboscada y muertos los Grises, Toranaga, por medio de Mariko, le había dado las gracias delante de todos los Pardos por su «lealtad». Nada más: ni promesas, ni pactos, ni recompensas. Pero Blackthorne pensó que todo esto vendría más tarde. El viejo monje le había dicho que la lealtad era lo único que ellos recompensaban.

—Debemos convenir una señal para indicar si el barco es o no es lugar seguro —dijo a Mariko.

Ella tradujo de nuevo, esta vez cándidamente.

—El señor Toranaga dice que uno de nuestros soldados se encargará de esto.

—No considero digno enviar a una mujer a hacer el trabajo de un hombre.

—Ten paciencia con nosotros, Anjín-san. No hay diferencia entre los hombres y las mujeres. Las mujeres somos iguales que los samurais. Y para este

plan, una mujer puede servir más que un hombre.

Toranaga le dijo unas breves palabras.

—¿Listo, Anjín-san?

—El plan es pésimo y peligroso, y ya estoy harto de hacer el papel de animal para el sacrificio. Pero vamos allá.

Ella rió, hizo una reverencia a Toranaga y echó a correr. Blackthorne y los seis samurais corrieron detrás de ella.

Los Grises los vieron aparecer, avanzaron a su encuentro y los rodearon. Mariko habló febrilmente con los samurais y los Grises. Blackthorne contribuyó con una jadeante mezcla de portugués, inglés y holandés, haciéndoles señas para que se dieran prisa, y después se dirigió tambaleándose a la pasarela y se apoyó en ella. Procuró mirar al interior del barco, pero no pudo sacar nada en claro porque se asomaban a la borda demasiadas cabezas.

Mariko apremiaba frenéticamente al jefe de los Grises. El oficial se acercó al barco y gritó una orden. Inmediatamente, más de cien samurais, todos Grises, empezaron a bajar del barco. Envió a varios hacia el norte, para recibir a los heridos y auxiliarles en caso necesario. Despachó otro a pedir ayuda a los Grises que estaban cerca de la galera portuguesa y, dejando a otros diez de guardia en la pasarela, se dirigió al frente de los restantes a una calle que conducía directamente a la ciudad.

Haciendo un gran esfuerzo, Blackthorne se agarró a las cuerdas de la pasarela y subió a bordo. Mariko lo siguió. Dos Pardos subieron detrás de ella.

Los marineros que se apretujaban en la borda de babor les abrieron paso. Cuatro Grises montaban guardia en el alcázar, y había otros dos en el castillo de popa. Todos iban armados con arcos y flechas.

Mariko preguntó a uno de los marineros. El hombre le respondió amablemente.

—Todos son marineros enrolados para llevar a Kiritsubo-san a Yedo —dijo ella a Blackthorne.

—Pregúntale…

Blackthorne se interrumpió al reconocer al pequeño y robusto piloto al que había nombrado capitán de remeros de la galera después del temporal.

—*Konbanwa* (buenas noches), Capitán-san.

—*Konbanwa*, Anjín-san. *Watashi iyé* Capitán-san *ima* —respondió el piloto moviendo la cabeza. Señaló a un marinero bajito y de tiesa coleta gris, plantado en el alcázar—. *Imasu* Capitán-san.

—*¡Ah! ¿So desu? ¡Halloa*, Capitán-san! —gritó Blackthorne, haciendo una reverencia. Y, bajando la voz—: Mariko-san, averigua si hay Grises abajo.

Antes de que ella pudiera contestar, el capitán devolvió el saludo a Blackthorne y le gritó algo al piloto. Éste asintió con la cabeza y le respondió prolijamente. Algunos de los marineros confirmaron lo que decía. El capitán y todos los de a bordo estaban muy impresionados.

—*¡Ah, so desu*, Anjín-san! —Y el capitán gritó—: *¡Keirei!* (¡Saludad!)

Y todos los que estaban a bordo, salvo los samurais, se inclinaron, saludando a Blackthorne.

—Ese piloto —dijo Mariko— ha dicho al capitán que tú salvaste el barco durante la tormenta, Anjín-san. No nos habías dicho nada sobre esta tormenta.

—Había muy poco que contar. Fue una tormenta como otra cualquiera. Por favor, dale las gracias al capitán y dile que me siento feliz de estar de nuevo a bordo. Pregúntale si están listos para zarpar en cuanto lleguen los otros. —Y añadió en voz baja—: Averigua si hay más Grises abajo.

Ella hizo lo que él le pedía.

—Te da las gracias, Anjín-san, por la vida de su barco, y dice que están listos. —Y, bajando la voz—: En cuanto a lo otro, no lo sabe.

Blackthorne miró a tierra. No había señales de Buntaro, ni de la columna enviada hacia el norte. El samurai que corría en dirección al *Santa Teresa* estaba a unas cien yardas de su punto de destino, y aún no lo habían visto.

—Ese hombre llegará de un momento a otro —dijo mirando la fragata.

—¿Qué hombre?

Él se lo dijo y añadió, en latín:

—Está a unos cincuenta pasos de distancia. Ahora lo han visto. Necesitamos ayuda inmediata. ¿Quién va a dar la señal? Hay que hacerlo rápidamente.

—¿Hay señales de mi marido? —preguntó ella, en portugués.

Él movió la cabeza.

«Sesenta Grises se interponen entre mi señor y su salvación —se dijo ella—. ¡Virgen Santa, protégelo!»

Después, encomendándose a Dios, temerosa de tomar la decisión equivocada, se acercó tambaleándose a la pasarela y fingió que le daba un desmayo.

Esto pilló desprevenido a Blackthorne. Vio que la cabeza de ella golpeaba fuertemente una tabla. Los marineros se agruparon a su alrededor y también

acudieron los Grises que estaban en cubierta y en el muelle, mientras él corría hacia Mariko. La levantó y, pasando entre los hombres, la llevó al alcázar.

—Traed un poco de agua… Agua, *¿hai?*

Los marineros le miraron sin comprender. Buscó desesperadamente en su memoria la palabra japonesa. El viejo fraile se la había dicho cincuenta veces. ¡Dios mío! ¿Cuál es?

—¡Oh…! *Mizu, mizu, ¿bai?*

—*¡Ah, mizu! Hai*, Anjín-san.

Un hombre echó a correr. De pronto, sonó un grito de alarma.

En tierra, treinta samurais de Toranaga, disfrazados de *ronín*, salían del callejón. Los Grises del muelle se volvieron en la pasarela. Los del alcázar y el castillo de popa se abalanzaron para ver mejor. De pronto, sonó una voz de mando. Los arqueros armaron arcos. Todos los samurais desenvainaron sus sables.

—¡Bandidos! —gritó uno de los Pardos, según lo convenido.

Inmediatamente, los dos Pardos que estaban en cubierta se separaron, yendo uno a proa y el otro a popa. Los cuatro del muelle se dispersaron, mezclándose con los Grises que esperaban.

Los samurais-*ronín* de Toranaga atacaron. Una flecha se clavó en el pecho de un hombre, que cayó pesadamente al suelo. Inmediatamente, el Pardo de la proa mató al arquero Gris y atacó al otro, pero éste fue más rápido y sus sables se cruzaron mientras el Gris gritaba: «¡Traición!» a los demás. El Pardo de la popa había mutilado a uno de los Grises, pero los otros tres lo liquidaron rápidamente y corrieron a la pasarela mientras se dispersaban los marineros. En el muelle se había empeñado una lucha a muerte entre los samurais. El jefe de los Grises de a bordo, un hombre corpulento y de barba hirsuta, se plantó delante de Blackthorne y Mariko.

—¡Muerte a los traidores! —rugió, y con un grito de guerra se lanzó al ataque.

Blackthorne sacó su cuchillo y lo lanzó. Se clavó en el cuello del samurai. Los otros dos Grises le atacaron, enarbolando los sables. Él había sacado su segundo cuchillo y se mantenía firme junto a Mariko sin atreverse a abandonarla. Por el rabillo del ojo vio que la lucha en la pasarela estaba a punto de terminar con éxito. Sólo tres Grises impedían que el barco fuese invadido. Si podía aguantar menos de un minuto, él y Mariko se habrían salvado.

—¡Matad a los bastardos!

Sintió, más que vio, el sable que buscaba su cuello y dio un salto atrás para evitarlo. Uno de los Grises lo atacó mientras el otro se detenía junto a Mariko con el sable en alto. En el mismo instante, vio que Mariko volvía en sí. Se arrojó a las piernas del descuidado samurai, haciéndole caer sobre la cubierta. Después, pasando sobre el cuerpo del Gris muerto, le arrancó el sable y se arrojó contra el otro profiriendo un grito. El Gris se había puesto en pie y aullando de rabia la atacó. Ella retrocedió y luchó con bravura, pero Blackthorne comprendió que estaba perdida, pues aquel hombre era demasiado vigoroso. Blackthorne esquivó otro golpe mortal de su enemigo, lo derribó de una patada y lanzó su cuchillo contra el rival de Mariko. Se clavó en la espalda de éste haciéndole errar el golpe, y Blackthorne se encontró desarmado en el alcázar, con un Gris subiendo la escalera detrás de él. Saltó para arrojarse por la borda, pero resbaló sobre la cubierta mojada de sangre.

Mariko, pálida como la cera, contemplaba fijamente al samurai que todavía la tenía acorralada, tambaleándose sobre los pies y resistiéndose a morir. En aquel momento, los *ronín*-samurais llegaron a lo alto de la pasarela, saltando sobre los Grises muertos, y uno de ellos derribó al atacante de Mariko mientras otro lanzaba una flecha contra el alcázar.

La flecha se clavó en la espalda del Gris haciéndole perder el equilibrio y su sable pasó junto a Blackthorne y se hundió en la borda. Blackthorne trató de escabullirse, pero el hombre lo agarró, lo derribó y trató de arañarle los ojos. Otra flecha hirió al segundo Gris en un hombro y una tercera le hizo girar sobre sus pies. Brotó sangre de su boca y, ahogándose y desorbitado, cayó sobre Blackthorne en el momento en que llegaba otro Gris, dispuesto a matarlo con un cuchillo corto. Fue a descargar el golpe contra el indefenso Blackthorne, pero una mano amiga le sujetó el brazo y su cabeza se separó inmediatamente del cuello y surgió un surtidor de sangre. Los dos cadáveres fueron apartados a un lado y alguien ayudó a Blackthorne a ponerse de pie. Mientras se enjugaba la sangre de la cara, vio confusamente que Mariko estaba tumbada sobre la cubierta, rodeada de varios ronín-samurai. Se desprendió de sus salvadores y avanzó tambaleándose hacia ella, pero sus rodillas flaquearon y cayó al suelo.

CAPÍTULO XXV

Blackthorne necesitó más de diez minutos para recobrar la fuerza necesaria para mantenerse de pie. Mientras tanto, los ronín-samurais habían rematado a los heridos graves y arrojado todos los cadáveres al mar. Habían perecido los seis Pardos y todos los Grises. La embarcación estaba dispuesta para zarpar inmediatamente. Todas las luces se habían apagado. Unos cuantos samurais habían sido enviados hacia el norte para establecer contacto con Buntaro. El grueso de la fuerza de Toranaga corrió hacia el Sur, hacia un rompeolas situado a unos doscientos pasos donde se hicieron fuertes contra los cien Grises de la fragata, que al darse cuenta del ataque volvían a toda prisa.

El jefe de a bordo, después de comprobar que todo estaba en orden, hizo bocina con las manos y gritó en dirección a tierra. Inmediatamente, más samurais disfrazados de *ronín* y mandados por Yabú, salieron de la sombra y se desplegaron hacia el Norte y hacia el Sur formando unos escudos protectores. Y entonces apareció Toranaga y avanzó despacio hacia la pasarela. Ya no llevaba su quimono de mujer ni la oscura capa de viaje.

«¡Bastardo! —pensó Blackthorne—. Eres frío, cruel y despiadado, pero indudablemente tienes majestad.»

Antes, había visto que llevaban a Mariko abajo, asistida por una joven, y había presumido que estaba herida, pero no de gravedad, puesto que todos los heridos graves eran muertos en el acto, si no se mataban ellos mismos.

Hubo un súbito resplandor en el torreón y se oyó el débil eco de las campanas tocando a rebato. Después, empezaron a elevarse cohetes desde las murallas del castillo. Cohetes de señales.

En el profundo silencio, Toranaga se volvió a mirar hacia atrás y hacia arriba. Empezaron a encenderse luces en toda la ciudad. Sin apresurarse, Toranaga dio media vuelta y subió a bordo.

El viento trajo unos gritos lejanos procedentes del Norte. ¡Buntaro! Debía de ser él con el resto de la columna. Blackthorne escrutó la oscuridad, pero no pudo ver nada. Hacia el Sur, la distancia entre los Grises que atacaban y los Pardos que se defendían menguaba rápidamente. Calculó su número. De momento, estaban igualados. Pero ¿por cuánto tiempo?

—*¡Keirei!*

Todos se arrodillaron a bordo e inclinaron la cabeza al aparecer Toranaga sobre cubierta. Toranaga hizo una seña a Yabú, que lo seguía. Inmediatamente, Yabú tomó el mando y dio la orden de zarpar. Cincuenta samurais de la falange subieron por la pasarela y se colocaron en posición de defensa, mirando a tierra y armando sus arcos.

Blackthorne sintió que le tiraban de la manga.

—¡Anjín-san!

—*¿Hai?* —dijo, mirando fijamente al piloto.

El hombre soltó un chorro de palabras señalando el timón. Blackthorne comprendió que el hombre presumía que él tenía el mando y le pedía permiso para hacerse a la mar.

—*Hai*, Capitán-san —le respondió—. ¡Adelante! *¡Isogi!*

La galera se separó del muelle, ayudada por el viento y por la habilidad de los remeros. En el mismo instante, tres hombres y una joven salieron de la oscuridad, detrás de una hilera de barcas varadas, enzarzados en una lucha feroz con nueve Grises. Blackthorne reconoció a Buntaro y a la joven Sonó.

Buntaro dirigía la retirada hacia el muelle, con el sable ensangrentado y erizados de flechas el peto y la espalda de su armadura. La muchacha esgrimía una lanza, pero se tambaleaba y respiraba fatigosamente. Uno de los Pardos se detuvo para cubrir valerosamente su retirada. Los Grises lo aplastaron. Buntaro subió corriendo los peldaños del rompeolas, seguido de la muchacha y del último Pardo, y entonces se volvió y arremetió contra los Grises como un toro furioso. Los dos primeros cayeron desde lo alto del malecón, uno se rompió la espalda contra las piedras de abajo y el otro rodó aullando, con el brazo derecho cercenado. Los Grises vacilaron un momento. El último Pardo se adelantó a su señor y se lanzó de cabeza contra el enemigo. Los Grises le destrozaron y después atacaron en masa.

Los arqueros del barco dispararon nubes de flechas matando o dejando inútiles a todos los Grises atacantes, menos a dos de ellos. Un sable rebotó en el casco de Buntaro y cayó sobre su hombrera. Buntaro golpeó al Gris debajo de la barbilla con el antebrazo armado y le rompió el cuello. Después, se lanzó contra el otro y también lo mató.

La joven estaba arrodillada tratando de recobrar aliento. Buntaro no perdió tiempo en asegurarse de que los Grises estaban muertos y les rebanó la cabeza de dos tajos perfectos.

La embarcación estaba a veinte yardas del malecón y la distancia seguía aumentando.

—¡Capitán-san! —gritó Blackthorne haciendo furiosos ademanes—. ¡Vuelve al muelle! *¡Isogi!*

Pero Yabú se plantó inmediatamente en el alcázar y habló acaloradamente con el capitán. No debían regresar.

La distancia era ahora de treinta yardas y Blackthorne sentía que su mente le gritaba: «¡Qué te importa! ¡Es Buntaro, el esposo de Mariko!»

—No podéis dejarlo morir. Es uno de los nuestros —gritó a Yabú y a los del barco—. ¡Es Buntaro! ¡Volvamos! *¡Isogi!*

Pero esta vez el piloto movió la cabeza, en un gesto de impotencia, y el jefe de los remeros siguió marcando el ritmo con el tambor.

Blackthorne corrió hacia Toranaga, que estaba de espaldas a él y observaba el muelle. Inmediatamente, cuatro guardias le cerraron el paso con los sables en alto.

—¡Toranaga-sama! —gritó—. *¡Dozo!* ¡Ordena que regrese la galera! ¡Allí! Dozo… por favor. ¡Volvamos atrás!

—*Iyé*, Anjín-san —dijo Toranaga señalando los cohetes de señales del castillo y después el rompeolas, y volviéndole definitivamente la espalda.

—¡Oh, maldito cobarde! —clamó Blackthorne, pero se interrumpió de pronto, corrió a la borda y se abalanzó sobre la barandilla—. ¡Nadad! —aulló, braceando—. ¡Nadad, por el amor de Dios!

Buntaro lo comprendió. Levantó a la muchacha, le habló y casi la arrastró hasta el borde del muelle, pero ella se lamentó y se hincó de rodillas delante de él. Era evidente que no sabía nadar.

Blackthorne buscó desesperadamente sobre la cubierta. No había tiempo para lanzar un bote. Estaban demasiado lejos para echar una cuerda. Él no tenía fuerzas para ir y volver a nado. No había chaquetas salvavidas. Como último recurso, corrió hasta los remeros más próximos y detuvo su boga.

Dos samurais trataron de impedírselo, pero Toranaga les ordenó que se apartasen.

Blackthorne y cuatro marineros lanzaron el remo como un dardo y el impulso lo arrastró hasta el muelle.

En el mismo instante, se oyó un grito de victoria en el rompeolas. Llegaban refuerzos Grises desde la ciudad, y aunque los *ronín*-samurais contenían a los atacantes actuales, su derrota sólo era cuestión de tiempo.

—¡Vamos! —gritó Blackthorne—. *¡Isogiii!*

Buntaro empujó a la joven y señaló el remo y el barco. Ella le hizo una pequeña reverencia y se lanzó de cabeza al agua. Levantó un brazo y consiguió agarrar el remo. Se sostenía bien y movió las piernas para acercarse al barco. Después, el miedo le hizo aflojar su presa y el remo se escurrió de entre sus brazos. La joven golpeó el agua durante un momento interminable y finalmente se hundió.

No volvió a aparecer.

Buntaro se había quedado solo en el muelle y observaba las alternativas del combate. Llegaban nuevos refuerzos para los Grises desde el Sur, incluidos algunos caballeros, y comprendió que pronto el rompeolas se vería inundado por una oleada de hombres. Entonces volvió la espalda a la batalla y se dirigió al extremo del malecón. La galera estaba a setenta yardas, a salvo y esperando. Cuando llegó al final del espigón, Buntaro se despojó del casco, del arco y del carcaj, así como de la parte superior de su armadura, y los dejó al lado de las vainas de sus sables. Dejó los dos, el largo y el corto, en el suelo, en un lugar aparte. Después se desnudó hasta la cintura, recogió su equipo y lo arrojó al mar. Observó devotamente el sable largo y lo arrojó también con toda su fuerza.

Hizo una profunda reverencia en dirección a la galera, a Toranaga, que se dirigió inmediatamente al alcázar para ver mejor. Correspondió al saludo.

Buntaro se arrodilló, colocó delicadamente el sable corto delante de él (la luna arrancó destellos de la hoja) y permaneció inmóvil, casi como en oración, de cara a la galera.

—¿Qué diablos está esperando? —murmuró Blackthorne en el silencio sepulcral de la galera—. ¿Por qué no salta y nada hasta nosotros?

—Se está preparando para el harakiri.

Mariko estaba junto a él, sostenida por una joven.

—¡Jesús! ¿Estás bien, Mariko?

—Muy bien —dijo ella, casi sin escucharle, hosco el semblante, pero no por ello menos hermoso.

—Me alegro… —Y entonces comprendió de pronto lo que ella había dicho —. ¿Harakiri? ¿Se va a matar? ¿Por qué? Tiene tiempo sobrado para llegar aquí. Si no sabe nadar, allí, junto al muelle, hay un remo que lo sostendría fácilmente.

—Mi marido sabe nadar, Anjín-san —dijo ella—. Todos los oficiales del señor Toranaga deben aprender a nadar, es una orden. Pero él ha decidido no hacerlo.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Quiere morir, Anjín-san.

—Pero, por el amor de Dios, si quiere morir, ¿por qué no va allí? —dijo Blackthorne, señalando el lugar del combate?—. ¿Por qué no ayuda a sus hombres? Si quiere morir, ¿por qué no muere matando, como un *hombre*?

Mariko, apoyada en la joven, no apartaba los ojos del muelle.

—Porque podrían capturarlo, y si nadase, podrían capturarlo también, y entonces el enemigo lo exhibiría al populacho, lo cubriría de vergüenza, le haría cosas terribles. Un samurai no puede ser capturado y seguir siendo samurai. Ser capturado por un enemigo es la peor deshonra. Por esto mi marido hace lo que debe hacer un hombre, un samurai. El samurai muere con dignidad. Porque, ¿qué es la vida para un samurai? Nada en absoluto. La vida es sufrimiento, *¿neh?* Él tiene el derecho y el deber de morir con honor ante testigos.

—Un sacrificio estúpido —dijo Blackthorne entre dientes.

—Ten paciencia con nosotros, Anjín-san.

—¿Para qué? ¿Para escuchar más mentiras? ¿Por qué no confías en mí? Fingiste que te desmayabas, y ésta era la señal, ¿no? Te pregunté y me mentiste.

—Me lo ordenaron… para protegerte. Claro que confío en ti.

—Mentiste —dijo él sabiendo que no tenía razón, pero indignado por aquel estúpido desprecio de la vida y añorando sus propios hábitos—. Sois como bestias —añadió en inglés, sabiendo que no era verdad. Luego se alejó de allí.

—¿Qué ha dicho, Mariko-san? —preguntó la joven, que le pasaba la cabeza a Mariko y era robusta y de cara cuadrada.

Era Usagi Fujiko, sobrina de Mariko, y tenía diecinueve años.

Mariko se lo dijo.

—¡Qué hombre más horrible! ¿Cómo puedes soportar su compañía?

—Porque salvó el honor de nuestro señor. De no ser por su bravura, estoy segura de que el señor Toranaga habría sido capturado. Todos habríamos sido capturados.

Las dos mujeres se estremecieron.

—¡Que los dioses nos protejan de esta vergüenza! —Fujiko miró a Blackthorne, el cual estaba apoyado en la borda, a cierta distancia y mirando a tierra—. Parece un mono dorado y de ojos azules, una criatura para espantar a los niños, *¿neh?*

Fujiko se estremeció y volvió a mirar a Buntaro. Al cabo de un momento, dijo:

—Envidio a tu marido, Mariko-san.

—Sí —dijo tristemente Mariko—. Pero lamento que no tenga un ayudante.

La costumbre quería que otro samurai asistiera siempre al harakiri para decapitar al suicida de un solo tajo cuando la agonía se hacía insoportable e imposible de dominar, avergonzando al hombre en el momento supremo de su vida. Sin un ayudante, pocos hombres podían morir sin vergüenza.

—*Karma* —dijo Fujiko.

—Sí, lo compadezco. Era lo único que temía, no tener un ayudante.

Los atacantes habían llegado al rompeolas. Cincuenta *ronín*-samurais de Toranaga, entre ellos varios a caballo, vinieron del norte en auxilio de los defensores. El ataque fue contenido y se ganó un poco de tiempo.

«¿Tiempo para qué? —se preguntó Blackthorne amargamente—. Toranaga está a salvo en el mar. Nos ha traicionado a todos.»

Volvió a sonar el tambor.

Los remos mordieron el agua. La proa se hundió y empezó a cortar las olas, y apareció una estela a popa.

Blackthorne se dirigió a proa para observar los arrecifes. Sólo Fujiko y el jefe de los remeros le vieron abandonar el alcázar. Entonces descubrió las embarcaciones que cerraban la entrada del puerto, a media legua de ellos. Eran barcas de pesca, pero estaban llenas de samurais.

—Estamos atrapados —dijo en voz alta comprendiendo que eran enemigos.

Un estremecimiento recorrió el barco. Todos los que contemplaban el combate habían desviado la mirada en otra dirección.

Blackthorne miró hacia atrás. Los Grises invadían poco a poco el rompeolas, mientras otros avanzaban de prisa por el espigón en busca de Buntaro. Pero cuatro jinetes Pardos venían del Norte galopando sobre la tierra batida con un quinto caballo, éste sin jinete, a remolque del primero. El primer caballero y la montura de reserva subieron las anchas gradas del espigón y reemprendieron el galope, mientras los otros tres se volvían contra los Grises que avanzaban. Buntaro miró también a su alrededor, pero permaneció arrodillado, y cuando el hombre se detuvo detrás de él, lo despidió con un ademán y, levantando el cuchillo con ambas manos, apuntó la hoja contra su cuerpo. Inmediatamente, Toranaga hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Buntaro-san! ¡Ve con ellos! ¡Trata de escapar!

Buntaro lo oyó claramente. Vaciló, confuso, sin soltar el cuchillo. Volvió a sonar la orden, insistente, imperiosa.

Haciendo un esfuerzo, Buntaro renunció a la muerte y contempló fríamente la vida y la huida que le eran impuestas. El riesgo era grande.

«Lo mejor es morir aquí —se dijo—. ¿Acaso no lo sabe Toranaga? Aquí hay una muerte honrosa. Allí, una captura casi segura. ¿Adónde huir? Hay trescientos *ri* hasta Yedo. ¡Seguro que seremos capturados!»

Deseaba la muerte que lo libraría de toda su vergüenza, la vergüenza de su padre arrodillándose ante el estandarte de Toranaga cuando todos hubieran debido permanecer fieles a Yaemón, el heredero del Taiko, como habían jurado, la vergüenza de matar a tantos hombres que servían honorablemente la causa del Taiko contra el usurpador Toranaga, la vergüenza de su mujer, Mariko, y de su único hijo, mancillados para siempre, el hijo a causa de la madre y la madre a causa de su padre, el monstruoso asesino, Akechi Jinsai. Y la vergüenza de saber que a causa de ellos su nombre estaba deshonrado para siempre.

A pesar de todo, dejó el cuchillo y obedeció sumiéndose de nuevo en el abismo de la vida. Su señor feudal le había impuesto el último sufrimiento y había decidido impedir su intento de lograr la paz. ¿Qué podía hacer un samurai sino obedecer?

Saltó sobre la silla, golpeó con los talones los ijares del caballo y emprendió el galope con el otro samurai. Otros *ronín* de caballería salieron galopando de la oscuridad para proteger su huida y detener a los primeros Grises. Después, desaparecieron y unos pocos jinetes Grises continuaron la persecución.

Estallaron grandes carcajadas en todo el barco.

Toranaga golpeaba la borda con el puño, satisfecho. Yabú y los samurais reían desaforadamente. Incluso Mariko se reía.

—Un hombre ha escapado, pero, ¿qué me decís de todos los muertos? —gritó Blackthorne, furioso—. Mirad al muelle. Debe de haber trescientos o cuatrocientos cadáveres. *¡Miradlos, por el amor de Dios!*

Pero su voz se perdió entre las carcajadas.

Entonces, el vigía de proa lanzó un grito de alarma. Y las risas se extinguieron.

CAPÍTULO XXVI

Toranaga preguntó sin inmutarse:

—¿Podemos pasar entre ellos, capitán?

Observaba las barcas de pesca agrupadas a quinientas yardas al frente y el paso tentador que habían dejado entre ellas.

—No, señor.

—No tenemos otra alternativa —dijo Yabú—. Es lo único que podemos hacer.

Miró hacia popa a las masas de Grises que esperaban en el muelle y en el espigón mientras el viento traía, debilitados, sus burlones insultos.

Toranaga y Yabú estaban en el castillo de proa. El tambor había enmudecido y la galera se balanceaba en un mar poco agitado. Todos los de a bordo esperaban la decisión. Sabían que estaban copados. En tierra les esperaba un desastre y allá, al frente, otro desastre. La red se cerraría más y más, y al fin serían capturados. Ishido podía esperar unos días si no tenía más remedio.

Yabú hervía por dentro.

«Si nos hubiéramos dirigido en seguida a la boca del puerto, en vez de perder un tiempo inútil con Buntaro, estaríamos ahora a salvo en alta mar —se dijo—. Toranaga está perdiendo el juicio. Ishido creerá que lo he traicionado. No puedo hacer nada, a menos que podamos abrirnos paso, e incluso tendré que luchar por Toranaga contra Ishido. No puedo hacer nada, excepto ofrecerle a Ishido la cabeza de Toranaga. *¿Neh?* Esto me convertiría en regente y me valdría el Kwanto, *¿neh?* Y con seis meses de tiempo y los fusileros samurais tal vez la Presidencia del Consejo de Regencia. ¿Y por qué no el premio mayor? Elimina a Ishido y podrás ser primer general del Heredero, protector y gobernador del castillo de Osaka, administrador de la riqueza legendaria del torreón, con poder absoluto sobre el Imperio durante la minoría de edad de Yaemón y, después, con un poder sólo inferior al de éste. ¿Por qué no? O incluso al premio mayor de todos. El shogunato. Elimina a Yaemón, y serás Shogun… Todo esto, con sólo una cabeza y la benevolencia de los dioses.»

Yabú sintió que le flaqueaban las rodillas al aumentar su afán.

«Muy fácil —pensó— pero no hay manera de cortar la cabeza y escapar… Todavía…»

—¡Ordena la posición de ataque! —dijo al fin Toranaga.

Mientras Yabú daba las órdenes y los samurais empezaban a prepararse, Toranaga volvió su atención al bárbaro, que permanecía inmóvil cerca del castillo de proa, donde se había detenido al darse la alarma, apoyándose en el breve palo mayor.

«¡Ojalá pudiese comprenderlo! —pensó Toranaga—. Valioso en un momento dado, es inútil un instante después. Ahora homicida, y después cobarde. Ahora dócil, y después peligroso. Es hombre y mujer al mismo tiempo. *Yang* y *Yin*. Dos polos opuestos. E imprevisible.»

—Pregúntale, Yabú-san —dijo Toranaga.

—¿Señor?

—Pregúntale qué hay que hacer. Al capitán. ¿No es esto una batalla naval? ¿No me dijiste que el capitán es un genio en el mar? Veamos si tienes razón. Que lo demuestre.

La boca de Yabú era una fina línea cruel. Toranaga percibió el miedo del hombre, y esto le gustó.

—Mariko-san —gritó Yabú—. Pregunta al capitán cómo podemos salir… cómo podemos pasar entre esas barcas.

Mariko, obediente y sostenida por la muchacha, se apartó de la borda.

—No, ahora estoy bien, Fujiko-san —dijo—. Gracias.

Fujiko la soltó y observó con disgusto a Blackthorne.

La respuesta de Blackthorne fue muy breve.

—Dice que «con cañones», Yabú-san —dijo Mariko.

—¡Dile que tendrá que inventar algo mejor si quiere conservar su cabeza!

—Debemos tener paciencia con él, Yabú-san —terció Toranaga—. Mariko-san, dile amablemente que no tenemos cañones y si no hay otra manera de romper el bloqueo. Por tierra es imposible. Traduce exactamente su respuesta. Exactamente.

Mariko obedeció.

—Lo siento, señor, pero dice que no. Sólo que no. Y no con mucha cortesía.

Toranaga se aflojó el cinto y se rascó por debajo de la armadura.

—Bueno —dijo animadamente y señalando la fragata portuguesa—. Si el experto Anjín-san dice cañones, tendrá cañones. ¡Vamos allá, piloto! Que los

hombres se preparen, Yabú-san. Si los bárbaros del Sur no quieren prestarme sus cañones, tendrás que tomarlos. ¿Lo harás?

—Con mucho gusto —dijo Yabú suavemente.

—Tenías razón. Es un genio.

—Pero tú has dado con la solución, Toranaga-sama.

—Es fácil encontrar soluciones cuando se conoce la respuesta, *¿neh?* ¿Cuál es la solución del castillo de Osaka, aliado?

—No la hay. En esto, el Taiko estuvo perfecto.

—Sí. ¿Y cuál es la solución de la traición?

—Una muerte ignominiosa, naturalmente. Pero no comprendo por qué me preguntas esto.

—Una idea pasajera, aliado. —Toranaga miró a Blackthorne—. Sí, es un hombre listo. Y yo necesito hombres listos. Mariko-san, ¿me darán los bárbaros sus cañones?

—Desde luego. ¿Por qué no habían de hacerlo?

No se le había ocurrido pensar que podían negarse. Todavía estaba llena de ansiedad por Buntaro. ¿Por qué le había ordenado Toranaga huir en el último momento? ¿No habría sido igualmente fácil y más seguro ordenarle que nadase hasta la galera? Había tiempo de sobra. ¿Y por qué había esperado tanto? Algo en su interior secreto le respondió que su señor debió tener muy buenas razones para esperar y para dar aquella orden.

—¿Y si no lo hacen? ¿Serías capaz de matar cristianos, Mariko-san? —preguntó Toranaga—. ¿No es el «¡No matarás!» su ley fundamental?

—Sí, lo es. Pero por ti, señor, yo, mi marido y mi hijo iríamos gustosos al infierno.

—Eres una verdadera samurai, y no olvidaré que has empuñado un sable para defenderme.

—No me des las gracias. He cumplido mi deber. Si hay que recordar a alguien, recuerda a mi marido y a mi hijo. Serán mucho más valiosos para ti.

—De momento, tú eres la más valiosa para mí. Y todavía puedes serlo más.

—Dime cómo, señor, y lo haré.

—Apártate de ese Dios extranjero.

—¡Señor! —gimió Mariko, y su rostro se ensombreció.

—Prescinde de tu Dios. Tienes demasiadas obligaciones.

—¿Quieres que cometa apostasía, que reniegue del cristianismo?

—Sí, a menos que puedas poner a tu Dios en Su sitio, en lo más recóndito de

tu mente, no delante de todo.

—Discúlpame, señor —dijo ella, impresionada—, pero mi religión nunca me ha impedido que te fuese fiel.

—Los cristianos pueden convertirse en mis enemigos, *¿neh?*

—Tus enemigos lo son míos, señor.

—Ahora los curas me son contrarios. Pueden ordenar a todos los cristianos que me hagan la guerra.

—No pueden hacerlo, señor. Son hombres de paz.

—¿Y si siguen en la oposición? ¿Y si me hacen la guerra?

—Nunca deberás temer por mi lealtad. Nunca.

—Está bien, Mariko-san —dijo Toranaga—. Lo acepto. Te ordeno que hagas amistad con ese bárbaro, que te enteres de todo lo que sabe, que me informes de todo lo que diga, que trates a todos los sacerdotes con recelo, que me informes de todo lo que te pregunten o te digan.

Mariko apartó un mechón de cabello de sus ojos.

—Puedo hacer todo esto, señor, sin dejar de ser cristiana. Lo juro.

—Bien. Júralo por tu Dios cristiano.

—Lo juro ante Dios.

—Bien. —Toranaga se volvió y llamó—: ¡Fujiko-san!

—¿Señor?

—¿Has traído alguna doncella contigo?

—Sí, señor. Dos.

—Entrega una de ellas a Mariko-san. Y di a la otra que nos traiga cha. Y que traiga saké para Anjín-san.

La luz hizo brillar el pequeño crucifijo de oro que llevaba Mariko colgado del cuello. Vio que Toranaga lo miraba fijamente.

—¿Quieres que no lo lleve, señor? ¿Quieres que lo tire?

—No —dijo él—. Llévalo como recordatorio de tu juramento.

Todos observaron la fragata. Toranaga tuvo la impresión de que alguien lo miraba y echó un vistazo a su alrededor. Vio unas duras facciones y unos ojos azules y fríos. «¿Cómo se atreve el bárbaro a sospechar de mí?», pensó.

—Pregúntale a Anjín-san por qué no dijo antes que había muchos cañones en el barco bárbaro. ¿Conseguiremos que nos den escolta para salir de la trampa?

Mariko tradujo y Blackthorne respondió.

—Dice… —explicó Mariko vacilando—. Discúlpame, señor, pero ha dicho que te conviene emplear la cabeza.

Toranaga se echó a reír.

—Le doy las gracias por la suya. Me ha sido muy útil. Espero que la conservará sobre los hombros. Dile que ahora estamos iguales.

—Él dice: «No, no estamos iguales, Toranaga-sama. Pero dame mi barco y una tripulación y limpiaré el océano de enemigos.»

—Mariko-san, ¿crees que me aprecia tanto como los otros, como los españoles y los bárbaros del Sur?

Toranaga había formulado esta pregunta ligeramente. La brisa empujaba mechones de cabello sobre los ojos de Mariko-san. Ella los apartó con un gesto cansado.

—No lo sé, lo siento. Tal vez sí y tal vez no. ¿Quieres que se lo pregunte? Lo siento, pero es… es muy raro. No le comprendo. En absoluto.

—Ya habrá tiempo para ello. Sí. Con el tiempo, él mismo se nos manifestará.

Blackthorne había visto que la fragata soltaba las amarras en el momento en que sus vigilantes Grises se habían alejado y que lanzaban su lancha y que la lancha remolcaba rápidamente la embarcación desde su amarradero hasta aguas más profundas. Ahora estaba a varios cables de la orilla, segura, sujetada ligeramente por un ancla de proa, paralelamente al muelle. Era la maniobra normal de todos los barcos europeos en puertos hostiles o desconocidos, donde podía amenazarles algún peligro.

—Y deben estar enterados de lo de Toranaga —se dijo con desconsuelo—, pues son astutos y habrán preguntado a sus cargadores o a los Grises la causa de todo este jaleo.

Sintió que se le erizaban los cortos cabellos. «Uno cualquiera de sus cañones puede mandarnos al infierno. Sí, pero no corremos peligro, porque Toranaga está a bordo. ¡Loado sea Dios!»

Mariko le dijo:

—Mi señor pregunta qué soléis hacer cuando queréis acercaros a un barco de guerra.

—Si se tiene un cañón, se dispara una salva. Si no, se hacen señales con banderas pidiendo permiso para acercarse.

—Mi señor pregunta: ¿y si no hay banderas?

Blackthorne vio que la fragata tenía ocho cañones por banda en el puente principal, dos a popa y dos a proa. Sin duda el *Erasmus* podría apoderarse de ella

si tuviese la tripulación adecuada. «Me gustaría. Pero despierta, soñador. No estamos a bordo del *Erasmus*, y esta panzuda galera y la fragata portuguesa son nuestra única esperanza. Protegidos por sus cañones, estaremos seguros. Suerte que Toranaga está con nosotros.»

—Dile al piloto que ice la bandera de Toranaga en el mástil. Con esto bastará, señora. Será un acto oficial y les dirá quién está a bordo. Aunque presumo que ya lo saben.

Así se hizo, y los de la galera parecieron más confiados. Blackthorne advirtió el cambio, e incluso él se sintió más tranquilo bajo la bandera.

—Mi señor pregunta cómo les diremos que queremos acercarnos.

—Dile que sin banderas de señales puede hacer dos cosas: esperar fuera del alcance de sus cañones y enviar una delegación en un bote, o avanzar directamente hasta llegar a una distancia desde la que podamos hacernos oír.

—Mi señor pregunta qué aconsejas.

—Avanzar directamente. Huelgan las precauciones. El señor Toranaga está a bordo. Es el daimío más importante del Imperio. Desde luego, nos ayudarán y… ¡Oh, Dios mío!

—¿Señor?

—De pronto me he dado cuenta de que él está ahora en guerra con Ishido, ¿no? Por consiguiente, la fragata puede no estar dispuesta a ayudarle.

—Claro que lo ayudarán.

—No. ¿Qué bando conviene más a los portugueses, el del señor Toranaga o el de Ishido? Si creen que les conviene más Ishido, nos mandarán al infierno.

—Es inconcebible que los portugueses disparen contra un barco japonés —opinó Mariko.

—Lo harán, señora, puedes creerme. Y apuesto a que la fragata no dejará que nos acerquemos. Al menos, es lo que yo haría si fuese su capitán. ¡Dios mío! —dijo Blackthorne mirando a tierra.

Los Grises habían abandonado el espigón y se desplegaban paralelamente a la orilla. Nada que hacer por aquella parte. Las barcas de pesca seguían cerrando la salida del puerto. Tampoco por allí podía hacerse nada.

—Dile al señor Toranaga que sólo hay una manera de salir del puerto. Que estalle una tormenta. Tal vez podríamos capearla, cosa que no podrían hacer las barcas de pesca.

—Mi señor pregunta si crees que habrá tormenta.

—Mi olfato me dice que sí. Pero tardará unos días. Dos o tres. ¿Podremos

aguantar hasta entonces?

Toranaga reflexionó. Después dio una orden.

—Vamos a acercarnos hasta que puedan oírnos, Anjín-san.

—Entonces, dile que debemos hacerlo por su popa. De este modo, el blanco será menor. Dile que son traidores, que sé que son muy traidores cuando ven amenazados sus intereses. ¡Son peores que los holandeses!

—Mi señor dice que pronto sabremos la respuesta.

—Estamos desnudos, señora. No podemos nada contra sus cañones. Si el barco nos es hostil o incluso neutral, estamos perdidos.

—Mi señor dice que es verdad, pero que tú te encargarás de persuadirles de que deben mostrarse complacientes.

—¿Cómo puedo hacer eso? Soy su enemigo.

—Mi señor dice que, en la guerra como en la paz, un buen enemigo puede ser más valioso que un buen aliado. Dice que tú conoces su mentalidad y encontrarás la manera de persuadirles.

—La única manera segura es la fuerza.

—Mi señor dice que está de acuerdo y que me digas cómo piensas abordar el barco.

—¿Qué?

—Ha dicho: «Bien. De acuerdo. ¿Cómo te apoderarías del barco? ¿Cómo lo conquistarías? Necesito sus cañones. ¿Está claro, Anjín-san?»

—¡Ah del *Santa Teresa*! ¡Hola, inglés!

—¿Eres Rodrigues?

—Sí.

—¿Y tu pierna?

—¿Y tu madre?

A Rodrigues le gustó la estruendosa carcajada que flotó sobre el mar que los separaba.

Durante media hora, las dos embarcaciones habían maniobrado buscando una buena posición, acercándose, virando, alejándose, tratando la galera de situarse a barlovento para empujar a la fragata hacia la costa a sotavento, y procurando la fragata tener espacio libre para salir del puerto si le convenía. Pero ninguna de las dos había conseguido una ventaja decisiva, y fue durante la caza

que los que estaban a bordo de la fragata vieron las barcas de pesca apretujadas en la bocana del puerto y comprendieron su significado.

—¡Por esto viene a nosotros! ¡En busca de protección!

—Mayor razón para que lo hundamos ahora que está atrapado.

—Ishido nos lo agradecerá eternamente —había dicho Ferriera.

Pero Dell'Aqua se había mantenido en sus trece.

—Toranaga es demasiado importante. Insisto en que debemos hablar con él. Y siempre podéis hundirlo. No tiene cañones. Y hasta yo sé que sólo puede lucharse con cañones contra los cañones.

Y así había quedado la partida en tablas dándoles un tiempo de respiro. Los dos barcos estaban en el centro del puerto, a salvo de las barcas de pesca y a salvo el uno del otro, la fragata temblando bajo el viento, dispuesta a cambiar inmediatamente de posición, y la galera, con los remos levantados, deslizándose de lado hasta colocarse a la distancia necesaria para que pudiesen hacerse oír sus hombres. Cuando Rodrigues vio que los de la galera izaban los remos y se ponían de flanco a sus cañones, viró a barlovento y la dejó acercarse hasta ponerse a tiro y se preparó para la próxima serie de maniobras. «Gracias a Dios, a la Santísima Virgen y a San José, nosotros tenemos cañones y ese bastardo no los tiene. El inglés es demasiado astuto.»

«Pero es mejor enfrentarse con un profesional —se dijo—. Mucho más seguro. Entonces, nadie hace tonterías y no se producen daños inútiles.»

—¿Permiso para subir a bordo?

—¿Quiénes, inglés?

—El señor Toranaga, su intérprete y unos guardias.

—Nada de guardias —dijo Ferriera en voz baja.

—Ha de traer algunos —dijo Alvito—. Es cuestión de prestigio.

—¡Al diablo su prestigio! Nada de guardias.

—No quiero samurais a bordo —convino Rodrigues.

—¿Aceptaríais cinco? —preguntó Alvito—. Sólo su guardia personal. Vos comprendéis el problema, Rodrigues.

Rodrigues reflexionó un momento y asintió.

—Cinco es un buen número, capitán general. Nosotros destacaremos cinco hombres como vuestros «guardias personales» con un puñado de pistolas cada uno. Encargaos de los detalles, padre. Es mejor que el padre convenga los detalles, capitán general, pues sabe cómo ha de hacerlo. Adelante, padre, pero informadnos de todo lo que ellos digan.

Alvito se acercó a la borda y gritó:

—¡No ganaréis nada con vuestros embustes! ¡Preparad vuestras almas para el infierno, vos y vuestros bandidos! Os damos diez minutos. Después, el capitán general disparará y os mandará al tormento eterno.

—Nos ampara el pabellón de Toranaga.

—¡Un pabellón falso, pirata!

Ferriera dio un paso adelante.

—¿A qué estáis jugando, padre?

—Por favor, tened paciencia —dijo Alvito—. Es sólo una cuestión formal. De no hacerlo así, Toranaga nos guardaría rencor eterno por haber insultado a su bandera, cosa que hemos hecho en realidad. Toranaga no es un daimío cualquiera. Tal vez deberíais recordar que él solo tiene más tropas armadas que el rey de España.

El viento silbaba en el aparejo, y los palos crujían nerviosamente. Entonces se encendieron luces en el alcázar y pudieron ver claramente a Toranaga. La voz de éste llegó sobre las olas.

—Tsukku-san, ¿cómo te atreves a rehuir mi galera? Aquí no hay piratas. Los únicos piratas están en la entrada del puerto, en aquellas barcas de pesca. Quiero subir inmediatamente.

Alvito gritó en japonés, fingiendo asombro:

—Lo siento, señor Toranaga. No teníamos la menor idea de que fueses tú. Pensábamos que era un ardid. Los Grises nos dijeron que unos bandidos-*ronín* se habían apoderado de la galera por la fuerza. Por esto creíamos que unos bandidos navegaban al mando del pirata inglés bajo un falso pabellón. Iré inmediatamente.

—No. Seré yo quien vaya a tu barco.

—Te ruego, señor Toranaga, que me permitas acompañarte. Mi superior, el Padre Visitador está aquí, y también el capitán general. Insisten en ofrecerte sus excusas. Sírvete aceptar nuestras disculpas.

Alvito habló en portugués y gritó:

—¡Soltad la lancha! —Y de nuevo a Toranaga, en japonés—: Inmediatamente será lanzado el bote, mi señor.

Rodrigues observó la almibarada humildad de la voz de Alvito y se dijo que era mucho más difícil tratar con los japoneses que con los chinos. Los chinos comprendían el arte de la negociación, del compromiso, de la transacción y de las compensaciones. En cambio, los japoneses eran muy orgullosos y la muerte

era un precio muy bajo para pagar una ofensa a su orgullo. «¡Vamos, acabemos de una vez!», tuvo ganas de gritar.

—Iré inmediatamente, capitán general —dijo el padre Alvito—. Y si vos, Eminentísimo señor, me acompañaseis, sería un cumplido que contribuiría mucho a calmar a Toranaga.

—De acuerdo.

—¿No será peligroso? —apuntó Ferriera—. Podrían emplearos a los dos como rehenes.

—A la menor señal de traición —dijo Dell'Aqua—, deberéis destruir la galera con todos sus ocupantes, aunque nosotros estemos a bordo.

Bajó del alcázar al puente principal y pasó por detrás de los cañones, ondeando al viento los faldones de su túnica. Al llegar a la escalerilla, se volvió e hizo la señal de la cruz. Después bajó y entró en el bote.

Ferriera se inclinó sobre la borda y dijo sin levantar la voz:

—Eminencia, traed al hereje.

—¿Qué? ¿Qué decís?

A Dell'Aqua le divertía jugar con el capitán general, cuya continua insolencia lo ofendía gravemente. Lo cierto era que había decidido hacerse con Blackthorne y que podía oír perfectamente a Ferriera. «¡Qué estúpido!», pensó.

—Traeréis al hereje, ¿eh? —repitió Ferriera.

Rodrigues oyó desde el alcázar el apagado: «Sí, capitán general», y pensó: «¿Qué traición estás maquinando, Ferriera?»

Cambió de posición en su silla con dificultad, pálido el semblante. Le dolía terriblemente la pierna y le costaba sostenerse. Los huesos se estaban soldando bien y gracias a la Santísima Virgen la herida estaba limpia. Pero una fractura era una fractura y la menor oscilación del barco le resultaba sumamente molesta. Se tomó un grog. Ferriera lo observaba.

—¿Qué tal vuestra pierna?

—Bien —respondió, mitigado su dolor por el alcohol.

—¿Podréis viajar desde aquí hasta Macao?

—Sí. Y participar en un combate naval durante todo el trayecto. Y regresar en verano, si es esto lo que queréis decir.

—Sí. Esto quiero decir, capitán —repuso Ferriera con los labios apretados en una burlona sonrisa—. Necesito un capitán en buenas condiciones.

—Lo estoy. Mi pierna va mejorando. —Rodrigues trató de olvidar el dolor —. El inglés no vendrá de buen grado. Yo no lo haría.

—Cien guineas a que os equivocáis.

—Es más de lo que gano en un año.

—Pagaderas en Lisboa, de lo que ganemos con el Buque Negro.

—Van jugadas. Nada le hará venir a bordo, al menos por su propia voluntad. ¡He ganado cincuenta guineas!

—Las habéis perdido. Olvidáis que los jesuitas desean su presencia aquí, incluso más que yo.

—¿Por qué?

Ferriera lo miró tranquilamente y no le respondió. Sus labios volvieron a torcerse en una aviesa sonrisa. Después, dijo:

—Ayudará a Toranaga a salir de aquí para apoderarse del hereje.

—Me alegro de ser vuestro camarada y de seros necesario a vos y al Buque Negro —dijo Rodrigues—. No quisiera teneros por enemigo.

—Celebro que nos entendamos, capitán. Por fin.

—Os pido que me escoltéis hasta fuera del puerto. Y que lo hagáis rápidamente —dijo Toranaga a Dell'Aqua por medio del intérprete Alvito.

Mariko estaba también allí, escuchando, así como Yabú. Toranaga estaba de pie en el castillo de proa, y Dell'Aqua y Alvito en cubierta. Pero, incluso así, sus ojos estaban casi al mismo nivel.

—O si lo preferís, vuestro barco de guerra puede apartar las barcas de pesca de mi camino.

—Perdóname, pero esto sería un acto hostil injustificado que tú no debes… no puedes aconsejar a la fragata, señor Toranaga —dijo Dell'Aqua, hablándole directamente, mientras Alvito traducía simultáneamente y con fluidez, como siempre—. Sería imposible, sería un acto bélico manifiesto.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Ten la bondad de venir a la fragata. Preguntaremos al capitán general. Él nos dará la solución, ahora que conocemos tu problema. Él es militar, y nosotros no.

—Tráelo aquí.

—Perderíamos menos tiempo si vinieras tú, señor. Aparte, naturalmente, de que sería un honor para nosotros.

Toranaga comprendió que tenía razón. Hacía unos momentos habían visto que otras barcas de pesca cargadas de arqueros eran lanzadas a la mar en la playa Sur, y aunque de momento estaban a salvo saltaba a la vista que una hora después la boca del puerto estaría atestada de enemigos.

No tenía elección.

—Lo siento, señor —le había dicho antes Anjín-san durante la fracasada caza—. No puedo acercarme a la fragata. Rodrigues es demasiado listo. Puedo impedir que escape si el viento se mantiene, pero no puedo atraparlo a menos que cometa un error.

—¿Cometerá un error y se mantendrá el viento? —había preguntado por medio de Mariko.

Ella le había respondido:

—Anjín-san dice que el hombre prudente no debe confiar nunca en el viento, salvo que sea el alisio y se esté en alta mar. Aquí estamos en un puerto donde las montañas producen oscilaciones en el viento. El capitán Rodrigues no se equivocará.

Toranaga había observado la lucha de habilidad entre los dos capitanes y se había convencido de que ambos eran maestros en su oficio. Y también había comprendido que ni él ni sus tierras ni todo el Imperio estarían a salvo, mientras no tuvieran barcos bárbaros modernos y gracias a ellos el dominio sobre sus propios mares. Esta idea le había trastornado.

—Pero ¿cómo puedo negociar con ellos? ¿Qué excusa pueden alegar de un acto de tan flagrante hostilidad contra mí? Mi deber es destruirlos por sus ofensas contra mi honor.

Anjín-san le había explicado el truco de las banderas falsas. Le dijo que todos los barcos empleaban este ardid para acercarse a un enemigo o para burlarlo, y Toranaga se había sentido muy aliviado de que pudiera haber una explicación aceptable que dejase a salvo su dignidad.

Alvito decía ahora:

—Creo que deberíamos ir en seguida, señor.

—Está bien —convino Toranaga—. Toma el mando de la galera, Yabú-san. Mariko-san, dile a Anjín-san que no abandone el timón. Después, ven conmigo.

Toranaga se había dado perfecta cuenta, por el tamaño del bote, de que sólo podía llevar cinco guardias. Pero también esto había sido previsto, y el plan final era sencillo. Si no podían convencer a los de la fragata para que les ayudaran, él y sus guardias matarían al capitán general, al capitán del barco y a los curas y se harían fuertes en una de las cámaras. Simultáneamente, la galera se acercaría a la fragata por la proa, tal como había sugerido Anjín-san, y todos juntos tratarían de apoderarse de la fragata. Lo conseguirían o fracasarían, pero en todo caso sería la solución más rápida.

—Es un buen plan, Yabú-san —había dicho él.

—Permíteme que vaya en tu lugar a negociar.

—Ellos no lo aceptarían.

—Bien está, pero cuando hayamos salido de esta trampa, expulsa a todos los bárbaros del reino. Si lo haces, ganarás más daimíos de los que pierdas.

—Lo pensaré —dijo Toranaga, convencido de que era una tontería, que debía tener a su lado a los daimíos cristianos, Onoshi y Kiyama y a los otros daimíos cristianos, que en otro caso lo aplastarían.

¿Por qué quería ir Yabú a la fragata? ¿Qué otra traición estaba maquinando por si no les ayudaban?

—Señor —decía Alvito, traduciendo a Dell'Aqua—, ¿puedo invitar a Anjín-san a acompañarnos?

—¿Por qué?

—He pensado que tal vez le gustaría saludar a su colega, el *anjín* Rodrigues. Éste tiene una pierna rota y no ha podido venir. A Rodrigues también le gustaría verlo para darle las gracias por haberle salvado la vida, si a ti no te importa.

Toranaga no vio ningún inconveniente en ello. Anjín-san estaba bajo su protección y, por tanto, era inviolable.

—Si él quiere, puede ir. Mariko-san, acompaña a Tsukku-san.

Mariko hizo una reverencia. Sabía que su tarea era escuchar, informar y asegurarse de que todo lo que se dijera sería transmitido sin la menor omisión. Ya se sentía mejor. Su peinado y su cara volvían a ser perfectos. Llevaba un quimono limpio que le había prestado dama Fujiko y un cabestrillo nuevo para apoyar el brazo herido. Uno de los pilotos, aprendiz de médico, le había vendado la herida. El corte recibido en el brazo no había tocado ningún tendón y la herida estaba limpia. Un baño habría acabado de reponerla, pero no había estos lujos en la galera.

Se dirigió con Alvito al alcázar. Alvito vio el cuchillo en el cinto de Blackthorne y pensó que el manchado quimono parecía hecho a su medida. ¿Hasta qué punto habría podido ganarse la confianza de Toranaga?

—Bien hallado, capitán Blackthorne.

—¡Caramba, padre! —repuso afablemente Blackthorne.

—Toranaga ha dicho que podéis venir a la fragata.

—¿Lo ha ordenado?

—Ha dicho «si queréis».

—No quiero.

—A Rodrigues le gustaría daros de nuevo las gracias y saludaros.

—Presentadle mis respetos y decidle que nos veremos en el infierno. O aquí.

—Su pierna se lo impide.

—¿Cómo está su pierna?

—Sanando. Merced a vuestra ayuda y a la gracia de Dios podrá andar dentro de unas semanas, aunque quedará cojo.

—Decidle que le deseo suerte. Y ahora marchaos, padre, pues no podemos perder tiempo.

—A Rodrigues le gustaría veros. Hay grog en la mesa y un buen capón asado con legumbres frescas, pan recién cocido y manteca caliente. Sería una pena desperdiciar esta comida, capitán.

—¿Qué?

—Hay pan tierno y dorado, capitán, galleta de munición, mantequilla y un buen trozo de buey. Naranjas frescas de Goa e incluso un galón de vino de Madeira para regarlo todo, o coñac si lo preferís. También tenemos cerveza. Y capón de Macao, caliente y jugoso. El capitán general es un epicúreo.

—¡Que Dios os mande al infierno!

—Lo hará, si así le place. Sólo os digo lo que hay.

—¿Qué significa «epicúreo»? —preguntó Mariko.

—Se dice de la persona a quien le gusta la buena mesa, doña María —dijo Alvito dándole su nombre de pila.

Había notado un cambio repentino en la cara de Blackthorne. Casi podía ver la secreción de sus glándulas salivales y la angustia de su estómago. Aquella noche, cuando había visto el banquete preparado en el gran camarote, con los resplandecientes cubiertos de plata, el blanco mantel, las sillas de verdadero cuero y con cojines, y había olido el pan tierno y la mantequilla y los ricos manjares, se le había despertado el apetito a pesar de no estar hambriento y de haberse acostumbrado a la cocina japonesa.

«¡Qué sencillo es pillar a un hombre! —se dijo—. Lo único que hace falta es usar el cebo adecuado.»

—Adiós, capitán —dijo Alvito dando media vuelta y dirigiéndose a la escalera.

Blackthorne lo siguió.

—¿Qué te pasa, inglés? —preguntó Rodrigues.

—¿Dónde está la comida? Después, podremos hablar. Ante todo, quiero la comida que me prometiste —dijo Blackthorne, muy agitado.

—Seguidme, por favor —dijo Alvito.

—¿Adónde lo lleváis, padre?

—Al camarote grande, naturalmente. Blackthorne podrá comer, mientras el señor Toranaga habla con el capitán general.

—No. Puede comer en mi camarote.

—Es más fácil ir al sitio donde está la comida.

—Contramaestre, cuida de que el capitán coma todo lo que quiera, en mi camarote, de todo lo que hay en la mesa. Inglés, ¿quieres grog, vino o cerveza?

—Primero, cerveza, después, grog.

—Cuida de ello, contramaestre. Llévalo abajo. Y escucha, Pesaro, dale alguna ropa de mi armario, botas y todo lo demás. Y quédate con él hasta que te llame.

Blackthorne siguió en silencio a Pesaro, que era un hombre muy corpulento. Alvito volvió junto a Dell'Aqua y Toranaga, que estaba hablando por medio de Mariko junto a la escalera. Pero Rodrigues lo detuvo.

—¡Un momento, padre! ¿Qué le dijisteis?

—Sólo que queríais verlo y que teníamos comida a bordo.

—¿Le dijisteis que yo le ofrecía la comida?

—No, Rodrigues, no se lo dije. Pero, ¿os habríais negado a dar comida a un camarada con buen apetito?

—Ese pobre bastardo no es apetito lo que tiene, sino hambre. Si come en este estado, devorará como un lobo furioso y después lo vomitará todo como una ramera borracha. Y no queremos que uno de los nuestros, aunque sea un hereje, vomite como un animal en presencia de Toranaga, ¿no es cierto, padre?

Ferriera llamó desde la escalera.

—¿Vais a bajar, Rodrigues?

—Permaneceré en cubierta mientras esté ahí esa puerca galera, capitán general. Si me necesitáis, estoy aquí.

Alvito empezó a alejarse. Rodrigues vio a Mariko.

—Un momento, padre. ¿Quién es esa mujer?

—Doña María Toda. Intérprete de Toranaga.

Rodrigues silbó entre dientes.

—¿Es buena?

—Muy buena.

—Ha sido una estupidez traerla a bordo. ¿Es una de las consortes del viejo Toda Hiro-matsu?

—No. Es la esposa de su hijo.

Rodrigues llamó a uno de los marineros.

—Difunde la noticia de que esa mujer habla portugués.

—Sí, señor.

El hombre se alejó corriendo y Rodrigues se volvió de nuevo al padre Alvito. El cura no se dejó intimidar por la evidente indignación del otro.

—Esa dama, María, habla también latín y con igual perfección. ¿Algo más, capitán?

—No, gracias.

El cura hizo la señal de la cruz y se alejó. Rodrigues escupió en el imbornal, y uno de los timoneles se estremeció y se santiguó a su vez.

—¡Anda y que te zurzan! —le silbó Rodrigues.

—Sí, capitán. Lo siento, pero me pongo nervioso cuando está cerca el buen padre. No lo he hecho con mala intención.

El joven vio que los últimos granos de arena caían por el cuello del reloj y lo volvió.

—Cuando esté por la mitad, ve abajo, coge un cubo de agua y una escoba y limpia toda la porquería de mi camarote. Dile al contramaestre que suba al inglés a cubierta y procura que mi camarote quede bien limpio, si no quieres que me haga unas ligas con tus tripas.

Rodrigues era un fanático de la limpieza. Todo debía estar inmaculado en su camarote, con buen tiempo o con mal tiempo.

CAPÍTULO XXVII

—Tiene que haber una solución, capitán general —dijo pacientemente Dell'Aqua.

—¿Queréis que realice una clara acción de guerra contra una nación amiga?

—¡Claro que no!

Todos los que estaban en el gran camarote sabían que se hallaban cogidos en la misma trampa. Cualquier acción abierta les pondría de lleno junto a Toranaga contra Ishido, cosa que debían evitar a toda costa para el caso de que Ishido acabase triunfando. En aquellos momentos, Ishido controlaba Osaka y la capital, Kioto, así como a la mayoría de los regentes. Y a través de los daimíos Onoshi y Kiyama, dominaba la mayor parte de la isla meridional de Kiusiu y el puerto de Nagasaki, centro principal de todo el comercio y, por lo tanto, todo el comercio y el Buque Negro de aquel año.

Toranaga dijo por medio del padre Alvito:

—¿Por qué es esto tan difícil? Sólo quiero que arrojéis a los piratas de la boca del puerto.

Toranaga estaba incómodamente sentado en el sitio de honor, en el sillón de alto respaldo, a la cabecera de la mesa. Alvito se sentaba a su lado, el capitán general, enfrente, y junto a éste, Dell'Aqua. Mariko estaba en pie detrás de Toranaga, y los guardias samurais esperaban en la puerta, de cara a los marineros armados. Todos los europeos comprendían que, aunque Alvito traducía a Toranaga todo lo que se decía allí, Mariko estaba presente para asegurarse de que no se dijera nada en perjuicio de los intereses de su señor y de que la traducción fuese exacta.

Dell'Aqua se inclinó.

—Tal vez, señor, podrías enviar mensajeros al señor Ishido. Tal vez la solución esté en la negociación. Podríamos ofrecer este barco como terreno neutral para las negociaciones. Quizá de esta manera podríais terminar la guerra.

Toranaga rió desdeñosamente.

—¿Qué guerra? Ishido y yo no estamos en guerra.

—Acabamos de ver el combate en tierra, señor.

—¡No seáis ingenuos! ¿Quiénes han muerto? Unos cuantos *ronín* despreciables. ¿Quién atacó a quién? Sólo unos ronín, unos bandidos o unos fanáticos equivocados.

—¿Y la emboscada? Tenemos entendido que hubo una lucha entre Pardos y Grises.

—Unos bandidos atacaron a los Pardos y a los Grises. Mis hombres sólo lucharon para protegerme. De noche, suelen producirse escaramuzas por equivocación. Si los Pardos mataron a unos cuantos Grises o los Grises mataron a unos cuantos Pardos, fue por un lamentable error. ¿Qué son unos pocos hombres para cualquiera de nosotros? Nada. No estamos en guerra.

Toranaga advirtió su incredulidad y añadió:

—Diles, Tsukku-san, que en el Japón son los ejércitos los que hacen la guerra. Esas ridículas escaramuzas y tentativas de asesinato son simples ensayos que hay que olvidar cuando fracasan. La guerra no empezó esta noche. Empezó cuando murió el Taiko. Incluso antes, al no tener un hijo para sucederle. O tal vez incluso antes, cuando Goroda, el señor protector, fue asesinado. Lo de esta noche no tiene una significación perdurable. Pero vosotros no entendéis nuestro reino ni nuestra política. ¿Cómo podríais entenderlo? ¡Claro que Ishido está tratando de matarme! Lo mismo hacen otros daimíos. Lo han hecho en el pasado y lo harán en el futuro. Kiyama y Onoshi han sido amigos y enemigos míos. Si me matan, esto simplificará las cosas para Ishido, el verdadero enemigo, pero sólo momentáneamente. Yo estoy ahora en una trampa, y si esta encerrona tiene éxito él sólo conseguirá una ventaja momentánea. Si logro escapar, no habrá habido tal encerrona. Pero debéis comprender todos vosotros que mi muerte no eliminará la causa de la guerra ni evitará ulteriores conflictos. Sólo si Ishido muere, no habrá conflicto. Por consiguiente, ahora no hay ninguna guerra formalmente declarada.

Removióse en el sillón, molesto por el olor a comida aceitosa y a cuerpos sin lavar que llenaba el camarote.

—Pero tenemos un problema inmediato —prosiguió—. Necesito vuestros cañones. Y los necesito ahora. Los piratas me asedian desde la entrada del puerto. Como dije antes, pronto llegará el momento en que cada cual tenga que tomar partido. Pues bien, ¿cuál es tu posición, y la de tu jefe, y la de toda la Iglesia Cristiana? ¿Están mis amigos portugueses conmigo o contra mí?

—Podéis estar seguro, señor Toranaga —dijo Dell'Aqua—, de que todos apoyamos vuestros intereses.

—Bien. En tal caso, expulsad inmediatamente a los piratas.

—Esto sería un acto de guerra y no beneficiaría a nadie. Tal vez podríamos hacer un trato —dijo Ferriera.

Alvito no tradujo esto, sino que dijo:

—El capitán general dice que sólo tratamos de no mezclarnos en vuestra política, señor Toranaga. Somos comerciantes.

Mariko dijo en japonés a Toranaga:

—Perdón, señor, pero esto no es correcto. No es lo que él ha dicho.

Alvito suspiró.

—Me he limitado a cambiar algunas de sus palabras, señor. El capitán general, como extranjero que es, ignora ciertas sutilezas. No comprende bien el Japón.

—¿Y tú, Tsukku-san?

—Lo procuro, señor.

—¿Qué ha dicho exactamente?

Alvito se lo dijo.

Después de una pausa, dijo Toranaga:

—Anjín-san me dijo que los portugueses estaban muy interesados en el comercio y que tratándose de comercio carecen de buenos modales y de humor. Comprendo y admito tu explicación, Tsukku-san. Pero en lo sucesivo sírvete traducir exactamente lo que se diga.

—Sí, señor.

—Dile esto al capitán general: Cuando se haya solucionado el conflicto fomentaré el comercio. Yo soy partidario del comercio. Ishido no lo es.

Dell'Aqua había observado el intercambio de frases y esperó que Alvito hubiese disimulado la estupidez de Ferriera.

—Nosotros no somos políticos, señor. Somos religiosos y representantes de la fe y de los fieles. Apoyamos tus intereses.

—De acuerdo. Estaba pensando… —Alvito interrumpió su traducción. Su rostro se iluminó, y por un instante dejó fluir el japonés de Toranaga—. Perdón, eminentísimo señor, pero el señor Toranaga ha dicho: «Estaba pensando en pediros que construyáis un templo, un templo muy grande, en Yedo, como prueba de mi confianza en vuestros intereses.»

Durante años, desde que Toranaga se había erigido en señor de las Ocho Provincias, Dell'Aqua había maniobrado para obtener esta concesión. Y obtenerla ahora de él, en la tercera ciudad en importancia del Imperio, era algo

que no tenía precio. El Visitador comprendió que había llegado el momento de resolver el problema de los cañones.

—Dadle las gracias, Martín Tsukku-san —dijo empleando la frase en clave convenida previamente con Alvito— y decidle que siempre procuraremos servirle. ¡Ah, sí! —añadió, a causa del capitán general—. Preguntadle qué piensa acerca de la catedral.

—Os ruego que me permitáis hablar directamente por unos momentos, señor —dijo Alvito a Toranaga—. Mi superior te da las gracias y dice que tal vez será posible hacer lo que pediste. Él procurará siempre ayudarte.

—Procurar es una palabra abstracta y nada satisfactoria.

—Sí, señor. —Alvito lanzó una mirada a los guardias, que desde luego, escuchaban disimuladamente—. Pero recuerdo que tú mismo dijiste antes que a veces es prudente ser abstracto.

Toranaga comprendió al momento. Hizo un gesto de despedida a sus hombres.

—Esperad fuera. Todos.

Ellos obedecieron de mala gana. Alvito se volvió a Ferriera.

—Ya no necesitamos vuestros guardias, capitán general.

Cuando los samurais se hubieron marchado, Ferriera despidió a sus hombres y miró a Mariko. Él llevaba unas pistolas en el cinto y otra en la bota.

Alvito dijo a Toranaga:

—¿Deseáis, señor, que esté presente dama Mariko?

Toranaga comprendió de nuevo. Reflexionó un momento, hizo un breve movimiento de cabeza y dijo sin volverse:

—Mariko-san, dile a uno de los guardias que te acompañe hasta donde está Anjín-san. Quédate con él hasta que yo te avise.

—Sí, señor.

La puerta se cerró tras ella.

Se quedaron solos los cuatro. Ferriera dijo:

—¿Cuál es la oferta? ¿Qué nos ofrece?

—Tened paciencia, capitán general —le respondió Dell'Aqua, tamborileando con los dedos sobre su cruz y rogando por el éxito.

—Señor —dijo Alvito a Toranaga—, mi superior dice que tratará de hacer cuanto le pediste. Dentro de cuarenta días. Te comunicará privadamente la marcha del asunto. Si lo permites, yo seré su correo.

—¿Y si fracasa?

—No será por falta de empeño, de persuasión y de reflexión. Te da su palabra.

—¿Ante el Dios cristiano?

—Sí. Ante Dios.

—Bien. Que lo ponga por escrito. Con su sello.

—A veces no conviene poner por escrito los acuerdos importantes, los acuerdos delicados, señor.

—¿Quieres decir con ello que no lo haréis si yo no hago constar también mi conformidad por escrito?

—No he hecho más que recordar tu afirmación de que la palabra de honor de un samurai es más importante que un pedazo de papel. El Visitador te da su palabra ante Dios, su palabra de honor, lo mismo que lo haría un samurai. Y tu palabra es suficiente para él. Por esto pensé que le entristecería tu desconfianza. Y ahora, ¿quieres que le pida su firma?

Toranaga dijo, después de una pausa:

—Está bien. Me da su palabra ante el Dios Jesús, *¿neh?*

—Yo te la doy en su nombre. He jurado por la Santa Cruz que hará todo lo posible.

—¿Y también tú, Tsukku-san?

—También empeño mi palabra ante Dios y juro por la Santa Cruz que haré cuanto pueda para ayudar a persuadir a los señores Onoshi y Kiyama de convertirse en aliados tuyos.

—A cambio de esto, yo os concederé lo prometido. El día cuarenta y uno podréis empezar a colocar los cimientos del más grande templo cristiano del Imperio.

—¿Podéis reservarnos en seguida el terreno, señor?

—En cuanto llegue a Yedo. Y ahora, ¿qué me decís sobre los piratas de las barcas de pesca? ¿Los echaréis en seguida?

—Si tuvieras cañones, ¿lo harías tú mismo?

—Desde luego, Tsukku-san.

—Os pido disculpas si os parezco tortuoso, señor, pero tenemos que hacer un plan. Los cañones no nos pertenecen. Espera un momento, por favor —Alvito se volvió a Dell'Aqua—. Lo de la catedral está arreglado, eminentísimo señor. —Después se dirigió a Ferriera iniciando el plan convenido—. Os alegraréis de no haberlo hundido, capitán general. El señor Toranaga pregunta si llevaríais diez mil ducados de oro por su cuenta cuando vayáis a Goa con el Buque Negro, para

invertirlos en el mercado de oro de la India. Nosotros estaríamos dispuestos a colaborar en la transacción, valiéndonos de nuestras relaciones allí y colocando el oro en vuestro interés. El señor Toranaga os ofrece la mitad de las ganancias.

Alvito y Dell'Aqua pensaban que al cabo de seis meses, cuando regresara el Buque Negro, Toranaga habría recuperado su puesto de presidente del Consejo de Regencia y estaría encantado de autorizar la provechosa transacción, o habría muerto.

—Podríais ganar fácilmente cuatro mil ducados, sin el menor riesgo —concluyó Alvito.

—¿A cambio de qué? Esto es más que el subsidio anual del rey de España a toda la Compañía de Jesús en Asia. ¿A cambio de qué?

—El señor Toranaga dice que los piratas le impiden salir del puerto. Y él sabe mejor que vos si son piratas.

Ferriera respondió con voz indiferente, y los dos comprendieron que lo hacía por Toranaga:

—Es una imprudencia confiar en ese hombre. Su enemigo tiene todos los triunfos en la mano. Todos los reyes cristianos están contra él. Yo mismo lo he oído decir a los dos principales. Dicen que ese japonés es su verdadero enemigo. Y los creo, más que a ese bastardo cretino.

—Estoy seguro de que el señor Toranaga sabe mejor que nosotros quiénes son piratas y quiénes no lo son —dijo Dell'Aqua, imperturbable, pues conocía la solución igual que Alvito—. Supongo que no os opondréis a que el señor Toranaga se libre él mismo de los piratas.

—Claro que no.

—Tenéis muchos cañones de reserva a bordo —dijo el Visitador—. ¿Por qué no darle algunos? Quiero decir, vendérselos. Vos vendéis armas continuamente. Y él las compra. Cuatro cañones serían más que suficientes. Y sería fácil transportarlos en la lancha con la pólvora y las municiones necesarias. Y así todo estaría arreglado.

Ferriera suspiró.

—Los cañones, eminentísimo señor, son inútiles a bordo de la galera. No hay portañolas ni cuerdas, ni montantes. No podrían emplear los cañones, aunque tuviesen artilleros, y no los tienen.

Los dos sacerdotes se quedaron pasmados.

—¿A menos que…?

—En absoluto.

—Pero sin duda podrían adaptar…

—Esa galera no puede emplear cañones, si no se hacen unas reformas en ella. Y éstas requerirían al menos una semana.

—*¿Nan ja?* —dijo Toranaga, receloso, comprendiendo que algo andaba mal, aunque los otros tratasen de disimularlo.

—Toranaga pregunta qué sucede —dijo Alvito.

Dell'Aqua comprendió que el asunto se escapaba de sus manos.

—Tenéis que ayudarnos, capitán general. Por favor. Os lo pido francamente. Hemos conseguido enormes concesiones para la fe. Debéis creerme y confiar en nosotros. Debéis ayudar a Toranaga a salir del puerto, sea como sea. Os lo suplico por el bien de la Iglesia. La catedral, por sí sola, es una concesión enorme. Por favor.

Ferriera no dejó traslucir su triunfal entusiasmo. Incluso dio un tono de gravedad a su voz.

—Ya que pedís ayuda en nombre de la Iglesia, eminentísimo señor, haré lo que os interesa. Lo sacaré de esta trampa. Pero, a cambio de ello, quiero la capitanía general del Buque Negro del próximo año, sea cual fuere el resultado del año actual.

—Esto es una concesión personal del rey de España. No depende de mí su otorgación.

—Ítem más: acepto el ofrecimiento de su oro, pero quiero que me garanticéis que no habrá inconvenientes por parte del virrey de Goa ni aquí sobre el oro y los Buques Negros.

—¿Os atrevéis a tomarnos como rehenes, a la Iglesia y a mí?

—Es simplemente una transacción mercantil entre vos, yo y ese mono.

—No es ningún mono, capitán general. Recordadlo.

—Ítem más. El quince por ciento del cargamento de este año, en vez del diez.

—¡Imposible!

—Ítem más. Para dejar las cosas claras, eminentísimo señor, me daréis vuestra palabra, ante Dios y ahora mismo, de que ni vos ni ninguno de los sacerdotes bajo vuestra jurisdicción me amenazaréis con la excomunión, a menos que cometa algún sacrilegio en el futuro. Y además, que vos y los santos padres me ayudaréis activamente, así como a los dos Buques Negros.

—¿Y qué más, capitán general? Porque supongo que esto no es todo. ¿Qué más queréis?

—Por último, quiero a ese hereje.

Mariko miró a Blackthorne desde la puerta del camarote. El inglés yacía medio inconsciente en el suelo vomitando su primera papilla.

—¿Es efecto de un veneno, o está borracho? —preguntó a Totomi Kana, el samurai, tratando inútilmente de no oler el hedor de la comida y del vómito, el hedor del asqueroso marino que estaba ante ella y el permanente olor de la sentina que invadía toda la embarcación—. Cualquiera diría que lo han envenenado, *¿neh?*

—Tal vez sí, Mariko-san. ¡Mira cuánta porquería!

El samurai señaló la mesa, con un ademán de asco. Estaba llena de fuentes de madera con los restos de una mutilada pata de buey asada y sanguinolenta, medio esqueleto de un pollo asado, pedazos de pan y de queso, cerveza derramada, mantequilla, salsa a base de manteca de cerdo y una botella de aguardiente medio vacía.

Era la primera vez que veían carne en una mesa.

—¿Qué queréis? —preguntó el contramaestre—. Aquí no hay monos, *¿wakarimasu?* No monos-san en esta habitación. —Miró al samurai y le hizo un gesto de despedida—. ¡Fuera! ¡Lárgate! —Miró de nuevo a Mariko—. ¿Cómo te llamas? *Namu*, ¿eh?

—¿Qué está diciendo, Mariko-san? —preguntó el samurai.

El contramaestre miró un momento al samurai y se volvió de nuevo hacia Mariko. Ella apartó de la mesa sus hipnotizados ojos y miró al contramaestre.

—Disculpa, señor. No te he entendido. ¿Qué has dicho?

El contramaestre se quedó boquiabierto. Era un hombre gordo, de ojos muy juntos y grandes orejas, y con los cabellos recogidos en una coleta que parecía de pelos de rata embreados. Un crucifijo pendía de su cuello grasiento, y llevaba pistolas al cinto.

—¿Eh? ¿Sabes hablar portugués? ¿Una japonesa que habla bien el portugués? ¿Dónde aprendiste la lengua de la civilización?

—El padre cristiano me enseñó.

—¡Que me zurzan! ¡Virgen Santa! ¡Una flor-san que habla como la gente civilizada!

Blackthorne vomitó de nuevo y trató de ponerse de pie.

—¿Puedes…, por favor, puedes poner al capitán allí? —dijo ella señalando

la litera.

—Sí. Si me ayuda ese mono.

—¿Quién? Perdón, ¿quién has dicho?

—¡Él! El japonés…

Las palabras restallaron en los oídos de Mariko, que necesitó toda su fuerza de voluntad para no perder la calma. Hizo una seña al samurai.

—Kana-san, ¿quieres ayudar a ese bárbaro? Hay que poner a Anjín-san allí.

—Con mucho gusto, señora.

Los dos hombres levantaron a Blackthorne y lo echaron sobre la litera. Tenía la cabeza pesada y boqueaba estúpidamente.

—Habría que lavarlo —dijo Mariko en japonés, todavía aturdida por el nombre que el contramaestre había dado a Kana.

—Sí, Mariko-san. Ordena al bárbaro que traiga servidores.

—Sí —repuso contemplando la mesa con ojos incrédulos—. ¿Comen realmente eso?

El contramaestre siguió su mirada. Después se inclinó sobre la mesa, arrancó un muslo de pollo y se lo ofreció.

—¿Tienes hambre? Esto está muy bueno, Flor-san. Es fresco. Verdadero capón de Macao.

—No, gracias. Comer carne está prohibido. Es contrario a la ley, y contrario al budismo y al shintoísmo.

—¡No en Nagasaki! —replicó el contramaestre echándose a reír—. Muchos japoneses comen carne siempre. Es decir, siempre que pueden, y también beben nuestro grog. Tú eres cristiana, ¿eh? Pruébalo. ¿Cómo puedes saber, si no lo pruebas?

—No gracias.

—El hombre no puede vivir sin carne. Esto es comida de verdad. Da vigor y alegría.

Ofreció el muslo a Kana:

—¿Quieres?

Kana movió la cabeza con repugnancia.

—*¡Iyé!*

El contramaestre se encogió de hombros y arrojó el muslo sobre la mesa.

—Como quieras.

Y volviéndose a Mariko le preguntó:

—¿Qué tienes en el brazo? ¿Te hirieron en la pelea?

—Sí, pero no es de gravedad —dijo Mariko moviendo un poco el brazo para demostrárselo y tragándose el dolor.

—¡Pobrecilla! Dime, ¿qué buscas aquí, señorita?

—Quería ver a An…, al capitán. El señor Toranaga me ha enviado. ¿Está borracho el capitán?

—Sí. Y además, la comida. El pobre diablo ha comido y ha bebido demasiado de prisa. Se ha bebido media botella de un trago. Todos los ingleses son iguales.

Miró a Mariko de arriba abajo.

—Nunca había visto una flor tan pequeña como tú. Y nunca había hablado con un japo que conociera la lengua civilizada.

—¿Llamas siempre japos y monos a las damas japonesas y a los samurais?

El marinero lanzó una breve carcajada.

—Bueno, señorita, se me ha escapado. Solemos llamar así a los proxenetas y a las rameras de Nagasaki. No quise ofenderte. Nunca había hablado con una señorita civilizada, ni sabía que existiera.

—Lo mismo me ocurre a mí, señor. Nunca había hablado con un portugués civilizado, aparte un santo padre. Nosotros somos japoneses, no japos. Y los monos son animales, ¿no?

—Claro —dijo el contramaestre, mostrando los dientes rotos—. Hablas como una dama. No he querido ofenderte, señorita.

Blackthorne empezó a murmurar. Ella se acercó a la litera y lo sacudió delicadamente.

—¡Anjín-san! ¡Anjín-san!

—Sí… ¿Sí? —farfulló Blackthorne abriendo los ojos—. ¡Ah! Hola… Lo siento… Yo…

El dolor de cabeza y las vueltas que daba el camarote le obligaron a tumbarse.

—Por favor, llama a un criado. Hay que lavarlo.

—Aquí hay esclavos, pero no para esto, señorita. Deja en paz al inglés. ¿Qué es un poco de vómito para un hereje?

—¿No hay criados? —preguntó ella, asombrada.

—Tenemos esclavos, negros, bastardos, pero son perezosos. Yo no me dejaría lavar por uno de ellos —añadió, con una mueca.

Mariko comprendió que no tenía otra alternativa. El señor Toranaga podía necesitar a Anjín-san inmediatamente. Era su deber.

—Entonces, necesito agua —dijo—. Para lavarlo.

—Hay un barril debajo de la escalera. En la cubierta inferior.

—Por favor, di que me traigan un poco.

—Envíalo a él —dijo el contramaestre señalando a Kana.

—No. Sírvete traerla tú. En seguida.

—¿Eres su barragana? —dijo él mirando a Blackthorne.

—¿Qué?

—La barragana del inglés.

—¿Qué es una barragana, señor?

—Su mujer. Su amiga, su novia, su querida.

—No. No, señor. No soy su barragana.

—Entonces, ¿lo eres de ese mo… de ese samurai? ¿O tal vez del rey, del que acaba de subir a bordo, Tora-como-se-llame? ¿Eres una de sus mancebas?

—No.

—¿Ni de nadie de a bordo?

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, un poco de agua.

El contramaestre asintió con la cabeza y salió.

—Es el hombre más feo y más apestoso que jamás haya visto —dijo el samurai—. ¿Qué te decía?

—Pues… me ha preguntado si yo era una de las consortes del capitán.

El samurai se dirigió a la puerta.

—¡Kana-san!

—Exijo el derecho a vengar este insulto en nombre de tu marido. ¡Inmediatamente! ¡Suponer que tú eres capaz de cohabitar con un bárbaro…!

—¡Kana-san! Por favor, cierra la puerta.

—¡Tú eres Toda Mariko-san! ¿Cómo se ha atrevido a insultarte? ¡La ofensa debe ser lavada!

—Lo será, Kana-san, y te doy las gracias. Te confiero el derecho. Pero aquí estamos a las órdenes del señor Toranaga. Mientras él no dé su aprobación, no debes hacer nada.

Kana cerró la puerta de mala gana.

—De acuerdo. Pero te pido formalmente que solicites la autorización del señor Toranaga antes de marcharnos.

—Sí. Gracias por preocuparte tanto por mi honor.

«¿Qué haría Kana si supiese todo lo que se ha dicho? —se preguntó

horrorizada—. ¿Y qué haría el señor Toranaga? ¿O Hiro-matsu? ¿O mi marido?»

Para calmar la ira de Kana, cambió rápidamente de tema:

—Anjín-san parece un hombre desvalido. Como un niño. Por lo visto, los bárbaros no pueden digerir el vino. Lo mismo que algunos de nuestros hombres.

—Sí. Pero no ha sido el vino. No puede ser. Es lo que ha comido.

Blackthorne se removió inquieto pugnando por recobrar la conciencia.

—No tienen servidores en este barco, Kana-san. Por consiguiente, tendré que hacer de doncella de Anjín-san —dijo Mariko, y empezó a desnudar a Blackthorne, torpemente a causa de su brazo.

—Deja que te ayude. Solía hacer esto con mi padre, cuando el saké se le subía a la cabeza.

—Es bueno para el hombre emborracharse de vez en cuando. Así se expulsan los malos espíritus.

—Sí, pero mi padre sufría mucho el día siguiente.

—Mi marido padece mucho durante varios días.

Después de una breve pausa, Kana dijo:

—Permita Buda que el señor Buntaro logre escapar.

Se abrió la puerta, y el contramaestre dejó un balde de agua en el suelo. Le disgustó la desnudez de Blackthorne y sacando una manta de debajo de la litera lo cubrió con ella.

—Pillará un resfriado mortal. Aparte esto, es vergonzoso hacer una cosa así a un hombre, aunque sea ése.

—¿Qué?

—Nada. ¿Cómo te llamas, señorita? —dijo con ojos brillantes.

Ella no contestó. Apartó la manta y lavó a Blackthorne, contenta de poder hacer algo. Cuando hubo terminado, envolvió el quimono y el sucio taparrabo.

—¿Harás que laven esto, señor?

—¿Eh?

—Hay que lavarlo en seguida. ¿Puedes llamar a un esclavo?

—Ya te he dicho que son un puñado de perezosos negros bastardos. Tardarían una semana o más. Tíralo, señorita, pues no vale la pena. Nuestro capitán Rodrigues me dijo que le diese ropa adecuada. Mira —dijo abriendo un armario—. Ropa de ésta.

—Yo no sé vestir a un hombre con esas prendas.

Sin embargo, entre ella y el samurai, y bajo la dirección del contramaestre, consiguieron vestirle. Mariko se apartó un mechón de cabellos que le tapaba los

ojos.

—Señor, ¿está correctamente vestido Anjín-san?

—Sí. Sólo faltan las botas. Aquí están. Pero esto puede esperar.

El contramaestre se acercó a ella temblándole las aletas de la nariz. Bajó la voz, manteniéndose de espaldas al samurai.

—¿Quieres que juguemos un poco?

—¿Qué?

—Me gustas, señorita. ¿Qué dices? Hay un catre en el camarote contiguo. Envía a tu amigo a cubierta. El inglés tardará una hora en reponerse. Pagaré lo de costumbre.

—¿Qué?

—Te ganarás una moneda de cobre… Incluso tres si te portas bien. ¿Qué dices?

El samurai vio el horror pintado en la cara de ella.

—¿Qué pasa, Mariko-san?

—Él… ha dicho…

Kana desenvainó inmediatamente el sable, pero el otro le apuntó con dos pistolas con el gatillo levantado. A pesar de todo, se dispuso a atacar.

—¡Alto, Kana-san! —jadeó Mariko—. El señor Toranaga prohibió cualquier ataque si él no lo ordenaba.

—¡Vamos, acércate si te atreves, mono del diablo! Y tú, dile a ese mono que envaine el sable si no quiere que le vuele la cabeza en un santiamén.

Mariko estaba a un pie de distancia del contramaestre. Tenía la diestra introducida en su *obi* tocando el puño de su estilete con la palma. Pero recordó su deber y sacó la mano.

—Envaina tu sable, Kana-san, por favor. Debemos obedecer al señor Toranaga. Debemos obedecerle.

Haciendo un supremo esfuerzo, Kana obedeció.

—¡Me entran ganas de mandarte al infierno, japo!

—Disculpadle, señor, y también a mí —dijo Mariko tratando de parecer cortés—. Ha sido una equivocación…

—Disculpadle, señor. Lo siento.

El hombre se humedeció los labios.

—Lo olvidaré si eres amable, Florecilla. Entra en el camarote contiguo, dile a ese mono… que se quede aquí, y lo olvidaré.

—¿Cómo… cómo os llamáis, señor?

—Pesaro. Manuel Pesaro. ¿Por qué?

—Por nada. Disculpad el error, señor Pesaro.

—Métete en el otro camarote. En seguida.

—¿Qué sucede? ¿Qué…?

Blackthorne no sabía si estaba despierto o si todo era una pesadilla, pero presintió el peligro. ¿Qué pasa?

—¡Ese apestoso japo me ha atacado!

—Ha sido una equivocación, Anjín-san —dijo Mariko—. Ya… ya le he pedido excusas al señor Pesaro.

—¿Mariko? ¿Eres tú, Mariko-san?

—*Hai*, Anjín-san. *Honto. Honto*.

Ella se acercó. El contramaestre seguía apuntando a Kana. Ella tuvo que pasar rozándolo y le costó un esfuerzo aún mayor no sacar el cuchillo y clavárselo en el pecho. En el mismo momento, se abrió la puerta. El joven timonel entró en el camarote con un cubo de agua. Al ver las pistolas abrió unos ojos como naranjas y echó a correr.

—¿Dónde está Rodrigues? —preguntó Blackthorne tratando de poner orden en sus ideas.

—Arriba, donde debe estar un buen capitán —dijo el contramaestre a los lados de la litera.

—Ayudadme a subir a cubierta —dijo Blackthorne agarrándose a los lados de la litera.

Mariko lo cogió del brazo, pero no pudo levantarlo.

El contramaestre señaló a Kana con una de sus pistolas.

—Dile que lo ayude. Y dile que si hay un Dios en el cielo, estará colgando de una verga antes de una hora.

El primer piloto, Santiago, separó el oído del agujero secreto de la pared del camarote grande en el momento en que Dell'Aqua hubo dicho: «Todo está arreglado.» Sin hacer ruido cruzó el oscuro camarote, salió al pasillo y cerró cuidadosamente la puerta. Era un hombre alto y enjuto, de cara avispada y con el cabello recogido en una coleta. Su ropa estaba limpia, y, como la mayoría de los marineros, iba descalzo. Subió rápidamente la escalera, cruzó corriendo la cubierta principal y subió al alcázar, donde estaba Rodrigues hablando con Mariko. Se excusó y se inclinó para acercar la boca al oído de Rodrigues y

empezó a contarle todo lo que había oído —y que le habían enviado a escuchar —, de manera que no pudiesen enterarse los otros que estaban en el alcázar.

Blackthorne hallábase sentado en la popa, apoyado en la borda y descansando la cabeza sobre las rodillas encogidas. Mariko estaba sentada muy tiesa frente a Rodrigues, al estilo japonés, y Kana, el samurai, se mantenía a su lado. Unos marineros armados bullían en cubierta y en las cofas, y otros dos estaban al timón. El barco permanecía de cara al viento, bajo un aire suave y en una noche límpida, aunque habían aumentado los nimbos anunciadores de lluvia. A unas cien yardas de él estaba la galera, de costado y a merced de los cañones, con los remos recogidos, a excepción de dos por banda para contrarrestar el impulso de la ligera marea. Las barcas de pesca llenas de samurais hostiles estaban más cerca una de otra, pero todavía no se tocaban.

Mariko observaba a Rodrigues y al piloto. No podía oír lo que decían, pero, aunque hubiese podido oírlo, su educación la abría obligado a cerrar los oídos. En las casas de papel, la intimidad era imposible sin cortesía y consideración, y como la vida civilizada no podía existir sin intimidad, todos los japoneses eran educados para hacer oídos sordos. Para bien de todos.

Cuando ella había subido a cubierta con Blackthorne, Rodrigues había escuchado la explicación del contramaestre y las balbucientes aclaraciones de Mariko en el sentido de que la culpa había sido suya, de que había interpretado mal lo que había dicho aquél, y de que ella había sido la causa de que Kana desenvainara el sable para proteger su honor. El contramaestre había escuchado con sonrisa burlona y sin dejar de apuntar con las pistolas a la espalda del samurai.

—Yo sólo le he preguntado si era la barragana del inglés, al ver la tranquilidad con que lo lavaba y lo vestía.

—Guarda tus pistolas, contramaestre.

—Es peligroso. ¡Hay que atarlo!

—Yo lo vigilaré. Y ahora, vete.

—Ese mono me habría matado si yo no hubiese sido más rápido. Hay que colgarlo de una verga. ¡Es lo que hacemos en Nagasaki!

—Aquí no estamos en Nagasaki. ¡Vete en seguida!

Cuando el contramaestre se hubo marchado, Rodrigues preguntó:

—¿Qué os dijo, señora? De verdad.

—Nada, señor. Os lo ruego.

—Pido disculpas por la insolencia de ese hombre con vos y con el samurai.

Por favor, decidle al samurai que le pido perdón. Y a vos os pido que olvidéis las ofensas del contramaestre. Si tuviésemos jaleo a bordo, sería en perjuicio de vuestro señor y del mío. Os prometo que le ajustaré las cuentas a mi manera en el momento oportuno.

Ella había hablado con Kana y éste había acabado por dejarse persuadir.

—Kana-san dice que está bien, pero que si un día se tropieza con el contramaestre Pesaro en tierra, le cortará la cabeza.

—¡Bien dicho! Sí. *Domo-arigato,* Kana-san —dijo Rodrigues con una sonrisa—, y *domo arigato goziemashita*, Mariko-san.

—¿Habláis japonés?

—¡Oh, no! Sólo unas pocas palabras. Tengo una esposa en Nagasaki.

—¿Lleváis mucho tiempo en el Japón?

—Salí en dos ocasiones de Lisboa. En conjunto, he pasado siete años en estas aguas, aquí y en viajes de ida y vuelta a Macao y a Goa… No hagáis caso de ese hombre, es *eta*. Pero Buda dijo que incluso los eta tienen derecho a la vida. *¿Neh?*

—Desde luego —dijo Mariko, aunque había grabado para siempre la cara y el nombre del contramaestre en su memoria.

—Mi esposa habla un poco el portugués, pero no tan perfectamente como vos ni mucho menos. ¿Sois cristiana?

—Sí.

—Mi esposa es conversa. Su padre es samurai, pero poco importante. Su señor feudal es el señor Kiyama.

—Es muy afortunada de tener un marido como vos —dijo Mariko cortésmente, pero preguntándose cómo había podido ella casarse y vivir con un bárbaro—. La señora, vuestra esposa, ¿come carne como la que hay en el camarote?

—No —respondió Rodrigues, echándose a reír y mostrando unos dientes blancos y finos y firmes—. Y en mi casa de Nagasaki, yo tampoco como carne. Lo hago en el mar y en Europa. Es nuestra costumbre. Y también lo era vuestra, mil años antes de Buda, *¿neh?* Antes de que viniese Buda para mostrar al Tao, el Camino, todo el mundo comía carne. Incluso aquí, señora. Incluso aquí. Pero ahora algunos de nosotros hemos aprendido algo, *¿neh?*

Mariko reflexionó sobre esto. Después dijo:

—¿Acaso todos los portugueses nos llaman monos y japos a espaldas nuestras?

Rodrigues tiró de un arete que llevaba.

—¿Y acaso vosotros no nos llamáis bárbaros? Incluso a la cara. Y somos civilizados, o al menos nos imaginamos serlo, señora. En la India, la tierra de Buda, llaman «Diablos del Este» a los japoneses, y no dejan desembarcar a ninguno que vaya armado. Vosotros llamáis «negros» a los indios y decís que no son humanos. ¿Cómo llaman los chinos a los japoneses? ¿Cómo llamáis vosotros a los chinos? ¿Y también a los coreanos? Comedores de ajos, *¿neh?*

—Creo que esto no gustaría al señor Toranaga. Ni al señor Hiro-matsu, ni siquiera al padre de vuestra esposa.

—El buen Jesús dijo: «Veis la paja en el ojo del vecino y no veis la viga en el vuestro.»

Ella volvió a pensar en esto observando cómo el primer piloto murmuraba al oído del capitán portugués. «Es verdad. Nosotros nos burlamos de los demás, pero somos ciudadanos del País de los Dioses y, por tanto, especialmente elegidos por los dioses. Sólo nuestro pueblo está protegido por un emperador divino. Por tanto, ¿no somos absolutamente únicos y superiores a los demás? ¿Y si se es japonés y cristiano? No lo sé. Virgen Santa, dame comprensión. Ese capitán Rodrigues es tan extraño como el capitán inglés. ¿Por qué son tan especiales? ¿Será por su adiestramiento? Hacen cosas increíbles, *¿neh?* ¿Cómo pueden navegar alrededor del mundo y surcar los mares con la misma facilidad con que nosotros andamos por la tierra? ¿Podría la esposa de Rodrigues darme la respuesta? Me gustaría conocerla y hablar con ella.»

El piloto bajó aún más la voz.

—¿Qué ha dicho? —exclamó Rodrigues lanzando una involuntaria imprecación.

Mariko trató de escuchar a pesar suyo. Pero no pudo oír lo que repitió el piloto. Entonces vio que los dos miraban a Blackthorne y siguió su mirada, turbada por su preocupación.

—¿Qué más ha ocurrido, Santiago? —preguntó Rodrigues cautelosamente recordando la presencia de Mariko.

El piloto se lo dijo en un murmullo casi inaudible.

—¿Cuánto tiempo estarán abajo?

—Estaban brindando. Por su trato.

—¡Bastardos! —Rodrigues agarró al piloto por la camisa—. ¡Ni una palabra de esto! ¡Júralo por tu vida!

—No hace falta decirlo, capitán.

—Siempre hace falta —repuso Rodrigues mirando a Blackthorne—. ¡Despiértalo!

El piloto se acercó a él y lo sacudió bruscamente.

—¿Qué es eso? ¿Eh?

—¡Pégale!

Santiago le dio una bofetada.

—¡Por Jesucristo que…!

Blackthorne se puso de pie, congestionado el semblante, pero se tambaleó y cayó al suelo.

—¡Maldito inglés! ¡Despierta! —Rodrigues llamó, furioso, a los dos timoneles—. ¡Arrojadlo por la borda!

—¿Eh?

—¡Ahora mismo!

Mientras los dos hombres lo cogían apresuradamente, Mariko dijo:

—Capitán Rodrigues, no debéis…

Pero antes de que ella o Kana pudiesen intervenir, Blackthorne había sido arrojado por la borda. Cayó desde una altura de veinte pies, levantando una nube de espuma, y desapareció.

Pero surgió al cabo de un momento, tosiendo y boqueando, golpeando el agua y despejada la cabeza por el frío.

Ayudado por Mariko, Rodrigues se levantó de la silla y se asomó a la barandilla. Blackthorne seguía tosiendo, pero braceaba en dirección al costado del barco, maldiciendo a los que lo habían arrojado al agua. Rodrigues le gritó:

—¡No te acerques a mi barco!

Después ordenó al primer piloto:

—Toma el bote, recoge al inglés y llévalo a la galera. De prisa. Dile… —Y bajó la voz.

—¡Capitán! —dijo Mariko—. Anjín-san está bajo la protección del señor Toranaga. Pido que sea subido a bordo en seguida.

—Un momento, Mariko-san. —Rodrigues siguió murmurando a Santiago, el cual asintió con la cabeza y se alejó corriendo—. Lo siento, Mariko-san, gomen kudasai, pero era urgente. Había que despertar al inglés. Yo sabía que él sabe nadar. ¡Tiene que estar alerta y no puede perder tiempo!

—¿Por qué?

—Soy su amigo. ¿Os lo dijo él?

—Sí. Pero Inglaterra y Portugal están en guerra.

—Los marinos debemos estar por encima de la guerra.

—Entonces, ¿a quién debéis fidelidad?

—A la bandera.

—¿Queréis decir a vuestro rey?

—Sí y no, señora. Yo le debía la vida al inglés. —Rodrigues observaba la lancha—. Mantén la dirección. Ahora, ponte a favor del viento —ordenó al timonel.

—Sí, señor.

Rodrigues y Mariko observaban la lancha. Los hombres sacaron a Blackthorne del agua y empezaron a remar de firme en dirección a la galera.

—¿Qué le habéis dicho, señor? —preguntó Mariko.

—¿A quién?

—Al hombre al que habéis enviado en busca de Anjín-san.

—Sólo que le diera recuerdos al inglés —respondió él con un tono de despreocupación.

Ella lo tradujo a Kana.

Cuando Rodrigues vio la lancha junto a la galera empezó a respirar de nuevo. «Santa María, Madre de Dios…»

El capitán general y los jesuitas subieron a cubierta. Toranaga y sus guardias los seguían.

—¡Rodrigues, lanzad el bote! Los padres se dirigen a tierra —dijo Ferriera.

—¿Y después?

—Zarparemos. Rumbo a Yedo.

—¿Por qué a Yedo? ¿No íbamos a Macao? —replicó Rodrigues fingiendo una absoluta inocencia.

—Primero llevaremos a Toranaga a su ciudad.

—¿Qué? ¿Y la galera?

—Se quedará aquí o se abrirá paso luchando.

Rodrigues pareció más sorprendido aún. Miró la galera y después a Mariko. Y vio sus ojos acusadores.

—*Matsu* —le dijo el capitán en voz baja.

—¿Qué? —preguntó el padre Alvito—. ¿Paciencia? ¿Por qué tiene que tener paciencia, Rodrigues?

—Estaba rezando una avemaria, padre. Y le decía a la señora que es buena cosa para aprender a tener paciencia.

Ferriera miraba la galera.

—¿Qué hace allí nuestro bote?

—He enviado al inglés a la galera.

—¿Qué?

—He enviado el inglés a la galera. ¿Qué ocurre, capitán general? El inglés me ha insultado y lo he echado por la borda. Habría dejado que se ahogase, pero sabe nadar. Por consiguiente, he enviado el piloto a recogerlo y le he dicho que lo llevara a su barco, ya que parece gozar del favor del señor Toranaga. ¿Hay algo malo en ello?

—Traedlo de nuevo aquí.

—Tendría que enviar hombres armados para el abordaje. Gritaba y maldecía como un diablo del infierno. Esta vez no vendrá de buen grado.

—Quiero que vuelva aquí.

—¿Cuál es el problema? ¿No dijisteis que la galera iba a quedarse o tendría que luchar? En todo caso, el inglés está con el agua al cuello. ¡Buena cosa! ¿Qué necesidad tenemos de esa escoria? Seguro que los padres prefieren tenerlo lejos de su vista. ¿No es así, padre?

Dell'Aqua no respondió. Esto alteraba el plan que Ferriera había propuesto y que había sido aceptado por ellos y por Toranaga. Los sacerdotes irían en seguida a tierra para aplacar a Ishido, a Kiyama y a Onoshi afirmando que habían creído la historia de Toranaga sobre los piratas y que no sabían que éste se hubiese «escapado» del castillo. Mientras tanto, la fragata se dirigía a la boca del puerto dejando la galera como cebo a las barcas de pesca. Si se producía un ataque abierto contra la fragata, ésta lo rechazaría a cañonazos.

El Visitador apoyó amablemente una mano en el hombro de Ferriera y volvió la espalda a la galera.

—Tal vez es mejor que el hereje esté allí —dijo, y pensó: «¡Qué extraños son los caminos de Dios!»

Ferriera hubiera querido oponerse. Él quería verlo ahogarse. Un hombre al agua cuando empieza a amanecer… No deja rastro, no hay testigos, es fácil. Toranaga no se habría enterado de nada. Un trágico accidente, y nada más. Era la suerte que se merecía Blackthorne.

—*¿Nan ja?* —preguntó Toranaga.

El padre Alvito le dijo que el capitán estaba en la galera y le explicó la razón. Toranaga se volvió a Mariko, la cual asintió con la cabeza y añadió lo que había dicho Rodrigues con anterioridad.

Toranaga se acercó a la borda y atisbó en la oscuridad. Más barcas de pesca

eran lanzadas en la playa norte, y las otras estarían muy pronto en su sitio. Sabía que Anjín-san era un engorro político y aquello era una manera fácil de desprenderse de él. Pero, ¿lo quería realmente?

«Es *karma* —pensó— que Anjín-san esté en la galera y no aquí, donde estaría a salvo. *¿Neh?* Anjín-san se hundirá con el barco, junto con Yabú y los otros y las armas y esto también es *karma*. Puedo perder los mosquetes. Puedo perder a Yabú. Pero, ¿a Anjín-san?

»Sí.

»Porque tengo en reserva otros ocho extraños bárbaros, y tal vez sus conocimientos colectivos sean iguales o superiores a los de ese hombre. Lo importante es volver a Yedo lo más rápidamente posible para preparar la guerra, que es ya inevitable.»

—Es *karma*, Tsukku-san. *¿Neh?*

—Sí, señor. —Alvito contempló, satisfecho, al capitán general—. El señor Toranaga sugiere que no se haga nada. Es la voluntad de Dios.

—¿De veras?

De pronto empezó a sonar el tambor de la galera. Los remos mordieron furiosamente el agua.

—Por el amor de Dios, ¿qué están haciendo? —gritó Ferriera.

Y entonces, mientras veían alejarse la galera, el pabellón de Toranaga fue arriado lentamente de la verga.

—Parece como si quisieran anunciar a todas las malditas barcas de pesca del puerto que el señor Toranaga no está ya a bordo —dijo Rodrigues.

—¿Qué va a hacer él?

—No lo sé.

—¿No lo sabéis? —preguntó Ferriera.

—No. Pero si yo estuviera en su lugar pondría rumbo al mar abierto y dejaría a la fragata en el atolladero… o al menos lo intentaría. Es como si el inglés nos apuntase con el dedo. ¿Qué hacemos ahora?

—Poned rumbo a Yedo.

El capitán general habría querido añadir: «Y si abordáis la galera, tanto mejor.» Pero no lo hizo porque Mariko estaba escuchando.

Los curas se dirigieron a tierra en la lancha, muy aliviados.

—¡Izad las velas! —gritó Rodrigues—. ¡Rumbo Sur-Sudoeste!

—Señora, tened la bondad de decirle al señor Toranaga que estaría más seguro abajo —dijo Ferriera.

—Él os da las gracias, pero dice que se quedará aquí.
Ferriera se encogió de hombros y se acercó al borde del alcázar.
—¡Cargad los cañones! ¡Con metralla! ¡Posición de combate!

CAPÍTULO XXVIII

—*¡Isogi!* —gritó Blackthorne apremiando al tambor para que acelerase el ritmo.

Se volvió a mirar la fragata que se les venía encima con todas las velas desplegadas y calculó la próxima virada que debería hacer. Debido al viento, la fragata tenía que dar varias bordadas para llegar a la boca del puerto, mientras que la galera podía maniobrar a voluntad. En cambio, la galera les aventajaba en velocidad.

Yabú volvía a hablarle, pero él no le prestó atención.

—No comprendo, *wakarimasen*, Yabú-san. Escucha. Toranaga me dijo: Anjín-san, *¡ichi-ban ima*! ¡Ahora soy primer capitán-san! ¿*Wakarimasu ka*, Yabú-san?

Señaló el rumbo en la brújula al capitán japonés, el cual gesticuló al ver que la fragata, ahora a menos de cincuenta yardas de ellos, los alcanzaba rápidamente.

—¡Mantén el rumbo, por Dios! —dijo.

La brisa enfriaba su ropa mojada dándole escalofríos, pero contribuyendo a aclarar sus ideas. Miró el cielo. No había nubes cerca de la Luna brillante, y el viento era favorable. «Por ahí no hay peligro —pensó—. ¡Quiera Dios que la Luna siga brillando hasta que hayamos pasado!»

—¡Eh, capitán! —gritó en inglés, sabiendo que lo mismo daba que hablase inglés o portugués, holandés o latín—. Manda que me traigan saké. ¡Saké! *¿Wakarimasu ka?*

—*Hein*, Anjín-san.

Un marinero salió corriendo y, al mirar por encima del hombro, se quedó aterrorizado al ver el tamaño de la fragata y la velocidad con que se acercaba. Blackthorne mantuvo el rumbo tratando de obligar a la fragata a virar antes de ganar todo el espacio a barlovento. Pero ésta no se desvió y avanzó directamente sobre él. En el último segundo, Blackthorne se apartó de su camino y el bauprés de la fragata casi rozó su castillo de popa.

Entonces, la fragata viró en dirección a la costa más lejana, donde tendría que virar de nuevo para correr viento en popa, antes de dar una última bordada y

dirigirse a la boca del puerto.

Por un instante, las dos embarcaciones estuvieron tan cerca la una de la otra que casi se tocaron. Después, la fragata se alejó, haciendo bailar a la galera en el oleaje.

—¡*Isogi, isogi*, por Dios!

Los remeros redoblaron su esfuerzo y Blackthorne ordenó por señas que se pusieran más hombres a los remos hasta agotar todas las reservas. Tenían que llegar a la boca del puerto antes que la fragata, o estarían perdidos.

La galera devoraba la distancia. Pero lo propio hacía la fragata.

Entonces llegó el saké, pero la joven que había auxiliado a Mariko lo tomó de las manos del marinero y lo ofreció a Blackthorne con unos ademanes inseguros. Había permanecido valientemente sobre cubierta, aunque saltaba a la vista que aquél no era su elemento. Sus manos eran fuertes, iba muy bien peinada y llevaba un rico quimono, pulcro y elegante. La galera cabeceó y la muchacha se tambaleó y dejó caer la taza. Su cara no cambió, pero enrojeció de vergüenza.

—No ha sido nada —dijo él al agacharse ella para recoger la taza—. No importa. *¿Namae ka?*

—Usagi Fujiko, Anjín-san.

—Bien, Fujiko-san. Dámelo. *Dozo*.

Alargó la mano, asió el frasco y bebió directamente de él, a grandes tragos, ansioso de sentir su calor dentro del cuerpo. Después concentró la atención en el nuevo rumbo, sorteando los bajíos de que le había hablado Santiago por orden de Rodrigues.

Ahora tenía la cabeza más clara y se sentía bastante fuerte si tenía cuidado. Pero sabía que, a semejanza del barco, carecía de reservas.

La fragata navegaba bien a barlovento y se adelantó un centenar de yardas en dirección a tierra.

—¡*Isogi*, por Dios! ¡O vamos a perder!

La emoción de la carrera y de encontrarse de nuevo solo en el puesto de mando —más por su fuerza de voluntad que por sus condiciones—, unida al raro privilegio de tener a Yabú en su poder, le llenaba de maligna satisfacción. «Si no fuese porque la embarcación se hundiría, y yo con ella, la lanzaría contra las rocas para ver cómo te ahogas, Yabú, cara de cerdo. ¡Lo haría por el viejo Pieterzoon! Pero, ¿no salvó Yabú a Rodrigues cuando yo no pude hacerlo? ¿No atacó a los bandidos cuando me tendieron una emboscada? Y esta noche se ha

portado como un valiente. Sí, es un cerdo, pero un cerdo valiente. Ésta es la pura verdad.»

La joven le ofreció el frasco de saké.

—*Domo* —dijo él.

Vio que Yabú y el piloto japonés lo miraban fijamente.

—*¿Nan desu ka,* Anjín-san? *¿Nan ja?*

—*¡Ichi-ban!* ¡Número uno! —respondió señalando la fragata y apurando el frasco, que fue recogido por Fujiko.

—¿Saké, Anjín-san?

—*Domo, ¡iyé!*

Los dos barcos estaban ahora muy cerca de las apretujadas barcas de pesca. La galera avanzaba en derechura hacia el paso que habían dejado deliberadamente entre ellas, y la fragata daba la última virada para dirigirse a la entrada del puerto. Aquí el viento era más fresco, al menguar la protección de las puntas de tierra, y a una milla estaba el mar abierto. Las ráfagas hinchaban las velas de la fragata, las cuerdas daban chasquidos como pistoletazos y hervía la espuma en la proa y en la estela.

Los remeros estaban sudorosos y empezaban a flaquear. Un hombre se derrumbó. Y otro. Los cincuenta y pico *ronín*-samurais ocupaban ya sus posiciones. Al frente, los arqueros de las barcas de pesca, a ambos lados del estrecho canal, armaban sus arcos. Blackthorne vio pequeños braseros en muchas de las barcas y comprendió que iban a lanzarles flechas incendiarias.

Se había preparado para el combate lo mejor que había podido. Yabú había comprendido que tendrían que luchar y también había pensado inmediatamente en las flechas de fuego. Blackthorne había levantado unos mamparos protectores de madera alrededor del timón. Había abierto algunas cajas de mosquetes y había ordenado a los que sabían hacerlo que las cargaran con pólvora y proyectiles. Y había subido algunos barrilitos de pólvora al alcázar y les había puesto mecha.

Cuando Santiago, el primer piloto, lo había ayudado a subir a la lancha, le había dicho que Rodrigues iba a ayudarle, con la gracia de Dios.

—¿Por qué? —había preguntado él.

—Mi capitán me ha dicho que os diga que tuvo que arrojaros por la borda para despejaros la cabeza, señor.

—¿Por qué?

—Porque, según dijo que os dijera, señor capitán, había peligro a bordo del

Santa Teresa, peligro para vos.

—¿Qué peligro?

—Tendréis que salir de aquí por vuestros propios medios si podéis. Pero él os ayudará.

—¿Por qué?

—¡Por el amor de Dios! Tened vuestra lengua de hereje y escuchad. Tenemos poco tiempo.

Entonces, el piloto lo había informado de los escollos y los rumbos y el paso del canal, y también del plan. Y le había dado dos pistolas.

—Mi capitán pregunta si sois buen tirador.

—No —mintió.

—Por último dijo que vayáis con Dios.

—Lo mismo os digo a él y a vos.

—Por mí podéis iros al infierno.

Blackthorne había puesto mecha a los barrilitos para el caso de que empezara el bombardeo o no hubiese tal plan o que resultara falso. Incluso un barril tan pequeño con la mecha encendida y empujado hasta el costado de la fragata, la hundiría con la misma seguridad que setenta cañonazos.

La entrada del puerto tenía una anchura de cuatrocientas yardas. El agua era profunda en casi toda su extensión, pues las puntas de tierra surgían verticalmente del mar.

El pasillo entre las barcas de pesca que acechaban era de cien yardas. El *Santa Teresa* estaba ganando distancia rápidamente. Blackthorne se mantuvo en el centro del canal e hizo una seña a Yabú para que estuviese alerta. Todos los *ronín*-samurais estaban agazapados detrás de la borda, invisibles, esperando que Blackthorne diese la señal. Yabú mandaría la tropa. Y Anjín-san sería el único que gobernaría el barco.

La fragata estaba a cincuenta yardas a popa, avanzando en la dirección de la galera y dando pruebas de que quería pasar por el centro del canal.

A bordo de la fragata, Ferriera murmuró a Rodrigues:

—Abordad la galera.

—No podemos hacerlo mientras Toranaga y la joven estén aquí.

—¡Señora! —gritó Ferriera—. Señora, sería mejor que vos y vuestro señor fueseis abajo. Estaríais más seguros en la cubierta de los cañones.

Mariko tradujo sus palabras a Toranaga, el cual reflexionó un momento y después empezó a bajar la escalera.

—¡Abordad la galera, Rodrigues! —En el alcázar, repitió Ferriera en el alcázar.

—¿Por qué matar a vuestro enemigo si otros se encargan de hacerlo?

—¿Vais a abordarla o no? —preguntó Ferriera, poseído del afán de matar.

—Si permanece donde está, sí.

—Entonces, ¡ojalá siga donde está!

—¿Qué pensabais hacer con el inglés? ¿Por qué os enojasteis tanto al ver que no estaba a bordo?

—No confío en vos, Rodrigues. Dos veces os habéis puesto, o pareció que os poníais, a favor del hereje y contra mí. Si hubiese otro capitán aceptable en toda Asia, os dejaría en tierra, Rodrigues.

—Y os ahogaríais. Oléis a muerto y sólo yo puedo protegeros.

Ferriera se santiguó, pues era supersticioso.

—¡Tú y tu sucia lengua! ¿Cómo te atreves a decir esto?

—Mi madre era gitana y era la séptima hija de un séptimo hijo, como yo.

—¡Embustero!

Rodrigues sonrió y le gritó al timonel:

—Mantén el rumbo y, si esa zorra panzuda no se aparta, ¡húndela!

Blackthorne sujetaba con firmeza la rueda del timón, aunque le dolían los brazos y las piernas. El capitán de remeros golpeaba el tambor y los remeros hacían un esfuerzo final.

La fragata estaba ya a veinte yardas a popa, a quince, a diez. Entonces, Blackthorne viró con fuerza a babor. La fragata casi se rozó con ellos. Blackthorne viró después a estribor y mantuvo la galera paralela a la fragata, a diez yardas de distancia. Y juntas, una al lado de la otra, se dispusieron a pasar entre sus enemigos.

—¡Hala, hala, bastardos! —gritó Blackthorne queriendo mantener la posición, pues su única protección era el casco y las velas de la fragata.

Sonaron algunos disparos de mosquete y volaron flechas incendiarias sin causar grandes daños. Sólo algunas, por error, se clavaron en las velas bajas de la

fragata prendiéndoles fuego.

Todos los jefes samurais de los botes detuvieron, horrorizados, a sus arqueros. Nadie, hasta entonces, se había atrevido a atacar a un barco de los bárbaros del Sur. ¿Acaso no eran éstos los únicos que traían la seda que hacía soportable el húmedo calor del verano y el frío del invierno y alegraba la primavera y el otoño? ¿No estaban los bárbaros del Sur protegidos por decretos imperiales?

Por esto los jefes samurais contuvieron a sus hombres mientras permaneció la galera bajo las alas protectoras de la fragata. Y sólo cuando los marineros hubieron apagado las llamas empezaron a respirar.

Cuando cesaron las flechas, Blackthorne se sintió también más tranquilo. Y Rodrigues. El plan funcionaba. «Pero mi capitán dice que debéis estar preparado para lo imprevisto», le había dicho Santiago.

—¡Empuja a ese bastardo a un lado! —dijo Ferriera—. ¡Maldición! Os ordené que lo lanzarais contra los monos.

—¡Cinco puntos a babor! —mandó Rodrigues, complaciente.

Blackthorne oyó la orden. Inmediatamente giró también cinco grados a babor y se encomendó a Dios. Si Rodrigues mantenía demasiado tiempo el rumbo, chocarían con las barcas de pesca y podía darse por perdido. Si él aflojaba el ritmo y se ponía detrás de la fragata, el enemigo se le echaría encima, tanto si creía que Toranaga estaba a bordo como si no. Tenía que mantenerse al lado de la otra embarcación.

—¡Cinco puntos a estribor! —gritó Rodrigues en el último momento.

De nuevo giró Blackthorne cinco grados a estribor para mantener su posición con respecto a la fragata. El piloto comprendió así como los remeros y el jefe de éstos remaron con todas las fuerzas que les quedaban. Yabú ordenó a los ronín-samurais que dejasen los arcos y ayudaran a aquéllos, y él mismo cogió un remo. Sólo les faltaban cien yardas que recorrer. Codo a codo.

Entonces, algunos Grises de las barcas de pesca, más intrépidos que los otros, se cruzaron en su ruta y lanzaron garfios sobre la galera. La proa de ésta chocó con las barcas. Los garfios fueron arrojados por la borda antes de que se clavaran. Los samurais que los sostenían se ahogaron.

—¡Más a babor!

—No me atrevo, capitán general. Toranaga no es tonto, y mirad, ¡hay un escollo al frente!

Ferriera vio el escollo cerca de la última barca de pesca.

—¡Cielos! ¡Arrójalo contra él!

—¡Dos puntos a babor!

De nuevo se desvió la fragata, y lo propio hizo Blackthorne. Éste también había visto las rocas. Embistió a otra barca y varias flechas cayeron sobre la galera. Mantuvo el rumbo todo lo que pudo y después gritó para avisar a Rodrigues:

—¡Cinco puntos a estribor!

Rodrigues se apartó, pero manteniéndose un poco en la línea de colisión, cosa no prevista en el plan.

—¡Adelante, bastardo! —gritó, excitado por la caza y por el temor.

Blackthorne tenía que elegir inmediatamente entre las rocas y la fragata. Y eligió.

Giró más a estribor, sacó la pistola y apuntó.

—¡Apártate, por Dios! —gritó, y apretó el gatillo.

La bala silbó sobre el alcázar de la fragata, exactamente entre el capitán general y Rodrigues.

El primero se agachó, y el segundo se estremeció.

—¡Inglés hijo de perra! ¿Ha sido por suerte? ¿Lo has hecho adrede o has tirado a matar?

Vio la segunda pistola en la mano de Blackthorne y que Toranaga lo estaba mirando.

«¡Santa Madre de Dios! ¿Qué debo hacer? ¿Seguir el plan o cambiarlo? ¿Debo matar al inglés en bien de todos? ¿Sí o no? Tú debes decidir, Rodrigues.»

—¡Timón a estribor! —gritó cediendo el paso a la galera.

—Mi señor pregunta por qué estuvisteis a punto de abordar la galera.

—No ha sido más que un juego, señora, un juego de marinos. Para probar sus nervios.

—¿Y el disparo?

—Otro juego… para probar los míos.

—Mi señor dice que estos juegos son una tontería.

—Por favor, presentadle mis excusas. Lo importante es que él está a salvo y también la galera, y me alegro. *Honto*.

—¿Convinisteis esta escapada, este ardid, con Anjín-san?

—Ocurrió que él es muy listo y calculó bien el tiempo. La luna iluminó su

ruta, el mar le favoreció y nadie cometió el menor error.

—Pero, ¿por qué no lo han echado a pique los enemigos?

—No lo sé. Sin duda ha sido por voluntad de Dios.

—¿De veras? —preguntó Ferriera sin volverse, mirando la galera que les seguía a popa.

Estaban a salvo y habían dejado muy atrás la boca del puerto. Navegaban sin prisa. La mayor parte de los remos de la galera habían sido retirados temporalmente, dejando sólo los necesarios para avanzar tranquilamente mientras se recuperaba la mayoría de los remeros.

Rodrigues no prestó atención a Ferriera y sí a Toranaga. Durante la carrera lo había observado minuciosamente. El hombre se había fijado en todo y no había dejado de hacer preguntas, por medio de Mariko, al piloto o a los marineros. ¿Para qué servía esto? ¿Cómo se cargaba un cañón? ¿Cuánta pólvora? ¿Cómo se disparaban? ¿Qué objeto tenían las cuerdas?

—Mi señor os da las gracias por haberle dejado utilizar vuestro barco. Ahora quiere volver al suyo.

—¿Qué? —dijo Ferriera volviéndose en redondo—. Llegaremos a Yedo mucho antes que la galera. Será un placer para nosotros que el señor Toranaga continúe a bordo.

—El señor Toranaga os da las gracias, pero desea volver en seguida a su barco.

—Muy bien. Haced lo que él dice, Rodrigues. Avisad a la galera y bajad el bote. —Ferriera estaba contrariado. Tenía ganas de visitar Yedo y quería conocer mejor a Toranaga, ya que buena parte de su futuro dependía de él. No creía lo que había dicho Toranaga sobre los medios de evitar la guerra. «Estamos en guerra, al lado de ese mono y contra Ishido, nos guste o no nos guste.» Y a él no le gustaba—. Sentiré verme privado de la compañía del señor Toranaga.

—Mi señor os da las gracias —dijo Mariko. Y, volviéndose hacia Rodrigues, añadió—: Mi señor dice que os recompensará por la galera cuando volváis con el Buque Negro.

—No vale la pena. Sólo he cumplido mi deber. Perdonad que no me levante de la silla… Mi pierna, *¿neh?* Id con Dios.

—Gracias, capitán. Quedad con él.

Al bajar cansadamente la escalerilla, detrás de Toranaga, Mariko advirtió que Pesaro mandaba el bote. Se le puso la piel de gallina y casi tembló. Pero logró dominarse y agradeció a Toranaga que los hubiera sacado del apestoso barco.

En el alcázar, Ferriera se detuvo ante Rodrigues y señaló la galera.

—Os arrepentiréis de haberle perdonado la vida.

—Su vida está en manos de Dios. El inglés es un capitán «aceptable» si se prescinde de su religión, capitán general.

—Ya lo he pensado.

—¿Y bien?

—Cuanto antes lleguemos a Macao, tanto mejor. Procurad que sea así, Rodrigues —dijo Ferriera, y se marchó.

La pierna le dolía mucho a Rodrigues. Tomó un trago de ron.

—¡Que Ferriera se vaya al infierno! —gruñó—. Pero, por favor, no antes de que lleguemos a Lisboa.

El viento cambió ligeramente y una nube se acercó a la aureola de la Luna. La lluvia no estaba lejos y la aurora empezaba a teñir el cielo. Rodrigues puso toda su atención en el barco, en sus velas y en su posición. Cuando quedó enteramente satisfecho, observó el bote y, por último, la galera.

Bebió más ron, contento de que su plan hubiese funcionado tan bien. Incluido el pistoletazo que había puesto fin a la cuestión. Y se alegraba de la decisión que había tomado.

—Pero, a pesar de todo, inglés —dijo, con profunda tristeza—, el capitán general tiene razón. Contigo, la herejía ha llegado al Edén.

CAPÍTULO XXIX

—¿Anjín-san?

—*¿Hai?* —dijo Blackthorne saliendo de su profundo sueño.

—Te traemos comida. Y cha.

Vio a una doncella con una bandeja y a Mariko, que ya no llevaba el brazo en cabestrillo, a su lado. Y se dio cuenta de que yacía en la litera del capitán, la misma que había empleado durante el viaje de Rodrigues desde Anjiro a Osaka y que, en cierto modo, le resultaba casi tan familiar como la suya a bordo del *Erasmus*. ¡El *Erasmus*! Sería estupendo volver a estar en él y ver de nuevo a los muchachos.

Se estiró, satisfecho, y tomó la taza que Mariko le ofrecía.

—Gracias. Esto es delicioso. ¿Cómo va el brazo?

—Mucho mejor, gracias —dijo Mariko moviéndolo para demostrarlo—. Sólo fue una herida superficial.

Blackthorne se estiró de nuevo y abrió un tragaluz. Se veía una costa rocosa a unas doscientas yardas de distancia.

—¿Dónde estamos?

—Frente a la costa de la provincia de Totomi, Anjín-san. El señor Toranaga quiso nadar un poco y dejar descansar unas horas a los remeros. Mañana estaremos en Anjiro.

—¿La aldea de pescadores? Es imposible. Ahora es casi mediodía, y al amanecer estábamos frente a Osaka. ¡Es imposible!

—¡Ah! Esto fue ayer, Anjín-san. Has estado durmiendo un día y una noche y la mitad de otro día —respondió ella—. El señor Toranaga dijo que te dejásemos dormir. Ahora piensa que nadar un poco te ayudaría a despabilarte. Después de comer.

La comida consistía en dos tazones de arroz y pescado asado, con una salsa oscura, salada y avinagrada que, según le había dicho ella, se hacía con alubias fermentadas.

—Gracias… Sí, me gustará nadar un poco. ¿He dormido casi treinta y seis horas? No es extraño que me sienta perfectamente.

Tomó la bandeja de manos de la doncella. Estaba hambriento, pero no comió en seguida.

—¿Por qué tiene miedo esa muchacha? —preguntó.

—No lo tiene, Anjín-san. Sólo está un poco nerviosa. Nunca había visto tan de cerca a un extranjero.

—Dile que cuando hay Luna llena, los bárbaros echan llamas por la boca y les salen cuernos.

—¡Líbrame Dios de hacerlo! —rió Mariko, y señaló la mesita—. Allí hay polvo para los dientes, un cepillo, agua y toallas limpias. Me alegro de que estés bien. Y es cierto lo que decían. Tienes mucho valor.

Sus miradas se cruzaron un momento. Después, ella hizo una cortés reverencia y la doncella la imitó. La puerta se cerró detrás de ambas.

«No pienses en ella —se dijo—. Piensa en Toranaga o en Anjiro. ¿Por qué nos detenemos mañana en Anjiro? ¿Para desembarcar a Yabú? ¡Buena carga nos quitaríamos de encima! Omi estará en Anjiro. ¿Y bien? ¿Por qué no pido a Toranaga la cabeza de Omi? Me debe algunos favores. ¿O por qué no le pido que me deje desafiar a Omi-san? Pero, ¿cómo? ¿A sable o a pistola? A sable no tengo la menor probabilidad a mi favor, y con pistola sería un asesinato. Es mejor no hacer nada y esperar.»

Blackthorne empleaba los palillos como había visto manejarlos a los hombres de la cárcel, levantando el tazón de arroz hasta los labios y empujando los granos del borde de la taza a la boca con los palitos. Los trozos de pescado resultaban más difíciles. Todavía no era lo bastante diestro por consiguiente, empleó los dedos alegrándose de estar solo, porque sabía que comer con los dedos habría sido una descortesía en presencia de Mariko, de Toranaga y de cualquier japonés.

Cuando lo hubo despachado todo, notó que seguía teniendo hambre.

«Ve a buscar más comida —se dijo en voz alta—. ¡Dios mío! ¡Cuánto daría por un poco de pan tierno y unos huevos fritos con mantequilla y un trozo de queso…!»

Subió a cubierta. Casi todos estaban desnudos. Algunos de los hombres se secaban, otros tomaban un baño de sol y unos cuantos se lanzaban al agua desde la borda. En el mar, junto al barco, samurais y marineros nadaban o se rociaban como niños.

—*Konnichi wa*, Anjín-san.

—*Konnichi wa*, Toranaga-sama —dijo él.

Toranaga, completamente desnudo, subía la escala que había sido bajada hasta el mar.

—*¿Sonata wa oyogitamo ka?* —dijo, señalando el mar y sacudiéndose el agua bajo el sol brillante.

—*Hai*, Toranaga-sama, *domo* —replicó Blackthorne, suponiendo que le preguntaba si quería nadar.

Toranaga señaló de nuevo el mar, dijo unas palabras y llamó a Mariko para que hiciera de intérprete.

—Toranaga-sama dice que pareces muy descansado, Anjín-san. El agua es vigorosa.

—Vigorizadora —la corrigió él, amablemente—. Sí.

—¡Oh, gracias! Vigorizadora. Él te invita a nadar.

Toranaga estaba tranquilamente apoyado en la borda secándose el agua de las orejas con una toalla pequeña. Al no destapársele el oído izquierdo, dobló la cabeza y golpeó el suelo con el talón izquierdo, hasta que aquél se hubo destapado. Blackthorne vio que Toranaga era muy musculoso, aparte la barriga. Bastante violento, debido a la presencia de Mariko, se desnudó y anduvo hasta la punta de la pasarela, consciente de que ella y la joven Fujiko, arrodillada en la popa bajo una sombrilla amarilla y acompañada de una doncella, lo estaban observando. Entonces, incapaz de seguir bajando desnudo hasta el agua, se zambulló en el pálido mar azul. Fue un buen salto, y el frío del agua le causó una impresión deliciosa. El fondo arenoso estaba a tres brazas de profundidad, y en él había unas algas ondulantes y multitud de peces a los que no asustaban los nadadores. Cerca del fondo se amortiguó su impulso, y él se retorció, jugó con los peces, salió a la superficie y empezó a dar unas brazadas aparentemente perezosas, fáciles, pero muy rápidas, que le había enseñado Alban Caradoc, y se dirigió a la orilla.

La pequeña bahía estaba desierta. Muchas rocas, una diminuta playa de pequeños guijarros y ninguna señal de vida. Las montañas se elevaban a mil pies en un cielo azul e inmenso.

Se tumbó sobre una roca a tomar el sol. Cuatro samurais habían nadado con él y no estaban lejos. Sonreían y agitaban las manos. Después, volvió nadando a la goleta y ellos lo siguieron. Toranaga aún le estaba esperando.

Subió a cubierta. Sus ropas habían desaparecido. Fujiko, Mariko y dos doncellas todavía estaban allí. Una de las doncellas saludó y le ofreció una toalla

ridículamente pequeña, y él la tomó y empezó a secarse volviéndose de cara a la borda.

«No tienes que preocuparte —se dijo—. Si estás desnudo en una habitación cerrada con Felicity, te sientes tranquilo, ¿no? En cambio, te inquietas cuando estás en público y en presencia de mujeres, de ella. ¿Por qué? Ellas no dan importancia a la desnudez. Estás en el Japón. Tienes que actuar como ellos. Ser como ellos y portarte como un rey.»

—El señor Toranaga dice que nadas muy bien. ¿Quieres enseñarle esa brazada? —le dijo Mariko.

—Lo haré con mucho gusto.

—Y tu manera de zambullirte… Nosotros no habíamos visto nunca una cosa así. Nos limitamos a dejarnos caer. Él quiere también aprender a hacerlo.

—¿Ahora?

—Sí, por favor.

—Puedo enseñarle… Al menos, lo intentaré.

Una doncella le ofreció un quimono de algodón, y él se lo puso, aliviado, y se ciñó el cinturón. Ya tranquilo, explicó la manera de hacer la zambullida, estirando los brazos al lado de la cabeza y saltando, pero teniendo cuidado de no caer de plano.

—Para empezar, lo mejor es colocarse al final de la escalerilla y dejarse caer de cabeza, sin saltar ni correr. Así es como nosotros enseñamos a los niños.

Toranaga lo escuchó, le hizo algunas preguntas y, cuando quedó satisfecho, dijo por medio de Mariko:

—Bien. Creo que lo he comprendido.

Se dirigió a la plataforma de la escalera y antes de que Blackthorne pudiera detenerlo, se lanzó al agua desde una altura de quince pies. La panzada fue terrible. Nadie se rió. Toranaga subió a cubierta y probó de nuevo. Volvió a caer plano. Otros samurais fracasaron igualmente.

—No es fácil —dijo Blackthorne—. Yo tardé mucho tiempo en aprender. Descansa y mañana probaremos otra vez.

—El señor Toranaga dice: «Mañana será mañana. Yo quiero aprender hoy a zambullirme.»

Blackthorne se quitó el quimono y les hizo una demostración. Los samurais lo imitaron. Y fracasaron de nuevo. También Toranaga. Seis veces.

Después de otra demostración, Blackthorne se encaramó al pie de la escala y vio a Mariko entre los hombres, desnuda, dispuesta también a lanzarse al

espacio. Su cuerpo era exquisito. Llevaba un vendaje limpio en el brazo.

—Espera, Mariko-san. Es mejor que la primera vez pruebes desde aquí.

Ella bajó hasta donde estaba él con el pequeño crucifijo subrayando su desnudez. Él le enseñó cómo debía doblar el cuerpo y saltar sujetándola por la cintura y haciéndola girar para que cayese de cabeza.

Después lo intentó Toranaga desde poca altura y alcanzó un éxito relativo. A continuación, Blackthorne subió a cubierta, se plantó en la plataforma y les mostró la manera de dejarse caer como un muerto. Pensó que así era más fácil, convencido de que era importante que Toranaga triunfase en su empeño.

—Tienes que mantenerte rígido. Como una espada. De esta manera, no puedes fallar.

Se dejó caer. Penetró limpiamente en el agua, braceó un poco y esperó.

Toranaga puso rígidos los brazos y tiesa la columna vertebral. Tenía el pecho y la barriga colorados a causa de las panzadas. Se dejó caer hacia delante, tal como le había enseñado Blackthorne. Aunque dobló las piernas al caer, entró de cabeza en el agua y recibió una gran ovación cuando salió a la superficie. Lo repitió y le salió mejor. Después lo intentó Mariko. Una mueca de dolor se pintó en su cara al levantar los brazos. Pero se mantuvo tiesa como una flecha y se dejó caer. Entró limpiamente en el agua.

—Ha sido una zambullida muy buena. Francamente buena —dijo él dándole la mano y ayudándola a subir a la plataforma—. Y ahora, descansa. Podría abrirse la herida del brazo. «¡Dios mío, qué mujer!», murmuró.

Al ponerse el sol, Toranaga envió a buscar a Blackthorne. Estaba sentado en el puente de popa, sobre una esterilla limpia, junto a un pequeño brasero de carbón donde humeaban unos tacos de madera aromática. Esto servía tanto para perfumar el aire como para alejar las mariposas nocturnas y a los mosquitos. Su quimono aparecía limpio y planchado, y las grandes hombreras, como alas del almidonado manto, le daban una apariencia formidable. También Yabú y Mariko se habían vestido de gala. Fujiko estaba también presente. Veinte samurais, sentados, montaban guardia en silencio. Se habían encendido antorchas y la galera seguía meciéndose suavemente anclada en la bahía.

—¿Saké, Anjín-san?

—*Domo,* Toranaga-sama.

Blackthorne hizo una reverencia, aceptó la tacita que le ofrecía Fujiko,

brindó por Toranaga y se la bebió de un trago.

—El señor Toranaga dice que pasaremos la noche aquí. Mañana llegaremos a Anjiro. Quisiera saber más de tu país y del mundo exterior.

—Desde luego. ¿Qué quiere saber? Inglaterra es un país templado. Tal vez tenemos un invierno malo de cada siete y lo mismo puede decirse del verano. Hay hambre cada seis años, aunque a veces la sufrimos dos años seguidos.

—También aquí hay hambre. El hambre es cosa mala. ¿Cuál es la situación actual de tu país a este respecto?

—Hemos tenido tres años de malas cosechas en el último decenio, sin sol que madurase el trigo. Esto está en manos del Todopoderoso. Pero Inglaterra es muy fuerte. Tenemos prosperidad. Fabricamos toda nuestra ropa y todas nuestras armas y la mayor parte de los paños de lana de Europa.

Blackthorne decidió no contarle nada de las epidemias, ni de las algaradas o insurrecciones provocadas por el vallado de las tierras comunales, ni de la emigración de los campesinos a los pueblos y a las ciudades. En cambio, le habló de los buenos reyes y de las buenas reinas, de los sabios gobernantes, de los prudentes parlamentos y de las guerras triunfales.

—El señor Toranaga quiere que contestes claramente. ¿Sostienes que sólo el dominio del mar os protege de España y Portugal?

—Sí. Sólo esto. El dominio de nuestros mares asegura nuestra libertad. Vosotros sois una nación isleña como nosotros. Sin el dominio de los mares, ¿no estaríais indefensos contra un enemigo exterior?

—Mi señor está de acuerdo contigo.

—¡Ah! ¿También vosotros habéis sido invadidos?

Al volverse a Toranaga, Blackthorne advirtió un ligero fruncimiento de cejas y recordó que debía limitarse a contestar sin hacer preguntas. Cuando ella volvió a hablar, su voz era más grave:

—El señor Toranaga me dice que conteste tu pregunta, Anjín-san. Sí, fuimos invadidos dos veces. Hace más de trescientos años. Debió de ser en el año 1274 de vuestro calendario. Nos atacaron los mogoles de Kublai Jan, que acababa de conquistar China y Corea, cuando nos negamos a someternos a su autoridad. Unos cuantos miles de hombres desembarcaron en Kiusiu, pero nuestros samurais lograron contenerlos y al cabo de poco tiempo el enemigo se retiró. Pero volvieron siete años después. Esta vez, la fuerza invasora consistía en casi mil barcos chinos y coreanos, que transportaban doscientos mil guerreros mogoles, chinos y coreanos, casi todos, de caballería. Nada podíamos hacer

contra una superioridad tan abrumadora. Y empezaron a desembarcar en la bahía de Hakata, en Kiusiu, pero, antes de que pudiesen desplegar todos sus ejércitos, un gran viento, un *tai-fun*, vino del Sur y destruyó la flota y todo lo que ésta contenía. Fue un *kamikazi*, un Viento Divino, Anjín-san —dijo ella, muy convencida—, un *kamikazi* enviado por los dioses para proteger a este País de los Dioses contra el invasor extranjero. Los mogoles ya no volvieron más, y al cabo de unos ocho años, su dinastía, los Chin, fue expulsada de China. Los dioses nos protegieron contra ellos. Y siempre nos protegerán de las invasiones. Después de todo, éste es *su* país, *¿neh?*

Blackthorne pensó que este número enorme de barcos y de hombres hacía que la Armada española enviada contra Inglaterra pareciese insignificante.

—También a nosotros nos ayudó una tempestad, señora —dijo con igual seriedad—. En todo caso, nos consideramos afortunados de vivir en una isla. Damos gracias a Dios por ello y por el canal. Y por nuestra flota. Teniendo vosotros tan cerca la poderosa China, y estando en guerra con ella, me sorprende que no tengáis una Marina fuerte. ¿No teméis otro ataque?

Mariko no le respondió, sino que tradujo a Toranaga lo que él había dicho. Cuando hubo terminado, Toranaga habló con Yabú, el cual asintió con la cabeza y le respondió con la misma seriedad. Después, Mariko se volvió de nuevo a Blackthorne.

—Anjín-san, ¿cuántos barcos necesitáis para dominar vuestros mares?

—No lo sé exactamente, pero ahora la reina tiene unos ciento cincuenta barcos, todos ellos construidos únicamente para la guerra.

—Mi señor pregunta cuántos barcos al año construye tu reina.

—Veinte o treinta barcos de guerra, que son los mejores y más veloces del mundo. Pero, generalmente, los barcos son construidos por grupos particulares de mercaderes, que los venden a la Corona.

—¿Y obtienen un beneficio?

Blackthorne recordó la opinión de los samurais sobre los beneficios y el dinero.

—La reina les paga generosamente algo más de lo que han costado, para fomentar el estudio de nuevos sistemas de construcción. Sin el favor real, esto sería imposible. Por ejemplo, mi barco, el *Erasmus*, es de una clase nueva, construido en Holanda con licencia inglesa y sobre un diseño inglés.

—¿Podrías construir aquí un barco como ése?

—Desde luego si tuviese carpinteros, intérpretes y los materiales y el tiempo

necesarios. Ante todo, tendría que construir un barco más pequeño. Nunca he construido enteramente uno yo solo, y por esto, tendría que experimentar… —Y tratando de disimular su excitación ante la idea, agregó—: Si el señor Toranaga quiere un barco, o unos barcos, podría concertarse un trato. Tal vez podría encargar la construcción de cierto número de barcos de guerra a Inglaterra. Podríamos traérselos aquí, aparejados y armados según sus deseos.

Mariko tradujo. El interés de Toranaga fue en aumento. Y también el de Yabú.

—Mi señor pregunta si nuestros marineros podrían aprender a manejar estos barcos.

—Seguro, pero a base de algún tiempo. Podríamos convenir en que uno de nuestros maestros de navegación permaneciera un año con vosotros. Él podría trazar un programa de aprendizaje. Y en pocos años tendríais vuestra propia flota, una flota sin rival.

Mariko habló un rato. Toranaga la interrogó con interés, y lo mismo hizo Yabú.

—Yabú-san pregunta si sería una flota sin rival.

—Sí, mejor que todo lo que puedan tener los españoles. O los portugueses.

Se hizo un silencio. Saltaba a la vista que Toranaga estaba entusiasmado con la idea, aunque trataba de disimularlo.

—Mi señor pregunta si estás seguro de que podría arreglarse.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo se necesitaría?

—Dos años para volver yo a casa. Dos años para construir uno o varios barcos. Dos años para volver. Habría que pagar la mitad del precio por adelantado y la otra mitad al efectuar la entrega.

Toranaga reflexionó mientras añadía al brasero unos tacos de madera aromática. Todos lo observaban y esperaban. Después habló largo rato con Yabú.

—Anjín-san, ¿cuántos barcos podrías traer?

—Lo mejor sería una flotilla de cinco barcos de una vez. Hay que prever la pérdida de un barco al menos por las tormentas, las tempestades o los encuentros con los españoles y los portugueses, los cuales, sin duda, tratarán de impedir que tengáis barcos de guerra. En diez años, el señor Toranaga podría tener una flota de quince o veinte barcos.

Esperó que ella tradujera esto, y después siguió hablando despacio:

—La primera flotilla podría traeros maestros carpinteros, artilleros,

marineros y pilotos. En diez o quince años, Inglaterra podría proporcionar al señor Toranaga treinta barcos de guerra modernos, más que suficientes para dominar vuestros mares. Nosotros… —iba a decir «venderíamos», pero cambió la expresión— mi reina se sentiría honrada de ayudarte a formar tu propia marina de guerra, y si éste fuese tu deseo, cuidaríamos de la instrucción y del aprovisionamiento.

«¡Oh, sí! —pensó, entusiasmado—. Podríamos proporcionarte la oficialidad y el almirante, y la reina te ofrecería una alianza en firme que sería buena para vosotros y para nosotros y que incluiría el comercio. Y entonces, amigo Toranaga, nuestras dos naciones expulsarían a los españoles y a los portugueses de estos mares y los dominarían para siempre. Si lo consigo, haré cambiar el rumbo de la Historia. Tendré riquezas y honores que nunca pude soñar.»

—Mi señor dice que es una lástima que no hables nuestra lengua.

—Sí, pero estoy seguro de que tú traduces perfectamente.

—Él dice que no es una crítica de mi labor, Anjín-san, sino una observación. Y es verdad. Sería mejor para mi señor poder hablar directamente contigo como lo hago yo.

—¿No tenéis ningún diccionario, Mariko-san? O gramáticas de portugués-japones o de latín-japones. Si el señor Toranaga pudiese proporcionarme libros y maestros, trataría de aprender vuestra lengua.

—No tenemos libros de ésos.

—Pero los tienen los jesuitas. Tú misma lo dijiste.

Ella habló con Toranaga, y Blackthorne vio que los ojos de Toranaga y de Yabú se animaban y que los dos sonreían.

—Mi señor dice que te ayudará, Anjín-san.

Por orden de Toranaga, Fujiko sirvió más saké a Blackthorne y a Yabú. Toranaga bebió cha, lo mismo que Mariko. Incapaz de contenerse, Blackthorne preguntó:

—¿Qué dice él de mi sugerencia? ¿Qué responde?

—Debes tener paciencia, Anjín-san. Ya te contestará a su debido tiempo.

—Ten la bondad de preguntárselo ahora.

De mala gana, Mariko se volvió a Toranaga.

—Discúlpame, señor, pero Anjín-san pregunta con la mayor cortesía qué piensas de su plan. Te suplica humildemente una respuesta.

—Le responderé a su debido tiempo.

Mariko dijo a Blackthorne:

—Mi señor dice que estudiará tu plan y reflexionará cuidadosamente sobre lo que has dicho. Te pide que tengas paciencia.

—*Domo*, Toranaga-sama.

—Ahora voy a acostarme. Zarparemos al amanecer.

Toranaga se levantó. Todos le siguieron menos Blackthorne, que se quedó solo en la noche.

Cuando apuntaba la aurora, Toranaga soltó cuatro de las palomas mensajeras que habían sido llevadas al barco con el equipaje. Las aves trazaron dos círculos en el cielo y después se separaron, volando dos de ellas a Osaka, y dos, a Yedo. El mensaje cifrado a Kiritsubo era una orden que debía transmitir a Hiro-matsu, según la cual tenían que tratar de salir inmediatamente y en paz. Si se lo impedían, debían encerrarse en su recinto, y si forzaban la puerta, prender fuego a aquella parte del castillo y suicidarse.

El mensaje a su hijo Sudara, en Yedo, le informaba de que había escapado y estaba a salvo y le ordenaba que continuase los preparativos secretos para la guerra.

Al mediodía habían cruzado el golfo entre las provincias de Totomi y de Izú y estaban frente al cabo Ito, la punta más meridional de la península de Izú. El viento era suave, el oleaje, discreto, y la única vela les ayudaba en su avance.

Después, al virar ellos hacia el Norte, desde un profundo canal entre la tierra firme y unos cuantos islotes rocosos, oyeron un fuerte estruendo por el lado de tierra.

Todos los remos se inmovilizaron.

De pronto se abrió una enorme fisura en el acantilado y un alud de un millón de toneladas de roca cayó al mar. El agua pareció hervir unos momentos. Una pequeña ola llegó hasta la galera y pasó. Cesó el alud. Un nuevo estruendo, ahora más grave y retumbante, pero más lejano. Algunas rocas se desprendieron de los cantiles. Todos escuchaban y esperaban, observando la pared del acantilado. Sonido de gaviotas, de resaca y de viento. Toranaga hizo una señal al hombre del tambor, que volvió a marcar el ritmo. Los remos golpearon el agua. Volvió la normalidad a bordo.

—¿Qué ha sido? —preguntó Blackthorne.

—Sólo un terremoto —dijo Mariko, perpleja—. ¿No tenéis terremotos en tu país?

—No. Nunca. Es el primero que he visto.

—Nosotros los tenemos con frecuencia, Anjín-san. Éste no ha sido nada. El centro debió de estar en otra parte, tal vez mar adentro. Has tenido suerte de presenciar un terremoto pequeño.

—Pues a mí me pareció que se estremecía toda la tierra. Habría jurado que veía… Había oído hablar de temblores de tierra. En Tierra Santa y en el país de los otomanos, a veces los hay. ¡Jesús! —Respiró hondo, pues el corazón le palpitaba con fuerza—. Habría jurado que todo el acantilado temblaba.

—Y así ha sido, Anjín-san. Si estás en tierra, es la impresión más terrible del mundo. No avisa. El peor que presencié fue una noche, cerca de Osaka, hace seis años. Las sacudidas, algunas muy fuertes, duraron una semana o más. El gran castillo nuevo del Taiko, en Fujimi, quedó totalmente destruido. Cientos de miles de personas perecieron en aquel terremoto y en los incendios que siguieron. A veces, se producen fuertes terremotos en el mar y, según la leyenda, son los que producen las grandes olas. Éstas tienen diez o veinte pies de altura y pueden destruir ciudades enteras. Yedo fue medio destruida hace unos años por una de estas olas.

—¿Y esto es normal para vosotros?

—¡Oh, sí! Todos los años tenemos terremotos en este País de los Dioses. Y también incendios, inundaciones, grandes olas y temporales monstruosos, los *tai-funs*. La Naturaleza es muy dura con nosotros. —Brillaron lágrimas en las comisuras de sus párpados—. Tal vez por esto amamos tanto la vida, Anjín-san. No tenemos más remedio. En este País de los Dioses, la muerte es nuestra herencia.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XXX

—¿Seguro que todo está a punto, Mura?

—Sí, Omi-san, así lo creo. Hemos cumplido exactamente tus órdenes y las de Igurashi-san.

—Mejor que no falle nada, o la aldea tendrá otro jefe antes de que se ponga el sol —le dijo ásperamente Igurashi, primer lugarteniente de Yabú, guiñando su único ojo, enrojecido por la falta de sueño.

Había llegado el día anterior de Yedo con el primer contingente de samurais y con instrucciones concretas.

Mura no le contestó. Asintió respetuosamente con la cabeza y mantuvo los ojos clavados en el suelo.

Estaban de pie en la playa, cerca del malecón, delante de las hileras de lugareños arrodillados, silenciosos, pasmados y exhaustos, que esperaban la llegada de la galera. Todos llevaban sus mejores vestidos. Las barcas de pesca habían sido limpiadas, bien dispuestas las redes y enrolladas las cuerdas. Incluso habían rastrillado la playa a lo largo de la bahía.

—Nada fallará, Igurashi-san —dijo Omi.

Había dormido poco en la última semana, desde que llegaron las órdenes de Yabú desde Osaka por medio de una de las palomas mensajeras de Toranaga. Había movilizado toda la aldea y todos los hombres aptos en veinte *ri* a la redonda, para preparar Anjiro para la llegada de los samurais y de Yabú. Y ahora que Igurashi le había confiado el gran secreto de que el gran daimío Toranaga

acompañaba a su tío, después de haberse librado de la trampa de Ishido, todavía se alegraba más de haber gastado tanto dinero.

Aquella mañana, las primeras compañías de samurais habían llegado de Mishima, la capital de Yabú, en el Norte. También ellos estaban formados militarmente, como los otros, en la playa, en la plaza y en la colina con sus estandartes ondeando a la ligera brisa y con sus lanzas brillando bajo el sol. Tres mil samurais, la élite del ejército de Yabú. Quinientos jinetes.

Omi no tenía miedo. Había hecho todo lo que se podía hacer y lo había comprobado todo personalmente. Si algo salía mal, sería simplemente *karma*. «Pero nada saldrá mal», pensó entusiasmado. Había gastado quinientos kokú en los preparativos, más de toda su renta anual antes de que Yabú aumentase su feudo. De momento, le había espantado esta cifra, pero Midori, su esposa, le había dicho que debían gastar con prodigalidad, que el coste era minúsculo, comparado con el honor que les hacía el señor Yabú.

—Y si viene el señor Toranaga —le había murmurado—, ¿quién sabe las grandes oportunidades que te esperan?

«Ella tiene razón», pensó Omi con orgullo.

Volvió a examinar la playa y la plaza de la aldea. Todo parecía perfecto. Su madre y Midori esperaban bajo el dosel que había sido preparado para recibir a Yabú y a su invitado Toranaga.

—Escucha, Mura-san —murmuró cautelosamente Uo, el pescador, que era uno de los cinco ancianos del pueblo arrodillados con Mura al frente de los demás—. Estoy asustado, ¿sabes? Si mease, mearía polvo.

—Entonces, no lo hagas, viejo amigo —dijo Mura reprimiendo una sonrisa.

Uo era un hombre de anchos hombros y fuerte complexión, de grandes manos y nariz rota, y tenía una expresión lastimera.

—No lo haré. Pero creo que voy a peerme.

Uo era famoso por su humor, su valor y la cantidad de ventosidades que era capaz de expulsar. El año anterior, a raíz de una competición de pedos con la vecina aldea del Norte, había quedado campeón de campeones para honra y gloria de Anjiro.

Mura contempló la falda del monte y la empalizada de bambú que rodeaba la fortaleza temporal que habían construido a toda velocidad y con grandes sudores. Trescientos hombres, cavando, transportando materiales y construyendo. La casa nueva había sido más fácil. Estaba en la loma, inmediatamente debajo de la casa de Omi y más pequeña que ésta, pero tenía un

tejado de azulejos, un jardín provisional y una casita de baño. «Supongo que Omi se trasladará a ella y ofrecerá la suya al señor Yabú», pensó Mura.

Mura se alegraba mucho de ser cristiano. Podía pedir la intercesión del Único Dios como medida adicional para la protección de su aldea. Se había hecho cristiano en su juventud porque su señor se había convertido y había ordenado inmediatamente a sus vasallos que abrazasen el cristianismo. Y cuando, hacía veinte años, su señor había muerto luchando en favor de Toranaga contra el Taiko, Mura había seguido siendo cristiano para honrar su memoria. «El buen soldado sólo sirve a un señor —pensó—, a un señor verdadero.»

Ninjín, un hombre de cara redonda y dientes de macho cabrío, se sentía particularmente agitado por la presencia de tantos samurais.

—Lo siento, Mura-san, pero lo que has hecho es peligroso, es terrible, *¿neh?* El pequeño terremoto de esta mañana ha sido una señal de los dioses, un mal presagio. Has cometido un terrible error, Mura-san.

—Lo hecho, hecho está, Ninjín. Olvídalo.

—¿Cómo puedo olvidarlo? Está en mi bodega, y…

—Una parte está en tu bodega. Yo tengo mucho en la mía —dijo Uo, que ya no sonreía.

—No hay nada en ninguna parte, amigos míos. Nada —dijo Mura, cautelosamente—. No hay absolutamente nada.

Por orden suya se habían sustraído, en los últimos días, treinta kokú de arroz de la comisaría de los samurais y los habían ocultado en diversos lugares de la aldea, junto con otras provisiones y equipos y… armas.

—Nada de armas —había protestado Uo—. El arroz, sí, pero no quiero armas.

—Pronto estallará la guerra.

—La ley prohíbe tener armas —había gemido Ninjín.

—Es una ley nueva, que apenas si tiene doce años —se había burlado Mura —. Antes, podíamos tener las armas que quisiéramos y ser lo que quisiéramos. Pero pronto volverá a ser todo como antes. Y nosotros volveremos a ser soldados.

—Entonces, esperemos —había suplicado Ninjín—. Por favor. Ahora, es contra la ley. Si la ley cambia, será *karma*. El Taiko dictó la ley: nada de armas. Ninguna. Bajo pena de muerte.

—¡Abrid los ojos de una vez! ¡El Taiko murió! Yo os digo que muy pronto Omi-san necesitará hombres adiestrados. Y la mayoría de nosotros hemos hecho

la guerra, *¿neh?* Hemos pescado y hemos guerreado, cada cosa a su tiempo, ¿no es cierto?

—Pero nos cogerán, tendrán que hacerlo —había lloriqueado Ninjín—. Y no tendrán piedad. Nos cocerán como cocieron al bárbaro.

—Escuchad, amigos —había dicho Mura—. Nunca volveremos a tener una oportunidad igual. Nos la ha enviado Dios. O los dioses. Debemos apoderarnos de todos los cuchillos, flechas, lanzas, espadas, mosquetes, escudos y arcos que se pongan al alcance de nuestras manos. Los samurais creerán que los han robado otros samurais, pues no se fían los unos de los otros. Debemos recuperar nuestro derecho a la guerra, *¿neh?* Mi padre murió en combate, y también mi abuelo y mi bisabuelo. ¿En cuántas batallas has estado tú, Ninjín? En docenas, *¿neh?* ¿Y tú, Uo? ¿En veinte? ¿En treinta?

—Más. ¿Acaso no serví al Taiko, maldita sea su memoria? No olvides, Ninjín, que Mura-san es jefe de la aldea. Y si el jefe de la aldea dice armas, hemos de tener armas.

Arrodillado bajo el sol, Mura estaba convencido de que había actuado correctamente. La nueva guerra no duraría eternamente y su mundo volvería a ser lo que siempre había sido.

—¡Mirad! —dijo Uo, señalando involuntariamente con el dedo.

Se hizo un súbito silencio. La galera estaba doblando la punta de tierra.

Fujiko estaba humildemente arrodillada delante de Toranaga, en el camarote principal utilizado por él durante el viaje. Estaban solos.

—Te lo ruego, señor —suplicó ella—. Aparta de mí esta sentencia.

—No es una sentencia. Es una orden.

—Te obedeceré, naturalmente. Pero no puedo hacer…

—¿No puedes? —dijo, furioso, Toranaga—. ¿Cómo te atreves a discutir? Te digo que tienes que ser consorte del piloto, ¿y tienes la impertinencia de discutirlo?

—Te pido disculpas, señor, con todo mi corazón —dijo Fujiko, atropelladamente—. No pretendo discutir. Sólo quiero decir que no puedo hacer esto en la forma que tú deseas. Te suplico que lo comprendas. Perdóname, señor, pero no es posible ser feliz… o simular que se es feliz —tocó la esterilla con la frente—. Humildemente te suplico que me permitas quitarme la vida.

—Ya te dije en otra ocasión que aborrezco las muertes inútiles. Tengo una

misión para ti.

—Por favor, señor, deseo morir. Te lo suplico humildemente. Deseo reunirme con mi esposo y con mi hijo.

La voz de Toranaga restalló, ahogando los ruidos de la galera.

—Ya te negué este honor. No lo mereces. Y sólo porque tu abuelo, el señor Hiro-matsu, es un viejo amigo mío, he escuchado pacientemente tus impertinencias. ¡Basta de tonterías, mujer! ¡Deja de portarte como un terco campesino!

—Te pido humildemente permiso para cortarme la cabellera y hacerme monja. Buda querrá…

—No. Te he dado una orden. ¡Obedece!

—¿Obedecer? —dijo ella, sin mirarlo, rígido el semblante. Y después, como hablando consigo misma—. Pensaba que me habías ordenado ir a Yedo.

—¡Te ordené que vinieras a este barco! Olvidas tu posición, olvidas tu herencia, olvidas tu deber. Estoy disgustado contigo. Vete y prepárate.

Pero ella no se movió.

—Tal vez sería mejor que te enviase con los *eta*. A una de sus casas. Tal vez allí recordarías tus buenos modales y tu deber.

Ella se estremeció. Pero murmuró, retadora:

—¡Al menos serían japoneses!

—Soy *tu señor*, y harás lo que te ordeno.

Fujiko vaciló. Después, se encogió de hombros.

—Señor, pido sinceramente perdón por haberte molestado, por destruir tu *wa*, tu armonía, y por mis malos modales. Tenías razón. Yo estaba equivocada.

Se levantó y se dirigió a la puerta del camarote, sin hacer el menor ruido.

—Si te concedo lo que deseas —dijo Toranaga—, ¿harás, en justa correspondencia, lo que yo quiero, y pondrás en ello todo tu corazón?

Ella se volvió, despacio.

—¿Puedo preguntarte por cuánto tiempo deberé ser consorte del bárbaro?

—Un año.

Ella se volvió y agarró el tirador de la puerta.

—Medio año —dijo Toranaga.

Fujiko se detuvo y se apoyó en la puerta, temblando.

—Sí. Gracias, señor. Gracias.

Toranaga se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. Ella la abrió y se inclinó al pasar él, y la cerró después. Entonces, unas lágrimas silenciosas

acudieron a sus ojos.

Era una samurai.

Toranaga subió a cubierta, muy satisfecho. Había conseguido lo que quería, sin grandes contratiempos. Era importante que la joven se convirtiese en la consorte del capitán, feliz al menos en apariencia, y seis meses serían más que suficientes.

Entonces vio a los samurais de Yabú apretujados alrededor de la bahía, y se desvaneció su impresión de bienestar.

—Bien venido a Izú, señor Toranaga —dijo Yabú—. Ordené que viniesen unos cuantos hombres para darte escolta.

—Muy bien.

—Todo se ha hecho según lo que hablamos en Osaka —dijo Yabú—. Pero, ¿por qué no te quedas unos días conmigo? Sería un honor para mí, y podría resultar muy provechoso.

—Nada me complacería más, pero debo llegar a Yedo lo antes posible, Yabú-san.

—Dos o tres días. Por favor. Unos pocos días sin preocupaciones sería buena cosa para ti, *¿neh?* Tu salud es importante para mí… y para todos tus aliados. Un poco de descanso, buena comida y algo de caza.

Toranaga buscaba desesperadamente una solución. Quedarse allí, con sólo cincuenta guardias, era absurdo. Estaría completamente en poder de Yabú y su situación sería peor que en Osaka. Al menos, Ishido era previsible y se regía por ciertas normas.

«En cambio, Yabú es traidor como un tiburón —se dijo— y no se puede bromear con los tiburones.»

¿Matarlo o desembarcar? He aquí el dilema.

—Eres muy amable —dijo—, pero debo ir a Yedo.

«Jamás hubiera creído que Yabú tuviese tiempo de reunir tantos hombres aquí», murmuró para sus adentros.

—Permíteme que insista, Toranaga-sama. La caza es muy rica en esta región. Y tengo halcones. Un poco de caza después del confinamiento en Osaka sería muy agradable, *¿neh?*

—Sí, me gustaría cazar hoy. Lástima que perdiese allí mis halcones.

—No los has perdido. Seguro que Hiro-matsu te los llevará a Yedo.

—Le ordené que los soltase en cuanto nosotros estuviésemos a salvo. Cuando hubieran llegado a Yedo, habrían olvidado mis enseñanzas y habrían adquirido malos hábitos. Es una de mis normas: utiliza sólo los halcones adiestrados por ti mismo y no permitas que tengan otro dueño. De este modo, sólo yo seré responsable de sus errores.

«Necesito a ese tiburón —pensó amargamente Toranaga—. Matarlo ahora sería prematuro.»

Dos cuerdas fueron lanzadas a tierra, atadas y aseguradas. Se tensaron y crujieron y la galera quedó atracada de costado. Bajaron la pasarela y Yabú se situó en la plataforma.

Inmediatamente, los numerosos samurais lanzaron al unísono su grito de combate *¡Kasigi! ¡Kasigi!,* y este rugido hizo que las gaviotas chillaran y levantasen el vuelo. Los samurais se inclinaron como un solo hombre.

Yabú correspondió a su saludo, se volvió a Toranaga y le invitó con un gesto cordial.

—Bajemos a tierra.

Toranaga contempló a los apretujados samurais y a los lugareños postrados en el polvo, y se preguntó:

«¿Será aquí donde he de morir por el sable, según predijo el astrólogo? La primera parte de su profecía se ha cumplido ya. Mi nombre está ahora escrito en los muros de Osaka.»

Pero alejó este pensamiento. En lo alto de la pasarela, gritó imperiosamente a sus cincuenta samurais, que ahora llevaban uniforme Pardo como él:

—¡Todos vosotros os quedaréis aquí! Tú, capitán, prepara la partida inmediata. Mariko-san, te quedarás tres días en Anjiro. Desembarca en seguida con Anjín-san y Fujiko-san y esperadme en la plaza.

Después se volvió hacia el muelle y, con gran sorpresa de Yabú, dijo, aumentando el volumen de su voz:

—Ahora, Yabú-san, pasaré revista a tus regimientos.

Y, sin perder momento, se adelantó a Yabú y empezó a bajar la pasarela con la natural y confiada arrogancia de un general curtido en el combate.

Un murmullo de asombro corrió por el muelle al reconocerlo los allí reunidos. Aquella revista era absolutamente inesperada. Su nombre pasó de boca en boca, y el fuerte murmullo y el pasmo producido por su presencia le llenaron de satisfacción. Sintió que Yabú le seguía, pero no se volvió.

—¡Ah, Igurashi-san! —dijo con una cordialidad que no sentía—. ¡Cuánto me

alegro de verte! Ven conmigo y revistaremos juntos a tus hombres.

—Sí, señor.

—Y tú debes ser Kasigi Omi-san. Tu padre es un viejo camarada de armas mío. Ven tú también.

—Sí, señor —respondió Omi—. Gracias, señor.

Toranaga marcó un paso vivo. Se había llevado a aquellos dos hombres para impedir que hablaran en privado con Yabú y convencido de que su vida dependía de que conservase la iniciativa.

—¿No luchaste con nosotros en Odawara, Igurashi-san? —preguntó, sabiendo que era allí donde el samurai había perdido un ojo.

—Sí, señor. Tuve este honor. Estuve con el señor Yabú y combatimos en el ala derecha del Taiko.

Habían llegado delante del primer regimiento. La voz de Toranaga se elevó.

—Sí. Vosotros y los hombres de Izú nos ayudasteis mucho. Tal vez si no hubiese sido por vosotros no habría ganado yo el Kwanto. ¿Eh, Yabú-sama? —añadió, deteniéndose de pronto y dando a Yabú, públicamente, aquel título honorífico.

El halago desconcertó a Yabú. Estaba convencido de que lo merecía, pero no lo había esperado de Toranaga.

—Tal vez, pero lo dudo. El Taiko ordenó el aniquilamiento del clan Beppu. Por consiguiente, fue aniquilado.

Esto había sido diez años antes, cuando sólo el poderosísimo y antiguo clan Beppu, que tenía por jefe a Beppu Genzaemón, se enfrentó con las fuerzas combinadas del general Nakamura —el futuro Taiko— y de Toranaga. Durante siglos, los Beppu habían poseído las Ocho Provincias, el Kwanto. Ciento cincuenta mil hombres habían puesto sitio a su castillo-ciudad de Odawara, que guardaba el paso que conducía, a través de las montañas, a las increíblemente ricas llanuras situadas más allá. El asedio había durado once meses. La nueva consorte de Nakamura, la patricia dama Ochiba, radiante de hermosura y que apenas tenía dieciocho años, había ido a reunirse con él en el campamento, llevando en brazos a su hijo, el primogénito en quien tenía Nakamura puesta toda su ilusión. Y dama Ochiba se había presentado acompañada de su hermana menor, Genjiko, a quien se proponía Nakamura dar en matrimonio a Toranaga.

—Señor —había dicho Toranaga—, ciertamente será un honor para mí estrechar los lazos entre nuestras casas, pero en vez de que dama Genjiko se case conmigo, como sugieres, permite que se case con Sudara, mi hijo y heredero.

Le había costado algunos días persuadir a Nakamura, pero éste había acabado por aceptar. Cuando se anunció la decisión a dama Ochiba, ésta había respondido al punto:

—Humildemente, señor, me opongo a este matrimonio.

Nakamura se había echado a reír.

—¡También yo! —había dicho—. Sudara sólo tiene diez años, y Genjiko, trece. Pero aún así están prometidos y se casarán cuando él cumpla quince años.

—Desde luego, señor —había dicho inmediatamente Toranaga.

—Bien. Pero, escucha. Primero, tú y Sudara juraréis eterna lealtad a mi hijo.

Y así lo habían hecho. Después, durante el décimo mes de asedio, había muerto aquel primer hijo de Nakamura a causa de las fiebres, de una intoxicación de la sangre o de un malévolo *kami*.

—¡Que todos los dioses maldigan a Odawara y a Toranaga! —había rugido Ochiba—. Toranaga tiene la culpa de que estemos aquí. Él ambiciona el Kwanto y tiene la culpa de que nuestro hijo haya muerto. Es tu verdadero enemigo. ¡Quiere que tú mueras y que yo muera! Mátalo, o ponlo al frente de los atacantes. ¡Que pague con su vida la vida de nuestro hijo! Pido venganza…

En consecuencia, Toranaga había dirigido el ataque. Había tomado el castillo de Odawara, minando las murallas y efectuando un ataque frontal. Después, el encolerizado Nakamura había arrasado la ciudad. Con la caída de ésta y la persecución de todos los Beppu, el imperio quedó sometido y Nakamura se convirtió en primer Kwampaku y después en Taiko. Pero muchos habían muerto en Odawara.

«Demasiados», pensó ahora Toranaga en la playa de Anjiro mientras observaba a Yabú.

—Es una lástima que el Taiko esté muerto, *¿neh?*

—Sí.

—Mi cuñado era un gran caudillo. Y también un gran maestro. Yo, como él, nunca olvido a un amigo. Ni a un enemigo.

—El señor Yaemón será pronto mayor de edad. Y tiene el espíritu del Taiko. Señor Toranaga…

Pero antes de que Yabú pudiese impedir la revista, Toranaga echó a andar de nuevo y él no tuvo más remedio que seguirle.

Toranaga recorrió las filas rezumando afabilidad, deteniéndose ante uno de los hombres aquí y allá, reconociendo a algunos, rebuscando caras y nombres en su memoria. Tenía la rara habilidad de ciertos generales que, al pasar revista a la

tropa, dan a cada uno la impresión momentánea de que se han fijado sólo en él o incluso de que han hablado sólo con él entre todos sus camaradas. Toranaga hacía lo que debía hacer, lo que había hecho mil veces: dominar a los hombres con su voluntad.

Cuando hubo pasado revista al último samurai, Yabú, Igurashi y Omi estaban exhaustos. No así Toranaga, el cual, también antes de que Yabú pudiese impedírselo, se situó rápidamente en un punto ventajoso, donde permaneció erguido y solo.

—¡Samurais de Izú, vasallos de mi amigo y aliado Kasigi Yabú-sama! —gritó con voz sonora—. ¡Me siento honrado al estar aquí! Es para mí un honor ver parte de las fuerzas de Izú, parte de las fuerzas de mi gran aliado. Escuchad, samurais. Negros nubarrones se ciernen sobre el Imperio y amenazan la paz del Taiko. ¡Que todos los samurais estén alerta! ¡Afilad vuestras armas! ¡Juntos defenderemos su voluntad! ¡Y triunfaremos! ¡Que los dioses aplasten sin piedad a todos los que desobedecen las órdenes del Taiko! —Después, levantó ambos brazos y lanzó su grito de guerra: *¡Kasigi!*, e increíblemente, se inclinó ante las legiones en una prolongada reverencia.

Todos lo miraron fijamente. Después, los regimientos gritaron una y otra vez: *¡Toranaga!* Y los samurais correspondieron a su saludo.

Incluso Yabú se inclinó, cediendo a la fuerza del momento.

Antes de que pudiese erguirse de nuevo, Toranaga reemprendió la marcha a paso rápido.

—Ve con él, Omi-san —ordenó Yabú, pues habría sido incorrecto correr él mismo detrás de él.

Cuando Omi se hubo marchado, Yabú dijo a Igurashi:

—¿Qué noticias hay de Yedo?

—Dama Yuriko, tu esposa, dijo que te informase de que se está realizando una tremenda movilización de todo Kwanto. Cree que Toranaga se está preparando para la guerra, para un súbito ataque, tal vez contra la propia Osaka.

—¿Qué hay de Ishido?

—Nada, antes de que saliésemos. Esto fue hace cinco días. No supe lo de la escapada de Toranaga hasta ayer, por una paloma mensajera enviada por tu dama desde Yedo. Su mensaje decía: «Toranaga consiguió escapar de Osaka con nuestro señor en una galera. Prepara su recibimiento en Anjiro.» Pensé que era mejor mantenerlo secreto, salvo para Omi-san, pero todos estamos preparados.

—¿Cómo?

—He ordenado unas «maniobras» de guerra en toda Izú. Dentro de tres días quedarán bloqueados todos los pasos y carreteras de Izú. En el Norte, hay una flota presuntamente pirata que puede abordar cualquier barco sin escolta, de día o de noche. Y aquí hay sitio para ti y para un invitado, por importante que sea.

—Bien. ¿Algo más? ¿Alguna otra noticia?

—Esta mañana ha llegado un mensaje cifrado de Osaka: «Toranaga ha dimitido del Consejo de Regencia.»

—¡Imposible! ¿Por qué había de dimitir?

—No lo sé. No lo entiendo. Pero debe de ser verdad, señor. Nunca nos ha fallado esta fuente de información.

—¿Dama Sazuko? —preguntó cautelosamente Yabú, nombrando a la consorte más joven de Toranaga, cuya doncella era espía suya.

Igurashi asintió con la cabeza.

—Sí. Pero no lo entiendo en absoluto. Ahora, los regentes lo acusarán, ¿no? Ordenarán su muerte.

—Tal vez Ishido le obligó a hacerlo. Pero, ¿cómo? No hubo ningún rumor al respecto. Y si lo ha hecho, está perdido. Debe de ser una noticia falsa.

Yabú bajó precipitadamente del montículo y vio que Toranaga cruzaba la plaza en dirección a Mariko y al bárbaro, cerca de los cuales estaba Fujiko. Mariko echó a andar al lado de Toranaga y los otros esperaron en la plaza. Entonces, Yabú vio que él entregaba a la joven un pequeño rollo de pergamino.

«¿Qué nuevo ardid está planeando Toranaga?», se preguntó.

Toranaga se detuvo en el muelle. No subió al barco buscando la protección de sus hombres. Sabía que el asunto tenía que resolverse en tierra. No podía escapar. Observó a Yabú y a Igurashi que se acercaban. La aparente impasibilidad de Yabú le dijo muchas cosas.

Yabú ordenó a los demás que se alejasen y los dos hombres se quedaron solos.

—He recibido noticias inquietantes de Osaka. ¿Has dimitido del Consejo de Regencia?

—Sí. He dimitido.

—Entonces, te has suicidado, has destruido tu casa, has destruido a todos tus vasallos, aliados y amigos. Has enterrado a Izú, y me has matado a mí.

—Desde luego, el Consejo de Regencia puede apoderarse de tu feudo y quitarte la vida si le place.

—¡Por todos los dioses vivos y muertos y por nacer! Disculpa mis malos

modales, pero tu… tu increíble actitud… ¡Oh! Perdona una vez más… En todo caso, será mejor que te quedes aquí, señor Toranaga.

—Preferiría marcharme en seguida.

—Aquí o en Yedo, ¿qué más da? La orden de los regentes llegará inmediatamente. Supongo que querrás hacerte el harakiri. Con dignidad. En paz. Será para mí un honor actuar de ayudante.

—Gracias. Sí, comprendo que quieras mi cabeza.

—La mía también está en peligro.

—Sí, Ishido no vacilará en pedirla. Pero primero se apoderará de Izú. ¡Oh, sí, Izú está perdida con él en el poder!

—No me atormentes. ¡Sé lo que va a ocurrir!

—No trato de atormentarte, amigo mío —dijo Toranaga disfrutando con la pérdida de dignidad de Yabú—. Sólo digo que, con Ishido en el poder, tú estás perdido e Izú está perdida, porque su pariente Ikawa Jikkyu ambiciona Izú, *¿neh?* Pero Ishido no tiene el poder, Yabú-san. Todavía no lo tiene.

Y le explicó, de amigo a amigo, por qué había dimitido.

—¡El Consejo, anulado! —dijo Yabú, sin poder creerlo.

—*No hay tal Consejo*. No lo habrá, hasta que sus miembros vuelvan a ser en número de cinco. —Toranaga sonrió—. Piénsalo, Yabú-san. Ahora soy más fuerte que nunca, *¿neh?* Ishido ha sido neutralizado y Jikkyu también. Ahora tienes todo el tiempo necesario para instruir a tus fusileros. Suruga y Totomi son tuyas. Y tuya es la cabeza de Jikkyu. Dentro de unos meses verás su cabeza y las de todos los suyos clavadas en una pica y podrás pasearte a caballo por tus nuevos dominios.

De pronto, dio media vuelta y gritó:

—¡Igurashi-san!

Quinientos hombres oyeron su voz de mando. Igurashi iba a acercarse corriendo, pero antes de que hubiera dado tres pasos, Toranaga le ordenó:

—Trae contigo una guardia de honor. ¡Cincuenta hombres! ¡En seguida!

No quería dar un momento de respiro a Yabú para que éste no advirtiera un punto terriblemente débil en su argumentación: que, si Ishido estaba ahora en un atasco y no tenía poder, la cabeza de Toranaga servida en bandeja de plata tendría un valor enorme para él y, por consiguiente, para Yabú. O, mejor aún. Si Toranaga era apresado como un vulgar delincuente y entregado en las puertas del castillo de Osaka, esto supondría para Yabú la inmortalidad y las llaves de Kwanto.

Mientras la guardia de honor formaba ante él, Toranaga dijo con voz fuerte:

—Para celebrar esta ocasión, Yabú-sama, ruego que te dignes aceptar esto como prueba de amistad.

Cogió su sable largo, lo sostuvo con ambas manos y se lo ofreció.

Yabú lo tomó como en sueños. Era de un valor incalculable, herencia de los Minowara y famoso en todo el país. Toranaga lo poseía hacía quince años. Se lo había regalado Nakamura en presencia de todos los daimíos importantes del Imperio, excepto Beppu Genzaemón, como pago parcial de un acuerdo secreto.

Esto había ocurrido poco después de la batalla de Nagakudé. Toranaga acababa de derrotar al general Nakamura, el futuro Taiko, cuando éste no era más que un advenedizo, sin mandato, ni poder, ni título formales, y cuando sus ambiciones de poder absoluto estaban aún en la balanza. En vez de reunir una fuerza abrumadora y sepultar a Toranaga, según su política acostumbrada, Nakamura había decidido mostrarse conciliador. Había ofrecido a Toranaga un tratado de amistad y de alianza, y, para cimentarlo, a su media hermana por esposa. Toranaga se había casado con ella con toda la pompa y la ceremonia a su alcance, y el mismo día había concluido un pacto secreto de amistad con el inmensamente poderoso clan de los Beppu, enemigos declarados de Nakamura, que en aquella época seguían imperando orgullosos en el Kwanto.

Entonces, Toranaga había esperado el inevitable ataque de Nakamura. Pero no se había producido. En vez de esto, y aunque pareciese imposible, Nakamura había enviado a su amada y venerada madre al campamento de Toranaga con el pretexto de visitar a su hijastra, la esposa de Toranaga, pero en realidad como rehén, y a cambio de ello había invitado a Toranaga a una importante reunión de todos los daimíos convocada en Osaka. Toranaga lo había pensado mucho, pero había acabado por aceptar la invitación, diciendo a su aliado Beppu Genzaemón que era imprudente que asistieran los dos. Después había movilizado secretamente a seis mil samurais contra una previsible traición de Nakamura y había dejado a su nueva esposa y a su madre a cargo de su hijo mayor, Noboru. Inmediatamente, Noboru había amontonado leña seca en el tejado de su residencia y les había dicho que le prendería fuego si algo le ocurría a su padre.

Toranaga sonrió al recordarlo. La noche antes de su prevista llegada a Osaka, Nakamura, desdeñando como siempre los convencionalismos, lo había visitado, solo y desarmado.

—Escucha —le había dicho—. Estoy a punto de ganar el reino. Pero para conseguir el poder total necesito que me respeten los antiguos clanes, los señores

feudales hereditarios, los actuales herederos de los Fujimoto, de los Takashima y de los Minowara.

—Tienes mi respeto. Siempre lo has tenido.

El hombrecillo de cara de mono se había reído de buena gana.

—Tú venciste limpiamente en Nagakudé. Eres el mejor general que he conocido, el mayor daimío del reino. Pero vamos a dejar de jugar entre nosotros. Quiero que mañana te inclines ante mí *como vasallo* en presencia de todos los daimíos. Si tú me rindes vasallaje, todos los demás se apresurarán a tocar el suelo con la frente y a mover el rabo. Y los pocos que no lo hagan… Bueno, que se anden con cuidado.

—Y te convertirás en señor de todo el Japón, *¿neh?*

—Sí. El primero en la Historia. Y gracias a ti. Confieso que tu ayuda me es imprescindible. Pero escucha, si haces esto por mí, tendrás el primer lugar detrás de mí. Todos los honores que desees. Todo. Habrá de sobras para los dos.

—¿De veras?

—Sí. Primero tendré el Japón. Después Corea. Después China. Dije a Goroda que quería esto, y lo tendré. Entonces podré darte el Japón… ¡una provincia de mi China!

—¿Y ahora, señor Nakamura? Ahora tengo que someterme, *¿neh?* Estoy en tu poder, *¿neh?* Tu poder es abrumador en relación con el mío… y los Beppu me amenazan por la espalda.

—Pronto les ajustaré las cuentas —había dicho el guerrero campesino—. Esa insolente carroña rehusó mi invitación a presentarse aquí mañana… Me devolvieron mi mensaje cubierto de palomina. ¿Quieres sus tierras? ¿Quieres todo el Kwanto?

—No quiero nada de ellos ni de nadie —había dicho él.

—Mentiroso —había dicho afablemente Nakamura—. Escucha, Tora-san: tengo casi cincuenta años, pero ninguna de mis mujeres me ha dado un hijo. Lo tengo todo, pero no tengo hijos y nunca los tendré. Es mi *karma*. Tú tienes cuatro hijos vivos y quién sabe cuántas hijas. Tú tienes cuarenta y tres años y puedes engendrar doce hijos más. Éste es tu *karma*. Y también eres Minowara, y esto es *karma*. ¿Y si yo adoptase a uno de tus hijos y lo nombrase mi heredero?

—¿Ahora?

—Pronto. Digamos dentro de tres años. Antes no me importaba tener un heredero, pero ahora las cosas han cambiado. Nuestro difunto señor Goroda

cometió la estupidez de dejarse asesinar. Ahora el país es mío, puede ser mío. ¿Qué dices?

—¿Formalizarías el acuerdo públicamente dentro de dos años?

—Sí. Dentro de dos años. Puedes confiar en mí, tenemos intereses comunes. Dentro de dos años públicamente. Y tú y yo decidiremos cuál de tus hijos debe ser el heredero. De este modo, lo compartiremos todo, ¿eh? Nuestra dinastía conjunta quedará implantada para el futuro y no habrá problemas, lo cual es bueno para mí y para ti. Los frutos serán copiosos. Primero, el Kwanto, ¿eh?

—Tal vez Beppu Genzaemón se someta si yo me someto.

—No puedo permitírselo, Tora-san. Tú ambicionas sus tierras.

—Yo no ambiciono nada.

Nakamura había lanzado una alegre carcajada.

—Ya. Pero deberías ambicionarlas. El Kwanto es digno de ti. Rodeado de montañas, es fácil de defender. Con el delta dominarás los más ricos arrozales del Imperio. Estarás de espaldas al mar y tendrás una renta de un millón de kokú. Pero no hagas de Kamakura tu capital. No, de Odawara.

—Kamakura ha sido siempre la capital del Kwanto.

—Pero no te la aconsejo como capital. Hay siete pasos que conducen a ella. Demasiados para una buena defensa. Y no está junto al mar. Sería más seguro ir más lejos. Necesitas un puerto de mar. Y una vez vi uno: Yedo, un pueblo de pescadores, pero que tú podrías convertir en una gran ciudad. Fácil de defender y perfecto para el comercio. Tú eres partidario del comercio. Yo también. Bueno, debes tener un puerto de mar. En cuanto a Odawara, vamos a arrasarla para que sirva de lección.

—Será muy difícil.

—Sí, pero también será una buena lección para todos los otros daimíos, *¿neh?*

—Tomar esta ciudad al asalto sería muy costoso.

De nuevo aquella risa.

—Lo sería para ti si no te unieras conmigo. Yo tendría que pasar por tus tierras actuales para llegar allí… ¿Sabes que estás en primera línea de los Beppu, que eres el peón de los Beppu? Juntos, podríais tenerme a raya un año o dos, incluso tres. Pero, en definitiva, pasaría. ¡Oh, sí! Entonces, ¿por qué perder el tiempo con ellos? Dalos a todos por muertos menos a tu yerno, si así lo quieres… ¡Ah! Sé que tienes una alianza con ellos, pero eso no vale un tazón de estiércol. Bueno, ¿qué contestas? Los frutos serán copiosos. Primero, el

Kwanto… que será tuyo. Después, tendré todo el Japón. Después Corea… Esto será fácil. Y después, China. Difícil, pero no imposible. Sé que un campesino no puede ser shogun, pero «nuestro» hijo lo será y podrá sentarse en el Trono del Dragón de China. Y si no él, su hijo. Y ahora, no hablemos más. ¿Qué contestas?

—Orinemos para cerrar el trato —había dicho Toranaga, que había ganado todo lo que quería y tenía planeado.

Y al día siguiente, ante la majestuosa y pasmada asamblea de los truculentos daimíos, había ofrecido humildemente su sable y sus tierras y su honor y su herencia al encumbrado campesino y señor de la guerra. Había suplicado que se le permitiese servir a Nakamura y a su estirpe para siempre. Y él, Yoshi Toranaga-Minowara, se había inclinado y había tocado el polvo con la frente. El futuro Taiko se había mostrado magnánimo, había tomado sus tierras y le había dado el Kwanto como feudo para cuando fuese conquistado, y había ordenado la guerra total contra los Beppu por sus insultos al Emperador. También había regalado a Toranaga el sable que había adquirido recientemente de una de las tesorerías imperiales. Este sable había sido confeccionado por el maestro armero Miyoshi-Go, hacía siglos, y había pertenecido antaño al más famoso guerrero de la Historia, Minowara Yoshimoto, primer shogun Minowara.

Toranaga recordó aquel día. Y recordó otros, cuando, unos años más tarde, dama Ochiba parió un hijo varón, y cuando, increíblemente, después de morir convenientemente el primer hijo del Taiko, había nacido el segundo, Yaemón, arruinando todo su plan. *Karma*.

Vio que Yabú sostenía, reverente, el sable de su antepasado.

—¿Es tan afilado como dicen? —preguntó Yabú.

—Sí.

—Me haces un gran honor. Guardaré tu obsequio como un tesoro —dijo Yabú, inclinándose, consciente de que, gracias a este obsequio, sería el primero en el país, después de Toranaga.

Toranaga le devolvió el saludo y, desarmado, se dirigió a la pasarela, pidiendo al cielo que la avaricia de Yabú lo mantuviera hechizado unos momentos más.

—¡Partamos! —ordenó al subir a bordo, y, volviéndose hacia la orilla, agitó la mano alegremente.

Alguien rompió el silencio y gritó su nombre, otros le hicieron coro. Y sonó un rumor general de aprobación, por el honor dispensado a su señor. Unas manos

complacientes empujaron la galera apartándola del muelle. Los remeros tiraron con fuerza de los remos y la embarcación emprendió su singladura.

Blackthorne anduvo tristemente hasta el malecón.

—¿Cuándo volverá, Mariko-san?

—No lo sé, Anjín-san.

—¿Cómo iremos a Yedo?

—Nos quedaremos aquí. Al menos, yo me quedaré tres días. Después partiré para Yedo.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás aquí.

—¿Por qué?

—Manifestaste interés por aprender nuestra lengua. Y además, tienes trabajo aquí.

—¿Qué trabajo?

—Lo siento, pero no lo sé. El señor Yabú te lo dirá. Mi señor me dejó como intérprete por tres días.

Blackthorne tuvo un mal pensamiento. Llevaba sus pistolas al cinto, pero no tenía más pólvora ni municiones, y tampoco cuchillos. Todo estaba en el camarote, a bordo de la galera.

—¿Por qué no me dijiste que nos quedábamos aquí? —preguntó—. Sólo dijiste que debíamos desembarcar.

—Yo no sabía que te quedarías —respondió ella—. El señor Toranaga me lo ha dicho hace un momento, en la plaza.

—¿Por qué no me lo ha dicho él mismo?

—No lo sé.

—Se suponía que yo iría a Yedo. Allí está mi tripulación. Allí está mi barco. ¿Qué ha sido de ellos?

—Sólo ha dicho que tenías que quedarte aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No me lo ha dicho, Anjín-san. Tal vez el señor Yabú lo sabe. Ten paciencia, por favor.

Blackthorne podía ver a Toranaga de pie en el alcázar mirando hacia tierra.

—Creo que él sabía que yo iba a quedarme aquí, ¿no?

Ella no le respondió. ¡Qué infantil era Anjín-san al expresar todo lo que

pensaba! ¡Y qué listo había sido Toranaga al librarse de aquella trampa!

Fujiko y las dos doncellas estaban cerca de ella, esperando pacientemente en la sombra con la madre y la esposa de Omi. La galera adquiría velocidad, pero estaba todavía al alcance de las flechas. Mariko, que observaba atentamente a Yabú, sabía que tendría que intervenir en cualquier momento.

—¿No es verdad? ¿No es verdad? —insistió Blackthorne.

—¿Qué? ¡Oh, lo siento! No lo sé, Anjín-san. Sólo puedo decirte que el señor Toranaga es muy inteligente, el hombre más inteligente —dijo sabiendo que Blackthorne no comprendía nada de lo ocurrido allí—. Ten paciencia, Anjín-san. No tienes nada que temer.

—No temo nada, Mariko-san. Pero estoy cansado de que me muevan sobre el tablero como un peón de ajedrez.

Entonces, ella vio que el rostro de Yabú se congestionaba.

—¡Las armas! —gritó Yabú—. ¡Los mosquetes están en la galera!

Mariko comprendió que había llegado el momento. Corrió hacia él en el momento en que se volvía para dar órdenes a Igurashi.

—Perdona, señor Yabú —le dijo—, pero no tienes que preocuparte por tus mosquetes. El señor Toranaga me dijo que te pidiera disculpas por su apresurada partida, pero que tiene cosas urgentes que hacer en Yedo en beneficio de los dos. Dijo que te devolverá la galera inmediatamente. Con las armas. Y con un suplemento de pólvora. Y también con los doscientos cincuenta hombres que le pediste. Estarán aquí dentro de cinco o seis días.

Después, cuando Yabú lo hubo comprendido bien, se sacó un rollo de pergamino de la manga.

—Mi señor te suplica que leas esto. Se refiere a Anjín-san.

Yabú tomó el rollo y miró a Anjín-san.

Blackthorne, que observaba desde una distancia de treinta pasos, sintió escalofríos bajo la penetrante mirada de Yabú. Oyó que Mariko le hablaba con su voz cantarina, pero esto no lo tranquilizó. Su mano se cerró disimuladamente sobre la culata de la pistola.

—¡Anjín-san! —le llamó Mariko—. ¡Ten la bondad de venir!

Al acercarse Blackthorne, Yabú levantó los ojos del pergamino y lo saludó con un amistoso movimiento de cabeza. Cuando hubo terminado la lectura, devolvió el documento a Mariko y dijo unas palabras, en parte a ella y en parte a él.

Mariko ofreció respetuosamente el documento a Blackthorne. Éste lo tomó y

examinó los incomprensibles caracteres.

—El señor Yabú dice que eres bienvenido a esta aldea. Este documento lleva el sello del señor Toranaga, Anjín-san. Consérvalo, pues te confiere un raro honor. El señor Toranaga te ha nombrado *hatamoto*. Es el título de un miembro especial de su servicio personal. Cuentas con su absoluta protección, Anjín-san. Más tarde te explicaré los privilegios, pero el señor Toranaga te ha señalado también un salario de veinte kokús al mes. Esto equivale…

Yabú la interrumpió y habló largamente. Mariko tradujo:

—El señor Yabú espera que te sentirás contento y dice que se hará todo lo posible para que encuentres cómoda tu estancia. Te proporcionarán una casa. Y maestros. Te pide que aprendas el japonés lo más rápidamente posible. Esta noche te hará algunas preguntas y te hablará de un trabajo especial.

—Por favor, pregúntale qué trabajo.

—Me permito aconsejarte un poco más de paciencia, Anjín-san. No es el momento oportuno, te lo digo de veras.

—Está bien.

—¿*Wakarimasu ka*, Anjín-san? —dijo Yabú.

—*Hai*, Yabú-san. *Domo*.

Yabú ordenó a Igurashi que despidiese al regimiento y se volvió a los aldeanos, que estaban aún postrados en la arena.

Permaneció plantado ante ellos, en la hermosa y tibia tarde de primavera, sosteniendo todavía el sable de Toranaga. Sus palabras restallaron sobre ellos. Señaló a Blackthorne con el sable y les arengó durante unos momentos más y terminó bruscamente.

—*¿Wakarimasu ka?* —preguntó entonces Mura a los lugareños, todos los cuales contestaron *hai*, mezclando sus voces con el susurro de las olas en la playa.

—¿Qué pasa? —preguntó Blackthorne a Mariko.

Pero Mura gritó *¡Keirei!*, y los lugareños volvieron a inclinarse profundamente, primero ante Yabú y después ante Blackthorne. Yabú se alejó sin mirar atrás.

—¿Qué pasa, Mariko-san?

—El…, el señor Yabú les ha dicho que tú eres un huésped distinguido. Que también eres un honorable servidor del señor Toranaga. Que estás aquí, principalmente, para aprender nuestra lengua. Que ha otorgado a la aldea el honor y la responsabilidad de enseñarte. La aldea es responsable, Anjín-san.

Todos están aquí para ayudarte. Les ha dicho que si dentro de seis meses no has aprendido satisfactoriamente, será incendiada la aldea, pero que antes hará crucificar a todos sus moradores, hombres, mujeres y niños.

CAPÍTULO XXXI

El día iba muriendo, las sombras se alargaban, el mar estaba rojo, y soplaba un vientecillo agradable.

Blackthorne subía por el sendero que conducía desde la aldea a la casa que Mariko le había indicado antes, diciéndole que sería la suya. Ella se había ofrecido a acompañarle, pero él la había rehusado dándole las gracias, pues deseaba estar solo para pensar.

Más arriba, dominando la vertiente opuesta, había otra gran mansión, en parte cubierta con tejas, cercada por una alta empalizada y con muchos guardias junto a la puerta fortificada.

Blackthorne se detuvo frente a la puerta de la valla de su casa. Había extraños caracteres pintados en el dintel, y la puerta propiamente dicha aparecía recortada en unos ingeniosos dibujos destinados a ocultar y dejar entrever, al mismo tiempo, el jardín que había detrás de ella.

Antes de que pudiese empujar la puerta, ésta se abrió hacia el interior, y un viejo, asustado, se inclinó profundamente:

—*Konbanwa*, Anjín-san (Buenas tardes) —dijo con voz temblorosa.

—*Konbanwa* —respondió él—. Escucha viejo…, *¿o namae ka?*

—*¿Namae watashi wa, Anjín-sama? Ah, watashi* Ueki-ya… Ueki-ya —dijo el viejo, con visible alivio.

Blackthorne repitió el nombre varias veces, para grabarlo en su memoria, y le añadió «san». Pero el viejo sacudió violentamente la cabeza.

—*Iyé, gomen nasai. Iyé* «san», Anjín-san. Ueki-ya. ¡Ueki-ya!

—Está bien, Ueki-ya —dijo Blackthorne, pero pensó: «¿Por qué no “san” como todo el mundo?»

Blackthorne lo despidió con un ademán, y el viejo se alejó rápidamente. Entonces, una doncella, recelosa, salió a la galería por un shoji abierto y le hizo una profunda reverencia.

—*Konbanwa*, Anjín-san.

—*Konbanwa* —respondió él, recordando vagamente haberla visto en el barco, y también la despidió.

Rumor de sedas. Fujiko salió de la casa. Mariko estaba con ella.

—¿Ha sido agradable tu paseo, Anjín-san?

—Sí, muy agradable, Mariko-san.

—¿Quieres tomar cha? ¿O saké? ¿Tal vez un baño? El agua está caliente. —Mariko rió nerviosamente, turbada por la mirada de él—. La casa de baño no está completamente terminada, pero espero que sea suficiente.

—Saké, por favor. Sí, un poco de saké ante todo, Mariko-san.

Mariko dijo unas palabras a Fujiko, y ésta se metió en la casa. Una doncella trajo tres cojines y se marchó. Mariko se sentó graciosamente en uno de ellos.

—Siéntate, Anjín-san. Debes estar cansado.

Él se sentó en los peldaños de la galería, sin quitarse las sandalias. Fujiko trajo dos frascos de saké y una taza grande, tal como le había dicho Mariko.

Blackthorne apuró la taza de vino caliente sin paladearlo. Después, otra. Y otra.

Ellas le habían observado cuando subía la cuesta, a través de la rendija de unos *shojis* entreabiertos.

—¿Qué le pasa? —había preguntado Fujiko, alarmada.

—Está desolado por lo que ha dicho el señor Yabú, por su amenaza a los del pueblo.

—¿Y esto le preocupa? Él no corre peligro. Su vida no está amenazada.

—Los bárbaros no son como nosotros, Fujiko-san. Por ejemplo, Anjín cree que los lugareños son personas como las demás, como los samurais, o tal vez mejores.

Fujiko había reído nerviosamente.

—Una tontería, *¿neh?* ¿Cómo pueden ser los campesinos iguales a los samurais?

Mariko no respondió, y siguió observando a Anjín-san.

—¡Pobre hombre! —exclamó.

—¡Pobre aldea! —dijo Fujiko, frunciendo desdeñosamente el breve labio superior—. Una estúpida destrucción de campesinos y pescadores. ¡Kasigi Yabú-san está loco! ¿Cómo puede un bárbaro aprender nuestra lengua en medio año? ¿Cuánto tardó el bárbaro Tsukku-san? Más de veinte años, *¿neh?*

—Sí, es difícil para ellos. Pero Anjín-san es un hombre inteligente, y el señor Toranaga dijo que, en medio año, podría ser como uno de nosotros, si estaba aislado de los bárbaros.

Fujiko había puesto cara hosca.

—Mírale, Mariko-san… ¡Qué feo es! Es monstruoso y extraño. Es curioso

pensar que, con lo mucho que detesto a los bárbaros, en cuanto él cruce esa puerta, se convertirá en mi amo y señor.

—Es valiente, Fujiko, muy valiente. Salvó la vida del señor Toranaga y es muy valioso para éste.

—Sí, lo sé, y esto debería hacer que me disgustase menos. Pero no puedo remediarlo. Sin embargo, trataré con todas mis fuerzas de hacer que se parezca a nosotros.

Mariko habría querido preguntar a su sobrina la causa de su súbito cambio. «Esta mañana te negaste a obedecer y juraste suicidarte sin permiso o matar al bárbaro mientras durmiese. ¿Qué te ha dicho el señor Toranaga para hacerte cambiar, Fujiko?»

Pero Mariko sabía que no debía preguntar. Toranaga no le había hecho ninguna confidencia al respecto. Y Fujiko no se lo diría. La muchacha había sido bien educada por su madre, la hermana de Buntaro, la cual había sido educada por su padre, Hiro-matsu.

«Me pregunto si el señor Hiro-matsu escapará del castillo de Osaka —se dijo, pues apreciaba mucho a su suegro, el viejo general—. ¿Y Kiri-san y dama Sazuko? ¿Dónde estará Buntaro, mi marido? ¿Le habrán capturado? ¿O habrá tenido tiempo de matarse?»

Mariko observó cómo Fujiko servía a Blackthorne el saké que quedaba. Él apuró la taza como las anteriores, inexpresivamente.

—*Dozo*. Saké —dijo Blackthorne.

Trajeron más, y lo despachó en seguida.

—*Dozo*. Saké.

Consumió otros dos frascos.

—Por favor, discúlpame con Anjín-san —dijo Fujiko—. Lo siento, pero no hay más saké en casa. He enviado a la doncella al pueblo, a buscar más.

—Bien. Ya ha bebido demasiado, aunque parece no haberle afectado en absoluto. ¿Por qué no nos dejas solos, Fujiko? Será un buen momento para hacerle tu ofrecimiento.

Fujiko se inclinó ante Blackthorne y se marchó, contenta de que la costumbre exigiese que los asuntos importantes fuesen tratados en privado por una tercera persona.

Mariko explicó a Blackthorne lo del vino.

—¿Cuánto tardarán en traer más?

—No mucho. Tal vez ahora te gustaría bañarte. Yo cuidaré de que te sirvan el

saké en cuanto llegue.

—¿Dijo Toranaga algo acerca de mi plan, antes de marcharse? ¿Dijo algo acerca de la flota?

—No. Lo siento, pero no me habló de esto. —Mariko le había estado observando, esperando advertir alguna señal de embriaguez. Mas, para sorpresa suya, no había descubierto ninguna. Con tal cantidad de vino, y consumido tan de prisa, cualquier japonés se habría emborrachado. ¿No es de tu gusto el vino, Anjín-san?

—En realidad, no. Demasiado flojo. No me produce efecto.

—¿Buscas… olvidar?

—No. Busco una solución.

—Haremos cuanto podamos por ayudarte.

—Necesito libros, papel y plumas.

—Mañana empezaré a buscarlos para ti.

—No. Esta noche, Mariko-san. Debo empezar ahora.

—El señor Toranaga dijo que te enviaría un libro… ¿Cómo lo llamaste? Creo que libros de gramática o de palabras, de los Santos Padres.

—¿Cuánto tardarán?

—No lo sé. Pero yo estaré aquí tres días. Tal vez esto te sirva de ayuda, y Fujiko-san también está aquí para ayudarte. —Sonrió, alegrándose por él—. Tengo el honor de comunicarte que te ha sido destinada como consorte y…

—*¿Qué?*

—El señor Toranaga le preguntó si quería ser tu consorte, y ella le contestó que sería un honor, y accedió. Ella…

—Pero yo no he accedido.

—¿Cómo? Lo siento, no comprendo.

—Que no la quiero. Ni como consorte, ni como acompañante. La encuentro fea.

Mariko se quedó boquiabierta.

—Pero, Anjín-san, ¡no puedes negarte! Sería un terrible insulto al señor Toranaga, a ella, a todos. ¿Te ha hecho algo malo? ¡Nada en absoluto! Usago Fujiko consien…

—¡Escucha! —Las palabras de Blackthorne restallaron en la galería y en la casa—. ¡Dile que se vaya!

—Perdona, Anjín-san —dijo inmediatamente Mariko—. Tienes motivos para enfadarte. Pero…

—No estoy enfadado —dijo Blackthorne, con voz helada—. ¿No puedes…, *no podéis* meteros en la cabeza que estoy harto de ser un muñeco? No quiero ver a esa mujer, quiero que me devuelvan mi barco y mi tripulación, ¡y se acabó! No quiero estar seis meses aquí, aborrezco vuestras costumbres. Es una maldición que un hombre pueda amenazar con arrasar todo un pueblo para que yo aprenda el japonés. En cuanto a las consortes, esto es peor que la esclavitud, y es un terrible insulto ofrecerme una sin consultarme.

«¿Qué le pasa ahora? —se preguntó Mariko, desalentada—. ¿Qué tiene que ver la fealdad con una consorte? Y, además, Fujiko no es fea. ¿Cómo puede ser tan incomprensivo?» Entonces recordó la admonición de Toranaga: «Mariko-san, te hago personalmente responsable, primero, de que Yabú-san no impida mi partida cuando le haya entregado mi sable, y segundo, de que Anjín-san se instale dócilmente en Anjiro.»

Desvió su mirada de Blackthorne y aguzó el ingenio.

—Estoy de acuerdo. Tienes toda la razón —dijo, en tono apaciguador—. Sí, el señor Toranaga habría tenido que preguntarte, pero él no conoce vuestras costumbres. Sólo trató de honrarte, como habría honrado a un samurai predilecto. La concesión de dama Usagi Fujiko como consorte sería considerada…, entre nosotros, como un gran honor.

—¿Por qué?

—Porque es de antiguo linaje y muy distinguida. Su padre y su abuelo son daimíos. Ella es samurai, y tú —añadió delicadamente Mariko— le harías un gran honor aceptándola. Además, necesita un hogar y una nueva vida.

—¿Por qué?

—Enviudó recientemente. Sólo tiene diecinueve años, Anjín-san. ¡Pobre niña! Ha perdido a su marido y a su hijo, y está llena de remordimientos. Ser tu consorte formal le daría una vida nueva.

—¿Qué les ocurrió a su marido y a su hijo?

—Fueron condenados a muerte, Anjín-san —dijo ella, después de una breve vacilación—. Mientras estés aquí, necesitarás alguien que cuide de tu casa. Dama Fujiko será…

—¿Por qué los condenaron a muerte?

—Su marido casi causó la muerte al señor Toranaga. Debes…

—¿Ordenó Toranaga que les mataran?

—Sí. Pero hizo bien. Pregúntale a ella, y te dirá que lo aprueba, Anjín-san.

—¿Qué edad tenía el hijo?

—Pocos meses, Anjín-san.

—¿Mandó Toranaga matar a un niño por algo que hizo su padre?

—Sí. Es nuestra costumbre. Según la ley, el padre es dueño de la vida de sus hijos, de su esposa, de sus consortes y de sus criados. Y, según la ley, el señor feudal es dueño de todo lo que él tiene. Es nuestra costumbre.

—Entonces, sois una nación de asesinos.

—No.

—Pero vuestra costumbre aprueba el asesinato. Creí que tú eras cristiana.

—Y lo soy, Anjín-san.

—¿Qué me dices de los Mandamientos?

—En realidad, no puedo explicarlo. Pero soy cristiana, y samurai y japonesa, y estas cosas no se contradicen. Al menos, para mí.

—Pido a Dios que te perdone. Que os perdone a todos.

—Dios comprende, Anjín-san. Y tal vez Él querrá abrir tu mente para que también comprendas. Lo siento, pero no puedo explicarme muy bien, *¿neh?* Te pido disculpas por mi incapacidad. —Le observó en silencio, turbada por su actitud—. Yo tampoco te comprendo, Anjín-san. Me desorientas. Por ejemplo, en el caso de dama Fujiko. Como consorte, cuidará de tu casa y de tus criados. Y de tus necesidades…, de todas tus necesidades. Debes tener alguien que lo haga. Si no te gusta, si no la encuentras agradable, no tienes necesidad de acostarte con ella. Ni siquiera tienes que ser cortés con ella, aunque merece que lo seas. Te servirá, cuando quieras y como quieras.

—¿Puedo acostarme o no acostarme con ella?

—Naturalmente. Si quieres, te buscará alguien que te guste, que satisfaga tus necesidades corporales, o no se entremeterá si lo prefieres.

—¿Puedo tratarla como a una criada, como a una esclava?

—Sí. Pero se merece algo mejor.

—¿Puedo echarla de casa?

—Si te ofende, sí.

—¿Y qué sería de ella?

—Normalmente, volvería, llena de oprobio, a la casa de sus padres, los cuales podrían aceptarla o repudiarla. Cualquiera como dama Fujiko preferiría matarse antes que pasar por esta vergüenza. Pero ella… Debes saber que los verdaderos samurais no pueden suicidarse sin permiso de su señor. Algunos lo hacen, desde luego, pero faltan a su deber y no merecen ser considerados samurais. Yo no me mataría, por mucha que fuese mi vergüenza, sin el permiso

del señor Toranaga o de mi marido. El señor Toranaga le prohibió a ella quitarse la vida. Si tú la echases de aquí, sería un despojo humano. Te suplico que consideres a Fujiko como una persona, Anjín-san. Te suplico que tengas caridad cristiana. Es una buena mujer. Perdónale su fealdad. Será una consorte valiosa.

—¿No tiene hogar?

—Sí, éste es su hogar. —Mariko recobró su aplomo—. Te pido que la aceptes formalmente. Puede ayudarte mucho, enseñarte, si quieres aprender. Si lo prefieres, piensa que no es nada, que es como este poste de madera, o como una pantalla, o como una piedra del jardín, pero deja que se quede. Y, si no la quieres como consorte, ten piedad de ella. Acéptala y, después, como jefe de la casa y de acuerdo con nuestra ley, mátala.

—Ésta es vuestra única respuesta, ¿no? ¡Matar!

—No, Anjín-san. Pero la vida y la muerte son la misma cosa. ¿Quién sabe? Tal vez si le quitases la vida, prestarías a Fujiko un gran servicio. Tienes derecho a hacerlo ante la ley. Es *tu* derecho. Y si prefieres convertirla en una piltrafa humana, estás también en tu derecho.

—Ya veo que estoy atrapado otra vez —dijo Blackthorne—. Según lo que haga, ella morirá. Si no aprendo tu lengua, todo un pueblo será ejecutado. Si no hago todo lo que vosotros queréis, siempre morirá algún inocente. No hay escapatoria.

—Hay una solución muy fácil, Anjín-san. Muere. No tienes por qué soportar lo insoportable.

—El suicidio es una locura… y un pecado mortal. Creí que eras cristiana.

—Ya te he dicho que lo soy. Pero tú, Anjín-san, tienes muchas maneras de morir con dignidad, sin suicidarte. Te burlaste de mi esposo porque no quiso morir luchando, *¿neh?* Ésta no es nuestra costumbre, pero, por lo visto, sí la vuestra. ¿Por qué no lo haces? Tienes una pistola. Mata al señor Yabú. Crees que es un monstruo, *¿neh?* Trata al menos de matarle, y hoy estarás en el cielo o en el infierno.

Él la miró, odiando sus serenas facciones, pero pensando que era adorable, a pesar de su odio.

Morir sin una razón es muestra de debilidad. Mejor dicho, una estupidez.

—Dices que eres cristiano. Por consiguiente, crees en Jesús niño, en Dios, en el cielo. La muerte no debería asustarte. En cuanto a la «sinrazón», debes juzgar lo que vale y lo que no vale. Debes tener razones suficientes para morir.

—Estoy en tu poder. Tú lo sabes. Y yo también.

Mariko se inclinó y le tocó, con ademán compasivo.

—Olvídate de la aldea, Anjín-san. Pueden ocurrir mil millones de cosas antes de que terminen los seis meses. Un maremoto o un terremoto, o que te devuelvan tu barco y te marches de aquí, o que Yabú muera, o que muramos todos, ¿quién sabe? Deja a Dios los problemas de Dios, y el *karma*, al *karma*. Hoy estás aquí, y nada de lo que hagas puede cambiar este hecho. Hoy estás vivo y te sonríe la fortuna. Contempla esa puesta de sol. Es hermosa, *¿neh?* Esta puesta de sol existe. El mañana no existe. Sólo hay el presente. Mira, por favor. Esta puesta de sol es bella, y nunca volverá a ser, nunca en toda la eternidad. Fúndete con ella, identifícate con la Naturaleza y no pienses en el *karma*, en el tuyo, en el mío o en el de la aldea.

Se sintió subyugado por su serenidad y por sus palabras. Miró hacia Poniente. Grandes manchas purpúreas y negras se extendían en el cielo.

Observó el sol hasta que hubo desaparecido.

—Ojalá fueses tú mi consorte —dijo.

—Yo pertenezco al señor Buntaro, y, hasta que él haya muerto, no puedo pensar ni decir lo que, en otro caso, pensaría o diría.

«*Karma* —pensó Blackthorne—. ¿Debo aceptar el *karma*? ¿El mío? ¿El de ella? ¿El de ellos? La noche es bella. Y también lo es ella, y pertenece a otro. ¿Cuál es la respuesta? La respuesta vendrá. Porque hay un Dios en el cielo, un Dios en alguna parte.»

Oyó pisadas. Varias antorchas se acercaban, subiendo la cuesta. Veinte samurais, con Omi a su cabeza.

—Lo siento, Anjín-san, pero Omi-san ordena que le entregues tus pistolas.

—¡Dile que se vaya al infierno!

—No puedo, Anjín-san. No me atrevo.

Blackthorne se llevó la mano a la culata de su pistola, mirando fijamente a Omi. Permanecía deliberadamente sentado en los peldaños de la galería. Diez samurais habían entrado en el jardín, detrás de Omi, y los otros esperaban junto al palanquín. En cuanto Omi hubo entrado sin previa invitación, Fujiko salió del interior de la casa y se plantó en la galería, pálido el semblante, detrás de Blackthorne.

—El señor Toranaga nunca me prohibió llevarlas, y he estado armado en su presencia y en la de Yabú-san.

—Sí, Anjín-san —dijo Mariko, nerviosamente—, pero debes comprender que Omi-san tiene razón. Según nuestra costumbre, no puedes ir armado en presencia de un daimío. No hay nada que te… nada que pueda preocuparte. Yabú-san es tu amigo. Eres su invitado.

—Dile a Omi-san que no entregaré mis pistolas. —Y, al ver que ella guardaba silencio, Blackthorne se enfureció y movió la cabeza—. *Iyé*, Omi-san. *¿Wakarimasu ka? ¡Iyé!*

La cara de Omi se crispó. Sonó una orden, y dos samurais avanzaron. Blackthorne sacó las pistolas. Los samurais se detuvieron. Ambas pistolas apuntaban a la cabeza de Omi.

—Por favor, Anjín-san —dijo Mariko—. Esto es muy peligroso. Debes ver al señor Yabú. No puedes ir con pistolas. Eres hatamoto, estás protegido, y, además, eres invitado del señor Yabú.

—Dile a Omi-san que si él o alguno de sus hombres se acercan a diez pies de mí, le saltaré la tapa de los sesos.

—¿Por qué no las dejas aquí, Anjín-san? No hay nada que temer. Nadie te tocará…

—¿Crees que estoy loco?

—Entonces, ¡dalas a Fujiko-san!

—¿Qué puede hacer ella? Se las quitarán, cualquiera se las quitará, y yo estaré indefenso.

La voz de Mariko se endureció.

—¿Por qué no escuchas, Anjín-san? Fujiko-san es tu consorte. Si tú le ordenas que guarde las pistolas, las defenderá con su vida. Es su deber. No volveré a decírtelo, pero Toda-noh-Usagi Fujiko es samurai.

Blackthorne tenía concentrada su atención en Omi y apenas la escuchaba. Sentía oprimido el pecho. Sabía que iban a atacarle y le enfurecía su propia estupidez. Pero hay momentos en que uno no puede aguantar más, saca una pistola o un cuchillo y se vierte sangre por un estúpido orgullo. La mayor parte de las veces, estúpido. «Pero si voy a morir, Omi morirá primero, ¡vive Dios!»

Se sentía muy fuerte, aunque un poco atolondrado. Entonces resonó en sus oídos lo que había dicho Mariko: «Fujiko es samurai, y es tu consorte.» Y su cerebro empezó a funcionar de nuevo.

—¡Un momento! Por favor, Mariko-san, dile esto a Fujiko-san. Textualmente: «Voy a entregarte mis pistolas. Tú las guardarás. Nadie, salvo yo, debe tocarlas.»

Mariko lo hizo así, y él oyó que Fujiko decía: *Hai*.

—Mariko-san, ten la bondad de decir a Omi-san que ahora iré con él. Siento que haya habido un mal entendido. Sí, lamento la confusión.

Dio un paso atrás y se volvió. Fujiko aceptó las pistolas, mientras gotas de sudor temblaban en su frente. Él se enfrentó con Omi, esperando no haberse equivocado.

—¿Nos vamos?

Omi habló a Fujiko y alargó la mano. Ella negó con la cabeza. Él dio una breve orden. Los dos samurais avanzaron hacia la joven. Inmediatamente, ésta introdujo una de las pistolas en su cinto y, levantando la otra con las dos manos, apuntó a Omi. El percutor se levantó ligeramente.

—*¡Ugoku na!* —exclamó—. *¡Dozo!*

Omi habló rápidamente, muy irritado, y ella le escuchó y le respondió en tono suave y cortés, sin dejar de apuntarle, y terminó diciendo:

—*Iyé, gomen nasai,* Omi-san (No. Lo siento, Omi-san).

Blackthorne esperó.

Un samurai se movió una fracción. El percutor se elevó peligrosamente, casi hasta la cima de su arco. Pero el brazo de ella permaneció firme.

—*¡Ugoku na!* —ordenó.

Nadie dudó de que apretaría el gatillo. Ni siquiera Blackthorne. Omi dijo algo, a ella y a sus hombres. Éstos retrocedieron. Ella bajó la pistola, pero teniéndola a punto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Blackthorne.

—Que informará a Yabú-san de este incidente.

—Bien. Dile que yo también lo haré. —Blackthorne se volvió—. *Domo*, Fujiko-san. —Y después—: Vamos, Mariko-san… *¡ikama-sho!* —Y echó a andar hacia la puerta de la verja.

—¡Anjín-san! —llamó Mariko.

—*¿Hai?*

Blackthorne se detuvo. Fujiko le hizo una reverencia y habló rápidamente con Mariko.

Ésta abrió mucho los ojos, después asintió con la cabeza, respondió y le habló a Omi, el cual asintió a su vez, visiblemente furioso, pero conteniéndose.

Fujiko gritó algo, y desde dentro de la casa le respondieron. Una doncella salió a la galería. Llevaba dos sables en las manos. Sables de samurai.

Fujiko los tomó, respetuosamente, y los ofreció a Blackthorne, inclinándose

y hablando dulcemente.

—Tu consorte —explicó Mariko— ha dicho, con razón, que un *hatamoto* está obligado a llevar los dos sables del samurai. Piensa que sería incorrecto que fueses a ver al señor Yabú sin llevarlos. Pregunta si te importa usar éstos, que no valen nada, hasta que puedas comprar los tuyos.

Blackthorne la miró fijamente.

—¿Quiere decir eso que soy samurai, que el señor Toranaga me ha hecho samurai?

—No lo sé, Anjín-san. Pero nunca hubo un *hatamoto* que no fuese samurai. Nunca. —Mariko se volvió y preguntó a Omi. Éste movió la cabeza, con impaciencia, y respondió—: Omi-san tampoco lo sabe. Pero un *hatamoto* goza del privilegio especial de llevar siempre sus sables, incluso en presencia del señor Toranaga. Y es un deber, porque forma parte de su guardia fiel y personal.

Blackthorne cogió el sable corto y lo introdujo en su cinto, y después el largo, tal como lo llevaba Omi. Armado, se sentía mejor.

—*Arigato goziemashita*, Fujiko-san —dijo, a media voz.

Ella bajó los ojos y respondió en voz baja. Mariko tradujo.

—Fujiko-san dice que, ya que debes aprender correcta y rápidamente nuestra lengua, señor, se permite observar humildemente que decir *domo* es más que suficiente para un hombre. *Arigato*, con o sin *goziemashita*, es una cortesía innecesaria, una expresión que sólo emplean las mujeres.

—*Hai. Domo. Wakarimasu*, Fujiko-san. —Blackthorne la miró francamente por primera vez, como si la conociese ahora. Vio el sudor de su frente y el brillo de sus manos, sus ojos sesgados, su cara cuadrada y sus dientes de hurón—. Por favor, dile a mi consorte que, en este caso, no considero que *arigato goziemashita* sea una cortesía innecesaria.

Yabú volvió a mirar los sables. Blackthorne estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre un cojín, delante de él, en lugar de honor, con Mariko a un lado e Igurashi al otro. Estaban en el salón principal de la fortaleza.

Omi acabó de hablar.

Yabú se encogió de hombros.

—Has hecho mal, sobrino. La consorte tenía el deber de proteger a Anjín-san y su propiedad. Y él tiene ahora derecho a llevar los sables. Pídele disculpas.

Omi se levantó inmediatamente, se arrodilló delante de Blackthorne y se

inclinó.

—Pido disculpas por mi error, Anjín-san.

Mariko le dijo que el bárbaro aceptaba las disculpas. Omi se inclinó de nuevo, volvió a su sitio y se sentó. Pero su calma era sólo aparente. Ahora le consumía una idea: matar a Yabú.

Había decidido hacer lo inconcebible: matar al señor feudal y jefe de su clan.

Pero su decisión no tenía nada que ver con esta humillación en público, aunque la injusticia de Yabú, que le había ordenado apoderarse de las pistolas, aumentaba más el odio que le obsesionaba. La razón principal era que, hoy, Yabú había insultado a su madre y a su esposa públicamente, en presencia de los lugareños, haciéndolas esperar durante horas bajo el sol, como unas campesinas, y después las había despedido lisa y llanamente, como a unas campesinas.

—No importa, hijo mío —le había dicho su madre—. Estaba en su derecho.

—Es nuestro señor feudal —había dicho Midori, su esposa, mientras lágrimas de vergüenza surcaban sus mejillas—. Por favor, perdónale.

—Y no os invitó a ninguna de las dos a saludar a él y a sus oficiales, en la fortaleza —había dicho Omi—. ¿Y la comida que habíais preparado? ¡Sólo los manjares y el saké costaron un kokú!

—Es nuestro deber, hijo mío. Debemos hacer cuanto quiera el señor Yabú.

—¿Y la orden acerca de mi padre?

—Todavía no es una orden. Es un rumor.

—El mensaje de mi padre decía que había oído decir que Yabú le ordenará que se afeite la cabeza y se haga monje, o bien que se raje el vientre. ¡La esposa de Yabú se jacta de ello en privado!

—Esto lo murmuró un espía a tu padre. Y los espías no son siempre de fiar. Lo siento, hijo mío, pero tu padre no es siempre prudente.

—¿Y qué harás tú, madre, si no es un rumor?

—Todo lo que ocurre es *karma*. Debes aceptar el *karma*.

—No, estos insultos son intolerables.

—Por favor, hijo mío, aguántalos.

—Di a Yabú la llave del barco, la llave de Anjín-san y de los nuevos bárbaros, y la manera de librarse de la trampa de Toranaga. Gracias a mí, se ha ganado un prestigio inmenso. Con el simbólico regalo del sable, ahora es el segundo de Toranaga en los ejércitos del Este. ¿Y qué recibo a cambio? Sucios insultos.

—Acepta tu *karma*.

—Te lo suplico, marido, escucha a tu señora madre.

—Mi *karma* es destruir a Yabú.

La anciana había suspirado.

—Muy bien. Tú eres varón. Tienes derecho a decidir. Lo que deba ser, será. Pero la muerte de Yabú no es nada por sí sola. Debemos trazar un plan. Su hijo debe ser también eliminado, lo mismo que Igurashi. Sobre todo Igurashi. Entonces, tu padre gobernará el clan, como es de justicia.

—¿Cómo lo haremos, madre?

—Tú y yo trazaremos un plan. Y ten paciencia, *¿neh?* Después lo consultaremos con tu padre. Y también tú, Midori, podrás dar tu opinión, pero procurando que no sea vana, *¿neh?*

—¿Y qué piensas del señor Toranaga? Dio su sable a Yabú.

—Creo que el señor Toranaga sólo quiere que Izú sea Estado *vasallo* fuerte. No un aliado. Él no quiere aliados, como tampoco los quería el Taiko. Nuestro clan prosperará como vasallo de Toranaga. *¡O como vasallo de Ishido!* Del que elijamos, *¿neh?*

Omi recordaba ahora el entusiasmo que había sentido una vez tomada la decisión final. Pero nada de ello se traslucía en su semblante, mientras unas doncellas, cuidadosamente encogidas e importadas de Mishima, para Yabú, servían el cha y el vino. Observó a Anjín-san, a Mariko y a Igurashi. Todos esperaban que Yabú empezase.

La estancia era grande y aireada, suficiente para que treinta oficiales pudiesen comer, beber y charlar en ella. Miró a través del shijo abierto. Había muchos centinelas en el patio. Había una caballeriza. La fortaleza estaba protegida por un foso. La empalizada había sido construida con bambúes gigantescos, fuertemente entrelazados. Grandes columnas centrales sostenían el tejado.

Por orden de Yabú, Omi había saqueado cuatro pueblos para obtener los materiales con los que construir esta casa y la otra, e Igurashi había traído muchos *tatamis* y esterillas de calidad y otras cosas que no podían adquirirse en el pueblo.

Omi estaba orgulloso de su trabajo. Un campamento para tres mil samuráis había sido preparado en la llana cima de la meseta que dominaba las carreteras conducentes a la aldea y el mar. Ahora, el pueblo estaba perfectamente guardado por tierra. En cuanto al mar, había múltiples maneras de avisar al señor feudal que quisiese escapar.

«Pero ahora no tengo señor. ¿A quién serviré? —se preguntaba Omi—. ¿A Ikawa Jikkyu? ¿O directamente a Toranaga? ¿Me daría Toranaga, a cambio, lo que deseo? ¿O a Ishido? Pero es muy difícil acercarse a Ishido, *¿neh?* Aunque podría decirle muchas cosas…»

Aquella tarde, Yabú había convocado a Igurashi, a Omi y a los cuatro capitanes principales, y había puesto en marcha su plan clandestino para el adiestramiento de los quinientos fusileros samurais. Igurashi sería el comandante, y Omi mandaría una de las centurias. Habían convenido la manera de incorporar a estas unidades los hombres de Toranaga, cuando llegasen, y de neutralizarlos si resultaban traidores.

Omi había sugerido que se formase otro cuadro, absolutamente secreto, de tres unidades de cien samurais cada una, el cual sería adiestrado disimuladamente al otro lado de la península, como reserva y como medida de precaución, contra cualquier maniobra traidora por parte de Toranaga.

—¿Quién mandará los hombres de Toranaga? ¿A quién enviará como lugarteniente? —había preguntado Igurashi.

—Lo mismo da —había dicho Yabú—. Yo designaré sus cinco ayudantes, con la misión de cortarle el cuello en caso necesario. La palabra clave para ordenar su muerte y la de todos los forasteros será «Ciruelo». Mañana, Igurashi-san, escogerás los hombres. Yo confirmaré el nombramiento de cada uno, y ninguno de ellos debe conocer, de momento, mi estrategia total del regimiento de fusileros.

Omi, al observar ahora a Yabú, saboreaba el recién descubierto éxtasis de la venganza. Matar a Yabú sería fácil, pero debía hacerse de la manera y en el momento oportunos.

Sólo entonces podrían su padre o su hermano mayor adquirir el dominio del clan y de Izú.

Yabú fue al grano:

—Mariko-san, sírvete decir a Anjín-san que quiero que mañana empiece a enseñar a mis hombres a disparar como los bárbaros, y que quiero saber todo lo relativo a la manera de guerrear de los bárbaros.

—Lo siento, Yabú-san —le recordó Mariko—, pero las armas no llegarán hasta dentro de unos seis días.

—Mis hombres tienen las suficientes para empezar —replicó Yabú—. Y quiero que empiece mañana.

Mariko habló a Blackthorne.

—¿Qué quiere saber sobre la guerra? —preguntó éste.

Ha dicho que todo.

—¿Qué, en particular?

Mariko preguntó a Yabú.

—Yabú-san dice si has luchado en algún combate en tierra.

—Sí. En los Países Bajos. Y una vez en Francia.

—Yabú-san dice: excelente. Quiere conocer la estrategia europea. Y quiere saber cómo se combate en vuestros países. Detalladamente.

Blackthorne pensó un momento. Después, dijo:

—Dile a Yabú-san que puedo adiestrar a cualquier número de hombres y que conozco perfectamente lo que él quiere saber.

Lo cierto era que también había aprendido mucho, gracias a fray Domingo, sobre la manera de luchar de los japoneses. «Escucha —le había dicho—, mis ovejas de esta cárcel han sido mis maestros en lo concerniente al arte bélico del Japón. Ahora sé cómo combaten sus ejércitos y cómo se les puede derrotar. Recuerda este secreto, por lo que más quieras: no pongas al servicio de la ferocidad japonesa las armas y los métodos modernos, si no quieres que nos destruyan en tierra.»

Blackthorne se encomendó a Dios y empezó:

—Dile al señor Yabú que puedo ayudarle muchísimo. A él y al señor Toranaga. Puedo hacer invencibles a sus ejércitos.

—El señor Yabú dice que, si tu información resulta útil, Anjín-san, aumentará el salario de doscientos cuarenta kokú que te ha asignado el señor Toranaga, a quinientos, cuando haya transcurrido un mes.

—Dale las gracias. Pero dile que, si hago esto por él, le pido a cambio un favor: que derogue su decreto sobre la aldea, y que me devuelva mi barco y mi tripulación dentro de cinco meses.

—No puedes regatear con él como un mercader, Anjín-san —dijo Mariko.

—Te lo ruego. Pídeselo humildemente, como un favor.

—Yabú-san dice que la aldea carece de importancia y no debe preocuparte. En cuanto al barco, está bajo el cuidado del señor Toranaga. Está seguro de que te lo devolverá pronto. Me ha dicho que lo pida al señor Toranaga en cuanto llegue a Yedo. Y lo haré, Anjín-san.

—Por favor, presenta mis disculpas al señor Yabú, pero debo insistir en que derogue el decreto. Esta noche.

—Ya ha dicho que no, Anjín-san. Sería una impertinencia.

—Sí, lo comprendo. Pero pídeselo de nuevo. Como un ruego.

—Dice que debes tener paciencia. Que no te preocupes de los aldeanos.

Blackthorne asintió con la cabeza y tomó una decisión.

—Por favor, da las gracias a Yabú-san, pero dile que no puedo vivir con la vergüenza de tener la aldea sobre mi conciencia. Me siento deshonrado. No puedo soportarlo. Va contra mis creencias cristianas. Tendré que suicidarme inmediatamente.

—¿Suicidarte?

—Sí, estoy resuelto.

—¿*Nan ja*, Mariko-san? —interrumpió Yabú.

Ella tradujo, tartamudeando, lo que había dicho Blackthorne. Yabú la interrogó y ella respondió. Después, Yabú dijo:

—Si no fuese por tu reacción, pensaría que es una broma, Mariko-san. ¿Por qué estás tan preocupada? ¿Crees que ha hablado en serio?

—No lo sé, señor. Parece… No lo sé…

—¿Qué piensas tú, Omi-san?

—El suicidio es contra la fe cristiana, señor. Nunca se suicidan como nosotros, como lo hace un samurai.

Yabú sorbió un poco de saké.

—Dile, Mariko-san, que el suicidio no es una costumbre bárbara. Es un acto contra su Dios cristiano. ¿Cómo puede suicidarse?

Mariko tradujo. Yabú observó atentamente mientras Blackthorne respondía:

—Anjín-san se disculpa con gran humildad, pero dice que, sea o no costumbre, lo quiera o no lo quiera Dios, esta vergüenza de la aldea le es insoportable. Dice que… que está en el Japón, que es *hatamoto* y que tiene derecho a vivir según nuestras leyes. —Sus manos temblaban—. Así lo ha dicho, Yabú-san. Derecho a vivir según nuestras costumbres…, según nuestra ley.

—Los bárbaros no tienen derechos.

—El señor Toranaga lo ha hecho hatamoto. Esto le da derechos, *¿neh?*

La brisa repicó sobre los *shojis*.

—¿Cómo se suicidaría? ¿Eh? Pregúntaselo.

Blackthorne desenvainó el sable corto y afilado, y lo dejó suavemente sobre el tatami, con la punta hacia él.

—¡Es una fanfarronada! —exclamó simplemente Igurashi—. ¿Cuándo se ha visto a un bárbaro actuar como una persona civilizada?

Yabú frunció el ceño.

—Es un hombre valiente, Igurashi-san. Y extraño. Pero, ¿eso…? —Yabú deseaba contemplar el acto, presenciar la acción del bárbaro, ver cómo iba a la muerte, experimentar con él el éxtasis de la partida. Pero, haciendo un esfuerzo, frenó el impulso de su propio placer—. ¿Qué aconsejas, Omi-san? —preguntó, con voz ronca.

—Tú, señor, dijiste al pueblo: «Si Anjín-san no aprende *satisfactoriamente*…» Yo te aconsejo que hagas una ligera concesión. Dile que lo que aprenda dentro de cinco meses será «satisfactorio», pero que, a cambio, debe jurar por su Dios que no revelará esto al pueblo.

—Pero él no es cristiano. ¿De qué valdrá este juramento?

—Yo creo que es una especie de cristiano, señor. Es enemigo de las Sotanas, y esto es importante. Creo que se sentirá obligado por un juramento por su Dios. Y también jurará, en nombre de Dios, que pondrá toda su inteligencia en aprender y en serviros. Como es listo, habrá aprendido mucho dentro de cinco meses. De este modo, tu honor quedará a salvo, y también el suyo, si es que lo tiene. No pierdes nada, y lo ganas todo. Además, y esto es importante, te será leal por su libre voluntad.

—¿Crees que se mataría?

—Sí.

—¿Y tú, Mariko-san?

—No lo sé, Yabú-san. Lo siento, pero no puedo aconsejarte. Hace unas horas, habría dicho que no, que no se suicidaría. Ahora, no lo sé. Es…, desde que Omi-san vino a buscarlo esta noche…, es… diferente.

—¿Igurashi-san?

—Si cedes ahora, y es una baladronada, empleará este truco continuamente. Es astuto como un *kami-zorro*, todos lo hemos visto, *¿neh?* Algún día tendrás que decir «no». Yo te aconsejo que lo digas ahora.

Omi se inclinó hacia delante y movió la cabeza.

—Discúlpame, señor, pero debo repetir que, si dices que no, te expones a una gran pérdida. Si es una baladronada, y puede que lo sea, se sentirá lleno de odio por esta nueva humillación, pues no hay que olvidar que es orgulloso, y no te ayudará hasta el límite de sus posibilidades, que es lo que te interesa.

—Ha pedido algo que, como hatamoto, tiene derecho a pedir, y dice que quiere vivir según nuestras costumbres, por su libre voluntad. ¿No es esto un enorme paso adelante, señor? Es maravilloso para ti y para él. Te aconsejo prudencia. Utilízalo para tu bien.

—Es lo que pretendo —dijo Yabú, con voz ronca.

—Es valioso, sí —dijo Igurashi—, y necesitamos sus conocimientos. Pero hay que dominarlo, tú mismo lo has dicho muchas veces, Omi-san. Es bárbaro. ¡Oh! Ya sé que hoy es *hatamoto* y que puede llevar dos sables desde ahora. Pero esto no hace de él un samurai. No es samurai, y nunca lo será.

Blackthorne, ensimismado, miraba a lo lejos. Pero había gotas de sudor sobre su frente. «¿Son de miedo? —pensó Yabú—. ¿Miedo de que se descubra su fanfarronada?»

—Mariko-san.

—¿Sí, señor?

—Dile… —Yabú sintió de pronto la boca seca y un dolor en el pecho—. Dile a Anjín-san que el decreto sigue en pie.

—Perdonadme, señor, pero os pido encarecidamente que escuchéis el consejo de Omi-san.

Yabú no la miró. Miraba sólo a Blackthorne. Latía una vena de su frente.

—Anjín-san dice que está resuelto. Sea. Veamos si es bárbaro… o hatamoto.

La voz de Mariko se hizo casi imperceptible.

—Anjín-san, Yabú-san dice que el decreto sigue en pie. Lo siento.

Blackthorne oyó las palabras, pero no le turbaron. Mientras esperaba, no les había escuchado ni observado. Había adquirido un compromiso. El resto estaba en manos de Dios. Se había encerrado dentro de su propia cabeza y oído una y otra vez las mismas palabras, las palabras que le habían dado la clave de la vida aquí, las palabras que seguramente le había enviado Dios, por medio de Mariko: «Hay una solución muy fácil: morir. Para sobrevivir aquí, tendrías que vivir según nuestras costumbres…»

«Así, pues, tengo que morir.

»Debería estar espantado, pero no lo estoy.

»¿Por qué?

»No lo sé. Sólo sé que, desde el momento en que decidí que la única manera de vivir aquí como un hombre era seguir sus costumbres, desafiar a la muerte, morir —tal vez morir—, se extinguió de pronto mi miedo a la muerte. “La vida y la muerte son la misma cosa… Deja el *karma* al *karma*.”

»No tengo miedo a morir.

»Mi vida ha sido buena» —pensó.

—*Wakarimasu* —dijo claramente, mirando a Yabú.

Nadie se movió.

Observó cómo su mano derecha agarraba el cuchillo. Después, la izquierda se cerró también sobre la empuñadura, y la hoja apuntó sin temblar a su corazón. Ahora sólo oía el sonido de su vida, que crecía y crecía, y se hacía más y más fuerte, hasta que no pudo seguir escuchando. Su alma clamó por el eterno silencio.

Este clamor desató sus reflejos. Sus manos empujaron el cuchillo en dirección al blanco.

Omi estaba preparado para detenerlo, pero no había esperado un impulso tan súbito y tan feroz por parte de Blackthorne, y, al agarrar el puño con la diestra y la hoja con la izquierda, sintió un dolor agudo y brotó sangre de su mano. Puso toda su fuerza en contrarrestar la de Blackthorne. Entonces, Igurashi lo ayudó. Juntos pararon el golpe. Le arrancaron el cuchillo. Una gota de sangre brotó de la piel, sobre el corazón de Blackthorne, en el sitio donde había empezado a penetrar la punta del arma.

Mariko y Yabú no se habían movido.

—Dile —dijo Yabú— que lo que aprenda será suficiente, Mariko-san. Ordénale…, no, pídele a Anjín-san que jure según dijo Omi. Todo tal como dijo Omi.

Blackthorne volvió despacio de la muerte. Los miró a ellos y al cuchillo desde una distancia enorme, sin comprender. Volvió a fluir su torrente vital, pero él no captó su significación, porque se creía muerto.

—¡Anjín-san! ¡Anjín-san!

Vio que los labios de ella se movían y oyó sus palabras.

«Estoy vivo —se dijo, maravillado—. No estoy muerto. ¡Estoy vivo!»

Los otros permanecían sentados en silencio, esperando pacientemente, honrando su bravura. Nadie había visto en el Japón lo que ellos acababan de ver.

Un servidor trajo una venda y vendó con ella la mano de Omi, cortando la hemorragia del profundo corte. Todo estaba callado. De vez en cuando, Mariko pronunciaba su nombre en voz queda, mientras los otros sorbían cha o saké.

Para Blackthorne aquella «no vida» parecía prolongarse eternamente. Pero, de pronto, sus ojos vieron y sus oídos oyeron.

—¿Anjín-san?

—*Hai*.

Mariko repitió lo que Omi había dicho, como si procediese de Yabú. Tuvo

que repetirlo varias veces para asegurarse de que él lo comprendía claramente.

Blackthorne reunió sus últimas fuerzas, gozando las mieles de la victoria.

—Mi palabra es bastante, como es bastante la suya. Sin embargo, juraré por mi Dios como él desea. Sí. Y Yabú-san jurará igualmente por su dios cumplir su parte del trato.

—El señor Yabú dice que sí, que lo jura por el señor Buda.

Por consiguiente, Blackthorne juró como quería Yabú. Aceptó un poco de cha. Nunca le había sabido tan bien. La taza parecía muy pesada y no pudo sostenerla mucho rato.

—¿Por qué no descansas ahora, Anjín-san? El señor Yabú te da las gracias y dice que seguirá hablando contigo mañana. Ahora debes descansar.

—Sí, gracias. Me sentará bien.

—¿Crees que puedes ponerte en pie?

—Sí. Creo que sí.

—Yabú-san pregunta si deseas un palanquín.

Blackthorne lo pensó. Por fin, decidió que un samurai tenía que andar…, que tratar de andar.

—No, gracias —dijo, aunque le habría gustado tumbarse, dejarse llevar, cerrar los ojos y dormirse inmediatamente.

Lentamente, cogió el cuchillo y lo observó. Después, lo introdujo en la vaina, y tardó en ello mucho tiempo.

—Siento ser tan lento —murmuró.

—No debes sentirlo, Anjín-san. Hoy has vuelto a nacer. Ésta es otra vida, una vida nueva —dijo Mariko, llena de orgullo por él—. Son pocos los que pueden volver. No lo lamentes. Sabemos que esto requiere gran fortaleza. ¿Puedo ayudarte?

—No. No, gracias.

Pero no pudo levantarse en seguida. Tuvo que emplear las manos para ponerse de rodillas y, después, tuvo que hacer una pausa para recobrar fuerzas. Por último, se irguió y se tambaleó, pero no llegó a caerse.

Yabú hizo una reverencia. Y Mariko y Omi e Igurashi.

Blackthorne dio los primeros pasos como un borracho. Se agarró a una columna y se sostuvo un momento. Después, reanudó la marcha. Se tambaleaba, pero caminaba, solo. Apoyaba una mano en la empuñadura del sable largo y llevaba erguida la cabeza.

Yabú respiró hondo y bebió un largo trago de saké. Cuando pudo hablar, dijo

a Mariko:

—Síguelo, por favor. Cuida de que llegue sano y salvo a casa.

Cuando ella hubo salido, Yabú se volvió a Igurashi.

—¡Eres un tonto repugnante!

Inmediatamente, Igurashi tocó la estera con la frente.

—Era una baladronada, *¿neh?* Tu estupidez ha estado a punto de costarme un tesoro inapreciable.

—Sí, señor, tienes razón, señor. Te pido permiso para quitarme la vida inmediatamente.

—¡Sería demasiado bueno para ti! ¡Vete, y vive en la caballeriza hasta que te envíe a buscar! Duerme con los estúpidos caballos.

—Sí, señor. Te pido disculpas, señor.

—¡Lárgate! Omi-san mandará los fusileros. ¡Vete!

Las velas oscilaron y chisporrotearon. Una de las doncellas dejó caer una diminuta gota de saké sobre la mesita barnizada, y Yabú la maldijo furiosamente. Las otras se excusaron al punto. Él se dejó apaciguar y aceptó más vino.

—¿Una baladronada? Así lo dijo. ¡Estúpido! ¿Por qué estoy siempre rodeado de tontos?

Omi no dijo nada, pero rió para sus adentros.

—Pero tú no eres tonto, Omi-san. Tu consejo es valioso. Tu feudo queda doblado desde hoy. Seis mil kokú. A partir del año próximo, toma treinta *ri* alrededor de Anjiro como feudo.

Omi se inclinó sobre la estera. «Yabú merece morir, pensó, burlón, por lo fácil que es de manejar.»

—No merezco nada, señor. Sólo cumplí mi deber.

—Sí. Pero el señor feudal debe recompensar la fidelidad y el cumplimiento del deber. Suzu —dijo a una de las doncellas—. Di a Zukimoto que venga.

—¿Cuándo empezará la guerra? —preguntó Omi.

—Este año. Tal vez tarde seis meses, tal vez no. ¿Por qué?

—Tal vez dama Mariko debería quedarse más de tres días. Para protegerte.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Ella es la boca de Anjín-san. Éste, con su ayuda, puede adiestrar en medio mes a veinte hombres, los cuales podrán adiestrar a cien, y estos cien, a todos los demás. Después, poco importa que viva o que muera.

—¿Por qué habría de morir?

—Puede repetirse el desafío y ser diferente el resultado. Y, cuando tengas la

información que deseas, ¿de qué te servirá?

—De nada.

—Necesitas aprender la estrategia de guerra de los bárbaros, pero has de hacerlo rápidamente. El señor Toranaga puede enviarlo a buscar, por consiguiente, debes tener a la mujer aquí el mayor tiempo posible. Medio mes debería bastar para sacarle todo lo que sabe. Aunque tendrás que hacer pruebas y adaptar sus métodos a nuestro estilo.

—¿Y Toranaga-san?

—Estará de acuerdo, si lo planteamos correctamente, señor. Tiene que estarlo. Las armas son tan suyas como tuyas. Y la presencia de Mariko aquí es también valiosa en otros sentidos.

—Sí —dijo Yabú, con satisfacción, pues la idea de tenerla como rehén se le había ocurrido ya en el barco, cuando planeaba ofrecer a Ishido el sacrificio de Toranaga—. Ciertamente, hay que proteger a Toda Mariko, para que no caiga en malas manos.

—Sí. Y tal vez podría ser el medio de dominar a Hiro-matsu, a Buntaro y a todo su clan. Incluso a Toranaga.

—Redacta el mensaje acerca de ella.

—Mi madre tuvo hoy noticias de Yedo, señor —dijo Omi, como sin darle importancia—. Me pidió que te dijese que dama Genjiko ha dado el primer nieto a Toranaga.

Yabú se puso inmediatamente alerta. ¡El nieto de Toranaga! Podría dominar a Toranaga, *¿neh?* ¿Cómo podría tomarlo como rehén?

—¿Y dama Ochiba? —preguntó.

Salió de Yedo con todo su séquito. Hace tres días. Pero ahora está a salvo en territorio del señor Ishido.

Yabú pensó en Ochiba y en su hermana Genjiko. ¡Qué diferentes eran la una de la otra! Ochiba, llena de vida, hermosa, astuta, incansable, la mujer más deseable del Imperio, y madre del Heredero. Genjiko, su hermana menor, callada, reflexiva, de rostro vulgar, dotada de una crueldad que se había hecho legendaria y que había heredado de su madre, una de las hermanas de Goroda. Las dos hermanas se querían, pero Ochiba odiaba a Toranaga y a los suyos, como Genjiko detestaba al Taiko y a su hijo Yaemón. Yabú se preguntó si el hijo de Ochiba sería realmente hijo del Taiko. ¡Cuánto daría por saber la respuesta! ¡Cuánto daría por poseer a esa mujer!

La doncella Suzu llamó discretamente y abrió la puerta. Zukimoto entró en la

estancia.

—¿Señor?

—¿Dónde están todos los regalos que mandé traer de Mishima para Omi-san?

—Están todos en el almacén, señor. Aquí está la lista. Los dos caballos pueden escogerse en la caballeriza. ¿Quieres que lo haga ahora?

—No. Omi-san los escogerá mañana.

Yabú repasó la lista, cuidadosamente escrita: «Veinte quimonos (de segunda calidad), dos sables, una armadura (reparada, pero en buenas condiciones), dos caballos, armas (de la mejor calidad) para cien samurais. Valor total: cuatrocientos veintiséis kokús. Además, el pedrusco llamado "La Piedra Expectante". Valor: inestimable.»

Yabú pensó en aquella piedra, en los lejanos días pasados con su venerado señor, el Taiko, y, por último, en la Noche de los Gritos. Le invadió la melancolía. La vida es triste y cruel, pensó. Miró a Suzu. La doncella sonrió a su vez, vacilante, esbelta y delicadísima como las otras dos. Las tres habían sido traídas en palanquín de su casa de Mishima. Esta noche iban descalzas, vestían quimonos de la mejor seda y su piel parecía muy blanca. Yabú advirtió la presencia de Zukimoto.

—¿A qué esperas? ¿Eh? ¡Lárgate!

—Sí, señor. Pero me dijiste que te recordase lo de los impuestos, señor —y se marchó apresuradamente.

—Doblarás inmediatamente todos los impuestos, Omi-san —dijo Yabú.

—Sí, señor.

—¡Cerdos campesinos! No trabajan como debieran. ¡Son todos ellos unos perezosos! ¡Ya es hora de que asuman sus responsabilidades!

Después, Yabú volvió al tema que lo obsesionaba:

—Anjín-san me asombró esta noche. ¿A ti no?

—¡Oh, sí, señor! Más que a ti. Pero estuviste acertado al ponerlo en un compromiso.

—¿Quieres decir que Igurashi tenía razón?

—Simplemente admiro tu sabiduría, señor. Alguna vez tenías que decirle «no». Creo que hiciste bien en decírselo esta noche.

—Pensé que se mataría. Sí. Me alegro de que estuvieses a punto para impedirlo. Había pensado que lo estarías. Anjín-san es un hombre extraordinario, por ser bárbaro, *¿neh?* Lástima que sea tan ingenuo.

Yabú bostezó. Aceptó el saké que le ofrecía Suzu.

—¿Has dicho medio mes? Mariko-san estará aquí durante este tiempo, Omi-san. Después decidiré lo que hay que hacer con ella, y con él. Pronto tendremos que darle otra lección. —Se echó a reír, mostrando sus mellados dientes—. Si Anjín-san nos enseña cosas, ¿por qué no hemos de enseñárselas nosotros? Habría que enseñarle a hacerse correctamente el harakiri. Sería digno de verse, *¿neh?* ¡Cuida de ello! Sí, creo que los días del bárbaro están contados.

CAPÍTULO XXXII

Doce días más tarde llegó el correo de Osaka, acompañado de una escolta de diez samurais. En las puntas de las lanzas ondeaba la enseña del omnipotente Consejo de Regencia.

El correo era un samurai enjuto y musculoso, de alto rango, uno de los primeros lugartenientes de Ishido. Se llamaba Nebara Jozen y tenía fama por su crueldad. Su quimono gris estaba hecho trizas y manchado de barro.

—Disculpa mi aspecto, Yabú-san, pero me trae un asunto urgente —dijo—. Mi señor pregunta primero: ¿por qué adiestras a soldados de Toranaga junto con los tuyos? Segundo: ¿por qué hacen la instrucción con tantos mosquetes?

Yabú enrojeció por la rudeza del otro, y, al mismo tiempo, se sintió trastornado al comprobar que se había producido una filtración en su sistema de segundad.

—Sé bien venido, Jozen-san. Puedes asegurar a tu señor que sus intereses son lo que más pesa en mi corazón —dijo, con una cortesía que no engañó a nadie.

Estaban en la galería de la fortaleza. Omi estaba sentado junto a Yabú. Igurashi, que había sido perdonado hacía unos días, se hallaba más cerca de Jozen, y había varios guardias particulares a su alrededor.

—¿Qué más dice tu señor?

—Mi señor se alegrará de tu interés por él. Y ahora, volviendo a las armas y a la instrucción, mi señor quisiera saber por qué Naga, el hijo de Toranaga, es el segundo en el mando. Segundo en el mando, ¿de qué? ¿Y por qué es el bárbaro quien, según parece, dirige la instrucción? La instrucción, ¿para qué? Sí, Yabú-sama, esto es también muy interesante. —Jozen movió sus sables, para estar más cómodo, alegrándose de tener protegida la espalda por sus hombres—. Otra cosa: El Consejo de Regencia se reunirá el primer día de la luna nueva. Dentro de veinte días. Se te invita oficialmente a ir a Osaka, para renovar tu juramento de fidelidad.

A Yabú le dio un vuelco el estómago.

»Tengo entendido que el señor Toranaga dimitió.

—Sí, Yabú-san, es cierto. Pero el señor Ito Teruzumi ocupará su sitio. Mi señor será el nuevo Presidente del Consejo.

Yabú sintió pánico. Toranaga había dicho que los cuatro regentes no se pondrían de acuerdo para designar el quinto. Ito Teruzumi era un pequeño daimío de la provincia de Negato, en Honshu occidental, pero su familia era antigua y descendía de la estirpe Fujimoto, y por esto era aceptable como regente, aunque fuese un hombre inútil y afeminado.

—Será para mí un honor recibir su invitación —dijo Yabú, a la defensiva, tratando de ganar tiempo para pensar.

—Mi señor pensó que querrías ponerte en camino en seguida. De este modo, estarías en Osaka cuando se celebre la reunión oficial. Me ordenó que te dijese que todos los daimíos recibirán la misma invitación. Inmediatamente.

Jozen le alargó un documento oficial.

—Ciertamente, será para mí un privilegio presenciar la reunión oficial —dijo Yabú, luchando por dominar su semblante.

—Bien —dijo Jozen. Sacó otro documento, lo desenrolló y lo mostró—. Esto es una copia del nombramiento del señor Ito, firmado y autorizado por los demás regentes.

Yabú tomó el documento. Le temblaban los dedos. Su autenticidad era indudable. Había sido avalado por dama Yodoko, viuda del Taiko, la cual afirmaba que el documento era legítimo y había sido firmado en su presencia.

—Los señores de Iwari, Mikawa, Suruga y Totomi, han aceptado ya —dijo Jozen—. Aquí están sus sellos. Tú eres el penúltimo de mi lista. El último es el señor Toranaga.

—Sírvete dar las gracias a tu señor y decirle que espero con ilusión el momento de saludarlo y felicitarlo —dijo Yabú.

—Bien. Pero debes escribirlo. Ahora sería un buen momento.

—Esta noche, Jozen-san. Después de cenar.

—Muy bien. Ahora podríamos ir a ver la instrucción de las tropas.

—Hoy no hay instrucción. Todos mis hombres están realizando una marcha forzada —dijo Yabú, que, en el momento de entrar Jozen y sus hombres en Izú, había ordenado que cesaran los disparos y que continuase el ejercicio, con armas silenciosas, lo más lejos posible de Anjiro—. Mañana podrás acompañarme, si lo deseas, al mediodía.

—Bien. Ahora no me vendrá mal dormir un poco. Pero volveré al ponerse el sol…, si me lo permites. Entonces, tú y tu comandante Omi-san, y el segundo

comandante, Naga-san, podréis explicarme, en interés de mi señor, todo lo referente a la instrucción, las armas, etcétera. Y lo del bárbaro.

—El… Sí, desde luego. —Yabú se volvió a Igurashi—. Prepara habitaciones para nuestro honorable huésped y sus hombres.

—Gracias, pero no es necesario —dijo rápidamente Jozen—. Una estera en el suelo y una silla de montar como almohada, son suficientes para un samurai. Tomaré un baño, si eres tan amable… Acamparé en la cima de la colina, naturalmente, si lo permites.

—Como quieras.

Jozen saludó con rigidez y se alejó, rodeado de sus hombres.

Cuando se hubieron marchado, la cara de Yabú se contrajo de furor.

—¿Quién me ha traicionado? ¿Quién? ¿Dónde está el espía?

—En Yedo, señor —dijo Igurashi—. Debe de estar allí. Aquí, la seguridad es perfecta.

—*¡Oh, ko!* —dijo Yabú, a punto de rasgarse las vestiduras—. Me han traicionado. Estamos aislados. Izú y el Kwanto están aislados. Ishido ha vencido. Ha vencido.

—Todavía faltan veinte días, señor —dijo rápidamente Omi—. Envía un mensaje al señor Toranaga. Dile que…

—¡Tonto! —exclamó Yabú—. Toranaga ya lo sabe. Donde yo tengo un espía, él tiene cincuenta. Me ha dejado en la trampa.

—No lo creo, señor —dijo Omi, impertérrito—. Iwari, Mikawa, Totomi y Suruga le son contrarios, *¿neh?* No le habrán avisado. Por consiguiente, es posible que aún no lo sepa. Infórmale y sugiérele…

—¿No lo has oído? —gritó Yabú—. Los cuatro regentes han aceptado el nombramiento de Ito. Por tanto, el Consejo es legal, ¡y se reunirá dentro de veinte días!

—La respuesta es sencilla, señor. Sugiere a Toranaga que haga asesinar inmediatamente a Teruzumi o a otro de los regentes.

Yabú se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Te ruego que tengas paciencia conmigo, señor. Anjín-san te ha dado unos conocimientos preciosos, *¿neh?* Más de lo que nunca pudimos imaginarnos. Ahora, Toranaga lo sabe también, gracias a tus informes y, probablemente, a los de Naga-san. Si podemos ganar el tiempo necesario, nuestros quinientos mosquetes y los otros trescientos te darán una fuerza irresistible. Ellos perderán

la primera batalla. Y una batalla, en el momento adecuado, puede dar la victoria total a Toranaga.

—Ishido no tiene que presentar batalla. Dentro de veinte días, tendrá el mandato del Emperador.

—Ishido es un campesino, hijo de un campesino. Es un embustero, y huye de la lucha, abandonando a sus camaradas.

—¡No sabes lo que estás diciendo!

—Es lo que hizo en Corea. Yo estaba allí y lo vi. Y mi padre lo vio. En cambio, Toranaga es un Minowara. Puedes fiarte de él. Te aconsejo que cuides los intereses de Toranaga.

Yabú movió la cabeza, con incredulidad.

—¿Estás sordo? ¿No has oído a Nebara Jozen? Ishido ha ganado. El Consejo tendrá el poder dentro de veinte días.

—*Puede* que lo tenga.

—Aunque Ito… ¿Cómo podrías? No, es imposible.

—Toranaga podría hacerlo —dijo Omi, sabiendo que se había puesto en las fauces del dragón—. Te ruego que lo pienses.

Yabú se enjugó la cara. Sudaba por todos sus poros.

—Después de esta convocatoria, si se reúne el Consejo y yo no estoy presente, puedo darme por muerto con todo mi clan, incluido tú mismo. Necesito al menos dos meses para instruir al regimiento. Toranaga y yo no podríamos vencer a todos los demás. No, estás equivocado. Tengo que apoyar a Ishido.

—No tienes que salir para Osaka hasta dentro de diez días —dijo Omi— o de catorce, si quemas etapas. Informa en seguida a Toranaga de lo que ha dicho Nebara Jozen. Salvarás Izú y la casa de los Kasigi. Te lo suplico. Ishido te traicionará y destruirá. Ikawa Jikkyu es pariente suyo, *¿neh?*

—Pero, ¿y Jozen? —exclamó Igurashi—. ¿Eh? ¡Quiere saberlo todo esta noche!

—Díselo. Con todo detalle. Él no es más que un lacayo —dijo Omi. Sabía que se jugaba el todo por el todo, pero tenía que evitar que Yabú se pusiese al lado de Ishido y echase a perder todas sus oportunidades—. Descúbrele tus planes.

Igurashi se opuso acaloradamente.

—En el momento en que Jozen se entere de lo que estamos haciendo, enviará un mensaje al señor Ishido.

—Seguiremos al mensajero y le mataremos.

—¡Silencio! —ordenó Yabú—. Tu consejo es una locura.

Omi se inclinó ante el reproche, pero irguió de nuevo la cabeza y dijo tranquilamente:

—Entonces, permite que ponga fin a mi vida, señor. Pero, primero, déjame terminar. Faltaría a mi deber si no tratase de protegerte. Te pido este último favor, como vasallo fiel.

—¡Termina!

—*Ahora* no hay Consejo de Regencia, por tanto, el impertinente y grosero Jozen y sus hombres no están protegidos legalmente, a menos que des valor a un documento ilegal, dejándote engañar como los otros, señor. No hay Consejo. No pueden «ordenarte» nada, ni a ti, ni a nadie. ¿Y cuántos daimíos obedecerán antes de que puedan darse órdenes *legales*? Sólo los aliados de Ishido, *¿neh?* Este documento significa la guerra, sí, pero te pido que la hagas a tu manera, no como quiere Ishido. ¡Recibe su amenaza con el desprecio que merece! Toranaga no ha sido vencido jamás en el combate. Ishido, sí. Toranaga está en favor de los barcos y del comercio. Ishido, no. Toranaga quiere la flota del bárbaro…, ¿y no se lo aconsejaste tú mismo? Ishido, no. Ishido cerrará el Imperio. Toranaga lo mantendrá abierto. Ishido, si gana, dará a Ikawa Jikkyu tu feudo hereditario de Izú. Toranaga te dará todas las provincias de Jikkyu. Eres el principal aliado de Toranaga. ¿Acaso no te regaló su sable? ¿No ha puesto los mosquetes a tu disposición? ¿No garantizan los mosquetes la victoria, en un ataque *por sorpresa*? Yo digo que Toranaga Minowara es tu única esperanza. Debes ir con él.

Se inclinó y esperó en silencio. Yabú miró a Igurashi.

—¿Qué dices tú?

—Coincido con Omi-san, señor. —La cara de Igurashi reflejaba su preocupación—. En cuanto a matar al mensajero, sería peligroso, señor. Tozen podría enviar otros y… —Se interrumpió a media frase—. ¡Palomas mensajeras! Las acémilas de Jozen traían dos cestas de ellas.

—Tendremos que envenenarlas esta noche —dijo Omi.

—¿Cómo? Estarán guardadas.

—No lo sé, pero debemos eliminarlas o inutilizarlas antes de la aurora.

—Igurashi —dijo Yabú—. Envía inmediatamente algunos hombres a vigilar a Jozen. Entérate de si suelta alguna de sus palomas mensajeras… hoy, ahora.

—Sugiero que enviemos también rápidamente nuestros halcones y halconeros hacia el Este —añadió Omi.

—Sea —dijo Yabú, en tono resignado.

Cuando volvió Igurashi, dijo:

—Se me acaba de ocurrir una cosa, Omi-san. Mucho de lo que has dicho sobre Jikkyu y el señor Ishido es verdad. Pero si aconsejas que hagamos «desaparecer» a los mensajeros, ¿por qué tenemos que jugar con Jozen? ¿Por qué decirle algo? ¿Por qué no los matamos a todos en seguida?

—¿Y por qué no? —afirmó Omi—. Admito que tu plan es mejor, Igurashi-san.

Ambos miraron a Yabú.

—¿No hay otra manera? —dijo éste.

Omi sacudió la cabeza. Igurashi hizo lo mismo.

—Tal vez podría negociar con Ishido —dijo Yabú, impresionado, buscando una manera de salir de la trampa—. Tenéis razón en lo del tiempo. Tengo diez días, catorce como máximo. ¿Cómo manejar a Jozen y tener tiempo de maniobrar?

—Sería prudente simular que vas a ir a Osaka —dijo Omi—. Pero nada perdemos con informar a Toranaga en seguida, *¿neh?* Una de nuestras palomas mensajeras podría estar en Yedo antes de ponerse el sol. Quizá. Pero nada se perdería.

—Podrías informar al señor Toranaga de la llegada de Jozen y de la reunión del Consejo dentro de veinte días —dijo Igurashi—. En cuanto al asesinato del señor Ito, sería demasiado peligroso ponerlo por escrito, *¿neh?*

—De acuerdo. Nada sobre Ito. Sin duda Toranaga pensará en esto. Es evidente, *¿neh?*

—Sí, señor. Inconcebible, pero evidente.

Omi esperó en silencio, buscando frenéticamente una solución. El hecho de que hubiese decidido eliminar a Yabú y cambiar la jefatura del clan, no impedía que le aconsejase con sagacidad.

Yabú se inclinó hacia delante, todavía indeciso.

—¿Hay alguna manera de eliminar a Jozen y a sus hombres sin peligro para mí, y de no comprometerme en diez días?

—Naga —dijo sencillamente Omi—. Utilízalo como cebo en una trampa.

Al anochecer, Blackthorne y Mariko cabalgaron hasta la puerta de la casa de él, seguidos por otros jinetes. Ambos estaban cansados. Ella cabalgaba como un

hombre, llevaba pantalón ancho y un manto ceñido por un cinturón, sombrero de ala ancha y guantes.

Unos criados sujetaron las bridas y se llevaron los caballos. Blackthorne despidió a sus acompañantes en un japonés tolerable y saludó a Fujiko, que, orgullosa, esperaba en la galería, como de costumbre.

—¿Puedo servirte, cha, Anjín-san? —preguntó ceremoniosamente, como de costumbre.

—No —respondió él, como de costumbre—. Primero, tomaré un baño. Después, saké y un poco de comida.

En la casa de baño, un servidor le despojó de su ropa, y otro lo enjabonó, lo frotó, le lavó el cabello y vertió agua sobre él, para quitarle la espuma y el polvo. Entonces, completamente limpio, se metió gradualmente en la gran bañera de hierro —pues el agua estaba muy caliente— y se tumbó en ella.

«¡Dios mío, qué delicia!», se dijo, dejando que el calor penetrase en sus músculos.

Oyó que se abría la puerta y la voz de Suwo que le decía:

—Buenas tardes, mi amo —seguido de muchas palabras japonesas que no entendió.

Pero hoy estaba demasiado cansado para tratar de conversar con Suwo.

—No conversación, Suwo —dijo—. Esta noche querer pensar.

—Sí, mi amo. Perdona, pero debes decir: «Esta noche quiero pensar.»

—Esta noche quiero pensar —repitió Blackthorne, en correcto japonés, tratando de meterse en la cabeza los casi incomprensibles sonidos, contento de que lo corrigiesen, pero cansado de ello.

—¿Dónde está el diccionario gramatical? —fue lo primero que preguntó a Mariko por la mañana—. ¿Lo ha pedido de nuevo Yabú-sama?

—Sí. Ten paciencia, Anjín-san. Llegará pronto.

—Me prometieron que llegaría con la galera y los soldados. Y no llegó. Suerte que tú estás aquí. Sin ti, sería imposible. Es muy difícil, Mariko-san.

—¡Oh, no, Anjín-san! El japonés es muy fácil de hablar, comparado con otras lenguas. No hay artículos, ni conjugaciones de los verbos, ni infinitivos. Todos los verbos son regulares y terminan en *masu*, y puede decirse casi todo empleando sólo el tiempo presente, si se desea. Para interrogar, basta con añadir ka al verbo. Para una negación, se cambia masu por masen. ¿Hay algo más fácil? Yukimasu significa voy, pero también, tú, él, ella va, o ellos van, o irán, e incluso

podrían haber ido. Los nombres son iguales en singular y en plural. *Tsuma* significa esposa o esposas. Muy sencillo.

—Bueno, ¿y cómo se marca la diferencia entre yo voy, yakimasu, y ellos fueron, *yukimasu*?

—Por inflexión, Anjín-san, y por el tono. Escucha: *yukimasu-yukimasu*.

—Ambas palabras suenan exactamente igual.

—Porque piensas en tu lengua, Anjín-san. Para comprender el japonés, tienes que pensar en japonés. No olvides que nuestra lengua es la lengua del infinito. Tienes que cambiar tu concepto del mundo. Aprender japonés es aprender un arte nuevo, desligado del mundo… Y es muy sencillo.

«Es una mierda», murmuró él, en inglés, y se sintió mejor.

—Debes aprender los caracteres escritos —le había dicho Mariko.

—No puedo. Tardaría demasiado. No significan nada para mí.

—En realidad, son dibujos sencillos, Anjín-san. Los tomamos de los chinos hace mil años. Fíjate en este signo, o símbolo, de un cerdo.

—No parece un cerdo.

—Pero un día lo pareció, Anjín-san. Deja que te enseñe. Pon el símbolo de un «tejado» sobre el símbolo de un «cerdo». ¿Qué nos da?

—Un cerdo y un tejado.

—Pero, ¿qué significa esto, el nuevo signo?

—No lo sé.

—«Hogar». En los viejos tiempos, los chinos pensaban que un cerdo bajo un tejado era el hogar. No eran budistas, comían carne, y, por esto, un cerdo representaba riqueza para los campesinos, y, por ende, un buen hogar. De aquí viene el signo. Veamos este otro. Un símbolo de «tejado», un símbolo de «cerdo» y un símbolo de «mujer». Un «tejado» sobre dos cerdos significa «contento». Un «tejado» sobre dos «mujeres» significa «discordia». *¿Neh?*

—¡De acuerdo!

—Desde luego, los chinos son muy estúpidos en muchas cosas, y sus mujeres no se educan como tales. En tu casa no hay discordia, ¿verdad?

Ahora, en el duodécimo día de su renacimiento, Blackthorne pensaba en esto. No. Aquí no había discordia. Pero tampoco era un hogar. Fujiko no era más que un ama de llaves de confianza, y esta noche, cuando él se fuese a dormir, le habría preparado el lecho y estaría arrodillada junto a éste, paciente e inexpresiva.

—Gracias, señora —le diría él—. Buenas noches.

Y ella saludaría y se marcharía en silencio a la habitación del otro lado del pasillo, contigua a aquella en que dormía Mariko. Y si él se levantaba por la noche, pronto aparecería Fujiko y se sentaría calladamente a su lado, porque era costumbre que la esposa o la consorte no durmiese cuando su señor estaba despierto.

Fujiko estaba siempre levantada y esperando cuando él llegaba a casa. Algunas noches, Blackthorne bajaba solo a la playa. Y, aunque insistía en que lo dejasen solo, sabía que lo seguían y lo vigilaban. No porque temiesen que tratase de escapar, sino porque era costumbre atender continuamente a las personas importantes. Y él era importante en Anjiro.

Con el tiempo aceptó la presencia de Fujiko. Era lo que le había dicho Mariko: «Piensa en ella como en una piedra, o un shoji, o una pared. Su deber es servirte.»

Con Mariko era distinto.

Se alegraba de que ella se hubiese quedado. Sin su presencia no habría podido empezar la instrucción y, mucho menos, explicar las complicaciones de la estrategia. Y bendijo a Mariko, y a fray Domingo, y a Alban Caradoc, y a sus otros maestros.

Nunca creía que pudiese sacar algo útil de las batallas, pensó una vez más. Una vez, cuando su barco llevó un cargamento de lana inglesa a Amberes, un ejército español atacó la ciudad, y todos los hombres acudieron a las barricadas y a los diques. El imprevisto ataque fue rechazado. Fue la primera vez que vio a Guillermo, duque de Orange, empleando los regimientos como piezas de ajedrez. Avanzando, retrocediendo con simulado pánico, contraatacando, rompiendo las filas de los Invencibles, entre olor a sangre, a pólvora, a orines, a caballos y a estiércol, sintiendo la frenética alegría de matar y la fuerza de veinte hombres en los brazos.

«¡Dios mío, qué espléndido es triunfar!», dijo en voz alta, desde su bañera.

—¿Señor? —dijo Suwo.

—Nada —respondió en japonés—. Pensaba. Sólo pensaba…, en alta voz.

—Comprendo, mi amo. Sí. Perdona.

Blackthorne volvió a sus pensamientos.

«Mariko. Sí, tenía para él un valor incalculable.»

Después de aquella primera noche de su suicidio frustrado, no se había vuelto a hablar de ello. ¿Qué había que decir?

«Me alegro de que haya tanto que hacer —pensó—. Así no tengo tiempo

para pensar, salvo durante estos minutos en el baño. Falta tiempo para todo. Tengo que concentrarme en la instrucción y en la enseñanza, pero deseo aprender, trato de aprender, necesito aprender, para cumplir la promesa que le hice a Yabú. Me faltan horas. Llego agotado a la cama, me duermo instantáneamente, para levantarme al amanecer y galopar a la meseta, donde enseño la instrucción toda la mañana y despacho una comida frugal, nunca satisfactoria, siempre sin carne. Después, toda la tarde, y a veces hasta bien entrada la noche, con Yabú, Omi, Igurashi, Naga, Zukimoto y otros cuantos oficiales, hablando de guerra, respondiendo a sus preguntas sobre la guerra, mientras los escribas toman notas. Muchas, muchísimas notas.

»A veces, sólo con Yabú.

»Pero Mariko está siempre presente. Mariko, que se porta conmigo de un modo diferente, que ya no es una extraña.

»Otros días, los escribas releen sus notas, comprobándolas meticulosamente, revisándolas una y otra vez, hasta que hoy, después de doce días y de unas cien horas de detalladas explicaciones, empieza a tomar forma un manual de guerra. Exacto. Y letal.

»Letal, ¿para quién? No para nosotros, ingleses u holandeses, que vendremos aquí en son de paz y sólo como comerciantes. Letal para los enemigos de Yabú y para los enemigos de Toranaga, y para nuestros enemigos portugueses y españoles, cuando traten de conquistar el Japón. Como lo han hecho en todas partes, en todos los territorios recién descubiertos. Primero, llegan los curas. Después, los conquistadores. Pero no aquí —pensó, muy satisfecho—. No aquí…, ahora.»

—¿Anjín-san?

—¿*Hai*, Mariko-san?

—*Yabú wa kiden no goshusseki o kon-ya iva hitsuyo to senu to oserareru*, Anjín-san.

Las palabras se formaron lentamente en su cabeza: «El señor Yabú no tiene necesidad de verte esta noche.»

—*Ichi-ban* —dijo él, encantado—. *Domo*.

—*Gomen nasai*, Anjín-san. *Anatawa*…

—Sí, Mariko-san —la interrumpió él, pues el calor del agua minaba su energía—. Sé que habría tenido que decirlo de otro modo, pero ahora no quiero hablar más en japonés. No esta noche. Ahora me siento como un colegial al

empezar las vacaciones de Navidad. ¿Te das cuenta de que son las primeras horas libres que tengo desde mi llegada?

—Sí, lo sé. —Sonrió cansadamente—. Pero, ¿te das cuenta, señor capitán-piloto Blackthorne, de que son también mis primeras horas libres desde que llegué?

Él se echó a reír. Ella llevaba un grueso albornoz de algodón, flojamente sujeto, y una toalla enrollada en la cabeza para protegerse el cabello. Todas las noches, cuando empezaban a dar masaje a Blackthorne, ella tomaba un baño, ya sola, ya con Fujiko.

—Báñate ahora —dijo él, incorporándose.

—No, por favor. No quiero molestarte.

—Entonces, comparte el baño conmigo. Es maravilloso.

—Gracias. Esperaba el momento de poder limpiarme del sudor y del polvo —dijo, quitándose la ropa y sentándose en el pequeño asiento. Una sirvienta empezó a enjabonarla.

La primera vez que Blackthorne la había visto desnuda, aquel día en que le había enseñado a zambullirse, se había sentido muy impresionado. Ahora, su desnudez no le afectaba físicamente. La había visto muchas veces desvestida o sólo parcialmente cubierta. Incluso la había visto hacer sus necesidades.

—¿Hay algo más normal, Anjín-san? Los cuerpos son normales, y las diferencias entre los hombres y las mujeres son normales, *¿neh?*

—Sí, pero… nuestra educación es diferente.

—Sin embargo, ahora estás aquí y nuestras costumbres son las tuyas, y lo que es normal para nosotros, lo es también para ti, *¿neh?*

Era normal orinar y defecar al aire libre, si no había cubos o letrinas, mientras los otros esperaban cortésmente, sin mirar. A no tardar, un campesino recogería las heces y las mezclaría con agua, para abonar las plantaciones. Las heces y la orina humana eran los únicos abonos importantes del Imperio.

—¿No lo crees tú así, Anjín-san?

—Sí.

—Bien —había dicho ella, muy satisfecha—. Pronto comerás pescado crudo y algas frescas, y serás un verdadero hatamoto.

El agua caliente les adormeció, y estuvieron tumbados durante un rato, sin decir nada. Más tarde, ella dijo:

—¿Qué te gustaría hacer esta noche, Anjín-san?

—Si estuviéramos en Londres… —Blackthorne se interrumpió. «No quiero

pensar en ellos— se dijo. —Ni en Londres. Todo esto pertenece al pasado. No existe. Sólo existe lo de aquí.»— Iríamos al teatro y veríamos una comedia —dijo, dominándose—. Aquí, ¿no tenéis teatro?

—¡Oh, sí, Anjín-san! Las comedias son muy populares entre nosotros. Al Taiko le gustaba actuar para distraer a sus invitados, y el señor Toranaga también es aficionado a ellas. Hay muchas compañías ambulantes, para el vulgo. Pero creo que nuestras comedias no son como las vuestras. Aquí, los actores y las actrices llevan máscaras. Llamamos «Noh» a las obras. Son en parte música y en parte danza, y la mayor parte de ellas son muy tristes, muy trágicas, de tema histórico. Pero también las hay cómicas. En tu país, ¿iríamos a ver una comedia, o tal vez una obra religiosa?

—No. Iríamos al «Globe Theater» y veríamos algo de un autor llamado Shakespeare. A mí me gusta más que Ben Jonson o Marlowe. Tal vez veríamos *La fierecilla domada*, o *El sueño de una noche de verano*, o *Romeo y Julieta*. Una vez llevé a mi esposa a ver *Romeo y Julieta*, y le gustó mucho.

Le explicó los argumentos, pero Mariko los consideró incomprensibles en su mayor parte.

—Aquí sería absurdo que una niña desobedeciese a su padre de esta manera. Pero es muy triste, *¿neh?* Triste para la niña y triste para el muchacho. ¿Y sólo tenía ella trece años? ¿Se casan tan jóvenes todas vuestras mujeres?

—No. Quince o dieciséis años es lo corriente. Mi mujer tenía diecisiete cuando nos casamos. ¿Cuántos tenías tú?

—Quince, Anjín-san. —Pasó una sombra por su frente, y él no la advirtió—. ¿Y qué haríamos después de la comedia?

—Te llevaría a cenar. Iríamos a la «Stone’s Chop House», de Fetter Lañe, o a «Cheshire Cheese», de Fleet Street. Hay posadas que sirven comidas especiales.

—¿Qué comerías tú?

—Prefiero no recordarlo —dijo él, con perezosa sonrisa, volviendo a pensar en el presente—. Estamos aquí y aquí tenemos que comer, y me gusta el pescado crudo, y *karma* es *karma*. —Se hundió más en la bañera—. *Karma* es una bonita palabra. Y una gran idea. Me has ayudado enormemente, Mariko-san.

—Me alegra haber podido prestarte algún pequeño servicio. —Mariko se relajó en el calor de la bañera—. Fujiko te ha preparado una comida especial para esta noche.

—¿Sí?

—Compró un… creo que vosotros lo llamáis faisán. Un pájaro grande. Lo

cazó para ella uno de los halconeros.

—¿Un faisán? ¿Lo dices en serio? *¿Honto?*

—*Honto* —respondió ella—. Fujiko les pidió que lo cazasen para ti. Y me pidió que te lo dijese.

—¿Cómo van a cocinarlo?

—Un soldado vio cómo los preparaban los portugueses y lo dijo a Fujiko-san. Ella te pide que tengas paciencia si no lo cocina como es debido.

—Pero, ¿cómo va a hacerlo…? ¿Cómo van a hacerlo los cocineros? —se corrigió, recordando que sólo los criados cuidaban de la cocina y de la limpieza.

—Le dijeron que, primero, hay que desplumarlo, y después, quitarle las entrañas. —Mariko disimuló su asco—. Después, el ave se corta en pedacitos y se fríe en aceite o se hierve con sal y especias. —Frunció la nariz—. A veces los cubren con barro y lo ponen sobre ascuas para cocerlo. Aquí no tenemos hornos, Anjín-san.

—Estoy seguro de que será perfecto —dijo, pensando que no se podría comer.

Ella se echó a reír.

—A veces eres transparente, Anjín-san.

—Es que tú no comprendes lo importante que es la comida. —Sonrió, a su pesar—. Tienes razón. No debería interesarme la comida. Pero no puedo dominar el hambre.

—Pronto serás capaz de hacerlo.

Él salió del agua, con un poco de ayuda de Suwo, y se tendió sobre la gruesa toalla. El viejo empezó a darle masaje.

—Has cambiado mucho en los últimos días, Anjín-san.

—¿De veras?

—¡Oh, sí! Desde tu renacimiento… Mucho, muchísimo.

Él trató de recordar la primera noche, pero con poco éxito. De alguna manera, había vuelto a casa andando sobre sus pies. Fujiko y los criados le habían ayudado a acostarse. Después de un profundo sueño, se había levantado al amanecer y había ido a nadar. Más tarde, al volver a casa, había saludado a los lugareños, sabiendo, en secreto, que les había librado, y se había librado él mismo, de la maldición de Yabú.

Al llegar Mariko, ordenó que buscasen a Mura.

—Mariko-san, di esto a Mura, por favor: «Quiero ingresar en la escuela del pueblo. Aprender a hablar con los niños.»

—Aquí no hay escuela, Anjín-san.

—¿No?

—No. Mura dice que hay un monasterio a unos pocos *ri*, hacia el Oeste, y que, si quieres, los monjes podrían enseñarte a leer y escribir. Pero esto es una aldea, Anjín-san. Y aquí, lo que necesitan los pequeños es aprender a pescar, a remendar las redes, a plantar y cosechar el arroz y otras cosas.

—Entonces, ¿cómo aprenderé cuando tú te marches?

—El señor Toranaga te enviará los libros.

—Necesito algo más que libros.

—Todo saldrá bien, Anjín-san.

—Quizá. Pero dile a Mura que, siempre que diga algo equivocadamente, cualquier persona de la aldea, incluso los niños, tienen que corregirme. Desde ahora. Es una orden.

—Él te da las gracias, Anjín-san.

—¿Hay alguien aquí que hable portugués?

—Dice que no.

—Necesito tener alguien cuando tú te vayas, Mariko-san.

—Se lo diré a Yabú-san.

Fujiko había tocado también el suelo con la frente aquel primer día.

—Fujiko-san te da la bienvenida a casa, Anjín-san. Dice que le has hecho un gran honor y que te pide perdón por su rudeza en el barco. Pregunta si quieres conservar los sables, pues con ello le darías una gran satisfacción. Pertenecieron a su difunto padre.

—Dale las gracias y dile que me siento honrado de que sea mi consorte —había dicho él.

Aquel día se había sentido muy encumbrado. Pero su suicidio frustrado le había cambiado más de lo que creía y le había hecho más mella que todas las veces que estuvo cerca de la muerte anteriormente.

«¿Confiaba en Omi? —se preguntó—. ¿Creía que pararía el golpe? ¿Acaso no le advertí sobradamente? No lo sé. Lo único que sé es que me alegro de que *estuviese* apercibido —se confesó francamente—. ¡Otra vida que se fue!»

—Es mi novena vida. ¡La última! —dijo en voz alta, y los dedos de Suwo se inmovilizaron al punto.

—¿Qué? —preguntó Mariko—. ¿Qué has dicho, Anjín-san?

—Nada. No era nada —respondió, inquieto.

—¿Te he hecho daño, mi Amo? —preguntó Suwo.

—No.

Suwo dijo algo más, que él no entendió.

—*¿Dozo?*

—Quiere darte masaje en la espalda —dijo Mariko, distraídamente.

Blackthorne se volvió boca abajo y repitió las palabras japonesas, pero las olvidó en seguida. Podía ver a Mariko a través del vapor. Ella respiraba profundamente, con la cabeza ligeramente echada atrás, sonrosada la piel.

«¿Cómo puede aguantar el calor? —se preguntó—. Supongo que a base de entrenamiento, desde su infancia.»

Los dedos de Suwo le daban una sensación agradable, y se adormiló un momento.

«¿En qué estaba pensando? Estabas pensando en tu novena vida, en tu última vida, y estabas asustado, recordando la superstición. Pero es una tontería ser supersticioso en este País de los Dioses. Aquí, las cosas son diferentes. El hoy es eterno. Mañana pueden ocurrir muchas cosas. Hoy me atendré a sus normas.»

La doncella trajo la fuente tapada. La sostenía sobre la cabeza, como de costumbre, para no contaminar la comida con el aliento. Se arrodilló cuidadosamente y depositó la fuente sobre la mesita, delante de Blackthorne. Sobre cada mesita había tazones y palillos, tazas de saké y servilletas y un ramito de flores. Fujiko y Mariko estaban sentadas frente a él. Llevaban flores y peinetas de plata en el cabello. E iban perfumadas, como siempre. Ardía incienso en un pebetero, para alejar los insectos nocturnos.

Fujiko se inclinó y levantó la tapa de la fuente. Los trocitos de carne frita estaban dorados y parecían perfectos.

Blackthorne cogió despacio un pedazo de carne con los palillos, procurando que no le cayese al suelo, y lo masticó. Estaba duro y seco, pero hacía tanto tiempo que no comía carne, que ésta le pareció deliciosa.

—*Ichi-ban, ichi-ban,* ¡vive Dios!

Fujiko se ruborizó y le sirvió saké, para ocultar su rostro. Mariko se dio aire con un abanico carmesí que era como una libélula. Las dos mujeres apenas tocaron sus raciones de verdura y de pescado. Blackthorne se comió todo el faisán y tres tazones de arroz, y sorbió ruidosamente el saké, cosa que era de buena educación. Se sentía repleto por primera vez en muchos meses. Durante la comida había despachado seis frascos de vino caliente, mientras que Mariko y

Fujiko habían bebido uno cada una. Ahora, estaban coloradas, sonrientes y alegres.

Mariko rió entre dientes y se tapó la boca con la mano.

—¡Ojalá pudiese beber saké como tú, Anjín-san! Eres el mejor bebedor de saké que jamás he visto. Apuesto a que eres el mejor de Izú. ¡Podría ganar mucho dinero apostando por ti!

—Tenía entendido que los samurais desaprobaban el juego.

—¡Oh, sí! Desde luego. No son mercaderes ni campesinos. Pero no todos los samurais son igualmente voluntariosos, y muchos son tan aficionados a las apuestas como los bar…, como los portugueses.

—¿Apuestan las mujeres?

—¡Oh, sí! Muchísimo. Pero sólo con otras damas, en pequeñas cantidades y a escondidas de sus maridos.

»Tu consorte pregunta si los ingleses apuestan y si a ti te gusta apostar —dijo Mariko, traduciendo a Fujiko, que estaba más colorada que ella.

—Es nuestro pasatiempo nacional.

Y les habló de las carreras de caballos, de los bolos, de los galgos, de la cetrería, de las compañías por acciones, del tiro del arco, de las rifas, del boxeo, de los naipes, de la lucha, de los dados, de las damas, del dominó y de las ferias, donde se apostaba cuartos de penique a los números de las ruedas de la fortuna.

Mariko le pidió que cantase la canción de *hornpipe* para Fujiko, y él lo hizo, y ellas le felicitaron, diciendo que era lo mejor que jamás habían escuchado.

—¡Bebamos más saké!

—¡Oh! *Tú* no debes servirlo, Anjín-san, esto es cosa de mujeres. ¿No te lo había dicho?

—Sí. Tomemos un poco más, *dozo*.

—Yo no debo hacerlo. Creo que me caería —dijo Mariko, abanicándose furiosamente y agitando unos mechones de cabello que se habían soltado de su pulquérrimo peinado.

—Tienes lindas orejas —dijo él.

—Tú también. Fujiko-san y yo creemos que tu nariz también es perfecta, digna de un daimío.

Él sonrió y les dedicó una afectada reverencia, a la que correspondieron ellas.

—¿Saké, Anjín-san?

Él levantó la taza con dedos firmes, y ella escanció el licor. Fujiko aceptó

también un poco más, haciendo remilgos y diciendo que ya no sentía sus piernas. Su dulce melancolía se había desvanecido aquella noche, devolviéndole su aspecto juvenil. Blackthorne advirtió que no era tan fea como se había imaginado.

A Jozen le zumbaba la cabeza. No a causa del saké, sino de la increíble estrategia de guerra descrita abiertamente por Yabú, Omi e Igurashi. Sólo Naga había permanecido toda la noche silencioso, frío, arrogante, estirado.

—Asombroso, Yabú-sama —dijo Jozen—. Ahora comprendo la razón del secreto. Mi señor la comprenderá también. Pero tú, Naga-san, no has dicho nada en toda la noche. Quisiera saber tu opinión. ¿Qué te parece esta nueva movilidad, esta nueva estrategia?

—Mi padre cree que se han de considerar todas las posibilidades de guerra, Jozen-san —respondió el joven.

—Pero, ¿qué opinas tú?

—Yo fui enviado aquí para obedecer, observar, escuchar, aprender y probar. No para dar opiniones.

—Desde luego. Pero, como segundo en el mando, ¿consideras que este experimento tendrá éxito?

—Yabú-sama u Omi-san pueden contestarte a esto. O mi padre.

—Yabú-san dijo que todos podíamos hablar esta noche con entera libertad. ¿Hay algo que ocultar? Todos somos amigos, *¿neh?* El hijo tan famoso de un hombre tan famoso debe tener una opinión. *¿Neh?*

Naga frunció los párpados, pero no respondió.

—Sí, todo el mundo puede hablar libremente, Naga-san —dijo Yabú—. ¿Qué piensas de esto?

—Creo que, contando con el factor sorpresa, podría servir para ganar una escaramuza y, tal vez, una batalla. Pero, ¿y después? —dijo Naga, con voz helada—. Después, todos los bandos adoptarán el mismo plan, y muchísimos hombres morirán innecesariamente, destruidos sin honor por un atacante que ni siquiera sabrá a quién ha matado. Dudo de que mi padre autorizase su empleo en una batalla de verdad.

—¿Ha dicho él eso? —preguntó incisivamente Yabú, sin preocuparse de Jozen.

—No, Yabú-sama. Es sólo mi opinión.

—Pero, ¿no apruebas el Regimiento de Mosqueteros? —preguntó Yabú torvamente—. ¿Acaso te disgusta?

Naga lo miró con ojos fríos.

—Con todo respeto, y ya que pides mi opinión, te diré que sí, lo encuentro repugnante. Nuestros abuelos supieron siempre a quién mataban o quién los derrotaba. Es *bushido*, nuestro estilo, el Camino del Guerrero, el camino del verdadero samurai. Las armas de fuego son contrarias a nuestro código. Los bárbaros luchan de esta manera, e igual pueden luchar los sucios mercaderes, los campesinos e incluso los eta.

Jozen se echó a reír, y Naga prosiguió, en tono aún más amenazador:

—Unos cuantos campesinos fanáticos podrían matar a innumerables samurais con esas armas. Sí, los campesinos podrían matarnos a todos, incluso al señor Ishido, que desea ocupar el sitio de mi padre.

Jozen se engalló.

—El señor Ishido no ambiciona las tierras de tu padre. Sólo quiere proteger el Imperio para el Heredero legítimo.

—Mi padre no es una amenaza para el señor Yaemón ni para el Reino.

—Desde luego, pero tú hablaste de los campesinos. El señor Taiko había sido campesino. Mi señor Ishido fue un día campesino. Y fui campesino. ¡Y *ronín*!

Naga no quería provocar una pelea. Sabía que no era rival para Jozen, cuyas proezas con el sable y el hacha eran famosas.

—No quise insultar a tu señor, ni a ti, ni a nadie, Jozen-san. Sólo quería decir que los samurais debemos asegurarnos de que los campesinos no tengan armas de fuego, o todos estaremos en peligro.

—Los mercaderes y los campesinos no deben preocuparnos —dijo Jozen.

—Estoy de acuerdo —terció Yabú—, aunque convengo en que hay algo de verdad en lo que tú dices, Naga-san. Sí. Pero las armas de fuego son modernas. Pronto todas las guerras se harán con estas armas. Pero volverá a ser lo que siempre ha sido: los samurais más bravos serán los vencedores.

—Perdona, pero estás equivocado, Yabú-sama. ¿Cuál es, según ese maldito bárbaro, la esencia de su estrategia de guerra? Él mismo confesó francamente que todos sus ejércitos están formados por reclutas y mercenarios. *¿Neh?* ¡Mercenarios! Soldados que sólo luchan por la paga y el botín, para saquear y atracarse. Eso fue lo que las armas de fuego llevaron a su mundo, y lo que traerán al nuestro. Si dependiese de mí, decapitaría al bárbaro esta noche y prohibiría para siempre las armas de fuego.

—¿Es eso lo que piensa tu padre? —preguntó Jozen, con excesiva precipitación.

—Mi padre no me dice lo que piensa, ni lo dice a nadie, según debes saber —respondió Naga, furioso por haberse dejado inducir a hablar.

—Pero, tú, ¿prohibirías las armas de fuego?

—Sí. Y creo que sería prudente tener un control absoluto sobre todos los mosquetes en tu poder.

—Todos los campesinos tienen prohibido usar armas de cualquier clase. Y tengo bien controlados a mis campesinos y a mi gente.

Jozen sonrió desdeñosamente al joven.

—Tienes ideas interesantes Naga-san. Pero te equivocas en lo de los campesinos. Para los samurais, no son más que proveedores. Y no más peligrosos que un montón de estiércol.

—¿Has expuesto tu opinión al señor Toranaga? —preguntó Yabú.

—El señor Toranaga no me la ha pedido. Confío en que un día me haga el honor de preguntarme, como has hecho tú —respondió inmediatamente Naga, preguntándose si alguno de ellos advertía el embuste.

—Ya que esto es una discusión libre, señor —dijo Omi—, yo digo que ese bárbaro es un tesoro y que debemos aprender de él. Debemos saber todo lo que saben ellos de armas de fuego y barcos de guerra. Debemos aprender inmediatamente todos sus conocimientos, e incluso, algunos de nosotros, a pensar como ellos, a fin de superarlos muy pronto.

—¿Qué pueden saber ellos, Omi-san? —dijo confiadamente Naga—. Algo sobre armas de fuego y barcos, sí. Pero, ¿qué más? ¿Cómo podrían destruirnos? No hay un solo samurai entre ellos. ¿No confesó francamente ese Anjín que incluso los reyes son asesinos y fanáticos religiosos? Nosotros somos millones, y ellos son un puñado. Podríamos destruirlos con sólo nuestras manos.

—Ese Anjín-san abrió mis ojos, Naga-san. He descubierto que nuestro país y China no son todo el mundo, sino sólo una pequeña parte de él. Al principio, pensé que el bárbaro no era más que una curiosidad. Ahora, no lo creo así. Doy gracias a los dioses por habérnoslo enviado. Creo que nos ha salvado y que podemos aprender de él. Ya nos ha dado poder sobre los bárbaros del Sur… y sobre China.

—¿Qué?

—El Taiko fracasó porque los chinos eran demasiado numerosos para luchar contra ellos hombre a hombre y con flechas, *¿neh?* Con armas de fuego y la

instrucción de los bárbaros, podríamos tomar Pekín.

—¡Con la traición de los bárbaros, Omi-san!

—Con los conocimientos de los bárbaros, Naga-san, podríamos conquistar Pekín. Y quien se apodere de Pekín dominará China. Y quien domine China puede dominar el mundo. Debemos aprender a no avergonzarnos de adquirir conocimientos, vengan de donde vengan.

—Yo digo que no necesitamos nada del exterior.

—No lo tomes a mal, Naga-san, pero yo afirmo que debemos proteger el País de los Dioses por todos los medios. Nuestro primer deber es conservar la posición única y divina que tenemos en el mundo. Sólo esta tierra es el País de los Dioses, *¿neh?* Sólo nuestro Emperador es divino. Convengo en que hay que amordazar a ese bárbaro. Pero no matándolo, sino teniéndolo siempre aislado aquí, en Anjiro, hasta que nos haya enseñado todo lo que sabe.

Jozen se rascó la cabeza, pensativo.

—Informaré a mi señor de vuestras opiniones. Convengo en que el bárbaro tiene que estar aislado. En cuanto a la instrucción, debería cesar inmediatamente.

Yabú sacó un rollo de su manga.

—Aquí está un informe completo sobre el experimento, para el señor Ishido. Desde luego, cuando el señor Ishido quiera que cese la instrucción, se pondrá fin a ésta.

Jozen tomó el rollo.

—¿Y el señor Toranaga? ¿Qué me dices de él?

Posó la mirada en Naga. Naga no dijo nada, pero miró fijamente el rollo.

—Podrás preguntarle directamente su opinión. Ha recibido un informe igual que éste. Supongo que partes mañana para Yedo, ¿no? ¿O prefieres presenciar la instrucción? Inútil decirte que los hombres no están aún muy adiestrados.

—Me gustaría ver un «ataque».

—Encárgate de ello, Omi-san. Tú lo dirigirás.

—Sí, señor.

Jozen se volvió a su lugarteniente y le entregó el rollo.

—Lleva esto al señor Ishido, Masumoto. Partirás en seguida.

—Sí, Jozen-san.

—Proporciónale guías hasta la frontera y caballos de refresco —dijo Yabú a Igurashi.

Igurashi salió inmediatamente con el samurai.

Jozen se estiró y bostezó.

—Disculpadme, por favor —dijo—, pero esto es debido a lo mucho que he cabalgado en los últimos días. Debo darte las gracias por esta velada extraordinaria, Yabú-san. Tus ideas son muy enjundiosas. Y las tuyas, Omi-san. Y las tuyas, Naga-san. Así lo diré al señor Toranaga y a mi señor. Ahora, si me perdonáis, estoy muy cansado y Osaka está muy lejos.

—Desde luego —dijo Yabú—. ¿Qué tal por Osaka?

—Muy bien. ¿Recuerdas aquellos bandidos, los que os atacaron por tierra y por mar?

—Naturalmente.

—Cortamos cuatrocientas cincuenta cabezas aquella noche. Muchos llevaban el uniforme de Toranaga.

—Los *ronín* carecen de honor.

—Algunos *ronín* lo tienen —dijo Jozen, acusando el insulto, pues vivía con la vergüenza de haberlo sido antaño—. Otros llevaban el uniforme de los Grises. Nadie escapó. Todos murieron.

—¿Y Buntaro-san?

—No. Él… —Jozen se interrumpió. Se le había escapado el «no», pero, ahora que lo había dicho, ya no le importaba—. No. Nada sabemos de cierto, pues nadie recogió su cabeza. ¿Sabéis vosotros algo de él?

—No —dijo Naga.

—Tal vez fue capturado. Tal vez lo cortaron en pedazos y desparramaron éstos. Si tenéis alguna noticia, mi señor quisiera conocerla. Ahora, todo marcha bien en Osaka. Se están acelerando los preparativos para la reunión del Consejo. Habrá magníficas fiestas para celebrar la nueva Era y, naturalmente, para honrar a *todos* los *daimíos*.

—¿Y el señor Toda Hiro-matsu? —preguntó cortésmente Naga.

—El viejo Puño de Hierro está tan fuerte y ceñudo como siempre.

—¿Sigue allí?

—No. Salió con todos los hombres de tu padre unos días antes que yo.

—¿Y la familia de mi padre?

—Creo que dama Kintsubo y dama Sazuko pidieron quedarse con mi señor. Un médico aconsejó un descanso de un mes a dama Sazuko. Dijo que el viaje podía ser peligroso para el hijo que espera. —Y, dirigiéndose a Yabú—: ¿Has informado al señor Toranaga de mi llegada?

—Desde luego.

—Bien. Vi una paloma mensajera volando hacia el Norte.

—Sí. Ahora tengo este servicio.

Yabú no añadió que la paloma mensajera de Jozen había sido también observada, ni que los halcones habían interceptado su vuelo, ni que el mensaje había sido descifrado: «En Anjiro, todo verdad según información. Yabú, Naga, Omi y el bárbaro, aquí.»

—Con tu permiso, partiré mañana, después del «ataque». ¿Me darás caballos de refresco? No debo hacer esperar al señor Toranaga. Espero verlo pronto. Y también lo espera mi señor. En Osaka. Confío en que tú le acompañarás, Naga-san.

—Si él me lo ordena, allí estaré —dijo Naga sin levantar los ojos, pero ardiendo de ira contenida.

Jozen salió y subió con sus guardias hasta el campamento. A la luz de una vela, y bajo el mosquitero, reprodujo su mensaje en un trozo de papel de arroz y añadió: «Los quinientos mosquetes son letales. Planeado ataque masivo por sorpresa. Enviado informe completo con Masumoto.» Después, sacó una de las palomas de la cesta y colocó el mensaje en el diminuto recipiente adherido a una de las patas. Por último, se dirigió en silencio a uno de sus hombres y le entregó la paloma.

—Llévala a la espesura —murmuró—. Ocúltala en alguna parte donde pueda dormir hasta la aurora. Lo más lejos que puedas. Pero ten cuidado, pues hay ojos en todas partes. Si te sorprenden, di que te he enviado a patrullar, pero esconde primero el ave.

El hombre se alejó sin hacer ruido, como una cucaracha.

«Ese mozalbete, Naga, tiene razón —pensó Jozen—, el bárbaro es una maldita plaga.»

—Buenas noches, Fujiko-san.

—Buenas noches, Anjín-san.

El shoji se cerró detrás de ella. Blackthorne se quitó el quimono y el taparrabo y se puso el quimono más ligero de dormir, se metió debajo del mosquitero y se tumbó.

Sopló la vela. Le envolvió una oscuridad total. La casa estaba ahora en silencio. A través de los cerrados postigos podía oír el rumor de las olas. Unas nubes oscurecían la luna.

El vino y las risas le hacían sentirse soñoliento y eufórico, y, al escuchar el

rumor del oleaje, se dejó arrastrar por él, y se nubló su mente. De vez en cuando, ladraba un perro en la aldea.

«Debería tener un perro —pensó, recordando el bull terrier que tenía en casa —. Me pregunto si aún estará vivo. Se llamaba Grog, pero Tudor, mi hijo, lo llamaba Og-Og.

»¡Ah, mi pequeño Tudor! ¡Cuánto tiempo ha pasado!

»Ojalá pudiese veros a todos, al menos, escribir una carta y enviarla a casa. Veamos —pensó—: ¿cómo la empezaría?»

Queridos míos: Ésta es la primera carta que puedo enviaros desde que desembarcamos en el Japón. Ahora que he aprendido a vivir según sus costumbres me encuentro bien. ¿Cómo empezar mi historia? Hoy soy como un señor feudal en este extraño país. Tengo una casa, un caballo, ocho criados, una ama de llaves, un barbero y una intérprete. Me afeito todos los días, las navajas de acero que tienen aquí deben ser las mejores del mundo. Mi salario es magnífico. En Inglaterra, equivaldría casi a cien guineas de oro al año. El décuplo de mi salario en la «Compañía holandesa»…

El shoji empezó a abrirse. Blackthorne buscó la pistola debajo de la almohada y se preparó, echándose atrás. Entonces, captó un casi imperceptible crujido de seda y una ráfaga de perfume.

—¿Anjín-san?

Era un débil murmullo, lleno de promesas.

—*¿Hai?* —preguntó él, también en voz baja, atisbando en la oscuridad, incapaz de ver claramente.

Los pasos se acercaron. Oyó el rumor de la mujer al arrodillarse y, después, ésta apartó el mosquitero y se reunió con él dentro de la red. Le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—¿Mariko-san?

Inmediatamente, unos dedos tocaron sus labios en la oscuridad, imponiéndole silencio. Él asintió con la cabeza, consciente del terrible riesgo que corrían. Le asió la delicada muñeca y la rozó con sus labios. En la oscuridad total, su otra mano buscó y acarició la cara de ella. La mujer besó sus dedos, uno a uno. Los cabellos sueltos le llegaban a la cintura.

Ella se acercó más, acurrucándose junto a él y estirando la colcha sobre sus cabezas. Después, lo amó con una ternura desconocida para él.

CAPÍTULO XXXIII

Blackthorne se despertó al amanecer. Solo. De momento, pensó que lo había soñado, pero el perfume de ella persistía y le convenció de que no había sido un sueño.

Una llamada discreta.

—*¿Hai?*

—*Ohayo*, Anjín-san, *gomen nasai*.

Una doncella abrió la puerta para que entrase Fujiko, y, después, trajo la bandeja con cha, una taza de gachas de arroz y pasteles dulces, también de arroz.

—*Ohayo*, Fujiko-san, *domo* —dijo él, dándole las gracias.

Sorbió el cha, preguntándose si sabría Fujiko lo de la última noche. Su cara no revelaba nada.

—*¿Anata wa yoku nemutta ka?* (¿Has dormido bien?)

—*Hai*, Anjín-san, *arigato gaziemashita*. —Ella sonrió, se llevó la mano a la cabeza, fingiendo jaqueca, e imitó al borracho que se queda dormido como un leño—. *¿Anata wa?*

—*Watashi wa yoku nemuru*. (Dormí muy bien.)

—*Watashi wa yoku nemutta* —le corrigió ella.

—*Domo. Watashi wa yoku nemutta*.

—*¡Yoi! ¡Taihenyoi!* (Bien. Muy bien.)

Entonces, él oyó que Mariko llamaba desde el pasillo:

—¿Fujiko-san?

—¿*Hai*, Mariko-san?

Fujiko se dirigió al shoji y lo abrió sólo una rendija. Él no pudo ver a Mariko. Y no entendió lo que decían.

«Ojalá nadie lo sepa —pensó—. Ojalá sea un secreto entre nosotros. Tal vez sería mejor que hubiese sido un sueño.»

Empezó a vestirse. Fujiko volvió y se arrodilló para sujetarle los tabi.

—¿Mariko-san? *¿Nan ja?*

—*Nane mo* (nada importante), Anjín-san —respondió ella.

Se dirigió al *takonama* (la alcoba) donde guardaba siempre los sables, y se los entregó. Él se los puso en el cinto. Ya no se sentía ridículo con ellos, aunque

habría querido llevarlos con más naturalidad.

Ella le había contado que estos sables habían sido regalados a su padre, por su bravura en una batalla particularmente sangrienta en el lejano norte de Corea, hacía siete años, durante la primera invasión. Ésta y la segunda campaña habían sido las más costosas expediciones militares que jamás se hubiesen emprendido. Al morir el Taiko, el año pasado, Toranaga, en nombre del Consejo de Regencia, había ordenado inmediatamente el regreso del resto de los ejércitos, para gran alivio de la mayoría de los daimíos, que detestaban la campaña coreana.

Blackthorne salió a la galería. Se puso las zapatillas y saludó con la cabeza a sus servidores que, como de costumbre, se habían colocado en una hilera delante de él, para despedirlo.

El día era gris. El cielo estaba cubierto y un viento cálido y húmedo llegaba del mar.

Al otro lado del portal, estaban los caballos y los diez samurais de su séquito. Y Mariko.

—*Ohayo* —dijo cortésmente él—. *Ohayo*, Mariko-san.

—*Ohayo*, Anjín-san. *¿Ikaga desu ka?*

—*Okagesana de genki desu. ¿Anata wa?*

Ella sonrió.

—*Yoi, arigato goziemashita*.

No daba el menor indicio de que algo hubiese cambiado entre ellos. Pero él no lo había esperado, y menos en público, sabiendo lo peligrosa que era la situación.

—*¡Ikimasho!* —exclamó, saltando sobre la silla y haciendo señas a los samurais para que se adelantasen.

Puso su caballo al paso y Mariko se colocó a su lado. Cuando estuvieron solos, se sintió más tranquilo.

—Mariko.

—*¿Hai?*

—Eres bella y te amo —dijo él, en latín.

—Te doy las gracias, pero el exceso de vino de la noche pasada hace que mi cabeza no se sienta hoy hermosa, en cuanto al amor, es una palabra cristiana.

—Tú eres hermosa y cristiana, y el vino no puede afectarte.

—Gracias por la mentira, Anjín-san. Sí, gracias.

—Soy yo quien debe darte las gracias.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por ti. Tú sabes por qué.

—Yo no sé nada, Anjín-san.

—¿Nada? —le pinchó él.

—Nada.

Él se quedó desconcertado. Estaban solos y no había peligro.

—¿Por qué «nada» quita dulzura a tu sonrisa?

—¡Fue una estupidez! ¡Una tremenda estupidez! Olvidé que lo mejor es ser prudente. Pero estábamos solos y tenía ganas de hablar de ello. En realidad, hubiese querido decirte más.

—Hablas de un modo enigmático. No te comprendo —dijo él, más confuso que nunca—. ¿No quieres hablar de ello? ¿En absoluto?

—¿De qué, Anjín-san?

—Bueno, ¿qué pasó anoche?

—Pasé por delante de tu puerta, cuando Koi, mi doncella, estaba contigo.

—¿Qué?

—Nosotras, tu consorte y yo, pensamos que sería un buen obsequio para ti. Te gustó, ¿no?

Blackthorne trataba de recobrarse. La doncella de Mariko era de su estatura, pero más joven y mucho menos bonita. Sí, estaba completamente a oscuras y tenía la cabeza nublada por el vino, pero no, no era la doncella.

—No es posible —dijo en portugués.

—¿Qué no es posible, señor? —preguntó ella, en la misma lengua.

Él volvió al latín, pues sus acompañantes no estaban lejos y el viento soplaba en su dirección.

—Por favor, no juegues conmigo. Nadie puede oírnos. Sé distinguir una presencia y un perfume.

—¿Creíste que era yo? ¡Oh! No lo era, Anjín-san. Habría sido un honor para mí, pero no habría podido… por mucho que lo hubiese deseado. Pertenezco a otro, aunque puede estar muerto. Ella llevaba mi perfume…

—Las bromas sobre cosas muy importantes no tienen gracia.

—Las cosas muy importantes deben tratarse siempre como tales. Pero una doncella que visita a un hombre por la noche carece de importancia.

—No considero que tú carezcas de ella.

—Gracias. Lo mismo digo. Pero una doncella que se acuesta con un hombre es una cuestión privada y baladí. Es un obsequio que ella le hace y, a veces, que él le hace a ella. Nada más.

—¿Nunca es algo más?

—Sólo cuando la mujer y el hombre se reúnen vulnerando la ley. Al menos, en *este* país.

Él se refrenó, comprendiendo al fin la razón de su negativa.

—Te pido perdón —dijo—. Sí, tienes razón, y yo he cometido un tremendo error. Debí callarme. Perdóname.

—¿Por qué te disculpas? ¿De qué? Dime, Anjín-san: ¿llevaba la joven un crucifijo?

—No.

—Yo lo llevo siempre. Siempre.

—Un crucifijo puede quitarse —dijo él, volviendo automáticamente al portugués—. Esto no prueba nada. Se puede cambiar, como el perfume.

—Dime la verdad: ¿Viste realmente a la joven? ¿La *viste* de veras?

—Claro. Pero, por favor, olvidemos que yo…

—La noche era muy oscura y las nubes cubrían la luna. Dime la verdad, Anjín-san. ¡Piénsalo! ¿Viste en realidad a la niña?

«¡Claro que la vi! —pensó él, indignado—. Pero, ¡maldita sea!, recuerda bien. No la viste. Tenías la cabeza nublada. Podía ser la doncella y tú creíste que era Mariko, porque la deseabas y sólo veías a Mariko en tu imaginación y pensabas que ésta también te deseaba. Eres un estúpido. Un maldito estúpido.»

—Realmente, no —dijo—. Debo disculparme otra vez.

—No hace falta, Anjín-san —respondió ella, tranquilamente—. Ya te he dicho muchas veces que el hombre no debe disculparse, aunque obre mal. —Sus ojos lo miraron burlones—. Mi doncella no necesita tus disculpas.

—Gracias —dijo él, echándose a reír—. Me haces sentir menos tonto.

—La risa te quita años de encima. El grave Anjín-san vuelve a la niñez.

—Mi padre decía que había nacido viejo.

—¿Y era verdad?

—Él lo creía.

—¿Cómo es él?

—Era un hombre estupendo. Tenía un barco. Los españoles lo mataron en un sitio llamado Amberes, cuando pasaron a cuchillo la ciudad. E incendiaron su barco. Yo tenía seis años, pero lo recuerdo como un hombre alto, corpulento, amable y de cabellos dorados. Mi hermano mayor, Arthur, tenía sólo años… Fueron malos tiempos para nosotros, Mariko-san.

—¿Por qué? Cuéntamelo, te lo ruego.

—Muy sencillo. Mi padre había invertido todo su dinero en el barco, y éste se perdió… Poco después, murió mi hermana. En realidad, murió de hambre. Hubo hambre en el setenta y uno, y también peste.

—Nosotros tenemos a veces epidemias. De viruela. ¿Cuántos hermanos erais?

—Tres —dijo él, alegrándose de cambiar de tema—. Wilhe, mi hermana, que tenía nueve años cuando murió. Arthur era el segundo, y lo mataron en la Armada cuando tenía veinticinco. Yo soy el último Blackthorne. La viuda y la hija de Arthur viven ahora con mi esposa y los pequeños. Mi madre vive todavía, y también la vieja abuela Jacoba, que tiene setenta y cinco años, pero es fuerte como un roble inglés, aunque nació en Irlanda. Al menos, vivían cuando yo me marché, hace más de dos años…

Volvía el dolor del recuerdo. «Ya pensaré en ellos cuando emprenda el regreso —se prometió—, no antes.» Miró a Mariko.

—Mariko-san…

—¿Sí?

—Hace unos minutos, me convenciste, bueno, digamos que estaba convencido. Pero, ahora, no lo estoy. ¿Cuál es la verdad? La *honto*. Debo saberlo.

—Los oídos son para oír. Desde luego, era la doncella.

—La doncella. ¿Puedo llamarla siempre que quiera?

—Claro. Pero un hombre prudente no lo haría.

—¿Porque podría tener un desengaño la próxima vez?

—Es posible. —Y añadió—: Pero, si deseas tener otra vez a esa despreciable criatura…

—Sí, tú sabes que quiero…

Mariko rió alegremente.

—Entonces, te la enviaremos. Al ponerse el sol. ¡Fujiko y yo la acompañaremos!

—¡Maldita sea! ¡Serías capaz de hacerlo! —dijo él, riéndose también.

—¡Ah, Anjín-san! Me gusta verte reír. Desde que volviste a Anjiro, has cambiado mucho. Muchísimo.

—No. No mucho. Pero la noche pasada tuve un sueño. Y este sueño era la perfección.

—Sólo Dios es perfección. Y, a veces, una puesta de sol, o una salida de la luna, o la primera flor de azafrán del año.

—No te entiendo en absoluto.

Ella echó su velo atrás y le miró a la cara.

—Una vez, otro hombre me dijo: «No te entiendo en absoluto», y mi marido dijo: «Perdona, señor, pero ningún hombre puede comprenderla. Su padre no la comprende, así como tampoco los dioses, ni el Dios de los bárbaros, ni siquiera su madre.»

—¿Fue Toranaga? ¿El señor Toranaga?

—No, Anjín-san. Fue el Taiko. El señor Toranaga me comprende. Él lo entiende todo.

—¿Incluso a mí?

—Sí, del todo.

—¿Estás segura?

—Sí, segurísima.

—¿Ganará él la guerra?

—Sí.

—¿Soy yo su vasallo predilecto?

—Sí.

—¿Aprobará mi proyecto?

—Sí.

—¿Cuándo volveré a tener mi barco?

—Nunca.

—¿Por qué?

La gravedad de Mariko se desvaneció.

—Porque tendrás tu «doncella» en Anjiro y te divertirás tanto con ella que no te quedarán fuerzas para marcharte, aunque el señor Toranaga te pida que embarques y nos dejes en paz.

—¡Ya vuelves a las andadas! Te pones seria y, un momento después, ya no lo estás.

—Sólo lo hago para contestarte, Anjín-san, y para poner las cosas en su sitio. ¡Ah! Pero, antes de marcharte, tienes que ver a dama Kikú. Merece una gran pasión. Es hermosa e inteligente.

—Estoy tentado a aceptar tu desafío.

—Yo no desafío a nadie. Pero, si estás dispuesto a ser samurai y no… extranjero, si estás dispuesto a considerar los juegos de la almohada como lo que son, entonces será para mí un honor actuar de mediadora.

—¿Qué significa esto?

—Que, cuando estés de buen humor y quieras gozar de una diversión especial, debes decir a tu consorte que me lo pida.

—¿Por qué a Fujiko-san?

—Porque el deber de tu consorte es procurar que estés contento. Y Fujiko te «ama».

—¡No!

—Daría su vida por ti. ¿Qué más puede darte?

Al fin, él apartó de ella la mirada y contempló el mar. Las olas rompían en la orilla y el viento había refrescado. Se volvió a ella de nuevo.

—Entonces, ¿no tenemos que decirnos nada? —preguntó.

—Nada. Es lo prudente.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Debes estarlo. Estás aquí. Ésta es tu casa.

Los quinientos atacantes galoparon sobre el borde de la colina en una masa desordenada y descendieron la rocosa cuesta hasta el fondo del valle, donde doscientos «defensores» estaban formados en orden de combate. Cada jinete llevaba un mosquete colgado sobre la espalda y un cinturón del que pendían bolsas de balas, pedernales y un cuerno lleno de pólvora. Como la mayoría de los samurais, vestían quimonos abigarrados y harapos. Sólo Toranaga e Ishido insistían en que sus tropas fuesen uniformadas y cuidasen minuciosamente su indumentaria. Todos los demás daimíos consideraban esto como un estúpido derroche de dinero, como una innovación innecesaria. Y Blackthorne estaba de acuerdo. Los ejércitos de Europa no iban nunca uniformados. ¿Qué rey podía permitirse una cosa así, salvo para su guardia personal?

Él estaba ahora en un punto elevado, con Yabú y sus ayudantes, Jozen y todos sus hombres, y Mariko. Era el primer ensayo general de un ataque. Blackthorne esperaba inquieto. Yabú mostraba una tensión desacostumbrada, y Omi y Naga daban pruebas de una susceptibilidad rayana en la beligerancia. Sobre todo, Naga.

—¿Qué les pasa a todos? —preguntó Blackthorne a Mariko.

—Tal vez desean hacerlo bien en presencia de su señor y de su invitado.

—¿Es éste también un daimío?

—No. Pero es uno de los generales más importantes de Ishido. Hoy tendría que salir todo perfectamente.

—Hubiese preferido que me dijesen que iba a realizarse un ensayo.

—¿De qué te habría servido? Has hecho ya todo lo que podías.

«Sí —pensó Blackthorne, observando a los quinientos—. Pero todavía no están a punto, ni mucho menos. Seguro que Yabú lo sabe también, y todos los demás. En fin, si se produce un desastre, será *karma*», se dijo más confiado, encontrando consuelo en esta idea.

El trueno de los cascos de caballos retumbó en el valle.

—¿Dónde está el jefe de los atacantes? ¿Dónde está Omi-san? —preguntó Jozen.

—Entre sus hombres. Ten paciencia —respondió Yabú.

—Pero, ¿dónde está su estandarte? ¿Y por qué no lleva la armadura de combate y el penacho? Parecen un hatajo de sucios e inútiles bandidos.

—Ten paciencia. Ya te dije que los oficiales deben pasar inadvertidos. Y no olvides que se presume que se está desarrollando una batalla, que esto es parte de una batalla, con reservas y arm…

—¿Dónde están sus sables? —estalló Jozen—. ¡Nadie lleva sables! ¿Unos samurais, sin sables? ¡Serán aniquilados!

—¡Ten paciencia!

Ahora, los atacantes desmontaban. Los primeros guerreros salieron de las filas de los defensores, haciendo alarde de valor. Un número igual de atacantes se enfrentó con ellos. De pronto, la confusa masa de los atacantes se desplegó en cinco falanges disciplinadas, compuesta cada una de ellas de cuatro hileras de veinticinco hombres, tres falanges avanzadas y dos en reserva, a una distancia de cuarenta pasos. Cargaron al unísono contra el enemigo. A una voz de mando, se detuvieron, y las primeras filas hicieron una estruendosa descarga simultánea. Se oyeron gritos de moribundos. Jozen y sus hombres se encogieron, reflexivamente, y después vieron que los de las primeras filas se arrodillaban y empezaban a cargar de nuevo sus armas, mientras los de las segundas disparaban por encima de ellos, y lo propio hacían después los de las terceras y cuartas filas. A cada descarga caían más defensores, y el valle se llenó de gritos y alaridos y confusión.

—¡Estás matando a tus propios hombres! —gritó Jozen, por encima del tumulto.

—Disparan con pólvora, sin municiones. Es un simulacro, pero imagínate que es un ataque real, con balas de verdad. ¡Observa!

Ahora, los defensores se «recuperaban» de la primera sorpresa. Se

reagruparon y lanzaron un ataque frontal. Pero los de las primeras filas habían cargado ya sus mosquetes y, a una voz de mando, dispararon de nuevo, esta vez de rodillas, y los de la segunda fila dispararon de pie y se arrodillaron en seguida para cargar, y los de la tercera y cuarta filas hicieron lo mismo, y aunque muchos mosqueteros eran lentos y las filas se habían desordenado un poco, era fácil imaginarse los destrozos que podían causar unos hombres bien adiestrados. El contraataque fue detenido, y los defensores se retiraron en simulada confusión, cuesta arriba, para detenerse exactamente debajo de los observadores. En el campo habían quedado muchos «muertos».

Jozen y sus hombres estaban impresionados.

—¡Esos mosquetes romperían cualquier línea!

—Espera. ¡La batalla aún no ha terminado!

Los defensores se reagruparon de nuevo, sus jefes los arengaron, llamaron a sus reservas y ordenaron el contraataque general. Los samurais corrieron cuesta abajo, lanzando sus terribles gritos de guerra, y se arrojaron contra el enemigo.

—Ahora los aplastarán —dijo Jozen, cediendo, como todos los demás, al realismo de la fingida batalla.

Al parecer, tenía razón. Las falanges no defendieron su terreno, sino que se desbandaron y echaron a correr ante los gritos, los sables y las lanzas de los verdaderos samurais, y Jozen y sus hombres gritaron también, animando a los regimientos, sedientos de sangre. Los mosqueteros huían como comedores de ajos: cien pasos, doscientos, trescientos, hasta que, de pronto, y a una nueva voz de mando, las falanges se reagruparon, esta vez en formación en V. Sonaron de nuevo los estruendosos disparos. Los atacantes vacilaron. Se detuvieron. Pero los mosquetes siguieron disparando. Después, cesó el fuego. La comedia había terminado. Pero todos los del montículo sabían que, en condiciones reales habrían perecido los dos mil samurais.

Los «muertos» se levantaron y recogieron las armas. Sonaron gritos y carcajadas. Muchos hombres cojeaban, y algunos quedaron seriamente lesionados.

—Te felicito, Yabú-sama —dijo Jozen, francamente—. Ahora comprendo todo lo que querías decir.

—El fuego ha sido irregular —dijo Yabú, muy complacido por dentro—. Necesitaremos meses para instruirlos.

Jozen movió la cabeza.

—No me gustaría atacarlos ahora mismo. No, si tuviesen municiones de

verdad. Ningún ejército podría resistir su ataque. Las filas no podrían mantenerse unidas. Y después, mandaría tropas regulares y caballería a través de la brecha y desharía los flancos. —Dio gracias a los *kami* por haber tenido el acierto de presenciar la maniobra—. Ha sido terrible. Por un momento, pensé que era una batalla real.

—Se les ordenó fingir que era real. Y ahora, si lo deseas, puedes pasar revista a mis mosqueteros.

—Gracias. Será un honor.

Los defensores se dirigían a sus campamentos, emplazados en la vertiente opuesta. Los quinientos mosqueteros esperaban abajo, cerca del sendero que conducía de la colina al pueblo. Estaban formados en compañías, con Omi y Naga al frente. Éstos llevaban de nuevo sus sables.

Jozen se llevó a Yabú aparte.

—¿Ha salido todo eso de la cabeza de Anjín-san?

—No —mintió Yabú—. Pero así es como luchan los bárbaros. Él sólo enseña a los hombres a cargar y disparar.

—¿Por qué no haces lo que aconsejaba Naga-san? Ahora sabes lo mismo que el bárbaro. ¿Por qué arriesgarte más? Es una plaga. Muy peligroso, Yabú-sama. Naga-san tenía razón. Es verdad que los campesinos *podrían* combatir de esta manera. Fácilmente. Líbrate en seguida del bárbaro.

—Si el señor Ishido quiere su cabeza, no tiene más que pedirla.

—La pido yo. Ahora. —Su tono era de nuevo truculento—. Él habla por mi boca.

—Lo pensaré, Jozen-san.

—Y también *pido*, en su nombre, que quites inmediatamente todas las armas de fuego a esa tropa.

Yabú frunció el ceño y volvió su atención a las compañías, que ahora subían la cuesta. Se detuvieron a cincuenta pasos de ellos. Omi y Naga avanzaron solos y saludaron.

—Para ser el primer ejercicio, ha estado bien —dijo Yabú.

—Gracias, señor —respondió Omi, que cojeaba ligeramente y tenía la cara sucia, magullada y manchada de pólvora.

—Tus soldados deberían llevar sables en una batalla real, Yabú-sama —dijo Jozen—. El samurai debe llevar sus sables…, para el caso de que agote las municiones, *¿neh?*

—Lo llevarán, como de costumbre, para contribuir a la sorpresa, pero se

desprenderán de ellos antes de atacar.

—¿Dejarías tú tu Muramasa? ¿O el regalo de Toranaga?

—Para ganar una batalla, sí. En otro caso, no.

—Entonces, tendrás que correr mucho para salvar el pellejo cuando se estropee tu mosquete o se te moje la pólvora —dijo Jozen, riendo su propia salida.

Yabú no se rió.

—¡Omi-san! ¡Muéstraselo! —ordenó.

Inmediatamente, Omi dio una orden. Sus hombres desenvainaron la corta bayoneta que pendía, casi invisible, de la parte posterior del cinto, y la encajaron en un casquillo junto a la boca del mosquete.

—*¡Al ataque!*

Los samurais atacaron al instante, lanzando un grito de guerra: *¡Kasigimin!*

El bosque de acero se detuvo a un paso delante de ellos. Jozen y sus nombres rieron nerviosamente ante aquella súbita e inesperada ferocidad.

—Bien. Muy bien —dijo Jozen, alargando una mano y tocando una de las bayonetas. Estaba muy afilada—. Tal vez tengas razón, Yabú-sama. Esperemos que nunca tengan que ponerse a prueba.

—¡Omi-san! —gritó Yabú—. Forma tu tropa, Jozen-san le pasará revista. Después, vuelve al campamento. Mariko-san y Anjín-san ¡seguidme!

Echó a andar cuesta abajo, entre las filas, seguido de sus ayudantes, de Mariko y de Blackthorne.

—Formad en el camino. ¡Guardad las bayonetas!

La mitad de los hombres obedecieron al punto y bajaron la cuesta. Naga y sus doscientos cincuenta samurais permanecieron donde estaban, con las bayonetas caladas.

Jozen se puso tieso.

—¿Qué sucede?

—Considero intolerables tus insultos —dijo Naga, con ira.

—Esto es una tontería. Yo no te he insultado, ni a ti ni a nadie. ¡Tus bayonetas sí son un insulto a mi dignidad! ¡Yabú-sama!

Yabú se volvió. Ahora estaba al otro lado del contingente de Toranaga.

—Naga-san —dijo, fríamente—. ¿Qué significa esto?

—No puedo perdonar los insultos de ese hombre a mi padre… y a mí.

—Está protegido. ¡No puedes tocarlo ahora! ¡Está bajo la enseña de los regentes!

—Perdona, Yabú-sama, pero ésta es una cuestión que sólo nos afecta a Jozen-san y a mí.

—No. Tú estás bajo mis órdenes. Te mando que digas a tus hombres que vuelvan al campamento.

Nadie se movió. Empezó a llover.

—Perdóname, Yabú-san, te lo ruego, pero esto es cosa mía y, pase lo que pase, te absuelvo de toda responsabilidad por mi acción o las de mis hombres.

Uno de los hombres de Jozen desenvainó su sable y atacó a Naga por la espalda. Inmediatamente, una ráfaga de veinte mosquetes le voló la cabeza. Los veinte hombres se arrodillaron en el suelo y volvieron a cargar sus armas. La segunda fila se preparó.

—¿Quién ha ordenado emplear municiones de verdad? —preguntó Yabú.

—Yo. Yo, ¡Yoshi Naga-noh-Toranaga!

—¡Naga-san! Te ordeno que dejes en libertad a Nebara Jozen y a sus hombres. ¡Y permanecerás en tu residencia hasta que pueda consultar al señor Toranaga sobre tu insubordinación!

—Desde luego, debes informar al señor Toranaga, y *karma* es *karma*. Pero lamento decirte, señor Yabú, que, antes, ese hombre tiene que morir. Todos ellos deben morir. ¡Hoy mismo!

Jozen se estremeció.

—¡Estoy bajo la protección de los regentes! Nada conseguirás matándome.

—Lavaré mi honor, *¿neh?* —dijo Naga—. Y te haré pagar tus burlas contra mi padre y tus insultos contra mí. De todos modos, tenías que morir, *¿neh?* Ahora que has presenciado la maniobra, no puedo consentir que el señor Ishido se entere de todo.

—¡Ya lo sabe! —saltó Jozen, alegrándose de su previsión de la noche pasada —. Envié un informe con una paloma mensajera al amanecer. —¡No ganas nada con matarme, Naga-san!

Naga hizo una señal a uno de sus hombres, un viejo samurai, el cual avanzó y arrojó la paloma estrangulada a los pies de Jozen. Después, alguien arrojó también al suelo una cabeza cortada, la cabeza del samurai Masumoto, despachado ayer por Jozen con su mensaje.

Un gemido brotó de los labios de Jozen. Naga y todos sus hombres se echaron a reír. Incluso Yabú sonrió. Otro de los samurais de Jozen saltó sobre Naga. Veinte mosquetes lo derribaron, e hirieron mortalmente al hombre que estaba junto a él y que no se había movido.

Cesaron las risas.

—¿Debo ordenar a mis hombres que ataquen, señor? —preguntó Omi-san, pensando en lo fácil que había sido manejar a Naga.

Yabú se secó de la cara el agua de lluvia.

—No, no serviría de nada. Jozen-san y sus hombres pueden darse por muertos, hagamos lo que hagamos. Es su *karma*, como dijo Naga-san. —Después, gritó—: Por última vez, ¡te ordeno que los dejes marchar!

—Discúlpame, pero debo negarme.

—Muy bien. Infórmame cuando hayas terminado.

Y, disimulando su satisfacción, dio media vuelta y se alejó.

Blackthorne presenció la ejecución como testigo. Cuando todo hubo terminado, se marchó a casa. Estaba silenciosa, y el pueblo parecía envuelto en un sudario. Se bañó, pero no se sintió más limpio. El saké no le quitó la amargura de la boca. El incienso no mitigó el hedor que aún persistía en sus fosas nasales.

Más tarde, Yabú lo mandó a buscar. Analizaron la maniobra en todos sus detalles. Estaban presentes Omi, Naga y Mariko. Ninguno de ellos parecía conmovido por lo que acababa de ocurrir.

Trabajaron hasta después de ponerse el Sol. Yabú ordenó que se acelerase el ritmo de la instrucción. Había que formar en seguida otro grupo de quinientos hombres. Y otro, dentro de una semana.

Blackthorne volvió solo a su casa y comió solo, acosado por su terrorífico descubrimiento: *no tenían sentido del pecado, todos ellos carecían de conciencia…, incluso Mariko.*

Aquella noche no pudo dormir. Salió de casa y caminó empujado por el viento. Las ráfagas cubrían de espuma las olas. Los perros aullaban al cielo y buscaban comida. Los techos de paja de arroz se movían como cosas vivas. Batían los postigos, y hombres y mujeres, como espectros silenciosos, se esforzaban por cerrarlos y atrancarlos. Las olas rompían ruidosamente. Todas las barcas de pesca habían sido varadas mucho más arriba de lo acostumbrado.

Anduvo hasta la orilla del mar y volvió a casa, luchando contra la presión del viento. No encontró a nadie. Cayó un fuerte chaparrón y pronto quedó empapado.

Fujiko lo esperaba en la galería, azotada por el viento, que hacía gotear la

lámpara de aceite. Todos estaban despiertos. Los criados transportaban los objetos de valor a la achaparrada caseta de adobe y al almacén de piedra del fondo del jardín.

El ventarrón no era todavía amenazador.

Una teja se desprendió al filtrarse el viento por debajo de un alero, y todo el tejado se estremeció. La teja cayó y se estrelló con gran ruido. Los criados corrían de un lado para otro, algunos, preparaban cubos para recoger el agua, otros procuraban reparar el tejado. El viejo jardinero, Ueki-ya, ayudado por los niños, ataba a estacas de bambú los arbustos tiernos y los arbolitos.

Otra ráfaga sacudió la casa.

—Va a derribarla, Mariko-san.

Ella no respondió, el viento azotaba a Mariko-san y a Fujiko y les arrancaba lágrimas. Blackthorne miró hacia el pueblo. Volaban escombros por todas partes. El viento penetró por una rendija del shoji de papel de una de las casas, y toda la pared desapareció, dejando sólo un esqueleto de listones. La pared opuesta se derrumbó, y se hundió todo el tejado.

Blackthorne se volvió, impotente, al ser arrancado el shoji de su habitación. Las paredes desaparecieron. Ahora podía ver a través de toda la casa. Pero los soportes del techo aguantaron, y el tejado de azulejos no se movió. Colchas, farolillos y esteras, arrastrados por el viento, eran perseguidos por los criados.

La tormenta destruyó las paredes de todas las casas de la aldea. Y algunas moradas quedaron totalmente arrasadas. No hubo heridos graves. Al amanecer amainó el viento, y los hombres y mujeres empezaron a reconstruir sus hogares.

A mediodía, las paredes de la casa de Blackthorne habían sido reparadas, y la mitad de la aldea volvía a tener su aspecto normal. Los tejados eran lo más difícil de reparar, pero todos se ayudaban mutuamente, sonriendo, con rapidez y habilidad. Mura recorría el pueblo, aconsejando, guiando, inspeccionando y dando instrucciones. Subió a la colina para ver cómo iban las cosas.

—Mura —dijo Blackthorne, buscando las palabras—, tú has hecho que esto pareciese fácil.

—Gracias, Anjín-san. Sí, muchas gracias, pero hemos tenido suerte de que no se haya producido ningún incendio.

—¿Vosotros incendios a menudo?

—Perdón, pero se dice: «¿Tenéis incendios a menudo?»

Blackthorne repitió la frase.

—Sí. Pero ordené que la aldea estuviese preparada. *Preparada*,

¿comprendes?

—Sí.

—Cuando estallan estas tormentas…

Mura se interrumpió y miró por encima del hombro de Blackthorne. Después, bajó la cabeza.

Omi se acercaba a paso ligero, mirando amistosamente a Blackthorne y como si Mura no existiese.

—Buenos días, Anjín-san —dijo.

—Buenos días, Omi-san. ¿Está tu casa bien?

—Muy bien, gracias. —Omi miró a Mura y dijo, bruscamente—: Los hombres deberían estar pescando o trabajando los campos. Y también las mujeres. Yabú-sama quiere sus impuestos. ¿Tratáis de avergonzarme delante de él con vuestra pereza?

—No, Omi-san. Discúlpame, por favor. Iré en seguida.

—No tendría que decírtelo. Y la próxima vez, no te lo diré.

—Te pido perdón por mi estupidez.

Y Mura se alejó rápidamente.

Omi habló largamente, pero Blackthorne no le entendió, como no había entendido lo que le había dicho a Mura, sólo alguna palabra de vez en cuando.

—Lo siento, pero no entiendo.

—¿Divertido? ¿Te gustó lo de ayer? ¿El ataque? ¿La batalla «simulada»?

—¡Ah! Ya entiendo. Sí, me pareció bien.

—¿Y lo que presenciaste?

—¿Perdón…?

—Lo que viste. El *ronín* Nebara Jozen y sus hombres. —Omi imitó un bayonetazo y se echó a reír—. Presenciaste su muerte. ¡Muerte! ¿Comprendes?

—¡Oh, sí! La verdad, Omi-san, no me gustan las muertes.

—*Karma*, Anjín-san.

—*Karma*. ¿Habrá hoy instrucción?

—Sí. Pero Yabú-sama sólo quiere hablar. Más tarde. ¿Comprendes, Anjín-san? Sólo hablar. Más tarde —repitió Omi, pacientemente.

—Sólo hablar. Comprendo.

—Estás empezando a hablar muy bien nuestra lengua. Sí. Muy bien.

—Gracias. Difícil. Poco tiempo.

—Sí. Pero eres un buen hombre y te esfuerzas mucho. Esto es importante. Te daremos tiempo, Anjín-san, no te preocupes. Yo te ayudaré. —Después dijo, y lo

repitió con claridad—: Quiero ser amigo tuyo. ¿Comprendes?

—¿Amigo? Comprendo la palabra «amigo».

Omi se señaló a sí mismo y, después, a Blackthorne.

—Quiero ser amigo tuyo.

—¡Ah! Gracias. Muy honrado.

Omi sonrió de nuevo, se inclinó, de igual a igual, y se alejó.

«¿Amigo suyo? —se dijo Blackthorne—. ¿Ha olvidado él? Yo, no.»

—¡Oh, Anjín-san! —exclamó Fujiko, corriendo hacia él—. ¿Quieres comer? Yabú-sama enviará pronto a buscarte.

—Sí, gracias. ¿Muchos destrozos? —preguntó él, señalando la casa.

—Perdona, lo siento, pero debes decir: «¿Ha habido muchos destrozos?»

—¿Ha habido muchos destrozos?

—Nada importante, Anjín-san.

—Bien. ¿No víctimas?

—Perdóname, pero debes decir: «¿Ha habido víctimas?»

—Gracias. ¿Ha habido víctimas?

—Ninguna, Anjín-san.

De pronto, Blackthorne se hartó de tantas correcciones y puso fin a la conversación con una orden:

—Estoy hambre. ¡Comida!

—Sí, inmediatamente. Pero debes decir: «Estoy *hambriento*.» Una persona tiene hambre, pero está hambrienta.

Esperó a que él lo repitiese correctamente, y se marchó.

Él se sentó en la galería y observó a Ueki-ya, el viejo jardinero, que recogía los desperdicios y las hojas caídas. Pudo ver mujeres y niños que reparaban la aldea, y barcas que se hacían a la mar y doblaban el cabo. Otros lugareños se dirigían a los campos, pues el viento había amainado. «Me pregunto qué impuestos deben pagar —se dijo—. Me fastidiaría ser campesino aquí. Y no sólo aquí, sino en cualquier parte.»

Al despuntar el día, le había impresionado la aparente devastación del pueblo.

—¿Por qué no construís con piedra o con ladrillos? —preguntó.

—Debido a los terremotos, Anjín-san. Un edificio de piedra se agrietaría y se derrumbaría, matando probablemente a sus habitantes. Con nuestro estilo de construcción, los daños no son grandes. Ya verás con qué rapidez se arregla todo.

—Sí, pero tenéis el peligro de incendio. ¿Y qué pasa cuando soplan los

Grandes Vientos, los *tai-fun*?

—Entonces lo pasamos muy mal.

Hacía unos días se produjo otro temblor de tierra. Había sido ligero. Una marmita se cayó del brasero, volcándolo. Afortunadamente, sólo había un pequeño rescoldo. Una casa del pueblo se incendió, pero el fuego no se extendió. Blackthorne no había visto nunca una lucha tan eficaz contra el fuego. Aparte esto, la gente de la aldea le había prestado poca atención. Se habían reído y continuado sus vidas como si tal cosa.

—¿Por qué se ríe la gente?

—Consideramos vergonzoso y descortés mostrar nuestros fuertes sentimientos y, en particular, el miedo, por esto lo disimulamos con la risa o la sonrisa.

«Pero algunos lo muestran», pensó Blackthorne.

Nebara Jozen lo había mostrado. Había muerto cobardemente, llorando de miedo, pidiendo clemencia, y su muerte había sido lenta y cruel. Lo dejaron correr, para pincharlo cuidadosamente con las bayonetas, entre carcajadas, obligándolo a correr de nuevo y acribillándolo a bayonetazos. Por último, lo dejaron que se arrastrase para morir desangrado.

Naga dirigió luego su atención a los otros samurais. Tres de los hombres de Jozen se habían arrodillado inmediatamente y descubierto el vientre para hacerse el harakiri ritual. Tres de sus camaradas se habían colocado detrás de ellos como ayudantes, y levantando sus largos sables. Cuando los samurais arrodillados fueron a coger sus cuchillos, dejando el cuello al descubierto, los tres sables cayeron y los decapitaron de un solo tajo.

Después, se arrodillaron otros dos samurais, haciendo el tercero de ayudante. El primero de ellos fue decapitado como sus camaradas. El otro dijo:

—No. Yo, Hirasaki Kenko, sé cómo hay que morir, cómo debe morir un samurai.

Kenko era un joven esbelto, perfumado y casi hermoso, de tez pálida y cabellos untados y bien peinados. Sacó reverentemente su cuchillo y envolvió parcialmente el arma con un cinto, para agarrarla mejor.

—Protesto de la muerte de Nebara Jozen-san y de sus hombres —dijo, con firmeza, inclinándose ante Naga. Dirigió su última mirada al cielo y la última y serena sonrisa a su ayudante—. *Sayonara*, Tadeo.

Clavó profundamente el cuchillo en el lado izquierdo de su vientre y dio un tajo horizontal con ambas manos, después, lo sacó, lo clavó justo encima del

pubis y cortó hacia arriba en silencio. Su ayudante descargó el sable en un solo arco fulgurante.

Naga recogió personalmente la cabeza y le cerró los ojos. Después dijo a sus hombres que la lavasen, y la envolviesen y la enviasen a Ishido con todos los honores y con un informe completo sobre la bravura de Hirasaki Kenko.

El último samurai se arrodilló. No quedaba nadie para ayudarle. También era joven. Sus dedos temblaban, y el miedo lo consumía. Tres veces había cumplido su deber con sus camaradas. Nunca hasta entonces había matado.

Contempló el cuchillo. Descubrió su vientre. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, pero las ocultó bajo una máscara sonriente. Naga hizo una seña a su lugarteniente.

Éste avanzó, saludó y se presentó ceremoniosamente:

—Osaragi Nampo, capitán de la Novena Legión del señor Toranaga. Sería un honor para mí servirte de ayudante.

—Ikomo Tadeo, primer oficial, vasallo del señor Ishido. Gracias. Acepto tu ayuda como un honor.

Su muerte fue rápida, indolora y honrosa.

Recogieron las cabezas. Más tarde, Jozen pareció revivir. Sus manos frenéticas trataron inútilmente de cerrar su vientre.

Lo abandonaron a los perros, que habían subido de la aldea.

CAPÍTULO XXXIV

Diez días después de la muerte de Jozen y sus hombres, a la Hora del Caballo, las once de la mañana, un convoy de tres galeras dobló el cabo de Anjiro. Iban llenas de soldados. Toranaga desembarcó. Le acompañaba Buntaro.

—Primero quiero ver una maniobra de ataque, Yabú-san, con los quinientos hombres primitivos —dijo Toranaga—. En seguida.

—¿No podría ser mañana? Así tendría tiempo de hacer los preparativos. Y debes de estar cansado…

—No lo estoy, gracias —respondió Toranaga, con deliberada brusquedad—. No necesito «defensores», ni gritos, ni muertes simuladas. No olvides, viejo amigo, que he actuado lo bastante en las comedias Noh como para saber usar mi imaginación.

Estaban en la playa, junto al muelle. Toranaga estaba rodeado de sus guardias escogidos, y otros desembarcaban de la galera atracada. Otros mil samurais, poderosamente armados, se apretujaban en las dos galeras que esperaban cerca de la orilla.

—¡Cuida de ello, Igurashi! —gritó Yabú, disimulando su ira.

Desde que envió el primer mensaje sobre la llegada de Jozen, sólo había recibido informes insignificantes de su red de espionaje en Yedo y esporádicas y vagas respuestas de Toranaga a sus cada vez más apremiantes mensajes. Hasta que, cuatro días atrás, recibió ésta: «Los responsables de la muerte de Jozen serán castigados. Permanecerán en sus puestos, pero arrestados hasta que pueda consultar con el señor Ishido.» Y ayer, la bomba: «Hoy he recibido la invitación formal del nuevo Consejo de Regencia para la Ceremonia de las Flores, en Osaka. ¿Cuándo piensas partir? Te aconsejo que lo hagas inmediatamente.»

—Te está obligando a comprometerte —respondió Igurashi—. Hagas lo que hagas, estás atrapado.

—Yo también lo creo —dijo Omi.

Y hoy, en la playa, Yabú daba gracias a su *kami* guardián, que lo había inducido a aceptar el consejo de Omi de permanecer aquí hasta el último momento, hasta dentro de tres días.

—Respecto a tu último mensaje, llegado ayer, Toranaga-sama —dijo Yabú —, supongo que no irás a Osaka, ¿verdad?

—¿Y tú?

—Te considero mi jefe, y, naturalmente, esperaba tu decisión.

—Mi decisión es fácil, Yabú-sama. En cambio, la tuya es difícil. Si vas los regentes te harán trizas por haber matado a Jozen y a sus hombres. Ishido está furioso… y con razón. *¿Neh?*

—Yo no lo hice, señor Toranaga. La destrucción de Jozen, sin duda merecida, se realizó contra mis órdenes.

—Fue una suerte que lo hiciese Naga-san, *¿neh?* Si no, habrías tenido que hacerlo tú. Más tarde discutiremos esto. Ahora, ven y charlaremos mientras nos dirigimos al campo de instrucción. No hay que perder tiempo. —Y Toranaga se echó a andar a paso vivo, seguido de cerca por sus guardias—. Sí, estás realmente ante un dilema, viejo amigo. Tal vez deberías hacer lo que sugeriste la última vez que estuve en Anjiro. Me alegraría ser tu ayudante. Tal vez tu cabeza mitigaría el mal humor de Ishido cuando me reúna con él.

—Mi cabeza no tiene valor para Ishido.

—No es ésa mi opinión.

Buntaro fue a su encuentro.

—Discúlpame, señor. ¿Dónde quieres que se alojen los hombres?

—En la meseta. Establece allí tu campamento permanente. Doscientos guardias quedarán conmigo en la fortaleza.

—¿Un campamento permanente? —preguntó Yabú—. ¿Vas a quedarte aquí?

—No, sólo mis hombres. Si la maniobra sale bien, como creo, formaremos nueve batallones de asalto, de quinientos samurais cada uno.

—¿Tendremos nueve batallones de asalto?

—Sí. Constituirán un regimiento. Al mando de Buntaro.

—Tal vez sería mejor que yo me encargase de eso. Él…

—Olvidas que el Consejo se reúne dentro de breves días. ¿Cómo puedes mandar un regimiento si marchas a Osaka? ¿No has preparado tu partida?

Yabú se detuvo.

—Somos aliados. Convinimos en que tú eres el jefe, y orinamos para sellar el trato. Yo lo he cumplido y sigo cumpliéndolo. Ahora, pregunto: ¿Cuál es tu plan? ¿Vamos o no vamos a la guerra?

—Nadie me ha declarado la guerra. Todavía.

Yabú ardía en deseos de sacar la espada Yoshitomo y derramar la sangre de

Toranaga sobre el polvo, de una vez para siempre y costase lo que costase. Podía sentir el aliento de los guardias de Toranaga a su alrededor, pero ya no le importaba.

—¿No será el Consejo tu sentencia de muerte? Tú mismo lo dijiste. En cuanto se reúnan, tendrás que obedecer. *¿Neh?*

—Desde luego.

Toranaga alejó a los guardias con un ademán y se apoyó tranquilamente en su sable, separadas y firmes las robustas piernas.

—Entonces, ¿cuál es tu decisión? ¿Qué te propones?

—Primero, ver la maniobra.

—¿Y después?

—Ir a cazar.

—¿Vas a ir a Osaka?

—Naturalmente.

—¿Cuándo?

—Cuando me plazca.

—¿Quieres decir, no cuando le plazca a Ishido?

—Quiero decir cuando me plazca. Y ahora dime: ¿qué ocurrió exactamente entre Jozen y Naga-san?

Yabú le contó la verdad, pero omitiendo la circunstancia de que Naga había sido inducido por Omi.

—¿Y mi bárbaro? ¿Cómo se porta Anjín-san?

—Bien, muy bien.

Yabú le habló del frustrado harakiri de la primera noche y de cómo doblegó a Anjín-san para su mutua ventaja.

—Muy astuto —dijo Toranaga, lentamente—. Nunca me habría imaginado que intentase el harakiri. Muy interesante.

—Fue una suerte el que dijese a Omi que estuviese preparado.

Yabú esperó con impaciencia que Toranaga dijese algo más. Pero éste guardó silencio. Por fin, dijo Yabú:

—La noticia que te envié sobre el nombramiento del señor Ito como regente… ¿Lo sabías ya?

—Había oído rumores. Ito es un magnífico elemento para Ishido.

—Pero su voto te destruirá.

—Si se celebra el Consejo.

—¡Ah! Entonces, ¿tienes un plan?

—Yo siempre tengo un plan… o varios planes, ¿no lo sabías? Pero, ¿cuál es el tuyo, aliado? Si quieres marcharte, márchate. Si quieres quedarte, quédate. ¡Elige!

Y siguió andando.

Mariko entregó a Toranaga un rollo de apretada escritura.

—¿Es esto todo? —preguntó él.

—Sí, señor —respondió ella, molesta por el olor del mal ventilado camarote —. Mucho de lo que hay en el Manual de Guerra estará repetido, pero yo tomé notas cada noche y lo escribí todo según se producía o, al menos, lo intenté. Es casi como un Diario de todo lo que se ha dicho y ha sucedido desde que te marchaste.

—Bien. ¿Lo ha leído alguien más?

—No, que yo sepa. —Agitó el abanico para refrescarse—. La consorte de Anjín-san y los criados me vieron cuando lo escribía, pero siempre lo tuve guardado bajo llave.

—¿Cuáles son tus conclusiones?

Ella reflexionó un momento y dijo, con seguridad:

—El Regimiento de Mosquetes ganaría una batalla. Los bárbaros podrían destruirnos, si desembarcasen en gran número, con mosquetes y cañones. Debes tener una flota bárbara. Hasta ahora, los conocimientos de Anjín-san han tenido un valor enorme para ti, hasta el punto de que deberían mantenerse secretos, sólo para tus oídos. Puestos en malas manos, estos conocimientos serían fatales para ti.

—¿Quién comparte ahora sus conocimientos?

—Yabú-san sabe muchas cosas, pero Omi-san sabe más, porque es muy intuitivo. Igurashi-san, Naga-san y los soldados… Los soldados comprenden naturalmente la estrategia, pero no los detalles, ni los conocimientos políticos y generales de Anjín-san. Desde luego, éste sólo nos ha explicado algunas cosas, pero su saber es muy vasto, y su memoria, casi perfecta. Con paciencia puede proporcionarte una imagen exacta del mundo, de sus costumbres y peligros. Si es que dice la verdad.

—¿La dice?

—Creo que sí.

—¿Qué opinas de Yabú?

—Yabú-san es un hombre violento y sin escrúpulos. Tiene destellos de astucia e incluso de gran inteligencia. Es peligroso como enemigo y como aliado.

—Unas virtudes recomendables. ¿Y sus defectos?

—Es mal administrador. Sus campesinos se rebelarían si tuviesen armas.

—¿Por qué?

—Cobra impuestos excesivos, ilegales. El setenta y cinco por ciento de todo el arroz, la pesca y los productos. Y ha implantado tasas sobre las cabezas, las tierras, las barcas, las ventas, hasta la última barrica de saké. Todo está tasado en Izú.

—Dime más cosas de Yabú.

—Come poco y su salud parece buena, pero Suwo, el masajista, cree que padece del riñón. Tiene algunos hábitos curiosos.

—¿Qué?

Ella le contó lo de la Noche de los Gritos.

—El padre de Yabú solía también cocer a sus enemigos. Una pérdida de tiempo. Pero puedo comprender su necesidad de hacerlo de vez en cuando. ¿Y su sobrino, Omi?

—Muy astuto. Muy inteligente. Absolutamente fiel a su tío.

—¿Y la familia de Omi?

—Su madre es… bastante severa con Midori, su esposa. Ésta es samurai, amable, enérgica y muy buena. Todos son vasallos leales de Yabú-san. En la actualidad, Omi-san no tiene consortes, aunque Kikú, la más famosa cortesana de Izú, es casi como una consorte. Si él pudiese comprar su contrato, creo que la traería a su casa.

—¿Me ayudaría contra Yabú, si se lo pidiese?

Ella reflexionó un momento. Después, movió la cabeza.

—No, señor. No lo creo. Creo que es vasallo de su tío.

—¿Y Naga?

—Un magnífico samurai. Vio en seguida el peligro de Jozen-san y sus hombres, y zanjó la cuestión.

—Creo que fue un estúpido… al convertirse en muñeco de Yabú.

Ella se arregló un pliegue del quimono y no contestó.

—Háblame ahora de Anjín-san —dijo Toranaga, abanicándose.

Ella había estado esperando esto, pero, ahora, todas las inteligentes observaciones que pensaba hacer se habían desvanecido en su cabeza.

—¿Y bien?

—Debes juzgar por lo que se dice en el rollo, señor. En ciertos aspectos, es un hombre inexplicable. Desde luego, su educación y su herencia son completamente distintas de las nuestras. Es un tipo muy complicado y que escapa a nuestra…, a mi comprensión. Solía ser muy franco. Pero, desde que intentó el harakiri, ha cambiado. Es más reservado.

Le contó lo que había dicho y hecho Omi aquella primera noche. Y lo referente a la promesa de Yabú.

—¡Ah! ¿Fue Omi, no Yabú-san, quien le detuvo?

—Sí.

—Y Yabú siguió el consejo de Omi.

—Exacto, señor.

—Luego Omi es el consejero. Muy interesante. Supongo que Anjín-san no esperará que Yabú cumpla su promesa, ¿eh?

—Sí. Está seguro.

—¡Qué infantil! —rió Toranaga—. Háblame de su consorte.

Ella se lo contó todo.

—Bien. —Le complacía que su elección de Fujiko y su plan hubiese funcionado tan bien—. ¡Bravo! Estuvo muy acertada en lo de las pistolas. ¿Qué tal las costumbres de Anjín-san?

—Casi todas normales, aunque muestra una extraña repugnancia a hablar de juegos de almohada y una curiosa renuncia a comentar las funciones más naturales. —Le explicó también su desacostumbrada afición a la soledad y su pésimo gusto en lo tocante a la comida—. Por lo demás, es atento, razonable, listo y buen alumno, y siente mucha curiosidad por nosotros y nuestras costumbres. Yo le he explicado algo sobre nuestro estilo de vida y nuestra historia, sobre el Taiko y los problemas actuales de nuestro Reino.

—¿Y sobre el Heredero?

—Sí, señor. ¿Hice mal?

—No. Te dije que debías educarlo. ¿Qué tal va su japonés?

—Muy bien, dadas las circunstancias. Con el tiempo, hablará perfectamente nuestra lengua. Es un buen discípulo, señor.

—¿Y tú, Mariko-san? ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, señor. Y me alegro mucho de tu buen aspecto ¿Puedo felicitarte por el nacimiento de tu nieto?

—Sí, gracias. Estoy muy contento. El chico tiene buena constitución y

parece sano.

—¿Y dama Genjiko?

—Tan fuerte como siempre —gruñó Toranaga, y, después, frunció los labios y reflexionó un momento—. Tal vez podrías recomendarme una madre adoptiva. —Había la costumbre de que los hijos de los samurais importantes tuviesen una madre adoptiva, para que la madre natural pudiese cuidar del marido y del gobierno de la casa, dejando a aquélla la crianza del pequeño—. Aunque temo que no será fácil encontrar la persona adecuada. Dama Genjiko tiene un carácter un poco difícil para sus servidores, *¿neh?*

—Estoy seguro de que encontrarás la persona perfecta, señor. Te prometo pensar en ello —respondió Mariko, convencida de la inutilidad de su consejo, pues no había mujer capaz de satisfacer al mismo tiempo al señor Toranaga y a su nuera.

—Gracias. Pero, ¿y tú, Mariko? ¿Qué me dices de ti?

—Estoy bien, señor. Gracias.

—¿Y tu conciencia cristiana?

—No hay conflicto, señor. He hecho todo lo que podía desear. De veras.

Toranaga la observó fijamente. Vio la inocencia reflejada en sus ojos.

—Te has portado bien, Mariko-san. Continúa igual.

—Sí, señor, gracias. Una cosa: Anjín-san tiene gran necesidad de una gramática y de un diccionario.

—Los he pedido a Tsukku-san. —Advirtió que ella fruncía el ceño—. ¿Piensas que no los enviará?

—Te obedecerá, naturalmente. Pero quizá no con la rapidez que tú deseas.

—Pronto lo sabré —dijo Toranaga, en tono amenazador—. Sólo le quedan trece días.

—¿Cómo señor? —dijo Mariko, sobresaltada y sin comprender.

—Bueno —dijo Toranaga, con indiferencia, disimulando su momentáneo desliz—, cuando estábamos a bordo del barco portugués, me pidió permiso para visitar Yedo. Se lo otorgué, pero dándole un plazo de cuarenta días. Ahora quedan trece. ¿No fueron cuarenta días los que estuvo aquel bonzo, aquel profeta, Moisés, en la montaña, para recoger los mandamientos de «Dios» grabados en piedra?

—Sí, señor.

—¿Crees que esto sucedió?

—Sí. Pero no sé cómo ni por qué.

—Discutir las «cosas de Dios» es perder el tiempo, *¿neh?*

—Si buscas hechos, sí, señor.

—En la espera de ese diccionario, ¿has tratado de hacer uno?

—Sí Toranaga-sama, aunque temo que no es muy bueno. Desgraciadamente, parece haber muy poco tiempo y muchos problemas. Aquí… y en todas partes —añadió, con intención.

Toranaga asintió con la cabeza, dándose cuenta de que ella habría querido preguntarle muchas cosas: sobre el nuevo Consejo y el nombramiento de Ito y la sentencia de Naga y la inminencia de la guerra.

—Es una suerte que haya vuelto tu marido, *¿neh?*

—Nunca pensé que salvaría la vida —dijo ella, dejando de abanicarse—. Nunca. He rezado y quemado incienso todos los días por su memoria.

Buntaro le había contado esta mañana que otro contingente de samurais de Toranaga había cubierto su retirada desde el muelle, permitiéndole cruzar los suburbios de Osaka sin tropiezo. Después, con cincuenta hombres disfrazados de bandidos, y caballos de repuesto, se había lanzado a los montes y galopado por senderos en dirección a Yedo. Dos veces lo alcanzaron sus perseguidores, y una le tendieron una emboscada en la que perdió a todos sus hombres menos cuatro, pero logró escapar y se adentró más en el bosque y siguió galopando de noche y durmiendo durante el día. Había tardado veinte días en llegar a Yedo. Sólo dos de sus hombres habían sobrevivido.

—Fue casi un milagro —dijo ella—. Pensé que estaba poseída por un *kami* cuando lo vi a tu lado en la playa.

—Es inteligente. Muy vigoroso y muy inteligente.

—¿Puedo pedirte noticias del señor Hiro-matsu, señor? ¿Y de Osaka? ¿Y de dama Kiritsubo y dama Sazuko?

Toranaga le informó, en tono indiferente, de que Hiro-matsu había regresado a Yedo el día antes de partir él, y de que las damas habían decidido quedarse en Osaka por motivos de salud de dama Sazuko. No había necesidad de decir más. Tanto él como Mariko sabían que esto no era más que una fórmula para salvar la dignidad y que el general Ishido nunca permitiría que se le escapasen tan valiosos rehenes, ahora que tenía a Toranaga fuera de su alcance.

—Nada puede hacerse —dijo él—. Es *karma, ¿neh?*

—Sí.

Toranaga cogió el rollo.

—Ahora debo leer esto. Gracias, Mariko-san. Lo has hecho muy bien. Por

favor, trae a Anjín-san a la fortaleza al amanecer.

—Señor, ahora que mi amo está aquí, debería…

—Tu marido está conforme en que, mientras yo esté aquí, permanecerás donde estás y actuarás de intérprete como hasta ahora.

—Pero debo montar la casa para mi señor. Necesitará criados y una casa.

—En este momento, esto sería una pérdida de tiempo, de dinero y de esfuerzos. Permanecerá con la tropa o en casa de Anjín-san, lo que él prefiera.

—Sí. Discúlpame, señor.

Y se marchó.

Toranaga leyó cuidadosamente el rollo. Y el Manual de Guerra. Después releyó parte del primero. Los guardó en lugar seguro, puso guardias en el camarote y subió a cubierta.

Amanecía. El día se anunciaba cálido y nublado. Canceló la reunión con Anjín-san que tenía proyectada y cabalgó hacia la meseta con un centenar de guardias. Allí recogió a sus halconeros y tres halcones, y cazó en veinte *ri*. Al mediodía, había capturado tres faisanes, dos grandes becadas, una liebre y un montón de codornices. Envió un faisán y la liebre a Anjín-san, y el resto a la fortaleza. Algunos de sus samurais no eran budistas, y él toleraba sus costumbres dietéticas. En cuanto a él, comió un poco de arroz frío con pasta de pescado, unas algas en adobo y unas tiras de jengibre. Después, se acurrucó en el suelo y se durmió.

Era muy entrada la tarde y Blackthorne estaba en la cocina, silbando alegremente. A su alrededor, estaban el cocinero jefe, su ayudante, el preparador de verduras, el preparador de pescados y sus ayudantes, todos sonrientes, pero molestos por dentro, porque su amo estaba en la cocina con su ama y también porque les había dicho que iba a hacerles el honor de enseñarles a preparar y cocinar la liebre a su manera.

En cuanto al faisán, lo había colgado ya en un alero de una caseta exterior, con severas instrucciones de que nadie, *nadie*, debía tocarlo, salvo él mismo.

Sintiéndose joven de nuevo —pues una de sus primeras tareas había sido limpiar las piezas que él y su hermano cazaban furtivamente y con grandes riesgos, en las fincas de los alrededores de Chatham—, escogió un cuchillo largo y curvo. El jefe sushi palideció. Era su cuchillo predilecto, con un filo especialmente vaciado para que las tajadas de pescado crudo fuesen siempre

cortadas a la perfección. Todos los demás sabían esto y contuvieron el aliento, acentuando su sonrisa para ocultar su preocupación por él, mientras él sonreía más para disimular su vergüenza.

Blackthorne abrió la panza de la liebre y extrajo el estómago y las entrañas. Una de las doncellas más jóvenes se estremeció y huyó sin hacer ruido. Fujiko resolvió ponerle una multa de un mes de sueldo, lamentando no ser también una campesina para poder huir sin mengua de su honor.

Después, observaron, pasmados, cómo cortaba Blackthorne las patas del animal y lo despellejaba. A continuación, lo colocó sobre la tabla de trinchar, lo decapitó y se dedicó a desarticular las patas y trocear el cuerpo de la liebre. Otra doncella escapó sin que los otros lo advirtiesen.

—Ahora quiero una olla —dijo Blackthorne, con un guiño de satisfacción.

Nadie le respondió. Siguieron mirándolo y sonriendo inexpresivamente. Entonces vio un grande e inmaculado caldero de hierro. Lo asió con sus ensangrentadas manos, lo llenó de agua, lo puso sobre el fuego y echó en él los trozos de carne.

—Ahora, algunas verduras y especias —dijo.

—*¿Dozo?* —preguntó Fujiko, con voz ronca.

Él no conocía las palabras japonesas y miró a su alrededor. Había algunas zanahorias en un cesto, y unas raíces que parecían rábanos. Los limpió, los cortó y los echó en la olla, añadiendo sal y un poco de salsa de soja.

—Necesitaría cebollas y ajos, y vino de Oporto.

—*¿Dozo?* —volvió a preguntar Fujiko, sin comprender.

—*Kotaba sbirimasen*. (No sé las palabras.)

Ella no le corrigió esta vez, sino que cogió una cuchara y se la ofreció. Él movió la cabeza.

—Saké —dijo.

El ayudante de cocinero salió de su inmovilidad y le entregó el barrilito de madera.

—*Domo*.

Blackthorne vertió una taza llena y añadió otra para no quedarse corto.

—*Kotaba shirimasen* (Este guiso será magnífico). *Ichi-ban, ¿neh?* —dijo, señalando la humeante olla.

—*Hai* —dijo Fujiko, sin la menor convicción.

—*Okuru tsukai arigato* Toranaga-sama (Envía un mensajero a dar las gracias al señor Toranaga) —dijo Blackthorne, y nadie corrigió su mal japonés.

—*Hai*.

Fujiko salió y se dirigió corriendo a la letrina, una pequeña choza situada en espléndido aislamiento cerca de la puerta principal del jardín. Estaba muy mareada.

—¿Te sientes bien, señora? —preguntó Nigatsu, su doncella, mujer de edad madura, rechoncha, y que estaba al cuidado de Fujiko desde que ésta era pequeña.

—¡Vete! Pero antes tráeme un poco de cha. ¡No! Tendrías que entrar en la cocina… ¡Oh, oh, oh!

—Tengo cha aquí, señora. Pensamos que lo necesitarías y hervimos el agua en otro brasero. ¡Aquí!

—¡Oh! ¡Eres muy lista! —dijo Fujiko, pellizcando cariñosamente la redonda mejilla de Nigatsu, mientras acudía otra doncella para abanicarla.

Después, se enjugó los labios con una toalla de papel y se sentó, aliviada, sobre un cojín, en la galería.

—¡Oh, esto es mejor!

—¿Qué pasa allá dentro, señora? Nosotras no nos atrevimos siquiera a mirar.

—No te preocupes. El amo…, el amo… Déjalo correr. Sus costumbres son raras, pero es nuestro *karma*.

Entonces vio que se acercaba ceremoniosamente el jefe de la cocina, y su corazón se encogió un poco más. Él, un hombrecillo delgado y tieso, de grandes pies y dientes de gamo, se inclinó respetuosamente. Antes de que pudiese pronunciar una palabra, Fujiko le dijo:

—Compra cuchillos nuevos en la aldea. Y una olla para cocer el arroz. Una nueva tabla de trinchar, nuevos recipientes para el agua… y todos los utensilios que consideres necesarios. Los que ha empleado el amo quedarán reservados para su uso exclusivo. Si quieres, puedes construir otra cocina donde pueda el amo hacer sus guisos si lo desea… hasta que hayas aprendido.

—Gracias, Fujiko-sama —dijo el cocinero—. Discúlpame por venir a molestarte, discúlpame, por favor, pero conozco un cocinero muy bueno en la aldea vecina. No es budista, e incluso estuvo con el Ejército en Corea. Él sabrá cocinar para el amo mucho mejor que yo.

—Cuando quiera cambiar de cocinero, te lo diré. Mientras tanto, seguirás siendo aquí el jefe de cocina —dijo ella—. Aceptaste el cargo por seis meses.

—Sí, señora —dijo el cocinero, muy digno por fuera y temblando por dentro, porque Fujiko-noh-Anjín era un ama con la que no se podía jugar—. Perdóname,

por favor, pero yo fui contratado como cocinero…, no como carnicero. Los eta son carniceros. Claro que no podemos traer eta aquí, pero el otro cocinero de que te hablé no es budista como yo, ni como mi padre y mis antepasados, señora, que nunca, nunca… Por favor, ese nuevo cocinero podría…

—Tú seguirás cocinando aquí como hasta ahora. Yo encuentro excelente tu cocina, digna de un maestro cocinero de Yedo. Incluso envié una de tus recetas a dama Kiritsubo, en Osaka.

—¡Oh! Gracias. Me haces demasiado honor. ¿Qué receta fue, señora?

—La de angulas y medusa, con ostras partidas y una pizca de soja, que tú haces tan bien. ¡Es excelente! Lo mejor que jamás he comido.

—¡Oh, gracias, señora!

—Aunque tus sopas dejan mucho que desear.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento!

—Más tarde discutiremos esto. Gracias, cocinero —dijo ella, en tono de despedida.

Pero el hombrecillo se mantuvo terco, aunque sumiso.

—Por favor, perdóname, señora, pero *oh ko*, con toda humildad, si el amo…, cuando el amo…

—Cuando el amo te mande cocinar o trinchar carne o lo que sea, lo harás inmediatamente. Como un servidor leal. Sin embargo, como puedes tardar mucho tiempo en aprender, tal vez podrías ponerte de acuerdo con ese otro cocinero para que te visite los raros días en que tu amo quiera comer a su manera.

Satisfecho su honor, el cocinero sonrió e hizo una reverencia.

—Gracias. Sírvete disculpar mi petición de consejo.

—Naturalmente, pagarás al cocinero sustituto de tu propio salario.

Fujiko percibió el olor de la liebre que se empezaba a cocer. «¿Qué pasará si me pide que coma con él? —se dijo y casi se estremeció—. En todo caso, tendré que servirle. ¿Cómo no marearme? No, no me marearé. —Pensó, resueltamente —. Es mi *karma*.»

Se oyeron pisadas de caballos junto a la puerta. Buntaro desmontó y despidió a sus hombres. Después, sudoroso y polvoriento, cruzó el jardín, acompañado solamente de su guardia personal. Llevaba su enorme arco y el carcaj sobre la espalda. Fujiko se inclinó profundamente, aunque lo odiaba. Su tío era famoso por sus salvajes accesos de ira.

—Entra, por favor, tío. Eres muy amable al visitarnos tan pronto —dijo

Fujiko.

—Hola, Fujiko-san. Tú… ¿Qué es esa peste?

—Mi señor está cocinando una pieza que le envió el señor Toranaga… y enseña a cocinar a mis míseros criados.

—Si quiere cocinar, supongo que puede hacerlo, aunque… —Buntaro frunció la nariz con desagrado—. Sí, el amo puede hacer lo que quiera dentro de su casa, mientras no vulnere la ley ni moleste a los vecinos.

—Confío en que nadie se sentirá molesto —dijo ella, inquieta, pensando qué mala pasada estaría él fraguando—. ¿Querías ver a mi señor? —añadió y empezó a levantarse, pero él la detuvo.

—No, no lo molestes. Esperaré —dijo ceremoniosamente.

Ella sintió que se le encogía el corazón, pues Buntaro no era famoso por sus buenos modales y su cortesía era siempre peligrosa.

—Te pido disculpas por presentarme así, sin previo aviso —siguió diciendo él—, pero el señor Toranaga me dijo que tal vez podría usar el baño y alojarme aquí. Sólo de vez en cuando. ¿Querrás preguntar más tarde a Anjín-san si me da su permiso?

—Con mucho gusto —dijo ella, siguiendo el ritual acostumbrado, pero aborreciendo la idea de tener a Buntaro en su casa—. Estoy segura de que él lo considerará un honor, tío. ¿Puedo ofrecerte cha o saké mientras esperas?

—Saké, gracias.

Nigatsu, la doncella, puso un cojín en la galería y corrió en busca del saké.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó Buntaro—. ¿Con Anjín-san?

—No, Buntaro-sama. Recibió la orden de presentarse en la fortaleza, donde…

—¿La *orden*? ¿De quién? ¿De Kasigi Yabú?

—¡Oh, no! Del señor Toranaga, señor, cuando volvió de la caza esta tarde.

—¡Ah, el señor Toranaga! —dijo Buntaro, algo más apaciguado y contemplando, a través de la bahía, la fortaleza donde ondeaba el estandarte de Toranaga al lado del de Yabú.

—¿Quieres que envíe a alguien a buscarla?

Él negó con la cabeza.

—Ya tendré tiempo de verla —suspiró, y miró atravesadamente a su sobrina, hija de su hermana menor—. Puedo sentirme feliz de tener una esposa tan eficiente, *¿neh?*

—Sí, señor. Así es. Ella ha sido sumamente valiosa para interpretar los

conocimientos de Anjín-san.

Buntaro contempló la fortaleza y olió el aire, al venir otra ráfaga de olor de la cocina.

—Es como estar en Nagasaki o de nuevo en Corea. Siempre están cociendo carne, hirviéndola o asándola. Los coreanos son animales, parecen caníbales. El olor a ajo impregna la ropa y los cabellos.

—Debió de ser terrible.

—La guerra fue buena. Podíamos haber triunfado fácilmente. E invadido China. Y civilizado ambos países. —Buntaro enrojeció y su voz se hizo más ronca—. Pero no lo hicimos. Fracasamos y tuvimos que volver, avergonzados, porque nos traicionaron. Unos puercos traidores que ocupaban puestos encumbrados.

—Es triste, pero tienes razón, Buntaro-sama. Tienes toda la razón —dijo ella, apaciguadora, mintiendo sencillamente, pues sabía que ninguna nación del mundo podía conquistar China, ni civilizarla, pues era ya civilizada en los viejos tiempos.

Latió una vena en la frente de Buntaro, y éste dijo, casi hablando consigo mismo:

—Pero lo pagarán. Todos ellos. Los traidores. Sólo es cuestión de esperar a la orilla del río a que pasen flotando los cadáveres de los enemigos, *¿neh?* —La miró y añadió—: Odio a los traidores y a los adúlteros. ¡Y a todos los embusteros!

—Sí. Tienes razón, Buntaro-sama —dijo ella, estremecida, sabiendo que su ferocidad no tenía límites.

Cuando Buntaro tenía dieciséis años, había ejecutado a su propia madre, consorte poco importante de Hiro-matsu, por sospecha de infidelidad mientras éste estaba en la guerra, luchando por el señor Goroda, el Dictador. Años más tarde, había matado a su primogénito, hijo de su primera esposa, por presuntos insultos, y a ella la había enviado con su familia, donde se había suicidado, incapaz de soportar su vergüenza. Había hecho cosas terribles a sus consortes y a Mariko.

Y había disputado violentamente con el padre de Fujiko, acusándolo de cobardía en Corea y desacreditándolo ante el Taiko, el cual le había ordenado que se afeitase la cabeza y se hiciese monje, provocando su prematura muerte, roído por la vergüenza.

Llegó el saké y Buntaro empezó a beber a grandes tragos.

Cuando hubo pasado el tiempo correcto de espera, Fujiko se levantó.

—Discúlpame un momento, por favor.

Se dirigió a la cocina a avisar a Blackthorne y a pedirle permiso para alojar a Buntaro en la casa, y volvió al cabo de un momento, con el pecho dolorido.

—Mi señor dice que se siente honrado de tenerte aquí. Su casa es tu casa.

—¿Qué efecto te produce ser consorte de un bárbaro?

—Al principio pensé que sería horrible. Pero Anjín-san es *hatamoto* y, por ende, samurai. Supongo que es un hombre como otro cualquiera, aunque tiene algunas costumbres muy raras.

—¡Quién habría pensado que una mujer de nuestra casa sería consorte de un bárbaro, aunque sea hatamoto!

—No tenía elección. Me limité a obedecer al señor Toranaga y al abuelo, al jefe de nuestro clan.

—Sí. —Buntaro apuró su taza de saké y ella volvió a llenarla—. La obediencia es importante en una mujer. Y Mariko-san es obediente, ¿no?

—Sí, señor —dijo ella, mirando su fea cara de mono—. Sólo te ha traído honor. Sin dama Mariko, tu esposa, el señor Toranaga no habría podido asimilar los conocimientos de Anjín-san.

Él sonrió aviesamente.

—He oído decir que apuntaste con pistolas a la cara de Omi-san.

—Fue en cumplimiento de mi deber, señor.

—¿Dónde aprendiste a usar las pistolas?

—Nunca había empuñado una hasta entonces. Y no sabía si estaban cargadas. Pero habría apretado los gatillos.

Buntaro se echó a reír.

—Omi-san también lo pensó.

—Después, aprendí a disparar.

—¿Te enseñó él?

—No, uno de los oficiales del señor Toranaga.

—¿Por qué?

—Mi padre no permitió nunca que sus hijas aprendiesen a manejar el sable o la lanza. Pensaba, y yo creo que con razón, que debíamos dedicar nuestro tiempo a aprender cosas más delicadas. Pero, a veces, una mujer tiene que proteger a su señor y su casa. La pistola es un arma buena para una mujer, muy buena. No requiere fuerza ni mucha práctica. Tal vez ahora podría ser más útil a mi señor,

pues sin duda volaría la cabeza a cualquiera para protegerlo y por el honor de nuestra casa.

Buntaro apuró su taza.

—Me sentí orgulloso cuando me enteré de que le habías plantado cara a Omi-san. Hiciste lo que debías. El señor Hiro-matsu se sentirá también orgulloso de ti.

—Gracias, tío, pero sólo cumplí un deber elemental. —Se inclinó ceremoniosamente—. Mi señor pregunta si le harás el honor de hablar con él ahora, si no te molesta.

Él siguió el ritual:

—Dale las gracias de mi parte, por favor, pero, ¿podría bañarme primero? Si a él le parece bien, hablaremos cuando regrese mi esposa.

CAPÍTULO XXXV

Blackthorne esperaba en el jardín. Ahora vestía el uniforme Pardo que le había regalado Toranaga, con sables al cinto y una pistola oculta debajo de éste. De las apresuradas explicaciones de Fujiko y, después, de los sirvientes, había deducido que tenía que recibir a Buntaro con toda ceremonia, pues el samurai era un general importante, un hatamoto, y el primer invitado de la casa. Por consiguiente, se había bañado y cambiado rápidamente, y dirigido al lugar que le habían preparado.

Vio que Mariko salió de la casa y cruzaba el jardín. Parecía una estatuilla de porcelana, siguiendo a Buntaro a medio paso de distancia. La acompañaban Fujiko y las doncellas.

Blackthorne hizo una reverencia.

—*Yokoso oide kudasareta*, Buntaro-san. (Bien venido a mi casa, Buntaro-san.)

Todos correspondieron a su saludo. Buntaro y Mariko se sentaron en sendos cojines frente a él. Fujiko se sentó detrás de él. Nigatsu y la doncella Koi empezaron a servirles té y saké. Buntaro y Blackthorne tomaron saké.

—*Domo*, Anjín-san. *¿Ikaga desu ka?*

—*Ii. ¿Ikaga desu ka?*

—*Ii. Kowa jozuni shabereru yoni natta na*. (Bueno, empiezas a hablar muy bien el japonés.)

Pronto se perdió Blackthorne en la conversación, pues Buntaro se comía las palabras y hablaba descuidadamente y muy de prisa.

—Perdón, Mariko-san, no he comprendido esto.

—Mi esposo desea darte las gracias por haber intentado salvarlo. Con el remo. ¿Te acuerdas? Cuando escapamos de Osaka.

—*¡Ah, so desu! Domo*. Dile, por favor, que todavía creo que habríamos podido acercarnos al muelle. Sobraba tiempo. Aquella doncella se ahogó innecesariamente.

—Él dice que fue *karma*.

—Fue una muerte inútil —replicó Blackthorne, lamentando en seguida su rudeza.

Pero advirtió que ella no lo traducía.

—Mi marido dice que la estrategia de ataque es muy buena. Realmente buena.

—*Domo*. Dile que me alegro de que se pusiera a salvo, y de que se ponga al mando del regimiento y, naturalmente, de que permanezca aquí.

—*Domo*, Anjín-san. Buntaro-sama dice que, efectivamente, el plan de ataque es muy bueno, pero que él llevará siempre su arco y sus sables. Puede matar a mayor distancia, con gran puntería y más rápidamente que con un mosquete.

—Si quiere, mañana dispararé contra él, y ya veremos.

—Perderías, Anjín-san. Me permito aconsejarte que no lo intentes —dijo Mariko-san.

Blackthorne vio que Buntaro los miraba sucesivamente.

—Gracias, Mariko-san. Dile que me gustaría verle disparar.

—Él pregunta si tú sabes manejar el arco.

—Sí, pero no como un buen arquero. Los arcos están anticuados en mi país. Salvo la ballesta. Yo me instruí para el mar. Y allí sólo usamos cañones, mosquetes y cuchillos. A veces empleamos flechas incendiarias, pero sólo contra las velas enemigas y a poca distancia.

—Él pregunta cómo hacéis y cómo empleáis esas flechas. ¿Son diferentes de las nuestras, de las que lanzaron contra la galera en Osaka?

Blackthorne empezó a explicárselo y hubo las acostumbradas y fatigosas interrupciones y repeticiones. Ahora estaba ya habituado a su increíble curiosidad por todos los aspectos de la guerra, pero le resultaba agotador tener que hablar por medio de un intérprete.

Sin embargo, sabía que, sin Mariko, jamás habría podido ser tan valioso. «Sólo mis conocimientos me libran del pozo —se dijo—. Pero esto no es problema, porque todavía tengo mucho que decir y hay una batalla por ganar. Una verdadera batalla. Hasta entonces, estoy a salvo. Tengo un plan para una flota. Y después, ¡a casa! Sano y salvo.»

Entonces vio los sables de Buntaro y de los guardias, y palpó el suyo y sintió el calor de su pistola, y pensó, a fuer de sincero, que nunca estaría a salvo en este país. Nadie estaba a salvo, ni siquiera Toranaga.

—Anjín-san, Buntaro-sama pregunta si podrías enseñar mañana a sus hombres a hacer esas flechas.

—¿Dónde puede conseguirse brea?

—No lo sé.

Mariko le interrogó sobre los sitios donde solía encontrarse, sobre su aspecto y olor, y sobre posibles alternativas. Después, habló largamente con Buntaro. Fujiko había guardado silencio todo el rato, captándolo todo con la mirada y los oídos. Las doncellas, obedeciendo a ligeros movimientos del abanico de Fujiko, llenaban continuamente de saké las tazas vacías.

—Mi esposo dice que discutirá esto con el señor Toranaga. Tal vez exista brea en algún lugar del Kwanto. Yo nunca oí hablar de ella. Pero tenemos aceites espesos, de ballena, que podrían emplearse como sucedáneos. Él pregunta si usáis a veces cohetes de guerra, como los chinos.

—Sí. Pero no se consideran de mucho valor, salvo en los asedios. Los turcos los emplearon contra los caballeros de San Juan, en Malta. Principalmente, se usan para producir incendios y pánico.

—Él pide que hagas el favor de explicarle detalles de esta batalla.

—Fue hace cuarenta años, el más grande…

Blackthorne se interrumpió, porque su mente había empezado a galopar. Había sido el asedio más vital para Europa. Seis mil turcos islámicos, la flor y nata del Imperio otomano, contra seiscientos caballeros cristianos apoyados por unos pocos millares de auxiliares malteses y recluidos en el enorme castillo de San Telmo, en la pequeña isla mediterránea de Malta. Los caballeros habían resistido un sitio de seis meses y obligado, increíblemente, al enemigo, a emprender una vergonzosa retirada.

Y, de pronto, Blackthorne se había dado cuenta de que esta batalla le daba una de las llaves del castillo de Osaka: cómo ponerle sitio, hostigarlo, forzar sus puertas y conquistarlo.

—¿Decías, señor…?

—Fue hace cuarenta años, en el mar interior más grande que tenemos en Europa: el Mediterráneo. Fue un asedio, un asedio como tantos otros, no vale la pena hablar de él —mintió, convencido de que su conocimiento era inestimable y no debía revelarlo a la ligera, y menos ahora.

Mariko le había dicho muchas veces que el castillo de Osaka se levantaba inexorablemente entre Toranaga y la victoria. Blackthorne estaba seguro de que la solución del problema de Osaka podía ser muy bien su visado de salida del Imperio, con todas las riquezas que pudiese necesitar para el resto de su vida.

Advirtió que Mariko parecía turbada.

—¿Señora…?

—Nada, señor.

Y empezó a traducir lo que él había dicho. Pero él comprendió que ella sabía que ocultaba algo. El olor del guiso le distrajo.

—¡Fujiko-san!

»*¿Shokuji wa madaka? Kyaku wa… sazo kufuku de oro, ¿neh?* (¿Cuándo vamos a cenar? Los invitados deben de estar hambrientos.)

—*Ah, gomen nasai, hi ga kurete kara in itaskimasu*.

Blackthorne vio que ella señalaba el sol y comprendió que había querido decir: «Cuando se ponga el sol.»

Mariko se volvió de nuevo a Blackthorne.

—Mi esposo quisiera que le contases alguna batalla en la que hayas estado.

—Están todas en el Manual de Guerra, Mariko-san.

—Dice que lo ha leído con gran interés, pero que sólo contiene breves detalles. En los próximos días, desea saberlo todo. Cuéntale una ahora, por favor.

Blackthorne percibió el matiz suplicante de su voz y accedió.

—Está bien. ¿Cuál crees que le gustaría oír?

—Aquella de los Países Bajos.

—Sí —dijo él.

Empezó a contar la historia de esta batalla, que era como casi todas las batallas en que morían hombres, casi siempre por los errores y la estupidez de los oficiales que tenían el mando.

—Mi esposo dice que esto no ocurre aquí, Anjín-san. Aquí, los oficiales son muy buenos, o mueren muy pronto.

—Mi crítica se refería únicamente a los jefes europeos.

—Buntaro-sama dice que algún día te hablará de nuestras guerras y de nuestros caudillos. En justa correspondencia a tu información —dijo ella, con naturalidad.

—*Domo* —dijo Blackthorne, con una ligera reverencia, y tuvo la impresión de que los ojos de Buntaro le taladraban.

«¿Qué quieres realmente de mí, hijo de perra?», pensó.

La cena fue un desastre. Para todos.

Incluso antes de abandonar el jardín para ir a comer a la galería, se habían torcido las cosas.

—Discúlpame, Anjín-san, pero, ¿qué es aquello? —dijo Mariko, señalando algo—. Allí. Mi esposo pregunta qué es.

—¿Dónde? ¡Oh, aquello! Es un faisán —dijo Blackthorne—. El señor Toranaga me lo regaló, junto con la liebre. Ésta la comeremos esta noche, al estilo inglés. Al menos yo, aunque hay bastante para todos.

—Gracias, pero… mi esposo y yo no comemos carne. Y ahora dime: ¿por qué has colgado allí el faisán? Con este calor, ¿no sería mejor quitarlo de allí y prepararlo?

—Así es como lo preparamos nosotros. Lo colgamos para que la carne se ablande.

—¿Qué? Discúlpame, Anjín-san —dijo ella, confusa—, pero se corromperá rápidamente. No ha sido desplumado ni… limpiado.

—La carne del faisán es seca, Mariko-san, por esto se cuelga durante unos días, incluso un par de semanas, según el estado del tiempo. Después, se despluma, se limpia y se cuece.

—Y…, ¿lo dejáis al aire libre? ¿Para que se pudra?

—*¿Nan ja?* —preguntó Buntaro, impacientándose.

Ella le habló en tono humilde, y él se quedó boquiabierto y, después, se levantó, se acercó al faisán y lo tocó con un dedo. Zumbaron unas moscas y volvieron a posarse. Fujiko dijo algo a Buntaro, en tono vacilante, y éste enrojeció.

—Tu consorte dice que ordenaste que nadie lo tocase, salvo tú mismo. ¿Es así? —preguntó Mariko.

—Sí. Pero, ¿no colgáis vosotros la caza? No todo el mundo es budista.

—No, Anjín-san. Creo que no.

Por fin se dirigieron a la estancia de la galería y, después de las acostumbradas e interminables reverencias y de charlar un poco y tomar cha y saké, empezó a llegar la comida. Pequeñas fuentes de clara sopa de pescado, y de arroz y de pescado crudo, como siempre. Y después, su guiso.

Él levantó la tapa de la olla. Salió una nube de vapor, y dorados glóbulos de grasa bailaron sobre la brillante superficie. El rico y apetitoso caldo estaba cargado de jugo y de trocitos de carne. Él les ofreció el guisado, con orgullo, pero todos movieron la cabeza y le pidieron que comiese.

—*Domo* —dijo.

La urbanidad exigía que se sorbiese directamente el caldo de las pequeñas tazas barnizadas y que se comiesen las porciones sólidas con palillos. Había un cucharón en la bandeja. Ansioso de mitigar su hambre, Blackthorne llenó la taza y empezó a comer. Entonces advirtió las miradas de los otros.

Todos lo observaban, con una asqueada fascinación que trataban en vano de disimular. Su apetito empezó a menguar. Intentó prescindir de ellos, pero no pudo, aunque su estómago seguía roncando. Ocultando su irritación, dejó la taza, tapó la olla y dijo, malhumorado, que no le gustaba tal como había quedado. Ordenó a Nigatsu que se lo llevase.

—Fujiko pregunta si deben tirarlo —preguntó Mariko, esperanzada.

—Sí.

Fujiko y Buntaro respiraron aliviados.

—¿Quieres más arroz? —preguntó Fujiko.

—No, gracias.

Mariko agitó su abanico, sonrió animosamente y volvió a llenarle la taza de saké. Pero Blackthorne no se apaciguó y resolvió que, en el futuro, cocinaría en el monte, en privado, y comería en privado y cazaría por su cuenta.

«¡Al diablo con ellos! —pensó—. Si Toranaga puede cazar, también puedo hacerlo yo. ¿Cuándo veré a Toranaga? ¿Cuánto tendré que esperar?»

—¡Maldita sea la espera y maldito sea Toranaga! —dijo en voz alta, en inglés, y se sintió mejor.

—¿Qué dices, Anjín-san? —preguntó Mariko, en portugués.

—Nada —respondió él—. Sólo me preguntaba cuándo veré al señor Toranaga.

—No me lo dijo. Supongo que pronto.

Buntaro sorbía cuidadosamente el saké y la sopa, según lo acostumbrado. Esto empezó a irritar a Blackthorne. Mariko hablaba animadamente a su esposo, el cual gruñía, sin hacerle mucho caso. Ella no comía y a Blackthorne le fastidiaba que tanto Mariko como Fujiko parecían estar adulando a Buntaro, mientras él no tenía más remedio que aguantar al inoportuno invitado.

—Dile a Buntaro-sama que, en mi país, el anfitrión suele brindar por su honorable invitado. —Llenó su copa, sonriendo amargamente—. ¡Por muchos años de felicidad! —Y bebió.

Buntaro escuchó la explicación de Mariko. Asintió con la cabeza, levantó su taza, sonrió entre dientes y bebió de un trago.

—¡Salud! —brindó de nuevo Blackthorne.

Y otra vez.

Y otra vez.

—¡Salud!

Ahora, Buntaro no bebió. Dejó la taza llena y miró a Blackthorne con sus

ojos menudos. Después, llamó a alguien de fuera. El shoji se abrió al momento. Su guardaespaldas, siempre presente, se inclinó y le entregó el enorme arco y el carcaj. Buntaro los asió y habló enérgica y rápidamente a Blackthorne.

—Mi esposo… mi esposo dice que querías verlo disparar, Anjín-san. Cree que mañana está demasiado lejos. Ahora es un buen momento. El portal de tu casa, Anjín-san. ¿Qué poste eliges?

—No lo entiendo —dijo Blackthorne, pues la puerta de entrada estaba a unos cuarenta pasos, al otro lado del jardín, pero ahora completamente oculta por el shoji cerrado a su derecha.

—¿El poste derecho o el izquierdo? Por favor, elige —dijo ella, y su tono era apremiante.

Él lo advirtió y miró a Buntaro. El hombre parecía indiferente, olvidado de ellos, un enano feo y achaparrado, mirando a la lejanía.

—El izquierdo —dijo, fascinado.

—*¡Hidari!* —dijo ella.

Inmediatamente, Buntaro sacó una flecha del carcaj, levantó el arco, estiró la cuerda hasta el nivel del ojo y lanzó la saeta con una facilidad salvaje y casi poética. La flecha pasó junto a la cara de Mariko, tocando un mechón de cabellos, y desapareció a través del shoji de papel. Otra flecha partió casi antes de que desapareciese la primera, y después otra, pasando todas ellas a una pulgada de Mariko. Ésta permaneció tranquila e inmóvil, arrodillada como siempre.

Una cuarta flecha y una quinta. El zumbido de la cuerda llenaba el silencio. Buntaro suspiró y pareció despertar poco a poco. Dejó el arco sobre sus rodillas. Mariko y Fujiko contuvieron el aliento, sonrieron, se inclinaron y felicitaron a Buntaro, y éste asintió con la cabeza y correspondió con una breve inclinación. Después, miraron a Blackthorne. Éste sabía que lo que acababa de ver era casi arte de magia. Todas las flechas habían pasado por el mismo agujero del shoji.

Buntaro devolvió el arco a su guardia y levantó la tacita. La contempló un momento, la levantó en dirección a Blackthorne, la apuró de un trago y habló con voz ronca.

—Él… mi esposo te pide amablemente que vayas a ver.

Blackthorne pensó un momento, tratando de calmar su corazón.

—No hace falta. Sé que ha dado en el blanco.

—Él dice que le gustaría que te asegurases.

—Estoy seguro.

—Por favor, Anjín-san. Yo también te lo pido.

Las flechas estaban a una pulgada las unas de las otras, en el centro del poste izquierdo. Blackthorne miró hacia la casa y pudo ver, a cuarenta pasos de distancia, el pequeño y limpio agujero en el papel, que era como una chispa de luz en la oscuridad.

Pensó que era casi imposible tener tanta puntería. Desde donde estaba sentado, Buntaro no podía ver el jardín ni la puerta, y era noche cerrada en el exterior. Blackthorne se volvió de nuevo al poste y levantó el farolillo. Trató de arrancar una flecha con una mano. El acero se había hundido demasiado. Podía haber roto el asta, pero no quiso hacerlo.

El guardia lo observaba.

Blackthorne vaciló. El guardia se acercó para ayudarlo, pero él movió la cabeza.

—*Iyé, domo* —dijo, y volvió a la casa.

—Mariko-san, te ruego que digas a mi consorte que quisiera que las saetas permaneciesen en el poste para siempre. Todas ellas. Como recordatorio de su maestría con el arco. Nunca había visto nada semejante.

—Gracias, Anjín-san.

Mariko tradujo, y Buntaro se inclinó y dio las gracias a Blackthorne por el cumplido.

—¡Saké! —ordenó Blackthorne.

Bebieron más. Mucho más. Buntaro lo hacía ahora copiosamente, y el vino empezaba a producirle efecto, Blackthorne lo observaba disimuladamente, preguntándose cómo podía aquel hombre haber disparado sus saetas con tan increíble puntería. «Es imposible —pensó— y, sin embargo, lo he presenciado.»

Miró a Mariko, la cual estaba diciendo algo a su marido. Buntaro la escuchaba, después, para sorpresa de Blackthorne, éste vio que su rostro se contraía de asco. Antes de que pudiese apartar la mirada, Buntaro lo miró.

—*¿Nan desu ka?* —preguntó éste, y sus palabras sonaron como una acusación.

—*Nani mo* (nada), Buntaro-san.

Blackthorne sirvió saké a todos, para disimular su desliz. Las mujeres aceptaron de nuevo, pero sólo sorbieron un poco de licor. Buntaro apuró su taza de un solo trago. Después, habló a Mariko, largamente y a grandes voces.

—¿Qué le pasa? ¿Qué está diciendo? —preguntó Blackthorne, a pesar suyo.

—¡Oh! Disculpa, Anjín-san. Mi marido me preguntaba acerca de ti de tu

esposa y de tus consortes. Y acerca de lo que ocurrió desde que salimos de Osaka. Él… —Pero se interrumpió, cambió de idea y dijo, en un tono diferente —. Le interesa mucho tu persona y tus puntos de vista.

—También a mí me interesan él y sus puntos de vista, Mariko-san ¿Cómo os conocisteis? ¿Cuándo os casasteis? ¿Qué…?

Buntaro le interrumpió, impaciente, con un chorro de palabras en japonés.

Mariko tradujo al punto lo que había dicho Blackthorne. Buntaro alargó la mano y llenó con saké dos tazas de té. Ofreció una a Blackthorne e indicó a las mujeres que tomasen las otras.

—Él… mi esposo dice que las tazas de saké son a veces demasiado pequeñas.

Mariko llenó las otras tazas de té. Sorbió de una de ellas, y Fujiko, de la otra. Buntaro lanzó otro discurso aún más belicoso, y las sonrisas de Mariko y de Fujiko se helaron en sus rostros.

—*Iyé, dozo gomen nasai*, Buntaro-sama —empezó a decir Mariko.

—*¡Ima!* —ordenó Buntaro.

Fujiko rompió a hablar nerviosamente, pero Buntaro la hizo callar con una mirada.

—*Gomen nasai* —murmuró Fujiko, disculpándose—. *Dozo, gomen nasai*.

—¿Qué ha dicho, Mariko-san?

Ella pareció no oír a Blackthorne.

—*Dozo gomen nasai*, Buntaro-sama, *watashi*…

La cara de su marido enrojeció.

—*¡IMA!*

—Lo siento, Anjín-san, pero mi esposo me ordena que te diga…, que conteste tus preguntas… y te hable de mí. Yo le he dicho que no creía que los asuntos de familia debiesen discutirse a estas horas de la noche, pero él ordena que lo haga. Por favor, ten paciencia. —Tomó un largo trago de saké y, después, otro. Apuró la taza y la dejó—. Mi nombre de soltera es Akechi. Soy hija del general señor Akechi Jinsai, el asesino. Mi padre asesinó traidoramente a su señor feudal, el dictador señor Goroda.

—¡Santo Dios! ¿Por qué lo hizo?

—Fuesen cuales fueren sus razones, Anjín-san, son insuficientes. Mi padre cometió el peor crimen en nuestro país. Mi sangre está manchada, y también la de mi hijo.

—Comprendo, desde luego, lo que esto significa. Matar al señor feudal…

Me sorprende que respetaran tu vida.

—Mi marido me hizo el honor de enviarme lejos. Yo le supliqué que me permitiese hacerme el harakiri, pero él me negó este privilegio. Debo aclarar que el harakiri es un privilegio que sólo él y el señor Toranaga pueden otorgarme. Todavía se lo pido humildemente una vez al año, el día del aniversario de la traición. Pero mi esposo, en su sabiduría, siempre me lo ha negado. —Su sonrisa era adorable—. Mi esposo me honra cada día, en cada momento, Anjín-san. Si yo estuviese en su lugar, no podría hablar siquiera con… una persona tan indigna.

—¿Por esto… por esto eres la última de tu estirpe? —preguntó él, recordando lo que ella le había dicho sobre una catástrofe, cuando escapaban del castillo de Osaka.

Mariko tradujo la pregunta a Buntaro y prosiguió:

—*Hai*, Anjín-san. Pero no fue una catástrofe, al menos para ellos. Mi padre y su familia fueron atrapados en los montes por Nakamura, el general que había de convertirse en Taiko. Éste mandaba el ejército vengador y mató a todos los soldados de mi padre, veinte mil hombres en total. Pero mi padre tuvo tiempo de ayudar a toda su familia, a mis cuatro hermanos y a mis tres hermanas, a mi madre y a las dos consortes. Después, se hizo el harakiri. En esto, él y ellos se portaron como samurais que eran —dijo—. Ellos se arrodillaron valientemente delante de él, uno a uno, y uno a uno los mató. Murieron con honor. Y también él. Los dos hermanos y un tío de mi padre se habían coaligado con él para traicionar a su señor feudal. También fueron atrapados y murieron con honor. No quedó un Akechi vivo para soportar el odio y las burlas, salvo yo. Yo soy el único testigo vivo de la sucia traición. Yo, Akechi Mariko, pude vivir, porque estaba casada y, por tanto, pertenecía a la familia de mi marido. Entonces vivíamos en Kioto. Yo estaba en Kioto cuando murió mi padre. Su traición y su rebelión duraron trece días, Anjín-san. Pero, mientras vivan hombres en estas islas, el nombre de Akechi será infamante.

—¿Cuánto tiempo llevabas de casada al ocurrir esto?

—Dos meses y tres días, Anjín-san.

—¿Y tenías entonces quince años?

—Sí. Mi esposo me hizo el honor de no divorciarse de mí ni arrojarme a la calle, como habría debido. Me envió lejos. A una aldea del Norte, en la provincia de Shonai. Allí hacía mucho frío, Anjín-san.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Ocho años. De esto hace casi dieciséis, Anjín-san, y…

Buntaro la interrumpió, y su lengua era como un látigo.

—Discúlpame, Anjín-san —dijo Mariko—. Mi esposo dice, con razón, que debía limitarme a decir que soy hija de un traidor, y que las largas explicaciones son innecesarias. —Y añadió cautelosamente—: Te suplico que no olvides lo que te dije sobre los oídos para oír. Y ahora perdóname, Anjín-san, pero me ha ordenado que me marche. Tú no debes marcharte hasta que lo haga él o hasta que se duerma a causa del vino. No te metas en nada. —Saludó a Fujiko—. *Dozo gomen nasai*.

—*Do itashimashite*.

Mariko inclinó la cabeza ante Buntaro y se marchó. Su perfume quedó flotando en el aire.

Durante más de una hora, Blackthorne siguió brindando con Buntaro hasta que sintió que le daba vueltas la cabeza. Entonces, Buntaro se durmió y se derrumbó entre las tazas rotas. El shoji se abrió instantáneamente. Entró el guardia con Mariko. Levantaron a Buntaro ayudados por servidores que parecían surgir de la nada, y lo llevaron a la habitación de Mariko.

Fujiko esperaba, observando a Blackthorne. Éste se levantó y salió a la galería, seguido de su consorte.

El aire olía bien y despejó su cabeza. Pero no del todo. Blackthorne se sentó pesadamente sobre la pila y bebió en la noche.

—*Gomen nasai*, Anjín-san —murmuró Fujiko, señalando la casa—. *¿Wakarimasu ka?* (¿Comprendes?)

—*Wakarimasu, shigata ga nai* —dijo él, y, percibiendo su miedo, le acarició los cabellos.

—*Arigato, arigato*, Anjín-sama.

—*Anatawa suimin ima*, Fujiko-san (Vete a dormir ahora, Fujiko-san) —dijo él, recordando difícilmente las palabras.

—*Dozo gomen nasai*, Anjín-sama, *saimirí, ¿neh?* —dijo ella, señalándole su habitación y con ojos suplicantes.

—*Iyé. Watashi oyogu ima*. (No. Voy a nadar.)

Ella se volvió, sumisa, y llamó. Dos criados llegaron corriendo. Ambos eran jóvenes de la aldea, vigorosos y buenos nadadores.

Blackthorne no se opuso. Sabía que, esta noche, sus objeciones no servirían para nada.

—Bueno —dijo en voz alta, mientras bajaba la cuesta seguido de los dos

hombres, todavía turbia la cabeza por el vino—, en todo caso, he hecho que se durmiese. Ahora no podrá hacerle a ella ningún daño.

Blackthorne nadó durante una hora y se sintió mejor. Cuando volvió a casa, Fujiko lo esperaba en la galería con una jarra de cha recién hecho. Bebió un poco, se acostó y se durmió inmediatamente.

El ruido de la voz de Buntaro, llena de malicia, lo despertó. Su mano asió la culata de la pistola cargada que tenía siempre debajo de la almohada, y su corazón palpitó furiosamente a causa de la brusquedad de su despertar.

Calló la voz de Buntaro. Mariko empezó a hablar. Blackthorne sólo podía captar algunas palabras, pero percibía el tono razonable y suplicante de ella, no abyecto o gemebundo o lagrimoso, sino lleno de serenidad. Buntaro rugió de nuevo.

Blackthorne trató de no escuchar.

«No te entremetas —le había dicho ella, con razón. Él no tenía ningún derecho, y Buntaro tenía muchos—. Te pido que tengas cuidado, Anjín-san. Recuerda lo que te dije sobre los oídos para oír y sobre las Ocho Vallas.»

Obedeció, pues, y se tumbó, sudorosa la piel y obligándose a pensar en lo que ella le había dicho cierta tarde, cuando acababan de beber el último de varios frascos de saké y él había estado bromeando sobre la falta de intimidad que se advertía en todas partes, con las paredes de papel y la gente rondando por ahí, con los ojos y los oídos siempre alerta:

—Aquí tienes que aprender a crear tu propia intimidad. A nosotros nos enseñan, desde la infancia, a recluirnos dentro de nosotros mismos, a levantar muros impenetrables detrás de los cuales vivimos. Si no pudiésemos hacerlo, ciertamente nos volveríamos locos y nos mataríamos los unos a los otros.

—¿Qué muros? —había preguntado él.

—¡Oh! Tenemos un laberinto infinito donde ocultarnos. Ritos y costumbres, tabúes de todas clases. Incluso nuestra lengua tiene matices que no tienen las vuestras y que nos permiten eludir, con toda cortesía, cualquier pregunta a la que no queremos responder. Uno de nuestros más antiguos poemas, que figura en el Kojiko, nuestro primer libro de Historia, escrito hace unos mil años, tal vez te ayudará a comprender lo que estoy diciendo:

Ocho cúmulos surgen
para que se oculten en ellos los amantes.
Las Ocho Vallas de la Provincia de Izumo
encierran estas ocho nubes…
¡Qué maravilla, esas Ocho Vallas!

Desde luego, nos volveríamos locos si no tuviésemos Ocho Vallas, ¡puedes estar seguro!

«Recuerda las Ocho Vallas —se dijo, mientras seguía la furia sibilante de Buntaro—. No sé nada acerca de ella. Y, en realidad, tampoco acerca de él. Piensa en el Regimiento de Mosquetes, en tu casa, en Felicity, en cómo conseguir el barco, o en Baccus o Toranaga u Omi-san. ¿Qué hay de Omi? ¿Necesito vengarme? Él quiere ser amigo mío y se ha mostrado bueno y amable desde lo de las pistolas…»

El ruido del golpe taladró su cabeza. Después, se oyó de nuevo la voz de Mariko y sonó un segundo golpe, y Blackthorne se puso en pie al instante y abrió el shoji. El guardia estaba plantado en el pasillo, frente a la puerta de Mariko, y tenía lúgubre aspecto y el sable a punto.

Blackthorne se disponía a lanzarse contra el samurai, cuando se abrió la puerta del fondo del pasillo. Fujiko, con el cabello suelto sobre su quimono de dormir, se acercó, al parecer indiferente al ruido de ropa rasgada y de otro golpe. Se inclinó ceremoniosamente ante el guardián y se plantó entre los dos hombres, después, saludó humildemente a Blackthorne, le asió del brazo y lo empujó hacia la habitación de éste. Él vio que el samurai estaba apercibido y tenso. En aquel momento, sólo tenía una pistola y una bala, y optó por retirarse. Fujiko lo siguió y cerró el shoji. Después, muy asustada, movió la cabeza en señal de advertencia, se llevó un dedo a los labios y volvió a negar con la cabeza, poniendo ojos suplicantes.

—*Gomen nasai, ¿wakarimasu ka?* —jadeó.

Pero él contemplaba la pared de la estancia contigua, que podía romper con toda facilidad.

Ella miró también la pared, se interpuso entre ésta y Blackthorne y se sentó, invitándole a hacer lo mismo.

—*¡Iyé!* —exclamó, aterrorizada.

Él le indicó que se apartase.

—*Iyé, iyé* —suplicó ella de nuevo.

—*¡IMA!*

Fujiko se levantó al momento, le hizo ademán de que esperase y corrió silenciosamente en busca de los sables que yacían en la *takonama*, la pequeña alcoba de honor. Asió el sable largo, con manos temblorosas, lo desenvainó y se dispuso a seguir a Blackthorne a través de la pared. En aquel momento, se oyó un último golpe y un torrente de palabras iracundas. El otro shoji se abrió de golpe y, sin que ellos le viesen, Buntaro se alejó precipitadamente, seguido por el guardia. Hubo un silencio momentáneo y, después, se oyó la puerta del jardín al ser cerrada bruscamente.

Mariko estaba de rodillas en su habitación, con un lívido verdugón en la mejilla, desgreñada, hecho trizas el quimono y con fuertes equimosis en los muslos y la parte de la espalda.

Él corrió para asistirla, pero ella le gritó:

—¡Vete! ¡Vete, por favor, Anjín-san!

Él vio un poco de sangre en la comisura de sus labios.

—¡Jesús! ¡Estás malherida…!

—Te dije que no te entremetieses. Vete, por favor. Tu presencia aquí atenta a mi dignidad, no me tranquiliza ni consuela, y me llena de vergüenza. ¡Márchate!

—Quiero ayudarte. ¿No lo comprendes?

—Eres tú quien no lo comprende. No tienes ningún derecho en esto. Ha sido una riña privada entre marido y mujer.

—Pero él no puede pegarte…

—¿Por qué no me escuchas, Anjín-san? Él puede pegarme hasta matarme, si así lo desea. Tiene derecho, ¡y ojalá lo hiciese! Entonces no tendría que soportar mi vergüenza. ¿Crees que es fácil vivir con esta vergüenza? ¿No oíste lo que te dije? *¡Soy la hija de Akechi Jinsai!*

—No fue culpa tuya. Tú no hiciste nada.

—Soy hija de mi padre.

Mariko se habría detenido aquí. Pero, al mirarle y ver su preocupación, su compasión y su amor, y sabedora de lo mucho que él apreciaba la verdad, dejó caer alguno de los velos en que se envolvía.

—Y hoy ha sido también culpa mía, Anjín-san —dijo—. Si me hubiese portado con él como una mujer, él habría sido como un niño en mis manos. Pero no lo hice ni lo haré.

—¿Por qué?

—Porque ésta es mi venganza. Nunca volveré a entregarme a él. Antaño lo hice, libremente, aunque lo detesté desde el primer momento en que lo vi.

—Entonces, ¿por qué te casaste con él? Me dijiste que las mujeres tienen aquí el derecho a negarse, que no están obligadas a casarse contra su voluntad.

—Me casé con él para complacer al señor Goroda y a mi padre. Era muy joven y todavía no conocía al señor Goroda, pero, si quieres saber la verdad, Goroda era el hombre más cruel y más aborrecible que jamás haya existido. Él indujo a mi padre a traicionarlo. ¡Ésta es la pura verdad! ¡Goroda! —Y pareció escupir el nombre—. De no haber sido por él, todos viviríamos y seríamos felices. Ruego a Dios que le tenga en el infierno por toda la eternidad.

Sintió un fuerte dolor en el costado e hizo una mueca. Blackthorne se arrodilló a su lado para acunarla. Pero ella le empujó, tratando de dominarse. Fujiko, en la puerta, los observaba estoicamente.

—Estoy bien, Anjín-san. Por favor, déjame sola. No debes… Debes tener cuidado.

—No le temo.

Ella se apartó cansadamente un mechón de cabellos que le cubría los ojos y le dirigió una mirada interrogadora.

«¿Por qué no dejar que Anjín-san vaya al encuentro de su *karma*? —se preguntó—. No es de nuestro mundo. Buntaro lo mataría con toda facilidad. Hasta ahora, sólo la protección personal de Toranaga lo ha salvado. Yabú, Omi, Naga, Buntaro… Cualquiera de ellos lo mataría a la menor provocación.

»Desde que llegó, sólo ha causado disturbios, *¿neh?* Él y sus conocimientos. Naga tiene razón: Anjín-san es capaz de destruir nuestro mundo si no se le tiene bien atado.

»¿Y si Buntaro supiese la verdad? ¿O Toranaga? Sobre lo de la almohada…

»—¿Te has vuelto loca? —le había dicho Fujiko aquella primera noche.

»—No.

»—Entonces, ¿por qué vas a ocupar el sitio de la doncella?

»—Por culpa del saké, para pasar un buen rato, Fujiko-san, y por curiosidad —había mentido ella, ocultándole la verdadera razón: porque él la enardecía, porque lo deseaba y porque nunca había tenido un amante.

»Si no lo hago esta noche, no lo haré nunca, se había dicho, y tenía que ser con Anjín-san y sólo con Anjín-san.

»Había ido a él, y ayer, al llegar la galera, Fujiko le había dicho en privado:

»—¿Habrías ido si hubieses sabido que tu esposo vivía?

»—No, claro que no —había mentido ella.

»—Pero ahora lo contarás a Buntaro-sama, *¿neh?*

»—¿Por qué habría de hacerlo?

»—Pensé que podías tener este propósito. Si se lo dijeses a Buntaro-sama en el momento oportuno, estallaría su furor y te mataría, tal como deseas, sin pensarlo siquiera.

»—No, Fujiko-san, no me mataría. Desgraciadamente para mí. Si le diese motivo para ello y obtuviese el permiso del señor Toranaga, me enviaría con los eta, pero nunca me mataría.

»—De todos modos, si algún día piensas que Buntaro-sama sospecha lo ocurrido, avísame, por favor. Mientras yo sea consorte de Anjín-san, tengo el deber de protegerlo.

»Así es, Fujiko —había pensado Mariko—. Y esto te daría una excusa para vengarte del que acusó a tu padre. Pero lo cierto es que tu padre fue un cobarde, mi pobre Fujiko. Hiro-matsu estaba allí. Incluso los sables que tanto aprecias, no los recibió como premio en el combate, sino que fueron comprados a un samurai herido. Bueno, yo nunca te lo diré, aunque sea la verdad.»

—No le temo —repitió ahora Blackthorne.

—Lo sé —dijo Mariko, acometida de nuevo por el dolor—. Pero, te lo ruego, témelo por mí.

Blackthorne se dirigió a la puerta.

Buntaro lo esperaba a cien pasos de la casa, en medio del camino que conducía a la aldea. El guardia estaba a su lado.

Blackthorne vio el arco en las manos de Buntaro, y sus sables y, los sables del guardia. Buntaro se tambaleaba ligeramente, y esto le hizo confiar en que fallase su puntería y le diese tiempo de acercarse lo bastante. No había ningún sitio donde refugiarse en el camino. Sin el menor disimulo, amartilló las dos pistolas y apuntó a los dos hombres.

Sin embargo, sabía que lo que estaba haciendo era una locura, que no tenía ninguna posibilidad contra los dos samurais y contra el arco de largo alcance, y que no tenía derecho a entremeterse. Y entonces, cuando aún no estaba a tiro de pistola, Buntaro se inclinó profundamente, y lo propio hizo el guardia. Blackthorne se detuvo sospechando una trampa. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Como en sueños, contempló cómo Buntaro se hincaba pesadamente de

rodillas, dejaba el arco a un lado y, apoyando las manos en el suelo, tocaba éste con la frente, como habría hecho un campesino frente a su señor. El guardia lo imitó.

Blackthorne los miró, confuso. Cuando estuvo seguro de que sus ojos no le engañaban, avanzó despacio, con las pistolas preparadas, pero sin apuntar con ellas. Cuando los tuvo a tiro, se detuvo. Buntaro no se había movido.

—¡Levántate, hijo de perra! —exclamó Blackthorne, dispuesto a apretar los dos gatillos.

Buntaro no respondió, no hizo nada, siguió con la cabeza baja y las manos apoyadas en el suelo. La espalda de su quimono estaba empapada en sudor.

Entonces, consciente de que era una grosería permanecer de pie, estando ellos arrodillados, Blackthorne se arrodilló a su vez, sin soltar las pistolas, tocó el suelo con las manos, correspondió a su reverencia y se sentó sobre los talones.

—*¿Hai?* —preguntó, con forzada cortesía.

Al momento, Buntaro empezó a farfullar. Humildemente. Disculpándose. Blackthorne sólo podía captar alguna palabra suelta de vez en cuando, aunque oyó repetir el vocablo «saké». Buntaro continuó durante un buen rato. Después, calló y volvió a tocar el polvo con la cabeza.

La rabia furiosa de Blackthorne se había desvanecido.

—*Shigata ga nai* —dijo con voz ronca.

Esto quería decir «déjalo» o «no hay nada que hacer» o «¿qué podías hacer?», y la vaguedad de la frase se debía a que todavía ignoraba si se trataba de una disculpa puramente ritual, precursora del ataque.

—*Sbigata ga nai, Hakkiri wakaranu ga shinpai surukotowanai*. (Déjalo. No comprendo exactamente, pero no te preocupes.)

Buntaro levantó la mirada y se sentó.

—*Arigato, arigato,* Anjín-sama. *Domo gomen nasai*.

—*Shigata ga nai* —repitió Blackthorne, y, viendo ahora que la disculpa era sincera, dio gracias a Dios por esta milagrosa oportunidad de cancelar el duelo.

«Pero, ¿por qué la disculpa? —se preguntaba frenéticamente—. ¡Piensa! Tienes que aprender a pensar como ellos.»

Entonces, dio con la solución. «Debe de ser porque soy hatamoto, y Buntaro, el invitado, trastornó el wa, la armonía de mi casa. Al reñir violentamente con su esposa en mi casa, me insultó a mí, por consiguiente, obró mal y tiene que disculparse, tanto si le gusta como si no. ¡Espera! No olvides que, según sus costumbres, todos los hombres tienen derecho a emborracharse, y, cuando están

borrachos, no son responsables de sus actos. Además, ¿no tuve yo realmente la culpa? ¿No fui yo quien empezó a beber, quien lo desafió a beber?»

—Sí —dijo en voz alta.

—¿*Nan desu ka*, Anjín-san? —preguntó Buntaro, que tenía los ojos enrojecidos.

—*Nani mo. Watashi no kaskitsu desu*. (Nada. Yo tuve la culpa.)

Buntaro movió la cabeza y dijo que no, que la culpa había sido sólo suya, y se inclinó y pidió perdón de nuevo.

—Saké —dijo Blackthorne, rotundamente, y se encogió de hombros—. *Shigata ga nai*. ¡Saké!

Buntaro saludó y le dio las gracias. Blackthorne le devolvió el saludo y se levantó.

Al fin, Buntaro dio media vuelta y se alejó. Blackthorne se preguntó si estaba tan borracho como parecía. Después, volvió a su casa.

Fujiko estaba en la galería, encerrada de nuevo en su cortés y sonriente cáscara.

La puerta de Mariko estaba cerrada. Su doncella estaba en pie delante de ella.

—¿Mariko-san?

—¿Sí, Anjín-san?

Él esperó, pero la puerta continuó cerrada.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. —Carraspeó y prosiguió con voz débil—: Fujiko envió recado a Yabú-san y al señor Toranaga, diciéndoles que hoy me siento indispuesta y no podré hacer de intérprete.

—Debería verte un médico.

—No, gracias, Suwo será bastante. He mandado que vayan en su busca. Yo… sólo tengo una torcedura en el costado. De veras que estoy bien, no debes preocuparte.

—Escucha, yo sé un poco de medicina. No escupes sangre, ¿verdad?

—¡Oh, no! Sólo me di un golpe en la mejilla al resbalar. Estoy perfectamente, de verdad.

Después de una pausa, dijo él:

—Buntaro me pidió disculpas.

—Sí. Fujiko os observó desde el portal. Te agradezco humildemente que hayas aceptado sus disculpas. Gracias. Y lamento las molestias que has

sufrido… Es imperdonable que tu armonía… Por favor, acepta también mis excusas.

—¿Por haber recibido una paliza?

—Por haber desobedecido a mi esposo, por no haber hecho que durmiese tranquilamente, por haber causado molestias a mi anfitrión. Y también por lo que dije.

—¿Estás segura de que no puedo hacer nada por ti?

—No, no, gracias, Anjín-san. Mañana habrá pasado todo.

Pero Blackthorne no la vio en ocho días.

CAPÍTULO XXXVI

—Te he invitado a cazar, Naga-san, no a repetir opiniones que ya conozco —dijo Toranaga.

—Te lo suplico, padre, por última vez: suspende la instrucción, prohíbe las armas de fuego, destruye al bárbaro, declara que el experimento ha fracasado y acaba con esa indecencia.

—Por última vez: ¡no!

El halcón encapuchado se agitó inquieto sobre la enguantada mano de Toranaga, ante la voz desacostumbradamente amenazadora de su amo, y silbó con irritación.

Naga levantó el mentón.

—Muy bien —dijo—. Pero tengo el deber de recordarte que aquí estás en peligro, y de pedirte de nuevo, con el debido respeto y por última vez, que te marches hoy mismo de Anjiro.

—¡No! También por última vez.

—Entonces, ¡córtame la cabeza!

—¡Puedo hacerlo cuando quiera!

—Hazlo hoy, ahora, o deja que me quite la vida, ya que no aceptas mis buenos consejos.

—Aprende a tener paciencia, mocito.

—¿Cómo puedo tener paciencia, si veo que te estás destruyendo? Estás aquí cazando y perdiendo el tiempo, mientras tus enemigos levantan a todo el mundo contra ti. Mañana se reúnen los regentes. Las cuatro quintas partes de todos los daimíos del Japón están ya en Osaka o a punto de llegar. Tú eres el único importante que se niega a ir. Mañana te inculparán. Y nada podrá salvarte. Al menos deberías estar en Yedo, rodeado de tus legiones. Aquí, apenas tenemos un millar de hombres, ¿y acaso no ha movilizado Yabú-san toda Izú? Tiene más de ocho mil hombres en veinte *ri*, y otros seis mil cerca de sus fronteras. Según dicen los espías, tiene una flota apostada hacia el Norte, para hundirte si tratas de escapar en una galera. ¿Y cómo sabes que no está planeando una traición con Ishido?

—Estoy seguro de que piensa en ello. Yo lo haría, si estuviese en su lugar. ¿Y tú?

—No, yo no lo haría.

—Entonces, no tardarías en morir, y lo tendrías bien merecido. No empleas la cabeza, no quieres escuchar, no quieres aprender, no quieres morderte la lengua ni dominar tu temperamento. Te dejas manejar del modo más infantil y crees que todo puede resolverse con el filo de la espada. Sé que tus faltas no son deliberadas y que tu lealtad es indiscutible. Pero si no aprendes rápidamente a tener paciencia y a dominarte, te quitaré el rango de samurai y te enviaré con los campesinos, con todos tus descendientes. *¿Lo has comprendido?*

Naga estaba impresionado. Nunca había visto a su padre enfurecerse o perder los estribos. Muchas veces le había zaherido de palabra, pero con razón. Naga sabía que había cometido muchos errores, pero su padre le daba siempre vueltas al asunto de manera que no pareciese tan estúpido como al principio. Por ejemplo, cuando Toranaga le había demostrado que cayó en la trampa preparada por Omi —o por Yabú— en el caso de Jozen, había añadido: «Lo que hiciste estuvo muy bien. Pero debes aprender a conocer lo que piensan los demás, si quieres beneficiarte y ser útil a tu señor. Necesito caudillos. Me sobran fanáticos.»

Su padre había sido siempre razonable e indulgente. En cambio, hoy… Naga desmontó y se arrodilló humildemente.

—Te ruego que me perdones, padre. No quise irritarte… Pero es que me preocupa terriblemente tu seguridad.

—*¡Cierra el pico!* —rugió Toranaga, y su caballo se espantó.

Toranaga apretó furiosamente las rodillas y tiró fuertemente de las riendas con la diestra, para dominar los respingos de su montura. El halcón, perdido el equilibrio, saltó de su puño, aleteó y chilló desaforadamente, irritado por aquella desacostumbrada y molesta agitación. «Calma, calma, bonito», decía Toranaga, tratando desesperadamente de calmarlo y de dominar el caballo. Naga saltó y agarró la brida del animal, consiguiendo impedir que saliese desbocado. El halcón siguió chillando furiosamente, hasta que al fin, y de mala gana, volvió a posarse sobre el experto puño de su amo, sujeto por las correas. Pero sus alas siguieron vibrando nerviosamente, y las campanillas de sus patas repicaron estridentes.

En aquel momento, uno de los batidores dio la voz de aviso. Inmediatamente, Toranaga quitó el capirote al halcón con la mano derecha, lo

retuvo un momento para que se adaptase al medio y lo soltó.

Era un halcón peregrino hembra, de largas alas, llamado *Tetsu-ko* (dama de Acero). Se remontó en el cielo, describiendo círculos hasta situarse a una altura de seiscientos pies sobre la cabeza de Toranaga. Entonces vio correr los perros y desparramarse la bandada de faisanes, con un alocado batir de alas. Eligió su presa, dobló el cuerpo, plegó las alas y se lanzó en un picado vertiginoso, con las garras prestas para el ataque.

Bajó con la rapidez del rayo, pero el viejo faisán, que lo doblaba en tamaño, lo esquivó y voló recto hacia el refugio de una arboleda situada a doscientos pasos de distancia. *Tetsu-ko* se recuperó, abrió las alas voló en dirección a su presa. Ganó altura y, cuando estuvo otra vez sobre el faisán, volvió a plegar las alas, se lanzó furiosamente y falló de nuevo. Toranaga lo animaba con sus gritos, sin pensar ya en Naga.

El faisán, aleteando frenéticamente, buscaba la protección de los árboles. El halcón se elevó y se lanzó por tercera vez. Pero era demasiado tarde. El astuto faisán había desaparecido. Desdeñando su propia seguridad, el halcón se zambulló entre las ramas y la fronda, buscando ferozmente a su víctima. Después se serenó y volvió al campo raso, chillando de furor, y se elevó sobre la arboleda.

En el mismo instante, los perros levantaron una bandada de perdices, que salieron volando cerca del suelo, para mayor seguridad, cambiando de dirección y siguiendo astutamente los relieves del terreno. *Tetsu-ko* eligió una, cerró las alas y se dejó caer como una piedra. Esta vez no falló. Una cruel cuchillada con las garras traseras quebró el cuello de la perdiz al cruzarse con ella el halcón. Aquélla se estrelló en el suelo, entre una nube de plumas. Pero, en vez de seguir a su presa, el halcón se elevó de nuevo, a mayor altura.

Toranaga, inquieto, sacó su señuelo, un pajarillo muerto, atado a un fino cordel, y lo hizo girar alrededor de su cabeza. Pero *Tetsu-ko* no tenía ganas de volver. Ya era sólo una pequeña mota en el cielo, y Toranaga estuvo seguro de que lo había perdido, de que había decidido dejarlo para volver a la vida salvaje.

Entonces, el viejo faisán salió tranquilamente de entre los árboles para seguir comiendo. Y *Tetsu-ko* se dejó caer desde lo alto, como un arma afilada y mortífera, con las garras a punto para el golpe de gracia.

El faisán murió instantáneamente, y volaron plumas a causa del impacto, pero el halcón siguió aferrado a su presa, cayendo con ella y aleteando

vigorosamente para frenar en el último instante. Luego plegó las alas y se plantó sobre su víctima.

Sosteniéndola con las garras, empezó a desplumarla con el pico para iniciar su ágape. Pero antes de que pudiese hacerlo, llegó Toranaga. El ave se interrumpió, distraída. Sus implacables ojos pardos, ribeteados de amarillo, lo observaron mientras desmontaba y alababa mimosamente su destreza y su bravura, y, como tenía hambre y él era quien siempre la alimentaba y era también paciente y no hizo ningún movimiento brusco, sino que se arrodilló delicadamente, le dejó acercarse.

Toranaga le prodigó sus cumplidos. Sacando su cuchillo de caza, partió la cabeza del faisán para que *Tetsu-ko* se comiese los sesos y, al empezar el ave a despachar el exquisito bocado, que él le había ofrecido, cercenó la cabeza de la víctima, y el halcón se posó en su puño, que era donde solía alimentarse.

Como *Tetsu-ko* había volado muy bien, Toranaga decidió dejar que comiese a sus anchas y no hacerla volar más aquel día. Le dio un pajarillo, que había desplumado y abierto para ella. A mitad del ágape, le puso el capirote, y el halcón siguió comiendo con gran satisfacción. Cuando hubo terminado y empezó a componerse las plumas, Toranaga recogió el faisán, lo metió en el zurrón y llamó a su halconero, que esperaba con los batidores. Comentaron, entusiasmados, el éxito de la caza y contaron las piezas. Había una liebre, unas cuantas codornices y el faisán. Toranaga despidió al halconero y a los batidores, enviándolos al campamento con todos los halcones. Sus guardias esperaban contra el viento. Se volvió a Naga.

—¿Y bien?

Naga se arrodilló junto a su caballo e hizo una profunda inclinación.

—Tienes toda la razón, señor. Te pido perdón por haberte ofendido.

—¿Pero no por darme un mal consejo?

—Te… te suplico que me pongas junto a alguien que me enseñe a no hacerlo jamás. No quiero darte ningún mal consejo. Nunca.

—Bien. Todos los días hablarás un rato con Anjín-san, para aprender lo que él sabe. Puede ser uno de tus maestros.

—¿Él?

—Sí. Así aprenderás un poco de disciplina. Y, si sabes escuchar, sin duda aprenderás cosas que te servirán de mucho y que tal vez me servirán también a mí.

Naga miró hacia el suelo, malhumorado.

—Quiero que aprendas todo lo que sabe él sobre cañones, sobre mosquetes y sobre el arte de la guerra. Serás mi experto. Sí. Y quiero que lo seas mucho.

Naga no replicó.

—Y quiero que te hagas amigo de él.

—¿Cómo puedo lograrlo, señor?

—Piensa *tú* en la manera. Emplea *tu* cabeza.

—Lo intentaré. Juro que lo intentaré.

—Quiero que hagas algo más. Quiero que lo consigas. Emplea un poco de «caridad cristiana». Tienes que haber aprendido algo de esto, *¿neh?*

Naga rió entre dientes.

—Esto es imposible de aprender, aunque lo he intentado. ¡Es la verdad! Tsukku-san sólo me hablaba de dogmas y de tonterías. El cristianismo es bueno para los campesinos, no para los samurais. Entonces te obedecí, y te obedeceré ahora. ¡Siempre! Pero, ¿por qué no dejas que haga solamente lo que puedo hacer, señor? Bueno…, disculpa mis palabras. Me haré amigo de Anjín-san. Sí.

—Bien. Y recuerda que vale veinte mil veces su peso en oro y que tiene más conocimientos de los que tú tendrás en veinte vidas.

Naga se contuvo y asintió con la cabeza.

—Bien. Mandarás dos batallones, Omi-san mandará otros dos, y Buntaro el de reserva.

—¿Y los otros cuatro, señor?

—No tenemos bastantes mosquetes para ellos. Fue una finta para despistar a Yabú —dijo Toranaga—, una excusa para traer otros mil hombres. ¿No llegarán mañana? Con dos mil hombres puedo hacer frente a Anjiro y escapar, en caso necesario. *¿Neh?*

—Pero Yabú puede… —Naga se mordió la lengua, pensando en que volvería a emitir un juicio equivocado—. ¿Por qué soy tan estúpido? —preguntó, amargamente—. ¿Por qué no puedo ver las cosas como tú? ¿O como Sudara-san? Quiero servir de algo, serte útil. No quiero provocarte continuamente.

—Entonces, aprende a tener paciencia, hijo mío, y a dominar tu temperamento. Pronto llegará tu ocasión. —Miró al cielo—. Creo que ahora voy a dormir un rato.

Naga bajó al punto la silla y la manta del caballo y las dispuso en el suelo como una cama de samurai. Toranaga le dio las gracias y lo observó mientras colocaba centinelas a su alrededor. Cuando estuvo seguro de que todo estaba en orden, se tumbó y cerró los ojos.

Pero no tenía ganas de dormir, y sí de pensar.

«¿Qué está pasando en Osaka? Erré en mi cálculo acerca de los daimíos, de los que aceptarían y de los que rechazarían la convocatoria. ¿Cómo no me enteré? ¿Hay alguien que me traiciona? ¡Son tantos los peligros a mi alrededor…!

»¿Y qué pensar de Anjín-san? También él es un halcón. Pero no está domado, como pretenden Yabú y Mariko. ¿Cuál es su presa? Su presa es el Buque Negro, y el anjín Rodrigues, y el pequeño y feo capitán general, que no durará mucho en este mundo, y los curas de negra sotana, y los curas apestosos y barbudos, y los portugueses y los españoles, y los turcos, sean éstos quienes fueren, y los islámicos, sean también quienes fueren, sin olvidar a Omi, a Yabú, a Buntaro, a Ishido y a mí mismo.»

Toranaga se volvió para acomodarse mejor y sonrió para sus adentros. «Pero Anjín-san es un halcón de alas cortas, de los que van directamente del puño a la presa y no aceptan el capirote, sino que permanecen posados en la muñeca, arrogantes, peligrosos, implacables.

»Pero, ¿contra quién voy a lanzarlo? ¿Contra Omi? Todavía no. ¿Contra Yabú? Todavía no. ¿Contra Buntaro? En realidad, ¿por qué persiguió Anjín-san a Buntaro con sus pistolas? A causa de Mariko, desde luego. Pero, ¿se habrán acostado juntos? No les han faltado oportunidades. Creo que sí. En fin, no hay nada de malo en ello —ya que daban por muerto a Buntaro—, con tal de que se guarde eterno secreto. Pero Anjín-san fue un estúpido al arriesgarse tanto por la mujer de otro. Actuó como un bárbaro estúpido y celoso. Pero, ¿no recuerdas al anjín Rodrigues? ¿Acaso no mató en duelo a otro bárbaro, según su costumbre, sólo para conseguir a la hija de un mercader de baja estofa, con la que se casó después en Nagasaki? ¿Y no dejó el Taiko impune este asesinato, contra mi consejo, porque sólo había muerto un bárbaro y no uno de los nuestros? Es una estupidez tener dos leyes: una, para nosotros, y otra, para ellos. Sólo debería haber una ley. Una ley para todos.

»No, no lanzaré a Anjín-san contra Buntaro, pues necesito a ese loco. Sólo espero que a Buntaro no se le ocurra pensar que aquellos dos se acostaron juntos, sea o no verdad. Entonces, yo tendría que matar en seguida a Buntaro, pues ningún poder de este mundo podría impedir que matase a Anjín-san y a Mariko, y estos dos me hacen más falta que él. ¿O sería mejor eliminar a Buntaro ahora mismo?»

En el momento en que Buntaro se había serenado, Toranaga le había enviado

a buscar.

—¿Cómo te atreves a anteponer tus intereses a los míos? ¿Cuánto tiempo estará Mariko incapacitada para hacer de intérprete?

—El médico ha dicho que sólo unos días, señor. ¡Pido perdón por lo ocurrido!

—Dije claramente que necesitaba sus servicios durante veinte días más. ¿No te acuerdas?

—Sí. Lo siento.

—Si te disgustó, unos cuantos azotes en las nalgas habrían sido suficientes. Todas las mujeres los necesitan de vez en cuando, pero pasar de ahí es una barbaridad. Con tu egoísmo has perjudicado la instrucción de las tropas y te has portado como un tosco campesino. Sin ella, ¡no puedo hablar con Anjín-san!

—Lo sé, señor, y lo siento. Es la primera vez que le he pegado. A veces…, a veces me hace perder los estribos y no sé lo que hago.

—¿Por qué no te divorcias de ella? ¿O la envías lejos? ¿O la matas, o le ordenas que se corte el cuello, cuando ya no me haga falta a mí?

—No puedo. No puedo, señor —había dicho Buntaro—. Ella… Yo la deseé desde el primer momento que la vi. Cuando nos casamos, encontré en ella todo lo que puede desear un hombre. Me consideré dichoso. Luego… la envié lejos, para protegerla después de aquel inicuo asesinato, fingí que estaba enojado con ella, pero lo hice por su seguridad, y entonces, cuando, unos años más tarde, me dijo el Taiko que la trajese, me sentí aún más atraído por ella. La verdad es que esperaba que se mostrase agradecida, y la tomé como toman los hombres, sin preocuparme de esas pequeñeces que tanto gustan a las mujeres, como poesías y flores. Pero ella había cambiado. Me era tan fiel como antes, pero se mostraba fría pidiéndome siempre que la matase. —Buntaro estaba frenético—. No puedo matarla ni permitirle que se mate. Ha manchado a mi hijo y hecho que deteste a todas las mujeres, pero soy incapaz de librarme de ella… Cuando volví de Corea y me enteré de que se había convertido a esa estúpida religión cristiana, me pareció divertido, y sólo para incordiarla, acerqué el cuchillo a su cuello y juré que se lo cortaría si no abjuraba inmediatamente. Desde luego, ella no quiso abjurar, ¿qué samurai lo haría bajo una amenaza así? Se limitó a mirarme con sus ojos serenos y a decirme que siguiese adelante. «Por favor, degüéllame, señor —me dijo—. Mira, echaré la cabeza atrás, y ruego a Dios que me desangre hasta morir.» No la degollé, señor, sino que la poseí. Pero hice cortar el cabello y las orejas a varias de sus damas que la habían animado a hacerse cristiana, y las

arrojé del castillo. Y lo propio hice con su madre adoptiva, la vieja regañona, y además le hice cortar la nariz. Entonces me dijo Mariko que…, dado que había castigado a sus damas, se suicidaría la próxima vez que me acercase a ella sin previa invitación, y que lo haría de cualquier manera y en el acto…, a pesar de su deber para contigo y para su familia, ¡y a pesar de los Diez Mandamientos de su Dios cristiano! —Lágrimas de furor corrían ahora libremente por sus mejillas —. No puedo matarla, por mucho que lo desee. No puedo matar a la hija de Akechi Jinsai, por mucho que lo tenga merecido…

Toranaga, tras dejarlo desahogarse, lo despidió y le ordenó que permaneciese completamente apartado de Mariko hasta que él decidiese lo que había que hacer. Luego envió a su propio médico para que la reconociera. El informe había sido favorable: magulladuras, pero ninguna lesión interna.

En atención a su propia seguridad —pues siempre había que esperar una traición, y porque el tiempo se agotaba—, Toranaga decidió aumentar la presión sobre todos ellos. Ordenó que Mariko se trasladase a la casa de Omi, con instrucciones de descansar, permanecer en el interior del recinto de la casa y apartarse por completo de Anjín-san. Después llamó a Anjín-san, simuló irritación por la casi total imposibilidad de sostener una conversación con él, y lo despidió rápidamente. Había intensificado la instrucción, dispuesto una marcha forzada y ordenado a Naga que llevase consigo a Anjín-san y que lo hiciese caminar hasta que se derrumbase. Pero Naga no lo consiguió.

Entonces lo intentó él personalmente. Condujo un batallón por los montes, durante once horas. Anjín-san aguantó, no en primera fila, pero aguantó. De regreso en Anjiro, Anjín-san le dijo, en su jerga casi incomprensible:

—Toranaga-sama, yo puedo andar. Yo puedo instrucción. Perdona, no posible dos cosas a la vez, *¿neh?*

Toranaga sonreía ahora, tumbado bajo el nublado cielo, esperando la lluvia y excitado por el juego de domar a Blackthorne, que era un halcón de alas cortas. «Todos son halcones —pensó—. Mariko, Buntaro, Yabú, Omi, Fujiko, Ochiba, Naga y todos mis hijos e hijas, mujeres y vasallos, y todos mis enemigos. Todos son halcones o presas para los halcones. Debo situar a Naga sobre la presa y dejar que se lance en picado. ¿Quién será la presa? ¿Omi o Yabú?»

Lo que Naga había dicho de Yabú era verdad.

—Bueno, Yabú-san —le había preguntado, el segundo día—, ¿qué has decidido?

—No iré a Osaka hasta que vayas tú, señor. He movilizado toda la provincia

de Izú.

—Ishido te inculpará.

—Antes te inculpará a ti, señor, y, si cae el Kwanto, caerá Izú. Hice un trato solemne. Estoy contigo. Y los Kasigi hacen honor a su palabra.

Al día siguiente, Yabú reunió una hueste, le pidió que la revistara, y, en presencia de todos sus hombres, se arrodilló y se ofreció como vasallo.

—¿Me reconoces como tu señor feudal? —le preguntó Toranaga.

—Sí. Y en nombre de todos los hombres de Izú. Ahora, señor, dígnate aceptar este obsequio, como prenda de mi fidelidad. —Y, todavía de rodillas, le ofreció su sable Muramasa—. Éste es el sable que mató a tu abuelo.

—¡No es posible!

Yabú le contó la historia del sable, cómo había llegado éste a su poder y cómo, recientemente, se había enterado de su identidad. Toranaga envió a alguien en busca de Suwo, y el viejo le contó lo que había visto cuando era poco más que un niño.

—Es verdad, señor —dijo, con orgullo—. Nadie vio al padre de Obata romper el sable ni arrojarlo al mar. Y juro por mi esperanza de renacer samurai, que serví a tu abuelo, el señor Chikitada. Yo estaba allí, lo juro.

Toranaga aceptó el sable, que pareció temblar pérfidamente entre sus manos. Siempre se había burlado de la leyenda según la cual había espadas que necesitaban matar por propio impulso, pero ahora lo creía.

Se estremeció, recordando aquel día. «¿Por qué nos odian los sables Muramasa? Uno mató a mi abuelo. Otro casi me cortó un brazo cuando tenía seis años, un accidente inexplicable. Y un tercero decapitó a mi hijo primogénito.»

—Señor —dijo Yabú—, un arma tan maldita no debería existir, *¿neh?* Permíteme que la arroje al mar, para que nunca pueda amenazaros, ni a ti ni a tus descendientes.

—Sí…, sí… —murmuró él, contento de que Yabú lo hubiese sugerido—. ¡Hazlo ahora mismo!

Y sólo cuando el sable se hubo perdido de vista, sumergiéndose en el agua, en presencia de sus hombres, su corazón volvió a latir normalmente. Dio las gracias a Yabú, ordenó que se estabilizasen los impuestos, a razón de un cuarenta por ciento para el señor feudal, y le otorgó Izú como feudo. Por consiguiente, todo volvía a ser como antes, salvo que el poder sobre Izú correspondía a Toranaga, si quería recuperar la provincia.

«El sable ha desaparecido para siempre —pensó—. Bien. Pero recuerda lo que anunció aquel adivino chino: morirás por la espada. Pero la espada ¿de quién? ¿Y será por mi propia mano o por la de otro? Lo sabré cuando llegue el momento. Ahora, duerme. *Karma* es *karma*. Tú perteneces al Zen. El Absoluto, el Tao, está dentro de ti. Piensa que el Bien y el Mal carecen de importancia, Yo y Tú carecemos de importancia, Dentro y Fuera son cosas indiferentes, como lo son la Vida y la Muerte. Entra en la Esfera donde no existen el miedo a la muerte ni la esperanza en otra vida, donde estás libre de los impedimentos de la vida y de las necesidades de salvación. Tú mismo eres el Tao. Sé tú, ahora, la roca contra la que se estrellan en vano las olas de la vida…»

Un débil grito sacó a Toranaga de su meditación. Se puso en pie de un salto. Naga, muy excitado, señalaba hacia el Oeste. Todos los ojos miraron hacia aquel punto.

La paloma mensajera volaba en línea recta hacia Anjiro, desde el Oeste. Se posó en un árbol lejano para descansar un momento, y reemprendió su vuelo cuando empezó a llover.

Y al Oeste estaba Osaka.

CAPÍTULO XXXVII

El mozo del palomar sostuvo al ave delicada, pero firmemente, mientras Toranaga se quitaba la empapada ropa. Había regresado galopando bajo el aguacero. Naga y otros samurais se apretujaban, excitados, junto al pequeño portal, indiferentes a la cálida lluvia que seguía cayendo torrencialmente, repicando sobre el tejado.

Toranaga se secó cuidadosamente las manos. El hombre le tendió el ave. Dos cilindros diminutos de plata estaban sujetos a sus patas. Lo normal habría sido que hubiese sólo uno. Toranaga tuvo que esforzarse por dominar el temblor nervioso de sus dedos. Desprendió los cilindros y los acercó a la luz del ventanuco, para examinar los pequeñísimos sellos. Reconoció el signo secreto de Kiri. Naga y los otros lo observaban con los nervios en tensión. Su rostro permaneció hermético.

Toranaga no rompió los sellos en seguida, aunque ardía en deseos de hacerlo. Esperó pacientemente a que le trajesen un quimono seco, y se dirigió a sus habitaciones en la fortaleza. La sopa y el cha lo estaban esperando. Los sorbió y escuchó el ruido de la lluvia. Cuando se sintió tranquilo, apostó unos guardias y se encerró en una habitación interior. Entonces, ya a solas, rompió los sellos. El papel de los cuatro rollos era muy fino, los caracteres, diminutos, el mensaje, largo y cifrado. Su interpretación fue laboriosa. Cuando la hubo terminado, leyó el mensaje y luego lo releyó dos veces. Después se sumió en honda reflexión.

—¡Naga! ¡Naga-san!

Su hijo acudió corriendo.

—Di, padre.

—A primera hora, después del alba, convoca a Yabú-san y a sus principales consejeros en la meseta. También a Buntaro y a nuestros primeros capitanes. Y a Mariko-san. Esta podrá servirnos cha. Y quiero que Anjín-san esté en el campamento. Aposta guardias a nuestro alrededor, a una distancia de doscientos pasos.

—Sí, padre. —Naga se volvió, dispuesto a obedecer, pero no pudo contenerse y preguntó—: ¿Es la guerra?

Como Toranaga quería crear cierto ambiente de optimismo en la fortaleza, no regañó a su hijo por su indisciplinada impertinencia.

—Sí —dijo—. Sí…, pero yo impondré las condiciones.

Naga cerró el shoji y salió corriendo. Toranaga sabía que Naga conservaría exteriormente serenos el semblante y la actitud, pero que nada podría disimular su excitada manera de andar y el fuego de sus ojos. De este modo, circularían rumores y contrarrumores en Anjiro, que se extenderían rápidamente a toda Izú y más allá, si se atizaba el fuego como era debido.

—Ahora estoy comprometido —dijo en voz alta.

Kiri había escrito:

Señor, ruego a Buda que estés bien y en seguridad. Ésta es nuestra última paloma mensajera, y ruego también a Buda que la guíe hasta ti. Unos traidores mataron anoche a todas las demás, prendiendo fuego al palomar, y, si ésta escapó, fue porque estaba enferma y yo la cuidaba en privado.

Ayer por la mañana, el señor Sugiyama dimitió, según lo planeado. Pero antes de que pudiese escapar, fue atrapado en las afueras de Osaka por los ronín de Ishido. Por desgracia, varios miembros de la familia de Sugiyama fueron apresados con él. Según rumores, Ishido le propuso una transacción: si el señor Sugiyama aplazaba su dimisión hasta después de la reunión del Consejo de Regencia (mañana), de modo que pudiesen inculparte legalmente, Ishido le garantizaba que el Consejo le cedería oficialmente todo el Kwanto, y, en prueba de buena fe, lo pondría inmediatamente en libertad, así como a su familia. Sugiyama se negó a traicionarte. Inmediatamente, Ishido ordenó a los eta que lo convenciesen. Éstos torturaron a los hijos de Sugiyama y después a su consorte, en su presencia, pero él siguió negándose a hacerte traición. Todos murieron como perros. Y la muerte de Sugiyama fue la peor.

Desde luego, no hubo testigos y todo son rumores, pero yo los creo. Desde luego, Ishido negó todo conocimiento o participación en los asesinatos y juró descubrir a los «asesinos». Al principio, sostuvo que Sugiyama no había dimitido y que, por consiguiente, el Consejo podía reunirse. Pero yo envié copias de la dimisión de Sugiyama a los otros regentes, Kiyama, Ito y Onoshi, y al propio Ishido, y distribuí otras entre

los daimíos. Por consiguiente, desde ayer, y tal como planeaste con Sugiyama, el Consejo no existe legalmente. En esto, tu éxito ha sido completo.

Buenas noticias: El señor Mogami se volvió atrás, con su familia y todos sus samurais, antes de entrar en la ciudad. Ahora es tu aliado declarado, y tienes seguro el flanco del lejano Norte. Los señores Maeda, Kukushima, Asano, Ikeda, Oda, y una docena de otros daimíos importantes, salieron secretamente de Osaka la noche pasada y están a salvo, y también Oda, el señor cristiano.

Mala noticia: las familias de Maeda, Ikeda y Oda, y una docena de daimíos importantes, no escaparon y ahora son rehenes, lo mismo que cincuenta o sesenta señores no comprometidos.

Mala noticia: ayer, tu medio hermano Zataki, señor de Shinamo, se declaró públicamente partidario del Heredero, Yaemón, y adversario tuyo, acusándote de confabularte con Sugiyama para derribar al Consejo de Regencia, creando el caos, por tanto, tu frontera Nororiental está en peligro, y Zataki y sus cincuenta mil fanáticos estarán en contra tuya.

Mala noticia: casi todos los daimíos aceptaron la «invitación» del emperador.

Mala noticia: bastantes amigos y aliados tuyos están ofendidos, porque no les diste conocimiento de tu estrategia, para que pudiesen preparar un plan de retirada. Entre ellos está tu viejo amigo, el gran señor Shimazu.

Mala noticia: dama Ochiba está tejiendo brillantemente su red, prometiendo feudos, títulos y cargos en la corte a los no comprometidos. Quiere precipitar la guerra, ahora que piensa que eres débil y estás aislado.

Lo peor de todo es que ahora los regentes cristianos, Kiyama y Onoshi, se han unido y están violentamente contra ti. Han publicado una declaración conjunta deplorando la «deserción» de Sugiyama y diciendo que «debemos estar dispuestos a aplastar a cualquier señor o grupo de señores que quieran anular la voluntad del Taiko o su sucesión legal». (¿Quiere esto decir que piensan reunirse como Consejo de cuatro regentes?) Uno de nuestros espías en el Cuartel General de las Sotanas dijo que el cura Tsukku-san salió en secreto de Osaka, hace cinco días,

pero no sabemos si fue a Yedo o a Nagasaki, donde se espera la llegada del Buque Negro. ¿Sabías que esta vez vendrá muy pronto, quizá dentro de veinte o treinta días?

Señor: siempre he vacilado en dar opiniones precipitadas, fundadas en chismes, rumores, declaraciones espías o intuición femenina, pero el tiempo apremia y tal vez no podré volver a hablarte. Primero: temo que muchos se pasen al bando de Ishido, aunque de mala gana, a causa de los rehenes. Segundo: creo que Maeda te traicionará, y, probablemente, también Asano. Calculo que, de los doscientos sesenta y cuatro daimíos de nuestro país, sólo tienes veinticuatro seguros y cincuenta posibles. Te aconsejo que declares «Cielo Carmesí» al instante y que te lances sobre Kioto. Es nuestra única esperanza.

En cuanto a dama, Sazuko y yo, estamos bien y seguras en nuestro rincón del castillo, con la puerta bien cerrada y echado el rastrillo. Nuestros samurais te son absolutamente fieles, a ti y a tu causa, y, si nuestro karma es abandonar esta vida, lo haremos serenamente. Tu dama te añora mucho, muchísimo. En cuanto a mí, Tora-chan, ardo en andas de verte, de reír contigo y de ver tu sonrisa. Sólo lamentaría morir, porque no podría seguir cuidando de ti.

Te envío mi carcajada. Que Buda os bendiga, a ti y a los tuyos.

Toranaga les leyó el mensaje, omitiendo lo referente a Kiri y a dama Sazuko. Cuando hubo terminado, todos lo miraron y se miraron con incredulidad, no sólo por lo que decía el mensaje, sino también por el hecho de que él les mostrase tanta confianza al leérselo.

Estaban sentados sobre unas esterillas colocadas en semicírculo a su alrededor, en el centro de la meseta, sin guardias y lejos de todo oído indiscreto. Buntaro, Yabú, Igurashi, Omi, Naga, los capitanes y Mariko. Los centinelas estaban a doscientos pasos de distancia.

—Necesito consejo —dijo Toranaga—. Mis consejeros están en Yedo. Este asunto es urgente, y quiero que vosotros actuéis en el lugar de aquéllos. ¿Qué va a pasar y qué debo hacer? Habla, Yabú-san.

Yabú se agitaba en un mar de confusiones. Todos los caminos parecían conducir al desastre.

—Ante todo, señor, ¿qué es exactamente «Cielo Carmesí»?

—Es el nombre en clave de mi plan de ataque decisivo: una sola y violenta marcha sobre Kioto con todas mis legiones, a base de movilidad y de sorpresa, para arrebatar la capital a las fuerzas del mal que ahora la rodean, y arrancar al Emperador de las sucias manos de aquellos que, guiados por Ishido, le han tenido engañado. Una vez libre de sus garras el Hijo del Cielo, le pediré la formación de un nuevo Consejo que ponga los intereses del reino y del Heredero por encima de las ambiciones personales. Marcharé al frente de ochenta o cien mil hombres, dejando mis tierras sin protección, desguarnecidos los flancos e insegura la retirada.

Toranaga vio que todos lo miraban asombrados. No había mencionado los cuadros de samurais escogidos que, en el curso de los años, había introducido furtivamente en muchos castillos importantes y provincias y que se sublevarían simultáneamente a fin de crear el caos esencial para el plan.

—Pero tendrás que combatir a cada paso —saltó Yabú—. Ikawa Jikkyu domina cien *ri* alrededor del Tokaido. Y más fortalezas de Ishido controlan el resto.

—Sí. Pero yo pienso marchar hacia el Noroeste a lo largo del Koshu-kaido y después, bajar sobre Kioto, manteniéndome alejado de las tierras costeras.

Muchos movieron la cabeza y empezaron a hablar, pero Yabú se impuso a ellos:

—Señor, el mensaje dice que tu pariente Zataki-san se ha pasado ya al enemigo. Esto te cierra el camino del Norte, pues su provincia está a caballo sobre el Koshu-kaido.

—Es mi único camino, mi única oportunidad. Sé que hay demasiados enemigos en la ruta de la costa.

Yabú miró a Omi, lamentando no poder consultarle, ya que por consejo de éste había rendido vasallaje a Toranaga.

—Es lo único que puedes hacer, Yabú-sama —le había dicho Omi—. La única manera de evitar la trampa de Toranaga y de tener espacio para maniobrar…

Igurashi lo había interrumpido furiosamente.

—Lo mejor es caer hoy mismo sobre Toranaga, ya que tiene aquí pocos hombres. Hay que matarlo y llevar su cabeza a Ishido, ahora que estamos a tiempo.

—Es mejor esperar, tener paciencia…

—¿Y qué pasará si Toranaga ordena a nuestro señor que entregue Izú? —

gritó Igurashi.

—No lo hará. Hoy necesita más que nunca a nuestro señor. Izú guarda su puerta del Sur. ¡No puede permitir que Izú le sea hostil! Debe tener a nuestro señor a su…

—*¿Y si despide al señor Yabú?*

—¡Nos rebelaremos! Mataremos a Toranaga, si está aquí, o lucharemos contra las tropas que nos lance. Pero no lo hará, ¿no lo comprendes? Toranaga debe protegerle, como vasallo que…

Yabú los dejó discutir hasta quedar convencido de que Omi tenía razón.

—Muy bien ¡De acuerdo! Le regalaré mi sable Muramasa para cerrar el trato, Omi-san —dijo, entusiasmado por la astucia del plan—. Omi tiene razón, Igurashi. No tengo alternativa. Desde ahora estaré al lado de Toranaga. ¡Seré su vasallo!

—Hasta que estalle la guerra —deslizó Omi.

—Desde luego. ¡Hasta que estalle la guerra! Entonces podré cambiar de bando o hacer lo que me parezca. Una vez más, tienes razón, Omi-san.

«Omi es el mejor consejero que jamás he tenido —se dijo—. Pero también el más peligroso. Omi es lo bastante astuto para apoderarse de Izú, si yo muero. Pero, ¡qué importa! Todos estamos muertos.»

—Estás completamente bloqueado —dijo a Toranaga—. Estas aislado.

—¿Hay alguna alternativa? —preguntó Toranaga.

—Discúlpame, señor —dijo Omi—, pero, ¿cuándo estarás a punto para el ataque?

—Ahora mismo.

—Izú está también a punto, señor —dijo Yabú—. ¿Serán bastantes tus cien mil, mis dieciséis mil y el Regimiento de Mosquetes?

—No. «Cielo Carmesí» es un plan desesperado: nos lo jugamos todo en un ataque.

—Tienes que arriesgarte, en cuanto cesen las lluvias y podamos guerrear —insistió Yabú—. ¿Puedes hacer otra cosa? Ishido formará inmediatamente otro Consejo. Y te inculparán, hoy, mañana o pasado mañana. ¿Por qué esperar a que te destruyan? ¡Adelante con «Cielo Carmesí»! Todos los hombres lanzados a un gran ataque. Es el Camino del Guerrero, es algo digno de un samurai, Toranaga-sama. Los mosquetes, nuestros mosquetes, barrerán a Zataki de nuestro camino. Y, ¿qué importa que triunfes o fracases? ¡El intento te valdrá una fama eterna!

—Sí, pero triunfaremos —dijo Naga—, ¡triunfaremos!

Algunos capitanes asintieron con la cabeza, contentos de que, al fin, llegase la guerra. Omi no dijo nada.

Toranaga miró a Buntaro.

—¿Y bien?

—Señor, te pido que me excuses de dar mi opinión. Yo y mis hombres haremos lo que tú mandes. Éste es mi único deber. Mi opinión no tiene ningún valor, porque haré lo que tú decidas.

—Normalmente, te complacería, pero no hoy.

—Entonces, me pronuncio por la guerra. Yabú tiene razón. Y yo estoy cansado de esperar.

—¿Omi-san? —preguntó Toranaga.

—Yabú-sama está en lo cierto. Ishido interpretará a su manera el testamento del Taiko para constituir muy pronto un nuevo Consejo. Este tendrá el mandato del Emperador. Tus enemigos aplaudirán, y la mayoría de tus amigos vacilarán y te harán traición. El nuevo Consejo te inculpará en seguida. Por consiguiente…

—¡Pues a por «Cielo Carmesí»! —terminó Yabú, dando su voto.

—Si el señor Toranaga lo ordena, sí. Pero no creo que la orden de inculpación tenga el menor valor. ¡Olvidaos de ella!

—¿Por qué? —preguntó Toranaga, mientras todos centraban la atención en Omi.

—Ishido es un malvado, *¿neh?* Y todos los daimíos que se avienen a servirlo lo son también. Los hombres de verdad saben lo que Ishido es, y saben que ha vuelto a engañar al Emperador. —Omi pasaba con prudencia entre las arenas movedizas que sabía que podían engullirlo—. Creo que cometió un tremendo error al asesinar al señor Sugiyama. Ahora, todos los daimíos sospecharán la traición de Ishido, y serán muy pocos los que, aparte sus inmediatos seguidores, acatarán las órdenes de su «Consejo». Estás a salvo, señor, durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Las lluvias durarán unos dos meses. Cuando termine, Ishido enviará simultáneamente a Ikawa Jikkyu y a Zataki contra ti, en un movimiento de tenaza, y el grueso del ejército de Ishido los apoyará en la ruta de Tokaido. Pero tú, señor, junto con Yabú-sama y con un poco de suerte, tendrás fuerza suficiente para defender los pasos del Kwanto y de Izú contra la primera oleada de atacantes, y los vencerás. No creo que Ishido pueda montar otro ataque, al menos un ataque importante. Cuando Ishido y los otros hayan gastado sus energías, tú y

el señor Yabú podréis salir de detrás de nuestras montañas y apoderaros gradualmente del Imperio.

—¿Aconsejas una batalla defensiva? —preguntó desdeñosamente Yabú.

—Creo que, juntos, estaréis a salvo detrás de las montañas. Espera, Toranaga-sama. Espera hasta tener más aliados y dominar los puertos. ¡Esto puede hacerse! El general Ishido es un malvado, pero no lo bastante estúpido como para comprometer todas sus fuerzas en una sola batalla. Remoloneará dentro de Osaka. Por consiguiente, no debemos emplear de momento nuestro regimiento. Debemos tenerlo como un arma secreta, preparada y a punto, hasta que salgas de tus montañas, aunque no creo que tengamos que emplearla. —Omi advirtió los ojos que lo observaban. Hizo una reverencia a Toranaga—. Por favor, disculpa mi prolijidad, señor.

Toranaga lo escudriñó y, después, miró a su hijo.

Vio la excitación del joven y pensó que había llegado el momento de lanzarlo sobre su presa.

—¿Naga-san?

—Lo que ha dicho Omi-san es verdad —dijo al punto Naga, rebosante de satisfacción—. En su mayor parte. Pero yo digo que emplees estos dos meses en conseguir aliados, en aislar todavía más a Ishido, y que, cuando acaben las lluvias, ataques sin previo aviso. ¡«Cielo Carmesí»!

—¿Disientes de la opinión de Omi-san sobre una guerra larga? —preguntó Toranaga.

—No. Pero, ¿no es ésta…? —y Naga se interrumpió.

—Adelante, Naga-san. ¡Habla francamente!

Naga calló, pálido el semblante.

—¡Te ordeno que prosigas!

—Bueno, señor, se me ocurrió pensar que… —Se interrumpió de nuevo y, después, dijo de un tirón—: ¿No es ésta tu gran oportunidad de convertirte en shogun? Si consigues apoderarte de Kioto y recibir el mandato, ¿por qué formar un Consejo? ¿Por qué no pedir al Emperador que te nombre shogun? Sería lo mejor para ti y lo mejor para el Reino. —Naga trataba de disimular el miedo que sentía, porque su propuesta era una traición contra Yaemón, y la mayoría de los samurais presentes, Yabú, Omi, Igurashi y Buntaro en particular. Se volvió, defensivamente, a los otros—. Si se deja escapar esta oportunidad…, tendrás razón, Omi-san, en lo de una guerra larga, pero yo digo que el señor Toranaga debe tomar el poder, ¡para dar poder! Una guerra larga arruinaría el Imperio y

volvería a dividirlo en mil fragmentos. ¿Quién quiere una cosa igual? El señor Toranaga debe ser shogun. Para dar el imperio a Yaemón, al señor Yaemón, ¡hay que asegurar primero el Reino! No habrá otra oportunidad…

Toranaga suspiró.

—Nunca he deseado ser shogun. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Defiendo a mi sobrino Yaemón y la voluntad del Taiko. —Los miró uno a uno y, finalmente, a Naga. El joven se estremeció. Pero Toranaga le dijo amablemente, atrayéndole de nuevo al cebo—. Sólo tu celo y tu juventud excusan tus palabras. Desgraciadamente, otros mucho más viejos e inteligentes que tú, me atribuyen aquella ambición. No es cierto. Sólo hay una manera de acabar con esta estupidez, y es poner al señor Yaemón en el poder. Y esto es lo que intento hacer.

—Sí, padre. Gracias. Gracias —dijo Naga, desalentado.

Toranaga miró a Igurashi.

—¿Cuál es tu consejo?

El samurai tuerto se rascó la cabeza.

—Yo sólo soy un soldado, no un consejero, pero no aconsejaría «Cielo Carmesí», si podemos luchar en nuestras propias condiciones, como dice Omi-san. El señor Ishido lanzará doscientos o trescientos mil hombres contra ti, dejando otros cien mil en Osaka para la defensa. Aún contando con las armas de fuego, no tendríamos bastantes hombres para atacar. En cambio, detrás de las montañas, y empleando aquellas armas, podrás aguantar indefinidamente, si todo ocurre como dice Omi-san. Podríamos conservar los puertos. No te faltará el arroz, pues, ¿acaso no abastece el Kwanto a la mitad del Imperio? Bueno, al menos a un tercio…, y te podríamos enviar todo el pescado que te hiciese falta. Estarías seguro. Deja que el señor Ishido y ese diablo de Jikkyu vengan contra nosotros, si todo ocurre como ha dicho Omi-san, pronto se matarán entre ellos. Si no es así, ten preparado «Cielo Carmesí». Un hombre sólo muere una vez por su señor.

—¿Mariko-san? —preguntó Toranaga.

—Yo no tengo voz aquí, señor —respondió ella—. Estoy segura de que se ha dicho todo lo que se tenía que decir. Pero, ¿puedo preguntarte, en nombre de tus consejeros presentes, qué crees *tú* que ocurrirá?

Toranaga escogió minuciosamente sus palabras:

—Creo que ocurrirá lo que ha predicho Omi-san. Con una excepción: el Consejo no será impotente. El consejo tendrá influencia suficiente para reunir una fuerza aliada invencible. Cuando cesen las lluvias, será arrojada contra el

Kwanto, dejando atrás a Izú. El Kwanto será conquistado y, después Izú. Sólo después de mi muerte, lucharán los daimíos entre sí.

—Pero, ¿por qué, señor? —se atrevió a preguntar Omi.

—Porque tengo demasiados enemigos. Poseo el Kwanto, he combatido durante más de cuarenta años y no he perdido una batalla. Todos me temen. Sé que, primero, los buitres se unirán para destruirme. Después, se destruirán entre ellos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, señor? —preguntó Naga.

—«Cielo Carmesí», naturalmente —respondió Toranaga.

—Pero dijiste que nos aplastarían, ¿no?

—Lo harían… si yo les diese tiempo. Pero no se lo daré. ¡Iremos a la guerra inmediatamente!

—Pero, las lluvias…, ¿qué dices de las lluvias?

—Llegaremos a Kioto mojados. Acalorados, oliendo mal y mojados. La sorpresa, la movilidad, la audacia y la oportunidad, ganan las guerras, *¿neh?* Yabú-san tiene razón. Los mosquetes abrirán camino en las montañas.

Durante una hora, discutieron los planes y la posibilidad de una guerra en gran escala en la estación de las lluvias, estrategia hasta entonces inaudita. Después, Toranaga los despidió, salvo a Mariko, y dijo a Naga que llamase a Anjín-san. Los observó mientras salían. Se habían mostrado francamente entusiastas, una vez tomada la decisión, en particular, Naga y Buntaro. Sólo Omi parecía reservado, pensativo y poco convencido. Toranaga prescindió de Igurashi, pues sabía que, como soldado, sólo haría lo que le ordenase Yabú, y, en cuanto a éste, no era más que un peón, desde luego traidor, pero un peón al fin y al cabo. «Omi es el único que vale la pena —pensó—. Me pregunto si ha descubierto ya lo que me propongo hacer.»

—Mariko-san, averigua, con discreción, cuánto costaría contratar a la cortesana.

Mariko pestañeó.

—¿Kiku-san, señor?

—Sí.

—¿Ahora, señor? ¿En seguida?

—Convendría para esta noche. —Le dirigió una mirada inexpresiva—. Aunque el interesado puede que no sea yo, sino uno de mis oficiales.

—Supongo que el precio dependerá de quien sea éste, señor.

—Me lo imagino. Pero dile a su ama-san que espero que la niña no tendrá la descortesía de desconfiar de la persona a quien yo elija para ella. Y dile también que espero pagar el precio de Mishima, y no los de Yedo o Kioto u Osaka.

—Sí, señor, desde luego.

Toranaga movió un hombro para aliviar el dolor, y cambió de sitio sus sables.

—¿Quieres que te dé un masaje, señor? ¿O mando a buscar a Suwo?

—No, gracias. Veré a Suwo más tarde.

Toranaga se levantó, se alivió con satisfacción y se sentó de nuevo.

El sol estaba bajo, y se empezaban a formar espesas nubes.

—Vivir es importante —dijo, satisfecho—. Me parece oír la lluvia a punto de nacer.

—Sí —dijo ella.

Toranaga pensó un momento. Después, compuso una poesía:

El cielo
Abrasado por el sol
Llora
Fecundas lágrimas.

Mariko, obediente, se dispuso a seguir con él el juego de la poesía, muy popular entre los samurais, consistente en retorcer palabras de la primera y adaptarlas a una nueva concepción poética. Al cabo de un momento, replicó:

Pero el bosque
Herido por el viento
Llora
Hojas muertas.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó Toranaga, mirándola satisfecho y gozando con lo que veía.

Recordó, con nostalgia, cómo la habían deseado todos —incluso el propio dictador Goroda— cuando tenía ella trece años, y su padre, Akechi Jinsai, la había presentado, como su hija mayor, en la Corte de Goroda. Por fin se la

habían dado a Buntaro, para fortalecer la alianza entre Goroda y Toda Hiromatsu. Si Buntaro muriese, se preguntó Toranaga con malignidad, ¿consentiría en ser una de mis consortes? Él había preferido siempre las mujeres experimentadas, viudas o divorciadas, nunca demasiado bonitas o inteligentes, así como tampoco jóvenes o distinguidas, pues, de este modo, no le creaban problemas y se mostraban siempre agradecidas.

Rió para sus adentros. «Nunca se lo pedí, porque tiene todo lo que yo no quiero en una consorte…, salvo que su edad es perfecta.»

—¿Señor? —preguntó ella.

—Estaba pensando en tu poesía, Mariko-san —dijo él, delicadamente, y añadió:

¿Por qué tan invernal?
El verano
Llegará, y la caída del
Glorioso otoño.

Ella dijo, a modo de respuesta:

Si yo pudiese emplear las palabras
como las hojas muertas,
¡Qué hoguera
Podría hacer con mis poemas!

Él se echó a reír y se inclinó con fingida humildad.

—Has ganado, Mariko-sama. ¿Qué premio quieres? ¿Un abanico? ¿Un pañuelo para cubrir tus cabellos?

—Gracias, señor —respondió ella—. Lo que tú prefieras.

—Diez mil kokú al año para tu hijo.

—¡Oh, señor! ¡No merecemos tanta largueza!

—Has salido victoriosa. La victoria y la fidelidad deben ser recompensadas. ¿Qué edad tiene Saruji?

—Quince años…, a punto de cumplir.

—¡Ah, sí! Le prometisteis recientemente a una de las nietas del señor Kiyama, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Fue en el undécimo mes del año pasado, el mes de la Escarcha Blanca. Ahora está en Osaka con el señor Kiyama.

—Bien. Diez mil kokú, empezando ahora mismo. Mañana enviaré la orden. Y ahora basta de poesía y dame tu opinión.

—Mi opinión, señor, es que estamos seguros en tus manos, tan seguros como lo está la tierra.

—Bien está. Pero dime lo que piensas.

Ella le respondió, sin la menor preocupación, de igual a igual.

—En primer lugar, deberías atraer secretamente al señor Zataki a tu bando. Supongo que sabes cómo hacerlo o, más probablemente, que tienes un acuerdo secreto con tu medio hermano, cuya fingida «deserción» provocaste para engañar a Ishido. Segundo: no serás el primero en atacar. Nunca lo has hecho, siempre has aconsejado paciencia, y sólo atacas cuando estás seguro de vencer. Por consiguiente, el público anuncio del inmediato «Cielo Carmesí» es otra maniobra de diversión. Esto confundirá a Ishido, que se enterará por los espías que tiene aquí y en Yedo, y que se verá obligado a dispersar sus fuerzas, con mal tiempo, para defenderse de una amenaza que no llegará a materializarse. Entre tanto, buscarás aliados, debilitarás las alianzas de Ishido y quebrantarás su coalición. Y, desde luego, procurarás que Ishido salga del castillo de Osaka. En otro caso, señor, él triunfará, o, al menos, tú perderás el shogunado. Tú…

—He dejado bien clara mi posición a este respecto —saltó Toranaga, de nuevo serio—. ¡Y te pasas de la raya!

Mariko replicó, tranquilamente:

—Disculpa mi atrevimiento. Pero estoy convencida de que Naga-san tiene razón. Debes convertirte en shogun, *o faltarás a tu deber con el Imperio y con los Minowara*.

—¿Cómo te atreves a hablar así?

Mariko permaneció absolutamente serena, sin dejarse impresionar por la indignación de Toranaga.

—Te aconsejo que te cases con dama Ochiba. Faltan ocho años para que Yaemón pueda heredar legalmente. ¡Una eternidad! Si pueden pasar tantas cosas en ocho meses, ¿qué no será en ocho años?

—¡Toda tu familia puede ser eliminada en ocho días!

—Sí, señor, pero esto no tiene nada que ver con tu deber ni con el Reino. Naga-san tiene razón. Y ahora —añadió con burlona gravedad—, ¿puede tu fiel consejera hacerse el harakiri, o debe dejarlo para más tarde?

Mariko-san fingió que se desmayaba.

Toranaga se quedó boquiabierto ante tan increíble desfachatez. Después, lanzó una carcajada y golpeó el suelo con el puño.

—Nunca te comprenderé, Mariko-san.

—Sí que me comprendes, señor —dijo ella, enjugándose el sudor de la frente —. Eres muy bueno al permitir que tu devota sierva te haga reír y te diga lo que debe decirte. Perdona mi impertinencia, por favor.

—¿Por qué he de hacerlo? ¿Por qué? —preguntó Toranaga, sonriendo.

—A causa de los rehenes, señor —respondió simplemente ella.

—¡Ah, los rehenes! —exclamó él, serio de nuevo.

—Sí. Debo ir a Osaka.

—Sí —dijo él—. Lo sé.

CAPÍTULO XXXVIII

Acompañado de Naga, Blackthorne bajaba tristemente la cuesta, en dirección a las dos figuras sentadas sobre sendas esterillas, en el centro del círculo de guardias. Al reconocer a Mariko, se desvaneció en parte su tristeza.

Había ido muchas veces a casa de Omi, a ver a Mariko o preguntar por ella. Pero los samurais le habían impedido entrar, cortésmente pero con firmeza. Omi le había dicho, como *tomodashi*, como amigo, que ella estaba perfectamente.

Fujiko había ido varias veces a visitar a Mariko. Y, al volver, siempre decía que ésta se encontraba bien, y añadía el inevitable «*Shinpai suruna*, Anjín-san. *¿Wakarimasu?* (No debes preocuparte, ¿comprendes?)»

Con Buntaro, era como si nada hubiese ocurrido. Se saludaban cortésmente cuando se encontraban durante el día. Aparte que utilizaba en ocasiones la caseta del baño, Buntaro se portaba como cualquier samurai de Anjiro, ni amistosamente, ni con hostilidad.

El acelerado adiestramiento, desde el amanecer hasta la noche, destrozaba a Blackthorne. Tenía que dominar sus frustraciones como instructor y esforzarse en aprender el lenguaje. Al terminar la jornada, estaba siempre rendido. Y se sentía solo, solo en un mundo extraño.

Por si esto fuera poco, se había producido algo horrible, tres días atrás. Había sido una jornada muy larga y muy húmeda. Al ponerse el sol, había llegado a casa muy cansado e, inmediatamente, había comprendido que ocurría algo. Fujiko lo había saludado nerviosamente.

—*¿Nan desu ka?*

Ella le había respondido a media voz, prolijamente, con los ojos bajos.

—*Wakarimasen*. (No comprendo.) Entonces, ella lo había conducido al jardín y señalado el sitio donde él había colgado el faisán.

—¡Oh! Me había olvidado de eso. *Watashi*… —Pero no podía recordar las palabras y se encogió de hombros—. *Wakarimasu ¿han desu kiji ka?* (Comprendo. ¿Qué ha sido del faisán?)

Los criados los observaban, petrificados, desde las puertas y las ventanas. Fujiko volvió a hablar. Él prestó atención, pero no pudo captar el sentido de las palabras.

—*Wakarimasen,* Fujiko-san.

Ella suspiró profundamente. Después, imitó nerviosamente a alguien que descolgase el faisán, se lo llevase y lo enterrase.

—¡Aaaah! *Wakarimasu,* Fujiko-san. ¿Olía mal? —preguntó, y, como no sabía la frase japonesa, se tapó la nariz con los dedos.

—*Hai, hai,* Anjín-san. *Dozo gomen nasai, gomen nasai*.

Imitó el zumbido de las moscas y describió con las manos una nube de insectos.

—*¡Ah so desu! Wakarimasu*. —Se encogió de hombros, para aliviar el dolor de la espalda y murmuró—: *Shigata ga nai* —deseoso de tomar un baño y de que le diesen masaje, únicas satisfacciones que hacían posible la vida—. ¡Al diablo con ello! —dijo en inglés, dando media vuelta.

—*Dozo,* Anjín-san.

—*Shigata ga nai* —repitió él, en voz más fuerte.

—*Ah so desu, arigato gaziemashita*.

—*¿Tare toru desu ka?* (¿Quién lo cogió?)

—Ueki-ya.

—¡Oh, ese viejo pillín! —Ueki-ya, el jardinero, el amable y desdentado viejo que cuidaba las plantas con manos amorosas y daba belleza al jardín—. *Yoi, Motte kuru* Ueki-ya. (Ve a buscarlo.)

Fujiko movió la cabeza. Su cara tenía la palidez del yeso.

—Ueki-ya *shinda desu, ¡shinda desu!* —murmuró.

—*¿Ueki-ya shindato? ¿Donoyoni? ¿Doshité? ¿Doshité shindanoda?* (¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo murió?)

Ella señaló el sitio donde había estado el faisán y dijo muchas palabras suaves e incomprensibles. Después, imitó el movimiento de descargar un sablazo.

—*¡Santo Dios!* ¿Mataste a ese viejo por un apestoso y maldito faisán?

Inmediatamente, todos los criados corrieron al jardín y se hincaron de rodillas. Fujiko esperó estoicamente a que todos estuviesen allí, y, después, se arrodilló también y se inclinó, pero como una samurai, no como los campesinos.

—*Gomen nasai, dozo gomen na*…

¡Al diablo con vuestros *gomen nasai*! ¿Qué derecho tenías a hacer una cosa así? ¿Eeeeh? —y empezó a maldecir furiosamente—. Por el amor de Dios, ¿por qué no me lo preguntaste? *¿Eh?*

Fujiko levantó despacio la cabeza. Vio su dedo acusador y la ira pintada en

su semblante. Murmuró una orden a Nigatsu, su doncella.

Nigatsu movió la cabeza y empezó a suplicar.

—*¡Ima!*

La doncella echó a correr. Volvió con el sable largo, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas. Fujiko tomó el sable y lo ofreció a Blackthorne con ambas manos. Habló, y, aunque él no comprendió todas sus palabras, supo lo que le decía.

—*¡IYÉ!* —gritó, agarrando el sable y arrojándolo lejos—. ¿Crees que con esto devolverías la vida a Ueki-ya?

Se alejó de allí, desesperado, se dirigió a la colina que dominaba el pueblo, cerca del santuario que estaba junto al viejo ciprés, y lloró.

Lloró porque un hombre había muerto innecesariamente y porque ahora sabía que era él quien lo había matado.

—Perdóname, Dios mío. Soy yo el responsable…, no Fujiko. Yo lo maté. Ordené que nadie tocase el faisán. Yo di la orden, conociendo sus leyes y sus costumbres.

Al cabo de un rato, se agotaron sus lágrimas. Era noche cerrada. Volvió a su casa.

Fujiko lo estaba esperando, como siempre, pero sola. Tenía el sable sobre las rodillas. Se lo ofreció.

—*Dozo, dozo*, Anjín-san.

—*Iyé* —dijo él, tomando el sable como era debido—. *Iyé*, Fujiko-san. *Shigata ga nai, ¿neh? Karma, ¿neh?*

La tocó, como disculpándose. Sabía que ella pagaba las consecuencias de su propia estupidez. Y Fujiko lloró.

—*Arigato, arigato go… goziemashita*, Anjín-san. Y él se sintió profundamente conmovido.

—¡Anjín-san! —dijo ahora Naga.

—¿Sí? ¿Sí, Naga-san? —Trató de olvidar su arrepentimiento y se volvió al joven que caminaba a su lado—. Pero, ¿qué decías?

—Decía que deseo ser amigo tuyo.

—¡Oh! Gracias.

—Sí, y tal vez tú querrías…

Soltó un chorro de palabras que Blackthorne no comprendió.

—¿Perdón…?

—Enseñar, *¿neh?* Enseñar sobre el mundo…

—¡Ah, sí! Perdona. Enseñarte, ¿qué?

—Sobre tierras extranjeras, tierras remotas. El mundo, *¿neh?*

—Sí, ya comprendo. Lo intentaré.

—Bien —dijo Naga, muy satisfecho.

Cuando llegaron cerca de los samurais, Naga les ordenó que dejasen libre el paso e hizo un ademán a Blackthorne para que avanzase él solo. Blackthorne obedeció, sintiéndose muy solo en aquel círculo de hombres.

—*Ohayo*, Toranaga-sama. *Ohayo*, Mariko-san —dijo, al reunirse con éstos.

—*Ohayo*, Anjín-san. *Dozo suwaru*. (Buenos días, Anjín-san. Siéntate, por favor.)

Mariko le sonrió.

—*Ohayo*, Anjín-san. *¿Ikaga desu ka?*

—*Yoi*, *domo* —dijo Blackthorne, mirándola y alegrándose de verla—. Tu presencia me llena de gran alegría —añadió, en latín.

—También yo me alegro de verte. Pero estás sombrío. ¿Por qué?

—*¿Nan ja?* —preguntó Toranaga.

Ella le tradujo lo que habían dicho. Toranaga gruñó y habló.

—Mi señor dice que pareces preocupado, Anjín-san. Y lo mismo creo yo. Pregunta cuál es la causa de tu preocupación.

—No es nada. *Domo*, Toranaga-sama. *Nane mo*. (No es nada.)

—*¿Nan ja?* —le preguntó directamente Toranaga—. ¿Nan ja?

Blackthorne obedeció y se apresuró a responder.

—Ueki-ya —dijo, afligido—, *hai*, Ueki-ya.

—*¡Ah so desu!* —dijo Toranaga, y habló largamente a Mariko.

—Mi señor dice que no debes entristecerte por el viejo jardinero. Me pide que te diga que todo se resolvió oficialmente. El viejo jardinero supo perfectamente lo que hacía.

—No comprendo.

—El faisán se estaba pudriendo al sol. Había un enjambre de moscas. Tu salud, la de tu consorte y la de toda tu casa estaban amenazadas. Y también había habido algunas quejas, reservadas y muy discretas, por parte del jefe de los criados de Omi-san… y de otras personas.

—Pero, ¿por qué no me avisaron? ¿Por qué no me lo dijo alguien? El faisán no significaba nada para mí.

—¿Qué había que decirte? Habías dado una orden. Ellos no conocen tus costumbres y no sabían qué hacer. —Habló unos momentos con Toranaga,

explicándole lo que había dicho Blackthorne, y se volvió de nuevo a éste—. ¿Te aflige esto? ¿Quieres que continúe?

—Sí, por favor, Mariko-san.

—Bueno, tu primer criado, el cocinero, convocó una reunión de tus servidores, Anjín-san. También asistió oficialmente Mura, el jefe de la aldea. Decidieron que no podía pedirse a los eta del pueblo que se llevasen el faisán, pues era un problema que sólo incumbía a la casa. El viejo jardinero pidió que se le permitiese hacerlo, últimamente tenía continuos dolores en el vientre, y padecía mucho al sembrar y plantar, y no podía hacer su trabajo como hubiese querido. El tercer cocinero se ofreció también, diciendo que era muy joven y muy estúpido, y que su vida no valía nada, comparada con un asunto tan grave. Por fin, se concedió el honor al viejo jardinero. Realmente, fue un gran honor, Anjín-san. Todos lo saludaron ceremoniosamente, y él correspondió a sus saludos y se llevó aquella cosa y la enterró, para gran alivio de todos.

»Cuando volvió, fue directamente al encuentro de Fujiko-san y le dijo lo que había hecho, que había desobedecido tu ley, *¿neh?* Ella le dio las gracias por haber eliminado aquel peligro y le dijo que esperase. Vino a pedirme consejo y me preguntó qué debía hacer. Le respondí que no lo sabía, Anjín-san. Pregunté a Buntaro-san, pero él tampoco lo sabía. Era complicado, debido a tu situación. Por consiguiente, preguntó al señor Toranaga. Y el señor Toranaga habló personalmente con tu consorte.

Mariko se volvió a Toranaga y le dijo lo que acababa de explicar, siguiendo sus instrucciones.

Toranaga habló rápidamente, y Blackthorne les observó a los dos.

—*Hai*, Toranaga-sama. Hai. —Mariko miró a Blackthorne y dijo, en el mismo tono oficial—: Mi señor me pide que te diga que lo siente, que, si hubieses sido japonés, no habría habido ninguna dificultad, Anjín-san. El viejo jardinero habría ido sencillamente al campo de enterramientos, para recibir su liberación. Pero, y disculpa que lo diga, tú eres extranjero, aunque el señor Toranaga te haya hecho hatamoto, y había que decidir si eras legalmente samurai, o no. Celebro decirte que él resolvió que eras samurai y tenías los derechos de tal. Con esto quedó todo resuelto. La ley es clara. No había alternativa. —Su voz se volvió grave—. Pero el señor Toranaga sabe que te repugna matar, y por esto, para ahorrarte un sufrimiento, ordenó a uno de sus samurais que enviase al viejo jardinero al Gran Vacío.

—Pero, ¿por qué no me consultaron? Aquel faisán me tenía sin cuidado.

—El faisán no tiene nada que ver con esto, Anjín-san —le explicó ella—. Tú eres jefe de una casa. La ley dice que ningún miembro de tu casa puede desobedecerte. El viejo jardinero quebrantó deliberadamente la ley. Y todo el mundo se caería en pedazos si se permitiese a la gente violar la ley. Tu…

Toranaga la interrumpió y le habló. Ella le escuchó y le hizo algunas preguntas, y él le hizo ademán de que continuase.

—*Hai*. El señor Toranaga quiere que te diga que cuidó él personalmente de que el viejo jardinero tuviese la muerte rápida, indolora y honrosa que se merecía. Incluso prestó al samurai su propio sable, que es muy afilado. Y yo debo decirte que el viejo jardinero se sintió muy orgulloso de que, en sus días de decrepitud, pudiese ayudar a tu casa, Anjín-san, contribuyendo a confirmar tu condición de samurai delante de todo el mundo. Sobre todo, estuvo orgulloso del honor que se le hacía al no emplearse con él verdugos públicos, Anjín-san. El señor Toranaga quiere que esto quede bien claro.

—Gracias, Mariko-san. Gracias por habérmelo aclarado. —Blackthorne se volvió a Toranaga y le dedicó su más correcta reverencia—. *Domo*, Toranaga-sama, *domo arigato. Wakarimasu. Domo*.

Fujiko y todos los demás habían hecho lo que debían.

«Fujiko es inocente. Todos son inocentes. Menos yo —se dijo—. No puedo deshacer lo que está hecho. ¿Cómo podré vivir con esta vergüenza?»

Permaneció sentado, con las piernas cruzadas, frente a Toranaga, sintiendo que la ligera brisa del mar sacudía su quimono y los sables que llevaba al cinto. Escuchaba dócilmente, y respondía, y nada tenía importancia. La guerra era inminente, decía Mariko. ¿Cuándo?, preguntaba él. Muy pronto, decía ella.

—Partirás conmigo, Anjín-san, y me acompañarás durante una parte del viaje, porque yo voy a Osaka y tú irás a Yedo por tierra, para preparar tu barco para la guerra…

De pronto, se hizo un silencio colosal.

Después, la tierra empezó a temblar.

Blackthorne sintió que sus pulmones estaban a punto de estallar, y todas las fibras de su ser se estremecieron de pánico. Trató de mantenerse en pie, pero no pudo, y vio que todos los guardias eran igualmente impotentes. Toranaga y Mariko se agarraban al suelo con manos y pies. Un rugido, retumbante y catastrófico, pareció surgir de la tierra y del cielo, envolviéndoles, aumentando hasta que sus oídos estuvieron a punto de estallar. Él sintió que iba a vomitar,

mientras su incrédula mente le decía que estaba en tierra firme y no en el mar, donde el mundo se movía a cada instante.

Un alud de rocas se desprendió de las montañas del Norte y rodó hacia el valle, aumentando el estruendo. Parte del campamento de samurais desapareció.

Cesó el temblor.

La tierra era de nuevo firme, como siempre había sido, como siempre hubiese debido ser. Blackthorne sintió que le temblaban las manos, las rodillas y todo el cuerpo. Trató de dominar el temblor y de recobrar aliento.

Entonces, la tierra lanzó un nuevo alarido. Empezó el segundo terremoto. Más violento. Esta vez, el suelo se abrió al otro lado de la meseta. La grieta corrió en su dirección a velocidad increíble, pasó a cinco pasos de ellos y siguió adelante. Los ojos incrédulos de Blackthorne vieron que Toranaga y Mariko se tambaleaban en el borde de la hendidura. Como en una pesadilla, vio que Toranaga, que era el que estaba más cerca de la grieta, iba a caer en ella. Saliendo de su estupor, saltó hacia delante. Agarró con la diestra el cinto de Toranaga, mientras temblaba la tierra como una hoja agitada por el viento.

La grieta tenía veinte pasos de profundidad y diez de anchura, y olía a muerte. Piedras y barro se desprendían de sus paredes, arrastrando a Toranaga y, con él, a Blackthorne. Éste pugnaba por agarrarse con las manos y los pies, gritando a Toranaga que lo ayudase. Todavía medio aturdido, Toranaga apoyó los pies en la pared y, medio a rastras, medio izado por Blackthorne, consiguió salir. Ambos yacieron jadeando en terreno firme.

Entonces, hubo otra sacudida.

La tierra se abrió de nuevo. Mariko chilló. Trató de huir, pero la nueva fisura la engulló. Blackthorne se arrastró frenéticamente hasta el borde y miró hacia abajo. Ella estaba temblando en una cornisa, a pocos metros debajo de él. La hendidura tenía unos nueve metros de profundidad y tres de anchura. El borde cedió bajo el peso de él, y Blackthorne resbaló, casi cegado por el barro y las piedras, y consiguió agarrar a Mariko y ponerla a salvo en otra cornisa. Ambos se esforzaron en recobrar el equilibrio. Una nueva sacudida. La mayor parte de la cornisa cedió. Estaban perdidos. Entonces, el puño de hierro de Toranaga agarró el cinto de Blackthorne, interrumpiendo el descenso a los infiernos.

Toranaga tiró de él hasta que volvieron a estar en una estrecha cornisa, y entonces, se rompió el cinto. Una momentánea pausa de los temblores dio tiempo a Blackthorne de izar a Mariko, mientras llovían piedras sobre ambos. Toranaga saltó para ponerse a salvo, gritándole que se diese prisa. La sima gruñó

y empezó a cerrarse. Blackthorne y Mariko estaban todavía en sus fauces, y Toranaga ya no podía ayudarlos. El propio terror prestó a Blackthorne fuerzas sobrehumanas, y, de alguna manera, consiguió éste arrancar a Mariko de su tumba y empujarla hacia arriba. Toranaga la agarró de la muñeca y la izó sobre el borde. Blackthorne trepó detrás de ella, mientras la pared opuesta se iba acercando. Por un momento, pensó que estaba atrapado. Pero consiguió salir a medias de su tumba y se apoyó en el tembloroso borde, jadeando, incapaz de izarse del todo, con las piernas todavía en la hendidura. Ésta se estaba cerrando. Entonces, se quedó quieta… Su boca tenía seis pasos de anchura y ocho de profundidad.

Cesó el ruido. El suelo se inmovilizó. Volvió el silencio.

De manos y rodillas en el suelo, esperaron los tres que empezase de nuevo aquel horror. Blackthorne empezó a levantarse, empapado en sudor.

—*Iyé* —le gritó Toranaga, haciéndole señas de que se estuviese quieto.

Tenía el rostro desencajado y una profunda herida en la sien, producida por el choque de una piedra.

Los tres jadeaban y sentían amargor de bilis en la boca. Los guardias empezaban a levantarse. Varios empezaron a correr hacia Toranaga.

—*¡Iyé!* —les gritó éste—. *¡Maté!* (¡Esperad!)

Ellos obedecieron. La espera se hizo eterna. Entonces, un pájaro pió en un árbol y levantó el vuelo. Otro lo siguió. Blackthorne sacudió la cabeza para expulsar el sudor de sus ojos. Una hormiga se movió entre la hierba. Y otra, y otra. Reanudaban su busca de alimento.

Todavía aterrorizado, Blackthorne se sentó sobre los talones.

—¿Dónde estaremos seguros?

Mariko no le respondió. Estaba como hipnotizada por la hendidura del suelo. Él se acercó a ella, medio a rastras.

—¿Estás bien?

—Sí… sí —respondió, con voz ahogada.

Tenía la cara manchada de barro, rasgado y sucio el quimono, y ambas sandalias y un tabí habían desaparecido. Y también su sombrilla. Él la ayudó a alejarse del borde. Después, miró a Toranaga.

—*¿Ikaga desu ka?*

Toranaga era incapaz de hablar. Tenía el pecho molido y los brazos y las piernas llenos de contusiones. Señaló la grieta que había estado a punto de

engullirlo y que era ahora como una estrecha zanja en el suelo. Hacia el Norte, la zanja era aún como un barranco, pero no tan ancho ni tan profundo como antes.

Blackthorne se encogió de hombros.

—*Karma* —dijo.

Toranaga eructó con fuerza, escupió y volvió a eructar. Tras aclararse así la garganta, lanzó un torrente de insultos, mientras señalaba la zanja con sus romos dedos, y, aunque Blackthorne no podía entender todas sus palabras, estaba claro que decía en japonés:

—¡Al diablo el *karma*, al diablo el terremoto y al diablo la zanja…, que se ha tragado mis sables!

Blackthorne soltó una carcajada, impulsado por su alegría de estar vivo y por la estupidez de la situación. Al cabo de un momento, Toranaga rió también, y su hilaridad se contagió a Mariko. Blackthorne se volvió a ella.

—¿Ha terminado el terremoto, Mariko-san?

—Hasta la próxima sacudida, sí —respondió ella, quitándose el barro de las manos y del quimono.

Los guardias les observaban sin moverse, esperando órdenes de Toranaga. Hacia el Norte había fuego en el campamento. Los samurais luchaban contra el incendio y removían las rocas en busca de los que habían quedado enterrados. Al Este, Yabú, Omi y Buntaro, estaban con otros guardias, más allá del extremo de la fisura, ilesos —salvo algunas contusiones—, esperando la llamada de su señor. Igurashi había desaparecido. La tierra se lo había tragado.

Blackthorne se dejó llevar por el momento. Se había desvanecido el desprecio por su propia persona y se sentía completamente sereno y dueño de sí. Ahora se enorgullecía de ser samurai y de ir a Yedo, y a la guerra, y a su barco, y al Buque Negro, y de volver a ser samurai. Miró a Toranaga, deseando preguntarle muchas cosas, pero vio que el daimío estaba sumido en sus pensamientos y pensó que sería descortesía distraerlo. «Ya habrá tiempo», pensó, satisfecho, y miró a Mariko. Ésta se estaba arreglando la cara y los cabellos, y él apartó su mirada.

Entonces habló Toranaga, con voz grave:

—*Domo*, Anjín-san, *¿neh? Domo*.

—*Dozo*, Toranaga-sama. *Nane mo. Hombun, ¿neh?* (Por favor, Toranaga-sama, no ha sido nada. El deber.)

Después, como no sabía bastantes palabras en japonés y quería expresarse con exactitud, Blackthorne dijo:

—Mariko-san, te ruego que le expliques esto: ahora creo entender lo que tú y el señor Toranaga queríais decir al referiros al *karma* y a la estupidez de preocuparse por lo que es. Muchas cosas me parecen más claras. No sé por qué, tal vez porque nunca había sentido tanto miedo, y esto ha aclarado mis ideas, pero ahora tengo la impresión de pensar con más claridad. Es… bueno, como el viejo jardinero. Sí, fue por mi culpa y lo siento de veras, pero fue un error, no una acción deliberada por mi parte. Es un hecho, y nada se le puede hacer. Hace un momento estábamos casi muertos. Por consiguiente, mis preocupaciones y mi dolor habían sido vanos, ¿no? *Karma*. Sí, ahora sé lo que es *karma*. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo ella, y lo tradujo a Toranaga.

—Mi señor dice: «Bien, Anjín-san. *Karma* es el principio del conocimiento. Después, está la paciencia. La paciencia es muy importante. Los pacientes son fuertes, Anjín-san. Paciencia significa dominar nuestra inclinación hacia las siete emociones: odio, adoración, gozo, ansiedad, irritación, dolor y miedo. Si las resistes, eres paciente, y pronto comprenderás todas las cosas y estarás en armonía con la Eternidad.»

—¿Crees tú eso, Mariko-san?

—Sí, lo creo. Y trato de ser paciente, pero es difícil.

—Y esto también es wa, vuestra armonía, vuestra «tranquilidad», *¿neh?*

—Sí.

—Dile que le agradezco sinceramente lo que hizo por el viejo jardinero. Antes no lo hice de corazón. Díselo.

—No hace falta, Anjín-san. Él sabía que no era más que pura cortesía.

—¿Cómo podía saberlo?

—¿No te dije que es el hombre más sabio del mundo?

Blackthorne se puso en pie y observó la hendidura del suelo. Con mucho cuidado, saltó dentro de ella y desapareció.

Mariko se incorporó, asustada de pronto, pero Blackthorne volvió rápidamente a la superficie. Llevaba en las manos el sable de Fujiko. Todavía estaba en su vaina, llena de barro y de arañazos. El sable corto había desaparecido.

Se arrodilló ante Toranaga y le ofreció su sable, tal como debe ofrecerse un sable.

—*Dozo*, Toranaga-sama —dijo, sencillamente—. *Kara* samurai *ni* samurai, *¿neh?* (Por favor, señor Toranaga, de samurai a samurai, ¿eh?)

—*Domo,* Anjín-san. —El señor del Kwanto aceptó el sable y lo introdujo en su cinto. Después sonrió, se inclinó y dio una fuerte palmada en el hombro de Blackthorne—. *Tomo, ¿neh?* (Amigo, ¿eh?) Domo.

Blackthorne desvió la mirada y su sonrisa se desvaneció. Una nube de humo se elevaba del sitio donde debía estar la aldea. Inmediatamente pidió a Toranaga permiso para marcharse, a fin de asegurarse de que Fujiko estaba bien.

—Dice que sí, Anjín-san. Cuando se ponga el Sol, tenemos que ir los dos a cenar en la fortaleza. Hay varias cosas que desea discutir contigo.

Blackthorne volvió a la aldea. Estaba devastada, no se distinguía el antiguo trazado de la carretera, y su superficie estaba destrozada. En cambio, las embarcaciones se habían salvado. Algunas casas seguían ardiendo. Los lugareños transportaban cubos de arena y de agua. Blackthorne dobló la esquina. La casa de Omi estaba inclinada a un lado, como un borracho. La suya era una ruina calcinada.

CAPÍTULO XXXIX

Fujiko había sufrido lesiones, Nigatsu, su doncella, resultó muerta. La primera sacudida había derribado los pilares centrales de la casa y desparramado las ascuas del fuego de la cocina. Fujiko y Nigatsu habían sido atrapadas por una de las vigas caídas, y las llamas habían convertido a Nigatsu en una antorcha. Fujiko fue sacada a tiempo de allí. Había muerto también una hija del cocinero, pero todos los demás servidores habían sufrido sólo contusiones y algunas torceduras. Todos se alegraron muchísimo al ver que Blackthorne estaba vivo e ileso.

Fujiko yacía en una esterilla junto a la indemne valla del jardín.

Todavía un poco conmocionada, trató de levantarse, pero él se lo impidió. Tenía fuertes quemaduras en las piernas y en la parte inferior de la espalda. La atendía un médico, que le envolvía los miembros con vendas empapadas en cha y otras hierbas, para mitigar el dolor. Blackthorne disimuló su inquietud y esperó a que el médico hubiese terminado. Entonces, le preguntó en privado:

—Fujiko-san, *¿yoi ka?* (¿Se pondrá bien?)

El médico le respondió que sanaría, puesto que era joven y vigorosa.

—*Shigata ga nai* —dijo, y ordenó a las doncellas que mantuviesen húmedos los vendajes, dio unas hierbas a Blackthorne para sus rozaduras y, tras decirle que volvería pronto, echó a andar cuesta arriba, en dirección a la casa de Omi.

Blackthorne volvió junto a Fujiko y ordenó a una doncella que trajese cha. Ayudó a aquélla a beber y luego le tuvo cogida la mano hasta que se quedó dormida, o pareció que dormía. Sus criados estaban salvando todo lo que podían, ayudados por unos cuantos campesinos. Sabían que pronto vendrían las lluvias. Cuatro hombres trataban de levantar un cobertizo provisional.

—*Dozo,* Anjín-san.

El cocinero le ofrecía té recién hecho y se esforzaba en disimular su desolación. La niña muerta era su hija predilecta.

—*Domo* —respondió Blackthorne—. *Sumimasen.* (Lo siento.)

—*Arigato,* Anjín-san. *Karma, ¿neh?*

Blackthorne asintió con la cabeza, aceptó el té y fingió no advertir el dolor del cocinero, para no avergonzarlo. Más tarde, llegó un samurai para decirle, de

parte de Toranaga, que Blackthorne y Fujiko dormirían en la fortaleza hasta que hubiesen reconstruido la casa. Llegaron dos palanquines. Blackthorne colocó delicadamente a Fujiko en uno de ellos y la envió con sus doncellas. Despidió su propio palanquín, diciendo que no tardaría en seguirlas.

Empezó a llover, pero él no prestó atención. Se sentó en una piedra del jardín. Estaba destrozado. El puentecillo se había roto, el estanque estaba destrozado y el riachuelo había desaparecido.

Había una roca mellada y vulgar, pero Ueki-ya la había plantado de manera que, si se miraba fija y largamente al ponerse el sol, el rojizo resplandor que se reflejaba en sus vetas y cristales enterrados hacía que se viese toda una cordillera con tranquilos valles y profundos lagos, y, a lo lejos, un verde horizonte, donde acudía por la noche.

Blackthorne tocó la roca y dijo:

—Te llamaré Ueki-ya-sama.

Y se sintió complacido, porque sabía que, si Ueki-ya hubiese estado vivo, esto le habría gustado. «Y tal vez lo sepa, aunque esté muerto —pensó—, tal vez su *kami* esté ahora aquí. Los sintoístas creían que, al morir, se convertían en *kami*.»

—¿Qué es un *kami*, Mariko-san? —preguntó un día.

—El *kami* es inexplicable, Anjín-san. Es como un espíritu, pero no es tal, es como un alma, pero no es tal. Quizás es la esencia insustancial de una cosa o de una persona…

—¿Y el Shinto? ¿Qué es el Shinto?

—¡Ah! Eso es también inexplicable. Es como una religión, pero no es tal. Al principio, ni siquiera tenía nombre… Hace mil años, lo llamamos Shinto, el Camino del *Kami*, para distinguirlo de Butsudo, el Camino de Buda. Pero, aunque es indefinible, el Shinto es la esencia del Japón y de los japoneses, y, aunque no tiene teología ni divinidades ni es un sistema ético, supone nuestra justificación de la existencia.

—¿Eres sintoísta, además de cristiana?

—¡Oh, sí! Naturalmente…

Blackthorne volvió a tocar la piedra.

—Por favor, *kami* de Ueki-ya, ¡quédate en mi jardín!

Sus oídos lo obligaron a volverse. Levantó la mirada. Omi lo estaba observando, pacientemente sentado sobre los talones. Seguía lloviendo, y Omi

llevaba un quimono recién planchado bajo su impermeable de paja de arroz, y un ancho y cónico sombrero de bambú.

—*Karma*, Anjín-san —dijo, señalando las humeantes ruinas.

—*Hai. ¿Ikaga desuka?* —replicó Blackthorne, secándose el agua de la cara.

—*Yoi*. —Omi señaló su casa—. *¿Watakushi no yuya wa hakaisarete ima sen ostukai ni narimasen-ka?* (Mi baño no ha sufrido daños. ¿Quieres usarlo?)

—¡Ah so desu! *Domo*, Omi-san, *hai*, *domo*.

Blackthorne, muy complacido, siguió a Omi por el serpenteante sendero hasta el patio. Criados y artesanos de la aldea, bajo la supervisión de Mura, habían empezado ya las reparaciones.

Con signos y palabras sencillas y mucha paciencia, Omi le explicó que sus servidores habían podido dominar el fuego a tiempo. En un par de días, la casa volvería a estar como antes, no había que preocuparse. «La tuya tardará un poco más, cosa de una semana, Anjín-san. Pero no temas, Fujiko-san es buena administradora. Lo arreglará todo con Mura en un abrir y cerrar de ojos, y tu casa será mejor que antes. Me han dicho que se ha quemado.

»Bueno, esto ocurre a veces, pero no temas, nuestros médicos son muy expertos en quemaduras…, tienen que serlo, *¿neh?* Sí, Anjín-san, ha sido un fuerte terremoto, pero podía haber sido peor. Los campos de arroz están casi indemnes, y el principal sistema de riego no ha sufrido daños. Tampoco las barcas, y esto es importante. El alud sólo mató a ciento cincuenta samurais, no muchos, *¿neh?* También han muerto cinco campesinos y unos cuantos niños… ¡Nada! Anjiro tuvo suerte, *¿neh?* Me han dicho que sacaste a Toranaga de una trampa mortal. Todos te lo agradecemos, Anjín-san. Mucho. Si lo hubiésemos perdido… El señor Toranaga dijo que aceptó tu sable, tuviste suerte…, es un gran honor. Bueno, seguiremos hablando cuando te hayas bañado. Me alegro de tenerte por amigo.»

Omi llamó a los servidores del baño.

—*¡Isogi!* (¡De prisa!)

Blackthorne se desnudó y se sentó. Los criados lo enjabonaron bajo la lluvia. Cuando estuvo limpio, entró en la caseta y se sumergió en el humeante baño. Todas sus preocupaciones se desvanecieron.

La magia de Suwo lo dejó como nuevo. Después, éste vendó sus cortes y magulladuras. Se puso el taparrabo, el quimono y el tabí que le habían preparado, y salió. Había dejado de llover.

Omi lo estaba esperando, acompañado de una vieja desdentada y de duras

facciones.

—Por favor, siéntate, Anjín-san —dijo Omi.

—Gracias, y gracias también por la ropa —respondió Blackthorne, en vacilante japonés.

—No vale la pena. ¿Quieres cha o saké?

—Cha —respondió Blackthorne, pensando que le convenía tener la cabeza despejada para su entrevista con Toranaga—. Gracias.

—Te presento a mi madre —dijo ceremoniosamente Omi, que, por lo visto, la idolatraba.

Blackthorne hizo una profunda reverencia. La vieja sonrió afectadamente y suspiró.

—Es un honor para mí, Anjín-san —manifestó.

—Gracias, pero el honor es mío —y Blackthorne repitió automáticamente la serie de cumplidos que Mariko le había enseñado.

La anciana miró a otra parte y gruñó:

—¡De prisa! ¡Anjín-san quiere su cha caliente!

La muchacha que estaba al lado de la doncella que trajo la bandeja dejó pasmado a Blackthorne. Después, la recordó. ¿No era la joven a quien había visto con Omi, cuando cruzaba la plaza de la aldea en dirección a la galera?

—Ésa es mi esposa —dijo escuetamente Omi.

—Muy honrado —repuso Blackthorne, mientras ella ocupaba su sitio, se arrodillaba y se inclinaba.

—Debes perdonar su lentitud —dijo la madre de Omi—. ¿Está el cha lo bastante caliente?

—Está muy bueno, gracias —advirtió Blackthorne, sin sorprenderse, porque Mariko le había explicado ya la posición dominante de la suegra de la esposa en la sociedad japonesa.

—Gracias a Dios, no ocurre lo mismo en Europa —le había dicho él.

—La suegra de la esposa no puede obrar mal, a fin de cuentas, los padres eligen la esposa, y, ¿qué padre elegiría sin consultar primero a su mujer? Desde luego, la nuera tiene que obedecer, y el hijo hace siempre lo que quieren sus padres.

—¿Y si se niega?

—No es posible. Todo el mundo tiene que obedecer al jefe de la casa. El primer deber de un hijo es para sus padres. Las madres lo dan todo a sus hijos: la

vida, alimento, cariño y protección. Por consiguiente, es justo que el hijo cumpla los deseos de su madre. Y la nuera… tiene que obedecer. Es su deber.

—¿Qué me dices de tu propia suegra?

—¡Ay! Murió, Anjín-san. Murió hace muchos años. Y el señor Hiro-matsu, en su sabiduría, nunca volvió a casarse.

—¿Es Buntaro-san su único hijo?

—Sí. Mi esposo tiene cinco hermanas vivas, pero ningún hermano. En cierta manera —había añadido, bromeando—, tú y yo somos parientes, Anjín-san. Fujiko es sobrina de mi esposo. ¿Qué te pasa?

—Me sorprende que nunca me lo dijeses.

—Bueno, la cosa es complicada, Anjín-san.

Y Mariko le explicó que, en realidad, Fujiko era hija adoptiva de Numata Akinori, el cual se había casado con la hermana pequeña de Buntaro, y que el verdadero padre de Fujiko era nieto del dictador Goroda, por su octava consorte, que Fujiko había sido adoptada por Numata siendo ella muy pequeña, cumpliendo órdenes del Taiko, porque éste quería estrechar los lazos entre los descendientes de Hiro-matsu y los de Goroda…

—¿Qué?

Mariko se había echado a reír y le había dicho que, en efecto, las relaciones familiares japonesas eran muy complicadas, debido a que la adopción era normal, a que las familias intercambiaban a menudo sus hijos y sus hijas y a que la gente se divorciaba y volvía a casarse continuamente.

—Para establecer exactamente los lazos familiares del señor Toranaga, se necesitarían varios días, Anjín-san. Piensa en las complicaciones: hoy, tiene siete consortes oficiales vivas, que le han dado cinco hijos y tres hijas. Algunas de las consortes eran viudas o habían estado casadas y tenían otros hijos e hijas, algunos de los cuales, fueron adoptados por Toranaga. En el Japón, no se pregunta si uno es hijo adoptivo o natural. En realidad, ¿qué importa? La herencia depende siempre de la voluntad del jefe de la casa. La madre de Toranaga se divorció. Después, volvió a casarse y tuvo otros tres hijos y dos hijas con su segundo marido, todos los cuales están ahora casados. El hijo mayor de su segundo matrimonio es Zataki, señor de Shinano.

—¿Cómo es la esposa de Toranaga? —había preguntado él, deseando que siguiese hablando, pues casi siempre evitaba el tema de la historia de Toranaga y su familia, y a él le importaba mucho saberlo todo a este respecto.

El semblante de Mariko se había ensombrecido.

—Está muerta. Era su segunda esposa. Murió hace diez u once años. Era hermanastra del Taiko. El señor Toranaga nunca tuvo suerte con sus esposas, Anjín-san.

—¿Por qué?

—¡Oh! La segunda era vieja, cansada y avarienta, aunque decía que no, adoraba el oro, lo mismo que su hermano el Taiko. También era estéril y agria de carácter. Desde luego, fue un matrimonio político. Yo fui una de sus camareras mayores durante un tiempo. Nada podía satisfacerla, y ningún hombre podía deshacer el nudo de su Pabellón de Oro.

—¿Qué?

—Su Puerta de Jade, Anjín-san. ¿No comprendes? Su… cosa.

—¡Ah! Comprendo. Sí.

—Nadie podía… satisfacerla.

—¿Ni siquiera Toranaga?

—Nunca cohabitó con ella, Anjín-san. Después de la boda, nada tuvo que ver con ella, salvo darle un castillo y criados y las llaves de su casa del tesoro. ¿Qué más podía hacer? Ella era muy vieja, se había casado dos veces con anterioridad, pero su hermano, el Taiko, había disuelto los matrimonios. Una mujer muy desagradable… Todo el mundo se sintió muy aliviado cuando se fue al Gran Vacío… Incluso el Taiko. Y todas sus nueras y todas las consortes de Toranaga quemaron secretamente incienso, con gran regocijo.

—¿Y la primera esposa de Toranaga?

—¡Ah!, dama Tachibana. Fue otro matrimonio político. El señor Toranaga tenía dieciocho años, y ella, quince. Y llegó a ser una mujer terrible. Hace veinte años, Toranaga la condenó a muerte, porque descubrió que instigaba para asesinar a su señor feudal, el dictador Goroda, al que odiaba. Mi padre me dijo muchas veces que pensaba que era una suerte que todos, él, Toranaga, Nakamura, y todos los generales, conservasen la cabeza porque Goroda era implacable, despiadado, y desconfiaba, sobre todo, de los que estaban cerca de él. Aquella mujer habría podido arruinarlos a todos, por muy inocentes que fuesen. Debido a su complot contra el señor Goroda, su propio hijo, Nobunaga, fue condenado a muerte, Anjín-san. Ella mató a su propio hijo. ¡Qué cosa más triste, más terrible! El pobre Nobunaga, hijo predilecto de Toranaga y su heredero oficial, era valiente, general por derecho propio y absolutamente leal. Era inocente, pero ella lo embrolló en su complot. Sólo tenía diecinueve años cuando Toranaga le ordenó que se hiciese el harakiri.

—¿Mató Toranaga a su propio hijo? ¿Y a su esposa?

—Sí. Él ordenó su muerte, pero no podía hacer otra cosa. De no haberlo hecho, el señor Goroda habría presumido, con razón, que Toranaga tenía parte en el complot, y le habría ordenado que se rajase el vientre. Sí, Toranaga tuvo suerte de librarse de las iras de Goroda, e hizo bien en despacharla a ella inmediatamente. Cuando hubo muerto, su nuera y todas las consortes de Toranaga se sintieron felices. Su hijo había tenido que echar de casa a su primera esposa, por una falta imaginaria…, después de haberle dado dos hijos. Y la muchacha se había suicidado…

Ahora, al mirar a la suegra de Midori, que, al beber el té, lo dejaba gotear en su barbilla, Blackthorne se asombró al pensar que la vieja arpía tenía poder de vida o muerte, de divorcio o de repudiación, sobre Midori, con tal de que el marido, como jefe de la casa, diese su consentimiento. Y Omi obedecía. ¡Qué cosa tan terrible!, se dijo.

Midori tenía, en gracia y juventud, todo lo que le faltaba a la vieja. Su rostro era ovalado, y su cabello, espeso. Era más hermosa que Mariko, pero sin su ardor y su fuerza, dúctil como un helecho y frágil como una telaraña.

—¿Dónde está la comidita? Anjín-san debe estar hambriento, *¿neh?* —dijo la vieja.

—¡Oh! Lo siento —dijo Midori—. Ve a buscarla en seguida —ordenó a la doncella—. ¡De prisa! Disculpa, Anjín-san.

—No —dijo él—, no tengo hambre. Y esta noche debo cenar con el señor Toranaga.

—*¡Ah so desu!* Nos han dicho que le salvaste la vida. No sabes cuánto te lo agradecemos… todos sus vasallos —dijo la anciana.

—Cumplí con mi deber. No hice nada más.

—Hiciste mucho, Anjín-san. Omi-san y el señor Yabú aprecian tu acción lo mismo que todos nosotros.

Blackthorne vio que la vieja miraba a su hijo. «Quisiera examinarte a fondo, vieja arpía —pensó—. ¿Eres tan malvada como la otra, como Tachibana?»

—Madre —dijo Omi—, es para mí una suerte tener a Anjín-san por amigo.

—Es una suerte para todos —dijo ella.

—No, el afortunado soy yo —dijo Blackthorne— por tener amigos como la familia de Omi-san.

«Todos mentimos —pensó Blackthorne—, pero no sé por qué lo hacéis vosotros. Yo miento para protegerme y porque es la costumbre. Pero no olvido…

¡Espera un momento! Honradamente, ¿no fue *karma*? ¿No habría hecho yo lo mismo que Omi? Esto fue hace mucho tiempo, en una vida anterior, *¿neh?* Ahora, no significa nada.»

Un grupo de jinetes, con Naga al frente, subía la cuesta. Naga desmontó y entró en el jardín. Todos los aldeanos suspendieron su trabajo y se hincaron de rodillas. Él les hizo ademán de que continuasen.

—Siento molestarte, Omi-san, pero me envía el señor Toranaga.

—No me molestas para nada. Reúnete con nosotros, por favor —dijo Omi, y Midori se levantó al punto y se inclinó.

—¿Quieres cha o saké, Naga-sama?

—Nada, gracias —dijo Naga, sentándose—. No tengo sed.

Omi insistió cortésmente, pasando por todo el interminable y necesario ritual, aunque veía que Naga tenía prisa.

—¿Cómo está el señor Toranaga?

—Muy bien. Tú, Anjín-san, nos prestaste un gran servicio. Sí. Te doy personalmente las gracias.

—Era mi deber, Naga-san. Pero hice muy poco. El señor Toranaga me arrancó a su vez… de la tierra.

—Sí. Pero esto fue después. Te doy las gracias.

—Naga-san, ¿desea algo de mí el señor Toranaga? —preguntó Omi, cuando la etiqueta le permitió ir al grano.

—Quisiera verte después de la cena. Habrá una conferencia plenaria de todos los oficiales.

—Será un honor.

—Y tú, Anjín-san, ten la bondad de venir conmigo.

—Desde luego. Es un honor.

Más reverencias y saludos, y, después, Blackthorne montó a caballo y empezó a bajar la cuesta con la falange de samurais.

—Toranaga-sama dice que toda la pólvora de cañón y las municiones fueron cargadas de nuevo en tu barco, Anjín-san, antes de salir éste de Anjiro para Yedo. Pregunta cuánto tardarías en preparar el barco para hacerse a la mar.

—Esto depende de su estado, de si ha sido carenado, de si se ha cambiado el mástil, etc. ¿Lo sabe el señor Toranaga?

—Dice que el barco parece estar en orden, pero, como él no es marino, no puede estar seguro. Suponiendo que esté en condiciones de hacerse a la mar, pregunta cuánto tardarías en prepararlo para la guerra.

El corazón de Blackthorne se retrasó un latido.

—¿Contra quién tengo que combatir, Mariko-san?

—Pregunta contra quién te gustaría hacerlo.

—Contra el Buque Negro de este año —respondió al punto Blackthorne, tomando rápidamente una decisión y esperando que fuese el momento oportuno de exponer a Toranaga el plan que preparaba en secreto desde hacía días.

Confiaba en que el hecho de haber salvado la vida de Toranaga por la mañana le confería un privilegio especial que le ayudaría a salvar los escollos. Su declaración sorprendió a Mariko.

—¿Qué?

—El Buque Negro. Dile al señor Toranaga que todo lo que tiene que hacer es darme una patente de corso. Lo demás corre de mi cuenta. Con mi barco y sólo un poco de ayuda… nos partiremos el cargamento, toda la seda y todo el dinero.

Ella se echó a reír. Toranaga permaneció serio.

—Mi… mi señor dice que sería un imperdonable acto hostil contra una nación amiga. Los portugueses son esenciales para el Japón.

—Sí, lo son… de momento. Pero yo creo que son tan enemigos suyos como míos, y que nosotros podemos servirle mejor que ellos. Y a menos coste.

—Dice que es posible. Pero no cree que China se aviniese a comerciar con vosotros. Los ingleses y los holandeses no tienen todavía fuerza en Asia, y nosotros necesitamos la seda ahora, y que continúe el suministro.

—Desde luego, tiene razón. Pero, dentro de un año o dos, habrá cambiado la situación y se lo demostraremos. Pero voy a hacerle otra sugerencia. Yo estoy en guerra con los portugueses. Fuera del límite de las tres millas, estaré en aguas internacionales. Con mi patente de corso, puedo apoderarme del barco, llevarlo a cualquier puerto y venderlo con su carga. Con mi barco y una tripulación sería cosa fácil. Dentro de unas semanas o unos meses podría entregar el Buque Negro en Yedo, con todo su contenido. Y venderlo. La mitad del valor sería suyo… como tasa portuaria.

—Dice que a él le tiene sin cuidado lo que pase en el mar entre vosotros y vuestros enemigos. El mar pertenece a todos. Pero esta tierra es nuestra, y aquí rigen nuestras leyes, y no pueden quebrantarse.

—Sí. —Blackthorne comprendió que pisaba un terreno peligroso, pero su intuición le decía que era el momento oportuno y que Toranaga mordería el anzuelo. Y Mariko—. Sólo era una sugerencia. Él me preguntó contra quién me gustaría combatir. Discúlpame, por favor, pero a veces conviene hacer planes

para todas las eventualidades. Y en esto, creo que el señor Toranaga y yo tenemos intereses comunes.

Mariko tradujo. Toranaga gruñó y habló brevemente.

—El señor Toranaga aprecia las sugerencias sensatas, Anjín-san, como tu opinión sobre una armada, pero lo que dices ahora es ridículo. Aunque vuestros intereses fuesen los mismos, que no lo son, ¿cómo podrías atacar con nueve hombres un barco tan enorme, con casi mil personas a bordo?

—No podría. Necesito una nueva tripulación. Ochenta o noventa hombres, buenos marineros y artilleros. Los encontraría en Nagasaki, en los barcos portugueses. —Blackthorne fingió no advertir el pasmo de ella, ni la manera en que dejó de abanicarse—. Tiene que haber unos cuantos franceses, un par de ingleses, con un poco de suerte, y algunos alemanes y holandeses…, renegados en su mayoría, o enrolados por la fuerza. Necesitaría un salvoconducto hasta Nagasaki, alguna protección y un poco de plata o de oro. Siempre hay marinos, en las flotas enemigas, dispuestos a cambiar de bando por dinero o por una parte del botín.

—Mi señor dice que estaría loco quien confiase en esa carroña para un ataque.

—De acuerdo —admitió Blackthorne—. Pero yo necesito una tripulación para hacerme a la mar.

—Pregunta si podrías adiestrar como artilleros y marineros a los samurais y a nuestros pescadores.

—Fácilmente, pero con tiempo. Necesitaría meses. Podrían estar bien adiestrados el año próximo. Pero no podría atacar el Buque Negro de este año.

—El señor Toranaga dice: «No pienso atacar el Buque Negro portugués ni este año, ni el próximo. Los portugueses no son mis enemigos, y no estoy en guerra con ellos.»

—Lo sé. Pero yo sí que estoy en guerra con ellos. Desde luego, esto no es más que un comentario, pero necesito algunos hombres para hacerme a la mar, al servicio del señor Toranaga, si así lo desea.

—Mi señor desea saber —dijo Mariko—, para el caso de que tuvieses tu barco y los pocos tripulantes que llegaron contigo, si navegarías hasta Nagasaki para enrolar a los demás hombres que necesitas.

—No. Sería demasiado peligroso. Tendría pocos hombres para evitar que me capturasen los portugueses. Sería mejor traer los hombres aquí, a Yedo, *¿neh?*

Con toda una tripulación, y bien armado, el enemigo no podría nada contra mí en estos mares.

—Él no cree que pudieses apoderarte del Buque Negro con noventa hombres.

—El *Erasmus* es más veloz que él y puede hundirlo. Desde luego, Mariko-san, sé que todo esto no son más que conjeturas, pero si pudiese atacar a mi enemigo, zarparía para Nagasaki en cuanto tuviese mi tripulación completa. Si el Buque Negro estuviese ya en el puerto, desplegaría mis banderas de combate y me mantendría en alta mar, bloqueando su salida. Dejaría que hiciesen sus trueques y, cuando el viento fuese propicio para su regreso a casa, fingiría que necesito suministros y dejaría que saliese del puerto. Lo alcanzaríamos a unas pocas leguas, porque mi barco es mucho más veloz, y mis cañones harían lo demás. En cuanto él hubiese arriado la bandera, lo traería a Yedo con una parte de mi tripulación. Y habría casi cuatrocientas toneladas de oro a bordo.

—Pero si lo vencieses, ¿no hundiría su capitán el barco, antes de que lo abordaseis?

—Generalmente… —Iba a decir otra cosa, pero lo pensó mejor—. Generalmente, el barco vencido se rinde, Mariko-san. Una de nuestras costumbres, en las batallas navales, es no perder vidas innecesariamente.

—Perdona, Anjín-san, pero el señor Toranaga dice que es una costumbre deplorable. Si él tuviese barcos, no se rendiría. —Mariko sorbió un poco de cha y prosiguió—: ¿Y si el barco no está todavía en el puerto?

—Entonces, surcaría la zona para sorprenderlo en aguas internacionales. Sería más fácil de capturar, estando cargado, pero algo más difícil de traer a Yedo. ¿Para cuándo se espera su llegada a puerto?

—Mi señor no lo sabe. Dice que tal vez dentro de treinta días. Este año ha anticipado el viaje.

Blackthorne tuvo la impresión de que estaba muy cerca de su presa.

—Entonces, habría que someterlo a bloqueo y apoderarse de él al final de la estación. —Hizo una pausa, como considerando las alternativas, y dijo—: Si estuviésemos en Europa, habría otra manera. Podríamos entrar en el puerto por la noche y abordarlo. Un ataque por sorpresa.

La mano de Toranaga se cerró sobre la empuñadura del sable.

—Él dice: «¿Te atreverías a combatir en *nuestro* país contra *tus* enemigos?»

Blackthorne tenía los labios secos.

—No. Esto no es más que una suposición, pero si existiese un estado de

guerra entre él y los portugueses y el señor Toranaga quisiese descargarles un buen golpe, ésta sería la manera de hacerlo. Si yo tuviese doscientos o trescientos soldados bien disciplinados, una buena tripulación y el *Erasmus*, sería fácil acercarse al Buque Negro y abordarlo. Él podría elegir el momento del ataque por sorpresa…, si estuviésemos en Europa.

Hubo un largo silencio:

—El señor Toranaga dice que esto no es Europa y que no existe ni nunca existirá estado de guerra entre él y los portugueses.

—Desde luego. Una última cuestión, Mariko-san: Nagasaki no está bajo el dominio del señor Toranaga, ¿verdad?

—No, Anjín-san, El señor Harima es dueño del puerto y de hinterland.

—Pero, en la práctica, ¿no son los jesuitas quienes controlan el puerto y todo el comercio? —Blackthorne advirtió la renuencia de ella a traducir, pero mantuvo su presión—. ¿No es esto *honto*, Mariko-san? ¿Y no es católico el señor Harima? ¿No es católica la católica Kiusiu? Por consiguiente, ¿no dominan los jesuitas, en cierto modo, toda la isla?

—El cristianismo es una religión. Los daimíos son dueños de sus propias tierras, Anjín-san —dijo Mariko, por su cuenta.

—A mí me han dicho que Nagasaki es, en realidad, suelo portugués. ¿No vendió el padre del señor Harima la tierra a los jesuitas?

La voz de Mariko se hizo más tajante.

—Sí. Pero el Taiko recuperó la tierra. Ahora, ningún extranjero puede tener tierras allí.

—Pero, ¿no controlan los jesuitas todos los embarques y todo el comercio de Nagasaki? ¿No lo hacen como intermediarios vuestros?

—Estás muy bien informado sobre Nagasaki, Anjín-san —dijo ella, vivamente.

—Tal vez el señor Toranaga quisiera arrancar el dominio del puerto al enemigo. Tal vez…

—Son enemigos tuyos, Anjín-san, no nuestros —dijo ella, mordiendo al fin el anzuelo—. Los jesuitas son…

—*¿Nan ja?*

Ella se volvió a Toranaga, se disculpó y le explicó lo que habían hablado. Después, habló Toranaga. Gravemente.

—Nuestro señor dice: «¿Por qué has hecho tantas preguntas, o declaraciones, sobre el señor Harima y Nagasaki?»

—Sólo para demostrar que el puerto de Nagasaki está dominado, de hecho, por *extranjeros*. Por los *portugueses*. Y, según mi ley, puedo atacar al enemigo en cualquier parte.

—Pero aquello no es «cualquier parte», dice él. Pertenece al País de los Dioses, y este ataque es inconcebible.

—Lo acepto de buen grado. Pero si algún día diese el señor Harima pruebas de hostilidad, o las diesen los jesuitas que dirigen a los portugueses, ésta sería la manera de vencerlos.

—El señor Toranaga dice que ni él ni ningún daimio permitirán el ataque de una nación extranjera contra otra en suelo japonés, ni que maten a *uno solo* de nuestros súbditos. Contra enemigos del Emperador, la cosa sería distinta. En cuanto a conseguir soldados y una tripulación, le sería fácil a cualquiera que hablase japonés. Hay muchos *wako* en Kiusiu.

—¿*Wako*, Mariko-san?

—¡Oh! Disculpa. Nosotros llamamos wako a los «corsarios», Anjín-san. Había muchos en Kiusiu, pero la mayoría fueron eliminados por el Taiko. Por desgracia, todavía existen supervivientes. Los wako sembraron el terror en las costas de China durante siglos. Por su culpa nos cerró China sus puertos. —Explicó a Toranaga lo que acababan de decir. Toranaga habló, con mayor énfasis —. Dice que nunca aprobará ni te permitirá ningún ataque en tierra, aunque sería correcto que hostigases a los enemigos de tu reina en alta mar. Debes tener paciencia.

—Sí. Pero si pudiese capturar el Buque Negro en alta mar y traerlo a Yedo como presa legal, bajo el pabellón inglés, ¿me permitirían venderlo con todo su contenido, según nuestra costumbre?

—Dice el señor Toranaga que eso dependería.

—Si estalla la guerra, ¿podría yo atacar al enemigo, al enemigo del señor Toranaga, lo mejor que pudiese?

—Dice que éste es el deber de un hatamoto. Pero un hatamoto debe estar siempre bajo su mando personal. Mi señor quiere que comprendas claramente que, en el Japón, las cosas sólo pueden resolverse por los métodos japoneses.

—Sí. Lo comprendo perfectamente. Con la debida humildad, me gustaría observar que, cuanto más sepa de sus problemas, más podré ayudarle.

—Dice que el deber de un hatamoto es ayudar siempre a su señor, Anjín-san. Dice que debo responder a las preguntas razonables que me hagas.

—Gracias. ¿Puedo preguntarle si le gustaría tener una armada propia, tal

como le sugerí en la galera?

—Ya te dijo que le gustaría tener una armada, una armada moderna, tripulada por sus propios hombres. ¿A qué daimío no le gustaría?

—Entonces, dile esto: Si tuviésemos la suerte de apoderarnos del Buque Negro, lo llevaría a Yedo, trasladaría mi mitad del oro y la plata al *Erasmus* y revendería el Buque Negro a los portugueses, o lo ofrecería a Toranaga-sama como obsequio, o lo quemaría, según él prefiriese. Después, volvería a mi país. Y, al cabo de un año, regresaría aquí con cuatro barcos de guerra, como regalo de la reina de Inglaterra al señor Toranaga.

—El señor Toranaga dice que sería demasiada generosidad por parte de tu reina. Y añade que, si ocurriese este milagro y volvieses con los nuevos barcos, ¿quién instruiría a sus marineros, samurais y capitanes?

—Inicialmente, podría hacerlo yo, con su beneplácito. Sería un honor para mí, después, podrían hacerlo otros.

—Pregunta qué entiendes por «inicialmente».

—Dos años.

Toranaga esbozó una sonrisa fugaz.

—Nuestro señor dice que dos años no serían bastante, «inicialmente». Sin embargo, añade que todo esto es una ilusión. Él no está en guerra con los portugueses, ni con el señor Hishima, de Nagasaki. Repite que cuanto hagas con tu barco y tu tripulación fuera de las aguas japonesas, es tu *karma*. —Mariko pareció confusa—. Dice que, fuera de nuestras aguas, eres extranjero. Pero aquí eres samurai.

—Sí. Sé el honor que me hizo. ¿Puedo preguntar cómo piden dinero prestado los samurais, Mariko-san?

—A un prestamista, Anjín-san. A un sucio prestamista de dinero. —Tradujo a Toranaga—. ¿Por qué necesitarías el dinero?

—¿Hay prestamistas en Yedo?

—¡Oh, sí! Los hay en todas partes, *¿neh?* ¿No ocurre lo mismo en tu país? Pregunta a tu consorte, Anjín-san, tal vez ella podrá ayudarte. Es parte de sus deberes.

—¿Has dicho que partimos mañana para Yedo?

—Sí, mañana.

—Desgraciadamente, Fujiko-san no estará en condiciones de viajar.

Mariko habló con Toranaga.

—El señor Toranaga dice que la enviará en la galera, cuando zarpe ésta.

Pregunta para qué necesitas el dinero.

—Para conseguir una nueva tripulación, Mariko-san, para navegar a cualquier parte, para servir al señor Toranaga del modo que él desee. ¿Está esto permitido?

—¿Una tripulación de Nagasaki?

—Sí.

—Te dará una respuesta cuando lleguéis a Yedo.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Naga abrió el shoji y se inclinó profundamente.

—Discúlpame, padre, pero me dijiste que te avisase cuando hubiesen llegado todos tus oficiales.

—Gracias, iré en seguida. —Toranaga reflexionó un momento y, después, dijo a Blackthorne, en tono amistoso—: Ve con Naga-san, Anjín-san. Él te mostrará tu sitio. Gracias por tus opiniones. —Y, cuando hubieron salido, se volvió a Mariko—. Bueno, ¿qué piensas tú?

—Dos cosas, señor. En primer lugar, su odio a los jesuitas es inconmensurable, incluso mayor que su desprecio por los portugueses, por consiguiente, puedes emplearlo como un azote contra cualquiera de ellos, si lo deseas. Sabemos que es valiente, de modo que puede triunfar en un ataque por mar. Segundo: el dinero sigue siendo su objetivo. Sin embargo, diré en su defensa que, por lo que sé, el dinero es el único medio que tienen los bárbaros para alcanzar un poder duradero.

—¿Son los jesuitas enemigos míos?

—No lo creo.

—¿Y los portugueses?

—Creo que a éstos sólo les interesa el provecho, las tierras, y difundir la palabra de Dios.

—¿Son enemigos míos los cristianos?

—No, señor. Aunque algunos enemigos vuestros pueden ser cristianos, católicos o protestantes.

—¡Ah! ¿Crees que Anjín-san es mi enemigo?

—No, señor. No. Creo que te respeta y que, con el tiempo, llegará a ser un verdadero vasallo tuyo.

—¿Qué me dices de nuestros cristianos? ¿Quiénes son mis enemigos?

—Los señores Harima, Kiyama, Onoshi y cualquier otro samurai que se

vuelva contra ti.

Toranaga se echó a reír.

—Sí, pero, ¿están dominados por los curas, como pretende Anjín-san?

—No lo creo.

—¿Lucharán esos tres contra mí?

—No lo sé, señor. En el pasado, fueron amigos y enemigos tuyos. Pero si apoyan a Ishido, será mala cosa.

—De acuerdo. Sí, eres un valioso consejero. Debe resultarte difícil ser católica cristiana y tener que hacer amistad con un enemigo y escuchar sus ideas.

—Sí, señor. Pero conviene conocer las dos caras de la moneda. Mucho de lo que dijo Anjín-san resultó ser cierto, por ejemplo, que los españoles y los portugueses se han repartido el mundo, que los curas hacen contrabando de armas…, por mucho que cueste creerlo. No debes temer por mi lealtad, señor. Por muy mal que se pongan las cosas, siempre te seré fiel.

—Gracias. Bueno, es muy interesante lo que ha dicho Anjín-san, *¿neh?* Interesante, pero absurdo. Sí, gracias, Mariko-san, eres una buena consejera. ¿Quieres que ordene tu divorcio de Buntaro?

—¿Señor?

—¿Y bien?

¡Oh! ¡Ser libre! ¡Ser libre, Virgen Santa!

«Recuerda quién eres, Mariko, recuerda quién eres. Y recuerda que “amor” es una palabra bárbara.»

Toranaga la observaba en silencio. «Sí, es un halcón —pensó—. Pero, ¿contra qué presa he de lanzarla?»

—No, señor —dijo Mariko, al fin—. Gracias, señor, pero no.

—Anjín-san es un hombre extraño, *¿neh?* Tiene la cabeza llena de sueños. Es ridículo pensar en atacar a nuestros amigos los portugueses o a su Buque Negro. Es una tontería creer lo que dice sobre cuatro o veinte barcos de guerra.

Mariko vaciló.

—Si dice que es posible formar una flota, señor, yo creo que lo es.

—No estoy de acuerdo —dijo, enfáticamente, Toranaga—. Pero tienes razón al decir que él y su barco son un contrapeso contra los otros. Es curioso…, pero muy ilustrador. Omi lo dijo: «De momento, necesitamos a los bárbaros, aprender de ellos.» Y hay mucho que aprender, en particular de él, *¿neh?*

—Sí.

—Es hora de abrir el Imperio, Mariko-san. Ishido lo cerraría como una ostra.

Si yo volviese a ser presidente del Consejo de Regencia, establecería tratados con cualquier nación, con tal de que se mostrase amiga. Enviaría hombres a aprender de otras naciones, sí, y también embajadores. La reina de ese hombre podría ser un buen principio Y, tratándose de una reina, tal vez debería mandarle una embajadora, si era lo bastante inteligente.

—Tendría que ser muy inteligente y muy fuerte, señor.

—Sí. Sería un viaje peligroso.

—Todos los viajes lo son, señor —replicó Mariko.

—Sí. —Toranaga cambió bruscamente de tema—. Si Anjín-san zarpase con su barco cargado de oro, ¿crees que volvería?

Ella pensó largo rato y dijo:

—No lo sé.

Toranaga resolvió no presionarla más, por ahora.

—Gracias, Mariko-san —dijo, dando por terminada la conversación—. Quiero que estés presente en la reunión, para traducir a Anjín-san lo que yo diga.

—¿Todo, señor?

—Sí. Y esta noche, cuando vayas a la casa de té, a contratar a Kikú, lleva contigo a Anjín-san. Dile a su consorte que lo arregle todo. Merece una recompensa, *¿neh?*

—*Hai*.

Cuando llegó al shoji, Toranaga le dijo:

—Cuando esté solucionada la cuestión entre Ishido y yo, ordenaré tu divorcio.

Los ciento cincuenta oficiales estaban perfectamente alineados, con Yabú, Omi y Buntaro, en primera línea. Mariko estaba arrodillada junto a Blackthorne, en uno de los lados. Toranaga entró, acompañado de su guardia personal, y se sentó en el cojín aislado, frente a ellos. Correspondió a sus saludos, les informó brevemente de la esencia del asunto y, por primera vez, expuso en público su definitivo plan de batalla. Una vez más, se reservó la parte correspondiente a las insurrecciones secretas y cuidadosamente planeadas, y también a que el ataque se realizaría por la carretera del Norte de la costa y no por la del Sur. Y, para satisfacción de todos —pues todos sus guerreros se alegraban de que terminase al fin su incertidumbre—, les dijo que, cuando cesaran las lluvias, pronunciaría las palabras «Cielo Carmesí», que significaría el comienzo del ataque.

—Mientras tanto, espero que Ishido convoque ilegalmente un nuevo Consejo de Regencia. Espero que me inculpen injustamente. Espero que me declaren la guerra, contra toda ley. —Se inclinó hacia delante, apoyada la mano izquierda en el muslo, en actitud característica, y sujetando el sable con la diestra—. Escuchad. Yo defiendo el testamento del Taiko y reconozco a mi sobrino Yaemón como Kwampaku y heredero del Taiko. No ambiciono más tierras. No deseo más honores. Pero si los traidores me atacan, tengo que defenderme. Si los traidores engañan a Su Alteza Imperial y tratan de asumir el poder sobre el país, mi deber es defender al Emperador y combatir el mal. *¿Neh?*

Un rugido de aprobación coreó sus palabras. Bélicos gritos de «¡Kasigi!» y «¡Toranaga!» surgieron en la estancia y resonaron en toda la fortaleza.

—Prepararéis el Regimiento de Asalto para embarcarlo en las galeras rumbo a Yedo, al mando de Toda Buntaro y con Kasigi Omi como lugarteniente. Dentro de cinco días. Tú, señor Kasigi Yabú, te servirás movilizar Izú y enviar seis mil hombres a los puertos fronterizos, para el caso de que el traidor Ikawa Jikkyu bajase al sur para cortar nuestras líneas de comunicación. Cuando cesen las lluvias, Ishido atacará el Kwanto…

Omi, Yabú y Buntaro aplaudieron en silencio la prudencia de Toranaga, al no informar sobre la decisión tomada por la tarde de lanzar el ataque inmediatamente, en la estación lluviosa.

—Nuestros mosquetes nos abrirán el camino —había dicho Yabú, entusiasmado, aquella misma tarde.

—Sí —había convenido Omi, sin confiar en el plan, pero sin poder ofrecer una alternativa.

«Es una locura —se había dicho, aunque se alegraba de que lo hubiesen ascendido a lugarteniente—. No comprendo cómo puede Toranaga imaginar que hay alguna probabilidad de triunfo en la ruta del Norte.»

Ahora oyó decir a Toranaga:

—Hoy estuve a punto de morir. Hoy, Anjín-san me ha salvado de la muerte. Ha sido la segunda vez, quizá, la tercera, que ha salvado mi vida. Mi vida no es nada comparada con el futuro de mi clan, y, ¿quién puede saber si habría vivido o muerto sin su ayuda? En todo caso, aunque es *bushido* que los vasallos no deben esperar ninguna recompensa por sus servicios, el señor feudal debe dispensar favores de vez en cuando. —Y, entre una aclamación general, añadió —: Anjín-san, ¡siéntate aquí! Mariko-san, siéntate tú también.

Omi observó, envidioso, cómo aquel hombrón se levantaba y se arrodillaba

en el sitio que Toranaga le había señalado, a su lado, y todos los que se hallaban en la estancia lamentaron no haber tenido la fortuna de poder hacer lo que había hecho el bárbaro.

—Otorgo a Anjín-san un feudo cerca del pueblo de pescadores de Yokohama, al sur de Yedo, por un valor de dos mil kokú al año, el derecho a reclutar doscientos samurais a su servicio, y todos los derechos que le correspondan como samurai y *hatamoto* de la casa de Yoshi Toranaga-noh-Chikitada-Minowara. Además, recibirá diez caballos, veinte quimonos, todo el equipo de guerra para sus vasallos… y el rango de Primer Almirante y Piloto del Kwanto. —Toranaga esperó a que Mariko hubiese traducido sus palabras y, después, llamó—: ¡Naga-san!

Naga, obediente, llevó a Toranaga un paquete envuelto en un paño de seda. Toranaga lo descubrió. Había dos sables haciendo juego, uno, corto, y el otro, largo.

—Al advertir que la tierra se había tragado mis sables y que yo estaba desarmado, Anjín-san bajó de nuevo a la hendidura a buscar el suyo, y me lo dio. Anjín-san, te entrego éstos a cambio. Son obra del maestro artesano Yori-ya. Recuerda esto: el sable es el alma del samurai. Si lo olvida, o lo pierde, *nunca será perdonado*.

—Gracias, Toranaga-sama. Me haces un gran honor. Gracias.

Blackthorne iba a alejarse, pero Toranaga le ordenó que se quedase.

—No, siéntate aquí, a mi lado, Anjín-san —dijo, contemplando los agresivos y fanáticos rostros de sus oficiales.

«¡Estúpidos! —habría querido gritarles—. ¿No comprendéis que la guerra, ahora o después de las lluvias, sería desastrosa? ¿No comprendéis que lo único que puedo hacer es esperar y confiar en que Ishido se ahorque por sí mismo?»

Pero, en vez de esto, los arengó aún más, pues lo esencial era desconcertar al enemigo.

—¡Destruiré a Ishido y a todos sus traidores, empezando por Ikawa Jikkyu! Desde ahora concedo todas sus tierras, las provincias de Suruga y Totomi, que valen trescientos mil kokús, a mi fiel vasallo señor Kasigi Yabú, y confirmo a éste y a sus descendientes como señores de Izú.

Sonó una estruendosa aclamación. Yabú estaba entusiasmado.

Omi pateaba y gritaba con ardor. Por costumbre, el sucesor de Yabú heredaría todas sus tierras.

¿Cómo matar a Yabú, sin esperar la guerra?

Se fijó en Anjín-san. «¿Por qué no dejas que Anjín-san lo haga por ti?», se preguntó, pero en seguida se rió de su estúpida idea.

—Pronto tendrás el feudo que mereces —le gritó Buntaro, dándole una palmada en el hombro—. También tú mereces recompensa. Tus ideas y tus consejos son muy valiosos.

—Gracias, Buntaro-san.

—No te preocupes, podemos cruzar cualquier montaña.

—Sí.

Buntaro era un aguerrido general, y Omi sabía que los dos se complementaban: Omi, el audaz estratega, Buntaro, el intrépido caudillo para el ataque.

Omi observó a Blackthorne. «Has cambiado mucho, Anjín-san, desde que llegaste —pensó, satisfecho—. Todavía conservas muchas de tus extrañas ideas, pero te estás civilizando…»

—¿Qué te pasa, Omi-san?

—Nada… Nada, Buntaro-san.

—Parecía como si un *eta* te hubiese mostrado el trasero.

—No, nada de eso. ¡Todo lo contrario! Se me acaba de ocurrir una idea. ¡Bebamos! ¡Eh, Flor de Melocotonero, trae saké! ¡La taza de mi señor Buntaro está vacía!

CAPÍTULO XL

—Me han encargado que averigüe si Kikú-san estará libre esta noche —dijo Mariko.

—¡Oh! Lo siento, dama Toda, pero no estoy segura —dijo Gyoko, la Dueña-san, con voz melosa—. ¿Puedo preguntar si el honorable cliente quiere a dama Kikú para toda la noche o parte de ella, o tal vez hasta mañana, si ella está libre?

La Dueña-san era una mujer alta y elegante, de poco más de cincuenta años y agradable sonrisa. Pero bebía demasiado saké, su corazón era una máquina calculadora, y poseía un olfato capaz de oler una moneda de plata a una distancia de cincuenta *ri*.

Mariko dijo, amablemente:

—Esto habrá de decidirlo el cliente. Tal vez podríamos hacer un convenio que cubriese todas las posibilidades.

—Lo siento. Discúlpame, por favor, pero todavía no sé si está disponible. ¡Está tan solicitada, dama Toda! Estoy segura de que lo comprenderás.

—¡Oh, sí! Naturalmente. Podemos considerarnos muy afortunados de tener una dama tan distinguida aquí, en Anjiro.

Mariko recalcó la palabra «Anjiro». Había enviado a buscar a Gyoko, en vez de visitarla, como hubiese podido hacer, y la mujer había llegado con el retraso exacto para que pudiese advertirse, sin llegar a la descortesía.

—¿Querrá el cliente honrar nuestra casa de té? ¿O preferirá que Kikú-san lo visite aquí, si es que está disponible?

Mariko frunció los labios, reflexivamente.

—La casa de té.

—*¡Ah, so desu!*

El verdadero nombre de la Dueña-san era Heiko-ichi (Primera Hija del Constructor de Paredes). Su padre y su abuelo habían sido especialistas en la construcción de muros de jardín. Durante muchos años, ella había sido cortesana de Mishima, la capital de Izú, y alcanzado la categoría de segunda clase. Pero los dioses le habían sonreído, y, gracias a los obsequios de su patrona y a su propia astucia para los negocios, había conseguido reunir el dinero necesario para rescatar su contrato, en el momento oportuno, y convertirse a su vez en

alcahueta, con casa de té propia, cuando empezó a perder los encantos que le habían brindado los dioses. Ahora se hacía llamar Gyoko-san, la dama de la Suerte.

—¿Saké, Gyoko-san?

—Sí, gracias. Gracias, dama Toda.

La doncella sirvió el saké. Mariko volvió a llenar las tazas.

—Si estuviese disponible, ¿te parece bien cinco kobán?

Un kobán era una moneda de oro que pesaba dieciocho gramos. Un kobán equivalía a tres kokú de arroz.

—Lo siento, pero tal vez me he expresado mal. No deseo comprar toda la casa de té de Mishima, sino sólo los servicios de la dama por una noche.

Gyoko se echó a reír.

—¡Ah, dama Toda! Tienes bien merecida tu reputación. Pero debo observar que Kikú-san es una dama de primera clase. El gremio le concedió este honor el año pasado.

—Cierto, y estoy segura de que se lo merece. Pero esto fue en Mishima. Incluso en Kioto… Bueno, ya sé que lo has dicho en broma, discúlpame.

Gyoko se tragó la palabrota que tenía entre los labios y sonrió con benignidad.

—Desgraciadamente, tendría que reembolsar a clientes que, según creo recordar, la habían solicitado. ¡Pobre niña! Cuatro de sus quimonos quedaron estropeados por el agua, al apagar el fuego. Vivimos tiempos duros, señora, estoy segura de que lo comprendes. Cinco sería un precio razonable.

—Desde luego. Cinco estaría bien en Kioto, para una semana de jolgorio con dos damas de primera clase. Pero no estamos en una época normal, y hay que hacer concesiones. Medio kobán. ¿Saké, Gyoko-san?

—Gracias, gracias. Este saké es bueno, de gran calidad, muy bueno. Otra tacita, por favor, y me marcharé. Si Kikú no está libre esta noche, me encantaría ofrecerte otra de las damas… tal vez Akeko. ¿O puede ser otro día? ¿Tal vez pasado mañana…?

Mariko no respondió de momento. Cinco kobán era una cifra fantástica. Medio kobán era un precio razonable para Kikú. Mariko conocía los precios de las cortesanas, porque Buntaro las utilizaba de vez en cuando e incluso había comprado el contrato de una de ellas, y Mariko había pagado las facturas, según le correspondía hacer.

—Tal vez —dijo—. Pero no, si no puede ser esta noche, creo que pasado

mañana sería demasiado tarde. En cuanto a otra de las damas…

Mariko sonrió y se encogió de hombros. Gyoko dejó tristemente su taza.

—He oído decir que nuestro glorioso samurai va a dejarnos. ¡Qué lástima! ¡Las noches son aquí tan agradables! En Mishima, no tenemos la brisa del mar, como aquí. También lamentaré marcharme.

—Tal vez un kobán. Y, si esta oferta es satisfactoria, me gustaría hablar de lo que costaría su contrato.

—¡Su contrato!

—Sí. ¿Un poco más de saké?

—Sí, gracias. ¿Su contrato…? Bueno, esto es otra cosa. Cinco mil kokú.

—¡Imposible!

—Bueno —dijo Gyoko—, pero Kikú-san es como una hija para mí, más que una hija. La eduqué desde que tenía seis años. Es la dama del Mundo de los Sauces más cabal de todo Izú. ¡Oh! Ya sé que en Yedo tenéis grandes damas, más inteligentes, más mundanas, pero esto sólo se debe a que Kikú-san no tuvo la suerte de codearse con personas de tan alta calidad. Pero, incluso así, nadie la iguala cantando o tocando el samisén. Cinco mil kikús es una suma pequeña para esta flor. En realidad, creo que no me resignaría a vender su contrato, ni siquiera por el precio mencionado. No, tendría que pensarlo mejor, lo siento. Tal vez podríamos discutirlo mañana… ¿Perder a Kikú-san, a mi pequeña Kikú-san?

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento. *Shigata ga nai, ¿neh?* —dijo cortésmente Mariko, dejando llorar y gemir a la mujer y llenando una y otra vez su taza, mientras se preguntaba cuánto valdría realmente el contrato.

—¿Estás de acuerdo, Anjín-san? —había preguntado antes a éste, entre el griterío de los oficiales borrachos.

—¿Quieres decir que el señor Toranaga ha preparado una dama para mí, como parte de la recompensa?

—Sí. Kikú-san. Difícilmente podrías negarte. A mí… me han ordenado que haga de intérprete.

—¿Ordenado?

—¡Oh! Me encantará representar esta función. Pero, en realidad, no puedes negarte, Anjín-san. Sería una terrible descortesía después de tantos honores, *¿neh?* —Le había sonreído, provocándolo, orgullosa y satisfecha de la increíble generosidad de Toranaga—. Por favor. Yo nunca he visto el interior de una casa

de té. Me gustaría mucho ver una y hablar con una verdadera dama del Mundo de los Sauces.

—¿Qué?

—¡Oh! Las llaman así porque se presume que las damas son tan graciosas como los sauces. A veces, se habla también del Mundo Flotante, porque se las compara con lirios que flotan en un lago. Vamos, Anjín-san, acepta.

—Pero, ¿qué dirá Buntaro-sama?

—Ya sabe que tengo que arreglar esto para ti. El señor Toranaga se lo dijo. Es un asunto oficial. Yo cumplo órdenes. ¡Y tú también! ¡Por favor! —Y añadió en latín, lengua que nadie más hablaba en Anjiro—: Hay otra razón que te diré más tarde.

—¡Oh! Dímela ahora.

—Más tarde. Pero acepta de buen grado. Yo te lo pido.

—¿Tú…? ¿Cómo podría negarte algo?

Entonces, le había dejado, para cumplir su encargo.

—¡Oh! Estoy desolada con sólo pensar en vender el contrato de mi hermosa —gemía Gyoko—. Sí, gracias, sólo un poco más de saké, antes de marcharme. —Apuró la taza y la sostuvo, con ademán cansado, para que se la llenasen de nuevo—. ¿Digamos dos kobán para esta noche? Con esto demuestro mi deseo de complacer a una dama de tanto mérito.

—Uno. Si estás de acuerdo, tal vez podríamos seguir hablando del contrato esta noche, en la casa de té. Lamento no tener más tiempo, compréndelo… —Y señaló vagamente la sala de conferencias—. Negocios de Estado, el señor Toranaga, el futuro del Reino…, ya sabes lo que es esto, Gyoko-san.

—Oh, sí, dama Toda, desde luego. —Gyoko empezó a levantarse—. ¿Quedamos en uno y medio para la noche? Si es así, trato hecho…

—Uno.

—*Oh ko*, señora, medio kobán apenas si merece discusión —gimió Gyoko, pensando que un kobán y medio sería el triple de los honorarios corrientes.

Pero, más que el dinero, era ésta la primera invitación que recibía de un verdadero noble del Japón, cosa que había anhelado siempre y por la que habría aconsejado a Kikú-san que se entregase de balde.

—Un kobán de oro, mañana, *¿neh?*

Gyoko asió el frasco de porcelana y llenó dos tazas. Ofreció una a Mariko, apuró la otra y volvió a llenarla inmediatamente.

—Uno —dijo, casi atragantándose.

—Gracias. Eres muy amable. Anjín-san y yo estaremos en la casa de té dentro de poco.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Que Anjín-san y yo estaremos en la casa de té dentro de poco. Yo tengo que servirle de intérprete.

—¿El bárbaro? —jadeó Kikú.

—El bárbaro. Y estará aquí de un momento a otro, a menos que lo detengamos… Con ella, la más cruel y avara arpía que jamás me eché a la cara, ¡así renazca como una puta de callejón de decimoquinta clase!

A pesar de su miedo, Kikú se echó a reír de buena gana.

—¡Oh, Mamá-san, no te exaltes! Parece una dama muy simpática, y un kobán entero… Hiciste realmente un buen trato. Bueno, nos queda mucho tiempo. Un poco de saké te quitará todo el mal humor. Tráelo, Ako, con la rapidez de un colibrí.

Ako desapareció.

—Sí, el cliente es Anjín-san —dijo Gyoko, de nuevo a punto de ahogarse.

Kikú la abanicó, y Hana, la pequeña aprendiza, la abanicó también y acercó hierbas aromáticas a su nariz.

—Yo pensaba que hablaba en nombre del señor Buntaro… o del propio señor Toranaga. Desde luego, cuando nombró a Anjín-san, le pregunté en seguida por qué no era su propia consorte, dama Fujiko, la encargada de hacer los tratos, según exige la buena educación, pero me respondió que la dama sufría graves quemaduras y el propio señor Toranaga le había ordenado que hablase conmigo.

—¡Oh! ¡Entonces, tendré la suerte de servir al gran señor!

—Sí, pequeña. Pero, ¿y el bárbaro? ¿Qué pensarán todos tus demás clientes? ¿Qué dirán? Desde luego, dejé la cosa en el aire, diciéndole a dama Toda que no sabía si estabas libre. Por consiguiente, todavía puedes rehusar si lo deseas, sin ofender a nadie.

—¿Qué pueden decir los otros clientes? Es una orden del señor Toranaga. Nada podemos hacer, *¿neh?* —dijo Kikú, disimulando su aprensión.

—¡Oh! Podrías negarte fácilmente. Pero debes pensarlo de prisa, Kikú-san. Oh ko, hubiese debido ser más astuta…, sí.

—No te preocupes, Gyoko-sama. Todo irá bien. Pero debemos pensar con claridad. Es un gran riesgo, *¿neh?*

—Sí. Muy grande.

»Si aceptamos, no podremos volvernos atrás. Aconséjame.

—No puedo, Kikú-san. Me siento atrapada por mi *kami*. Debes decidirlo tú.

Kikú sopesó todos los horrores. Después, sopesó lo bueno.

—Apostemos. Aceptémosle. A fin de cuentas, es samurai y hatamoto, y vasallo favorito del señor Toranaga. No olvides lo que dijo la adivina: que te ayudaría a hacerte rica y famosa para siempre. Deseo hacer esto para pagarte todas tus bondades.

Gyoko acarició los adorables cabellos de Kikú.

—¡Qué buena eres, niña! Gracias, gracias. Sí, creo que tienes razón. De acuerdo. Puede visitarnos. —Le pellizcó afectuosamente la mejilla—. ¡Siempre fuiste mi predilecta! Pero, si lo hubiese sabido, habría pedido el doble por el almirante bárbaro.

—Lo has obtenido, Mamá-san.

—¡Habría debido ser el triple!

Kikú acarició la mano de Gyoko.

—No te preocupes… Aquí empieza tu buena suerte.

—Sí, y también es verdad que Anjín-san no es un bárbaro ordinario, sino un bárbaro samurai y hatamoto. Dama Toda me dijo que ha recibido un feudo de dos mil kokús, que ha sido nombrado almirante de todos los barcos de Toranaga, que se baña como una persona civilizada y que ya no apesta…

Ako volvió apresuradamente y escanció el vino sin derramar una gota. Cuatro tazas desaparecieron en rápida sucesión. Gyoko empezó a sentirse mejor, y empezaron los preparativos.

Cuando todo estuvo dispuesto, Gyoko se marchó a su habitación y se tumbó un rato para recuperar fuerzas. No había dicho nada a Kikú sobre la oferta de compra del contrato.

«Esperar y ver —pensó—. Si consigo las condiciones que pretendo, tal vez dejaré marchar a mi amada Kikú. Pero no sin saber con quién. Hice bien en advertírselo a dama Toda antes de despedirnos. ¿Por qué lloras, vieja estúpida? ¿Estás de nuevo borracha? ¡Aguza tu inteligencia! ¿Qué sacas con atormentarte?»

—¡Hana-san!

—¿Qué, Madre-sama?

La niña corrió hacia ella. Acababa de cumplir seis años, tenía los ojos castaños y largo y hermoso el cabello, y llevaba un quimono escarlata nuevo.

Gyoko la había comprado hacía dos días, por medio del traficante del pueblo y de Mura.

—¿Te gusta tu nuevo nombre, pequeña?

—¡Oh! Mucho, muchísimo. Es un honor, Madre-sama.

El nombre quería decir «Capullito» —como Kikú significaba «Crisantemo»— y Gyoko se lo había puesto el primer día.

«Ahora soy tu madre», le había dicho, cariñosamente pero con firmeza, al pagar el precio y tomar posesión de ella, maravillándose de que semejante belleza en potencia pudiese proceder de una tosca familia de pescadores y de la rolliza Tamasaki. Después de cuatro días de intenso regateo, había pagado un kobán por los servicios de la niña hasta la edad de veinte años, lo bastante para alimentar a la familia Tamasaki durante dos años.

—Tráeme un poco de cha, mi peine y unas cuantas hojas aromáticas para purificar mi aliento del olor a saké.

—Sí, Madre-sama —dijo, y echó a correr a ciegas, jadeante, ansiosa de complacer, y tropezó con la falda sutil de Kikú al cruzar la puerta—. ¡Oh! ¡Oh! Lo sieeento…

—Debes tener cuidado, Hana-san.

—Perdona, perdona, hermana mayor, —dijo Hana-san, a punto de llorar.

—¿Por qué estás triste, Capullito? Vamos, vamos… —dijo Kikú, enjugándole cariñosamente las lágrimas—. En esta casa, desterramos la tristeza. Recuerda que nosotras, las del Mundo de los Sauces, no debemos estar tristes, pues, ¿de qué nos serviría? La tristeza es siempre desagradable. Y nuestro deber es agradar y estar alegres. Corre, pequeña, pero con cuidado, con gracia. —Kikú se volvió y mostró su vestido a la patrona, con radiante sonrisa—. ¿Te gusta, Dueña-san?

Blackthorne la miró y murmuró:

—¡Aleluya!

—Te presento a Kikú-san —dijo ceremoniosamente Mariko, animada por la reacción de Blackthorne.

La niña entró en la estancia con un rumor de seda, se arrodilló, se inclinó y dijo algo que Blackthorne no comprendió.

—Dice que eres bien venido, que honras su casa.

—*Domo* —dijo él.

—*Do itasbemashite*. ¿Saké, Anjín-san? —preguntó Kikú.

—*Hai. Domo*.

Él observó cómo sus manos perfectas asían firmemente el frasco, comprobando que la temperatura fuese correcta, llenaba la taza y le ofrecía ésta —como Mariko le había enseñado— con una delicadeza insuperable.

—¿Prometes que te portarás realmente como un japonés? —le había preguntado Mariko, al salir de la fortaleza y avanzar, ella en el palanquín y él caminando a su lado, por el camino que conducía al pueblo y a la plaza que daba al mar. Portadores de antorchas marchaban delante y detrás, y diez samurais los acompañaban como guardia de honor.

—Lo intentaré, sí —dijo Blackthorne—. ¿Qué tengo que hacer?

—Lo primero, olvidarte que tienes que hacer algo, y recordar que esta noche es sólo para *tu* placer.

«Hoy ha sido el mejor día de mi vida —pensaba él—. Y esta noche… ¿Cómo será esta noche?» Estaba excitado por el desafío y resuelto a portarse como un japonés, a divertirse y a no preocuparse por nada.

—¿Qué…, bueno, qué costará la velada? —había preguntado.

—Esto es muy antijaponés, Anjín-san —le había pinchado ella—. ¿A qué viene? Fujiko-san estuvo de acuerdo en que había sido un trato muy satisfactorio.

Él había visto a Fujiko antes de salir. El médico la había visitado, le había cambiado los vendajes y le había dado hierbas medicinales. Ella estaba orgullosa de los honores y del nuevo feudo, y había charlado alegremente, sin dar muestras de dolor, contenta de que él fuese a la casa de té… Desde luego, Mariko-san la había consultado y todo se había arreglado de común acuerdo. ¡Qué buena era Mariko-san! Ella lamentaba que las quemaduras le hubiesen impedido hacer ella misma los tratos. Él había acariciado la mano de Fujiko, con simpatía, antes de marcharse. Ella le había dado las gracias, se había disculpado de nuevo y le había deseado que pasase una noche maravillosa. Gyoko y las doncellas le habían estado esperando en la puerta de la casa de té, para darle la bienvenida.

—Te presento a Gyoko-san, es la Mamá-san de la casa.

—Es un honor, Anjín-san, es un honor.

—¿Mamá-san? ¿Quiere decir mamá? ¿Madre? Lo mismo que en inglés, Mariko-san. Mamá, mamaíta, madre.

—¡Oh! Es casi igual, pero «mamá-san» significa «madrastra» o «madre adoptiva», Anjín-san. Madre es *baha-san* u *oba-san*.

Al cabo de un momento, Gyoko se excusó y se marchó apresuradamente. Blackthorne sonrió a Mariko. Se portaba como una chiquilla, mirándolo todo.

—¡Oh, Anjín-san! Siempre había deseado ver el interior de uno de estos lugares. ¡Qué suerte tienen los hombres! ¿No es hermoso? ¿No es maravilloso, incluso en una pequeña aldea? Gyoko-san debe haberlo amueblado completamente, valiéndose de nuestros artesanos. Fíjate en la calidad de la madera… ¡Oh! Eres muy amable al permitirme estar contigo. Jamás tendré otra oportunidad… Observa las flores… exquisitamente dispuestas… ¡Oh! Mira el jardín, allá fuera…

Blackthorne se alegraba, aunque al mismo tiempo le causaba tristeza, de que hubiese una doncella en la estancia y la puerta estuviese abierta, pues, incluso en una casa de té, habría sido inconcebible y letal para Mariko permanecer a solas con un hombre en una habitación.

—Eres hermosa —dijo en latín.

—Y tú también. —Su rostro estaba alegre—. Estoy muy orgullosa de ti, almirante de la Flota. Y Fujiko…, ¡oh!, se sentía tan orgullosa que no podía estarse quieta.

—Sus quemaduras tenían mal aspecto.

—No temas. Los médicos tienen mucha práctica, y ella es joven, vigorosa y animosa. Esta noche, no debes pensar en nada. No más preguntas sobre Ishido o Ikawa Jikkyu, o batallas o claves o feudos o barcos. Esta noche no hay preocupaciones…, sólo cosas mágicas para ti.

—Tú eres mágica para mí.

Ella agitó el abanico, sirvió vino y no dijo nada. Él la observó y, después, sonrieron los dos.

—Debemos tener cuidado, pues hay gente aquí y las lenguas no se están quietas. Pero me siento feliz por ti —dijo ella.

—Oye. ¿Cuál era la otra razón? Dijiste que había otra razón para que yo viniese aquí esta noche.

—Ah, sí, la otra razón. —Él volvió a sentirse envuelto por aquel perfume—. Es una vieja costumbre que tenemos, Anjín-san. Cuando una dama que pertenece a alguien se interesa por otro hombre y desea darle algo que le está prohibido dar, hace que otra ocupe su sitio… Le obsequia con… la cortesana más perfecta que puede encontrar.

—Dijiste «cuando una dama *se interesa* por otro hombre». ¿Quisiste decir «lo ama»?

—Sí. Pero sólo para esta noche.

—Tú.

—Tú, Anjín-san.

—¿Por qué esta noche, Mariko-san? ¿Por qué no antes?

—Ésta es una noche mágica y *kami* está con nosotros. Te deseo.

Entonces apareció Kikú en el umbral. «¡Aleluya!» Y dio la bienvenida a Blackthorne y sirvió saké.

—¿Cómo se dice que la dama es singularmente bonita?

Mariko se lo dijo y él repitió las palabras. La joven rió alegremente, aceptó el cumplido y correspondió a él.

Kikú-san pregunta si te gustaría que cantase o bailase para ti.

—¿Qué prefieres tú?

—Esa dama debe complacerte a ti, no a mí.

—¿Y tú? ¿Estás también aquí para complacerme?

—Sí, en cierto modo… muy privado.

—Entonces, ten la bondad de pedirle que cante.

Kikú dio unas ligeras palmadas y Ako le trajo el samisén. Era un instrumento largo, de forma algo parecida a la guitarra, y con tres cuerdas. Ako lo colocó debidamente en el suelo y dio el plectro de marfil a Kikú.

—Dama Toda —dijo Kikú—, sírvete decir a nuestro honorable invitado que, primero, cantaré *El canto de la libélula*.

—Kikú-san, me gustaría que esta noche me llamases Mariko-san.

—Lo haré, si te complace, aunque… —Su sonrisa era adorable—. Gracias, Mariko-sama.

Pulsó una cuerda. Desde el momento en que los invitados habían cruzado la puerta de su mundo, se habían aguzado todos sus sentidos. Los había observado sin ser vista, mientras hablaban con Gyoko-san y cuando estaban solos, buscando indicios que la ayudasen a complacerlo a él y a impresionar favorablemente a dama Toda.

Y le sorprendió una cosa que pronto se hizo evidente: Anjín-san deseaba a dama Toda, aunque lo disimulaba como debía hacerlo toda persona civilizada. Bien mirado, esto no era de extrañar, pues dama Toda era hermosísima, culta e importante, y era la única que podía hablar con él. Lo que la asombraba era que saltaba a la vista que dama Toda lo deseaba a él, tal vez aún más.

¡El bárbaro samurai y la dama samurai, noble hija del asesino Akechi Jinsai y esposa del señor Buntaro! ¡Oh! ¡Pobre hombre y pobre mujer! Era triste. Esto sólo podía terminar en tragedia.

Kikú estuvo a punto de llorar al pensar en la tristeza y la injusticia de la vida.

«¡Oh! Quisiera haber nacido samurai y no lugareña, para poder ser al menos consorte de Omi-san y no sólo un juguete para él. Con gusto renunciaría a mi esperanza de renacer, a cambio de esto. Pero destierra la tristeza. Brinda placer, que es lo tuyo.»

Sus dedos pulsaron un segundo acorde, una cuerda llena de melancolía. Entonces advirtió que, si Mariko se dejaba seducir por su música, no ocurría lo propio con Anjín-san.

¿Por qué? Kikú sabía que no era por culpa de ella, pues estaba segura de que su arte era casi perfecto. Pocas tenían su maestría.

Un tercer acorde, aún más bello, por vía experimental. No hay duda, se dijo, esto no le gusta. Dejó que se extinguiese el acorde y empezó a cantar sin acompañamiento, elevando la voz con súbitos cambios de tono que había tardado años en perfeccionar. De nuevo pareció Mariko entusiasmada, pero no él. Entonces, Kikú se interrumpió.

—Esta noche no es para la música o el canto —anunció—. Es una noche de felicidad. Mariko-san, ¿cómo se dice, en su lengua, «discúlpame, por favor»?

—*Per favor*.

—*Per favor*, Anjín-san, esta noche sólo debemos reír, *¿neh?*

—*Domo*, Kikú-san. Hai.

—Es difícil entretener sin palabras, pero no imposible, *¿neh?* ¡Ah, ya sé!

Se puso en pie de un salto e inició una pantomima cómica, imitando a diversos personajes: un daimío, un hombre-kaga, un pescador, un halconero, un pomposo samurai, incluso un viejo agricultor llenando un cubo, y todo ello tan bien y con tanto humor, que pronto Mariko y Blackthorne aplaudieron y rieron a mandíbula batiente.

Kikú saludó, agradeciendo los aplausos, sorbió un poco de cha y se enjugó el sudor de la frente. Entonces advirtió que él movía incómodamente los hombros.

—¡Oh, *per favor, senhor*! —y se arrodilló junto a él y empezó a darle masaje en el cuello.

Sus hábiles dedos encontraron pronto los puntos adecuados.

—Dios mío —dijo él—, esto es… *Hai*… Sí, ¡aquí!

Ella siguió la indicación.

—¿Querrías ayudarme, Mariko-san? Anjín-san tiene unos hombros muy grandes. Mis manos no son lo bastante vigorosas, lo siento.

Mariko se dejó persuadir e hizo lo que la otra le pedía. Kikú disimuló su sonrisa al ver cómo él se ponía tenso bajo los dedos de Mariko, y se felicitó por

su improvisación.

—¿Te sientes mejor, Anjín-san?

—Mejor, mucho mejor. Gracias.

—¡Oh! Me alegro. Pero dama Toda es mucho más hábil que yo. —Kikú percibía la atracción existente entre ellos, aunque trataban de disimularla—. Ahora, ¿quizás un poco de comida?

La comida llegó en seguida.

—Para ti, Anjín-san —dijo Kikú con orgullo.

El plato contenía un pequeño faisán cortado en trocitos, asado sobre carbón y con una salsa dulce de soja. Ella le sirvió.

—Está delicioso, delicioso —dijo él, y lo estaba.

—¿Mariko-san?

—Gracias.

Mariko tomó un pedacito simbólico, pero no lo comió. En cambio, Kikú tomó un pequeño fragmento con los palillos y lo paladeó, encantada.

—Está bueno, *¿neh?*

—No, Kikú-san. Está buenísimo. ¡Buenísimo! ¿Eso…? ¿Cómo…? —Y señaló la espesa salsa de color pardo.

—Kikú dice que es azúcar y soja, con un poco de jengibre. Pregunta si tenéis azúcar y soja en tu país.

—Azúcar de remolacha, sí, soja, no.

—¡Oh! ¿Cómo se puede vivir sin soja? —Kikú adoptó un tono solemne—. Haz el favor de decir a Anjín-san que nosotros conocemos el azúcar desde hace mil años. El monje budista Ganjín nos lo trajo de China. Todas las cosas mejores han venido de China, Anjín-san. El cha hace unos quinientos años. El monje budista Eisai trajo algunas semillas y las plantó en la provincia de Chikuzen, donde yo nací. También nos trajo el budismo Zen.

Mariko tradujo con igual solemnidad, y, entonces, Kikú se echó a reír.

—¡Oh! Perdona, Mariko-sama, pero los dos parecéis tan serios… Sólo pretendía mostrarme solemne en lo referente al cha…, ¡como si esto importase! Fue sólo para distraeros.

Kikú les sirvió más saké a los dos. Entonces, pensando en que había llegado el momento, dijo, cándidamente:

—¿Puedo preguntar qué ha sucedido hoy, durante el terremoto? Tengo entendido que Anjín-san salvó la vida al señor Toranaga. Consideraría un honor conocer el relato de primera mano.

Se reclinó pacientemente, dejando que Blackthorne y Mariko disfrutasen contando la historia, sin interrumpirles más que con un «¡oh!» o un «¿y qué pasó entonces?» ocasionales, sirviéndoles saké y mostrándose como una perfecta oyente.

Cuando hubieron terminado, Kikú admiró su valentía y la suerte del señor Toranaga. Hablaron un rato y, después, Blackthorne se levantó y Kikú dijo a una doncella que le mostrase el camino.

Mariko rompió el silencio:

—Hasta hoy no he sabido lo perfecta que puede ser una dama. Ahora comprendo que siempre debe existir un Mundo Flotante, un Mundo de los Sauces, y lo dichosos que son los hombres, y lo torpe que soy yo.

—¡Oh! No pretendí que pensaras eso, Mariko-sama. Sólo estamos aquí para complacer, durante un momento fugaz.

—Sí. Pero te admiro mucho. Quisiera tenerte por hermana.

Kikú se inclinó profundamente.

—No merezco tanto honor. —Había una corriente de simpatía entre las dos. Después, dijo—: Éste es un lugar muy secreto, todo el mundo es de confianza y no hay ojos indiscretos. La habitación del placer en el jardín es muy oscura, si se quiere que lo sea. Y la oscuridad guarda todos los secretos.

—La única manera de guardar un secreto es estando a solas y murmurándolo a un pozo vacío en pleno mediodía, *¿neh?* —dijo ligeramente Mariko, tratando de ganar tiempo.

—Entre hermanas, los pozos son innecesarios. He despedido a mi doncella hasta el amanecer. Nuestra habitación de placer es un lugar muy privado.

—Allí estarás sola con él.

—Yo siempre puedo estar sola, siempre.

—Eres muy buena conmigo, Kikú-san, y piensas en todo.

—Es una noche mágica, *¿neh?* Y muy especial.

—Las noches mágicas terminan demasiado pronto, hermanita. Las noches mágicas son para los niños, *¿neh?*, y yo no soy ya una niña.

—¿Quién sabe lo que pasa en una noche mágica? La oscuridad lo contiene todo.

Mariko movió tristemente la cabeza y acarició a Kikú.

—Sí, pero, para él, si te contuviese a ti, lo contendría todo.

Kikú no insistió. Después, dijo:

—¿Soy un regalo para Anjín-san? ¿No me pidió él?

—Si te hubiese conocido, ¿cómo habría podido dejar de hacerlo? Realmente, es un honor para él que tú le recibas. Ahora lo comprendo.

—Pero él me vio una vez, Mariko-san. Estaba con Omi-san cuando éste se dirigía al barco para ir a Osaka la primera vez.

—¡Oh! Anjín-san dijo que había visto a Midori-san con Omi-san. ¿Eras tú la que estaba junto al palanquín?

—Sí, en la plaza. ¡Oh, sí! Era yo, Mariko-san, y no la señora esposa de Omi-sama. Él me dijo: *konnichi wa*. Pero, desde luego, él no lo recuerda. ¿Cómo podría recordarlo? Fue durante una vida anterior, *¿neh?*

—¡Oh! Él la recordaba…, la hermosa niña de la sombrilla verde. Dijo que era la joven más hermosa que jamás había visto. Me habló de ella muchas veces. —Mariko la observó más de cerca—. Sí, Kikú-san, aquel día, bajo la sombrilla, podían confundirte fácilmente con ella.

Kikú sirvió saké, y Mariko se quedó maravillada de su inconsciente elegancia.

—Mi sombrilla era verdemar —dijo Kikú, muy complacida de que él la hubiese recordado.

—¿Qué aspecto tenía entonces Anjín-san? ¿Muy diferente? La Noche de los Alaridos debió de ser terrible.

—Sí, lo fue. Y él parecía entonces más viejo, la piel de su cara estaba tirante… Pero nos estamos poniendo demasiado serias, hermana mayor. ¡Ah! No sabes lo honrada que me siento al poder llamarte así. Esta noche es sólo una noche de placer. Basta de seriedad, *¿neh?*

—Sí. De acuerdo. Perdóname, por favor.

Oyeron que Blackthorne se acercaba. Kikú le dio de nuevo la bienvenida y sirvió vino. Mariko se bebió el suyo de un trago, contenta de no estar sola y con la inquietante seguridad de que Kikú podía leer sus pensamientos.

Charlaron y jugaron a algunos juegos tontos, y, cuando Kikú creyó que era el momento adecuado, les preguntó si querían ver el jardín y las habitaciones de placer.

Salieron a la noche. El jardín, todavía mojado por la lluvia, resplandecía a la luz de las antorchas. El sendero serpenteaba junto a un diminuto estanque y una fuente cantarina. Al final del caminito estaba la pequeña casa, aislada en el centro del bosquecillo de bambúes. Se levantaba sobre el cuidado suelo, y cuatro escalones conducían a la galería circundante. Las dos estancias de la casa estaban deliciosa y costosamente amuebladas. La mejor madera, la mejor

ebanistería, los mejores tatami, los mejores cojines de seda, las más elegantes colgaduras en el *takonama*.

—Es adorable, Kikú-san —dijo Mariko.

—La casa de té de Mishima es mucho más bonita, Mariko-san. Ponte cómodo, Anjín-san. *Per favor*, ¿te gusta esto, Anjín-san?

—Sí, muchísimo.

Kikú vio que todavía estaba un poco pasmado por la noche y el saké, pero que no perdía de vista a Mariko. Sintió la fuerte tentación de levantarse, pasar a la habitación interior, salir de nuevo a la galería y marcharse. Pero si lo hacía, sabía que quebrantaría la ley. Peor aún, sería una acción irresponsable, pues su corazón le decía que Mariko estaba dispuesta y al borde de que nada le importase.

«No —pensó—, no debo impulsarla a cometer una indiscreción tan trágica, por muy valiosa que pudiese ser para mi futuro. Se lo ofrecí, pero Mariko-san rehusó. E hizo bien. ¿Son amantes? No lo sé. Esto es su *karma*.»

Blackthorne vio que ambas lo estaban observando, adorables y pulcras, en aquella habitación inmaculada, despejada y tranquila. De pronto, su mente empezó a compararlo con el calor y la fetidez de su hogar inglés: humedad en el suelo de tierra, humo del fogón, que se elevaba hasta un agujero del techo —sólo había tres cocinas nuevas y con *chimenea* en el pueblo, propiedad de gente rica —. Dos pequeños dormitorios y una sola habitación, grande y desaseada, para comer, vivir, cocinar y charlar. Uno entraba en la casa con los zuecos puestos, en invierno y en verano, prescindiendo del barro y del estiércol, y se sentaba en una silla o en un banco, la mesa de roble estaba llena de trastos, como toda la habitación, y tres o cuatro perros y los dos niños —el suyo y la hija de su hermano muerto, Arthur— saltaban, se caían y jugaban atropelladamente, mientras Felicity cocinaba, arrastrando su larga falda por el polvo y el barro, y la arrugada doncella husmeaba y estorbaba, y Mary, la viuda de Arthur, tosía en la habitación contigua, que él había construido para ella, a punto de morirse, como siempre, pero sin acabar de hacerlo nunca.

Felicity. ¡Querida Felicity! Tal vez un baño una vez al mes, en verano y con gran reserva, en la bañera de cobre, pero lavándose la cara, las manos y los pies todos los días, siempre tapada hasta el cuello y las muñecas, envuelta todo el año en prendas de lana que permanecían meses o años sin lavar, oliendo mal, como todo el mundo, llena de piojos como todo el mundo, rascándose como todo el mundo.

Y todas las estúpidas creencias y supersticiones: que la limpieza podía ser mortal, que las ventanas abiertas podían matar, que el agua podía matar o aumentar el flujo o traer epidemias, que los piojos, las chinches, las moscas, las pulgas, la suciedad y las enfermedades eran castigos de Dios por los pecados cometidos en el mundo.

Y las comidas en casa. Una tajada de carne del asador, y, si se caía un pedazo al suelo, uno lo recogía, le quitaba la suciedad y se lo comía, si los perros no llegaban antes, pero, en todo caso, se arrojaban a éstos los huesos. Mondaduras en el suelo. Sobras tiradas al suelo para que fuesen barridas y, quizás, arrojadas a la calle. Durmiendo casi siempre vestido y rascándose siempre como un perro satisfecho, siempre rascándose. ¡Felicity! Vieja, siendo tan joven, fea, siendo tan joven, muriéndose, siendo tan joven. Ahora tenía veintinueve años, canas, pocos dientes, vieja, arrugada, seca.

—Y siendo tan joven… ¡pobre desgraciada! Dios mío, ¡qué absurdo! —chilló, enfurecido—. ¡Qué maldita manera de desperdiciar la vida!

—¿*Nan desu ka*, Anjín-san? —inquirieron las dos mujeres al unísono, sintiendo desvanecerse su contento.

—Perdón… Sólo… Vosotros sois todos tan pulcros, y nosotros tan puercos, y todo lo echamos a perder… Millones de los nuestros, y yo entre ellos…, ¡y sólo porque no conocemos nada mejor!

—¡Oh, sí! Desde luego —asintió Mariko, tratando de calmarlo, conmovida por su dolor—. Por favor, no te preocupes ahora, Anjín-san. Déjalo para mañana.

Kikú sonreía, pero estaba furiosa consigo misma. «Habrías debido tener más cuidado —se dijo—. ¡Estúpida, estúpida! Has dejado que se estropease la velada, ¡y la magia se ha ido, se ha ido, se ha ido!»

En realidad había desaparecido la pesada y casi tangible sexualidad que los afectara a todos. «Tal vez sea mejor así —pensó Kikú—. Al menos, Mariko y Anjín-san estarán protegidos otra noche.»

¡Pobre hombre! ¡Pobre mujer! ¡Qué triste! Los miró mientras hablaban y notó un cambio en el tono de sus voces.

—Ahora debo dejarte —dijo Mariko, en latín.

—Marchémonos juntos.

—Te suplico que te quedes. Por tu honor y por el de ella. Y por el mío, Anjín-san.

—No quiero este regalo —rechazó él—. Te quiero a ti.

—Soy tuya, puedes creerlo, Anjín-san. Quédate, te lo suplico, y sabe que

esta noche soy tuya.

Él no insistió en que se quedase.

Cuando ella se hubo marchado, él se tumbó, cruzó los brazos debajo de la cabeza y contempló la noche a través de la ventana. La lluvia repiqueteaba en las tejas, el viento soplaba indiferente desde el mar.

Kikú estaba arrodillada, inmóvil, delante de él. Tenía las piernas agarrotadas. Le habría gustado tenderse también, pero no quería turbarlo con el menor movimiento. «No estás cansada. Las piernas no te duelen —se dijo—. Escucha la lluvia y piensa en cosas agradables. Piensa en Omi-san y en la casa de té de Mishima, y que estás viva, y que el terremoto de ayer fue sólo uno de tantos. Piensa en Toranaga-sama y en el precio inverosímil que Gyoko-san se atrevió a pedir oficialmente por tu contrato. La adivina acertó: tu sino es enriquecerla más de lo que puede soñar. Y si esta parte es verdad, ¿por qué no ha de serlo todo lo demás? Que un día te casarás con un samurai al que honrarás y darás un hijo, que vivirás en su casa, rica y respetada, y morirás de vieja, y que, ¡milagro de los milagros!, tu hijo será también samurai, y luego lo serán sus hijos.»

Kikú empezó a entusiasmarse con su increíble y maravilloso futuro.

Al cabo de un rato, Blackthorne se estiró complacido, invadido por una agradable lasitud. La vio y sonrió.

—¿*Nan desu ka*, Anjín-san?

Él movió amablemente la cabeza, se levantó y abrió el shoji de la habitación contigua. No había ninguna doncella arrodillada junto a las trenzadas cortinas. Estaba solo con Kikú en la exquisita casita.

Entró en el dormitorio y empezó a quitarse el quimono. Ella corrió a ayudarle. Se desnudó por completo y se puso el ligero quimono de dormir que ella le ofrecía. Abrió el mosquitero y se tumbó en el lecho.

Entonces, Kikú se cambió también de ropa. Blackthorne vio que se quitaba el obi, el quimono exterior, el quimono interior verde pálido y ribeteado de escarlata y, por último, las enaguas. Se puso el quimono de dormir de color de melocotón, se despojó de la complicada peluca-ceremonial y se soltó el cabello. Era negro azulado, fino y muy largo.

Se arrodilló junto al mosquitero.

—¿*Dozo*, Anjín-san?

—*Domo* —dijo él.

—*Domo arigato goziemashita* —murmuró ella.

Se deslizó por debajo del mosquitero y se tendió a su lado. Las velas y las lámparas de aceite resplandecían. Él se alegró de la luz, porque ella era muy hermosa.

Su desesperado afán se había desvanecido, aunque permanecía el dolor. «No te deseo, Kikú-san —pensó—. Aunque fuese Mariko, me ocurriría lo mismo. A pesar de que eres la mujer más bella que jamás he visto, incluso más bella que Midori-san, la cual pensé que superaba en belleza a todas las diosas. No te deseo. Tal vez más tarde, pero no ahora. Lo siento.»

Ella alargó una mano y lo tocó.

—*¿Dozo?*

—*Iyé* —dijo él, amablemente, moviendo la cabeza, asiéndole una mano y pasando un brazo debajo de sus hombros.

Ella se acurrucó obediente contra él, comprendiéndole al momento. Su perfume se mezcló con la fragancia de las sábanas y los cobertores. «Tan limpio —pensó él—, todo es increíblemente limpio.»

«¿Qué le había dicho Rodrigues? “Japón es el cielo en la tierra, inglés, si sabes dónde mirar.” O: “Esto es el paraíso, inglés.” No lo recuerdo. Sólo sé que no está allí, al otro lado del mar, donde yo pensaba que estaba. No está allí.

»El cielo en la tierra está aquí.»

CAPÍTULO XLI

El correo galopó por el camino, en la oscuridad, hacia la dormida aldea. La aurora empezaba a teñir el cielo, y las barcas de pesca nocturna, que habían tendido sus redes cerca de los arrecifes, empezaban a entrar en el puerto. El hombre había cabalgado sin descanso desde Mishima, por pasos montañosos y malas carreteras, cambiando de montura cuando había podido.

Su caballo recorrió las calles de la aldea —ojos ocultos observaban su paso —, cruzó la pinza y subió la cuesta de la fortaleza. El correo llevaba la enseña de Toranaga y sabía el santo y seña. Sin embargo, fue detenido e identificado cuatro veces antes de que pudiese entrar y hablar con el oficial de guardia.

—Naga-san, traigo despacho de Mishima, del señor Hiro-matsu.

Naga tomó el rollo y se adentró, corriendo, en la fortaleza. Al llegar al bien custodiado shoji, se detuvo.

—¿Padre?

—¿Sí?

Naga se deslizó por la puerta y esperó. Toranaga volvió a envainar el sable. Uno de los guardias trajo una lámpara de aceite.

Toranaga, sentado bajo la protección del mosquitero, rompió el sello. Dos semanas atrás, había enviado secretamente a Hiro-matsu, con un regimiento escogido, a la ciudad-fortaleza de Mishima, en la carretera de Tokaido, y que guardaba la entrada al puerto de montaña que conducía a las ciudades de Atami y Odawara, en la costa oriental de Izú. Atami era la puerta de Odawara, hacia el Norte. Odawara era la llave de la defensa de todo el Kwanto.

Hiro-matsu escribía:

Señor, tu medio hermano Zataki, señor de Shinano, llegó hoy aquí, procedente de Osaka, y pidió un salvoconducto para visitarte en Anjiro. Viaja solemnemente, con un centenar de samurais y de portadores, bajo la enseña del «nuevo» Consejo de Regencia. Lamento decirte que el anuncio de dama Kiritsubo es correcto: Zataki te ha traicionado y alardea de su fidelidad a Ishido. Lo que ella no sabía es que Zataki es ahora regente, en sustitución del señor Sugiyama. Me mostró su

designación oficial, debidamente firmada por Ishido, Kiyama, Onoshie Ito. Lo único que pude hacer fue contener a mis hombres, indignados por su arrogancia, y obedecer tus órdenes de dejar pasar a cualquier mensajero de Ishido. También yo tenía ganas de matar a ese comedor de estiércol. Con él viaja el sacerdote bárbaro Tsukku-san, que llegó por mar al puerto de Numazu, procedente de Nagasaki. Pidió permiso para visitarte y, por ello, lo envié con el mismo grupo. Hice que los escoltasen doscientos de mis hombres. Llegarán dentro de dos días a Anjiro. ¿Cuándo regresarás a Yedo? Los espías dicen que Jikkyu está movilizando en secreto, y llegan noticias de Yedo según las cuales los clanes del Norte están dispuestos a unirse a Ishido, en vista de que Zataki está contra ti. Te suplico que salgas de Anjiro en seguida y por mar. Deja que Zataki te siga a Yedo, donde podremos darle su merecido.

Toranaga dio un puñetazo en el suelo.

—Naga-san, di a Buntaro-san, Yabú-san y Omi-san, que vengan inmediatamente.

Llegaron en seguida. Toranaga les leyó el mensaje.

—Debemos cancelar la instrucción. Y enviar el Regimiento de Mosqueteros, completo, a las montañas. No podemos permitir la menor fisura en nuestra seguridad.

—Perdona, señor —dijo Omi—, pero podrías detener al grupo en la montaña. Digamos en Yokosé. Invita al señor Zataki —y eligió cuidadosamente el título— a tomar las aguas en uno de los balnearios próximos, pero celebrad la reunión en Yokosé. Después, cuando él te haya dado su mensaje, puedes escoltarlo hasta la frontera con tus hombres, o destruirlos a todos, según prefieras.

—No conozco Yokosé.

—Es un lugar muy hermoso —dijo Yabú, dándose importancia—. Está casi en el centro de Izú, señor, en un angosto valle de la alta montaña y a orillas del río Kano. El Kano fluye hacia el Norte, pasa por Mishima y desemboca en el mar en Numazu, *¿neh?* Yokosé está en una encrucijada de carreteras que van de Norte a Sur y de Este a Oeste. Sí. Yokosé es un buen lugar de reunión, señor. El balneario de Shuzenji está muy cerca, es uno de los mejores que tenemos, pues

el agua es muy buena y muy caliente. Deberías visitarlo, señor. Creo que Omi-san ha hecho una buena sugerencia.

—¿Podríamos defenderlo fácilmente?

—Sí, señor —replicó Omi-san—. Hay un puente. La vertiente es muy abrupta. Cualquier atacante tendría que remontar un camino serpenteante. Ambos puertos pueden ser defendidos con pocos hombres. Estarías a salvo de cualquier emboscada. Tenemos hombres más que suficientes para defenderte y destruir a una tropa diez veces más numerosa que la suya, en caso necesario.

—Los destruiremos, pase lo que pase, *¿neh?* —dijo Buntaro, despectivamente—. Pero mejor allí que aquí. Deja que yo me encargue de la seguridad del lugar, señor. Quinientos arqueros, no mosqueteros y todos a caballo. Sumados a los hombres que envió mi padre, serán más que suficientes.

Toranaga comprobó la fecha del mensaje.

—¿Cuándo llegarán al cruce de caminos?

—Supongo que no antes de esta noche —respondió Yabú, mirando a Omi en busca de confirmación.

—Sí, o tal vez al amanecer de mañana.

—Ponte inmediatamente en marcha, Buntaro-san —dijo Toranaga—. Detenlos en Yokosé, pero no los dejes cruzar el río. Yo saldré mañana al amanecer, con otros cien hombres. Deberíamos estar allí al medio día. De momento, Yabú-san, encárgate de nuestro Regimiento de Mosqueteros y guarda nuestra retirada. Os apostaréis en la carretera de Heikawa, de modo que podamos retirarnos por allí en caso contrario.

Buntaro se dispuso a salir, pero se detuvo al oír que Yabú decía, inquieto:

—¿Cómo puede haber traición, señor? No tienen más que cien hombres.

—Yo espero que la haya. Él señor Zataki no pondría su cabeza en mis manos si no tramase algo, pero, naturalmente, le cortaré la cabeza por poco que pueda —afirmó Toranaga—. Si él no estuviese al frente de sus fanáticos, nos sería mucho más fácil cruzar sus montañas. ¿Por qué lo arriesga todo? ¿Por qué?

—Tal vez pretenda cambiar nuevamente de bando —insinuó Omi.

Todos sabían la antigua rivalidad que existía entre los dos medios hermanos. Una rivalidad amistosa hasta ahora.

—No, no lo creo. Nunca me he fiado de él. ¿Os fiaríais ahora alguno de vosotros?

Todos movieron la cabeza.

—No debes preocuparte, señor —dijo Yabú—. El señor Zataki es uno de los

regentes, sí, pero ahora es sólo un mensajero.

«¡Estúpido! —habría querido gritarle Toranaga—. ¿Es que no entiendes nada?»

—Pronto lo sabremos. Buntaro-san, vete en seguida.

—Sí, señor. Escogeré cuidadosamente el lugar de la reunión, pero no dejes que se te acerque a menos de diez pasos. Yo estuve con él en Corea. Es demasiado rápido con el sable.

—Sí.

Buntaro se alejó a toda prisa. Yabú dijo:

—Tal vez podríamos tentar a Zataki para que traicionara a Ishido, pues, incluso sin su caudillaje, los montes de Shinano son terribles. ¿Cuál podría ser el cebo?

—El cebo es evidente —dijo Toranaga—. El Kwanto. ¿No es esto lo que desea, lo que siempre ha deseado? ¿No es lo que quieren todos mis enemigos? ¿No lo quiere el propio Ishido?

No le respondieron. No hacía falta.

—¡Que Buda nos ayude! —exclamó Toranaga—. La paz del Taiko ha terminado. Va a empezar la guerra.

Los oídos de marino de Blackthorne habían percibido la prisa del caballo que se acercaba al galope, respirando peligro. Se había despertado inmediatamente, dispuesto a atacar o retirarse, con todos los sentidos alerta. Pero el ruido pasó, remontó la cuesta de la fortaleza y se extinguió.

Esperó. Ningún ruido de escolta. «Probablemente un mensajero solitario —pensó—. ¿De dónde? ¿Habrá empezado la guerra?»

Se anunciaba la aurora. Blackthorne podía ver ahora un trozo de cielo. Estaba nublado y cargado de lluvia, el aire, cálido y ligeramente salado, agitaba de vez en cuando el mosquitero. Un mosquito zumbaba, frenético, en el exterior. Blackthorne se alegraba de estar allí, a salvo de momento. «Disfruta de la seguridad y de la tranquilidad mientras duren», se dijo.

Kikú dormía junto a él, acurrucada como un gatito. Despeinada por el sueño, le parecía aún más hermosa. Él se estiró con cuidado en la suavidad de las colchas, sobre el suelo de tatami.

«Esto es mucho mejor que una cama. Mejor que cualquier litera, ¡mucho mejor! Pero pronto estaré de nuevo a bordo, *¿neh?* Pronto caeré sobre el Buque

Negro y me apoderaré de él, *¿neh?* Creo que Toranaga está de acuerdo, aunque no lo ha dicho claramente. ¿Acaso no ha accedido a la manera japonesa? *Nada puede resolverse en el Japón, si no es por métodos japoneses*. Sí, creo que esto es verdad.

»Quisiera estar mejor informado. ¿No dijo él a Mariko que lo tradujese todo y me explicase sus problemas políticos?

»Yo quería dinero para comprar mi nueva tripulación. ¿No me dio él dos mil kokús?

»Pedí doscientos o trescientos corsarios. ¿No me dio doscientos samurais, la autoridad y el rango que necesitaba? ¿Me obedecerán? ¡Claro que sí! Él me hizo samurai y hatamoto. Me obedecerán hasta la muerte, los llevaré a bordo del *Erasmus*, serán mi tropa de abordaje, y yo dirigiré el ataque.

»¡Increíble suerte la mía! Tengo todo lo que quiero. Menos a Mariko. Pero incluso a ella la tengo. Tengo su espíritu secreto y su amor. Y poseí su cuerpo la pasada noche, la noche mágica que nunca existió. Amamos sin amar. ¿Es mucha la diferencia?

»No hay amor entre Kikú y yo. Sólo un deseo que floreció.

»Después, él se había echado a reír, y ella le había murmurado: "¿Por qué te ríes?", y él le respondió: "No lo sé, pero me has hecho feliz."

»¿Dormirías con Fujiko? —se preguntó—. No. Creo que no podría.

»¿No es éste tu deber? Si aceptas los privilegios de samurai y quieres que los otros te traten como a samurai, con todo lo que esto significa, debes aceptar las responsabilidades y los deberes, *¿neh?* Es lo justo, *¿neh?* Y lo honrado, *¿neh?* Tienes el deber de dar un hijo a Fujiko.

»¿Y Felicity? ¿Qué diría a esto?

»Y, cuando zarpes de aquí, ¿qué será de Fujiko-san y de Mariko-san? ¿Volverás aquí, renunciando al título de caballero y a los aún más grandes honores que, sin duda, te dispensarán, con tal de que les lleves un tesoro? ¿Navegarás de nuevo por aguas hostiles, desafiando el gélido horror del estrecho de Magallanes, soportando las tormentas, el escorbuto y los motines, durante otros seiscientos noventa y ocho días, para atracar aquí por segunda vez, para reanudar esta vida? ¡Decide!»

Entonces recordó lo que le había dicho Mariko sobre los compartimientos de la mente: «Sé japonés, Anjín-san, debes serlo, para sobrevivir. Haz lo que nosotros: ríndete, sin avergonzarte, al ritmo del *karma*. Alégrate de las fuerzas que escapan a tu control. Pon todas las cosas en sus propios compartimientos

separados y entrégate al wa, a la armonía de la vida. Entrégate, Anjín-san, *karma* es *karma*, *¿neh?*»

«Sí, decidiré cuando llegue el momento.

»Antes he de reunir a la tripulación. Después, capturar el Buque Negro. Después, navegar hasta Inglaterra, dando media vuelta al mundo. Después, comprar barcos y equipo. Y entonces, decidiré. *Karma* es *karma*.»

—Sí, Omi-sama, desde luego —dijo Gyoko—. Iré a buscar al punto a Anjín-san. Discúlpame, por favor. Ako, ven conmigo.

Gyoko envió a Ako a buscar té, y después, corrió al jardín, preguntándose qué noticias vitales habría traído el mensajero nocturno, porque ella había oído también el ruido de los cascos del caballo.

«¿Y por qué está hoy Omi tan extraño? —se preguntó—. ¿Por qué tan frío, rudo y amenazador? ¿Y por qué ha venido personalmente para una tarea tan baladí? ¿Por qué no ha enviado a un samurai cualquiera?

»¡Ah! ¡Quién sabe! Omi es un hombre. ¿Cómo comprender al hombre, sobre todo si es samurai? Pero algo grave ocurre. ¿Traería el mensajero una declaración de guerra? Supongo que sí. Pero si es la guerra, ésta no perjudicará nunca nuestro negocio. Daimíos y samurais necesitan siempre diversión, y más aún en guerra…, y en guerra, el dinero significa menos para ellos. Bueno, bueno, bueno.»

Sonrió. «¿Recuerdas los días de guerra de hace más de cuarenta años, cuando tú tenías diecisiete y eras la chica más famosa de Mishima? ¿Recuerdas que serviste al Viejo Calvo, el padre de Yabú, el anciano y simpático caballero que cocía a los delincuentes, como haría después su hijo? Durante todo un año, fue mi protector. Un buen hombre… ¡Qué tiempos aquéllos!

»La guerra o la paz, ¡qué más da! *¿Shigata ga nai?* Tengo algunas inversiones en los negocios de prestamistas y de mercaderes de arroz, un poco aquí y un poco allí. Además, está la fábrica de saké de Odawara, la próspera casa de té de Mishima, y hoy, ¡el señor Toranaga va a comprar el contrato de Kikú!

»Sí, se avecinan tiempos muy interesantes.»

Apresuró el paso, pisando con la fuerza necesaria para anunciar su llegada. Subió los pulidos escalones de cedro. Llamó con discreción.

—Anjín-san, Anjín-san, perdona, pero el señor Toranaga te llama. Tienes que ir inmediatamente a la fortaleza.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Ella lo repitió, simplificando las palabras.

—Comprendo. Está bien… Iré en seguida —respondió él, con su extraño acento.

—Lo siento, discúlpame. ¿Kikú-san?

—Sí, Mamá-san. —Al cabo de un momento, se abrió el shoji. Kikú le sonrió, suelto el quimono y graciosamente despeinados los cabellos—. Buenos días, Mamá-san, ¿has tenido buenos sueños?

—Sí, sí, gracias. Siento molestarte. ¿Quieres cha recién hecho, Kikú-san?

—¡Oh!

La sonrisa de Kikú se desvaneció. Con aquella frase en clave, que Gyoko podía emplear en presencia de cualquier cliente, decía a Kikú que su cliente más distinguido, Omi-san, estaba en la casa de té. Entonces, Kikú podía terminar su relato, su canción o su baile, con más rapidez y acudir junto a Omi-san, si así lo deseaba. Kikú se acostaba con muy pocos hombres, aunque entretenía a muchos… si le pagaban sus honorarios. Pocos, muy pocos, podían sufragar todos sus servicios.

—¿Qué pasa? —preguntó Gyoko, observándola fijamente.

—Nada, Mamá-san. Anjín-san —llamó, alegremente—, ¿quieres un poco de cha?

—Sí, por favor.

—Lo traerán en seguida —dijo Gyoko—. ¡Ako! ¡Date prisa, pequeña!

—Sí, mi ama.

Ako trajo la bandeja del té y dos tazas, y lo sirvió. Y Gyoko se marchó, disculpándose de nuevo por haberle molestado.

Kikú ofreció la taza a Blackthorne. Éste bebió, sediento, y después, ella lo ayudó a vestirse. Ako llevó un quimono limpio para Kikú. Ésta se mostraba muy cortés, pero le preocupaba la idea de que pronto tendría que acompañar a Anjín-san al portal, para despedirle. Era de buena educación. Más aún, era su privilegio y su deber. Sólo las cortesanas de primera clase podían cruzar el umbral para dispensar aquel raro honor, las damas tenían que quedarse en el patio. Era inconcebible que ella no terminase la noche como se esperaba, habría sido un terrible insulto para su invitado. Y, sin embargo… Por primera vez en su vida, Kikú no deseaba despedir a un cliente en presencia de otro.

«¿Por qué? —se preguntó—. ¿Es porque Anjín-san es bárbaro y te avergüenzas de que la gente sepa que has sido poseída por un bárbaro? No. Todo

Anjiro lo sabe ya, y, casi siempre, un hombre es como otro hombre cualquiera. ¡Este hombre es samurai, *hatamoto* y almirante del señor Toranaga! No, no es eso.

»Entonces, ¿qué?

»Es porque esta noche he descubierto que me avergonzaba de lo que le hizo Omi-san. Como todos deberíamos avergonzarnos. Omi-san nunca debió hacer una cosa así. Anjín-san está marcado, y mis dedos parecieron tocar la marca a través de la seda de su quimono. Sentí vergüenza por él, porque es un hombre bueno y no se merecía aquello.

»¿Me siento deshonrada?

»No, claro que no, sólo estoy avergonzada por él. Y avergonzada ante Omi-san por sentir vergüenza.»

Después, en los recovecos de su mente, volvió a oír las palabras de Mamá-san: «Pequeña, pequeña, deja para los hombres las cosas de los hombres. La risa es nuestro bálsamo contra ellos, el mundo, los dioses e incluso la vejez.»

—¿Kikú-san?

—Dime, Anjín-san.

—Me marcho.

—Sí. Te acompañaré —dijo ella.

Él tomó cariñosamente su cara entre sus rudas manos y la besó.

—Gracias. Me faltan palabras para darte las gracias.

—Soy yo quien debería dártelas. Por favor, permíteme que te dé las gracias. Y ahora, salgamos.

Dejó que Ako diese los últimos toques a sus cabellos, que pendían sueltos, se ató el cinto del quimono y salió con Blackthorne.

Kikú caminaba a su lado, no unos pasos atrás, como habría debido hacer la esposa, la consorte, la hija o la sirvienta. Él apoyó un momento una mano en su hombro, cosa que ella encontró de mal gusto, porque no estaban en la intimidad de una habitación. De pronto, tuvo la súbita y horrible premonición de que él la besaría en público —una costumbre bárbara, según le había dicho Mariko—, cuando estuviesen en la puerta. «¡Oh, Buda, impídelo!», pensó, casi presa de pánico.

Sus sables estaban en el cuarto de recepción. Era costumbre que todas las armas se dejasen guardadas fuera de las habitaciones de placer, para evitar disputas mortales entre los clientes e impedir que alguna dama pusiese fin a su vida. No todas las damas del Mundo de los Sauces eran felices o afortunadas.

Blackthorne colgó los sables de su cinto. Kikú lo acompañó al cruzar la galería donde él se puso las sandalias. Gyoko y otras mujeres se habían reunido para despedirlo como a un invitado distinguido. Más allá del portal se veía la plaza de la aldea y el mar. Muchos samurais rondaban por allí, entre ellos, Buntaro. Kikú no pudo ver a Omi, aunque estaba segura de que los observaba desde algún sitio.

Anjín-san parecía desmesuradamente alto, y ella, muy menuda a su lado. Ahora cruzaban el patio. Ambos vieron a Omi al mismo tiempo. Estaba de pie junto al portal.

Blackthorne se detuvo.

—Buenos días, Omi-san —dijo, amistosamente, inclinándose como un amigo, sin saber que Omi y Kikú eran más que amigos. «¿Cómo podía saberlo? —pensó ella—. Nadie se lo había dicho… ¿Por qué habían de decírselo? ¿Y qué importaba eso, a fin de cuentas?»

—Buenos días, Anjín-san.

La voz de Omi era amistosa, pero ella advirtió que su inclinación era de pura cortesía. Luego dirigió a ella sus ojos ardientes, ella hizo una reverencia, y su sonrisa fue perfecta.

—Buenos días, Omi-san. Es un honor para esta casa.

—Gracias, Kikú-san. Gracias.

Ella sintió su mirada escrutadora, pero fingió no advertirla y mantuvo los ojos modestamente bajos. Gyoko, las doncellas y las cortesanas que estaban libres, observaban desde la galería.

—Voy a la fortaleza, Omi-san —dijo Blackthorne—. ¿Va todo bien?

—Sí. El señor Toranaga te ha enviado a buscar.

—Voy inmediatamente. Espero verte pronto.

—Sí.

Kikú levantó los ojos. Omi seguía mirándola. Ella le dirigió su mejor sonrisa y miró a Anjín-san. Éste observaba fijamente a Omi, después, al sentir la mirada de ella, se volvió y sonrió.

—Lo siento, Kikú-san, Omi-san, pero debo marcharme.

Se inclinó ante Omi, que devolvió su saludo. Cruzó el portal. Ella lo siguió, sin atreverse a respirar. Todo se inmovilizó en la plaza. En medio del silencio, ella vio que él se volvía y, por un odioso instante, tuvo la seguridad de que iba a besarla. Mas, para su gran alivio, no lo hizo, sino que sólo se quedó esperando, como una persona civilizada.

Ella se inclinó con toda la ternura de que fue capaz, mientras los ojos de Omi la taladraban.

—Gracias, Anjín-san —dijo, sonriendo sólo para él. Un suspiro cruzó la plaza—. Gracias —y añadió la frase tradicional—: Visítanos de nuevo, por favor. Contaré los momentos hasta que volvamos a vernos.

Él se inclinó, con la naturalidad que era de rigor, y echó a andar con la arrogancia propia de un samurai eminente. Entonces, como él la había tratado con gran corrección, y para compensar la innecesaria frialdad del saludo de Omi, Kikú, en vez de volver inmediatamente a casa se quedó donde estaba y contempló a Anjín-san mientras se alejaba, para honrarlo aún más. Esperó a que él doblase la última esquina. Vio que se volvía y agitaba una mano. Ella hizo una reverencia, satisfecha de la atención despertada en la plaza, pero fingiendo no advertirla. Y sólo cuando él hubo desaparecido, volvió atrás, con orgullo y con la mayor elegancia. Y, hasta que se cerró la puerta, todos los hombres la observaron, admirando su belleza y envidiando a Anjín-san, que debía ser todo un hombre para que ella le distinguiese de este modo.

—¡Qué bonita eres! —exclamó Omi.

—Ojalá fuese verdad, Omi-san —dijo ella, con su segunda mejor sonrisa—. ¿Te apetece un poco de cha, Omi-sama? ¿O comida?

—Contigo, sí.

Gyoko se reunió con ellos, zalamera.

—Disculpa mi grosería, Omi-sama. Come con nosotras, por favor. ¿Te has desayunado ya?

—No, todavía no, pero no tengo apetito. —Omi miró a Kikú—. ¿Te has desayunado tú?

Gyoko los interrumpió animadamente:

—Permítenos traerte algo que no sea del todo inadecuado, Omi-sama. Kikú-san, cuando te hayas cambiado, te reunirás con nosotros, *¿neh?*

—Desde luego. Sírvete disculparme, Omi-sama, por presentarme así. Lo siento.

La joven echó a correr, fingiendo una animación que no sentía. Ako la siguió.

Omi dijo escuetamente:

—Me gustaría estar con ella esta noche, para comer y conversar.

—Desde luego, Omi-sama —respondió Gyoko, haciendo una profunda reverencia y sabiendo que ella no estaría libre—. Honras mi casa y nos honras

demasiado a nosotras. Kikú-san es muy afortunada por gozar de tu favor.

—¿Tres mil kokús? —preguntó Toranaga, escandalizado.

—Sí, señor —contestó Mariko. Estaban en la galería privada de la fortaleza. Había empezado a llover, pero continuaba el calor. Ella se sentía indiferente y fatigada, suspirando por el fresco del otoño—. Lo siento, pero no pude conseguir que la mujer rebajase más el precio. Estuvimos hablando hasta poco antes del amanecer. Lo siento, señor, pero tú me ordenaste que cerrase el trato la noche pasada.

—Pero, ¡tres mil, Mariko-san! ¡Esto es usura!

En realidad, Toranaga se alegraba de tener un nuevo problema que apartase de su mente la preocupación que lo atosigaba. El hecho de que el sacerdote cristiano Tsukku-san viajase con Zataki, el nuevo regente, era de mal augurio. Había estudiado todos los medios de escapar, todos los caminos de retirada y de ataque imaginables, y el resultado era siempre el mismo: «Si Ishido actúa rápidamente, estoy perdido. Tengo que ganar tiempo. Pero, ¿cómo?

»Si yo fuese Ishido, empezaría ahora mismo, antes de que cesasen las lluvias.

»Colocaría a mis hombres en posición, tal como hicimos el Taiko y yo para destruir a los Beppu. Es un plan que siempre da resultado. ¡Y tan sencillo! Ishido no puede ser tan estúpido que no vea que no se puede defender el Kwanto sin poseer Osaka y las tierras entre Osaka y Yedo. Mientras Osaka le sea hostil, el Kwanto estará en peligro. El Taiko lo sabía, y por esto me lo dio. Sin Kiyama, Onoshi y los curas bárbaros…»

Haciendo un esfuerzo, Toranaga dejó de pensar en el mañana y centró toda su atención en la inverosímil suma de dinero.

—¡Tres mil kokús es una cifra desorbitada!

—Estoy de acuerdo, señor. Tienes razón. La culpa es mía. Yo pensaba que incluso quinientos era una cantidad excesiva, pero Gyoko no quiso rebajar más. Aunque propuso una transacción.

—¿Cuál?

—Gyoko ofreció reducir el precio a dos mil quinientos kokús, si le hacías el honor de concederle una breve audiencia.

—¡Una Mamá-san que renuncia a quinientos kokús, sólo por hablar conmigo!

—Sí, señor.

—¿Por qué? —preguntó, receloso.

—Me dijo la razón, señor, pero suplicó humildemente la gracia de explicártela personalmente. Yo creo que su proposición puede interesarte, señor. Y quinientos kokús… son muy buenos de ahorrar. Lamento muchísimo no haber podido conseguir un trato mejor, aunque Kikú-san pertenece a la primera clase con todo merecimiento. Sé que te he defraudado.

—De acuerdo —dijo agriamente Toranaga—. Incluso mil sería demasiado. Esto es Izú, no Kyoto.

—Tienes toda la razón, señor. Yo dije a la mujer que el precio era tan absurdo que no podía darle mi conformidad, aunque tú me habías ordenado que cerrase el trato anoche. Confío en que perdonarás mi desobediencia, pero le dije que, antes de cerrar el trato, tenía que consultar con dama Kasigi, la madre de Omi-san, que es, aquí, la dama de más categoría.

Toranaga se animó, olvidadas sus demás preocupaciones.

—¿Quieres decir que está arreglado, pero no del todo?

—Sí, señor. No me he obligado a nada, hasta que pueda consultar con dicha dama. Dije que le daría una respuesta hoy al mediodía. Por favor, perdona mi desobediencia.

—¡Tenías que cerrar el trato tal como te ordené! —dijo Toranaga, secretamente encantado de que la astucia de Mariko le diese la oportunidad de poder aceptar o rechazar, sin pérdida de prestigio.

Habría sido inconcebible que él tratase de desdecirse personalmente, por una simple cuestión de dinero. Pero *oh ko*, tres mil kokús…

—¿Dices que el contrato de esa joven vale una cantidad de arroz suficiente para alimentar a mi familia durante tres años?

—Lo vale hasta el último grano, para el hombre adecuado.

Toranaga le dirigió una mirada astuta.

—¿Sí? Háblame de ella y de lo que pasó.

Ella se lo contó todo…, salvo sus sentimientos por Anjín-san y su profundo afecto por la niña.

—Bien. Sí, muy bien —dijo Toranaga—. Él debió de gustarle mucho para que ella se quedase en la puerta la primera vez.

—Sí.

—Los tres mil kokús invertidos valieron la pena para él. Ahora, se habrá hecho famoso.

—Sí —convino Mariko, sintiéndose orgullosa del éxito de Blackthorne—. Ella es una dama excepcional, señor.

—¿Dijiste que vale esa cantidad hasta el último grano? Me cuesta creerlo.

—Dije para el hombre adecuado, señor. Pero no sabría decir quién puede ser el hombre adecuado.

Llamaron al shoji.

—¿Sí?

—Anjín-san está en la puerta principal, señor.

—Tráelo aquí.

—Sí, señor.

Toranaga se abanicó. Había estado observando con disimulo a Mariko y había sorprendido un fugaz destello en sus ojos. Deliberadamente, no le había dicho que lo había enviado a buscar.

«¿Qué hacer? Todo lo planeado sigue en vigor. Pero ahora necesito más que nunca a Buntaro, a Anjín-san y a Omi-san. Y, sobre todo, a Mariko.»

—Buenos días, Toranaga-sama.

Éste devolvió el saludo a Blackthorne y advirtió la súbita animación de su semblante al ver a Mariko. Después de los ceremoniosos saludos y cortesías, dijo:

—Mariko-san, dile que saldrá conmigo al amanecer. Y tú también. Tú seguirás camino a Osaka.

Ella sintió un escalofrío.

—Sí, señor.

—¿Iré yo a Osaka, Toranaga-sama? —preguntó Blackthorne.

—No, Anjín-san. Dile, Mariko-san, que yo voy al balneario de Shuzenji, para un día o dos. Ambos me acompañaréis. Tú continuarás a Osaka. Él viajará conmigo hasta la frontera y, después, seguirá solo hacia Yedo.

Los observó fijamente, mientras Blackthorne hablaba a Mariko, rápidamente y en tono apremiante.

—Perdón, Toranaga-sama, pero Anjín-san pregunta humildemente si podría disponer de mí unos pocos días más. Dice, con perdón, que, con mi presencia, podría acelerar mucho el asunto de su barco. Después, con tu venia, tomaría inmediatamente uno de tus barcos costeros y me llevaría a Osaka, continuando él hasta Nagasaki. Sugiere que, con esto, podría ahorrarse tiempo.

—Todavía no he decidido nada sobre el barco. Ni sobre la tripulación. Tal vez no haga falta que vaya a Nagasaki. Díselo claramente. No, no hay nada

decidido. Pero consideraré su petición en lo que a ti respecta. Mañana sabréis mi decisión. Ahora, podéis marcharos… ¡Ah, sí! Dile, Mariko-san, que necesito su genealogía. Puede escribirla, y tú lo traducirás, dando fe de su exactitud.

—Sí, señor. ¿Lo quieres en seguida?

—No. Tendrá tiempo de sobra cuando llegue a Yedo.

Mariko se lo explicó a Blackthorne.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó éste.

Mariko lo miró fijamente.

—Hay que registrar el nacimiento y la muerte de todos los samurais, Anjín-san, así como sus feudos y concesiones de tierras. ¿Cómo podría, si no, el señor feudal, conocer exactamente la situación? ¿No hacen lo mismo en tu país? Aquí, la ley obliga a que todos los ciudadanos, incluso los *eta*, estén oficialmente registrados: nacimientos, defunciones, matrimonios. Cada pueblo o aldea tiene su registro oficial. En otro caso, ¿cómo podrías saber adónde y a quién perteneces?

—Nosotros no lo anotamos. No siempre. Y no oficialmente. ¿Todo el mundo está registrado aquí? ¿Todos?

—Sí, incluso los *eta*, Anjín-san. Es importante, *¿neh?* Así, nadie puede hacerse pasar por otro, los malhechores pueden ser apresados más fácilmente, y los hombres, las mujeres y los padres, no pueden hacer trampas en las bodas, *¿neh?*

Blackthorne dejó esta cuestión a un lado, de momento, y jugó otra carta en su juego con Toranaga, confiando en que podría llevarlo a apoderarse del Buque Negro.

Mariko lo escuchó atentamente, le preguntó algo y se volvió a Toranaga.

—Señor, Anjín-san te da las gracias por tu favor y por tus muchos dones. Pregunta si le harías el honor de escoger sus doscientos vasallos. Dice que tu guía en este particular sería muy valiosa.

—¿Valdría mil kokús? —preguntó al punto Toranaga.

Vio la sorpresa de ella y la de Anjín-san. «Me alegro de que sigas siendo transparente, Anjín-san, a pesar de tu apariencia de civilización —pensó—. Si fuese jugador, apostaría a que no fue idea tuya el pedir mi orientación.»

—*Hai* —oyó que decía Blackthorne, con firmeza.

—Bueno —replicó vivamente—. Ya que Anjín-san es tan generoso acepto su ofrecimiento. Mil kokús. Servirán para ayudar a algún otro samurai necesitado.

Dile que sus hombres lo estarán esperando en Yedo. Hasta mañana al amanecer, Anjín-san.

—Sí. Gracias, Toranaga-sama.

—Mariko-san, consulta en seguida a dama Kasigi. Ya que tú aprobaste la suma, supongo que ella estará de acuerdo con tu trato, por muy malo que parezca, aunque supongo que necesitará hasta el amanecer de mañana para considerar una cantidad tan exagerada. Envía un mensaje a Gyoko, diciéndole que esté aquí al ponerse el sol. Puede traer consigo a la cortesana. Kikú-san podrá cantar mientras nosotros hablamos, *¿neh?*

Les despidió, encantado de haberse ahorrado mil quinientos kokús. «La gente es muy estrafalaria», pensó, benignamente.

—¿Tendré bastante para reunir una tripulación? —preguntó Blackthorne.

—¡Oh, sí, Anjín-san! Pero todavía no ha accedido a que vayas a Nagasaki —dijo Mariko—. Quinientos kokús son más que suficientes para que puedas vivir un año, y los otros quinientos podrás convertirlos en unos ciento ochenta kobán de oro para pagar a los marineros. Es una suma muy grande.

Fujiko se levantó trabajosamente y habló a Mariko.

—Tu consorte dice que no debes preocuparte, Anjín-san. Ella puede proporcionarte cartas de crédito para ciertos prestamistas que te adelantarán todo lo que necesites. Ella cuidará de todo.

—Sí, pero, ¿no tengo que pagar a todos mis criados? ¿Y cómo pagaré una casa, mi casa, Fujiko-san?

Mariko hizo un gesto de disgusto.

—Perdona, pero esto no es de tu incumbencia. Tu consorte te ha dicho que cuidará de todo. Ella…

Fujiko la interrumpió y las dos mujeres hablaron durante un momento entre ellas.

—¡*Ah so desu*, Fujiko-san! —Mariko se volvió a Blackthorne—. Dice que no debes perder tiempo en estas cosas, sino que te ruega que lo emplees pensando en los problemas del señor Toranaga. Ella tiene algún dinero propio, del que puede echar mano en caso de necesidad.

Blackthorne pestañeó.

—¿Me prestaría su propio dinero?

—¡Oh, no, Anjín-san! Naturalmente, te lo dará, si lo necesitas. Y no olvides

que sólo habrá problemas este año —le explicó Mariko—. El año próximo, serás rico, Anjín-san. En cuanto a tus servidores, cobrarán dos kokús cada uno por un año. Recuerda que Toranaga te ha dado todas sus armas y caballos, y, con dos kokús pueden alimentarse ellos y sus familias y sus caballos. Y tampoco debes olvidar que diste a Toranaga la mitad de tu renta de un año para que él los escoja personalmente. Esto es un gran honor, Anjín-san.

—¿Lo crees así?

—Desde luego. Y también lo piensa Fujiko-san. Fuiste muy astuto al pensar en esto.

—Gracias —dijo Blackthorne, dejando traslucir cierta satisfacción.

«Estás recobrando tu astucia —se dijo—, y empiezas a pensar como ellos. Sí, hiciste bien en sobornar a Toranaga. Ahora tendrás los mejores hombres, cosa que no habrías podido conseguir tú solo. ¿Qué son mil kokús comparados con el Buque Negro?»

Bueno, otra de las cosas que había dicho Mariko resultaba cierta: una de las debilidades de Toranaga era la avaricia. Naturalmente, ella no lo había dicho tan claro, sino que sólo había indicado que Toranaga había hecho crecer su increíble riqueza mucho más que cualquier otro daimío del Reino. Esta indicación, unida a sus propias observaciones —que los trajes de Toranaga eran tan sencillos como su comida, y que su estilo de vida se diferenciaba poco del de cualquier samurai corriente— le daba otra llave para abrir la fortaleza de Toranaga.

Dio gracias a Dios por haber puesto a Mariko y al viejo fray Domingo en su camino.

Blackthorne recordó la cárcel y lo cerca que había estado entonces de la muerte, y lo cerca que estaba ahora de ella, a pesar de todos sus honores. «Lo que Toranaga da, puede quitarlo. Tú crees que es amigo tuyo, pero, si es capaz de asesinar a su mujer y a su hijo predilecto, ¿qué valor daría a tu amistad o a tu vida? No lo sé —se dijo—. Esto es *karma*. Yo no puedo influir en el *karma*, y he estado cerca de la muerte durante toda mi vida, por consiguiente, no me viene de nuevo. Confío en que el *karma* me proteja durante los seis próximos meses. Si es así, el año próximo, en esta época, cruzaré el estrecho de Magallanes en dirección a la ciudad de Londres, fuera de *su* alcance…»

Fujiko estaba hablando. Él la observó. Yacía penosamente en la esterilla, abanicada por su doncella.

—Ella lo tendrá todo preparado al amanecer, Anjín-san —dijo Mariko—. Tu consorte sugiere que te lleves dos caballos y otro para tu equipaje. Un criado y

una doncella…

—Un criado será bastante.

—Perdona, pero debes tener una doncella que te sirva. Y, naturalmente, un cocinero con su ayudante.

—¿No habrá cocinas que podamos… que yo pueda usar?

—¡Oh, sí! Pero debes tener tus cocineros, Anjín-san. No olvides que eres hatamoto.

—Lo dejo todo en vuestras manos —dijo, sabiendo que de nada le serviría discutir.

—Haces bien, Anjín-san, haces muy bien. Y ahora, discúlpame, pero tengo que ir a hacer mi equipaje.

Mariko se marchó, contenta. No habían hablado mucho, sólo unas cuantas frases en latín para darse a entender, mutuamente, que, aunque la noche mágica no se había realizado y jamás volvería a ser comentada, ambos la conservarían en su imaginación.

—Me sentí orgullosa al enterarme de que ella estuvo tanto tiempo en el portal. Ahora, tu prestigio es grande, Anjín-san.

—Por un instante, casi olvidé lo que tú me habías dicho. Estuve a punto, involuntariamente, de besarla en público.

—¡*Oh ko*, Anjín-san, habría sido terrible!

—*Oh ko*, tienes razón. A no ser por ti, habría perdido mi dignidad y sería como un gusano retorciéndose en el polvo. —Después dijo—: Me alegro mucho de que vengas también al Balneario. Pero, ¿por qué tienes que ir a Osaka?

—¡Oh! No es una orden. El señor Toranaga me permite ir allá. Tengo que resolver algunos asuntos de propiedades y familia. Y, además, mi hijo está ahora allí. También podré llevar mensajes privados para Kiritsubo-san y dama Sazuko.

—¿No será peligroso? Recuerda tus palabras: la guerra está próxima, e Ishido es el enemigo. ¿No lo dice también el señor Toranaga?

—Sí, pero todavía no estamos en guerra, Anjín-san. Y los samurais no luchan con las mujeres, a menos que éstas los ataquen.

—Pero, ¿y tú? ¿Olvidas el puente de Osaka, sobre el foso? ¿No te uniste a mí para engañar a Ishido? Él me habría matado. Y recuerda que empuñaste un sable en el barco.

—¡Bah! Sólo lo hice para defender a mi señor, y mi propia vida que estaba amenazada. Era mi deber, Anjín-san, nada más. No corro ningún peligro. He sido doncella de cámara de dama Yodoko, la viuda del Taiko, y de dama Ochiba,

madre del Heredero. Tengo el honor de ser su amiga. Mi seguridad es absoluta. Por esto me permite ir Toranaga-sama. En cambio, tú no estarías seguro en Osaka, debido a la fuga del señor Toranaga y a lo que le hicisteis al señor Ishido. Por consiguiente, nunca debes desembarcar allí. Nagasaki será más seguro para ti.

—Entonces, ¿ha accedido a que vaya?

—No. Todavía no. Pero, cuando lo haga, no correrás peligro. Él tiene poder en Nagasaki.

Él habría querido preguntarle: ¿más que los jesuitas? Pero se limitó a decir:

—Ojalá el señor Toranaga te envíe en barco a Osaka.

Vio que ella temblaba ligeramente:

—¿Qué te inquieta?

—Nada. Sólo que… que el mar no me gusta.

—¿Lo ordenará él?

—No lo sé. Pero… —Se interrumpió y volvió a su tono malicioso, diciendo en portugués—: Sería conveniente, para tu salud, que Kikú-san viniese con nosotros, *¿neh?* ¿Volverás esta noche a su Cámara Roja?

Él se echó a reír.

—No estaría mal, aunque… —Se interrumpió, al recordar con súbita claridad la mirada de Omi—. Escucha, Mariko-san, cuando estaba en la puerta, vi que Omi la miraba de un modo muy especial, como miraría un amante. Un amante celoso. Yo no sabía que fuesen amantes.

—Tengo entendido que él es uno de sus clientes, un cliente distinguido, sí. Pero, ¿por qué te preocupa esto?

—Porque fue una mirada muy particular. Muy especial.

—No tiene ningún derecho especial sobre ella, Anjín-san. Ella es una cortesana de Primera Clase. Puede aceptar o rechazar a quien le parezca.

—Si estuviésemos en Europa, y yo me acostase con su chica… ¿Comprendes, Mariko-san?

—Creo que sí, Anjín-san. Pero no estás en Europa, y ella no depende oficialmente de él. Si quiere aceptaros, a ti y a él, o incluso rechazarte a ti o rechazarlo a él, esto es sólo cosa suya.

Él le había dado las gracias una vez más y no había insistido. Pero su cabeza y su corazón le decían que estuviese alerta. «No es tan sencillo como te imaginas, Mariko-san, ni siquiera aquí. Omi cree que Kikú-san es algo más para él, aunque ella no piense lo mismo. Ojalá hubiese yo sabido que Omi la amaba.

Prefiero tener a éste por amigo que por enemigo. Pero puede que Mariko tenga razón, que la cama no tenga, para ellos, nada que ver con el amor.

»La verdad es que estoy hecho un lío. Ahora soy en parte oriental, aunque en mayor parte occidental. Tengo que actuar y pensar como ellos, si quiero conservar la vida. Además, mucho de lo que creen ellos es mejor que lo que pensamos nosotros, hasta el punto de que sería tentador convertirse en uno de ellos… Pero, mi hogar está allá, al otro lado del mar, donde nacieron mis antepasados y vive mi familia, Felicity, Tudor y Elizabeth. *¿Neh?*»

—¿Anjín-san?

—Dime, Fujiko-san.

—Por favor, no te preocupes por el dinero. No puedo verte preocupado. Siento no poder ir contigo a Yedo.

—Pronto nos veremos en Yedo, *¿neh?*

—Sí. El médico dice que me curo bien, y la madre de Omi está de acuerdo.

—¿Cuándo vendrá el médico?

—Siento no poder ir contigo mañana. Perdóname, por favor.

Él se preguntó de nuevo sobre su deber para con su consorte. Después, guardó esta idea en su compartimiento, al surgir otra en su mente. Reflexionó sobre ella y le pareció buena. Y urgente.

—Ahora me voy, volveré pronto. Descansa…, ¿comprendes?

—Sí. Perdona que no me levante y… Lo siento mucho.

Él la dejó y se dirigió a su propia habitación. Sacó la pistola de su escondrijo, comprobó el gatillo y la guardó debajo de su quimono. Entonces, se marchó solo a la casa de Omi. Omi no estaba allí. Midori lo recibió y le ofreció cha, que él rehusó cortésmente. Tenía en brazos a su hijo de dos años. Dijo que Omi volvería pronto. ¿Quería Anjín-san esperarlo? Parecía inquieta, aunque cortés y amable. Él rehusó de nuevo y le dio las gracias, diciendo que volvería más tarde. Entonces, se dirigió a su propia casa.

Los lugareños habían despejado ya el lugar y se disponían a reconstruirlo todo. Nada se había salvado del incendio, salvo los utensilios de cocina. Fujiko no había querido decirle el coste de la reconstrucción. Era muy barato, le había dicho. No debía preocuparse.

—*Karma,* Anjín-sama —dijo uno de los lugareños.

—Sí.

—¡Qué se le va a hacer! Tu casa estará pronto lista…, mejor que antes.

Blackthorne vio que Omi subía la cuesta, rígido y torvo. Salió a su

encuentro. Cuando Omi lo vio, pareció suavizarse un poco.

—¡Ah, Anjín-san! —exclamó cordialmente—. Tengo entendido que te marchas con Toranaga-sama al amanecer. Muy bien, podemos cabalgar juntos.

A pesar de la aparente campechanía de Omi, Blackthorne se mantuvo en guardia.

—Escucha, Omi-san. Voy allí arriba. —Señaló la meseta—. Por favor, ven conmigo. ¿Sí?

—Hoy no hay instrucción.

—Lo sé. Por favor, ven conmigo. ¿Sí?

Omi vio que Blackthorne tenía la mano en la empuñadura del sable largo, sujetándola del modo tradicional. Después, sus agudos ojos observaron un bulto bajo el cinto y comprendió al punto, por su forma, que era una pistola oculta.

—El hombre a quien se permite llevar dos sables, debe saber usarlos, no llevarlos solamente, *¿neh?* —dijo, con voz sibilante.

—¿Perdón? No comprendo.

Lo repitió, con menos palabras.

—Ah, comprendo. Sí. Mejor.

—Sí. El señor Yabú dijo que, ahora que eres todo un samurai, deberías empezar a aprender muchas cosas que nosotros damos por sabidas. Por ejemplo, cómo actuar de ayudante en un harakiri, o incluso prepararte para éste, como todos estamos obligados a hacer. Sí, Anjín-san, deberías aprender a usar los sables. Un samurai debe aprender a usar y honrar sus sables, *¿neh?*

Blackthorne no comprendió la mitad de las palabras. Pero sabía lo que decía Omi.

Al menos, rectificó, inquieto, sabía lo que decía aparentemente.

—Sí. Cierto. Importante —dijo—. Por favor, un día tú enseñar…, perdón, ¿querrás enseñarme? Será un honor para mí.

—Sí, me gustaría enseñarte, Anjín-san.

Blackthorne se inquietó aún más ante la implícita amenaza de las palabras de Omi. «Cuidado —se dijo—. Y no empieces a imaginarte cosas.»

—Gracias. Ahora vayamos allí. Por favor. Poco tiempo. ¿Vienes conmigo? ¿Sí?

—Muy bien, Anjín-san. Pero iremos a caballo. Me reuniré en seguida contigo.

Omi echó a andar y entró en el patio de su casa. Blackthorne ordenó a un criado que ensillase su caballo, y montó torpemente por el lado derecho, como

solía hacerse en el Japón y en China. «No creo que me convenga mucho dejar que me enseñe esgrima», pensó, tocando con la diestra el bulto de la pistola, cosa que lo tranquilizó un tanto. Pero esta confianza se desvaneció al reaparecer Omi. Lo acompañaban cuatro samurais montados.

Juntos subieron por el anfractuoso camino en dirección a la meseta. Se cruzaron con muchas compañías de samurais en plena marcha, armados y haciendo ondear los banderines de sus lanzas, detrás de sus oficiales. Cuando llegaron a la cima de la cuesta, vieron que todo el Regimiento de Mosquetes estaba formado fuera del campamento, en orden de marcha, cada hombre al lado de su caballo guarnecido y con un tren de equipaje en retaguardia. Al frente de todos, Yabú, Naga y sus oficiales. Empezó a llover con fuerza.

—¿Se va toda la tropa? —preguntó Blackthorne, sorprendido, frenando su montura.

—Sí.

—¿Van al Balneario con Toranaga-sama, Omi-san?

—No lo sé.

El sentido de conservación de Blackthorne le aconsejó que no hiciese más preguntas. Pero había una que requería respuesta:

—¿Y Buntaro-sama? —preguntó, en tono indiferente—. ¿Vendrá con nosotros mañana, Omi-san?

—No. Se ha marchado ya. Esta mañana estaba en la plaza cuando tú saliste de la Casa de Té. ¿No lo viste, cerca de la Casa?

Blackthorne no pudo leer nada en el semblante de Omi.

—No. No lo vi. Lo siento. ¿También ha ido al Balneario?

—Supongo que sí. No estoy seguro. —La lluvia goteaba del sombrero cónico de Omi, atado debajo del mentón. Sus ojos quedaban casi ocultos—. Bueno, ¿por qué has querido que viniese aquí contigo?

—Para mostrarte el lugar, como dije.

Antes de que Omi pudiese responder, espoleó su caballo. Con su agudo instinto de hombre de mar, se orientó en seguida y se dirigió rápidamente al punto exacto de la grieta. Desmontó y llamó a Omi.

—Por favor.

—¿Qué quieres? Di —dijo Omi, con voz cortante.

—Por favor, aquí, Omi-san. Solo.

Omi despidió a sus guardias con un ademán, y avanzó hasta colocarse encima de Blackthorne.

—*¿Nan desu ka?* —preguntó, y su mano pareció cerrarse sobre la empuñadura del sable.

—Aquí, Toranaga-sama… —No encontró las palabras y trató de suplirlas con la mímica—. ¿Comprendes?

—Aquí le arrancaste de la tierra, *¿neh?*

Blackthorne lo miró, después, miró expresivamente su propio sable y levantó de nuevo la mirada.

—*¿Nan desu ka?* —repitió Omi, con mayor irritación. Blackthorne tampoco respondió. Omi miró la grieta y, después, la cara de Blackthorne. Y de pronto, sus ojos se iluminaron.

—*¡Ah, so desu! ¡Wakarimasu!* —Omi reflexionó un momento y llamó a uno de sus guardias—. Que venga Mura en seguida. Con veinte hombres provistos de palas.

El samurai partió al galope. Omi envió a los otros al pueblo, se apeó de su caballo y se plantó junto a Blackthorne.

—Sí, Anjín-san —dijo—. Es una buena idea. Excelente.

—¿Idea? ¿Qué idea? —preguntó cándidamente Blackthorne—. Sólo te he mostrado el sitio. Pensé que querrías conocerlo, *¿neh?* Perdona…, no comprendo.

—Toranaga perdió sus sables aquí —dijo Omi—. Son muy valiosos. Se alegrará de recuperarlos. Mucho, *¿neh?*

—*¡Ah so!* No idea mía, Omi-san —dijo Blackthorne—. Idea de Omi-san.

—Claro. Gracias, Anjín-san. Eres un buen amigo y tu mente es rápida. Debió ocurrírseme a mí. Sí, eres un buen amigo, y todos necesitaremos amigos durante los próximos meses. La guerra va a estallar, queramos o no.

—*Hai*. ¿Has dicho guerra? ¿Ahora?

—Pronto. ¿Qué podemos hacer? Nada. No te preocupes, Toranaga-sama derrotará a Ishido y a sus traidores. Ésta es la verdad, ¿comprendes? Nada de preocupaciones, *¿neh?*

—Comprendo. Ahora voy a mi casa, *¿neh?*

—Sí. Nos veremos al amanecer. Gracias de nuevo.

Blackthorne asintió con la cabeza, pero no se marchó.

—Es bonita, *¿neh?*

—¿Qué?

—Kikú-san.

Blackthorne tenía las piernas ligeramente separadas y estaba preparado para

dar un salto atrás, sacar su pistola, apuntar y disparar. Recordaba perfectamente la increíble rapidez con que Omi había decapitado a aquel lugareño, tiempo atrás, y estaba apercibido. Había resuelto que su seguridad dependía de que aclarase el asunto de Kikú. Omi no plantearía nunca la cuestión. Lo consideraría de una mala educación inconcebible. Y, avergonzado de su propia flaqueza, ocultaría cuidadosamente sus celos. Y precisamente por ser un sentimiento tan antijaponés y vergonzoso, arderían en secreto hasta estallar el día menos pensado, ciega y ferozmente.

—¿Kikú-san? —preguntó Omi.

—Hai. Es bonita, *¿neh?*

—Sí —dijo Omi—. Kikú-san es muy bonita —y soltó un torrente de palabras que Blackthorne no comprendió en absoluto.

—No tengo palabras ahora, Omi-san, no bastantes para hablar claro. Más adelante, sí. Ahora, no. ¿Comprendes?

Omi pareció no oírle. Después, dijo:

—Hay tiempo de sobra, Anjín-san, tiempo de sobra para hablar de ella, de ti, de mí y de *karma*. Pero estoy de acuerdo, ahora no es el momento, *¿neh?*

—Creo comprender. Sí. Ayer yo no sabía que Omi-san y Kikú-san eran buenos amigos —dijo Blackthorne, yendo al grano.

—Ella no es de mi propiedad.

—Ahora sé que tú y ella sois buenos amigos. Ahora…

—Déjalo. Asunto terminado. La mujer no es nada. Nada.

Blackthorne insistió:

—La próxima vez que…

—¡Se acabó la conversación! ¿Lo oyes? ¡Se acabó!

—*¡Iyé! ¡Iyé*, vive Dios!

Omi llevó la mano al sable. Blackthorne dio dos pasos atrás sin darse cuenta.

Pero Omi no desenvainó el sable, y Blackthorne no sacó la pistola. Ambos estaban preparados, pero ninguno de los dos quería ser el primero.

—¿Qué ibas a decir, Anjín-san?

—La próxima vez, yo preguntaré… sobre Kikú-san. Si Omi-san dice «sí», será «sí». Si dice «no», será «no». De amigo a amigo, *¿neh?*

Omi aflojó ligeramente la mano de la empuñadura del sable.

—Repito: no es de mi propiedad. Gracias por enseñarme este lugar, Anjín-san. Adiós.

—¿Amigo?

—Desde luego.

Omi se acercó al caballo de Blackthorne y sujetó la brida. Blackthorne saltó sobre la silla.

—Adiós, Omi-san, y gracias.

Omi observó a Blackthorne mientras éste se alejaba, y sólo se volvió cuando hubo traspuesto el borde de la meseta. Marcó el sitio exacto de la grieta con algunas piedras y, muy agitado, se puso en cuclillas y esperó, sin reparar en el diluvio.

Pronto llegaron Mura y los lugareños, manchados de barro.

—Toranaga-sama cayó en la grieta precisamente en este punto, Mura. Sus sables están enterrados aquí. Tráemelos antes de que se ponga el sol.

—Sí, Omi-sama.

Omi se alejó al galope. Ellos le observaron un momento y, después, se distribuyeron en círculo alrededor de las piedras y empezaron a cavar. Mura bajó la voz:

—Uo, tú irás con el tren de los equipajes.

—Sí, Mura-san. Pero, ¿cómo?

—Te ofreceré a Anjín-san. Para él, serás como otro cualquiera.

—Pero su consorte, *oh ko,* me conocerá —susurró Uo.

—Ella no irá con él. Dicen que sus quemaduras son graves. Irá a Yedo en barco, más tarde. ¿Sabes lo que has de hacer?

—Buscar al santo padre en secreto y contestar sus preguntas.

—Sí. —Mura se relajó y volvió a hablar con normalidad—. Puedes ir con Anjín-san, Uo, pues es buen pagador. Debes serle útil, pero no demasiado, si no quieres que te lleve a Yedo con él. —Y, volviéndose a todos—. Bueno, a cavar y encontrar los sables.

Ellos obedecieron, sumido cada cual en sus propios pensamientos. El hoyo se fue haciendo cada vez más profundo. Pero, al cabo de un rato, Ninjín, roído por sus preocupaciones, no pudo contenerse por más tiempo e interrumpió el trabajo.

—Por favor, perdóname, Mura-san, pero, ¿qué has decidido sobre los nuevos impuestos? —preguntó, y los otros dejaron de cavar.

Mura siguió cavando metódicamente, a su aire.

—¿Qué hay que decidir? Yabú-sama dice: pagad, y nosotros pagamos, *¿neh?*

—Pero Toranaga-sama redujo el impuesto a cuatro partes de cada diez, y él es nuestro señor feudal.

—Sí, pero devolvió Izú al señor Yabú, y también Suruga y Totomi, y lo instituyó de nuevo en amo supremo. Luego, ¿quién es nuestro señor feudal?

—Toranaga-sama. Seguro, Mura-san, que Tora…

—¿Vas a quejarte a él, Ninjín? ¡Vamos, despierta! Yabú-sama es el amo, como siempre lo fue. Nada ha cambiado. Y, si eleva los impuestos, pagaremos más. ¡Y se acabó!

—Pero esto se llevará todas nuestras reservas para el invierno. Todas. —La voz de Ninjín era como un zumbido furioso, pero todos sabían que decía la verdad—. Incluso con el arroz que robamos…

—Que salvamos —murmuró Uo, corrigiéndolo.

—Incluso con eso no habrá bastante para todo el invierno. Tendremos que vender una barca o dos…

—Nosotros no vendemos barcas —dijo Mura. Hincó su pala en la tierra, se secó el sudor de los ojos y se sujetó el cordón del sombrero. Luego, siguió cavando—. Trabaja, Ninjín. Así no pensarás en mañana.

—¿Cómo sobreviviremos al invierno, Mura-san?

—Todavía no ha terminado el verano.

—Sí —asintió amargamente Ninjín—. Hemos pagado más de dos anualidades de impuestos por anticipado, y aún no es bastante.

—*Karma*, Ninjín —dijo Uo.

—Pronto habrá guerra. Tal vez vendrá otro señor que será más justo, *¿neh?* —dijo otro.

—No puede ser peor. Nadie puede ser peor.

—No penséis en eso —aconsejó Mura—. Hoy estáis vivos… Pronto podéis estar muertos, y se acabaron las preocupaciones.

Su pala chocó con una piedra, y él se detuvo.

—Échame una mano, Uo, viejo amigo.

Juntos sacaron la piedra del barro. Uo murmuró, con ansiedad:

—Mura-san, ¿y si el santo padre pregunta por las armas?

—Díselo. Y dile que estamos dispuestos, que Anjiro está dispuesta.

CAPÍTULO XLII

Llegaron a Yokosé al mediodía. Buntaro había salido al encuentro de Zataki la noche anterior y, siguiendo órdenes de Toranaga, le había dado la bienvenida con gran ceremonia.

—Le pedí que acampara fuera del pueblo, al Norte, hasta que estuviese preparado el lugar de reunión, señor —dijo Buntaro—. El encuentro formal se realizará esta tarde aquí, si a ti te parece bien. —Y añadió, agriamente—: Pensé que la Hora de la Cabra sería de buen augurio.

—Bien.

—Él quería reunirse contigo esta noche, pero me negué. Le dije que tendrías el «honor» de recibirlo hoy o mañana, como él prefiriese, pero no después del anochecer.

Toranaga gruñó su aprobación, pero no se apeó de su caballo. Llevaba peto, casco y una armadura ligera de bambú, lo mismo que su escolta, cubierta de polvo a causa del viaje. De nuevo miró atentamente a su alrededor. El claro había sido bien escogido, no había ninguna posibilidad de emboscada. No había árboles ni casas próximos, donde pudiesen ocultarse arqueros o mosqueteros. Al este del pueblo, el terreno era llano y un poco elevado. El Norte, el Oeste y el Sur estaban protegidos por el pueblo y por el puente de madera, tendido sobre el río de rápida corriente. Aquí, en el desfiladero, el agua formaba remolinos y estaba llena de rocas. Al Este, detrás de él y de sus cansados y sudorosos jinetes, el camino subía empinado por el paso, hasta la brumosa cresta, a cinco *ri* de distancia. Las montañas se elevaban alrededor, muchas de ellas eran volcánicas, y la mayor parte de los picos rozaban las nubes. En el centro del claro se había levantado un estrado de doce esteras sobre pilastras bajas. Estaba cubierto por un alto dosel. Las prisas no se advertían en el montaje. Dos cojines de brocado aparecían colocados de frente sobre el *tatamis*.

—Tengo hombres allí, allí y allí —siguió diciendo Buntaro, mientras señalaba con el arco todas las alturas dominantes—. Puedes ver a muchos *ri* en todas direcciones, señor. Buenas posiciones defensivas, el puente y todo el pueblo están cubiertos. Al Este tienes asegurada la retirada por más hombres. El

puente está estrechamente vigilado por centinelas, y he dejado una «guardia de honor» de cien hombres en su campamento.

—¿Está ahora allí el señor Zataki?

—No. Elegí una posada para él y sus escuderos en las afueras del pueblo, hacia el Norte, procurando que fuese digna de su rango, y le invité a disfrutar de los baños. La posada es solitaria y segura. Le di a entender que tú irías mañana al balneario de Shuzenji y que él sería tu invitado. —Buntaro señaló una bonita posada de un solo piso al borde del claro, y que era la que gozaba de una vista mejor, cerca de un manantial de agua caliente que surgía de la roca y caía en una bañera natural—. Ésa es tu posada, señor. —Delante de la posada había un grupo de hombres, arrodillados, inmóviles y con las cabezas bajas—. Son el jefe y los ancianos del pueblo. No sabía si querías verlos en seguida.

—Más tarde.

Toranaga desmontó, se estiró y caminó un poco para desentumecer los músculos de la espalda y de las piernas. Había venido de Anjiro de un tirón, a marcha forzada, deteniéndose sólo para cambiar de montura. El resto del tren de equipaje —palanquines y portadores—, al mando de Omi, había quedado muy atrás, en el camino que bajaba de la cresta. La carretera de Anjiro serpenteaba, a lo largo de la costa y, luego, se bifurcaba. Habían seguido la ruta del Oeste, tierra adentro, y subido entre frondosos bosques ricos en caza, con el monte Omura a la derecha y los picos de la cordillera volcánica Amagi a la izquierda, elevándose a casi cinco mil pies de altitud. El viaje le había entusiasmado. ¡Por fin realizaba alguna acción! Parte del trayecto era tan adecuado para la cetrería, que se había prometido cazar un día en Izú.

—Bien. Muy bien —dijo, en medio del ruido de sus hombres, que desmontaban y se distribuían—. Lo has hecho muy bien.

—Si quieres complacerme, señor, te suplico que me permitas aniquilar inmediatamente al señor Zataki y a sus hombres.

—¿Te ha insultado?

—No. Por el contrario, sus modales han sido dignos de un cortesano, pero la bandera que enarbola es un signo de traición contra ti.

—Ten paciencia. ¿Cuántas veces he de decírtelo? —lo apercibió amablemente Toranaga.

—Tengo miedo, señor —respondió Buntaro, con aspereza—. Te ruego que me disculpes.

—Eras amigo suyo.

—Y él era tu aliado.

—Te salvó la vida en Odawara.

—Luchamos en el mismo bando en Odawara —replicó fríamente Buntaro y, después, estalló—: ¿Cómo puede hacerte esto, señor? ¡Tu propio hermano! ¿No lo favoreciste, no luchasteis juntos… toda la vida?

—La gente cambia. —Toranaga contempló el estrado. Delicadas cortinas de seda pendían de las vigas sobre el tablado, para adornarlo mejor. Borlas ornamentales de brocado, que hacían juego con los cojines, formaban una bonita cenefa, y había otras más grandes en los postes de las esquinas—. Esto es demasiado rico y da excesiva importancia a la reunión —dijo—. Simplifícalo. Quita las cortinas, las borlas y los cojines, devuélvelo todo a los mercaderes, y, si no quieren devolver el dinero al intendente, dile a éste que lo venda. Consigue cuatro cojines, no dos, sencillos y llenos de borra.

—Sí, señor.

Toranaga vio el manantial y caminó hasta él. El agua, humeante y sulfurosa, silbaba al brotar de una hendidura de la roca. Su cuerpo le pedía un baño.

—¿Y el cristiano? —preguntó.

—¿Qué, señor?

—Tsukku-san, el cura cristiano.

—¡Oh, ése! Está en algún lugar del pueblo, pero al otro lado del puente. Se le ha prohibido pasar a este lado sin tu permiso. ¿Por qué? ¿Es importante? Dice que sería para él un honor hablar contigo, cuando juzgases conveniente. ¿Quieres que venga ahora?

—¿Iba solo?

Buntaro frunció los labios.

—No. Llevaba una escolta de veinte acólitos, todos tonsurados como él…, hombres de Kiusiu, señor, samurais de buena cuna. Todos montados, pero sin armas. Los hice cachear a fondo.

—¿Y a él?

—Naturalmente, a él más que a nadie. Llevaba cuatro palomas mensajeras en su equipaje. Las confisqué.

—Bien hecho. Destrúyelas… Una equivocación en la comida, una desgracia, *¿neh?*

—Comprendo. ¿Quieres que lo mande a buscar ahora?

—Más tarde. Lo veré más tarde.

Buntaro frunció el ceño.

—¿Hice mal en registrarle?

Toranaga negó con la cabeza y se volvió a mirar la cresta de los montes, sumido en sus reflexiones. Después, dijo:

—Envía a un par de hombres de confianza a vigilar el Regimiento de Mosquetes.

—Ya lo he hecho, señor. —La cara de Buntaro se iluminó de cruel satisfacción—. Y tenemos algunos espías entre la guardia personal del señor Yabú. Éste no podrá tirarse un pedo sin que tú lo sepas, señor.

—Bien.

La cabeza del tren de equipaje, todavía lejano, dobló un recodo del sinuoso camino. Toranaga vio los tres palanquines. Omi cabalgaba al frente, según lo ordenado, y Anjín-san lo hacía a su lado, con desenvoltura.

Les volvió la espalda.

—He traído a tu mujer.

—Sí, señor.

—Me ha pedido permiso para ir a Osaka.

Buntaro lo miró fijamente, pero no dijo nada. Después, se volvió a mirar las apenas visibles figuras.

—Le di mi aprobación, a condición, naturalmente, de que tú también lo apruebes.

—Apruebo todo lo que apruebes tú, señor —dijo Buntaro.

—Puede ir por tierra desde Mishima, o acompañar a Anjín-san a Yedo, e ir por mar a Osaka desde allí. Anjín-san se ha comprometido a encargarse de ella, si tú lo apruebas.

—Sería más seguro por mar —sugirió Buntaro, ardiendo por dentro.

—Todo dependerá del mensaje del señor Zataki. Si Ishido me declara formalmente la guerra, se lo prohibiré, naturalmente. Si no, tu esposa puede marcharse mañana o pasado, si te parece bien.

—Todo lo que tú apruebes me parecerá bien.

—Esta tarde, encarga de tus deberes a Naga-san. Es un buen momento para que hagas las paces con tu esposa.

—Discúlpame, señor, pero preferiría quedarme con mis hombres. Te suplico que me dejes con ellos. Hasta que estés a salvo lejos de aquí.

—Esta noche transmitirás tus funciones a mi hijo. Tú y tu esposa cenaréis conmigo. Os alojaréis en la posada. Y haréis las paces.

Buntaro agachó la cabeza. Después dijo, fríamente:

—Sí, señor.

—Te ordeno que intentes hacer las paces —dijo Toranaga. Iba a añadir que «una paz honrosa es mejor que la guerra», pero esto no era verdad y podía dar pie a una discusión filosófica, y ahora estaba cansado y no quería discusiones, sino sólo un baño y descansar un rato—. Ahora, ¡llama al jefe del pueblo!

El jefe del pueblo y los ancianos se atropellaron en sus prisas por postrarse ante él, dándole la bienvenida de la manera más extravagante. Toranaga les dijo que esperaba que fuera justa y razonable la factura que presentasen a su intendente al marcharse él.

—*Hai* —replicaron humildemente al unísono bendiciendo a los dioses por su inesperada buena suerte y por las pingües ganancias que, sin duda, les produciría aquella visita. Con muchas más reverencias y cumplidos, y diciendo que estaban orgullosos de poder servir al daimío más grande del Imperio, el viejo y vivaracho jefe del pueblo los introdujo en la posada.

Toranaga la inspeccionó minuciosamente, entre bandadas de corteses y sonrientes doncellas de todas las edades, flor y nata de la aldea. Había diez habitaciones alrededor de un estrambótico jardín con una casita de té en el centro, cocinas en la parte posterior y una casa de baño al Oeste, adosada a las rocas y alimentada directamente por los manantiales. Toda la posada estaba perfectamente vallada —un camino cubierto conducía al baño— y era fácil de defender.

—No necesito toda la posada, Buntaro-san —dijo, plantándose de nuevo en la galería—. Tres habitaciones serán suficientes: una para mí, otra para Anjín-san y otra para las mujeres. Tú tomarás una cuarta. Podemos ahorrarnos las demás.

—Mi intendente me ha dicho que hizo un buen trato para toda la posada, señor, por días, y a menos de la mitad del precio, y todavía estamos fuera de temporada. Yo lo aprobé, pensando en tu seguridad.

—Está bien —convino Toranaga, de mala gana—. Pero quiero ver la factura antes de que nos marchemos. No hay que derrochar el dinero. Y llena las habitaciones de guardias, cuatro en cada una.

—Sí, señor.

Buntaro había decidido ya por su cuenta hacerlo así. Observó cómo se alejaba Toranaga, con dos guardias personales y cuatro de las más lindas doncellas, hacia su dormitorio, situado en el ala Este. «¿Qué mujeres? —se

preguntaba, desorientado—. ¿Qué mujeres se necesitaban en la habitación? ¿Mariko? No te preocupes, no tardarás en saberlo.»

Salió al patio y miró hacia el camino.

«¿Por qué, a Osaka?»

A la Hora de la Cabra, los centinelas del puente se apartaron a un lado. El cortejo empezó a cruzarlo. Iban primero los heraldos, llevando estandartes con la todopoderosa enseña de los regentes, seguía el rico palanquín, y más guardias cerraban la marcha.

Los lugareños tocaban el suelo con la frente. Todos estaban de rodillas, secretamente pasmados ante tanta pompa y riqueza. El jefe del pueblo había preguntado, prudentemente, si podía reunir a toda su gente, para honrar a los visitantes. Toranaga le había enviado un mensaje diciéndole que los que no estuviesen trabajando podían asistir, con el permiso de su jefe. Por tanto, éste había seleccionado cuidadosamente una delegación, compuesta, en su mayoría, por ancianos y jóvenes sumisos, lo suficiente para una exhibición —aunque todos los adultos habrían querido estar presentes—, sin contravenir las órdenes del gran daimío. Todos los que podían hacerlo, observaban disimuladamente desde puertas y ventanas.

Saigawa Zataki, señor de Shinano, era más alto que Toranaga, cinco años más joven que él, y tenía su misma anchura de hombros y su misma nariz prominente. Pero su vientre era plano, y los breves pelos de la barba, negros y tupidos. Sus ojos eran meras rendijas en su cara. Aunque parecía haber un curioso parecido entre los dos medio hermanos, cuando estaban separados, ahora, que estaban juntos, se veían distintos por completo. El quimono de Zataki era rico, su armadura, resplandeciente y ostentosa, sus sables, bien cuidados.

—Sé bienvenido, hermano —dijo Toranaga, avanzando e inclinándose. Llevaba un quimono sencillo y sandalias de paja. Y sables—. Perdona que te reciba con tan poca ceremonia, pero he venido lo más de prisa que he podido.

—Perdóname tú, por molestarte. Tienes buen aspecto, hermano. Muy bueno.

Zataki bajó del palanquín, se inclinó a su vez y empezaron las interminables y minuciosas formalidades de un ceremonial que regía para los dos.

—Por favor, ocupa ese cojín, señor Zataki.

—Sírvete disculparme, pero me sentiría más honrado si te sentases tú primero, señor Toranaga.

—Eres muy amable. Pero hazme el honor de sentarte primero.

Por fin, se sentaron frente a frente en los cojines, a dos sables de distancia.

Buntaro estaba detrás, a la izquierda de Toranaga. El primer ayudante de Zataki, un viejo samurai de cabellos grises, estaba detrás y a la izquierda de éste. Alrededor del estrado, y a veinte pasos de distancia, había varias hileras de samurais de Toranaga, sentados, vestían las mismas ropas con las que habían viajado, pero con sus armas en perfectas condiciones. Omi estaba sentado en el suelo, al borde del estrado, y Naga, en el lado opuesto. Los hombres de Zataki vestían ricos trajes de ceremonia, sujetos con hebillas de plata los grandes mantos de hombreras como alas. También iban bien armados, se habían sentado a veinte pasos de distancia.

Mariko sirvió el cha tradicional y empezó la charla inofensiva y formal entre los dos hermanos. En el momento oportuno, Mariko hizo una reverencia y se marchó, mientras Buntaro percibía dolorosamente su presencia y se sentía, al mismo tiempo, orgulloso de su gracia y su belleza. Y entonces, prematuramente, Zataki dijo, con brusquedad:

—Traigo órdenes del Consejo de Regencia.

Se hizo un súbito silencio en la estancia. Todos se quedaron estupefactos ante la descortesía de Zataki y la manera insolente con que había dicho «órdenes» y no «un mensaje», sin esperar a que Toranaga le preguntase: «¿En qué puedo servirte?», como exigía el ceremonial.

Naga dirigió rápidamente la mirada desde el brazo del sable de Zataki al de su padre. Vio enrojecer el cogote de Toranaga, señal infalible de una explosión inminente. Pero el rostro de Toranaga permanecía tranquilo, y Naga quedó sorprendido al oír la serena contestación:

—Perdón, ¿traes órdenes? ¿De quién, hermano? Seguramente te habrán dado algún mensaje.

Zataki se sacó de la manga dos pequeños rollos. La mano de Buntaro estuvo a punto de cerrarse sobre la empuñadura de su sable ante aquella inesperada brusquedad, pues el ritual exigía que todos los movimientos fuesen lentos y deliberados. Pero Toranaga no se había movido.

Zataki rompió el sello del primer pergamino y leyó, en voz alta y terrible:

Por orden del Consejo de Regencia, en nombre del Emperador Go-Niji, Hijo del Cielo: Saludamos a nuestro ilustre vasallo Yoshi Toranaga-noh-Minowara y lo invitamos a prestarnos obediencia en Osaka inmediatamente, así como a informar en el acto a nuestro ilustre

embajador, el regente señor Saigawa Zataki, de si nuestra invitación es aceptada o rechazada.

Levantó la mirada y, con voz igualmente firme, siguió diciendo:

—Está firmado por todos los regentes y sellado con el Gran Sello del Reino.

Con altivez, dejó el rollo ante él. Toranaga hizo una seña a Buntaro, el cual avanzó, se inclinó ante Zataki, tomó el rollo, se volvió a Toranaga y se inclinó de nuevo. Toranaga aceptó el rollo e indicó a Buntaro que volviese a su sitio.

Toranaga examinó el escrito sin ninguna prisa.

—Todas las firmas son auténticas —admitió Zataki—. ¿Lo aceptas, o lo rechazas?

Con voz contenida, de modo que sólo los que estaban en el estrado, Omi y Naga, pudieron oírle, Toranaga dijo:

—¿Por qué no he de cortarte la cabeza, por tus malos modales?

—Porque soy hijo de mi madre —respondió Zataki.

—Esto no te servirá de nada, si sigues por ese camino.

—Entonces, ella morirá antes de tiempo.

—¿Qué?

—La señora, nuestra madre, está en Takato. —Takato era una fortaleza inexpugnable y capital de Shinano, la provincia de Zataki—. Lamentaría mucho que su cuerpo se tuviera que quedar allí para siempre.

—¡Baladronadas! La honras igual que yo.

—Por su espíritu inmortal, te diré, hermano, que, por mucho que la honre, aún detesto más lo que tú estás haciendo al Reino.

—No deseo más territorios ni pretendo…

—Pretendes impedir la sucesión.

—También en esto te equivocas. Protegeré siempre a mi sobrino contra los traidores.

—Quieres la caída del Heredero. Yo lo creo así, y, por tanto, he decidido seguir con vida y cerrarte Shinano y la carretera del Norte, cueste lo que cueste, y seguiré haciéndolo hasta que el Kwanto esté en manos amigas…, cueste lo que cueste.

—¿En tus manos, hermano?

—En manos seguras, lo cual te excluye a ti, hermano.

—¿Confías en Ishido?

—No confío en nadie, tú me lo enseñaste. Ishido es Ishido, pero su lealtad es indiscutible. Incluso tú debes admitirlo.

—Lo único que admito es que Ishido trata de destruirme y de dividir el Reino, que ha usurpado el poder y que está quebrantando la voluntad del Taiko.

—Pero tú tramaste con el señor Sugiyama la destrucción del Consejo de Regencia, *¿neh?*

En la frente de Zataki empezó a latir una vena como un gusano negro.

—¿Qué puedes decir? —prosiguió—. Uno de sus consejeros confesó la traición: que te pusiste de acuerdo con Sugiyama para que aceptase al señor Ito en tu lugar, que dimitiese el día antes de la primera reunión y que escapase por la noche, sumiendo al Reino en la confusión. Yo oí esta confesión…, hermano.

—¿Fuiste tú uno de los asesinos?

Zataki enrojeció.

—Fueron unos *ronín* fanáticos quienes mataron a Sugiyama, no yo, ni ninguno de los hombres de Ishido.

—Pero es curioso que tú tomases su puesto de regente, *¿neh?*

—No. Mi linaje es tan antiguo como el suyo. Pero yo no ordené su muerte, y tampoco lo hizo Ishido. Él lo juró por su honor de samurai. Y también lo juro yo. Los *ronín* mataron a Sugiyama, aunque éste lo tenía merecido.

—Fue torturado, deshonrado en un asqueroso sótano, y sus hijos y consortes fueron despedazados delante de él, ¿no?

—Eso es un rumor difundido por los cerdos descontentos, tal vez por tus espías, para desacreditar al señor Ishido, e, indirectamente, a dama Ochiba y al Heredero. No hay pruebas de ello.

—Mira sus cadáveres.

—Los *ronín* incendiaron la casa. No hay cadáveres.

—Muy oportuno, *¿neh?* ¿Cómo puedes ser tan crédulo? ¡No eres un campesino estúpido!

—Me niego a seguir sentado aquí, oyendo estas indecencias. Dame tu respuesta ahora mismo. Y además, córtame la cabeza y haz que ella muera, o déjame marchar. —Zataki se inclinó hacia delante—. Momentos después de que mi cabeza sea separada de mis hombros, diez palomas mensajeras emprenderán el vuelo hacia el Norte, hacia Takato. Tengo hombres de confianza en el Norte, Este y Oeste, a un día de marcha de aquí, fuera de tu alcance, y, si ellos fracasan, hay más al otro lado de tus fronteras. Si me decapitas, o me haces asesinar, o muero en Izú, *por el motivo que sea*, ella morirá también. Y ahora, toma mi

cabeza o acabemos con los rollos, para que pueda partir en seguida de Izú. ¡Elige!

—Ishido asesinó al señor Sugiyama. Dame tiempo y te lo demostraré. Es importante, *¿neh?* Sólo necesito un poco de…

—¡No tienes más tiempo! El mensaje dice «inmediatamente». Pero como veo que te niegas, no hablemos más de ello. ¡Toma! —Zataki puso el segundo rollo sobre el *tatamis*—. Ésta es tu inculpación formal y la orden de que te hagas el harakiri, orden que supongo desobedecerás también… ¡y que el señor Buda te perdone! Con esto acaba todo. Me marcharé en seguida, cuando volvamos a encontrarnos, será en el campo de batalla, y, por el señor Buda, que he jurado que el mismo día, antes de que se ponga el Sol, clavaré tu cabeza en una pica.

Toranaga mantuvo la mirada fija en su adversario.

—El señor Sugiyama era amigo tuyo y mío. Era nuestro camarada, el samurai más honrado que jamás existió. Debería importarte conocer la verdad sobre su muerte.

—La tuya tiene más importancia, hermano.

—Ishido te ha engatusado como a un chiquillo.

Zataki se volvió a su consejero.

—Por tu honor de samurai, ¿he tendido yo alguna emboscada, y cuál es el mensaje?

El viejo y digno samurai de grises cabellos, jefe de los confidentes de Zataki y bien conocido de Toranaga como hombre honorable, se sentía avergonzado, como todos los presentes, al ver aquella incalificable ostentación de odio.

—Lo siento, señor —dijo, en un murmullo ahogado, inclinándose ante Toranaga—, pero mi Amo dice la verdad. ¿Cómo podría discutirse esto? Y, por favor, discúlpame, pero es mi deber haceros notar a los dos, sincera y humildemente, que… esta lamentable falta de cortesía entre vosotros no es digna de vuestro rango ni de la solemnidad de esta ocasión. Si os hubiesen podido oír vuestros vasallos, dudo de que cualquiera de los dos hubiese podido contenerlos. Disculpadme, por favor —se inclinó ante ambos—, pero tenía que decirlo. —Después, añadió—: Todos los mensajes dicen lo mismo, señor Toranaga, y llevan el sello oficial del señor Zataki. «Matad a la señora, mi madre, inmediatamente.»

—¿Cómo puedo probar que no intento derribar al Heredero? —preguntó Toranaga a su hermano.

—Abdicando inmediatamente de todos tus títulos y de todo tu poder en favor

de tu hijo y heredero, el señor Sura, y haciéndote hoy mismo el harakiri. En tal caso, yo y todos mis hombres apoyaríamos a Sudara como señor del Kwanto.

—Reflexionaré sobre eso.

—¿Eh?

—Reflexionaré sobre lo que me has dicho —repitió Toranaga, con mayor firmeza—. Nos reuniremos mañana a esta hora, si te parece bien.

Zataki hizo una mueca.

—¿Es otro de tus trucos? ¿Por qué hemos de reunirnos?

—Por lo que dijiste y por esto —dijo Toranaga, levantando el rollo que tenía en la mano—. Mañana te daré mi respuesta.

—¡Buntaro-san! —exclamó Zataki, señalando el segundo rollo—. Por favor, da eso a tu señor.

—¡No! —La voz de Toranaga resonó en el claro. Después, ceremoniosamente, añadió—: Es un honor para mí aceptar el mensaje del Consejo, y daré mi respuesta a su ilustre embajador, el señor de Shinano, mañana a esta misma hora.

Zataki lo miró, receloso.

—¿Qué posible res…?

—Perdón, señor —lo interrumpió el viejo samurai, en voz baja y con grave dignidad, manteniendo en privado la conversación—, pero el señor Toranaga tiene perfecto derecho a sugerir esto. Le has planteado un grave dilema, un dilema que no figura en los rollos. Es justo y honorable concederle el plazo que exige.

Zataki cogió el segundo rollo y lo introdujo de nuevo en su manga.

—Muy bien, de acuerdo. Señor Toranaga, sírvete excusar mis malos modales. Y, para terminar, te ruego me digas dónde está Kasigi Yabú. Tengo un rollo para él. Uno solo.

—Te lo enviaré.

El halcón plegó las alas en el cielo del atardecer, bajó mil pies y chocó con la paloma en un revoloteo de plumas, después, la sujetó con sus garras, sin dejar de caer como una piedra, y, al llegar a pocos pies del suelo, soltó su presa muerta, frenó en seco y se posó sobre ella. «Ik-ik-ik-iiik», chilló, erizando, orgulloso, las plumas del cuello y rajando con las garras la cabeza de la paloma, en su éxtasis de triunfo.

Toranaga, seguido de Naga, se acercó al galope. El daimío saltó de su caballo. Llamó suavemente al ave, y ésta, obediente, se posó en su guante. Al punto fue recompensada con un trozo de carne de una presa anterior. Le puso el capirote, apretando las correhuelas con los dientes. Naga recogió la paloma, la introdujo en el zurrón, medio lleno, que pendía de la silla de su padre y, dando media vuelta, llamó a los batidores y a los guardias que se habían mantenido alejados.

Toranaga volvió a montar y contempló el cielo, calculando el tiempo que quedaba de luz.

Al caer la tarde había vuelto a aparecer el Sol, que ahora se ocultaba ya detrás de los montes de Occidente. Al morir rápidamente el día, el aire corría fresco y agradable. Las nubes eran empujadas hacia el Norte por el viento dominante, y se acumulaban sobre los picachos, ocultando muchos de ellos.

—Mañana tendremos un buen día, Naga-san. Despejado, si no me equivoco. Creo que saldré de caza al amanecer.

—Sí, padre.

Naga lo observaba, perplejo, temeroso de hacerle preguntas, pero deseoso de saberlo todo.

No comprendía cómo podía mostrarse su padre tan indiferente después de un encuentro tan violento.

Vio a unos jinetes salir del bosque y galopar en dirección a ellos por la ondulada cuesta. Más allá del verde oscuro del bosque, el río era como una serpenteante cinta negra. Las luces de las posadas parpadeaban como luciérnagas.

—¡Padre!

—¿Qué? ¡Ah, sí, ya los veo! ¿Quiénes son?

—Yabú-san, Omi-san y… ocho guardias.

—Tu vista es mejor que la mía. Sí, ahora los reconozco.

Naga dijo, sin previa reflexión:

—No habría dejado que Yabú-san fuese solo a ver al señor Zataki… —Se interrumpió y murmuró—: Discúlpame, por favor.

—¿Por qué no habrán enviado solo a Yabú-san?

Naga se maldijo por haber hablado y se estremeció al ver la mirada de Toranaga.

—Perdóname, pero temía no enterarme de los convenios secretos que pudieran concertar. Y habrán podido hacerlo fácilmente. Yo los habría

mantenido apartados. Discúlpame, padre, pero no me fío de él.

—Si Yabú-san y Zataki-san urden alguna traición a mis espaldas, lo harán tanto si envío testigos como si no. A veces, conviene soltar hilo… para pescar a un pez, *¿neh?*

—Sí, perdóname.

Toranaga se dio cuenta de que su hijo no comprendía, no comprendería nunca, pues era sólo un halcón al que lanzar contra el enemigo, duro, veloz y mortal.

—Me alegro de que lo entiendas, hijo mío —dijo, para animarlo, pues conocía y apreciaba sus buenas cualidades—. Eres un buen hijo —añadió, sinceramente.

—Gracias, padre —respondió Naga, lleno de orgullo por el desacostumbrado cumplido—. Sólo espero que perdones mi estupidez y me enseñes a servirte mejor.

—No eres estúpido —opuso Toranaga.

«El estúpido es Yabú —estuvo a punto de añadir—. Pero cuanto menos gente lo sepa, tanto mejor, y no hace falta que te estrujes el cerebro, Naga. Eres muy joven…, mi hijo más joven, a excepción de tu medio hermano, Tadateru. ¿Qué edad tiene? Sí, siete años, a punto de cumplir.»

Observó un momento a los jinetes que se acercaban.

—¿Cómo está tu madre, Naga?

—Como siempre, es la mujer más feliz del mundo. Pero sólo me permite verla una vez al año. ¿No podrías hacerla cambiar?

—No —dijo Toranaga—. No cambiará nunca.

Toranaga sentía siempre satisfacción al pensar en Chano-Tsuboné, su octava consorte oficial y madre de Naga. Rió para sus adentros al recordar su buen humor, los hoyuelos de sus mejillas y sus formas rollizas.

Era viuda de un agricultor de las cercanías de Yedo. Había vivido tres años con él y, después, le había pedido permiso para volver al campo. Él se lo había concedido. Ahora vivía en una hermosa finca cerca del lugar de su nacimiento, rolliza y contenta, se había hecho monja budista, era respetada por todos y no dependía de nadie. De vez en cuando, él iba a verla y reían juntos, porque sí, como buenos amigos.

—Es una buena mujer —dijo Toranaga.

Yabú y Omi se apearon de sus monturas. A diez pasos de Toranaga, se detuvieron y se inclinaron.

—Me ha entregado un pergamino —dijo Yabú, furioso, agitando el rollo—. *…Te invitamos a abandonar Izú y venir a Osaka, hoy mismo, y a presentarte en el castillo de Osaka para una audiencia, de no hacerlo, tus tierras serán confiscadas y tú serás declarado fuera de la ley*. —Arrugó el pergamino y lo arrojó al suelo—. ¡Hoy mismo!

—Entonces, debes ponerte en camino inmediatamente —sugirió Toranaga, malhumorado por la truculencia y la estupidez de Yabú.

—Te lo suplico, señor —terció apresuradamente Omi, hincándose de rodillas —. El señor Yabú es fiel vasallo tuyo, y te suplico humildemente que no lo vituperes. Perdona mi rudeza, pero el señor Zataki… Perdona mi rudeza.

—Disculpa mi observación, Yabú-san… Ha sido una broma —replicó Toranaga, maldiciendo su resbalón—. Hay que acoger estos mensajes con cierto humor, *¿neh?* —Llamó a su halconero, le confió el ave y lo despidió, lo mismo que a los batidores. Después hizo que todos los samurais, menos Naga, se alejasen de modo que no pudiesen oírle y, poniéndose en cuclillas, los invitó a hacer lo mismo—. Tal vez sería mejor que me contases lo ocurrido.

—No hay casi nada que contar —observó Yabú—. Fui a verlo y me recibió con el mínimo de cortesía. Ante todo, me «saludó» de parte del señor Ishido y me invitó descaradamente a aliarme con él, a tramar tu asesinato y a matar a todos los samurais de Toranaga en Izú. Naturalmente, me negué a escucharle, y entonces, sin la menor cortesía, ¡me entregó esto! —Señaló furiosamente el rollo con el dedo—. De no haber sido por tu orden de protegerle, ¡lo habría despedazado en el acto! Te pido que revoques esa orden. No puedo vivir con esta vergüenza. ¡He de vengarme!

—¿No ocurrió nada más?

—¿Te parece poco?

Toranaga hizo caso omiso de la rudeza de Yabú y reprendió a Omi:

—Tú tuviste la culpa, *¿neh?* ¿Por qué no protegiste mejor a tu señor? Se supone que eres su consejero. Tenías que haberle servido de escudo. Tenías que haber hecho que el señor Zataki se confiase, tratar de averiguar lo que pretende Ishido, lo que estaba dispuesto a pagar, los planes que tiene. Tienes fama de consejero experto. Tuviste una oportunidad excelente y la desperdiciaste como un palurdo.

Omi inclinó la cabeza.

—Te ruego que me perdones, señor.

—Yo podría hacerlo, pero no sé cómo podrá el señor Yabú. Tu señor aceptó

el pergamino. Ahora está comprometido. Ahora tiene que tomar una decisión.

—¿Qué? —exclamó Yabú.

—¿Por qué crees que hice lo que hice? Desde luego, para ganar tiempo —dijo Toranaga.

—Pero, ¡un día! ¿Qué vale un día? —preguntó Yabú.

—¡Quién sabe! Un día más para ti es un día menos para el enemigo. —Toranaga volvió a mirar a Omi—. El mensaje de Ishido, ¿fue verbal o por escrito?

Fue Yabú quien contestó:

—Verbal, naturalmente.

Toranaga siguió mirando fijamente a Omi.

—Faltaste a tu deber para con tu señor y para conmigo.

—Por favor, discúlpame…

—¿Qué dijiste, exactamente?

Omi no respondió.

—¿Has olvidado también los buenos modales? ¿Qué dijiste?

—Nada, señor. No dije nada.

—¿Qué?

—No dijo nada a Zataki —terció Yabú—, porque no estaba presente. Zataki quiso hablar a solas conmigo.

—¡Oh! —Toranaga ocultó su satisfacción, al ver que Yabú confesaba lo que él había presumido ya y que ahora se mostraba como una parte de la verdad—. Por favor, discúlpame, Omi-san. Como es natural, suponía que habías estado presente.

—Fue culpa mía, señor. Tenía que haber insistido. Tienes razón: no protegí a mi señor —dijo Omi—. Fui poco tenaz. Perdóname, Yabú-sama, perdóname.

Antes de que Yabú pudiese contestar, Toranaga dijo:

—Quedas perdonado, Omi-san. Si tu señor contrarió tus intenciones, tenía derecho a hacerlo. ¿Fue así, Yabú-sama?

—Sí, sí, pero pensé que no tenía importancia. ¿Crees que yo…?

—Bueno, el daño está ya hecho. ¿Qué piensas hacer?

—Desde luego, despreciar el mensaje como se merece. —Yabú estaba intranquilo—. ¿Crees que no debí cogerlo?

—Desde luego. Podías haber conseguido que te dieran un día para pensarlo. Tal vez más. Incluso semanas —añadió Toranaga, hurgando en la herida, maliciosamente satisfecho de que Yabú hubiese caído en la trampa por su propia

estupidez, y sin preocuparse en absoluto de que Yabú hubiese sido sobornado, engatusado o atemorizado para hacerle traición—. Lo siento, pero estás comprometido. Mas no importa, es como tú mismo dijiste: «Cuanto antes elija cada cual su bando, tanto mejor será.» —Se levantó—. No hace falta que volváis esta noche al Regimiento. Cenaréis conmigo. He preparado una diversión.

«Para todos», añadió hablando consigo mismo.

Los hábiles dedos de Kikú iniciaron un acorde, sosteniendo firmemente el plectro. Después empezó a cantar, y la pureza de su voz llenó la noche callada. Todos permanecían arrobados en la espaciosa estancia que daba a la galería y al jardín, subyugados por el extraordinario efecto que producía bajo las temblorosas antorchas, el captar la luz los hilos de oro de su quimono, mientras ella se inclinaba sobre el samisén.

Toranaga miró un momento a su alrededor, alerta al curso de la noche. Junto a él, en uno de los lados, estaba Mariko, sentada entre Blackthorne y Buntaro. En el otro se hallaban Omi y Yabú. El sitio de honor permanecía vacío. Zataki había sido invitado, aunque, naturalmente, había rehusado por motivos de salud, si bien lo habían visto galopar por las colinas del Norte. Naga y unos cuantos guardias bien seleccionados estaban distribuidos alrededor, mientras Gyoko revoloteaba en segundo término. Kikú-san estaba arrodillada en la galería, frente a ellos, de espaldas al jardín, menuda, sola, distante.

«Mariko tenía razón —pensó Toranaga—. Esa cortesana vale su peso en oro.» Estaba encandilado con ella y había menguado su ansiedad por el asunto de Zataki. «¿Volveré a llamarla esta noche, o dormiré solo?» Su virilidad se agitó al recordar la noche pasada.

—¿Querías verme, Gyoko-san? —había preguntado a ésta, en su residencia privada de la fortaleza.

—Sí, señor.

Él había encendido la varilla de incienso convenida.

—Habla, te lo ruego.

—Señor —empezó a decir Gyoko—, ante todo, debo darte humildemente las gracias por el honor que haces a mi pobre casa y a Kikú-san, la primera de mis Damas del Mundo de los Sauces. El precio que he pedido por el contrato es una insolencia, lo sé, y no será firme hasta el amanecer de mañana, momento en que dama Kasigi y dama Toda habrán de decidir, con su sabiduría. Cierto que, si

fuese cosa tuya, habrías decidido hace ya tiempo, pues, ¿qué es el despreciable dinero para un samurai y, sobre todo, para el daimío más grande del mundo?

Gyoko abrió una pausa, para dar mayor efecto. No había picado el anzuelo, sino que había movido ligeramente el abanico, cosa que podía interpretarse como irritación por su palabrería, aceptación del cumplido o rechazo del precio, según quisiera ella interpretarlo. Ambos sabían perfectamente quién aprobaría el precio en definitiva.

—¿Qué es el dinero? —siguió diciendo ella—. Sólo un medio de comunicación, como la música de Kikú-san. ¿Qué hacemos, en realidad, en el Mundo de los Sauces, sino comunicar y entretener, iluminar el alma del hombre, aligerar su carga…?

Toranaga contuvo una cáustica respuesta, recordando que la mujer había comprado el tiempo de una varilla por quinientos kikús y que, por ello, merecía un auditorio complaciente. Así, la dejó continuar, escuchándola con un oído, mientras el otro gozaba de la música perfecta de Kikú, que le conmovía profundamente y le infundía una sensación de euforia. Después volvió bruscamente a la realidad, por algo que Gyoko acababa de decir.

—¿Qué?

—Sólo te sugería que tomases el Mundo de los Sauces bajo tu protección y cambiases el curso de la Historia.

—¿Cómo?

—Haciendo lo que siempre has hecho, señor, preocupándote por el futuro del Imperio, más que por el tuyo propio.

—Pero, ¿qué tiene que ver con esto el Mundo de los Sauces?

—Dos cosas, señor. Primera: el Mundo de los Sauces está actualmente entremezclado con el mundo real, en detrimento de ambos. Segundo: nuestras damas no pueden alcanzar la perfección que los hombres tienen derecho a esperar.

—¿Eh? —Una ráfaga del perfume de Kikú, un perfume desconocido para él, excitó su olfato. Había sido perfectamente elegido. Involuntariamente, miró a la joven. Una débil sonrisa, para él solo, se dibujó en los labios de Kikú. Después, ésta bajó los ojos, sus dedos pulsaron las cuerdas, y él las sintió en lo más hondo de su ser. Trató de concentrarse—. Perdón, Gyoko-san, ¿qué estabas diciendo?

—Disculpa mi falta de claridad, señor. En primer lugar, el Mundo de los Sauces debería estar separado del mundo real. Mi Casa de Té de Mishima está en una calle del Sur, otras están desparramadas por toda la ciudad. Lo mismo

ocurre con Kioto, en Nara y en todo el Imperio. Incluso en Yedo. Pero yo pensé que Yedo podía marcar la pauta para todo el mundo.

—¿Cómo?

—Todos los demás oficios tienen sus calles o sus barrios exclusivos, señor. Yedo es una ciudad nueva, podrías considerar la conveniencia de establecer una sección especial para tu Mundo de los Sauces. Incluye todas las Casas de Té dentro de esta zona y prohíbe que se establezcan fuera de ella, por modestas que sean.

Toranaga concentró su mente en el asunto, pues la idea era importante. Era tan buena, que se censuró dado que no se le había ocurrido a él. Todas las Casas de Té y todas las cortesanas dentro de un recinto, con esto, la Policía podría vigilarlas fácilmente y vigilar también a sus parroquianos, y se simplificaría la cuestión de los impuestos. También sabía la gran influencia que tenían las Damas de Primera Clase.

—Sí —replicó, sorbiendo su cha—. Reflexionaré sobre lo que acabas de decir. Prosigue.

—Segundo —añadió Gyoko, aguzando su ingenio—, segundo y último: podrías, señor, dividir definitivamente el Mundo de los Sauces. Considera algunas de nuestras damas. Kikú-san, por ejemplo, ha estudiado canto y baile y el samisén desde que tenía seis años. Ha trabajado continuamente y con todo empeño en perfeccionar su arte. Con justicia reconocida por todos, se ha convertido en una Dama de Primera Clase, pues lo merecía por sus peculiares dotes. Pero sigue siendo una cortesana, y hay clientes que quieren divertirse con ella en la cama, además de disfrutar con su arte. Yo creo que habría que crear dos clases de Damas. Primera: las cortesanas de siempre, divertidas, alegres, físicas. Segunda: una nueva clase, que tal vez podríamos designar con la palabra *gei-sha*: Personas de Arte, personas dedicadas sólo al arte. Los juegos de almohada no figurarían entre los deberes de las *gei-shas*. Éstos serían sólo la conversación, la danza, el canto, la música, y ellas, como especialistas, se entregarían exclusivamente a esta profesión. Que las *gei-shas* solacen la mente y el espíritu de los hombres, con su belleza, con su gracia y con su arte. Y que las cortesanas satisfagan su cuerpo, también con belleza, su gracia y su arte.

Se sintió de nuevo impresionado por la sencillez y las grandes posibilidades de la idea.

—¿Cómo escogerías una *gei-sha*?

—Por sus aptitudes. Durante su pubertad, su dueña decidiría su futuro. Y el

gremio podría adoptar o rechazar a la aspirante, *¿neh?*

—Es una idea extraordinaria, Gyoko-san.

Toranaga interrogó a las dos mujeres. Guardó la información en su memoria, para su futuro empleo, y, después, envió a Kikú al jardín.

—Quisiera que ella se quedara esta noche, Gyoko-san, hasta el amanecer, si no le importa y… si está libre. ¿Querrás preguntárselo? Desde luego, comprendo que debe de estar cansada, después de haber tocado tan espléndidamente durante tanto rato. Pero tal vez acepte. Te agradeceré que se lo preguntes.

—Desde luego, señor, pero sé que ella se sentirá honrada por tu invitación. Y nuestro deber es servirte en todo lo que podamos, *¿neh?*

—Sí. Pero, como has dicho con razón, ella es un caso especial. Si está cansada, lo comprenderé perfectamente. Pregúntaselo en seguida, por favor. —Entregó a Gyoko una bolsita de cuero que contenía diez kobán—. Tal vez esto te compensará esta agotadora velada y será una pequeña muestra de agradecimiento por tus ideas.

—Nuestro deber es servir, señor —dijo Gyoko, y él vio que se esforzaba, en vano, por evitar que sus dedos contasen el dinero a través del fino cuero de la bolsa—. Gracias, señor. Si me disculpas, iré a preguntárselo. —Entonces, extraña e inesperadamente, sus ojos se llenaron de lágrimas—. Por favor, acepta las gracias de una mujer vieja y vulgar, por tu cortesía al escucharla. Y es que, si nosotras brindamos placer, nuestra única recompensa suele ser un río de lágrimas. De veras, señor, es difícil explicar lo que siente una mujer… Perdóname, te lo ruego…

—Bueno, Gyoko-san, lo comprendo. No te preocupes. Pensaré en todo lo que me has dicho. ¡Ah, sí! Ambas partiréis conmigo poco después del amanecer. Unos cuantos días en la montaña será un cambio agradable. Supongo que el precio del contrato será aprobado, *¿neh?*

Gyoko dio las gracias con una reverencia, se enjugó las lágrimas y dijo, con voz firme:

—¿Puedo preguntar el nombre de la honorable persona para la que se adquirirá el contrato?

—Yoshi-Toranaga-noh-Minowara.

Ahora, en la noche de Yokosé y bajo el aire suave y fresco, absortos todos en la música y el canto de Kikú-san, Toranaga dejó fluir sus pensamientos. Recordó la expresión de orgullo que se había pintado en la cara de Gyoko, y se admiró una vez más de la asombrosa credulidad de la gente. Era chocante que incluso

las personas más listas y astutas viesen sólo lo que querían ver, y raras veces mirasen detrás de la más tenue de las pantallas. O ignorasen la realidad, prescindiendo de ella y de la pantalla. Después, cuando todo su mundo se caía en pedazos y se arrodillaban para abrirse el vientre o cortarse el cuello, o se sumían en el mundo helado, se tiraban de los pelos y se rasgaban las vestiduras y maldecían su *karma*, culpando a los dioses, o al *kami*, o a la suerte, o a sus señores, o maridos, o vasallos…, a todo y a todos, menos a ellas mismas.

¡Qué extraño!

Miró a sus invitados y vio que todos observaban a la niña…, todos, menos Anjín-san, que parecía irritado e inquieto.

«No te preocupes, Anjín-san —pensó Toranaga, divertido—. Esto no es más que falta de civilización. Pero todo llegará con el tiempo, y si no, no importa, con tal de que obedezcas. De momento, necesito tu susceptibilidad, tu furia y tu violencia.

»Sí, todos estáis aquí. Omi, Yabú, Naga, Buntaro, y tú, Mariko, y Kikú-san e incluso Gyoko, todos mis halcones de Izú adiestrados y a punto. Todos menos uno…, el sacerdote cristiano. Pero pronto llegará tu turno, Tsukku-san. O tal vez el mío.»

El padre Martín Alvito, de la Compañía de Jesús, estaba furioso. Precisamente cuando debía estar preparándose para su encuentro con Toranaga, que requeriría todo su ingenio, tenía que enfrentarse con esta nueva e inesperada abominación.

—¿Qué puedes decir en tu defensa? —gritó al asustado acólito japonés, humildemente arrodillado ante él. Los otros hermanos formaban semicírculo en la pequeña estancia.

—Perdóname, padre, por favor. He pecado —murmuró el hombre, miserablemente—. Perdóname…

—Repito: sólo Dios Todopoderoso, en su sabiduría, puede perdonar. Has cometido un pecado mortal. Has quebrantado tu voto. ¿Y bien?

La respuesta fue casi inaudible:

—Lo siento, padre.

Su nombre de pila era José, y tenía treinta años. Los otros acólitos, todos miembros de la Compañía, tenían de dieciocho a cuarenta años. Todos habían sido tonsurados, eran de noble cuna samurai y habían sido rigurosamente

instruidos para el sacerdocio, aunque ninguno de ellos había sido aún ordenado presbítero.

—He confesado, padre —dijo el hermano José, manteniendo inclinada la cabeza.

—¿Crees que eso basta?

Alvito se volvió, impaciente, y se acercó a la ventana. Hasta él llegaba la voz lejana de Kikú-san, dominando los rumores del río. Sabía que hasta que no acabase con la cortesana, no sería llamado por Toranaga. «¡Sucia ramera!», exclamó para sí, más irritado que de costumbre por las discordancias de la canción japonesa, y sintiendo crecer su indignación por la traición de José.

—Escuchad, hermanos —advirtió Alvito a los demás, volviéndose de nuevo a ellos—. Estamos juzgando al hermano José, que, la noche pasada, estuvo con una ramera, quebrantando así sus votos de castidad y de obediencia, mancillando su alma inmortal, su condición de jesuita, su lugar en la Iglesia, y todo lo que esto significa. Ante Dios, os pregunto a todos: ¿habéis hecho lo mismo?

Todos negaron con la cabeza.

—¿Lo habéis hecho alguna vez?

—No, padre.

—¡Tú, pecador! ¿Confiesas tu pecado ante Dios?

—Sí, padre, ya he con…

—¿Ha sido la primera vez?

—No, no ha sido la primera vez —repuso José—. Fui… fui con otra hace cuatro noches, en Mishima.

—Pero…, ¡pero ayer dijimos misa! ¿Comulgaste sin confesar, en pecado mortal?

El hermano José estaba pálido de vergüenza. Vivía en la comunidad con los jesuitas desde que tenía ocho años.

—Fue…, fue la primera vez, padre. No había pecado en toda mi vida. Pero fui tentado, y, que me perdone la Santísima Virgen, esta vez pequé. Tengo treinta años. Soy un hombre…, todos somos hombres. Por favor, el Señor Jesús perdonó a los pecadores, ¿por qué no puedes tú perdonarme? Somos hombres…

—¡Somos sacerdotes!

—No somos verdaderos sacerdotes. No hemos profesado, ¡ni siquiera hemos sido ordenados! No podemos hacer el cuarto voto como tú —replicó José, enfurruñado—. Otras comunidades ordenan a sus hermanos, pero no los jesuitas. ¿Por qué no podemos…?

—¡Calla!

—¡Por el amor de Dios, padre!, ¿por qué no puede ordenarse uno solo de nosotros? ¡Alguien tenía que atreverse a preguntártelo! —José se había puesto en pie—. Llevo estudiando dieciséis años. El hermano Mateo, veintitrés, Juliáo, aún más. Sabemos las oraciones, y el catecismo, y los himnos mejor que tú, y Miguel y yo hablamos latín además de portu…

—¡Basta!

… portugués, y predicamos y discutimos con los budistas y con todos los demás idólatras, y hacemos la mayor parte de las conversiones. ¡Lo hacemos *nosotros*! En nombre de Dios y de la Virgen, ¿qué pasa con nosotros? ¿Por qué no valemos para jesuitas? ¿Será porque no somos portugueses o españoles? ¿Por qué no hay un solo japonés ordenado jesuita?

—¡Cállate de una vez!

—¡Incluso hemos estado en Roma Miguel, Juliáo y yo! —estalló José—. Tú no has estado nunca en Roma, ni has conocido al padre general ni a Su Santidad el Papa, como nosotros…

—Lo cual es otra razón para que no discutas. Has hecho voto de castidad, de pobreza y de *obediencia*. Fuiste elegido entre muchos, favorecido entre muchos, y ahora has dejado, desgraciadamente, que tu alma se corrompa hasta el punto de…

—Perdona, padre, pero no creo que fuese un privilegio gastar ocho años en ir allá y volver, si todos nuestros estudios, oraciones y predicaciones no nos sirven para ser ordenados tal como se nos prometió…

—¡Te prohíbo que sigas hablando! ¡Te *ordeno* que te calles! —Después, en el terrible silencio, Alvito miró a los otros, que, alineados junto a la pared, escuchaban y observaban con atención—. Todos seréis ordenados a su debido tiempo. Pero tú, José…

—¿Cuándo llegará ese momento? —inquirió José.

—Cuando Dios lo quiera —replicó Alvito, pasmado por la descarada rebeldía del acólito y sintiendo estallar su celo—. ¡Ponte de rodillas!

El hermano José trató de sostener su mirada, pero no pudo. Entonces, superado su arranque de furia, suspiró, hincó las rodillas y bajó la cabeza.

—Que Dios se apiade de ti. Has confesado tu odioso pecado mortal, eres culpable de quebrantar los votos de castidad y obediencia a tus superiores. Y culpable de una insolencia inconcebible. ¿Cómo te atreves a discutir las órdenes de nuestro general sobre la política de la Iglesia? Has puesto en peligro tu alma

inmortal. Has ofendido a tu Dios, a tu Compañía, a tu familia y a tus amigos. Tu caso es grave y deberé tratarlo con el visitador general. Hasta entonces, no podrás confesar ni comulgar, ni tomar parte en los oficios… —Los hombros de José empezaron a temblar de angustia y remordimiento—. Como penitencia inicial, se te prohíbe hablar, sólo tomarás arroz y agua durante treinta días, pasarás treinta noches de rodillas, rezando a la Santísima Virgen para que perdone tus odiosos pecados, y, además, serás azotado. Treinta azotes. Quítate la sotana.

Los hombros de José dejaron de temblar. Éste levantó la cabeza.

—Acepto toda la penitencia que me has impuesto, padre —dijo—, y pido perdón con todo mi corazón y toda mi alma. Pero no quiero que me azoten como a un vulgar criminal.

—¡Serás azotado!

—Por favor, discúlpame, padre —dijo José—, en nombre de la Santísima Virgen. No es por el dolor. El dolor no significa nada para mí, ni tampoco la muerte. Si soy condenado y tengo que arder eternamente en el infierno, será mi *karma* y lo soportaré. Pero soy samurai, pertenezco a la familia del señor Harima.

—Tu orgullo me da asco. No te castigo por el dolor, sino para quitarte tu asqueroso orgullo. ¿Un criminal vulgar? ¿Dónde está tu humildad? Nuestro Señor Jesucristo padeció tormentos. Y murió entre dos delincuentes comunes.

—Sí, y aquí está nuestro mayor problema, padre.

—¿Qué?

—Por favor, disculpa mi audacia, padre, pero si el Rey de Reyes no hubiese muerto en la cruz como un criminal vulgar, los samurais aceptarían…

—¡Basta!

… más fácilmente el cristianismo. La Compañía hace muy bien en no predicar a Cristo crucificado, como suelen hacer las otras Órdenes.

—En nombre de Dios, ¡calla y obedece, si no quieres ser excomulgado! ¡Sujetadlo y desnudadlo!

Los otros salieron de su inmovilidad y se adelantaron, pero José se puso en pie de un salto, sacó un cuchillo, se puso de espaldas a la pared. Todos se detuvieron en seco. Salvo el hermano Miguel, que siguió avanzando, despacio, tranquilo, con la mano extendida.

—Por favor, dame el cuchillo, hermano —dijo, amablemente.

—No. Perdóname.

—Entonces, reza por mí, hermano, como yo rezo por ti —sugirió Miguel, disponiéndose a coger el arma.

José retrocedió unos pasos y se dispuso a descargar el golpe mortal.

—Perdóname, Miguel.

Miguel se acercó más.

—¡Detente, Miguel! ¡Déjalo! —ordenó Alvito.

Miguel obedeció, ya a pocos centímetros de la hoja mortal.

Entonces, Alvito, que había palidecido, dijo:

—Que Dios se apiade de ti, José. Quedas excomulgado. Satanás ha poseído tu alma en la tierra, como la poseerá cuando mueras. ¡Vete!

—¡Renuncio al Dios cristiano! ¡Soy japonés, soy shinto! ¡He recobrado mi alma! ¡No tengo miedo! —gritó José—. Sí, soy orgulloso, no soy como los bárbaros. Los japoneses no somos bárbaros. Ni siquiera nuestros campesinos son bárbaros.

Alvito trazó solemnemente la señal de la cruz y volvió la espalda, impávido, al cuchillo. Los otros se volvieron también, la mayoría de ellos, con tristeza, aún temerosos, los demás. Sólo Miguel se quedó donde estaba, mirando a José, el cual se arrancó la cruz y el rosario, y ya se disponía a tirarlos, cuando Miguel alargó de nuevo la mano.

—Dámelo, hermano, por favor. Es un pequeño regalo —dijo.

José lo miró un largo instante y se lo dio.

—Rezaré por ti —dijo Miguel.

—¿No lo has oído? ¡He renunciado a Dios!

—Yo rezaré a Dios para que Él no renuncie a ti, Uraga-noh-Tadamasa-san.

—Perdóname, hermano —dijo José.

Se guardó el cuchillo, abrió la puerta, recorrió a ciegas el pasillo y salió a la galería. Varias personas lo observaron con curiosidad, entre ellas Uo el pescador, que esperaba pacientemente en la sombra. José cruzó el patio y se dirigió al portal. Un samurai le cerró el paso.

—¡Alto!

José se detuvo.

—¿Adónde vas, por favor?

—Perdona, pero… no lo sé.

—Estoy al servicio del señor Toranaga. Lo siento, pero no he podido dejar de oír lo ocurrido ahí. Toda la posada debe de haberlo oído. Una vergonzosa falta de modales… Tu jefe hizo mal en gritar de esa manera y perturbar la

tranquilidad. Y tú, también. Yo estoy aquí de vigilancia. Creo que lo mejor es que te presentes al oficial de guardia.

—¿Qué? ¡Ah…, sí! Disculpa —murmuró José, tratando de hacer funcionar su cerebro.

—Está bien. Gracias.

El samurai se volvió, porque otro se acercaba por el puente. El recién llegado saludó.

—Voy a buscar a Tsukku-san, de parte del señor Toranaga.

—Está bien. Te están esperando.

CAPÍTULO XLIII

Toranaga observó al alto sacerdote que avanzaba por el claro. La vacilante luz de las antorchas hacía que su flaco rostro pareciese más blanco que de costumbre sobre la negrura de su barba. La túnica budista, color naranja, del cura, era muy elegante, y una cruz y un rosario pendían de su cinto.

El padre Alvito se detuvo a diez pasos de distancia, se arrodilló y se inclinó ceremoniosamente, iniciando las formalidades de costumbre.

Toranaga estaba sentado solo en el estrado, y los guardias formaban un semicírculo a su alrededor, a una distancia desde la que nada podían oír. Sólo Blackthorne estaba más cerca, apoyado en el estrado, tal como le habían ordenado, y taladrando al cura con los ojos. Alvito pareció no reparar en él.

—Me alegro de verte, señor —dijo el padre Alvito, en cuanto se lo permitió la cortesía.

—Y yo de verte a ti, Tsukku-san —dijo Toranaga, invitando al sacerdote a sentarse en un cojín colocado sobre un tatami, en el suelo, ante el estrado—. Hacía tiempo que no te veía.

—Sí, señor, y hay mucho que contar. —Alvito se dio perfecta cuenta de que el cojín estaba en el suelo y no en el estrado, y también advirtió los sables de samurai que llevaba Blackthorne—. Traigo un mensaje confidencial de mi superior, el padre visitador, que te saluda con todo respeto.

—Gracias, pero antes háblame de ti.

—¡Ah, señor! —exclamó Alvito, sabiendo que Toranaga era demasiado listo para no haber advertido el remordimiento que le roía por dentro, por más que trataba de ocultarlo—. Esta noche comprendo demasiado bien mis propias faltas. Esta noche quisiera olvidar mis deberes terrenales y retirarme a rezar, a implorar la misericordia de Dios. —Estaba avergonzado de su propia falta de humildad. Aunque el pecado de José era horrible, Alvito se había precipitado y dejado llevar por la ira y la estupidez. Él tenía la culpa de que un alma se hubiese perdido para siempre—. Nuestro Señor dijo una vez: «Padre, aparta de mí este cáliz.» Pero incluso él tuvo que apurarlo. Y nosotros, los que estamos en el mundo, debemos tratar de seguir su ejemplo lo mejor posible.

—¿Cuál ha sido tu «cáliz», viejo amigo?

Alvito se lo explicó todo. No veía razón para ocultar los hechos pues Toranaga no tardaría en enterarse, si es que no se había enterado ya.

—Es muy triste perder a un hermano, es terrible hacer de él un desdichado, por muy grave que fuese su falta. Debí ser más paciente. Yo tuve la culpa.

—¿Dónde está él ahora?

—No lo sé, señor.

Toranaga llamó a uno de los guardias.

—Busca al cristiano renegado y tráemelo mañana al mediodía —ordenó, y el samurai se alejó rápidamente.

—Te suplico que te apiades de él, señor —dijo rápidamente Alvito, con toda sinceridad, aunque sabía que no serviría de mucho, si Toranaga había tomado ya una resolución.

De nuevo lamentó que la Compañía no tuviese poder civil para detener y castigar a los apóstatas, como en todos los demás lugares del mundo. Él lo había recomendado con insistencia, pero sus proposiciones habían sido siempre rechazadas en el Japón, e incluso en Roma, por el general de la Orden.

—¿Por qué no son ordenados sacerdotes en vuestra Compañía, Tsukku-san?

—Porque ninguno de nuestros acólitos está todavía lo bastante instruido, señor.

Alvito creía esto sinceramente. También se oponía tenazmente a la creación de un clero jesuita de japoneses ordenados, contra el criterio del padre Visitador.

—Pero dos o tres de esos aprendices de sacerdotes hablan latín y portugués, *¿neh?* Es verdad lo que dijo aquel hombre, *¿neh?* ¿Por qué no han sido elegidos?

—Lo siento, pero el general de nuestra Compañía considera que no están lo suficientemente preparados. Quizá la trágica caída de José sea un ejemplo.

—Sí —admitió Toranaga—. Mala cosa es quebrantar un juramento solemne y gritar y turbar la armonía de una posada.

—Discúlpame, señor, y perdona que haya mencionado mis problemas. Gracias por escucharme. Como siempre, tu interés hace que me sienta mejor. ¿Me permites saludar al capitán?

Toranaga asintió.

—Debo felicitaros, capitán —dijo Alvito, en portugués—. Los sables os sientan muy bien.

—Gracias, padre, estoy aprendiendo a emplearlos —añadió Blackthorne—. Pero lamento decir que todavía soy muy torpe con ellos. Prefiero las pistolas, los

cuchillos y los cañones, si tengo que luchar.

—Ojalá no tengáis que volver a luchar, capitán, y que vuestros ojos se abran a la infinita misericordia de Dios.

—Los tengo abiertos. Los vuestros están nublados.

—Por la salvación de vuestra alma, capitán, mantenedlos abiertos y abrid también la mente. Podéis estar equivocado. En todo caso, debo daros las gracias por salvar la vida al señor Toranaga.

—¿Quién os lo dijo?

Alvito no respondió. Se volvió a Toranaga.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó éste, rompiendo el silencio.

Alvito se lo dijo, y añadió:

—Aunque es un pirata enemigo de mi fe, celebro que te salvase, señor. Los designios de Dios son inescrutables. Lo has honrado mucho haciéndolo samurai.

—También es *hatamoto* —añadió Toranaga, gozando con el momentáneo asombro del cura—. ¿Has traído un diccionario?

—Sí, señor, y varios de los mapas que pediste, que muestran algunas bases portuguesas en la ruta desde Goa. El libro está en mi equipaje. ¿Puedo enviar a alguien a buscarlo, o prefieres que se lo dé a él más tarde, personalmente?

—Dáselo más tarde. Esta noche o mañana. ¿Trajiste también el informe?

—¿Sobre las armas que se dice que fueron traídas de Macao? El padre Visitador lo está preparando, señor.

—¿Y el número de mercenarios japoneses empleados en cada una de vuestras nuevas bases?

—El padre Visitador ha pedido datos actualizados de todas ellas, que te entregaremos en cuanto estén completos.

—Bien. Ahora dime cómo te enteraste de mi salvamento.

—Casi todo lo que sucede a Toranaga-noh-Minowara es objeto de rumores y comentarios. Al venir de Mishima, nos enteramos de que habías estado a punto de perecer en el terremoto, señor, y de que el *Bárbaro de Oro* te había sacado de una sima. También se dijo que tú habías hecho lo mismo por él y por una dama… Supongo que se trataría de dama Mariko.

Toranaga asintió.

—Sí. Ahora está en Yokosé. —Pensó un momento y, después, dijo—: Mañana desearía confesarse, según vuestras costumbres. Pero sólo de cosas que nada tengan que ver con la política. Supongo que esto excluye todo lo que pueda

tener algo que ver conmigo o con mis hatamotos, *¿neh?* También se lo he explicado a ella.

Alvito se inclinó, comprensivo.

—Con tu permiso —dijo—, ¿podría decir una misa para todos los cristianos aquí presentes, señor? Naturalmente, sería un acto muy discreto. ¿Mañana?

—Lo pensaré. —Toranaga siguió hablando un rato de cosas insustanciales, y después, dijo—: ¿Traes un mensaje para mí? ¿De tu Sumo Sacerdote?

—Con toda humildad, señor, debo insistir en que es mensaje confidencial.

Toranaga fingió reflexionar, aunque había proyectado exactamente el desarrollo del encuentro y dado a Anjín-san instrucciones concretas sobre lo que había de hacer y decir.

—Está bien. —Se volvió a Blackthorne—. Puedes irte, Anjín-san, hablaremos más tarde.

—Sí, señor —respondió Blackthorne—. Perdona… El Buque Negro. ¿Llegó a Nagasaki?

—¡Oh, sí! Gracias —dijo Toranaga, contento de que la pregunta de Anjín-san pareciese espontánea—. Bueno, Tsukku-san, ¿ha atracado ya?

Alvito quedó sorprendido por el japonés de Blackthorne y turbado por la pregunta.

—Sí, señor. Atracó hace catorce días.

—Catorce días, ¿eh? —observó Toranaga—. ¿Has comprendido, Anjín-san?

—Sí. Gracias.

—Bien. Si tienes algo más que preguntar a Tsukku-san, lo harás más tarde, *¿neh?*

—Sí, señor. Con tu permiso.

Blackthorne se levantó, hizo una reverencia y se marchó. Toranaga lo observó mientras se alejaba.

—Un hombre muy interesante… para ser pirata. Bueno, ante todo, háblame del Buque Negro.

—Llegó felizmente, señor, con el mayor cargamento de seda que jamás se haya visto. —Alvito trató de parecer entusiasmado—. Surte efecto el convenio entre los señores Harima, Kiyama, Onoshi y tú. El año próximo, por estas fechas, tu tesoro se habrá enriquecido en decenas de millares de kobán. La calidad de la seda es excelente, señor. He traído una copia del inventario para tu intendente. El capitán general Ferriera te manda sus respetos, esperando verte pronto personalmente. Éste ha sido el motivo de mi tardanza en venir a verte. El

Visitador general me envió urgentemente de Osaka a Nagasaki, para asegurarnos de que todo estaba en orden. Precisamente cuando salía de Nagasaki, me enteré de que estabas en Izú, y por eso vine lo más rápidamente que pude por barco, hasta Puerto Nimazu, con una de nuestras más rápidas embarcaciones, después fuimos por vía terrestre. En Mishima me encontré con el señor Zataki y le pedí permiso para unirme a su comitiva.

—¿Está aún tu barco en Nimazu?

—Sí, señor. Allí me espera.

—Bien. —Toranaga se preguntó si le convenía o no enviar a Mariko a Osaka en aquel barco, pero resolvió estudiar esto más tarde—. Por favor, entrega el inventario al intendente esta noche.

—Sí, señor.

—¿Está resuelto lo concerniente a los embarques de este año?

—Sí, por completo.

—Bien. Pasemos ahora a lo otro. A lo importante.

Alvito notó que se le secaban las manos.

—Ni el señor Kiyama ni el señor Onoshi se avienen a abandonar al señor Ishido. Lo siento, pero no quieren pasarse a tu bando, a pesar de nuestras enérgicas sugerencias.

—¡Ya advertí que deseaba algo más que sugerencias! —exclamó Toranaga con voz dura e incisiva.

—Lamento traer malas noticias, señor, pero nadie querrá declararlo públicamente…

—¿Públicamente, dices? ¿Y si es en privado, en secreto?

—En privado se mostraron tan reacios como en púb…

—¿Hablasteis con ellos juntos, o por separado?

—Juntos y por separado y con absoluta reserva, pero nada de lo que les sugerimos…

—¿Sólo les «sugeristeis» un curso de acción? ¿No les ordenasteis nada?

—Como dijo el padre Visitador, señor, no podemos ordenar a ningún daimío ni a ningún…

—¡Ah! Pero podéis ordenar a uno de vuestros fieles, *¿neh?*

—Sí, señor.

—¿Los amenazasteis con excomulgarles?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Porque no han cometido ningún sacrilegio —replicó Alvito con firmeza, tal como había convenido con Dell'Aqua—. Discúlpame, señor, pero nosotros no hacemos las leyes divinas, de la misma forma que no haces tú el código de *bushido*, el Camino del Guerrero. Tenemos que aceptar lo que…

—Excomulgáis a un pobre imbécil por un acto tan natural como ir con una mujer y, en cambio, cuando dos de vuestros conversos se comportan de un modo antinatural e incluso traidoramente, y yo, que soy vuestro amigo, os pido ayuda urgente, os limitáis a hacer «sugerencias». Comprendes la gravedad de esto, *¿neh?*

—Lo siento, señor. Perdona, pero…

—Tal vez no te perdone, Tsukku-san. Como suele decirse, ha llegado el momento de elegir un bando —dijo Toranaga.

—Nosotros estamos contigo, señor. Pero no podemos ordenar al señor Kiyama o al señor Onoshi que…

—Afortunadamente, yo puedo dar órdenes a mi cristiano.

—¿Señor…?

—Puedo dejar en libertad a Anjín-san. Con su barco. Con sus cañones.

—Ten cuidado, señor. El capitán es diabólicamente listo, pero es un hereje, un pirata, y no se puede confiar en él.

—Aquí, Anjín-san es samurai y hatamoto. En el mar, tal vez sea un pirata. Y, si lo es, supongo que atraería a otros muchos corsarios y *wako* a su lado. Lo que haga un extranjero en alta mar es sólo de su incumbencia, *¿neh?* Nuestra política ha sido siempre así, *¿neh?*

Alvito guardó silencio y se estrujó el cerebro. Nadie habría podido pensar que el inglés se acercase tanto a Toranaga.

—Esos dos daimíos cristianos, ¿no aceptarían ningún compromiso, aunque fuera secreto?

—No, señor. Nosotros tratamos de…

—¿Ninguna concesión?

—No, señor…

—¿Ningún cambalache, arreglo o compromiso, nada?

—No, señor. Nosotros intentamos todos los medios de persuasión. Puedes creerme. —Alvito sabía que estaba en una trampa y no podía ocultar su desesperación—. Si sólo hubiese sido yo, sí, los habría amenazado con la excomunión, aunque habría sido una amenaza falsa, porque nunca la habría hecho realidad, a menos que hubiesen cometido algún pecado mortal y se

hubiesen negado a confesarlo y expiarlo. Pero incluso la posibilidad de un beneficio temporal estaría muy mal por mi parte, señor, sería un pecado mortal. Arriesgo la condenación eterna.

—¿Estás diciendo que si pecasen contra tu credo los excomulgarías?

—Sí. Pero no digo que esto sirviese para atraerlos a tu bando, señor. Discúlpame, pero… de momento, están absolutamente contra ti. Lo siento, pero es la verdad. Ambos lo expresaron claramente, juntos y a solas. Ruego a Dios para que los haga cambiar de modo de pensar. El padre Visitador y yo te dimos nuestra palabra, ante Dios, de que lo intentaríamos. Y hemos cumplido nuestra promesa. Por desgracia, hemos fracasado.

—Entonces, perderé —dijo Toranaga—. Lo sabes, ¿no? Si mantienen su alianza con Ishido, todos los daimíos cristianos estarán de su parte. Y perderé. Veinte samurais contra cada uno de los míos, *¿neh?*

—Sí.

—¿Cuál es su plan? ¿Cuándo me atacarán?

—No lo sé, señor.

—¿Me lo dirías si lo supieses?

—Sí, te lo diría.

«Lo dudo —pensó Toranaga, y contempló la noche, abrumado por la carga de su preocupación—. ¿Habrá que recurrir, a fin de cuentas, a Cielo Carmesí?», pensó desesperado. ¿El estúpido y desesperado ataque contra Kioto?

Odiaba la vergonzosa jaula en la que se veía encerrado. Como el Taiko y Goroda antes que él, había tolerado a los curas cristianos, porque éstos eran inseparables de los portugueses, como los tábanos de un caballo, y tenían un poder temporal y espiritual absoluto sobre su indócil rebaño. Sin los curas, no había comercio. Su buena voluntad como negociadores e intermediarios en la operación del Buque Negro era vital porque hablaban el idioma y gozaban de la confianza de ambas partes, y si se les prohibía definitivamente a los sacerdotes la entrada en el Imperio, todos los bárbaros se marcharían en sus barcos para no volver jamás. Recordó la vez en que el Taiko había intentado librarse de los curas sin dejar de fomentar el comercio. Durante dos años, no hubo Buque Negro. Los espías informaron de que el jefe supremo de los sacerdotes, asentado como una venenosa araña negra en Macao, había ordenado interrumpir su comercio, como represalia por los Decretos de Expulsión, sabedores de que el Taiko acabaría por humillarse. El tercer año, el Taiko había tenido que resignarse

a lo inevitable e invitar a los sacerdotes a volver, cerrando los ojos a sus propios Edictos y a la traición y rebelión que los sacerdotes habían fomentado.

«No hay escapatoria a esta realidad —pensó Toranaga—. Ninguna. No creo lo que dice Anjín-san, que el comercio es tan esencial para los bárbaros como lo es para nosotros, que su codicia les obligaría a comerciar, con independencia de lo que hiciésemos a los curas. El riesgo es demasiado grande, y no tengo tiempo ni fuerza para ello. Lo intentamos una vez más y fracasamos. ¿Quién sabe? Quizá los sacerdotes podrían tenernos incomunicados durante diez años: son lo suficiente despiadados. Si los sacerdotes ordenan que no haya comercio, creo que no lo habrá. No podremos aguantar diez años, ni siquiera cinco. Si echamos a todos los bárbaros, al bárbaro inglés le costará arreglarlo veinte años, si es que Anjín-san dice la verdad y si… ¡cuántos síes!, si los chinos convienen en comerciar con ellos contra los bárbaros del Sur. No creo que los chinos cambien de táctica. Nunca lo han hecho. Veinte años es demasiado… demasiado…

»No hay escapatoria de esta realidad. O de la peor realidad de todas, el espectro que petrificó en secreto a Goroda y al Taiko, está levantando ahora su horrible cabeza: si los fanáticos y temerarios curas cristianos se ven demasiado apurados, pondrán toda su influencia y su poder comercial y su fuerza en el mar al servicio de uno de los grandes daimíos cristianos. Más aún: montarán una fuerza invasora de fanáticos conquistadores, con armaduras de hierro y los más modernos mosquetes, para apoyar a este daimío cristiano…, como casi hicieron la última vez. Ellos solos, por muchos que fuesen los bárbaros invasores y sus sacerdotes, nada podrían contra nuestras fuerzas unidas, numéricamente muy superiores. Como vencimos a las hordas de Kublai Kan, así triunfaríamos de cualquier invasor. Pero, aliados a uno de los nuestros, a un gran daimío cristiano con ejércitos de samurais, y contando con las guerras civiles que se producirían en todo el Reino, podrían dar en definitiva, a este daimío, el poder absoluto sobre todos nosotros.

»¿Kiyama u Onoshi? Salta a la vista que éste debe ser el plan del cura. El momento es perfecto. Pero, ¿qué daimío?

»Inicialmente, los dos, ayudados por Harima de Nagasaki. Pero, ¿quién enarbolará la última bandera? Kiyama…, porque Onoshi, el leproso, ya no es de este mundo, y la recompensa de Onoshi por ayudar a su odiado enemigo y rival, Kiyama, sería una vida eterna y feliz garantizada, en el cielo de los cristianos, con un asiento permanente a la derecha de su Dios.

»Entre ambos, tienen ahora cuatrocientos mil samurais. Su base está en

Kiusiu, una isla fuera de mi alcance. Los dos juntos podrían dominar fácilmente toda la isla, después, tendrían tropas innumerables, comida en abundancia, todos los barcos necesarios para una invasión, toda la seda, y Nagasaki. En todo el país, hay quizás otros quinientos o seiscientos mil cristianos. De éstos, más de la mitad, los conversos de los jesuitas, son samurais, lindamente repartidos entre las fuerzas de todos los daimíos, un formidable depósito de posibles espías, traidores o asesinos…, *si los curas lo ordenasen*. ¿Y por qué no habrían de ordenarlo? Obtendrían algo que aprecian más que su propia vida: el poder absoluto sobre todas las almas y, por ende, sobre el alma de este País de los Dioses —para heredar nuestra tierra y todo lo que contiene— como ha ocurrido ya cincuenta veces, según dice Anjín-san, en su Nuevo Mundo… Convierten a un rey y después lo utilizan contra su gente, hasta que se apoderan de todo el país.

»A esa pequeña banda de sacerdotes bárbaros les es muy fácil conquistarnos. ¿Cuántos hay en el Japón? Cincuenta o sesenta. Pero tienen el poder. Y la fe. Están dispuestos a morir alegremente por sus creencias, con orgullo y con bravura, con el nombre de su Dios en los labios. Lo vimos en Nagasaki, cuando cometió el Taiko su desastroso error. Ningún sacerdote abjuró, decenas de millares de personas presenciaron la quema, decenas de millares se convirtieron, y este “martirio” dio un prestigio inmenso a la religión cristiana. Los sacerdotes cristianos se aprovechan desde entonces de tal prestigio.

»Para mí, los curas han fracasado, pero esto no les desviará del curso que se han trazado. Esto es también una realidad.

»Así, pues, es Kiyama.

»¿Está ya trazado el plan, a espaldas de Ishido y de dama Ochiba y del propio Yaemón? ¿Ha pactado ya Harima secretamente con ellos? ¿Debo lanzar inmediatamente a Anjín-san contra el Buque Negro y Nagasaki?

»¿Qué debo hacer?

»Lo de siempre. Tener paciencia, buscar la armonía, desterrar las preocupaciones acerca de mí o de ti, de la Vida o de la Muerte, Olvido o Vida Venidera, el Ahora o el Entonces, y urdir un nuevo plan. Pero, ¿cuál? —habría querido gritar, desesperado—. ¡No hay ninguno!»

—Me llena de tristeza que aquellos dos apoyen al verdadero enemigo.

—Juro que hicimos todo lo posible, señor —dijo Alvito, quien lo miró compasivamente, comprobando la aflicción de su espíritu.

—Sí, lo creo. Creo que tú y el padre Visitador cumplisteis vuestra solemne

promesa, por consiguiente, cumpliré la mía. Podéis empezar a construir en seguida vuestro templo en Yedo. El terreno ha sido reservado. No puedo prohibir a los sacerdotes, los otros Peludos, la entrada en el Imperio, pero, al menos, puedo declararlos no gratos en mis dominios. Los nuevos bárbaros tampoco serán gratos, si llegan alguna vez. En cuanto a Anjín-san… —Toranaga se encogió de hombros—. Pero el tiempo que todo esto… bueno, eso es *karma, ¿neh?*

Alvito dio fervientes gracias a Dios por Su misericordia, ante la inesperada absolución.

—Gracias, señor —dijo, casi incapaz de hablar—. No te arrepentirás de esto. Rezaré para que tus enemigos sean barridos como escoria y para que alcances el premio del Cielo.

—Perdona mis duras palabras. Fueron fruto de la ira. Hay tantas cosas que… —Toranaga se levantó pesadamente—. Tienes mi permiso para celebrar mañana tu oficio, viejo amigo.

—Gracias, señor —dijo Alvito, inclinándose profundamente y compadeciendo a aquel hombre normalmente tan majestuoso—. Gracias de todo corazón. Que Dios te bendiga y te guarde.

Toranaga entró en la posada arrastrando los pies, seguido de sus guardias.

—¡Naga-san! —llamó.

—Sí, padre —dijo el joven, corriendo hacia él.

—¿Dónde está dama Mariko?

—Allí, señor, con Buntaro-san —dijo Naga, señalando la casita de té iluminada con faroles en el recinto del jardín, y en la que se percibían sombras de figuras—. ¿Debo interrumpir el *cha-no-yu*?

El *cha-no-yu* era una Ceremonia del Té sumamente ritual.

—No. Esto no debe interrumpirse nunca. ¿Dónde están Omi y Yabú-san?

—En su posada, señor —dijo Naga, indicando el edificio bajo del otro lado del río, cerca de la orilla opuesta.

—¿Quién la eligió?

—Yo lo hice, señor. Discúlpame, pero dijiste que les buscase alojamiento al otro lado del puente. ¿Te entendí mal?

—¿Y Anjín-san?

—Está en su habitación, señor. Esperando, por si lo necesitas.

Toranaga negó con la cabeza.

—Lo veré mañana. —Después de una pausa, dijo con la misma voz distraída

—: Voy a tomar un baño. Después, no quiero que nadie me moleste hasta el amanecer, salvo que…

Naga lo observó inquieto, al ver que su mirada se perdía en el espacio, y su actitud lo desconcertó.

—¿Estás bien, padre?

—¿Qué? ¡Oh! Sí, sí, estoy bien. ¿Por qué?

—Por nada…, discúlpame. ¿Piensas todavía salir de caza al amanecer?

—¿De caza? ¡Ah, sí! Es una buena idea. Gracias por sugerirlo, sí, sería muy conveniente. Veremos. Está bien, buenas noches… ¡Oh! He dado permiso a Tsukku-san para que diga una misa mañana. Pueden asistir todos los cristianos. Y tú también irás.

—¿Señor?

—El día Primero de Año te harás cristiano.

—¿Yo?

—Sí. Por tu libre voluntad. Díselo privadamente a Tsukku-san.

—¿Señor?

Toranaga se volvió furiosamente a él.

—¿Estás sordo? ¿No comprendes una cosa tan sencilla?

—Perdóname, padre. Sí. Comprendo.

—Bien.

Toranaga volvió a su actitud distraída, y se alejó, seguido de su guardia personal. Todos los samurais se inclinaron reverenciosamente, pero él no les correspondió.

Un oficial se acercó a Naga, también lleno de inquietud.

—¿Qué le ocurre a nuestro señor?

—No lo sé, Yoshinaka-san. —Naga miró hacia el claro. Alvito acababa de salir y se dirigía al puente, escoltado por un solo samurai—. Debe de ser algo relacionado con *ése*.

—Nunca he visto al Señor Toranaga andar tan pesadamente. Nunca. Dicen… dicen que el sacerdote es un mago, un brujo. Debe de serlo cuando habla nuestro idioma tan bien, *¿neh?* ¿Habrá hechizado a nuestro Señor?

—No, nunca. A mi padre no.

—Los bárbaros me dan escalofríos, Naga-san. ¿Te has enterado de la pelea? Tsukku-san y su banda, gritando y riñendo como mal educados *eta*…

—Sí. Lamentable. Estoy seguro de que ese hombre ha destruido la armonía de mi padre.

—Si me lo preguntas, te diré que una flecha en el cuello de ese cura ahorraría muchos disgustos a nuestro señor.

—Sí.

—Tal vez deberíamos enterar a Buntaro-san de lo que ocurre al señor Toranaga. Es nuestro oficial superior.

—Sí, pero más tarde. Mi padre me dijo que no debía interrumpir el cha-no-yu. Esperaré a que haya terminado.

En la paz y tranquilidad de la casita, Buntaro abrió ceremoniosamente la cajita de loza del té, de la Dinastía Tang, y, con igual cuidado, tomó la cucharilla de bambú, iniciando la parte final del rito. Recogió hábilmente la cantidad exacta de polvo verde y lo depositó en la taza de porcelana sin asas. Una antigua tetera de hierro hervía sobre el carbón. Con la misma pausada elegancia, Buntaro vertió el agua hirviente en la taza, volvió a colocar la tetera sobre la trébede, y removió suavemente el polvo y el agua con el batidor de bambú, para mezclarlos perfectamente.

Añadió una cucharada de agua fría, hizo una reverencia a Mariko, que estaba arrodillada delante de él, y le ofreció la taza. Ella se inclinó y la tomó con igual refinamiento, admirando el verde líquido, y sorbió tres veces, descansó y volvió a sorber, apurando el contenido. Ella le volvió a ofrecer la taza. Él repitió la operación formal del preparado del cha y le volvió a ofrecer la bebida. Ella le pidió que probase el cha, como era de rigor. Después de la cuarta taza, Mariko rehusó con toda cortesía. Con gran cuidado, ritualmente él lavó y secó la taza, usando el paño de algodón, después dejó ambas cosas en su sitio. Él se inclinó ante ella y ésta le correspondió. El *cha-no-yu* había terminado.

Buntaro estaba contento de haberlo hecho lo mejor posible y de que ahora, al menos de momento, hubiese paz entre ellos. Por la tarde, no la había habido.

Él se había acercado al palanquín. Como siempre, se había sentido inmediatamente rudo y tosco en contraste con la frágil perfección de la mujer, como uno de los salvajes, despreciados y bárbaros miembros de la tribu de los velludos ainos, que antaño habían morado en el país, pero que habían sido expulsados hacia el lejano Norte, a través de los estrechos, hasta la inexplorada isla de Hokkaido. Todas sus bien pensadas palabras habían huido de su memoria, y la había invitado torpemente al *cha-no-yu*, añadiendo:

—Hace años que no… Nunca te he ofrecido uno, pero esta noche sería

conveniente. —Y después acabó de estropearlo todo al decir, sin proponérselo y sabiendo que era estúpido, descortés y terriblemente inoportuno—: El señor Toranaga ha dicho que es hora de que hablemos.

—¿Y tú no, señor?

A pesar de su resolución, él se sonrojó y su voz sonó ronca.

—Me gustaría que hubiese armonía entre nosotros, cada vez más. No he cambiado nunca, *¿neh?*

—Por supuesto, señor. Y, ¿por qué tendrías que cambiar? Si algo no va bien, a quien le corresponde cambiar es a mí, no a ti. Si hay algo que va mal es por mi culpa, perdóname, por favor.

—Te perdonaré —dijo él, mirándola desde junto al palanquín, consciente de que los demás los estaban observando, Anjín-san y Omi entre ellos.

Ella estaba tan encantadora, delicada, con su elevado peinado, sus ojos bajos, si bien ahora llenos con el mismo hielo negro de siempre. Le provocó un ciego e impotente frenesí, impulsándolo a matar, gritar, mutilar, aplastar y actuar del modo como ningún samurai lo había hecho.

—He reservado la casa de cha para esta noche —dijo él—. Para esta noche, después de la cena. El señor Toranaga ha dispuesto que cenemos con él. Sería para mí un honor que fueses mi invitada después.

—El honor será mío.

Se inclinó y esperó, con los ojos bajos, y él habría querido matarla, aplastándola en el suelo, y, después, clavarse el cuchillo en el vientre y dejar que el eterno dolor aliviase el tormento de su alma.

Vio que ella lo miraba con ojos escrutadores.

—¿Algo más, señor? —le había preguntado, suavemente.

El sudor corría por la espalda y los muslos del hombre, manchando su quimono, y le dolía el pecho y la cabeza.

—Esta noche… te quedarás en la posada.

Entonces, la había dejado y había tomado minuciosas disposiciones sobre el equipaje. En cuanto había podido, había delegado sus funciones en Naga y, con fingida arrogancia, había bajado a la orilla del río y, una vez solo, se había sumergido desnudo en la corriente, sin importarle su seguridad, y había luchado con el río hasta que se había despejado su cabeza y mitigado aquel dolor palpitante.

Se había tumbado en la ribera, para acabar de serenarse. Ahora que ella había aceptado, tenía que empezar su tarea. Quedaba poco tiempo. Hizo acopio de

vigor y volvió a la tosca puerta del pequeño jardín emplazado dentro del jardín principal, y permaneció un momento allí, rumiando su plan. Quería que, esta noche, todo fuese perfecto. Evidentemente, la casita era imperfecta, como lo era el jardín, un rudo intento provinciano de imitar una verdadera casa de té. «No importa —pensó, ahora completamente absorto en su tarea—, será bastante. La noche ocultará muchos defectos y las luces prestarán la distinción que falta.»

Los criados habían traído ya las cosas que había ordenado más temprano —*tatamis*, lámparas de aceite, de alfarería, y utensilios de limpieza—, lo mejor de Yokosé, nuevo pero modesto, discreto, sin pretensiones.

Se despojó del quimono y empezó la limpieza. Primero el cuartito de recepción, la cocina y la galería. Después el caminito con las losas cubiertas de musgo y, finalmente, las rocas y el jardín exterior. Fregó, barrió y cepilló, hasta que todo quedó inmaculado, entregándose a la humilde labor manual que era principio obligado del *cha-no-yu*, donde sólo el anfitrión debía cuidar de que estuviese todo inmaculado. La principal perfección era la limpieza absoluta.

Al anochecer, habían terminado casi todos los preparativos. Entonces se había bañado meticulosamente y soportado la cena y las canciones. En cuanto había podido, se había puesto ropas más oscuras y había vuelto apresuradamente al jardín. Corrió el pasador de la puerta. Primero encendió las lámparas de aceite. Después, cuidadosamente, echó agua sobre las losas y los árboles, hasta que el jardincillo adquirió un aspecto mágico con las gotas de rocío bailando en el calor de la brisa estival. Acabó de arreglar las luces. Por último, satisfecho, descorrió el pasador de la puerta, y entró en el vestíbulo. Comprobó que los cuidadosamente seleccionados pedazos de carbón, que habían sido colocados en pirámide sobre arena blanca, ardiesen correctamente. Las flores parecían bien dispuestas en el tokonama. Una vez más limpió los ya impecables utensilios. La tetera empezó a hervir, y le gustó su sonido, enriquecido por el retintín de unos trocitos de hierro cuidadosamente colocados en el fondo. Todo estaba a punto. La principal perfección del *cha-no-yu* era su pulcritud, la segunda, una completa sencillez. La última y más importante, acomodarse al invitado o invitados en particular.

Oyó los pasos de ella en las baldosas y el ruido que hacía al lavarse ritualmente las manos en el aljibe de agua fresca del río, y secárselas. Tres pisadas suaves hasta la galería. Otras dos hasta la puerta cubierta con la cortina.

Incluso ella tuvo que inclinarse para cruzar la puertecita, deliberadamente baja para que todo el mundo tuviese que humillarse. En un *cha-no-yu*, todos eran iguales, el anfitrión y el invitado, el más encumbrado daimío y el simple samurai. Incluso el campesino, si era invitado.

Ante todo, ella observó el arreglo floral de su marido. Éste había escogido un solo capullo de rosa blanca silvestre y puesto una sola gota de agua en la hoja verde, y la había colocado sobre piedras rojas. «Se acerca el otoño —sugería con la flor, decía por medio de la flor—, no llores por el otoño, que es tiempo de morir, cuando la tierra empieza a dormirse, goza con el tiempo de empezar de nuevo y experimenta el fresco delicioso del aire del otoño en esta noche de verano…, pronto desaparecerán las lágrimas y la rosa, y sólo quedarán las piedras, pronto tú y yo nos desvaneceremos, y sólo quedarán las piedras.»

Él la observó, algo ausente de sí mismo, en el estado de semitrance que un maestro de cha tiene a veces la suerte de experimentar, en armonía con lo que lo rodea.

Ella se inclinó ceremoniosamente ante la flor y fue a arrodillarse delante de él. Su quimono era de color castaño oscuro, y un hilo de oro viejo en las costuras realzaba su cara y la blanca columna de su cuello, el obi, de un verde muy oscuro, hacía juego con la prenda de debajo del quimono, su peinado era sencillo, alto y sin adornos.

—Sé bien venida —dijo él, con una reverencia, iniciando el ritual.

—Es un honor para mí —respondió ella, aceptando su papel.

Él sirvió el pequeño refrigerio en una inmaculada bandeja de laca, trozos de pescado sobre arroz, que había preparado aparte, y, para completar el efecto, unas cuantas flores silvestres que había encontrado en la orilla del río, desparramadas con un desorden perfecto. Cuando ella, y después él, hubieron terminado de comer, Buntaro cogió la bandeja con estudiados movimientos —para ser observados, juzgados y recordados— y, cruzando la puerta baja, la llevó a la cocina. Ya sola, ella contempló críticamente el fuego, los carbones parecían una brillante montaña en un mar de rígida arena blanca bajo el trípode. Escuchó el silbante sonido del fuego, mezclado con el de la tetera. Desde la cocina le llegaba asimismo el sonido del roce del paño sobre la porcelana, así como el del agua, limpiando lo que ya estaba limpio. Su mirada se paseó por las vigas y los bambúes, y por las cañas que formaban la portezuela. Las sombras que proyectaban las escasas lámparas que él había colocado intencionadamente, hacían lo pequeño grande, y lo insignificante, raro, todo en perfecta armonía.

Después de que lo hubo contemplado todo y aquilatado en su espíritu, Mariko salió al jardín y se dirigió de nuevo al poco profundo aljibe que, en un tiempo infinito, había formado la Naturaleza en la roca. Una vez más, se purificó las manos y la boca con el agua clara y fresca, y se enjugó con una toalla limpia.

Cuando hubo vuelto a su sitio, dijo él:

—¿Quieres tomar ahora el cha?

—Sería un honor. Pero, por favor, no te tomes tantas molestias por mí.

—El honor es mío. Tú eres mi invitada.

Él le sirvió el cha. Y ahora llegaban al final.

Mariko permaneció inmóvil en el silencio, pero conservando su serenidad, no deseando reconocer aún aquel final, ni turbar la paz que la rodeaba. Pero sentía la fuerza creciente de los ojos de él. El *cha-no-yu* había terminado. La vida volvía a empezar.

—Lo hiciste a la perfección —murmuró, abrumada por la tristeza, y una lágrima resbaló de sus ojos y pareció rasgarle el corazón, el pecho.

—No, no. Discúlpame, por favor… Tú eres la perfección… Esto ha sido una cosa vulgar —dijo él, sorprendido por la inesperada alabanza.

—Ha sido lo mejor que nunca he visto —dijo ella, conmovida por la sinceridad de su voz.

—No. No, por favor, perdóname. Ha sido maravilloso a causa de tu presencia, Mariko-san. Lo he hecho de modo mediocre, tú lo hubieras hecho a la perfección.

—Todo intachable. ¡Lástima que otros, más dignos que yo, no hayan podido presenciarlo! —añadió, y sus ojos brillaron a la luz vacilante.

—Tú lo has presenciado. Con esto basta. Lo hice sólo para ti. Los otros no habrían comprendido.

Ella sintió unas lágrimas cálidas en sus mejillas. Normalmente, se habría avergonzado de ellas, pero ahora no le importaban.

—Gracias. ¿Cómo puedo darte las gracias?

Él cogió una ramita de tomillo y, con dedos temblorosos, se inclinó y recogió suavemente una de las lágrimas.

—Mi obra…, mi obra es insignificante comparada con la belleza de esto. Gracias.

Él contempló la gota en la hoja. Un trozo de carbón cayó de la montaña, él cogió las tenazas y lo puso en su sitio. Unas chispas bailaron en el aire desde la cúspide de la montaña, y ésta se convirtió en un volcán en erupción.

Ambos se sumieron en una dulce melancolía, unidos por la sencillez de una simple lágrima, contentos en el silencio, unidos en la humildad, sabedores de que lo que se había dado había sido devuelto escrupulosamente. Más tarde, dijo él:

—Si nuestro deber no lo prohibiese, te pediría que te unieses a mí en la muerte. Ahora.

—De buen grado te acompañaría —respondió ella al punto—. Vayamos a la muerte. Ahora.

—No podemos. Nuestro deber para con el señor Toranaga nos lo impide.

Ella sacó el estilete que llevaba en el obi y lo colocó, reverente, sobre el tatami.

—Permíteme preparar el camino.

—No. Esto sería faltar a nuestro deber.

—Lo que ha de ser, será. Tú y yo no podemos torcer el rumbo de las cosas.

—Sí. Pero no podemos irnos antes que nuestro señor. Ni tú, ni yo. Necesita a todos sus vasallos fieles, durante un poco más de tiempo. Perdóname, pero debo prohibirlo.

—Me gustaría ir esta noche. Estoy preparada. Es más, siento grandes deseos de ir más allá. Sí, mi espíritu está lleno de gozo. —Esbozó una sonrisa de duda —. Por favor, excúsame por ser egoísta. Tienes toda la razón en lo tocante a lo de nuestro deber.

La hoja afilada brillaba a la luz de las velas. Ellos la observaban, sumidos en su contemplación. Al fin, él rompió el hechizo.

—¿Por qué vas a Osaka, Mariko-san?

—Hay que hacer cosas que sólo yo puedo hacer.

Él frunció más el entrecejo al observar que la luz de una goteante vela alcanzaba la gota, la cual se reflejaba en infinitas tonalidades.

—¿Qué cosas?

—Cosas que atañen al futuro de nuestra casa y que debo hacer yo.

—Siendo así, debes ir. —Le dirigió una mirada escrutadora—. Pero, ¿tú sola?

—Sí. Quiero asegurarme de la perfección de los convenios familiares entre nosotros y el señor Kiyama, para la boda de Saruji. El dinero, la dote, las tierras, etcétera. Hay que formalizar el aumento del feudo. El señor Hiro-matsu y el señor Toranaga así lo exigen. Yo soy la responsable de la casa.

—Sí —dijo él, pausadamente—. Es tu deber. —La miró fijamente—. Si el

señor Toranaga dice que puedes ir, ve, aunque no es probable que te admitan allí. En todo caso, debes regresar en seguida. Lo más rápidamente posible. Sería una imprudencia permanecer en Osaka un momento más de lo necesario.

—Sí.

—Por mar sería más rápido que por tierra. Pero tú has odiado siempre el mar.

—Y sigo odiándolo.

—¿Tienes que estar allí en seguida?

—No creo que importen medio mes o un mes. No lo sé. Siento sólo que debo ir en seguida.

—Entonces, dejaremos el asunto y el momento en manos del señor Toranaga…, si es que, en definitiva, te permite que vayas. La presencia aquí del señor Zataki, y los dos pergaminos, sólo pueden significar la guerra. Sería peligroso ir allá.

—Sí. Gracias.

Buntaro, contento de haber terminado esta cuestión, miró satisfecho a su alrededor, sin preocuparse de que su fea figura dominara la estancia, los muslos, más anchos que la cintura, y los brazos, más gruesos que el cuello.

—Ésta es una bella estancia, mejor de lo que me había atrevido a esperar. He disfrutado aquí. Esto me recuerda que un cuerpo no es más que una choza en el desierto. Gracias por estar aquí —dijo—. Me alegro de que hayas venido a Yokosé, Mariko-san. De no haber sido por ti, nunca habría ofrecido un *cha-no-yu* aquí, ni me habría sentido tan identificado con la eternidad.

Ella vaciló y, después, levantó tímidamente la tetera T’ang. Era una jarrita sencilla, con tapa y sin adornos. El barniz de color anaranjado oscuro había dejado un borde irregular de porcelana desnuda en el fondo, acentuando la espontaneidad del alfarero y su renuncia a disimular la sencillez de sus materiales. Buntaro la había comprado a Sen-Na-kada, el más famoso artesano del ramo de todos los tiempos, por veinte mil kokús.

—¡Es tan hermosa! —murmuró ella, gozando de su tacto—. ¡Tan perfecta para la ceremonia!

—Sí.

—Esta noche has sido un verdadero maestro, Buntaro-san. Me has hecho muy feliz.

Ella habló en voz baja y atenta, inclinándose un poco.

—Para mí todo ha sido perfecto, el jardín y la artística forma en que disimulaste las grietas disponiendo las luces y las sombras. Y esto. —Ella tocó

de nuevo el bote de cha—. Todo perfecto, incluso lo que has escrito en el paño, al afecto. Para mí, esta noche afecto ha sido la palabra perfecta. —De nuevo se deslizaron unas lágrimas por sus mejillas—. Por favor, perdóname —dijo ella, secándose el llanto.

Él se inclinó, turbado por el elogio. Para disimularlo, empezó a envolver la tetera en sus fundas de seda. Cuando hubo terminado, la colocó en la caja y puso ésta, delicadamente, delante de la mujer.

—Mariko-san, si nuestra casa tiene problemas de dinero, toma esto y véndelo.

—¡Jamás! —Era el único bien, aparte sus sables y su arco, que él apreciaba realmente—. Esto sería lo último que vendería.

—Discúlpame, por favor, pero, si la paga de mis vasallos es un problema, tómalo.

—Tenemos bastante para todos ellos, con buena administración. Y tenemos las mejores armas y los mejores caballos. En esto, nuestra casa es fuerte. No, Buntaro-san, la T'ang es tuya.

—No nos queda mucho tiempo. ¿Para qué la quiero? ¿Para Saruji?

Ella miró los carbones y el fuego que consumía el volcán, humillándolo.

—No. No, hasta que sea un excelente maestro del cha, como su padre. Te aconsejo que dejes la T'ang al señor Toranaga, que es digno de ella, y le pidas que, antes de morir, juzgue si nuestro hijo merece recibirla.

—¿Y si el señor Toranaga pierde y muere antes del invierno, como estoy seguro de que perderá?

—¿Qué?

—Aquí, en privado, puedo decirte en voz baja la verdad, sin disimulo. ¿Acaso la franqueza no es parte importante del *cha-no-yu*? Sí, perderá, a menos que convenza a Kiyama y Onoshi… y a Zataki.

—En tal caso, pon en tu testamento que la T'ang sea enviada solemnemente a Su Alteza Imperial, con el ruego de que la acepte. Ciertamente, la T'ang merece la divinidad.

—Sí. Ésta sería la alternativa perfecta. —Observó el cuchillo y añadió, tristemente—: ¡Ay, Mariko-san! Nada podemos hacer por el señor Toranaga. Su *karma* está escrito. Ganará o perderá. Pero, tanto si gana como si pierde, habrá una gran matanza.

—Sí.

Él apartó la mirada del cuchillo de ella y, meditabundo, contempló la ramita

de tomillo y la lágrima todavía pura. Después, dijo:

—Si pierde antes de que yo muera, mataré a Anjín-san, y, si he muerto, lo hará uno de mis hombres.

La cara de ella parecía etérea en contraste con la oscuridad. La suave brisa movía mechones de cabellos de Mariko, haciéndola parecer más estatuaria aún.

—Perdona, pero, ¿puedo preguntarte por qué?

—Es demasiado peligroso para dejarlo vivir. Sus conocimientos, sus ideas, repetidas hasta la saciedad, infectarán el Reino y pueden contagiar incluso al señor Yaemón. El señor Toranaga está ya bajo su hechizo, *¿neh?*

—El señor Toranaga aprecia su conocimiento —dijo Mariko.

—En cuanto muera el señor Toranaga, esto significará también la sentencia de muerte contra Anjín-san. Pero espero que nuestro señor abra los ojos mucho antes. —La lámpara chisporroteó y se apagó. Él miró a Mariko—. ¿Caíste tú también bajo su hechizo?

—Es un hombre fascinador. Pero su mentalidad es tan distinta de la nuestra…, sus valores tan…, sí, tan diferentes en muchos aspectos, que a veces es casi imposible entenderlo. Una vez, traté de explicarle el *cha-no-yu*, pero estaba fuera de su alcance.

—Debe de ser terrible haber nacido bárbaro —dijo Buntaro.

—Sí.

—Algunos creen que Anjín-san fue japonés en su anterior vida —dijo él mirando la hoja de su daga—. No es como otros bárbaros y trata… trata de hablar y actuar como nosotros, aunque no lo consigue, *¿neh?*

—Me habría gustado que lo hubieses visto casi hacerse el *seppuku*, Buntaro-san. Yo… fue extraordinario. Vi cómo la muerte se aproximó a él, si bien fue apartada por la mano de Omi. Si fue previamente japonés, creo que esto explicaría muchas cosas. El señor Toranaga considera que es muy valioso para nosotros ahora.

—Creo que deberías dejar de instruirlo y volver a ser enteramente japonesa.

—¿Qué quieres decir, señor?

—Creo que el señor Toranaga está hechizado por él. Y también tú.

—Perdona, señor, pero no creo estarlo.

—Aquella noche en Anjiro, en que las cosas anduvieron mal, tuve la impresión de que estabas con él y en contra de mí. Desde luego, fue un mal pensamiento, pero lo tuve.

Ella apartó la mirada del cuchillo, miró fijamente a Buntaro y no respondió.

Otra lámpara chisporroteó un momento y se apagó. Sólo quedó una luz en la estancia.

—Sí, aquella noche lo odié —prosiguió Buntaro, con voz tranquila—. Habría querido verlo muerto, y también a ti y a Fujiko-san. Mi arco me susurró que lo matara, tal como suele hacerlo a veces. Y cuando, al amanecer, lo vi bajar por la cuesta empuñando las cobardes pistolitas, sentí que mis saetas estaban ansiosas de verter su sangre. Pero dejé su muerte para más adelante y me humillé, porque lamentaba mis malos modales más que él, y estaba avergonzado de mi comportamiento a causa del saké. —Su cansancio se manifestó ahora claramente—. ¡Cuánta vergüenza tenemos que soportar tú y yo!, *¿neh?*

—Sí.

—¿No quieres que lo mate?

—Debes hacer lo que creas que es tu deber —dijo ella—, como yo procuro cumplir siempre con el mío.

—Esta noche nos quedaremos en la posada —dijo él.

—Sí.

Y entonces, porque ella había sido una invitada perfecta y porque el *cha-no-yu* le había salido mejor que nunca, cambió Buntaro de idea y decidió darle tiempo y paz, en la misma medida en que los había recibido de ella.

—Ve a la posada y duerme —le dijo, recogiendo el estilete y ofreciéndoselo —. Cuando los meples estén desnudos de hojas, o cuando vuelvas de Osaka, empezaremos de nuevo. Como marido y mujer.

—Sí. Gracias.

—¿Lo aceptas libremente, Mariko-san?

—Sí. Gracias.

—¿Ante tu Dios?

—Sí, ante Dios.

Mariko se inclinó, tomó el cuchillo, lo guardó, hizo una nueva reverencia y salió.

Sus pasos se extinguieron al alejarse. Buntaro contempló la ramita que tenía todavía en la mano, y la lágrima prendida en la hoja diminuta. Sus dedos temblaron al poner la ramita sobre las últimas brasas. Las hojitas verdes se encogieron al tostarse. La lágrima se desvaneció con un susurro.

Entonces, envuelto en el silencio, Buntaro empezó a llorar de rabia, súbitamente seguro, en lo más profundo de su ser, de que ella lo había traicionado con Anjín-san.

Blackthorne la vio salir del jardín y cruzar el patio bien iluminado. Contuvo el aliento ante su belleza inmaculada. La aurora asomaba despacio en el cielo de oriente.

—Hola, Mariko-san.

—¡Ah! Hola, Anjín-san. Lo siento, pero… me has asustado. No te había visto. Te acuestas muy tarde.

—No. *Gomen nasai,* me he levantado ya. —Sonrió y señaló hacia el Este, por donde apuntaba el día—. Es una costumbre que adquirí en el mar: levantarme antes de la aurora, con buen tiempo, para subir arriba y tomar el sol. —Su sonrisa se hizo más amplia—. ¡Eres tú quien se acuesta tarde!

—No me había dado cuenta de que… de que la noche había terminado. —Había samurais en todas las puertas, observándoles con curiosidad. Entre ellos, estaba Naga. La voz de ella se hizo casi imperceptible al decir en latín:

—Guarda tus ojos, te lo suplico. Incluso la noche contiene presagios del destino.

—Pido perdón.

Miraron hacia afuera al oír que resonaban pisadas de caballos en la puerta principal. Allí estaban los halcones, los monteros y soldados de la escolta. Desalentado, Toranaga salió de la posada.

—Todo está listo, señor —dijo Naga—. ¿Puedo acompañarte?

—No, no, gracias. Descansa. ¿Cómo ha estado el *cha-no-yu*, Mariko-san?

—Muy bien, señor. Francamente delicioso.

—Buntaro-san es un maestro. Tienes suerte.

—Sí, señor.

—¡Anjín-san! ¿Quieres venir a cazar? Me gustaría enseñarte el arte de la cetrería.

—Sí, gracias —dijo Blackthorne.

—Bien. —Toranaga le señaló un caballo—. Ven conmigo.

—Sí, señor.

Mariko los vio marchar. Cuando hubieron desaparecido del camino, ella se dirigió a su habitación. Su doncella la ayudó a desnudarse, a quitarse el maquillaje y a deshacerse el peinado. Mariko le dijo que se quedase en la habitación y que no dejase que la molestasen hasta el mediodía.

Después, se tendió y cerró los ojos experimentando un exquisito placer al

notar que su cuerpo se hundía suavemente en el blando colchón de plumas. Estaba agotada y gozosa al mismo tiempo. El *cha-no-yu* le había proporcionado una paz extraña, la había purificado, y, después, la sublime y alegre decisión de ir al encuentro de la muerte la había elevado a unas alturas jamás alcanzadas hasta entonces. Y, al bajar de nuevo a la vida, había tenido la fantástica e increíble impresión del gozo de vivir. Le había parecido estar fuera de sí misma cuando había contestado pacientemente a Buntaro, segura de que sus respuestas y su actitud eran perfectas. Se acurrucó en la cama, contenta de que hubiese vuelto la paz…, hasta que cayesen las hojas.

—¡Oh, Virgen mía! —oró fervorosamente—, te doy las gracias por haber aplazado la ejecución de mi sentencia. Te doy las gracias y te venero con todo mi corazón y con toda mi alma por toda la eternidad.

Rezó humildemente un Avemaría, y, pidiendo perdón, de acuerdo con su costumbre y su obediencia a su señor feudal, por otro día, encerró a Dios en el interior de su mente.

«¿Qué habría hecho —murmuró antes de dormirse—, si Buntaro hubiese querido compartir mi lecho? Me habría negado. ¿Y si él hubiese insistido, usando de su derecho? Habría cumplido mi promesa. ¡Oh, sí! Nada ha cambiado.»

CAPÍTULO XLIV

A la Hora de la Cabra, el cortejo volvió a cruzar el puente. Todo era como la otra vez, salvo que Zataki y sus hombres vestían más sencillamente, preparados para el viaje… o para la lucha. Todos se sentaron frente a las fuerzas de Toranaga, muy superiores en número. El padre Alvito estaba a un lado, entre los espectadores. Y también Blackthorne.

Toranaga saludó a Zataki con la misma tranquila formalidad, prolongando la ceremonia de tomar asiento. Hoy, los dos daimíos estaban solos en el estrado, y los cojines, bastante separados entre sí. Yabú, Omi, Naga y Buntaro estaban fuera del estrado, del lado de Toranaga, y cuatro consejeros de Zataki, distribuidos detrás de éste.

En el momento oportuno, Zataki sacó el segundo rollo.

—Vengo a que me des tu respuesta formal.

—Estoy dispuesto a ir a Osaka y someterme a la voluntad del Consejo —respondió serenamente Toranaga, y se inclinó.

—¿Vas a someterte? —preguntó Zataki con un ademán de incredulidad—. Tú, Toranaga-noh-Minowara, ¿vas a…?

—Escucha —le interrumpió Toranaga, con su tonante voz de mando, que resonó en el claro, sin parecer demasiado fuerte—. ¡Hay que obedecer al Consejo de Regencia! Aunque es ilegal, está constituido, y ningún daimío tiene derecho a dividir el Reino, por mucho que le asista la razón. El Reino es lo primero. Yo juré al Taiko que nunca sería el primero en romper la paz, y no lo haré, aunque la maldad impera en el país. *Acepto la invitación. Partiré hoy mismo*.

Los samurais, pasmados, trataban de adivinar lo que significaba este increíble cambio de actitud.

Buntaro sabía que acompañaría a Toranaga en su último viaje y que compartiría su destino: la muerte, con toda su familia, con todas las generaciones. Ishido era su enemigo personal y no le perdonaría nunca, en todo caso, ¿quién podía desear seguir viviendo, cuando su propio señor renunciaba a la lucha de un modo tan cobarde? «*Karma* —pensó amargamente—. ¡Buda dame fuerza! Ahora tendré que arrancar la vida a Mariko y a nuestro hijo, antes

de quitarme la mía. ¿Cuándo? Cuando haya cumplido mi deber, y nuestro señor haya pasado honorablemente al Vacío.»

Naga estaba asombrado. ¿No habría «Cielo Carmesí»? ¿No habría una guerra honrosa? ¿No habría lucha a muerte en los montes de Shinano o en los llanos de Kioto? ¿Debía renunciar a morir heroicamente en defensa de la bandera de su padre? Sí, no habría nada de esto. Sólo un harakiri, probablemente a toda prisa, sin pompa, ni ceremonia ni honor, y su cabeza clavada en una pica, entre la mofa del vulgo. La muerte y el fin de la estirpe Yoshi. Pues era indudable que todos morirían: su padre, todos sus hermanos y hermanas y primos, y todos sus sobrinos y sobrinas, tíos y tías. Miró a Zataki. Sintió sed de sangre…

Omi observaba a Toranaga, viéndolo a medias, devorado por el odio. «Nuestro señor se ha vuelto loco —pensó—. ¿Cómo puede ser tan estúpido? Tenemos cien mil hombres y el Regimiento de Mosquetes, y otros cincuenta mil alrededor de Osaka. ¡“Cielo Carmesí” es un millón de veces mejor que una tumba solitaria y apestosa!

»Todo ha ido mal —siguió pensando—. No hay paz en mi casa, sólo irritación y disputas, y Midori llorando continuamente. Mi venganza contra Yabú está más lejos que nunca. No hay convenio privado y secreto con Zataki, con Yabú o sin él, negociado durante horas de la noche pasada. No hay trato posible. Nada funciona. Incluso cuando Mura encontró los sables, ambos estaban tan estropeados por la fuerza de la tierra, que sé que Toranaga se disgustó cuando se los mostré. Y ahora, esto, ¡esta cobarde y traidora rendición!

»Es casi como si yo estuviese embrujado, víctima de un hechizo maléfico. ¿Lanzado por Anjín-san? Tal vez. Sea como fuere, todo está perdido. Ni sables, ni venganza, ni camino secreto para escapar, ni Kikú, ni futuro. ¡Espera! Hay un futuro con ella. La muerte es el futuro, el pasado y el presente, y sería tan claro y tan sencillo…»

—¿Vas a abandonar? ¿No vamos a la guerra? —rugió Yabú, comprendiendo que esto significaba la muerte para él y todo su linaje.

—Acepto la invitación del Consejo —respondió Toranaga—. ¡Y tú la aceptarás también!

—Yo no…

Omi salió de su ensoñación con la serenidad suficiente para darse cuenta de que tenía que interrumpir a Yabú para protegerlo de la muerte instantánea que supondría un enfrentamiento con Toranaga. Pero cerró deliberadamente los

labios, regocijado por este regalo de los dioses y esperando presenciar la ruina de Yabú.

—Tú no… ¿qué? —preguntó Toranaga.

El alma de Yabú presintió el peligro. Logró murmurar:

—Yo… yo…, como vasallo tuyo, debo obedecer. Si… si lo decides…, sea lo que fuere…, te obedeceré.

Omi maldijo para sus adentros y asumió de nuevo su actitud helada, todavía confuso por la inesperada capitulación de Toranaga.

Éste dejó que Yabú siguiese desgranando sus disculpas. Luego, despectivamente, le cortó en seco:

—Está bien. —Se volvió a Zataki, pero sin descuidar su vigilancia—. Ya ves, hermano, que puedes guardarte el segundo rollo. Todo queda… —Por el rabillo del ojo, vio el cambio operado en el rostro de Naga, y se dirigió a éste—: ¡Naga!

El joven dio un respingo, pero su mano soltó el sable.

—¿Qué, padre? —preguntó.

—Ve a buscar recado de escribir. ¡En seguida!

Cuando Naga se hubo alejado, observó cuidadosamente a Buntaro, después a Omi, por último, a Yabú. Pensó que los tres estaban bastante dominados como para no hacer ninguna tontería que provocase un motín inmediato y una gran carnicería. De nuevo se dirigió a Zataki:

—Dentro de Izú, estás seguro, regente. Fuera de Izú también lo estás. Hasta que mi madre se libre de tus garras, estás seguro. Pero sólo hasta entonces. La reunión ha terminado.

—Bien. —La voz de Zataki era francamente despectiva—. ¡Qué hipocresía! Nunca pensé que llegaría un día en que Yoshi Toranaga-noh-Minowara se inclinaría ante el general Ishido. Sólo eres…

—¿Qué es más importante, hermano? —dijo Toranaga—. ¿La continuidad de mi estirpe, o la continuidad del Reino?

El valle estaba sombrío. Llovía a raudales. El claro y el patio de la posada estaban llenos de empapados y malhumorados samurais. Los caballos piafaban irritados.

Los oficiales gritaban órdenes con innecesaria rudeza. Faltaba apenas una hora para el anochecer.

Toranaga había escrito y firmado el florido mensaje y lo había enviado a

Zataki, desoyendo las súplicas que le habían dirigido Buntaro, Omi y Yabú, en una conferencia privada. Había escuchado sus argumentos en silencio, y cuando terminaron, les dijo:

—¡Basta de charla! He tomado mi decisión. ¡Obedeced!

Y les dijo que volvería inmediatamente a Anjiro a recoger el resto de sus hombres. Mañana subiría por la carretera de la costa oriental hacia Atami y Adawara, y seguiría por los puertos de montaña hasta Yedo. Buntaro mandaría su escolta. Mañana, el Regimiento de Mosquetes embarcaría en las galeras de Anjiro y se haría a la mar para esperarlo en Yedo, al mando de Yabú. Al día siguiente, Omi marcharía a la frontera por la carretera central, con todos los guerreros disponibles que hubiera en Izú. Habría de ayudar a Hiro-matsu, que tenía el mando supremo, y asegurarse de que el enemigo, Ikawa Jikkyu, no entorpeciese el tráfico normal. De momento, Omi establecería su base en Mishima, para vigilar aquel tramo de la Carretera de Tokaido y preparar palanquines y caballos en número suficiente para Toranaga y el considerable séquito que requería una visita oficial.

Cuando todo estuvo dispuesto para la partida, Toranaga salió de sus habitaciones a la galería. Todos se inclinaron reverentes. Les indicó hoscamente que siguiesen con su trabajo y envió a buscar al posadero. El hombre se arrodilló, adulador, al presentarle la factura. Ésta era correcta. Toranaga la pasó a su intendente para que la pagase y llamó a Mariko y Anjín-san. Dio permiso a Mariko para ir a Osaka.

—Pero antes, irás directamente a Mishima y entregarás este mensaje privado a Hiro-matsu-san. Después seguirás hacia Yedo con Anjín-san. Responderás de él hasta vuestra llegada. Probablemente, irás por mar a Osaka, pero esto lo decidiré más adelante. ¡Anjín-san! ¿Recibiste el diccionario del cura-san?

—Sí.

—Cuando nos encontremos en Yedo, hablarás el japonés mejor que ahora. *¿Wakarimasu ka?*

—*Hai. Gomen nasai*.

Con aire desalentado, Toranaga salió al patio, subió al palanquín, dispuesto en cabeza de la columna, y corrió las cortinas. Inmediatamente, los seis semidesnudos portadores levantaron la litera y emprendieron el trote, chapoteando en los charcos con los callosos pies descalzos.

Buntaro volvió al alto y curvo portal de la posada, sin reparar en el aguacero.

—¡Mariko-san!

Ésta corrió obediente a su encuentro, mientras la lluvia repicaba en su paraguas de papel embreado.

—Dime, señor.

Mirándola por debajo del borde de su sombrero de bambú, transfirió la mirada a Blackthorne, que los observaba desde la galería.

—Dile… —Se interrumpió.

—¿Qué señor?

Él la miró de arriba abajo.

—Dile que me responde de ti.

—Sí, señor —afirmó ella—. Pero, perdona, yo respondo de mí misma.

Buntaro se volvió y midió la distancia hasta lo alto de la columna. Al volverse de nuevo, su cara reflejó tormento.

—Ahora ya no caerán las hojas para nosotros, *¿neh?*

—Todo está en manos de Dios, señor.

—No, está en manos del señor Toranaga —replicó él desdeñosamente.

Ella miró sin vacilar. Seguía lloviendo. De su sombrilla caían gotitas como una cortina de lágrimas. El barro salpicaba el orillo de su quimono. Entonces, dijo él:

—*Sayonara*…, hasta que nos veamos en Osaka.

—Oh, perdona, pero, ¿no te veré en Yedo? Seguramente estarás allí con el señor Toranaga, llegarás aproximadamente al mismo tiempo, *¿neh?* Entonces nos veremos.

—Sí, pero cuando nos encontremos en Osaka o cuando vuelvas de allí, empezaremos de nuevo. Entonces será cuando te veré de verdad, *¿neh?*

—¡Ah! Comprendo. Perdona.

—*Sayonara*, Mariko-san —dijo él.

—*Sayonara*, mi señor. Ve con Dios —añadió, mientras se alejaba al galope.

Blackthorne vio que ella seguía con los ojos a Buntaro. Esperó bajo el refugio del tejado, mientras amainaba la lluvia. La cabeza de la columna no tardó en perderse de vista, seguida por el palanquín de Toranaga.

Por la mañana, la caza había empezado bien. Había escogido un halcón pequeño y de alas largas, y lo había lanzado con gran fortuna, contra una alondra. Abriendo la marcha como era su privilegio, había galopado por el bosque, siguiendo un sendero frecuentado por campesinos y buhoneros que se

apartaban a su paso. Pero un viejo y curtido vendedor de aceite, montado en un escuálido caballo, le cerró el camino y, con insolencia, se negó a moverse. En la excitación de la caza, Blackthorne le gritó al hombre que se apartase, pero éste le contestó con rudeza y gritando igual que él. Entonces llegó Toranaga, señaló a su guardaespaldas y dijo:

—Anjín-san, déjame tu sable un momento —y algunas otras palabras que él no comprendió. Blackthorne obedeció al instante y, antes de que se diese cuenta de lo que pasaba, el samurai se lanzó contra el buhonero y le descargó un sablazo tan perfecto, que el vendedor de aceite dio un paso antes de caer, partido por la cintura.

Después, Toranaga le devolvió el sable, diciendo algo que Mariko le tradujo más tarde en estos términos: «Anjín-san, que estaba orgulloso de haber podido probar esa hoja, y te sugirió que llamases al sable *Aceitera*, para que su golpe y su filo fuesen recordados con honor. Ahora, tu sable ha entrado en la leyenda, *¿neh?*»

«¡Ojalá no me lo hubiese dado nunca! —pensaba ahora—. Pero no toda la culpa fue de ellos, sino también mía. Yo le grité a aquel hombre, él me replicó rudamente, y un samurai no debe ser nunca tratado con rudeza.»

En todo caso, aquella muerte le había amargado la caza, aunque lo había disimulado cuidadosamente, porque Toranaga se había mostrado malhumorado durante todo el día.

Poco antes del mediodía habían regresado a Yokosé, se había celebrado la reunión con Zataki y, después, el padre Alvito había salido a su encuentro como un ángel vengador, escoltado por dos acólitos.

—¡Por Jesucristo, apartaos de mi camino!

—No hay por qué asustarse ni blasfemar —había dicho Alvito.

—¡Que Dios os maldiga, a vos y a todos los curas! —replicó Blackthorne, sin poder dominarse, aunque sabía que estaba en territorio enemigo, pues con anterioridad había visto a medio centenar de samurais dirigirse a misa.

—Que Dios perdone esta blasfemia, capitán. Sí. Que Él os perdone y os abra los ojos. Yo no os quiero mal. He venido a traeros un regalo. Tomadlo, es un don de Dios, capitán.

Blackthorne tomó el paquete, receloso. Pero cuando lo abrió y vio el diccionario-gramática portugués-latín-japonés, sintió un escalofrío. Hojeó unas cuantas páginas. Era, ciertamente, la mejor impresión que jamás había visto, y la calidad y el detalle de la información eran asombrosos.

—Muy valioso para regalarlo. ¿Qué pedís a cambio?

—Toranaga nos pidió que os lo diésemos. Y el padre Visitador accedió. Por consiguiente, ahí lo tenéis. Ha sido impreso este mismo año. Es bello, ¿no? Sólo os pedimos que lo apreciéis, que lo tratéis bien.

—Lo guardaré como se merece. Encierra inestimables conocimientos, como vuestros libros de ruta. Pero esto es mejor. ¿Qué pedís por él?

—Nada.

—No lo creo. —Blackthorne sopesó el libro, cada vez más receloso—. Me da todos vuestros conocimientos y nos hace ganar diez o veinte años. Con esto, pronto hablaré el japonés tan bien como vos. Y después, podré enseñar a otros. Es la llave del Japón, *¿neh?* La lengua es la llave de cualquier país extranjero, *¿neh?* Dentro de seis meses, podré hablar directamente con Toranaga.

—Es posible. Si disponéis de esos seis meses.

—¿Qué queréis decir?

—Nada que no sepáis ya. El señor Toranaga puede estar muerto mucho antes de seis meses.

—¿Por qué? ¿Qué noticias le trajisteis? Desde que habló con vos, parece un toro medio degollado. ¿Qué le dijisteis?

—Mi mensaje era privado, de Su Eminencia al señor Toranaga. Lo siento, no soy más que un mensajero. Pero el general Ishido domina Osaka, como sin duda sabéis, y cuando Toranaga-sama vaya a Osaka, todo habrá terminado para él. Y para vos.

Blackthorne sintió un escalofrío.

—¿Por qué para mí?

—No podréis escapar a vuestro destino, capitán. Ayudasteis a Toranaga contra Ishido. ¿Lo habéis olvidado? Pusisteis violentamente las manos sobre Ishido. Dirigisteis la fuga del puerto de Osaka. Lo siento, pero no os servirán de nada, ni vuestra capacidad de hablar japonés, ni vuestros sables de samurai. Tal vez esta condición de samurai os perjudicará aún más. Os ordenarán que os hagáis el harakiri, y si os negáis… —Y Alvito añadió, con voz igualmente amable—: Ya os advertí que son gente muy simple.

—También lo somos los ingleses —replicó él, con jactancia—. Si hay que morir, moriremos, pero antes confiamos en Dios y guardamos seca nuestra pólvora. No temáis, conozco algunos trucos.

—¡Oh! Yo nada temo, capitán. Ni a vos, ni a vuestra herejía, ni a vuestros cañones. Están enmohecidos, como vosotros.

—Es *karma*, o voluntad de Dios, decidlo como queráis —opuso Blackthorne, con irritación—. Pero por Dios que conseguiré mi barco, y entonces, en un par de años, traeré una flota de barcos ingleses y os echaré a todos de Asia.

Alvito replicó, con su enojosa y tremenda calma:

—Esto está en manos de Dios, capitán. Pero aquí la suerte está echada y no ocurrirá nada de lo que decís. Nada. —Miró a Blackthorne, como si ya estuviese muerto—. Que Dios se apiade de vos, capitán, porque, como Dios es mi juez, creo que nunca saldréis de estas islas.

Blackthorne se estremeció al recordar la convicción con que Alvito había dicho esto.

—¿Tienes frío, Anjín-san?

Mariko estaba ahora de pie a su lado, en la galería, sacudiendo el paraguas en la oscuridad.

—Oh, no. No tengo frío. Estaba pensando…

Miró hacia el puerto. Toda la columna había desaparecido entre la masa de nubes. La lluvia había amainado un poco. Algunos lugareños y criados chapoteaban en los charcos, de vuelta a casa. El patio estaba vacío, y el jardín, empapado. Ya no había centinelas en el portal ni a ambos lados del puente. Un gran vacío parecía dominar el crepúsculo.

Llegó una doncella que traía unos tabis secos. Tomó el paraguas de Mariko, se arrodilló y empezó a secarle los pies.

—Mañana al amanecer empezaremos nuestro viaje, Anjín-san.

—¿Cuánto durará?

—Muchos días, Anjín-san. El señor Toranaga dijo… —Mariko miró hacia atrás, al salir Gyoko de la posada—. El señor Toranaga me dijo que teníamos mucho tiempo por delante.

Y Gyoko hizo una profunda reverencia.

—Buenas tardes, dama Toda, discúlpame por interrumpirte.

—¿Cómo estás, Gyoko-san?

—Muy bien, gracias, aunque quisiera que parase de llover. No me gusta esta humedad. Sin embargo, cuando cesa la lluvia, viene el calor y aún es mucho peor, *¿neh?* Pero el otoño no está lejos… Es una suerte que podamos esperar el otoño y la deliciosa primavera, *¿neh?*

Mariko no respondió. La doncella acabó de ponerle los tabis y se levantó.

—Gracias —dijo Mariko, despidiéndola—. Bueno, Gyoko-san, ¿deseas algo de mí?

—Kikú-san pregunta si te sirve la cena, o que baile o cante para ti esta noche. El señor Toranaga le dijo que te distrajera, si querías.

—Sí, me lo dijo, Gyoko-san. Sería magnífico, pero tal vez no esta noche. Hemos de partir al amanecer, y estoy muy cansada. Ya tendremos otras noches, *¿neh?* Por favor, preséntale mis excusas y… ¡ah, sí!, dile que estoy encantada de que ambas me acompañéis en el viaje.

—Eres muy amable —dijo Gyoko, con voz almibarada—. Es un honor para nosotras. ¿Iremos a Yedo?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No tiene importancia, dama Toda. Pero, en este caso, tal vez podríamos detenernos un día o dos en Mishima… A Kikú-san le gustaría recoger alguna ropa, no se siente lo bastante ataviada para el señor Toranaga, y tengo entendido que el verano de Yedo es muy bochornoso.

—Sí. Desde luego. Ambas tendréis tiempo de sobra.

—Es… es trágico lo de nuestro señor, *¿neh?*

—*Karma* —respondió serenamente Mariko, y añadió, con suave malicia femenina—: Pero nada ha cambiado, Gyoko-san. Cobrarás el día de tu llegada, en plata, según dice el contrato.

—¡Oh, lo siento! —exclamó la mujer, simulando desagrado—. Perdona, dama Toda, pero, ¿qué importa el dinero? Sólo me preocupa el futuro de nuestro señor.

—Él es dueño de su futuro —dijo Mariko, con naturalidad, aunque no lo creía—. Pero el tuyo es bueno…, pase lo que pase. Ahora eres rica. Se acabaron tus preocupaciones materiales. Pronto tendrás mucho poder en Yedo, con tu nuevo gremio de cortesanas, sea quien sea el que gobierne el Kwanto.

—Lo único que me preocupa es el señor Toranaga. Si pudiese ayudarle en algo, lo haría con gusto.

—Eres muy generosa, Gyoko-san. Le haré saber tu ofrecimiento. Sí, una rebaja de mil kokús en el precio sería una gran ayuda para él. La acepto en su nombre.

Gyoko se abanicó, logró sonreír amablemente y ahogó a duras penas un alarido por su imbecilidad al meterse en la trampa como una novata borracha de saké.

—¡Oh, no, dama Toda! ¿Cómo podría ayudar con dinero a un protector tan generoso? —murmuró, tratando de recobrarse—. Le sería más útil alguna información, algún servicio o…

—Perdona, ¿qué información?

—Ninguna. Ninguna, de momento. Es sólo una manera de hablar, lo siento. Pero el dinero…

—¡Ah! Perdona. Sí. Le hablaré de tu ofrecimiento y de tu generosidad. En su nombre, gracias.

Gyoko saludó y se deslizó hacia el interior de la posada.

Mariko explicó a Blackthorne lo que habían dicho, y éste comentó:

—¿Pagará el señor Toranaga aunque…? —Se interrumpió. Mariko esperó, con aire ingenuo. Entonces, él siguió diciendo—: El padre Alvito me ha dicho que, cuando el señor Toranaga vaya a Osaka, estará perdido.

—¡Oh, sí! ¡Sí, Anjín-san, es la pura verdad! —exclamó Mariko con una animación que no sentía. Después, encerró a Toranaga y Osaka en sendos compartimientos de su mente, y recobró su tranquilidad—. Pero está a muchas leguas de aquí y muy lejos en el futuro, y ni Ishido, ni el buen padre, ni nosotros, ni nadie, sabemos lo que pasará. *¿Neh?* Sólo lo sabe el buen Dios. Pero Él no nos lo dirá. *¿Neh?*

—*Hai*. —Ambos rieron—. ¡Ah! Estás llena de sabiduría.

—Gracias. Y ahora, voy a hacerte una sugerencia, Anjín-san. Durante el viaje, olvidemos todos los problemas de los demás. ¡Todos! Pero no olvides que, durante el viaje, tendremos que tener muchísimo cuidado ante las dos mujeres.

—Descuida, señora.

Un samurai cruzó el portal y saludó a Mariko. Era un hombre de edad madura y cabellos grises, picado de viruela, y que cojeaba ligeramente.

—Discúlpame, dama Toda, pero, ¿saldremos al amanecer?

—Sí, Yoshinaka-san. Pero, si lo deseas, podemos retrasar la partida hasta el mediodía. Tenemos tiempo de sobra.

—Sí. Entonces, si no te importa, saldremos al mediodía. Buenas noches, Anjín-san. Permíteme que me presente. Soy Akira Yoshinaka, capitán de tu escolta.

—Buenas noches, capitán.

Yoshinaka se volvió de nuevo a Mariko.

—Yo respondo de ti y de él, señora, por consiguiente, ten la bondad de decirle que he ordenado que dos hombres duerman en su habitación, como sus guardias personales. Además, habrá diez centinelas nocturnos.

—Muy bien, capitán. Pero, perdona, sería mejor no poner a ningún hombre en la habitación de Anjín-san. Ellos tienen la inveterada costumbre de dormir

solos o con una mujer. Probablemente, mi doncella estará con él. Ten la bondad de distribuir tus guardias a todo alrededor, pero no demasiado cerca, para no molestarlo.

—Muy bien, señora. Así se hará, aunque mi sistema es más seguro. En todo caso, dile que no salga por la noche, como suele hacer. Hasta que lleguemos a Yedo, yo respondo de él, y, cuando respondo de alguna persona importante, me pongo muy nervioso.

Saludó rígidamente y se alejó.

—El capitán te pide que no salgas solo durante el viaje. Si te levantas por la noche, lleva siempre contigo a un samurai.

—Está bien, así lo haré —respondió Blackthorne, observando al hombre que salía—. ¿Qué más te ha dicho? Algo acerca de dormir… No lo he entendido muy…

Se interrumpió. Kikú salía de la casa. Llevaba ropa de baño y una toalla alrededor de los cabellos. Se dirigió, saltando descalza, a la casa de baño del manantial caliente, haciendo una media reverencia y saludando alegremente con la mano.

Blackthorne vio que Mariko lo observaba fijamente y se volvió a ella.

—No —dijo, en tono indiferente y moviendo la cabeza.

Ella se echó a reír.

—Pensé que te sería difícil, tal vez incómodo, tenerla sólo como compañera de viaje, después de un juego de almohada tan especial.

—¿Incómodo? No. Al contrario, muy agradable. Tengo muy buenos recuerdos. Me alegro de que ahora pertenezca al señor Toranaga. Esto facilita mucho las cosas, para ella y para mí. Y para todos. —Iba añadir: «menos para Omi», pero lo pensó mejor—. A fin de cuentas, para mí fue sólo un regalo espléndido y muy especial. Nada más. *¿Neh?*

—Sí, un regalo.

Tenía ganas de tocar a Mariko. Pero no lo hizo, sino que se volvió y contempló el puerto de montaña, no muy seguro de lo que había leído en los ojos de ella. La noche caía ahora sobre el puerto. Y las nubes. El agua goteaba suavemente del tejado.

—¿Qué más ha dicho el capitán?

—Nada importante, Anjín-san.

CAPÍTULO XLV

El viaje a Mishima duró nueve días, y ellos pasaron juntos parte de las noches. En secreto. Yoshinaka les ayudaba sin saberlo. En cada posada escogía, como era natural, habitaciones contiguas para todos.

—Espero que no te parezca mal, señora, pero así estamos más seguros —decía cada vez, y Mariko se mostraba de acuerdo y elegía la habitación central, con Kikú y Gyoko a un lado, y Blackthorne al otro. Después, en la oscuridad de la noche, se separaba de su doncella, Chimmoko, e iba a reunirse con él. Sólo Chimmoko estaba en el secreto.

Mariko comprendía que Gyoko, Kikú y todas las mujeres del grupo acabarían por saberlo. Pero esto no la inquietaba. Ella era samurai, y las otras, no. Su palabra pesaría más que la de ellas, salvo que la sorprendiesen *in fraganti*. Por otra parte, ningún samurai, ni siquiera Yoshinaka, se atrevería normalmente a abrir la puerta por la noche, sin ser invitado a hacerlo. Aparentemente, Blackthorne compartía su lecho con Chimmoko o con alguna de las doncellas de la posada. Además, las mujeres sabían que, si ella quería, podía hacerlas matar a todas antes de llegar a Mishima o a Yedo, por la menor falta, real o imaginaria. Y estaba segura de que Toranaga la aplaudiría en lo tocante a Gyoko, e incluso, en lo más profundo de su corazón, en lo tocante a Kikú. Con dos mil quinientos kokús podían comprarse muchas cortesanas de Primera Clase.

Se sentía, pues, a salvo de las mujeres. Pero no de Blackthorne. Éste no era japonés. Su cara, sus modales o su orgullo, podían delatarlo. Mariko no temía por ella. Sólo por él.

—Al fin sé lo que significa el amor —murmuró ella la primera noche. Y, como ya no luchaba contra las arremetidas del amor, sino que cedía a ellas, el miedo por la seguridad de él la consumía—. Te amo, y por esto temo por ti —murmuró apretándose a él y empleando el latín, que era el lenguaje de los amantes.

A pesar de esto, sus noches eran alegres. Estaban enamorados y se sentían mejores que antes. Los días eran fáciles para ella y difíciles para él. Blackthorne estaba constantemente alerta, resuelto, por el bien de ella, a no cometer el menor error.

—No lo cometerás —dijo ella, mientras cabalgaban juntos, apartados de los demás, fingiendo una absoluta confianza después de sus temores de la primera noche—. Eres fuerte, eres samurai, y no te equivocarás.

—¿Y cuando lleguemos a Yedo?

—Deja en paz a Yedo. Te amo.

—Sí. Y yo a ti.

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—No lo estoy, señora. Pero me pesa el silencio. Quisiera gritar mi amor desde las cimas de los montes.

Estaban gozosos de su intimidad y de la certeza de que se hallaban a salvo de miradas indiscretas.

—¿Qué les ocurrirá, Gyoko-san? —preguntó en voz baja Kikú, en su palanquín, el primer día del viaje.

—Un desastre, Kikú-san. No hay esperanza para su futuro. Él lo disimula bien, pero ¡ella…! La pasión se refleja en su cara. ¡Mírala! ¡Como una niña! ¡Oh, qué loca es!

—¿Qué hará Yoshinaka cuando lo descubra? —preguntó Kikú.

—Tal vez no lo descubra. ¡Ojalá sea así! ¡Los hombres son tan tontos y tan estúpidos! No ven las cosas más simples, cuando se trata de una mujer. Recemos para que no los descubran antes de que terminemos este negocio de Yedo, y para que, si los descubren, no nos hagan responsables a nosotras.

—Hacen muy buena pareja, *¿neh?* Ella se ve ahora como una flor.

—Sí, pero se marchitará como una camelia rota cuando sea acusada ante Buntaro-san. Su *karma* es su *karma*, y nada podemos hacer por ellos. Ni por el señor Toranaga, ni siquiera por Omi-san. Vamos, ¡no llores, pequeña!

—¡Pobre Omi-san!

Omi las alcanzó al tercer día. Se alojó en su posada y, después de la cena, habló en privado con Kikú, pidiéndole formalmente que se uniese a él por toda la eternidad.

—De buen grado lo haría, Omi-san —le había contestado ella, llorando, porque lo quería mucho—. Pero lo impide mi deber para con el señor Toranaga, que me ha favorecido, y para con Gyoko-san, que me formó.

—El señor Toranaga ha perdido sus derechos sobre ti. Se ha rendido. Está acabado.

—Pero no su contrato, Omi-san, por mucho que yo desee que lo esté. El contrato es legal y obligatorio.

—No me contestes ahora, Kikú-san. Piénsalo. Por favor. Dame mañana tu respuesta —dijo, y se marchó.

Pero al día siguiente, su triste respuesta fue la misma. Él discutió. Se vertieron más lágrimas. Los dos se juraron eterna adoración, y entonces, ella lo despidió con una promesa:

—Si el contrato se rescinde o el señor Toranaga muere y quedo en libertad, haré todo lo que tú quieras. Obedeceré todo lo que ordenes.

Y él salió de la posada y se adelantó a caballo en la marcha hacia Mishima, lleno de negros presentimientos, y ella secó sus lágrimas y arregló su maquillaje. Gyoko la felicitó:

—Eres prudente, pequeña. ¡Ojalá tuviese dama Toda la mitad de tu prudencia!

Yoshinaka conducía tranquilamente la comitiva de posada en posada, siguiendo el curso del río Kano, sin preocuparse del tiempo. Toranaga le había dicho en privado que no hacía falta darse prisa, con tal de que llegasen sanos y salvos a Yedo antes de la Luna nueva.

—Prefiero que lleguen con retraso, a que lo hagan anticipadamente, Yoshinaka-san. ¿Comprendes?

—Sí, señor —respondió él, y ahora bendecía a su *kami* guardián por darle este respiro.

En Mishima, con el señor Hiro-matsu, o en Yedo, con el señor Toranaga, tendría que presentar el preceptivo informe, verbalmente y por escrito. Entonces tendría que decidir si decía lo que pensaba, aunque deliberadamente no lo había visto.

«¡Oh! —se decía, espantado— seguro que estoy equivocado. ¿Dama Toda con un hombre y, por añadidura, bárbaro?»

«¿No tienes el deber de observar? —se preguntaba—. ¿De conseguir pruebas? ¿De sorprenderlos juntos en un lugar, cerrado, en la cama? Te harás reo de encubrimiento si no lo haces, *¿neh?*»

«Sí, pero sólo un loco propagaría estas noticias —pensaba también—. ¿No es mejor hacerse el tonto y esperar que nadie los delate y te delate? Abandónales a su *karma*. ¿Qué importa esto?»

Pero, en su interior, el samurai sabía que importaba mucho.

—Buenos días, Mariko-san. Hoy tenemos un tiempo magnífico —dijo el

padre Alvito, acercándose a ellos. Estaban frente a la posada, dispuestos a iniciar la jornada—. Buenos días, capitán. ¿Cómo estáis?

—Bien, gracias. ¿Y vos?

Su grupo y el de los jesuitas se habían encontrado algunas veces durante la marcha. En ocasiones se habían alojado en la misma posada. A veces, habían viajado juntos.

—¿Queréis que cabalgue con vos esta mañana, capitán? Si lo deseáis, podríamos continuar las lecciones de japonés.

—Gracias. Sí, me gustaría.

El primer día, Alvito se había ofrecido a enseñar japonés a Blackthorne.

—¿A cambio de qué? —le había preguntado éste.

—De nada. Me ayudará a pasar el tiempo, y tal vez me servirá de disculpa por mis duras palabras.

—Gracias, pero no me fío de vos.

—Entonces, si queréis, podéis contarme, a cambio, algo de vuestro mundo, lo que habéis visto y dónde habéis estado. Me encantaría y sería un trato justo. Yo vine al Japón cuando tenía trece o catorce años, y no he visto nada del mundo. Incluso podríamos, si queréis, concertar una tregua durante el viaje.

—Pero nada de religión, ni de política, ni de doctrinas papistas, ¿eh?

—Yo soy lo que soy, capitán, pero lo intentaré.

Y así empezaron, cautelosamente, su intercambio de conocimientos. Blackthorne pensaba que el trato era injusto. Alvito tenía una enorme erudición y era un magnífico maestro, mientras que él relataba cosas que podía saber cualquier capitán de barco. Pero Alvito le había dicho:

—No es verdad. Sois un capitán único y habéis hecho cosas increíbles.

Gradualmente se había ido estableciendo la tregua, y esto había complacido a Mariko.

—Esto es amistad, Anjín-san, o el comienzo de una amistad —había dicho ella.

—No. No es amistad. Desconfío más que nunca de él, y también él desconfía de mí. Somos enemigos perpetuos. Es una tregua temporal, debido, sin duda, a algún propósito que él no me diría si se lo preguntase. Lo comprendo y no veo peligro alguno en ello, con tal de que no me descuide.

A unas leguas al sur de Mishima, el río torcía hacia el Oeste, para correr plácidamente hacia la costa y el gran puerto de Namazu, y ellos dejaron el terreno quebrado y empezaron a cruzar las llanuras de arrozales por la amplia y

poblada ruta que se dirigía al Norte. Tenían que cruzar muchos riachuelos y afluentes. Algunos eran poco profundos y podían vadearse, mientras que otros eran profundos y anchos y tenían que cruzarlos en barcazas.

Era el séptimo día desde su salida de Yokosé. Aquí, la carretera se bifurcaba, y el padre Alvito dijo que tenía que dejarlos. Seguiría el camino del Oeste para volver a su barco, donde estaría un par de días, pero los alcanzaría y volvería a reunirse con ellos en la carretera de Mishima a Yedo, si se lo permitían.

—Desde luego, podéis venir los dos conmigo, si lo deseáis.

—Gracias. Lo siento, pero tengo algo que hacer en Mishima —opuso Mariko.

—¿Y Anjín-san? Si dama Mariko va a estar ocupada, podríais venir vos. Tenemos un buen cocinero, y buen vino. Como Dios es mi juez, os puedo asegurar que estaréis completamente a salvo y seréis libre de hacer lo que os plazca. Rodrigues está a bordo.

Pero Blackthorne no aceptó, aunque habría deseado hacerlo. No se fiaba del sacerdote. Ni siquiera por Rodrigues habría metido la cabeza en la trampa. Dio las gracias a Alvito, y ambos le vieron alejarse montado a caballo.

—Detengámonos ahora, Anjín-san —propuso Mariko, aunque apenas era mediodía—. No tenemos prisa, *¿neh?*

—Me parece muy bien.

—El padre es un buen hombre, pero me alegro de que se haya ido.

—También yo. Pero no es un buen hombre. Es un cura.

A ella le sorprendió su vehemencia.

—Perdona, Anjín-san, perdóname por decir…

—No tiene importancia, Mariko-san. Ya te dije que nada se ha olvidado. Él irá siempre detrás de mi pellejo.

Blackthorne fue en busca del capitán Yoshinaka. Mariko se quedó mirando la carretera occidental.

Los caballos del grupo del padre Alvito avanzaban pausadamente entre los otros viajeros. Algunos transeúntes se inclinaban ante el pequeño cortejo, y otros se arrodillaban humildemente, la mayoría mostraban curiosidad, cuando no ponían mala cara. Pero todos se apartaban cortésmente, cediéndoles el paso. Salvo los samurais, por bajo que fuese su rango. Cuando el padre Alvito se tropezaba con un samurai, se desviaba a la izquierda o a la derecha, seguido de sus acólitos.

Se alegraba de haberse separado de Mariko y de Blackthorne, de haber roto

el contacto. Tenía que enviar mensajes urgentes al padre Visitador, y no había podido hacerlo porque sus palomas mensajeras habían sido destruidas en Yokosé. Y había muchos problemas por resolver. Toranaga, Uo el pescador, Mariko y el pirata. Y José, que le seguía los pasos.

—¿Qué está haciendo aquí, capitán Yoshinaka? —había preguntado el primer día, al ver a José entre los guardias, con quimono militar y llevando torpemente los dos sables.

—El señor Toranaga me ordenó que lo llevase a Mishima, Tsukku-san. Allí tengo que entregarlo al señor Hiro-matsu. Lo siento, pero, ¿te ofende su presencia?

—No, no —replicó Alvito, no muy convencido.

—¡Oh! ¿Estás mirando sus sables? No te inquietes. Están las empuñaduras, pero no las hojas. Así lo ordenó el señor Toranaga. Como el hombre ingresó tan joven en tu orden, no se sabe si puede llevar sables de verdad. En todo caso, no puede haber un samurai sin sables, y Uraga-noh-Tadamasa es, sin duda, un samurai, aunque haya sido sacerdote bárbaro durante veinte años. Nuestro señor lo decidió así.

—¿Qué será de él?

—Lo entregaré al señor Hiro-matsu. Tal vez será enviado a su tío, para que éste lo juzgue, o tal vez se quede con nosotros. Yo sólo obedezco órdenes, Tsukku-san.

El padre Alvito quiso hablar con José, pero Yoshinaka se lo impidió cortésmente.

—Lo siento, pero mi señor ordenó también que no hablase con nadie. En particular con los cristianos. «Hasta que decida el señor Harima», dijo mi señor. Uraga-san es vasallo del señor Harima, *¿neh?* El señor Harima también es cristiano, *¿neh?* El señor Toranaga dice que un daimío cristiano debe juzgar a un renegado cristiano, y más siendo tío suyo y jefe de la casa.

Aunque estaba prohibido, Alvito había tratado de hablar con José por la noche, para pedirle que se arrepintiera de su sacrilegio y pidiese perdón al padre Visitador, pero el joven se alejó fríamente, sin escucharle.

«¡Dios mío! Tiene que haber algún medio de convertirlo de nuevo —pensó, con angustia, Alvito—. ¿Qué puedo hacer? Tal vez el padre Visitador sabrá cómo hay que manejar a José. Y también sabrá lo que hay que hacer ante la increíble decisión de Toranaga de someterse, actitud que ellos habían descartado en sus conferencias secretas.»

—No, esto es absolutamente incompatible con el carácter de Toranaga —había dicho Dell'Aqua—. Irá a la guerra. Cuando cesen las lluvias, o tal vez antes, si consigue que Zataki traicione a Ishido. Creo que esperará lo más posible, para obligar a Ishido a hacer el primer movimiento, es su sistema acostumbrado. Pero, pase lo que pase, mientras Kiyama y Onoshi apoyen a Ishido y a Osaka, el Kwanto será invadido, y Toranaga, destruido.

—¿Y Kiyama y Onoshi? ¿Enterrarán para siempre su enemistad, para el bien común?

—Sí. Están totalmente convencidos de que una victoria de Toranaga sería el toque de difuntos para la Santa Iglesia.

«Otra guerra civil —pensó Alvito—. Hermanos contra hermanos, padres contra hijos, pueblos contra pueblos. Anjiro, a punto de sublevarse con mosquetes robados, según la confidencia de Uo el pescador. Y otra noticia espantosa: un Regimiento de Mosquetes secreto, casi listo para actuar. Una unidad de caballería moderna, al estilo europeo, de más de dos mil mosquetes, adaptada a los métodos de guerra japoneses. ¡Oh, Virgen Santa, protege a los fieles y maldice a ese hereje…!»

«¡Lástima —se dijo— que Blackthorne se haya torcido y tenga la mente deformada! Podría ser un aliado valiosísimo. Nunca lo habría pensado, pero es verdad. Tiene un conocimiento increíble de las cosas del mar y del mundo. Es valiente y astuto, sincero en su herejía, recto y sencillo.»

A los tres días de salir de Yokosé, una observación del hermano Miguel lo había trastornado.

—¿Crees que son amantes? —preguntó él.

—¿Qué es Dios, sino amor? ¿No lo dijo así el Señor Jesús? —replicó Miguel —. Yo sólo dije que sus ojos se tocaban, y que era hermoso de ver. En cuanto a sus cuerpos, no lo sé, padre, y, en realidad, no me importa.

—¡Ella nunca haría una cosa así! Es buena cristiana. Sabe que el adulterio es un pecado horrible.

—Sí, esto es lo que enseñamos nosotros. Pero su matrimonio fue shinto, no consagrado ante el Señor nuestro Dios. Por consiguiente, ¿sería adulterio?

—¿Dudas de la Palabra? ¿Te has contagiado de la herejía de José?

—No, padre, nunca dudaré de la Palabra. Sólo sé lo que los hombres hicieron de ella.

A partir de entonces los observó más de cerca. Estaba claro que el hombre y la mujer se apreciaban mucho. Pero, ¿por qué no habían de hacerlo? No había

ningún mal en ello.

Ella no había dicho nada al confesarse. Y él no la había apremiado. Sus ojos no le dijeron nada y se lo dijeron todo, pero ningún hecho real autorizaba su juicio.

Alvito detuvo su montura y se volvió un momento. La vio de pie en la pequeña elevación, mientras el capitán hablaba con Yoshinaka, y la vieja alcahueta y su pupila yacían en su palanquín. Sintió el tormento de un celo fanático en su interior. Por primera vez, se atrevió a preguntarse: «¿Te has prostituido con el capitán, Mariko-san? Ese hereje, ¿ha condenado tu alma por toda la eternidad? Tú, que estabas destinada a ser monja y, probablemente, nuestra primera abadesa indígena, ¿vives en pecado mortal, deshonrada, ocultando tu sacrilegio a tu confesor, maldita delante de Dios?»

Vio que ella lo saludaba con la mano. Y esta vez no correspondió a su saludo, sino que se volvió, espoleó a su caballo y se alejó rápidamente.

Aquella noche, su sueño fue agitado.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Nada, Mariko-san. Duerme.

Pero ella no durmió. Tampoco él. Mucho antes de la hora acostumbrada, ella volvió a su habitación, y él se levantó y fue a sentarse en el patio, para estudiar el diccionario a la luz de las velas, hasta el amanecer. Cuando salió el sol, calentando el día, sus temores nocturnos se desvanecieron, y prosiguieron el viaje en paz y tranquilidad. Pronto llegaron a la gran carretera, al Tokaido, exactamente al este de Mishima, y los transeúntes se hicieron más numerosos. La inmensa mayoría de ellos iban, como siempre, a pie, con sus bártulos cargados a la espalda.

—Jamás había visto tanta gente en movimiento —dijo Blackthorne.

—¡Oh! Esto no es nada. Espera a que nos acerquemos a Yedo. Nos gusta viajar, Anjín-san, pero raras veces solos. Preferimos hacerlo en grupos.

Pero la multitud no entorpecía su marcha. La enseña de Toranaga en sus estandartes, el rango personal de Toda Mariko y la brusca eficacia de Akira Yoshinaka y de los mensajeros que éste enviaba en vanguardia para anunciar su presencia, les aseguraban las mejores habitaciones particulares en las mejores posadas, y una marcha ininterrumpida. Todos los demás viajeros y samurais se

apartaban rápidamente a un lado y se inclinaban profundamente hasta que habían pasado.

—¿Tienen que detenerse y arrodillarse así ante todo el mundo?

—¡Oh, no, Anjín-san! Sólo ante los daimíos y las personas importantes. Y ante la mayoría de los samurais. Sí, es una práctica muy prudente para el vulgo. Es una medida cortés y necesaria, Anjín-san, *¿neh?* Si el vulgo no respetase a los samurais y se respetase él mismo, ¿cómo se podría imponer la ley y gobernar el Reino? Además, la norma rige para todos. Nosotros nos detuvimos, saludamos y cedimos el paso al mensajero imperial, ¿no es cierto? Todo el mundo tiene que ser cortés, *¿neh?* Los daimíos pequeños tienen que desmontar e inclinarse ante los más importantes. El ritual rige nuestras vidas, pero hay disciplina en el Reino.

—¿Y si se encuentran dos daimíos de igual categoría?

—Ambos se apean, se inclinan mutuamente y siguen su camino.

—Supongamos que se encontrasen el señor Toranaga y el señor Ishido.

Mariko pasó delicadamente al latín.

—¿Quiénes son, Anjín-san? No conozco estos hombres.

—Tienes razón. Perdóname.

—Escucha, amor mío, prometamos que, si la Virgen nos sonríe y escapamos de Mishima, sólo cuando lleguemos a Yedo, al Primer Puente, y no tengamos más remedio que hacerlo, abandonaremos nuestro mundo privado. Por favor.

—¿Qué peligro especial hay en Mishima?

—Allí, nuestro capitán debe presentar un informe al señor Hiro-matsu. Y yo tengo que verlo también. Es un hombre muy inteligente, muy observador. Sería fácil una delación.

—Hemos sido prudentes. Roguemos a Dios que tus temores sean infundados.

—Por mí, no temo nada, sólo por ti.

—Y yo por ti.

—Entonces, prometamos que permaneceremos en nuestro mundo privado.

—Sí. Imaginémonos que es el mundo real, nuestro único mundo.

—Allí está Mishima, Anjín-san —dijo Mariko, señalando al otro lado del último río.

La extensa ciudad-fortaleza —que albergaba a casi sesenta mil almas— estaba, en su mayor parte, oscurecida por la niebla baja de la mañana. Sólo se distinguían los tejados de algunas casas y el castillo de piedra. Más allá estaban las montañas que bajaban hacia el mar occidental. Muy lejos, al Noroeste, se

erguía, esplendoroso, el monte Fuji. Al Norte y al Este, la cordillera arañaba el cielo.

—Y ahora, ¿qué?

—Yoshinaka buscará la mejor posada en veinte *ri*. Estaremos allí dos días. Es lo menos que necesito para resolver mi asunto. Entonces, Gyoko y Kikú-san se separarán de nosotros.

—¿Y después?

—Seguiremos adelante. ¿Qué te dice tu olfato de Mishima?

—Que es un lugar seguro —dijo él—. ¿Y después?

Ella señaló al Noroeste, no muy convencida.

—Iremos por allí. Hay un paso que cruza los montes en dirección a Hakoné. Es el tramo más agotador de toda la carretera de Tokaido. Después, ésta baja a la ciudad de Odawara, que es mucho más grande que Mishima, Anjín-san. Está en la costa. Desde allí hasta Yedo, sólo es cuestión de tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No el suficiente.

—Te equivocas, amor mío —dijo él—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

CAPÍTULO XLVI

El general Toda Hiro-matsu cogió el mensaje privado que le ofreció Mariko. Rompió los sellos de Toranaga. El escrito refería brevemente lo ocurrido en Yokosé, confirmaba la decisión de Toranaga de someterse, ordenaba a Hiro-matsu que defendiese la frontera y los accesos al Kwanto contra *cualquier* intruso hasta su llegada —pero que diese facilidades a cualquier mensajero de Ishido o del Este—, y daba instrucciones sobre el renegado cristiano y sobre Anjín-san. El viejo soldado releyó cansadamente el mensaje.

—Ahora dime todo lo que viste y oíste en Yokosé, con referencia al señor Toranaga.

Mariko obedeció.

—Ahora dime lo que crees que pasó.

Ella obedeció de nuevo.

—¿Qué ocurrió en el *cha-no-yu* entre tú y mi hijo?

Ella se lo contó todo, con exactitud.

—¿Dijo mi hijo que nuestro señor perdería? ¿Fue *antes* de la segunda reunión con el señor Zataki?

—Sí, señor.

—¿Estás segura?

—¡Oh, sí, señor!

Hubo un largo silencio en la habitación del torreón del castillo, que dominaba la ciudad. Hiro-matsu se puso en pie y se acercó a la aspillera del grueso muro de piedra, le dolían la espalda y las articulaciones, y sus manos sujetaban flojamente el sable.

—¡No lo entiendo! —exclamó.

—¿Señor?

—Ni a mi hijo, ni a nuestro señor. Podemos abrirnos paso contra todos los ejércitos que lance Ishido al campo de batalla. Y en cuanto a la decisión de someterse…

Ella jugaba con su abanico, observando el cielo nocturno, tachonado de estrellas. Hiro-matsu la miró.

—Tienes buen aspecto, Mariko-san, más joven que nunca. ¿Cuál es tu secreto?

—No tengo ninguno, señor —respondió, sintiendo que se secaba su garganta.

Pensó que el mundo se hundiría, pero pasó el momento y el viejo desvió sus ojos astutos y volvió a mirar la ciudad.

—Ahora cuéntame lo que pasó desde que salisteis de Osaka. Todo lo que viste y oíste e hiciste —dijo.

Era ya muy entrada la noche cuando terminó. Lo contó todo claramente, menos su gran intimidad con Anjín-san. Pero en esto cuidó muy bien de no ocultar la simpatía que sentía por él, ni el respeto a su inteligencia y su bravura.

—¿Lo viste salvar a nuestro señor?

—Sí, de no haber sido por él, el señor Toranaga estaría muerto a estas horas. Estoy segura. Lo salvó en tres ocasiones: al escapar del castillo de Osaka, a bordo de la galera en el puerto de Osaka y durante el terremoto. Yo vi los sables que recuperó Omi-san. Estaban retorcidos como si hubiesen sido de pasta y completamente inservibles.

—¿Crees que Anjín-san pensaba realmente hacerse el harakiri?

—Sí. Por el Señor Dios de los cristianos, creo que estaba resuelto a hacerlo. Sólo Omi-san lo impidió. Y también creo, señor, que es digno de ser samurai y hatamoto.

—No te he pedido esa opinión.

—Perdóname, señor, es cierto que no lo has hecho. Pero sé que la pregunta estaba en tu mente.

—¿Te has convertido en adivina del pensamiento, además de educadora de bárbaros?

—¡Oh, no! Por favor, discúlpame, señor, ¡claro que no! —protestó ella, con su voz más delicada—. Me limito a contestar lo mejor que puedo al jefe de mi clan. Los intereses de mi señor ocupan el primer lugar en mi mente, y después, los tuyos.

—¿De veras?

—Perdóname, señor, pero no hace falta que me preguntes esto. Manda, ¡y obedeceré!

—¿Por qué tan orgullosa, Mariko-san?

—Discúlpame, señor. He sido ruda. No merezco…

—¡Lo sé! ¡Ninguna mujer merece nada! —Hiro-matsu se echó a reír—. Pero, aun así, hay veces en que necesitamos de la sabiduría fría, cruel, maligna,

astuta y práctica de la mujer. Son mucho más listas que nosotros, *¿neh?*

—¡Oh, no, señor! —exclamó Mariko, preguntándose qué estaría realmente pensando él.

—Me alegro de que estemos solos. Si esto se repitiese en público, dirían que el viejo Puño de Hierro está pasando de maduro, que ya es hora de que deje el sable, se afeite la cabeza y empiece a rezar a Buda por las almas de los hombres que envió al Vacío. Y tendrían razón.

—No, señor. Así lo manifestó el señor, tu hijo. Hasta que se cumpla el destino de tu señor, no debes retirarte. Ni tú, ni mi señor esposo, ni yo.

—Sí. Pero, de todos modos, me gustaría dejar el sable y buscar la paz de Buda para mí y para aquellos a quienes maté.

Contempló fijamente la noche un rato y, después, la miró a ella. Era agradable de ver, más que todas las mujeres a quienes había conocido.

—¿Señor?

—Nada, Mariko-san. Estaba recordando en este momento la primera vez que te vi.

Era cuando Hiro-matsu había vendido su alma a Goroda a fin de conseguir aquella niña para su hijo, el hijo que había asesinado a su propia madre, la única mujer a quien Hiro-matsu había realmente adorado. «¿Por qué pedí a Mariko para él? Porque quería irritar al Taiko, que también la deseaba.

»¿Fue realmente infiel mi consorte? —se preguntó el viejo, hurgando en la antigua llaga—. ¡Quiero saber la verdad! ¡Sí, o no! Creo que es mentira, pero Buntaro dijo que estaba sola con un hombre en la habitación, revueltos los cabellos y suelto el quimono, y pasaron meses hasta que yo regresé. Pudo ser una mentira, *¿neh?* O la verdad, *¿neh?* Debió de ser verdad… Ningún hijo decapitaría a su propia madre sin estar seguro.»

«¿En qué piensas? —se preguntaba Mariko, que lo apreciaba—. ¿Lo has descubierto ya? ¿Sabes ya lo mío y de Anjín-san? ¿Sabes que me estremezco de amor por él, que cuando tenga que elegir entre él y tú y el señor Toranaga, lo elegiré a él?»

Hiro-matsu estaba junto a la aspillera, contemplando la ciudad a sus pies, jugando con la empuñadura y la vaina de su sable, olvidado de Mariko. Rumiaba sobre Toranaga y lo que había dicho Zataki hacía unos días, con amargo disgusto, un disgusto compartido por él.

—Sí, desde luego —le había dicho Zataki—, quiero conquistar el Kwanto, plantar mi bandera en las murallas del castillo de Yedo y apoderarme de él.

Nunca lo había pretendido, ahora, sí. Pero, ¿de esta manera? ¿Sin honor? Porque no hay honor para él, ni para ti, ni para mí. ¡Para nadie! Salvo para Ishido, que no sabe lo que es.

—Entonces, apoya al señor Toranaga, con tu ayuda…

—¿Para qué? ¿Para que mi hermano pueda ser shogun y expulsar al Heredero?

—Ha dicho mil veces que apoya al heredero. Yo lo creo. Y tendríamos un Minowara como caudillo, no un campesino advenedizo y ese gato del infierno que es Ochiba, *¿neh?* Si Toranaga muere, esos incompetentes gobernarán durante ocho años, hasta que Yaemón sea mayor de edad. ¿Por qué no dar estos años a Toranaga, *¡que es un Minowara!?*

Discutieron, se insultaron y, como estaban solos, casi llegaron a las manos.

—Vamos —había incitado él a Zataki—, desenvaina el sable, ¡traidor! Eres traidor a tu hermano, ¡que es el jefe de tu clan!

—Soy el jefe de mi propio clan. Tuvimos la misma madre, pero no el mismo padre. El padre de Toranaga repudió a mi madre. No ayudaré a Toranaga, pero si abdica y se abre el vientre, apoyaré a Sudara…

«No hará falta —se dijo Hiro-matsu, todavía furioso—. No hará falta esto, ni someterse mansamente, mientras yo viva. Soy general en jefe. Mi deber es proteger el honor y la casa de mi señor, incluso contra su voluntad. Ahora, yo decido.

»Escucha, señor, y perdóname, pero esta vez te desobedeceré. Con orgullo. Esta vez te traicionaré. Convenceré a tu hijo y heredero, el señor Sudara, y a su esposa, dama Genjiko, y juntos ordenaremos “Cielo Carmesí” cuando cesen las lluvias. Empezará la guerra, y, hasta que haya muerto el último hombre del Kwanto, haciendo frente al enemigo, te retendré sano y salvo en el castillo de Yedo, digas lo que digas y cueste lo que cueste.»

Gyoko estaba encantada de volver a encontrarse en su casa de Mishima, entre sus chicas, sus legajos, sus facturas y reconocimientos de deudas e hipotecas y pagarés.

—Lo has hecho muy bien —dijo a su jefe de contabilidad.

El ajado hombrecillo murmuró las gracias y se fue renqueando. Ella se volvió al jefe de cocina y le dijo, con voz lastimera:

—¿Trece *chojin* de plata, doscientos *monne* de cobre, por la comida de una

semana?

—¡Oh! Perdóname, mi ama, pero los rumores de guerra han hecho que los precios se eleven hasta el cielo —replicó aquel hombre gordo, en tono truculento —. Todo ha subido. El pescado, el arroz, las verduras e incluso la salsa de soja, han doblado su precio desde el mes pasado, y con el saké ha sido aún peor. ¡Dices que es caro! ¡Ay! En una semana he servido a ciento setenta y dos invitados y he alimentado a diez cortesanas, a once hambrientas aprendizas, a cuatro cocineros, a dieciséis doncellas y a catorce criados. Discúlpame, mi ama, lo siento, pero mi abuela está muy enferma y debo pedirte diez días de licencia para…

Gyoko lo despidió diciendo que estaba arruinada, que tendría que cerrar la más famosa casa de té de Mishima si se iba el más perfecto de los jefes de cocina, y que todo sería por su culpa. Sí, por su culpa tendría que despedir a sus abnegadas pupilas y a sus fieles pero desdichados criados.

—No olvides que se acerca el invierno —gimió, como última advertencia.

Después, sola y satisfecha, sumó los ingresos y los gastos, y vio que las ganancias eran el doble de lo que había esperado. El saké le supo mejor que nunca, si los precios de la comida habían subido, también había subido el del saké. Inmediatamente escribió a su hijo a Odawara, sede de su fábrica de saké, diciéndole que duplicase la producción. Después, juzgó las inevitables disputas entre las doncellas, despidió a tres, contrató a cuatro, envió a buscar a su corredora de cortesanas y le encargó que contratase a siete a las que admiraba.

—¿Cuándo quieres que vengan las honorables damas, Gyoko-san? —preguntó la vieja, sonriendo, pues su comisión era considerable.

—En seguida. Ve corriendo.

Luego, envió a buscar al carpintero y trazaron planes para la ampliación de la casa de té, pues necesitaría más habitaciones para las nuevas damas.

—Por fin, aquel inmueble de la calle Sexta está en venta, señora. ¿Quieres que me entere de las condiciones?

Ella había estado esperando aquella ocasión durante meses. Pero ahora negó con la cabeza y le dio instrucciones para una opción de compra de cuatro hectáreas de tierra yerma en el monte, al norte de la ciudad.

—Pero no lo hagas tú solo. Sírvete de intermediarios. No lo quieras todo para ti. Y que nadie sepa que actúas en mi nombre.

—Pero, ¿has dicho cuatro hectáreas? Es…

—Al menos cuatro, tal vez cinco, en los cinco meses próximos. Pero sólo

quiero opciones, ¿comprendes? Y hay que ponerlas a nombre de estas personas.

Le entregó la lista de hombres de paja de confianza y lo despidió, viendo ya, en su imaginación, la ciudad amurallada dentro de una ciudad ya floreciente. Entonces le anunciaron a Omi-san.

—Lo siento, pero Kikú-san no se encuentra bien —le dijo—. Nada grave. Sólo el cambio de tiempo, ¡pobre niña!

—Insisto en verla.

—Lo lamento, Omi-san, pero no debes *insistir*. Kikú-san pertenece a tu señor, *¿neh?*

—¡Sé a quién pertenece! —gritó Omi—. Sólo quiero verla.

—¡Oh! Lo siento, tienes derecho a gritar y a maldecir, pero debes perdonarme. Te digo que no se encuentra bien. Tal vez esta noche… o mañana… ¿Qué puedo hacer? Si mejora lo bastante y me dices dónde te alojas, podría avisarte…

Se lo dijo, sabiendo que nada podía hacer, y se marchó furioso.

Gyoko envió a buscar a Kikú y le explicó el programa que había organizado para sus dos noches en Mishima.

—Tal vez podamos convencer a dama Toda para que se quede cuatro o cinco noches, pequeña. Conozco a media docena de personas que pagarían cualquier cosa para que las distraigas en fiestas privadas. ¡Ah! Ahora que el gran daimío te ha comprado, nadie puede ya tocarte. Por consiguiente, puedes cantar, bailar y representar, ¡y ser nuestra primera *gei-sha*!

—¿Y que será de Omi-san, señora? Nunca lo había visto tan furioso, ni gritar de esa manera.

—¡Bah! ¡Qué importan unos cuantos gritos, si nos las habemos con daimíos y con los más ricos mercaderes de arroz y de sedas! Claro que aún no estamos seguros de Toranaga, *¿neh?* Todavía no ha hecho el primer pago, por no hablar del precio total.

Gyoko despidió a Kikú y, una vez más, se dedicó a tomar las disposiciones inherentes a la casa. Después, cuando todo estuvo en regla —incluso una invitación para el día siguiente a las ocho Mama-sans más influyentes de Mishima, para discutir un asunto de gran importancia—, se sumergió, satisfecha, en la bañera.

—¡Aaaahhhh!

Pero su pensamiento estaba lejos de allí. Se acordaba de Mariko y de su amante, sopesando las alternativas. ¿Hasta qué punto podía presionar a Mariko?

¿A quién debía delatarlos o amenazar con delatarlos? ¿A Toranaga, a Buntaro? ¿Tal vez al sacerdote cristiano? Pero, ¿sacaría algún provecho de ello? Quizás al señor Kiyama. Desde luego, cualquier escándalo que relacionase a ama Toda con el bárbaro, echaría por tierra los proyectos de boda de su hijo con la nieta de Kiyama. Con esta amenaza, ¿podría doblegarla a su voluntad? ¿O era mejor no hacer nada? ¿Ganaría más así, no haciendo nada?

«¡Pobre Mariko! ¡Una dama tan adorable! Pero, ¡sería una cortesana sensacional! ¡Y pobre Anjín-san! Pero éste es muy listo, y yo podría hacer una fortuna con él. ¿Cómo sacar más provecho al secreto, antes de que deje de serlo y esos dos acaben mal?

»Ten cuidado, Gyoko —se dijo—. No queda mucho tiempo para decidir sobre esto y sobre los otros secretos: por ejemplo, los mosquetes y las armas escondidos por los lugareños de Anjiro, o el nuevo Regimiento de Mosquetes, sus tropas, oficiales, organización y número de armas de fuego. O sobre Toranaga, que, la última noche pasada en Yokosé, yació alegremente con Kikú y acabó durmiéndose como un niño. Algo impropio de un hombre abrumado por las preocupaciones, *¿neh?*

»O sobre el segundo cocinero de Omi, el cual había confiado a una doncella —y ésta lo había murmurado a su amante, el cual lo había dicho a la cortesana Akiko— que aquél había oído a Omi y a su madre tramando la muerte de Kasigi Yabú, su señor feudal. Si esto se hiciese público, ¡menudo revuelo se armaría! Como si se murmurase al oído de Toranaga el ofrecimiento secreto que habían hecho Omi y Yabú a Zataki, o las palabras que Zataki había murmurado en sueños y que su compañera de lecho había grabado en su memoria y vendido a Gyoko por un *chojin* de plata, palabras que daban a entender que el general Ishido y dama Ochiba comían y dormían juntos. Unas personas tan encumbradas, ¡qué asco! ¿Neh?

»¿Cambiaría de bando el tránsfuga Zataki, si Toranaga le ofreciese a Ochiba como cebo?» Gyoko rió entre dientes, entusiasmada al poseer todos estos secretos tan valiosos, si eran murmurados a los oídos adecuados.

—¿Dónde está el inglés ahora, padre?

—No lo sé exactamente, Rodrigues. Todavía no. Puede estar en una de las posadas del sur de Mishima. Dejé a un acólito para que lo averigüe —respondió Alvito, recogiendo con una corteza de pan tierno la salsa.

—¿Cuándo lo sabréis?

—Mañana, sin falta.

—¡Vaya! Me gustaría verlo de nuevo. ¿Está bien? —preguntó Rodrigues, con sincero interés.

—Sí.

La campana del barco tocó seis veces. Las tres de la tarde.

—¿Os dijo lo que le pasó desde que salió de Osaka?

—Lo sé en parte. Por cosas que me dijeron él y otros. Es una larga historia y hay mucho que contar. Primero despacharé mis cosas, y después hablaremos.

Rodrigues se retrepó en su silla, en el pequeño camarote de popa.

—Bien. Me gustará. —Vio las duras facciones del jesuita, los duros ojos castaños, salpicados de amarillo. Ojos de gato—. Mirad, padre —dijo—, el inglés salvó mi barco y mi vida. Es un enemigo, es un hereje, pero es capitán de barco, y uno de los mejores de todos los tiempos. No es malo respetar a un enemigo, incluso simpatizar con él.

—El señor Jesús perdonó a sus enemigos, y éstos lo crucificaron. —Alvito devolvió tranquilamente la mirada del capitán—. Pero también a mí me resulta simpático. Al menos, lo comprendo mejor. Pero, de momento, no hablemos de él.

Rodrigues asintió con la cabeza. Advirtió que el plato del sacerdote estaba vacío y le acercó la fuente.

—Un poco más de capón, padre. ¿Pan?

—Sí, gracias. No me había dado cuenta del hambre que tenía —dijo agradecido el cura, arrancando otro muslo, tomando más salvia, cebolla y pan, y vertiendo sobre ello lo que quedaba en la salsera.

—¿Vino?

—Sí, gracias.

—¿Dónde está el resto de su gente, padre?

—Los dejé en una posada cerca del muelle.

Blackthorne miró por las ventanillas de popa, desde las que se veían Nimazu, los muelles, el puerto y, a estribor, la desembocadura del Kano, donde el agua era más oscura que en el resto del mar. Muchas barcas de pesca iban de un lado a otro.

—Ese acólito vuestro, padre, ¿es de confianza? ¿Estáis seguro de que se reunirá con nosotros?

—¡Oh, sí! No se pondrán en marcha, al menos, hasta dentro de dos días. —

Alvito había decidido no decir nada de lo que él o, mejor dicho, de lo que el hermano Miguel, sospechaba, y se limitó a añadir—: No olvidéis que viajan con gran pompa. Con el rango de Toda Mariko y las enseñas de Toranaga, es un cortejo de gran categoría. Todo el mundo sabrá, en cuatro leguas a la redonda, quiénes son y dónde están.

Rodrigues se echó a reír.

—¿El inglés en un cortejo oficial? ¡Quién lo habría pensado! ¡Como un maldito daimío!

—Y eso no es todo, capitán. Toranaga lo hizo samurai y hatamoto.

—¿Qué?

—Ahora el capitán Blackthorne lleva los dos sables. Además de sus pistolas. Y es confidente de Toranaga, hasta cierto punto, y su protegido.

—¿El *inglés*?

—Sí.

Alvito dejó que el silencio flotase en el camarote y siguió comiendo.

—¿Sabéis la razón de esto? —preguntó Rodrigues.

—En parte, sí. Pero todo a su tiempo, capitán.

—Decidme sólo por qué. En pocas palabras. Y dejemos los detalles para más tarde.

—Anjín-san salvó tres veces la vida de Toranaga. Dos, durante la fuga de Osaka, y la última, en Izú, durante un terremoto.

Alvito masticó un pedazo de muslo. Unas gotas de salsa resbalaron por su negra barba.

Rodrigues esperó, pero el cura guardó silencio. Después de una larga pausa, dijo aquél:

—No nos conviene que ese dichoso inglés esté demasiado cerca de Toranaga. No. Él menos que nadie, ¿eh?

—Estoy de acuerdo.

—A pesar de todo, me gustaría verle.

El sacerdote no dijo nada. Rodrigues dejó que rebañase su plato en silencio y, después, lo invitó a repetir, pero ya sin alegría. El cura aceptó el esqueleto y un ala que quedaba, y otro vaso de vino. Después, para terminar, el padre Alvito sacó coñac francés de un armario.

—¿Una copita, Rodrigues?

—Gracias.

El marino observó cómo vertía Alvito en las copas el licor color castaño. El

vino y el coñac procedían del almacén particular del padre Visitador, como obsequio a su amigo jesuita al partir éste.

—Desde luego, Rodrigues, os invito a compartirlo con el padre —le había dicho Dell'Aqua—. Id con Dios, y que Él os lleve sano y salvo a puerto y de vuelta a casa.

—Gracias, Eminentísimo señor.

«Sí, gracias —se dijo amargamente Rodrigues—, pero no por haber hecho que mi capitán general me enviase a bordo de este maldito barco, al mando de este jesuita.»

Había zarpado de Nagasaki, lamentando tener que marcharse, maldiciendo a todos los curas y a todos los capitanes generales, deseando que pasasen el verano y el otoño para poder levar anclas con el Buque Negro, con sus bodegas cargadas de oro y plata, y volver, por fin, a casa, rico e independiente. Pero después, ¿qué? ¿Qué hacer con *ella* y con su retoño? «¡Virgen Santa, ayúdame a responder a esta pregunta con serenidad!»

—Una comida excelente, Rodrigues —admitió Alvito, jugueteando con una miga de pan sobre la mesa—. Gracias.

—Bien. —Rodrigues se había puesto serio—. ¿Cuál es vuestro plan, padre? Deberíamos…

Se interrumpió y miró por la ventanilla. Después, en modo satisfecho, se levantó de la mesa y se dirigió, cojeando, a un tragaluz de babor y miró por él.

—¿Qué pasa, Rodrigues?

—Me ha parecido que cambiaba la marea. Sólo quiero comprobar nuestra posición. —Abrió más el postigo y se asomó, pero no pudo ver el ancla de proa —. Disculpadme un momento, padre.

Subió a cubierta. El agua lamía la cadena del ancla, oblicuamente sumergida en el fangoso líquido. Nada se movía. Entonces apareció una pequeña estela y el barco se movió sin peligro, para tomar una nueva posición en el reflujo. Comprobó ésta y, luego, los puestos de vigilancia. Todo estaba en orden. No se veían más embarcaciones cerca de donde estaban. La tarde era magnífica y se había levantado la niebla hacía rato. Estaban a cosa de un cable de la orilla, o sea, lo bastante lejos para evitar un súbito abordaje.

Su barco era una lora, un casco japonés con velas y aparejo portugueses: veloz, de dos mástiles, equipado como una corbeta. Llevaba cuatro cañones en el centro, dos más pequeños a proa y otros dos a popa. Se llamaba Santa Filipa, y su tripulación era de treinta hombres.

Contempló la ciudad y los montes detrás de ella.

—¡Pesaro!

—¿Sí, señor?

—Prepara el bote. Iré a tierra antes de anochecer.

—Bien. Estará a punto. ¿Cuándo volveréis?

—Al amanecer.

—¡Magnífico! Yo iré al frente de los que vayan a tierra: diez hombres.

—No hay permiso para ir a tierra, Pesaro. ¡Está *kinjiru*! ¿Acaso has perdido la cabeza? —exclamó Rodrigues, pasando al alcázar y apoyándose en la barandilla.

—No está bien que todos sufran —dijo Pesaro, cerrando las callosas manos —. Yo mandaré el grupo, y os prometo que no habrá jaleo. Llevamos dos semanas encerrados.

—Las autoridades del puerto dijeron kinjiru, que lo sentían mucho, pero ¡kinjiru! Recuerda que esto no es Nagasaki.

—Sí, ¡y por Dios que lo siento! —gruñó el hombrón—. Al fin y al cabo, sólo hubo un muerto.

—Un muerto, dos con heridas graves de cuchillo y un montón de contusos, amén de una chica herida, antes de que los samurais pusiesen fin a la algarada. Os lo advertí antes de que fueseis a tierra: «Nimazu no es Nagasaki. ¡Portaos bien!» ¡Virgen Santa! Tuvimos suerte de que sólo uno de nuestros marineros resultase muerto. De acuerdo con la ley, os habrían podido matar a los cinco.

—Su ley, capitán, no la nuestra. ¡Malditos monos! Sólo fue una vulgar riña de burdel.

—Sí, pero tus hombres la empezaron, las autoridades han sometido mi barco a cuarentena, y todos estáis retenidos aquí. ¡Incluso tú! —Rodrigues movió la pierna para aliviar el dolor—. Ten paciencia, Pesaro. Ahora que el padre ha vuelto, zarparemos en seguida.

—¿Cuando suba la marea? ¿Al amanecer? ¿Es una orden?

—No, todavía no. Prepara el bote. Gómez irá conmigo.

—Dejad que vaya yo también. *Per favor*, capitán. Estoy asqueado de este maldito cascarón.

—No. No debéis ir a tierra esta noche. Ni tú ni nadie.

—¿Y si no habéis vuelto al amanecer?

—Os pudriréis aquí hasta que lo haga. ¿Está claro?

Alvito dormía, pero se despertó al abrir el capitán la puerta del camarote.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí. Sólo era el comienzo de la marea baja —respondió Rodrigues, bebiendo un poco de vino para quitarse el mal sabor de boca—. ¿Qué plan tenéis, padre? ¿Zarpamos al amanecer?

—¿Cómo están las palomas mensajeras?

—Bien. Aún nos quedan seis: cuatro para Nagasaki y dos para Osaka.

El sacerdote observó la posición del sol. Faltaban cuatro o cinco horas para el ocaso. Tiempo sobrado para enviar las aves con el primer mensaje cifrado, pensado hacía ya tiempo: *Toranaga acata la orden de los Regentes. Yo iré primero a Yedo y después a Osaka. Acompañaré a Toranaga a Osaka. Este dice que podemos construir la catedral en Yedo. Mandaré relación más detallada con Rodrigues*.

—Por favor, decid al encargado que prepare inmediatamente dos palomas para Nagasaki y una para Osaka —dijo Alvito—. Después hablaremos. Yo no os acompañaré. Iré a Yedo por tierra. Necesitaré la mayor parte de la noche y de la mañana para redactar un informe detallado, que entregaréis al Padre Visitador en propia mano. ¿Zarparéis en cuanto haya terminado?

—Si es poco antes del crepúsculo, esperaré al amanecer. Hay escollos y bajíos en diez leguas.

Alvito asintió. Doce horas más o menos carecían de importancia. Sabía que habría sido mucho mejor enviar el mensaje desde Yokosé. ¡Pero aquel maldito pagano había destruido sus palomas! En fin, aquello no cambiaría el curso de la Historia. La suerte había sido echada en Yokosé.

—¿Viajaréis con el inglés? —preguntó Rodrigues—. ¿Como antes?

—Sí. Pero desde Yedo volveré a Osaka. Acompañaré a Toranaga. Quisiera que os detuvieseis en Osaka, con una copia de mi informe, por si el Padre Visitador estuviese allí o hubiese salido de Nagasaki y estuviera en camino. En este último supuesto, podéis entregarlo a su secretario, el padre Soldi, pero sólo a él.

—Yo mismo iré a buscar las palomas. Escribid el mensaje, y después hablaremos. Sobre el inglés.

Subió a cubierta y escogió las palomas de las cestas. Cuando volvió, el sacerdote había empleado ya su pluma y tinta especiales para escribir el mismo mensaje cifrado en los trocitos de papel. Alvito cargó las anillas, las selló y soltó las palomas. Las tres describieron un círculo en el cielo y, después, volaron en formación hacia el Oeste, bajo el sol de la tarde.

—¿Hablamos aquí, o abajo?

—Aquí. Se está más fresco —dijo Rodrigues, señalando el alcázar, donde nadie podría oírlos.

Alvito se sentó.

—Hablemos primero de Toranaga.

Explicó brevemente el capitán lo que había ocurrido en Yokosé, omitiendo el incidente con el hermano José y sus sospechas sobre Mariko y Blackthorne. Rodrigues se quedó pasmado ante la forma en que se había producido la rendición.

—¿No habrá guerra? ¡Es un milagro! Gracias sean dadas a Dios, a los santos y a la Virgen. Es la mejor noticia que podíais darme, padre. ¡Nos hemos salvado!

—Si Dios quiere. Pero me intrigó una cosa que dijo Toranaga: «Puedo soltar a mi cristiano, a Anjín-san. Con su barco y sus cañones.»

Se apagó el buen humor de Rodrigues.

—¿Está todavía el *Erasmus* en Yedo? ¿Se halla aún bajo el control de Toranaga?

—Sí. ¿Sería grave que soltase al inglés?

—¿Grave, decís? Ese barco podría mandarnos al infierno si atrapase a nuestro Buque Negro entre aquí y Macao, con él al mando y una tripulación regular. Nosotros sólo tenemos la pequeña fragata para salirle al paso, ¡y ésta nada podría contra el *Erasmus*! Ni nosotros. Podría estar bailando a nuestro alrededor hasta que arriásemos la bandera.

—¿Estáis seguro?

—Sí. Sería fatal. —Rodrigues cerró furiosamente el puño—. Pero, esperad un momento: el inglés dijo que había llegado aquí con sólo doce hombres, y no todos marineros, muchos de ellos eran mercaderes, y la mayoría estaban enfermos. No podrían gobernar el barco. El único lugar donde él podría conseguir una tripulación sería Nagasaki… o Macao. Podría solucionarlo en Nagasaki. Allí hay muchos que… Hay que mantenerlo alejado de allí y de Macao.

—¿Y si tuviese una tripulación indígena?

—¿Queréis decir algunos de los esbirros de Toranaga? ¿O *wako*? Crees que si Toranaga se ha rendido, todos sus hombres se convertirán en ronín, *¿neh?* Si el inglés tuviese tiempo, podría adiestrarlos. Sería fácil. ¡Cristo Jesús…! Perdonadme, padre, pero si el inglés reuniese una tripulación de samurais o de

wako… No podemos permitirlo, es demasiado peligroso. ¡Bien se vio en Osaka! Dejarlo suelto en su maldito barco, en Asia y con una tripulación de samurais…

Alvito veía que aumentaba su inquietud.

—Creo que lo mejor será enviar otro mensaje al padre Visitador. Si es tan urgente, hay que informarle. Él sabrá lo que se ha de hacer.

—¡Yo sé lo que hay que hacer! —exclamó Rodrigues, dando un puñetazo en la borda. Se puso en pie y se volvió de espaldas—. Escuchad, padre, oíd mi confesión: La primera noche, la primera vez que se plantó a mi lado en la galera, en alta mar, después de zarpar de Ánjiro…, mi corazón me dijo que tenía que matarlo, y después, volvió a decírmelo durante la tormenta. Que Dios me perdone, pero fue cuando le mandé que fuese a proa y, deliberadamente, viré sin avisarle, para matarlo, pero el inglés no saltó por la borda, como habría hecho otro cualquiera. Pensé que había sido la mano de Dios, y así lo confirmé cuando, más tarde, tomó el mando y salvó mi barco, y cuando mi barco estuvo a salvo y una ola me arrastró y empecé a ahogarme, mi último pensamiento fue el de que aquello era un castigo de Dios por mi asesinato frustrado. Esto no se hacía a un capitán…, ¡él no me lo habría hecho nunca a mí! Tenía bien merecido lo que me pasaba, y después cuando me encontré vivo y lo vi a él inclinado sobre mí, dándome de beber, me sentí terriblemente avergonzado, volví a pedir perdón a Dios y juré reparar mi falta. ¡Virgen santa! —exclamó, atormentado—. Aquel hombre me había salvado, aunque sabía que yo había tratado de matarlo. Lo vi en sus ojos. Me salvó y me ayudó a vivir, ¡y ahora tengo que matarlo!

—¿Por qué?

—El capitán general tenía razón: ¡Que Dios nos ayude si el inglés se hace a la mar en el *Erasmus*, con una tripulación aceptable!

Blackthorne y Mariko dormían en la paz nocturna de su casita, una de las varias que formaban la «Posada de las Camelias», situada en la Calle 9 del Sur. Cada una de ellas tenía tres habitaciones. Mariko ocupaba una de ellas con Chimmoko, Blackthorne, otra, y la tercera —que daba a la entrada y a la galería —, desocupada, se destinaba a comer, charlar y pasar el rato.

—¿Crees que estaremos seguros? —había preguntado Blackthorne—. ¿Sin Yoshinaka, ni doncellas, ni guardias que duerman aquí?

—No, Anjín-san. Nada es realmente seguro. Pero será agradable estar solos. Se dice que esta posada es la más bonita y famosa de Izú. Es linda *¿neh?*

Y lo era. Cada casita estaba montada sobre elegantes pilotes, con una galería alrededor y cuatro escalones de entrada, de las maderas más finas, pulidas y resplandecientes. Estaban separadas cincuenta pasos las unas de las otras y rodeadas de cuidados jardines, dentro del jardín más grande, cercado por una alta valla de bambú. Había arroyuelos y estanques de lirios, y cascadas, y muchos árboles floridos, que perfumaban de noche y de día, fragantes y frondosos. Preciosos senderos de piedra, delicadamente cubiertos, conducían a los baños centrales, fríos, templados y calientes, alimentados por manantiales naturales. Farolillos multicolores, amables criados y doncellas, y ni una palabra ruda que turbase el susurro de los árboles, el rumor del agua y el canto de las aves en sus pajareras.

—Desde luego, yo pedí dos casas, Anjín-san, una para ti y otra para mí. Por desgracia, sólo había una disponible, lo siento. En cambio, Yoshinaka está muy satisfecho, por no haber tenido que repartir sus fuerzas. Ha puesto centinelas en todos los senderos, de modo que estamos completamente a salvo y no pueden molestarnos como en otros sitios. ¿Cómo iban a hacerlo? ¿Qué hay de malo en dos habitaciones separadas, y compartiendo Chimmoko mi lecho?

—Nada. Nunca había visto un lugar tan hermoso. Eres muy inteligente… y muy hermosa.

—Eres muy amable conmigo, Anjín-san. Ahora, báñate, y después, cenaremos y tomaremos mucho saké.

—Bien. Muy bien.

—Deja tu diccionario, Anjín-san, por favor.

—Siempre me animas para que lo utilice.

—Si dejas el libro ahora… te diré un secreto.

—¿Cuál?

—He invitado a Yoshinaka-san a cenar con nosotros. Y a varias damas. Para distraernos.

—¡Ah!

—Sí. Y cuando yo me marche, elegirás una, *¿neh?*

—Lo siento, pero podría turbar tu sueño.

—Te prometo dormir profundamente, mi amor. En serio, un cambio podría sentarte bien.

—El año próximo, no ahora.

—Habla en serio.

—Ya lo hago.

—¡Ah! En tal caso, si cambiases amablemente de idea y la despachases pronto… *después* de que Yoshinaka-san se haya marchado con su acompañante… bueno, ¿quién sabe lo que podría reservarte la noche?

Bueno, el caso era que ahora estaba durmiendo, y que, de pronto, un ruido de voces airadas —entre las que se oían palabras en portugués— se filtró a través del sopor de Blackthorne. De momento, pensó que estaba soñando, después, reconoció la voz.

—¡Rodrigues!

Mariko murmuró algo, sumida aún en su sueño.

Al oír pasos en el sendero, saltó del lecho y se arrodilló, dominando su pánico. Levantó a Mariko como si fuese una muñeca, se dirigió al shoji y se detuvo en el momento en que éste se abría desde fuera. Era Chimmoko. La doncella tenía la cabeza baja y los ojos discretamente cerrados. Él corrió con Mariko en brazos y la depositó suavemente en su propio lecho, todavía medio dormida, y volvió, sin ruido, a su propia habitación, sintiendo un sudor frío a pesar de que la noche era templada. Se puso un quimono y salió presurosamente a la galería. Yoshinaka había llegado al segundo peldaño.

—¿*Nan desu ka*, Yoshinaka-san?

—*Gomen nasai*, Anjín-san —dijo Yoshinaka.

Señaló las luces de la última puerta de la posada y añadió muchas palabras, que Blackthorne no comprendió. Pero con ellas quería decirle que un hombre que estaba allí, un bárbaro, quería verlo, y que él le había dicho que esperase, y el otro no había querido esperar, portándose como un daimío, a pesar de no ser tal, y había tratado de abrirse paso por la fuerza, cosa que él había impedido. El hombre había dicho que era amigo suyo. ¿Lo era?

—¡Hola, inglés! ¡Soy yo, Vasco Rodrigues!

—¡Hola, Rodrigues! —le gritó alegremente Blackthorne—. Voy en seguida. *Hai, Yoshinaka-san. Kare wa watashi no ichiyujin desu* (Es mi amigo).

—*¡Ah so desu!*

—*Hai. Domo*.

Blackthorne bajó corriendo la escalera para dirigirse al portal. Oyó a su espalda la voz de Mariko.

—¿*Nan ja*, Chimmoko? —Y un murmullo de respuesta, y de nuevo su voz autoritaria—: ¡Yoshinaka-san!

—*Hai*, Toda-sama.

Blackthorne miró a su alrededor. El samurai subía la escalera y se dirigía a la

habitación de Mariko. La puerta estaba cerrada. Chimmoko estaba ante ella. Yoshinaka se inclinó ante la puerta y empezó a explicar a Mariko lo que pasaba. Blackthorne corrió por el sendero, con creciente animación, fijos los ojos en el portugués, con una amplia sonrisa de bienvenida, mientras la luz de los faroles arrancaba destellos de sus aretes y de la hebilla de su flamante sombrero.

—¡Hola, Rodrigues! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo está tu pierna? ¿Cómo me encontraste?

—¡Virgen santa! Has crecido, inglés, y has engordado. Sí, apuesto y gallardo como un maldito daimío —dijo Rodrigues, dándole un fuerte abrazo, al que él correspondió.

—¿Cómo está tu pierna?

—Me duele como una condenada, pero funciona, y te he encontrado preguntando dónde estaba el gran Anjín-san, el bastardo y bárbaro bandido de ojos azules.

Se echaron a reír y se intercambiaron bromas groseras, indiferentes a los samurais y a los servidores que les rodeaban. Después, Blackthorne envió a un criado a por saké e inició la vuelta a casa. Ambos caminaban con el balanceo propio de los marinos.

Yoshinaka esperaba en la galería.

—*Domo arigato*, Yoshinaka-san —dijo Blackthorne, dando de nuevo las gracias al samurai e indicando un cojín a Rodrigues—. Hablaremos aquí.

Rodrigues puso un pie en la escalera, pero se detuvo al plantarse Yoshinaka ante él, señalando el cuchillo y la pistola y alargando la mano izquierda, con la palma hacia arriba.

—*¡Dozo!*

El portugués frunció el ceño.

—*Iyé*, samurai-sama, *domo ari*…

—*¡Dozo!*

—*Iyé*, samurai-sama, *¡iyé!* —repitió Rodrigues, más vivamente—. *Watashi yujin* Anjín-san, *¿neh?*

Blackthorne avanzó un paso, todavía sorprendido por la brusquedad de aquel enfrentamiento.

—Yoshinaka-san, *shigata ga nai, ¿neh?* —dijo, sonriendo—. Rodrigues *yujin, wata*…

—*Gomen nasai*, Anjín-san. *¡Kinjiru!* —Yoshinaka gritó una orden. Inmediatamente, avanzaron varios samurais, que rodearon, amenazadores, a

Rodrigues, y aquél volvió a tender la mano—. *¡Dozo!*

—Esos bastardos son muy quisquillosos, inglés —dijo Rodrigues, con una sonrisa, que exhibió su boca desdentada—. Diles que se estén quietos. Jamás me he desprendido de mis armas.

Blackthorne se interpuso rápidamente entre los dos.

—Escucha, Rodrigues, ¿qué importa? Dáselas. Esto no tiene nada que ver contigo ni conmigo. Es por la dama, por Toda Mariko-sama. Está ahí. Ya sabes lo quisquillosos que son en prohibir las armas cerca de los daimíos o de sus esposas. Estaríamos discutiendo toda la noche.

El portugués sonrió forzadamente.

—Desde luego. ¿Por qué no? *Hai. Shigata ga nai*, samurai-sama. *¡So desu!*

Se inclinó como un cortesano, sin la menor sinceridad, desenvainó el cuchillo, sacó la pistola y los ofreció. Yoshinaka hizo una seña a un samurai, que tomó las armas y corrió al portal, donde las dejó en el suelo y permaneció de guardia. Rodrigues empezó a subir los peldaños, pero de nuevo le pidió Yoshinaka, cortés pero firmemente, que se detuviese. Otros samurais avanzaron para registrarlo. Rodrigues dio un paso atrás, furioso.

—*¡Iyé! Kinjiru. ¡Qué diablos…!*

Los samurais cayeron sobre él, le sujetaron los brazos y lo registraron minuciosamente. Le encontraron dos cuchillos en las cañas de las botas, dos pequeñas pistolas —una, oculta en el forro de la chaqueta, y la otra, debajo de la camisa— y un frasquito de peltre en el bolsillo de la cadera.

Blackthorne examinó las pistolas. Ambas estaban cargadas.

—¿También estaba cargada la otra?

—Sí, naturalmente. Esta tierra es hostil, ¿no lo habías advertido, inglés? ¡Diles que me suelten!

—No es la manera más corriente de visitar a un amigo por la noche, *¿neh?*

—Ya te he dicho que éste es un país hostil. Siempre voy armado hasta los dientes. ¿No lo haces tú? ¡Por Dios, di a esos bastardos que me suelten!

—¿No llevas más? ¿Esto es todo?

—Claro que sí. ¡Diles que me suelten, inglés!

Blackthorne entregó las pistolas a un samurai y avanzó un paso. Sus dedos palparon el interior del ancho cinturón de cuero de Rodrigues. Salió de su secreta vaina un estilete, muy fino, muy elástico, hecho del mejor acero de Damasco. Yoshinaka lanzó una maldición a los samurais que habían efectuado el cacheo. Éstos se disculparon, pero Blackthorne sólo observaba a Rodrigues.

—¿Algo más? —preguntó, jugando con el estilete.

Rodrigues lo miraba fríamente.

—Ya les enseñaré dónde y cómo tienen que buscar, Rodrigues. Dónde guardaría un tipo así…

El otro no respondió. Blackthorne avanzó, con el cuchillo.

—*Dozo*, Yoshinaka-san. *Watashi*…

—En la cinta del sombrero —dijo Rodrigues, con voz ronca, y Blackthorne se detuvo.

—Bien —dijo, y alargó la mano para asir el sombrero de ala ancha.

—¿No querías… enseñarles a ellos?

—¿Te gustaría que lo hiciese?

—Ten cuidado con la pluma, inglés, la aprecio mucho.

La cinta era ancha y rígida, y la pluma, airosa como el sombrero. Debajo de la cinta había un fino estilete, más pequeño que el otro y especialmente confeccionado para que el acero se adaptase con facilidad a la curva. Yoshinaka lanzó otra furiosa reprimenda a los samurais.

—Bueno. ¿Es esto todo, Rodrigues?

—Ya te lo he dicho.

—Júralo.

Rodrigues juró.

—Yoshinaka-san, *ima ichi-ban. Domo* —dijo Blackthorne—. (Ahora está bien. Gracias.)

Yoshinaka dio la orden. Sus hombres soltaron al portugués. Rodrigues se frotó los miembros, para aliviarse el dolor.

—¿Podemos sentarnos ya, inglés?

—Sí.

Rodrigues se secó el sudor con un pañuelo rojo, cogió el frasco de peltre y, con las piernas cruzadas, se sentó en uno de los cojines. Yoshinaka se quedó en la galería, sin alejarse mucho. Todos los samurais, menos cuatro, volvieron a sus puestos.

—Antes te pregunté si no llevabas más armas y mentiste.

—No te escuchaba. ¡Virgen santa! ¿Aguantarías tú que… te tratasen como a un vulgar criminal? —Y añadió, en tono agrio—: Nos han estropeado la velada… Pero, ¡espera, inglés! ¿Por qué hemos de dejar que la estropeen? Los perdono. Y te perdono, inglés. Tenías razón, y yo estaba equivocado. Pido

disculpas. Me alegro de verte. —Destapó el frasco y se lo ofreció—. Toma, es un *brandy* muy bueno.

—Tú primero.

Rodrigues palideció.

—¡Dios santo! ¿Crees que está envenenado?

—No. Pero bebe tú primero.

Rodrigues bebió.

—¡Más!

El portugués obedeció y se secó los labios con el dorso de la mano. Blackthorne aceptó el frasco.

—*¡Salud!* —Lo levantó y fingió beber, pero puso la lengua en la boca del gollete para evitar que el licor llegase a la suya, por mucho que le apeteciese la bebida—. ¡Ah! —dijo—. Está muy bueno. ¡Toma!

—Guárdalo, inglés. Es un obsequio.

—¿Del buen padre, o tuyo?

—Mío.

Blackthorne fingió beber de nuevo y dijo:

—Toma, echa otro trago.

Rodrigues sintió que el licor bajaba hasta la punta de sus pies y se alegró de haber vaciado el frasco que le había dado Alvito, llenándolo, después de lavado bien, con *brandy* de su propia botella. «Perdóname, Virgen santísima —dijo para sí—, por haber dudado del santo padre. ¡Oh, Madre mía, Señor Jesús, volved a la Tierra y transformad un mundo donde a veces no nos fiamos ni de los sacerdotes!»

—¿Qué te pasa?

—Nada, inglés. Sólo pensaba que este mundo está podrido, cuando ya no nos fiamos de nadie. Vine como amigo, y de nada ha servido.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Armado hasta los dientes?

—Siempre voy igual. Gracias a esto sigo viviendo, *¡Salud!* —El hombrón levantó tristemente el frasco y bebió—. Me cago en el mundo y me cago en todo.

—¿Quieres decir, en mí?

—O en mí, Vasco Rodrigues, capitán de la Marina portuguesa, no un astroso samurai. Hemos intercambiado muchos insultos, todos amistosamente. Hoy vine

a ver a mi amigo, y ya no lo tengo. Es triste.

—Sí.

—No debería estar triste, pero lo estoy. Mi amistad contigo me ha complicado extraordinariamente la vida. —Rodrigues se levantó, se estiró y se sentó de nuevo—. ¡Me fastidia sentarme en estos malditos cojines! Prefiero las sillas de a bordo. Bueno, *salud*, inglés.

—Cuando viraste aquella vez, y yo estaba en mitad del barco, lo hiciste para arrojarme por la borda, ¿no?

—Sí —contestó al punto Rodrigues, y se puso en pie—. Y me alegro de que lo hayas preguntado, pues me pesaba terriblemente en la conciencia. Me alegro de poder pedirte que me perdones, porque nunca habría podido confesártelo. Sí, me alegro de confesar mi vergüenza cara a cara.

—¿Crees que yo te habría hecho una cosa así?

—No. Pero si llegase el momento… Nada se sabe hasta que llega el momento de la prueba.

—¿Viniste aquí a matarme?

—No. Creo que no lo pretendía, aunque ambos sabemos que, para mi gente y para mi país, sería mejor que estuvieses muerto. Es triste, pero cierto. La vida es muy estúpida, ¿no, inglés?

—Yo no quiero tu muerte, capitán. Sólo quiero el Buque Negro.

—Escucha, inglés —repuso Rodrigues, sin rencor—. Si nos encontramos en el mar, tú en tu barco armado y yo en el mío, vigila por tu vida. Es lo que vine a prometerte, sólo esto. Pensé que podría decírtelo como amigo, y seguir siendo tu amigo. Salvo si nos encontramos en el mar. Estaré siempre en deuda contigo. *¡Salud!*

—Confío en capturar tu Buque Negro en el mar. *¡Salud*, capitán!

Rodrigues se alejó. Yoshinaka y los samurais lo siguieron. En el portal, el portugués recogió sus armas. Pronto se lo tragó la noche.

Yoshinaka esperó a que los centinelas se hubiesen colocado en sus puestos, y, cuando se hubo asegurado de que todo estaba en orden, se dirigió, cojeando, a su residencia. Blackthorne volvió a sentarse en uno de los cojines, y al cabo de un momento, llegó con la bandeja la doncella a quien había enviado a buscar saké. Le sirvió una taza, y se habría quedado para atenderlo, pero él la despidió. Ahora estaba solo. De nuevo lo envolvieron los sonidos nocturnos, el susurro del surtidor y el aleteo de los pájaros de noche. Todo volvía a ser como antes, pero todo había cambiado.

Tristemente, alargó una mano para llenar su taza, pero oyó un susurro de seda, y Mariko asió el frasco. Le sirvió, y llenó otra taza para ella.

—*Domo*, Mariko-san.

—*Do ita shimashité*, Anjín-san. —Se sentó en el otro cojín, y ambos sorbieron el vino caliente—. Iba a matarte, *¿neh?*

—No lo sé, no estoy seguro.

—¿Qué quiere decir «registrar a fondo»?

—Pues desnudar a los prisioneros y buscar en sus partes más recónditas.

—¡Oh! Aquí hacen igual, Anjín-san. A veces. Por esto no hay que dejarse coger. Si te dejas capturar, te envileces tanto que el aprehensor puede hacer lo que quiera contigo… Más vale no dejarse capturar, *¿neh?*

Él miró fijamente los farolillos movidos por la fresca y suave brisa.

—Yoshmaka tenía razón y yo estaba equivocado. El registro era necesario. Fue idea tuya, *¿neh?*

—Discúlpame, Anjín-san. Espero no haberte ocasionado molestias. Pero temía por ti.

—Gracias —replicó él, volviendo al latín, aunque lamentaba lo del registro.

«Sin el registro, aún tendría un amigo. Quizá», se dijo.

Mariko llevaba un quimono de noche y una capa azul, y el cabello peinado en trenzas que le llegaban a la cintura. Se volvió a mirar el portal, visible entre los árboles.

—Fuiste muy listo en lo del licor, Anjín-san. Casi me pellizqué de rabia por olvidarme de advertírselo a Yoshinaka. Y fuiste muy astuto al hacerle beber primero. ¿Emplean mucho el veneno en vuestros países?

—A veces. Hay quien lo hace. Es un procedimiento vil.

—Sí, pero muy eficaz. Aquí lo emplean también a veces.

—Es terrible no poder confiar en nadie, ¿eh?

—¡Oh, no, Anjín-san! Lo siento —respondió—. Es una de las normas más importantes de la vida.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO XLVII

El *Erasmus* aparecía recién pintado y embreado, la cubierta estaba inmaculada, el casco había sido calafateado, y el aparejo, reparado. Incluso el palo de trinquete, arrancado por el temporal, había sido sustituido por el último de los de recambio y montado en un ángulo perfecto. Todos los cabos de las cuerdas estaban pulcramente enrollados, y todos los cañones resplandecían, bajo una capa de aceite protectora, en las portañolas. Y el León de Inglaterra ondeaba, orgulloso, sobre todo esto.

—¡Ah del barco! —gritó alegremente Blackthorne desde detrás de la barrera.

Pero no obtuvo respuesta. Uno de los centinelas le dijo que hoy no había bárbaros a bordo.

—*Shigata ga nai* —dijo Blackthorne—. *Domo*. —Dominó su ardiente impaciencia por subir a bordo y se inclinó ante Mariko—. Es como si acabase de salir del astillero de Portsmouth, Mariko-san. Mira sus cañones, los chicos deben de haber trabajado como perros. Es hermoso, *¿neh?* ¡Cuánto deseo ver a Baccus, a Vinck y a los demás!

Mariko lo miraba a él, no al barco. Sabía que él la había olvidado y sustituido.

«No importa —se dijo—. Nuestro viaje ha terminado.»

Esta mañana habían llegado a la última barrera de las afueras de Yedo. Una vez más, habían sido comprobados sus papeles de viaje. Una vez más, les habían franqueado cortésmente el paso, pero esta vez les esperaba una nueva guardia de honor.

—Nos llevarán al castillo, Anjín-san. Tú te quedarás allí, y esta noche nos reuniremos con el señor Toranaga.

—Bueno, entonces nos sobra tiempo. Escucha, Mariko-san, los muelles no están a más de una milla de aquí, *¿neh?* Mi barco está allí, en alguna parte. ¿Quieres preguntarle al capitán Yoshinaka si podemos ir a verlo?

—Dice que lo lamenta, pero que no tiene instrucciones en este sentido, Anjín-san. Ha de llevarnos al castillo.

—Por favor, dile… pero tal vez será mejor que lo intente yo. *¡Taicho-san! Okasbira, sukosbi no aida watakushi wa ikitai no desu. Watakushi no funega osoko ni arimasu*. (Capitán, deseo ir allá un ratito. Mi barco está allí.)

—*Iyé, Anjín-san, gomen nasai. Ima*…

Mariko había escuchado, con aprobación y regocijo, los corteses argumentos y la firme insistencia de Blackthorne, hasta que Yoshinaka, de mala gana permitió que diesen un rodeo, pero sólo por un momento, *¿neh?*, y porque Anjín-san había hecho valer su condición de *hatamoto* y había dicho que un rápido examen era importante para el señor Toranaga, pues le ahorraría un tiempo valiosísimo a su señor y era vital para la reunión de esta noche. Sí, Anjín-san podía echar un vistazo, pero, desde luego, estaba prohibido subir al barco sin una autorización firmada por el señor Toranaga.

—*Domo*, Taicho-san —dijo efusivamente Blackthorne, más que satisfecho de su creciente dominio de la lengua y de sus medios de persuasión.

Hasta entonces, todo había sido perfecto, salvo el primer día después de su salida de Mishima cuando volvieron a ser alcanzados por el padre Tsukku-san y se rompió la precaria tregua entre los dos hombres. Su discusión había sido repentina, violenta, alentada por el incidente de Rodrigues y por un exceso de *brandy*. Se sucedieron las amenazas y las maldiciones, hasta que el padre Alvito emprendió el galope hacia Yedo, destruyendo la placidez del viaje.

—No debemos permitir que ocurra esto, Anjín-san.

—Pero ese hombre no tenía derecho…

—¡Oh, sí! De acuerdo. Tienes razón. Pero no dejes que este incidente destruya tu armonía, o estaremos perdidos los dos. Por favor, pórtate como un japonés. Olvida este incidente, que es sólo uno entre diez mil.

Lo intentó y lo consiguió a medias, y al día siguiente, de nuevo amigos, de nuevo amantes y de nuevo en paz los dos, ella siguió enseñándolo, moldeándolo —sin que él se diese cuenta— según el modelo de las Ocho Vallas.

—Me alegro de que el sacerdote se haya ido y no vuelva, Anjín-san.

—Sí.

—Pero habría sido mejor que no hubiese habido discusiones. Temo por ti.

—Nada ha cambiado. Él fue siempre mi enemigo, y siempre lo será. *Karma* es *karma*. Pero no olvides que nada existe fuera de nosotros. Todavía no. Ni él, ni nadie. No, hasta Yedo. *¿Neh?*

—Sí. Eres inteligente. Una vez más tienes razón. Y yo soy feliz de estar contigo.

La carretera de Mishima dejó rápidamente atrás los llanos y subió, serpenteando, por los montes en dirección al puerto de Hakoné. Permanecieron dos días allí, en la cumbre, gozosos y satisfechos, contemplando la maravilla del monte Fuji al salir y al ponerse el Sol, ceñido su pico por una corona de nubes.

—¿Es siempre así la montaña?

—Sí, Anjín-san, casi siempre está envuelta en brumas. Pero esto hace más clara y exquisita la vista de Fuji-san, *¿neh?* Si se quiere, se puede subir hasta la cumbre.

—¡Hagámoslo ahora!

—Ahora no, Anjín-san. Un día lo haremos. Hemos de dejar algo para el futuro, *¿neh?* Subiremos al Fuji-san en otoño…

Después, el grupo siguió hacia el Norte, por el frecuentado y bullicioso Tokaido, cruzando la gran taza de arroz del Imperio. Los llanos de aluvión eran ricos en agua y estaban cultivados hasta la última pulgada. El aire era ahora cálido y húmedo, y en él flotaba el hedor de excrementos humanos, que, después de mezclarlos con agua, servían de abono.

—El arroz nos da comida, Anjín-san, y *tatamis* donde dormir, sandalias para calzarnos, prendas de vestir para resguardarnos de la lluvia y del frío, bardas para conservar calientes nuestras casas, papel para escribir. Sin el arroz no existiríamos.

—¡Pero el hedor, Mariko-san!

—Es el pequeño precio que hemos de pagar por tanta abundancia, *¿neh?* Haz como nosotros: abre los ojos, los oídos y la mente. Escucha el viento y la lluvia, los insectos y los pájaros, oye crecer las plantas, y, en tu mente, verás generaciones que se suceden hasta el fin de los tiempos. Si haces esto, Anjín-san, pronto olerás sólo la belleza de la vida.

—¡Oh, gracias, señora! Pero debo confesar que empieza a gustarme el arroz. Sí, lo prefiero a las patatas. ¿Y sabes otra cosa? Ya no echo de menos la carne. ¿No es raro? Soy menos glotón que antes.

Tres días después de abandonar el puerto de Hakoné, la madrugada fue tan deliciosa, que Mariko se sentó en la galería con Chimmoko a observar el nacimiento de un nuevo día.

—¡Oh! Buenos días, dama Toda —dijo Gyoko, saludándola desde la entrada del jardín—. Maravillosa, aurora, *¿neh?*

—Sí, muy hermosa.

—Disculpa que te moleste. ¿Podría hablar contigo a solas? Sobre un negocio.

—Desde luego.

Mariko había bajado de la galería, deseosa de no turbar el sueño de Anjín-san. Envió a Chimmoko a buscar cha y ordenó que se tendiesen unas mantas sobre la hierba, cerca del surtidor.

Cuando estuvieron solas y juzgó correcto empezar, Gyoko dijo:

—He estado pensando en cómo podría ayudar más a Toranaga-sama.

—Mil kokús es una ayuda más que generosa.

—Pero tres secretos pueden serlo más.

—O uno solo, Gyoko-san, si es interesante.

—Anjín-san es un buen hombre, *¿neh?* También hay que ayudar a su futuro, *¿neh?*

—Anjín-san tiene su propio *karma* —respondió Mariko, sabiendo que había llegado el momento del regateo y preguntándose en qué debía transigir, si es que se atrevía a transigir en algo—. Estábamos hablando del señor Toranaga, *¿neh?* ¿O acaso uno de los secretos se refiere a Anjín-san?

—¡Oh, no, señora! Anjín-san tiene su propio *karma* y estoy segura de que tiene también sus secretos. Sólo pensé que, siendo Anjín-san uno de los vasallos predilectos del señor Toranaga, cualquier ventaja que obtenga nuestro señor ayudará en cierto modo a su vasallo, *¿neh?*

—De acuerdo. Y, desde luego, es deber de los vasallos transmitir cualquier información que pueda ayudar a su señor. Pero, ¿qué has dicho? ¿Cuatro secretos?

—Tres, señora. Me preguntaba si querrías hacer de intermediaria entre el señor Toranaga y yo. Sería inconcebible que yo le confiase directamente lo que sé que es verdad. Sería de mala educación, porque no sabría emplear las palabras adecuadas, ni cómo exponerle la información. En todo caso, en asuntos de cierta importancia, tenemos la buena costumbre de emplear un intermediario, *¿neh?*

—¿No sería preferible Kikú-san? No sé cuándo me enviará a buscar ni

cuánto tardaré en celebrar una entrevista con él, ni siquiera si le interesará escuchar lo que tenga que decirle.

—Discúlpame, señora, pero tú serías infinitamente mejor. Podrías valorar la información, cosa que ella no podría.

—No soy un consejero, Gyoko-san. Ni un tasador.

—Yo diría que vale mil kokús.

—*¿So desu ka?*

Gyoko se aseguró que nadie la escuchaba, y entonces contó a Mariko que el cura renegado había revelado lo que había dicho el señor Onoshi en confesión y él había relatado a su tío, el señor Harima, después, que el segundo cocinero de Omi había oído a éste y a su madre conspirar contra Yabú, y, por último, todo lo que sabía sobre Zataki, su visible deseo de dama Ochiba, y las relaciones de Ishido con ésta.

Mariko la escuchó atentamente sin hacer comentarios —aunque la revelación del secreto de confesión la había indignado profundamente—, pensando en la multitud de posibilidades que abría esta información. Luego interrogó detenidamente a Gyoko, para asegurarse de que había entendido perfectamente y grabar en su memoria cuanto le había dicho aquélla.

Cuando estuvo convencida de que sabía todo lo que Gyoko estaba dispuesta a revelar de momento —pues, sin duda, la astuta negocianta guardaba algo en reserva—, ordenó que trajeran más cha.

—No puedo saber cuán valiosa es esta información, Gyoko-san.

—Desde luego, Mariko-sama.

—Pero supongo que, junto con los mil kokús, el señor Toranaga se sentirá sumamente complacido.

Gyoko se tragó la palabrota que subía a sus labios.

—Perdona, pero el dinero no significa nada para un daimío tan importante, en cambio, mil kokús significan mucho para una campesina como yo, *¿neh?* Hay que saber siempre lo que es uno, dama Toda, *¿neh?* —dijo, con tono acerado.

—Sí, conviene saber lo que es y quién es cada uno, Gyoko-san. Ésta es una de las raras ventajas que tenemos las mujeres sobre los hombres. La mujer siempre lo sabe. Afortunadamente, yo sé quién soy. ¡Oh, sí! Por favor, vayamos al grano.

Gyoko no se acobardó ante la amenaza, sino que contraatacó.

—La cuestión es que ambas conocemos la vida y comprendemos la muerte, y ambas creemos que el trato que nos den en el infierno y todo lo demás

dependen del dinero.

—¿De veras?

—Sí. Lo siento, pero creo que mil kokús es demasiado.

—¿Es preferible la muerte?

—Ya he escrito mi poema funerario, señora:

Cuando muera,
no me queméis,
no me enterréis,
arrojad mi cuerpo al campo para engordar a algún perro hambriento.

—Esto podría arreglarse fácilmente.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Discúlpame, pero no es baladronada decir que me educaron bien, señora, en ésta y otras muchas cosas. No temo morir. He redactado mi testamento, con detalladas instrucciones a los míos para el caso de una muerte repentina. Por favor, perdóname por decirlo, pero soy como tú: no temo nada. Pero, a diferencia de ti en esta vida…, no tengo nada que perder.

—No hablemos de cosas tristes, Gyoko-san, en una mañana tan deliciosa. Porque es deliciosa, *¿neh?* —Mariko se dispuso a clavar sus colmillos—. Yo preferiría verte viva, que tuvieses una vejez honorable, como uno de los pilares de tu nuevo gremio. ¡Ah! Tuviste una buena idea. Magnífica, Gyoko-san.

—Gracias, señora. También yo preferiría verte viva, feliz y con todas las prosperidades que desees. Con todos los honores y diversiones que apetezcas. O que apetezca tu *hijo*.

Sin que ninguna de ambas lo advirtiese, el fino mango del abanico de Mariko se rompió entre sus dedos. La brisa había cesado, y el ambiente era ahora bochornoso en el jardín.

—¿Y qué…, qué honores o diversiones deseas para ti? —preguntó Mariko, mirando con maligna fascinación a la vieja, claramente consciente de que debía destruirla, si no quería que pereciese su hijo.

—Para mí, nada. El señor Toranaga me ha colmado de honores y riquezas que jamás había soñado. Pero, a mi *hijo sí*, el señor Toranaga podría ayudarle.

—¿Qué ayuda?

—Dos sables.

—Imposible.

—Habrá guerra. Harán falta muchos guerreros.

—Ahora, no la habrá. El señor Toranaga va a ir a Osaka.

—Dos sables. No es mucho pedir.

—Es imposible. Lo siento, pero yo no puedo darlos.

—Disculpa, pero a *ti* no te pido nada. Sin embargo, es lo único que me complacería. Sí. Lo único. —Una gota de sudor cayó de la cara de Gyoko a su falda—. Con gusto descontaría quinientos kokús del precio del contrato del señor Toranaga, en prueba de mi estima en estos duros tiempos. Los otros quinientos serían para mi hijo. Un samurai necesita una herencia, *¿neh?*

—Condenarías a muerte a tu hijo. Todos los samurais de Toranaga morirán muy pronto o se convertirán en *ronín*.

—*Karma*. Mis hijos tienen ya hijos, señora. Estos podrán decir a los suyos que hubo un tiempo en que fuimos samurais. Es lo único que importa, *¿neh?*

—Eso no está en mi mano.

—Cierto. Perdona. Pero es lo único que me satisfaría.

Toranaga movió la cabeza con irritación.

—Su información es interesante…, quizá…, pero no lo bastante para hacer samurai a su hijo.

—Parece ser un vasallo fiel, señor —replicó Mariko—. Dice que seria un honor para ella deducir otros quinientos kokús del contrato, para algún samurai necesitado. Y su idea sobre el gremio, sobre las *gei-shas* y la nueva clase de cortesanas, tendría efectos importantes, *¿neh?* Creo que no perderías nada.

—No estoy de acuerdo. No. ¿Por qué había de recompensarla? No hay razón para otorgarle este honor. ¡Es ridículo! No creo que ella se atreviera a pedirlo, ¿verdad?

—Habría sido una impertinencia hacerlo, señor. Yo hice la sugerencia, porque pensé que ella podía ser valiosa para ti.

—Probablemente sus secretos son otros tantos embustes.

Toranaga tocó una campanilla, e inmediatamente apareció un escudero en la puerta del fondo de la estancia.

—¿Señor?

—¿Dónde está la cortesana Kikú?

—En tus habitaciones, señor.

—¿Está Gyoko con ella?

—Sí, señor.

—Echadlas a las dos del castillo. ¡Inmediatamente! Enviadlas de nuevo a… No, alojadlas en una posada, en una posada de tercera clase, y decidles que esperen hasta que mande a buscarlas. —Y, cuando el hombre se hubo marchado, añadió, enfurruñado—: ¡Qué asco! ¡Los patanes quieren ser samurais! ¿Qué se habrán imaginado esos puercos campesinos?

Estaban en el sexto piso del alto torreón, y las ventanas dominaban la ciudad en sus tres cuartas partes. El crepúsculo era lúgubre, con un retazo de luna sobre el horizonte, y el aire era húmedo y bochornoso, aunque aquí, casi a cien pies por encima de las murallas del castillo, la habitación recibía hasta la más mínima ráfaga de viento.

Toranaga cogió el mensaje que le había enviado Hiro-matsu por medio de Mariko y volvió a leerlo. Ella advirtió que su mano temblaba.

—¿Para qué quiere venir a Yedo? —preguntó, arrojando el pergamino con impaciencia.

—No lo sé, señor. Sólo me pidió que te entregase este mensaje.

—¿Hablaste con el cristiano renegado?

—No, señor. Toshinaka-san dijo que lo habías prohibido.

—¿Por qué no volvió con vosotros el cura Tsukku-san?

—Después de Mishima, señor, riñó con Anjín-san. Y decidió continuar solo el viaje.

—¿Por qué se pelearon?

—En parte, por mí, señor, por mi alma. Y, sobre todo, por sus diferencias religiosas y por la rivalidad entre sus jefes.

—¿Quién empezó?

—Ambos tuvieron la culpa. El origen fue un frasco de licor. —Mariko le contó lo que había pasado con Rodrigues, y añadió—: Tsukku-san había comprado un segundo frasco como regalo, para interceder, según dijo, por Rodrigues-san, pero Anjín-san le dijo que no quería ningún «licor papista», que prefería el saké y que no se fiaba de los curas. El santo padre se indignó y se mostró igualmente brutal, diciendo que él nunca había empleado un veneno, que nunca lo haría y que jamás perdonaría una cosa así.

—¡Ah! ¿Veneno? ¿Emplean el veneno como arma?

—Anjín-san me dijo que algunos lo hacen, señor. Esto provocó frases más violentas, y ambos discutieron sobre religión, sobre mi alma, sobre los católicos

y los protestantes… Yo fui a buscar a Yoshinaka en cuanto pude, y él puso fin a la querella.

—Los bárbaros sólo causan disturbios, *¿neh?*

Ella no respondió. Su mal humor la inquietaba. Era algo impropio de él, y no parecía haber motivo para este derrumbamiento de su legendario aplomo. «Tal vez la impresión de la derrota es demasiado fuerte para él —pensó—. Sin él, todos estamos perdidos, mi hijo está perdido, y el Kwanto no tardará en cambiar de manos.» Se estaba contagiando de su aire lúgubre.

—Yo nací el año en que llegaron los primeros cristianos, y, desde entonces, parecen haber embrujado al país —dijo Toranaga—. Durante cincuenta y ocho años, todo han sido desdichas, *¿neh?*

—Lamento que te ofendiesen, señor. ¿Querías algo más? Con tu permiso…

—Siéntate. Todavía no he terminado. —Toranaga volvió a tocar la campanilla—. ¡Que venga Buntaro-san!

Buntaro entró, hosco el semblante. Se arrodilló y se inclinó. Mariko se inclinó a su vez, sin decir nada, pero él no le correspondió.

—Pediste verme lo antes posible, en presencia de tu esposa, ¿no es cierto, Buntaro-san?

—Sí, señor.

—¿Qué deseas?

—Te pido humildemente permiso para cortarle la cabeza a Anjín-san —dijo Buntaro.

—¿Por qué?

—Perdóname, señor, pero… no me gusta la manera en que mira a mi esposa. También me insultó en Anjiro, y no puedo vivir con esta vergüenza.

Toranaga miró a Mariko, que parecía petrificada.

—¿La acusas a ella de incitarlo?

—Yo… sólo pido permiso para cortarle la cabeza a él.

—¿La acusas a ella de incitarlo? ¡Responde a mi pregunta!

—Perdona, señor, pero si lo creyese, mi deber me obligaría a decapitarla a ella al mismo tiempo —replicó fríamente Buntaro, mirando al suelo—. El bárbaro trastorna continuamente mi armonía. Y creo que es una molestia para ti. Deja que le corte la cabeza. O deja que me lleve ahora a mi esposa, y esta noche saldremos los dos… para prepararte el camino.

—¿Qué dices a esto, Mariko-san?

—Es mi marido. Haré lo que él ordene, a menos que tú lo prohíbas, señor. Es

mi deber.

Él los miró a los dos. Entonces, su voz se endureció y, por unos instantes, volvió a ser el Toranaga de los viejos tiempos.

—Mariko-san, saldrás para Osaka dentro de tres días. Tú *me* prepararás el camino y me esperarás allí. Buntaro-san, tú me acompañarás como jefe de mi escolta cuando yo parta. Después de haber actuado como mi ayudante, tú o uno de tus hombres haréis lo mismo por Anjín-san…, con su consentimiento o sin él.

Buntaro carraspeó.

—Por favor, señor, ordena Cielo Car…

—¡Calla la boca! ¡Te he dicho tres veces que no! La próxima vez que tengas la impertinencia de dar un consejo que no se te ha pedido, ¡tendrás que abrirte la panza en una letrina de Yedo!

Ambos se quedaron horrorizados ante las groseras palabras de Toranaga, el cual se apresuró a añadir:

—Disculpad mi mal genio. Accedo a tu petición, Buntaro-san, pero sólo cuando me hayas secundado en el harakiri.

—Gracias, señor. Perdóname por haberte ofendido.

—Bien. Mariko-san, esta noche volverás con Anjín-san a la Hora del Perro. Ahora, puedes marcharte.

Cuando lo hubo hecho, Toranaga miró fijamente a Buntaro.

—Bueno, ¿la acusas a ella?

—Es…, es inconcebible que me traicione, señor —respondió torpemente Buntaro.

—De acuerdo. —Toranaga espantó una mosca con su abanico. Parecía muy cansado—. Y ahora escucha: quiero que vayas inmediatamente a Mishima, para relevar a tu padre por unos días. Él ha pedido autorización para venir a consultarme algo. No sé lo que será… Sea como fuere, debo tener a alguien de confianza en Mishima. Ten la bondad de partir al amanecer… por la ruta de Takato.

—¿Señor?

Buntaro vio que Toranaga hacía un gran esfuerzo por conservar la calma, pese a lo cual, le temblaba la voz.

—Tengo un mensaje privado para mi madre en Takato. No debes decir a nadie que vas allí. Cuando hayas salido de la ciudad, dirígete al Norte.

—Comprendo.

—El señor Zataki puede tratar de impedir que lo entregues. Pero debes

dárselo a ella en propia mano. ¿Lo entiendes? Llévate veinte hombres y partid al galope. Enviaré una paloma mensajera, a fin de que te entreguen un salvoconducto.

—Tu mensaje, ¿será verbal o escrito, señor?

—Escrito.

—¿Y si no puedo entregarlo?

—Destrúyelo antes de suicidarte. En el momento en que la mala noticia llegue a mis oídos, rodará la cabeza de Anjín-san. Y… ¿qué me dices de Mariko-san? ¿Qué debo hacer, si las cosas van por mal camino?

—Por favor, haz que se mate antes de morir tú, señor. Sería un honor para mí si… Ella merece un digno ayudante.

—No morirá con infamia, te lo prometo. Yo cuidaré de ello. Personalmente. Por favor, ven a buscar el mensaje al amanecer.

Buntaro le dio las gracias de nuevo y salió, avergonzado de las muestras de temor de Toranaga.

Una vez solo, éste sacó un pañuelo y se secó el sudor de la cara. Le temblaban los dedos. Trataba de dominarlos, pero no podía. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para seguir representando el papel de estúpido patán, para disimular su excitación por los secretos que, fantásticamente, le prometían la tan esperada oportunidad.

«Ochiba… —se decía, gozando con la idea—. ¡Conque esa arpía es el cebo para sacar a mi hermano de su nido de águilas! *Mi hermano desea a Ochiba*. Pero ahora es evidente que quiere algo más que a ella, y algo más que el Kwanto. Quiere el reino. Detesta a Ishido, odia a los cristianos, y ahora está lleno de celos a causa de la relación de Ishido con Ochiba. Por consiguiente romperá con Ishido, con Kiyama y con Onoshi. Porque lo que mi traidor hermano quiere realmente es ser shogun. Es un Minowara, con el linaje necesario y la ambición necesaria, pero sin el mandato. Y sin el Kwanto. Primero debe hacerse con el Kwanto, para conseguir todo lo demás.»

Toranaga se frotó las manos, satisfecho, al pensar en todas las posibilidades y maravillosas armas que este recién adquirido conocimiento le daba contra su hermano.

¡Y Onoshi, el leproso! Una gota de miel en el oído de Kiyama a su debido tiempo, retorciendo y mejorando discretamente la delación del renegado, y Kiyama reuniría sus legiones y se lanzaría inmediatamente contra Onoshi. «Gyoko está completamente segura, señor. El acólito hermano José dijo que el

señor Onoshi había confesado que había celebrado un trato secreto con Ishido contra un daimío también cristiano, y que había pedido la absolución. Según este solemne convenio, Ishido le prometió, a cambio de su apoyo actual, que, el mismo día en que tú murieses, aquel daimío cristiano sería inculpado de traición y enviado al Vacío, por la fuerza si fuese necesario, y que el hijo y heredero de Onoshi heredaría todas sus tierras. Pero no dio el nombre del daimío cristiano, señor.»

«¿Kiyama, o Harima de Nagasaki? —se preguntó Toranaga—. No importa. Me conviene que sea Kiyama.»

Se levantó, nervioso, a pesar de su entusiasmo, se dirigió a una de las ventanas y se apoyó en el antepecho de madera. Contempló la luna y el cielo. Las estrellas tenían un brillo apagado. Se estaban formando nubes de lluvia.

«¡Oh, Buda! ¡Oh, dioses! ¡Haced que mi hermano muerda el cebo! ¡Haced que sea verdad lo que dijo la mujer!»

No apareció ninguna estrella fugaz demostrativa de que el mensaje había sido recibido por los dioses. No se levantó viento, ni veló una nube la Luna en cuarto creciente. Pero aunque hubiese aparecido alguno de estos signos celestes, él lo habría considerado mera coincidencia.

Sabía que la tensión empezaba a delatarlo, pero era vital que ninguno de sus amigos ni vasallos —y, por ende, ningún espía de Yedo— sospechase un solo instante que sólo fingía la rendición y su papel de hombre derrotado. En Yokosé se había dado cuenta en seguida de que aceptar el segundo pergamino de su hermano habría significado su sentencia de muerte, y había decidido que su única posibilidad de supervivencia estaba en convencer a todos, e incluso a sí mismo, de que aceptaba la derrota, aunque en realidad sólo pretendía ganar tiempo, proseguir su táctica inveterada de ganar tiempo, negociar y simular la retirada, hasta que viese una rendija en la armadura del enemigo, sobre la yugular, para descargar en ella un golpe mortal.

Para pasar mejor el tiempo, siguió retocando su testamento. Éste contenía una serie de instrucciones secretas a sus sucesores, elaboradas durante años, para que, al morir él, pudiesen gobernar como era debido. Sudara había jurado ya observar estas instrucciones.

El testamento empezaba así: «El deber del señor de una provincia es dar paz y seguridad al pueblo, y no consiste en vestir de oropeles a sus antepasados o en trabajar por la prosperidad de sus descendientes…»

Una de sus máximas era: «Recordad que la fortuna y la desgracia son cosas

del cielo y de la ley natural. No se compran con oraciones ni con astucia, por ningún hombre o presunto santo.»

Toranaga tachó lo del «presunto santo».

Normalmente, habría disfrutado aguzando su ingenio para escribir con claridad y concisión, pero durante los últimos y largos días y noches había necesitado toda su fuerza de voluntad para seguir representando su fingido papel.

El éxito obtenido hasta ahora le satisfacía y, al mismo tiempo, le repugnaba. ¿Cómo podía ser tan crédula la gente?

«Da gracias a los dioses de que lo sea —se respondió por enésima vez—. Al aceptar la "derrota" has evitado dos veces la guerra. Aún estás atrapado, pero ahora tu paciencia ha sido, al fin, recompensada y tienes una nueva oportunidad.

»Tal vez la tienes —se corrigió—. A menos que los secretos sean falsos y hayan sido inventados por un enemigo para enredarte más.»

Se dirigió a su mesa y empezó a escribir. Pedía a su madre que actuase de mediadora entre su medio hermano y él y que le presentase un plan para el futuro de su clan. En primer lugar, pedía a su hermano que considerase la conveniencia de casarse con dama Ochiba: «… desde luego, sería inconcebible que yo lo hiciese. Muchos daimíos se indignarían por mi "ambición insaciable". En cambio, su enlace contigo cimentaría la paz del Reino y aseguraría la sucesión de Yaemón, pues nadie duda de tu lealtad, aunque algunos duden erróneamente de la mía. Una vez eliminados los traidores a Su Alteza Imperial y repuesto yo en el cargo que me corresponde de Presidente del Consejo de Regencia, invitaría al Hijo del Cielo a patrocinar este matrimonio, si tú estuvieses dispuesto a aceptar dicha carga. Creo sinceramente que el sacrificio es la única manera que tenemos ambos de asegurar la sucesión y de cumplir nuestro deber, según juramos al *Taiko*. Segundo: recibirías todas las propiedades de los traidores cristianos Kiyama y Onoshi, que están tramando actualmente, junto con los sacerdotes bárbaros, una traidora guerra contra todos los daimíos no cristianos, apoyados por invasores bárbaros armados con mosquetes, *como ya hicieron antaño contra nuestro señor el Taiko*. Además, recibirías las tierras de todos los cristianos de Kiusiu que se aliasen con el traidor Ishido contra mí, en la batalla definitiva. (¿Sabías que este campesino advenedizo ha tenido la impertinencia de decir que, cuando yo esté muerto y *él gobierne* a los regentes, disolverá el Consejo y se casará con la madre del Heredero?)

»Y, a cambio de lo expresado, sólo esto, hermano: un tratado secreto de alianza ahora mismo, garantía de paso de mis ejércitos por los montes de

Shinano, un ataque conjunto contra Ishido, bajo mi mando supremo y en el momento y de la manera que yo decida. Por último, como prueba de mi buena fe, enviaría inmediatamente a mi hijo Sudara, con su esposa dama Genjiko, sus hijos e incluso mi único nieto, a Takato, bajo tu custodia…»

«¿Es verdad que Zataki desea a Ochiba? —pensó—. En realidad, arriesgo mucho basándome sólo en las presuntas revelaciones de una tosca doncella y un hombre murmurador. ¿No puede mentir Gyoko, esa sanguijuela, buscando sólo su provecho? ¡Su hijo samurai! Ésta es la verdadera llave que abre todos sus secretos. Debe de tener alguna prueba contra Mariko y Anjín-san. ¿Por qué, si no, me habría hecho Mariko esta proposición? ¡Toda Mariko y el bárbaro! ¡El bárbaro y Buntaro! ¡Uf! ¡Qué extraña es la vida!»

Sintió otra punzada en el corazón. Luego, escribió el mensaje que había de llevar la paloma mensajera y subió al desván. Escogió cuidadosamente una paloma de Takato de una de las muchas cestas y le colocó la anilla. Después, puso la paloma en la percha de una jaula abierta, para que pudiese emprender el vuelo al despuntar el día.

En el mensaje pedía a su madre que solicitase un salvoconducto para Buntaro, que llevaría importantes comunicaciones para ella y para Zataki. Y lo había firmado, igual que la proposición, con el nombre de Yoshi Toranaga-noh-Minowara, título que empleaba por primera vez en su vida.

Una vez más, contempló la ciudad a sus pies. Junto a los muelles pudo ver los puntos de luz que rodeaban el barco bárbaro.

«Hay otra llave», pensó, y empezó a reflexionar sobre los tres secretos. Sabía que algo le había pasado por alto.

«¡Ojalá estuviese Kiri aquí!», exclamó, como hablando con la noche.

Mariko estaba arrodillada ante el espejo de metal pulimentado. Entre sus manos, la daga reflejaba la vacilante luz de la lámpara de aceite.

«Debería usarte —se dijo, llena de dolor. Sus ojos buscaron la Virgen y el Niño, en su hornacina rodeada de flores, y se llenaron de lágrimas—. Sé que el suicidio es un pecado mortal, pero, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo podría vivir con esta vergüenza? Es mejor que lo haga yo misma, antes de que me delaten.»

La habitación, como toda la casa, estaba en silencio. Era ésta su casa familiar, construida dentro del recinto de las murallas interiores y del ancho foso del castillo, donde sólo podían alojarse los más fieles y distinguidos hatamotos.

Mariko oyó pasos. Chirrió la puerta principal, al abrirse, y se oyó el ruido de los criados que corrían a recibir a su amo. Ella escondió rápidamente el cuchillo en su *obi* y se secó las lágrimas. Oyó unos pasos que se acercaban y abrió la puerta.

Buntaro, malhumorado, le dijo que Toranaga había cambiado nuevamente de idea y lo enviaba a Mishima por una temporada.

—Es como una caña rota. Me avergüenza decirlo. Terrible, pero es verdad. Tendríamos que ir a la guerra. Es mucho mejor ir a la guerra que saber que Ishido se reirá en mis barbas, burlándose de mi *karma*.

—Sí, lo siento. ¡Ojalá pudiese hacer algo por ayudarte! ¿Quieres tomar saké o cha?

Buntaro se volvió y gritó a un criado que esperaba en el pasillo:

—¡Trae saké! ¡En seguida!

—No te inquietes, señor —dijo ella, apaciguadora—. El baño está a punto y he enviado a buscar a tu favorita.

—Si no tiene agallas para seguir mandando —insistió él—, debería renunciar en favor del señor Sudara. Es su hijo y heredero legal, *¿neh?*

—Sí, señor.

—Sí. O, mejor aún, debería hacerse lo que sugirió Zataki. El harakiri. Entonces, Zataki y sus ejércitos lucharían a nuestro lado. Con ellos y los mosquetes, podríamos llegar a Kioto, sé que podríamos. Y aunque fracasáramos, sería mejor que rendirnos como sucios y cobardes comedores de ajos. Nuestro señor ha perdido todos sus derechos, *¿neh? ¿NEH?* —rugió, volviéndose a ella.

—Perdona, pero yo no soy nadie para decirlo. Es nuestro señor feudal.

Buntaro se volvió una vez más de espaldas y, enfurruñado, contempló el torreón. Había luces en todos los pisos. Particularmente, en el sexto.

—Hay que invitarlo a morir, y, si no quiere…, ayudarle a hacerlo. Muchos comparten mi opinión, pero no el señor Sudara. Cuando veas a su esposa, a dama Genjiko, háblale y convéncela. Entonces, ella lo convencerá a él, pues lo tiene en un puño. Sois amigas y te escuchará.

—Creo que sería una traición, señor.

—¡Te ordeno que le hables!

—Te obedeceré.

—¡Obedecer! —gruñó él—. ¿Por qué eres siempre tan fría conmigo? —La observó un momento en silencio, y después dijo—: Yo no te acusé. Si hubiese pensado que…, no habría vacilado.

—No habrías vacilado en hacer… ¿qué? —le escupió Mariko, sin proponérselo—. ¿En matarme, señor? ¿O en dejarme vivir para avergonzarme más?

—No te acusé. ¡Sólo a él! —rugió Buntaro.

—Me acusaste ante nuestro señor, y no te atreves a cumplir con tu deber. ¡Tienes miedo! ¡*Eres* un cobarde! ¡Un sucio y cobarde comedor de ajos!

El sable se le salió de la vaina, y ella se alegró de haberlo puesto, al fin, en el disparadero.

Pero el sable permaneció inmóvil en el aire… Después, ciegamente, con toda la fuerza de sus manos, Buntaro lo descargó sobre el poste de un rincón, y la hoja casi partió el duro madero, de un pie de grueso. Luego tiró del sable, pero éste no cedió. Enloquecido, lo torció y retorció, hasta que la hoja se rompió con un chasquido. Con una última maldición, arrojó contra la pared la rota empuñadura y salió de la estancia como un borracho.

Mariko permaneció inmóvil un momento, como en trance. Después, el color retornó a sus mejillas. Volvió en silencio a su espejo. Estudió su imagen por un instante. Después, con toda calma, acabó de aplicarse los afeites.

Blackthorne subió los peldaños de dos en dos, seguido de sus guardias. Estaban en la escalera principal del torreón, y se alegraba de que los sables no le estorbasen. Los había entregado formalmente en el patio, a los primeros guardias, los cuales le habían registrado cortés, pero minuciosamente. La escalera y los rellanos estaban iluminados con antorchas.

El sexto piso estaba fuertemente custodiado, como todos los demás. Los samurais de su escolta se acercaron a los que guardaban la última puerta fortificada, y saludaron. Éstos devolvieron el saludo e hicieron señal a Blackthorne de que esperase.

Mariko apareció en el último recodo de la escalera y se colocó al lado de él.

—¿Estás bien? —preguntó Blackthorne.

—Sí, gracias —respondió ella, ligeramente sofocada.

Pero aún mostraba la misma curiosa serenidad o indiferencia que él había advertido al verla en el patio y que nunca había observado en ella hasta entonces.

«No te preocupes —se dijo, confiadamente—. Es por el castillo y Toranaga y Buntaro, y por hallarse en Yedo. Ahora sé lo que he de hacer.»

Desde que viera el *Erasmus*, sentíase invadido de una inmensa alegría. En

realidad, no había esperado encontrarlo tan perfecto, tan limpio, tan bien cuidado y tan a punto. «Ya no hay por qué quedarse en Yedo», había pensado entonces.

—¡Anjín-san!

—*¿Hai?*

—*Dozo*.

La puerta fortificada se abrió sin ruido. Toranaga estaba sentado en el fondo de la cuadrada habitación, sobre un *tatamis* elevado. Solo.

Blackthorne se arrodilló e hizo una profunda reverencia, planas las manos en el suelo.

—*Konwanwa*, Toranaga-sama. *¿Ikaga desu ka?*

—*Okagesana, de genki desu. ¿Anata wa?*

Toranaga parecía más viejo y ajado y mucho más delgado. «Shigata ga nai —se dijo Blackthorne—. El *karma* de Toranaga no tocará el *Erasmus*, sino que será su salvador.»

Respondió a las preguntas formularias de Toranaga en japonés sencillo, pero con buen acento, empleando una técnica de simplificación que le había enseñado Alvito. Toranaga lo felicitó por sus progresos y empezó a hablar más rápidamente.

Blackthorne le respondía en forma adecuada, aunque vacilando un poco y empleando un vocabulario limitado, hasta que Toranaga le hizo una pregunta cuyas palabras clave no comprendió en absoluto.

—*¿Dozo? Gomen nasai*, Toranaga-sama —dijo, disculpándose—. *Wakarimasen* (No comprendo.)

Toranaga repitió la pregunta, con palabras más sencillas. Blackthorne se volvió a Mariko.

—Perdona, Mariko-san. ¿Qué quiere decir *sonkei su beki umi?*

—«Apto para navegar», Anjín-san.

—¡Ah! *Domo*. —Blackthorne se volvió. El daimío le había preguntado si podía asegurarse en seguida de que su barco estaba completamente listo para navegar, y cuánto tardaría en saberlo. Él respondió: «Sí. Fácil. Medio día, señor.»

Toranaga pensó un momento y, después, le dijo que lo hiciese al día siguiente y que le informase por la tarde, a la Hora de la Cabra.

—*¿Wakarimasu?*

—*Hai*.

—Entonces podrás ver a tus hombres —añadió Toranaga.

—¿Señor?

—A tus vasallos. Te envié a buscar para decirte que mañana tendrás tus vasallos.

—¡Ah, comprendo! Vasallos samurais. Doscientos hombres.

—Sí. Buenas noches, Anjín-san. Hasta mañana.

—Discúlpame, señor. ¿Puedo preguntarte respetuosamente tres cosas?

—¿Cuáles?

—Primera: ¿Podría ver en seguida a mi tripulación? Ganaríamos tiempo, *¿neh?* Por favor.

Toranaga accedió y dio una breve orden a uno de los samurais, para que lo guiase.

—Llévate una guardia de diez hombres. Conduce a Anjín-san allí y tráelo de nuevo al castillo.

—Sí, señor.

—¿Qué más, Anjín-san?

—¿Es posible hablar a solas? Poco rato. Por favor, perdona mi rudeza.

Blackthorne procuró ocultar su ansiedad, mientras Toranaga preguntaba a Mariko de qué se trataba. Ella le respondió, sinceramente, que sólo sabía que Anjín-san tenía que decirle algo reservado, pero que no le había preguntado lo que era.

—Está bien, Anjín-san —respondió Toranaga—. Ten la bondad de esperar fuera, Mariko-san. —Ella se inclinó y salió—. ¿Y bien?

—Perdón, pero oí decir que el señor Harima de Nagasaki es ahora enemigo.

Toranaga se sorprendió, porque él sólo se había enterado del público compromiso de Harima con Ishido al llegar a Yedo.

—¿Dónde obtuviste esa información?

—¿Perdón?

Toranaga repitió la pregunta más despacio.

—¡Ah! Comprendo. Oí sobre señor Harima en Hakoné. Gyoko-san lo dijo. Gyoko-san lo oyó en Mishima.

—Esa mujer está bien informada. Tal vez demasiado.

—¿Señor?

—Nada. Prosigue. ¿Qué hay del señor Harima?

—Señor, permite que diga respetuosamente: mi barco, arma grande contra Buque Negro, *¿neh?* Si yo tomo rápidamente Buque Negro, sacerdotes muy enfadados, porque no dinero cristiano aquí, no dinero portugués otros países.

Año pasado, no Buque Negro aquí, y no dinero, *¿neh?* Si yo tomo Buque Negro rápidamente, y también año próximo, todos los sacerdotes mucho miedo. Esto verdad, señor. Piensa sacerdotes *deben* ceder, si amenazados. ¡Toranaga-sama tendrá sacerdotes así! —exclamó, cerrando el puño, para recalcar sus palabras.

Toranaga lo había escuchado atentamente, observando sus labios mientras hablaba.

—Te entiendo, pero, ¿con qué fin, Anjín-san?

—Señor Onoshi, señor Kiyama y señor Harima.

—Ya. ¿Quieres entremeterte en nuestra política como los sacerdotes? ¿También tú te imaginas que sabes cómo regir este país, Anjín-san?

—Discúlpame, señor. No comprendo.

—No importa. —Toranaga reflexionó un buen rato y dijo al fin—: Los sacerdotes dicen que no tienen poder para dar órdenes a los daimíos cristianos.

—No verdad, señor, perdona. Dinero gran poder sobre sacerdotes. Verdad, señor. Si no Buque Negro este año, y no Buque Negro próximo año, ruina. Muy malo para sacerdotes. Verdad, señor. Dinero es poder. Por favor, piensa: Si Cielo Carmesí mismo tiempo o antes, yo ataco Nagasaki. Nagasaki enemigo ahora, *¿neh?* Yo tomo Buque Negro y ataco rutas marítimas entre Kiusiu y Hondo. ¿Tal vez amenaza bastante para convertir enemigo en amigo?

—No. Los sacerdotes interrumpirán el comercio. Yo no estoy en guerra con los sacerdotes ni con Nagasaki. Con nadie. Voy a ir a Osaka. No habrá Cielo Carmesí. *¿Wakarimasu?*

—*Hai*.

Blackthorne no se turbó en absoluto. Sabía que Toranaga comprendía perfectamente que esta posible maniobra atraería a una parte importante de las fuerzas de Kiyama-Onoshi-Harima, todas las cuales tenían su base en Kiusiu. Y el *Erasmus* podía ciertamente hacer fracasar el transporte en gran escala de tropas por mar, desde aquella isla a la principal.

—Anjín-san, ¿porqué no has dicho esto en presencia de Mariko-san? ¿Crees que lo habría dicho a los sacerdotes?

—No, señor. Pero guerra no asunto de mujeres. Una última pregunta, Toranaga-sama —dijo Blackthorne—: Hatamoto piden favores a veces. ¿Puedo respetuosamente pedir uno?

Toranaga dejó de abanicarse.

—¿Qué favor?

—Yo sé que divorcio fácil si señor quiere. Pido Toda Mariko-sama por

esposa. —Toranaga se quedó pasmado, y Blackthorne temió haber ido demasiado lejos—. Perdona mi rudeza —añadió.

Toranaga se recobró rápidamente.

—¿Está de acuerdo Mariko-san?

—No, Toranaga-sama. Secreto *mío*. Nunca decir a ella, a nadie. Secreto sólo mío. No decir a Mariko-san. Nunca. *Kinjiru, ¿neh?* Pero sé marido y mujer enfadados. Divorcio fácil en Japón. Esto sólo secreto mío. Pido sólo señor Toranaga. Muy secreto. Nunca Mariko-san. Perdóname si te he ofendido, por favor.

—Una petición muy presuntuosa para ser hecha por un extranjero. ¡Algo inaudito! Como eres hatamoto, tengo el deber de pensarlo, pero te prohíbo que se lo digas a ella en ninguna circunstancia. Ni a ella, ni a su marido. ¿Está claro?

—¿Perdón? —dijo Blackthorne, que no había entendido una palabra y era incapaz de pensar.

—Mal pensado y pedido, Anjín-san. ¿Comprendes?

—Sí, señor. Lo sien…

—No me enfado, porque Anjín-san es hatamoto. Lo pensaré. ¿Entendido?

—Sí, creo que sí. Gracias. Perdona mi mal japonés, lo siento.

—No hables con ella, Anjín-san, sobre el divorcio. Ni con Mariko-san, ni con Buntaro-san. *Kinjiru. ¿Wakarimasu?*

—Sí, señor. Comprendo. Secreto sólo tuyo y mío. Gracias. Perdona mi rudeza y gracias por tu paciencia.

Blackthorne hizo una reverencia y salió. La puerta se cerró a su espalda. Todos los del rellano le observaron con curiosidad.

Habría querido compartir su entusiasmo con Mariko. Pero se lo impidió la distraída serenidad de ella y la presencia de los guardias.

—Siento haberte hecho esperar —se limitó a decir.

—Lo hice con gusto —respondió ella, en el mismo tono de total indiferencia.

Él se dijo: «No debes preocuparte, Mariko, ni adoptar esta actitud tan solemne. Lo he resuelto todo. Toranaga accederá a todas mis peticiones.»

Al llegar al extremo del iluminado *Ichi-bashi* —Primer Puente— que conducía a la ciudad propiamente dicha, ella se detuvo.

—Ahora debo dejarte, Anjín-san.

—¿Cuándo te veré?

—Mañana. A la Hora de la Cabra. Te esperaré en el patio.

—¿No podré verte esta noche, si vuelvo pronto?

—No, lo siento. Discúlpame, pero no esta noche. —Le hizo una reverencia formal—. *Konbanwa*, Anjín-san.

Él se inclinó a su vez. Como un samurai. Y la observó mientras ella volvía a cruzar el puente, acompañada de algunos portadores de antorchas, como insectos luminosos. Pronto desapareció entre la gente y en la noche.

Entonces, con creciente excitación, Blackthorne dio la espalda al castillo y se echó a andar detrás de su guía.

CAPÍTULO XLVIII

—Los bárbaros viven ahí, Anjín-san —dijo el samurai, señalando al frente.

Blackthorne atisbo, nervioso, en la oscuridad. El aire era bochornoso, sofocante.

—¿Dónde? ¿En aquella casa? ¿Allí?

—Sí. Exacto. ¿La ves?

Más allá de aquel pedazo de tierra desnuda y fangosa se veía otro amasijo de chozas y callejones, y, dominándolo todo, una casa grande recortaba vagamente su silueta contra el cielo de azabache.

Blackthorne miró un momento a su alrededor para orientarse, empleando el abanico para espantar los pegajosos insectos. Después de dejar atrás el Primer Puente, no tardó en perderse en aquel laberinto.

Habían recorrido innumerables calles y callejones, primero en dirección al mar, después hacia el Este, cruzando puentes grandes y pequeños, y luego, de nuevo, hacia el Norte, siguiendo las orillas de otro riachuelo que serpenteaba a través de los arrabales, donde la tierra era baja y húmeda. Cuanto más se alejaban del castillo, más sucias eran las calles y más pobres las viviendas. La gente era más obsequiosa, y eran cada vez menos las luces que brillaban detrás de los *shojis*.

Aquí, en el borde sudoriental de la ciudad, el terreno era completamente pantanoso, y la carretera rezumaba un líquido putrefacto. Hacía ya rato que el hedor había aumentado sensiblemente: un miasma de algas y heces fecales y, dominándolo todo, un olor acre a sudor que no podía identificar, pero que le parecía conocido.

—Esto apesta como Billingsgate en marea baja —murmuró, matando otro mosquito que se había posado en su mejilla.

Tenía todo el cuerpo pegajoso de sudor.

Al acercarse más, vio que la casa, de un solo piso, era medio japonesa y medio europea. Estaba construida sobre pilotes y rodeada de una alta y desvencijada valla de bambú, y era mucho más nueva que las chozas arracimadas cerca de ella. No había puerta en la valla, sino sólo un agujero. El techo era de barda, la puerta de entrada, recia, las paredes, toscas, y las ventanas,

con postigos de estilo holandés. Acá y allá se filtraba luz por las rendijas. Se oían canciones y gritos, pero, de momento, no pudo reconocer las voces. Unas losas llevaban directamente a la escalera de la galería, a través de un descuidado jardín. Una corta asta de bandera estaba atada al portal. Blackthorne se detuvo y levantó la cabeza. De ella pendía descuidadamente una lacia bandera holandesa de confección casera, y su pulso se aceleró al contemplarla.

Alguien abrió la puerta de entrada. Un rayo de luz se derramó sobre la galería. Baccus van Nekk se tambaleó ebriamente, y se acercó al borde y se puso a orinar, formando un alto y curvo surtidor.

—¡Ahhhh! —murmuró, extasiado—. No hay nada como una buena meada.

—¡Eh! —gritó Blackthorne en holandés, desde el portal—. ¿Por qué no empleas un cubo?

—¿Eh? —Van Nekk pestañeó cegato, mirando la oscuridad y Blackthorne, que estaba con el samurai bajo las luces—. ¡Santo Dios! ¡Unos samurais! —Se dobló torpemente por la cintura—. *Gomen nasai*, samurai-sama. *Ichibon gomen nasai* a todos los monos-samas. —Se irguió, esbozó una forzada sonrisa y murmuró, medio para sí—: Estoy más borracho de lo que me figuraba. ¡Me pareció que ese bastardo hijo de perra hablaba en holandés! *Gomen nasai, ¿neh?* —dijo de nuevo, volviéndose hacia la casa.

—¡Eh, Baccus! ¿Sólo se te ocurre insultar a los tuyos?

—¿Qué? —Van Nekk giró en redondo y miró, como a tientas, hacia las luces, tratando desesperadamente de ver con claridad—. ¡Capitán! —dijo, con voz ahogada—. ¿Sois vos, capitán? ¡Malditos sean mis ojos, que no me dejan ver! ¡Por el amor de Dios, capitán!, ¿sois vos?

Blackthorne soltó una carcajada.

—Sí, ¡soy yo! —Y, volviéndose al samurai, que observaba con mal disimulado disgusto—: *Matte kurasai*. (Espérame, por favor.) Hai, Anjín-san.

Blackthorne avanzó, y ahora, bajo el rayo de luz, pudo ver la basura que se amontonaba en el jardín. Con cierta repugnancia, salió de aquel muladar y subió la escalera.

—Hola, Baccus, estás más gordo que cuando salimos de Rotterdam, *¿neh?* —dijo, golpeándole afectuosamente la espalda.

—¡Dios Santo! ¿Sois realmente vos?

—Sí. Claro que soy yo.

—Hace tiempo que os dimos por muerto. —Van Nekk alargó una mano y tocó a Blackthorne, para asegurarse de que no estaba soñando—. ¡Señor Jesús,

mis plegarias fueron escuchadas! ¿Qué ha sido de vos, capitán, y de dónde venís? ¡Es un milagro! Creía que los diablos de la ginebra me gastaban otra treta… Entremos, pero dejad que os anuncie primero, ¿eh?

Se echó a andar, haciendo algunas eses, aunque su embriaguez se había aliviado un tanto a causa de la alegría. Blackthorne le siguió. Van Nekk abrió la puerta y gritó, dominando los roncos cantos:

—¡Muchachos! ¡Mirad qué regalo de Navidad os traigo!

Y cerró la puerta de golpe detrás de Blackthorne, para mayor efecto.

Se hizo un silencio instantáneo.

Blackthorne tardó un momento en adaptar sus ojos a la luz. El aire fétido casi lo asfixiaba. Los vio a todos boquiabiertos, mirándole como si fuese un alma en pena. Después se rompió el hechizo y hubo gritos de bienvenida, abrazos y palmadas en la espalda, y todos hablaban al mismo tiempo. «¿De dónde venís, capitán?», «Echad un trago», «¡Jesús!, ¿es posible?», «¡Es estupendo que hayáis vuelto!», «Os dábamos por muerto», «No, todos estamos bien, bueno, casi bien», «Sal de esa silla, ramera. El capitán-sama debe tener el mejor asiento», «¡Eh! Grog, *¿neh?* ¡De prisa! ¡De prisa!», «Mis malditos ojos se me salen de las órbitas. Quiero estrechar su mano…».

Por último, Vinck gritó:

—¡Por turno, muchachos! ¡Dadle una oportunidad! ¡Dad la silla y un trago al capitán, por el amor de Dios! Sí, también yo pensé que era un samurai…

Alguien puso un vaso de madera en la mano de Blackthorne. Éste se sentó en la desvencijada silla, y todos levantaron sus copas, y empezó de nuevo el alud de preguntas.

Blackthorne miró a su alrededor. La habitación estaba amueblada con bancos y unas cuantas sillas y mesas muy toscas, e iluminada con velas y lámparas de aceite. Un barrilito grande de saké estaba en el sucio suelo. En una de las mesas había platos sucios y una tajada de carne medio asada y cubierta de moscas.

Junto a la pared había seis mujeres astrosas que se habían puesto de rodillas y le hacían reverencias.

Sus hombres, radiantes, esperaban que empezase: Sonk, el cocinero, Johann Vinck, el primer artillero, Salamon *el Mudo*, Croocq, el grumete, Ginsel, el confeccionador de velas, Baccus van Nekk, jefe de los mercaderes y tesorero y, por último, Jan Roper, el otro mercader, que permanecía apartado como siempre, con su agria sonrisa en el flaco y adusto semblante.

—¿Dónde está el capitán general? —preguntó Blackthorne.

—Murió, capitán —respondió Baccus—. No llegó a salir del pozo. ¿Recordáis que estaba enfermo? Pues bien, cuando os llevaron de allí, lo oí jadear en la oscuridad. Yo estaba sentado a su lado, capitán. Pedía agua, pero no había, y él gemía y se ahogaba. No sé cuánto duró, pues todos estábamos aterrorizados, pero fue horrible, capitán.

—Fue horrible, sí —afirmó Jan Roper—. Pero fue un castigo de Dios.

Blackthorne los miró uno a uno.

—¿Le golpeó alguien? ¿Para hacerle callar?

—No, no… ¡Oh, no! —respondió Van Nekk—. La palmó él sólito. Quedó en el pozo con el otro, con el japonés… ¿Os acordáis de él? Fue el que trató de ahogarse en el barreño de orines. Entonces el señor Omi hizo que sacasen el cadáver de Spillbergen, y lo quemaron. Pero al otro infeliz lo dejaron abajo. El señor Omi le dio un cuchillo, él se abrió la barriga, y después llenaron el pozo. ¿Lo recordáis, capitán?

—Sí. ¿Y qué ha sido de Maetsukker?

—Se le gangrenó el brazo —explicó Vinck—. Le hirieron en la refriega, en aquella lucha en que a vos os pusieron fuera de combate, ¿lo recordáis? ¡Dios mío, parece que hace un siglo! Lo cierto es que se le infectó el brazo. Yo le hice una sangría, y otra, al día siguiente, pero él no quiso. El quinto día, la herida apestaba. Entonces lo sujetamos, y yo le corté la mayor parte de la carne podrida, pero no sirvió de nada. El médico amarillo vino varias veces, pero nada pudo hacer. *Cara de Ratón* duró un par de días, y deliró mucho. Al final tuvimos que atarlo.

—¿Qué hicieron con el cadáver? —preguntó Blackthorne.

Lo llevaron al monte y también lo quemaron. Nosotros queríamos darle sepultura cristiana, lo mismo que al capitán general, pero no lo permitieron.

Se hizo un silencio.

—¡No habéis probado la bebida, capitán!

Blackthorne se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo. Estuvo a punto de vomitar, porque la taza estaba muy sucia. El fuerte licor le quemó la garganta.

—¿Qué os parece, capitán? —preguntó Van Nekk.

—Cuéntaselo Baccus, ¡vamos!

—¡Oh! Hice un alambique, capitán. —Van Nekk estaba orgulloso de su hazaña, y los otros compartían su entusiasmo—. Ahora destilamos barriles enteros. Arroz, frutas y agua, se deja fermentar, se espera cosa de una semana y,

con un poco de magia… —El hombre rió y se rascó, satisfecho—. Claro que sería mejor dejarlo madurar un año, pero bebemos demasiado de prisa…

Jan Roper dijo, en tono desafiante:

—¿Y vos, capitán? Tenéis buen aspecto, ¿eh? ¿Qué nos contáis de vos?

Otro alud de preguntas, que cesó al gritar Vinck:

—¡Dejadlo hablar! —Y añadió, muy divertido—: ¡Bueno, cuando os vi plantado en la puerta, me imaginé que erais uno de esos monos…!, ¡palabra!

—Supongo que querréis vuestra ropa, capitán —dijo Van Nekk—. La tenemos aquí. Vinimos a Yedo en el *Erasmus*. Nos remolcaron hasta aquí y nos permitieron traer a tierra nuestra ropa y nada más. Trajimos también la vuestra, para lo cual nos dieron permiso, como también para guardarla. Todo un saco lleno con vuestras prendas de marino. Ve a buscarlo, Sonk.

—Iré, pero más tarde, ¿eh, Baccus? No quiero perderme nada.

—Está bien.

—Sables y quimonos…, ¡como un verdadero pagano! ¿Preferís ahora las costumbres paganas, capitán?

—Esta ropa es más fresca y mejor que la nuestra —respondió, incómodo, Blackthorne—. Había olvidado que vestía de un modo diferente. Han pasado muchas cosas…

—Los sables, ¿son de verdad?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—A nosotros no nos permiten tener armas. ¡De ninguna clase! —gruñó Jan Roper—. ¿Por qué dejan que vos las llevéis, como un samurai pagano?

—No has cambiado, Jan Roper, ¿verdad? —rió Blackthorne—. ¡Tan santurrón como siempre! Bueno, a su tiempo os hablaré de mis sables, pero antes quiero daros una gran noticia. Escuchad: dentro de un mes, aproximadamente, volveremos a estar en alta mar.

—¡Santo Dios! ¿Habláis en serio, capitán? —exclamó Vinck.

—Sí.

Hubo una gran aclamación y otro alud de preguntas y respuestas. Por fin, Blackthorne levantó una mano y señaló a las mujeres, que seguían arrodilladas e inmóviles.

—¿Quiénes son?

Sonk se echó a reír.

—Son nuestras rameras, capitán. Y muy baratas. Apenas un botón a la semana. Hay una casa llena en la puerta de al lado, y muchas más en el pueblo…

¿Queréis una, capitán? Aquí, cada cual tiene su litera, no somos como los monos, tenemos literas y habitaciones…

La voz de Jan Roper lo interrumpió:

—El capitán no necesita a nuestras rameras. Tiene las suyas, ¿no?

—Éstas son cosas privadas —dijo Blackthorne—. Cuantos menos oídos, tanto mejor, *¿neh?* Despachad a esas mujeres, para que podamos hablar en privado.

Vinck les hizo una seña con el pulgar.

—Largaos de aquí, *¿hai?*

Las mujeres saludaron, murmuraron gracias y disculpas y salieron, cerrando la puerta sin ruido.

—Ante todo, hablemos del barco. Es increíble. Quiero daros las gracias y felicitaros por el trabajo. Cuando volvamos a casa, pediré que os den una paga triple y un premio especial… —Vio que los hombres se miraban, confusos—. ¿Qué sucede?

—No fuimos nosotros, capitán. Fueron los hombres del señor Toranaga. Ellos lo hicieron. Vinck les dijo cómo tenían que hacerlo. Pero nosotros no hicimos nada —dijo Van Nekk—. Ninguno de nosotros ha vuelto a estar a bordo, salvo Vinck, que va una vez cada diez días.

—Es el único —dijo Sonk—. Él les enseñó.

—Pero, ¿cómo hablabas con ellos, Johann?

—Hay un samurai que habla portugués, y conversamos en esta lengua, lo bastante para entendernos. Este samurai se llama Sato-sama, y lo encargaron de nosotros. Sato-sama me preguntó qué le pasaba al barco, y yo le dije que tenía que ser carenado, rascado y reparado en su totalidad. Bueno, yo les dije lo que sabía, y ellos lo hicieron. Lo carenaron bien y limpiaron las bodegas, y las fregaron como la casa de un príncipe…, como mínimo. Los samurais eran los jefes, y los otros monos trabajaban como demonios, cientos de ellos. Bueno, capitán, ¡nunca he visto unos trabajadores como ellos!

—Es verdad —confirmó Sonk—. ¡Como demonios!

—Yo hice cuanto pude… ¡Jesús! ¿Creéis, capitán, que podremos salir de aquí?

—Desde luego, si tenemos paciencia y si…

—Si Dios lo quiere, capitán. Sólo si Dios lo quiere.

—Sí, tal vez sea verdad —dijo Blackthorne, y pensó «¿Qué más da que Jan Roper sea un fanático? Lo necesito, como a todos. Y también la ayuda de

Dios»—. Sí. Necesitamos la ayuda de Dios —admitió, y se volvió a Vinck—. ¿Cómo está la quilla?

—Limpia y sólida, capitán.

—¿Y las velas?

—Han confeccionado un velamen de seda, duro como si fuese de lona. Y otro de repuesto. Descolgaron nuestras velas y las copiaron exactamente, capitán. Los cañones están en las mejores condiciones posibles, todos de nuevo a bordo, con abundancia de municiones y de pólvora. En caso de necesidad podríamos zarpar esta misma noche, con la marea alta. Claro que, como no hemos salido al mar, no sabremos la resistencia de las velas hasta que nos encontremos con un huracán, pero apostaría a que sus costuras son tan fuertes como cuando fue botado en el Zuiderzee. —Vinck hizo una pausa para cobrar aliento—. ¿Cuándo zarparemos?

—Dentro de un mes, aproximadamente.

Los hombres empezaron a darse codazos, entusiasmados, y brindaron a gritos por el capitán y por el barco.

—¿Qué hay de los barcos enemigos? —preguntó Ginsel—. ¿Los hay por estos alrededores? ¿Habrá presas, capitán?

—Muchas. Más de lo que podáis soñar. Seremos ricos.

Otra ovación entusiasta.

—¡Ya era hora!

—Ricos, ¿eh? Yo me compraré un castillo.

—¡Dios todopoderoso! Cuando llegue a casa…

—¡Ricos! ¡Hurra por el capitán!

—¿Mataremos a muchos papistas? Bien —añadió suavemente Roper—. Muy bien.

—¿Cuál es el plan, capitán? —preguntó Van Nekk, y todos enmudecieron.

—Hablaremos de eso dentro de un momento. ¿Tenéis guardias? ¿Podéis moveros libremente, cuando queréis?

—Podemos ir a cualquier parte dentro del pueblo —dijo rápidamente Vinck —, quizás en un radio de media legua. Pero no nos permiten ir a Yedo ni…

—Ni cruzar el puente —lo interrumpió taimadamente Sonk—. ¡Cuéntale lo del puente, Johann!

—¡Oh, por el amor de Dios! Ahora iba a lo del puente, Sonk. No me interrumpas, por lo que más quieras. Hay un puente, capitán, a media milla al

Sudoeste. Está lleno de señales. No podemos pasar de allí. No podemos cruzarlo. Kinjiru, dijo el samurai. ¿Sabéis lo que quiere decir *kinjiru*, capitán?

Blackthorne asintió, sin decir nada.

—Aparte eso, podemos ir adonde queramos. Pero sólo hasta las barreras a todo alrededor, a cosa de media legua.

—Dile lo del médico y…

—Los samurais envían un médico de vez en cuando, capitán, y tenemos que desnudarnos, y nos reconoce, y nos da unos polvos apestosos de hierbas para que los pongamos a macerar en agua caliente, pero nosotros los tiramos…

—Cuando estamos enfermos, el viejo Johann nos sangra, y nos ponemos bien.

—Es una suerte estar aquí, capitán. No como al principio.

—Es verdad. Al principio…

—¡Cuéntale lo de las inspecciones, Baccus!

—A eso iba, pero, ¡por el amor de Dios, tened paciencia y dejadme hablar! ¿Cómo puedo explicarle cosas con esta algarabía? ¡Dadme de beber! —gritó Van Nekk, sediento, y prosiguió—: Cada diez días vienen unos cuantos samurais, formamos en el exterior y ellos nos cuentan. Después, nos dan bolsas de arroz y monedas, monedas de cobre. Nos bastan para todo, capitán. Cambiamos el arroz por carne, fruta y otras cosas. Tenemos mucho de todo…

—Pero al principio no era así. Cuéntaselo, Baccus.

Van Nekk se sentó en el suelo.

—¡Dame fuerzas, señor!

—¿Te encuentras mal, viejo amigo? —preguntó Sonk, con solicitud—. Es mejor que no bebas más, o volverá a darte un ataque. Le da un ataque cada semana, capitán. Nos pasa a todos.

—¿Callarás de una vez, para que pueda hablar con el capitán?

—¿Quién, yo? Yo no he dicho nada. No te he interrumpido. Bueno, ¡toma tu bebida!

—Gracias, Sonk. Bueno, capitán, al principio nos metieron en una casa, al oeste de la ciudad…

—Cerca del campo.

—¡Maldita sea! ¡Cuéntalo tú, Johann!

—Está bien. Bueno, capitán, aquello era horrible. Ni manducatoria, ni licor, y una de esas malditas casas de papel que son como estar al aire libre y donde uno no puede mear ni sonarse sin que alguien le espíe. Bueno, una noche,

alguien volcó una vela, y los monos se pusieron como diablos contra nosotros. ¡Dios mío, tenías que haberlos oído! Llegaron todos en tropel, con cubos de agua, como locos de atar, chillando, haciendo reverencias y lanzando maldiciones… Y sólo se quemó una sucia pared… Pero cientos de ellos corrían por la casa como cucarachas. Tenías que…

—¡Continúa!

—¿Quieres contarlo tú?

—Vamos, Johann, no le hagas caso. Es sólo un sucio cocinero.

—¿Qué?

—¡Oh, callad, por el amor de Dios! —Van Nekk continuó el relato apresuradamente—: Al día siguiente, capitán, nos sacaron de allí y nos metieron en otra casa, en la zona del puerto. Era tan mala como la primera. Entonces, unas semanas después, Johann descubrió este lugar. Por aquellos días era el único de nosotros que podía salir, a causa del barco… Bueno, será mejor que continúes tú, Johann.

Blackthorne sintió picor en la pierna desnuda y se rascó sin pensarlo. El picor aumentó. Entonces vio el bulto moteado de una picadura de chinche, mientras Vinck seguía diciendo:

—Fue como dice Baccus, capitán. Pregunté a Sato-sama si podíamos trasladarnos, y me dijo que no había inconveniente. Fue mi olfato el que me guió hasta aquí, capitán. Mi viejo olfato, que me dijo: «¡sangre!»

—¡Un matadero! —exclamó Blackthorne—. ¡Un matadero y una curtiduría! Así, esto es… —se interrumpió, palideciendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es?

—¡Es un pueblo *eta*! ¡Dios mío! ¡Esa gente son *eta*!

—¿Y qué tienen de malo los «eters»? —preguntó Van Nekk—. Desde luego, son eters.

Blackthorne espantó los mosquitos que infestaban el aire y sintió un escalofrío.

—¡Malditos bichos! Son… son fastidiosos, ¿no? Hay una curtiduría cerca de aquí, ¿verdad?

—Sí, unas calles más arriba. ¿Por qué?

—Por nada. No reconocí el olor, esto es todo. Bueno, sigue con la historia, Vinck.

—Entonces, ellos dijeron…

—Un momento, Vinck —lo interrumpió Jan Roper—. ¿Qué pasa, capitán?

¿Qué tienen de malo los eters?

—Los japoneses los consideran como gente distinta. Son los verdugos, que curten pieles y entierran cadáveres.

—¿Y qué hay de malo en esto, capitán? Vos mismo habéis enterrado docenas de cadáveres, los habéis lavado, los habéis envuelto en sudarios… Todos lo hemos hecho, ¿no? Matamos nuestros animales. Y Ginsel ha sido verdugo… ¿Qué tiene esto de malo?

—Nada —replicó Blackthorne, sabiendo que era verdad, pero lamentando que lo fuese.

—Los eters —rió Vinck— son los mejores paganos que hemos encontrado aquí. Más parecidos a nosotros que los demás bastardos. Es una suerte estar aquí, capitán, la carne fresca no es problema, ni el sebo… No hay dificultades.

—Es verdad. Si hubieseis vivido con los eters, capitán…

—¡Jesús! ¡El capitán ha tenido que vivir siempre con los otros bastardos! No conoce nada mejor.

—¡Apuesto a que añora la verdadera comida! Sonk, córtale una buena tajada de carne.

—Y que beba más licor…

—¡Tres hurras por el capitán…!

Mientras todos rugían entusiasmados, Van Nekk dio unas palmadas en los hombros del capitán.

—Volvéis a estar en casa, viejo amigo. Nuestras preces han sido escuchadas, habéis vuelto y todo marcha bien. Estáis en casa, viejo amigo…

Blackthorne agitó animadamente la mano por última vez. Una aclamación le respondió desde la oscuridad, en el otro extremo del pequeño puente. Después se volvió desvanecida su forzada animación, y dobló la esquina, rodeado de su guardia de samurais.

Mientras regresaban al castillo, su mente estaba llena de confusión. Los eta no tenían nada de malo, y lo tenían todo. Aquellos hombres eran su tripulación, su propia gente, y éstos eran paganos, extranjeros y enemigos.

Las calles y los callejones se sucedían en imágenes borrosas. Entonces advirtió que había introducido una mano debajo del quimono y se estaba rascando. Se detuvo en seco.

—Esos malditos puercos…

Se desató el cinto, se quitó el empapado quimono y lo arrojó a un charco, como si fuese un harapo.

—*Dozo, ¿nan desu ka,* Anjín-san? —preguntó uno de los samurais.

—*¡Nani mo!* (¡Nada, por Dios!) —exclamó Blackthorne, y reemprendió la marcha, con los sables en la mano.

—*¡Ah! ¡Eta! ¡Wakarimasu! ¡Gomen nasai!*

«Así está mejor», pensaba él, muy aliviado, sin advertir que estaba casi desnudo.

—¡Jesús! ¡Cuánto daría ahora por un baño!

Había contado sus aventuras a la tripulación, pero no les había dicho que era samurai, *hatamoto* y uno de los protegidos de Toranaga. Tampoco les había hablado de Fujiko, ni de Mariko, ni les había dicho que iban a entrar en Nagasaki en son de guerra y tomar por asalto el Buque Negro, ni que él mandaría una tropa de samurais. «Esto vendría más tarde —se dijo, cansadamente—. Esto, y todo lo demás.»

¿Se atrevería alguna vez a hablarles de Mariko-san?

En la puerta principal del sur del castillo lo esperaba otro guía. Éste lo condujo a su alojamiento, en el recinto interior. Le habían destinado una habitación en una de las casas fortificadas, pero agradables, reservadas para los invitados, pero él se negó cortésmente a entrar allí en seguida.

—Primero, baño, por favor —dijo al samurai.

—¡Ah! Comprendo. Muy considerado por su parte. La casa de baños está por aquí, Anjín-san. Sí, la noche es cálida, *¿neh?* Y tengo entendido que has ido a ver a los Sucios. Los otros invitados de la casa apreciarán tu atención. Te doy las gracias en su nombre.

Blackthorne no entendió todas las palabras, pero captó el significado. «Los Sucios son mis hombres y yo —se dijo—, no ellos, ¡pobrecitos!»

—Buenas noches, Anjín-san —dijo el primer servidor de la casa de baños.

Era un hombrón de edad madura, panzudo y de enormes bíceps. Llamó y acudieron varias doncellas. Blackthorne las siguió al lavabo, donde le enjabonaron y restregaron, y él les pidió que repitiesen la operación. Luego, pasó al cuarto de baño y se sumergió en el agua caliente.

Al cabo de un rato, unas manos vigorosas le ayudaron a salir, le untaron la piel con aceite aromático y le desentumecieron los músculos y el cuello. Después pasó al salón de descanso, donde le dieron un quimono de algodón

limpio y suave. Lanzando un profundo suspiro de satisfacción, se puso a descansar.

—*Dozo gomen nasai*… ¿Cha, Anjín-san?

—*Hai*.

Llegó el cha. Dijo a la doncella que pasaría allí la noche, en vez de ir a sus habitaciones. Entonces, solo y en paz, sorbió el cha y se sintió como purificado… «Sucio polvo de hierbas…», pensó con asco.

—Ten paciencia, no dejes que nada turbe tu armonía —dijo en voz alta—. Sólo son pobres tontos ignorantes, que no conocen nada mejor. Hubo un tiempo en que tú eras como ellos. No importa, ahora podrán enseñarlos, *¿neh?*

Los borró de su mente y cogió su diccionario. Pero esta noche, por vez primera desde que tenía el libro, lo dejó cuidadosamente a un lado y apagó la vela. «Estoy demasiado cansado», se dijo.

«Pero no demasiado cansado para responder a una sencilla pregunta: ¿Son realmente unos tontos ignorantes, o es que tú te engañas a ti mismo?

»Más tarde la contestaré, en su momento oportuno. Ahora, la respuesta carece de importancia. Ahora sólo sé que no los quiero cerca de mí.»

Se volvió, encerró el problema en un compartimiento y se durmió.

Se despertó refrescado. Le habían preparado un quimono, un taparrabo y un tabi limpios. Las vainas de sus sables aparecían pulidas. Se vistió rápidamente. Fuera de la casa lo estaban esperando unos samurais. Se levantaron y saludaron.

—Hoy somos tu guardia, Anjín-san.

—Gracias. ¿Vamos al barco?

—Sí. Aquí está tu salvoconducto.

—Bien. Gracias. ¿Puedo preguntar tu nombre, por favor?

—Musashi Mitsutoki.

—Gracias, Musashi-san. ¿Vamos?

Bajaron a los muelles. El *Erasmus* estaba fuertemente anclado a tres brazas sobre el arenoso fondo. Las bodegas estaban perfectamente. Blackthorne se zambulló desde la borda y nadó por debajo de la quilla. Las algas eran mínimas y sólo había unas pocas lapas. El timón estaba en perfecto estado. En la santabárbara, que estaba seca y limpia, encontró un pedernal y provocó una chispa sobre un montoncito de pólvora. Ésta ardió instantáneamente, en perfectas condiciones.

Subió a lo alto del trinquete, en busca de alguna grieta. No vio ninguna, como tampoco al subir, ni en ninguna de las vergas. Muchas cuerdas, drizas y obenques estaban mal atados, pero esto podía arreglarse en poco rato.

Luego bajó a su camarote, y se sintió en él como un extraño. Y muy solo. Sus sables estaban sobre la litera. Los tocó y sacó *Aceitera* de la vaina. El trabajo era maravilloso, y el filo, perfecto. Le complacía observarlo, porque era una verdadera obra de arte. «Pero mortífera», pensó, moviéndola bajo la luz.

«¿Cuántas muertes has causado en tus doscientos años de vida? ¿Cuántas más causarás antes de morir a tu vez? ¿Tienen algunos sables vida propia, como dice Mariko? Mariko. ¿Qué será de ella…?»

Entonces vio su cofre reflejado en el acero, y esto alejó de él su repentina melancolía. Sonrió.

«¿Estás seguro de que Toranaga te dejará zarpar?»

«Sí —se respondió, con absoluta confianza—. Tanto si va a Osaka como si no, tendré lo que quiero. Y también tendré a Mariko.»

Satisfecho, se metió los sables en el cinto, subió a cubierta y esperó a que volviesen a sellar las puertas.

Cuando llegó al castillo, aún no era mediodía, por consiguiente, se fue a su residencia a comer. Comió arroz y dos trozos de pescado, asados con soja por su cocinero, tal como él le había enseñado. Un frasquito de saké, y después, cha.

—¿Anjín-san?

—*¿Hai?*

Se abrió el shoji. Fujiko sonrió tímidamente e hizo una profunda reverencia.

CAPÍTULO XLIX

—¡Cuánto tiempo sin saber de ti! —exclamó él, en inglés—. Temía que estuvieses muerta.

—*Dozo goziemashita,* Anjín-san, *¿nan desu ka?*

—*Nani mo,* Fujiko-san —respondió él, avergonzado—. *Gomen nasai. Hai. Gomen nasai. Ma-suware odoroita honto ni mata, aete ureski*. (Discúlpame… Una sorpresa… Me alegro de verte. Siéntate, por favor.)

—*Domo arigato goziemashita* —dijo ella, y le dijo, con su voz fina y aguda, cuánto se alegraba de verlo, que su japonés había mejorado mucho, que tenía muy buen aspecto y que se sentía muy contenta de estar allí.

Él vio que le costaba arrodillarse en el cojín opuesto.

—Piernas… —Blackthorne quiso decir «quemaduras», pero no pudo recordar la palabra, por consiguiente, dijo—: Daño, piernas, fuego. ¿Mal?

—No. Lo siento. Pero todavía me duelen un poco al sentarme —manifestó Fujiko, concentrándose y observando los labios de él—. Piernas duelen, lo siento.

—Por favor. Enséñamelas.

—Lo siento, Anjín-san. No quiero molestarte. Tienes otros problemas. Yo…

—No comprendo. Demasiado aprisa, perdona.

—¡Ah! Perdón. Piernas bien. No preocuparte.

—Preocuparme. Eres consorte, *¿neh?* No vergüenza. ¡Enseña ahora!

Ella se levantó, sumisa. Saltaba a la vista que se sentía incómoda, pero cuando se hubo levantado, empezó a desatarse los cordones del obi.

—Por favor, llama doncella —ordenó él.

Ella obedeció. El shoji se abrió inmediatamente, y una mujer a la que él no reconoció se apresuró a ayudar a Fujiko.

—¿Cómo te llamas? —preguntó bruscamente a la mujer, como correspondía a un samurai.

—¡Oh! Perdóname, señor, lo siento. Me llamo Hana-ichi.

Él lanzó un gruñido por toda contestación. Primer Capullo era un bonito nombre. La costumbre quería que todas las doncellas se llamasen Damisela

Cepillo, o Grulla, o Pescado, o Segunda Escoba, o Cuarta Luna, o Estrella, o Árbol, o Rama, etc.

Hana-ichi era de edad madura y muy solícita. «Apuesto a que es una antigua sirvienta de la familia —se dijo—. Tal vez criada del difunto esposo de Fujiko. ¡El esposo! Me había olvidado de él y de su hijo asesinado, como lo fue también el esposo por el malvado Toranaga, que ahora ya no es malvado, sino que es un daimío y tal vez un gran caudillo. Sí. Tal vez el marido tenía merecido su castigo, si supiésemos toda la verdad, *¿neh?* Pero no el niño. Esto no tiene excusa.»

Fujiko se despojó de su quimono verde y lo dejó caer a un lado. Hana-ichi se arrodilló y desató los cordones de la enagua, que llegaba desde la cintura hasta el suelo, para que su ama pudiese desprenderse de ella.

—*Iyé* —ordenó Blackthorne, que avanzó y levantó el borde de la enagua.

Las quemaduras empezaban en las pantorrillas.

—*Gomen nasai* —dijo.

Ella permaneció inmóvil. Una gota de sudor resbaló por su mejilla, estropeando el maquillaje. Él levantó más la falda. La piel se había quemado en toda la parte posterior de las piernas, aunque parecía cicatrizar perfectamente.

Él aflojó la cinturilla de la enagua. Las quemaduras cesaban en la parte alta de las piernas, respetando las nalgas, sobre las que había caído la viga que la había sujetado al suelo y protegido al mismo tiempo, y volvían a empezar en la parte inferior de la espalda. Su aspecto era feo, pero cicatrizaban bien.

—Médico muy bueno. Nunca ver ninguno mejor. —La cubrió de nuevo—. El más bueno, Fujiko-san. ¿Qué importan cicatrices? *¿neh?* Nada. Yo veo muchas heridas de fuego, ¿comprendes? Por esto quise ver, para saber si bien o mal. Médico muy bueno. Buda protege a Fujiko-san. —Apoyó las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos—. Ahora no te preocupes. *Shigata ga nai, ¿neh?* ¿Comprendes?

Ella vertió más lágrimas.

—Perdóname, Anjín-san. Estoy afligida. Perdona mi estupidez por dejarme atrapar allí como una *eta* tonta. Debería haber estado contigo, cuidándote, no recluida con los criados en la casa…

Él la dejaba hablar, aunque no entendía casi nada de lo que decía, y la sostenía compasivamente. «Tengo que averiguar lo que empleó el médico —pensó, excitado—. Es la cicatrización mejor y más rápida que he visto en mi

vida. Todos los capitanes de los buques de Su Majestad deberían conocer este secreto, sí, y todos los capitanes de todos los barcos de Europa.»

—Vamos, no llores. ¡Es una orden!

Envió a la doncella en busca de más cha y saké y de muchos cojines para que Fujiko pudiese reclinarse en ellos, tantos, que ella se resistió al principio a obedecer.

—¿Cómo podré darte las gracias? —dijo.

—No gracias. Yo devuelvo —Blackthorne pensó un momento, pero no pudo recordar las palabras japonesas que significan «favor» y «recuerdo». Por ello, sacó el diccionario y las buscó. «Favor: *o-negai*. Recuerdo: *omoi dasu*»—. *Hai, ¡mondoso o-negai! ¿Omi desu ka?* (Devuelvo favor, ¿recuerdas?) —Levantó las manos, haciendo ademán de apuntar con unas pistolas—. Omi-san, ¿recuerdas?

—¡Oh, claro! —exclamó ella.

Después, muy sorprendida, pidió que le dejase ver el libro. Era la primera vez que veía escritura romana, y la columna de palabras japonesas traducidas al latín y al portugués no significaba nada para ella. Pero pronto captó su objeto.

—Es un libro de todas nuestras… Perdona. Un libro de palabras, *¿neh?*

—*Hai*.

—*¿Hombun?* —preguntó ella.

Él le mostró cómo había que buscar la palabra en latín y en portugués.

—*Hombun*: deber. —Y añadió, en japonés—: Comprendo: deber. Deber de samurai, *¿neh?*

—*Hai* —respondió ella, aplaudiendo, como ante un juguete mágico.

Él buscó una palabra.

—*Majutsu desu, ¿neh?* (Es mágico, ¿no?)

—Sí, Anjín-san. El libro es mágico. —Sorbió el cha—. Ahora podré hablar contigo. Hablar de veras.

—Pero despacio, ¿comprendes?

—Sí. Por favor, ten paciencia conmigo. Discúlpame.

La enorme campana del torreón tocó la Hora de la Cabra, y todos los templos de Yedo le hicieron eco.

—Me voy. Voy a ver al señor Toranaga —dijo él, metiéndose el libro en la manga del quimono.

—Te esperaré aquí, si me lo permites.

Fujiko iba a levantarse, pero él se lo impidió con un ademán y salió al patio. El cielo estaba nublado, y el aire era sofocante. Unos guardias lo esperaban.

Pronto estuvieron delante del torreón. Mariko estaba allí, más esbelta y etérea que nunca. Llevaba un sombrero castaño, ribeteado de verde.

—*Ohayo*, Anjín-san. *¿Ikaga desu ka?* —preguntó, inclinándose ceremoniosamente.

Él le dijo que estaba bien, siguiendo la costumbre de hablar en japonés el mayor tiempo posible y empleando el portugués sólo cuando él se cansaba o ambos querían ser más reservados.

—Tú… —dijo él, en latín, mientras subían la escalera del torreón.

—Tú… —repitió Mariko, pero pasó en seguida al portugués, con la misma gravedad que la noche anterior—. Lo siento, pero dejemos el latín por hoy, Anjín-san. Hoy, el latín no sería adecuado, no serviría al objeto para el que fue concebido, *¿neh?* ¿Cuándo podré hablar contigo?

—Es muy difícil, lo siento. Tengo deberes…

—¿Pasa algo malo?

—¡Oh, no! —respondió ella—. ¿Qué puede pasar de malo? Todo está bien.

Subieron otro tramo en silencio. En el rellano siguiente, los guardias volvieron a examinar sus salvoconductos, como siempre, y los acompañaron. Empezó a llover con fuerza, y esto redujo la humedad del aire.

—Lloverá durante horas —dijo él.

—Sí. Pero sin lluvia no hay arroz. Pronto las lluvias cesarán del todo, dentro de dos o tres semanas, y habrá calor y humedad hasta el otoño. —Miró las nubes a través de una ventana—. Te gustará el otoño, Anjín-san.

—Sí. —Él divisó el *Erasmus*, a lo lejos, junto al muelle. Entonces, la lluvia ocultó el barco, y él siguió subiendo—. Cuando hayamos hablado con el señor Toranaga, tendremos que esperar a que pase el chaparrón. Tal vez entonces podremos hablar, *¿neh?*

—Quizá sea difícil —replicó ella, vagamente, y él se extrañó. Mariko solía ser resuelta, y accedía a sus corteses «sugerencias» como si fuesen órdenes—. Discúlpame, Anjín-san, pero mi situación es difícil en este momento, y tengo muchas cosas que hacer. —Se detuvo un momento, pasándose la sombrilla a la otra mano y recogiéndose la falda—. ¿Qué tal, anoche? ¿Cómo encontraste a tus amigos, a tu tripulación?

—Bien. Todo bien —respondió él.

—¿De veras? —preguntó ella.

—Bien…, pero muy extraño —añadió él, y la miró—: Te das cuenta de todo, ¿no?

—No, Anjín-san. Pero no los mencionaste, después de haber estado toda la semana pensando en cuándo los verías. No es magia. Lo siento.

—¿De veras no te ocurre nada? —preguntó él, después de una pausa—. ¿No hay ningún problema con Buntaro-san?

No había hablado de Buntaro con ella, ni mencionado su nombre, desde Yokosé. Por tácito acuerdo, su espectro no era nunca conjurado por ninguno de los dos. La primera noche, ella le había dicho:

—Sólo te pido una cosa, Anjín-san. Pase lo que pase durante nuestro viaje a Mishima o, si Dios quiere, hasta Yedo, esto debe quedar entre nosotros, *¿neh?* No hemos de mencionar nada de lo que es en realidad, *¿neh?* Nada. Por favor.

—De acuerdo. Lo juro.

—Yo haré lo mismo. Por último: nuestro viaje terminará en el Primer Puente de Yedo.

—No.

—Tiene que haber un fin, querido. En el Primer Puente termina nuestro viaje. Si no, me moriría de angustia por ti y por el peligro en que te pongo…

Ayer por la mañana, él se había parado en la entrada del Primer Puente, sintiendo un repentino peso en el alma, a pesar de su entusiasmo por el *Erasmus*.

—Crucemos el puente, Anjín-san —le había dicho ella.

Blackthorne recordó ahora que había rezado para que los fulminase un rayo.

—No hay problema con él, ¿verdad? —preguntó de nuevo, al llegar al último rellano.

Ella negó con la cabeza.

—¿Está listo el barco, Anjín-san? —preguntó Toranaga—. ¿No ha habido ningún error?

—Ningún error, señor. Está perfectamente.

Toranaga miró a Mariko.

—Ten la bondad de preguntarle cuántos tripulantes más necesitará para manejar debidamente el barco.

—Anjín-san dice que necesita, como mínimo, treinta marineros y veinte artilleros. La tripulación primitiva era de ciento setenta hombres, incluidos los cocineros y los mercaderes. Para navegar y combatir en estas aguas, bastaría un complemento de doscientos samurais.

—¿Y cree que podrá encontrar en Nagasaki a los demás hombres que

necesita?

—Sí, señor.

Toranaga se levantó y miró por la ventana. Toda la ciudad estaba oscurecida por el aguacero. «Que llueva durante meses —pensó—. ¡Oh, dioses! Haced que la lluvia dure hasta el Año Nuevo. ¿Cuándo verá Buntaro-san a mi hermano?»

—Dile a Anjín-san que mañana tendrá sus vasallos. Hoy es un mal momento. La lluvia durará todo el día. De nada serviría pillar una mojadura.

—Sí, señor.

Él sonrió irónicamente para sus adentros. Nunca le había impedido el tiempo hacer lo que quería. «Esto convencería, sin duda, a Mariko, o a cualquiera, de que había cambiado para mal», pensó, sabiendo que no podía apartarse del camino elegido.

—Mañana o pasado mañana, ¿qué más da? Dile que, cuando lo considere oportuno, le enviaré a buscar. Mientras tanto, debe esperar en el castillo.

—Sí, señor Toranaga, comprendo —respondió Blackthorne—. Pero, ¿puedo preguntar respetuosamente si ir pronto Nagasaki? Creo importante. Perdona.

—Esto lo decidiré más tarde —respondió bruscamente Toranaga—. Adiós, Anjín-san. Mariko-san, dile a Anjín-san que no hace falta que te espere. Adiós, Anjín-san —repitió.

Mariko obedeció. Toranaga se volvió para contemplar la ciudad y la lluvia torrencial. Oyó el ruido del agua. La puerta se cerró detrás de Anjín-san.

—¿Por qué reñisteis? —preguntó Toranaga, sin mirarla.

—¿Señor?

Los agudos oídos de Toranaga captaron el ligero temblor de su voz.

—Buntaro y tú, naturalmente. ¿O es que has tenido otra pelea que me interese?

—No, señor. Empezó como siempre como la mayor parte de las peleas entre marido y mujer, señor. En realidad, por nada. Esto suele ocurrir cuando ambos están de mal humor.

—¿Y lo estabas tú?

—Sí. Te suplico que me perdones. Yo provoqué cruelmente a mi esposo. Fue todo por mi culpa. Lo siento, señor, pero estos días la gente dice cosas horribles.

—Vamos, habla, ¿qué cosas horribles?

Ella había palidecido. Sabía que algún espía le habría ya contado lo que se había gritado en el silencio de su casa. Le explicó todo lo que se habían dicho, según lo recordaba. Y añadió:

—Creo que mi marido habló loco de furor, provocado por mí. Él es leal, sé que lo es. Castígame a mí, señor. Yo provoqué su locura.

—¿Qué dijo dama Genjiko?

—No hablé con ella, señor.

—Pero intentaste hacerlo, *¿neh?*

—No, señor. Con tu permiso, deseo salir cuanto antes para Osaka.

—Te marcharás cuando yo lo diga, no antes.

Él tocó la campanilla. Se abrió la puerta y apareció Naga.

—¿Qué, señor?

—¡Que vengan inmediatamente el señor Sudara y dama Genjiko!

—Sí, señor —respondió Naga, disponiéndose a salir.

—¡Espera! Después, convoca mi consejo, a Yabú y a todos los demás, y a todos los generales más antiguos. Que estén aquí a medianoche.

—Sí, señor.

Toranaga salió, muy pálido, y cerró la puerta.

Toranaga oyó pasos de hombres bajando la escalera. Se dirigió a la puerta y la abrió. El rellano estaba desierto. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Tocó otra campanilla. Se abrió una puerta interior, en el fondo de la estancia, una puerta astutamente disimulada con las molduras de la madera. Apareció una mujer madura y robusta. Llevaba el hábito con capuz de las monjas budistas.

—¿Qué, gran señor?

—Cha, por favor, Chano-chan —dijo él. La puerta se cerró. Toranaga miró a Mariko—. Así, ¿crees que él es leal?

—Lo sé, señor. Perdóname, por favor, fue culpa mía, no suya —manifestó, desesperada por complacerle—. Yo lo provoqué.

—Sí, lo hiciste. Algo repelente. Terrible. ¡Imperdonable! —Toranaga sacó un pañuelo de papel y se secó la frente—. Pero afortunado —dijo.

—¿Señor?

Si no lo hubieses provocado, tal vez no me habría enterado de ninguna traición. Y si él hubiese dicho todo lo que dijo sin provocación, sólo me habría quedado un camino. Tal como ocurrió —siguió diciendo—, me has dado una alternativa.

—¿Señor?

Él no respondió. «¡Ojalá estuviese aquí Hiro-matsu! —pensaba—. Al menos tendría un hombre en quien confiar completamente.»

—¿Y tú? ¿Qué me dices de tu lealtad?

—Sabes que cuentas con ella, señor.

Entonces se abrió la puerta interior y entró Chano, la monja, sin llamar y con una bandeja en las manos. Era la primera vez que Mariko veía a la madre de Naga. Conocía a la mayoría de las otras consortes oficiales de Toranaga, a las que había visto en ceremonias oficiales, pero sólo tenía buena amistad con Kiritsubo y con dama Sazuko.

—Chano-chan —dijo Toranaga—, te presento a dama Toda Mariko-noh-Buntaro.

—¡*Ah! So desu*. Que Buda derrame sobre ti sus bendiciones, dama Toda.

—Gracias —respondió Mariko, y ofreció una taza a Toranaga, que éste aceptó, sorbiendo de ella.

—Sirve a Chano-chan y sírvete tú también —dijo él.

—Con tu permiso, gran señor, no para mí —dijo Chano—. Mis dientes de atrás están flotando de beber tanto cha. —La mujer volvió a prestar atención a Mariko—. Así, eres la hija del señor Akechi Jinsai, ¿eh?

La taza de Mariko tembló.

—Sí. Discúlpame…

—¡Oh! No tienes que disculparte de nada, hija mía. —Chano rió amablemente, y su barriga osciló arriba y abajo—. No te había identificado sin tu nombre, perdona, pero te vi el día de tu boda.

—¡Oh!

—Sí, te vi en tu boda, pero tú no me viste. Estaba espiando desde detrás de un biombo. —Y añadió—: Has cambiado muy poco desde aquellos tiempos, sigues siendo una de las elegidas de Buda.

—¡Ojalá fuese verdad, Oku-san! —exclamó Mariko, dándole el título religioso de Madre.

—Es verdad. ¿No sabías que eras una elegida de Buda?

—Es cristiana —apuntó Toranaga.

—¡Ah! Cristiana… Pero, cristiana o budista, ¿qué importa eso en una mujer, gran señor? A veces, muy poco, aunque toda mujer necesita tener algún dios. —Chano rió entre dientes, divertida—. Las mujeres necesitamos un dios, gran señor, que nos ayude a tratar a los hombres, *¿neh?*

—Y nosotros necesitamos paciencia, mucha paciencia, para tratar con las mujeres *¿neh?*

Las mujeres rieron, y la risa alegró la estancia y, por unos momentos, mitigaron un tanto los presentimientos de Mariko.

—Bueno, gran señor —dijo Chano—. Sólo quería sentarme un momento. Ahora debes disculparme.

—Tenemos tiempo. Quédate donde estás.

—Bueno, gran señor —dijo Chano, levantándose trabajosamente—. Te obedecería como siempre, pero la Naturaleza tiene sus exigencias. Por consiguiente, sé amable con esta vieja campesina. No quisiera molestarte, pero tengo que irme. Todo está dispuesto, hay comida y saké para cuando lo desees, gran señor.

—Gracias.

La puerta se cerró sin ruido detrás de ella. Mariko esperó a que Toranaga hubiese apurado su taza, y volvió a llenarla.

—¿En qué estás pensando?

—Esperaba, señor.

—¿A qué, Mariko-san?

—Señor, yo soy hatamoto. Jamás pedí un favor. Ahora quisiera pedírtelo como hata…

—No quiero que me pidas ningún favor como *hatamoto* —la atajó Toranaga.

—Entonces, un deseo de toda la vida.

—No soy tu marido para otorgártelo.

—A veces, un vasallo puede pedir a su señor feudal…

—A veces sí, ¡pero no ahora!

Un «deseo de toda la vida» era un favor que, según una antigua costumbre, podía pedir la mujer a su marido, a un hijo, a su padre —y, ocasionalmente, el marido a su mujer—, sin mengua de la dignidad, a condición de que, si el deseo era satisfecho, no se volvería a pedir otro favor en toda la vida. También, según la costumbre, no debían hacerse preguntas sobre el favor, ni éste debía volver a mencionarse.

Hubo una discreta llamada a la puerta.

—Descorre el cerrojo —dijo Toranaga.

Ella obedeció, y entró Sudara, seguido de su esposa, dama Genjiko, y de Naga.

—Naga-san, baja al segundo rellano y ordena que no suba nadie si yo no lo ordeno.

Naga salió.

—Mariko-san, cierra la puerta y siéntate ahí —dijo Toranaga, señalando un sitio un poco delante de él y frente a los otros—. Os he llamado a los dos, porque

tenemos que discutir asuntos privados y urgentes de familia.

Sudara miró involuntariamente a Mariko y, después, a su padre. Genjiko permaneció inmóvil.

—Ella está aquí, hijo mío, por dos razones —expuso secamente Toranaga—. La primera, porque quiero, y la segunda, ¡porque quiero!

—Sí, padre —respondió Sudara, avergonzado de la descortesía de su padre para todos ellos—. ¿Puedo preguntarte en qué te he ofendido?

—¿Hay alguna razón para que me sienta ofendido?

—No, señor, a menos que sean causa de ofensa mi celo por tu seguridad y mi renuncia a verte abandonar este mundo.

—¿Y qué me dices de la traición? ¡Me he enterado de que te atreves a usurpar mi puesto como jefe de nuestro clan!

Sudara palideció. También dama Genjiko.

—Jamás lo he hecho, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Y tampoco lo ha hecho ningún miembro de mi familia, ni nadie en mi presencia.

—Es verdad, señor —dijo dama Genjiko, con la misma energía.

Sudara era un hombre arrogante, flaco, de ojos fríos y sesgados, que nunca sonreía. Tenía veinticuatro años y era el segundo hijo viviente de Toranaga. Era un buen general. Adoraba a sus hijos, no tenía consortes y quería mucho a su esposa.

Genjiko era bajita, tres años mayor que su marido y regordeta, a causa de los cuatro hijos que le había dado. Pero caminaba erguida y, cuando se trataba de proteger a los suyos, era orgullosa e implacable como su hermana Ochiba y tenía la ferocidad heredada de su abuelo Goroda.

—¿Quién acusó de embustero a mi marido? —preguntó.

—Mariko-san —dijo Toranaga—, dile a dama Genjiko lo que tu marido te ordenó decir.

—Mi señor Buntaro me pidió, me ordenó, que te persuadiese de que ha llegado el momento de que el señor Sudara asuma el poder, añadió que otros del Consejo compartían su opinión, que, si el señor Toranaga no quería renunciar al poder…, debería serle arrancado por la fuerza.

—Ninguno de nosotros hemos pensado nunca esto, padre —manifestó Sudara—. Somos fieles, y nunca…

—¿Cómo podía pensar él una cosa así? —interrumpió Genjiko—. En cuanto a Buntaro-san, es evidente que un *kami* se apoderó de él.

—Buntaro dijo que otros compartían su opinión.

—¿Quiénes? —preguntó furiosamente Sudara—. Dime quiénes, y morirán en seguida.

—¡Dímelo tú!

—No conozco a ninguno, señor. Si lo hubiera sabido, te habría informado.

—¿No los habrías matado primero?

—Tu primera ley es tener paciencia, y la segunda, tener paciencia. Habría esperado y te habría informado. Si te he ofendido, señor, ordena que me haga el harakiri. No merezco tu enojo, señor, no he cometido ninguna traición.

—Señor —dijo Genjiko—, perdóname, pero confirmo humildemente lo que ha dicho mi esposo. Somos fieles, todo lo nuestro es tuyo, y haremos siempre lo que tú ordenes.

—¡Ya! Sois fieles vasallos, ¿eh? Y obedientes. ¿Obedeceréis siempre mis órdenes?

—Sí, señor —respondió Sudara.

—Bien. Entonces, ve y mata a tus hijos. ¡Ahora mismo!

Sudara desvió la mirada de su padre y miró a su esposa.

Ésta movió ligeramente la cabeza e hizo una señal de asentimiento.

Sudara se inclinó ante Toranaga. Apretó la empuñadura de su sable y se levantó. La puerta se cerró sin ruido a sus espaldas. Se hizo un gran silencio en la habitación.

Cuando las campanas tocaron la hora siguiente, llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Se abrió la puerta. Naga dijo:

—Perdóname, señor, pero mi hermano… el señor Sudara pide permiso para subir de nuevo.

—Que suba, y tú, vuelve a tu puesto.

Sudara entró, se arrodilló y se inclinó. Sus hombros temblaban ligeramente.

—Mis… mis hijos no están… Tú te los has llevado ya, señor.

Genjiko se tambaleó y estuvo a punto de derrumbarse. Pero dominó su flaqueza y miró a su marido.

—¿No… no los has matado?

Sudara negó con la cabeza, y Toranaga dijo, ásperamente:

—Vuestros hijos están en mis habitaciones, en el piso de abajo. Ordené a Chano-san que fuese a buscarlos cuando estuvieseis aquí. Necesitaba estar seguro de los dos. Los tiempos duros requieren pruebas duras.

Tocó la campanilla.

—¿Retiras… retiras tu orden, señor? —preguntó Genjiko, tratando desesperadamente de mantener una fría dignidad.

—Sí. Retiro mi orden. Esta vez. Necesitaba conocerte. Y conocer a mi heredero.

—Gracias. Gracias, señor —dijo Sudara, inclinando humildemente la cabeza.

Se abrió la puerta interior.

—Chano-san, trae a mis nietos —dijo Toranaga.

A medianoche, Yabú cruzó con arrogancia el iluminado patio del torreón. Miembros escogidos de la guardia personal de Toranaga bullían por todas partes. La luna aparecía vaga y cubierta de neblina, y apenas se veían las estrellas.

—¡Ah, Naga-san! ¿A qué viene todo esto?

—No lo sé, señor, pero todos habéis sido convocados al salón de conferencias. Disculpadme, pero debéis dejar los sables aquí.

Yabú enrojeció, ante aquella inaudita falta de cortesía.

—¿Por orden de quién, Naga-san?

—De mi padre, señor. Disculpadme, pero no puedo hacer nada.

Yabú vio un montón de sables en el pabellón de la guardia, junto a la enorme puerta principal. Sopesó el riesgo de una negativa y descubrió que era formidable. De mala gana, entregó sus armas.

Pronto estuvieron reunidos los cincuenta generales más antiguos, veintitrés consejeros y siete daimíos amigos, de pequeñas provincias del Norte. Todos estaban nerviosos y rebullían inquietos.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntó agriamente Yabú, al ocupar su sitio.

Un general se encogió de hombros.

—Probablemente, algo relacionado con el viaje a Osaka.

Otro miró a su alrededor, esperanzado.

—Tal vez un cambio de plan, *¿neh?* Va a ordenar Cielo…

—Perdona, pero estás en las nubes. Nuestro señor lo ha decidido ya: Osaka, y nada más. ¡Eh! ¿Cuándo llegaste, Yabú-sama?

—Ayer. He estado más de dos semanas atascado con mis tropas en un sucio pueblo de pescadores llamado Yokohama, al sur de aquí.

—¿Estás al corriente de todas las noticias?

—Querrás decir de las malas noticias, *¿neh?* El traslado será dentro de seis días, *¿neh?*

—Sí. Es terrible. ¡Vergonzoso!

—Sí, pero esta noche ha sido lo peor —dijo tristemente otro general—. Nunca había ido sin mis sables. ¡Nunca!

—¡Es un insulto! —exclamó Yabú, y todos los que estaban cerca le miraron.

—Estoy de acuerdo —remachó el general Kiyoshio, rompiendo el silencio. Serata Kiyoshio era el viejo y rudo comandante del Séptimo Ejército—. Nunca me había presentado en público sin mis sables. Esto hace que me sienta como un sucio mercader. Creo… ¡hum!… creo que las órdenes son órdenes, pero que hay órdenes que no deberían darse.

—Tienes toda la razón —afirmó alguien—. ¿Qué habría hecho el viejo Puño de Hierro si hubiese estado aquí?

—¡Se habría rajado el vientre antes de entregar sus sables! —exclamó el joven Serata Tomo, hijo mayor del general, segundo en el mando del Cuarto Ejército.

—También yo he pensado en ello. —El general Kiyoshio carraspeó con fuerza—. Pero alguien tiene que asumir la responsabilidad…, ¡y cumplir con su deber! ¡Alguien tiene que poner en claro que el señorío feudal significa responsabilidad y deber!

—Perdona, pero contén la lengua —le aconsejó Yabú.

—¿De qué le sirve la lengua a un samurai, si le prohíben ser samurai?

—De nada —respondió Isamu, un viejo consejero—. Estoy de acuerdo. Es mejor morir.

—Perdona, Isamu-san, pero éste es, de todos modos, nuestro futuro inmediato —dijo Serata Tomo—. ¡Somos como palomas en las garras de un indigno halcón!

—¡Por favor, callad la boca! —exclamó Yabú, disimulando su satisfacción. Y añadió precavidamente—: Es nuestro señor feudal, y, mientras el señor Sudara o el Consejo no asuman la plena responsabilidad, sigue siendo nuestro señor y le debemos obediencia, *¿neh?*

El general Kryoshio lo observó fijamente.

—¿Qué has oído, Yabú-sama?

—Nada.

—Buntaro-san dijo que… —empezó el consejero.

—Discúlpame, por favor, Isamu-san —lo interrumpió el general Kiyoshio—, pero lo que dijo o dejó de decir el general Buntaro carece de importancia. Lo que dice Yabú-sama es verdad. Un señor feudal es un señor feudal. Pero, aun así, un

samurai tiene sus derechos y un vasallo tiene los suyos. Incluidos los daimíos, *¿neh?*

Yabú lo miró, calculando la profundidad de la insinuación.

—Izú es una provincia del señor Toranaga —dijo—. Yo no soy daimío de Izú, sino que la gobierno en su nombre. —Miró a su alrededor—. Ha venido todo el mundo, *¿neh?*

—Menos el señor Noburu —observó un general, mencionando al hijo mayor de Toranaga, que era odiado por todos.

—Es mejor así. En todo caso, general, la enfermedad china acabará pronto con él, y nos veremos libres de su mal humor —comentó alguien.

—Que Buda me libre de ella —dijo Yabú—. Ahora, sólo desearía que el señor Toranaga cambiase de idea sobre Osaka.

—Ahora mismo me abriría el vientre, si con ello pudiese convencerlo —manifestó el joven.

—No quiero ofenderte, hijo mío, pero estás en las nubes. Nunca cambiará.

—Sí, padre. Pero no lo comprendo…

—¿Iremos todos con él? ¿En el mismo contingente? —preguntó Yabú, al cabo de un momento.

—Sí —replicó Isamu, el viejo consejero—. Iremos como escolta. Con dos mil hombres vestidos de gala. Tardaremos treinta días en llegar allí. Ahora nos quedan seis.

—No es mucho tiempo, ¿verdad, Yabú-sama? —dijo el general Kiyoshio.

Yabú no respondió. No hacía falta.

Se abrió una puerta lateral y entró Toranaga. Sudara lo seguía. Todos se inclinaron rígidamente. Toranaga correspondió a su saludo y se sentó frente a ellos. Sudara, como presunto heredero, lo hizo un poco delante de él y frente a los otros. Naga entró por la puerta principal y la cerró.

Sólo Toranaga llevaba sus sables.

—Tengo noticias —dijo con voz glacial— de que algunos de vosotros habláis y pensáis traidoramente y tramáis una traición.

Nadie contestó ni se movió. Lenta e implacablemente, Toranaga escrutó sus semblantes. Por fin, habló el general Kiyoshio:

—¿Puedo preguntar respetuosamente, señor, qué entiendes por «traición»?

—Es traición cualquier objeción a una orden, a una decisión o a una actitud de un señor feudal, en cualquier momento —contestó rotundamente Toranaga.

El general se irguió.

—Entonces, soy culpable de traición.

—Si es así, sal y hazte inmediatamente el harakiri.

—Lo haré, señor —respondió orgullosamente el soldado—, pero antes exijo el derecho a hablar libremente ante tus fieles vasallos, oficiales y con…

—¡Has perdido todos los derechos!

—Muy bien. Entonces lo exijo como mi última voluntad, como hatamoto, y en pago de veintiocho años de servicios.

—Sé breve.

—Lo seré, señor —respondió el general Kiyoshio, con voz glacial—. Deseo decir, primero: Ir a Osaka y rendir pleitesía al campesino Ishido, es traición contra tu honor, contra el honor de tu clan, contra el honor de tus fieles vasallos, que son tu herencia especial, y va totalmente en contra del *bushido*. Segundo: Te acuso de esta traición y digo que has perdido todo derecho a ser nuestro señor feudal. Tercero: Pido que abdiques inmediatamente en el señor Sudara y abandones dignamente este mundo, o, si lo prefieres, te afeites la cabeza y te retires a un monasterio.

El general se inclinó rígidamente y se sentó. Todos esperaron, sin atreverse a respirar, ante la increíble realidad. Bruscamente, silbó Toranaga:

—¿A qué esperas?

El general Kiyoshio le devolvió la mirada.

—Nada, señor. Por favor, te ruego que me excuses. —Su hijo iba a levantarse—. ¡No! ¡Te ordeno que te quedes aquí! —gritó.

El general hizo una última inclinación, se levantó y salió con gran dignidad. Algunos se rebulleron nerviosos y hubo una gran tensión en toda la estancia, pero la dureza de Toranaga volvió a dominar la situación.

—¿Hay alguien más que se confiese traidor? ¿Hay alguien más que se atreva a quebrantar el *bushido,* que se atreva a acusar de traición a su señor?

—Discúlpame, señor —dijo tranquilamente Ishumi, el viejo consejero—, pero lamento decir que, si vas a Osaka, será una traición contra tu linaje.

—El día en que yo vaya a Osaka, tú partirás de este mundo.

El hombre de cabellos grises se inclinó cortésmente.

—Sí, señor.

Toranaga los miró a todos. Implacablemente. Alguien se agitó inquieto, y los otros lo miraron. El samurai —un guerrero que hacía años había perdido su afición a la lucha, se había afeitado la cabeza y convertido en monje budista y

ahora era miembro de la administración civil de Toranaga— no dijo nada, presa de un miedo incoercible, que trataba desesperadamente de disimular.

—¿De qué tienes miedo, Numata-san?

—De nada, señor —respondió el hombre, con los ojos bajos.

—Bien. Entonces, ve y hazte el harakiri, porque eres un embustero y tu miedo es contagioso.

El hombre se estremeció y salió tambaleándose.

El aire se hizo irrespirable, los débiles chasquidos de las antorchas parecían extrañamente fuertes. Entonces, comprendiendo que era su deber y su responsabilidad, Sudara se volvió e hizo una reverencia.

—Por favor, señor, ¿puedo hacer respetuosamente una declaración?

—¿Qué declaración?

—Señor, creo que no hay más traición aquí, y que no habrá más trai…

—No comparto tu opinión.

—Discúlpame, señor, pero sabes que yo te obedeceré. Todos te obedeceremos. Sólo buscamos lo mejor para tu…

—Lo mejor es *mi* decisión. Lo que yo decida.

Sudara, impotente, se inclinó y guardó silencio. Toranaga no apartó su mirada de él. Una mirada implacable.

—Ya no eres mi heredero.

Sudara palideció. Entonces, Toranaga hizo estallar la tensión de la estancia:

—*¡Yo soy aquí el señor feudal!*

Esperó un momento. Después, en el profundo silencio, se levantó y salió con suprema arrogancia. Un gran suspiro recorrió el salón. Las manos buscaron inútilmente las empuñaduras de los sables. Pero nadie se movió.

—Esta… esta mañana… tuve noticias de nuestro general en jefe —dijo, al fin, Sudara—. El señor Hiro-matsu estará aquí dentro de pocos días. Yo… le hablaré. Callad, tened paciencia, sed fieles a nuestro señor. Y ahora, vayamos a presentar nuestros respetos al general Serata Kiyoshio…

CAPÍTULO L

Blackthorne se hallaba sentado, solo, bajo el sol de la mañana, en un rincón del jardín, en el exterior de su casa de huéspedes, en pleno ensueño, con su diccionario en la mano. Habían transcurrido cinco días desde que había visto por última vez a Toranaga. Durante todo el tiempo había estado confinado en el castillo, sin poder ver a Mariko, visitar su buque ni tripulación, o recorrer la ciudad, cazar o montar a caballo. Un día se fue en compañía de otros samurais y, con objeto de pasar el tiempo, los enseñó a nadar y bucear, pero esto no hizo que la espera fuera más fácil.

—Lo lamento, Anjín-san, pero es igual para todo el mundo —le había dicho el día anterior Mariko cuando la había hallado por casualidad en su sección del castillo—. Incluso el señor Hiro-matsu está esperando. Hace dos días que llegó y aún no ha visto al señor Toranaga. Nadie lo ha hecho.

—Mariko-san, esto es muy importante, y creí que así lo había entendido él, ¿no hay forma de que pueda enviarle un mensaje?

—Por supuesto que sí, Anjín-san. Eso es fácil. Escribe. Si me dices lo que quieres, escribiré yo. Todo el mundo tiene que escribir cuando se trata de lograr una entrevista. Te lo agradecería…

—No debes agradecerme nada. Es un placer para mí.

—¿Dónde has estado? Hace cuatro días que no te he visto…

—Por favor, perdóname, ¡pero he tenido que hacer tantas cosas! Es un tanto, un poco difícil para mí, no sé, tantos preparativos…

—¿Qué sucede? Desde hace una semana, el castillo parece una colmena a punto de reventar.

—Lo siento. Todo va bien, Anjín-san.

—¿De verdad? ¡Que lo sientes! Un administrador general se hace el harakiri en la mazmorra. El señor Toranaga se encierra en su torre de marfil, haciendo esperar a la gente sin razón, ¿también eso es corriente? ¿Qué hay del señor Hiro-matsu?

—¡El señor Toranaga es nuestro señor! ¡Lo que él hace está bien hecho!

—¿Y tú, Mariko-san? ¿Por qué no te he visto?

—Por favor, perdóname, lo siento, pero el señor Toranaga me ordenó que te dejara con tus estudios. Ahora estoy visitando a tu consorte, Anjín-san. Nadie sabe que he venido a verte.

—¿Por qué pone dificultades a eso?

—Supongo que estás obligado a hablar tu propia lengua. Han pasado unos días, ¿no?

—¿Cuándo te vas a Osaka?

—No lo sé. Esperaba haberlo hecho hace tres días, pero el señor Toranaga aún no ha firmado mi pase. Lo he arreglado todo, mozos y caballos, y diariamente entrego mis papeles a su secretario para la firma, pero siempre me los devuelven igual diciéndome: «entrégalos mañana».

—Creí que te iba a llevar yo a Osaka por mar. ¿No dijo que te llevaría yo?

—Sí, sí, lo dijo. Pero, Anjín-san, nunca se sabe lo que hará nuestro señor. Cambia sus planes.

—¿Siempre ha sido así?

—Sí y no. Desde Yokosé, se ha sentido abrumado por, ¿cómo lo dices?, por la melancolía, y es muy diferente. Sí, es muy diferente.

—Desde el Primer Puente has estado abrumada por la melancolía y has sido muy diferente. Sí, y ahora eres también muy diferente.

—El Primer Puente fue un principio y un fin, Anjín-san, y nuestra promesa, ¿no?

—Sí, por favor, perdóname.

La joven se había inclinado tristemente y se había ido, y, una vez alejada de él, sin mirar hacia atrás, había musitado: «Tú…», quedando aquella única palabra como flotando en el pasillo con su perfume.

Durante la cena había intentado interrogar a Fujiko. Pero tampoco ella sabía nada de importancia.

—*Dozo gomen nasai*, Anjín-san…

Se fue a la cama muy agitado, inquieto por las demoras y por las noches sin Mariko. Siempre era malo saber que ella estaba tan cerca, que Buntaro se hubiera ido de la ciudad y que en aquellos momentos el deseo de la mujer fuera tan intenso como el suyo. Hacía pocos días había ido a casa de ella con el pretexto de que necesitaba ayuda de los japoneses. El guardián samurai le había dicho que lo lamentaba mucho, pero que no estaba en casa. Tras darle las gracias, había vagado sin rumbo alguno hacia la puerta principal sur. Pudo ver el

océano, pero no distinguir los muelles, en donde creyó ver, a lo lejos, los altos mástiles de su buque.

El océano lo llamaba. Era el horizonte más que su profundidad, la necesidad de un viento que azotara su rostro, mientras entornaba los ojos para protegerse de sus embates, de su fuerza, a la vez que se humedecía los labios con la punta de la lengua para saborear su salitre, el simple hecho de sentir la cubierta bajo sus pies, y, en todo lo alto, las drizas y el resto del aparejo crujiendo, como lamentándose bajo la presión de las velas que, de vez en cuando, parecían charlar con júbilo cuando la fuerte brisa saltaba uno o dos puntos.

Y era la libertad más que el horizonte. Libertad de partir hacia cualquier lugar, con cualquier tiempo y siguiendo cualquier capricho o fantasía. Era el estar sobre el alcázar y ser el árbitro, como allí sólo lo era Toranaga.

Blackthorne miró hacia la parte superior de la torre, en cuyos bajos estaban las mazmorras. Nunca había visto allí ninguna clase de movimiento, aunque sabía que todas las ventanas del piso superior estaban guardadas.

Los gongs sonaron anunciando el cambio de hora. Se guardó el diccionario en la manga, alegrándose de que fuese la hora de hacer su primera comida.

Había arroz y camarones a la parrilla, sopa de pescado y verduras.

—¿Te agradaría algo más, Anjín-san?

—Gracias, Fujiko. Sí, arroz, por favor. Y algo de pescado. Está muy…

Buscó en el diccionario la palabra adecuada para traducir «delicioso» y la pronunció varias veces, para memorizarla.

—Sí, delicioso, ¿verdad?

—Gracias —replicó Fujiko con complacencia—. Este pescado es del Norte. De aguas frías del Norte, ¿lo comprendes? Se llama *kurima-ebi*.

Blackthorne repitió el nombre para aprenderlo de memoria. Cuando terminó, Fujiko sirvió más cha y extrajo un pequeño paquete del interior de su manga.

—Esto es dinero, Anjín-san —dijo enseñándole las monedas de oro—. Cincuenta kobán. Valen ciento cincuenta kokús. ¿Lo quieres? Para los marineros. Por favor, perdóname, ¿lo comprendes?

—Sí, gracias.

—¿Te consideras bien recibido?

—Sí, creo que sí. ¿Dónde lo conseguiste?

—Del jefe de Toranaga-sama —respondió Fujiko buscando una forma sencilla de decirlo—. Me dirigí al hombre importante de Toranaga. Es un jefe.

Como Mura, ¿sabes? No es samurai, sólo el hombre del dinero. Firmo en tu nombre.

—¡Ah!, comprendo… gracias. ¿Mi dinero? ¿Mi kokú?

—¡Oh, sí!

—¿Quién paga esta casa, y los criados?

—¡Oh, yo pago! De tu…

—Dime si es suficiente, por favor. ¿Bastante kokú?

—¡Oh, sí! Sí, creo que sí.

—¿Por qué te preocupas? Advierto preocupación en tu rostro.

—¡Oh, por favor, Anjín-san! No estoy preocupada. No, nada de preocupación…

—¿Es el dolor? ¿Sientes mucho dolor?

—Tampoco dolor. Mira…

Fujiko, cuidadosamente, apartó los cojines que Blackthorne deseaba que usara. Luego se arrodilló directamente sobre el tatami, y acto seguido se sentó sobre sus talones y dijo:

—¿Ves? Estoy mejor.

—Ya lo veo, en efecto —respondió Blackthorne, alegrándose por ella—. ¿Quieres enseñarme?

La joven se puso en pie lentamente y alzó el borde de su falda para permitirle ver la parte posterior de las piernas. La cicatriz no se había abierto y tampoco mostraba supuración.

—Muy bien —dijo él—. Sí, muy pronto estará como la piel de un bebé.

—Gracias, sí. Muy suave. Gracias, Anjín-san.

Blackthorne notó el cambio en el tono de voz de la mujer, pero no lo comentó. Aquella noche no la despidió. La sesión de amor fue satisfactoria. No más que satisfactoria, pues no siguió una gozosa lasitud.

Antes de dejarlo, la joven se arrodilló, se inclinó ante él y apoyó ambas manos en su frente.

—Te doy gracias con todo mi corazón —dijo—. Por favor, duerme ahora, Anjín-san.

—Gracias, Fujiko-san. Dormiré más tarde.

—Por favor, duerme ahora. Es mi deber y eso me produciría un gran placer.

El contacto de su mano era cálido y seco, pero no agradable. Sin embargo, Blackthorne simuló dormir. La joven lo acarició con cierta torpeza, aunque con enorme paciencia. Luego, silenciosamente, regresó a su habitación. Sólo de

nuevo, y contento por ello, Blackthorne apoyó la cabeza sobre ambos brazos y abrió los ojos en plena oscuridad.

Había decidido lo de Fujiko durante el viaje desde Yokosé a Yedo. «Es tu deber», le había dicho Mariko entre sus brazos.

—Creo que sería una equivocación, ¿no? Si queda embarazada, bueno, eso significará para mí cuatro años de navegación para el viaje de ida y vuelta a casa y, durante ese tiempo, sabe Dios lo que podría suceder.

Recordó cómo, en aquel momento, había temblado Mariko de arriba abajo.

—¡Oh, Anjín-san, eso es mucho tiempo!

—Entonces, tres. Pero tú estarás a bordo conmigo. Te llevaré…

—¡Tu promesa, querido! Nada de eso…

—Tienes razón, sí. Pero con Fujiko podrían suceder muchas cosas. No creo que deseara un hijo mío.

—Eso no lo sabes. No te comprendo, Anjín-san. Es tu deber. Ella siempre podría impedir el hecho de tener un hijo, ¿no? No olvides que es tu consorte. En verdad la avergonzarás si no la invitas a compartir tu almohada. Después de todo, el propio Toranaga le ordenó que fuera a tu casa.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé. Eso no importa. Lo ordenó y es lo mejor para ti y para ella. Es bueno. Ella cumple con sus deberes lo mejor que puede. Por favor, perdóname, pero, ¿no crees que debes cumplir con los tuyos?

—¡Ya está bien de consejos! Ámame y no hables más.

—¿Cómo debo amarte? ¡Ah, como me ha dicho hoy Kikú-san!

—¿Cómo es?

—Así…

—Sí, eso es muy bueno… muy bueno.

—¡Oh!, lo olvidaba, por favor, enciende la lámpara. Tengo que enseñarte algo.

—Después, ahora no…

—¡Oh, por favor!, perdóname, pero tiene que ser ahora. Lo compré para ti. Es un libro de almohada. Los grabados son muy graciosos.

—Ahora no deseo ver un libro de almohada.

—Pero… lo siento, Anjín-san, quizás uno de los grabados te excitará. ¿Cómo puedes saber lo que se hace en la cama sin un libro de almohada?

—Ya estoy excitado.

—Pero Kikú-san dijo que es la mejor forma de elegir posturas. Hay cuarenta

y siete. Algunas de ellas son asombrosas y muy difíciles, pero Kikú-san añadió que era muy importante probarlas todas, ¿de qué te ríes?

—Tú también te ríes, ¿por qué no he de hacerlo yo?

—Yo me reía porque te estabas riendo entre dientes y sentía cómo tu estómago se movía de arriba abajo sin que me dejes levantarme. ¡Anjín-san!

—¡Ah, pero no podrás moverte, Mariko, querida mía! No hay ninguna mujer en el mundo que en estos momentos sea capaz de dejar esto…

—Pero, Anjín-san, por favor… déjame ahora… quiero enseñarte…

—Está bien… si tú lo quieres…

—¡Oh, no, Anjín-san! No quería… no debes… no debes terminar… espera un poco, por favor todavía no… no, no me dejes ahora. ¡Oh!… ¡cómo te quiero así… así!

Blackthorne recordó que, haciendo el amor, Mariko lo excitaba más que Kikú, y que Fujiko no podría compararse con ellas. ¿Y Felicity?

«¡Ah! Felicity —pensó, enfocando su gran problema—. Debo de estar loco para amar a Mariko y a Kikú, y, sin embargo… lo cierto es que Felicity ahora ni siquiera puede compararse con Fujiko. Fujiko era limpia. ¡Pobre Felicity! Nunca podré decírselo, pero el recuerdo de los dos, de ella y yo, revolcándonos como un par de armiños en celo sobre el heno o bajo sucias mantas, es algo que me produce escalofríos. Ahora lo conozco todo mucho mejor. Ahora podría enseñarle muchas cosas, pero, ¿desearía ella aprender? ¿Y cómo podríamos llegar a limpiarnos del todo, permanecer limpios y vivir limpios?

»Allá lejos, mi patria, mi hogar, no son más que inmundicia sobre inmundicia, pero es donde están mi esposa y mis hijos y a donde yo pertenezco.»

«No pienses en ese hogar —le había dicho una vez Mariko, cuando, una vez más, entre tantas, las oscuras neblinas abrumaban su cerebro—. El verdadero hogar está aquí. Ésta es la realidad. Escucha, si quieres paz debes aprender a beber cha en copa vacía.»

Ella le había enseñado cómo hacerlo. «Piensa en que la realidad está en el interior de la copa, como cálida bebida de color verde pálido de los dioses. Si te concentras en ello con fuerza… ¡Oh! Un maestro Zen podría mostrártela, Anjín-san. ¡Es tan difícil y, a la vez, tan fácil! ¡Cómo me agradaría ser lo suficientemente inteligente para demostrártelo! Entonces todas las cosas del mundo pueden ser tuyas con sólo pedirlas… incluso el don más inalcanzable: la perfecta tranquilidad.»

Él lo había intentado muchas veces, pero jamás había podido beber una

bebida que no estaba allí.

«No importa, Anjín-san. Se tarda mucho tiempo en aprenderlo, pero lo conseguirás algún día.»

«¿Puedes hacerlo tú?

»En muy raras ocasiones. Sólo en momentos de gran tristeza o soledad. Pero el sabor de la irreal cha presta significado a la vida. Es difícil de explicar. Lo logré una o dos veces. Otras obtienes wa nada más que con intentarlo.»

En aquellos instantes, tendido en medio de la oscuridad del castillo, y el sueño tan lejos, encendió la vela con el pedernal y concentró su atención en la pequeña copa de porcelana que Mariko le había regalado y que, desde entonces, siempre mantenía junto a su cama. Durante una hora lo intentó, pero inevitablemente acudían a su mente los mismos pensamientos: «Quiero irme. Quiero quedarme. Temo regresar. Temo permanecer aquí. Odio ambas cosas y a la vez las deseo.

»Si sólo fuera cosa mía, no me iría, todavía no. Pero hay otros implicados y no son eters, aparte que firmé como piloto: *Prometo, en nombre de Dios, sacar la flota y, con la gracia de Dios, conducirla a casa de nuevo*. Quiero a Mariko. Quiero ver la tierra que Toranaga me ha regalado y necesito estar aquí, disfrutar de mi buena suerte un poco más. Sí. Pero también el deber se impone y esto está por encima de todo.»

Al amanecer, Blackthorne supo que aunque pretendiese demorar de nuevo su decisión, en realidad ya se había decidido. Irrevocablemente.

«Que Dios me ayude. Primero, y ante todo, soy piloto.»

Toranaga desenrolló la diminuta hoja de papel que había llegado dos horas después del amanecer. El mensaje de su madre decía simplemente: *Tu hermano está de acuerdo, hijo. Su carta, de confirmación saldrá hoy mismo para que sea entregada en mano. La visita oficial del señor Sudara y su familia debe iniciarse dentro de diez días*.

Toranaga tomó asiento. El sol de la mañana se filtraba en el interior del piso aun cuando en el cielo estaban formándose nubes amenazadoras. Reuniendo fuerzas, bajó los escalones apresuradamente hasta llegar a su alojamiento.

—¡Naga-san! —gritó.

—Sí, padre.

—Envíame aquí a Hiro-matsu. Y a mi secretario.

—Sí, padre.

El viejo general llegó rápidamente. A consecuencia de la subida daba la impresión de que todas sus articulaciones crujían tétricamente. Se inclinó con sumo respeto, sosteniendo en sus manos el sable, como siempre, a la vez que en su rostro se reflejaba la misma fiereza y resolución de otras veces.

—Sé bien venido, amigo mío.

—Gracias, señor —dijo Hiro-matsu alzando los ojos—. Me entristece ver que todas las preocupaciones del mundo se reflejan en tu rostro.

—Y a mí me entristece oír y ver tanta traición.

—Sí, la traición es una cosa terrible.

Toranaga vio cómo lo estudiaban los penetrantes ojos del anciano.

—Puedes hablar libremente.

—¿Acaso he dejado de hacerlo alguna vez señor? —interrogó el anciano con grave tono.

—Por favor, perdóname por haberte hecho esperar.

—Perdóname tú a mí por molestarte. ¿Cuál es tu deseo, señor? Por favor, comunícame tu decisión sobre el futuro de tu casa. ¿Será finalmente Osaka… para doblegarme ante esa pila de estiércol?

—¿Y acaso me has visto alguna vez tomar una decisión final?

Hiro-matsu frunció el ceño y, acto seguido, enderezó el torso para aliviar el dolor que sentía en la espalda. Luego dijo:

—Siempre te he visto paciente y seguro, y siempre has ganado. Ésa es la razón de que ahora no te comprenda. El abandonar no es característico de ti.

—¿No es el Reino más importante que *mi* futuro?

—No.

—Ishido y los otros regentes todavía son gobernantes legales de acuerdo con la voluntad del Taiko.

—Yo soy el vasallo de Yoshi Toranaga-noh-Minowara y no conozco a ningún otro señor.

—Muy bien. Pasado mañana es el día elegido por mí para partir hacia Osaka.

—Sí, lo he oído.

—Estarás al mando de la escolta. Buntaro ha de ser el segundo en el mando.

El viejo general suspiró hondo.

—También sé eso, señor. Pero desde que he vuelto, señor, estuve hablando con tus principales consejeros y gene…

—Sí, lo sé. ¿Y cuál es su opinión?

—Que no debes abandonar Yedo. Que tus órdenes deben ser temporalmente suspendidas.

—¿Por quién?

—Por mí. Por mis órdenes.

—¿Eso es lo que desean? ¿O es lo que tú has decidido?

Hiro-matsu depositó el sable en el suelo más cerca de Toranaga y acto seguido, indefenso, lo miró directamente y dijo:

—Perdóname, señor. Deseo preguntarte qué debo hacer. Mi deber parece decirme que debo tomar el mando e impedir tu salida. Esto obligará a Ishido inmediatamente a venir contra nosotros. Sí, desde luego que perderemos, pero ese parece ser el único y honorable camino a seguir.

—Pero estúpido, ¿no?

El anciano frunció de nuevo el ceño y replicó:

—No. Morimos en la batalla con honor. Volvemos a ganar wa. El Kwanto es un daño de la guerra, pero no veremos al nuevo maestro en esta vida. *Shigata ga nai*.

—Nunca me ha gustado derrochar inútilmente vidas humanas. Nunca he perdido una batalla y no veo razón alguna por la cual deba sucederme ahora.

—Perder una batalla no es un deshonor, señor. ¿Es honorable rendirse?

—¿Estáis todos de acuerdo en este acto de traición?

—Señor, por favor, perdóname, pero solamente hice preguntas individuales buscando la opinión militar. No hay traición ni conspiración.

—Sin embargo, prestaste oídos a la traición.

—Perdóname, pero si estoy de acuerdo, como tu comandante en jefe, entonces ya no será una traición, sino política legal estatal.

—El tomar decisiones sin contar con tu señor feudal es una traición.

—Hay numerosos precedentes de deposiciones de señores. Tú lo has hecho, Goroda lo ha hecho, el Taiko… todos hemos hecho eso y aún cosas peores. Una victoria nunca… bien, un hombre victorioso nunca comete traición.

—¿Habéis decidido deponerme?

—Pido tu ayuda para esa decisión.

—¡Y eres la única persona en la que yo confiaba!

—Te aseguro por todos los dioses que deseo ser tu más devoto vasallo. Solamente soy un soldado. Ansío cumplir con mi deber para ti. En consecuencia, merezco tu confianza. Toma mi cabeza si eso ha de servir de ayuda. Si eso te convence de que has de luchar, yo daría gustoso mi vida, la sangre de todo mi

clan, ¿no es eso lo que hizo tu amigo el general Kiyoshio? Lo lamento, pero no acabo de entender por qué he de permitir que se arroje por la ventana toda una vida de esfuerzos.

—Entonces, ¿te niegas a obedecer mis órdenes de mandar la escolta que partirá pasado mañana para Osaka?

—Pronto lloverá otra vez —comentó Toranaga tras un momento de silencio.

—Sí. En este año hubo muchas lluvias. Han de parar porque, de no ser así, se estropearán las cosechas.

Ambos hombres se miraron fijamente.

—¿Bien?

Puño de Hierro dijo calmosamente:

—Te ruego formalmente, señor, una cosa. ¿Me pides en serio que te escolte pasado mañana, desde Yedo, camino de Osaka?

—Como parece privar el consejo de todos mis asesores a favor de lo contrario, aceptaré su opinión y la tuya. Demoraré mi partida.

Hiro-matsu no estaba preparado para aquella respuesta.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No te irás?

Toranaga se echó a reír, cayó la máscara de su rostro y, una vez más, volvió a ser el viejo Toranaga.

—Jamás tuve la intención de ir a Osaka. ¿Por qué iba a ser tan estúpido?

—¿Cómo, señor?

—Mi acuerdo en Yokosé no fue más que un truco para ganar tiempo —dijo Toranaga afablemente—. Ishido se ha tragado el anzuelo. Y tú y todos mis infieles vasallos también lo hicieron. Sin realizar ninguna concesión he ganado un mes, y asimismo he inquietado a Ishido y a sus sucios aliados.

—¿Nunca tuviste intención de ir? —interrogó Hiro-matsu moviendo la cabeza.

Luego, cuando la claridad de la idea se hizo evidente para él, sonrió, añadiendo:

—¿Es todo esto una artimaña?

—Desde luego. Escucha, había que engañar a todo el mundo, ¿no? A Zataki, a todo el mundo, ¡incluso a ti! O, de lo contrario, los espías habrían hablado con Ishido y éste inmediatamente se habría lanzado sobre nosotros, y así ninguna fortuna de la tierra o dioses podría haber impedido que me aplastara el desastre.

—Eso es verdad… ¡ah, señor, perdóname! Soy un estúpido. Así que todo era una tontería. Pero…, ¿y el general Kiyoshio?

—Dijo que era culpable de traición. No necesito generales traicioneros. Sólo obedientes vasallos.

—Pero, ¿por qué atacar al señor Sudara? ¿Por qué retirarle tu favor?

—Porque me agrada hacerlo así —replicó Toranaga ásperamente.

—Sí. Perdóname. Ése es tu privilegio. Te ruego me perdones por haber dudado de ti.

—¿Por qué debo perdonarte por ser precisamente tú, viejo amigo? Necesitaba que hicieras lo que hiciste. Ahora te necesito más que nunca, por eso te hago objeto de mi confianza. Esto ha de quedar entre nosotros.

—¡Oh, señor, me hacéis tan feliz!

—Sí —dijo Toranaga—. Ésa es la única cosa que temo.

—¿Señor?

—Eres comandante en jefe. Sólo tú puedes neutralizar esta estúpida rebelión mientras espero. Confío en ti. Mi hijo no puede controlar a mis generales, aunque jamás exteriorizaría su alegría por el secreto, si lo supiera, pero tu rostro es como un libro abierto, viejo amigo.

—Entonces deja que me quite la vida una vez haya contenido a los generales.

—Eso no sería de ninguna ayuda. Debes mantenerlos unidos y pendientes de mi inminente partida. Tendrás que vigilar la expresión de tu rostro y tu sueño más que nunca. Eres el único en el mundo que lo sabe, eres el único en el que debo confiar.

—Perdona mi estupidez. No fracasaré. Explícame lo que debo hacer.

—Di a mis generales lo que es verdad, que me has persuadido para que siga tu consejo que también es el suyo. Oficialmente demoro mi salida para dentro de siete días. Más tarde la demoraré de nuevo. Esta vez se trata de enfermedad. Eres el único que lo sabe.

—¿Y después? ¿Será «Cielo Carmesí»?

—No como se proyectó en principio. Cielo Carmesí siempre fue un último plan, ¿no?

—Sí. ¿Y qué hay sobre el Regimiento de Mosquetes? ¿Podría abrir un sendero a través de las montañas?

—En parte, pero no todo el camino hasta Kyoto.

—¿Asesinar a Zataki?

—Podría ser posible. Pero Ishido y sus aliados todavía son invencibles.

Toranaga a continuación explicó los casos de Omi, Yabú, Igurashi y Buntaro, el día del terremoto, y concluyó:

—En aquel momento ordené se llevara a cabo el plan Cielo Carmesí como otro truco para confundir a Ishido… pero el hecho es que todavía la fuerza de Ishido es invencible.

—¿Cómo podemos dividirlas? ¿Qué hay sobre Kiyama y Onoshi?

—No, ésos son verdaderamente implacables contra mí. Todos los cristianos estarán en contra de mi persona, excepto mi cristiano, al que muy pronto haré embarcar con mejores propósitos. Lo que más necesitamos es tiempo. Tengo aliados y amigos secretos en todo el Imperio y, si dispongo de tiempo… cada día que gano debilita más a Ishido. Ése es mi plan de batalla. Cada día de demora es importante.

Escucha. Después de las lluvias, Ishido atacará el Kwanto desde varios puntos para formar una tenaza. Ikawa hacia el sur, Zataki por el norte. Contendremos a Jikkyu en Mishima y luego retrocederemos hasta el paso de Hakoné y Odawara, donde resistiremos finalmente. En el norte contendremos a Zataki en las montañas, a lo largo del camino Hosho-kaidó, en algún punto cerca de Mikawa. Es cierto lo que dijeron Omi e Igurashi: «Podemos aguantar el primer ataque y *no debe* haber otra gran invasión. Pelearemos y esperaremos detrás de nuestras montañas. Lucharemos, contendremos al enemigo y esperaremos, y después, cuando el fruto esté maduro, será una realidad el “Cielo Carmesí”.»

—¡Ojalá que eso sea pronto!

—Escucha, viejo amigo, sólo tú puedes controlar a mis generales. Con tiempo y el Kwanto seguro, completamente seguro, podemos resistir el primer ataque. Después los aliados de Ishido comenzarán a derrumbarse. Una vez ocurra eso el futuro de Yaemón estará asegurado y será inviolable el testamento de Taiko.

—¿No serás tú el único poder, señor?

—Por última vez: la ley puede trastornar la razón, pero la razón nunca debe perjudicar a la ley, o toda nuestra sociedad se deshará como un viejo tatami. La ley puede usarse para confundir a la razón, pero la razón no debe emplearse nunca para echar abajo la ley. El testamento, la voluntad de Taiko es ley.

Hiro-matsu se inclinó en ademán de aceptación.

—Muy bien, señor. Puedo asegurar que no lo mencionaré de nuevo. Perdóname. Y ahora…

Hiro-matsu se detuvo para esbozar una sonrisa y añadió:

—Ahora, ¿qué debo hacer?

—Simular que me has convencido para demorar la salida. Mantén a todos en tu puño de hierro.

—¿Cuánto tiempo he de adoptar esa postura?

—No lo sé.

—No confío en mí mismo, señor. Puedo cometer un error sin querer. Creo que podré alejar de mi rostro la alegría por unos pocos días, y con tu permiso, mis «achaques» se habrán agudizado tanto, que tendré que meterme en la cama… nada de visitas.

—Perfecto. Haz eso durante cuatro días. Hoy mismo has de exteriorizar uno de tus dolores. Eso no será nada difícil.

—No, señor. Me alegro de que la batalla comience este año. En el próximo, quizá yo no pueda ayudar.

—Tonterías. Pero será este año, diga yo sí o no. Dentro de dieciséis días dejaré Yedo para ir a Osaka. Por entonces tú habrás dado tu aprobación «de mala gana» y dirigirás la marcha. Solamente tú y yo sabemos que habrá posteriores demoras y que mucho antes de alcanzar mis fronteras regresaré a Yedo.

—Perdóname por haber dudado de ti. Si no fuera porque debo vivir para ayudarte en tus proyectos, me sería imposible vivir con esa vergüenza.

—No hay necesidad de sentir vergüenza, viejo amigo. Si no te hubieras convencido, Ishido y Zataki habrían visto el truco. ¡Oh!, a propósito, ¿cómo estaba Buntaro-san cuando lo viste?

—Hirviendo, señor. Será bueno para él que haya una batalla.

—¿Sugirió deponerme como señor feudal?

—Si me hubiera dicho eso, le habría cortado la cabeza al instante.

—Te mandaré llamar dentro de tres días. Solicita verme a diario, pero recuerda que me negaré hasta entonces.

—Sí, señor —replicó el viejo general, inclinándose servilmente—. Por favor, perdona a este viejo loco. De nuevo has dado luz a mi vida. Gracias.

Acto seguido, Hiro-matsu abandonó la estancia.

A mediodía, Mariko cruzó el patio de la torre del homenaje caminando por entre las filas de guardianes silenciosos, y entró en el edificio. El secretario de Toranaga la estaba esperando en una de las antecámaras del piso bajo.

—Lamento haberte hecho llamar, dama Toda —dijo el hombre con tono de indiferencia.

—Es un placer para mí, Kawanabi-san.

Kawanabi era un samurai de mediana edad, cabeza afeitada y rasgos afilados. Había sido en otro tiempo sacerdote budista. Desde hacía años se encargaba de toda la correspondencia de Toranaga. Normalmente era hombre brillante y entusiasta. En aquellos momentos, al igual que todas las demás personas del castillo, parecía hallarse un tanto descentrado. Entregó a Mariko un pequeño rollo de pergamino.

—Aquí están, debidamente firmados, tus documentos de viaje para Osaka —dijo—. Partirás mañana y llegarás allí tan pronto como sea posible.

—Gracias —musitó Mariko con voz apenas audible.

—El señor Toranaga dice que es probable que te entregue algunos despachos para llevar a la dama Kiritsubo y a la dama Koto. También al general señor Ishido y a la dama Ochiba. Se te entregarán mañana al amanecer si… lo siento, si están dispuestos. Me ocuparé de que te los entreguen.

—Gracias.

De entre unos cuantos rollos de pergamino que se guardaban en un cajón, Kawanabi seleccionó un documento oficial. Luego dijo:

—Se ha ordenado que te entregue esto. Es el aumento en el feudo de tu hijo, tal y cómo lo prometió el señor Toranaga. Diez mil kokús por año. Está fechado en el último día del último mes y… bien, aquí está.

Mariko lo aceptó y lo leyó comprobando los sellos oficiales. Todo era perfecto. Los dos creían que en aquel momento aquello sólo era papel mojado. Si se perdonaba la vida a su hijo, éste se convertiría en *ronín*.

—Gracias —repitió—. El señor Toranaga nos hace un gran honor. ¿Puedo verlo antes de irme?

—¡Oh, sí! Cuando te vayas de aquí deberás visitar el buque del bárbaro. Lo esperarás allí.

—¿He de… servir de intérprete?

—No dijo nada. Pero, creo que sí, dama Toda —dijo el secretario lanzando una ojeada a una lista que tenía en la mano—. El capitán Yoshinaka ha recibido la orden de escoltaros hasta Osaka, si te complace.

—Para mí será un honor otra vez. Gracias. ¿Puedo preguntarte cómo está el señor Toranaga?

—Parece sentirse bien, al menos para ser un hombre activo como él… bien, ¿qué más podría decir yo? Lo siento. Por lo menos hoy ha visto al señor Hiromatsu y han convenido en llevar a cabo una demora. También estuvo de acuerdo

en tratar unas cuantas cosas más, como, por ejemplo, la necesidad de estabilizar los precios del arroz por si hay una mala cosecha… pero hay tanto que hacer y… todo eso no es característico de él, dama Toda. Éstos son tiempos terribles. Y hay malos augurios. Los adivinos dicen que en este año la cosecha será muy mala.

—No los creeré… hasta que lo vea.

—Prudente, muy prudente. Pero muchos de nosotros no verán la época de siega. Tengo que ir con él a Osaka.

Kawanabi se estremeció y se inclinó hacia delante, nerviosamente, para añadir:

—He oído un rumor… se dice que la plaga se ha extendido de nuevo entre Kyoto y Osaka: viruela. ¿Acaso será esa otra señal de que los dioses nos están dando la espalda?

—Tampoco tú sueles creer en rumores o en señales celestiales, Kawanabi-san, ni tampoco en comunicar a otros tales rumores. Ya sabes lo que piensa de eso el señor Toranaga.

—Lo sé. Lo siento. Pero, bien… en estos días nadie parece comportarse normalmente.

—Quizás el rumor no es cierto… ruego al cielo para que no lo sea —dijo Mariko—. ¿Se ha establecido ya la fecha de partida?

—Entendí que el señor Hiro-matsu había dicho que se demoraba por siete días. Me alegro tanto de que nuestro comandante en jefe haya regresado y que también haya persuadido… desearía que se demorase para siempre esa marcha. Mejor luchar aquí que perder el honor allí, ¿no?

—Sí —convino Mariko—. Ahora que el señor Hiro-matsu ha vuelto quizá nuestro señor comprenda que la rendición no es el mejor camino a seguir.

—Señora… sólo para tus oídos, el señor Hiro-matsu…

El secretario se detuvo, alzó la cabeza y sonrió. Yabú entró en la estancia, haciendo sonar su sable.

—¡Ah, señor Kasigi Yabú, cuánto me alegro de verte!

Tanto él como Mariko se inclinaron cortésmente, y luego dijo el primero:

—El señor Toranaga te está esperando. Por favor, sube en seguida.

—Bien. ¿Para qué quiere verme?

—Lo siento, señor, no me lo ha dicho. Sólo desea verte.

—¿Cómo está?

Kawanabi dudó.

—No hay cambios, señor.

—Su partida… ¿se ha señalado una nueva fecha?

—Tengo entendido que será dentro de siete días.

—Quizás el señor Hiro-matsu la demorará nuevamente, ¿no?

—Eso será cosa de nuestro señor.

—Desde luego —dijo Yabú, abandonando la estancia.

—¿Estabas diciéndome algo sobre el señor Hiro-matsu?

—Sólo para tus oídos, señora, ya que Buntaro-san no está aquí —musitó el secretario—. Cuando el viejo Puño de Hierro salió tras haber visitado al señor Toranaga, tuvo que descansar durante casi una hora. Sentía un gran dolor, señora.

—¡Oh!, sería terrible si ahora le sucediera algo.

—Sí. Sin él habría rebelión. Esta demora no resuelve nada. Sólo es una tregua. El verdadero problema, me temo que desde que el Señor Sudara actuó como segundo del general Kiyoshio, cada vez que se ha mencionado el nombre del señor Sudara, nuestro señor se enfada mucho… es solamente el señor Hiro-matsu quien le ha persuadido para demorar la marcha y ésa es la única cosa que…

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas del secretario, quien añadió, al cabo de unos segundos:

—¿Qué está sucediendo, señora? Él ha perdido el control, ¿verdad?

—No —replicó Mariko con firmeza, pero sin convicción—. Estoy segura de que todo saldrá bien. Gracias por decírmelo. Trataré de ver al señor Hiro-matsu antes de irme.

—Ve con Dios, señora.

Mariko se sorprendió.

—No sabía que fueses cristiano, Kawanabi-san.

—No lo soy, señora. Pero sé que es tu costumbre.

Mariko se dirigió inmediatamente hacia el palanquín y escolta que la esperaban.

—¡Ah, dama Toda! —exclamó Gyoko saliendo de las sombras e interceptándola.

—Buenos días, Gyoko-san, me alegro de verte. ¿Te encuentras bien? —interrogó Mariko cortésmente, aun cuando sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo.

—No muy bien del todo, me temo. Estoy muy triste. Parece que Kikú-san y yo no gozamos del favor de nuestro señor. Desde que llegamos aquí hemos

estado confinadas en un albergue sucio de tercera clase, en el que yo no sería capaz de alojar a un cortesano varón de octava clase.

—¡Oh, cuánto lo siento! Estoy segura de que debe de haber algún error.

—¡Ah sí, un error! Así lo espero, señora. Por fin, hoy, me ha concedido permiso para venir al castillo, por fin hay una respuesta a mi solicitud de ver al gran señor, y por fin se me permite inclinarme otra vez ante el gran señor… más tarde, hoy.

Gyoko se detuvo y sonrió socarronamente y añadió, tras hacer una breve pausa:

—Oí que venías a ver al señor secretario y pensé que debía esperar para saludarte. Espero que no te importe.

—Es un placer verte, Gyoko-san. Yo te hubiera visitado a ti y a Kikú-san, o probablemente os hubiera pedido que me visitarais, pero desgraciadamente no ha sido posible.

—Sí, es una pena. Éstos son tiempos tristes. Difíciles para los nobles. Difíciles para los campesinos. La pobre Kikú-san está casi enferma de preocupación por no disfrutar del favor de nuestro señor.

—Estoy segura de que no es así, Gyoko-san. El… el señor Toranaga tiene en estos momentos muchos problemas.

—Cierto, cierto. Quizá podríamos tomar algún cha ahora, dama Toda. Para mí sería un honor charlar contigo un momento.

—¡Ah! Lo siento mucho, pero se me ha ordenado que lleve a cabo una tarea oficial. De no ser así, el honor sería para mí.

—¡Ah sí! Tienes que ir ahora al buque de Anjín-san. Lo había olvidado y lo lamento. ¿Cómo está Anjín-san?

—Creo que está bien —respondió Mariko, furiosa al darse cuenta de que Gyoko conocía sus asuntos privados—. Sólo lo he visto una vez, durante unos instantes, desde que llegamos.

—Un hombre interesante. Sí, es una pena. Es triste no poder ver a los amigos de una.

Ambas mujeres sonreían cortésmente y el tono de sus voces era suave. Las dos también sabían que el impaciente samurai las estaba escuchando.

—He oído decir que Anjín-san visitó a sus amigos, a su tripulación. ¿Cómo los encontró?

—Nunca me lo ha dicho, Gyoko-san. Como te dije, sólo lo vi un momento. Lo siento, pero debo irme…

—Y yo repito que es lamentable no ver a los amigos de uno. Por ejemplo, que ellos viven en un pueblo *eta*.

—¿Cómo?

—Sí. Parece ser que sus amigos pidieron permiso para vivir allí, prefiriendo eso a hacerlo en zonas más civilizadas. Curioso, ¿verdad? Sin embargo, el Anjín-san es diferente. Los rumores dicen que, para ellos, el poblado eta es más como un hogar. Curioso, ¿eh?

Mariko estaba recordando lo extraño que se había mostrado el Anjín-san en las escaleras aquel día. «Esto lo explica —pensó—. ¡Eta! ¡Virgen santa! ¡Pobre hombre! ¡Lo avergonzado que debía de estar!»

—Lo siento, Gyoko, ¿qué me decías?

—Que resulta curioso el hecho de que el Anjín-san sea tan diferente a los demás.

—¿Cómo son los demás? ¿Los has visto? ¿Has visto a los otros?

—No, señora. Yo no sería capaz de ir allí. ¿Qué tendría yo que ver con ellos? ¿O con *eta*? Debo pensar en mis clientes y en mi Kikú-san. Y en mi hijo.

—¡Ah, sí, tu hijo!

El rostro de Gyoko se entristeció bajo su sombrilla, pero los ojos permanecieron brillantes, al cabo de dos segundos dijo:

—Perdóname, pero supongo que no tendrás idea de por qué hemos perdido el favor de nuestro señor Toranaga.

—No. Estoy segura de que estás equivocada. Se estableció un contrato, ¿no?

—¡Oh sí, gracias! Tengo una carta de crédito para los comerciantes de arroz de Mishima. Pero el dinero ahora mismo estaba muy lejos de mi pensamiento. ¿Qué significa el dinero cuando has perdido el favor de tu patrón, sea hombre o mujer?

—Repito que estoy segura de que sigues gozando de su favor.

—¡Ah, favores! Yo estaba preocupada por tu favor, dama Toda.

—Siempre cuentas con mi buena voluntad y amistad, Gyoko-san. Probablemente podremos hablar en otra ocasión. Ahora debo irme…

—¡Qué amable eres! Sí, eso me agradaría mucho —añadió Gyoko con su tono de voz más dulce cuando Mariko se volvía para retirarse—. Pero, ¿dispondrás de tiempo para ello? Te vas mañana, ¿no? ¿A Osaka?

Mariko sintió un fuerte dolor en el pecho, como si hubiera penetrado en él el acero de un cepo.

—¿Te sucede algo, señora?

—No… no, no es nada. Bien… durante la Hora del Perro, esta noche… ¿te vendrá eso bien?

—Eres demasiado amable, señora. ¡Oh, sí! Como vas a ver ahora a nuestro maestro antes que yo, ¿intercederías por nosotros? Necesitamos ese pequeño favor.

—Me agradaría hacerlo —respondió Mariko tras reflexionar un momento—. Pueden solicitarse algunos favores y aun así no concederse.

Gyoko se envaró durante un par de segundos y exclamó:

—¡Ah! Ya le has pedido… ¿ya le has pedido que nos favorezca?

—Por supuesto… ¿por qué no iba a hacerlo? —replicó Mariko cautelosamente—. ¿No es Kikú-san un favorito? ¿No eres tú un devoto vasallo? ¿No se te han concedido favores en el pasado?

—Mis peticiones son siempre tan pequeñas. Todo cuanto he dicho antes sigue en vigor, señora. Quizás ahora más.

—¿Acerca de perros con las tripas vacías?

—Acerca de oídos largos y de leguas seguras.

—¡Ah, sí!, y acerca de secretos.

—Sería tan fácil satisfacerme. El favor de mi señor, y el de mi señora, no es mucho pedir, ¿verdad?

—No. Si hay ocasión… pero no puedo prometer nada.

—Hasta esta noche, señora.

Ambas mujeres se inclinaron saludándose mutuamente. Mariko subió al palanquín, ocultando el temblor que trataba de dominarla hasta que el cortejo se puso en movimiento. Gyoko siguió contemplándola.

—Tú, mujer —dijo un joven samurai con aspereza al pasar junto a ella—, ¿qué estás esperando? Vamos, vete de aquí.

—¡Ah! —exclamó Gyoko despreciativamente ante la diversión de los demás presentes—. Mujer… ¿verdad, cachorro? Si yo me fuera de aquí para meter las narices en tus asuntos me sería muy difícil hallarlos, aun cuando no eres todavía lo suficiente hombre como para tener polluelos.

Los otros se echaron a reír. Alzando la barbilla orgullosamente, Gyoko-san se alejó con rápido paso.

—¡Hola! —saludó Blackthorne.

—Buenas tardes, Anjín-san. ¡Pareces feliz!

—Gracias. Feliz por tener ante mí a una encantadora dama.

—Muchas gracias —respondió Mariko—. ¿Cómo está tu buque?

—Magnífico. ¿Te gustaría subir a bordo? Me agradaría enseñártelo.

—¿Está eso permitido? Se me ha ordenado venir aquí para ver al señor Toranaga.

—Sí. Lo estamos esperando ahora mismo.

Blackthorne se volvió para dirigirse al samurai que se hallaba en el muelle.

—Capitán, me llevo a la señora Toda allí. Enseñar buque. Cuando llegue el señor Toranaga… tú me llamas, ¿eh?

—Como quieras, Anjín-san.

Blackthorne abandonó el malecón. Había samurais en las barreras principales y las precauciones de seguridad eran más fuertes que nunca tanto en tierra como a bordo. Primero se acercó hasta el alcázar y dijo con orgullo:

—Todo esto es mío, todo.

—¿Hay aquí algún hombre de tu tripulación?

—No, ninguno. Hoy no, Mariko-san.

Luego indicó con una mano todo cuanto les rodeaba, explicando el significado de cada cosa tan rápidamente como pudo, y acto seguido llevó a la mujer abajo.

—Ésta es la cabina o camarote principal.

—¿Es éste tu camarote? —preguntó ella.

Blackthorne afirmó con un movimiento de cabeza. La joven cayó entre sus brazos. Blackthorne la apretó contra sí murmurando:

—¡Oh, cómo te he echado de menos!

—Yo también a ti.

—Tengo muchas cosas que contarte y que preguntarte —dijo Blackthorne.

—Yo nada tengo que decirte, excepto que te amo con todo mi corazón.

La joven se estremeció entre sus brazos, tratando de alejar de sí el terror de que Gyoko o alguien más los denunciara. Musitó:

—Tengo mucho miedo por ti.

—No tengas miedo, Mariko, querida. Todo saldrá bien.

—Eso es lo que me digo a mí misma. Pero hoy es imposible aceptar *karma* y la voluntad de Dios.

—La última vez, ¡estuviste tan distante!

—Esto es Yedo, mi amor. Y más allá del Primer Puente.

—Fue a causa de Buntaro-san, ¿no fue así?

—Sí —dijo la joven—. Eso y la decisión de Toranaga de rendirse. Es una inutilidad deshonorable… Jamás pensé en que diría esto en alta voz, pero debo decirlo. Lo siento mucho.

—Cuando él se vaya a Osaka, ¿también tú habrás terminado?

—Sí. El clan Toda es demasiado poderoso e importante. En cualquier caso no me dejarían viva.

—Entonces debes venir conmigo. Escaparemos. Haremos…

—Lo siento, pero no hay huida posible.

—A menos que Toranaga lo consienta, ¿no?

—¿Y por qué habría de permitirlo?

Rápidamente, Blackthorne contó a la joven lo que había dicho a Toranaga, pero no que también había preguntado por ella.

—Sé que puedo obligar a los sacerdotes a que traigan a su lado a Kiyama u Onoshi si él me permite tomar *este* Buque Negro —terminó diciendo con excitación—. ¡Y sé que puedo hacer eso!

—Sí —respondió la joven pensando en que el plan no carecía de cierta lógica—. Tiene que salir bien, Anjín-san. Ahora que Harima se muestra hostil no habrá razón para que Toranaga-sama no ordene un ataque si va a la guerra y no hay rendición.

—Si el señor Kiyama o el señor Onoshi, o ambos, se unen a él, ¿se inclinaría la balanza a favor de Toranaga?

—Sí. Con Zataki y con tiempo. Pero Zataki se opone a Toranaga-sama.

—Escucha. Yo puedo estrangular a los sacerdotes. Lo siento, pero son mis enemigos aunque sean tus sacerdotes. Puedo dominarles en beneficio de Toranaga y también en el mío. ¿Me ayudarás a ayudarle a él?

La joven lo miró y respondió, preguntando a su vez:

—¿Cómo?

—Ayudándome a persuadirle para que me conceda esa oportunidad y persuadirlo también para que demore su viaje a Osaka.

Se oyó el ruido de voces y caballos en el malecón. Sobresaltados, se acercaron hasta las ventanas. Los samurais estaban apartando las barreras. El padre Alvito avanzaba sobre su cabalgadura.

—¿Qué quiere? —preguntó en voz baja Blackthorne con mal humor.

Vio cómo el sacerdote desmontaba, extraía un rollo de pergamino de una manga y se lo entregaba al jefe de los samurais. El hombre lo leyó. Alvito miró hacia el buque.

—Es un documento oficial —dijo Mariko casi en voz baja.

—Escucha, Mariko-san, no estoy en contra de la Iglesia. La Iglesia no es un mal. El mal son algunos sacerdotes. Todos no son malos. Alvito tampoco lo es, aunque sí es un fanático. Te juro por Dios que creo que los jesuitas se inclinarán ante el señor Toranaga si consigo su Buque Negro, porque deben de tener dinero. Portugal y España tienen que tener dinero. Toranaga es más importante. ¿Me ayudarás?

—Sí, te ayudaré, Anjín-san. Pero, por favor, escúchame, yo no puedo traicionar a la Iglesia.

—Todo cuanto pido es que hables con Toranaga o me ayudes para poder yo hablar con él si crees que esto último es mejor.

Sonó una trompeta en la distancia. Una vez más miraron a través de las ventanas. Todo el mundo dirigía sus ojos hacia el oeste. Desde la dirección en que se hallaba el castillo se aproximaba un grupo de samurais rodeando a una litera con las cortinas corridas.

Se abrió la puerta del camarote.

—Anjín-san, por favor, ahora vendrás —dijo el samurai.

Blackthorne caminó delante de la joven atravesando la cubierta para bajar al malecón. El saludo con que recibió a Alvito, un leve movimiento de cabeza, fue muy frío. El sacerdote se mostraba igualmente glacial.

Sin embargo, Alvito se mostró muy amable con Mariko.

—¡Hola, Mariko-san! Me alegro mucho de verte.

—Gracias, padre —contestó la joven haciendo una profunda reverencia.

—Que Dios te bendiga, muchacha —dijo el sacerdote al mismo tiempo que hacía la señal de la cruz sobre ella, añadiendo—: *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*.

—Gracias, padre.

Alvito miró a Blackthorne y dijo:

—¡Vaya, piloto! ¿Cómo está vuestro buque?

—Estoy seguro de que vos ya lo sabéis.

—Sí, lo sé.

Alvito dirigió sus ojos hacia el *Erasmus*, a la vez que apretaba los labios. Luego dijo:

—¡Que Dios le maldiga y a todos los que en él naveguen si se emplea contra la fe y contra Portugal!

—¿Es a eso a lo que habéis venido aquí? ¿Para esparcir más veneno?

—No, piloto —respondió Alvito—. Se me ha pedido que venga a ver a Toranaga. Considero vuestra presencia aquí tan desagradable como vos consideráis la mía.

—Vuestra presencia no es desagradable, padre. Es el mal que representáis.

Alvito enrojeció, y Mariko dijo rápidamente:

—Por favor. Es malo discutir así, en público. Os suplico que seáis más circunspectos.

—En efecto, perdóname, Mariko-san.

El padre Alvito se volvió y contempló la litera que en aquel momento atravesaba una de las barreras. El pendón de Toranaga flotaba al viento y llegaban samurais formando un grupo cerrado alrededor de la litera.

El palanquín se detuvo. Se corrieron las cortinas. Yabú se apeó. Todo el mundo quedó sorprendido. Aun así todos los presentes se inclinaron. Yabú devolvió el saludo con arrogancia.

—¡Ah, Anjín-san! —exclamó—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, señor. ¿Y tú?

—Bien, gracias. El señor Toranaga está enfermo. Me pide que venga en su lugar. ¿Comprendes?

—Sí. Comprendo —replicó Blackthorne tratando de ocultar su decepción ante la ausencia de Toranaga—. Lamento mucho que Toranaga esté enfermo.

Yabú se encogió de hombros, saludó a Mariko con una leve inclinación de cabeza, ignoró la presencia de Alvito y estudió el buque durante unos momentos. Al volverse hacia Blackthorne, esbozó una retorcida sonrisa.

—*So desu*, Anjín-san. Tu buque es diferente a como lo vi la última vez. Sí, el buque es diferente, todo es diferente, incluso nuestro mundo también es diferente, ¿verdad?

—Lo siento, pero no entiendo, señor. Por favor, perdóname, pero hablas con mucha rapidez y mi…

Blackthorne comenzó a buscar la palabra adecuada, pero sus pensamientos quedaron interrumpidos por una gutural exclamación de Yabú:

—Mariko-san, por favor, traduce para mí.

La joven obedeció.

Blackthorne asintió con un movimiento de cabeza y luego dijo:

—Sí, muy diferente, Yabú-sama.

—Sí, muy diferente. Ya no eres un bárbaro, sino un samurai, y lo mismo ocurre con tu buque.

Blackthorne vio la sonrisa en los gruesos labios, la mirada beligerante y, de repente, se vio de nuevo en Anjiro, de rodillas en la playa, Croocq en la caldera, los gritos de Pieterzoon sonando en sus oídos, el hedor de la fosa, y su mente que gritaba: «¡Tan innecesario todo eso, todos los sufrimientos y terror, y Pieterzoon y Spillbergen, y Maetsukker y la cárcel, y *eta*… todo, todo culpa tuya!»

—¿Te encuentras bien, Anjín-san? —preguntó Mariko, con aprensión, al fijarse en la expresión de los ojos de Blackthorne.

—¿Cómo…? ¡Oh, sí! Estoy bien.

—¿Qué sucede? —interrogó a su vez Yabú.

Blackthorne agitó la cabeza.

—Lo siento. Por favor, perdóname. Estoy… no… no es nada. Mal la cabeza… no he dormido bien. Lo siento mucho.

Miró de nuevo a Yabú, con la esperanza de que éste no hubiese captado sus pensamientos y añadió:

—Siento mucho que el señor Toranaga esté enfermo. Espero que mejore pronto, Yabú-sama.

—No, no habrá dificultades en ese sentido.

Yabú estaba pensando en que sí había dificultades. «Tú eres una dificultad. No he tenido más que dificultades desde que tú y tu sucio buque llegasteis a mis costas. Izú se ha ido, se han ido mis cañones, se ha ido todo el honor y ahora mi cabeza está en peligro por culpa de un cobarde.» Hubo otro silencio y añadió:

—No, Anjín-san, no habrá ninguna dificultad. Toranaga-sama me encarga que te entregue tus vasallos como te prometió.

Se fijó en Alvito y continuó diciendo:

—¡Vaya, Tsukku-san! ¿Por qué eres enemigo de Toranaga-sama?

—No lo soy, Kasigi Yabú-sama.

—Lo son tus daimíos cristianos, ¿no?

—Perdóname, señor, pero nosotros somos solamente sacerdotes y no somos responsables de los puntos de vista políticos de aquellos que adoran la Verdadera Fe, ni tampoco ejercemos control alguno sobre los daimíos que…

—¡La *Verdadera Fe* de esta tierra de los Dioses es Shinto, en unión de Tao, el Camino de Buda!

Alvito no respondió. Yabú se volvió hacia otro lado despreciativamente y bramó una orden. El harapiento grupo de samurais comenzó a formar en línea enfrente del buque. Ninguno estaba armado.

Alvito dio un paso hacia delante y se inclinó.

—Quizá quieras perdonarme, señor. Yo vine aquí a ver al señor Toranaga, y puesto que no vendrá…

—El señor Toranaga te quería aquí para que sirvieras de intérprete con el Anjín-san —le interrumpió Yabú con malos modos, tal y como Toranaga le había dicho que hiciera—. Sí, para interpretar tan bien como sabes hacerlo, hablando directamente y sin la menor duda. Por supuesto que no te negarás a hacer para mí lo que deseaba Toranaga antes de que te vayas, ¿no es verdad?

—Desde luego que no, señor.

—Bien, ¡Mariko-san! El señor Toranaga pide que veas si las respuestas del Anjín-san están bien traducidas.

Alvito enrojeció, pero se contuvo.

—Sí, señor —dijo Mariko sintiendo profundo odio hacia Yabú.

Yabú bramó otra orden. Dos samurais se acercaron hasta la litera y regresaron con el cofre fuerte del buque.

—Tsukku-san, ahora empezarás. Escucha, Anjín-san, primeramente el señor Toranaga me pidió que devolviera esto. Es de tu propiedad, ¿no?

Hizo una seña a un samurai y ordenó:

—Ábrelo.

El cofre estaba lleno de monedas de plata.

—Así estaba cuando se sacó del buque —añadió Yabú.

—Gracias.

Blackthorne apenas creía lo que estaba viendo, ya que aquello le concedía poder para comprar la mejor tripulación sin hacer promesas.

—Ha de colocarse en el cuarto más fuerte del buque.

—Sí, desde luego.

Yabú hizo una seña a los samurais para que embarcaran. Luego, ante la creciente furia de Alvito, que continuaba traduciendo simultáneamente, añadió:

En segundo lugar, el señor Toranaga dice que puedes irte o quedarte. Si estás en nuestra tierra, serás samurai, hatamoto, y te regirás por las leyes de los samurais. En el mar, más allá de nuestras costas, serás como eras antes de que llegaras aquí y, en consecuencia, te gobernarán las leyes bárbaras. Se te concede asimismo el derecho vitalicio de atracar en cualquier puerto que esté bajo el dominio del señor Toranaga, sin ser objeto de investigación por parte de las autoridades portuarias. Y, por último, estos doscientos hombres son tus vasallos. El señor Toranaga me pide que te los entregue con armas tal y como él prometió.

—¿Puedo irme cuando y como quiera? —preguntó Blackthorne con tono de

incredulidad.

Sí, Anjín-san, puedes zarpar, como el señor Toranaga ha convenido.

Blackthorne miró a Mariko, pero ella evitó sus ojos, así que Blackthorne los dirigió de nuevo hacia Yabú.

—¿Podría irme mañana? —interrogó.

—Sí, si es que así lo deseas. Y estos hombres… son todos ronín. Todos proceden de las provincias del Norte. Todos han convenido en jurar eterna obediencia tanto a ti como a tu descendencia. Todos son buenos guerreros. Ninguno de ellos ha cometido un delito que haya podido ser probado. Todos ellos se han convertido en ronín, porque sus señores feudales han muerto de una u otra forma o han sido depuestos. Muchos lucharon en buques contra *wako*.

Yabú sonrió diabólicamente y añadió tras una breve pausa:

—Algunos pueden haber sido *wako*, ¿entiendes la palabra *wako*?

—Sí, señor.

Verás que algunos de los que han subido a bordo están atados porque probablemente son bandidos o wako. Han llegado hasta aquí formando grupo como voluntarios para servirte fielmente a cambio de un perdón por sus pasados delitos. Han jurado al señor Noboru, que los eligió para ti siguiendo órdenes del señor Toranaga, que jamás han cometido ningún delito contra el señor Toranaga o alguno de sus samurais. Puedes aceptarlos individualmente, como grupo, o rechazarlos. ¿Comprendes?

—¿Puedo rechazar a cualquiera de ellos?

—¿Por qué habrías de hacer eso? —preguntó Yabú—. El señor Noboru los eligió cuidadosamente.

—Por supuesto. Lo siento —dijo Blackthorne consciente del mal humor que invadía al daimío—. Lo entiendo perfectamente. Pero los que están atados, ¿qué sucederá si los rechazo?

—Se les cortará la cabeza, desde luego. ¿Qué tiene eso que ver con lo demás?

—Nada. Lo siento.

—Sígueme —dijo Yabú caminando hacia la litera.

Blackthorne miró a Mariko.

—Puedo partir. ¡Lo has oído!

—Sí.

—Eso significa… es casi un sueño. Dijo que…

—¡Anjín-san!

Obedientemente, Blackthorne se apresuró a acercarse a Yabú. En aquel momento la litera servía de estrado. Un hombre había montado una pequeña mesa sobre la que había varios rollos de pergamino. Un poco más allá había un samurai que guardaba una pila de sables cortos y largos, lanzas, escudos, hachas, arcos y flechas, que algunos porteadores descargaban de unos caballos. Yabú hizo una seña a Blackthorne para que tomara asiento a su lado. Alvito tomó asiento frente a Mariko al otro lado de la mesa. El hombre, que más bien parecía un amanuense, comenzó a mencionar algunos nombres en voz alta. Cada hombre se acercó hasta la mesa, se inclinó con enorme seriedad, dio su nombre y ascendencia, juró fidelidad, firmó su pergamino y lo selló con una gota de sangre que el amanuense ritualmente hacía saltar de un dedo. Cada uno de ellos se arrodilló ante Blackthorne al final, para luego ponerse en pie y correr hacia el armero. Aceptaron por turno las dos hojas que examinaron cuidadosamente, exteriorizando su admiración ante la calidad de las mismas y, acto seguido, las envainaron en sus fajas con salvaje alegría. Después se repartió a cada hombre otro tipo de armas y un escudo de guerra. Cuando ocuparon sus nuevos puestos totalmente armados ya, una vez más samurais y ya no ronín, los hombres mostraban un aspecto más arrogante y fiero que antes.

Finalmente les tocó el turno a los treinta *ronín* atados. Blackthorne insistió en cortar personalmente sus ligaduras. Uno por uno juraron fidelidad como lo habían hecho los otros. «Por mi honor como samurai, juro que tus enemigos son mis enemigos y juro una total obediencia.»

Al jurar, cada individuo recogía sus armas.

Yabú, gritó:

—¡Uraga-noh-Tadamasa!

El hombre dio un paso hacia delante. Alvito palideció terriblemente. Uraga —el hermano José— había estado hasta entonces en pie, mezclado entre los demás samurais, inadvertido. Estaba desarmado y vestía un simple quimono y sombrero de paja. Yabú miró al descompuesto Alvito, sonriente, y luego se volvió hacia Blackthorne.

—Anjín-san. Éste es Uraga-noh-Tadamasa. Samurai y ahora *ronín*. ¿Lo reconoces? ¿Comprendes la palabra «reconocer»?

—Sí, la comprendo, y lo reconozco.

—Bien. Una vez fue sacerdote cristiano, ¿no?

—Sí.

—Ahora no. ¿Comprendes? Ahora es *ronín*.

—Comprendo, Yabú-sama.

Yabú clavó sus ojos en Alvito. Este último contemplaba fijamente al apóstata, que le devolvía la mirada con odio.

—¡Ah, Tsukku-san! —exclamó Yabú—. ¿También tú le reconoces?

—Sí. Lo reconozco, señor.

—¿Estás dispuesto a seguir traduciendo, o ya no tienes estómago para aguantar más?

—Por favor, continúa, señor.

—Bien.

Yabú señaló a Uraga con una mano y dijo:

—Anjín-san, escucha. El señor Toranaga te da este hombre si lo quieres. Una vez fue sacerdote cristiano, un sacerdote novicio. Ahora ya no lo es. Ha denunciado como falso al dios extranjero y ha aceptado la Verdadera Fe de Shinto y…

Yabú se detuvo cuando Alvito dejó de traducir y preguntó:

—¿Has traducido bien eso, Tsukku-san? ¿La Verdadera Fe de Shinto?

El sacerdote no contestó. Suspiró hondo y dijo luego:

—Eso es lo que él dijo, Anjín-san, que Dios lo perdone.

Yabú continuó:

—Así, pues, Uraga-san es ronín. Ya no es cristiano. Está dispuesto a servirte. Puede hablar bárbaro y la lengua privada de los sacerdotes, y fue uno de los cuatro jóvenes samurais que se enviaron a tus tierras. Incluso conoció al jefe cristiano de todos los cristianos, eso dicen. Pero ahora los odia a todos, igual que tú, ¿verdad?

Yabú estaba contemplando a Alvito y, de vez en cuando, miraba a Mariko, que escuchaba atentamente.

—Odias a los cristianos, ¿verdad, Anjín-san?

—La mayoría de los católicos son mis enemigos, sí —respondió Blackthorne, mientras que Mariko miraba fijamente a la distancia—. España y Portugal son enemigos de mi país, sí.

—Los cristianos también son nuestros enemigos, ¿verdad, Tsukku-san?

—No, señor. La Cristiandad te concede una vida inmortal.

—¿Es así, Uraga-san? —interrogó Yabú.

Uraga negó con un movimiento de cabeza. Su tono de voz era desapacible.

—Yo no lo creo así. No.

—Díselo al Anjín-san.

—Señor Anjín-san —dijo Uraga con fuerte acento, aun cuando sus palabras portuguesas eran correctas y comprensibles—, no creo que este catolicismo sea la cerradura, perdón, la llave de la inmortalidad.

—Sí —replicó Blackthorne—. Estoy de acuerdo.

—Muy bien —continuó Yabú—. El señor Toranaga te ofrece este ronín, Anjín-san. Es un renegado, pero de buena familia samurai. Uraga jurará y tú lo aceptarás. Será tu secretario, traductor, y hará todo cuanto quieras. Tendrás que darle sables. ¿Qué más, Uraga? Díselo.

—Señor, por favor, perdóname. Primero…

Uraga se destocó. Habían crecido un poco sus cabellos y se afeitaba la cabeza al estilo samurai, pero aún no tenía coleta. Luego continuó:

—Primero, me avergüenzo de que mis cabellos no sean correctos y de no tener coleta como un verdadero samurai. Pero mis cabellos crecerán y no soy por eso menos samurai.

Volvió a cubrirse y tradujo a Yabú lo que acababa de decir y los *ronín* que se hallaban cerca y podían escuchar, lo hicieron atentamente, cuando continuó:

—Segundo, por favor, perdóname, pero no puedo usar sables ni otras armas. Jamás me han educado en ellas. Pero aprenderé, créeme. Por favor, perdona mi vergüenza. Juro absoluta obediencia hacia ti y te ruego que me aceptes…

El sudor se deslizaba por su rostro y espalda.

Blackthorne dijo compasivamente:

—*¿Shigata ga nai? Ukeru anatawa desu Uraga-san.* ¿Qué importa eso? Te acepto, Uraga-san.

Uraga se inclinó y luego explicó a Yabú lo que había dicho. Nadie se rió. Excepto Yabú, pero su risa quedó cortada por el inicio de un altercado que acababa de estallar entre los dos últimos *ronín* elegidos que disputaban por la selección de los sables que restaban.

—¡Vosotros dos, callad! —gritó.

Ambos hombres giraron sobre sus talones con la rapidez del rayo y uno de ellos gruñó:

—¡No eres mi amo! ¿Dónde están tus modales? Di por favor, o cállate tú.

Instantáneamente, Yabú se puso en pie y se lanzó contra el beligerante *ronín* con su sable en alto. Los hombres se apartaron y el ronín huyó. Cerca de la orilla del agua, el hombre desenvainó su sable y se detuvo dando media vuelta para hacer frente al ataque, a la vez que lanzaba un grito de desafío. Inmediatamente todos sus compañeros corrieron en defensa de su amigo, con los sables en alto, y

Yabú quedó atrapado. El hombre cargó sobre él. Yabú esquivó un violento sablazo, retrocedió cuando, en aquel mismo momento, los demás hombres se disponían a atacarlo. Demasiado tarde, los samurais de Toranaga corrieron a defenderlo sabiendo que Yabú era hombre muerto.

—¡Alto! —gritó Blackthorne en japonés.

Todo el mundo quedó inmóvil bajo el poder de su voz.

—¡Colocaros ahí!

Señaló al lugar donde antes habían formado y añadió:

—¡Vamos, es una orden!

Durante un momento, todos los hombres que se hallaban en el malecón permanecieron inmóviles. Luego comenzaron a moverse. Se había roto el hechizo. Yabú se lanzó sobre el hombre que le había insultado. El *ronín* retrocedió, saltando hacia un lado, sosteniendo el sable sobre su cabeza, con ambas manos, esperando temerariamente el próximo ataque de Yabú. Sus amigos dudaron nuevamente.

—¡A un lado! ¡Es una orden! —gritó otra vez Blackthorne.

Obedientemente, pero de mala gana, el resto de los hombres retrocedió envainando sus sables. Yabú y el *ronín* comenzaron a girar trazando amplios círculos, lentamente, estudiándose con sumo cuidado.

—¡Tú! —gritó Blackthorne—. ¡Alto! ¡Alto ese sable! ¡Te lo ordeno!

El hombre no apartó sus enfurecidos ojos de Yabú, pero oyó la orden y se humedeció los labios con la punta de la lengua. Fintó primero a la izquierda y luego a la derecha. Yabú se retiró y el hombre se acercó a Blackthorne para depositar el sable a sus pies al mismo tiempo que decía:

—Te obedezco, Anjín-san. Yo no le ataqué.

Cuando Yabú cargó de nuevo sobre él, el *ronín* saltó hacia un lado esquivando el ataque. Era un hombre joven, más joven que Yabú, y se retiró sin miedo alguno.

—Yabú-san —dijo Blackthorne—. Lo siento mucho, creo que eso es una equivocación, ¿no?

Pero Yabú masculló unas cuantas palabras en japonés y se arrojó de nuevo sobre el joven que, una vez más, esquivó el ataque.

Alvito parecía divertirse fríamente.

—Yabú-san dijo que no existe error alguno, Anjín-san. Dice que este cabrón tiene que morir. ¡Ningún samurai aceptaría tal insulto!

Blackthorne sintió que todos los ojos se clavaban en él. Intentaba

desesperadamente decidir qué hacer. Yabú seguía asediando al hombre. Hacia la izquierda, un samurai de Toranaga preparó su arco. El único ruido que se oía era la agitada respiración de ambos hombres y las carreras y gritos de ambos. El *ronín* retrocedía, luego se volvía y echaba a correr, trazando amplios círculos, saltando de costado. El hombre se esforzaba en salvarse a base de agilidad e inventiva.

Alvito dijo:

—Está enfureciendo a Yabú, Anjín-san. Dice: «Soy un samurai y no asesino a hombres desarmados, como tú. Tú no eres samurai, tú eres un campesino que huele a estiércol… ¡Ah, eso es, tú no eres samurai! Tu madre era *eta*, tu padre era eta, y…»

El jesuita se detuvo cuando Yabú lanzó un bramido de rabia y señaló a uno de los hombres diciendo algo.

El jesuita tradujo:

—Ahora dice: «¡Tú, dale tu sable!»

El *ronín* dudó y miró a Blackthorne.

Yabú se volvió hacia este último y le gritó:

—¡Tú, dale su sable!

Blackthorne recogió el sable del suelo.

—Yabú-san —dijo—, te ruego que no luches. Por favor, no busques más pelea.

Pero en el fondo deseaba verlo muerto.

—¡Dale el sable!

Estalló un murmullo de cólera entre los hombres de Blackthorne. Pero este último alzó una mano ordenando:

—¡Silencio!

Luego miró a su vasallo *ronín*.

—Ven aquí, por favor.

El hombre miró a Yabú, fintó a izquierda y derecha cada vez que Yabú le dirigía un golpe y siempre se las arreglaba para esquivarlo, acercándose más y más a Blackthorne. Pero, en aquel momento, Yabú no atacó más. Esperó como un toro enfurecido dispuesto al ataque. El hombre se inclinó delante de Blackthorne y tomó el sable. Luego se volvió hacia Yabú, y profiriendo un feroz grito de guerra, se lanzó al ataque. Chocaron los sables una y otra vez. Los dos hombres, en pleno silencio, se estudiaban mutuamente trazando círculos cada vez más breves. Entonces Yabú tropezó y el *ronín* lo atacó teniéndolo como fácil

presa. Pero Yabú saltó hacia un lado y atacó a su vez. Las manos del hombre que sostenía la empuñadura del sable quedaron cortadas de cuajo. Durante un instante el *ronín* permaneció en pie lanzando un terrible alarido de dolor, contemplándose los muñones, y acto seguido Yabú le segó el cuello de un solo tajo.

Hubo un prolongado silencio. Acto seguido, un formidable aplauso general premió a Yabú. Éste, por última vez, hundió el sable en el cuerpo del *ronín* que aún se movía en tierra. Luego se inclinó, tomó la cabeza del hombre, la alzó y escupió en su rostro para arrojarla luego a un lado, vindicado ya su honor. Luego, calmosamente, se acercó hasta donde se hallaba Blackthorne, se inclinó y dijo:

—Por favor, perdona mis malos modales, Anjín-san. Gracias por darle su sable.

Habló con tono cortés, a la vez que Alvito traducía. Yabú miró a su alrededor y añadió:

—Pido disculpas por haber gritado tanto, y doy gracias por haber permitido humedecer mi sable con honor.

Luego contempló el sable que le había regalado Toranaga, lo examinó con mucho cuidado y continuó:

—Nunca toques, Anjín-san, un sable manchado de sangre.

Se quitó la faja de seda y añadió:

—Una hoja de acero tinta en sangre ha de limpiarse con seda o con el cuerpo de un enemigo. De otro modo la estropearías.

Cuando Yabú regresó a su casa tarde en aquel día, los criados le quitaron las ropas empapadas en sudor y le entregaron un quimono limpio calzándole con un tabi nuevo. Yuriko, su esposa, lo estaba esperando en la galería con cha y saké, todo muy caliente, como a él le gustaba beber.

—¿Saké, Yabú-san?

Yuriko era una mujer alta y esbelta, con cabellos que comenzaban a mostrar algunas hebras grises. Su oscuro quimono, de mala calidad, hacía que su piel blanca destacara notablemente.

—Gracias, Yuriko-san.

Yabú bebió el vino, disfrutando del repentino calor que proporcionaba a su reseca garganta.

—He oído decir que todo fue bien.

—Sí.

¡Qué impertinencia la de ese *ronín*!

Me sirvió bien, señora, muy bien. Ahora me siento mucho mejor. Empapé en sangre el sable de Toranaga y ahora sé que realmente es mío.

Yabú terminó la bebida y su esposa volvió a servirle. La mano de Yabú acarició la empuñadura del sable y añadió:

—Pero no te hubiera gustado la lucha. Era un niño: cayó en el primer cebo que le puse.

La esposa le tocó suavemente un brazo y murmuró:

—Me alegra que haya sido así, esposo.

—Gracias, pero apenas sudé —respondió Yabú lanzando una carcajada—. Tenías que haber visto al sacerdote. Probablemente te hubieras divertido al verlo tan encolerizado. ¡Caníbal! ¡Bárbaro! Son todos unos caníbales. Es una lástima que no podamos liquidarlos antes de que abandonemos esta tierra.

—¿Crees que el Anjín-san podría hacerlo?

—Va a intentarlo. Con diez de esos buques y otros diez suyos. Yo podría dominar los mares desde aquí hasta Kyushu. Contando con él yo podría atacar a Kiyama, Onoshi, y Hanma, aplastar Jikkyu y sostener a Izú. Solamente necesitamos tiempo, y cada daimío luchará contra su enemigo especial. Izú estaría segura y sería mía nuevamente. No comprendo por qué Toranaga permite que se vaya el Anjín-san. ¡Eso es otra pérdida estúpida!

Yabú se inclinó y aplicó un fuerte puñetazo al tatami. La criada que se hallaba presente parpadeó, pero no dijo nada. Yuriko ni siquiera parpadeó. Sin embargo, en sus facciones pareció florecer algo parecido a una sonrisa.

—¿Cómo reaccionó el Anjín-san ante su libertad y sus vasallos? —preguntó.

—Se sentía tan feliz como un anciano soñando que tenía un Yang de cuatro puntas. Él… ¡Oh, sí! —exclamó Yabú frunciendo el ceño—. Pero hay una cosa que todavía no entiendo. Cuando esos wako me rodearon, yo era hombre muerto. No cabe duda. Pero el Anjín-san los detuvo y me devolvió la vida. No había razón alguna para que hiciera tal cosa, ¿no? Poco antes yo había visto cómo el odio se reflejaba en su rostro.

—¿Te devolvió la vida?

—¡Oh, sí! Cosa extraña, ¿no?

—Sí. Están sucediendo cosas muy extrañas, esposo.

Yuriko despidió a la criada con un breve gesto de la mano y luego preguntó con tranquilidad:

—¿Qué deseaba Toranaga?

Yabú se inclinó hacia delante y musitó:

—Al parecer, desea que yo me convierta en comandante en jefe.

—¿Por qué razón? ¿Acaso está muriendo Puño de Hierro? —preguntó Yuriko—. ¿Y el señor Sudara? ¿Y Buntaro? ¿Y el señor Noboru?

—¿Quién lo sabe, señora? Todos han caído en desgracia, ¿no? Toranaga cambia de idea tan a menudo, que nadie puede predecir nunca lo que hará. Primero me pidió que fuese al muelle en su lugar, instruyéndome sobre lo que debía decir, luego me habló sobre Hiro-matsu y acerca de lo viejo que se estaba haciendo, y acto seguido me preguntó qué opinaba sobre el Regimiento de Mosqueteros.

—¿Y no podría estar preparando de nuevo «Cielo Carmesí»?

—Eso siempre está preparado. Pero aún no lo ha terminado por completo. Se necesita un jefe, un dirigente muy capaz. Una vez lo fue, pero ya no lo es. Ahora es una sombra del Minowara que fue. Me sorprendió su aspecto. Lo lamento. Cometí una equivocación. Tenía que haber ido con Ishido.

—Creo que has elegido bien.

—¿Cómo?

—Primero toma un baño, luego… creo que tengo un regalo para ti.

—¿Qué regalo?

—Tu hermano Mizuno vendrá después de la cena.

—¿Y eso es un regalo? —preguntó Yabú, montando en cólera—. ¿Qué tengo que ver con ese estúpido?

—La prudencia, e incluso una información especial, aun cuando procedan de un estúpido, son tan valiosas como las de un consejero. A veces, incluso más.

—¿Qué información?

—Primero, toma el baño. Y comida. Esta noche necesitarás tener la cabeza muy clara, Yabú-chan.

Yabú habría presionado más a su esposa, pero el baño le tentaba y, además, se sentía invadido por una agradable lasitud, que no experimentaba desde hacía muchos días.

Dejó a su esposa y siguió gozando a solas. Se bañó y, una vez completamente relajado, se acercó a la habitación de la galería. Una de sus doncellas personales sirvió la cena, en completo silencio. Un poco de sopa, pescado y verdura.

La muchacha sonrió atractivamente.

—Señor, ¿debo bajar las luces ahora?

Yabú negó con un movimiento de cabeza.

—Más tarde. Primero di a mi esposa que deseo verla.

Llegó Yuriko, ataviada con un quimono viejo, pero limpio.

—*¿So desu ka?*

—Tu hermano está esperando. Debemos verlo a solas. Primero tú, señor, luego charlaremos tú y yo, a solas también. Por favor, ten paciencia.

Kasigi Mizuno, el hermano más joven de Yabú y padre de Omi, era un hombre de baja estatura, ojos saltones, frente alta y cabellos escasos. Los dos sables que colgaban de su cintura no parecían sentarle muy bien y daban la impresión de que no podría manejarlos. Tampoco podría hacerlo mucho mejor con arco y flechas.

Mizuno se inclinó y felicitó a Yabú por su habilidad de aquella tarde, ya que la noticia de la hazaña se había extendido rápidamente por el castillo, incrementando la conocida reputación de Yabú como luchador. Luego, ansioso de agradar, fue directamente al grano.

—Hoy he recibido una carta, en clave, de mi hijo, señor. Dama Yuriko pensó en que debía entregártela personalmente.

Entregó el rollo de pergamino a Yabú. El mensaje de Omi decía: «Padre, por favor, di al señor Yabú rápidamente y en privado: Primero, el señor Buntaro vino a Mishima, *secretamente, vía Takato*. Uno de sus hombres dejó escapar esto durante una noche de borrachera, que yo había preparado en su honor. Segundo: Durante esta secreta visita, que duró tres días, Buntaro vio al señor Zataki dos veces, y a la señora, madre de Zataki, tres veces. Tercero: Antes de que el señor Hiro-matsu abandonara Mishima, dijo a su nueva consorte, la dama Oko, que no se preocupara, porque, mientras yo viva, el señor Toranaga jamás dejará el Kwanto. Cuarto: Que…»

Yabú alzó la cabeza.

—¿Cómo puede saber Omi-san que Puño de Hierro ha dicho tal cosa a su consorte en privado? No tenemos espías en su casa.

—Ahora los tenemos, señor. Sigue leyendo.

—«Cuarto: Que Hiro-matsu está dispuesto a cometer una traición, si es necesario, y confinará a Toranaga en Yedo, si es necesario, y ordenará se lleve a cabo la operación Cielo Carmesí, prescindiendo de la negativa de Toranaga y con o sin el consentimiento del señor Sudara, *si es necesario*. Quinto: Que éstas son verdades que pueden creerse. La doncella personal de la dama Oko es la hija de la madre adoptiva de mi esposa y entró a servir a la dama Oko aquí en

Mishima, cuando su doncella, “curiosamente”, contrajo una enfermedad fatal. Sexto: Buntaro-san es algo parecido a un loco, colérico y, a la vez, tolerante, hoy retó y mató a un samurai, maldiciendo el nombre de Anjín-san. Y, por último: Los espías informan que Ikawa Jikkyu ha reunido a diez mil hombres, dispuesto a barrer nuestras fronteras. Por favor, presenta mis saludos al señor Yabú…» El resto del mensaje, tenía poca importancia.

—Jikkyu, ¿eh? ¿Debo encaminarme hacia mi muerte con ese diablo vengativo?

—Por favor, paciencia señor —aconsejó Yuriko—. Díselo, Mizuno-san.

—Señor —dijo el hombre—: durante meses hemos intentado llevar a la práctica tu proyecto, el que sugeriste cuando llegó el bárbaro. Lo recordarás. Con todas aquellas monedas de plata… dijiste que con cien o quinientas puestas en las manos del hombre adecuado, Ikawa Jikkyu quedaría eliminado para siempre.

Hubo un silencio. Al cabo de un rato, Mizuno añadió:

—Parece que Mura, cabecilla de Anjiro, tiene un primo, el cual, a su vez, tiene otro primo, cuyo hermano es el mejor cocinero de Suruga. Hoy he oído decir que ha sido aceptado entre el personal doméstico de la casa Jikkyu. Le han entregado doscientos a cuenta, y el precio total es de cinco mil…

—¡No tenemos tanto dinero! ¡Imposible! ¿Cómo podré hallar cinco mil ahora, en que estoy tan empeñado que ni siquiera puedo reunir cien?

—Perdóname, señor. Lo lamento, pero el dinero ya está preparado. No todas las monedas del bárbaro están en el cofre. Antes de que fueran contadas oficialmente, se perdieron unas cuantas. Lo lamento.

Yabú lo miró boquiabierto.

—¿Cómo? —preguntó.

—Parece ser que Omi-san lo hizo así, en tu nombre, señor. Se trajo aquí el dinero y se lo entregó secretamente a dama Yuriko, a quien se pidió permiso.

Yabú quedó pensativo durante unos minutos. Luego, de repente, preguntó:

—¿Quién lo ordenó?

—Yo, señor, tras haber pedido permiso.

—Gracias, Mizuno-san, y gracias a ti, Yuriko-san —dijo Yabú, inclinándose ante ambos—. Así que Jikkyu, ¿eh? ¡Por fin!

Dio a su hermano una afectuosa palmadita en el hombro.

—Lo has hecho muy bien, hermano. Te enviaré algunas piezas de seda del tesoro. ¿Cómo está la señora, tu esposa?

—Bien, señor, muy bien. Me rogó que aceptaras sus mejores deseos.

—Hemos de comer juntos. Bien… bien. Y ahora veamos el resto de los informes. ¿Cuál es tu opinión?

—Ninguna, señor. Me interesaría mucho conocer la tuya.

—Primero…

Yabú se detuvo, al comprobar que su esposa lo miraba advirtiéndolo con los ojos, por lo cual cambió lo que iba a decir.

—Bien, eso significa que Omi-san, tu hijo, es un vasallo excelente y leal. Cuando mande, lo ascenderé… sí, se merece un ascenso.

Yuriko envió a buscar más cha. Cuando volvieron a estar solos, Yabú preguntó:

—¿Qué significa el resto?

—Por favor, perdóname, señor, pero quiero darte una nueva idea: *Toranaga nos toma por imbéciles y jamás tuvo ni tiene la menor intención de ir a rendirse a Osaka*.

—¡Tonterías!

—Permíteme exponerte hechos… Señor, no sabes lo afortunado que eres porque ese vasallo tuyo, Omi, y ese imbécil hermano hayan robado mil monedas. La prueba de mi teoría podría ser ésta: Buntaro-san, un hombre digno de confianza, es enviado secretamente a Zataki. ¿Para qué? Evidentemente, para hacer una nueva oferta. ¿Qué tentaría a Zataki? El Kwanto: sólo eso. Por tanto, la oferta es el Kwanto, a cambio de obediencia, una vez Toranaga sea de nuevo *Presidente del Consejo de regentes. Hombre nuevo, con nuevo mandato*. Entonces él puede permitirse concederlo, *¿neh?*

La mujer se detuvo unos segundos y luego añadió:

—Si persuade a Zataki para que traicione a Ishido, se encontrará a mucha menos distancia de la capital, Kioto. ¿Cómo puede cuajar del todo el pacto con su hermano? ¡Rehenes! He oído decir esta misma tarde que el señor Sudara, dama Genjiko y sus hijas e hijo irán a visitar a su amada abuela en Takato, dentro de diez días.

—¿Todos ellos?

—Sí. A continuación, Toranaga devuelve a Anjín-san su barco con todos los cañones y la pólvora, doscientos fanáticos y todo ese dinero, seguramente bastante para comprar más mercenarios bárbaros, la hez wako de Nagasaki. ¿Para qué? Para permitirle atacar y tomar el Buque Negro de los bárbaros. Resultado: nada de Buque Negro, nada de dinero, e inmensas dificultades para

los sacerdotes cristianos que dominan a Kiyama, Onoshi y a todos los traidores daimíos cristianos.

—¡Toranaga nunca se atrevería a hacer eso! El Taiko lo intentó y fracasó, y era muy poderoso. Los bárbaros zarparán furiosos. Nunca volveríamos a comerciar.

—Exactamente si lo hiciésemos *nosotros*. Pero esta vez se trata de un bárbaro contra otro bárbaro, *¿neh?* No tiene nada que ver con nosotros. Y supongamos que Anjín-san ataca Nagasaki y la incendia, ¿no podría Anjín-san incendiar también otros puertos y, al mismo tiempo…?

—Y, al mismo tiempo, Toranaga lanzaría la operación Cielo Carmesí —concluyó Yabú.

—¡Oh, sí, sí! —convino Yuriko, alegremente—. ¿No explica esto la actitud de Toranaga? ¿Acaso esta intriga no es muy propia de su manera de ser? ¿No hará lo que ha hecho siempre, esperar, jugando con el tiempo, hasta que haya transcurrido un mes y disponga de las suficientes fuerzas para barrer toda posible oposición? Desde que Zataki trajo a Yokosé las citaciones, ha ganado casi un mes.

Yabú intentó poner en orden sus pensamientos, pero no pudo.

—Entonces, ¿estamos seguros?

—No, pero tampoco perdidos. No significa rendición.

La mujer dudó nuevamente y añadió:

—Pero todo el mundo ha sido engañado. Hasta esta noche. Omi ha dado la pista. Nadie ha advertido que Toranaga es un gran actor noh, que puede convertir su rostro en una máscara cuando le conviene, *¿neh?*

Yabú guardó silencio durante unos segundos y dijo:

—¡Pero Ishido aún tiene a todo el Japón contra nosotros!

—Sí, menos a Zataki. Y debe de haber otras alianzas secretas. Toranaga y tú podéis defender los pasos hasta que llegue la hora.

—Ishido tiene el castillo de Osaka, el Heredero y la riqueza de Taiko.

—Sí, pero estará acechando desde el interior. Alguien lo traicionará.

—¿Qué debo hacer?

—Lo contrario de Toranaga. Déjalo que espere y apresura los acontecimientos.

—¿Cómo?

—Lo primero que hay que hacer, señor, es lo siguiente: Toranaga ha olvidado lo que has visto esta tarde. La furia total de Tsukku-san. ¿Por qué? Porque Anjín-

san amenaza el futuro cristiano, *¿neh?* De manera que debes poner en seguida a Anjín-san bajo tu protección. En segundo lugar, Anjín-san te necesita para que lo protejas, guíes y ayudes a conseguir su nueva tripulación en Nagasaki. Sin ti y tus hombres, fracasaría. Sin él y su barco, sin sus cañones y más bárbaros, Nagasaki no arderá. Mientras tanto, Toranaga, apoyado por Zataki y sus fanáticos, y contigo dirigiendo el Regimiento de Mosqueteros, barrerá los pasos Shinano hasta los llanos de Kioto.

—Sí, tienes razón, Yuriko-san. Ha de ser así. ¡Oh, eres tan sabia y prudente!

—La prudencia y la sabiduría no sirven para nada si no se dispone de medios para hacer realidad los proyectos, señor. Tú sólo puedes hacerlo, eres el jefe, el luchador, el general batallador que debe tener Toranaga. Has de verlo esta misma noche.

—No puedo ir a Toranaga y decirle que he intuido su artimaña, *¿neh?*

—No, pero puedes rogarle que te deje ir con Anjín-san y decirle que debes partir en seguida. Podemos pensar en un motivo plausible.

—Pero si Anjín-san ataca Nagasaki y el Buque Negro, ¿no dejarán de comerciar y se irán?

—Sí, posiblemente, pero eso ocurrirá el próximo año. Y el próximo año, Toranaga será regente, Presidente de los regentes. Y tú, su comandante en jefe.

Yabú pareció bajar de las nubes.

—¡No! —respondió con firmeza—. Una vez esté en el poder, me ordenará que me haga el harakiri.

—Mucho antes de eso, tendrás el Kwanto.

Yabú quedó perplejo.

—¿Cómo? —inquirió.

—Toranaga jamás entregará el Kwanto a su hermano. Zataki es una continua amenaza, un salvaje lleno de orgullo, *¿neh?* Si Zataki no muere en la batalla… quizás una bala o una flecha perdida, y tú mandarías entonces el Regimiento de Mosqueteros en la batalla, señor.

—¿Y quién me garantiza que esa bala perdida o esa flecha no será para mí?

—Podría ser, señor, pero tú no eres pariente de Toranaga ni amenazas su poder. Te convertirás en su más devoto vasallo. Necesita generales que sepan combatir. Ganarás el Kwanto, y ése ha de ser tu único objetivo. Él te lo dará cuando Ishido sea traicionado, porque Toranaga se quedará con Osaka.

—¿Vasallo? Pero has dicho que es preciso esperar y que pronto…

—Ahora te aconsejo que lo apoyes con toda tu fuerza. No sigas sus órdenes a

ciegas, como el viejo Puño de Hierro, por el contrario, has de obrar inteligentemente. No olvides, Yabú-san, que en las batallas, como en cualquier otra clase de lucha, los soldados cometen errores y se pierden algunas balas. Mientras mandes el Regimiento, podrás elegir lo que gustes en cualquier momento, *¿neh?*

—Sí —murmuró Yabú, asombrado ante las palabras de su esposa.

—Recuerda que vale la pena seguir a Toranaga. Es un Minowara, e Ishido, un campesino. Ishido es el estúpido. Ahora lo veo con claridad. En estos momentos, Ishido debe de estar llamando a las puertas de Odawara, con lluvias o sin ellas. ¿No lo dijo así Omi-san hace meses? ¿Acaso Odawara no carece de una buena guarnición? ¿No está Toranaga aislado?

Yabú dio un fuerte puñetazo en el suelo y exclamó:

—¡Entonces, es la guerra al fin! Tu inteligencia ha quedado perfectamente demostrada al intuir su añagaza. ¡Ah! De manera que ha estado haciendo el zorro todo el tiempo, *¿neh?*

—Sí —respondió su esposa.

Mariko había llegado a la misma sorprendente conclusión, aunque no a través de los mismos hechos. Razonó que Toranaga debía de estar jugueteando con algo secreto, dada su increíble conducta, al entregar a Anjín-san el buque, el dinero, todos los cañones y otorgarle manos libres frente a Tsukku-san. En consecuencia, Anjín-san atacaría el Buque Negro. Mariko pensaba en que lo tomaría, perjudicando terriblemente con ello a la Santa Iglesia y obligando a los Santos Padres a que Kiyama y Onoshi traicionaran a Ishido…

«Pero, ¿por qué? —pensó, perpleja—. Si eso es cierto y Toranaga está madurando un plan a largo plazo, no puede ir a Osaka a postrarse ante Ishido. Debe… ¡Ah! ¿Y qué puede significar la demora que hoy aceptó Toranaga a requerimiento de Hiro-matsu? ¡Oh, Virgen santa! ¡Toranaga jamás ha tenido intención de capitular! Todo es un truco.

»¿Para qué? Para ganar tiempo.

»¿Para conseguir qué? Toranaga no puede por menos demostrar lo que siempre ha sido: el todopoderoso jugador de ventaja.

»¿Cuánto tiempo pasará antes de que se quiebre la impaciencia de Ishido, levante su estandarte de batalla y avance contra nosotros? Como máximo, un

mes. ¡Así que para el día nueve del mes en este Quinto Año del Keicho, comenzará la batalla del Kwanto!

»Pero, ¿qué habrá ganado Toranaga en dos meses? No lo sé. Lo único que sé es que mi hijo tiene ahora la ocasión de heredar sus diez mil kokús y vivir bien. Además, quizá no desaparezca de la Tierra el linaje de mi padre.»

—¿Señora?

—¿Sí, Chimmoko?

—Gyoko-san está aquí. Dice que tiene una cita.

—¡Ah, sí! ¡Lo había olvidado! Primero calienta un poco de saké, lo traes y la acompañas hasta aquí.

Mariko reflexionó. Recordó cómo la habían rodeado los brazos del hombre con cálida fuerza.

—¿Puedo verte esta noche? —preguntó él cautelosamente cuando Yabú y Tsukku-san se hubieron marchado.

—Sí, sí querido, ¡oh, qué feliz me siento por ti! Di a Fujiko-san… dile que envíe a buscarme después de la Hora del Jabalí.

Examinó en el espejo su maquillaje y peinado e intentó arreglarse un poco más. Se acercaba alguien. Se abrió el shoji.

—¡Ah, señora! —exclamó Gyoko inclinándose profundamente—. Eres muy amable al recibirme.

—Siempre eres bien recibida, Gyoko-san.

Bebieron saké. Chimmoko las sirvió.

—La porcelana es maravillosa, señora.

Durante unos minutos charlaron cortésmente, hasta que despidieron a Chimmoko.

—Lo lamento, Gyoko-san, pero nuestro señor no ha llegado esta tarde. No le he visto, aunque espero hacerlo antes de irme.

—Sí, he oído decir que Yabú-san ha ido al muelle en su lugar.

—Cuando vea a Toranaga-sama, se lo diré una vez más. Pero creo que su respuesta será la misma —dijo Mariko, mientras servía saké para ambas—. Lo lamento mucho, pero sospecho que no aceptará mi petición.

—Lo mismo creo yo. Será negativa, a menos que haya presión.

—No puedo recurrir a ninguna. Lo siento.

—Yo también, señora.

Mariko dejó su taza en el platillo y añadió:

—¿Supones, pues, que algunas lenguas no son de fiar?

Gyoko respondió ásperamente:

—Si fuera a musitar secretos sobre ti, ¿crees que lo haría en tus oídos? ¿Me supones tan ingenua?

—Quizá sea mejor que te vayas. Tengo muchas cosas que hacer.

—¡Sí, señora, y yo también! —replicó Gyoko, con firmeza—. El señor Toranaga me preguntó qué sabía de ti y de Anjín-san. Esta misma tarde le he dicho que no había nada entre vosotros. Le hablé así: «¡Oh, sí, señor, también yo he oído esos estúpidos rumores, pero no hay nada de verdad en ellos! ¡Lo juro por la cabeza de mi hijo, señor, y por las cabezas de los hijos de mi hijo! Si alguien supiera algo, seguramente sería yo, todo es pura comidilla, señor…» ¡Oh, sí señora! Puedes estar segura de que simulé un total asombro y de que actué bien. Quedó convencido.

Gyoko tomó un sorbo de saké y añadió con tono amargo:

—Será la ruina de todos nosotros si consigue pruebas…, cosa que no será muy difícil, *¿neh?*

—¿Cómo?

—Pon a prueba a Anjín-san… métodos chinos. Chimmoko… métodos chinos. Yo (Kikú-san), Yoshinaka… lo lamento, incluso tú, señora… métodos chinos.

Mariko exhaló un profundo suspiro e interrogó:

—¿Puedo preguntarte por qué te arriesgaste tanto?

—Porque, en determinadas situaciones, las mujeres deben protegerse unas a otras contra los hombres. Porque, en realidad, yo no he visto nada de nada. Porque tú nunca me has hecho daño. Porque me gustas tú y me gusta el Anjín-san, y creo que los dos tenéis vuestros propios *karmas*. Y porque a ambos os preferiría vivos y como amigos, antes que muertos, y porque resulta emocionante ver a tres seres humanos revoloteando como alevillas alrededor de la llama de la vida.

—No te creo.

Gyoko rió suavemente.

—Gracias, señora. —Dominándose cuanto pudo, añadió—: Muy bien, te diré las verdaderas razones. Necesito tu ayuda. Sí, Toranaga-sama no hará caso de mi petición, pero quizás a ti se te ocurra alguna forma para que la acepte. Tú eres la única oportunidad que tengo, la única que tendré en toda mi vida, y no puedo abandonarla ligeramente. Ahora ya lo sabes. Por favor, te suplico humildemente me concedas tu ayuda.

Gyoko se inclinó profundamente, y añadió:

—Por favor, perdona mi impertinencia, dama Toda. Cuanto tengo, lo pondré a tu disposición si me ayudas.

Se incorporó y volvió a sentarse sobre los talones, se arregló los pliegues del quimono y bebió saké.

Mariko intentó reflexionar apresuradamente. Su intuición le decía que debía confiar en la mujer, pero su mente se hallaba confusa ante el reciente descubrimiento de lo que pensaba hacer Toranaga, y sentíase aliviada al comprobar que Gyoko no la había denunciado, como había ella esperado lo hiciera. En consecuencia, decidió pensarlo más tarde.

—Sí. Lo intentaré. Por favor, dame tiempo.

—Puedo darte algo mejor que eso. ¿Conoces Amida Tong? ¿Los asesinos?

—¿Qué hay sobre ellos?

—¿Recuerdas, señora, al del castillo de Osaka, al que se opuso a Anjín-san, y no a Toranaga-sama? El mayordomo del señor Kiyama entregó dos mil kokús para aquel atentado…

—¿Kiyama? Pero, ¿por qué?

—Es cristiano, *¿neh?* En aquel tiempo, Anjín-san era un enemigo, y si entonces fue así, ¿qué ocurrirá ahora, en que Anjín-san es samurai y está libre con su barco?

—¿Otro Amida? ¿Aquí?

Gyoko se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! Pero yo no daría ni un pétalo de rosa por la vida de Anjín-san si se descuida fuera del castillo.

—¿Dónde está ahora?

—En sus cuarteles, señora. Lo visitarás pronto, *¿neh?* Quizá no estaría mal avisarle.

—¡Pareces estar bien enterada de todo cuanto ocurre, Gyoko-san!

—Señora, mantengo bien abiertos mis oídos y mis ojos.

Mariko dominó su inquietud por Blackthorne y preguntó:

—¿Se lo has dicho a Toranaga-sama?

—¡Oh, sí, se lo dije! En realidad no se sorprendió en absoluto. Es interesante, ¿no crees?

—Quizá te equivocaste.

—Quizás. En Mishima oí decir que se tramaba una conspiración para envenenar al señor Kiyama. Terrible, *¿neh?*

—¿Qué conspiración?

Gyoko explicó los detalles.

—¡Imposible! ¡Un daimío cristiano nunca haría eso a otro!

Mariko llenó las dos tazas. Interrogó:

—¿Puedo preguntarte qué más dijisteis tú y él?

—Le rogué que me permitiera gozar nuevamente de su favor y abandonar mi lugar de residencia tan mísero, a lo cual no opuso objeción alguna. Ahora tendremos habitaciones en el castillo, cerca de Anjín-san, y podré moverme a mi talante. Pidió a Kikú-san que lo entretuviese esta noche, lo cual ya es algo, aunque nada acabará con su melancolía, ¿verdad?

Gyoko contemplaba a Mariko pensativamente. Suspiró profundamente y continuó:

—Sí, está muy triste. Es una pena. Parte del tiempo transcurrió hablando sobre los tres secretos, y me pidió que repitiese lo que sabía, lo que yo te había dicho a ti.

«¡Ah! —pensó Mariko, captando, de repente, otra pista—. ¿Ochiba? De manera que aquél era el cebo de Zataki. Y Toranaga también levantaba la espada sobre la cabeza de Omi si era necesario, y podría ser un arma contra Onoshi, e incluso Kiyama.»

—¿Sonríes, señora?

Pero Toda Mariko-noh-Buntaro se limitó a mover la cabeza y a decir tranquilamente:

—Lamento que tu información no lo alegrara.

—Nada de lo que dije mejoró su humor.

—Lo siento de verdad.

—Sí —murmuró Gyoko—. Hay otra cosa, señora, que puede interesarte y reforzar también nuestra amistad. Es muy posible que Anjín-san sea muy fértil.

Kikú-san está embarazada.

—¿De Anjín-san?

—Sí. O del señor Toranaga. Posiblemente, Omi-san. Por supuesto que, como siempre, ella tomó precauciones después de haber estado con Omi-san, pero ya sabes que ningún método es perfecto, que nada se puede garantizar en ese sentido y que se cometen muchos errores, *¿neh?* Ella cree que después de haber estado con Anjín-san se olvidó del modo, pero no está segura. Fue el día en que llegó el correo a Anjiro… La emoción de partir para Yokosé, unida al hecho de que el señor Toranaga comprara su contrato… Es algo disculpable, ¿verdad?

Gyoko levantó las manos, al parecer muy inquieta, y añadió:

—Después de haber estado con el señor Toranaga, y ante mis sugerencias, ella hizo lo contrario. Las dos encendimos palillos de incienso y rogamos para que fuese un varón.

Mariko examinó el dibujo de su abanico.

—¿Quién? ¿Quién crees que ha podido ser?

—No lo sé, señora. Me gustaría mucho tu consejo.

—Ha de interrumpirse el embarazo. Ahora no hay riesgo para ella.

—Estoy de acuerdo. Mas, por desgracia, no lo está Kikú-san.

—¿Cómo que no? Desde luego, debe abortar. O habrá que decírselo al señor Toranaga. Al fin y al cabo, sucedió después de…

—*Quizás* ocurriera antes de que él…, señora.

—El señor Toranaga tendrá que saberlo. ¿Por qué Kikú-san se muestra tan estúpida y desobediente?

—*Karma*, señora. Desea un niño.

—¿De quién?

—No quiere decirlo. Se limitó a manifestar que cualquiera de los tres hombres ha de tener alguna ventaja.

—Sería cosa prudente que por esta vez lo interrumpiera y que en la próxima ocasión se asegurase bien.

—Estoy de acuerdo. Me ha parecido que debías conocer el caso… Faltan aún muchos días para que se le note o para que un aborto pueda entrañar riesgo. Es posible que cambie de idea. En esto no puedo obligarla a nada. Ya no me pertenece, aunque por el momento trato de cuidarla. Sería magnífico que el niño fuese del señor Toranaga. Pero supongamos que tiene ojos azules… Bueno, un último consejo, señora: di a Anjín-san que confíe sólo en Uraga-noh-Tadamasa, nunca en Nagasaki. Allí nunca. Al final, la lealtad de ese hombre siempre se inclinará hacia su tío el señor Harima.

—¿Cómo te enteras de esas cosas, Gyoko?

—Los hombres necesitan liberarse de sus secretos, señora. Es lo que los diferencia de nosotras: *necesitan* compartir sus secretos, mientras que nosotras los revelamos sólo para obtener alguna ventaja. Con un poco de plata y los oídos bien abiertos (y yo tengo ambas cosas), todo es muy fácil. Sí, los hombres necesitan compartir sus secretos con alguien. Ésa es la razón de que seamos superiores a ellos y de que siempre estén en nuestro poder.

CAPÍTULO LI

En la oscuridad, poco antes del amanecer, alguien levantó, silenciosamente, el rastrillo de una puerta lateral, y diez hombres atravesaron apresuradamente el estrecho puente elevadizo del recóndito foso. La reja de hierro se cerró tras ellos. En el extremo más alejado del puente, los centinelas les volvieron deliberadamente la espalda para que pasaran de largo sin problemas. Todos vestían quimonos oscuros y sombreros cónicos y empuñaban sables. Eran: Naga, Yabú, Blackthorne, Uraga-noh-Tadamasa y seis samurais. Les guiaba Naga, con Yabú a su lado, a través de un verdadero laberinto de pasadizos, subiendo y bajando escaleras y a lo largo de pasillos muy poco usados. Cuando se encontraban con patrullas o centinelas —siempre alerta—, Naga mostraba un monograma de plata, y el grupo seguía su camino sin ser sometido a preguntas de ninguna clase.

Alcanzaron la puerta Sur, único camino al otro lado del primer gran foso del castillo. Allí los esperaba una compañía de samurais. Silenciosamente, los hombres rodearon al grupo de Naga, protegiéndolos, y todos cruzaron el puente. Hasta ahora, nadie les había cerrado el paso. Siguieron caminando hasta el Primer Puente, procurando ocultarse entre las sombras. Una vez al otro lado del Primer Puente, giraron hacia el Sur y desaparecieron entre el laberinto de callejones que conducían al puerto.

El grupo de samurais que los acompañaba se detuvo fuera del cordón que rodeaba el embarcadero del *Erasmus*. Hicieron una seña a los diez hombres para que avanzaran, saludaron y se perdieron de nuevo en la oscuridad.

Naga los condujo a través de las barreras. Sin el menor comentario, fueron admitidos en el malecón. Había algunas hogueras encendidas y más guardias que antes.

—¿Todo preparado? —preguntó Yabú tomando el mando.

—Sí, señor —respondió el samurai jefe.

—Bien, Anjín-san, ¿has entendido?

—Sí, gracias, Yabú-san.

—Pues entonces, lo mejor será que te des prisa.

Blackthorne vio cómo sus samurais formaban en cuadro a un lado, e hizo una seña a Uraga, levantando una mano, para que se acercara a ellos, como se había acordado de antemano. Sus ojos recorrieron el buque de arriba abajo y de proa a popa, comprobándolo todo, al tiempo que subía a bordo y permanecía de pie en el alcázar, su alcázar. El cielo estaba aún oscuro y no había señal alguna de la aurora. Todo indicaba que el día sería bueno y que la mar permanecería en calma.

Miró hacia el muelle. Yabú y Naga conversaban. Uraga explicaba a sus vasallos lo que sucedía. Entonces se abrieron de nuevo las barreras, y Baccus, Van Nekk y el resto de la tripulación —con la inquietud pintada en los rostros— avanzaron dando tropezones, rodeados por fieros guardianes.

Blackthorne se acercó a la borda y gritó:

—¡Vamos, arriba!

Sus hombres parecieron tranquilizarse al verlo y avanzaron con más decisión, pero las maldiciones de los guardianes hicieron que se detuvieran instantáneamente.

—¡Uraga-san! —gritó Blackthorne—. Diles que dejen subir a bordo a mis hombres. *¡Inmediatamente!*

Uraga obedeció con presteza. Los samurais escucharon, miraron hacia el buque y liberaron a la tripulación.

El primero en embarcar fue Vinck, y el último, Baccus. Los hombres estaban aún atemorizados.

—Bueno, piloto, ¿qué ocurre? —jadeó Baccus, logrando hacerse oír entre la catarata de preguntas de los demás.

—¿Va algo mal, piloto? —preguntó, a su vez, Vinck—. ¡Estábamos todos dormidos, cuando, de repente, estalló el infierno a nuestro alrededor, se abrió la puerta y esos monos nos obligaron a ponernos en marcha…!

Blackthorne levantó una mano.

—¡Escuchad!

Cuando se hizo el silencio, empezó a hablar con calma.

—Llevaremos al *Erasmus* a puerto seguro, al otro lado de…

—No tenemos hombres suficientes, piloto —le interrumpió Vinck—. Jamás los…

—¡Escucha, Johann! Nos van a remolcar. El otro buque llegará dentro de poco. Ginsel, ve a proa, y lanza el cable de amarre. Vinck, hazte cargo del timón, Jan Roper y Baccus, al malacate de proa, y Salamon y Croocq, a popa. Sonk, ve

abajo y comprueba las provisiones que tenemos. Sube algo de grog, si lo encuentras. ¡Date prisa!

—¡Esperad un minuto, piloto! —chilló Jan Roper—. ¿Para qué tanta prisa? ¿Adónde vamos y por qué?

Blackthorne sintió que lo invadía una ola de indignación al ser interrogado de aquella manera. Pero se contuvo al pensar que los hombres tenían derecho a enterarse de ciertas cosas, que no eran sus vasallos ni tampoco eta, sino sus camaradas de a bordo, casi sus socios, su tripulación.

—Éste es el comienzo de una estación de tormentas. Tai-funs las llaman aquí, Grandes Tormentas. Esta ensenada no es segura. Al otro lado del puerto, algunas leguas al Sur, está el mejor y más seguro punto de amarre. Se halla cerca de un pueblo llamado Yokohama. El *Erasmus* estará seguro allí y podrá soportar cualquier tipo de tormenta. Ahora, ¡vamos!

Nadie se movió.

Van Nekk preguntó:

—¿Sólo unas cuantas leguas, piloto?

—Sí.

—Y después, ¿qué? Bueno, ¿a qué se debe tanta prisa?

—El señor Toranaga me ha permitido hacerlo ahora —respondió Blackthorne diciendo la verdad a medias—. «Cuanto antes, mejor —pensé yo—. Podría cambiar otra vez de idea, *¿neh?* En Yokohama…»

Blackthorne miró hacia otro lado. Yabú subía a bordo con sus seis guardianes. Los hombres se apartaron apresuradamente de Blackthorne.

—¡Jesús! —exclamó Vinck, parpadeando—. ¡Es él! ¡El bastardo que dio lo suyo a Pieterzoon!

Yabú se acercó hasta llegar casi al alcázar y señaló hacia el mar:

—Anjín-san, ¡mira, allí! Todo va bien, *¿neh?*

Cual gigantesca oruga de mar, una galera se deslizaba silenciosamente hacia ellos procedente del Oeste.

—Muy bien, Yabú-sama. ¿Quieres subir aquí?

—Luego lo haré, Anjín-san.

Yabú dio media vuelta para dirigirse a la pasarela de desembarco.

Blackthorne se volvió hacia sus hombres.

—¡Vamos, moveos! Siempre de dos en dos y cuidado con lo que decís. Hablad sólo en holandés. Hay uno a bordo que sabe portugués. Ya os lo explicaré todo cuando estemos en camino. ¡Vamos!

Los hombres se alejaron, contentos de librarse de la presencia de Yabú. Uraga y veinte samurais de Blackthorne subieron a bordo.

Los demás estaban formados en el malecón para embarcar en la galera.

Uraga dijo:

—Éstos son tus guardias personales, señor, si ello te complace.

—Me llamo Anjín-san, no señor —replicó Blackthorne.

—Por favor, perdóname, Anjín-san —repuso Uraga, mientras empezaba a subir la escalerilla.

—¡Alto! ¡Abajo! Nadie puede subir al alcázar sin mi permiso. Díselo a los demás.

—Sí, Anjín-san, perdóname.

Blackthorne se acercó a un lado del alcázar para ver cómo atracaba la galera, casi junto al *Erasmus*.

—¡Ginsel! Ve a tierra y vigila cómo toman nuestras estachas. Que queden bien aseguradas. ¡Vamos!

Una vez todo ordenado a bordo, Blackthorne examinó a los veinte hombres.

—¿Por qué han sido elegidos todos entre el grupo de los que estaban atados, Uraga-san?

—Forman un clan, sen… Anjín-san. Son como hermanos. Solicitan el honor de defenderte.

—*Anatawa-anatawa-anatawa* —dijo Blackthorne, eligiendo a diez hombres para que desembarcaran y fueran reemplazados por sus demás vasallos, que elegiría Uraga al azar. Luego dijo a éste que advirtiese a todos acerca de la necesidad de comportarse como hermanos, de lo contrario, tendrían que hacerse el harakiri allí mismo.

—*¿Wakarimasu?*

—*Hai*, Anjín-san. *Gomen nasai*.

Las estachas quedaron aseguradas en el otro buque. Blackthorne lo inspeccionó todo y comprobó la dirección del viento, pues sabía que incluso en el interior del gran puerto de Yedo, la navegación podría resultar peligrosa si estallaba una tormenta.

—¡Fuera amarras! —gritó—. ¡*Ima* capitán-san!

El capitán del otro buque levantó una mano, y la galera se apartó suavemente del malecón. Naga iba a bordo del buque, abarrotado de samurais y del resto de los vasallos de Blackthorne. Yabú se encontraba en aquel momento junto a Blackthorne, en el alcázar. El buque giró, lentamente, sobre su quilla, y lo

sacudió un ligero temblor cuando quedó inmerso en la fuerza de una corriente. Tanto Blackthorne como la tripulación estaban llenos de júbilo por hallarse de nuevo en el mar. Ginsel, apoyado en un lado de la pequeña plataforma de estribor, con la sondaleza en la mano, iba gritando las brazas de profundidad. El malecón empezó a quedar lejos.

—¡Adelante! *¡Yukkuri sei!* ¡Más despacio!

—*Hai*, Anjín-san —gritó de nuevo.

Juntos, los dos buques penetraron en la corriente central del puerto, a la vez que encendían luces de situación en lo alto de los mástiles.

—Bien, Anjín-san —dijo Yabú—. ¡Muy bien!

Yabú esperó hasta que se hallaron en alta mar. Luego llevó a Blackthorne aparte.

—Anjín-san —dijo cautelosamente—, ayer salvaste mi vida. ¿Comprendes? Al detener a los *ronín*. ¿Recuerdas?

—Sí. Era mi deber.

—No, no era tu deber. ¿Y recuerdas al otro hombre, al marino aquel de Anjiro?

—Sí.

—*Shigata ga nai*. *Karma*. Eso ocurrió antes de que fueras samurai o hatamoto…

Brillaban los ojos de Yabú bajo la luz del fanal. Tocó ligeramente el sable de Blackthorne, y habló en voz baja y clara:

—… antes de lo del Vendedor de Aceite, *¿neh?* De samurai a samurai, pido que se olvide todo lo de antes. Todo ha de ser nuevo. Esta noche. Por favor, ¿comprendes?

Blackthorne miró hacia la galera que navegaba delante de ellos, luego examinó la cubierta, miró a sus hombres y respondió:

—Sí. Comprendo.

—¿Comprendes la palabra «odio»?

—Sí.

—El odio nace del terror. Ni yo te temo ni tú tienes por qué temerme. Yo puedo ayudarte mucho. Ahora luchamos en el mismo lado. En el lado de Toranaga. Sin mí no hay *wako*, ¿comprendes? Deseo lo que tú deseas: tus nuevos buques aquí, tú, capitán de tus nuevos buques. Puedo ayudarte mucho: Primero el Buque Negro… ¡ah, sí, Anjín-san!, convenceré al señor Toranaga. Ya sabes

que soy un luchador, ¿no? Yo dirigiré el ataque. Tomaré el Buque Negro para ti en tierra. Juntos tú y yo seremos más fuertes que uno solo, ¿no?

—Sí. ¿Es posible conseguir más hombres? ¿Más de doscientos para mí?

—Tanto si necesitas dos mil como cinco mil, no te preocupes, tú conduce el buque, y yo dirigiré la pelea. ¿De acuerdo?

—Sí. Es un trato justo. Gracias, estoy de acuerdo.

—Muy bien, muy bien, Anjín-san —replicó Yabú, contento.

Sabía que una mutua amistad beneficiaría a ambos, por mucho que lo odiase el bárbaro. Una vez más, la lógica de Yuriko resultaba impecable.

Antes, aquella misma noche, había visto a Toranaga y le había pedido permiso para ir inmediatamente a Osaka con objeto de prepararle el camino.

—Por favor, perdóname, pero creí que el asunto era muy urgente. Después de todo, señor, has de tener allí a alguien de categoría para asegurar que todas tus disposiciones son perfectas. Ishido es un campesino y no entiende de ceremonias, *¿neh?*

Se sintió muy satisfecho al ver la facilidad con que aceptó Toranaga.

—Por otra parte, tenemos el buque del bárbaro, señor. Lo mejor es llevarlo en seguida a Yokohama, por si se precisara, en caso de *tai-fun*. Con tu permiso, yo mismo me encargaré de ello antes de irme. El Regimiento de Mosqueteros puede guardarlo. Luego iré directamente a Osaka con la galera. Por mar sería más rápido y mejor, ¿no?

—Muy bien. Si crees que eso es prudente, hazlo, Yabú-san. Pero llévate a Naga-san. Y déjalo a cargo de todo en Yokohama.

—Sí, señor.

A continuación, Yabú habló a Toranaga acerca de la cólera de Tsukku-san.

El sacerdote estaba muy indignado. Lo bastante como para lanzar a sus conversos contra Anjín-san.

—¿Estás seguro?

—Quizá sería conveniente que, de momento, tomase a Anjín-san bajo mi protección. —Luego, como obedeciendo a un segundo pensamiento, añadió—: Lo más sencillo sería llevar a Anjín-san conmigo. Podría empezar los preparativos en Osaka, continuar hasta Nagasaki, conseguir a los nuevos bárbaros y luego, a mi regreso, acabar todas las disposiciones.

—Haz lo que creas conveniente —había respondido Toranaga—. Dejaré que decidas tú, amigo mío.

Yabú se sentía feliz al poder hacer, al fin, lo que le gustaba. Sólo la presencia

de Naga no se había planeado, pero tal detalle no importaba, y sería sin duda muy prudente tenerlo en Yokohama.

Yabú contemplaba a Anjín-san, alto, con los pies ligeramente separados, balanceándose con gran facilidad ante el movimiento del buque, como si formara parte de él, enorme, indiferente. Muy distinto de cuando se hallaba en tierra. Sin darse cuenta, Yabú empezó a adoptar una postura similar, observándolo cuidadosamente.

—Quiero algo más que el Kwanto, Yuriko-san —musitó al oído de su esposa, antes de dejar su casa—. Quiero algo más. Quiero mandar en el mar. Quiero ser el señor del Almirantazgo. Emplearemos todos los ingresos del Kwanto, obtenidos con el plan Omi en *escoltar* al bárbaro a su patria, en comprar más barcos y traerlos hasta aquí. Omi irá con él, ¿no?

—Sí —había replicado ella, con tono de felicidad—. Podemos confiar en él.

El muelle de Yedo estaba totalmente desierto. El último de los guardianes samurai había desaparecido en uno de los callejones que conducían al castillo. El padre Alvito salió de las sombras, seguido por el hermano Miguel. Alvito miró hacia el mar.

—¡Que Dios lo maldiga y maldiga a cuantos viajan en él!

—Excepto a una persona, padre. Uno de los nuestros viaja en el buque. Y Naga-san. Naga-san ha jurado convertirse en cristiano en el primer mes del próximo año.

—Si es que hay un próximo año para él —respondió Alvito con tristeza—. Ese buque nos destruirá y no podremos evitarlo.

—Dios nos ayudará.

—Sí, pero mientras tanto seguimos siendo soldados de Dios y hemos de ayudarle. Hay que avisar inmediatamente al padre Visitador y al capitán general. ¿No has encontrado todavía una paloma mensajera para Osaka?

—No, padre, a ningún precio. Ni siquiera una para Nagasaki. Hace meses, Toranaga ordenó que se le llevaran todas.

El padre Alvito pareció aún más triste.

—¡Debe de haber alguien que tenga una! Paga lo que sea. Los herejes pueden asestarnos un golpe terrible, Michael.

—Quizá no, padre.

—¿Por qué se llevan el buque? Desde luego, para su seguridad, pero también

para ponerlo fuera de nuestro alcance. ¿Por qué Toranaga ha entregado al hereje doscientos wako y devuelto su oro? Por supuesto, para emplearlo como fuerza de ataque y para pagar más piratas, artilleros y marineros. ¿Por qué conceder la libertad a Blackthorne? Para que nos aniquile con el Buque Negro. ¡Que Dios nos ayude! Toranaga también nos ha abandonado.

—Nosotros lo hemos abandonado, padre.

—¡Nada podemos hacer para ayudarle! Lo hemos intentado todo con los daimíos. Estamos desamparados.

—Si rezáramos más, posiblemente Dios nos mostraría el camino.

—Yo rezo y rezo, pero… quizá Dios nos ha abandonado y con razón, Michael. Tal vez no merezcamos su gracia. Al menos yo no la merezco.

—Es posible que Anjín-san no encuentre artilleros o marineros. También es posible que jamás llegue a Nagasaki.

—Su plata le puede proporcionar todos los hombres que necesite. Incluso católicos, incluso portugueses. Estúpidamente, los hombres piensan más en este mundo que en el otro. No abrirán los ojos. Venden sus almas demasiado fácilmente. Sí, yo rezo para que Blackthorne nunca llegue allí. *O sus emisarios*.

En compañía del hermano, Alvito, completamente deprimido, caminó hacia la misión jesuita, que se hallaba a una milla al Oeste, cerca de los muelles, tras uno de los grandes almacenes donde normalmente se guardaban las sedas y el arroz de la temporada.

Alvito se detuvo de pronto y miró de nuevo hacia el mar. Amanecía. Ya no se veían los buques.

—¿Qué oportunidad hay de que sea entregado nuestro mensaje?

El día anterior, Miguel había descubierto que uno de los nuevos vasallos de Blackthorne era cristiano. Cuando se filtró la noticia de que algo iba a ocurrir con Anjín-san y su buque, Alvito garrapateó apresuradamente un mensaje para Dell'Aqua, en el que daba las últimas noticias, y rogó al hombre que lo entregara secretamente si alguna vez llegaba a Osaka.

—El mensaje llegará —aseguró el hermano Miguel—. Nuestro hombre sabe que navega con el enemigo.

—¡Ojalá Dios lo guíe! —exclamó Alvito mirando más allá del joven hermano—. ¿Por qué? ¿Por qué se habrá convertido en apóstata?

—Os lo dije, padre —replicó el hermano Miguel—. Quería ser sacerdote, ordenado en nuestra sociedad. No era mucho pedir… ser un orgulloso servidor de Dios.

—Era demasiado orgulloso, hermano.

Alvito pasó de largo ante la misión y se dirigió al gran solar que Toranaga había cedido para la catedral, que pronto se alzaría para mayor gloria de Dios. El jesuita ya la veía en su mente, alta, majestuosa, dominando la ciudad, con sus campanas fundidas, quizás en Macao, Goa o Portugal, y con sus enormes puertas de bronce ampliamente abiertas a los fieles. Hasta podía oler el humo del incienso y oír los cantos en latín.

«Pero la guerra destruirá ese sueño —se dijo—. La guerra arruinará esta tierra y será como siempre ha sido.»

—¡Padre! —exclamó en voz baja el hermano Michael, avisándole.

Ante ellos había una mujer contemplando los cimientos, que ya se habían abierto parcialmente. A su lado había dos doncellas. Alvito esperó, inmóvil, observando a las tres mujeres bajo la difusa luz del amanecer. La mujer llevaba la cara cubierta con un velo y estaba ricamente vestida. El hermano Miguel se movió ligeramente. Sus pies tocaron una piedra, y ésta, rodando, fue a dar contra una pala. La mujer se volvió, sorprendida, Alvito la reconoció.

—¿Mariko-san? Soy yo, el padre Alvito.

—¿Padre? ¡Oh! Yo venía… venía a verlo. Partiré en breve, pero deseaba verlo antes de irme.

Alvito se acercó a ella.

—Me alegro mucho de verte, Mariko-san. Sí. He oído decir que te marchabas. He tratado de verte varias veces, pero siempre se me ha prohibido la entrada en el castillo.

En silencio, Mariko observó de nuevo los cimientos de la catedral. Alvito miró de reojo al hermano Miguel, asombrado también al ver una dama de tal importancia vagando a aquellas horas por los muelles.

—¿Has venido sólo a verme, Mariko-san?

—Sí, y para ver zarpar el barco.

—¿Qué deseas de mí?

—Quiero confesar.

—Entonces, hazlo aquí mismo —dijo el padre Alvito—. Que la tuya sea la primera confesión que se haga en este lugar.

—Por favor, perdóname, pero, ¿no podrías decir misa aquí, padre?

—Aquí no hay iglesia, ni altar, ni indumentaria litúrgica, ni, por supuesto, Eucaristía. Puedo hacerlo en nuestra capilla, si vienes…

—¿Podríamos beber cha en copa vacía, padre? Por favor, es que dispongo de

muy poco tiempo.

—Sí —replicó el padre Alvito, comprendiéndola.

El padre se dirigió hacia el punto en el que quizás algún día se levantaría el altar bajo un techo abovedado. En aquellos momentos, la bóveda era el cielo, y las aves y el ruido del mar, los majestuosos cantos del coro. El padre empezó a cantar la misa y el hermano Michael le ayudó, hasta que, juntos trajeron el Infinito a la Tierra.

Pero antes de dar la comunión, el padre se detuvo y dijo:

—Ahora debo oírte en confesión, Mariko-san, María.

Hizo una seña al hermano Miguel para que se alejara y añadió:

—Ante Dios, María…

La mujer se arrodilló y dijo:

—Antes de empezar, padre, ruego un favor.

—¿De mí o de Dios, María?

—Pido un favor ante Dios.

—¿Cuál es?

—La vida de Anjín-san a cambio del conocimiento.

—Su vida no es mía, por lo tanto no la puedo ni conceder ni retener.

—Sí, lo siento, pero se podría dar una orden a *todos* los cristianos para que su vida no sea sacrificada en nombre de Dios.

—El Anjín-san es el enemigo. Un terrible enemigo de nuestra fe.

—Sí, pero aun así, suplico se salve su vida. A cambio, quizá, podré ser de gran ayuda.

—¿Cómo?

—¿Se me concede el favor, padre? ¿Ante Dios?

—No puedo conceder tales favores. Repito que no es cosa mía conceder, retener ni suprimir. No puedes comerciar con el Señor.

Mariko, dudó, arrodillándose en tierra ante el padre. Luego se inclinó y comenzó a levantarse.

—Muy bien. Entonces, por favor, perdóname…

—Presentaré esa petición al padre Visitador —dijo Alvito.

—Eso no es suficiente, por favor, padre, perdóname.

—Se lo haré saber y le diré que considere tu petición en nombre de Dios. Se lo rogaré.

—Si lo que yo te diga tiene algún valor, ¿jurarás ante Dios que harás todo lo posible para que se salve y lo protejan, siempre y cuando tal protección no vaya

en contra de la Iglesia?

—Sí, si no es en contra de la Iglesia.

—¿Y presentarás mi petición al padre Visitador?

—Sí, ante Dios.

—Gracias, padre. Escuche entonces…

Acto seguido, Mariko le expuso sus razonamientos sobre Toranaga y el engaño.

Repentinamente Alvito se dio cuenta de que todo encajaba.

—Tienes razón. ¡Debes tener razón! Que Dios me perdone, ¿cómo pude ser tan estúpido?

—Por favor, escucha de nuevo, padre, he aquí más hechos.

Y a continuación, Mariko musitó en su oído los secretos acerca de Zataki y Onoshi.

—¡No es posible!

—También circula el rumor de que el señor Onoshi proyecta envenenar al señor Kiyama.

—¡Imposible!

—Perdóname, pero sí es muy posible. Son antiguos enemigos.

—¿Quién te ha contado todo esto, María?

—El rumor es que Onoshi envenenará al señor Kiyama durante la fiesta de San Bernardo de este año —replicó María, con tono de cansancio, eludiendo responder directamente a la pregunta del padre.

Hubo un silencio y añadió:

—El hijo de Onoshi pronto será dueño de las tierras de Kiyama, el nuevo señor. El general Ishido lo ha aceptado así, con tal que mi dueño ya haya entrado en el Gran Vacío.

—Pruebas, Mariko-san. ¿Dónde están las pruebas?

—Lo siento, pero no tengo ninguna. Pero el señor Harima lo sabe también.

—¿Cómo sabes esto? ¿Cómo estás enterada de que el señor Harima lo sabe también? ¿Acaso forma él parte de esa conspiración?

—No, padre. Es parte del secreto.

—¡Imposible! Onoshi es persona que habla muy poco y es demasiado listo. Si hubiera proyectado eso, nadie lo sabría. Debes de estar equivocada. ¿Quién te dio esta información?

—No puedo decírselo, lo siento. Pero estoy segura de que es cierto.

Alvito pensó en las posibilidades que aquello ofrecía. Luego exclamó:

—¡Uraga! ¡Uraga era el confesor de Onoshi! ¡Oh, Madre de Dios! Uraga ha violado el secreto de confesión y le ha dicho a su señor…

—A lo mejor este secreto no es cierto, padre. Pero yo creo que sí. Solamente Dios puede saber la verdad, *¿neh?*

Mariko no había apartado los velos que la cubrían y Alvito no veía su rostro. Amanecía. Miró hacia el mar. Entonces pudo ver a los dos buques en el horizonte, navegando rumbo al Sur. Tuvo la sensación de que le dolía el pecho. Y rezó pidiendo ayuda al cielo.

—¿Y dices que el señor Toranaga ganará?

—No, padre. Nadie ganará, pero, sin su ayuda, el señor Toranaga perderá. No se puede confiar en el señor Zataki. Zataki siempre constituirá la mayor amenaza para mi señor. Zataki sabrá esto y que todas las promesas de Toranaga son papel mojado, porque Toranaga debe intentar eliminarlo. Si yo estuviera en el lugar de Zataki destruiría a Sudara, a la dama Genjiko y a todos sus hijos en el momento en que estuvieran en mis manos. Inmediatamente atacaría las defensas de Toranaga en el Norte. Lanzaría mis legiones contra el Norte y esto haría que Ishido, Ikawa, Jikkyu y todos los demás despertaran de su estúpido letargo. Toranaga podría ser derrotado muy fácilmente, padre.

Alvito esperó unos segundos antes de decir:

—Levanta tus velos, María.

Vio que la mujer se mantenía inmóvil, mostrando un rostro impasible.

—¿Por qué me has contado todo esto?

—Para salvar la vida del Anjín-san.

—¿Traicionas por él, María? Tú, Toda Mariko-noh-Buntaro, hija del señor general Akechi Jinsai, ¿traicionas por un extranjero? ¿Me pides que crea eso?

—No. Lo lamento… también es para proteger a la Iglesia. Primero proteger a la Iglesia, padre… no sé qué hacer. Creí que podría… el señor Toranaga es la única esperanza de la Iglesia. El señor Toranaga debe recibir ayuda ahora. Es un hombre inteligente y bondadoso, la Iglesia prosperará con él. Sé que Ishido es el verdadero enemigo.

—La mayoría de los daimíos cristianos creen que Toranaga destruirá la Iglesia y al Heredero en cuanto derrote a Ishido y se haga con el poder.

—Puede, pero lo dudo. Tratará a la Iglesia con nobleza. Siempre lo ha hecho. Ishido es violentamente anticristiano. Y lo mismo ocurre con la dama Ochiba.

—Todos los cristianos prominentes están en contra de Toranaga.

—Ishido es un campesino. Toranaga-sama es noble, prudente, y desea

negociar, comerciar.

—Siempre habrá comercio, gobierne quien gobierne.

—El señor Toranaga siempre ha sido su amigo y, si es honesto con él, él lo será con usted.

Mariko señaló hacia los cimientos y añadió:

—¿No es eso una medida de honestidad? Regaló su tierra incluso cuando usted le falló y él lo había perdido todo… incluso su amistad.

—Quizá.

—Por último, padre, sólo Toranaga-sama puede evitar una guerra perpetua, y esto debe de saberlo bien. Como mujer, le pido que no suframos una interminable guerra.

—Sí, María. Quizá sea él el único que pueda lograr eso.

Alvito miró hacia otro lado. El hermano Miguel se hallaba arrodillado, ausente en sus oraciones, y cerca de la orilla del agua esperaban pacientemente los dos sirvientes. El jesuita dijo:

—Me alegro de que hayas venido a decirme esto. Gracias. Gracias en nombre de la Iglesia y en el mío. Haré todo lo que pueda para cumplir lo que prometí.

Mariko se inclinó sin decir nada.

—¿Llevarás un despacho, Mariko-san? Es para el padre Visitador.

—Sí, si está en Osaka.

—Se trata de un despacho privado.

—Sí.

—Es verbal. Le contarás todo cuanto me has dicho a mí y lo que yo te he dicho. Todo.

—Muy bien.

—¿Tengo tu promesa, ante Dios?

—No tiene necesidad de decirme eso, padre. De acuerdo.

Alvito la miró fijamente y murmuró:

—Por favor, perdóname ahora, pero quiero escuchar tu confesión.

Mariko se cubrió de nuevo con los velos.

—Por favor, perdóname, padre, pero ni siquiera soy digna de confesarme.

—Todo el mundo es digno a los ojos de Dios.

—Excepto yo. No, no soy digna de eso, padre.

—Debes confesarte, María. No puedo continuar diciendo misa para ti. Has de presentarte ante Él limpia.

Mariko se arrodilló:

—Perdóname, padre, pues he pecado y sólo puedo confesar que no soy digna de la confesión.

Con ademán de infinita compasión, el padre Alvito apoyó una mano, ligeramente, en su cabeza.

—Hija mía, permíteme pedir a Dios perdón por tus pecados. En su nombre te absuelvo y te concedo Su gracia.

La bendijo y después siguió con la misa en aquella imaginaria catedral bajo el cielo que se estaba iluminando… el servicio más hermoso que jamás se hubiera celebrado para él y para ella.

El *Erasmus* se hallaba anclado en el mejor puerto contra tormentas que había visto Blackthorne, suficientemente lejos de la costa como para concederle espacio marino y, sin embargo, lo suficientemente cerca como para brindarle seguridad. Había seis brazas de profundidad y exceptuando el estrecho cuello de entrada, las tierras altas que rodeaban al puerto evitaban cualquier embate de una tormenta exterior.

La jornada de viaje desde Yedo había sido fatigosa, aunque sin incidencias. A medio *ri* hacia el Norte ancló la galera, en un muelle cercano a Yokohama, puerto de pescadores, y en aquellos instantes se hallaban solos a bordo Blackthorne y todos sus hombres, tanto holandeses como japoneses. Yabú y Naga se hallaban en tierra, inspeccionando el Regimiento de Mosqueteros.

—¿Por qué ahora, Uraga-san? —preguntó Blackthorne desde el alcázar, todavía con los ojos enrojecidos por no haber dormido.

Se le había ordenado que la tripulación no se moviera y Uraga le había dicho que aguardase un poco para ver si había algún cristiano entre los vasallos.

Blackthorne añadió al cabo de un breve silencio:

—¿No puede esperar esto a mañana?

—No, señor, lo lamento.

Uraga lo miró, alzando la cabeza hacia el alcázar. Se encontraba ante el grupo de vasallos samurais mientras que el grupo holandés se encontraba más cerca del alcázar. Uraga añadió:

—Por favor, perdóname, pero es muy importante saber esto inmediatamente. Son tus peores enemigos. Por lo tanto, debes estar seguro en beneficio de tu protección. Por mi parte, sólo deseo servirte. No se tardará mucho.

—¿Están todos en cubierta?

—Sí, señor.

Blackthorne se acercó más a la balaustrada del alcázar y preguntó en japonés:

—¿Hay aquí alguien que sea cristiano?

No hubo respuesta.

—Ordeno a todo aquel que sea cristiano que dé un paso al frente.

Nadie se movió, y Blackthorne se volvió hacia Uraga.

—Nombra a diez centinelas para cubierta y que ocupen sus puestos.

—Con tu permiso, Anjín-san…

Uraga sacó de debajo de su quimono un pequeño icono pintado que había traído de Yedo. Lo arrojó boca arriba sobre la cubierta y, acto seguido, lo pisoteó rabiosamente. Blackthorne y la tripulación se sintieron incómodos ante aquel acto, excepto quizá Roper.

—Por favor, haz que cada vasallo haga lo mismo —sugirió Uraga.

—¿Por qué?

—Conozco a los cristianos. Por favor, señor. Es importante que cada hombre haga eso. Ahora mismo.

—Está bien —convino Blackthorne de mala gana.

Uraga se volvió hacia la tripulación de vasallos y dijo:

—A petición mía, nuestro jefe pide que cada uno de nosotros haga esto.

Los samurais gruñeron unos segundos, y uno de ellos manifestó:

—Ya hemos dicho que no somos cristianos. ¿Qué es lo que demuestra pisar un grabado del dios de los bárbaros? Nada.

—Los cristianos son nuestro enemigo principal. Los cristianos son traicioneros. Por favor, perdonadme, pero conozco bien a los cristianos… lo lamento, pero esto es muy necesario para la seguridad de nuestro jefe.

En el acto, uno de los samurais avanzó unos pasos y dijo:

—¡Yo no adoro a ningún dios bárbaro! ¡Vamos, haced vosotros lo mismo!

Y, tras pronunciar estas últimas palabras, pisoteó el icono con fuerza.

Uno por uno fueron realizando la misma operación todos los hombres. Blackthorne contemplaba la escena con gesto de desprecio.

Van Nekk murmuró:

—Eso no está bien.

Vinck miró hacia el alcázar y dijo:

—¡Asquerosos bastardos! ¡Nos cortarán el cuello sin pensarlo un segundo!

¿Estás seguro de poder confiar en ellos, piloto?

—Sí.

Ginsel dijo:

—Ningún católico haría eso, ¿verdad, Johann? Es listo ese Uraga-sama.

—¿Y qué importa si esos mendigos son papistas o no? Todos son sucios samurais.

—Sí —asintió Croocq.

—Aun así, no está bien hacer eso —repitió Nekk.

Los samurais continuaron pisoteando el icono sobre la cubierta y, a continuación, se alejaron formando grupos sueltos. Fue una fea escena y Blackthorne lamentó haberla permitido, ya que había cosas mucho más importantes que hacer antes del crepúsculo. Sí, mucho que hacer, pensó ansioso de bajar a tierra y contemplar el feudo que Toranaga le había regalado, el cual comprendía Yokohama. «El Señor Dios en las alturas —se dijo a sí mismo—, y yo señor de uno de los mayores puertos de la Tierra.»

De repente, un hombre pasó junto al icono, desenvainó el sable y se lanzó hacia Blackthorne. Una docena de sorprendidos samurais le cerraron el paso al alcázar, mientras que Blackthorne apuntaba ya con una pistola. Otros hombres se apartaron, tropezando aquí y allí y lanzando gritos de aviso. El samurai se detuvo, bramando de rabia, y atacó a Uraga, quien se las pudo arreglar para esquivar el golpe. El hombre giró sobre sus talones para hacer frente a los demás samurais, luchó con todos ellos ferozmente durante unos segundos y luego saltó hacia un lado y se arrojó de cabeza por la borda.

Cuatro hombres que sabían nadar arrojaron los sables sobre la cubierta, sujetaron los cuchillos entre los dientes y saltaron tras él, al mismo tiempo que los holandeses se asomaban a la borda.

Blackthorne corrió hacia la borda, pero no pudo ver nada. Al cabo de unos segundos vio cómo se movían unas sombras en el agua y un hombre surgió a la superficie en busca de aire, después se distinguieron cuatro cabezas. Entre ellas flotaba un cadáver con un cuchillo clavado en la garganta.

—Lo siento, Anjín-san, fue su propio cuchillo —exclamó uno de los hombres.

—Uraga-san, diles que lo registren y luego que lo abandonen a los peces.

El registro no reveló nada. Cuando todos regresaron a cubierta, Blackthorne señaló hacia el icono con su pistola.

—Todos los samurais… ¡una vez más!

Lo obedecieron instantáneamente. Y todos pasaron por la prueba. Después, y a causa de la presencia de Uraga, al que debía alabar, ordenó que se repitiera la escena por tercera vez. Hubo un inicio de protesta.

—¡Vamos! —bramó Blackthorne—. ¡Rápidamente, si no queréis que os aplaste como cucarachas!

—No hay necesidad de decir eso, piloto —repuso Van Nekk—. ¡No somos malolientes paganos!

—¡No son malolientes paganos! ¡Son samurais!

La cólera mezclada con el temor se extendió entre los hombres. Van Nekk comenzó a decir algo, pero Ginsel se adelantó:

—Bastardos idólatras samurais y ellos, o los hombres como ellos, asesinaron a Pieterzoon, nuestro capitán general, y a Maetsukker.

—Sí, pero sin estos samurais, jamás llegaríamos a casa, ¿entendido?

Todos los samurais guardaban silencio mirándoles. Cautelosamente se acercaron más a Blackthorne para protegerlo. Van Nekk dijo:

—Dejémoslo estar, ¿eh? Creo que nos sentimos un poco nerviosos y muy fatigados. Ha sido una noche muy larga. Aquí no somos nuestros propios dueños, no, no lo somos, ninguno de nosotros. Ni tampoco el piloto. Sabe lo que está haciendo, él es el jefe.

—Sí, lo es. Pero no tiene derecho a ponerse junto a esos puercos y en contra de nosotros. Somos iguales a él —masculló Jan Roper—. Sólo porque está armado como ellos, viste como ellos, y puede hablarles en su lengua, eso no lo convierte en nuestro amo. Tenemos nuestros derechos y ésa es nuestra ley y la suya, aunque sea inglés. Juró obedecer las normas. ¿No fue así, piloto?

—Sí —respondió Blackthorne—. Es nuestra ley en nuestros mares, donde somos los amos. Ahora no lo somos, de manera que a obedecer y rápido.

Mascullando maldiciones, los hombres obedecieron.

—¡Sonk! ¿Encontraste algún grog?

—No señor, ni una sola gota.

—Entonces haré que suban saké a bordo.

Acto seguido, añadió en portugués:

—Uraga-san, vendrás a tierra conmigo y que alguien bogue. Vosotros cuatro —dijo luego en japonés señalando a los que se habían arrojado por la borda—, ahora sois capitanes, ¿entendido? Tomad quince hombres cada uno.

—*Hai*, Anjín-san.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a uno de ellos, un tipo alto con una cicatriz

en la mejilla.

—Nawa Chisato, señor.

—Hoy serás capitán. En todo el buque, hasta que yo regrese.

—Sí, señor.

Blackthorne se acercó hasta la pasarela de desembarco. Más abajo había amarrado un esquife.

—¿A dónde vas, piloto? —preguntó ansiosamente Van Nekk.

—A tierra. Regresaré más tarde.

—Bien, ¡iremos todos!

—¡En nombre de Dios, yo iré también!

—¡Y yo!

—¡No! Iré solo.

—¡Por Jesucristo! ¡No nos vas a dejar aquí…! —exclamó Van Nekk—. ¿Qué vamos a hacer? No nos dejes, piloto.

—¡Esperad! —mandó Blackthorne—. Enviaré a bordo comida y bebida.

Ginsel dio un paso hacia Blackthorne y comentó:

—Creí que regresaríamos esta misma noche. ¿Por qué no lo hacemos?

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí, piloto?

—Piloto, ¿y qué hay de Yedo? —preguntó en voz alta Ginsel—. ¿Cuánto tiempo vamos a permanecer aquí en compañía de estos monos malditos de Dios?

—Sí, monos, como hay Dios en el cielo —dijo alegremente Sonk—. ¿Y qué hay de nuestro equipo y nuestra propia familia?

—Sí, ¿qué hay sobre todo eso, piloto?

—Llegará mañana —respondió Blackthorne conteniendo una maldición—. Tened paciencia. Regresaré tan pronto como pueda. Baccus, quedas al mando.

Y, tras estas palabras, se volvió para irse.

—Voy contigo —manifestó con cierta truculencia Jan Roper siguiéndolo—. Estamos en puerto, así que tenemos preferencia y, además, necesito algunas armas.

Blackthorne se volvió hacia él y una docena de sables abandonaron sus vainas, dispuestos a matar a Roper.

—Una palabra más y eres hombre muerto.

El alto y delgado marino se detuvo y enrojeció violentamente. Blackthorne añadió:

—Frena tu lengua acerca de estos samurais, porque cualquiera de ellos te decapitaría de un solo tajo antes de que yo pudiera detenerlo, y todo por culpa de

tus malos modales. Son gente muy quisquillosa y yo también cuando estoy cerca de ti. Tendrás armas cuando las necesites. ¿Entendido?

Jan Roper asintió con un movimiento de cabeza y retrocedió. Blackthorne se dirigió a los samurais.

—Regresaré pronto.

Descendió por la pasarela y luego embarcó en el esquife. Los samurais todavía adoptaban una actitud amenazadora. Uraga y otro samurai siguieron a Blackthorne. Chisato, el capitán, se acercó a Jan Roper, quien inmediatamente se inclinó y se retiró.

Cuando Blackthorne y sus acompañantes estuvieron alejados del buque, el primero dio las gracias a Uraga por haber descubierto al traidor.

—Por favor, nada de gracias. Fue solamente un deber.

Blackthorne dijo en japonés, para que el otro hombre pudiera entenderlo:

—Sí, tu deber, pero tu kokú cambia ahora mismo. Ahora no serán veinte, sino cien al año.

—¡Oh, señor, gracias! No lo merezco. Sólo cumplí con mi obligación y…

—Habla más despacio. No te entiendo.

Uraga se disculpó y lo dijo con más lentitud.

Blackthorne le alabó de nuevo y luego se acomodó en la popa de la embarcación, casi vencido por el cansancio físico. Logró mantener los ojos abiertos y miró hacia el buque. Van Nekk y los demás hombres se apoyaban sobre la borda. Blackthorne lamentó haberles hecho embarcar, aunque sabía que no tenía otro remedio. Sin ellos el viaje no hubiese sido seguro.

Durmió. Cuando el esquife estuvo cerca del muelle despertó. Al principio no pudo recordar dónde se encontraba. Había estado soñando que estaba en el castillo y entre los brazos de Mariko, exactamente igual que en la pasada noche.

Tras hacerse el amor, en la noche pasada, habían permanecido ambos despiertos cuando Yabú y su samurai había llamado en la puerta. La tarde y parte de la noche habían transcurrido tan maravillosamente bien, que Fujiko había invitado discretamente a Kikú y él jamás la había visto tan bella y exuberante. Cuando las campanas terminaron de dar la Hora del Jabalí, Mariko llegó puntualmente. Hubo entonces alegría y saké, pero muy pronto Mariko hizo que el hechizo de la noche se quebrara.

—Lo siento, pero corres un gran peligro, Anjín-san —explicó.

Y cuando acto seguido relató lo que Gyoko había dicho acerca de desconfiar de Uraga, tanto Kikú como Fujiko se mostraron igualmente nerviosas.

—Por favor, no te preocupes. Lo vigilaré, todo saldrá bien —les había asegurado él.

—Probablemente debas vigilar también a Yabú-sama, Anjín-san —dijo Mariko.

—¿Cómo?

—Esta tarde vi cómo se reflejaba el odio en su rostro, y en el tuyo.

—No tiene importancia. *Shigata ga nai*, ¿no?

—No, lo siento. Fue un error. ¿Por qué detuviste a tus hombres cuando al principio rodearon a Yabú-sama? Seguramente ésa también fue una equivocación. Lo hubiesen matado rápidamente y tu enemigo habría muerto sin ningún riesgo para ti.

—Eso no hubiera estado bien, Mariko-san. Tantos hombres contra uno. No es honesto.

—Mariko había explicado a Fujiko y a Kikú lo que Blackthorne acababa de decir.

—Por favor, Anjín-san, pero todos creemos que ésa es una forma muy peligrosa de pensar y te rogamos que la dejes a un lado. Es una equivocación ingenua. Por favor, perdóname por ser tan sincera. Yabú-san te destruirá.

—No. Todavía no. Aún soy demasiado importante para él. Y para Omi-san.

—Kikú dice: «Por favor di a Anjín-san que tenga cuidado con Yabú-san, y con ese Uraga. El Anjín-san puede hallar difícil juzgar lo que aquí tiene "importancia"».

—Sí, estoy de acuerdo con Kikú-san —había dicho Fujiko.

Más tarde, había partido para entretener a Toranaga. Entonces Mariko quebró de nuevo la paz que reinaba en la estancia.

—Esta noche debo decir *sayonara*, Anjín-san. Parto al amanecer.

—No, ahora no hay necesidad de hacer eso. Ahora que ya tengo permiso para zarpar te llevaré a Osaka. Conseguiré una galera o un buque costero. En Nagasa…

—No, Anjín-san, lo siento, pero debo obedecer.

Ninguna clase de persuasión pudo hacerla cambiar de idea.

Blackthorne vio cómo Fujiko lo contemplaba en silencio, dándose cuenta de que recibía un terrible disgusto ante la marcha de Mariko. Luego Blackthorne había clavado sus ojos en Fujiko y ella les rogó que la excusaran un momento. Cerró el shoji tras ella, se quedaron solos, y sabiendo que Fujiko no regresaría, se sintieron seguros por cierto tiempo. Se hicieron el amor de forma vehemente y

precipitada. Luego se oyeron pasos y voces en el exterior, y apenas tuvieron tiempo de arreglarse cuando Fujiko se unió a ellos y Yabú entró en la estancia. Traía las órdenes de Toranaga para una inmediata partida secreta.

—… Yokohama, y luego Osaka para una breve parada, Anjín-san, y de nuevo Nagasaki, vuelta a Osaka y de nuevo aquí, a casa. He enviado a buscar tu tripulación para que se presenten todos los hombres a bordo.

La emoción había hecho presa en Blackthorne ante aquella victoria que parecía llover del cielo.

—Sí, Yabú-san, pero Mariko-san también irá a Osaka, ¿no? Será mejor que venga con nosotros. Será más rápido y seguro.

—No es posible, lo siento. Debes darte prisa. ¡Vamonos! La marea, ¿entiendes la palabra «marea», Anjín-san?

—*Hai*, Yabú-san, pero Mariko-san va a Osaka…

—Lo lamento mucho. Ha recibido órdenes igual que nosotros. ¡Mariko-san! ¡Explícaselo! ¡Dile que se apresure!

Yabú se había mostrado inflexible, y en aquellas horas de la noche no era posible visitar a Toranaga para que retirara la orden. No había podido, pues, hablar más en la intimidad con Mariko o con Fujiko, a no ser despedirse de ellas cortésmente. Pero se encontrarían pronto en Osaka.

—Muy pronto, Anjín-san —había asegurado Mariko.

—Dios del cielo, no me hagas perderla —había musitado para sí Blackthorne.

Sin embargo, Yabú-san le había oído.

—¿Perderla? —interrogó.

—Nosotros tratamos a los buques —respondió Blackthorne— con el pronombre femenino «ella». Para nosotros, los buques son femeninos y no masculinos.

—*Hai*.

Blackthorne aún podía ver las diminutas figuras de su tripulación. Se enfrentaba una vez más con el insoluble dilema. Y los nuevos hombres no tratarían amablemente a los samurais, y en su mayoría serían también católicos. ¿Cómo dominarlos a todos? Mariko tenía razón. Cerca de los católicos, él era hombre muerto.

—Incluso yo, Anjín-san —le había dicho la noche anterior.

—No, Mariko-san, tú no.

—Esta tarde dijiste que éramos tus principales enemigos.

—Dije que la mayoría de los católicos lo eran.

—Te matarán, si pueden.

—Sí. Pero tú… ¿nos encontraremos de verdad en Osaka?

—Sí. Yo te amo, Anjín-san, y recuerda, cuidado con Yabú-san.

«Tenía razón acerca de Yabú-san —pensó Blackthorne—. Todo cuanto dice, todo cuanto promete… cometí un terrible error al detener a mi tripulación cuando estaba rodeado y atrapado. Ese bastardo me cortará el cuello tan pronto como yo haya dejado de ser útil por mucho que él simule otra cosa. Y, sin embargo, Yabú también tiene razón. Lo necesito. Nunca llegaré a Nagasaki. Él posiblemente podría prestar su ayuda para persuadir a Toranaga. Contando con él para ponerse al frente de dos mil fanáticos más, podríamos ocupar Nagasaki, e incluso Macao…

»¡Virgen del cielo! Yo, solo, me siento desamparado.»

Entonces recordó lo que Gyoko había contado a Mariko sobre Uraga, sobre la importancia de desconfiar de él. Gyoko estaba equivocada acerca de él. ¿En qué más podría equivocarse la muchacha?

QUINTA PARTE

CAPÍTULO LII

Una vez más en el atestado fondeadero de Osaka, tras el largo viaje en galera, Blackthorne volvió a experimentar el mismo peso aplastante de la ciudad, igual que cuando la viese por primera vez. El tifón había dejado muchos claros, y algunas zonas se encontraban aún ennegrecidas por el fuego, pero su inmensidad había quedado casi intacta y seguía aún dominada por el castillo. Incluso desde aquella distancia, más de una legua, pudo divisar la colosal circunferencia de la primera gran muralla.

—¡Dios mío! —exclamó nervioso Vinck, que estaba a su lado en la proa—. ¡Parece imposible que sea tan grande! Amsterdam parecería una cagada de mosca a su lado.

—Sí. La tormenta ha dañado la ciudad, pero no demasiado. No hay nada que pueda alcanzar al castillo.

—¡Cuánto me gustaría estar en casa! —añadió Vinck—. Hace ya un año que abandonamos el hogar.

Blackthorne se había traído con él a Vinck desde Yokohama y había enviado a los demás, de vuelta, a Yedo, dejando el *Erasmus* a salvo en el puerto, bajo el mando de Naga. Aquella noche habían sostenido una violenta discusión acerca del oro en lingotes que había en el barco. El dinero era de la Compañía, y no suyo. Van Nekk era el tesorero de la expedición y jefe mercantil y, junto con el capitán general, tenía jurisdicción legal sobre todo aquello. Después de haberlo contado y recontado, y encontrándolo correcto, excepto unas mil monedas, Van

Nekk, apoyado por Jan Roper, había discutido sobre la cantidad que podía llevarse consigo para conseguir nuevos hombres.

—¡Quieres demasiado, piloto! ¡Tienes que ofrecer mucho menos!

—Se ha cogido lo que tenemos que pagar. Necesito marineros y artilleros. —Había golpeado con el puño la mesa de la gran cabina—. ¿Cómo vamos a poder regresar a casa?

Al final, los había persuadido para que le dejasen coger lo suficiente, pero le causó disgusto que le hicieran perder los nervios con aquellas nimiedades. Al día siguiente había zarpado con ellos de regreso a Yedo, la décima parte del tesoro serviría para hacer aquellos pagos, y el resto quedaría guardado en el navío.

—¿Quién nos asegura que estará a salvo aquí? —preguntó Jan Roper.

—¡Pues quédate y guárdalo tú!

Pero ninguno había querido permanecer a bordo. Se había acordado que Vinck lo acompañase.

—¿Y por qué él, piloto? —inquirió Van Nekk.

—Porque es un marino y necesitaré ayuda.

Una vez en el mar, Blackthorne comenzó a enseñar a Vinck la forma de ser japonesa. Vinck fue estoico al respecto, confiando en Blackthorne. Había navegado demasiados años con él, pero no conocía semejantes costumbres.

—Por ti, piloto, me bañaré y lavaré cada día, pero que Dios me maldiga antes de ponerme un camisón…

Al cabo de diez días, Vinck se había acostumbrado bastante a las prácticas higiénicas.

—No tendremos que ir al castillo, ¿verdad, piloto?

—No.

—Prefiero mantenerme lejos de allí.

Aquel día fue espléndido, el sol brillaba sobre un mar en calma. Los remeros aún seguían con fuerzas y se mostraban disciplinados.

—Vinck, allí se produjo la emboscada…

—¡Por favor, vigila los bajíos!

Blackthorne le había contado a Vinck lo referente a las peripecias de su huida, los fuegos de señales de las almenas, los montones de cadáveres por el suelo, la fragata enemiga que se le echó encima.

Yabú se acercó a ellos.

—Anjín-san, eso es bueno, *¿neh?* —señaló hacia el lugar devastado.

—No, es malo, Yabú-san.

—Son enemigos, *¿neh?*

—Las personas nunca son enemigos. Sólo Ishido y los samurais son enemigos, *¿neh?*

—El castillo es enemigo. Aquí todos son enemigos.

Blackthorne observó a Yabú mientras se dirigía hacia la proa y el viento le entreabría el quimono sobre su poderoso pecho.

—¡Me gustaría matar a ese bastardo, piloto! —exclamó Vinck.

—Sí. No te preocupes, que yo tampoco he olvidado lo del viejo Pieterzoon.

—¿Qué plan tenemos?

—Pues atracar y esperar. Tendrá que estar fuera un día o dos, y necesitamos de toda la serenidad del mundo. Toranaga ha dicho que enviará mensajes para que lleguen sanos y salvos cuantos necesitéis. Pero aun así, permaneceremos a bordo.

Yabú se acercó a Blackthorne.

—Anjín-san, ¿no sería mejor que fuésemos con la galera a Nagasaki? Así no tendríamos que esperar.

—Muy bien —accedió Blackthorne, aunque sin tragar el anzuelo.

—Me gustas, Anjín-san —se rió Yabú—. Pero si te quedases solo, no tardarías en morir. Nagasaki es muy malo para ti.

—Osaka es malo… todo es malo…

—*Karma* —rió Yabú de nuevo. Blackthorne hizo ver que le seguía la corriente.

Blackthorne había aprendido muchas cosas acerca de Yabú. Cada día lo odiaba más, desconfiaba más de él, pero también le respetaba más, pues sabía que su *karma* iba unido al de él.

—Yabú-san tiene razón, Anjín-san —dijo Uraga—. Él puede protegerte en Nagasaki, pero yo no.

—¿A causa de tu tío, señor Harima?

—Sí. A lo mejor ya he sido declarado fuera de la ley, *¿neh?* Mi tío es cristiano, y creo que un cristiano con arroz…

—¿Cómo es eso?

—Nagasaki es su feudo. Nagasaki posee un gran puerto en la costa de Kyushu, pero no es el mejor de todos. Se hizo cristiano y ordenó que todos sus vasallos se convirtiesen al cristianismo. También me lo ordenó a mí en una escuela de los jesuitas. Luego me envió como uno de sus mensajeros al Papa.

Otorgó tierras a los jesuitas, a los que…, ¿cómo diría yo…?, adula. Pero su corazón sigue siendo japonés.

—¿Saben los jesuitas cómo piensas?

—Por supuesto.

—Será mejor que te quedes aquí en Osaka, Uraga-san.

—Perdóname, señor. Pero soy tu vasallo, y si vas a Nagasaki, yo también iré.

Blackthorne sabía que Uraga se había convertido en una ayuda muy valiosa. El hombre había revelado muchos secretos de los jesuitas. Y también estaba informado acerca de Harima y de Kiyama, de cómo pensaban los daimíos cristianos y de por qué, probablemente, tomarían partido por Ishido. «Esto no tendría precio en Londres», pensó. Pero aún le quedaba mucho por saber. Por ejemplo, el comercio de seda entre China y Japón ascendía a diez millones, en oro, al año. Los jesuitas tenían incluso a uno de sus sacerdotes en la corte del emperador de China, en Pekín, sacerdote al que honraban con un rango cortesano, era confidente de los gobernantes y hablaba perfectamente en chino. «¡Si pudiese enviar una carta o un mensajero!», se dijo.

A cambio de aquellas noticias, Blackthorne empezó a enseñarle a Uraga cosas de navegación, le habló del gran cisma religioso y del Parlamento. También le enseñó a manejar las armas, igual que a Yabú. Eran unos discípulos muy buenos. La única preocupación de Uraga era que no tenía aún la coleta de samurai. Pero pronto le crecería.

Oyóse un grito de aviso.

—¡Anjín-san! —El capitán japonés señaló hacia un elegante cúter, con veinte hombres a los remos, que se acercaba a ellos por estribor. En lo alto del mástil se veía el monograma de Ishido, y a los lados, el del Consejo de Regentes.

—¿Quién es? —preguntó Blackthorne, al ver que la tensión se apoderaba de los hombres.

—Lo siento, no puedo verlo —respondió.

—¿Yabú-san?

Éste se encogió de hombros:

—Un funcionario.

Al acercarse más el cúter, Blackthorne distinguió a un anciano, bajo el pabellón de popa, con indumentaria de ceremonial. No llevaba espadas y lo rodeaban los Grises de Ishido.

El jefe de tambores cesó de percutir mientras el cúter se acercaba al costado de la nave. Los hombres ayudaron a subir a bordo al funcionario, tras el cual

subió un piloto japonés, y luego, numerosos arqueros se hicieron cargo de la galera.

Yabú y el anciano, con toda solemnidad, se sentaron en unos cojines, cuya desigualdad pretendía determinar el rango. El más importante, a popa, fue ocupado por el funcionario. Los samurais, Yabú y los Grises, sentados de cuclillas o arrodillados en la cubierta principal, los rodeaban en unos lugares más inferiores.

—El Consejo os da la bienvenida, Kasigi Yabú, en nombre de Su Alteza Imperial —dijo aquel hombre, pequeño y regordete. Era un consejero de los Regentes, que tenía también un rango en la Corte Imperial. Se llamaba Ogaki Takamoto, era Príncipe de Séptimo rango y actuaba como intermediario entre la Corte de Su Alteza Imperial (el Hijo del Cielo) y los regentes.

—Gracias, príncipe Ogaki. Es un privilegio para mí el estar aquí gracias a la ayuda del señor Toranaga —dijo Yabú, impresionado por el honor que se le hacía.

—Sí, estoy seguro de ello. Claro que también estáis aquí gracias a nosotros, *¿neh?* —comentó, secamente, Ogaki.

—Sí —replicó Yabú—. ¿Cuándo llega el señor Toranaga? Lamento que el tifón me haya retrasado cinco días. No tengo noticias de él desde que lo dejé.

—Claro, el tifón… El Consejo se congratula de saber que el tifón no os ha alcanzado —pareció escupir Ogaki—. En cuanto a vuestro dueño, siento deciros que aún no ha llegado a Odawara. Ha habido unos prolongados retrasos y ciertas enfermedades. Es lamentable, *¿neh?*

—Oh, sí, claro. ¿Supongo que no se tratará de nada serio? —preguntó Yabú con rapidez, muy contento de participar en el secreto de Toranaga.

—No, afortunadamente no ha sido nada grave. —De nuevo su voz pareció una tos seca—. El señor Ishido cree que vuestro amo llegará mañana a Odawara.

Yabú se mostró sorprendido.

—Cuando lo dejé, hace veintiún días, todo estaba dispuesto para su inmediata partida, luego, el señor Hiro-matsu se puso enfermo. Ya sé que el señor Toranaga estaba ansioso por emprender el viaje, como yo también lo estoy respecto de los preparativos para su llegada.

—Todo está dispuesto —respondió el hombrecillo.

—Supongo que el Consejo no pondrá objeciones a que inspeccione los arreglos efectuados, *¿neh?* —Yabú se mostró pensativo—. Es esencial que la ceremonia esté a la altura del Consejo y de la ocasión, *¿neh?*

—Algo digno de Su Majestad Imperial, el Hijo del Cielo. Se trata de su requerimiento…

—Sí, pero… —a Yabú se le quitaron las ganas de hacer bien las cosas—. Queréis decir…, ¿queréis decir que Su Alteza Imperial estará aquí?

—El muy Alto se ha mostrado de acuerdo con la humilde petición de los regentes de aceptar *personalmente* la obediencia del nuevo Consejo, de todos los principales daimíos, incluyendo al señor Toranaga, su familia y sus vasallos. Se ha pedido a los consejeros principales de Su Alteza Imperial que elijan un día propicio, un día de ritual. Será el vigésimo segundo día de este mes, en este quinto año de la Era Keicho.

Yabú se quedó estupefacto.

—¿Dentro de *diecinueve* días?

—Al mediodía. Los augurios son perfectos. El señor Toranaga ha sido informado hace catorce días por los mensajeros imperiales. Su inmediata y humilde aceptación ha llegado a los regentes hace tres días. Aquí está vuestra invitación, señor Kasigi Yabú, para la ceremonia.

Yabú se quedó amedrentado en cuanto vio el sello imperial de dieciséis pétalos de crisantemo. Sabía que nadie, ni siquiera Toranaga, podía rechazar una citación así. Una negativa constituiría un impensable insulto a la Divinidad, una rebelión abierta, y, como *todas* las tierras pertenecían al emperador reinante, habría acto seguido una expropiación de las tierras, a lo que seguiría una invitación imperial a efectuar al instante un *seppuku*, que comunicaría por mediación de los regentes, también con el Gran Sello.

Yabú trató frenéticamente de recobrar su compostura.

—Lo siento, ¿no os encontráis bien? —preguntó solícito Ogaki.

—Lo siento —murmuró Yabú—, pero ni en mis sueños más increíbles… Nadie podía imaginar que el Exaltado nos haría… ese honor, *¿neh?*

—Estoy de acuerdo. Es algo extraordinario…

—Asombroso… Que Su Alteza Imperial abandone Kioto y venga a Osaka…

—Así es. En el vigésimo segundo día, el Exaltado y las Insignias imperiales estarán aquí.

Las insignias imperiales, a falta de las cuales ninguna sucesión era válida, eran los Tres Sagrados Tesoros, considerados divinos, y que todos creían que habían sido traídos a la Tierra por el dios Minigi-noh-Mikoto, y que habían sido entregados personalmente por él a su nieto, Jimmu Tenno, el primer emperador humano y, personalmente por él, a su sucesor hasta el presente poseedor, el

emperador Go-Nijo: la Espada, la Joya y el Espejo. La Espada sagrada y la Joya siempre habían viajado con el emperador cuando había permanecido alguna noche fuera del palacio, el Espejo estaba guardado en el santuario interior en el gran recinto sintoísta de Ise. La Espada, el Espejo y la Joya pertenecían al Hijo del Cielo. Eran los símbolos divinos de su autoridad legítima, de su divinidad. Cuando se desplazaba, el divino trono se desplazaba con él.

Yabú gimoteó:

—Es casi imposible creer que tales preparativos para su llegada puedan hacerse a tiempo.

—El señor general Ishido, por medio de los regentes, pidió al Exaltado, desde que se enteró por el señor Zataki en Yokosé, que el señor Toranaga estaba de acuerdo, e igualmente asombrado, que viniese a Osaka. El gran honor que vuestro dueño ha hecho a los regentes, los ha urgido a la petición al Hijo del Cielo de que concediese la gracia de honrar la ocasión con su presencia. —De nuevo se oyó una tos seca—. Por favor, ¿puedo tal vez pediros una aceptación formal, por escrito, tan pronto como sea conveniente?

—¿Puedo hacerla al instante? —solicitó Yabú, sintiéndose muy débil.

—Estoy seguro de que los Regentes lo apreciarán.

El debilitado Yabú ordenó que le trajeran útiles de escribir. La palabra diecinueve no hacía más que resonar en su cerebro. ¡Diecinueve días! Toranaga sólo podía aplazarlo durante diecinueve días y luego también debería estar aquí. «Es tiempo suficiente para obtener Nagasaki y regresar a salvo a Osaka, pero no será tiempo bastante para llevar a cabo el ataque transportado por mar contra el Buque Negro y tomarlo. Tampoco habrá tiempo suficiente para presionar a Harima, a Kiyama o a Onoshi, o a los sacerdotes cristianos, ni tampoco para lanzar el Cielo Carmesí. Y en ese caso todo el plan de Toranaga no será más que otra ilusión… La respuesta al dilema que se me plantea está clara: o creo firmemente en Toranaga y ayudo al Anjín-san, como estaba planeado, a obtener los hombres necesarios para tomar el Buque Negro de la forma más rápida posible, o bien voy a ver a Ishido y le cuento todo cuanto sé y trato de salvar mi vida y la de Izú. ¿Qué hacer?»

Al poco trajeron papel, pincel y tinta. Yabú dejó a un lado su angustia por un momento para concentrarse en escribir lo más perfecta y bellamente que pudo. Era impensable replicar a la presencia con una mente confusa. En cuanto hubo acabado su aceptación, tomó una decisión crítica: seguiría al pie de la letra el

consejo de Yuriko. Al punto sintió que le quitaban un peso de su wa y se sintió limpio. Estampó su firma artísticamente.

¿Cómo ser el mejor vasallo de Toranaga? Nada más sencillo: era preciso eliminar de este mundo a Ishido.

Oyó que Ogaki decía:

—Mañana estáis invitado a la recepción formal dada por el señor general Ishido con motivo del cumpleaños de la dama Ochiba.

Aún fatigada por el viaje, Mariko abrazó primero a Kiri, luego estrechó entre sus brazos a la dama Sazuko, admiró el bebé y abrazó de nuevo a Kiri. Las doncellas trajeron solícitas el cha, y el saké, colocando asimismo cojines y hierbas de olor, abriendo y cerrando los shojis, vigilando el jardín interior en su sección del castillo de Osaka, moviendo abanicos, parloteando e incluso llorando.

Por fin, Kiri dio una palmada, despidió a las sirvientas y buscó su cojín especial. Estaba muy acalorada. Mariko y la señora Sazuko la abanicaron y la atendieron y sólo después de haberse bebido sus buenas tres tazas de saké fue capaz de recuperar de nuevo el aliento.

—Estoy mejor —dijo—. Mariko-san, ¿así que es verdad que estás aquí?

—Sí, sí, es cierto, Kiri-san.

Sazuko, que parecía tener menos de diecisiete años, añadió:

—Estábamos preocupadas ante tantos rumores…

No eran nada más que rumores, Mariko-chan —le interrumpió Kiri—. Hay muchas cosas que deseo saber.

—Pobre Kiri-san, toma un poco más de *saké* —dijo con solicitud Sazuko—. Tal vez has perdido el *obi* y…

—Ya estoy perfectamente —Kiri se golpeó con las manos su voluminoso estómago—. ¡Oh, Mariko-san!, qué agradable resulta ver de nuevo un rostro amistoso de fuera del castillo de Osaka.

—Sí —dijo Sazuko, aproximándose más a Mariko—. Cuando salimos por nuestra puerta, los Grises nos rodearon como si fuésemos abejas reinas. No nos dejaban abandonar el castillo más que con el permiso del Consejo. Y como el Consejo casi nunca se reúne, no conceden permisos. El doctor sigue diciendo que no estoy para viajes, pero me encuentro bien, igual que el niño y… Pero háblanos primero de ti…

Kiri la interrumpió.

—Háblanos primero de cómo se encuentra tu amo.

La muchacha se rió.

—Iba a preguntar eso, Kiri-san.

Kiri trató de adoptar una posición más cómoda.

—El *karma* es el *karma, ¿neh?*

—¿Así que no ha habido cambios, no hay esperanzas? —preguntó la muchacha.

Kiri le dio unos golpecitos en la mano.

—Hay que creer que el *karma* es el *karma*, muchacha. Y que el señor Toranaga es el hombre más grande y más sabio. Esto es suficiente, lo demás sólo es ilusión. ¿Tienes algún mensaje para nosotros, Mariko-chan?

—¡Oh!, lo siento. Sí, aquí están. Hay dos para ti, Kiri-chan: uno de vuestro amo y otro del señor Hiro-matsu. Éste es para ti, Sazuko, de tu señor, pero me ha pedido que te diga que desea ver a su nuevo hijo. Me hizo recordar que te lo dijera tres veces… —y lo repitió.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de la muchacha. Se excusó y salió de la estancia.

—Pobre chiquilla. Es muy duro para ella estar aquí. —Kiri no rompió los sellos de sus rollos de escritura—. ¿Ya sabes que Su Majestad Imperial estará presente?

—Sí. —Mariko también se había puesto grave—. Me llegó hace una semana un mensaje del señor Toranaga. El mensaje no daba más detalles y mencionaba el día de su llegada. ¿Has tenido noticias de él?

—Directamente no, sólo de una forma privada, y hace ya un mes. ¿Dónde está la verdad?

—Es algo confidencial.

—Diecinueve días es mucho tiempo, ¿no es verdad, Kiri-chan?

—Bastan para ir a Yedo y regresar de nuevo, si uno se apresura, es el tiempo suficiente para vivir una vida entera, si se desea, tiempo bastante para librar una batalla o para perder un Imperio… Perdóname, tendrás que cambiarte y bañarte. Ya tendremos mucho tiempo después para hablar.

—No te preocupes, no estoy cansada.

—Pero debes hacerlo. ¿Te quedarás en esta casa?

—Sí. Es donde me permite ir el pase del señor general Ishido. Su bienvenida fue muy cordial.

—Dudo que sea bien venido ni siquiera en el infierno.

—¿Y qué otras cosas hay por aquí?

—No muchas más que antes. Sé que ordenó la muerte y torturas del señor Sugiyama, pero no tengo pruebas. La semana pasada una de las consortes del señor Oda intentó escapar con sus hijos, disfrazada de mujer de la limpieza. Los centinelas dispararon contra ellos por error.

—¡Qué horrible!

—Claro que dieron muchas «excusas». Ishido alega que lo más importante es la seguridad. Hubo un atentado frustrado contra su persona…

—¿Por qué no pueden las damas irse libremente?

—El Consejo ha ordenado que las esposas y sus familias aguarden a sus esposos, que *deben* regresar para la ceremonia. El general es responsable de su seguridad…

—Lo mismo pasa en el exterior, Kiri-san. Hay muchas más barreras que antes en Tokaido. Y cincuenta *ri* custodian a Ishido. Hay patrullas por todas partes.

—Todos lo temen, excepto nosotros y nuestros escasos samurais.

—¿Está bien la dama Sazuko y los niños, Kiri-san?

—Sí, podrás verlo por ti misma.

Mariko advirtió que Kiri tenía más cabellos grises que antes.

—Nada ha cambiado desde que escribí al señor Toranaga, a Anjiro. Somos unos rehenes y seguiremos siéndolo hasta que llegue el día. Luego esto se solucionará.

—Ahora que Su Alteza Imperial está a punto de llegar todo acabará, *¿neh?*

—Sí. Así parece. Ahora vete y descansa, Mariko-san, pero ven a cenar con nosotras esta noche. Entonces podremos hablar, *¿neh?* Tu famoso bárbaro hatamoto, he oído decir que fue herido por salvar a nuestro amo, ha fondeado esta mañana en el puerto, y viene con Kasigi Yabú-san.

—¡Oh! Estaba muy preocupada por ellos. Zarparon por mar un día antes que yo. También nosotros fuimos en parte atrapados por el tifón cerca de Nagoya, pero no nos fue muy mal la cosa. Temo mucho al mar.

—Aquí lo único malo que nos ha sucedido han sido los incendios. Se quemaron miles de hogares, pero apenas murieron dos mil personas. Hoy nos hemos enterado de que la fuerza principal de la tormenta alcanzó a Kyushu, en la costa este y a parte de Shikoku. Han muerto decenas de millares de personas. Aún no se ha podido calibrar la extensión total de los daños…

—¿Y las cosechas? —preguntó en seguida Mariko.

—Casi toda ha quedado destruida: campos y más campos. Los granjeros confían en recuperar una parte, ¿pero quién puede saberlo? Si no se producen daños en el Kwanto durante la temporada, su arroz puede abastecer a todo el Imperio durante este año y el siguiente.

—Las cosas irían mejor si el señor Toranaga pudiese dominar las cosechas lo mismo que Ishido, *¿neh?*

—Sí. Pero, lo siento, diecinueve días no es tiempo bastante para obtener una cosecha, ni con todas las oraciones del mundo.

Kiri añadió:

—Si su barco partió el día antes, debes de haberte apresurado mucho.

—No se debe desperdiciar el tiempo, Kiri-san. No me gusta mucho viajar.

—¿Y Buntaro-san? ¿Se encuentra bien?

—Sí. Está a cargo de Mishima y de toda la frontera, por el momento. Le he visto brevemente al venir aquí. ¿Sabes dónde se aloja Kasigi Yabú-sama? Tengo un mensaje para él.

—En una de nuestras casas de huéspedes. Lo encontraré y mandaré tu mensaje al instante.

Kiri aceptó más vino.

—Gracias, Mariko-chan. He oído decir que Anjín-san está todavía en la galera.

—Es un hombre muy interesante, Kiri-san. Se ha hecho muy útil a nuestro amo.

—He oído todo eso. Deseo escuchar todo lo que se refiera a él, al terremoto y a todas tus noticias. Además, mañana por la noche el señor Ishido dará una fiesta por ser el cumpleaños de dama Ochiba. Como es natural, se te invita. También me he enterado de que se invitará a Anjín-san. Dama Ochiba desea ver qué aspecto tiene. Acuérdate de que se reúna con el Heredero. ¿También será la primera vez que lo veas?

—Sí, pobre hombre. ¿Lo mostrarán como si fuese una ballena capturada?

—Sí —añadió Kiri con placidez—. Junto con todos nosotros, Mariko-chan, nos guste o no.

Uraga corría furtivamente por la avenida hacia la playa. La noche era oscura, aunque brillaba el firmamento y el aire era agradable. Se había puesto la túnica

anaranjada de un sacerdote budista, con el inevitable sombrero de paja y unas sandalias baratas. Tras él se encontraban los almacenes y la mole casi europea del edificio de la Misión de los jesuitas. Dobló una esquina y apresuró el paso. Por allí había muy pocas personas. Una compañía de Grises con antorchas patrullaba por la playa. Acortó el paso y saludó cortésmente al pasar ante ellos, aunque con la arrogancia propia de un sacerdote. Los samurais apenas repararon en él.

Recorrió con paso firme la zona de playa entre la pleamar y la bajamar y pasó ante las embarcaciones pesqueras. Era el momento de la marea baja. Esparcidos por la bahía y entre los bancos de arena se encontraban los pescadores nocturnos, cual si fuesen luciérnagas, cazando con arpones y a la luz de las antorchas. Amarrado a uno de los muelles había una barca de los jesuitas, con las banderas de Portugal y de la Compañía de Jesús desplegadas, había antorchas y más Grises cerca de la plancha. Cambió de dirección para rodear la embarcación, y se dirigió hacia la ciudad, que estaba a pocas manzanas de distancia. Atravesó la Calle Diecinueve, cortó por diversas avenidas y se encontró de nuevo con una calle que iba a dar a los muelles.

—¡Alto!

La orden le llegó desde la oscuridad. Uraga se detuvo víctima de un repentino pánico. Los Grises se lanzaron hacia él y lo rodearon.

—¿A dónde vas, sacerdote?

—Al este de la ciudad —respondió Uraga altivo, aunque tenía la boca seca —. A nuestro santuario de Nichiren.

Uno de los samurais dijo con aspereza:

—Eres de Nichiren, *¿neh?*

—No soy uno de ellos. Soy un budista Zen, al igual que señor general.

—Zen, sí, claro, el Zen es lo mejor —respondió otro—. Me gustaría entender eso. Es demasiado complicado para mi vieja cabeza.

—Estás sudando demasiado para ser un sacerdote, ¿no es cierto? ¿Por qué sudas?

—¿Crees que los sacerdotes no sudan?

Algunos rieron y otros acercaron una antorcha.

—¿Por qué tienen que sudar? —añadió el hombre rudo—. Se pasan todo el día durmiendo y salen por la noche. Y de continuo se atiborran con alimentos por los que no han trabajado. Los sacerdotes son parásitos, como las pulgas.

—Dejémosle, sólo es…

—Quítate el sombrero, sacerdote.

Uraga se quedó rígido.

—¿Por qué? ¿Por qué os mofáis de un hombre que sirve a Buda?

El samurai se adelantó, insistiendo:

—¡He dicho que te quites el sombrero!

Uraga obedeció. Su cabeza estaba ahora afeitada como la de un sacerdote.

Tras esta comprobación, Uraga se volvió a encasquetar el sombrero.

—Sería mejor que patrullarais en lugar de dedicaros a insultar a inocentes sacerdotes.

Tras decir esto se alejó, aunque le temblaban las rodillas. De todos modos estaba muy orgulloso de sí mismo. Cerca de la galera se volvió de nuevo cauteloso y aguardó un momento al abrigo de un edificio. Luego se encaminó hacia la zona iluminada por las antorchas.

—Buenas noches —les dijo con cortesía a los Grises. Luego añadió una bendición religiosa—: *Namu Amida Butsu*. (En el nombre del Buda Amida.)

—Gracias. *Namu Amida Butsu*.

Los Grises le dejaron franco el paso. Sus órdenes eran que todos los bárbaros y los samurais permanecieran en tierra, excepto Yabú y su guardia de honor. Nadie les había dicho nada respecto a los sacerdotes budistas que quisiesen subir al barco.

Muy cansado, Uraga alcanzó la cubierta principal.

—Uraga-san —le llamó en voz baja Blackthorne desde el alcázar—. Ven aquí.

Uraga trató de acomodar sus ojos a la oscuridad. Vio a Blackthorne y aspiró su peculiar aroma, adivinó que la segunda sombra debía de ser aquel otro bárbaro de nombre impronunciable que también hablaba portugués.

—Ah, Anjín-san —musitó y se dirigió hacia él, mientras rodeaba a los diez guardias esparcidos por la cubierta.

Esperó al pie de la pasarela hasta que se le acercó Blackthorne procedente del alcázar.

—Espera —le avisó Blackthorne en voz baja, mientras le señalaba—. Mira hacia la playa. Hacia allá, cerca del almacén. ¿Lo ves? No, un poco más al Norte. ¿Lo ves ahora?

Una sombra se movió de prisa y luego volvió a sumergirse en la oscuridad.

—¿Qué es?

—Te he estado mirando mientras te aproximabas por la carretera. Te han

seguido. ¿No has podido verlo?

—No, señor —replicó Uraga, mientras le asaltaban los pensamientos—. No he visto a nadie.

—No lleva espada, por lo cual no es samurai. ¿Será jesuita?

—No lo sé. No lo he pensado. Tendré más cuidado en lo sucesivo. Perdóname por no haberle visto.

—Piensa en ello. —Blackthorne miró a Vinck—. Vete abajo, Johann. Yo me quedaré vigilando y te despertaré al amanecer. Gracias por esperar. Y respecto a ti —añadió Blackthorne—, ¿qué ha sucedido? Estaba muy preocupado.

—El mensajero de Yabú-sama ha sido muy lento, Anjín-san. Aquí está mi informe.

—Exactamente, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?

—¿Exactamente, señor? Elegí un lugar tranquilo cerca de la plaza del mercado, desde donde se divisase el Primer Puente, y empecé a meditar, según la costumbre de los jesuitas, Anjín-san, pero no acerca de Dios, sino sólo acerca de ti, de Yabú-sama y de tu futuro. —Uraga sonrió—. Muchos de los que pasaban echaron monedas a mi escudilla de pedir limosnas. Dejé que el cuerpo descansase y que sólo trabajase la mente, al mismo tiempo que contemplaba el Primer Puente. El mensajero de Yabú-sama llegó después de oscurecer e hizo ver que oraba conmigo hasta que estuvimos completamente solos. El mensajero me susurró: «Yabú-sama dice que quiere estar en el castillo esta noche y que desea volver mañana por la mañana. Mañana por la noche se celebrará en el castillo un acto oficial al que se os invita, de parte del señor general Ishido. Finalmente, se os considerará de los “Setenta”». —Uraga lo miró con fijeza—. El samurai lo repitió dos veces, por lo que supongo se trata de un código privado.

Blackthorne asintió, pero no explicó que formaba parte de las muchas señales convenidas entre Yabú y él mismo. «Setenta» significaba que podía estar seguro de que el navío estaría preparado para una retirada instantánea por mar. A pesar de todos los samurais, marinos y remeros confinados a bordo, el barco estaba dispuesto. Todo el mundo tenía conciencia de que se encontraban en aguas enemigas y que tendrían que hacer frente a numerosos problemas. Blackthorne no ignoraba que se necesitarían muchos esfuerzos para que el barco pudiese hacerse a la mar.

—Continúa, Uraga-san.

—Esto es todo, excepto que debo decirte que Toda Mariko-san ha llegado hoy.

—¿No es muy poco tiempo para hacer el viaje por tierra hasta aquí desde Yedo?

—Sí, señor. Mientras estaba vigilando, he visto cómo su compañía cruzaba el puente. Era por la tarde, en plena Hora de la Cabra. Los caballos estaban espumeantes y cubiertos de lodo y los mozos muy cansados. Yoshinaka-san los dirigía.

—¿No te vio nadie?

—No, señor. Creo que no.

—¿Cuántas personas había?

—Unos doscientos samurais, además de los mozos y de los caballos para llevar la impedimenta. Un número doble de Grises los escoltaban. Uno de los caballos de carga llevaba unos cuévanos para transportar palomas.

—Está bien. ¿Algo más?

—En cuanto pude me alejé. Cerca de la Misión hay una tienda que prepara fideos y tallarines y a la que acuden muchos comerciantes y corredores de arroz y de seda. Me dirigí allí a comer y a escuchar. El padre Visitador tiene de nuevo allí su residencia. Existen muchos conversos en la zona de Osaka. Les han concedido permiso para celebrar una misa multitudinaria en honor de los señores Kiyama y Onoshi.

—¿Eso es importante?

—Sí, y resulta asombroso que se permita abiertamente una celebración religiosa así. Lo hacen para conmemorar la fiesta de San Bernardo. Veinte días es el día siguiente a la Ceremonia de Obediencia ante el Exaltado.

Yabú, a través de Uraga, había hablado a Blackthorne acerca del Emperador. La noticia se había filtrado por todo el navío, aumentando la premonición de desastre que ya temía cada uno.

—¿Qué más?

—En la plaza del mercado circulaban muchos rumores, casi todos ellos inquietantes. Yodoko-sama, la viuda del Taiko, está muy enferma. Esto es algo malo, Anjín-san, porque su consejo es siempre escuchado y siempre es razonable. Dicen que el señor Toranaga está ya muy cerca de Nagoya, otros dicen que aún no ha llegado a Odawara, así que nadie sabe qué creer. Todos están de acuerdo en que este año será terrible la cosecha, aquí en Osaka, lo cual significa que el Kwanto adquirirá gran importancia. La mayoría de la gente cree que comenzará una guerra civil tan pronto como muera el señor Toranaga, en

cuyo momento los grandes daimíos empezarán a combatirse entre sí. El precio del oro está muy alto y la tasa de interés ha subido al setenta por ciento…

—Eso es excesivo, debes de estar equivocado.

—Perdóname, Anjín-san —dijo Uraga—, pero nunca baja del cincuenta por ciento y, por lo general, está entre el setenta e incluso el ochenta por ciento. Hace casi veinte años, el padre Visitador pidió al fa Sagrado, al Papa, como decís vosotros, que permitiese a la Compañía hacer préstamos al diez por ciento. Fue una sugerencia apropiada y se aprobó, Anjín-san: esto dio mucho lustre a la cristiandad y se produjeron muchas conversiones, dado que sólo los cristianos podían obtener préstamos, que siempre eran bastante modestos. ¿No pagáis unos intereses tan altos en vuestro país?

—Raramente. ¡Eso es usura! ¿Sabes lo que quiere decir «usura»?

—Comprendo la palabra. Pero, para nosotros, la usura no comienza hasta que se sobrepasa el ciento por ciento. También tengo que decir que el arroz está muy caro y esto es un mal presagio: está a doble precio que cuando estuve aquí hace unas pocas semanas. Las tierras son baratas. Ahora es un buen momento para comprar tierras. O una casa. Con el tifón y los incendios se han destruido unas diez mil casas y murieron de dos mil a tres mil personas. Eso es todo, Anjín-san.

—Muy bien. Lo has hecho muy bien. ¡Has errado en tu auténtica vocación!

—Gracias, señor.

Blackthorne pensó un momento y luego le preguntó acerca del acto que se iba a celebrar al día siguiente. Uraga le informó lo mejor que pudo. Finalmente, Uraga le contó cómo se había escapado de la patrulla.

—Una última cosa, señor. Fui a la Misión. Los guardias estaban muy alerta y no pude entrar. Estuve, de todos modos, observando un rato y antes de irme vi cómo entraba Chimmoko, la sirvienta de la dama Toda.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estaba con ella otra criada…

—¿Se trataría de dama Mariko disfrazada?

—No, señor. Estoy seguro de que no. Aquella segunda criada era demasiado alta.

—¿Qué querrá decir todo esto? —preguntó Blackthorne más bien para sí.

—Dama Mariko es cristiana, católica, *¿neh?* Conoce muy bien al padre Visitador. Es el que la ha convertido. Dama Mariko es la dama más importante,

la más famosa del Reino, después de las tres pertenecientes a la alta nobleza: dama Ochiba, dama Genjiko y Yodoko-sama, la esposa del Taiko.

—¿Podría querer confesarse Mariko-san? ¿O una misa? ¿O un sermón? ¿Mandaría a Chimmoko para que lo arreglase en su nombre?

—Nada de eso, Anjín-san. Todas las damas de los daimíos, y tanto los amigos del señor general como los que se le oponen, están confinados en el castillo, *¿neh?* Permanecen allí cual peces en una pecera dorada, aguardando que los arponeen.

—Deja eso, ya es de por sí bastante desagradable todo.

Al cabo de un momento, Uraga prosiguió:

—Tal vez Chimmoko llevaba una citación para el padre Visitador para que la fuese a ver. Seguramente estaba bajo vigilancia cuando cruzó el Primer Puente. Probablemente también Toda Mariko-noh-Buntaro-noh-Jinsai estaba bajo vigilancia desde el momento que cruzó las fronteras del señor Toranaga, *¿neh?*

—¿Podemos saber si el padre Visitador acude al castillo?

—Sí. Eso es fácil.

—¿Puedes saber lo que dice o lo que hace?

—Eso es más difícil. Lo siento mucho, pero tal vez hablen en portugués o en latín, *¿neh?* ¿Y quién habla esos dos idiomas, excepto vos y yo? Me reconocerían por eso. —Uraga señaló hacia el castillo y la ciudad—. Aquí hay muchos cristianos. Cualquiera podría ganar mucho si os eliminasen a vos o a mí, *¿neh?*

Blackthorne no respondió. No era necesaria una respuesta. Su mente estaba ahora absorta en lo que estaría haciendo, pensando y planeando Toranaga y en dónde se encontraba exactamente Mariko y para qué habría ido a Nagasaki.

—¿Así que dices que el decimonoveno día es el último día, el día límite, Yabú-san? —repitió casi con náuseas al saber que la trampa estaba a punto de abrirse para Toranaga. Y luego para él y para el *Erasmus*.

—*¡Shigata ga nai!* Debemos ir rápidamente a Nagasaki y volver. Rápidamente, ¿comprendes? Sólo cuatro días para conseguir hombres. Y luego regresar.

—Pero, ¿por qué? Cuando Toranaga esté aquí, todos moriremos, *¿neh?* —había dicho.

Pero Yabú regresó a tierra y le había dicho que pasado mañana podrían irse. Le hubiera gustado tener al *Erasmus* en vez de la galera. Si hubiera tenido el *Erasmus* sabía que podía hacer algo para evitar Osaka y dirigirse directamente a

Nagasaki o, lo cual era aún más probable, habría buscado algún puerto abrigado y hubiera adiestrado a sus vasallos en el manejo del buque.

—Lo siento señor. Se trata del *karma* —le dijo al cabo de un momento Uraga.

—Sí. *Karma*.

Entonces Blackthorne intuyó el peligro y movió el cuerpo antes de que su mente se lo ordenara. Se estaba zafando cuando pasó una flecha silbando, que erró el blanco por muy poco, y que se hundió en el mamparo. Dio un empujón a Uraga para que se pusiese a salvo cuando otra flecha se hincó en la garganta de Uraga, atravesándola. Los samurais comenzaron a chillar y a mirar al mar desde la regala. Los Grises que estaban de guardia en la orilla se precipitaron a bordo. Otra descarga llegó desde la noche a través del mar y todos se desparramaron en busca de protección. Blackthorne se dirigió a la regala y vio un barco pesquero cercano, que apagaba sus antorchas y se desvanecía en la oscuridad.

Uraga agonizaba, mientras los Grises corrían por el alcázar, con las ballestas dispuestas, y en todo el buque reinaba un gran alboroto. Vinck subió a la cubierta, con la pistola preparada y agachando la cabeza mientras corría.

—¡Dios mío!, ¿qué pasa aquí? ¿Estás bien, piloto?

—Sí. Vigila. Están en los barcos pesqueros… —dijo Blackthorne, señalando a Uraga, el cual tenía el dardo clavado y manaba sangre por la nariz, la boca y los oídos.

Blackthorne cogió con una mano la púa de la flecha, mientras apoyaba la otra en la cálida y temblorosa carne y empujaba con todas sus fuerzas. Sacó la flecha limpiamente, pero la sangre brotó a borbotones. Uraga empezaba a dar señales de ahogo.

Los Grises y los samurais de Blackthorne los rodeaban. Algunos llevaban escudos, con los que protegieron a Blackthorne, quedando ellos al descubierto. Otros se pusieron a salvo cuando ya había pasado el peligro.

Blackthorne cogió en brazos a Uraga. Sabía que debía hacer algo, pero no sabía qué.

En los ojos de Uraga había una súplica. Su boca se abría, pero no salía de ella ningún sonido. Advirtió que sus dedos se movían mecánicamente haciendo la señal de la cruz. Notó que el cuerpo de Uraga temblaba y que su boca parecía querer emitir un mudo alarido. Le recordó los estertores de un pez arponeado.

Uraga murió en medio de atroces sufrimientos.

CAPÍTULO LIII

Blackthorne atravesaba el castillo con su guardia de honor, compuesta por treinta vasallos y una escolta de Grises diez veces mayor. Marchaba orgulloso con su nuevo uniforme, un quimono castaño con las cinco cifras de Toranaga y, por primera vez, cubierto con un solemne y amplio manto. Sus rubios cabellos estaban recogidos por detrás, en una pulcra cola. Las espadas que le había dado Toranaga colgaban perfectamente de su fajín. Calzaba tabis nuevos y sandalias con correa.

Blackthorne iba pensando en la mala suerte que había sido perder a Uraga, ignorando si el ataque había sido contra éste o contra él mismo. «He perdido mi mejor fuente de información.»

—A mediodía debes ir al castillo, Anjín-san —le había dicho Yabú aquella misma mañana, cuando regresó a la galera—. Los Grises vendrán a buscaros. ¿Comprendéis?

—Sí, Yabú-sama.

—Ahora estáis completamente seguro. Lamento lo del ataque. *¡Shigata ga nai!* Los Grises os escoltarán para que lleguéis sano y salvo. Esta noche os quedaréis en el castillo, que será abandonado por Toranaga. Mañana nos iremos nosotros a Nagasaki.

—¿Tenemos permiso? —preguntó.

Yabú movió la cabeza, visiblemente exasperado.

—Mi plan es el de ir a Mishima a recoger al señor Hiro-matsu, así como al señor Sudara y a su familia. ¿Comprendéis?

—Sí.

—Muy bien. Ahora dormid, Anjín-san. No os preocupéis por el ataque. Se ha ordenado que, a partir de ahora, todos los navíos permanezcan alejados de aquí. Aquí hay *kinjiru*.

—Comprendo. Excusadme, ¿pero qué va a pasar esta noche? ¿Por qué tengo que ir al castillo?

Yabú sonrió. Le dijo que Ishido sentía curiosidad por volverlo a ver.

—Al ser su huésped, estaréis a salvo.

Y, una vez más, abandonó la galera.

Blackthorne volvió abajo, dejando como observador a Vinck. Dormía profundamente cuando Vinck lo despertó. Subió de nuevo rápidamente a cubierta.

En aquel momento entraba en el puerto una pequeña fragata portuguesa de veinte cañones.

—Debe de ser Rodrigues. No hay nadie que navegue con tanto velamen desplegado.

—Si yo fuese tú, piloto, saldría pitando, con marea o sin ella. Aquí somos como mariposas en una botella de grog. Vayámonos…

—¡Nos quedaremos! ¿Puedes meterte esto en la cabeza? Permaneceremos aquí hasta que se nos permita irnos. No nos moveremos hasta que lo ordene Ishido.

Volvió a bajar, pero ya no pudo dormir. A mediodía llegaron los Grises. Fuertemente escoltado, se dirigió con ellos hacia el castillo. Los Grises lo condujeron hacia la parte del castillo ocupada por Toranaga, que ya había visitado otra vez, donde Kiritsubo, dama Sazuko y sus hijos estaban cómodamente instalados, junto con el resto de los samurais de Toranaga. Se dio un baño y se puso las nuevas ropas que habían dejado para él.

—¿Está dama Mariko?

—No, señor, lo siento —le había dicho el criado.

—¿Dónde puedo encontrarla? He de entregarle un mensaje urgente.

—Lo siento, Anjín-san. No lo sé. Perdonadme.

Ningún otro criado mostróse más explícito. Todos se limitaban a decir:

—Lo siento. No lo sé.

Una vez vestido, recurrió a su diccionario para recordar las palabras clave que pudiese necesitar y prepararse lo mejor posible.

Ahora atravesaba la parte más interior del foso. Había antorchas por todas partes.

Trató de dominar su ansiedad mientras atravesaba el puente de madera. Otros invitados, escoltados por los Grises, seguían el mismo camino. Notó cómo le observaban.

Los Grises lo llevaron de nuevo a través del laberinto y de su amplia puerta y allí lo abandonaron. Lo mismo hicieron sus hombres. Se colocaron a un lado, junto con los otros samurais y se dispusieron a esperarlo. Se acercó a una enorme puerta alumbrada por antorchas.

Tras ella había una inmensa estancia con vigas y artesonado de oro.

Sostenían las vigas columnas recubiertas de oro. Eran de maderas preciosas. Contempló las suntuosas colgaduras. En la estancia se encontraban unos quinientos samurais junto a sus damas. Las polícromas indumentarias se mezclaban con los perfumes y olores de las maderas preciosas que ardían en pequeños braseros. Los ojos de Blackthorne recorrieron la sala en busca de Mariko, de Yabú o de cualquier cara amiga. Pero no encontró ninguna. A un lado había una fila de invitados que aguardaban, para entrar, ante la plataforma levadiza. El príncipe Ogaki Takamoto se hallaba allí de pie. Blackthorne reconoció a Ishido —alto y acicalado—, que estaba también a un lado de la plataforma. Sola, al otro lado, se encontraba dama Ochiba, cómodamente sentada en unos cojines. Incluso a aquella distancia pudo distinguir la exquisita riqueza de su quimono, con hebras de oro sobre la rarísima seda azul oscura.

Las filas de invitados se adelantaron. Blackthorne permanecía de pie en un extremo, en un lugar iluminado y su cabeza sobresalía de los más cercanos. Cortésmente se hizo a un lado para dejar el paso a algunos huéspedes, y vio cómo los ojos de Ochiba se dirigían hacia él. También lo miró Ishido. Se dijeron algo, y el abanico de la dama se movió. Volvieron a mirarlo. Se dirigió hacia uno de los muros para no estar tan a la vista, pero un Gris le impidió el paso.

—*Dozo* —le dijo amablemente el samurai, señalando hacia la fila.

—*Hai, domo* —respondió Blackthorne, mientras se unía a los demás.

Todos lo miraban. Incómodos, los hombres y las mujeres de la fila se apartaron de él, hasta que no quedó nadie entre él y la plataforma. De momento quedó como rígido. Luego, rodeado de un profundo silencio, se adelantó.

Se arrodilló ante la plataforma, y se inclinó, primero hacia la mujer y luego hacia Ishido, como había visto hacer a los demás. Al levantarse lo obsesionaba la idea de que las espadas se le pudiesen caer o él dar un resbalón, pero todo salió satisfactoriamente. Empezó a alejarse.

—Espera, por favor, Anjín-san —le dijo ella.

Se detuvo. Su deliciosa feminidad parecía envuelta en un halo luminoso.

—¿Es verdad lo que se dice? ¿Que habláis nuestra lengua?

—Excusadme, Alteza —musitó Blackthorne, empleando las frases que tenía preparadas—. Lo siento, pero sólo sé unas cuantas palabras y, respetuosamente, os ruego que utilicéis palabras simples al hablarme, así tendré el honor de entenderos. —Todos seguían atentamente la escena—. ¿Puedo, con todo el respeto, felicitaros por vuestro cumpleaños y rogar para que viváis y podáis cumplirlo mil veces más?

—¡Oh! Ésas no son palabras muy simples, Anjín-san —replicó dama Ochiba, muy impresionada.

—Excusadme, Alteza. Las aprendí anoche. La forma correcta de decirlas, *¿neh?*

—¿Quién os lo ha enseñado?

—Mi vasallo, Uraga-noh-Tadamasa.

Dama Ochiba miró a Ishido, el cual empezó a hablarle muy rápidamente a Blackthorne, que sólo captó la palabra «flechas».

—¿El sacerdote cristiano renegado que fue muerto anoche en vuestro navío?

—¿Qué, Alteza?

—El samurai al que mataron, *¿neh?* Anoche en el barco, ¿no?

—¡Ah! Sí, él. —Blackthorne miró primero a Ishido y luego a ella—. Perdonadme, Alteza, ¿me permitís dar la bienvenida al señor general?

—Sí, tenéis nuestro permiso.

—Buenas noches, señor general —dijo Blackthorne con afectada cortesía—. La última vez que nos vimos me comporté como un insensato. Perdonadme.

Ishido empleó de nuevo un tono superficial:

—Sí, os comportasteis como tal y os mostrasteis muy descortés. Espero que no ocurra más en lo sucesivo.

—Os ruego nuevamente que me disculpéis.

—Esas tonterías son corrientes entre los bárbaros, *¿neh?*

Aquella rudeza en público con un invitado era excesiva. Durante unos segundos, los ojos de Blackthorne se dirigieron hacia dama Ochiba, y pudo comprobar que su mirada reflejaba también sorpresa.

—Señor general, estáis en lo cierto. Los bárbaros cometen siempre torpezas. Lo siento, pero ahora soy un samurai, hatamoto, lo cual es un gran honor para mí. *Ya no soy un bárbaro*. Ahora sé cómo debe comportarse un samurai y sé también algo de *bushido*. Y de wa. Perdonadme, pero ya no soy un bárbaro, *¿neh?*

Pronunció la última palabra como un desafío. No ignoraba que los japoneses sabían lo que era la virilidad y el orgullo, y lo honraban. Ishido sonrió.

—Muy bien, samurai Anjín-san —replicó en tono jovial—. Acepto vuestras excusas. Son ciertos los rumores que corren sobre vuestro valor. Bien, muy bien. Yo debo, a mi vez, pediros disculpas. Es terrible que unos inmundos *ronín* hayan podido hacer algo semejante. ¡Un ataque nocturno!

—Estoy de acuerdo, señor. Fue horrible. Murieron cuatro hombres. Uno de

los míos y tres Grises.

—Sí, fue horrible, Anjín-san, pero no volverá a ocurrir. Pondré guardias, unos celosos vigilantes. No habrá más ataques asesinos. ¡Ni uno más! Aquí estaréis tan seguro como en el castillo.

—Muchas gracias. Siento causar problemas.

—En absoluto. Sois muy importante, *¿neh?* Sois un samurai. Ocupáis un lugar especial entre los samurais del señor Toranaga. No lo olvidaré… No tengáis miedo.

Blackthorne ofreció una flor a dama Ochiba, la cual la aceptó, tras un diálogo muy cortés. Todos aplaudieron. Al cesar los aplausos, dama Ochiba dijo:

—Mariko-san, vuestro pupilo es digno de elogio, *¿neh?*

—Buenas noches, dama Toda —dijo Blackthorne. Y se arriesgó a añadir en latín, estimulado por su éxito—: La noche se ha hecho aún más bella con vuestra presencia.

—Gracias, Anjín-san —replicó ella, en japonés, con las mejillas encendidas. Luego se adelantó hacia la plataforma y se inclinó ante Ochiba—. Yo he hecho poco, Ochiba-sama. Todo el mérito es de Anjín-san y del diccionario que le dieron los padres cristianos.

—¡Ah, sí, el diccionario…!

Ochiba le dijo a Blackthorne que se lo enseñase y, con ayuda de Mariko, que se lo explicase detenidamente. Quedó fascinada. Se volvió hacia Ishido:

—Necesitaremos más ejemplares, señor general. Os ruego ordenéis que nos faciliten un centenar de estos diccionarios. Con ellos, nuestros jóvenes podrán aprender pronto el bárbaro, *¿neh?*

—Sí, es una buena idea, mi dama. Pronto tendremos nuestros propios intérpretes, los mejores —sonrió Ishido—. Así acabaremos con el monopolio de los cristianos.

Un samurai de piel acerada de unos sesenta años, dijo:

—Los cristianos no poseen tal monopolio, señor general. Se trata de algo que pedimos nosotros a los padres cristianos… De hecho, insistimos en que fuesen intérpretes y negociadores, porque son los únicos que pueden hablar a ambas partes y tienen la confianza de ambos lados. El señor Goroda inició esta costumbre, *¿neh?* Luego la continuó el Taiko.

—De acuerdo, señor Kiyama. No pretendo mostrarme irrespetuoso con los daimíos o samurais que se han hecho cristianos. Me refiero sólo al monopolio de los sacerdotes cristianos —replicó Ishido—. Sería mejor para nosotros que

nuestro pueblo, y no los sacerdotes extranjeros (e incluso cualquier clase de sacerdotes), fuese el que controlase nuestro comercio con China.

—Nunca se ha producido un fraude —replicó Kiyama—. Los precios son correctos, el mercado es ágil y eficiente, y los padres manejan a su propia gente. Sin los bárbaros del Sur no habría seda ni comercio con China. Sin los padres tendríamos muchos problemas. Perdonadme por mencionar esto.

—¡Ah, señor Kiyama! —intervino dama Ochiba—. Estoy segura de que el señor Ishido se siente honrado de que lo hayáis corregido, ¿no es así, señor general? ¿Qué podría hacer el Consejo sin las observaciones del señor Kiyama?

—Desde luego —puntualizó Ishido.

Kiyama se inclinó, visiblemente complacido.

Luego Mariko advirtió que Kiyama no perdía de vista a Blackthorne.

—Perdonadme, señor Kiyama. ¿Puedo presentarle a Anjín-san?

Kiyama se volvió hacia Blackthorne y le preguntó cortésmente:

—¿Es verdad lo que afirman de que sois cristiano?

—¿Qué decís?

Kiyama no se dignó repetir la pregunta, y Mariko la tradujo.

—Lo siento, señor Kiyama —respondió Blackthorne en japonés—. Sí, soy cristiano… Pero de una secta diferente.

—Vuestra secta no es bien recibida en mis tierras. No en Nagasaki ni en Kyushu. Ni en ninguna de las tierras de mis *daimíos cristianos*.

Mariko se hizo violencia para mantener su sonrisa. Se estaba preguntando si Kiyama habría ordenado personalmente el asesinato de Amida y el ataque de la noche anterior. Se limitó a traducir, eliminando las descortesías de Kiyama, mientras todos escuchaban con gran atención.

—No soy ningún sacerdote, señor —prosiguió Blackthorne, dirigiéndose a Kiyama—. En nuestras tierras sólo se trata de comercio. No hay sacerdotes que hablen o enseñen. Sólo comerciamos.

—No deseo *vuestro* comercio. No deseo que estéis en mis posesiones. Os lo prohíbo bajo pena de muerte. ¿Me comprendéis?

—Sí, os comprendo —respondió Blackthorne—. Lo siento.

—Muy bien. —Kiyama se volvió hacia Ishido—. Deberíamos excluir por completo del Imperio a esa secta y a esos bárbaros. Lo propondré en la próxima reunión del Consejo. Debo declarar abiertamente que, según mi opinión, el señor Toranaga está mal aconsejado por los extranjeros con que se relaciona, y, en particular, por este samurai. Es un precedente muy peligroso.

—Seguramente esto carece de importancia. Todos los errores del actual señor del Kwanto se corregirán muy pronto. *¿Neh?*

—Todos cometemos errores, señor general —respondió Kiyama con énfasis —. Sólo Dios es perfecto. El único error *real* del señor Toranaga es haber dado preferencia a sus propios intereses en vez de a los del Heredero.

—Sí —afirmó Ishido.

—Perdóname —terció Mariko—. Pero eso no es cierto. Lo siento, pero ambos estáis equivocados respecto a mi amo.

Kiyama se volvió hacia ella. Le contestó cortésmente.

—Es algo correcto para ti adoptar esa posición, Mariko-san. Pero, por favor, no discutas eso esta noche. De todos modos, señor general, ¿dónde está ahora el señor Toranaga? ¿Cuáles son sus últimas noticias?

—Ayer, según el portador de las palomas, creo que estaba en Mishima. En la actualidad, recibo informes diarios de su avance.

—¿Así que en dos días habrá abandonado sus propias fronteras? —preguntó Kiyama.

—Sí. El señor Ikawa Jikkyu está preparado para recibirlo según sus méritos.

—Muy bien. —Kiyama sonrió a Ochiba. Era muy indulgente hacia ella—. Ese día, señora, en honor de semejante ocasión, ¿podrás tal vez preguntar al Heredero si permitirá a los regentes inclinarse ante él?

—El Heredero quedará muy honrado, señor —replicó—. Y luego, tal vez, tú y cuantos están aquí, seáis los invitados a una competición poética. ¿Podrán hacer de jueces los regentes?

Aquello motivó aplausos.

—Gracias, pero, por favor, tal vez sea mejor que el príncipe Ogaki y alguna de las damas quieran actuar como jueces.

—Muy bien, si así lo deseas.

—Muy bien, señora. ¿Y cuál ha de ser el tema? ¿Y el primer verso del poema? —preguntó Kiyama muy complacido, dado que era muy renombrado por sus poesías, al igual que por su manejo de las armas y su ferocidad en la guerra.

—Por favor, Mariko-san, ¿puedes responder al señor Kiyama? —dijo Ochiba.

De nuevo, muchos admiraron su destreza, también Mariko tenía fama de poetisa.

Mariko quedó complacida ante aquello. Luego pensó un momento.

—El tema se referirá a hoy, y la primera línea del verso será: «Sobre una rama deshojada…»

—Excelente —respondió Kiyama—, nos complacerá mucho competir con vos, señora.

—Tendrás que excusarme, pero no podré hacerlo —respondió Mariko—. Mañana abandonaré Osaka junto con las damas Kiritsubo y Sazuko.

La sonrisa de Ishido se desvaneció.

—¿Y adónde iréis?

—A reunirnos con nuestro señor.

—Pero el señor Toranaga estará aquí dentro de pocos días, *¿neh?*

—Hace meses que la dama Sazuko no ha visto a su marido y mi señor Toranaga aún no ha tenido el placer de contemplar a su último hijo. Como es natural, la dama Kiritsubo nos acompañará.

—El señor Toranaga llegará aquí tan pronto que no es necesario salir a su encuentro.

—Pero yo sí creo que es necesario, señor general. Además, esto es un asunto privado que no se debe discutir aquí. Me iré mañana a presentar mis respetos a mi señor, con sus damas.

Ishido se limitó a decir con frialdad:

—Estás aquí, señora, por una invitación personal del Hijo del Cielo, con la complacencia de los regentes. Sé paciente. Tu señor estará aquí muy pronto.

—Estoy de acuerdo, señor. Pero la invitación de Su Majestad Imperial es para el vigésimo segundo día. No se le ha dado la orden, ni a mí ni a nadie, de que permanezcamos confinados en Osaka hasta ese momento. ¿O no es así?

—Olvidas el buen comportamiento, dama Toda.

—Perdóname, pero eso es la última cosa que pretendo. Lo siento. —Mariko se volvió hacia Ogaki, el cortesano—. ¿Señor, la invitación del Exaltado incluye el que permanezca aquí hasta que llegue?

—La invitación es para el vigésimo segundo día de este mes, dama. Entonces es cuando se requiere tu presencia.

—Gracias, señor. —Mariko se inclinó de nuevo y se colocó frente a la plataforma—. Se requiere mi presencia entonces, señor general. No antes. Por tanto, me iré mañana.

—Sé paciente, señora. Los regentes te han dado la bienvenida y hay muchos preparativos para los cuales se necesitará de tu ayuda antes de que llegue el Exaltado.

—Lo siento, señor, pero las órdenes de mi señor tienen prioridad. Debo irme mañana.

—No te irás mañana y se te pide, mejor, se te ruega, Mariko-san, que tomes parte en la competición de dama Ochiba…

—¿Así que he de considerarme confinada aquí contra mi voluntad?

Ochiba añadió:

—¿No será mejor que dejemos esto ahora, Mariko-san?

—Lo siento, Ochiba-sama, pero yo soy una persona sencilla. He de decir abiertamente que tengo órdenes de mi señor. Si no puedo obedecerlas, he de saber por qué. Señor general, ¿he de quedar confinada aquí hasta el vigésimo segundo día? Y si es así, ¿por orden de quién?

—Eres persona respetada —le dijo Ishido—. Y repito, señora, que tu señor estará aquí muy pronto.

Mariko sintió su poder, aunque luchó por resistirse.

—Sí, pero lo siento y, de nuevo, respetuosamente, pregunto: ¿estoy confinada en Osaka durante los próximos dieciocho días, y si es así, por orden de quién?

—No, no estás confinada —respondió Ishido clavando los ojos en ella.

—Gracias, señor. Te pido perdón por haber hablado tan directamente —añadió Mariko.

—Pero, dama Toda, puesto que has elegido hablar de esa forma tan presuntuosa, es mi deber pedir a los regentes que hagan una declaración formal, por si existen otras personas que comparten este malentendido. Hasta ese momento deberás estar preparada para responder a las preguntas que te hagan y recibir las órdenes que sean precisas.

—Lo siento, pero no puedo retrasar mi partida por unos cuantos días.

—¿Así que te niegas a obedecer al Consejo de Regentes? —inquirió airado Ishido.

—No, señor —respondió orgullosamente Mariko—. A menos que se hagan cargo de mis deberes hacia mi señor, dado que estos deberes son supremos al tratarse de un samurai…

—¡Has de estar dispuesta a reunirte con los regentes con filial paciencia!

—Lo siento. Tengo órdenes de mi señor de escoltar a sus damas para que se reúnan con él. Al instante.

Se sacó un rollo de escritura de una manga y lo entregó a Ishido.

Éste lo abrió y lo examinó. Luego levantó los ojos y dijo:

—Incluso así, deberás esperar las órdenes de los regentes. El incidente queda zanjado…

—¡El asunto quedará zanjado, señor general, cuando emplees mejores modales! No soy una campesina y no se me puede pisotear así. Soy Toda Mariko-noh-Buntaro-noh-Hiro-matsu, hija del señor Akechi Jinsai, del linaje Takashima. Hemos sido samurais durante mil años y afirmo que nunca me convertiré en cautiva, en rehén o en confinada. Durante los próximos dieciocho días, hasta que llegue el día, por mandato del Exaltado, soy libre de hacer lo que desee, *lo mismo que cualquiera*…

—Óyeme cuidadosamente: aguardarás la decisión de los regentes.

—No, lo siento, mi primer deber radica en obedecer a mi señor.

Ishido, rabioso, se adelantó hacia ella.

Aunque Blackthorne no había entendido casi nada de lo que se había dicho, su mano derecha se introdujo, sin que se advirtiera, en su manga izquierda, a fin de tener dispuesto el cuchillo.

Ishido se detuvo ante ella:

—Deberás…

En aquel momento se produjo un movimiento en la puerta de entrada. Una doncella se abrió paso entre la multitud y corrió hacia Ochiba.

—Por favor, señora… —murmuró—. Se trata de Yodoko-sama… Está preguntando por ti… Has de apresurarte, el Heredero ya está aquí.

Con preocupación, Ochiba miró hacia Mariko e Ishido. Luego se marchó.

Ishido dudó un momento.

—Ya llegaremos después a un acuerdo, Mariko-san —exclamó y luego siguió a Ochiba, con caminar pesado sobre sus *tatamis*.

Blackthorne se acercó a Mariko:

—Mariko-san —le preguntó—, ¿qué sucede?

—¡Mariko-san! —dijo Kiyama.

—¿Qué, señor?

—Te sugiero que regreses a casa. ¿Me puede ser permitido hablarte después…, digamos a la Hora del Verraco?

—Sí, de acuerdo.

—Éste es un día de mal presagio, Mariko-san. —Luego se volvió hacia la estancia y dijo con autoridad—: Sugiero que regresemos a nuestras casas a aguardar…, a aguardar y a orar para que el Infinito pueda llevarse a dama

Yodoko suavemente y con honor hacia Su paz, si es que le ha llegado su hora. —Luego miró a Saruji y añadió—: Ven conmigo.

Luego salió. Saruji comenzó a seguirlo, aunque no deseaba abandonar a su madre, pero se vio impelido por la orden e intimidado por la atención fija en él.

Mariko hizo una medio reverencia hacia la estancia y empezó a alejarse. Kiri se pasó la lengua por los labios resecos. Dama Sazuko estaba al lado de ella. Kiri cogió a dama Sazuko la mano y ambas mujeres siguieron a Mariko. Yabú se adelantó junto con Blackthorne, conscientes de que eran los únicos samurais presentes que llevaban el uniforme de Toranaga.

Afuera, los aguardaban los Grises.

—¿Pero qué dioses te han poseído para adoptar esta postura? Es algo estúpido, *¿neh?*

—Lo siento —respondió Mariko, ocultando sus verdaderas razones y deseando que Yabú la dejase en paz, furiosa por sus pocos correctos modales—. Ocurrió de repente, señor. Durante un momento no era otra cosa que la celebración de un cumpleaños, pero luego… No lo sé. Excúsame, Yabú-sama. Te pido perdón, Anjín-san.

—Has desencadenado una tormenta que nos engullirá a todos… Es estúpido, *¿neh?*

—Sí, pero no es cierto que debamos permanecer aquí, y el señor Toranaga me dio órdenes de que…

—¡Esas órdenes son de locos! ¡Los diablos se han debido de meter en tu cabeza! ¡Tienes que presentar excusas y retractarte! Ishido podría cancelar nuestros permisos para marcharnos y lo arruinarías todo.

—Lo siento —repuso—. Nada ha cambiado. Dentro del castillo podemos movernos con entera libertad, a pesar de la escolta.

—Te detendrán. ¿Por qué lo hiciste…?

—Mariko-san tiene razón —intervino Kiri—. Nada ha cambiado. Nos veremos pronto, Mariko-san.

Luego siguió andando por su ala del castillo, y los Pardos cerraron la puerta fortificada. Mariko se dirigió hacia su casa con Yabú y Blackthorne.

Ahora recordaba haber visto cómo la mano de Blackthorne aferró el cuchillo. «Sí, Anjín-san —pensó—. Eres el único con quien puedo contar. Estarás allí cuando te necesite.» Luego dijo, en voz alta:

—Perdona mi estupidez, Yabú-sama. En realidad, tienes razón. Lo siento. Soy una mujer estúpida.

—¡Desde luego! Porque es estúpido oponerse a Ishido en su propio cubil, *¿neh?*

—Lo siento. Perdóname. ¿Puedo ofreceros saké o cha? —Dio una palmada. Al instante se abrió la puerta interior y apareció Chimmoko—. Trae cha y saké para mis invitados. Y comida. ¡Y ponte presentable! ¿Cómo te atreves a aparecer así?

Chimmoko se deshizo en lágrimas.

—Lo siento, señor. Disculpad su insolencia.

—No tiene importancia, *¿neh?* ¿Y qué pasa con Ishido? Te has referido a que no erais campesinos y eso hirió al señor general. ¡Te has creado un enemigo!

—¿Lo crees así? Perdóname, por favor. No quería insultarle precisamente *a él*.

—Pero él es un campesino, siempre lo ha sido, siempre lo será, y siempre ha odiado a quienes, como tú, sois auténticos samurais. Fue algo estúpido atacar a Ishido delante de todos.

—Sí, tienes razón. Es una lástima que todos nuestros jefes no sean tan fuertes e inteligentes como tú, señor. Si fuese así, el señor Toranaga no tendría ahora problemas.

—Lo cierto es que me has puesto en un verdadero compromiso.

—Excúsame, por favor. Ha sido culpa mía. —Mariko intentó contener las lágrimas—. ¿Puedo explicar mi estupidez a Anjín-san? Tal vez él pueda sugerir alguna solución…

—Sí. Muy bien.

Mariko se volvió hacia Blackthorne y le habló en portugués:

—Escucha, por favor. Anjín-san. Escucha y no hagas preguntas por el momento. Lo siento, pero antes hemos de calmar a este malhumorado bastardo, ¿no lo dices así?

Le explicó lo ocurrido y por qué se había marchado Ochiba.

—Malo, *¿neh?*

—Sí. El señor Yabú te pide consejo. ¿Qué podemos hacer para arreglar esta estupidez mía?

—¿Qué estupidez? —Blackthorne la miró fijamente y su inquietud aumentó. Mariko bajó la cabeza. Luego dijo a Yabú—: Ahora entiendo… Ahora he de pensar…

Yabú le contestó en tono áspero:

—¿En qué hay que pensar? Estamos en un verdadero compromiso.

Mariko tradujo, sin levantar la mirada.

—Es cierto, ¿verdad, Mariko-san? —opinó Blackthorne—. Siempre ha sido verdad, *¿neh?*

—Sí, lo siento.

Miró hacia fuera. Habían colocado antorchas en unos soportes de las murallas de piedra que rodeaban el jardín central. Hacia el Oeste se veía la puerta de hierro, guardada por algunos Pardos.

—Tengo que hablarte en privado —dijo Mariko, sin volverse.

—Y yo a ti.

—Esta noche nos veremos —añadió ella. Luego miró a Yabú—. Anjín-san está de acuerdo contigo, en lo referente a mi estupidez. Lo siento.

—Sí, pero, ¿qué soluciona eso?

—Anjín-san —siguió Mariko—, a última hora de esta noche iré a ver a Kiritsubo-san. Sé dónde está tu estancia. Te encontraré.

—Muy bien.

—Yabú-sama —siguió Mariko humildemente—, esta noche iré a ver a Kiritsubo-san. Es un hombre sabio y tal vez nos dé una solución.

—Sólo existe una solución —respondió Yabú—. Mañana presentarás tus excusas. Y permanecerás aquí.

Kiyama llegó puntualmente. Saruji iba con él.

Tras las presentaciones, Kiyama observó, con gravedad:

—Ahora, Mariko-san, explícanos el porqué.

—No hay guerra, señor. No podemos ser confinados ni tratados como rehenes. Puedo ir donde me plazca.

—No hace falta estar en una guerra para hacer rehenes. Ya lo sabes. Dama Ochiba fue mantenida como rehén en Yedo, en atención a la seguridad de su amo aquí, y no estábamos en guerra. El señor Sudara y su familia son mantenidos hoy como rehenes y tampoco hay guerra, *¿neh?*

Ella mantuvo la cabeza inclinada.

—Aquí hay muchos que son rehenes sólo para que sus señores muestren obediencia al Consejo de Regentes, los gobernantes legales del reino. Eso es una cosa prudente. Es una costumbre, *¿neh?*

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues dinos la verdadera razón.

—¡Señor!

—¡No admito juegos! —gritó Kiyama—. ¡Yo tampoco soy un campesino! Deseo saber por qué has obrado así esta noche.

Mariko levantó la vista.

—Lo siento, pero el señor general me enojó con su arrogancia, señor. Tengo órdenes. No hay ningún mal en que me lleve a Kiri y a dama Sazuko durante unos días para que vean a su amo.

—Sabes muy bien que eso es imposible. El señor Toranaga también debe de saberlo.

—Lo siento, pero mi amo me dio esas órdenes. Un samurai no debe poner reparos a las órdenes de su señor.

—Sí, pero yo los pongo porque eso carece de sentido. Tu amo no puede decidir disparates ni cometer errores. Y debo insistir en que he de haceros estas preguntas.

—Perdóname, señor, os lo ruego. Pero no hay nada que discutir.

—¿Que no? ¿Y Saruji? Por otra parte, debo conocer toda tu vida, pues siempre la he honrado. Hiro-matsu-sama es mi más antiguo amigo viviente, y tu padre fue un amigo muy querido y un honrado aliado de mi padre hasta el fin de sus días.

—Un samurai nunca debe discutir las órdenes de su señor natural.

—Ahora, Mariko-san, sólo puedes hacer una de estas dos cosas: o presentar excusas y quedarte, o intentar marcharte. Y entonces te detendrán.

—Sí. Lo comprendo.

—Deberás presentar tus excusas mañana. Convocaré una reunión de los Regentes, y ellos emitirán una resolución respecto a todo este asunto. Entonces se te permitirá irte con Kiritsubo y con dama Sazuko.

—Perdón, pero ¿cuánto tiempo exigirá eso?

—No lo sé. Unos cuantos días.

—Lo siento, pero no tengo esos días. Se me ha ordenado que me vaya al instante.

—¡Mírame! —Ella obedeció—. Yo, Kiyama Ukon-noh-Odanaga, señor de Higo, Satsuma y Osumi, un Regente del Japón, de la línea Fujimoto, daimío cristiano del Japón, te pido que te quedes.

—Lo siento. Mi señor natural me prohíbe que me quede.

—¿No comprendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, señor. Pero no tengo elección. Perdóname.

Saruji empezó a decir algo, pero luego cambió de idea y declaró:

—Perdóname, madre, pero… ¿no es tu deber hacia el Heredero más importante que tu deber hacia el señor Toranaga? El Heredero es nuestro señor real, *¿neh?*

Mariko pensó en ello.

—Sí, hijo mío. Y no. El señor Toranaga tiene jurisdicción sobre mí y el Heredero no.

—Perdóname, madre. No lo entiendo pero, según mi parecer, si el Heredero da una orden, ésta estará por encima de nuestro señor Toranaga.

Ella no replicó.

—Respóndeme.

—¿Eso es lo que piensas, hijo mío? ¿O alguien te lo ha metido en la cabeza?

Saruji frunció el entrecejo, tratando de recordar.

—Nosotros, el señor Kiyama y su dama, lo hemos discutido. Y el padre Visitador. No recuerdo. Creo que se me ha ocurrido a mí. El padre Visitador me dijo que estaba en lo cierto, ¿no es así, señor?

—Dijo que el Heredero es más importante en el Reino que el señor Toranaga. Legalmente. Respóndele directamente, Mariko-san.

Mariko dijo:

—Si el Heredero fuera un hombre de edad, Kwampaku, el verdadero gobernante de su Reino, al igual que lo fue el Taiko, su padre, entonces lo obedecería en esta cuestión por encima del señor Toranaga. Pero ahora Yaemón es un chiquillo, incluso legalmente, incapaz de adoptar resoluciones. ¿Es bastante con esta respuesta?

—Pero…, sigue siendo el Heredero, *¿neh?* Los regentes lo escuchan… el señor Toranaga lo honra. ¿Qué significa un año, o unos cuantos años, madre? Si no presentas excusas… Lo siento, perdóname, pero estoy preocupado por ti.

Mariko hubiera deseado ir hacia él, abrazarlo y protegerlo. Pero no lo hizo.

—Yo no tengo miedo, hijo mío. No temo a nada de esta tierra. Sólo temo al juicio de Dios —exclamó volviéndose hacia Kiyama.

—Sí —respondió Kiyama—. Sé lo que es eso. La Virgen te bendiga por ello. —Luego hizo una pausa—. Mariko-san, ¿presentarás tus excusas en público ante el señor general?

—Sí, gustosa, cuando retire todas las tropas de mi camino y me dé a mí, a la

dama Kiritsubo y a la dama Sazuko permiso por escrito para poderme ir mañana.

—¿No vas a obedecer una orden de los regentes?

—Perdóname, señor, pero, en este asunto, no.

—¿No respetarás un requerimiento de ellos?

—Perdóname, pero en este asunto, no.

—¿Estarías de acuerdo ante un requerimiento del Heredero y de la dama Ochiba?

—Perdóname, ¿qué requerimiento?

—El de visitarlos, el de permanecer con ellos unos cuantos días, mientras se resuelve todo este caso.

—Perdóname, señor, pero, ¿qué hay que resolver?

—El futuro y buen orden del Reino, por una parte, y el futuro de la Madre Iglesia, por otra… ¡Y tú por otra! Está clarísimo que ese trato tan próximo con los bárbaros ha perturbado tu cerebro…

Mariko no respondió nada y le volvió la espalda.

Con un esfuerzo, Kiyama intentó autodominarse.

—Excusa mi…, mi mal gusto. Y mis malos modales. Mi única justificación es que me encuentro gravemente implicado. —Se inclinó con dignidad—. Presento mis excusas…

—Es falta mía, señor. Perdóname por destruir tu armonía y por causarte problemas. Pero no me queda alternativa.

—Tu hijo te da una. Yo te puedo dar varias.

Ella no respondió.

En aquella estancia, el aire se había hecho sofocante para todos, aunque la noche era fría y la brisa hacía oscilar la llama de las antorchas.

—Así, pues, ¿qué resuelves?

—No tengo elección, señor.

—Muy bien, Mariko-san. No hay nada más que decir. Sólo puedo decirte de nuevo que no fuerces tu marcha. Te lo pido.

Ella inclinó la cabeza.

—Saruji-san, espérame fuera, por favor —ordenó Kiyama.

El joven estaba muy turbado y casi era incapaz de hablar.

—Sí, señor. —Se inclinó hacia Mariko—. Excúsame, madre.

—Dios te conserve en Sus manos durante toda la eternidad.

—Y a ti.

—Amén —dijo Kiyama.

—Buenas noches, hijo mío.

—Buenas noches, madre.

Cuando estuvieron solos, Kiyama dijo:

—El padre Visitador está muy preocupado.

—¿Por mí, señor?

—Sí. Y por la santa Iglesia… Y por los bárbaros. Y por el buque de los bárbaros. Háblame primero de él.

—Es un hombre único, muy fuerte y muy inteligente. En el mar es… Le pertenece. Parece formar parte del navío y del mar. Y, fuera del mar, no existe un hombre que se le pueda comparar en valentía.

—¿Incluso el Rodrigues-san?

—El Anjín-san vale por lo menos el doble.

—Háblame del navío.

Ella obedeció.

—Háblame de sus vasallos.

Ella le contó lo que había sucedido.

—¿Le dará el señor Toranaga su navío, dinero, vasallos y la libertad?

—Mi amo nunca me lo ha dicho, señor.

—Dame tu opinión.

—En este caso particular —dijo Mariko— los enemigos particulares del Anjín-san son los mismos que los de mi señor: los portugueses, los Padres sagrados que ayudan a los portugueses y los señores Harima, Onoshi y tú mismo, señor.

—¿Y por qué nos considera Anjín-san sus enemigos especiales?

—Por Nagasaki, por el comercio y por vuestro control costero de Kyusu, señor. Y porque tú eres el jefe de los daimíos católicos.

—La Iglesia no es enemiga del señor Toranaga. Ni tampoco los Padres sagrados.

—Lo siento, pero creo que el señor Toranaga cree que los Padres sagrados apoyan al señor general Ishido, lo mismo que tú.

—Yo apoyo al Heredero. Estoy en contra de tu amo porque quiere arruinar nuestra Iglesia.

—Lo siento, pero eso no es verdad. Señor, mi amo es muy superior al señor general. Vos habéis combatido veinte veces más como su aliado que contra él. ¿Por qué estás de parte de su reconocido enemigo? El señor Toranaga siempre ha

deseado el comercio y no es simplemente anticristiano, como el señor general y la dama Ochiba.

—Perdóname, Mariko-san, pero ante Dios, creo que el señor Toranaga detesta en secreto nuestra fe cristiana, secretamente abomina de nuestra Iglesia y se ha comprometido en secreto a destruir la sucesión y eliminar al Heredero y a la dama Ochiba. Su meta es el shogunado. Sólo eso… En secreto, desea ser shogun, está planeando ser shogun y todo apunta a ese único fin.

—Ante Dios, señor, no lo creo.

—Tú misma lo has admitido, ese Anjín-san y su navío es muy peligroso para la Iglesia, *¿neh?* Rodrigues conviene con vos en que si ese Anjín-san captura el Buque Negro en el mar, eso puede ser muy malo.

—Sí, yo también lo creo, señor.

—Ello lastimaría mucho a nuestra Madre Iglesia, *¿neh?*

—Sí.

—¿Pero no querréis ayudar a la Iglesia contra ese hombre?

—No está en contra de la Iglesia, señor, ni realmente contra los Padres, aunque desconfíe de ellos. Sólo está contra los enemigos de su reina. Y el Buque Negro es su objetivo, para beneficiarse con él.

—Pero se opone a la verdadera fe y, además, es un hereje, *¿neh?*

—Sí. Pero no creo que nada de lo que hemos dicho respecto de los Padres sea verdad. Y muchas cosas no se nos han dicho. Tsukku-san admite muchas cosas. Mi señor feudal me ordenó que me convirtiera en el confidente del Anjín-san, para enseñarle nuestro idioma y nuestras costumbres, para aprender también de él lo que pueda ser de valor para nosotros.

—¿Crees ser valiosa para Toranaga? *¿Neh?*

—Señor, la obediencia a un señor feudal es la primera regla en la vida de un samurai. ¿No es obediencia lo que exiges de tus vasallos?

—Sí. Pero la herejía es terrible y, al parecer, estás aliada con el bárbaro contra nuestra Iglesia y has sido contagiada por él. Ruego a Dios que te abra los ojos, Mariko-san, antes de que te condenes. Finalmente, el padre Visitador me ha dicho que tienes algunas informaciones privadas para mí.

—¿Señor?

Aquello era por completo inesperado.

—Me ha dicho que se ha recibido hace unos pocos días un mensaje del Tsukku-san. Un mensaje especial de Yedo. Tienes ciertas informaciones acerca…, acerca de mis aliados.

—He pedido ver al padre Visitador mañana por la mañana.

—Sí. Me lo ha dicho. ¿Y bien?

—Excúsame, pero hasta que lo haya visto mañana…

—¡No mañana, ahora! El padre Visitador me ha contado que esto tiene que ver con el señor Onoshi y que se refiere a la Iglesia. Y debes decírmelo al instante. Ante Dios, eso es lo que me dijo. ¿Hay cosas que no quieres confiarme?

—Lo siento. Pero he llegado a un acuerdo con el Tsukku-san. Me ha pedido que hable abiertamente al padre Visitador. Eso es todo, señor.

—El padre Visitador te diría que me lo contases ahora.

Mariko se percató de que no tenía alternativa. La suerte estaba echada. Le contó la conjura contra su vida. Todo lo que ella sabía. También le contó exactamente de dónde procedía la información.

—*¿De su confesor? ¿Él…?*

—Sí, lo siento.

—Lamento la muerte de Uraga. —Kiyama dijo, incluso mortificado, que el ataque nocturno contra el Anjín-san había sido un fracaso, como la emboscada anterior, y ahora habían matado al único hombre que podía demostrar que su enemigo Onoshi era un traidor—. Uraga arderá para siempre en el fuego del infierno por ese sacrilegio. Fue terrible lo que hizo. Merece la excomunión y el fuego del infierno, pero, a pesar de ello, me hizo un servicio al contarme eso…, si es verdad. —Kiyama se la quedó mirando convertido de pronto en un anciano —. No puedo creer que Onoshi pudiera hacerlo. O que el señor Harima quisiera formar parte de ello.

—Sí. ¿Podéis…, podéis preguntarle al señor Harima si es cierto?

—Sí, pero nunca revelaría una cosa así. Es muy triste, *¿neh?* Es terrible la forma de ser del hombre.

—Sí.

—No lo creo, Mariko-san. La muerte de Uraga no nos proporcionará nunca las pruebas. Tomaré precauciones, pero…, no puedo creerlo.

—Sí. Una cosa, señor. ¿No es muy extraño que el señor general haya puesto una guardia al Anjín-san?

—¿Qué hay de extraño?

—¿Por qué protegerlo? ¿No lo detesta en realidad? Es muy extraño, *¿neh?* ¿No será que el señor general también considera ahora al Anjín-san como una posible arma contra los daimíos católicos?

—No puedo seguiros.

—Si, Dios no lo quiera, si tú murieras, el señor Onoshi se convertiría en el jefe supremo de Kyushu, *¿neh?* ¿Qué puede hacer el señor general para dominar a Onoshi? Nada…, excepto, tal vez, emplear al Anjín-san.

—Es posible —respondió despacio Kiyama.

—Sólo existe una razón para proteger al Anjín-san: emplearlo. ¿Dónde? Sólo contra los portugueses y, por ende, contra los daimíos cristianos de Kyushu. *¿Neh?*

—Es posible.

—Creo que el Anjín-san es tan valioso para ti como para Onoshi o para mi amo. Vivo. Sus conocimientos son enormes. Sólo él nos puede proteger contra los bárbaros, incluso contra los portugueses.

—Los podemos aplastar y expulsar en el momento que queramos —respondió Kiyama—. Son como tábanos en un caballo, nada más.

—Si la Santa Madre Iglesia vence y todas las tierras se convierten en cristianas, como rogamos que ocurra, ¿qué pasará entonces? ¿Podrán sobrevivir nuestras leyes? ¿Sobrevivirá el *bushido*? ¿Contra los Mandamientos? Sugiero que eso sucederá, como en todas partes del mundo católico, no cuando los Padres sagrados sean los jefes supremos, sino cuando nosotros estemos preparados.

Él no respondió. Luego Mariko siguió:

—Señor, te pido que preguntes al Anjín-san qué es lo que ha ocurrido en otras partes del mundo.

—No lo haré. Creo que te ha embrujado, Mariko-san. Yo creo en los Padres sagrados. Creo que vuestro Anjín-san está dominado por Satanás, y te pido que compruebes si su herejía ya os ha contaminado. Por tres veces has usado la palabra «católicos» cuando querías decir cristianos. ¿No significa eso que convienes con él en que existen dos fes, dos versiones igualmente ciertas de la verdadera fe? ¿No vais contra los intereses de la Iglesia? —Se levantó—. Gracias por tu información. Queda con Dios.

Mariko se sacó de la manga un rollo sellado de papel.

—El señor Toranaga me pidió que te diera esto.

Kiyama miró el intacto sello.

—¿Sabes lo que es, Mariko-san?

—Sí. Se me ordenó que lo destruyera o que pasase el mensaje verbalmente si me interceptaban.

Kiyama rompió los sellos. El mensaje reiteraba el deseo de Toranaga de

conseguir la paz entre ellos, su total ayuda al Heredero y a la sucesión y, brevemente, daba información acerca de Onoshi. Acababa así: «Carezco de pruebas respecto del señor Onoshi, pero Uraga-noh-Ta-damasa las obtendrá y, de un modo deliberado, se pondrá en contacto contigo en Osaka para preguntarte si lo deseas. No obstante, poseo pruebas de que Ishido también ha traicionado el acuerdo secreto entre tú y él, de conceder el Kwanto a tus descendientes una vez que yo muera. El Kwanto ha sido prometido en secreto a mi hermano, Zataki, a cambio de traicionarme, pero tú has sido traicionado también. Una vez que yo haya muerto, tú y vuestro linaje seréis aislados y destruidos, al igual que toda la Iglesia cristiana. Te ruego que reconsideres todo esto. Pronto tendrás pruebas de mi sinceridad.»

Kiyama releyó el mensaje y ella lo observó como se le había ordenado.

«Obsérvalo cuidadosamente, Mariko-san —le había dicho Toranaga—. No estoy convencido de su acuerdo con Ishido respecto al Kwanto. Los espías me han informado de ello, pero no estoy seguro. Sabrás lo que ha hecho —o no ha hecho— si le das el mensaje en el momento oportuno.»

Vio la reacción de Kiyama. «¡Así que era verdad!», pensó.

El anciano daimío levantó la vista y dijo rotundamente:

—Y tú eres la prueba de su sinceridad *¿neh?* ¿La víctima propiciatoria?

—No, señor.

—No te creo. Y no lo creo a él. Quizá sí lo de la traición de Onoshi. Pero el resto… Es uno de los viejos trucos del señor Toranaga, el mezclar las verdades a medias junto a la miel y el veneno. Me temo que serás tú, Mariko-san, la que acabarás siendo traicionada.

CAPÍTULO LIV

—Nos iremos este mediodía.

—No, Mariko-san.

Dama Sazuko estaba casi a punto de llorar.

—Sí —dijo Kiri—. Nos iremos como dices.

—¡Pero nos detendrán! —exclamó la muchacha—. Todo es inútil.

—No —respondió Mariko—, estás equivocada, Sazuko-san, es muy necesario.

Intervino Kiri.

—Mariko-san tiene razón. Tenemos órdenes. —Sugirió algunos detalles de la huida—. Podemos estar listos al alba, si lo deseas.

—Nos iremos al mediodía. Eso es lo que *él* dijo, Kiri-chan —replicó Mariko.

—Necesitaremos pocas cosas, *¿neh?* —Sí.

—Muy pocas —siguió Sazuko—, pero todo es absurdo, pues nos detendrán…

—Tal vez no puedan —respondió Kiri—. Mariko dice que nos dejarán salir. El señor Toranaga cree que nos permitirán marchar. Cree que es eso lo que desean. Vete y descansa. Ahora debo hablar con Mariko-san.

La muchacha se fue. Estaba muy turbada.

Kiri enlazó las manos.

—¿Y bien, Mariko-san?

—He mandado un mensaje cifrado por medio de las palomas mensajeras, contando al señor Toranaga lo que ha sucedido esta noche. Ha salido con las primeras luces. Los hombres de Ishido intentarán seguramente destruir el resto de mis palomas mensajeras mañana, si se presentan problemas y no puedo traerlas aquí. ¿Hay algún mensaje que desees mandar al instante?

—Sí. Lo escribiré ahora. ¿Qué crees que va a suceder?

—El señor Toranaga está seguro de que si insisto, nos podremos marchar.

—No estoy de acuerdo. Y, por favor, perdóname, pero no creo ni siquiera que tengas fe en el intento.

—Estás equivocada. Claro que nos pueden detener mañana y, si lo hacen, ello acarreará unas peleas y amenazas terribles, pero eso no quiere decir nada. —

Mariko se echó a reír—. Repetirán esas amenazas día y noche. Pero al siguiente día se nos permitirá marchar.

Kiri movió la cabeza.

—Si nos permitieran escapar, también se irían los demás rehenes de Osaka. Ishido nos habría amenazado inútilmente y perdería prestigio. No podría soportarlo.

—Sí. —Mariko estaba muy satisfecha—. También él se encuentra atrapado.

Kiri se la quedó mirando.

—Dentro de dieciocho días, nuestro señor estará aquí, *¿neh?* Debe estar aquí.

—Sí.

—Lo siento, pero entonces, ¿por qué es tan importante que nos vayamos al instante?

—Él cree que es lo suficientemente importante, Kiri-san. Lo suficiente como para ordenarlo.

—Entonces, ¿tiene algún plan?

—¿No tiene siempre muchos planes?

—Dado que el Exaltado ha convenido en estar presente, nuestro señor está atrapado, *¿neh?*

—Sí.

Kiri echó un vistazo a la puerta *shoji*. Estaba cerrada. Se adelantó y dijo:

—Entonces, ¿por qué me dijo en secreto que pusiese estos pensamientos en la cabeza de dama Ochiba?

La confianza de Mariko empezó a debilitarse.

—¿Te dijo eso?

—Sí. En Yokosé, después de haber visto por primera vez al señor Zataki. ¿Por qué se puso él mismo la trampa?

—No lo sé.

Kiri se mordió los labios.

—Quiero saberlo. Pronto lo sabremos, pero no creo que me estés diciendo todo lo que sabes, Mariko-san. Debo confiar en ti, Mariko-san, pero todo esto impide a mi cabeza trabajar, *¿neh?*

—Te ruego que me excuses.

—Estoy muy orgullosa de ti —respondió Kiri—. Desearía tener tu valor, como frente a Ishido y los demás.

—Fue muy fácil para mí. Es nuestro señor quien nos ha dicho que debemos

irnos.

—Es muy peligroso lo que vamos a hacer. Así, ¿cómo puedo ayudaros?

—Debes apoyarme.

—Ya sabes que es así. Siempre ha sido así.

—Me quedaré contigo hasta el alba. Pero antes debo hablar con Anjín-san.

—Sí. Pero será mejor que vaya contigo.

Las dos mujeres abandonaron los apartamentos de Kiri, con una escolta de Grises, pasaron ante otros Pardos, que se inclinaron. Al llegar Kiri, hizo un ademán hacia la puerta.

—¿Anjín-san? —llamó Mariko.

—¿Hai?

La puerta se abrió. Blackthorne estaba allí de pie. A su lado, en la estancia, había dos Grises.

—Hola, Mariko-san.

—Hola. —Mariko echó un vistazo hacia los Grises—. Tengo que hablar en privado con el Anjín-san.

—Habladle, señora —respondió con gran deferencia el capitán—. Desgraciadamente, el señor Ishido nos ha ordenado, personalmente, bajo pena de muerte inmediata, que no lo dejemos solo.

Yoshinaka, oficial de guardia aquella noche, se adelantó:

—Perdóname, dama Toda. Estoy de acuerdo con esos guardias respecto del Anjín-san. Se los han puesto a petición personal del señor Ishido. Lo siento.

—Dado que el señor Ishido está implicado personalmente en la seguridad del Anjín-san, son bien venidos —respondió ella, aunque por dentro no estaba nada complacida.

Yoshinaka dijo al capitán de los Grises:

—Seré responsable de él mientras la dama Toda esté con el Anjín-san. Podéis aguardar afuera.

—Lo siento —replicó con firmeza el samurai—. Yo y mis hombres no tenemos alternativa: debemos observarlo todo con nuestros propios ojos.

—Estaré contenta de que os quedéis —comentó Kiri.

—Lo siento, Kiritsubo-san, pero debemos estar presentes. Excúsame, dama Toda —continuó algo incómodo el capitán—, aunque ninguno de ellos habla el bárbaro.

—Nadie sugiere que seas tan descortés como para escuchar —replicó Mariko casi enfadada—. Pero las costumbres de los bárbaros son diferentes a las

nuestras.

Yoshinaka observó:

—Como es obvio, los Grises deben obedecer a su señor. Esta noche estabas completamente de acuerdo en que el primer deber de un samurai es servir a su señor feudal, dama Toda, e incluso lo has manifestado en público.

—Perfectamente de acuerdo, señora —convino el capitán de los Grises, con el mismo orgullo mesurado—. No existe otra razón para la vida de un samurai, *¿neh?*

—Gracias —le respondió ella.

—También podemos honrar las costumbres del Anjín-san si podemos, capitán —añadió Yoshinaka—. Tal vez yo tenga una solución. Sígueme, por favor. —Se dirigió a la sala de audiencias—. Por favor, señora, podéis permanecer aquí con el Anjín-san, sentados. —Señaló hacia el lejano estrado—. Los guardias del Anjín-san pueden permanecer en la puerta y cumplir su deber hacia su señor. Así podremos hablar cuanto queramos, según las costumbres del Anjín-san. *¿Neh?*

Mariko explicó a Blackthorne lo que Yoshinaka había dicho. Luego, prudentemente, siguió en latín.

—No dejarán que nos marchemos esta noche. No tenemos otra alternativa, a no ser que ordene matarlos al instante, si tal es tu deseo.

—Mi deseo es hablar contigo en privado —replicó Blackthorne—. Pero no al precio de unas vidas. Te doy las gracias por preguntármelo.

Mariko se volvió hacia Yoshinaka.

—Muy bien, gracias, Yoshinaka-san. ¿Puedes ordenar que traigan unos braseros de incienso para mantener alejados a los mosquitos?

—De acuerdo. Te ruego que me excuses dama Toda: ¿hay alguna noticia más de dama Yodoko?

—No, Yoshinaka-san. Hemos oído decir que ha descansado bien, sin dolores. —Mariko sonrió a Blackthorne—. ¿Vamos hacia allí y nos sentamos, Anjín-san?

—El latín es más seguro, Anjín-san.

—¿Pueden oírnos desde allí?

—No, no lo creo, si hablamos bajo y moviendo poco los labios.

—Muy bien. ¿Qué ha pasado con Kiyama?

—Te amo…

—Tú…

—Esta noche no es posible vernos a solas, amor mío. Pero tengo un plan.

—¿Mañana? Pero, ¿qué ocurre con tu partida?

—Mañana podrían detenerme, Anjín-san. Pero no te preocupes. Al día siguiente seremos libres de poder irnos, como deseamos. Si mañana por la noche me detienen, quisiera estar contigo.

—¿Cómo?

—Kiri me ayudará. No me preguntes cómo ni por qué. Será fácil… —Calló un momento, mientras colocaban los braseros.

—Ishido es mi enemigo —comentó Blackthorne—. Entonces, ¿por qué hay tantos guardias a mi alrededor?

—Para protegerte. También creo que Ishido pretende utilizarte contra el Barco Negro, en Nagasaki, y contra los señores Kiyama y Onoshi.

—Sí, yo también opino así.

Ella vio que sus ojos la buscaban.

—¿Qué ocurre, Anjín-san?

—Contrariamente a lo que Yabú cree, me parece que todo lo de esta noche se ha hecho de modo deliberado, siguiendo órdenes de Toranaga.

—Sí, me ha dado órdenes.

Blackthorne volvió a hablar en portugués.

—Te está traicionando. Sólo eres un señuelo. ¿No lo crees así? Te utilizan para una de sus trampas.

—¿Por qué dices eso?

—Eres el cebo, lo mismo que yo. Es algo obvio, *¿neh?* El cebo de Yabú. Toranaga te envía como al sacrificio.

—No, estás equivocado, Anjín-san. Lo siento, pero estás en un error.

Blackthorne comentó en latín:

—Le he dicho que eres hermosa y que te amo, pero que eres una mentirosa.

—Nadie me ha manifestado una cosa así hasta ahora.

—¿Qué ganará Toranaga sacrificándonos?

Ella no respondió.

—Mariko-san, tengo el deber de preguntártelo. He de saber qué puede ganar con ello.

—No lo sé. Pero lo hice deliberadamente y en público, como deseaba Toranaga.

—¿Por qué?

—Porque Ishido es un campesino y nos permitirá marchar. El desafío ha de ser ante sus iguales. Dama Ochiba aprueba que vayamos a reunirnos con el señor Toranaga. Le hablé de ello y no se opuso. No debes preocuparte por nada.

Él comentó:

—¿Te ha ordenado Yabú que presentes tus excusas y te quedes?

—No va a ser obedecido, lo siento.

—¿A causa de las órdenes de Toranaga?

—Sí. Pero no sólo por sus órdenes, sino también por mis deseos. Le sugerí todo esto.

—¿Qué sucederá mañana?

Mariko le contó lo que le había dicho Kiri.

—¿Y qué pasa con los diecinueve días, dieciocho ya ahora? Toranaga debe de estar aquí para entonces, *¿neh?*

—Sí.

—En ese caso, ¿no es, como dice Ishido, una pérdida de tiempo?

—Sinceramente, no lo sé. Sólo sé que diecinueve o dieciocho días, e incluso sólo tres, pueden ser una eternidad.

—¿Y si Ishido no te deja marchar mañana?

—Es la única oportunidad que tenemos. Todos nosotros. Ishido debe ser humillado.

—¿Es eso cierto?

—Sí, lo afirmo ante Dios, Anjín-san.

CAPÍTULO LV

Por la avenida deslumbrante de sol, Mariko caminaba hacia las puertas del callejón sin salida. Detrás de ella había una guardia de diez Pardos. Vestía un quimono gris pálido, llevaba guantes blancos y se tocaba con un sombrero de viaje oscuro.

La avenida estaba muy tranquila. Los Grises se alineaban por todas las almenas. Pudo ver a Anjín-san en sus almenas. Yabú estaba junto a él. En el patio permanecía la columna que aguardaba, y allí se encontraban Kiri y dama Sazuko. Todos los Pardos estaban ataviados de ceremonia, excepto veinte de ellos, que permanecían con Blackthorne y dos en cada ventana, vigilando el patio delantero.

A diferencia de los Grises, ninguno de los Pardos llevaba armadura ni ballestas. Sus únicas armas eran las espadas.

Muchas mujeres, mujeres samurais, estaban también vigilando, algunas, desde las ventanas de las casas fortificadas que se alineaban en la avenida, y otras, desde las almenas. Finalmente, otras permanecían en la avenida, entre los Grises, llevando a algunos niños pulcramente vestidos. Todas las mujeres portaban sombrillas, y algunas también lucían espadas de samurai.

Kiyama estaba cerca de la puerta con cien de sus hombres, que no eran Grises.

—Buenos días, señor —le dijo Mariko. Él se inclinó, y Mariko cruzó la arcada.

—¡Hola, Kiri-san, Sazuko-san! ¡Qué hermosas estáis! ¿Todo está dispuesto?

—Sí —replicaron con falso entusiasmo.

—Muy bien. —Mariko subió a su palanquín abierto, y se sentó—. ¡Yoshinaka-san, empezad!

Al instante, el capitán empezó a impartir órdenes. Veinte Pardos formaron como una vanguardia y se pusieron en movimiento. Los porteadores cogieron el palanquín, sin cortinas, de Mariko y siguieron a los Pardos a través de la puerta. Kiri y dama Sazuko cerraban el cortejo, la muchacha llevaba a su hijo en brazos.

Cuando el palanquín de Mariko, ya a pleno sol, estuvo fuera de las murallas, un capitán de los Grises avanzó entre la vanguardia del palanquín y se plantó en

medio del camino. La vanguardia se detuvo de repente, al igual que los porteadores.

—Excúsame —dijo a Yoshinaka—, ¿puedo ver tu autorización?

—Lo lamento, capitán, pero no nos hace ninguna falta —replicó Yoshinaka, entre un gran silencio.

—Lo siento, pero el señor general Ishido, gobernador del castillo, capitán del Cuerpo de guardia del Heredero, con la aprobación de los Regentes, ha impartido órdenes en el castillo, que deben cumplirse.

Mariko dijo solamente:

—Yo soy Toda Mariko-noh-Buntaro y he recibido órdenes de mi señor feudal, el señor Toranaga, de escoltar a sus damas para que se reúnan con él. Déjanos el paso libre, por favor.

—Lo siento mucho, señora —afirmó el samurai con tono de orgullo—, pero sin los papeles necesarios, nuestro señor feudal ha ordenado que nadie abandone el castillo de Osaka. Perdóname.

Mariko respondió:

—¿Cuál es, por favor, tu nombre, capitán?

—Sumiyori Danzenji, señora, capitán de la Cuarta Legión, y mi estirpe es tan antigua como la tuya.

—Lo siento, capitán Sumiyori, pero si no te apartas del camino ordenaré que te maten.

—¡No puedes pasar sin el permiso debido!

—Mátalo, Yoshinaka-san.

Yoshinaka se abalanzó con el sable desenvainado, el cual se hundió profundamente en un costado del hombre, luego retiró el acero y lanzó un golpe aún más violento a la cabeza del samurai, que rodó por el polvo un corto trayecto antes de inmovilizarse.

Yoshinaka limpió su sable.

—¡Adelante! —ordenó a la vanguardia.

La vanguardia se formó de nuevo y se pusieron otra vez en movimiento. Luego, sin saber de dónde procedía, una flecha se hincó en el pecho de Yoshinaka. El cortejo se detuvo otra vez. Yoshinaka rompió en silencio el dardo, luego sus ojos se pusieron vidriosos y se tambaleó.

De los labios de Kiri surgió un pequeño gemido. Todos aguardaron conteniendo el aliento.

—Miyai Kazuko-san —llamó Mariko—. Hazte cargo de todo esto.

Kazuko era un joven alto y muy orgulloso, carilampiño, de hundidas mejillas. Se destacó del grupo de Pardos y se acercó a Kiyama, que estaba de pie delante de la puerta. Cruzó con grandes zancadas frente a las literas de Kiri y Sazuko, alcanzó a la de Mariko y se inclinó reverentemente.

—Sí, señora. Gracias.

—¡Apartaos! —les gritó a los hombres que estaban delante. Temerosos y frenéticos, obedecieron y de nuevo la procesión se puso en movimiento, mientras Kazuko andaba al lado de la litera de Mariko. Entonces, a un centenar de pasos de ellos, veinte Grises se adelantaron de las hileras de samurais y se detuvieron silenciosos al otro lado del camino. Los veinte Pardos cerraron los huecos. Algunos titubearon y la vanguardia se detuvo otra vez.

—¡Apartaos del camino! —gritó Kazuko.

Inmediatamente, uno de los Pardos se echó hacia delante y los otros lo siguieron. Se inició una lucha cruel. Cada vez que caía un Gris, otro se adelantaba calmosamente para reunirse con sus camaradas en la matanza. Era un combate equitativo, pues ahora eran quince contra quince. Luego fueron ocho contra ocho, unos cuantos Grises heridos que se arrastraban por el polvo y, luego, sólo tres Pardos contra dos Grises. Cayó otro Gris y, pronto, sólo fueron uno contra uno, con el último Pardo herido y victorioso de cuatro duelos. El último Gris le despachó con facilidad y quedó solo entre los cuerpos, mirando hacia Miyai Kazuko.

Todos los Pardos habían muerto. Cuatro Grises yacían heridos y dieciocho muertos.

Kazuko se adelantó, desenvainando su espada ante un gran silencio.

—Espera —le dijo Mariko—. Espera, Kazuko-san.

Se detuvo, pero sin perder de vista al Gris, preparado para el combate. Mariko saltó del palanquín y se dirigió hacia Kiyama.

—Señor Kiyama, te pido formalmente que ordenes a esos hombres que despejen el camino.

—Lo siento, Toda-sama, pero las órdenes del castillo deben ser obedecidas. Las órdenes son legales. Pero, si lo deseas, puedo convocar una reunión de los Regentes y pedirles una decisión.

—Yo soy samurai. Mis órdenes son claras, con *bushido* y santificadas por nuestro código. Deben ser obedecidas y estar por encima de cualquier ordenamiento hecho por el hombre. Si no se me permite obedecer, no podré vivir con esa infamia.

—Voy a convocar una reunión inmediata.

—Excúsame, señor, lo que hagas estará relacionado con vuestros asuntos. Yo sólo me relaciono con las órdenes de mi señor y con mi propia deshonra. —Dio la vuelta y se dirigió en silencio hacia la cabeza de la columna—. ¡Kazuko-san! Te ordeno que nos dejéis salir del castillo…

Él se echó hacia delante.

—Yo soy Miyai Kazuko, capitán, de la estirpe Serata, del Tercer Ejército del señor Toranaga. ¡Salid del camino!

—Yo soy Biwa Jiro, capitán de la guarnición del señor general Ishido. Mi vida carece de valor, pero aún así no pasaréis —respondió el Gris.

Con un grito repentino de batalla de «Toranagaaaaa…», Kazuko se abalanzó al combate. Sus sables entrechocaron. El Gris era bueno, muy bueno, y también lo era Kazuko. Sus sables produjeron un gran estruendo. Nadie se movió.

Kazuko venció, aunque quedó muy malherido. Con el brazo que le quedaba sano levantó su sable al cielo, mientras resonaba su grito de guerra, que daba gracias por su victoria: «¡Toranagaaaaaa!» Pero no había entusiasmo en su victoria. Sólo pertenecía a un ritual en el que se veía envuelto.

Kazuko hizo un esfuerzo por mover un pie y luego el otro.

Después con voz potente ordenó:

—¡Seguidme!

Nadie vio de dónde llegaron las flechas, pero éstas hicieron con él una carnicería. Y el ánimo de los Pardos se cambió desde el fatalismo a la ferocidad al ver este insulto a la virilidad de Kazuko. Se estaba ya muriendo y había caído en seguida, solo, cumpliendo con su deber, conduciéndolos fuera del castillo. Otro oficial de los Pardos se echó hacia delante con veinte hombres para formar una nueva vanguardia. El resto se apretujó en torno de Mariko, Kiri y dama Sazuko.

—¡Adelante! —rugió el oficial.

Dio un paso adelante y los veinte silenciosos samurais le siguieron. Al igual que sonámbulos, los porteadores cogieron su carga y marcharon sobre los cadáveres. Luego, delante, a un centenar de pasos, veinte Grises más con un oficial se desplazaron en silencio desde los centenares de hombres que esperaban. Los porteadores se detuvieron. La vanguardia apresuró el paso.

—¡Alto!

Los oficiales se detenían los unos a los otros y mencionaban su respectivo linaje.

—Por favor, salid del camino…

—Enseñadnos vuestra autorización…

De nuevo empezó la carnicería entre gritos de guerra de «¡Toranagaaa!» y «¡Yaemooonnn!» En cuanto caía un Gris, otro se adelantaba hasta que todos los Pardos hubieron muerto.

El último Gris limpió su espada y permaneció de pie cerrando el paso. Otro oficial se adelantó con veinte Pardos desde la compañía que estaba situada detrás de las literas.

—Esperad —ordenó Mariko. Saltó del palanquín, cogió la espada de Yoshinaka, la desenvainó y se marchó sola hacia delante—. Ya sabéis quién soy. Apartaos de mi camino.

—Yo soy Kojima Harutamoto, de la Sexta Legión, capitán. Perdóname, pero no puedes pasar —dijo con orgullo el Gris.

Ella se echó hacia delante. El Gris retrocedió y permaneció a la defensiva, aunque hubiera podido matarla sin esfuerzo. Se retiró despacio por la avenida, mientras ella le seguía. Dudando, la columna arrancó detrás de ella. De nuevo Mariko intentó que el Gris se lanzase al combate, pero el samurai no hacía más que retroceder, sin atacar. Pero esto lo hacía gravemente, con dignidad, incluso brindándole toda su cortesía, brindándole el honor que le era debido. Ella atacó de nuevo, pero él retrocedió otro paso. Mariko empezó a sudar. Un Pardo se adelantó para ayudarla, pero su oficial le ordenó que se detuviera, sabiendo que nadie debía de interferirse. Los samurais de ambos bandos aguardaban una señal para iniciar la lucha.

Entre la multitud, un niño escondió sus ojos en las faldas de su madre. Gentilmente, ésta le retiró y se arrodilló.

—Mírala, hijo —le murmuró—. Tú eres un samurai.

Mariko sabía que no podía prolongar mucho tiempo la situación. Ahora jadeaba y podía percatarse de la malevolencia que la rodeaba. Unos cuantos Grises se adelantaron para intentar rodearla, ella detuvo su avance, sabiendo que podía, con mucha facilidad, ser atrapada, desarmada y capturada, con lo cual todo quedaría destruido al instante. Nuevos Pardos se adelantaron para ayudarla y el resto tomó posiciones alrededor de las literas. Ahora, los ánimos que reinaban en la avenida eran ominosos y aquellos hombres tenían en las narices el dulce olor de la sangre derramada.

—Esperad —gritó Mariko.

Todos se detuvieron. Se inclinó a medias hacia su rival. Luego, con la cabeza

alta, le volvió la espalda y regresó hacia donde se encontraba Kiri.

—Lo siento, pero es imposible luchar contra esos hombres, por el momento —manifestó—. Por ahora, debemos regresar.

Cuando llegó ante Kiyama, se detuvo y se inclinó.

—Esos hombres me han impedido cumplir con mi deber, obedecer a mi señor feudal. Ya no puedo vivir con esta infamia, señor. Me haré el *seppuku* a la puesta del sol. Te pido formalmente que seas mi ayudante.

—No. No puedes hacer eso.

—A menos que se nos permita obedecer a nuestro señor feudal, *como es nuestro derecho*, me haré el *seppuku* al anochecer…

Hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta. Kiyama se inclinó ante ella, y sus hombres hicieron otro tanto. Todos cuantos se encontraban en la avenida, en las almenas y en las ventanas, se inclinaron, rindiéndole homenaje. Ella se dirigió hacia el jardín a través de la arcada y del patio central. Sus pasos la llevaron a la apartada, rústica y pequeña casa de té. Entró en ella y, una vez a solas, se echó a llorar en silencio. Lloró por todos los hombres que habían muerto.

CAPÍTULO LVI

—Hermoso, *¿neh?* —dijo Yabú señalando hacia abajo, en dirección a los muertos.

—¿Qué dices? —le preguntó Blackthorne.

—Era un poema. ¿Sabes lo que quiere decir «poema»?

—Sí, entiendo la palabra.

—Era un poema, Anjín-san. ¿No lo crees así?

Si Blackthorne hubiera sabido las palabras necesarias, habría podido decir: «No, Yabú-san. Pero he podido ver claramente, por primera vez, qué pensaba en realidad cuando Mariko dio la primera orden y Yoshinaka mató al primer hombre. ¿Poema? Es un ritual horrible, sin sentido y extraordinario, donde la muerte se formaliza y se hace inevitable. Todos lo hemos llevado a cabo, Yabú-san: tú, yo, el castillo, Kiri, Ochiba, Ishido, todos. Y todo, porque ella había ya decidido lo que había que hacer, tras considerar que era necesario. ¿Y cuándo lo decidió? Hace mucho tiempo, *¿neh?* Mejor dicho, Toranaga fue quien tomó la decisión por ella.»

—Lo siento, Yabú-san, pero no tengo palabras suficientes —manifestó.

Yabú apenas lo oyó. Todo estaba silencioso en las almenas y en la avenida, todo carecía de movimiento, como si se tratase de estatuas. Luego la avenida empezó a cobrar vida, se alzaron voces, se iniciaron movimientos, el sol batió con fuerza. Parecieron salir de un trance.

Yabú suspiró, mientras la melancolía se apoderaba de él.

—Era un poema, Anjín-san —manifestó de nuevo, y abandonó las almenas.

Una vez Mariko hubo guardado la espada y se volvió hacia atrás sola, Blackthorne habría deseado lanzarse a aquel escenario y acometer a su atacante para protegerla, decapitar al Gris antes de que pudiese herirla. Pero, como todos, no hizo nada. Y no por miedo. No tenía miedo a la muerte. Sus ojos contemplaron la muerte esparcida por la avenida. «Habría podido matar a aquel Gris, por ella —pensó—. Y tal vez a otro, o a varios, pero siempre habría habido otro, y mi muerte hubiera sido segura. No tengo miedo a morir. Lo único que siento es no poder hacer nada para protegerla.»

Los Grises se dedicaban ahora a recoger a los muertos. Los Pardos y los Grises eran tratados con la misma dignidad.

—¿Anjín-san, dónde vamos?

Se volvió. Se había olvidado de sus Grises. El capitán se encontraba ante él.

—¡Ah, lo siento! Vamos hacia allá —y señaló al patio.

El capitán de los Grises pensó unos momentos y luego, como forzado, se mostró de acuerdo.

—Muy bien. Sígueme.

Una vez en el patio, Blackthorne sintió la hostilidad de los Pardos hacia sus Grises. Yabú se encontraba al lado de las puertas, viendo cómo se retiraban los hombres. Kiri y dama Sazuko se abanicaban y una nodriza amamantaba al bebé. Los porteadores se habían hecho a un lado, formando un grupo temeroso en torno a los equipajes y los caballos de carga. Se adelantó hacia el jardín, pero los guardias movieron la cabeza.

—Lo siento, pero eso, por el momento, está fuera de nuestros límites.

—Muy bien, de acuerdo —respondió retrocediendo.

La avenida empezaba a quedarse vacía, aunque aún permanecían en ella quinientos Grises, sentados en cuclillas o con las piernas cruzadas, en un amplio semicírculo, frente a las puertas. El último de los Pardos pasó debajo de la arcada.

Yabú-san ordenó:

—Cerrad las puertas y barradlas.

—Perdona, Yabú-san —dijo el oficial—, pero dama Toda ha manifestado que han de quedar abiertas. Las guardamos contra toda clase de hombres, pero las puertas han de estar de par en par.

—¿Estás seguro?

—Excúsame, por favor. Claro que estoy seguro.

—Gracias. No he querido ofenderte, *¿neh?* ¿Eres el oficial de mayor rango aquí?

—Sí, dama Toda me ha honrado con su confianza. Como es natural, tú estás por encima de mí.

—Yo soy el jefe, pero tú estás a cargo de todo esto.

—Gracias, Yabú-san, pero quien manda aquí es dama Toda. Tú eres el oficial de más rango. Me siento honrado de ser el segundo después de ti. Si me lo permites.

—Te lo permito, capitán. Sé muy bien quién manda aquí. ¿Cuál es tu

nombre, por favor?

—Sumiyori Tabito.

—¿No fue también el primer Gris un Sumiyori?

—Sí, Yabú-san. Era mi primo.

—Cuando estés dispuesto, capitán Sumiyori, ¿podrás convocar una reunión de todos los oficiales?

—Desde luego, señor. Pero con el permiso de dama Toda.

Ambos hombres contemplaron a una dama que andaba cojeando por el patio. Era ya de edad, y samurai, avanzaba penosamente apoyada en un bastón. Sus cabellos eran blancos, pero aún se mantenía erguida. Se dirigió hacia Kiritsubo.

—¡Ah, Kiritsubo-san! —exclamó—. Soy Maeda Etsu, la madre del señor Maeda, y comparto los puntos de vista de dama Toda. Con el permiso de ella quisiera tener el honor de aguardarla.

—Siéntate, por favor y sé bien venida —dijo Kiri.

Una sirvienta trajo otro cojín, y ambas criadas ayudaron a la anciana dama a sentarse.

—Esto está mucho mejor —dijo dama Etsu, lanzando un grito de dolor—. ¡Oh, estas articulaciones cada día están peor! ¡Ah, qué alivio! Gracias.

—¿Quieres cha?

—Primero cha y luego saké, Kiritsubo-san. Grandes cantidades de saké.

Otras muchas damas se adelantaron.

—Excúsame, soy Achiko, esposa de Kiyama Nagamasa. Deseo también irme a casa —expuso con timidez una muchacha, que llevaba de la mano a su hijo pequeño—. Quiero ir a casa con mi marido. ¿Puedo también pedir permiso para aguardar?

—El señor Kiyama se pondrá furioso contra ti, señora, si permanecéis aquí.

—Lo siento, Kiritsubo-san, pero el abuelo apenas me conoce. Sólo soy la esposa de uno de sus nietos menores. Seguramente no se preocupará por mí. Por otra parte, no he visto a mi marido desde hace muchos meses. Y tampoco me inquieta lo que puedan decir. Nuestra señora tiene razón, *¿neh?*

—Desde luego, Achiko-san —replicó con firmeza dama Etsu—. Claro que eres bien venida, muchacha. Siéntate. ¿Cuál es tu nombre? Tienes un hijo muy guapo.

—¿Cómo puede un hombre entender a las mujeres? —comentó Sumiyori.

—¡Es imposible! —corroboró Yabú.

—Están atemorizadas y lloran y, de pronto… Cuando vi cómo dama Mariko

cogía la espada de Yoshinaka, pensé que iba a morirme de orgullo.

—Sí. Lástima que el último Gris fuese tan bueno. Me hubiera gustado ver cómo la mataba. Un hombre inferior la hubiese matado.

—¿Qué habrías hecho si hubieses sido él?

—La habría matado y luego habría cargado contra los Pardos. Habría corrido mucha sangre. Lástima no haber podido matar a todos los Grises que estaban cerca de mí durante la batalla.

—A veces es bueno matar. Muy bueno. En ocasiones resulta algo muy especial, mejor incluso que una mujer codiciada.

Las mujeres estallaron en carcajadas.

—Es algo bueno tener de nuevo aquí a los niños. Gracias a todos los dioses, los míos están ya en Yedo.

Yabú contempló analíticamente a aquella mujer.

—Me estoy preguntando lo mismo —dijo Sumiyori en voz baja.

—¿Cuál es tu respuesta?

—Ahora sólo puede haber una. Si Ishido nos deja marchar, todo irá bien. Si dama Mariko se hace el *seppuku*, entonces… Entonces ayudaremos a todas esas damas y empezará la matanza. No querrán vivir.

—Alguno deseará hacerlo —alegó Yabú.

—Puedes decidir esto después, Yabú-san. Quizá resulte beneficioso para tu amo si todos se hacen aquí el *seppuku*. Hasta los niños.

—Sí.

—Después acudiremos a las murallas y abriremos las puertas. Lucharemos hasta el mediodía. Eso bastará. Luego, los que aún queden en pie entrarán y prenderán fuego a su parte del castillo. Si para entonces aún estoy vivo, me sentiré honrado en que seas mi ayudante.

—De acuerdo. Óyeme, Sumiyori-san. Voy a ir a mi casa un momento. Ve por mí en cuanto regrese la señora.

Luego se acercó a Blackthorne, que estaba sentado, pensativo, en los escalones principales.

—Oye, Anjín-san —le dijo Yabú—. Tal vez haya una solución. Secreta, *¿neh?* Secreta, ¿lo entiendes?

—Sí. Lo entiendo. ¿De qué se trata? —preguntó Blackthorne.

—Hablaremos después. No te alejes mucho ni comentes nada con nadie, ¿entendido?

—Sí.

—Es imposible, señor general —dijo Ochiba—. No puedes permitir que una dama de su rango se haga el *seppuku*. Lo siento, pero estás en una trampa.

—Lo sé —respondió Kiyama.

—Con la debida humildad, señora —dijo Ishido—, diga lo que diga, ella ya lo ha decidido, o lo ha hecho Toranaga.

—Claro que él está detrás de todo esto —observó Kiyama—. Lo siento, pero te ha burlado una vez más. ¡A no ser que le impidas llevar a cabo el *seppuku*!

—¿Por qué?

—Por favor, señor general, bajemos la voz —aconsejó Ochiba. Estaban esperando en la espaciosa antesala de la habitación de enferma de dama Yodoko, en las estancias interiores de la torre de homenaje, en el segundo piso—. Estoy seguro de que no tienes la culpa y de que se podrá encontrar una solución.

Kiyama comentó en voz baja:

—No puedes permitir que continúe sus planes, señor general. Esto puede rebelar a todas las damas del castillo.

—Olvidas que dispararon por error contra una pareja, lo cual no sólo no creó más problemas, sino que abortó cualquier otro intento de huida.

—Fue un terrible error, señor general —observó Ochiba.

—De acuerdo. Pero estamos en guerra. Toranaga no se halla en nuestras manos, y hasta que él muera, tú y el Heredero estaréis en un gran peligro.

—Lo siento… No me preocupo por mí, sino sólo por mi hijo —replicó Ochiba—. Volverá dentro de dieciocho días. Te aconsejo que dejes marchar a todos.

—Eso es correr un riesgo innecesario. Lo siento. No estamos seguros de que lo vaya a hacer.

—Lo hará —confirmó Kiyama—. Ella es un samurai.

—Sí —convino Ochiba—. Lo siento, pero estoy de acuerdo con el señor Kiyama. Mariko-san hará lo que ha dicho. Esas Maedas son muy orgullosas, *¿neh?*

Ishido se acercó a la ventana y miró afuera.

—Por lo que a mí respecta, pueden reventar. Pero Toda es una mujer cristiana, *¿neh?* ¿Y no es el suicidio algo prohibido por su religión? ¿Un pecado muy especial?

—Sí, pero tendrá un ayudante. Y así no constituirá un suicidio.

—¿Y si no lo hace?

—¿Qué?

—¿Si está desarmada y no tiene un ayudante?

—¿Cómo podríamos hacer eso?

—Capturándola. Confinándola con unas sirvientas cuidadosamente elegidas hasta que Toranaga cruce nuestras fronteras. —Ishido se rió—. Entonces hará lo que deseemos. Incluso será algo delicioso ayudarla.

—¿Y cómo podemos capturarla? —preguntó Kiyama—. Siempre tendrá tiempo de hacerse el *seppuku* o de emplear su puñal.

—Tal vez. Pero digamos que es capturada y desarmada, y la guardamos durante unos cuantos días. ¿No son esos «cuantos días» algo vital? ¿No ha insistido por ello en irse hoy, antes de que Toranaga cruce nuestras fronteras?

—¿Puede hacerlo? —preguntó dama Ochiba.

—Posiblemente —respondió Ishido. Kiyama ponderó esto.

—Dentro de dieciocho días, Toranaga debe estar aquí. Puede retrasarse en la frontera durante otros cuatro días más. Deberemos tenerla en nuestro poder todo lo más una semana.

—O para siempre —comentó Ochiba—. Toranaga se retrasa ya demasiado. A veces creo que no vendrá nunca.

—Tiene que estar aquí el vigésimo segundo día —comentó Ishido—. Ah, señora, eso es una idea muy brillante.

—¿Seguramente era idea tuya, señor general? ¿Y qué hay respecto del señor Sudara y de mi hermana? ¿Están ahora con Toranaga?

—No, señora. Aún no. Vendrán aquí por mar.

—A ella no hay que tocarla —dijo Ochiba—. Ni a su hijo.

—Su hijo es un heredero directo de Toranaga, el cual es heredero de los Minowara. Mi deber hacia el Heredero, señora, me hace resaltar de nuevo esto.

—Mi hermana no debe ser tocada. Ni tampoco su hijo.

—Como desees.

Entonces ella le preguntó a Kiyama.

—Señor, ¿hasta qué punto es buena cristiana Mariko-san?

—¿Os referís de nuevo a que el suicidio puede convertirse en un pecado? Creo que debe hacer honor a esto o bien perder su alma, señora. Pero no sé si…

—Entonces puede haber una solución simple —dijo Ishido sin pensar—. Manda al Sumo Sacerdote de los cristianos que la ordene que no arruine a los gobernantes legales del Imperio…

—No puede tener ese poder —respondió Kiyama. Luego añadió en tono más mordaz—. Eso sería una interferencia política, algo con lo que tú siempre has estado en contra.

La puerta interior se abrió y apareció en el umbral un médico. Su cara era muy grave y parecía agotado.

—Lo siento, mi dama, pero pregunta por vos.

—¿Se está muriendo? —inquirió Ishido.

—Está casi muerta, señor general. Pero ignoro cuándo acabará de morir.

Ochiba corrió al otro lado de la amplia habitación y atravesó la puerta interior, con su quimono azul colgando y sus faldas revoloteando graciosamente. Ambos hombres la contemplaron. La puerta se cerró. Durante un momento, los dos se rehuyeron la mirada. Luego Kiyama dijo:

—¿Crees realmente que dama Toda puede ser capturada?

—Sí —le respondió Ishido, mientras observaba la puerta.

Ochiba atravesó aquella habitación más lujosa y cayó de rodillas al lado de la esterilla. Las sirvientas y los médicos formaban un grupo. La cama de Yodoko estaba rodeada por biombos decorados. Parecía dormir, y Ochiba pensó lo triste que era hacerse viejo. La edad era más injusta con las mujeres, que con los hombres. «Que los dioses me protejan de la ancianidad —oró—. Que Buda proteja a mi hijo y le permita alcanzar a salvo el poder, y me proteja a mí sólo mientras sea capaz de protegerlo y de ayudarlo.»

Tomó la mano de Yodoko, rindiéndola honores.

—Señora…

—¿O-Chan? —musitó Yodoko empleando su sobrenombre.

—Soy yo…

—¡Ah, qué bonita eres, qué bonita has sido siempre! —La mano se alzó y acarició el hermoso cabello—. Tan joven y hermosa y oliendo siempre tan bien. Qué suerte tiene el Taiko.

—¿Tenéis dolores, señora? ¿Puedo hacer algo por vos?

—Nada…, nada. Sólo deseo hablar. —Aquellos ojos de anciana estaban hundidos, pero aún no habían perdido su sagacidad—. Echa a los demás.

Cuando se encontraron a solas, le preguntó:

—¿Qué deseáis, señora?

—Óyeme, querida, haz que el general la deje irse.

—No puedo, señora, en ese caso todos los rehenes se irían y perderíamos nuestra fuerza. Los regentes se muestran de acuerdo —respondió Ochiba.

—¡Los regentes! —exclamó Yodoko, con una mueca de desdén—. ¿Estáis vos de acuerdo?

—Sí, señora, además, anoche tú misma decías que no se debía marchar.

—Ahora debes permitir que se vaya, pues, tal vez, los otros la sigan en el *seppuku*. Tú y tus hijos os veríais rechazados a causa de la equivocación de Ishido.

—El señor general es leal, señora. Toranaga no lo es, lo siento.

—Podéis creer al señor Toranaga y no a él…

Ochiba movió la cabeza.

—Lo siento, pero estoy convencida de que Toranaga intenta convertirse en shogun y que destruirá a mi hijo.

—Estáis equivocada. Él lo ha dicho miles de veces. Los otros daimíos están tratando de utilizarlo para sus propias ambiciones. Siempre las han tenido. Toranaga era el favorito del Taiko. Toranaga siempre ha sido honrado por el Heredero. Toranaga es un Minowara. No puede ser gobernado ni por Ishido ni por los regentes. Tiene su propio *karma*, sus propios secretos, O-chan. ¿Por qué no la dejas marcharse? Es algo muy simple. Prohíbe que se vaya por mar. Permanecerá cerca de nuestras fronteras. Estará rodeada por Grises. Hará lo que quiera Taiko o Toranaga. Tú y tu hijo seréis… —las palabras se rezagaron y sus cejas empezaron a agitarse. La anciana dama reunió sus últimas fuerzas y continuó—: Mariko-san nunca pondrá objeciones a los guardias. Sé que hará lo que afirma. Déjala marcharse…

—Naturalmente, todo eso ya ha sido pensado, señora —respondió Ochiba, con voz gentil y paciente—, pero, fuera del castillo, Toranaga tiene bandas secretas de samurais, escondidos en Osaka y en torno de la ciudad, no sabemos cuántos. También tiene aliados. No estamos seguros de quiénes son. Ella puede escapar. Una vez lo consiga, todos los demás podrán seguirla y, a partir de ese momento, habríamos perdido una gran parte de nuestra seguridad. Estabas de acuerdo, Yodoko-san, ¿no lo recuerdas? Lo siento, pero ya te lo pregunté la pasada noche. ¿No lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo, hija mía —dijo Yodoko, mientras su mente empezaba a divagar—. ¡Oh, cómo desearía que el señor Taiko estuviese de nuevo aquí para guiaros!

La respiración de la anciana empezó a hacerse muy trabajosa.

—¿Quieres que os traiga cha o saké?

—Cha, por favor.

Ella ayudó a la anciana a beber.

—Gracias, hija mía. Escúchame: debes confiar en Toranaga. Cásate con él y arregla lo de la sucesión.

—No, no —replicó Ochiba, impresionada.

—Yaemón podría mandar después de él. Los hijos de nuestro hijo jurarán honorablemente eterna fidelidad a esta nueva línea Toranaga.

—Los Toranaga siempre han odiado al Taiko. Ya lo sabes, señora. Toranaga es el origen de todos los problemas. Siempre él, durante años, *¿neh?*

—¿Y tú? ¿Qué hay de tu orgullo, hija mía?

—Él es el enemigo, nuestro enemigo.

—Tú tienes dos enemigos, hija mía. Tu orgullo y la necesidad de tener un hombre para compararlo con nuestro esposo. Por favor, sé paciente conmigo. Eres joven y hermosa, así como fértil, mereces un esposo. Toranaga es digno de ti, y tú de él. Toranaga es la única oportunidad que tiene Yaemón.

—No, él es el enemigo.

—Él era el mayor amigo de tu esposo y su más leal vasallo. Sin… sin Toranaga… ¿no lo comprendes? Tú podrías… guiarlo…

—Lo siento, pero lo odio, me disgusta, Yodoko-san.

—Muchas mujeres… ¿Qué digo? Ah, sí: muchas mujeres se casan a disgusto con sus maridos. Doy gracias a Buda por no haber tenido que sufrir nada semejante —declaró la anciana sonriendo brevemente—. ¿Neh?

—Sí.

—¿Lo harás, por favor?

—Lo pensaré.

—Te ruego que me prometas que te casarás con Toranaga y así podré ir ante Buda sabiendo que la línea de los Taikos perdurará, con su nombre.

Por el rostro de Ochiba se deslizaron unas lágrimas.

—Debes dejar que Akechi Mariko se vaya. No dejes que se vengue de nosotros por lo que hizo el Taiko, por lo que éste le hizo a ella y a su padre —musitó trémula la anciana.

—¿Cómo? —preguntó Ochiba sorprendida.

No hubo respuesta. Más tarde, Yodoko empezó a murmurar:

—Querido Yaemón, mi querido hijo… eres un espléndido muchacho, pero tienes tantos enemigos… Eres como una ilusión…

La anciana sufrió un espasmo y Ochiba la acarició, diciéndole para consolarla:

—*Namu Amida Butsu*.

—Perdóname, O-Chan —dijo la vieja tras sufrir otro espasmo.

—No hay nada que perdonar, señora.

—Mucho que perdonar —dijo la anciana, con voz débil y semblante apagado —. Escucha, prométeme lo de Toranaga, Ochiba-sama… es importante… por favor… puedes confiar en él…

Ochiba no quería obedecer, pero sabía que acabaría haciéndolo. Estaba preocupada por lo que le había dicho acerca de Akechi Mariko, y aún resonaban en su mente las palabras del Taiko, repetidas mil veces: «Puedes confiar en Yodoko-sama, O-Chan. Ella es la Sabia, no lo olvides. Casi siempre tiene razón y en cualquier momento le puedes confiar tu vida, la de mi hijo y la mía…»

—Prom… —empezó a decir Ochiba, pero se detuvo en seco.

Yodoko-sama acabó extinguiéndose.

—*Namu Amida Butsu* —dijo Ochiba.

Ochiba se llevó a sus labios la mano de la difunta, después se la soltó y le cerró los ojos. Pensó en la muerte del Taiko, la única que había presenciado antes tan de cerca. En aquel momento, dama Yodoko había cerrado los ojos como un privilegio de mujer. Toranaga esperaba fuera, igual que Kiyama e Ishido, quienes habían comenzado la vigilia el día anterior.

—¿Por qué llamar a Toranaga, señor? —había preguntado ella—. Deberías descansar.

—Descansaré cuando haya muerto, O-Chan —había dicho el Taiko—. Debo arreglar lo de la sucesión, mientras tenga poder.

Toranaga había llegado, fuerte, lleno de vitalidad y de poder. Entonces los cuatro estaban solos: Ochiba, Yodoko, Toranaga y Nakamura, el Taiko, el señor del Japón yacente en su lecho de muerte. Todos esperaban órdenes que serían obedecidas.

—Tora-san —había dicho el Taiko, saludándolo con el apodo que Goroda había dado a Toranaga—. Me muero, voy a desaparecer. Vosotros seguiréis vivos y mi hijo está indefenso.

—No, señor. Todos los daimíos lo honrarán igual que a ti.

—Sí, lo harán —dijo el Taiko, riéndose—. Hoy, mientras vivo. ¿Cómo puedo estar seguro de que Yaemón gobernará después de mí?

—Nombra un Consejo de Regencia, señor.

—Regentes —dijo el Taiko, en tono despectivo—. A lo mejor te nombro mi heredero y te permito juzgar si Yaemón podrá sucederte.

—No soy digno de tal cosa. Tu hijo te sucederá.

—Sí, y los hijos de Goroda lo habrían sucedido.

—No, ellos rompieron la paz.

—Y tú los suprimiste por órdenes mías.

—Tú tenías el mandato del emperador. Ellos se rebelaron contra tu mandato legal, señor. Dame órdenes ahora y las obedeceré.

—Por eso he hecho que vengas. Es raro tener un hijo a los cincuenta y siete años y algo estúpido morirse a los sesenta y tres, sobre todo si el hijo es único y se es señor del Japón, *¿neh?*

—Sí —convino Toranaga.

—Quizás habría sido mejor que no hubiera tenido un hijo. De este modo te habría conferido el mando a ti, según convinimos. Tú tienes infinidad de hijos.

—*Karma*.

El Taiko se había reído, al tiempo que surgió de su boca un esputo sanguinolento, el cual limpió Yodoko cuidadosamente.

—Gracias, Yo-chan, gracias.

El Taiko miró a Ochiba, la cual sonrió un instante. Ella pensaba una y otra vez: «¿Es Yaemón realmente mi hijo?»

—*Karma*, O-chan. *¿Neh?*

Ochiba empezó a llorar.

—No tienes que llorar, O-chan. La vida sólo es un sueño dentro de un sueño —dijo el viejo, quien añadió con inesperada energía, dirigiéndose a Toranaga—: ¡Vaya, viejo amigo, qué mujer tenemos!, *¿neh?* ¿Y las batallas? Luchando juntos, invencibles. Realizamos increíbles proezas, *¿neh?* Los dos lo hicimos: un campesino y un Minowara. Mira, si llego a vivir más años, habría acabado con los Comedores de Ajos. Con las legiones coreanas y las nuestras habríamos llegado a Pekín y me habría sentado en el Trono del Dragón de China. Entonces te hubiera dado Japón, que es lo que quieres, yo también habría cumplido mis deseos. Un campesino puede sentarse con honor en el Trono del Dragón, no como aquí, ¿verdad?

—China y Japón, son diferentes, señor.

—Sí, los chinos son sabios. Allí, el primero de una dinastía siempre es un campesino, o el hijo de un campesino. El trono siempre se toma por la fuerza,

con manos ensangrentadas. En China no hay castas hereditarias… ¿no es ésa la fuerza de China? Fuerza y manos ensangrentadas… así soy yo.

—Sí, pero tú eres también samurai. Aquí cambiaste las reglas. Eres el primero de una dinastía.

—Siempre me agradaste, Tora-san. Sí, imagínate que me hubiera sentado en el Trono del Dragón… como emperador de China. Yodoko habría sido emperadora y, después de ella, Ochiba *la Hermosa*, y después de mí Yaemón. Y China y Japón siempre juntos, como es debido. ¡Habría sido tan fácil! Después, con nuestras legiones y las hordas chinas, habríamos conquistado los imperios de toda la Tierra.

—Somos invencibles, tú y yo somos invencibles. Los japoneses somos invencibles. ¿*Neh*?

—Sí.

—¿A qué se debe? —preguntó con ojos brillantes.

—Trabajo, disciplina y arrojo —aseguró Toranaga.

El Taiko, cada vez más débil, sonrió. Su voz sonó firme al preguntar:

—¿Qué regentes elegirías?

—A los señores Kiyama, Ishido, Onoshi, Toda Hiro-matsu y Sugiyama.

—Tú eres el hombre más inteligente del Imperio, después de mí. Explica a mis damas por qué elegirás a esos cinco.

—Porque ellos se odian entre sí, pero, combinados, podrán gobernar de modo efectivo y acabar con cualquier oposición.

—¿Incluso contigo?

—No, conmigo no, señor. Para que Yaemón herede el poder se habrán de esperar nueve años —dijo Toranaga dirigiéndose a Ochiba—. Para ello, deberás mantener la paz del Taiko. He pensado en Kiyama porque él es el principal jefe daimío cristiano, un gran general y un leal vasallo. Sugiyama porque es el daimío más rico del país, de familia antigua, detesta cordialmente a los cristianos y ganaría mucho si Yaemón accede al poder. Onoshi desprecia a Kiyama, es también cristiano, aunque le gusta la vida, vivirá durante otros veinte años y odia a todos los demás con monstruosa violencia, particularmente a Ishido. Ishido siempre husmea conspiraciones, es un campesino, odia a los samurais hereditarios y se opone violentamente a los cristianos. Toda Hiro-matsu es honrado, obediente y fiel, tan constante como el sol y hábil con el sable. Debería ser presidente del Consejo.

—¿Y tú?

—Yo me haré *seppuku* con mi hijo mayor, Noboru. Mi hijo Sudara está casado con la hermana de dama Ochiba, de modo que no es ninguna amenaza. Podría heredar el Kwanto, si te complace, a condición de que jure eterna fidelidad a tu casa.

A nadie le había sorprendido que Toranaga ofreciese lo que tenía en mente el Taiko. Toranaga era la única amenaza entre los daimíos.

—¿Cuál es tu consejo, O-chan? —preguntó el Taiko.

—Todo lo que el señor Toranaga ha dicho, señor. Deberías ordenar que mi hermana se divorciara de Sudara, que se haría el *seppuku*. El señor Noboru sería heredero del señor Toranaga, heredando las dos provincias de Musashi y Shimusa, y el resto del Kwanto pasaría a tu heredero, Yaemón. Te aconsejo que ordenes esto hoy.

—¿Yodoko-sama?

Ante su asombro, Yodoko había dicho:

—Ah, Tokichi, ya sabes que te adoro con todo mi corazón y a O-chan, y Yaemón es mi propio hijo. Quisiera que el único regente fuera Toranaga.

—¿Qué?

—Si le ordenas morir, creo que matarás a nuestro hijo. Sólo el señor Toranaga tiene suficiente habilidad, prestigio y valor para heredar ahora. Pon a Yaemón a su cuidado hasta que cumpla la edad debida. Ordena a Toranaga que adopte a nuestro hijo formalmente.

—No, eso no se debe hacer —había protestado Ochiba.

—¿Qué dices tú a esto, Tora-san? —preguntó el Taiko.

—Debo rechazarlo humildemente, señor. No puedo aceptar eso y pedir que se me permita realizar el *seppuku*, yéndome antes que tú.

—Tú serás el único regente.

—Nunca me negué a obedecerte desde que llegamos a nuestro acuerdo. Pero no quiero acatar esta orden.

Ochiba recordaba que había hecho lo posible para que el Taiko dejara que Toranaga se eliminara a sí mismo cuando supo que el Taiko había tomado una decisión. Pero el Taiko había cambiado de idea, aceptando en parte lo aconsejado por Yodoko y comprometiéndose a que Toranaga fuera regente y presidente de los regentes. Toranaga había jurado eterna fidelidad a Yaemón, pero aún estaba tejiendo la red que los enredaría a todos, como la crisis que Mariko había provocado.

—Sé que eran sus órdenes —murmuró Ochiba.

«¿Casarme con Toranaga? Que Buda me preserve de la vergüenza de tener que darle la bienvenida y soportarlo. ¿Cuál es la verdad, Ochiba? —se preguntó a sí misma—. La verdad es que lo quisiste una vez, antes que al Taiko, *¿neh?* En el fondo de tu corazón has conservado cierto amor, *¿neh?* La Sabia mujer tenía nuevamente razón. ¿Por qué no aceptar a Ishido? Él te honra y te ama, además, va a ganar. Sería fácil de manejar. *¿Neh*? Sí, ya conozco las sucias calumnias extendidas por los enemigos. Juro que antes me acostaría con mis doncellas y pondría mi fe en un barigata, durante otras mil vidas, que mancillar la memoria de mi señor con Ishido. Sé honesta, Ochiba. Considera a Toranaga. ¿No lo odias precisamente porque te vio en aquel día de sueño?»

Había sucedido seis años antes, en Kyushu, cuando ella y sus damas habían estado cazando con halcones. Habían recorrido una extensa zona y ella había perseguido al galope a un halcón, separándose de los demás. Subió a las colinas y se adentró en un bosque, en donde encontró a un campesino que recogía bayas. Su primer hijo ya había muerto hacía dos años y no podía concebir otro, a pesar de sus reiterados intentos. El Taiko tenía la obsesión de dejar un heredero.

El encuentro con el campesino fue inesperado. Él la miró como si ella hubiera sido una *kami* y ella a él porque era la viva imagen del Taiko: pequeño y simiesco. Pero era joven.

En seguida comprendió que era un regalo de los dioses. Desmontó, dio unos pasos y se mostró como una perra en celo.

Aquello había sido como un sueño. Yació sobre el suelo entregada al frenesí sexual del campesino. Después éste le inspiró un tremendo disgusto y lo apartó de sí. El infeliz pretendió seguir con el acto, pero ella le dijo que era una *kami* y que lo castigaría. El campesino se arrodilló, pidiendo perdón.

En el otro extremo del bosque la aguardaba Toranaga. Ella, llena de pánico, se preguntó si él la habría visto.

—Estaba preocupado por ti, señora —había dicho Toranaga.

—Estoy perfectamente, gracias.

—Pero tienes el quimono desgarrado y el pelo revuelto…

—Mi caballo me ha desarzonado. No es nada.

Ella lo desafió a una carrera hasta la casa, a fin de demostrarle que no pasaba nada. Aquella noche realizó el acto sexual con su dueño y señor. Nueve meses más tarde, dio a luz a Yaemón.

—Por supuesto, nuestro marido es el padre de Yaemón —dijo Ochiba categórica a Yodoko—. Él ha sido el padre de mis dos hijos… el otro fue un

sueño.

«¿Por qué engañarte a ti misma? No fue un sueño. Hiciste el amor con el campesino porque necesitabas un hijo a fin de unir al Taiko a ti. Si no, habría tomado otra consorte, *¿neh?*»

—¿Qué me dices de tu primogénito?

—*Karma* —dijo Ochiba.

—Bebe esto, hija —había dicho Yodoko.

Yodoko y ella nunca habían hablado del asunto.

«Tú eres inocente, Yodoko-sama, y no ocurrió nada. Y, si así fue, descansa en paz, Anciana, ahora que el secreto está sepultado contigo. Si él hubiera vivido otros diez años, yo habría sido emperatriz de China, pero, ahora… estoy sola. Es extraño que mueras antes de que pueda prometerme, señora. Me hubiera prometido, pero tú te moriste antes. ¿Será esto mi *karma*? Hijo mío, me siento tan desamparada.»

Entonces ella recordó algo que la Sabia mujer le había dicho:

«Piensa como el Taiko… o como Toranaga.»

Ochiba notó que renacían las fuerzas en ella. Se dispuso a obedecer.

Sigilosamente, Chimmoko salió por la pequeña puerta y anduvo por el jardín hasta llegar junto a Blackthorne, ante el que se inclinó.

—Anjín-san, perdóname, por favor. Mi señora desea verte. Si lo deseas, te conduciré a su presencia.

—Muy bien, gracias —dijo Blackthorne, levantándose.

Chimmoko se acercó a Sumiyori y le dijo:

—Perdóname, capitán. Mi señora me ha ordenado le ruegue que lo prepare todo.

—¿Dónde quiere que lo prepare?

—Allí, señor —respondió la doncella señalando hacia el arco.

—¿Deberá ser público? —preguntó Sumiyori sorprendido—. ¿No se hará en privado, con unos pocos testigos?

—Sí.

—Pero, bueno… si ha de ser ahí… ¿dónde está su ayudante?

—Ella cree que el señor Kiyama le hará tal honor.

—¿Y si él no lo hace?

—No lo sé, capitán. Ella no me lo ha dicho.

Chimmoko hizo una reverencia, cruzó la galería y se inclinó de nuevo.

—Kiritsubo-san, mi señora dice que volverá en breve.

—¿Se encuentra bien?

—Oh sí —respondió Chimmoko, orgullosa.

Kiri y los demás ya estaban preparados. Cuando oyeron lo que Chimmoko le dijo al capitán, también se preocuparon.

—¿Ya sabe que otras damas esperan saludarla?

—Oh, sí, Kiritsubo-san. Yo estaba al tanto y se lo he dicho. Me ha comunicado que se siente muy honrada con su presencia y que les dará las gracias personalmente. Perdóname, por favor.

Todos contemplaron cómo Chimmoko volvía hacia la puerta y saludaba a Blackthorne. Los Grises empezaron a seguirla, pero Chimmoko los detuvo con un movimiento de cabeza. El capitán permitió ir a Blackthorne.

Detrás de la puerta del jardín existía un mundo diferente, lleno de verdor y serenidad. A pesar de la hermosura natural del lugar, Blackthorne no pudo vencer su pesimismo.

Chimmoko se detuvo y señaló a la pequeña casa *cha-no-yu*. Él siguió adelante solo. Se descalzó y subió los tres escalones. Para entrar tuvo que inclinarse.

—Tú —dijo ella.

—Tú —dijo él.

Ella estaba de rodillas, de cara a la puerta, maquillada y con un perfecto peinado, vestía un lujoso quimono.

—Eres muy hermosa.

—Y tú —dijo ella con una dulce sonrisa—. Siento que hayas tenido que esperar.

—Era mi deber.

—No —repuso ella—. No esperaba tantas muertes.

—*Karma* —Blackthorne dejó de hablar en latín—. Tú has estado planeando tu suicidio desde hace mucho tiempo, *¿neh?*

—Mi vida nunca me ha pertenecido, Anjín-san. Siempre ha sido de mi señor. Así es nuestra ley.

—Es una mala ley.

—Sí y no. ¿Es que vamos a discutir sobre cosas que no pueden ser cambiadas?

—No, claro. Perdóname.

—Te amo —dijo ella en latín.

—Sí, ahora lo sé. Yo también te amo. Pero tu objetivo es la muerte, Mariko-san.

—Estás equivocado, amado mío. Mi objetivo es la vida de mi señor.También tu vida. Y, de verdad, Virgen mía, perdóname, pero hay veces en que tu vida es más importante.

—Ahora no hay escapatoria para nadie.

—Ten paciencia. El sol aún no se ha puesto.

—Yo no confío en este Sol, Mariko-san. *Gomen nasai*.

—Te prometí que esta noche sería como la Posada de los Capullos. Ten paciencia. Conozco a Ishido, a Ochiba y a los demás.

—*Que va* de los demás —dijo él en portugués, cambiando de humor—. Quieres decir que Toranaga sabe lo que hace, *¿neh?*

—*Que va* de tu mal humor —replicó ella suavemente—. Este día es demasiado corto.

—Lo siento, tienes razón de nuevo. Hoy no tenemos tiempo para el mal humor.

Él contempló su rostro, en el cual se proyectaban las sombras de unas cañas de bambú. Las sombras desaparecieron cuando el Sol se ocultó tras un edificio.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó él.

—Cree en que hay un mañana.

Por un momento, él percibió en los ojos de ella un sentimiento de terror. Él la abrazó, para hacer menos terrible aquel instante.

Se oyeron unos pasos.

—Sí, Chimmoko.

—Ya es hora, señora.

—¿Está todo listo?

—Sí, señora.

—Espérame junto al estanque de los lirios —dijo Mariko, besando amorosamente a Blackthorne.

—Te amo —dijo ella.

—Te amo —repitió él, como en un eco.

Se inclinó ante él y salió por la puerta. Él la siguió.

Mariko se detuvo junto al estanque y deshizo su obi. Chimmoko la ayudó a quitarse el quimono azul. Mariko llevaba debajo los más brillantes quimonos y obis que Blackthorne había visto en su vida.

Al otro lado del jardín, todos los Pardos estaban formados en una plaza circuida de árboles, alrededor de ocho *tatamis* colocados en el centro de la puerta principal. Yabú, Kiri y el resto de las damas estaban sentadas en línea en el lugar de honor, mirando hacia el Sur. En la avenida, los Grises estaban también formados ceremoniosamente, los acompañaban otros samurais con sus esposas. A una señal de Sumiyori, todos se inclinaron. Ella les hizo una reverencia. Cuatro samurais se adelantaron y pusieron sobre los *tatamis* una cubierta carmesí.

Mariko se dirigió a Kiritsubo y la saludó, así como a Sazuko y a todas las demás damas.

Blackthorne observó cómo Mariko se apartaba de las damas y se acercaba a la cubierta carmesí, arrodillándose en su centro, frente al pequeño cojín blanco. Con la mano derecha se sacó del *obi* una daga y la depositó en el cojín. Chimmoko se adelantó y, arrodillándose también, le ofreció una manta blanca y un cordón. Mariko se arregló el quimono con la ayuda de su doncella, después se sujetó la manta alrededor de la cintura, utilizando el cordón. Blackthorne sabía que aquello era para evitar que se manchara de sangre el quimono.

Después, serenamente, Mariko miró hacia la torre del homenaje del castillo. El Sol aún iluminaba el piso superior, pero la luz desapareció al cabo de un instante.

Mariko parecía muy pequeña allí, inmóvil, como una mancha blanca en el cuadrado carmesí.

Como ya había oscurecido, los servidores encendieron luces.

Mariko se inclinó hacia delante y cogió el cuchillo. Miró nuevamente a través de la puerta, hasta el final de la avenida, la cual estaba tan silenciosa y vacía como siempre. Volvió a mirar el cuchillo.

—¡Kasigi Yabú-sama!

—Sí, Toda-sama.

—Parece que el señor Kiyama se ha negado a asistirme. Por favor, sería un honor para mí que fueras mi ayudante.

—El honor sería para mí —replicó Yabú.

El hombre se inclinó y se colocó detrás de ella, a la izquierda. Desenvainó ruidosamente su sable. Apoyó firmemente los pies y, con ambas manos, alzó el sable.

—Estoy dispuesto, señora —anunció Yabú.

—Por favor, espera a que me haya hecho el segundo corte.

Ella tenía los ojos fijos en el cuchillo. Con la mano derecha hizo la señal de la cruz, acto seguido, se inclinó hacia delante y cogió el cuchillo, sin temblar. Pasó el filo por sus labios, como para gustar la pulida hoja. Después asió enérgicamente el cuchillo con la mano derecha y lo puso bajo el lado derecho de su cuello. En aquel momento aparecieron unas luces en el extremo de la avenida. Se acercaban gentes, e Ishido iba en cabeza.

Ella no movió el cuchillo.

—Señora —dijo Yabú, concentrado en su misión—, ¿esperas o vas a continuar? Quisiera hacerlo a la perfección.

—Yo… esperemos… yo… —murmuró Mariko, haciendo un esfuerzo.

Se apartó el cuchillo del cuello, estaba temblando. Yabú cambió de postura y envainó su sable.

—Todavía no se ha puesto el sol, señora, está aún sobre el horizonte. ¿Tienes tantos deseos de morir?

—No, señor general. Sólo quería obedecer a mi señor.

Los Pardos se encolerizaron ante la arrogancia de Ishido, y Yabú estuvo a punto de saltar sobre él, pero se detuvo cuando Ishido dijo en voz alta:

—Dama Ochiba ha pedido a los regentes, en nombre del Heredero, que se haga una excepción en tu caso. Nosotros aceptamos su petición. Aquí te traigo salvoconductos para que te marches mañana al alba.

Ishido entregó los documentos a Sumiyori, que estaba a su lado:

—¿Señor? —preguntó Mariko, sin acabar de creer aquello.

—Eres libre de marcharte mañana, al amanecer.

—¿Y Kiritsubo-san, y dama Sazuko?

—¿Es que eso no forma también parte de tu «deber»? He traído asimismo sus salvoconductos.

—¿También su hijo…? —preguntó Mariko, tratando de concentrarse.

—También él, señora —respondió Ishido, riéndose—. Y todos tus hombres.

—¿Todos tenemos salvoconductos? —preguntó Yabú.

—Sí, Kasigi Yabú-san —respondió Ishido—. Tú eres jefe de oficiales, *¿neh?* Por favor, dirígete en seguida a mi secretario. Está acabando de extender los pases.

—¿Y yo, señor general? —preguntó, atemorizada, la vieja dama Etsu.

—Por supuesto, dama Maeda. ¿Por qué íbamos a retener a alguien en contra de su propia voluntad? ¿Es que somos carceleros? ¡Claro que no! —Ishido se dirigió al resto de los presentes—: Todas las damas y samurais pueden solicitar

salvoconductos. De todos modos, resulta ofensivo marcharse por diecisiete días y no dar la bienvenida al Heredero, a dama Ochiba y a los regentes… o presionarlos con amenazas de hacerse el *seppuku*, el cual debería realizar una dama en privado, no como un espectáculo público.

Ishido se volvió, gritó una orden a los Grises y se marchó. Todos los capitanes repitieron inmediatamente la orden, y los Grises formaron para salir por la puerta, con excepción de unos pocos, que se quedaron para rendir honores a los Pardos.

—Señora —dijo Yabú, muy agitado—, ya está. Has ganado… has ganado.

—Sí, sí —repuso Mariko.

Mariko, con manos trémulas, buscó los nudos del cordón blanco. Chimmoko se puso junto a ella para soltarle los nudos y quitarle la manta blanca, retirándose después de la cubierta carmesí. Todos sentían curiosidad por ver si Mariko podría andar.

Mariko fracasó en un par de intentos de ponerse en pie. Impulsivamente, Kiri se precipitó hacia ella para ayudarla, pero Yabú movió la cabeza, diciendo:

—No, es su privilegio.

Kiri se volvió a sentar, jadeando.

Blackthorne, junto a la puerta, sentíase emocionado y feliz. Recordaba cuando él mismo estuvo a punto de hacerse el *seppuku* y después tuvo que ponerse en pie, como un hombre, y dirigirse a su casa, como un hombre, sin ayudas. De este modo se convirtió en samurai. Admirado, contempló el valor de Mariko.

Por fin, ella consiguió ponerse de pie y, vacilando, sin ayuda de nadie, se encaminó hacia la puerta principal. Blackthorne decidió que ella ya había hecho bastante, que había sufrido lo suficiente. Se acercó a Mariko y la cogió en sus brazos, alzándola en el momento en que ella perdía el conocimiento.

Por un momento, él se sintió orgulloso de estar allí solo. Mariko parecía una muñeca rota entre sus brazos. La llevó al interior de la vivienda, sin que nadie le impidiera el paso.

CAPÍTULO LVII

El ataque contra la fortaleza de los Pardos se desencadenó dos o tres horas antes del alba. La primera oleada de diez *ninja* —los infames Furtivos— avanzó por los tejados de los edificios de enfrente, los cuales ya no estaban custodiados por los Grises. Lanzaron al otro tejado unos ganchos recubiertos con tela y sujetos a sogas, y saltaron al vacío como arañas. Iban vestidos de negro, con ropas muy ceñidas, y enmascarados. Incluso se habían pintado de negro cara y manos. Iban armados con cuchillos y shuriken (una especie de estrellas discoidales, de puntas afiladas y envenenadas, del tamaño de la palma de la mano). En las espaldas llevaban mochilas y unas finas saetas.

Los *ninja* eran mercenarios. Atacaban siempre por sorpresa y silenciosamente.

Los diez hombres alcanzaron el edificio sin hacer ruido. Cuatro de ellos recogieron los ganchos. Luego empezaron a descender hasta una terraza, seis metros más abajo. Una vez allí, y siempre en silencio, sus camaradas volvieron a recoger los ganchos, los lanzaron hacia abajo y se desplazaron sobre las tejas para alcanzar otro punto.

Tres pisos y dieciocho metros más abajo, Sumiyori se detuvo en su paseo y miró hacia arriba. Se esforzó en ver u oír algo, pero el tejado con los *ninja* estaba oculto por las sombras, y la luz de la Luna era débil. Los invasores se mantuvieron muy quietos. Sumiyori salió a la terraza para ver mejor. Cuatro de los *ninja* estaban al alcance de su vista, pero se mantuvieron tan inmóviles y silenciosos, que no pudo advertir nada.

Se dirigió a los guardias que había junto a la puerta, la cual estaba protegida por barras de hierro:

—¡Eh! ¿Veis u oís algo?

—No, capitán —contestaron los centinelas—. Las tejas hacen ruido, pero será cosa de la humedad o del calor.

—Sube, echa un vistazo y dile a los guardias de arriba que inspeccionen —ordenó Sumiyori a uno de los centinelas.

El soldado se apresuró a cumplir la orden, y Sumiyori continuó su ronda.

Los *ninja* esperaban, inmóviles, en el tejado y en la terraza. Estaban entrenados para no moverse durante horas, si era necesario. Al cabo de un rato, el jefe del grupo hizo una señal, y los *ninja* pasaron al ataque. Sus ganchos y sogas los transportaron a otra terraza, desde la que podrían penetrar por las estrechas ventanas abiertas en las murallas de granito. Debajo de este piso superior, todas las demás ventanas —posiciones defensivas para los arqueros— eran tan estrechas que resultaba imposible entrar por ellas. Al hacer otra señal, los dos grupos entraron simultáneamente.

Ambas habitaciones estaban a oscuras. Los Pardos dormían en filas. Fueron muertos rápidamente y en silencio, hundiéndoles un cuchillo en la garganta. Tras esta operación, el jefe cogió una vela, la encendió, se asomó a la ventana e hizo tres señales. Detrás de él, sus hombres se aseguraban de que todos los Pardos estuvieran muertos. El jefe repitió la señal, después se apartó de la ventana y, mediante signos, dio unas órdenes a sus hombres.

Los atacantes abrieron sus mochilas y sacaron las armas: cuchillos de doble filo falciformes, con una cadena sujeta al mango, shuriken y cuchillos arrojadizos. Al dar otra orden, los hombres más selectos echaron mano de sus saetas. Ya a punto todos los *ninja*, el jefe apagó la vela.

Cuando las campanas de la ciudad dieron la media de la Hora del Tigre —las cuatro de la mañana, una hora antes del amanecer—, penetró el segundo grupo de *ninja*. Eran veinte y llevaban sables. Como otras tantas sombras, se ocultaron entre los matorrales. Al mismo tiempo, otro grupo de veinte descendió mediante sogas y ganchos, para atacar el edificio que dominaba el patio y el jardín.

En los edificios había dos Pardos, vigilando los tejados vacíos de la avenida. Entonces, uno de los Pardos vio los ganchos y se dispuso a dar la alarma. Su compañero abrió la boca para gritar, pero el primer *ninja* le lanzó un shuriken a la cara, ahogando el grito. Se entabló una lucha, pero el samurai estaba envenenado y sólo pudo asestar un sablazo al invasor, antes de caer muerto. Su compañero también fue eliminado.

Todos los *ninja* treparon por las sogas y entraron en el edificio. Pasaron junto a su camarada herido. El jefe se acercó al herido y le ordenó que se suicidara. Se pinchó con un shuriken y luego se decapitó con el cuchillo. El jefe se cercioró de que su hombre estaba muerto y se acercó a la puerta que daba acceso al interior, la cual abrió cautelosamente. En aquel momento oyeron pasos que se aproximaban, y los *ninja* se dispusieron para una emboscada.

Sumiyori se acercaba con diez Pardos. Dejó dos soldados junto a la puerta

del edificio y, sin detenerse, siguió hasta descender por unas escaleras circulares que conducían al fondo, en donde había otro puesto de guardia, los dos cansados samurais, al ser relevados, se inclinaron y se marcharon a descansar.

—Recoged a los otros y volved a vuestros aposentos. Se os despertará de madrugada —dijo Sumiyori.

—Sí, capitán.

Los dos samurais estaban contentos porque hubiera terminado su turno de guardia. Por su parte, Sumiyori siguió relevando centinelas. Por fin se detuvo ante una puerta y llamó, iba acompañado por los dos últimos guardias que iban a entrar en servicio.

—¿Yabú-san?

—Sí —respondió una voz soñolienta.

—Relevo de guardia.

—Gracias. Por favor, entra.

En la estancia había otra cama, además de la de Yabú.

—Todo está en calma. Ella duerme ahora… al menos eso es lo que me ha dicho Chimmoko —musitó Sumiyori.

Sumiyori se dirigió a una mesa y se sirvió un vaso de cha. En la mesa estaba también su salvoconducto, que Yabú había traído del despacho de Ishido.

—¿Qué hace Anjín-san? —preguntó Yabú, mientras se estiraba en la cama, bostezando.

—Estaba despierto la última vez que pasé por su estancia. Eso fue a medianoche. Me pidió que no fuera por allí hasta el amanecer. No lo entendí muy bien. De todos modos es igual. La seguridad es perfecta, *¿neh?* Kiritsubo-san y las otras damas están tranquilas.

Yabú se puso en pie, llevando sólo una tela que le cubría el abdomen. En seguida empezó a hacer ejercicio y, acto seguido, se vistió.

—Creo que todo esto es una trampa —comentó Sumiyori, dejando su vaso sobre la mesa.

—¿Cómo?

—No creo en Ishido.

—Tenemos autorizaciones firmadas. Ahí están. ¿Cómo podría romper un compromiso contraído en público con nosotros y con la dama Toda? Imposible, *¿neh?*

—No sé. Discúlpame, Yabú-san, pero sigo creyendo que esto es una trampa.

—¿Qué clase de trampa? —preguntó Yabú.

—Nos van a tender una emboscada.

—¿Fuera del castillo?

—Sí, eso es lo que creo —aseguró Sumiyori.

—No se atreverían a hacerlo.

—Por supuesto que sí. Nos tenderán una emboscada. No comprendo por qué la dejaría marcharse a ella, o a dama Kiritsubo, o a dama Sazuko, o al niño. Ni siquiera a la vieja dama Etsu.

—Creo que te equivocas.

—Sospecho que hubiera sido mejor que ella se hubiera cortado el cuello y tú la hubieras matado —dijo Sumiyori moviendo la cabeza tristemente—. De este modo no hemos resuelto nada.

Yabú se metió los sables dentro del cinturón y pensó: «Si se hubiera dado muerte, nosotros podríamos vivir.» A Sumiyori le dijo:

—Creo que no has comprendido. Ella conquistó Ishido. Dama Toda ganó. Ishido no se atreverá a atacarnos.

Sumiyori se acercó a una ventana y miró atentamente. Exclamó:

—¡Espera un momento! ¿No has oído nada?

Yabú se acercó a Sumiyori mostrando intenciones de captar algún movimiento o ruido. Entonces, con una rapidez fulminante, hundió su corto sable en la espalda de Sumiyori, tapando la boca de éste para ahogar su grito. Depositó el cadáver sobre una de las camas, como si durmiera, y limpió cuidadosamente la hoja de su sable.

Cuando Yabú regresaba del despacho de Ishido con los salvoconductos, le había salido al paso un samurai al que no había visto antes.

—Queremos tu cooperación, Yabú-san.

—¿Para qué y quién la pide?

—Se trata de alguien a quien hiciste ayer una oferta.

—¿Qué oferta?

—A cambio de salvoconductos para ti y el Anjín-san. Ya viste que ella estaba desarmada durante la emboscada en vuestro viaje… Por favor, no toques tu sable, Yabú-san, tengo ahí cuatro arqueros esperando una señal mía.

—¿Cómo te atreves a desafiarme? ¿De qué emboscada me hablas?

Yabú no había dudado de que se trataba de un intermediario de Ishido. El día anterior por la tarde, él había hecho la oferta secreta en un desesperado intento de salvar algo del trastorno que Mariko había causado a sus planes con respecto al Buque Negro y el futuro. En seguida comprendió que era una idea

descabellada. Iba a ser difícil, si no imposible, desarmarla y seguir vivo. Cuando Ishido, a través de intermediarios, había rechazado el plan, él no se había sorprendido.

—No sé nada de ninguna emboscada —había asegurado bruscamente, deseando que Yuriko estuviera allí para ayudarlo a salir del paso.

—De todos modos, estás invitado a una, aunque no de la manera en que tú planeaste.

—¿Quién eres?

—A cambio conseguirás Izú, el bárbaro y su barco, en el momento en que la cabeza del jefe enemigo esté sobre el polvo. A condición, por supuesto, de que ella sea capturada viva y tú permanezcas en Osaka hasta el día y de que jures fidelidad.

—¿Qué cabeza?

Yabú se había puesto a pensar, comprendiendo finalmente que Ishido había extendido los salvoconductos como una estratagema, de forma para establecer un acuerdo secreto.

—Responde sí o no —pidió el samurai.

—¿Quién eres tú y de qué me estás hablando? Aquí está el salvoconducto del señor Ishido. Ni siquiera el señor general puede cancelar esto después de lo que ha sucedido.

—Esto es lo que dicen muchos. Pero, de todos modos, te será muy difícil insultar al señor Yaemón… Por favor, aparta la mano de la empuñadura de tu sable.

—Entonces ten cuidado con tu lengua.

—De acuerdo, lo siento. ¿Estás de acuerdo?

—Ahora soy señor de Izú, y se me ha prometido Totomi y Suruga —había dicho Yabú, empezando a negociar.

Yabú sabía que si bien estaba tan atrapado como Mariko, Ishido también lo estaba, a causa de que aún persistía el dilema ocasionado por Mariko.

—Sí, lo eres —había dicho el samurai—. Pero no estoy autorizado a negociar. Éstos son los términos: ¿sí o no?

Yabú acabó de limpiar su sable y cubrió el cadáver de Sumiyori con una sábana. Después salió fuera y los dos Pardos de guardia se inclinaron al verlo.

—Te despertaré de madrugada, Sumiyori-san —dijo Yabú a la oscuridad. Se dirigió a uno de los samurais—: Tú haz guardia aquí. Que no entre nadie. Asegúrate de que no molesten al capitán.

—Sí, señor.

Yabú se llevó a uno de los guardias hasta el corredor sin salida de la sala de audiencias. Los guardias se inclinaron y le permitieron entrar. Otro samurai le abrió la puerta que daba acceso a las estancias privadas. Llamó a una puerta.

—¿Anjín-san? —preguntó Yabú calmosamente.

No hubo respuesta. Empujó el shoji para abrirlo. La habitación estaba vacía y la shoji interior, entreabierta. Ordenó al guardia que lo acompañaba que esperase y echó a andar por el corredor interior, casi a oscuras. Chimmoko le cerró el paso, empuñando un cuchillo. Su lecho estaba en un pasillo fuera de una de las habitaciones.

—Lo siento, señor, estaba dormitando —dijo ella en son de disculpa y bajando el cuchillo.

Sin embargo, la mujer no se movió de su sitio.

—Estoy buscando al Anjín-san.

—Él y mi señora están hablando, señor, con Kiritsubo-san y la dama Achiko.

—Por favor, pregúntale si puedo hablar con él un momento.

—Desde luego, señor.

Chimmoko condujo cortésmente a Yabú hasta la otra habitación. El centinela que había en el pasillo miraba inquisitivamente.

Al cabo de un momento, la shoji se volvió a abrir y apareció Blackthorne. Estaba vestido y llevaba un sable corto.

—Buenas noches, Yabú-san —dijo Blackthorne.

—Lamento molestarte, Anjín-san. Sólo quiero cerciorarme de que todo está bien, ¿comprendes?

—Sí, gracias, no te preocupes.

—¿Qué tal está dama Toda?

—Ahora se encuentra bien. Muy cansada, pero bien. Pronto amanecerá, *¿neh?*

—Sí. Sólo quería asegurarme de que todo estaba en orden.

—Sí. Esta tarde tú hablaste de un «plan», Yabú-san. ¿Recuerdas? Por favor, ¿a qué plan secreto te referías?

—Nada secreto, Anjín-san —respondió Yabú, lamentando haber sido tan indiscreto—. No me comprendiste. Sólo dije que debíamos tener un plan… es muy difícil escapar de Osaka, *¿neh?* Se debe escapar o… —Yabú se pasó un cuchillo cerca de su cuello—. ¿Comprendes?

—Sí, pero ahora hay pase, *¿neh?* Ahora podremos salir a salvo de Osaka…

—Sí. Pronto nos iremos, en bote. Conseguiremos hombres en Nagasaki. ¿Comprendes?

—Sí.

Yabú se fue con grandes muestras de cordialidad. Blackthorne regresó junto a Mariko, quien parecía más diminuta, más delicada y más hermosa que nunca. Kiri estaba arrodillada en un cojín. Achiko dormía.

—¿Qué quería, Anjín-san? —preguntó Mariko.

—Sólo ver si estábamos bien.

Mariko tradujo sus palabras a Kiri.

—Kiri me ha dicho si le has preguntado lo del «plan» —dijo Mariko.

—Sí, pero no ha querido darme explicaciones. Quizás estoy equivocado, pero creo que ha planeado algo esta tarde.

—¿Para traicionarnos?

—Por supuesto. Pero no sé cómo.

—A lo mejor te equivocas. Ahora estamos a salvo —dijo Mariko, sonriendo —. Es tan hermoso estar en paz.

—Sí —dijo él—. Estoy muy contento de que te halles viva, Mariko. Por un momento te vi muerta.

—Creí que lo estaba. Aún no puedo creer que Ishido cediera. ¡Cuánto adoro tus brazos cuando me coges, y tu fuerza!

—Esta tarde, desde el momento del desafío de Yoshinaka, no vi más que muerte: la tuya, la mía, la de todos.

—Sí. Desde el día del terremoto, Anjín-san. Por favor, perdóname, pero yo no quería asustarte. Temía que no entendieses. Sí, desde aquel día comprendí que era mi *karma* sacar a los rehenes de Osaka. Sólo podía hacer aquello por el señor Toranaga. Y ahora está hecho. Pero, a qué precio, *¿neh?* Virgen mía, perdóname.

Entonces llegó Kiri y debieron guardar silencio. Pero esto no les importó. Una sonrisa, una mirada o una palabra era suficiente.

Kiri se acercó a las ventanas. En el mar se veían luces de las barcas pesqueras.

—Pronto amanecerá —comentó Kiri.

—Sí —dijo Mariko—. Me voy a levantar.

—Luego. Todavía no, Mariko-sama —dijo Kiri—. Descansa, por favor. Necesitas reponer fuerzas.

—Quisiera que el señor Toranaga estuviese aquí.

—Sí.

—¿Has preparado otro mensaje acerca… acerca de nuestra marcha?

—Sí, Mariko-sama. De aquí saldrá otra paloma al amanecer. El señor Toranaga se enterará de tu victoria —dijo Kiri—. Se sentirá orgulloso de ti.

—Estoy muy contenta de que tuviera razón.

—Sí —dijo Kiri—. Por favor, perdóname por dudar de ti y de él.

Kiri se volvió hacia la ventana y miró hacia la ciudad. Quiso gritar que Toranaga estaba equivocado. «Nunca podremos salir de Osaka, por mucho que lo intentemos. Nuestro *karma* es quedarnos aquí, su *karma* es perder.»

En el ala occidental, Yabú se detuvo en el cuarto de guardia. Los centinelas estaban listos para el relevo.

—Voy a hacer una inspección.

—Sí, señor.

—El resto de vosotros esperadme aquí. Tú, ven conmigo.

Yabú bajó por la escalera principal, seguido por un solo guardia. Al pie de la escalera había más guardias, igual que en el antepatio y en el jardín.

Ante la sorpresa del centinela, Yabú descendió al fondo de la fortaleza, pasando por corredores poco frecuentados y llenos de humedad. No había guardias en las bodegas porque no había nada que proteger. Muy pronto empezaron a subir, acercándose a las murallas exteriores.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Yabú, deteniéndose de improviso.

El samurai se detuvo, intentó oír algo y murió. Yabú limpió la hoja de su sable y empujó el cadáver a un rincón oscuro. Después se dirigió apresuradamente a una pequeña puerta de hierro, protegida por fuertes barras asimismo de hierro, de la cual le había dado noticia el intermediario de Ishido. Descorrió los oxidados cerrojos. Cuando tras un esfuerzo, consiguió abrir la puerta, le dio en la cara el frío viento del exterior. Los *ninja,* estaban allí, con sus armas preparadas.

Yabú alzó una mano e hizo la señal que le habían indicado:

—Soy Kasigi Yabú —dijo.

El casi invisible jefe, vestido de negro, asintió con la cabeza, pero mantuvo su lanza en alto. Se acercó a Yabú y éste, obedientemente, retrocedió un paso. El jefe de los *ninja* se adentró en el corredor, era un hombre alto y fornido. Al ver el cadáver del centinela le arrojó su lanza, sujeta en su parte trasera por una ligera

cadena. En silencio, recuperó su arma, enrollando la cadena a su muñeca, y escuchó con atención.

Después entraron aceleradamente veinte hombres y se precipitaron escaleras arriba. Aquellos hombres llevaban herramientas de asalto, asimismo iban armados con cuchillos falciformes, sables y shuriken. En el centro de sus capuchas ostentaban un círculo rojo.

El jefe no los miró, sino que fijó sus ojos en Yabú, mientras con los dedos de su mano izquierda inició una cuenta. Yabú advirtió la presencia de muchos hombres que lo estaban mirando al otro lado de la puerta. Sin embargo, no podía ver a ninguno.

En aquel momento, los atacantes del círculo rojo subían las escaleras de dos en dos peldaños. Pero al llegar al final tuvieron que detenerse: una puerta les cerraba el paso. Utilizaron sus herramientas y siguieron adelante. Por fin llegaron a un corredor en cuyo extremo había una puerta secreta de madera. Como había un agujero, uno de los atacantes miró a través de él. En una cámara había dos Grises y dos Pardos, montando guardia para custodiar los dormitorios.

Abajo, el jefe seguía contando, sin dejar de mirar a Yabú. Éste observaba y esperaba, podía oler su propio sudor producido por el miedo y que le llegaba hasta las ventanillas de su nariz. El jefe dejó de contar repentinamente y señaló hacia el corredor.

Yabú asintió y regresó por el camino que había recorrido antes. A sus espaldas prosiguió la inexorable cuenta: «uno… dos… tres…».

Yabú sabía el terrible riesgo que estaba corriendo, pero no tenía otra alternativa. Maldecía a Mariko por haberlo forzado a colaborar con Ishido. Una parte del trato era que él debía abrir aquella puerta secreta.

—¿Qué hay detrás de la puerta? —había preguntado, receloso.

—Amigos. Ésta es la señal, y el santo y seña será tu nombre.

—Entonces me matarán, *¿neh?*

—No, tú eres demasiado valioso, Yabú-san. Deberás asegurarte de consolidar la infiltración.

Yabú se mostró de acuerdo, pero no le dijeron nada de los *ninja*, los odiados y temidos semilegendarios mercenarios, que eran fieles sólo a sus fuertemente unidos clanes familiares. Estos poseían una serie de secretos que jamás revelaban: cómo recorrer grandes distancias a nado debajo del agua, cómo escalar por paredes casi lisas, cómo hacerse invisibles y permanecer durante un día y una noche sin moverse, cómo matar con sus manos y pies, así como con

cualquier otra cosa, como veneno, fuego y explosivos. Para los *ninja*, dar muerte violenta a cambio de dinero era su único propósito en la vida.

A Yabú le había impresionado mucho que los atacantes fueran *ninja* y no ronín. Ishido debería de estar loco, se dijo. Subió por las escaleras y se dirigió a los aposentos de la servidumbre.

El jefe de los *ninja* dejó de contar con los dedos, hizo una señal y corrió junto a Yabú. Veinte *ninja* lo siguieron en la oscuridad, y otros quince tomaron posiciones defensivas en ambos extremos del corredor, para vigilar esta vía de escape que conducía por un laberinto de olvidadas bodegas, así como pasadizos que conducían debajo del foso, a un punto secreto escogido por Ishido.

Yabú se precipitó en los dormitorios de los criados, haciendo caer a causa de su brusca irrupción multitud de objetos.

—*¡Ninjaaa!* —gritó Yabú.

Aquello no era parte de su trato, pero tuvo que seguir cumpliendo lo estipulado. Histéricamente, los sirvientes trataron de ocultarse donde pudieron, mientras Yabú seguía corriendo. Subió por unas escaleras y alcanzó uno de los principales corredores, en donde encontró a los primeros guardias Pardos, quienes ya tenían desenvainados sus sables.

—¡Dad la alarma! —bramó Yabú—. ¡*Ninja*, hay *ninja* entre los criados!

Un samurai subió precipitadamente por la escalera principal, el segundo, con el sable en alto, se quedó bravamente solo en espera de los atacantes. Al verlo, los sirvientes se detuvieron.

Yabú siguió corriendo hacia la puerta principal y gritó:

—¡Dad la alarma! ¡Nos atacan!

Esto era lo que había convenido hacer, para señalar la diversión fuera que cubriría el principal ataque por la puerta secreta en la cámara de audiencia, a fin de raptar a Mariko y llevársela de allí antes de que alguien se enterara.

Los samurais que había en las puertas y en el antepatio no sabían qué guardar. En aquel momento, los *ninja* ocultos en el jardín salieron de sus escondrijos y atacaron a los Pardos. Yabú se retiró al salón de entrada, mientras que otros Pardos bajaban apresuradamente desde el cuarto de guardia, dispuestos a apoyar a los hombres que había fuera.

El primero de los *ninja* procedente de las bodegas pasó como una exhalación junto a los sirvientes que había en la escalera y con shuriken eliminó al único samurai defensor que allí había. A los criados los mataron a lanzazos. Los *ninja*

de las bodegas llegaron hasta el corredor principal, creando un tremendo alboroto. Los Pardos no sabían ya de dónde procedería el siguiente ataque.

La primera oleada de defensores fue fácilmente eliminada en el jardín, mientras los Pardos seguían afluyendo por la puerta principal. Sin embargo, otra oleada de Pardos lanzó un fuerte ataque y obligó a retroceder a los invasores. Al oír gritar una orden, los *ninja*, se retiraron, pues en la oscuridad, con su ropa negra, constituían difíciles blancos. Ingenuamente, los Pardos se precipitaron tras ellos, cayeron en la trampa y los *ninja* los liquidaron en la oscuridad.

Los atacantes del círculo rojo en la capucha estaban aún fuera de la sala de audiencia, mientras su jefe miraba por el agujero. Podía ver a los ansiosos Pardos y a los Grises de Blackthorne, quienes guardaban la puerta fortificada del corredor y, llenos de inquietud, oían los alaridos de los heridos y moribundos. De pronto, los oficiales de los Pardos y los Grises ordenaron a sus hombres que salieran y ocuparan posiciones defensivas en el extremo del corredor. Entonces el camino quedó despejado, y en la puerta del corredor interior, abierta, quedó sólo el capitán de los Grises, que en seguida se marchó. El jefe de los hombres con el círculo rojo en la capucha vio a una mujer que se aproximaba al umbral, acompañada por el alto bárbaro. En seguida reconoció su presa. Impaciente por cumplir su misión, así como impulsado por su afán de matar, el jefe de los *ninja* dio la señal e irrumpió poco antes de lo debido.

Al verlo, Blackthorne se sacó la pistola de debajo del quimono y abrió fuego. El jefe *ninja* cayó, quedando frenado el ataque. Simultáneamente, el capitán de los Grises entró en escena, pasando al ataque con inaudita ferocidad y matando de un sablazo a un *ninja*. Los restantes *ninja* se arrojaron sobre él para darle muerte. Aquellos escasos segundos permitieron a Blackthorne poner a Mariko a salvo y cerrar la puerta. Sin perder un instante, atrancó la puerta con la barra de hierro. Los *ninja* se habían abalanzado contra la puerta y trataban frenéticamente de derribarla.

—¡Por Dios santo! ¿Qué sucede? —preguntó Blackthorne.

—¡Son *ninja*! —gritó Mariko.

Kiri, dama Sazuko, dama Etsu, Chimmoko y Ochiko salieron histéricamente de sus dormitorios, mientras se oían tremendos porrazos en la puerta principal.

—¡Rápido, por aquí! —gritó Kiri.

Blackthorne se precipitó hacia su dormitorio en busca de su cuerno de pólvora y los sables.

En la sala de audiencia, los *ninja* habían liquidado ya a los seis Pardos y

Grises. Habían muerto dos *ninja*, y otros dos habían quedado heridos.

El nuevo jefe de los atacantes urgió a sus hombres para que derribaran la puerta. El jefe dio un puntapié al cadáver de su hermano, furioso porque la impaciencia de éste había eliminado el factor sorpresa en el ataque.

Mientras los *ninja* destrozaban la puerta, Blackthorne cargó su pistola.

—¡Anjín-san, date prisa! —gritó Mariko.

Él no hizo caso, se acercó a la puerta y apuntó a través de una abertura hecha en la madera. Abrió fuego y, desde el otro lado, se oyó un alarido. Cesó el asalto a la puerta.

Kiri descendía presurosa por un pasadizo interior. A pesar de las protestas de las demás mujeres, Kiri siguió corriendo por el pasadizo, hasta llegar a otra habitación, que cruzó y empujó un panel de la pared de shoji. En la pared de piedra había una puerta de hierro, fuertemente protegida. Kiri la abrió, pues estaba bien engrasada.

—Éste es el lugar de escape de mi señor… Pero, ¿dónde está Mariko?

Chimmoko desanduvo apresuradamente el camino recorrido.

Blackthorne volvió a disparar a través de la puerta, se oyó un lamento y el ataque se detuvo de nuevo.

—¡Anjín-san! —gritó Mariko.

Blackthorne recogió sus armas y se precipitó hacia ella. Por fin cedió la puerta e irrumpieron los *ninja*.

Los dos echaron a correr hasta encontrarse con Chimmoko, quien gritó:

—¡De prisa!

Chimmoko los dejó pasar, los siguió unos instantes y, de pronto, sacó su cuchillo y se quedó en el corredor.

Cuando aparecieron los *ninja*, Chimmoko se arrojó sobre el primer hombre, para acuchillarlo. Éste paró el golpe y la apartó de sí de un empellón. El último *ninja* le rompió el cuello a Chimmoko de un puntapié y corrió detrás de sus compañeros.

Mariko y Blackthorne consiguieron llegar al refugio con el tiempo tan justo, que las saetas y shuriken se estrellaron contra la puerta cuando ésta se cerraba.

Blackthorne dio gracias a Dios por haber escapado y por la solidez de la puerta de hierro. Junto a él estaba Mariko, muy fatigada, y seis doncellas, así como Achiko, Kiri, Sazuko y la vieja dama. La estancia era pequeña, con paredes de piedra. Otra puerta daba a una pequeña terraza. Él se asomó por una ventana y miró hacia la avenida y el antepatio. Pudo oír alaridos y lamentos.

—¿Qué diablos está sucediendo? —preguntó Blackthorne.

Nadie pudo responderle.

Yabú corría por un amplio pasillo del ala Oeste, dirigiéndose hacia los dormitorios de los centinelas. De pronto se encontró detrás de gran número de samurais que trataban de contener un feroz contraataque de los *ninja*, los cuales bajaban del piso superior.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Yabú, sorprendido del ataque *ninja* por aquella parte.

—Los tenemos encima —respondió un samurai—. Éstos vienen de arriba…

Yabú profirió una maldición, dándose cuenta de que lo habían engañado. Gritó:

—Id en busca de los arqueros.

Los hombres se precipitaron a cumplir su orden.

El samurai, con una herida sangrante en el rostro, volvió a dirigirse a Yabú y le preguntó:

—¿A qué obedece este ataque?

—No lo sé —respondió Yabú.

—Si Toranaga-sama estuviera aquí, podría entender que Ishido hubiera ordenado un ataque repentino. Pero, ¿por qué ahora? —dijo el samurai—. Aquí no hay nadie ni na… —se detuvo al descubrir la verdad—. ¡Dama Toda!

Yabú trató de hacerlo callar, pero el samurai gritó:

—¡Han venido por ella, Yabú-san! Buscan a dama Toda.

El samurai se precipitó hacia el ala oriental. Yabú dudó un momento y lo siguió.

Para llegar al ala Este debían cruzar el descansillo de la escalera central, que estaba en poder de los *ninja*. Al saber que su señora estaba en peligro, los samurais trataron fieramente de romper el cordón de *ninja*.

—¡Retiraos y reagrupaos! —ordenó Yabú.

Yabú creía presentir que Mariko había sido ya capturada y llevada a la bodega de salida, abajo. Esperaba oír de un momento a otro la ansiada señal para que los *ninja* se retirasen. Entonces, un grupo de Pardos se lanzó, en un ataque suicida, y rompió el cordón *ninja*. Los samurais atacantes murieron, pero otros, desobedeciendo las órdenes de Yabú, embistieron con todas sus fuerzas. Los *ninja* empezaron a utilizar el fuego, y ardieron samurais, colgaduras y algunos

ninja. Un samurai, envuelto en llamas, utilizó su sable como un hacha de batalla para abrir paso entre los invasores. Diez samurais lo siguieron, murieron dos y otros tres resultaron mortalmente heridos, el resto consiguió avanzar hacia el ala Este. Los *ninja* que quedaban se retiraron ordenadamente hacia el piso inferior y su camino de escape subterráneo. Entonces empezó la batalla por la posesión del ala Este.

En la pequeña habitación, todos miraban hacia la puerta. Podían oír a los atacantes, los cuales utilizaban martillos. Oyeron asimismo una voz imperativa.

Dos de las doncellas empezaron a sollozar.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Blackthorne.

—Pues que abramos la puerta y nos rindamos. Si no, la volará —contestó Mariko, humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Pueden hacerlo, Mariko-san?

—No lo sé. Pueden utilizar pólvora, por supuesto.

La voz del *ninja* se hizo más agria e imperativa. Las miradas de las mujeres se clavaron en Blackthorne. Mariko sabía que estaba perdida y que había llegado su hora.

—Ha dicho que si abrimos la puerta y nos rendimos, todos quedaremos libres, excepto tú —tradujo Mariko—. Te quiere como rehén, Anjín-san.

Blackthorne se adelantó para abrir la puerta, pero Mariko se interpuso en su camino.

—No, Anjín-san, es una trampa. En realidad no te quieren a ti, sino a mí.

Él sonrió a Mariko, le dio un suave apretón en un brazo y alargó la mano para descorrer uno de los cerrojos.

—No han venido por ti, sino por mí. ¡Es una trampa, te lo juro!

Con un movimiento rápido, Mariko intentó desenvainar el sable de Blackthorne. Él se dio cuenta y la detuvo.

—¡No! ¡No lo hagas!

—¡No dejes que caiga en sus manos! No tengo cuchillo. ¡Por favor, Anjín-san!

Él descorrió otro cerrojo.

—Me quieren viva —dijo Mariko con vehemencia—. ¿Es que no lo ves? Quieren capturarme. Ten en cuenta que Toranaga habrá cruzado mañana la frontera. Es una trampa, ¡por favor!

Blackthorne descorrió el cerrojo central.

—¡Por el amor de Dios! No permitas una matanza inútil. ¡Recuerda tu promesa!

Blackthorne rindióse, al fin, ante el razonamiento de Mariko y con pánico, volvió a correr los cerrojos.

Golpearon de nuevo brutalmente la puerta con objetos de hierro. Volvió a oírse la voz.

—¡Apartaos de la puerta! —gritó Mariko—. ¡La van a volar!

—Conténlos, Mariko-san —dijo Blackthorne, saltando a la puerta lateral que conducía a los edificios—. Nuestros hombres estarán pronto aquí. Ve moviendo los cerrojos y diles que están oxidados.

Mariko le obedeció y fingió que intentaba descorrer el cerrojo central, al tiempo que dirigía palabras al *ninja* que estaba fuera. Después empezó a mover el cerrojo inferior. De nuevo la voz volvió a sonar con insistencia, y Mariko se excusó.

Blackthorne hacía todo lo posible por abrir la otra puerta.

El jefe de los *ninja* atacantes estaba loco de rabia. Aquel refugio secreto había sido algo imprevisto. Las órdenes que recibiera del jefe del clan habían sido las de capturar viva a Toda Mariko, asegurarse de que estuviese desarmada, y entregársela a los Grises, los cuales esperaban en el extremo del túnel que empezaba en las bodegas. El *ninja* sabía que el tiempo transcurría inexorablemente y oía la feroz lucha que se desarrollaba en el corredor. Decidió encender una vela para proceder a la voladura de la puerta. Sin embargo, aquello le planteaba un dilema. Para penetrar allí no había más remedio que volar la puerta. Pero dama Toda estaba al otro lado de la puerta, y la explosión podría matar a todo el mundo, lo cual haría fracasar su misión.

De improviso se oyeron los pasos de alguien que se acercaba corriendo.

—¡De prisa! —gritó el *ninja*—. No podremos contenerlos mucho más tiempo.

El jefe tomó una decisión. Hizo señas a sus hombres para que se pusieran a cubierto y gritó una advertencia:

—¡Apartaos los de dentro! ¡Voy a volar la puerta!

Blackthorne consiguió, por fin, abrir la puerta. Entró una ráfaga del aire fresco de la noche.

Trató de recoger a Mariko y oyó que ésta decía:

—Yo, Toda Mariko, protesto por este vergonzoso ataque y por mi muerte…

Blackthorne se acercó a ella, pero la explosión lo lanzó a un lado. La pesada puerta de hierro cayó estruendosamente. La estancia se llenó de humo. Los *ninja* penetraron rápidamente.

El jefe *ninja* se arrodilló junto a Mariko, la cual agonizaba. «*Karma*», pensó, y se puso de pie. Blackthorne estaba petrificado por el estupor.

El jefe *ninja* dio un paso al frente y se detuvo. Apareció Achiko. El *ninja* la reconoció. Después miró a Blackthorne. Sintió deseos de matarlo por haberles disparado. Volvió a mirar a Achiko, se sacó un cuchillo, le clavó el arma en el seno izquierdo y la mató.

De este modo cumplía la última parte de las órdenes que había recibido de sus superiores —él creía que el plan era cosa de Ishido, aunque jamás lo descubriría—. Si fracasaba y dama Toda conseguía darse muerte, él no debería tocar su cuerpo ni cortarle la cabeza. Asimismo, debería proteger al bárbaro y procurar que las demás mujeres no sufrieran ningún daño, con excepción de Kiyama Achiko. No sabía por qué le habían ordenado que la matara, pero como le habían pagado por ello, lo cumplió.

Dio orden de retirada, y uno de sus hombres se llevó a los labios un cuerno y lanzó un estridente sonido, que se oyó en todo el castillo. El jefe echó una última ojeada a Mariko, a Achiko y al bárbaro, al que hubiera deseado dar muerte. Finalmente, los *ninja* se marcharon corriendo.

Al cabo de un rato se presentaron los Pardos y miraron a su alrededor, horrorizados.

Kiri estaba de rodillas, junto a Mariko. Un samurai la levantó, otros los rodearon. Los samurais se marcharon cuando Yabú entró en la habitación, con el rostro de tono ceniciento. Cuando vio que Blackthorne estaba aún vivo, pareció mitigarse su ansiedad.

—¡Que venga un médico, rápido! —ordenó Yabú, arrodillándose junto a Mariko.

Mariko estaba aún viva, pero se extinguía rápidamente. Tenía el cuerpo terriblemente mutilado. Yabú se quitó el quimono y la tapó hasta el cuello.

—¡De prisa, un médico! —insistió Yabú, al tiempo que ayudaba a Blackthorne a recostarse contra la pared.

—¡Anjín-san! ¡Anjín-san!

Blackthorne, con el rostro cubierto de heridas, estaba aún bajo los efectos del *shock*. Por fin, su vista se aclaró algo y vio a Yabú, aunque de una forma distorsionada. No sabía dónde estaba ni quién era, creía estar a bordo de un

navío, en una batalla naval, y que lo necesitaban. Entonces vio a Mariko y recordó. Se puso en pie ayudado por Yabú y se acercó a ella.

Mariko parecía dormir en paz. Se arrodilló trabajosamente y apartó el quimono que la cubría, acto seguido, la volvió a tapar. El pulso de Mariko era casi imperceptible. Poco después, se detuvo.

Blackthorne se quedó mirándola fijamente, casi a punto de perder el conocimiento. Por fin llegó el doctor, el cual, tras examinarla, movió la cabeza y dijo algo que Blackthorne no pudo entender. Sólo sabía que Mariko había muerto y que a él, en cierto modo, le pasaba igual.

Blackthorne hizo la señal de la cruz sobre ella y pronunció en latín las palabras sagradas de ritual. Luego se puso de pie, pero su mente pareció estallar y cayó desvanecido. Unas manos solícitas lo detuvieron en su caída y lo depositaron cuidadosamente en el suelo.

—¿Está muerto? —preguntó Yabú.

—Casi. No sé cómo tendrá los oídos, Yabú-sama —respondió el doctor—. Debe de tener una hemorragia interna.

—Será mejor que nos apresuremos —dijo un samurai, nervioso—. El fuego puede extenderse y quedaremos atrapados.

—Sí —dijo Yabú.

La vieja dama Etsu se incorporó ayudada por su doncella y dijo:

—Yo, Maeda Etsu, esposa de Maeda Arinosi, señor de Nagato, Iwami y Aki, declaro que Toda Mariko-sama dio su vida por evitar caer deshonrosamente en manos de esos horribles y execrables hombres. Atestiguo que Kiyama Achiko optó por atacar a los *ninja*, sacrificando su vida por no sufrir la deshonra de ser capturada. Si no llega a ser por la valentía del samurai bárbaro, dama Toda habría sido capturada y deshonrada, igual que todas nosotras… Acuso al señor Ishido de organizar este vergonzoso ataque… y traicionar al Heredero y a la dama Ochiba… Asimismo, el señor Ishido ha traicionado al Consejo de Regentes. También te pido que te lleves el testimonio de que no puedo seguir viviendo con esta vergüenza.

—No, no, señora —dijo la doncella llorando—. No te dejaré hacerlo…

—¡Apártate! Kasigi Yabú-san, ayúdame, por favor. ¡Apártate, mujer!

Yabú ordenó a la doncella que se retirase y cogió en sus brazos a la frágil dama Etsu. Ésta respiraba dificultosamente.

—Doy testimonio de esto en el momento de mi muerte. Sería para mí un gran honor el que sirvieras de ayudante…

—No, señora, no hay necesidad de morir.

—Ya me estoy muriendo, Yabú-sama. Tengo una hemorragia interna. Algo se me debe de haber roto… a causa de la explosión. Ayúdame…

Yabú la ayudó a poner los pies en el suelo. Todos se inclinaron ante ella.

—He dicho la verdad. Lo atestiguo en el momento de mi muerte.

La mujer cerró los ojos en señal de gratitud y se desplomó hacia delante, para dar la bienvenida a la muerte.

CAPÍTULO LVIII

Los regentes se habían reunido en la Gran Sala, en el segundo piso de la torre del homenaje. Ishido, Kiyama, Zataki, Ito y Onoshi. El sol crepuscular proyectaba largas sombras y el olor a humo aún llenaba el aire. La dama Ochiba también estaba presente, visiblemente afectada.

—Lo siento, señor general, no estoy de acuerdo —decía Kiyama—. Es imposible pasar por alto el *seppuku* de dama Toda, la bravura de mi nieta, así como el testimonio y muerte de la dama Maeda. También han muerto ciento setenta hombres de Toranaga. Parte del castillo ha sido pasto de las llamas. ¡Esto no puede ser pasado por alto!

—Estoy de acuerdo —convino Zataki—. Si se le hubiese permitido irse ayer como yo aconsejé, ahora no nos hallaríamos en esta situación.

—No es tan grave como creéis. Los *ninja* sólo querían saquear —afirmó Ishido.

—¿Es el bárbaro parte del botín? —preguntó Kiyama—. ¿Habrán efectuado un ataque tan importante sólo por el bárbaro?

—¿Por qué no? Podría ser cambiado por un rescate, *¿neh?* —dijo Ishido mirando al daimío que estaba flanqueado por Ito Teruzumi y Zataki—. Los cristianos de Nagasaki pagarían un alto precio por él, vivo o muerto, *¿neh?*

—Es posible —convino Zataki.

—¿Estáis sugiriendo formalmente que los cristianos han planeado y pagado un ataque tan descabellado?

—Sí, es posible, pero no demostrable —dijo Ishido—. Sólo he sugerido que los *ninja* buscaban un botín.

—Esto me parece bastante plausible —dijo Ito, con un brillo malicioso en su mirada—. Sí, señor general. Pero quizá los *ninja* no querían cobrar su rescate en Nagasaki, sino en Yedo, y del señor Toranaga. ¿No trabaja aún para él?

—Estoy de acuerdo en que deberíamos ocuparnos más del señor Toranaga y no de los *ninja* —dijo Ishido, con el semblante oscurecido al oír el nombre de su enemigo—. Quizás él ordenó el ataque, *¿neh?*

—No, él nunca ha empleado *ninja* —dijo Zataki—. Ha cometido traiciones, pero nunca se ha mezclado con semejante basura. Los mercaderes serían capaces

de hacer algo así… o los bárbaros. No el señor Toranaga.

—Nuestros amigos portugueses no podrían ni querrían tal interferencia en nuestros asuntos. ¡Nunca! —aseguró Kiyama.

—¿Creerías que ellos o sus sacerdotes conspirarían con uno de los daimíos cristianos de Kyushu para luchar contra los no cristianos?

—¿Quién? Dímelo. ¿Tienes pruebas?

—Todavía no, señor Kiyama. —Zataki se dirigió a Ishido—: ¿Qué podemos hacer con respecto a este ataque? ¿Cuál es la solución del dilema?

—Todos estaremos de acuerdo en que resulta evidente que el señor Toranaga comprendió que Toda Mariko-sama nos tendería una trampa, a pesar de su honorabilidad. ¡Que Dios se apiade de ella!

—Pero, ¿no convendrán conmigo en que ha sido una estratagema perfecta del señor Toranaga atacar a sus vasallos de este modo? —preguntó Ito—. ¡Oh, señor Zataki, sé que él nunca habría empleado *ninja,* pero es muy hábil para que otros adopten sus ideas!, *¿neh?*

—Todo es posible. Pero estoy seguro de que no le gustan los *ninja*. Es demasiado inteligente para emplearlos. Son gentes poco dignas de confianza. Y, ¿por qué forzar a Mariko-sama? Era mejor esperar y que nosotros cometiéramos el error. Estamos atrapados, *¿neh?*

—Sí, aún estamos atrapados —dijo Kiyama, mirando a Ishido—. Y quienquiera ordenara el ataque, ha sido un estúpido y no nos ha hecho ningún servicio.

—Quizás el señor general tiene razón, la cosa no es tan grave como parece —dijo Ito—. Pero resulta triste, no ha sido una muerte elegante para la pobre dama.

—Ése era su *karma*, y no estamos atrapados —dijo Ishido, mirando a su vez a Kiyama—. Fue una suerte que ella contara con ese refugio para esconderse. De otro modo, esa basura la habría capturado.

—Pero ellos no la capturaron, señor general. Ella cometió una especie de *seppuku*, igual que las otras. Si no resolvemos esto, habrá más muertes en señal de protesta, lo cual es algo que no nos conviene —dijo Kiyama.

—No estoy de acuerdo. Todos deberíamos quedarnos aquí, al menos hasta que Toranaga-sama penetre en nuestros dominios.

—Ése sería un día memorable —dijo Ito, sonriendo.

—¿No crees que lo hará? —preguntó Zataki.

—Lo que yo piense no tiene ningún valor, señor Zataki. Pronto sabremos lo

que se dispone a hacer. Aunque esto no importa demasiado. Toranaga debe morir, si es que el Heredero va a heredar. ¿Ya ha muerto también el bárbaro, señor general? —preguntó Ito a Ishido.

—Sería de muy mala suerte por su parte morir ahora…, un hombre tan valiente como él, *¿neh?*

—Creo que es como una plaga y que cuanto antes muera, mejor.

—Nos podría resultar útil. Estoy de acuerdo con el señor Zataki en que Toranaga no es tonto.

—Sí, tiene razón —dijo Ito—. Anjín-san sentaba bien a un bárbaro, ¿verdad? Toranaga estuvo acertado al hacerlo samurai.

—¿Qué me dices de la competición poética, dama Ochiba? —preguntó Ito.

—Será suspendida, lo siento —respondió Ochiba.

—Sí —concedió Kiyama.

—En seguida ordenaré una investigación acerca del ataque de los *ninja*, dama Ochiba —dijo Ishido—. No sé si descubriremos alguna vez la verdad. Mientras tanto, por razones de seguridad, todos los pases serán cancelados y nadie podrá marcharse hasta el día vigésimo segundo.

—No —dijo Onoshi, último de los Regentes—. Lo siento, pero eso es exactamente lo que no puedes hacer. Ahora debes dejar que se marche todo el mundo.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces así, deshonrarás a la más valerosa mujer del Reino, deshonrarás a dama Kiyama Achiko y a la dama Maeda, que Dios se apiade de sus almas. Cuando este sucio asunto sea del dominio público, sólo Dios Nuestro Señor sabe el daño que le causará al Heredero, así como a todos nosotros, si no somos cuidadosos.

Ochiba recordó que un año antes, cuando Onoshi se había presentado a rendir sus honores al agonizante Taiko, los guardias habían insistido en que fueran descorridas las cortinas de la litera por si Onoshi llevaba armas escondidas. Entonces ella había visto aquella cara comida por la lepra: sin nariz, ni orejas, con unos ojos ardientes, de mirada fanática, su mano izquierda era un muñón, y la derecha, en buen estado, sujetaba un sable corto.

La dama Ochiba hizo fervientes votos porque ni ella ni Yaemón contrajeran nunca la lepra.

En aquel momento, dama Ochiba deseaba que en aquella conferencia se llegara a una conclusión, pues ella debía decidir qué hacer con respecto a Toranaga y a Ishido.

—Si utilizas ese sucio ataque como una excusa para retener a alguien aquí, darás a entender que nunca has tenido intención de dejar marcharse a nadie, a pesar de tu solemne y formal promesa escrita… Además, si no permites ahora que se vaya todo el mundo, después de lo que dijo públicamente la dama Etsu, la mayoría de los daimíos creerán que tú ordenaste el ataque.

—No necesito a ningún *ninja*.

—Por supuesto —dijo Onoshi, con voz venenosa—. Aquí ninguno los necesita. Sin embargo, es mi deber recordarte que hay doscientos sesenta y cuatro daimíos, y que la fuerza del Heredero se basa en una coalición de quizá doscientos. Así, pues, el Heredero no puede permitirse que tú, su más leal servidor y jefe supremo de sus tropas, seas sospechoso de utilizar unos métodos tan sucios que, además, han fracasado.

—¿Quieres decir que yo ordené el ataque?

—Claro que no, lo siento. Quiero decir que será conveniente que dejes marcharse a todo el mundo.

—¿Hay aquí alguien más que crea que yo ordené el ataque? —preguntó Ishido.

Nadie se atrevió a desafiar a Ishido, quien era todavía señor de Osaka, así como administrador del tesoro del Taiko, de modo que no podía ser sustituido.

—De acuerdo —dijo Ishido, con ánimo de zanjar la cuestión—. Los *ninja* buscaban un botín. Votaremos con respecto a los salvoconductos. Propongo que sean anulados.

—No estoy de acuerdo —dijo Zataki.

—Lo siento, pero yo también me opongo —dijo Onoshi.

—Debo convenir, de acuerdo con el señor Onoshi…, bueno, en realidad todo esto es muy difícil, *¿neh?*

—Votad —dijo Ishido con semblante sombrío.

—Yo también me opongo a que se anulen —dijo Kiyama.

—Bueno —dijo Onoshi—. La cuestión está zanjada. Estoy de acuerdo con el señor general en que hay otros problemas acuciantes. Debemos saber lo que hará ahora el señor Toranaga. ¿Cuál es vuestra opinión?

—¿Cuál es tu respuesta? —preguntó Ishido a Kiyama.

Kiyama trató de poner en orden sus ideas. Debía hacer una elección definitiva: Ishido o Toranaga.

En todo ello había implicaciones religiosas.

«Que Dios me perdone —pensó Kiyama—. No pude ser padrino de Mariko-san, lo cual era mi deber como cristiano. El hereje la ayudó. ¿Quién es el cristiano? No lo sé. De cualquier modo, él tiene que morir.»

—¿Qué me dices de Toranaga, señor Kiyama? —preguntó nuevamente Ishido—. ¿Qué me dices del enemigo?

—Y, ¿qué hay del Kwanto? —preguntó Kiyama, dirigiéndose a Ishido.

—Cuando Toranaga sea destruido, propongo que el Kwanto sea dado a uno de los Regentes.

—¿A qué Regente?

—A ti —respondió Ishido suavemente—, o quizás a Zataki, señor de Shinano.

—Por supuesto, no soy el más indicado para tal honor —dijo Kiyama, tratando de observar quiénes estaban a su favor y quiénes en su contra.

—Esa sugerencia es digna de tenerse en cuenta —intervino Onoshi, tratando de disimular su desaprobación—. Pero eso se refiere al futuro. ¿Qué podemos decir del actual señor del Kwanto?

—El señor Toranaga nunca vendrá a Osaka —afirmó Kiyama.

—Bien —dijo Ishido—. Él está aislado, proscrito, y la invitación imperial para que cometa *seppuku* ya está preparada para la firma. Esto supondrá el final de Toranaga y de toda su línea. Para siempre.

—Sí, si el Hijo del Cielo viene a Osaka.

—¿Qué?

—Estoy de acuerdo con el señor Ito —dijo Kiyama—. El señor Toranaga es el más artero de los hombres. Creo que sería capaz de impedir la llegada del Hijo del Cielo.

—¡Imposible!

—¿Qué pasaría si se aplazara la visita? —preguntó Kiyama, disfrutando de la inquietud de Ishido, a quien detestaba por haber fracasado.

—¡El Hijo del Cielo vendrá tal como se ha planeado!

—¿Cómo podría impedirlo el señor Toranaga? —preguntó la dama Ochiba.

—No lo sé. Pero si el Hijo del Cielo quisiera retrasar un mes su visita… no podríamos hacer nada.

En la habitación reinó un silencio sepulcral. La enormidad de aquella idea y sus repercusiones preocupó hondamente a los reunidos.

—Perdón… así, pues, ¿cuál es la respuesta? —insistió la dama Ochiba.

—¡La guerra! —exclamó Kiyama—. Si se pospone la visita, será la señal para marchar contra el Kwanto, durante la estación lluviosa.

De improviso, el suelo empezó a moverse. El primer movimiento de la tierra fue ligero, pero hizo crujir las maderas. A continuación se produjo otro temblor más fuerte.

Ochiba sintió náuseas y, con aprensión, se preguntó si su *karma* sería morir allí, revuelta entre escombros.

Todos esperaron la gran sacudida fatal, pero ésta no se produjo. Recuperaron la serenidad.

—*Shigata ga nai* —dijo Ishido. Yo voto por la guerra.

Todos se declararon unánimemente partidarios de la guerra.

Cuando Blackthorne volvió en sí, supo que Mariko había muerto, así como la razón de su fallecimiento. Él estaba echado y los Grises lo custodiaban. El sol le daba con fuerza en el rostro. Un doctor lo estaba examinando. Al mismo tiempo, se disipó unos de sus grandes temores.

«Puedo ver.»

El doctor sonrió, y dijo algo, pero Blackthorne no pudo oírlo. Intentó incorporarse, pero sintió un intenso dolor y zumbidos en sus oídos. El acre sabor de la pólvora persistía en su boca y todo su cuerpo estaba dolorido. Por un momento volvió a perder el sentido. Después notó que unas manos amorosas le levantaban la cabeza y le pusieron una taza en los labios. El sabor dulce-amargo del cha con esencia de jazmín eliminó de su paladar los restos de pólvora. Hizo un esfuerzo para abrir los ojos. Vio que el doctor le decía algo que él no podía oír. Por un momento siguió una terrible angustia, pero recordó que, en otra ocasión, en una batalla naval, también se había quedado sordo por unos días. Tal recuerdo lo tranquilizó.

Dio gracias a Dios por haber conservado la vista. Cuidadosamente palpó su rostro, pero no tenía en él ninguna herida, así como tampoco sentía dolor. Después se pasó las manos por el cuello, brazos y pecho. Tampoco estaba herido en esos lugares. Bajó sus manos hasta la entrepierna y tocó suavemente sus órganos genitales, los cuales estaban intactos.

Tuvo que descansar durante un momento, pues le dolía horriblemente la cabeza. De nuevo volvió a tocarse, esta vez las piernas y los pies, tampoco ahí había sufrido ninguna mutilación. Cuidadosamente se puso las manos sobre los oídos e hizo presión, después entreabrió la boca y tragó, haciendo un esfuerzo para bostezar un poco, a fin de aclarar algo sus oídos. Sin embargo, sólo consiguió intensificar su dolor.

El doctor lo tocó e intentó decirle algo.

—No puedo oírte, lo siento —respondió Blackthorne calmosamente. El doctor asintió y volvió a hablar. Ahora Blackthorne leyó en los labios del hombre: «Comprendo. Por favor, ahora duerme.»

Pero Blackthorne sabía que no podría dormir. Debía levantarse, marcharse de Osaka y llegar a Nagasaki. Allí tendría que conseguir soldados y marinos para apoderarse del Buque Negro. Ya no había ninguna razón para seguir jugando a ser samurai o japonés. Ahora todas sus deudas de amistad estaban saldadas. Ella había muerto.

De nuevo intentó levantar la cabeza y volvió a sentir el mismo intenso dolor. De todos modos, a pesar de que la cabeza le daba vueltas, se puso en pie. Tras un rato de esfuerzos, su vista se normalizó y dejó de sentir náuseas.

—Cha, *dozo* —dijo él, al sentir de nuevo el sabor a pólvora.

Le dieron de beber y los Grises lo ayudaron a sentarse de nuevo. Él se echó un momento.

Al cabo de un rato, alguien lo tocó. Era Yabú, quien le decía algo.

—Lo siento —dijo Blackthorne lentamente—. Aún no puedo oír, Yabú-san. Pronto estaré bien. Tengo los oídos lastimados.

Yabú asintió e hizo comprender a Blackthorne que regresaría pronto y que, mientras tanto, descansara.

Cuando Yabú se hubo marchado, Blackthorne pidió que le dieran un baño y un masaje.

Después de que hicieron lo que había pedido, se entregó al sueño. Mientras dormía, los Grises llegaron y se lo llevaron en la camilla hacia las dependencias interiores de la torre del homenaje.

—Él estará ahora a salvo, señora —dijo Ishido.

—¿De Kiyama? —preguntó Ochiba.

—De todos los cristianos.

Ishido hizo una señal a los guardias para que estuvieran muy alerta y se fue con la dama Ochiba hasta un jardín bañado por el sol.

—¿Fue muerta la dama Achiko por eso, por ser cristiana?

Ishido lo había ordenado por si ella se disponía a asesinar a Blackthorne por orden de su abuelo Kiyama.

—No lo sé —respondió Ishido—. Estoy pensando en que Onoshi quiere la cabeza de Kiyama. Kiyama, por su parte, quiere el Kwanto, igual que Zataki.

—¿Y tú, señor general? ¿Qué quieres tú?

—En primer lugar, que el Heredero cumpla los quince años. Hasta entonces deseo que tú y él estéis bien protegidos. Nada más.

—¿Nada más?

—Así es, señora.

«Mentiroso», pensó Ochiba, mientras abría los pétalos de una flor fragante y olía su interior.

—Kiyama tiene razón al sugerirnos que seamos pacientes —dijo Ishido—. Deberemos esperar hasta el día oportuno. Entonces nos pondremos en marcha.

—¿Por qué esperar? ¿No puedes iniciar la marcha ahora? ¿Cuántos hombres podrás reunir contra Toranaga?

—Trescientos mil hombres. Como mínimo tres veces más que Toranaga —respondió Ishido.

—¿Y mi guarnición?

—Dejaré ochenta mil hombres selectos detrás de las murallas, otros cincuenta mil en los pasos.

—¿Y Zataki?

—Traicionará a Toranaga.

—Esta mañana he sentido miedo —dijo la dama Ochiba—. He pretendido tranquilizarme, pero no he podido olvidarme del adivino.

—¿Cómo? Ah, sí, el adivino. Lo había olvidado —dijo Ishido haciendo una mueca.

Se trataba del adivino chino que había predicho que el Taiko moriría en su lecho dejando un heredero sano, que Toranaga moriría por el sable en la mitad de su vida y que Ishido moriría a una edad avanzada, siendo el más famoso general del reino. Según el adivino, Ochiba acabaría sus días en el castillo de Osaka, rodeada por los principales nobles del Imperio.

—Sí —dijo Ishido—. Me había olvidado de él. Toranaga morirá a una edad mediana, *¿neh?*

De improviso, Ochiba deseó que Toranaga hubiese estado a su lado, en lugar de Ishido, que Toranaga fuera dueño del castillo de Osaka, así como

administrador del tesoro del Taiko, protector del Heredero y general en jefe de los Ejércitos del Oeste, en lugar de Ishido.

«Deja de soñar, Ochiba. Sé realista, como el Taiko… o Toranaga», pensó Ochiba.

—¿Qué vas a hacer con el Anjín-san? —preguntó ella.

—Tenerlo a salvo —respondió Ishido, riéndose—. Permitirle quizá coger el Buque Negro, o utilizarlo como una amenaza contra Kiyama u Onoshi. Ambos lo odian, *¿neh?* Sí, él es como un sable en sus gargantas y en la de su asquerosa Iglesia.

—En el juego de ajedrez del Heredero contra Toranaga, ¿qué valor le atribuirías al Anjín-san? ¿El de un peón, o el de un caballo?

—Pues, en el gran juego, sólo el de un peón —respondió Ishido—. Pero, en el juego del Heredero contra los cristianos, el de una torre, o quizás el de dos.

—Corre el rumor de que Anjín-san y Mariko-san habían hecho el amor juntos —comentó Ochiba para cambiar de tema.

—Sí, yo también he oído algo de eso. ¿Quieres conocer la verdad sobre el asunto?

—Sería incomprensible que los dos no hubieran hecho algo así.

—¿Quieres decir que sería de alguna utilidad destruir el honor de ella? —preguntó Ishido con mirada escrutadora—. ¿Ahora? ¿Y, al mismo tiempo, el de Buntaro-san?

—No, no he pretendido decir eso —respondió Ochiba—. En cuanto a Buntaro-san, quizá ni él ni el señor Hiro-matsu lucharán con el señor Toranaga en la batalla.

—¿Es un hecho?

—No, no es un hecho, pero sí posible —contestó Ochiba.

—Pero, ¿hay algo que tú puedas quizás hacer?

—Nada, excepto pedirles su apoyo para el Heredero, y a todos los generales de Toranaga, una vez haya comenzado la batalla.

—Las operaciones ya han empezado, se efectuará un movimiento en tenaza en dirección norte-sur para dar la batalla en Odawara.

—Sí, pero los Ejércitos todavía no se han enfrentado en el campo de batalla. Perdón, pero ¿crees que es prudente que el Heredero dirija las tropas?

—Yo mandaré las tropas —dijo Ishido—. Pero el Heredero estará presente. Toranaga no puede vencer. Ni siquiera Toranaga atacará el estandarte del Heredero. No te preocupes, no te fallaré.

Ella hizo una reverencia y se marchó. «¡Qué impertinencia, como si hubiera tomado un campesino como esposo! Ahora, ¿debo realmente descartar a Toranaga?»

Dell'Acqua estaba de rodillas, rezando frente al altar en las ruinas de la pequeña capilla. La mayor parte del tejado estaba destruido, así como una pared, pero el terremoto no había dañado el entrecoro. También estaban indemnes la ventana de cristal policromo y la Virgen.

Por unos instantes, Dell'Acqua recordó su hogar de Nápoles, en donde la fragancia de los naranjos y limoneros se mezclaba con el olor del mar.

—¡Oh, Virgen mía! ¡Déjame regresar pronto a mi hogar! —pidió el sacerdote—. Estoy fuera de él desde hace demasiado tiempo.

El sacerdote oyó que alguien avanzaba por la nave. Cuando hubo acabado con sus oraciones, se levantó y dio la vuelta.

—Siento interrumpirlo, Eminencia —dijo el padre Soldi—. Ha llegado un mensaje del padre Alvito, desde Mishima. Acaba de llegar la paloma.

—¿Y…?

—Dice que verá hoy a Toranaga. La pasada noche no fue posible porque Toranaga estaba ausente de Mishima, pero se espera que regrese éste mediodía. El mensaje ha sido enviado esta madrugada.

Dell'Acqua trató de dominar su desazón, miró hacia las nubes tratando de cobrar aplomo. El padre Alvito le había enviado noticias del ataque *ninja* y de la muerte de Mariko. El mismo mensaje había llegado con dos palomas mensajeras, por si acaso.

—La noticia ya habrá llegado —dijo Soldi.

—Sí, sí. Así lo espero.

Dell'Acqua salió de la capilla y se dirigió a sus aposentos. Soldi se esforzó por no quedar rezagado con respecto al padre Visitador.

—Hay algo de extrema importancia, Eminencia —dijo Soldi—. Nuestros informadores nos han comunicado que, después del alba, los Regentes han votado por la guerra.

—¿Guerra? —preguntó Dell'Acqua, deteniéndose.

—Parece que están convencidos ahora que Toranaga nunca vendrá a Osaka. Tampoco el emperador. Así, pues, han decidido marchar contra el Kwanto.

—¿Es eso verdad?

—Sí, Eminencia. Es la guerra. Kiyama lo ha comunicado por mediación del hermano Miguel, lo cual confirma nuestros informes. Miguel acaba de regresar

del castillo. El voto fue unánime.

—¿En qué momento?

—Cuando supieron con seguridad que el emperador no va a venir aquí.

—La guerra nunca se detendrá. ¡Que Dios se apiade de nosotros! ¡Bendita sea Mariko! Por fin Kiyama y Onoshi han comprendido la perfidia de Toranaga.

—¿Qué me dice de Onoshi, Eminencia? ¿Qué hay de su perfidia contra Kiyama?

—No tengo pruebas de ello, Soldi. No creo a Onoshi capaz de semejantes cosas.

—Pero, ¿y si es así, Eminencia?

—Ahora no es plausible. En este momento se necesitan.

—Hasta que acaben con el señor Toranaga.

—¿Por qué no confía en Onoshi? —preguntó Dell'Acqua, mirando fijamente a su secretario.

—Lo siento, Eminencia. Quizás es porque se trata de un leproso y me produce cierta aprensión. Le pido perdón.

—Pídeselo a él, Soldi. No se le puede culpar por haber contraído semejante enfermedad —dijo Dell'Acqua—. No tenemos pruebas acerca de ninguna conspiración.

—Todas las demás cosas que dijo la señora han resultado ciertas. ¿Por qué ésta no?

—No tenemos pruebas. Es una suposición. De todos modos, pienso que esta guerra nos perjudicará. Dañará terriblemente a la Iglesia y a nuestros fieles.

—No, Eminencia, Kyushu será cristiano, gane quien gane —dijo Soldi, deseoso de animar a su superior.

—Por desgracia, lo que suceda en Osaka y Yedo repercutirá en Kyushu. ¿Qué podemos hacer? —Dell'Acqua trató de vencer su melancolía—. ¿Dónde se encuentra ahora el inglés?

—Aún custodiado en la torre del homenaje.

—Déjeme un momento solo, viejo amigo. Tengo que pensar.

Al ver que fray Pérez se aproximaba, Soldi se dirigió a cerrarle el paso.

—No —dijo el padre Visitador—. Quiero verlo ahora.

—Buenas tardes, Eminencia. ¿Quería verme? He oído que su capilla ha quedado destruida.

—Sólo dañada. Siéntese, por favor —dijo Dell'Acqua—. Gracias a Dios, nadie ha resultado herido. Dentro de unos días lo habremos reconstruido todo.

¿Qué me dice de su Misión?

—Indemne —respondió el fraile, con evidente satisfacción—. Dios vela por nosotros. A propósito, he oído que unos paganos dieron muerte a otros paganos, la pasada noche, en el castillo.

—Sí, una de nuestras más importantes conversas, la dama María, resultó muerta en la lucha.

—Ésas son las noticias que tengo. Incluso creo que ella trató de matar a algunos antes de suicidarse.

—Usted no entiende nada de los japoneses, a pesar del tiempo que lleva aquí —dijo Dell'Acqua, poniéndose colorado—. Incluso habla un poco su idioma.

—Comprendo la herejía, la estupidez, el asesinato y la interferencia política. Además, hablo muy bien la lengua pagana. Entiendo mucho a esos paganos.

—Pero no sus costumbres.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Soldi con la carta del Papa, la cual entregó a Dell'Acqua. Acto seguido, se marchó.

El padre Visitador pasó la carta al fraile, saboreando su victoria.

—Esta carta es de Su Santidad. Llegó ayer mediante un mensajero especial procedente de Macao.

El fraile cogió la orden papal y la leyó. En ella se ordenaba, con la formal aquiescencia del rey de España, que, en el futuro, todos los miembros de todas las Ordenes religiosas, viajarían a Japón *sólo* vía Lisboa, Goa y Macao. Según la orden, a todos les quedaba prohibido, so pena de inmediata excomunión, ir desde Manila directamente al Japón, y finalmente, todos los religiosos, con excepción de los jesuitas, deberían abandonar el Japón en seguida, para dirigirse a Manila, desde donde podrían, si tal era el deseo de sus superiores, regresar al Japón, pero sólo vía Lisboa, Goa y Macao.

—Se les ordena que se marchen. Si no lo hacen, serán excomulgados —dijo Dell'Acqua.

—Por supuesto, acepto este documento, a menos que esté pasado de fecha. Veo que está fechado el dieciséis de septiembre de 1598, casi hace dos años. Esto debe ser comprobado. No lo podemos aceptar apresuradamente. La comprobación costará cuatro años, por lo menos.

—Por supuesto que la orden tiene vigencia.

—Está equivocado. Dentro de unas semanas, como máximo dentro de unos meses, tendremos un arzobispo del Japón. ¡Un obispo español!

—¡Imposible! Esto es territorio portugués, y *nuestra* provincia.

—Era portugués. Era jesuita. Pero todo esto ha cambiado ahora. Con la ayuda de nuestros hermanos y de la Divina Providencia las cosas resultarán como le he dicho. Esperamos un obispo español, un virrey español y un nuevo capitán del Buque Negro… también español. ¡Quede usted con Dios, Eminencia! —Fray Pérez se levantó, abrió la puerta y se marchó.

Cuando hubo salido el fraile, entró apresuradamente Soldi. Asustado por el mal color del rostro de Dell'Acqua, se apresuró a servirle una copa de aguardiente.

—¿Qué le sucede, Eminencia?

Dell'Acqua miraba al vacío. Durante el pasado año ya había empezado a recibir noticias inquietantes.

—No puede ser cierto, Eminencia. Los españoles no pueden venir aquí.

—Puede ser muy bien cierto. Entretanto, preparémonos para lo que tenga que venir e intentemos hacer las cosas de la mejor manera posible. Dígale al hermano Miguel que vaya en busca de Kiyama y le pida que se presente aquí en seguida.

—Sí, Eminencia. Sin embargo, Kiyama no ha estado aquí anteriormente. No es seguro que venga ahora.

—Dígale a Miguel que emplee toda la persuasión necesaria, pero que traiga a Kiyama antes de la puesta de sol. En segundo lugar, envíe inmediatamente las noticias de la guerra a Martín, a fin de que se las transmita a Toranaga. Escriba los detalles, pero quiero enviar asimismo un mensaje cifrado. Después, envíe a alguien para que traiga aquí a Ferriera.

—Sí, Eminencia. No obstante, con respecto a Kiyama, no sé si Miguel será capaz…

—Dígale a Miguel que lo traiga aquí aunque sea en nombre de Dios. ¡De prisa!

CAPÍTULO LIX

—¿Anjín-san?

Blackthorne oyó su nombre entre sueños. Le pareció que la voz llegaba desde muy lejos.

—*Hai* —respondió él.

Después oyó que repetían su nombre y una mano lo tocó. Abrió los ojos y se incorporó. El doctor estaba a su lado, de rodillas. Kiritsubo y la dama Ochiba también estaban presentes, mirándolo. En la amplia estancia había numerosos Grises. El lugar estaba iluminado con linternas de aceite.

El doctor volvió a hablarle. A pesar de que aún sentía molestias en los oídos, no cabía duda, podía oír de nuevo. Involuntariamente, se llevó las manos a las orejas y se las oprimió, para aclararse los oídos. Inmediatamente sintió un tremendo dolor y vio chispas y luces de colores.

—Lo siento —murmuró Blackthorne, esperando a que se le calmara el dolor —. Trataba de oír mejor. Ahora ya oigo, doctor. ¿Qué me dice?

—Digo que la dama Ochiba y Kiritsubo-sama quieren saber cómo está.

—Mejor, gracias —dijo Blackthorne, tras observar a Kiritsubo y a Ochiba—. Doctor-san, ¿he dormido un día y una noche?

—Sí, Anjín-san. Un día y una noche. Duerma de nuevo, por favor.

El doctor tomó el pulso a Blackthorne según el sistema chino, practicado desde un tiempo inmemorial.

Todos los allí presentes esperaban el diagnóstico. El doctor hizo una señal de aprobación con la cabeza, satisfecho.

—Parece que todo va bien, Anjín-san. No hay ninguna lesión grave. Mucho dolor de cabeza, *¿neh?*

El médico dio explicaciones a dama Ochiba y a Kiritsubo.

—Anjín-san —dijo Ochiba—. Hoy es el funeral de Mariko-sama. ¿Comprendes? *Funeral*.

—Sí, señora.

—Bien. Su funeral será después del alba. Es tu privilegio ir, si lo deseas. ¿Comprendes?

—Sí, comprendo. Iré.

Sus visitantes se fueron. Blackthorne se puso de pie. Sentía un dolor de cabeza insoportable. Todo el cuerpo le dolía. Sintió una intensa náusea que le dejó un asqueroso sabor de boca. Con paso inseguro se acercó a la ventana.

—Estoy bien, gracias —dijo, yendo de nuevo a sentarse.

—Beba esto. Se sentirá mejor —dijo el doctor, sonriendo.

Blackthorne descubrió que aquella bebida tenía un olor insoportable y que sabía aún peor.

—Bébaselo rápido, lo siento.

Blackthorne se lo bebió haciendo un tremendo esfuerzo.

Llegaron unas doncellas y lo peinaron. Un barbero lo afeitó. Le envolvieron la cara y manos con toallas calientes, esto le hizo sentirse mejor. Sin embargo, persistía el dolor de cabeza. Otros sirvientes lo ayudaron a ponerse el quimono. También le entregaron un sable corto.

—Es un regalo, amo. Un regalo de Kiritsubo-sama —dijo una criada. Blackthorne aceptó el presente y lo unió al sable de guerra que le había dado Toranaga.

—Perdón, será en la torre del homenaje, *¿neh?* —preguntó al capitán de los Grises.

—Sí, Anjín-san —respondió el capitán, de aspecto simiesco e inquietante.

—Por favor, ¿por qué estoy aquí?

—Porque el señor general lo ha ordenado —respondió el capitán, sonriendo.

—Pero, ¿por qué aquí?

—Han sido órdenes del señor general. Por favor, no puedo decir más —respondió el samurai.

Cuando estuvo preparado se sintió horriblemente mal. Tomó algo de cha, que le sentó bastante bien, pero en seguida sintió deseos de vomitar y lo hizo en una palangana que le sostuvo un criado. Sentía como intensos pinchazos martirizantes por todo el cuerpo.

—Lo siento —dijo el doctor, pacientemente—. Beba esto.

Blackthorne bebió más de aquel brebaje, pero no se sintió mejor.

Finalmente, Blackthorne se puso en marcha y se sumó al cortejo que asistiría al funeral. Él tenía clara consciencia de que era observado. Se esforzó por poner un semblante inexpresivo.

El cortejo pasó por entre filas de miles de silenciosos samurais. A nadie le pidieron ningún documento. Blackthorne notó que los Grises lo vigilaban atentamente y se acercaban mucho a él, para protegerlo. El cortejo cruzó un

claro, pasó sobre un puente y se detuvo por último en la plaza situada junto a la orilla del río.

Aquel espacio tenía una superficie de trescientos por quinientos pasos. En el centro había un hoyo de quince pasos de extensión y de cinco de profundidad, lleno de leña. Sobre el hoyo había un techado cubierto con seda blanca y, rodeándolo, paredes formadas por lienzos de lino blanco, los cuales colgaban de bambús que apuntaban exactamente hacia el Este, Norte, Oeste y Sur. En el centro de cada pared había una puertecita de madera.

«Las puertas son para que el alma salga, Anjín-san, en su vuelo hacia el cielo», le había explicado Mariko en Hakone.

Los ojos de Blackthorne se llenaron de lágrimas al recordar las palabras de Mariko: «Quiero que mi funeral sea al alba. Lo que más me gusta es el alba. Y me agradaría tanto que, además, fuera en otoño…»

«Pobre querida mía —pensó Blackthorne—, siempre supiste que no sería en otoño.»

Pusieron su litera en un lugar de honor de la primera fila. Pudo ver a Kiyama, a Ochiba, a Zataki y a Ito. También estaba allí la litera cerrada de Onoshi. Los samurais de Kiyama y de Onoshi llevaban cruces.

Blackthorne miró atentamente, intentando ver a Yabú, pero no estaba por allí, así como tampoco los Pardos ni ningún rostro amigo. Kiyama lo estaba mirando duramente, y Blackthorne se alegró de tener con él sus guardias.

De pronto rasgaron el aire sonidos de tambores e instrumentos metálicos. Todas las miradas se dirigieron a la puerta principal del castillo, de la que salió un suntuoso palanquín cubierto, portado por ocho sacerdotes shintoístas, en él iba un sumo sacerdote, sentado como un Buda. Otros sacerdotes iban tocando tambores delante y detrás del palanquín. Los precedían doscientos monjes budistas con túnicas color naranja, así como sacerdotes shintoístas. Cerraba la comitiva el féretro, llevado por diez samurais Pardos, detrás de ellos iban dos sacerdotes con lanzas apuntando hacia atrás, lo cual indicaba que ella había sido una samurai. Seguían luego cuatro sacerdotes portando sendas antorchas apagadas. A continuación Saruji, su hijo, de rostro tan blanco como un quimono. Después iban Kiritsubo y dama Sazuko, ambas de blanco, con el pelo suelto. Cerraban la marcha los restos de la guarnición de Toranaga.

Durante más de una hora, el sumo sacerdote entonó conjuros, y se oyó un intenso redoble de tambores. Después se produjo un repentino silencio, Saruji se adelantó, tomó una antorcha apagada y comprobó que no estaba obstruida

ninguna de las cuatro puertecitas orientadas, respectivamente, al Este, Norte, Oeste y Sur.

Blackthorne vio que el niño estaba temblando. El féretro fue puesto cuidadosamente sobre la leña. Se oyó otro solemne conjuro. Entonces, Saruji introdujo la antorcha, empapada de aceite, en los carbones del brasero, ardió inmediatamente. El niño dudó, volvió hasta la puertecita del Sur y arrojó la antorcha en la pira. La madera impregnada asimismo de aceite, empezó a arder en seguida. Rápidamente, las llamas alcanzaron tres metros de altura. Saruji se vio obligado a apartarse a causa del calor. Se acercó de nuevo para arrojar al fuego maderas olorosas y aceites.

Todo ardió. Los espectadores exhalaron un suspiro. Unos sacerdotes se adelantaron y echaron más madera a la pira, lo cual avivó aún más las llamas.

Más tarde, Ishido, el testigo principal, bajó de su palanquín, se acercó al fuego e hizo el ofrecimiento ritual de la madera preciosa. Tras una ceremoniosa reverencia, volvió a ocupar su palanquín. Dio orden a sus hombres de que lo transportaran al castillo. Ochiba lo siguió.

Saruji se inclinó ante las llamas por última vez. Volvióse y se acercó a Blackthorne, para decirle:

—Gracias, Anjín-san.

El niño se marchó con Kiri y dama Sazuko.

—Todo ha terminado, Anjín-san —dijo el capitán de los Grises—. Kami está ahora a salvo. Vamos al castillo.

—Espera, por favor.

—Perdón, son órdenes, *¿neh?* —dijo el capitán ansiosamente.

—Espera, por favor.

Blackthorne descendió de su litera, sentía un dolor terrible. El samurai se pegó a él, para cubrirlo, Blackthorne se acercó a la mesa y cogió algunos trozos de madera de alcanfor, después los echó al horno.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —murmuró, haciendo la señal de la cruz.

Cuando Blackthorne se despertó, se encontraba mucho mejor, aunque agotado. Persistía el dolor de cabeza.

—¿Qué tal, Anjín-san? —preguntó el doctor—. Ha dormido mucho tiempo.

Blackthorne se incorporó, apoyándose en un codo, y miró hacia el cielo.

«Ahora deben de ser las cinco —pensó—. He dormido más de seis horas.»

—He dormido todo el día, *¿neh?*

—Todo el día de ayer, esta noche y casi todo el día de hoy —respondió el doctor, sonriendo.

—Algo de beber, por favor.

El médico le ofreció aquel detestable brebaje. Blackthorne hizo un esfuerzo y se lo bebió.

—Cha, por favor.

La criada le sirvió cha, y él le dio las gracias. Después de tomarse tres tazas, se sintió mejor.

—¿Cómo tienes los oídos, Anjín-san?

—Igual. Aún me cuesta oír.

—Tienes que comer, Anjín-san. ¿Comprendes?

Le trajeron una bandejita con arroz, sopa y pescado al horno. Su estómago no le pedía ningún alimento, pero recordó que llevaba dos días sin comer. Por tanto, se incorporó y procuró comer algo de arroz.

—Ha sido un honor servirte —dijo el médico.

El anciano doctor hizo una señal a la criada para que retirase la bandeja. Luego se inclinó y se marchó. Blackthorne se quedó solo. Volvió a tumbarse, se encontraba mucho mejor.

—Tenía hambre —dijo en voz alta.

De pronto notó una presencia extraña. Con dificultad volvió a incorporarse y miró hacia atrás, sintió un agudo dolor de cabeza y descubrió que lo observaba un jesuita japonés tonsurado. Estaba de rodillas junto a la puerta principal, con un crucifijo y un rosario en las manos.

—¿Quién eres?

—El hermano Miguel, señor —respondió el jesuita, de oscuros e inexpresivos ojos.

—¿Qué quieres de mí?

—Se me ha enviado a enterarme de quién eres —respondió tranquilamente Miguel, en un portugués bastante correcto.

—¿Quién te ha enviado?

—El señor Kiyama.

Blackthorne advirtió que estaban completamente solos.

—¿Dónde están mis guardias?

—No tienes ninguno, señor.

—¡Claro que tengo guardias! Veinte Grises. ¿Dónde están mis Grises?

—No había ninguno cuando llegué, señor. Lo siento. Entonces, aún dormías. Quizá deberías preguntar a esos samurais —dijo Miguel señalando hacia la puerta.

—Por favor, ¡apártate de la puerta! —gritó Blackthorne cogiendo el sable.

—No estoy armado, Anjín-san.

—Aun así, no te acerques. Los curas me ponen nervioso.

Obedientemente, Miguel se puso de pie y se apartó, sin perder en ningún momento la calma. Fuera había dos Grises, apoyados en la balaustrada del descansillo de la escalera.

—Buenas tardes —dijo Blackthorne cortésmente, sin reconocer a ninguno de los dos.

—Buenas tardes, Anjín-san —respondió uno de ellos, sin mucha deferencia.

—Por favor, ¿dónde están mis otros guardias?

—Todos los guardias fueron retirados a la Hora de la Liebre, esta mañana. ¿Comprendes? La Hora de la Liebre. Éste es nuestro puesto de guardia habitual.

—¿Quién ha ordenado que se retiraran los guardias? —preguntó Blackthorne mientras sentía correr por su espalda un sudor frío.

Los samurais se echaron a reír.

—Aquí, en la torre del homenaje, Anjín-san, el único que da órdenes es el señor general… o dama Ochiba. ¿Cómo te encuentras? —preguntó el más alto.

—Mejor, gracias.

El samurai alto llamó a alguien que estaba en el vestíbulo inferior. Al cabo de unos instantes apareció un oficial, al frente de cuatro samurais. El oficial era joven y caminaba muy erguido. Cuando vio a Blackthorne, sus ojos se iluminaron.

—¡Ah, Anjín-san!, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, gracias. Perdón, pero, ¿dónde están mis guardias?

—Se me ha ordenado decirte que, al despertar, te dirigieras a tu barco. Aquí tienes tu salvoconducto.

El capitán se sacó el documento de una manga y se lo entregó, al tiempo que señalaba a Miguel.

—Este compañero será tu mejor guía.

Blackthorne trató de poner en orden sus ideas y empezó a intuir peligro.

—Sí, gracias. Pero antes quisiera ver al señor Ishido. Es muy importante.

—Lo siento. Las órdenes con respecto a ti es que vuelvas a tu barco

inmediatamente, ¿comprendes?

Ante la insistencia de Blackthorne, el oficial se fue a preguntar. Blackthorne examinó el salvoconducto, que estaba en regla.

—Eh, Anjín-san —dijo uno de los samurais—. Aquí mataste a cinco *ninja*. Algo grande, *¿neh?*

—No, lo siento: sólo dos o tres.

—He oído que fueron muertos cincuenta y siete *ninja* y ciento dieciséis Pardos. ¿Fue así? —prosiguió el samurai.

—No lo sé. Lo siento.

—Las órdenes con respecto a ti es que te vayas a tu barco, Anjín-san. El sacerdote te acompañará.

—Sí, gracias. Sin embargo, primero quisiera ver a dama Ochiba. Es muy importante…

El capitán se dirigió a Miguel y le habló con cierta violencia. El jesuita, inmutable, dijo a Blackthorne:

—Lo siento, señor. Me ha dicho que su jefe está preguntando a su jefe. Entretanto, tienes que venir conmigo al barco.

—*¡Ima!* —añadió con énfasis el capitán.

Blackthorne comprendió que era hombre muerto.

—¡Al barco! —gritó el capitán.

Blackthorne intuyó que aquello era obra de Kiyama e Ishido. Se llevó la mano a la empuñadura del sable y se dijo que su suerte estaba echada, su *karma*, cumplido. Decidió que si tenía que morir, prefería que fuese en aquel momento, con honor.

—Soy John Blackthorne, Anjín-san —dijo con energía y arrogancia—. General del buque del señor Toranaga. Samurai y hatamoto. ¿Quién eres tú?

—Saigo Masaktsu de Kaga, capitán de la guarnición del señor Ishido —respondió el capitán, ruborizándose.

—Soy hatamoto. ¿Lo eres tú también? —preguntó Blackthorne.

—No, no lo soy.

—¿Eres samurai, o *ronín*?

Blackthorne advirtió que había hombres detrás de él. Pero lo único que le importaba era aquel capitán, de quien esperaba un ataque fatal, que él estaba dispuesto a devolver. Pero, con gran asombro por su parte, Blackthorne comprobó que el capitán cambió de actitud, pues se inclinó con toda humildad.

—Por favor, disculpa mis malos modales. Yo…, yo era *ronín*. Discúlpame,

por favor, Anjín-san —dijo el oficial, avergonzado.

Blackthorne no las tenía aún todas consigo. Miró a los otros samurais, los cuales, como un solo hombre, le hicieron una reverencia, igual que su capitán. Blackthorne correspondió a ella.

Luego se puso en marcha, seguido de Miguel y de los samurais de escolta, los cuales se mantenían cuidadosamente apartados del campo de acción de su sable. Un hombre se adelantó al grupo.

En el siguiente puesto de guardia, el nuevo oficial se inclinó cortésmente, y Blackthorne hizo otro tanto. El salvoconducto fue examinado detenidamente. Otra escolta lo acompañó hasta el nuevo puesto de guardia, donde se repitieron las mismas formalidades.

Nadie les interceptó el paso. Ningún samurai se fijó demasiado en Blackthorne.

Advirtió que cada vez le dolía menos la cabeza y que ya no sudaba. Apartó la mano de la empuñadura del sable y flexionó los dedos. Se detuvo en una fuente, cuya agua brotaba de un muro, bebió y se lavó la cara.

Los Grises de la escolta se detuvieron y esperaron deferentemente. Durante todo el tiempo intentó explicarse por qué habría perdido el favor y la protección de Ishido y de dama Ochiba. De pronto advirtió que Miguel lo estaba observando.

—¿Qué quieres?

—Nada, señor —respondió Miguel cortésmente—. Me ha complacido mucho la forma en que has tratado a ese oficial. Gracias.

—No lo he hecho por ti —replicó Blackthorne en portugués, pues no deseaba hablar en latín.

—De acuerdo. Pero ha sido algo loable. Ya sabemos que los designios de Dios son inescrutables. Ha sido un servicio prestado a todos los *hombres*. Ese *ronín* se ha quedado avergonzado, y se lo merecía. Es algo sucio abusar del *bushido*.

—¿Eres también samurai?

—Sí, señor, tengo ese honor —respondió Miguel—. Mi padre es primo del señor Kiyama, y mi clan pertenece a la provincia de Hizen, en Kyushu. ¿Cómo supiste que él era *ronín*?

—No estoy seguro —contestó Blackthorne, tratando de recordar—. Quizá porque me dijo que es de Kaga. No sé…

—Perdóname, por favor, Anjín-san —dijo el oficial de la escolta—. ¿Te está

molestando este hombre?

—No, no, en absoluto —aseguró Blackthorne.

Volvieron a examinarle el salvoconducto, cortésmente.

En aquel momento empezaba a ponerse el Sol, aunque aún faltaban algunas horas para que oscureciese. El viento, cálido, levantaba nubecillas de polvo.

Pasaron junto a numerosos establos, donde se veían lanzas y sillas de montar preparadas para una marcha inmediata.

Los samurais cuidaban de los caballos y revisaban el equipo. A Blackthorne le asombró su número.

—¡Cuántos caballos! —exclamó Blackthorne, dirigiéndose al capitán.

—Miles, Anjín-san. Diez, veinte, treinta mil aquí y en otros lugares del castillo.

Cuando cruzaban el penúltimo foso Blackthorne hizo una seña a Miguel para que se acercase.

—¿Me conduces a la galera?

—Sí. Eso es lo que me ordenaron, señor.

—¿A ningún otro sitio?

—No, señor.

—¿Quién te lo ordenó?

—El señor Kiyama. Y el padre Visitador, señor.

—¡Ah, él! Prefiero que me llames Anjín-san, y no señor, Padre.

—Perdón, Anjín-san, pero no soy Padre, no he sido ordenado.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando Dios disponga —respondió Miguel en tono confiado.

—¿Dónde está Yabú-san?

—No lo sé, lo lamento.

—¿Me llevas a mi barco? ¿A ningún otro sitio?

—Sí, Anjín-san.

—¿Y entonces seré libre? ¿Libre para ir adonde quiera?

—Me han dicho que preguntara cómo estaba y le llevara a su barco, nada más. Soy un simple mensajero, un guía.

—¿Me lo juras por Dios?

—Sólo soy un guía, Anjín-san.

—¿Dónde has aprendido a hablar tan bien el portugués? ¿Y el latín?

—Yo era uno de los cuatro… los cuatro acólitos que el padre Visitador envió a Roma. Yo tenía trece años y Uraga-noh Tadamasa, doce.

—Ahora recuerdo. Uraga-san me dijo que tú eras uno de ellos. Eras amigo suyo. ¿Sabes que murió?

—Sentí gran pena cuando me lo dijeron.

—Lo hicieron los cristianos.

—Lo hicieron unos asesinos, Anjín-san. Unos asesinos. Pero serán juzgados, no hay miedo.

Después de un momento, Blackthorne dijo:

—¿Te gustó Roma?

—Me pareció detestable. A mí y a todos. La comida, la basura, la fealdad. Allí son todos *eta*. ¡Increíble! Tardamos ocho años en regresar. ¡Y cómo bendije a la Virgen cuando al fin volví!

—¿Y la Iglesia? ¿Y los Padres?

—Detestables. Muchos de ellos —dijo Miguel con calma—. Me parecía escandalosa su moral, sus amantes, su codicia, su vanidad, su hipocresía, sus modales… y sus dos leyes, una para el rebaño y otra para los pastores. Era odioso y, sin embargo, entre algunos de ellos encontré a Dios, Anjín-san. ¡Qué extraño! Encontré la Verdad en las catedrales, en los conventos y entre los Padres. —Miguel lo miraba con expresión de sinceridad, exhalando ternura—. Cierto, Anjín-san, que fueron pocas, muy pocas las veces que vi ese destello. Pero encontré la Verdad y a Dios y sé que el cristianismo es el único camino que lleva a la vida eterna… quiero decir, y perdone, el cristianismo católico.

—¿Viste los autos de fe… la Inquisición… las cárceles… los juicios de brujas?

—Vi cosas terribles. Son muy pocos los hombres justos… los más son pecadores y en este mundo se hace mucho mal en nombre de Dios. Pero no es de Dios. Esto es un valle de lágrimas y sólo una preparación para la Paz Eterna. —Oró en silencio un momento y levantó la mirada, reconfortado—. Incluso hay herejes que pueden ser buenos, *¿neh?*

—Tal vez —respondió Blackthorne mirándole con simpatía.

El último foso y la última puerta, la puerta principal del Sur. El último puesto de guardia donde tuvo que entregar su salvoconducto. Miguel cruzó la última reja. Blackthorne lo siguió. Fuera del castillo aguardaban cien samurais. Los hombres de Kiyama. Vio sus crucifijos y su actitud hostil y se detuvo. Miguel no. El oficial hizo seña a Blackthorne de que siguiera andando. Él obedeció. Los samurais cerraron filas detrás de él, rodeándole. Los porteadores y mercaderes se apartaban del camino, haciendo grandes reverencias, para dejarles paso. Algunos

levantaban patéticas cruces y Miguel los bendecía, mientras iba bajando la ladera, en dirección a la ciudad y a la costa. Unos Grises y algunos samurais que venían en dirección contraria miraron a Miguel torvamente y le hubieran apartado a un lado, de no ser por la barrera que formaban los samurais de Kiyama.

Blackthorne seguía a Miguel. Ya no sentía miedo, pero sí deseos de huir. De todos modos, no había dónde esconderse. En tierra. El único lugar seguro era el *Erasmus*, proa a alta mar, con toda su tripulación, armas y provisiones.

—¿Qué ha pasado en la galera, hermano?

—No lo sé, Anjín-san.

Habían llegado a las calles de la ciudad, cerca del mar. Miguel dobló una esquina y llegó a un mercado de pescado situado al aire libre. La gente lo miró atónita y en seguida empezó a saludar inclinándose. Blackthorne seguía a los samurais por entre los puestos, los canastos y bandejas de bambú llenos de toda clase de pescado, fresco, reluciente, primorosamente presentado —algunas especies, nadando en tanques—, gambas y langostinos, langostas y cangrejos. «No está tan limpio en Londres —pensó distraídamente—. Ni el pescado ni los que lo venden.» Vio entonces una hilera de tenderetes de comidas, cada uno con su fogón de carbón vegetal y sintió el denso aroma del marisco asado a la parrilla.

—¡Jesús! —Sin pensar, cambió de dirección. Inmediatamente, los samurais le cortaron el paso.

—*Gomen nasai, kinjiru* —dijo uno de ellos.

—*¡Iyé!* —respondió Blackthorne con la misma aspereza—. *Watashi tabetai desu, ¿neh? Watashi* Anjín-san, *¿neh?* Tengo hambre. Soy el Anjín-san.

Blackthorne empezó a abrirse camino a empujones. El oficial fue rápidamente a su encuentro, para cortarle el paso. Miguel volvió apresuradamente sobre sus pasos y dijo unas palabras en tono conciliador, pero con autoridad. Finalmente, a regañadientes, fue concedido el permiso.

—Dice el oficial que coma si quiere, Anjín-san.

—Que me pongan de eso. —Blackthorne señaló unos langostinos gigantes, blancos y sonrosados—. Di al oficial que hace casi dos días que no como. De manera que lo siento…

El vendedor, un viejo con tres dientes, la piel curtida y rugosa y un

taparrabos, muy satisfecho de que su tenderete hubiera sido el elegido, cogió los cinco mejores langostinos con unos palillos y los puso en una fuente de bambú.

—¡*Dozo*, Anjín-sama!

—*Domo*. —Blackthorne sintió un ruido en las tripas. De buena gana, se hubiera puesto a devorar, pero se limitó a coger uno con los palillos, lo untó en salsa y lo comió con deleite. Estaba delicioso.

—¿Hermano Miguel? —preguntó, presentándole la fuente. Miguel tomó uno, pero sólo por educación. El oficial rehusó, pero le dio las gracias.

Blackthorne terminó la ración y pidió dos más, que remató con el obligado eructo de cortesía.

—*Domo. Bimi desu*. Exquisito.

El hombre se inclinó y los de los puestos vecinos también. Entonces Blackthorne descubrió con horror que no tenía dinero. Enrojeció.

—¿Qué sucede? —preguntó Miguel.

—No tengo dinero ni nada que darle. ¿Podrías prestarme algo?

—Nosotros nunca llevamos dinero, Anjín-san.

Se hizo un silencio violento. El vendedor sonreía y esperaba pacientemente. Miguel se volvió hacia el oficial y le habló en voz baja, turbado. El oficial miró a Blackthorne con sorda indignación, dijo airadamente unas palabras a uno de sus hombres que se adelantó y pagó con largueza al vendedor que correspondió con grandes muestras de agradecimiento.

—Di al oficial que cuando lleguemos al barco le pagaré —dijo Blackthorne a Miguel cuando éste, colorado y sudoroso, se disponía a reanudar la marcha—. Lo siento… No pensé. Por extraño que parezca, es la primera vez que he comprado algo. Nunca he necesitado dinero…

—Por favor, olvídelo, Anjín-san. No tiene importancia.

Anduvieron un trecho en silencio. Blackthorne se orientó. Al final de aquella calle estaba la playa. Señaló hacia una ancha bocacalle a la izquierda.

—Vamos por ahí.

—Por aquí se llega antes, Anjín-san.

—Pero se pasa por la misión de los jesuitas y la lorcha portuguesa. Preferiría dar un rodeo.

—A mí me ordenaron ir por aquí.

—Tomemos el otro camino. —Blackthorne se detuvo. El oficial preguntó qué ocurría y Miguel se lo explicó. El oficial señaló el camino que proponía Miguel.

Blackthorne comprendió que, si se negaba, lo llevarían por la fuerza. Se encogió de hombros y siguió andando.

Salieron al camino que bordeaba la playa. A medio *ri* de allí estaban los muelles y almacenes de los jesuitas, cien pasos más allá, se veía el barco portugués y, otros doscientos pasos más lejos, su galera. Estaba demasiado lejos para ver gente a bordo.

Blackthorne arrojó una piedra al mar.

—Vayamos por la playa —dijo.

—Como quiera, Anjín-san. —Miguel bajó a la arena. Blackthorne iba por la orilla, gozando de la frescura del agua y la caricia del leve oleaje.

—Hace buen día, *¿neh?*

—¡Ah! Anjín-san —dijo Miguel con súbita afabilidad—, hay momentos en los que, que la Virgen me perdone, quisiera no ser un hombre de Iglesia, sino simplemente el hijo de mi padre, y éste es uno de ellos.

—¿Por qué?

—Me gustaría ayudarte a escapar en tu extraño barco que está en Yokohama. Os llevaría a Hizen, a nuestro gran puerto de Sasebo. Entonces te pediría que hiciéramos un trato. Tú nos enseñarías a mí y a nuestros capitanes tu barco y tu manera de navegar, y yo te ofrecería los mejores maestros del reino en *bushido, cha-no-yu*, *haragei*, *ki*, meditación *zazen*, adornos con flores y todas las artes que sólo nosotros poseemos.

—Me gusta eso. ¿Por qué no lo hacemos ahora mismo?

—Hoy no es posible. Pero tú has aprendido ya muchas cosas en poco tiempo, *¿neh?* Mariko-sama era una gran maestra. Tú eres un digno samurai. Y posees una cualidad muy rara entre nosotros: nunca se sabe lo que vas a hacer. Taiko la tenía y Toranaga-sama la tiene también. Normalmente, nosotros hacemos lo obligado, nuestra conducta siempre puede predecirse.

—Entonces adivina cómo puedo escapar de esta trampa.

—Eso no es posible, Anjín-san. Lo siento.

—No te creo. ¿Cómo sabes que mi barco está en Yokohama?

—Todos lo saben.

—¿Estás seguro?

—Se sabe casi todo lo que tú haces: tu defensa del señor Toranaga, de la dama María y de la dama Toda. Y todo el mundo te respeta por ello.

—Eso tampoco lo creo. —Blackthorne cogió una piedra plana y la hizo saltar sobre las olas. Siguieron andando. Blackthorne iba canturreando una

canción marinera. Sentía gran simpatía por Miguel.

Su guía se dirigió hacia la puerta de la misión jesuita y Blackthorne se dijo que tendrían que golpearlo hasta dejarle inconsciente antes de obligarle a entrar allí y entregar las armas.

—¿Conque sólo me llevas a mi galera, eh?

—Sí, Anjín-san. —Blackthorne vio con extrañeza que Miguel le indicaba que esperase fuera—. Nada ha cambiado. Me ordenaron que al pasar advirtiera al padre Visitador. Pido perdón, tendrás que esperar un momento.

Desconcertado, Blackthorne le vio entrar en la misión. Él creía que aquél iba a ser el final de su viaje. Primero, una inquisición y juicio, con tortura y después, sería entregado al capitán general. Miró hacia la lorcha que se hallaba a cien pasos de allí. Ferriera y Rodrigues estaban en la popa. La cubierta principal estaba llena de hombres armados. Más allá del barco, el muelle describía una suave curva y en el extremo se divisaba su galera. Había hombres asomados a la borda y creyó reconocer a Yabú y a Vinck, pero no estaba seguro. Parecía haber también algunas mujeres a bordo, pero no sabía quiénes eran. Alrededor de la galera había Grises. Muchos Grises.

Se volvió hacia Ferriera y Rodrigues. Los dos estaban fuertemente armados. También lo estaban los marineros. Reconoció la corpulenta figura de Pesaro que bajaba por la pasarela con un grupo de hombres. Les siguió con la mirada y sintió que se le helaba la sangre. Al otro lado del muelle, se levantaba una alta estaca con leña amontonada alrededor de su base.

—Hola, capitán-piloto, ¿cómo estás?

Dell'Acqua salía en aquel momento por la verja. A su lado, Miguel parecía un enano. El Padre Visitador vestía la túnica de jesuita. Su gran estatura y su barba blanca le imprimían la severa majestad de un patriarca bíblico. Un inquisidor de pies a cabeza, pensó Blackthorne. Benévolo en apariencia.

—Hola, padre Visitador —respondió, sintiendo en el estómago los langostinos como plomo—. ¿Podemos seguir?

—¿Cómo no?

«De modo que la Inquisición será a bordo —pensó Blackthorne, asustado, deseando tener sus pistolas al cinto—. Usted sería el primero en morir, Eminencia.»

—Quédate aquí, Miguel —dijo Dell'Acqua.

El padre Visitador miró la fragata portuguesa y su expresión se endureció. Luego, echó a andar.

Blackthorne vaciló. Miguel y los samurais le miraban de un modo extraño.

—*Sayonara, Anjín-san* —dijo Miguel—. Vaya con Dios.

Blackthorne asintió levemente y cruzó por entre los samurais, esperando que se abalanzaran sobre él para quitarle el sable. Pero ellos lo dejaron pasar. Se detuvo y se volvió con el corazón desbocado.

Pensó en desenvainar el sable y atacar. Pero no serviría de nada. No pelearían. Ellos tenían lanzas. Podrían desarmarlo, atarlo y entregarlo, «Atado no iré», se prometió a sí mismo. Sólo podía ir hacia delante. Pero allí sus sables nada podrían contra las pistolas. Podía atacar, pero ellos le dispararían a las rodillas, lo dejarían lisiado y lo atarían…

—Capitán Blackthorne, sígame —gritó Dell'Acqua.

—Un momento. —Blackthorne hizo una seña a Miguel—. Hermano, abajo en la playa me dijiste que yo era un buen samurai. ¿Hablabas en serio?

—Sí, Anjín-san.

—Entonces, como samurai, he de pedirte un favor —dijo en voz baja y tono apremiante.

—¿Qué favor?

—El de morir como un samurai.

—Tu muerte no está en mis manos, sino en las de Dios, Anjín-san.

—Sí. Pero te pido el favor de ti. —Blackthorne señaló la estaca—. Ésa no es forma de morir. Es denigrante.

Miguel, desconcertado, miró hacia la lorcha y entonces descubrió la estaca.

—Santa Madre de Dios…

—Por favor, capitán Blackthorne, vámonos —insistió Dell'Acqua.

Blackthorne dijo con mayor énfasis.

—Habla con el oficial. Tiene aquí bastantes samurais para hacerse oír, *¿neh?* Explícaselo. Tú has estado en Europa y sabes lo que ocurre allí. No es pedir mucho, *¿neh?* Por favor, soy un samurai. Uno de ellos podría ser mi ayudante.

—Se lo… se lo preguntaré. —Miguel se volvió hacia el oficial y empezó a hablarle en voz baja y tono persuasivo.

Blackthorne se volvió y concentró su atención en el barco. Luego, echó a andar. Dell'Acqua esperó hasta que estuvo a su lado y reanudó la marcha.

Blackthorne vio a Ferriera contoneándose por la cubierta principal con las pistolas al cinto y el florete al costado. Rodrigues lo miraba con la mano derecha en el cañón de una larga pistola de duelo. Pesaro y diez marineros estaban en el

espigón, apoyados en mosquetes con bayoneta. Y la larga sombra de la estaca se proyectaba hacia él.

«Oh, Dios, si tuviera un par de pistolas, diez barriles de pólvora y un cañón —pensaba mientras la distancia iba acortándose inexorablemente—. Oh, Dios que no tenga que sufrir la indignidad…»

—Buenas tardes, Eminencia —dijo Ferriera con los ojos fijos en Blackthorne —. Vaya, Ing…

—Buenas tardes, capitán general. —Dell'Acqua señaló la estaca con gesto de indignación—. ¿Ha sido suya la idea?

—Sí, Eminencia.

—Vuelvan a su barco.

—Esto es una decisión militar.

—*¡Vuelvan a su barco!*

—¡No! ¡Pesaro!

De inmediato, el contramaestre y los hombres de las bayonetas se pusieron en guardia y empezaron a avanzar hacia Blackthorne.

—Vaya, inglés, volvemos a encontrarnos —dijo Ferriera sacando la pistola.

—Es algo que no me complace lo más mínimo. —Blackthorne sacó el sable y lo sostuvo torpemente con las dos manos. La empuñadura rota le lastimaba.

—Esta noche te complacerás en el infierno —dijo Ferriera con voz ronca.

—Si tuvieras valor, pelearías… de hombre a hombre. Pero tú no eres hombre. Eres un cobarde, un cobarde español sin agallas.

—¡Desarmadlo! —ordenó Ferriera.

Los diez hombres se adelantaron, apuntando con las bayonetas. Blackthorne retrocedió, pero lo rodearon. Las bayonetas le pinchaban en las piernas y él cargó contra uno de sus atacantes, el hombre retrocedió pero otro le atacó por la espalda. Entonces Dell'Acqua reaccionó y gritó:

—¡Abajo las armas! ¡En nombre de Dios os ordeno que os detengáis!

Los marineros quedaron confundidos. Todos los mosquetes apuntaban a Blackthorne, que se mantenía a cierta distancia, sable en alto.

—¡Atrás todos! —gritó Dell'Acqua—. ¡Atrás por Dios! ¿Sois animales?

—¡Quiero a ese hombre en mi poder! —dijo Ferriera.

—Lo sé. Y ya os dije que eso no puede ser. ¿Estáis sordo? Que Dios me dé paciencia. Ordenad a vuestros hombres que suban a bordo.

—¡Os ordeno a vos que os marchéis de aquí!

—¿Me ordenáis a *mí*?

—Sí, a vos. ¡Yo soy el capitán general gobernador de Macao y la primera autoridad de Portugal en Asia y ese hombre es una amenaza para el Estado, la Iglesia, el Buque Negro y Macao!

—¡Por Dios que os he de excomulgar a vos y a toda vuestra tripulación si ese hombre sufre daño! ¿Me habéis oído? —Dell'Acqua dio media vuelta y se fue hacia los marineros, los cuales retrocedieron, intimidados. Todos, excepto Pesaro que lo miró retadoramente, pistola en mano, esperando las órdenes de Ferriera.

—¡Subid a ese barco y marchaos de aquí! —insistió Dell'Acqua.

Estáis cometiendo un error —dijo Ferriera airadamente—. Ese hombre es una *amenaza*. Como gobernador militar de Asia, yo…

—Ése es un asunto de la Iglesia y no concierne a la autoridad militar…

Blackthorne estaba atontado, no podía pensar ni casi ver. Volvía a dolerle la cabeza. Parecía que iba a estallarle. Todo había sucedido tan aprisa. Un momento, prisionero. Al siguiente, libre. Después, denunciado a la Inquisición, evadido, traicionado de nuevo y, ahora, defendido por el Gran Maestre de la Inquisición en persona. Era un disparate.

—¡Tened cuidado, os prevengo! —gritaba Ferriera—. Dios es testigo de que estáis cometiendo una equivocación. Informaré a Lisboa.

—Pero, mientras tanto, ordenad a vuestros hombres que suban a bordo si no queréis que os destituya de vuestro cargo de capitán general del Buque Negro.

—No tenéis facultad para ello.

—Si no ordenáis a vuestros hombres que suban a bordo y liberáis al inglés *de inmediato*, os excomulgo a vos y a todo aquel que os obedezca, os excomulgo y os maldigo a vos y a vuestra gente en el nombre de Dios.

—¡Por la Virgen…! —Ferriera se interrumpió. No temía por sí mismo, pero comprendía que su Buque Negro estaba en peligro. Sabía que, si no obedecía, la mayoría de sus hombres lo abandonarían. Pensó en matar al sacerdote, pero ello no anularía la maldición y transigió—. ¡Bien está! ¡Todos a bordo! ¡Atrás!

Los hombres obedecieron y se dispersaron, contentos de rehuir la ira del sacerdote. Blackthorne estaba desconcertado y se preguntaba si su cabeza no estaría engañándolo. De pronto, en medio de la confusión, estalló el odio de Pesaro. Levantó el arma y apuntó. Dell'Acqua advirtió el movimiento y se interpuso, protegiendo a Blackthorne con su propio cuerpo. Pesaro apretó el gatillo, pero en aquel mismo instante unas flechas se clavaron en él, el arma se disparó al aire y él se desplomó gritando.

Blackthorne se volvió y vio a seis arqueros de Kiyama con nuevas flechas en

sus arcos. Cerca de ellos estaba Miguel. El oficial hablaba con severidad. Pesaro lanzó un último grito, se retorció y murió.

Miguel dijo, temblando:

—El oficial dice que lo lamenta, pero que temía por la vida del padre Visitador.

Miguel pedía a Dios que lo perdonara por haber dado la orden de disparar. Pero, alegaba, Pesaro estaba advertido. Y era su deber cuidar de que se obedecieran las órdenes del padre Visitador, proteger su vida, combatir a los asesinos y procurar que nadie fuera excomulgado.

Dell'Acqua se arrodilló junto al cadáver de Pesaro. Lo bendijo y pronunció la fórmula de la absolución. Los portugueses miraban a los samurais, ansiosos de oír la orden de matar a los asesinos. El resto de los hombres de Kiyama acudían desde las puertas de la misión y varios Grises venían también procedentes de la zona de la galera, para investigar. Aunque casi le cegaba el furor, Ferriera comprendió que en aquellas circunstancias no podía presentar batalla.

—¡Todos a cubierta! ¡Subid el cuerpo de Pesaro!

Hoscamente, el grupo que había desembarcado se dispuso a obedecer.

Blackthorne bajó el sable, pero no lo envainó. Se quedó esperando, atónito, temiendo alguna artimaña, aún podían apresarlo y llevarlo a bordo.

—En el alcázar —Rodrigues dijo suavemente:

—Preparados para repeler el abordaje, pero con cuidado, por Dios. —Al momento, los hombres se dirigieron a sus puestos—. ¡Cubrid al capitán general! Preparad la lancha.

Dell'Acqua se puso en pie y se volvió hacia Ferriera, que se había situado en la escalera de la cámara en actitud arrogante, dispuesto a defender el barco.

—Vos sois el responsable de la muerte de ese hombre —masculló el padre Visitador—. Vuestro fanatismo, vuestro afán de venganza y vuestro maldi…

—Antes de decir públicamente algo de lo que pueda arrepentirse Vuestra Eminencia —le interrumpió Ferriera—, pensadlo bien. Yo acaté vuestra orden a pesar de que sabía que cometíais un tremendo error. Me oísteis mandar a mis hombres a bordo. Pesaro os desobedeció a vos, no a mí y la verdad es que si hay algún responsable, ése sois vos. Vos impedisteis que él y nosotros cumpliéramos con nuestro deber. Ese inglés es el enemigo. ¡Por Dios que fue una decisión militar e informaré a Lisboa!

Ferriera comprobó con una mirada los preparativos hechos a bordo para el combate y calculó la fuerza de los samurais que se acercaban.

Rodrigues se había situado en el portalón de la cubierta principal.

—Capitán general, no podemos hacernos a la mar con este viento y esta marea.

—Preparad una lancha para que nos remolque si es necesario.

—La estamos preparando.

Ferriera gritó a los hombres que llevaban a Pesaro que se dieran prisa. Pronto estuvieron todos a bordo. Los hombres se apostaron discretamente en los cañones, cada uno con dos mosquetes a su lado. A derecha e izquierda, en el muelle, se agolpaban los samurais, pero no parecían dispuestos a intervenir.

Desde el embarcadero, Ferriera dijo a Miguel con acento perentorio:

—Diles que se dispersen, que no tienen nada que hacer aquí. Hubo un error, un error muy lamentable, pero hicieron bien en matar al contramaestre. Diles que se vayan.

A Ferriera le dolía decirlo y deseaba matarlos a todos, pero en aquel momento casi podía oler el peligro en el muelle y no tenía más remedio que retroceder.

Miguel hizo lo que le pedía. Los oficiales no se movieron.

—Será mejor que os vayáis, Eminencia —dijo Ferriera con amargura—. Pero esto no puede acabar así. Lamentaréis haberlo salvado.

Dell'Acqua percibía también la tensión que le rodeaba. Pero no hacía mella en él. Bendijo a Ferriera y dio media vuelta.

—Vamonos, piloto.

—¿Por qué me dejáis marchar? —preguntó Blackthorne, sin atreverse a creerlo. El dolor de cabeza era un martirio.

—Vámonos, piloto.

—¿Por qué me dejáis marchar? No lo entiendo.

—Ni yo tampoco —dijo Ferriera—. Me gustaría conocer el verdadero motivo, Eminencia. ¿Acaso no sigue siendo una amenaza para nosotros y para la Iglesia?

Dell'Acqua lo miró fijamente. «Sí —deseaba decirle, para borrar aquella expresión de arrogancia de la cara del botarate—, pero ahora la amenaza más grave es la guerra inmediata. Es preciso ganar tiempo para vosotros, para que pueda haber, por lo menos, otros veinte años de Buques Negros y para elegir entre Toranaga e Ishido. No entiendes nuestros problemas, Ferriera, ni sabes lo que se juega, ni tienes idea de lo delicado de nuestra posición ni de los peligros que nos amenazan.»

—Os ruego que lo penséis, señor Kiyama. Propongo que elijáis al señor Toranaga —había dicho la víspera al daimío utilizando a Miguel como intérprete, pues no confiaba en sus propios conocimientos de japonés, que eran apenas medianos.

—Eso es una injustificable injerencia en los asuntos internos del Japón y está fuera de vuestra incumbencia. Además, el bárbaro debe morir.

Dell'Acqua utilizó toda su habilidad diplomática, pero Kiyama se mostró inflexible. Y aquella mañana, cuando fue a ver a Kiyama para decirle que, gracias a la voluntad de Dios, el inglés había sido neutralizado, advirtió un destello de esperanza.

—He pensado en lo que me dijisteis —manifestó Kiyama—. No voy a aliarme con Toranaga. Desde hoy hasta la batalla observaré atentamente a ambos contendientes. En el momento adecuado decidiré. Y ahora consiento en dejar marchar al bárbaro… no por lo que vos me habéis dicho, sino a causa de la dama Mariko, para complacerla… y porque el Anjín-san es samurai…

Ferriera seguía mirándole fijamente.

—¿Es que acaso el inglés ha dejado de ser una amenaza?

—Que tengáis buen viaje, capitán general y que Dios os guarde. Piloto, os llevaré a vuestra galera… ¿Estáis bien?

—Mi cabeza… Creo que la explosión… ¿De verdad me dejáis marchar? ¿Por qué?

—Porque la dama María, la dama Mariko, nos pidió que os protegiéramos —dijo Dell'Acqua echando a andar.

—Pero eso no lo explica. No lo harías sólo para complacerla…

—Lo mismo digo —terció Ferriera—. ¿Por qué no decirle toda la verdad, Eminencia?

Dell'Acqua no se detuvo. Blackthorne empezó a seguirlo, pero sin volver la espalda al barco, temiendo todavía una traición.

—Esto no me lo explico. Sabéis que os destruiré, que tomaré vuestro Buque Negro.

Ferriera se echó a reír burlonamente.

—¿Con qué, inglés? *¡No tienes barco!*

—¿Qué dices?

—Tu barco ha sido destruido. De no ser así, yo no te dejaría marchar, a pesar de las amenazas de Su Eminencia.

—Eso no es verdad…

A través de la niebla que le llenaba la cabeza, Blackthorne oyó a Ferriera repetir la frase y echarse a reír y después decir algo sobre un accidente y la Mano de Dios y que su barco se había quemado.

—De manera que ya no podrás intentar nada contra mi barco, aunque eso no quita que seas un hereje, un enemigo y una amenaza para la fe. —Luego vio claramente a Rodrigues que lo miraba con compasión y murmuraba estas palabras: es verdad.

—No puede ser, no puede ser…

Luego, el cura de la Inquisición le dijo desde una distancia de un millón de leguas:

—Esta mañana recibí un mensaje del padre Alvito. Parece ser que una ola gigante…

Pero Blackthorne ya no le escuchaba. En su mente resonaban estas palabras:

«Tu barco ha muerto, tú tienes la culpa por haberlo abandonado. Ya no tienes barco, no tienes barco…»

—¡Eso no es verdad! Mentís. Mi barco está en puerto seguro, custodiado por cuatro mil hombres. ¡Está seguro!

Alguien dijo:

—Pero la Mano de Dios le ha alcanzado.

El Inquisidor continuó:

—La ola gigante hizo que el barco se ladeara. Dicen que en cubierta se volcaron las lámparas de aceite y el fuego se extendió. Quedó destruido.

—¡Es mentira! ¿Y la guardia del puente? —gritó, pero comprendía que en cierto modo el barco había sido el precio de su vida.

—Está varado, inglés —dijo Ferriera—. Y ahora tendrás que quedarte aquí para siempre. No conseguirás pasaje en ninguno de nuestros barcos.

Estaba ahogándose. Luego se le aclaró la vista. Oyó los gritos de las gaviotas, olió el hedor de la playa y vio a Ferriera, su enemigo, y comprendió que todo aquello era una mentira para hacerle volverse loco. Lo comprendió claramente y se dijo que los curas entraban en la conspiración.

—¡Que Dios os confunda! —gritó y se abalanzó sobre Ferriera con el sable en alto.

Pero sólo hubo lucha en su imaginación. Unas manos lo sujetaron con facilidad, le quitaron los sables y le colocaron entre dos Grises que lo condujeron hasta la pasarela de la galera donde le devolvieron sus sables y lo dejaron libre.

Le costaba trabajo ver y oír, ya que su cerebro apenas trabajaba a causa de

aquel dolor, pero estaba seguro de que todo era una artimaña para volverlo loco y que, si él no hacía un gran esfuerzo, daría resultado. «Que alguien venga en mi ayuda», pensaba. A su lado estaban Yabú y Vinck y sus siervos y él no entendía su lengua. Lo llevaron a bordo. Allí estaban Kiri y Sazuko y un niño que lloraba en brazos de una criada. Llenaban la cubierta los restos de la guarnición de los Pardos, remeros y marinos.

Olor a sudor, sudor de miedo. Yabú le hablaba. Y Vinck. Le costó trabajo concentrarse.

—¿Por qué te han dejado en libertad?

—Yo… ellos… —no podía decirlo.

Sin saber cómo, se encontró en el alcázar. Yabú decía al capitán qué se hiciera a la mar antes de que Ishido cambiara de opinión y antes de que los Grises del muelle se arrepintieran de dejar salir la galera. «Rápido, rumbo a Nagasaki…», pero Kiri decía, «pido perdón, Yabú-sama, pero antes hay que ir a Yedo…».

Los remeros llevaron a la nave contra la marea y contra el viento hacia la corriente, seguida por el grito de las gaviotas. Blackthorne hizo un esfuerzo para salir de su letargo y decir:

—No, lo siento. A Yokohama. Primero a Yokohama.

—Antes buscar hombres en Nagasaki, Anjín-san —dijo Yabú—, ¿comprendes? Primero hombres. Tengo plan.

—No, Yokohama. Mi barco… mi barco… peligro.

—¿Qué peligro? —preguntó Yabú.

—Cristianos decir… fuego.

—¡Cómo!

—¡Por el amor de Dios, piloto! ¿Qué sucede? —gritó Vinck.

Blackthorne señaló a la lorcha con una mano temblorosa.

—Ellos me han dicho que el *Erasmus* ha sido destruido, Johann. Nuestro barco se ha perdido… Incendiado. —Luego exclamó—: ¡Dios, que no sea verdad!

SEXTA PARTE

CAPÍTULO LX

Desde la orilla, contemplaba el negro esqueleto de su barco varado y escorado, bañado por la marea baja, setenta yardas mar adentro, sin mástiles, sin cubiertas, sin nada más que la quilla y el costillar apuntando al cielo.

—Esos monos trataron de arrastrarla hacia la playa —dijo Vinck hoscamente.

—No, fue la marea.

—Por el amor de Dios, piloto, si tienes a bordo un maldito fuego y estás cerca de la maldita costa, tú arrastras el barco a la playa. Jesús, hasta esos bastardos del demonio lo sabían. —Vinck escupió en la arena—. ¡Estúpidos! No debiste confiarles el barco. ¿Y qué hacemos ahora? Hubieras tenido que dejarlo en Yedo, a salvo, y nosotros a salvo con él.

El tono quejumbroso de Vinck le irritaba. Ahora Vinck le irritaba siempre. En tres ocasiones durante la última semana, había estado a punto de ordenar a sus siervos que lo apuñalaran calladamente y lo arrojaran por la borda, para que dejara de sufrir. Y es que sus llantos, sus quejas y sus recriminaciones le resultaban insoportables.

—Tal vez la arrastraron, Johann —dijo con una fatiga mortal.

—Sí, pero los muy imbéciles no apagaron el fuego. Condenados japoneses que Dios confunda… No debimos dejarlos subir a bordo.

Blackthorne se concentró en la galera, tratando de no oír más. Estaba amarrada a sotavento del muelle, a unos cientos de pasos, junto al pueblo de Yokohama. Era un día soleado y soplaba la brisa. Olía a mimosas. Kiri y la dama

Sazuko conversaban bajo unas sombrillas de color naranja en la popa y pensó que, tal vez, el perfume procedía de allí. Naga y Yabú paseaban por el muelle, Naga hablaba y Yabú escuchaba. Ambos estaban muy tensos. Vio que lo miraban y percibió su nerviosismo.

Dos horas antes, cuando la galera dobló el cabo, Yabú le dijo:

—¿Por qué acercarnos a ver, Anjín-san? Barco muerto, *¿neh?* Todo acabó. Vamos a Yedo. Preparar la guerra. No hay tiempo.

—Lo siento. Debo desembarcar aquí. Ver de cerca.

—¡Vamos a Yedo! Barco muerto… se acabó. ¿Neh?

—Vete tú. Yo nadaré.

—Espera. Barco muerto, *¿neh?*

—Lo siento, por favor espera. Poco tiempo. Después Yedo.

Por fin Yabú accedió, desembarcaron y Naga salió a recibirles.

—Lo siento, Anjín-san, *¿neh?* —dijo Naga con los ojos enrojecidos por haber dormido poco.

—Sí, lo siento. ¿Qué pasó?

—Lo siento, no sé. No *honto*. Yo no estaba aquí, ¿comprendes? Yo enviado Mishima varios días. Cuando volví, hombres decían una noche terremoto, ¿comprendes?

—Sí, comprendo. Por favor, continúa.

—Noche muy oscura. Ola grande. Lámparas romperse. Fuego. Todo arder de prisa.

—¿Y los hombres de guardia, Naga-san?

—Cuando yo regresar, lo siento mucho, *¿neh?*, barco acabado. Arder todavía en la costa. Yo reunir todos hombres de guardia esa noche y preguntar. Ninguno seguro de lo que ocurrir. Yo ordenar salvamento. Ahora cosas en campamento. —Señaló hacia la meseta—. Vigilar mi guardia. Después hacerlos matar a todos y yo regresar a Mishima para informar al señor Toranaga.

—¿Todos? ¿Todos muertos?

—Sí. No cumplir su deber.

—¿Qué dijo el señor Toranaga?

—Muy furioso. Con razón, *¿neh?* Yo ofrecer *seppuku*. Señor Toranaga negar permiso. Él muy enojado, Anjín-san. —Naga hizo un nervioso ademán, abarcando la playa—. Todo regimiento en desgracia, Anjín-san. Todos. Cincuenta y ocho *seppuku*.

Blackthorne le hubiese gritado que ni cincuenta y ocho mil muertos hubieran

podido compensarlo por la pérdida de su barco.

—Malo —dijo—. Muy malo.

—Sí. Mejor ir a Yedo. Hoy mismo. Guerra hoy, mañana, pasado. Lo siento. —Naga se volvió hacia Yedo y Blackthorne, atontado, casi no entendió lo que decían, pero notó que Yabú estaba violento. Luego, Naga prosiguió, dirigiéndose nuevamente a él—: Lo siento, Anjín-san. No poder hacer nada. Honto, *¿neh?*

Blackthorne asintió haciendo un esfuerzo.

—*Honto. Domo*, Naga-san. *Shigata ga nai*.

Murmuró una excusa y se alejó en dirección a su barco. Quería estar solo. No estaba seguro de poder seguir dominando su furor. Comprendía que no podía hacer nada y que nunca sabría la verdad. Sospechaba que los curas, con sobornos o amenazas, habían conseguido que los hombres cometieran aquella infame profanación. Pero antes de que pudiera escapar del muelle Vinck corrió tras él y le rogó que no le dejara solo. Al advertir el miedo del hombre, consintió que le acompañara, pero no lo escuchaba.

Mientras contemplaba el esqueleto de su barco, no hacía más que dar vueltas a lo mismo: Mariko había comprendido la verdad y se la había revelado a Kiyama o a los curas: «Sin su barco, el Anjín-san estará inerme ante la Iglesia. Perdonadle la vida y matad sólo al barco…»

Le parecía estar oyéndola. Tenía razón. Era una solución sencillísima para el problema de los católicos. Sí, pero cualquiera de ellos podía haber pensado lo mismo. ¿Y cómo se abrieron camino entre los cuatro mil hombres? ¿A quién sobornaron? ¿Cómo?

No importa quién. Ni cómo. Han ganado.

«Que Dios nos asista. Sin el barco soy hombre muerto. No puedo ayudar a Toranaga y su guerra nos engullirá a todos.»

—Pobre barco —dijo—. Perdóname. ¡Qué triste que hayas muerto de un modo tan inútil! Después de tantas leguas.

—¿Qué? —preguntó Vinck.

—Nada —respondió—. Pobre barco. Perdona. No he hecho tratos con ella ni con nadie. Pobre Mariko. Perdónala a ella también.

—¿Qué decías, piloto?

—Nada. Pensaba en voz alta.

—Estabas hablando. Te he oído, ¡por cien mil diablos!

—¡Por cien mil diablos, cállate ya!

—¿Eh? ¡Callar cuando estamos varados para el resto de nuestras vidas con

estas sabandijas! ¿Eh?

—¡Sí!

—Vamos a tener que arrastrarnos ante ellos durante el resto de nuestra perra vida, ¿y cuánto crees que va a durar esta vida, si no saben hablar más que de guerra, guerra y guerra? ¿Eh?

—Sí.

—Sí…, sí… —Vinck estaba temblando y Blackthorne se preparó—. Es culpa tuya. Tú nos hiciste venir al Japón y ¿cuántos murieron en el viaje? ¡Es culpa tuya!

—Sí. Lo siento, tienes razón.

—¿Que lo sientes? ¿Cómo vamos a volver? Tu obligación es llevarnos a casa. ¿Cómo vas a hacerlo?

—No lo sé. Ya vendrá algún otro barco de los nuestros, Johann. Sólo tenemos que esperar…

—¿Esperar? ¿Cuánto tiempo vamos a esperar? ¿Cinco cochinos años? ¿Veinte? ¡Por todos los santos! Tú mismo dijiste que esas sabandijas están en guerra *ahora*. —Vinck se puso frenético—. Nos cortarán la cabeza y la clavarán en una pica, como ésas, y los pájaros nos comerán… —Soltó una risa destemplada y metió la mano debajo de su harapienta camisa. Blackthorne vio asomar la pistola. Hubiera sido fácil derribar a Vinck y desarmarlo, pero no hizo nada para defenderse. Vinck agitó el arma ante su rostro, mientras bailaba a su alrededor, baboseando con un júbilo enfermizo. Blackthorne esperaba la bala, tranquilo, pero, de pronto, Vinck echó a correr por la playa ahuyentando a los pájaros que levantaban el vuelo chillando. Vinck corrió unos cien pasos y se desplomó de espaldas, sin dejar de mover los brazos y las piernas y mascullando obscenidades. Luego, con un último grito, dio media vuelta, y se quedó de bruces mirando a Blackthorne, petrificado. Se hizo un silencio.

Cuando Blackthorne llegó a su lado, Vinck lo apuntaba con la pistola mirándolo con un odio demencial y una sonrisa feroz. Estaba muerto.

Blackthorne le cerró los ojos y se lo cargó al hombro. Unos samurais corrieron hacia él con Naga y Yabú a la cabeza.

—¿Qué ha sucedido, Anjín-san?

—Se volvió loco.

—¿Está muerto?

—Sí. Primero, entierro. Después a Yedo. ¿Sí?

—*Hai*.

Blackthorne pidió una pala y dijo que lo dejaran solo. Enterró a Vinck fuera del alcance de la marea, en un otero desde el que se veían los restos del barco. Dijo una oración y clavó una cruz hecha con maderos del barco. Fue fácil el funeral. ¡Lo había celebrado ya tantas veces! Sólo en este viaje, más de cien, para su propia tripulación, desde que habían zarpado de Holanda. Sólo quedaban Baccus van Nekk y el grumete Croocq. Los otros procedían de otros barcos: Salamon, el mudo, Jan Roper, Sonk, el cocinero, Ginsel, el de las velas. Cinco naves y cuatrocientos noventa y seis hombres. «Y, ahora, Vinck. Todos muertos menos nosotros siete. ¿Y para qué?»

¿Para dar la vuelta al mundo? ¿Para ser los primeros?

—*Sayonara*, Johann.

Bajó a la playa, se desnudó y nadó hasta los restos del barco para purificarse. Dijo a Naga y a Yabú que era la costumbre cuando enterraban a alguno de sus hombres en tierra. Tenía que hacerlo el capitán si no había nadie más y el mar lo purificaba ante su Dios, que era el Dios de los cristianos, pero no exactamente el Dios de los jesuitas.

Se colgó de uno de los armazones del barco y vio que el escaramujo había empezado a invadirlo y que la arena cubría la quilla a tres brazas de profundidad. Muy pronto, el mar lo haría desaparecer.

En la orilla, le esperaban algunos de sus siervos con ropa limpia. Se vistió, se ciñó los sables y regresó hacia el muelle. Cerca de él, uno de sus siervos señaló al cielo:

—¡Anjín-san!

Una paloma mensajera, perseguida por un halcón, aleteaba furiosamente en dirección a su palomar del pueblo. Cuando faltaban cien metros, el halcón se lanzó en picado. El golpe no fue certero. La paloma caía como si estuviera herida de muerte, pero antes de llegar al suelo se rehízo y huyó hacia el palomar, sin que su perseguidor pudiera alcanzarla. Todos gritaron de júbilo excepto Blackthorne. Ni siquiera el valor y la astucia de la paloma le impresionaban ya.

Blackthorne volvió a la galera. Allí estaban Yabú, la dama Sazuko, Kiri y el capitán. Todo estaba dispuesto.

—Yabú-san. *¿Ima Yedo ka?* —preguntó.

Pero Yabú no contestó y nadie reparó en él. Todos estaban mirando a Naga que se dirigía rápidamente hacia el pueblo. Uno de los hombres encargados de las palomas salió a su encuentro. Naga abrió el pliego y leyó el mensaje: «La

galera y toda su dotación debe esperar en Yokohama hasta mi llegada.» Lo firmaba Toranaga.

Los jinetes salvaron rápidamente la cresta de la colina al sol de la mañana. Venían delante los cincuenta hombres de la vanguardia y exploradores mandados por Buntaro. Después, los estandartes. A continuación, Toranaga. Detrás de él, el grueso de las fuerzas al mando de Omi. Les seguían el padre Alvito Tsukku-san y diez acólitos. Cerraba la marcha una pequeña retaguardia en la que venían halconeros con sus aves al puño, todas encapuchadas, menos un gran azor amarillo. Todos los samurais iban fuertemente armados con cotas de malla y corazas de combate.

Toranaga cabalgaba con soltura, se sentía ahora un hombre nuevo, más fuerte. ¡Y era tanto lo que había que hacer! «Dentro de cuatro días, será el día, el vigésimo segundo día del octavo mes, el Mes de Contemplar la Luna. Hoy, en Osaka, el dignatario Ogaki Takamoto se presenta ante Ishido para anunciar que la visita del Hijo del Cielo deberá retrasarse unos días por motivos de salud.»

Fue cosa fácil provocar el retraso. Aunque Ogaki era príncipe de Séptimo Rango y descendiente del emperador Go-Shoko, el noventa y cinco de la dinastía, estaba empobrecido, como todos los miembros de la Corte imperial. La Corte no tenía rentas propias. Sólo los samurais tenían rentas y, durante cientos de años, la Corte había tenido que subsistir con un estipendio —siempre rigurosamente controlado y escaso— concedido por el shogun, el Kwampaku o la Junta de Gobierno del momento. De modo que Toranaga asignó prudente y humildemente diez mil kokús anuales a Osaka, a través de intermediarios, para ser distribuidos entre parientes necesitados, según el criterio del propio Ogaki haciendo constar, con la debida humildad, que por ser Minowara y, por lo tanto, descendiente de Go-Shoko, se sentía muy feliz de poder prestar ayuda, y confiaba que Su Majestad cuidaría su preciosa salud en un clima tan traicionero como el de Osaka, especialmente hacia el día vigésimo segundo.

Desde luego, no era seguro que Ogaki pudiera convencer o disuadir al Emperador, pero Toranaga presumía que los consejeros del Hijo del Cielo o el propio Hijo del Cielo recibirían con agrado el pretexto para demorar o, tal vez, suspender la visita. Solamente una vez en tres siglos había salido de su santuario de Kioto un emperador reinante. Fue cuatro años antes, con motivo de la invitación del Taiko para visitar los cerezos en flor del castillo de Osaka, a raíz

de su renuncia al título de Kwampaku en favor de Yaemón, con lo cual, implícitamente, se ponía en la sucesión el sello de la aprobación imperial.

Normalmente, ningún daimío, ni siquiera Toranaga, se hubiera atrevido a hacer semejante ofrecimiento a un miembro de la Corte, pues con ello usurpaba la prerrogativa de un superior —el Consejo— y podía interpretarse como traición. Y lo era. Pero Toranaga sabía que ya estaba acusado de traición.

«Mañana Ishido y sus aliados me atacarán. ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Dónde debería librarse la batalla? ¿En Odawara? La victoria depende exclusivamente del momento y lugar, no del número de hombres. Estamos tres a uno, a favor de ellos. Pero no importa. *Ishido va a salir del castillo de Osaka*. Mariko lo indujo a dejarlo. En esta partida de ajedrez por el poder, yo sacrifiqué a mi reina, pero Ishido ha perdido dos torres.

»Sí, pero, además de la reina, tú has perdido un barco. Un peón puede llegar a ser reina. Pero un barco…»

Bajaron la colina al trote ligero. Desde allí se divisaba el mar y los restos del barco cerca de la orilla. En la meseta estaba formado el Regimiento de Mosqueteros con caballos y equipo. Otros samurais, armados también, cubrían la carrera formando una guardia de honor a lo largo de la playa. En las afueras del pueblo, los vecinos estaban arrodillados en hileras, esperando para rendirle homenaje. Al fondo, estaba la galera con su dotación preparada. A cada lado del muelle, las barcas de pesca estaban amarradas con meticulosa simetría. Tendría que amonestar a Naga. Él había ordenado que el Regimiento estuviera preparado para partir inmediatamente, pero impedir que pescadores y campesinos fueran a su trabajo era un acto irresponsable.

Se volvió en la silla y llamó a un samurai ordenándole que dijera a Buntaro que se adelantara para ver si todo estaba dispuesto.

—Después ve y manda a la gente al trabajo. A todos menos al jefe.

—Sí, señor —el hombre picó espuelas y se alejó al galope.

Toranaga estaba ya lo bastante cerca de la meseta para distinguir los rostros. El Anjín-san, Yabú, Kiri y la dama Sazuko. Aumentó su excitación.

Buntaro bajaba al galope por el sendero, con su gran arco y dos carcajes llenos de flechas a la espalda, seguido de cerca por media docena de samurais. Al llegar a la meseta, vio a Blackthorne y su rostro se ensombreció más aún. Tiró las riendas y miró cautelosamente en derredor. Frente al Regimiento, se había

levantado una tribuna con dosel en la que había un solo almohadón. En otra tribuna más pequeña situada a su lado esperaban Kiri y dama Sazuko. Yabú, por ser el oficial más antiguo estaba a la cabeza del Regimiento, con Naga a su derecha y Anjín-san a su izquierda. Todo parecía en orden y Buntaro hizo señas al grueso de los hombres para que avanzaran. La vanguardia desmontó y se apostó alrededor de la tribuna. Entró en la explanada Toranaga. Naga levantó el estandarte de combate. A un tiempo, los cuatro mil hombres gritaron: «¡Toranagaaaaaaa!», y se inclinaron.

Toranaga no correspondió al saludo. Permaneció impasible. Observó que Buntaro vigilaba disimuladamente al Anjín-san. Yabú llevaba la espada que él le había dado, pero estaba muy nervioso. La reverencia del Anjín-san era correcta. La empuñadura de su sable estaba rota. Kiri y la más joven de sus esposas estaban de rodillas, con las palmas de las manos apoyadas en el *tatamis* y el rostro recatadamente bajo. Los ojos de Toranaga se suavizaron un momento pero luego miraron al Regimiento con dureza. Todos sus hombres seguían inclinados. Él no se inclinó, sino que movió secamente la cabeza y advirtió el temblor con el que los samurais se enderezaron. «Bien», pensó mientras desmontaba ágilmente, contento de que temieran su venganza. Un samurai cogió las riendas de su caballo y se lo llevó mientras él se volvía de espaldas a su Regimiento y, empapado en sudor como todos sus hombres, se acercó a las damas.

—Bien venida a casa, Kiri-san.

Ella volvió a inclinarse alegremente.

—Gracias, señor. Nunca imaginé que tendría la dicha de volver a verte.

—Ni yo, dama. —Toranaga dejó traslucir un asomo de su alegría y miró entonces a la muchacha—. ¿Y mi hijo, Sazuko-san?

—Con su ama, señor —respondió ella, recreándose en su evidente favor.

—Por favor, haz que alguien traiga en seguida a nuestro hijo.

—Con tu permiso, señor, ¿puedo traértelo yo misma?

—Ve, si así lo deseas —sonrió Toranaga, viéndola alejarse complacido. Luego se volvió de nuevo hacia Kiri—: ¿Estás bien? —le preguntó bajando la voz.

—Sí, señor… y verte tan fuerte me llena de dicha.

—Has perdido peso, Kiri-san, y estás más joven que nunca.

—Ah, lo siento, señor, no es verdad. Pero gracias, gracias.

Él le sonrió.

—Lo que sea te favorece. La tragedia, la soledad, el verte abandonada…

Estoy contento de verte, Kiri-san.

—Gracias, señor. Me alegro de que *ella*, con su obediencia y sacrificio, abriera Osaka. Le alegraría mucho saber que lo consiguió.

—Primero tengo que ocuparme de esta chusma. Después hablaremos. Tenemos mucho que hablar, *¿neh?*

—¡Oh, sí! —Le brillaban los ojos—. El Hijo del Sol retrasará su visita, *¿neh?*

—Es lo más prudente, *¿neh?*

—Tengo un mensaje privado de dama Ochiba.

—¿Ah, sí? Bien. Pero tendrá que esperar. —Él hizo una pausa—. ¿La dama Mariko murió honorablemente? ¿Por su voluntad y no por accidente ni por error?

—Mariko-sama *eligió* la muerte. Fue *seppuku*. De no haber obrado así, la hubieran capturado. Oh, señor, estuvo maravillosa durante todos aquellos días terribles. Tan valiente. Y el Anjín-san también. Gracias a él no la capturaron ni deshonraron. No nos capturaron ni nos deshonraron.

—Ah, sí, los *ninja* —masculló Toranaga. Sus ojos echaban chispas y ella no pudo reprimir el temblor—. Ishido va a tener que responder de muchas cosas, Kiri-san. Por favor, discúlpame.

A grandes pasos, se alejó hacia su tribuna, nuevamente sombrío y amenazador. Su guardia lo rodeó.

—¡Omi-san!

—Sí, señor. —Omi se adelantó y se inclinó. Parecía más viejo que antes y más delgado.

—Acompaña a la dama Kiritsubo a sus aposentos y asegúrate de que los míos están preparados. Pasaré aquí la noche.

Omi saludó y se alejó. Toranaga se alegró al observar que su brusco cambio de planes no había producido la menor sorpresa en Omi. «Está aprendiendo —pensó—. O acaso sus espías le han informado de que he mandado llamar en secreto a Sudara y a Hiro-matsu, por lo que no puedo partir hasta mañana.»

Después concentró su atención en el Regimiento. A una seña suya, Yabú se adelantó y saludó. Él le devolvió el saludo con cortesía.

—Bien venido, Yabú-san.

—Gracias, señor. ¿Puedo decirte lo feliz que me siento de que consiguieras burlar la traición de Ishido?

—Gracias. Y tú también. Las cosas no fueron bien en Osaka, *¿neh?*

—No. Mi armonía está destruida, señor. Yo esperaba disponer la retirada de Osaka trayendo a vuestras dos esposas sanas y salvas y a vuestro hijo y también a dama Toda, al Anjín-san y a hombres para su barco. Por desgracia, pido perdón, ambos fuimos traicionados, allí y aquí.

—Sí. —Toranaga miró los restos del barco batidos por las olas y la cólera se reflejó en su rostro. Todos esperaron el estallido. Pero no se produjo—. *Karma* —dijo—. *Karma*, Yabú-san. ¿Qué podemos hacer contra los elementos? Nada. La negligencia es otra cosa. Háblame de Osaka. Quiero enterarme de todo lo ocurrido, con detalle… tan pronto como despida al Regimiento y tome un baño.

—Tengo un informe por escrito, señor.

—Gracias. Pero prefiero oírlo de palabra.

—¿Es cierto que el Emperador no irá a Osaka?

—Lo que haga el Emperador depende del Emperador.

—¿Deseas pasar revista al Regimiento antes de que lo despida?

—¿Por qué había de otorgarles ese honor? ¿No sabéis que está en desgracia, a pesar de los elementos? —agregó intencionadamente.

—Sí, señor, lo siento. Terrible. —Yabú trataba de adivinar el pensamiento de Toranaga—. Me quedé aterrado cuando me enteré. Parece imposible.

—Estoy de acuerdo. —El rostro de Toranaga se ensombreció al mirar a Naga y a las filas de sus hombres—. No comprendo cómo pudo ser posible tanta ineptitud. ¡Necesitaba ese barco!

Naga estaba inquieto.

—Por favor, señor, ¿deseas que haga otra investigación?

—¿Qué puedes hacer que no hayas hecho ya?

—No lo sé, señor. Nada, señor. Perdona mi estupidez.

—No fue culpa tuya. No estabas aquí. Ni tenías el mando. —Toranaga se volvió con impaciencia hacia Yabú—. Es curioso y hasta siniestro que la patrulla de tierra, la patrulla del campamento, la patrulla de cubierta y el comandante fueran hombres de Izú aquella noche, salvo los pocos *ronín* del Anjín-san.

—Sí, señor. Curioso, pero no siniestro, pido perdón. Fuiste justo al hacer responsables a los oficiales, como lo fue Naga-san al castigar a los otros. Lo siento, yo hice mi propia investigación en cuanto llegué, pero no obtuve más información. Nada que agregar. Estoy de acuerdo, fue *karma*… *karma* con la ayuda de los perros cristianos. Aún así, pido perdón.

—No hay pruebas, señor. Pero una gran ola y un fuego a bordo parece una explicación demasiado simple. Desde luego, cualquier incendio hubiera debido

ser sofocado. Otra vez pido perdón.

—Acepto tus disculpas, pero ahora dime cómo puedo sustituir ese barco. Yo necesito un barco.

Yabú sentía un peso en el estómago.

—Sí, señor. Lo sé. Lo siento. Ese barco no puede ser sustituido. Pero el Anjín-san nos dijo durante el viaje que pronto vendrán otros barcos de guerra de su país.

—¿Cuándo?

—No lo sabe, señor.

—¿Dentro de un año? ¿De diez? Apenas tengo diez días.

—Lo siento, señor. Ojalá lo supiera. Tal vez debieras preguntárselo a él, señor.

Toranaga miró cara a cara a Blackthorne por primera vez. El hombre alto estaba algo apartado de los demás, con el semblante apagado.

—¡Anjín-san!

—¿Sí, señor?

—Malo, *¿neh?* Muy malo. —Toranaga señaló los restos del barco—. ¿Neh?

—Sí, señor. Muy malo.

—¿Cuándo vendrán otros barcos?

—¿Mis barcos, señor?

—Sí.

—Cuando… cuando Buda disponga.

—Esta noche hablaremos. Vete ahora. Gracias por Osaka. Ve a la galera… o al pueblo. Hablaremos esta noche.

—¿Cuándo, esta noche?

—Te mandaré un mensajero. Gracias por Osaka.

—Mi deber, *¿neh?* Pero yo no hice nada. Toda Mariko-sama lo dio todo. Todo por Toranaga-sama.

—Sí. —Toranaga correspondió gravemente a su reverencia.

El Anjín-san, que había empezado a retirarse, se detuvo. Toranaga miró al extremo de la explanada. Tsukku-san y sus acólitos acababan de llegar y estaban desmontando. No había concedido audiencia al sacerdote en Mishima —a pesar de que le informó inmediatamente de la destrucción del barco— y deliberadamente lo hizo esperar, hasta saber lo que sucedía en Osaka y esperar la llegada de la galera a Anjiro. Entonces decidió traerlo consigo y dejar que se produjera el enfrentamiento, en el momento oportuno.

Blackthorne echó a andar hacia el sacerdote.

—No, Anjín-san. Después. Ahora no. Ahora, al pueblo.

—¡Pero señor! Ese hombre destruyó mi barco. ¡Es el enemigo!

—Ahora irás allí. —Toranaga señaló el pueblo—. Espera allí, por favor. Esta noche hablaremos.

—Señor, por favor, ese hombre…

—No. Ahora ve a la galera. Vete ahora, por favor.

«Eso es mejor que domar a un halcón —pensó con excitación, olvidando momentáneamente su preocupación, y concentrándose en dominar la voluntad de Blackthorne—. Es mejor porque el Anjín-san es un hombre peligroso e imprevisible, una incógnita, único, distinto a los que he conocido.»

—Sí. Me iré, señor Toranaga. Lo siento. Me voy —dijo Blackthorne, enjugándose el sudor de la cara.

—Gracias, Anjín-san —dijo Toranaga.

El japonés no dejó traslucir la expresión de triunfo. Vio alejarse a Blackthorne obedientemente, violento, fuerte, con ímpetus asesinos, pero controlado por su voluntad, la voluntad de Toranaga.

Y entonces cambió de parecer.

—¡Anjín-san! —Había llegado el momento de dejar que se expansionara. La prueba final—. Mira, puedes ir si quieres. Yo prefiero que no mates a Tsukku-san. Pero si quieres matarlo, mátalo. Aunque yo prefiero que no. —Lo dijo lentamente y lo repitió—. *¿Wakarimasu ka?*

—*Hai*.

Toranaga miró aquellos ojos increíblemente azules, llenos de un odio inconcebible y se preguntó si el ave, lanzada contra la presa, mataría o no obedeciendo su voluntad y volvería a su brazo sin comer.

Blackthorne echó a andar hacia el lugar en el que se encontraba el Tsukku-san. Parecía que había aumentado el bochorno.

—¿Qué crees que hará, Naga-san?

—Yo, en su lugar, teniendo vuestro permiso, mataría al cura y a todos los demás. No creo que fuera la tormenta lo que destruyó su barco.

Toranaga se echó a reír suavemente.

—El Anjín-san no matará a nadie. Gritará furioso o silbará como una serpiente y el Tsukku-san se hinchará de «santa» indignación, sin sentir ningún temor y silbará a su vez y dirá que fue la voluntad de Dios y, probablemente, lo

maldecirá también y se odiarán durante veinte vidas. Pero ninguno morirá. Por lo menos, por ahora.

—¿Cómo puedes saberlo, padre?

—No lo sé, hijo. Es lo que creo que ocurrirá. Es importante detenerse a estudiar a los hombres, los hombres importantes. Amigos y enemigos. Para comprenderlos. He estado observándolos a los dos. Los dos son muy importantes para mí.

—Pero, padre, ninguno de ellos es cobarde, *¿neh?* No pueden volverse atrás.

—No lo matará por tres motivos. Primero, porque el Tsukku-san está desarmado y no se defenderá, ni siquiera con las manos. No se puede matar a un hombre desarmado. Va contra su ley. Es una deshonra. Segundo, porque es cristiano. Tercero, porque yo digo que no es el momento.

—Perdón —terció Buntaro—. Puedo entender el tercer motivo, y hasta el primero, pero ¿no es la verdadera causa de su odio el que ambos crean que el otro no es cristiano, sino un esclavo de Satanás? ¿No lo dicen ellos así?

—Sí, pero ese Jesús suyo les enseñó, o dicen que enseñó, que hay que perdonar al enemigo. Esto es ser cristiano.

—Eso es una estupidez, *¿neh?* —dijo Naga—. Perdonar al enemigo es estúpido.

—Estoy de acuerdo. —Toranaga miró a Yabú—. Es estúpido perdonar a un enemigo. ¿*Neh*, Yabú-san?

—Sí.

Toranaga miró a las dos figuras que estaban frente a frente en el extremo de la explanada. Ahora se arrepentía de su impetuosidad. Todavía necesitaba a ambos hombres y no había ninguna necesidad de poner en peligro a ninguno de ellos. Lamentaba el impulso que le había hecho lanzar al Anjín-san contra el sacerdote. Pero todo ocurrió tal como había previsto y el choque fue violento, pero breve. Le hubiera gustado oír lo que se decían. Al poco rato, el Anjín-san se alejó. El Tsukku-san se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo de papel.

—¡Eeeee! —exclamó Naga, admirado—. ¿Cómo podemos perder mandando tú?

—Con gran facilidad, hijo, si así lo quiere mi *karma*. —En seguida cambió de tono—. Naga-san, que todos los samurais que han venido de Osaka en la galera se presenten a mí.

Naga se alejó rápidamente.

—Yabú-san, me alegro de que hayas vuelto sano y salvo. Despide al

regimiento. Después de la cena hablaremos. ¿Quieres que te mande llamar?

—Desde luego. Gracias, señor. —Yabú saludó y se fue.

Toranaga hizo una seña a la guardia para que se alejara hasta donde no pudiera oír lo que decía y miró fijamente a Buntaro que se revolvió inquieto, como un perro bajo la mirada del amo. Cuando no pudo resistir más, dijo:

—¿Señor?

—Un día me pediste su cabeza, *¿neh? ¿Neh?*

—Sí, señor. Él me insultó en Anjiro. Todavía… todavía estoy deshonrado.

—Yo ordeno que se olvide esa deshonra.

—Entonces está olvidada, señor. Pero ella me traicionó con ese hombre y esto no puede olvidarse, mientras él viva. Tengo pruebas. Quiero que muera. Ahora. Por favor, su barco ha sido destruido. ¿De qué te sirve ahora, señor? Te lo agradeceré toda la vida.

—¿Qué pruebas tienes?

—Todos lo saben. Camino de Yokosé. Hablé con Yoshinaka. Lo saben todos —añadió hoscamente.

—¿Yoshinaka los vio juntos? ¿Él la acusó?

—No. Pero por lo que dijo… —Buntaro levantó la mirada, angustiado—. Por favor, os lo agradeceré toda la vida. Nunca os pedí nada, *¿neh?*

—Lo necesito vivo. De no ser por él, los *ninja* la hubieran hecho prisionera, la hubieran deshonrado y a ti también.

—Es un favor que os agradeceré toda la vida —insistió Buntaro—. Ya no tiene el barco. Él ha hecho lo que tú querías. Por favor.

—Yo sé que no te deshonró con él.

—¿Qué pruebas tienes, por favor?

—Escucha. Esto es solamente para tus oídos. Así lo convine con ella. Yo le ordené que se hiciera amiga suya. Eran amigos, sí. El Anjín-san la adoraba, pero a ti no te ofendió. En Anjiro, antes del terremoto, cuando ella propuso ir a Osaka a liberar a los rehenes, desafiando públicamente a Ishido y provocando la crisis con su suicidio, aquel día yo…

—Entonces, ¿eso estaba planeado?

—Desde luego. ¿Es que nunca aprenderás? Aquel día le ordené que se divorciara de ti.

—¡Señor!

—Que se divorciara. ¿No está claro?

—Sí, pero…

—Ella te volvía loco y tú la maltratabas. ¿Cómo te portaste con su madrina y sus damas? ¿No te dije que la necesitaba para que me sirviera de intérprete con el Anjín-san y tú, a pesar de todo, te enfadaste y la golpeaste? Aquel día casi la mataste, *¿neh? ¿Neh?*

—Sí. Perdón, por favor.

—Había llegado el momento de deshacer aquel matrimonio. Yo lo deshice. Aquel día.

—¿Ella pidió el divorcio?

—No, fue decisión mía. Pero tu esposa me rogó que revocara la orden. Yo me negué. Entonces ella dijo que cometería *seppuku* sin mi permiso antes que consentir que se te hiciera semejante ofensa. Le ordené que obedeciera y ella se negó. —Toranaga hablaba airadamente—. Tu esposa me obligó a mí, *su señor,* a revocar la orden y me pidió que aguardara para hacerla definitiva hasta después de lo de Osaka. Los dos sabíamos que Osaka sería su muerte. ¿Lo entiendes?

—Sí, eso lo entiendo.

—En Osaka, el Anjín-san salvó su honor y el honor de mis damas y de mi hijo menor. De no ser por él, *todos* los rehenes seguirían todavía en Osaka y yo estaría muerto o en las manos de Ikawa Jikkyu, probablemente, cargado de cadenas como un vulgar criminal.

—Perdón, pero, ¿por qué lo hizo? Ella me odiaba. ¿Por qué había de retrasar el divorcio? ¿Por Saruji?

—Por tu honor. Ella sabía cuál era su deber.

Por fin, Buntaro comprendió y Toranaga lo despidió. Cuando se quedó solo, se puso en pie y estiró los brazos, agotado por el esfuerzo realizado desde su llegada. El sol todavía estaba alto, aunque ya mediaba la tarde. Tenía sed. Aceptó cha frío de su guardia personal y bajó a la playa. Se quitó el húmedo quimono y nadó mar adentro. El agua estaba deliciosa y refrescante. Se sumergió, pero no permaneció mucho rato debajo del agua, para no inquietar a su guardia. Luego se tendió de espaldas y miró al cielo, haciendo acopio de fuerzas para la larga noche que lo esperaba.

«Ah, Mariko —pensó—, qué mujer más maravillosa eres. Sí, eres, porque seguro que vivirás siempre. ¿Estás con tu Dios cristiano en tu cielo cristiano? Espero que no. Sería un terrible derroche. Espero que tu espíritu esté esperando los cuarenta días de Buda para la reencarnación. Quisiera que viniese a mi familia. Por favor. Pero como dama, no como hombre. No podríamos permitirnos tenerte como hombre. Eres demasiado especial para ser hombre.

Sería un desperdicio.» Sonrió. Una pequeña ola saltó encima de él, le entró agua en la boca haciéndole toser.

—¿Estás bien, señor? —preguntó ansiosamente un guardia que nadaba cerca de él.

—Sí, perfectamente. —Toranaga volvió a toser y escupió. «Así aprenderás a no andar desprevenido —se dijo—. Es tu segundo error de este día.» Entonces vio los restos del barco—. Te reto a una carrera —dijo al guardia.

Una carrera con Toranaga era una carrera. Una vez, uno de sus generales lo dejó ganar, esperando granjearse así su favor. Aquel error le costó al hombre su puesto.

Ganó el guardia. Toranaga lo felicitó y, asido a uno de los maderos, esperó a que su respiración se normalizara. Miró alrededor con gran curiosidad. Buceó e inspeccionó la quilla del *Erasmus*. Cuando hubo examinado los restos a placer, volvió a la playa fresco y dispuesto para el trabajo.

Sus hombres le habían levantado una casa temporal en un lugar bien situado, con un amplio techado de paja apoyado sobre fuertes postes de bambú. Las paredes y tabiques eran de shoji y el suelo, de madera y esteras. Ya estaban apostados los centinelas. Había también aposentos para Kiri y Sazuko, criados y cocineros, unidos por senderos, colocados sobre pilotes.

Allí vio a su hijo por primera vez. Evidentemente, la dama Sazuko nunca hubiera cometido la incorrección de llevar al niño a la explanada inmediatamente, para no interrumpir asuntos importantes —y así hubiera sido—, a pesar de que él le había dado ocasión.

El niño le complació en gran manera.

—Es un chico robusto —dijo, muy ufano, sosteniéndolo con manos firmes —. Y tú, Sazuko, estás más joven y hermosa que nunca. Quiero que tengamos más hijos en seguida. La maternidad te sienta bien.

—Oh, señor, temí no volver a verte y no poder mostrarte a tu hijo menor. ¿Cómo saldremos de la trampa? Los ejércitos de Ishido…

—¡Qué guapo es! La próxima semana mandaré construir una capilla en su honor y la dotaré con… —Se interrumpió y redujo a la mitad la cifra que en un principio había pensado y después volvió a reducirla—, con veinte kokús al año.

—¡Oh, señor, qué generoso eres! Gracias… —La dama Sazuko se interrumpió. Naga se acercaba al porche en el que se habían sentado.

—Perdonad, padre, ¿cómo queréis interrogar a vuestros samurais de Osaka, uno a uno o todos juntos?

—Uno a uno.

—Sí, señor. El sacerdote Tsukku-san desearía verte cuando fuera posible.

—Dile que lo mandaré llamar dentro de poco. —Toranaga volvió a hablar con su esposa, pero ella pidió permiso para retirarse, pues comprendía que él quería ver a los samurais inmediatamente.

Interrogó a los hombres detenidamente. A la puesta del sol ya sabía exactamente lo ocurrido o lo que ellos creían que había ocurrido. Luego, comió frugalmente, era su primera comida del día, y mandó llamar a Kiri, después de ordenar a todos los guardias que se alejaran hasta donde no pudieran oír la conversación.

—Ante todo, dime lo que hiciste y lo que viste, Kiri-chan.

Anocheció antes de que él se diera por satisfecho.

—Eeee —dijo—. Anduvo cerca, Kiri-chan. Muy cerca.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Tora-chan?

—¿Cuál es esa pregunta, dama?

—¿Por qué nos dejó marchar Ishido? No tenía necesidad. En su lugar, yo no lo hubiera hecho. ¡Nunca!

—Antes dime el mensaje de dama Ochiba.

—Dama Ochiba dijo: «Decid al señor Toranaga que, respetuosamente, deseo que sus diferencias con el Heredero puedan borrarse. En prueba del afecto del Heredero, debo decir a Toranaga-sama que el Heredero ha repetido que no desea mandar ejércitos contra su tío, el señor del Kwan…»

—¡Eso dijo! Entonces ella debe de saber… y también Ishido… que si Yaemón alza contra mí su estandarte, yo seré derrotado.

—Eso dijo, señor.

—¡Eeeeee! —Toranaga apretó su grande y calloso puño y golpeó con fuerza la estera—. Si eso es realmente un ofrecimiento y no un ardid, entonces ya estoy camino de Kioto.

—Sí, señor.

—¿Cuál es el precio?

—No dijo más, señor, aparte mandar un saludo para su hermana.

—¿Qué puedo yo dar a Ochiba que ella no tenga ya? Osaka es suyo, el tesoro es suyo, para mí Yaemón fue siempre el Heredero del Reino. Esta guerra es innecesaria. Pase lo que pase, dentro de ocho años Yaemón se convertirá en Kwampaku y heredará la tierra, esta tierra. No hay nada que podamos darle.

—Quizá quiera matrimonio.

Toranaga movió enfáticamente la cabeza.

—No. Ella nunca se casaría conmigo.

—Sería la perfecta solución, señor. Para ella.

—Yo haría cualquier cosa para consolidar el Reino, mantener la paz y hacer Kwampaku a Yaemón. ¿Es esto lo que ella quiere?

—Ello confirmaría la sucesión. Éste es su objetivo.

Toranaga recordó entonces lo que dama Yodoko había dicho en Osaka. Para él aquello era un enigma y decidió dejarlo para concentrarse en el presente, que era lo que importaba.

—Me parece que ésa es otra de sus argucias. ¿Te dijo Kiyama que el barco bárbaro había sido destruido?

—No, señor.

—Eso es extraño, pues ya debía saberlo. Yo se lo dije a Tsukku-san tan pronto como me enteré, y él mandó una paloma mensajera inmediatamente. Aunque, seguramente, sólo para confirmarles lo que ellos ya debían de saber.

—Su traición debe ser castigada, *¿neh?*

—Paciencia, Kiri-san. Todos tendrán su merecido. Dicen que los sacerdotes cristianos afirman que fue un Acto de Dios.

—¡Qué hipócritas! Eso es estúpido, *¿neh?*

—Sí. —«Estúpido en cierto modo y en otro no», pensaba Toranaga—. Muchas gracias, Kiri-san. Deseo decirte una vez más que me alegro de que estés a salvo. Esta noche nos quedaremos aquí. Ahora, por favor, perdona. Mándame a Yabú-san y, cuando llegue, tráenos cha y saké y déjanos solos.

—Sí, señor. ¿Puedo haceros ahora una pregunta?

—¿La misma pregunta?

—Sí, señor. ¿Por qué nos dejó marchar Ishido?

—La respuesta, Kiri-chan, es que no lo sé. Se equivocó.

Ella se inclinó y se alejó satisfecha.

Era casi medianoche cuando Yabú se fue. Toranaga le despidió con una reverencia, como a un igual, y le dio las gracias por todo. Lo invitó al Consejo Militar del día siguiente, lo confirmó en el cargo de general del Regimiento de Mosqueteros y en el de señor de Totomi y Soruga, una vez fueran conquistadas y consolidadas.

—El Regimiento es absolutamente vital, Yabú-san. Tú serás el único

responsable del adiestramiento y estrategia. Omi-san puede servir de enlace entre nosotros dos. Aprovecha los conocimientos del Anjín-san, *¿neh?*

—Perfecto, señor. ¿Puedo darte humildemente las gracias?

—Tú me prestaste un gran servicio al traer sanos y salvos a mis esposas, a mi hijo y al Anjín-san. Lo del barco fue terrible… *karma*. Quizá llegue otro pronto. Buenas noches, amigo.

Toranaga sorbía lentamente su cha. Estaba muy cansado.

—Naga-san…

—¿Señor?

—¿Dónde está el Anjín-san?

—Junto a los restos de su barco, con varios de sus servidores.

—¿Qué hace allí?

Lo mira. —Naga se sentía incómodo bajo la mirada penetrante de su padre —. Por favor, padre, ¿no te parece bien?

—¿Cómo? Oh, no. No tiene importancia. ¿Dónde está Tsukku-san?

—En una de las casas para invitados, señor.

—¿Le has dicho ya que el año que viene quieres hacerte cristiano?

—Sí, señor.

—Bien. Ve a buscarlo.

A los pocos momentos, Toranaga vio acercarse la figura alta y delgada del sacerdote, a la luz de las antorchas. Su cara enjuta y surcada por profundas arrugas, su cabello negro y tonsurado sin una sombra gris, y bruscamente se acordó de Yokosé.

—La paciencia es muy importante, Tsukku-san, *¿neh?*

—Sí, siempre. Pero, ¿por qué decís eso, señor?

—Oh, estaba pensando en Yokosé. Qué distinto era todo entonces. Y no ha pasado tanto tiempo.

—Ah, sí. Los designios de Dios son inescrutables, señor. Me alegro de que estés todavía dentro de tus fronteras.

—¿Querías verme? —preguntó Toranaga abanicándose y envidiando secretamente el liso abdomen y el don de lenguas del sacerdote.

—Sólo para pedir perdón por lo sucedido.

—¿Qué dijo el Anjín-san?

—Palabras de enojo y de acusación de que yo había incendiado su barco.

—¿Lo hiciste?

—No, señor.

—¿Quién lo hizo?

—Fue un Acto de Dios. Hubo una tormenta y el barco ardió.

—No fue un Acto de Dios. ¿Dices que no tuviste nada que ver, ni tú ni ningún sacerdote ni cristiano?

—Oh, sí, señor. Yo tuve que ver. Yo recé. Rezamos todos. Creo que aquel barco era un instrumento del diablo. Te lo dije muchas veces. Sabía que tú no pensabas así y muchas veces os pedí perdón por contradeciros. Pero, tal vez, este Acto de Dios fue una ayuda y no un estorbo.

—¿Cómo?

—El padre Visitador ya no distraerá más su atención, señor. Ahora podrá concentrarse en los señores Kiyama y Onoshi.

—Eso ya lo he oído antes, Tsukku-san —dijo Toranaga secamente—. ¿Qué ayuda práctica puede prestarme el jefe cristiano?

—Señor, pon tu confianza en… —Alvito se detuvo y luego dijo con sinceridad—: Perdona, señor, pero estoy seguro de que si pones tu confianza en Dios, Él te ayudará.

—Yo confío, pero confío más en Toranaga. Me he enterado de que Ishido, Kiyama, Onoshi y Zataki han unido sus fuerzas. Ishido dispondrá de trescientos o cuatrocientos mil hombres contra mí.

—El padre Visitador cumplirá su pacto contigo, señor. En Yokosé tuve que anunciar un fracaso. Ahora creo que hay esperanza.

—Yo no puedo utilizar esperanza contra sables.

—No. Pero Dios puede ganar a cualquier enemigo.

—Si Dios existe, puede ganar a cualquier enemigo. —La voz de Toranaga se hizo más tensa todavía—. ¿A qué esperanza te refieres?

—No lo sé realmente, señor. Pero, ¿acaso Ishido no viene contra ti? ¿No ha salido del castillo de Osaka? ¿No es éste otro acto de Dios?

—No. Pero, ¿tú te das cuenta de la importancia de esa decisión?

—Sí, perfectamente y estoy seguro de que el padre Visitador se la da también.

—¿Quieres decir que es obra suya?

—¡Oh, no, señor! Pero ha sucedido.

—Quizás Ishido cambie de idea y nombre al señor Kiyama comandante en jefe y skulk de Osaka y deje a Kiyama y al Heredero esperándome.

—Eso no lo sé, señor. Pero si Ishido sale de Osaka será un milagro. *¿Neh?*

—¿Pretendes en serio que ése sea otro acto de tu Dios cristiano?

—No. Pero podría serlo. Creo que nada ocurre sin su consentimiento.

—Tal vez ni siquiera después de muertos sepamos algo de Dios. —Y Toranaga añadió secamente—: Me han dicho que el padre Visitador ha salido de Osaka. —Vio complacido que el rostro del Tsukku-san se ensombrecía. La noticia había llegado el día en que salieron de Mishima.

—Sí —dijo el sacerdote con inquietud—. Ha ido a Nagasaki, señor.

—¿Para celebrar los funerales de Toda Mariko-sama?

—Sí. ¡Cuántas cosas sabes, señor! Todos nosotros somos como arcilla en el torno del alfarero que tú haces girar.

—Eso no es cierto. Y no me gusta la adulación. ¿Lo has olvidado?

—No, señor, y te pido perdón. No lo he dicho para adularte. —Alvito se puso en guardia—. ¿Te opones al funeral, señor?

—No me importa. Fue una persona extraordinaria y su ejemplo merece todos los honores.

—Gracias, señor. El Padre Visitador estará muy complacido. Él cree que sí que importa y mucho.

—Desde luego. Pero ella era súbdita mía, y cristiana, y su ejemplo no pasará inadvertido para otros cristianos. O para quienes estén pensando en convertirse. *¿Neh?*

—No pasará inadvertido. ¿Por qué habría de pasar? Por el contrario, su abnegación merece todos los elogios.

—¿Al dar su vida para que otros se salvaran? —preguntó Toranaga veladamente, sin mencionar la palabra *seppuku* o suicidio.

—Sí.

Toranaga sonrió para sí, pensando que Tsukku-san nunca había mencionado a la otra muchacha, Kiyama Achiko, su valor, su muerte, ni su funeral.

—¿No sabes quién pudo ordenar el sabotaje de mi barco o ayudar a cometerlo? —preguntó con voz dura.

—No, señor, como no fuera con oraciones.

—Me han dicho que las obras de construcción de vuestra iglesia de Yedo marchan bien.

—Sí, señor. Otra vez gracias.

—Bien, Tsukku-san, espero que los esfuerzos del Gran Sacerdote de los cristianos den fruto pronto. Necesito algo más que la esperanza y tengo mucha memoria. Ahora, por favor, necesito de tus servicios como intérprete. —Al instante, advirtió el antagonismo del sacerdote—. No tienes nada que temer.

—No le temo, señor. Pero no quiero estar cerca de él.

—Yo te pido que respetes al Anjín-san —dijo Toranaga poniéndose en pie—. Su valor se ha demostrado y él salvó muchas veces la vida de Mariko-sama. Además, en estos momentos está muy afligido y sé comprender. La pérdida de su barco, *¿neh?*

—Sí, sí, pido perdón.

Toranaga abrió la marcha hacia la playa. Los iluminaban guardias portando antorchas. «Ah, Tsukku-san —iba pensando—, si tú supieras que estoy seguro de que vosotros, los cristianos, no tuvisteis nada que ver con el sabotaje… Ni tampoco Kiyama, ni Harima, ni siquiera Onoshi. Pero tampoco fue un acto de Dios. En realidad, fue un acto de Toranaga.

»Sí.

»Pero, ¿por qué?, me preguntarás.

»Kiyama sabiamente rehusó el ofrecimiento que yo le hacía en la carta que Mariko le entregó. Él necesitaba una prueba de mi sinceridad. ¿Qué otra cosa podía darle, sino el barco, y a quién entregarle, sino al bárbaro que os aterraba a todos los cristianos? Creí perderlos a los dos y al final sólo perdí a uno. Hoy, en Osaka, los mediadores dirán a Kiyama y al jefe de tus sacerdotes que éste es un regalo que yo les hago en prueba de mi sinceridad, de que no me opongo a la Iglesia sino sólo a Ishido. Una buena prueba, *¿neh?*

»Sí, pero, ¿puedes fiarte de Kiyama?, me preguntarás con toda la razón.

»No. De todos modos, Kiyama es primero japonés y después cristiano. Eso siempre se os olvida. Kiyama apreciará mi sinceridad. El regalo del barco fue incondicional, como el ejemplo de Mariko y el valor del Anjín-san.

»¿Y cómo destruí el barco?

»¿Qué te importa, Tsukku-san? Baste saber que lo hice. Y nadie lo supo más que yo, unos cuantos hombres de confianza y el incendiario. Ishido se sirvió de los *ninja*, ¿por qué no iba a hacerlo yo? Pero yo compré a un hombre y conseguí mi propósito, mientras que Ishido falló.»

—Es estúpido fallar —dijo en voz alta.

—¿Señor? —preguntó Alvito.

Pero ya estaban en la playa y, dominando su cansancio, Toranaga se acercó con paso firme al lugar en el que se encontraban el Anjín-san y sus siervos. Al verlo llegar, éstos se pusieron en pie y saludaron, pero el inglés siguió sentado, mirando al mar con expresión ausente.

—Anjín-san —dijo Toranaga suavemente.

—¿Señor? —Blackthorne salió de su abstracción y se puso en pie—. ¿Quieres que hablemos ahora?

—Sí. He traído al Tsukku-san porque quiero hablar claramente. ¿Comprendes? Claro y conciso. Por favor. Tsukku-san —dijo volviéndose hacia el sacerdote—, traduce fielmente para que no se pierda el significado de mis palabras. Es muy importante para mí.

—Sí, señor.

—Ante todo, júrame por tu Dios de los cristianos que nada de lo que él diga será revelado por ti a otra persona. Como una confesión. *¿Neh?* Sagrado.

—Pero, señor… Esto no…

—Lo harás. Ahora mismo. Si no quieres que os retire mi ayuda a ti y a tu Iglesia para siempre.

—Está bien, señor. Lo juro ante Dios.

—Gracias. Ahora explícale a él esta condición. —Alvito obedeció y Toranaga se sentó en la arena, ahuyentando con su abanico los insidiosos insectos nocturnos—. Ahora dime, Anjín-san, lo que pasó en Osaka.

Blackthorne empezó a hablar con vacilaciones, pero, poco a poco, su palabra fue haciéndose más fluida y al Padre Alvito le costaba trabajo seguirlo. Toranaga escuchaba en silencio, sin interrumpir, e interviniendo sólo de vez en cuando para ayudar con una pregunta. El oyente perfecto.

El relato de Blackthorne duró hasta el amanecer. Cuando acabó de hablar, Toranaga estaba enterado de todo lo sucedido, de todo lo que el Anjín-san estaba dispuesto a contar, rectificó. El sacerdote lo sabía también, pero no había en todo ello nada que los católicos ni Kiyama pudieran esgrimir contra él, contra Mariko ni contra el Anjín-san, quien apenas se daba cuenta ya de la presencia del sacerdote.

—¿Estás seguro de que el capitán general te hubiera quemado? —preguntó de nuevo.

—De no ser por el jesuita, desde luego. A sus ojos, yo soy un hereje y se supone que el fuego te purifica.

—¿Por qué crees que el Padre Visitador te salvó?

—No lo sé. Por algo relacionado con Mariko-sama. Sin mi barco, no puedo hacer nada contra ellos. Oh, seguramente a ellos también se les habría ocurrido, pero, tal vez, ella les indicó la manera.

—¿Y qué podía ella saber de incendiar barcos?

—No lo sé. En el castillo entraron *ninja*. Tal vez otros *ninja* se infiltraran a

través de los hombres de aquí. Mi barco fue saboteado. Ella habló con el Padre Visitador en el castillo el día en que murió. Puede que le dijera cómo incendiar el *Erasmus*… a cambio de mi vida. Pero yo no tengo vida sin mi barco, señor. No tengo vida.

—Te equivocas, Anjín-san. Gracias, Tsukku-san —dijo Toranaga en señal de despedida—. Te agradezco tu labor. Ahora puedes ir a descansar.

—Sí, señor, gracias —Alvito titubeó—. Pido perdón por el capitán general. Los hombres nacen en el pecado y muchos viven en el pecado a pesar de ser cristianos.

—Los cristianos nacen en el pecado, nosotros no. Nosotros somos un pueblo civilizado que entiende lo que es realmente el pecado y no unos campesinos ignorantes. De todos modos, Tsukku-san, en el lugar de vuestro capitán general yo no hubiera dejado escapar al Anjín-san. Ésta hubiera sido una sabia decisión militar. Creo que se arrepentirá de no haber insistido. Y vuestro Padre Visitador también.

—¿Queréis que traduzca eso, señor?

—Eso iba sólo para ti. Gracias por tu ayuda. —Después de despedir al sacerdote, Toranaga se volvió hacia Blackthorne—. Anjín-san, a nadar.

—¿Señor?

—¡A nadar! —Toranaga se desnudó y se metió en el agua a la luz del amanecer. Blackthorne y los guardias lo siguieron. Cuando volvieron a la playa, los criados los esperaban con toallas, quimonos limpios, cha, saké y comida.

—A comer, Anjín-san.

—Pido perdón. No tengo hambre.

—¡Come!

Blackthorne tomó unos cuantos bocados y vomitó.

—Pido perdón.

—Estúpido. Y débil. Débil igual que un comeajos. No como hatamoto. ¿Neh?

—¿Señor?

Toranaga lo repitió crudamente. Luego señaló los restos del barco, seguro de que ahora Blackthorne lo escuchaba con atención.

—Eso no es nada. *Shigata ga nai*. No importa. Escucha: Anjín-san es hatamoto, *¿neh?* No comeajos. ¿Entiendes?

—Sí. Pido perdón.

Toranaga hizo una seña a su guardia personal quien le entregó un rollo

sellado.

—Escucha, Anjín-san. Antes de salir de Yedo, Mariko-sama me dio esto. Dijo que si vivías después de Osaka, ¿me entiendes?, que si vivías te lo diera.

Blackthorne tomó el rollo y, después de un momento, rompió el sello.

—¿Qué dice el mensaje, Anjín-san? —preguntó Toranaga.

Mariko le había escrito en latín: «Te quiero. Si lees esto es que he muerto en Osaka y quizá por causa mía haya muerto tu barco. Yo sacrifico la parte de tu vida que más estimas para ayudar a mi Iglesia, pero, sobre todo, para salvar tu vida, que es para mí más valiosa que nada, más que los intereses de mi señor Toranaga. Acaso tenga que elegir, amor mío, entre *tú y tu barco*. Te pido perdón y elijo tu vida. El barco está perdido de todos modos, contigo o sin ti. Entregaré el barco a tus enemigos para que tú puedas vivir. Ese barco no es nada. *Construye otro*. Tú sabes hacerlo. ¿Acaso no te enseñaron a construir barcos además de navegar en ellos? El señor Toranaga te dará los obreros, carpinteros y herreros que precises —*él tiene necesidad de ti y de tus barcos*— y de mi fortuna personal yo te lego todo el dinero necesario. Construye otro barco y construye otra vida, amor mío. Toma el Buque Negro del año próximo y que tengas larga vida. Mi alma cristiana reza para que volvamos a vernos en un cielo cristiano y mi hará japonesa reza para que en la otra vida yo pueda hacerte feliz y estar contigo donde tú estés. Perdóname, pero tu vida es lo más importante. Te amo.»

—¿Qué dice el mensaje, Anjín-san?

—Pido perdón, señor. Mariko-sama dice que ese barco no es necesario. Que construya otro. Que…

—¿Es posible eso? ¿Es posible, Anjín-san?

Blackthorne percibió el vivo interés del daimío.

—Sí, si Toranaga me da hombres. —En su cerebro empezó a tomar forma el nuevo barco. Más pequeño, mucho más pequeño que el *Erasmus*. Unas noventa o cien toneladas. Bendijo a Alban Caradoc, que le había enseñado a construir barcos. Sí, para empezar, noventa toneladas. No era mayor el *Golden Hind* de Drake y lo que había resistido… Podría poner veinte cañones y eso sería suficiente para… ¡Jesús, el cañón!

Se volvió rápidamente para mirar los restos del barco y vio que Toranaga y sus hombres lo miraban fijamente. Entonces comprendió que estaba hablándoles en inglés.

—Pido perdón, Señor. Pienso demasiado aprisa. Cañones grandes en el agua. Hay que sacarlos en seguida, *¿neh?*

Toranaga habló con sus hombres.

—Los samurais dicen que todo lo del barco está en el campamento. ¿Por qué?

—Podemos construir un barco. —Blackthorne se sentía embriagado—. Si tenemos cañones, podemos combatir. ¿Puede Toranaga-sama obtener pólvora?

—Sí. ¿Cuántos carpinteros?

—Cuarenta carpinteros, herreros, roble. ¿Hay roble aquí? Hierro. Pondremos una forja. Necesitaré un maestro. —Blackthorne advirtió que volvía a hablar en inglés—. Pido perdón, lo escribiré en un papel. Despacio. Pensando bien. Por favor, ¿me darán hombres?

—Todos los hombres y todo el dinero. En seguida. Necesito el barco. ¿Cuánto tardarás?

—Seis meses desde el día en que pongamos la quilla.

—¿No puede ser antes?

—No. Lo siento.

—Después hablaremos, Anjín-san. ¿Qué más dice Mariko-sama?

—Poco más, señor. Dice que me da dinero, su dinero, para el barco. Y pide perdón por ayudar a mi enemigo a destruir el barco.

—¿Qué enemigo? ¿Cómo destruir el barco?

—No lo dice claro. Sólo pide perdón. Mariko-sama dice *sayonara*.

Toranaga le sonrió.

—Mariko-sama obró bien. Empieza el barco en seguida. Barco de guerra *¿neh?* ¿Comprendes?

—Comprendo muy bien.

—Ese nuevo barco… ¿podría luchar contra el Buque Negro?

—Sí.

—¿El Buque Negro del año próximo?

—Posible.

—¿Y la tripulación? Marineros, artilleros…

—De aquí a un año puedo adiestrar a mis siervos como artilleros. No como marineros.

—Puedes elegir entre todos los marineros del Kwanto.

—Entonces será posible dentro de un año. Pero, ¿y la guerra?

—Con guerra o sin guerra, probaremos, *¿neh?* Será tu presa. ¿Entiendes

«presa»? Y nuestro secreto.

—Los curas pronto descubrirán el secreto.

—Quizá. Pero esta vez no habrá olas gigantes ni tifón, amigo. Tú vigilarás y yo vigilaré.

—Sí.

—Primero, Buque Negro. Después, a casa. Me traerás una flota. ¿Comprendes?

—¡Oh, sí!

—Si pierdo, *karma*. Si no, entonces todo, Anjín-san. Todo lo que tú decías: Buque Negro, embajador, tratado, barcos… ¿Comprendes?

—Sí. ¡Oh, sí! Gracias.

—Gracias a Mariko-sama. Sin ella… —Toranaga le saludó afectuosamente, por primera vez como a un igual y se alejó con sus hombres. Los siervos de Blackthorne se inclinaron, impresionados por el honor dispensado a su amo.

Blackthorne vio alejarse a Toranaga, jubiloso, y entonces reparó en la comida. Los criados empezaban a retirar los restos.

—Esperar. Ahora comeré, por favor.

Comió despacio y con pulcritud, mientras sus hombres se peleaban por el privilegio de servirlo. Pensaba en las vastas posibilidades que Toranaga había abierto para él. «Has ganado», se dijo, con deseos de ponerse a bailar de alegría. Pero no lo hizo. Volvió a leer la carta. Y volvió a bendecir a la mujer.

—Seguidme —ordenó, y se dirigió al campamento, mientras mentalmente dibujaba ya el barco.

«Jesús, Dios del cielo, ayuda a Toranaga a mantener a Ishido fuera de Kwanto y de Izú, y bendice a Mariko dondequiera que esté, y haz que el cañón no se haya oxidado mucho. Mariko tenía razón: el *Erasmus* estaba condenado, conmigo o sin mí. Ella me ha devuelto la vida. Puedo construir otro barco y otra vida. ¡Noventa toneladas! Mi barco será una plataforma flotante de proa afilada, esbelto como un galgo, mejor que el *Erasmus*, con un bauprés arrogante y un precioso mascarón que se parecerá a *ella*, con sus ojos almendrados y sus altos pómulos. Mi barco… Si hay una tonelada de restos que puedo recuperar… Puedo aprovechar parte de la quilla, algunos ligazones… y habrá por ahí más de un millar de clavos. Con el resto de la quilla podré hacer esloras, hembras del timón y todo lo necesario… si tengo tiempo.

»Sí. Mi barco será como *ella*, pequeño, pulcro y perfecto como la hoja de Yoshimoto, que es la mejor del mundo. Y tan peligroso como ella. El año que

viene capturará una presa veinte veces mayor, como hizo Mariko en Osaka, y expulsará de Asia al enemigo. Y después, al otro año, o al siguiente, subirá por el Támesis, repleto de oro, llevando los siete mares en su estela.»

—Se llamará *La Dama* —dijo en voz alta.

CAPÍTULO LXI

Dos auroras más tarde, Toranaga comprobó las cinchas de la silla. Las ajustó, esperó un momento, y tiró de nuevo con fuerza. El caballo gruñó y sacudió la brida, pero la silla quedó bien sujeta.

—Bien, señor. Muy bien —dijo el montero mayor, con admiración.

A su alrededor, en la zona de las caballerizas, había guardias y halconeros, con sus halcones encapuchados. *Tetsu-ko,* el peregrino, estaba en el sitio de honor, y parecía pequeño en comparación con el azor Kogo, único que no llevaba capirote y que lo escrutaba todo con sus ojos dorados e implacables.

Naga trajo su caballo.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hijo mío. ¿Dónde está tu hermano?

—El señor Sudara espera en el campamento, señor.

—Bien. —Toranaga sonrió al joven, y, como le apreciaba, se lo llevó a un lado—. Escucha, hijo, en vez de salir de caza, redacta las órdenes de combate para que yo las firme esta noche, a mi regreso.

—¡Oh, padre! —dijo Naga, muy orgulloso de tener el honor de recoger oficialmente el guante lanzado por Ishido, cumpliendo la decisión tomada ayer por el Consejo de Guerra de enviar tropas a los puertos de montaña—. Gracias, muchas gracias.

—Ítem más: el Regimiento de Mosqueteros saldrá para Hakone mañana al amanecer, ítem más: los bagajes llegarán a Yedo esta tarde. Asegúrate de que todo esté en regla.

—Sí, claro. ¿Cuándo empezará la lucha?

—Muy pronto. La noche pasada recibí noticias de que Ishido y el Heredero salieron de Osaka para revisar las tropas. La suerte está echada.

—Perdona que no pueda volar a Osaka como *Tetsu-ko* y matarlo, así como a Kiyama y a Onoshi, y resolver todo el problema sin necesidad de molestarte.

—Gracias, hijo mío. —Toranaga no quiso explicarle los enormes problemas que habría que resolver antes de que aquellas muertes fuesen una realidad. Miró a su alrededor. Todos los halconeros estaban a punto. Y sus guardias. Llamó al

montero mayor—. Primero, voy a ir al campamento, después, seguiremos el camino de la costa hasta cuatro *ri* al Norte.

—Pero los batidores están ya en los montes… —El hombre se tragó el resto de su comentario—. Perdona, señor, mi… Debo haber comido algo que me ha sentado mal, señor.

—Es evidente. Tal vez deberías traspasar tus responsabilidades a otro —dijo Toranaga, que, si no hubiese utilizado la caza como tapadera, lo habría reemplazado—. ¿Eh?

—Sí. Lo siento, señor —dijo el viejo samurai—. ¿Puedo preguntarte… si quieres cazar en los sectores que elegiste anoche… o… o prefieres hacerlo en la costa?

—En la costa.

—Desde luego, señor. Si me lo permites, iré a preparar el cambio.

Se alejó corriendo. Entonces llegó Omi a las caballerizas, acompañado de un joven samurai que cojeaba mucho y que todavía conservaba en la cara la lívida marca de una terrible cuchillada recibida durante la lucha en Osaka.

Toranaga se llevó a los dos hombres aparte e interrogó minuciosamente al samurai. Lo hizo por cortesía hacia Omi, pues ya lo sabía todo, de la misma manera que se había mostrado cortés con Anjín-san al preguntarle qué le decía Mariko en su carta, aunque sabía perfectamente lo que ésta le decía.

—Pero, por favor, redáctala a tu manera, Mariko-san —le había dicho antes de salir ella de Yedo para Osaka.

—¿Tengo que entregar su barco a sus enemigos, señor?

—No, señora —había dicho él, al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas—. No. Repito: murmurarás a Tsukku-san, inmediatamente, aquí, en Yedo, los secretos que me has confiado, y después, los revelarás al Sumo Sacerdote y a Kiyama, en Osaka, y les dirás que, sin su barco, Anjín-san no constituye una amenaza para ellos. Y ahora escribirás a Anjín-san la carta que te he dicho.

—Entonces, ellos destruirán el barco.

—Estará guardado por cuatro mil samurais.

—Pero, si lo consiguen… Anjín-san no vale nada sin su barco. Te pido por su vida.

—No hace falta que lo hagas, Mariko-san. Te aseguro que, con o sin su barco, es valioso para mí. Dile en la carta que, si su barco se pierde, *construya otro*.

—¡Oh, sí! ¡Qué inteligente eres! Sí, dijo muchas veces que era un buen

constructor de buques.

—¿Estás segura, Mariko-san?

—Sí, señor.

—Bien.

—Entonces, ¿crees que los padres cristianos triunfarán, incluso contra cuatro mil hombres?

—Sí. Lo siento, pero los cristianos no permitirán que el barco siga existiendo, ni que él viva, mientras éste flote y esté a punto para hacerse a la mar. Es una amenaza demasiado grande para ellos. Este barco está condenado, por consiguiente, nada se pierde con resignarse a ello. Pero sólo tú y yo sabemos y debemos saber que su única esperanza es construir otro. Yo soy el único que puede ayudarle a hacerlo. Resuelve lo de Osaka y yo haré que él construya su barco.

«Le dije la verdad —pensó ahora Toranaga, en este amanecer de Yokohama, sin escuchar apenas al samurai herido ni a Omi, sintiéndose muy triste por Mariko—. La vida es triste», se dijo, cansado de los hombres y de Osaka y de un juego que causaba tantos sufrimientos a los vivos, por mucho que fuese lo que se jugaba.

—Gracias por contarme todo esto, Kosami —dijo, cuando terminó el samurai—. Lo has hecho muy bien. Por favor, venid conmigo. Los dos.

Al llegar al campamento de la meseta, detuvo su caballo. Buntaro estaba allí, con Yabú e Hiro-matsu y Sudara, y con un halcón peregrino sobre el puño.

—¿Listo, hijo mío?

—Sí, padre —dijo Sudara—. He enviado algunos de mis hombres a los montes, para asegurarme de que los batidores están en su sitio.

—Gracias, pero he resuelto cazar en la costa.

Sudara llamó inmediatamente a uno de su guardia y lo envió a buscar a los hombres que estaban en el monte y dirigirlos a la costa.

—Bien. ¿Cómo va la instrucción, Hiro-matsu-san?

—Todavía pienso que todo esto es indigno e innecesario. Pronto podremos olvidarlo. Celebraremos la derrota de Ishido, sin necesidad de apelar a esta especie de traición.

—Discúlpame, Hiro-matsu-san —terció Yabú—, pero, sin estas armas de fuego y esta estrategia, estaríamos perdidos. Es una guerra moderna, y, de esta manera, podemos ganar. —Se volvió a mirar a Toranaga, que no había desmontado—. Esta noche me enteré de que Jikkyu ha muerto.

—¿Estás seguro? —preguntó Toranaga, fingiendo sorpresa, aunque había recibido información secreta de ello el día en que había salido de Mishima.

—Sí, señor. Parece que llevaba algún tiempo enfermo. Su heredero es su hijo, Hikoju.

—¿Ese cachorro? —dijo Buntaro, desdeñosamente.

—Sí, no es más que un cachorro —dijo Yabú, que parecía haber crecido varias pulgadas—. Esto nos abre la ruta del Sur, señor. ¿Por qué no atacar inmediatamente por la carretera de Tokaido? Muerto el viejo zorro, Izú está segura, y Suruga y Totomi nada pueden contra nosotros. *¿Neh?*

—¿Qué dices tú? —preguntó Toranaga a Hiro-matsu, apeándose reflexivamente del caballo.

El viejo general respondió inmediatamente:

—Si podemos apoderarnos de la carretera hasta el paso de Utsunoya, y de todos los puentes, y llegar rápidamente a Tenryu, con las comunicaciones aseguradas, sería un golpe bajo para Ishido. Podríamos contener a Zataki en las montañas, reforzar el ataque de Tokaido y caer sobre Osaka. Seríamos invencibles.

—Mientras el Heredero esté al frente de los ejércitos de Ishido, nos podrán vencer —dijo Sudara.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Toranaga, que todavía no les había hablado de un posible acuerdo con Zataki para que éste traicionase a Ishido en el momento oportuno.

«¿Por qué habría de decírselo? —pensó—. No es seguro. Todavía.

»Pero, ¿cómo podré cumplir la solemne promesa hecha a mi hermano de que se casará con Ochiba si me apoya, y casarme al propio tiempo con Ochiba, si éste es el precio que ella exige? Pero no es probable que Ochiba se avenga a traicionar a Ishido. En tal caso, mi hermano tendría que aceptar lo inevitable.»

Vio que todos le estaban mirando.

—¿Y bien?

Hubo un silencio. Después, dijo Buntaro:

—¿Qué pasará, señor, si nos enfrentamos con el estandarte del Heredero?

Ninguno de ellos le había hecho aún esta pregunta de un modo formal, directo y público.

—Si esto ocurre, habré perdido —dijo Toranaga—. Me haré el harakiri, y los que respeten el testamento del Taiko y la herencia indudablemente legal del Heredero, tendrán que someterse y pedir humildemente su perdón.

Todos asintieron, y él se volvió de nuevo a Yabú.

—Pero todavía no estamos en el campo de batalla, por consiguiente, continuaremos con el plan. Sí, Yabú-sama, la ruta del Sur es ahora posible. ¿De qué murió Jikkyu?

—De enfermedad, señor.

—¿Una enfermedad de quinientos kokús?

Yabú rió, aunque estaba furioso por dentro, al ver que Toranaga había penetrado su red de seguridad.

—Supongo que sí, señor. ¿Te lo dijo mi hermano?

Toranaga asintió con la cabeza y le pidió que lo explicase a los demás. Yabú obedeció y les dijo que su hermano, Mizuno, había entregado el dinero recibido de Anjín-san a un pinche de cocina introducido en el servicio de Jikkyu.

—Barato, *¿neh?* —dijo Yabú, satisfecho—. Quinientos kokús por la ruta del Sur.

Discúlpame, señor —dijo Hiro-matsu a Toranaga, con voz seca—. Pero esta historia me parece repelente.

—El veneno, la traición y el asesinato —dijo Toranaga, sonriendo—, han sido siempre armas de guerra, amigo mío. Jikkyu era un enemigo y un estúpido. Yabú-sama me sirvió bien. Aquí y en Osaka. *¿Neh,* Yabú-san?

—Siempre procuro servirte fielmente, señor.

—Sí, explica, por favor, por qué mataste al capitán Sumiyori antes del ataque de los *ninja* —preguntó Toranaga.

La cara de Yabú no cambió.

—¿Quién lo ha dicho, señor? ¿Quién me acusa de esto?

Toranaga señaló el grupo de Pardos, a cuarenta pasos de ellos.

—¡Aquel hombre! Kosami-san, ten la bondad de acercarte.

El joven samurai descabalgó, se acercó cojeando y se inclinó.

—¿Quién eres? —preguntó Yabú, echando chispas por los ojos.

—Sokura Kosami, de la Décima Legión, destinado a la guardia personal de dama Kiritsubo, en Osaka, señor —dijo el joven—. Tú me pusiste de guardia en el exterior de tus habitaciones, y de las de Sumiyori-san, la noche del ataque ninja.

—No te recuerdo. ¿Te atreves a decir que yo maté a Sumiyori?

El joven vaciló. Toranaga ordenó:

—¡Díselo!

Kosami dijo de un tirón:

—Cuando los *ninja* cayeron sobre nosotros, tuve el tiempo justo de abrir la puerta y gritar para avisar a Sumiyori-san, señor, pero éste no se movió. —Se volvió a Toranaga, acobardado ante las miradas de todos—. Él… tenía el sueño ligero, señor, y sólo hacía un momento que… Esto es todo, señor.

—¿Entraste en la habitación? ¿Le sacudiste? —apremió Yabú.

—No, señor, ¡oh no! Los *ninja* entraron tan de prisa, que nos retiramos al punto y contraatacamos lo más pronto posible…

Yabú miró a Toranaga.

—Sumiyori-san había estado dos días de guardia. Estaba rendido… como todos. ¿Qué prueba esto? —preguntó.

—Nada —replicó Toranaga, conservando su tono cordial—. Pero más tarde volviste a la habitación, Kosami-san. ¿Neh?

—Sí, señor. Sumiyori-san yacía aún en su lecho, como antes… La habitación estaba en perfecto orden, señor, y él había sido apuñalado por la espalda. Yo creía que habían sido los *ninja*, hasta que Omi-san me interrogó.

—¡Ah! —Yabú se volvió a mirar a su sobrino, concentrando toda su ira en el hombre que le había traicionado y midiendo la distancia entre los dos—. Tú lo interrogaste, *¿neh?*

—Sí, señor —respondió Omi—. El señor Toranaga me ordenó que comprobase todos los relatos, y en éste había algo extraño que pensé que debía notificar a nuestro señor.

—¿Algo extraño?

—Siguiendo las órdenes del señor Toranaga, interrogué a los dos criados que sobrevivieron al ataque. Ambos vieron que abrías una puerta secreta de la mazmorra y oyeron que decías a los *ninja*: «Soy Kasigi Yabú.» Gracias a esto, tuvieron tiempo de esconderse y librarse de la matanza.

La mano de Yabú se movió un poco. Inmediatamente, Sudara se plantó frente a Toranaga para protegerle, y, en el mismo instante, el sable de Hiro-matsu apuntó al cuello de Yabú.

—¡Alto! —ordenó Toranaga.

El sable de Hiro-matsu se inmovilizó, como por milagro. Yabú no hizo ningún movimiento ostensible. Los miró fijamente y rió con insolencia.

—¿Soy un sucio *ronín* capaz de atacar a su señor feudal? Soy Kasigi Yabú, señor de Izú, de Suruga y de Totomi, *¿neh?* —Miró a Toranaga—. ¿De qué se me acusa, señor? ¿De ayudar a los *ninja*? ¡Es ridículo! ¿Qué importancia tienen

las fantasías de unos criados? ¡Son unos embusteros! ¿O las de ese hombre, que explica algo que no puede demostrar, ni yo puedo rebatir?

—No hay prueba, Yabú-sama —dijo Toranaga—. Estoy completamente de acuerdo. No hay ninguna prueba.

—¿Hiciste esas cosas, Yabú-sama? —preguntó Hiro-matsu.

—¡No! —gritó.

—Pues yo creo que sí —opuso Toranaga—. Por consiguiente, todas tus tierras quedan confiscadas. Y te abrirás el vientre hoy mismo. Antes del mediodía.

La sentencia era definitiva. Había llegado el momento supremo para el que Yabú se había estado preparando durante toda su vida.

«*Karma* —pensó, mientras se estrujaba frenéticamente el cerebro—. Nada puedo hacer, la orden es legal. Omi me traicionó, pero era mi *karma*. Todos los criados debían morir, según el plan trazado, pero se salvaron dos, era mi *karma*. Pórtate dignamente, piensa con serenidad.»

—Señor —empezó a decir, en una exhibición de audacia—, en primer lugar, soy inocente de estos crímenes. Kosami se equivoca y los criados son unos embusteros. En segundo lugar, soy tu mejor general. Te pido el honor de mandar el ataque contra Tokaido, o de ocupar el primer puesto en la primera batalla, a fin de que mi muerte pueda serte útil.

Toranaga dijo, cordialmente:

—Es una buena sugerencia, Yabú-san, y estoy de acuerdo en que eres el mejor general para mandar el Regimiento de Mosqueteros, pero, desgraciadamente, no me fío de ti. Te abrirás el vientre antes del mediodía.

Yabú dominó su genio, resuelto a salvar su honor de samurai y de jefe de su clan con un sacrificio total.

—Absuelvo formalmente a mi sobrino Omi-san de cualquier responsabilidad en la traición de que he sido objeto, y lo nombro mi heredero.

Toranaga se quedó tan sorprendido como los otros. Después, dijo:

—Buntaro-san, tú actuarás como testigo oficial. Y ahora, Yabú-san, ¿a quién designas como tu ayudante?

—A Kasigi Omi-san.

Toranaga miró a Omi. Éste se inclinó, pálido el semblante.

—Será un honor —dijo.

—Bien. Entonces todo está arreglado.

Hiro-matsu dijo:

—¿Y el ataque a Tokaido?

—Estamos más seguros detrás de nuestros montes.

Toranaga respondió vivamente a sus saludos, montó a caballo y se alejó al trote. Sudara le siguió.

—¿Dónde quieres hacerlo, Yabú-sama? —preguntó Buntaro.

—Aquí, allí, en la playa o sobre un montón de estiércol, me da igual. No necesito traje de ceremonia. Pero tú, Omi-san, no descargarás el golpe hasta que me haya dado los dos cortes.

—Sí, señor.

—Con tu permiso, Yabú-san, yo seré también testigo —dijo Hiro-matsu.

—¿Tendrás valor para ello?

El general dio un respingo y dijo a Buntaro:

—Ten la bondad de enviarme a buscar cuando esté a punto.

—Ya lo estoy —dijo Yabú, escupiendo—. ¿Y tú?

Hiro-matsu giró sobre sus talones. Yabú reflexionó un momento y, después, se sacó del cinto el envainado sable Yoshimoto.

—Tal vez quieras hacerme un favor, Buntaro-san. Da esto a Anjín-san. —Le tendió el sable, pero frunció el ceño—. Aunque, pensándolo bien, y si no te molesta, ¿quieres enviarlo a buscar para que se lo dé yo mismo?

—Desde luego.

—Y ten también la bondad de traer a ese apestoso sacerdote, para que pueda hablar directamente con Anjín-san.

—Bien. ¿Qué más deseas?

—Sólo un poco de papel, tinta y un pincel, para redactar mi testamento y mi poema funerario. Y dos esterillas, pues no necesito dañarme las rodillas o arrodillarme en el polvo como un apestoso campesino, *¿neh?* —dijo Yabú, con fanfarronería.

Buntaro se alejó. Yabú se sentó descuidadamente, cruzó las piernas y empezó a hurgarse los dientes con una brizna de hierba. Omi se sentó cerca de él, pero fuera del alcance de su sable.

—¡Ay! —exclamó Yabú—. ¡Cuán cerca tuve el triunfo! —Después, estiró las piernas y golpeó el suelo con ellas, en un acceso de ira—. ¡Ay, cuán cerca! *Karma, ¿neh? ¡Karma*! —Lanzó una estruendosa carcajada—. Pero muero feliz, Omi-san. Jikkyu ha muerto, y, cuando yo cruce el Ultimo Río y lo vea esperando allí, rechinando los dientes, podré escupirle a los ojos para siempre.

—Habéis prestado un gran servicio al señor Toranaga —dijo Omi,

sinceramente, pero observándolo como un halcón—. Ahora la carretera de la costa está abierta. Tienes razón, señor, y Puño de Hierro y Sudara están equivocados. Deberíamos atacar en seguida: los mosquetes nos abrirían el camino.

—¡Ese viejo asqueroso y estúpido! ¿Samurai? Yo lo soy más que él. Y se lo demostraré. No golpearás hasta que yo te lo ordene.

—¿Puedo darte humildemente las gracias por este honor y por haberme nombrado tu heredero? Juro solemnemente que el honor de los Kasigi estará a salvo en mis manos.

—Si no lo creyese así, no lo habría hecho. —Yabú bajó la voz—. Hiciste bien en traicionarme frente a Toranaga. Yo habría hecho lo mismo si hubiese estado en tu lugar, aunque todo son mentiras. Es un pretexto para Toranaga. Siempre envidió mis proezas en la guerra y mi conocimiento de las armas de fuego y del valor del barco. Todo fue idea mía.

—Sí, señor. Lo recuerdo.

—Tú salvarás a la familia. Eres astuto como una rata vieja. Recuperarás Izú, y más…, que es lo que importa ahora, y sabrás dominar a tus hijos. Entiendes las armas de fuego. Y a Toranaga, *¿neh?*

—Juro que lo intentaré, señor.

—Escúchame, Omi-san. Éstas son mis últimas órdenes como señor de los Kasigi. Aceptarás a mi hijo en tu casa, y te servirás de él, si es merecedor de ello. Segundo: busca buenos maridos para mi esposa y mi consorte, y dales a ellas las gracias por haberme servido tan bien. En cuanto a tu padre, Mizuno, ordeno que se haga inmediatamente el harakiri.

—¿Puedo pedir la alternativa de que se afeite la cabeza, y se haga monje?

—No. Es demasiado estúpido, y nunca podrías confiar en él. En cuanto a tu madre… —Mostró los dientes—. Ordeno que se afeite la cabeza, se haga monja e ingrese en un monasterio fuera de Izú, donde pasará la vida rezando por el futuro de los Kasigi. Budista o shintoísta, aunque prefiero el shintoísta. ¿Te parece bien un monasterio shintoísta?

—Sí, señor.

—Bien. Así —añadió con malicioso regocijo—, no te distraerá de los negocios de los Kasigi con sus continuos lamentos.

—Así se hará.

—Bien. Te ordeno que vengues los embustes de Kosami y de los criados traidores contra mí. Antes o después, lo mismo da, con tal de que lo hagas.

—Serás obedecido.

—¿He olvidado algo?

Omi se aseguró de que nadie podía oírlos.

—¿Qué dices sobre el Heredero? —preguntó, cautelosamente—. Si el Heredero está frente a nosotros en el campo de batalla, perderemos, *¿neh?*

—Ábrete paso con el Regimiento de Mosqueteros, y mátalo, diga lo que diga Toranaga. Yaemón debe ser tu primer blanco.

—Lo mismo pensaba yo. Gracias.

—Bien. Pero, en vez de esperar todo ese tiempo, sería mejor poner precio a su cabeza en secreto y ahora mismo, valiéndote de los *ninja*, o del Amida Tong.

—¿Cómo encontrarlos? —preguntó Omi con la voz temblorosa.

—Esa vieja arpía, Gyoko Mamá-san, es una de las personas que lo sabe.

—¿Ella?

—Sí. Pero ten cuidado con ella y con los Amidas. No trates a éstos con ligereza, Omi-san. Y a ella, no la toques y protégela. Sabe demasiados secretos, y la pluma es un arma de largo alcance después de la muerte. Fue consorte oficial de mi padre durante un año… Quizá su hijo sea mi medio hermano.

—Pero, ¿dónde conseguiré el dinero?

—Eso es problema tuyo. Pero consíguelo. Donde sea, y como sea.

Yabú se acercó más a él.

—Entierra profundamente este secreto y escucha, sobrino: conserva la buena amistad con Anjín-san. Trata de dominar la flota que traerá un día. Toranaga no sabe el verdadero valor de Anjín-san, pero hace bien en quedarse detrás de los montes. Esto le da tiempo y también te da tiempo a ti. Tenemos que salir al mar con nuestras tripulaciones en sus barcos y con los Kasigi ostentando el mando supremo. Los Kasigi deben hacerse a la mar, dominar el mar. Es una orden.

—Sí, ¡oh, sí! —exclamó Omi—. Confía en mí. Así *será*.

—Por último, no confíes nunca en Toranaga.

—No confío en él, señor. No he confiado nunca, y nunca confiaré.

—Bien —suspiró Yabú, en paz consigo mismo—. Y ahora, discúlpame. Tengo que pensar mi poema funerario.

Omi se puso de pie, retrocedió de espaldas y, cuando estuvo a respetable distancia, saludó y se alejó otros veinte pasos. Ya seguro entre sus guardias, se sentó de nuevo y esperó.

Toranaga y su grupo trotaban a lo largo de la ruta de la costa que circundaba la amplia bahía, con el mar a la derecha y alcanzando casi la carretera. Aquí, el terreno era bajo y pantanoso. Unos cuantos *ri* al Norte, este camino se juntaba con la arteria principal de la carretera de Tokaido. A veinte *ri* más al Norte estaba Yedo.

Lo acompañaban cien samurais y diez halconeros, con otras tantas aves sobre los enguantados puños. Sudara iba con veinte guardias y tres halcones, y cabalgaba en vanguardia.

—¡Sudara! —gritó Toranaga, como si se le acabase de ocurrir la idea—. Detente en la próxima posada. Quiero desayunar.

Sudara hizo un ademán de asentimiento y emprendió el galope. Cuando llegó Toranaga, las doncellas esperaban, sonriendo y haciendo reverencias, lo mismo que el posadero y toda su gente.

—Buenos días, señor —dijo el posadero—, ¿qué quieres para comer? Gracias por honrar mi pobre posada.

—Cha… y unos fideos con un poco de soja, por favor.

Casi instantáneamente le trajeron la comida en un delicado tazón, cocinada tal como a él le gustaba, pues el posadero había sido previamente advertido por Sudara. Mientras tanto, Sudara recorrió los puestos de vigilancia, para asegurarse de que todo estaba en orden. Al terminar su ronda, informó a Toranaga.

—¿Te parece bien, señor? ¿Ordenas algo más?

—No, gracias. —Toranaga acabó de comer y sorbió lo que quedaba en la sopa. Después, dijo con naturalidad—: Tenías razón en lo referente al Heredero.

—Perdóname, señor, pero temía haberte ofendido sin proponérmelo.

—Tenías razón. ¿Por qué había de ofenderme? Cuando el Heredero se enfrente conmigo, ¿qué harás tú?

—Obedeceré tus órdenes.

—Por favor, ve a buscar a mi secretario y vuelve con él.

Sudara obedeció. Kawanabi, el secretario, ex samurai y sacerdote, que viajaba siempre con Toranaga, acudió inmediatamente con su estuche de viaje, lleno de papeles, tinta, sellos y pinceles.

—¿Señor?

—Escribe esto: «Yo, Yoshi Toranaga-noh-Minowara, vuelvo a nombrar heredero mío a mi hijo Yoshi Sudara-noh-Minowara, y le devuelvo todos sus títulos y rentas.»

Sudara se inclinó.

—Gracias, padre —dijo, con voz firme, pero preguntándose: *¿por qué?*

—Jura formalmente cumplir todos mis decretos, mi testamento… y tus deberes de heredero.

Sudara obedeció. Toranaga esperó en silencio a que Kawanabi hubiese escrito su declaración. Después la firmó y la legalizó con el sello.

—Gracias, Kawanabi-san, ponle fecha de ayer. Esto es todo, de momento.

—Sí, señor.

El secretario se marchó. Toranaga miró a Sudara y estudió su cara afilada e inexpresiva. Cuando hizo su deliberadamente súbita declaración, la cara y las manos de Sudara no revelaron ninguna emoción: ni alegría, ni agradecimiento, ni orgullo, ni siquiera sorpresa, y esto lo entristeció. «Pero, ¿por qué estar triste?, —pensó Toranaga—, tienes otros hijos que sonríen y ríen, que cometen errores, y gritan, y se refocilan, y tienen muchas mujeres. Hijos normales. Este hijo seguirá tus pasos, gobernará cuando hayas muerto, tendrá a los Minowara en un puño y transmitirá el Kwanto y el poder a otros Minowara. Será frío y calculador, *como tú*. No, no como yo —se dijo, reflexivamente—. Yo puedo reír a veces y, en ocasiones, sentir compasión, y me gustan la juerga, el baile, y jugar al ajedrez y al Noh, y hay personas que me regocijan, como Naga y Kiri y Chano y Anjín-san, y me divierte cazar y triunfar, triunfar, triunfar. A ti, nada te alegra, Sudara, y lo siento. Nada, salvo tu esposa, dama Genjiko, es el único eslabón débil a tu cadena.»

—¿Cuánto tardarás en asegurarte de que Jikkyu está realmente muerto?

—Antes de salir del campamento, envié un mensaje urgente a Mishima, para el caso de que tú no supieses ya si era verdad o mentira, padre. Recibiré la respuesta dentro de tres días.

Toranaga bendijo a los dioses por haber tenido conocimiento anticipado del complot de Jikkyu, por Kasigi Mizuno, y rápida noticia de la muerte de aquel enemigo. Durante un momento, recapituló su plan y no encontró en él el menor fallo. Después, sintiéndose ligeramente mareado, tomó su decisión:

—Pon inmediatamente en pie de guerra a los Regimientos Once, Dieciséis, Noventa y Cuatro y Noventa y Cinco, de Mishima, y, dentro de cuatro días, lánzalos a la carretera de Tokaido.

—¿«Cielo Carmesí»? —preguntó Sudara, sorprendido—. ¿Vas a atacar?

—Sí. No esperaré a que ellos se lancen contra mí.

—Entonces, ¿está muerto Jikkyu?

—Sí.

—Bien —dijo Sudara—. ¿Puedo sugerirte que añadas los Regimientos Veinte y Veintitrés?

—No. Diez mil hombres deberían bastarnos, contando con el factor sorpresa. Debo guardar toda mi frontera, por si fracasamos o caemos en una trampa. Y hay que contener a Zataki.

—Sí —dijo Sudara.

—¿Quién crees que debería dirigir el ataque?

—El señor Hiro-matsu. Es una campaña perfecta para él.

—¿Por qué?

—Es resuelto, sencillo, anticuado y ordenancista, padre. Será perfecto para esta campaña.

—¿Pero no adecuado como general en jefe?

—Perdona, pero Yabú-san tenía razón: las armas de fuego han transformado el mundo.

—Entonces, ¿quién?

—Sólo tú, señor. Hasta después de la batalla, creo que nadie debe interponerse entre *ésta* y tú.

—Lo pensaré —dijo Toranaga—. Ahora ve a Mishima y prepáralo todo. La fuerza de asalto de Hiro-matsu tendrá veinte días para cruzar el río Tenryu y asegurar la carretera de Tokaido.

—Perdona, señor, pero, ¿puedo sugerir que vaya un poco más lejos, hasta la cresta de Shiomi? Podrías darles treinta días.

—No. Si diese esa orden, algunos hombres llegarían a la cresta. Pero la mayoría morirían y no podrían rechazar el contraataque ni hostigar al enemigo en nuestra retirada.

—Pero, ¿no enviarás en seguida refuerzos en su persecución?

—Nuestro ataque principal se desarrollará en las montañas de Zataki. Esto es una maniobra de diversión.

—¡Ah! Discúlpame, señor.

—Muerto Yabú, ¿quién debe mandar la fuerza de mosqueteros?

—Kasigi Omi.

—¿Por qué?

—Él conoce estas armas. Además, es moderno, muy bravo, muy inteligente, muy paciente… y también muy peligroso, más peligroso que su tío. Te aconsejo que, si ganas y él sobrevive, busques algún pretexto para enviarlo al Más Allá.

—¿Y Anjín-san? ¿Qué aconsejas acerca de Anjín-san?

—Estoy de acuerdo con Omi-san y Naga-san. Debería ser confinado. Sus hombres no valen nada, son *eta* y pronto se devorarán entre ellos, por consiguiente, no son nada. Aconsejo que todos los extranjeros sean confinados o expulsados. Constituyen una plaga, y se los debe tratar en consecuencia.

—Pero necesitamos la seda, y, para protegernos, debemos aprender de ellos, aprender lo que ellos saben, *¿neh?*

—Deberían ser confinados en Nagasaki, bajo severa vigilancia, y limitarse estrictamente su número. Podrían comerciar una vez al año. ¿No es el dinero su motivo esencial? ¿No lo dice así Anjín-san?

—Entonces, ¿lo consideras útil?

—Sí. Mucho. Nos ha enseñado la prudencia de los Decretos de Expulsión. Anjín-san es muy inteligente y muy bravo. Pero es un juguete. Te divierte, señor, como *Tetsu-ko*, es valioso, sin dejar de ser un juguete.

—Gracias por tus opiniones —dijo Toranaga—. En cuanto empiece el ataque, volverás a Yedo y esperarás órdenes.

Lo dijo con voz dura y deliberadamente. Zataki retenía aún a dama Genjiko, a su hijo y a sus tres hijas, como rehenes, en su capital de Takato. A petición de Toranaga, Zataki había otorgado a Sudara un permiso de diez días, y Sudara había prometido solemnemente regresar dentro de dicho plazo. Zataki era famoso por su estricto sentido del honor. Podría eliminar legalmente a todos los rehenes, y sin duda lo haría, por esta cuestión de honor, independientemente de cualquier acuerdo o tratado secreto o abierto.

—Saldrás al punto hacia Mishima. Mañana te enviaré un mensaje.

Sudara montó a caballo y se alejó con sus veinte guardias.

Toranaga levantó el tazón y tomó un bocado de fideos, ahora fríos.

—¡Oh, perdona, señor! ¿Quieres un poco más? —dijo la joven doncella, desalentada y afanosa. Tenía la cara redonda y no era bonita, pero sí lista y observadora, tal como a él le gustaban las doncellas… y las mujeres.

—No, gracias. ¿Cómo te llamas?

—Yuki, señor.

—Di a tu amo que hace buenos fideos, Yuki.

—Sí, señor, gracias. Gracias, señor, por honrar nuestra casa. Levanta sólo un dedo cuando quieras algo, y lo tendrás inmediatamente.

Él le hizo un guiño, y ella rió, recogió la bandeja y salió corriendo.

Entonces, Toranaga empezó a pensar en dama Genjiko y en sus hijos, que

eran una cuestión de importancia vital. «Si dama Genjiko no fuese hermana de Ochiba, su hermana mimada y predilecta —se dijo—, dejaría, sintiéndolo mucho, que Zataki les eliminase a todos, con lo que ahorraría a Sudara muchos peligros para el futuro, si yo muero pronto, pues son su único eslabón débil. Pero, afortunadamente, Genjiko es hermana de Ochiba y, por ende, una pieza importante en el Gran Juego, y no puedo permitir que ocurra tal cosa. Debería hacerlo, pero no lo haré. Esta vez jugaré fuerte. Y también debo recordar que Genjiko es valiosa en otros aspectos: es aguda como una espina de tiburón, cría bien a sus hijos y es tan fanática como Ochiba en lo que concierne a sus retoños, pero con una diferencia: Genjiko me es leal, más que a nadie, Ochiba lo es al Heredero.

»Bueno, cuestión resuelta. Antes del décimo día, Sudara debe ponerse de nuevo en manos de Zataki. ¿Una prórroga? No, esto podría aumentar los recelos de Zataki, y es el último hombre que quiero que se muestre receloso. ¿De qué lado se inclinará?

»Hiciste bien en favorecer a Sudara. Esta decisión complacerá a Ochiba.»

Por la mañana le había escrito una carta que le enviaría esta noche con una copia de la orden. «Sí, esto eliminará la espina que le clavé hace tiempo, para fastidiarla. Es bueno saber que Genjiko es uno de los puntos flacos, quizás el único, de Ochiba. ¿Cuál es el punto flaco de Genjiko? Ninguno. Al menos, no lo he descubierto, pero si lo tiene, lo descubriré.»

Observó a sus halcones, todos encapuchados, menos Kogo, cuyos penetrantes ojos observaban también todo, y con tanto interés como él.

«¿Qué dirías —le preguntó en silencio—, si supieses que voy a *impacientarme* y a atacar, y que mi ataque principal será por Tokaido y no en los montes de Zataki, como he dicho a Sudara? Probablemente dirías: "¿Por qué?" Y yo te respondería: "Porque no me fío de Zataki, aunque pueda volar. Y no puedo volar en absoluto. ¿Neh?".»

Entonces vio que los ojos de Kogo se fijaban en el camino. Miró a lo lejos y sonrió, al ver los palanquines y los caballos de carga que se acercaban, después de doblar el recodo.

—¡Oh, Fujiko-san! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, señor, muy bien. —Se inclinó de nuevo, y él vio que ya no le dolían las cicatrices de las quemaduras. Ahora sus miembros eran ágiles como

antes, y había un delicado rubor en sus mejillas—. ¿Puedo preguntarte cómo está Anjín-san, señor? —dijo—. Oí decir que el viaje desde Osaka había sido muy malo, señor.

—Está bien de salud, muy bien.

—Ésta es la mejor noticia que podía darme, señor.

Él se volvió al segundo palanquín para saludar a Kikú, y ésta sonrió alegremente y lo saludó afectuosa, diciendo que estaba muy contenta de verlo y que lo había echado mucho de menos.

—También yo me alegro de verte —dijo él, y miró la última litera—. ¡Ah! Gyoko-san, mucho tiempo sin verte —añadió secamente.

—Gracias, señor, sí, y me siento renacer, ahora que estos viejos ojos tienen el honor de verte otra vez. ¡Ah, qué vigoroso eres, señor! Un gigante entre los hombres —lo aduló.

—Gracias, también tú estás muy guapa.

Kikú aplaudió la broma, y todos rieron con ella.

—Escuchad —dijo él, alegre por su causa—. He tomado medidas para que os quedéis aquí algún tiempo. Y ahora, Fujiko-san, ten la bondad de acompañarme.

Se llevó a Fujiko aparte, le ofreció cha y refrescos y habló de naderías hasta llegar al punto importante.

—Convinimos un año y medio. Lo siento, pero debo saber si deseas cambiar el trato.

La carita cuadrada de Fujiko perdió su atractivo al ponerse seria.

—¿Cómo podría cambiarlo, señor?

—Fácilmente. Ya no hay trato. Yo lo ordeno.

—Discúlpame, señor —dijo Fujiko, con voz monótona—. No quise decir esto. Acepté libre y solemnemente el trato ante Buda y con el espíritu de mi esposo y de mi hijo muertos. No puede cambiarse.

—Yo ordeno el cambio.

—Lo siento, señor, perdóname, pero el *bushido* me releva de la obligación de obedecerte. Tu aceptación del contrato fue igualmente solemne y obligatoria, y cualquier cambio debe ser consentido por ambas partes.

—¿No te gusta Anjín-san?

—Soy su consorte. Tengo la obligación de complacerle.

—Yo había pensado que Anjín-san podría casarse contigo. Entonces no serías su consorte.

—El samurai no puede servir a dos señores, y la esposa no puede servir a dos maridos. El deber me liga a mi esposo muerto. Discúlpame, pero no puedo cambiar.

—Con paciencia, todo cambia. Anjín-san conocerá pronto mejor nuestras costumbres, y su casa tendrá también wa. Ha aprendido muchísimo desde que…

—¡Oh, señor! No me interpretes mal. Anjín-san es el hombre más extraordinario que jamás he conocido, y sin duda el más amable. Me ha hecho un gran honor y, sí, sé que su casa será muy pronto una casa de verdad, pero… debo cumplir con mi deber. Mi deber es para con mi marido, mi único marido. —Luchó por dominarse—. Debe ser así, señor, *¿neh?* De lo contrario, la vergüenza, el sufrimiento y el deshonor no significarían nada, *¿neh?* Su muerte y la de mi hijo, sus sables rotos y enterrados en la aldea eta… Sin mi deber para con él, ¿no sería nuestro *bushido* una enorme farsa?

—Entonces…

—Lo siento, señor, no puedo hacerlo.

—Sea como quieres, Fujiko-san. Discúlpame por habértelo preguntado, pero era necesario. —Toranaga no estaba enojado ni contento. La joven se portaba dignamente, y él sabía ya, cuando cerró el trato con ella, que nunca lo cambiaría. «Esto es lo que nos hace únicos en el mundo —pensó, con satisfacción—. Un trato con la muerte es un trato sagrado.» —Se inclinó ceremoniosamente—. Aplaudo tu sentido del honor y del deber para con tu marido, Usagi-san —dijo, dándole el nombre que había dejado de tener.

—¡Oh, gracias, señor! —exclamó ella, por el honor que él le hacía derramando lágrimas de dicha, porque sabía que con esto se lavaba la mancha del único marido que tendría en su vida.

—Escucha, Fujiko: veinte días antes del último día, saldrás para Yedo, con independencia de lo que me suceda a mí. Tu muerte se producirá durante el viaje, y deberá parecer accidental. *¿Neh?*

—Sí. Sí, señor.

—Será nuestro secreto. Sólo tuyo y mío.

—Sí, señor.

—Mientras tanto, seguirás siendo ama de su casa.

—Sí, señor.

—Ahora, haz el favor de decir a Gyoko que venga aquí. Te llamaré otra vez antes de marcharme. Tengo que discutir algunas cosas contigo.

—Sí, señor —Fujiko hizo una profunda reverencia y añadió—: Bendito seas

por librarme de la vida.

—Y se alejó. «Es curioso —pensó Toranaga— que las mujeres puedan cambiar como los camaleones: feas en un momento dado, atractivas al siguiente y, a veces, incluso hermosas, aunque en realidad no lo sean.»

—¿Me mandaste llamar, señor?

—Sí, Gyoko-san. ¿Qué noticias tienes para mí?

—Muchas, señor —respondió Gyoko, impávido el maquillado semblante, brillantes los ojos, pero sintiendo retortijones en las tripas. Sabía que este encuentro no era pura coincidencia, y su instinto le decía que Toranaga era más peligroso hoy que de costumbre—. La formación del Gremio de Cortesanas progresa satisfactoriamente, y se están redactando las normas y reglamentos para someterlos a tu aprobación. Al norte de la ciudad hay una zona muy bonita que podría…

—La zona que ya he escogido está cerca de la costa. El Yoshiwara.

Ella lo felicitó por su elección, pero gruñendo por dentro. El Yoshiwara (Cañaveral) era actualmente una ciénaga llena de mosquitos, que tendría que ser desecada antes de que pudiese vallarse y construir en ella.

—Excelente, señor. También se están preparando las normas y reglamentos de las *gei-shas* para tu aprobación.

—Bien. Que sean breves y concisos.

Toranaga rió, y ella sonrió, pero sin bajar la guardia, y dijo seriamente:

—De nuevo te doy las gracias en nombre de las futuras generaciones, señor.

—No lo he hecho por ellas —dijo Toranaga, y citó uno de los párrafos de su Testamento—: Los hombres virtuosos han censurado siempre las casas de lenocinio, pero, en general, los hombres no son virtuosos, y si un caudillo prohíbe estas casas es un tonto, porque pronto surgirá una plaga de males mayores.

—¡Qué sabio eres, señor!

—En cuanto a situar todos los burdeles en una zona única, significa que todos los hombres viciosos pueden ser vigilados, sujetos a impuestos y servidos, todo al mismo tiempo. ¿Qué más?

—Kikú-san ha recobrado totalmente su salud, señor.

—Sí, ya lo he visto. ¡Es deliciosa! Pero Yedo es cálido y desagradable en verano. ¿Estás segura de que se encuentra bien?

—¡Oh, sí! Sí, señor. Pero te ha añorado mucho. ¿Vamos a acompañarte a Mishima?

—¿Qué otros rumores has oído?

—Sólo que Ishido salió del castillo de Osaka. Los Regentes te han declarado oficialmente fuera de la ley. ¡Qué impertinencia la suya, señor!

—¿Cómo piensa atacarme?

—No lo sé, señor —respondió ella, cautelosamente—. Pero presumo que lo hará en dos direcciones: a lo largo de Tokaido, con Ikawa Hikoju, dado que su padre, el señor Jikkyu, ha muerto, y a lo largo de Koshu-kaido, desde Shinano, ya que el señor Zataki se ha aliado estúpidamente con el señor Ishido contra ti. Pero detrás de tus montes estás seguro. Con tu permiso, voy a trasladar todos mis negocios a Yedo.

—Sí. Mientras tanto, procura averiguar dónde se desencadenará el ataque.

—Lo intentaré, señor. ¡Terribles tiempos, señor, aquellos en que el hermano lucha contra el hermano, y el hijo contra el padre!

Toranaga tenía los ojos velados y tomó nota mentalmente de que había de aumentar la vigilancia sobre Noburu, su hijo mayor, que era fiel al Taiko.

—Sí —dijo—. Son tiempos terribles. Tiempos de grandes cambios. Buenos para algunos, malos para otros. Tú, por ejemplo, eres ahora rica, y también lo es tu hijo. ¿No está encargado de tu fábrica de saké en Odawara?

—Sí, señor —respondió Gyoko, palideciendo bajo el maquillaje.

—Ha ganado mucho, *¿neh?*

—Es el mejor hombre de negocios de Odawara, señor.

—Creo que sí. Tengo un trabajo para él. Anjín-san va a construir un nuevo barco. Estoy buscando artesanos y materiales, y quiero que el aspecto monetario se lleve *con gran cuidado*.

Gyoko casi se desmayó de gozo. Había temido que Toranaga los eliminase a todos antes de salir para la guerra, o los ahogase con impuestos, porque había descubierto que ella le había mentido sobre Anjín-san y dama Toda, y sobre el desgraciado aborto de Kikú.

—*Oh ko*, señor. ¿Cuándo quieres que mi hijo esté en Yokohama? Él hará que tu barco sea el más barato que jamás se haya construido.

—No lo quiero barato. Quiero que sea lo mejor posible… a un precio razonable. Él será el administrador responsable, a las órdenes de Anjín-san.

—Señor, te garantizo, por mi futuro y por mis futuras esperanzas, que será como tú deseas.

—Si el barco está perfectamente construido, como quiere Anjín-san, en un plazo de seis meses, a contar desde que empiecen, haré samurai a tu hijo.

Ella se inclinó profundamente y, de momento, se quedó sin habla.

—Perdona a esta pobre estúpida, señor. Gracias, gracias.

—Tiene que aprender todo lo que sabe Anjín-san sobre construcción de barcos, para que pueda enseñar a otros cuando él se marche. ¿Neh?

—Así lo hará.

—Hablemos ahora de Kikú-san. Su talento merece un futuro mejor que estar sola en una jaula.

Gyoko le miró, esperando de nuevo lo peor.

—¿Vas a vender su contrato?

—No, no volverá a ser una cortesana, ni siquiera una de tus *gei-shas*. Debería estar en un hogar, entre pocas mujeres.

—Pero, señor, aunque sólo te vea ocasionalmente, ¿puede haber mejor vida para ella?

—Francamente, Gyoko-san, me estoy aficionando demasiado a ella, y no puedo permitirme distracciones. Es demasiado bonita para mí, demasiado perfecta… Perdona, pero éste debe ser otro de nuestros secretos.

—De acuerdo, señor, con todo lo que digas —dijo, fervientemente, Gyoko, pensando que era mentira y estrujándose el cerebro para descubrir la verdadera razón—. Si la persona fuese alguien a quien Kikú pudiese admirar, yo moriría contenta.

—Pero sólo después de que vea el barco de Anjín-san en condiciones de navegar, dentro de los seis meses —replicó secamente él.

—Sí, ¡oh sí…! Aunque Kikú-san quedará desolada al tener que abandonar tu casa.

—Desde luego. Pero ya encontraré la manera de recompensarla por su obediencia. Déjalo en mis manos… y no le digas nada de momento.

Ella se inclinó y se alejó renqueando. Toranaga fue a nadar un rato. Vio que el cielo hacia el Norte, estaba muy oscuro, y comprendió que la lluvia debía de ser muy fuerte por allí. Volvió cuando vio un grupito de jinetes que venían de la dirección de Yokohama.

Omi desmontó y desenvolvió la cabeza.

—El señor Kasigi Yabú obedeció, señor, justo antes del mediodía.

La cabeza había sido lavada y peinada y clavada en la espiga de un pequeño pedestal, como solía hacerse para su exhibición. Toranaga la observó y dijo:

—¿Murió bien?

—La mejor muerte que he visto, señor. El señor Hiro-matsu dijo lo mismo.

Los dos cortes, y un tercero en el cuello. Sin ayuda y sin el menor sonido. —Y añadió—: Aquí está su testamento.

—¿Cortaste la cabeza de un solo golpe?

—Sí, señor. Pedí permiso a Anjín-san para usar el sable del señor Yabú.

—¿El Yoshimoto? ¿El que yo le había regalado? ¿Lo dio a Anjín-san?

—Sí, señor. Le habló por medio de Tsukku-san. Al principio, Anjín-san se resistió a tomarlo, pero Yabú insistió y le dijo: «Ninguno de esos comedores de estiércol es digno de esta hoja.» Por fin, aquél lo aceptó.

«Es curioso —pensó Toranaga—. Esperaba que Yabú daría el sable a Omi.»

—¿Cuáles fueron sus últimas instrucciones? —preguntó.

Omi se lo dijo. Exactamente. Porque estaban escritas en el testamento público y atestiguado por Buntaro, pues, en otro caso, se habría saltado algunas e inventado otras.

—Para honrar la bravura de tu tío, cumpliré sus últimos deseos. Todos y sin cambio alguno, *¿neh?* —dijo Toranaga, poniéndole a prueba.

—Sí, señor.

—¡Yuki!

—¿Qué, señor? —dijo la doncella.

—Trae cha, por favor.

Ella se alejó a toda prisa, y Toranaga reflexionó sobre las últimas voluntades de Yabú. Todas eran prudentes. Mizuno era un estúpido, y la madre, una vieja e irritante arpía, y ambos eran un estorbo para Omi. Dijo a éste:

—Como recompensa por tu abnegación, te nombro Jefe del Regimiento de Mosqueteros. Naga será segundo en el mando. Otrosí: te nombro jefe de los Kasigi, y tu nuevo feudo lo constituirán las tierras fronterizas de Izú, desde Atami, al Este, hasta Nimazo, al Oeste, comprendida la capital, Mishima, y con una renta anual de treinta mil kokús.

—Sí, señor. Gracias, señor… No sé cómo agradecértelo. No merezco tantos honores.

—Haz por merecerlos, Omi-sama —dijo Toranaga, en tono bonachón—. Toma inmediatamente posesión del castillo de Mishima. Sal hoy mismo de Yokohama. Preséntate al señor Sudara en Mishima. El Regimiento de Mosqueteros será enviado a Hakoné y estará allí dentro de cuatro días. Otra cosa, en privado y sólo para tu conocimiento: envío a Anjín-san a Anjiro. Allí construirá un nuevo barco. Le transferirás tu feudo actual. En seguida.

—Sí, señor. ¿Puedo darle mi casa?

—Sí, puedes hacerlo —respondió Toranaga, aunque, desde luego, un feudo contenía todo lo que estaba dentro de él, casas, tierras, campesinos, pescadores y barcas.

Ambos desviaron la mirada al llegar hasta ellos la risa de Kikú, y vieron que estaba jugando a tirar el abanico en el lejano patio, con su doncella, Suisen, cuyo contrato había sido comprado también por Toranaga, como un regalo para consolar a Kikú después de su infortunado aborto.

La adoración de Omi se manifestó claramente, por más que tratase de disimularla, ante su súbita e inesperada aparición. Los miró. Una adorable sonrisa se pintó en su cara, y los saludó alegremente con la mano. Toranaga la saludó a su vez, y ella volvió a su juego.

—Es bonita, *¿neh?*

—Sí —admitió Omi, sintiendo que le ardían las orejas.

Toranaga había comprado en principio su contrato para apartarla de Omi —porque era uno de los puntos flacos de éste, y un premio para dar o retener—, hasta que Omi hubiese declarado y probado su fidelidad y le hubiese ayudado o no a eliminar a Yabú. Y le había ayudado, milagrosamente, y había probado muchas veces su fidelidad. El interrogatorio de los criados había sido una sugerencia de Omi. Si no todas las buenas ideas de Yabú, muchas habían sido de Omi. Y hacía un mes, Omi había descubierto los detalles del complot de Yabú con algunos oficiales del Regimiento de Mosqueteros de Izú, para asesinar a Naga y a los otros oficiales Pardos durante la batalla.

Toranaga se había preguntado entonces si Mizuno y Omi no habrían inventado el complot para desacreditar a Yabú. Inmediatamente había encargado a sus propios espías que averiguasen la verdad. Pero el complot había sido auténtico, y el incendio del barco fue un magnífico pretexto para eliminar a los cincuenta y tres traidores, todos los cuales habían sido colocados entre los guardias de Izú aquella noche.

«Sí —pensó Toranaga, con gran satisfacción—, ciertamente mereces un premio, Omi.»

—Escucha, Omi-san, la batalla empezará dentro de pocos días. Me has servido lealmente. En el último campo de batalla, después de mi victoria, te nombraré señor de Izú y haré de nuevo hereditaria la estirpe de los daimíos Kasigi.

—Perdóname, señor, pero no merezco tanto honor —dijo Omi.

—Eres joven, pero prometes mucho, para los años que tienes. Tu abuelo se

parecía mucho a ti, era muy listo, pero no tenía paciencia.

De nuevo sonaron las risas de las damas, y Toranaga observó a Kikú, tratando de resolver lo tocante a ella, tras descartar el plan primitivo.

—¿Puedo preguntar qué entiendes por paciencia, señor? —dijo Omi, sintiendo instintivamente que Toranaga quería que le hiciese esta pregunta.

Toranaga siguió mirando a la joven, atraído por ella.

—Paciencia significa dominarse. Hay siete emociones, *¿neh?* Alegría, cólera, angustia, adoración, dolor, miedo y odio. El hombre que no se deja arrastrar por ellas es paciente. Yo no soy tan vigoroso como podría ser, pero soy paciente. ¿Comprendes?

—Sí, señor. Con toda claridad.

—La paciencia es muy necesaria en un caudillo.

—Sí.

—Esa dama, por ejemplo. Es una distracción para mí, demasiado hermosa, demasiado perfecta. Yo soy demasiado sencillo para una criatura tan extraña. Por consiguiente, he decidido que no me corresponde.

—Pero, señor, incluso como una de vuestras damas secundarias…

Omi murmuró la cortesía, que ambos sabían era fingida, aunque obligatoria, y, mientras tanto, rezaba como nunca había rezado, sabiendo lo que era posible y lo que nunca podría pedir.

—Tienes razón —dijo Toranaga—. Pero un gran talento merece sacrificio. —Seguía observando cómo ella arrojaba el abanico y recogía el de su doncella, con regocijo contagioso. Entonces, los caballos se interpusieron entre ellos y las damas. «Lo siento, Kikú-san —pensó—, pero tengo que disponer de ti, ponerte fuera de mi alcance. La verdad es que me estoy aficionando demasiado a ti, aunque Gyoko jamás creería que le he dicho la verdad, ni lo creería Omi, ni siquiera tú misma.» —Kikú-san merece tener casa propia. Y un marido propio.

—Vale más ser consorte del más humilde samurai, que esposa de un granjero o de un mercader, por ricos que sean.

—No estoy de acuerdo.

Con estas palabras terminaba la cuestión. «*Karma* —se dijo Omi, abrumado de pesar—. Aparta la tristeza, estúpido. Tu señor ha decidido, y con esto termina todo. Midori es una esposa perfecta. Tu madre se hará monja, y habrá armonía en tu casa.

»¡Cuánta tristeza para un día! Y también satisfacciones: futuro daimío de Izú, jefe del Regimiento, Anjín-san en Anjiro, para construir el barco en Izú, en mi

feudo. ¡Basta de tristeza! Toda la vida es triste. Kikú-san tiene su *karma*. Yo tengo el mío, Toranaga, el suyo, y mi señor Yabú ha demostrado que es una tontería preocuparse por esto, o por aquello, o por lo de más allá.»

Omi miró a Toranaga, clara la mente y cada cosa en su compartimiento.

—Señor, te pido que me perdones. Mi mente estaba turbia.

—Puedes saludarla si lo deseas, antes de marcharte.

—Gracias, señor —dijo Omi, envolviendo la cabeza de Yabú.

—¿Cuál fue su poema funerario?

Omi dijo:

¿Qué son las nubes,
Si no un pretexto para el cielo?
¿Qué es la vida,
Si no una huida de la muerte?

Toranaga sonrió.

—Interesante —dijo.

Omi se inclinó, entregó la cabeza envuelta a uno de sus hombres y se dirigió al patio, entre los caballos y los samurais.

—¡Oh, señora! —exclamó, con amable cortesía—. Me alegro mucho de verte buena y feliz.

—Estoy con mi señor, Omi-san, y él está bien y contento. ¿Cómo podría no sentirme feliz?

—*Sayonara*, señora.

—*Sayonara*, Omi-san.

Se inclinó, consciente de un algo definitivo que no había advertido con anterioridad. Se enjugó una lágrima y volvió a inclinarse, mientras él se alejaba.

Observó su paso largo y firme, y a punto estuvo de estallar en sollozos, quebrado el corazón, pero, como siempre, recordó las palabras amables y prudentes: «¿Por qué lloras, pequeña? Nosotras, las del Mundo Flotante, vivimos el momento, consagrando todo nuestro tiempo a las flores del cerezo, a la nieve y a las hojas de meple, al canto del grillo, a la belleza de la Luna, creciendo y marchitándonos, y renaciendo, cantando y bebiendo cha y saké, oliendo perfumes y tocando sedas, acariciando por placer, dejándonos llevar por la corriente. No estés triste, niña, déjate arrastrar como un lirio por la corriente de

la vida. Tienes suerte, Kikú-san, eres una princesa de Ukiyo, el Mundo Flotante, déjate llevar, vive el momento…»

Kikú enjugó otra lágrima, la última. «Llorar es tonto. ¡No llores más! —se dijo—. ¡Tu suerte es increíble! Eres consorte del daimío, más grande, aunque oficiosa y la más modesta, pero, ¿qué importa esto, *si tus hijos nacerán samurais*? ¿No es éste el don más inverosímil del mundo? ¿No predijo la adivina esta increíble buena suerte? Y ahora es verdad, *¿neh?* Si quieres llorar, hay cosas más importantes por las que llorar. Por la semilla que el cha de extraño sabor destruyó en tu seno. Pero, ¿por qué llorar por esto? No era un hijo, sino un "algo". ¿Y quién era el padre?»

—No lo sé de fijo, Gyoko-san, lo siento, pero creo que es de mi señor —había dicho, al fin, queriendo que su hijo forzase la promesa de samurai.

—Pero, ¿y si el hijo naciese con ojos azules y piel blanca? Podría ser, *¿neh?* Cuenta los días.

—¡Los he contado y recontado muchas veces!

—Entonces, sé sincera contigo misma. Perdona, pero nuestros futuros dependen ahora de ti. Todavía tiene muchos meses por delante. Sólo tienes dieciocho años, pequeña, *¿neh?* Es mejor estar segura, *¿neh?*

«Sí —pensó de nuevo—, ¡qué inteligente eres, Gyoko-san, y qué tonta era yo! Sólo era un "algo", y los japoneses sabemos muy bien que un hijo no es propiamente tal hasta treinta días después de su nacimiento, cuando su espíritu se ha fijado firmemente en su cuerpo y a su *karma* inexorable. ¡Oh! Tengo suerte, y quiero un hijo, y otro, y otro, y ninguna hija. ¡Pobres niñas! ¡Oh, dioses! Bendecid a la adivina, y gracias y gracias por mi *karma*, que hace que sea favorecida por el gran daimío, que mis hijos sean samurais, y hacedme digna de tales maravillas…»

—¿Qué pasa, señora? —preguntó la pequeña Suisen, asombrada por el gozo que parecía derramar Kikú.

—Estaba pensando en la adivina —suspiró Kikú, satisfecha—, en mi señor y en mi *karma*, dejando volar mi pensamiento…

Se adentró más en el patio, cubriéndose con su sombrilla escarlata, buscando a Toranaga. Éste estaba casi oculto por los caballos, los samurais y los halcones, pero pudo ver que estaba aún en la galería, sorbiendo cha, y con Fujiko inclinándose ante él. «Pronto llegará mi turno —pensó—. Tal vez esta noche podremos empezar un nuevo "algo". ¡Ojalá…!» Y, muy satisfecha, volvió a su juego.

Delante del portal, Omi montó en su caballo y emprendió el galope. Sabía que dejaba atrás la pasión de su vida y todo lo que había adorado. Pero esto no le disgustaba. Al contrario, y pensó, con fría y nueva lucidez: «Bendigo a Toranaga por librarme de la servidumbre. Ahora, nada me liga. Ni mi padre, ni mi madre, ni Kikú. Ahora puedo ser también paciente. Tengo veintiún años, casi soy daimío de Izú y tengo todo un mundo por conquistar».

—¿Qué, señor? —decía Fujiko.

—Irás directamente de aquí a Anjiro. He resuelto cambiar el feudo de Anjín-san de los alrededores de Yokohama a Anjiro. Veinte *ri* en todas direcciones, desde este pueblo, y una renta anual de cuatro mil kokús. Ocuparéis la casa de Omi-san.

—¿Puedo darte las gracias en su nombre, señor? Perdona, pero, ¿debo entender que él no lo sabe todavía?

—No. Hoy se lo diré. Le he ordenado que construya otro barco, Fujiko-san, para sustituir al perdido, y Anjiro será un perfecto astillero, mucho mejor que Yokohama. He convenido con Gyoko en que su hijo mayor será el capataz de Anjín-san, y que todos los artesanos y los materiales serán pagados de mi tesoro. Tendrás que ayudarle a montar alguna forma de administración.

—*Oh ko,* señor —dijo ella, preocupada de pronto—. El tiempo que me resta de estar con Anjín-san es muy corto.

—Sí. Tendré que buscarle otra consorte, o una esposa, *¿neh?*

Fujiko le miró, entrecerrando los párpados. Después, dijo:

—Por favor, ¿en qué puedo ayudar?

—¿A quién sugerirías tú? —dijo Toranaga—. Quiero que Anjín-san esté contento. El hombre contento trabaja mejor, *¿neh?*

—Sí. —Fujiko rebuscó en su mente. ¿Quién podría compararse con Mariko-sama? Después, sonrió—. La actual esposa de Omi-san, señor, Midori-san. La madre de él la odia y quiere que Omi se divorcie. Perdona, pero tuvo la desfachatez de decirlo en mi presencia. Midori-san es una dama adorable y muy inteligente.

—¿Crees que Omi quiere divorciarse?

Otra pieza del rompecabezas encontraba su sitio.

—¡Oh, no, señor! Estoy segura de que no. ¿Qué hombre quiere realmente obedecer a su madre? Pero ésta es nuestra ley, y él hubiese tenido que divorciarse de ella la primera vez que lo dijeron sus padres, *¿neh?* No quiero

ofender a nadie, señor, pero el deber filial para con los padres es uno de los pilares de nuestra ley.

—De acuerdo —admitió Toranaga, sopesando esta afortunada y nueva idea —. ¿Consideraría Anjín-san que es ésta una buena proposición?

—No, señor, si tú ordenas esta boda… Pero no creo que haya necesidad de que la ordenes.

—¿No?

—Sin duda puedes encontrar una manera de que se le ocurra a él. Esto sería lo mejor. En cuanto a Omi-san, bastaría con que tú se lo ordenases.

—Desde luego. ¿Te gusta Midori-san?

—¡Oh, sí! Tiene diecisiete años y un hijo lleno de salud, procede de buena estirpe samurai y daría buenos hijos a Anjín-san. Además, sus padres han muerto, por consiguiente, no pueden oponerse a que ella se case con un… con Anjín-san.

Toranaga diole vueltas a la idea. «He de tener cuidado con Omi —se dijo—, ya que puede convertirse fácilmente en una espina en mi costado. Pero no tendré que hacer nada para que se divorcie de Midori. Sin duda su madre insistirá cerca de su marido, antes de que éste se haga el harakiri, para que él lo ordene en su testamento. Sí, Midori estará divorciada dentro de pocos días. Y sería una buena esposa.»

—Si no fuese ella, Fujiko-san, ¿qué me dices de Kikú-san?

Fujiko se quedó boquiabierta.

—¡Oh! Perdona, señor, pero, ¿vas a dejarla en libertad?

—Podría hacerlo. ¿Y bien?

—Creo que Kikú-san sería una perfecta consorte no oficial, señor. Pero creo que Anjín-san tardaría años en apreciar la rara calidad de su canto, su baile y su inteligencia. Como esposa…, las damas del Mundo de los Sauces no suelen ser educadas como… como las otras, señor.

—Podría aprender.

Fujiko vaciló largo rato.

—Lo ideal para Anjín-san sería Midori-san como esposa y Kikú-san como consorte.

—¿Podrían aprender a vivir con… con su especial manera de ser?

—Midori-san es samurai, señor. Sería su deber. Tú se lo ordenarías. Y también a Kikú-san.

—Toda Mariko-san habría sido la esposa perfecta para él, *¿neh?*

—Una idea extraordinaria, señor —dijo Fujiko, sin pestañear—. Desde luego, ambos se respetaban mutuamente.

—Sí —respondió él secamente—. Bueno, gracias, Fujiko-san. Pensaré en lo que me has dicho. Él estará en Anjiro dentro de unos diez días.

—Gracias, señor. ¿Puedo sugerir que el puerto de Ito y el balneario de Yokosé se incluyan en el feudo de Anjín-san?

—¿Por qué?

—Porque tal vez el puerto de Anjiro no sea lo bastante grande. Yokosé, porque un *hatamoto* debería tener un lugar en la montaña donde pudiera recibirte como corresponde a tu persona.

Toranaga la observaba fijamente. Fujiko parecía muy dócil y modesta, pero él sabía que era inflexible y que no cedería en nada, a menos que él lo ordenase.

—Concedido. Y pensaré en lo que has dicho sobre Midori-san y Kikú-san.

—Gracias, señor —dijo humildemente, contenta de haber cumplido su deber para con su señor y de haber pagado su deuda con Mariko.

«¡Bendita sea su memoria! —pensó Fujiko—. Mariko, y nadie más, había salvado a Anjín-san, ni los dioses, ni el propio Anjín-san, ni siquiera Toranaga. Sólo Toda Mariko-noh-Akechi Jinsai le había salvado.»

—¿Quieres que me marche en seguida, señor?

—Quédate esta noche, y vete mañana. No por Yokohama. Y ahora, ten la bondad de enviarme a Kikú-san.

Fujiko saludó y se alejó.

Toranaga gruñó. «¡Lástima que esa mujer vaya a destruirse! Es casi demasiado valiosa para perderla, y demasiado lista. ¿Ito y Yokosé? Ito es comprensible. ¿Por qué Yokosé? ¿Y qué más bullía en su cabeza?»

Vio que Kikú se acercaba cruzando el patio quemado por el sol, calzados sus menudos pies con tabis blancos, casi bailando, dulce y elegante con sus sedas y su sombrilla carmesí, codiciada por todos los hombres. «¡Ah, Kikú! —pensó—, no puedo permitir ese afán, lo siento. No puedo permitir tu presencia en esta vida, los siento. Deberías haberte quedado donde estabas, en el Mundo Flotante, como cortesana de Primera Clase. O, mejor aún, como *gei-sha*. ¡Buena idea la de la vieja arpía! Entonces estarías a salvo, propiedad de muchos, adorada por muchos, causa principal de trágicos suicidios, y querellas violentas, y maravillosas hazañas, adulada y temida, con abundancia de dinero, que tratarías con desdén, una leyenda…, mientras durase tu hermosura. Pero, ¿ahora? No puedo conservarte, lo siento. Cualquier samurai a quien te diese como consorte,

metería en su lecho un cuchillo de doble filo: una distracción total, y la envidia de todos los demás hombres. *¿Neh?* Pocos se avendrían a casarse contigo, lo siento, pero ésta es la verdad, y hoy es día de verdades.

»Guárdala para ti durante el resto de tus días —le decía en secreto su corazón —. Ella lo merece. No te engañes como engañas a los otros. La verdad es que podrías conservarla fácilmente, tomando un poco de ella, dejándole mucho, igual que a tu favorita *Tetsu-ko* o a *Kogo*. ¿No es Kikú un halcón para ti? Valioso, sí, único, sí, pero sólo un halcón, al que alimentas en tu puño, al que lanzas contra una presa y atraes después con un señuelo, al que abandonas a su suerte después de un par de temporadas, y desaparece para siempre. No te engañes a ti mismo, esto es fatal. ¿Por qué no la conservas? Sólo es un halcón más, aunque muy especial, de altos vuelos, muy bello para observarlo, pero nada más, raro, sí, único, sí, y bueno para los juegos de almohada…»

—¿Por qué te ríes? ¿Por qué estás tan contento, señor?

—Porque da gusto verte, señora.

Blackthorne cargó todo su peso en uno de los tres cables sujetos a la quilla del buque naufragado.

—*¡Hipparuuu!* (¡Tirad!) —gritó.

Había un centenar de samurais, sin más ropa que el taparrabo, tirando fuertemente de las cuerdas. Era por la tarde, la marea estaba baja, y Blackthorne confiaba en arrastrar el barco hasta la playa y salvar todo lo posible. Había adoptado su primer plan al descubrir, entusiasmado, que todos los cañones habían sido pescados el día después del holocausto y estaban casi tan bien como cuando salieron de la fundición, cerca de Chatman, en su natal condado de Kent. Y también habían sido recuperadas casi mil balas de cañón, metralla, cadenas y muchos objetos de metal. Muchos de ellos estaban torcidos y averiados, pero él tenía los elementos de un barco, más de los que había considerado posibles.

—¡Maravilloso, Naga-san! ¡Maravilloso! —lo había felicitado, al enterarse de la importancia de lo recuperado.

—Gracias, Anjín-san. Hemos hecho lo que hemos podido.

—¡Magnífico! Ahora, ¡todo irá bien!

Sí, se había alegrado. Ahora *La Dama* podía ser una pizca más largo y una pizca más ancho, pero conservaría su aspecto ágil y sería capaz de vencer a cualquier otro barco.

«¡Ah, Rodrigues! —había pensado, sin rencor—. Me alegro de que estés lejos y a salvo este año, y de que el año próximo tenga que hundir a otro. Si Ferriera volviese a ser capitán general, lo consideraría un don del cielo, pero no cuento con ello y me alegro de que tú estés a salvo. Te debo la vida y eres un gran marino.»

—*¡HipparuMuuuuu!* —gritó de nuevo, y las cuerdas se tensaron chorreando agua, pero el buque naufragado no se movió.

—*¡Hipparuuuuuuu!*

De nuevo se dispusieron los samurais a arrancar su presa a la arena y al mar, y, entonando una canción, tiraron al unísono. El pecio se movió un poco, y ellos redoblaron su esfuerzo, entonces, aquél se desprendió y ellos rodaron por el suelo. Se levantaron, riendo y felicitándose, y tiraron de nuevo de las cuerdas. Pero la nave había encallado de nuevo.

Blackthorne les enseñó a tirar de las cuerdas hacia un lado y después hacia el otro, pero ahora la nave parecía haber quedado anclada.

—Tendré que boyarla y esperar a que la pleamar la ponga a flote —dijo en inglés.

—*¿Dozo?* —dijo Naga, sin comprender.

—¡Ah! *Gomen nasai*, Naga-san.

Con señales y dibujando sobre la arena, le explicó la manera de construir una almadía y fijarla a los costados del pecio durante la marea baja, después, al subir ésta, haría flotar la nave y podrían arrastrarla y vararla en la playa.

—*¡Ah so desu!* —exclamó Naga, impresionado.

Cuando lo explicó a los otros oficiales, éstos se sintieron también llenos de admiración, y los propios vasallos de Blackthorne empezaron a darse importancia y a fanfarronear.

Blackthorne lo advirtió y señaló a uno de ellos.

—¿Dónde están tus modales?

—¿Qué? ¡Oh, perdona, señor, si te he ofendido!

—Hoy te perdono, pero no lo haré otra vez. Ve nadando hasta el barco y desata esta cuerda.

El *ronín*-samurai se estremeció y puso los ojos en blanco.

—Lo siento, señor, pero no sé nadar.

Se hizo el silencio en la playa, y Blackthorne comprendió que todos esperaban a ver lo que pasaba. Se enfureció consigo mismo, pues una orden era

una orden, e involuntariamente había dictado una sentencia de muerte, esta vez inmerecida. Pensó un momento.

—Por orden de Toranaga-sama, todos los hombres deben saber nadar, *¿neh?* Todos mis vasallos sabrán nadar dentro de treinta días. Que procuren aprender. Y tú, ¡al agua! Será tu primera lección.

El samurai entró, temeroso, en el mar, sabiendo que era hombre muerto. Blackthorne se puso junto a él, y, cuando el agua cubrió su cabeza, se la levantó sin demasiada suavidad y lo obligó a nadar, dejando que se hundiese un poco, pero nunca peligrosamente, y empujándolo hacia la nave, mientras el hombre tosía, escupía y aguantaba. Después lo empujó de nuevo hacia la playa y, a veinte yardas de los bajíos, le soltó.

—¡Nada! —le gritó.

El hombre lo hizo como un gato medio ahogado. Nunca volvería a fanfarronear delante de su amo. Sus compañeros aplaudieron, y los que sabían nadar se desternillaron de risa.

—Muy bien, Anjín-san —dijo Naga—, prudente decisión. —Rió de nuevo y añadió—: Con tu permiso, enviaré hombres a buscar bambú. Para la almadía, *¿neh?*

—Gracias.

—¿Hay que tirar más?

—No, no, gracias…

Blackthorne se interrumpió y se puso la mano en la frente a guisa de visera. El padre Alvito los observaba desde una duna.

—No, gracias, Naga-san —dijo—. Hoy, todo terminado aquí. Discúlpame un momento.

Fue a recoger sus ropas y sus sables, pero sus hombres se los trajeron rápidamente. Se vistió sin prisa e introdujo los sables en el cinto.

—Buenas tardes —dijo Blackthorne, acercándose a Alvito.

El sacerdote parecía cansado, pero su expresión era amistosa, como lo había sido antes de su violenta discusión en las afueras de Mishima. El recelo de Blackthorne aumentó.

—Buenas tardes, capitán. Me marcho esta mañana. Quería hablar un momento con vos. ¿Os molesta?

—No, en absoluto.

—¿Qué vais a hacer? ¿Tratar de poner a flote el casco?

—Sí.

—Temo que no lo consigáis.

—De todos modos, lo intentaré.

—¿Creéis realmente que podéis construir otro barco?

—¡Oh, sí! —exclamó pacientemente Blackthorne, preguntándose qué se proponía Alvito.

—¿Traeréis el resto de vuestra tripulación para que os ayude?

—No —replicó Blackthorne, después de pensar un momento—. Están mejor en Yedo. Tendré tiempo de sobra para traerlos… cuando el barco esté casi terminado.

—Viven con los *eta*, ¿no?

—Sí.

—¿Es ésa la razón de que no los queráis aquí?

—Una de las razones.

—No os lo censuro. Creo que son muy pendencieros y están casi siempre borrachos. ¿Sabéis que, según se dice, hubo una pequeña algarada, hace cosa de una semana, y su casa ardió por completo?

—No. ¿Hubo algún herido?

—No, gracias a Dios. Pero si se repite… Parece que uno de ellos ha construido un alambique. Las consecuencias de la bebida pueden ser terribles.

—Sí. Siento lo de su casa. Pero construirán otra.

Alvito asintió con la cabeza y contempló el pecio lamido por las olas:

—Quería deciros, antes de marcharme, que sé lo que significa para vos la pérdida de Mariko-san. Vuestro relato sobre Osaka me llenó de tristeza, pero, en cierto modo, me edificó. Comprendo lo que significa el sacrificio de ella… ¿Os contó lo de su padre y toda aquella tragedia?

—Sí. Parte de ella.

—¡Ah! Entonces, vos comprenderéis también. Yo conocía mucho a Jusan Kubo.

—¿Qué? ¿Queréis decir Akechi Jinsai?

—¡Oh! Perdonad. Éste es el nombre por el que se le conoce ahora. ¿No os lo contó Mariko-sama?

—No.

—El Taiko, en son de burla, le dio este apodo: *Ju-san Kubo, Shogun de los Trece Días*. Y es que su rebelión duró sólo trece días. Era un buen hombre, pero nos odiaba, no porque fuésemos cristianos, sino por ser extranjeros. Con frecuencia me he preguntado si Mariko se había hecho cristiana para aprender

nuestras costumbres y destruirnos. Él solía decir que yo había envenenado a Goroda para que lo culpasen a él.

—¿Lo hicisteis?

—No.

—¿Cómo era él?

—Bajo, calvo, muy orgulloso, buen general y magnífico poeta. Es triste que los Akechi terminasen así. Y ahora, la última de ellos. ¡Pobre Mariko…! Pero lo que hizo salvó a Toranaga, con la ayuda de Dios. —Alvito tocó su rosario y, al cabo de un momento, dijo—: También quiero, capitán, antes de marcharme, pediros disculpas por… Bueno, me alegro de que el padre Visitador estuviese allí para salvaros.

—¿Pedís también disculpas por mi barco?

—No por el *Erasmus*, aunque nada tuve que ver en ello. Sólo pido disculpas por Pesaro y el capitán general. Me alegro de que vuestro barco se hundiese.

—*Shigata ga nai*, padre. Pronto tendré otro.

—¿Qué clase de embarcación trataréis de construir?

—Una lo bastante grande y fuerte.

—¿Para atacar al Buque Negro?

—Para navegar a Inglaterra… y defenderme contra todos.

—Será trabajo perdido.

—¿Habrá otro «Acto de Dios»?

—Sí. O sabotaje.

—Si lo hay y pierdo mi barco, construiré otro, y si lo pierdo, otro. Y, cuando llegue a Inglaterra, compraré o pediré prestado o robaré una patente de corso, y volveré.

—Sí, lo sé. Sois un hombre valiente, un noble adversario digno de respeto, y yo os respeto. Por esto debería haber paz entre nosotros. Nos veremos mucho en los años venideros… si ambos sobrevivimos a la guerra. Temo que nuestros destinos están ligados. ¿Os dijo esto Mariko? A mí, sí.

—No. ¿Qué más os dijo?

—Me pidió que fuese vuestro amigo y que os protegiese, si podía hacerlo. No he venido a pincharos ni a reñir con vos, Anjín-san, sino a hacer las paces antes de marcharme.

—¿Adónde vais?

—Primero, a Nagasaki, en barco desde Mishima. Tengo que hacer allí unas negociaciones. Después, adonde esté Toranaga, dondequiera que haya guerra.

—¿Os dejarán viajar libremente, a pesar de la guerra?

—¡Oh, sí! Ellos nos necesitan, gane quien gane. Creo que vos y yo debemos mostrarnos razonables y hacer las paces. Os lo pido por Mariko-sama.

Blackthorne permaneció un momento callado.

—Una vez establecimos una tregua porque ella lo quiso. Os ofrezco esto: una tregua, no la paz…, siempre que prometáis no acercaros a menos de cincuenta millas de donde esté mi astillero.

—De acuerdo, capitán, de acuerdo, pero nada debéis temer de mí. Una tregua, pues, en memoria de ella. —Alvito tendió la mano—. Gracias.

Blackthorne la estrechó con fuerza. Después, Alvito dijo:

—Pronto se celebrarán sus funerales en Nagasaki. En la catedral. El padre Visitador dirá la misa, Anjín-san. Parte de sus cenizas serán enterradas allí.

—Hay una cosa que… no mencioné a Toranaga. Antes de morir ella, le impartí una bendición, tal como suelen hacer los sacerdotes, y los últimos ritos, lo mejor que pude. No había nadie más, y ella era católica. ¿Habrá valido para algo? Traté de hacerlo en nombre de Dios, no en el mío ni en el vuestro, sino en el de Dios.

—No, Anjín-san. Nuestra doctrina dice que no. Pero, dos días antes de morir, ella pidió y recibió la absolución del padre Visitador y se santificó.

—Entonces…, ella sabía que iba a morir… pasase lo que pasase…

—Sí. ¡Que Dios la tenga en la gloria!

—Gracias por decírmelo —murmuró Blackthorne—. Yo… siempre temí que mi intercesión no serviría de nada, aunque yo… Gracias por decírmelo.

—*Sayonara*, Anjín-san —dijo Alvito, tendiéndole de nuevo la mano.

—*Sayonara*, Tsukku-san. Por favor, quemad una vela por ella… en mi nombre.

—Lo haré.

Blackthorne volvió junto a Naga, a fin de hacer los planes para mañana. Después subió a su casa provisional, cerca de Toranaga. Allí comió arroz y unas tajadas de pescado crudo, que sus cocineros le habían preparado, y lo encontró delicioso. Se sirvió más y se echó a reír.

—¿Señor?

—Nada.

Pero le parecía ver a Mariko y oír cómo decía: «¡Oh, Anjín-san! Tal vez un día haremos que te guste el pescado crudo, y entonces estarás en el camino del Nirvana, el lugar de la paz perfecta.»

«¡Ah, Mariko! —pensó—. Me alegro de que recibieses la verdadera absolución. Y te doy las gracias.»

«¿De qué, Anjín-san?», le pareció que le decía ella.

«De la vida que me diste, querida Mariko. Tú…»

Muchas veces, de día o de noche, le hablaba mentalmente, sintiendo muy cerca su presencia, tan cerca que, en ocasiones, miraba por encima del hombro, esperando verla allí.

«Esta mañana lo he hecho, Mariko, pero, en vez de ti, era Buntaro, con Tsukku-san a su lado, mirándome ambos fijamente. Yo tenía mi sable, pero él tenía su gran arco entre las manos. ¡Ay, mi amor! Necesité todo mi valor para acercarme a ellos y saludar ceremoniosamente. Pero él dijo, por medio de Tsukku-san: "Dama Kiritsubo y dama Sazuko me informaron de que protegiste el honor de mi esposa y también el de ellas. Que las salvaste de la vergüenza. Te doy las gracias, Anjín-san. Disculpa mi anterior mal genio. Te pido perdón y te doy las gracias." Entonces hizo una reverencia y se alejó, y yo habría querido que estuvieses allí, que supieses que todo está guardado y que nadie lo sabrá nunca…»

Toranaga subió la cuesta, cerca del campamento, rodeado de los suyos. Llevaba a *Kogo* sobre el guante: había cazado en la costa y ahora se adentraría en los montes. Aún quedaban dos horas de sol y no quería desperdiciarlas, pues no sabía cuándo podría volver a cazar.

«Este día es para mí —pensó—. Mañana, iré a la guerra; pero hoy tenía que poner orden en mi casa, fingiendo que el Kwanto está a salvo y que Izú está a salvo, y también mi sucesión…, que viviré para ver otro invierno y para cazar a gusto en primavera. ¡Ah! Hoy ha sido un buen día.»

Había cobrado dos piezas con *Tetsu-ko*, y éste había volado como en un sueño, mejor que nunca, incluso mejor que aquella vez en que había cazado con Naga cerca de Anjiro: aquel hermoso e inolvidable picado para apresar la tenaz paloma salvaje. Hoy había pillado una grulla que tenía varias veces su tamaño, y había acudido perfectamente al señuelo. Después, los perros levantaron un faisán, y él lanzó el halcón. Había sido una presa magnífica, y de nuevo había acudido *Tetsu-ko* al señuelo y se había alimentado, orgulloso, en su puño.

Ahora iba a la caza de la liebre. Había pensado que a Anjín-san le gustaría comer carne. Aceleró la marcha, deseoso de no fracasar.

Sus ojeadores dejaron atrás el campamento, subieron a la cresta por el serpenteante camino, y él se sintió satisfecho de la jornada.

Su aguda mirada resiguió el campamento, buscando peligros, y no descubrió ninguno. Vio a marineros adiestrándose en el empleo de las armas —la instrucción de regimiento y los disparos estaban prohibidos mientras Tsukku-san anduviese por allí—, y aquello le gustó. A un lado, brillando bajo el sol, estaban los veinte cañones que habían sido recuperados con tanto esfuerzo, y observó que Blackthorne estaba sentado en el suelo, cerca de allí, con las piernas cruzadas, estudiando algo en una mesa baja. Allá abajo estaba el pecio, advirtió que no se había movido y se preguntó cómo lo llevaría a la playa Anjín-san si no podía remolcarlo.

«Porque Anjín-san lo traerá a la playa», se dijo Toranaga, con absoluta convicción.

«¡Oh, sí! Y construirás tu barco, y yo lo destruiré como destruí el otro, o lo entregaré, otro regalo para los cristianos, que son más importantes que tus barcos para mí, amigo mío, y conste que lo siento. Tus paisanos me traerán los otros barcos que esperan en tu país, y el tratado con tu reina. Pero no tú, porque te necesito aquí.

»Cuando llegue el momento, Anjín-san, te diré por qué tuve que quemar tu barco, y entonces ya no te importará, porque estarás ocupado en otras cosas, y comprenderás que lo que te dije era verdad: era tu barco o tu vida. Y escogí tu vida. Fue correcto, *¿neh?* Entonces, tú y yo nos reiremos al recordar el "Acto de Dios". ¡Oh! Fue fácil poner una guardia especial de hombres de confianza a bordo, con instrucciones secretas de derramar gran cantidad de pólvora en la noche señalada, después de decir a Naga que, en el momento en que Omi revelase el complot de Yabú, cambiase la guardia de manera que, tanto la de la playa como la de a bordo, estuviese compuesta por hombres de Izú y, en particular, los cincuenta y tres traidores. Entonces bastó que saliese un solo *ninja*, de la oscuridad, con un pedernal, para que tu barco se convirtiese en una antorcha. Desde luego, ni Omi ni Naga sabían nada del sabotaje.

»Lo siento, pero era necesario, Anjín-san. Salvé tu vida, a la que querías aún más que a tu barco. Más de cincuenta veces pensé en quitártela, pero siempre pude evitarlo. Y espero hacerlo en lo sucesivo. ¿Por qué? Hoy es el día de la verdad, *¿neh?* La respuesta es: porque me hiciste reír y porque necesito un amigo. No me atrevo a hacer amistades entre mi gente ni con los portugueses. Pero *necesito un amigo*. Y también tus conocimientos. Mariko-sama tenía

también razón en esto. Antes de que te vayas, quiero saber todo lo que tú sabes. Ya te dije que ambos teníamos tiempo para esto.

»Quiero saber cómo dar la vuelta al mundo en barco y comprender cómo una pequeña nación isleña puede vencer a un enorme imperio. Tal vez esto pueda aplicarse a nosotros y a China, *¿neh?* ¡Oh, sí! El Taiko tenía razón en algunas cosas.

»La primera vez que te vi, te dije: "No hay excusa para la rebelión." Y tú replicaste: "Hay una… ¡cuando se gana!"» Sí, Anjín-san, esto me ligó a ti. Estoy de acuerdo. Todo está bien cuando se gana. El fracaso es estúpido. Imperdonable.

»Tú no fracasarás y vivirás seguro y feliz en tu gran feudo de Anjiro, donde Mura, el pescador, te protegerá de los cristianos y seguirá dándoles informaciones falsas, siguiendo mis indicaciones. ¡Qué ingenuo fue Tsukku-san al creer que uno de mis hombres, incluso cristiano, robaría tus libros de ruta y los entregaría en secreto a los curas, sin yo saberlo y sin orden mía! ¡Ah, Mura! Has sido fiel durante treinta años o más, y pronto tendrás tu recompensa. ¿Qué dirían los curas si supiesen que su verdadero nombre es Akira Tonomoto, samurai, espía a mis órdenes, pescador, jefe de aldea y cristiano? Echarían chispas, *¿neh?*

»No temas, Anjín-san, pues pienso en tu futuro. Estás en buenas manos.»

—¿Yo, consorte del bárbaro? ¡Oh, oh, oh! —gimió Kikú.

—Sí, dentro de un mes. Fujiko-san está de acuerdo. Y mil kokús al año —añadió—, cuando nazca el primer hijo de Anjín-san.

—¡Oh! Mil… ¿Qué has dicho?

Él repitió su promesa y añadió suavemente:

—A fin de cuentas, un samurai es un samurai, y dos sables son dos sables, y sus hijos serán samurais. Además, es *hatamoto* y uno de mis vasallos más importantes, almirante de todos mis barcos, consejero personal… e incluso amigo mío. *¿Neh?*

—Perdona, señor, pero…

—*Primero* tienes que ser su consorte.

—¿Primero, señor?

—Tal vez puedas ser su esposa. Fujiko-san me dijo que ella no volvería a casarse nunca, pero creo que él debería hacerlo. ¿Por qué no contigo? Si le gustas lo bastante, y creo que puedes gustarle…, *¿neh?* Sí, creo que podrías ser su esposa.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

Ella lo abrazó y se disculpó por sus impulsivos modales, por interrumpirlo y no escucharle sumisamente, y se marchó, apartándose cuatro pasos del risco donde momentos antes había estado a punto de arrojarse.

«¡Ah, señoras! —pensó Toranaga, satisfecho—. Ahora, ella tiene todo lo que quiere, y también Gyoko, si el barco es construido a tiempo, y lo estará, y también los curas, y también…»

—¡Señor! —exclamó uno de los cazadores, señalando hacia unos arbustos próximos al camino.

Toranaga detuvo su caballo y preparó a Kogo, aflojando las correas que lo sujetaban a su puño.

—¡Ahora! —ordenó, en voz baja.

Soltaron al perro. La liebre salió de los matorrales, corrió en busca de refugio y, en el mismo instante, él soltó a *Kogo*. Éste, con grandes y fuertes aletazos, voló en su persecución, como una flecha. Más adelante, a unos cien pasos sobre el ondulado campo, había unos espesos matorrales, a los que se dirigió la liebre a toda velocidad, buscando su salvación, mientras Kogo acortaba distancias, atajando en los ángulos y acercándose más y más, a pocos pies del suelo. Cuando estuvo sobre su presa, se dejó caer, y la liebre chilló, se detuvo y corrió hacia atrás, todavía perseguida por Kogo, que graznaba iracundo por haber fallado. La liebre giró de nuevo y emprendió su última carrera en busca de refugio, pero *Kogo* atacó de nuevo, clavándole las garras en el cuello y la cabeza. Un último chillido. *Kogo* soltó la presa, dio un salto en el aire, sacudió las erizadas plumas y volvió a posarse sobre el cuerpo palpitante y cálido, clavándole de nuevo sus mortíferas garras. Entonces, y sólo entonces, lanzó su grito de triunfo y miró a Toranaga.

Éste se acercó al trote, desmontó y mostró el señuelo. El azor, obediente, soltó su presa y se posó en el guante, mientras el hombre escondía hábilmente el señuelo y recompensaba al ave con un pedazo de oreja de la liebre que el batidor había cortado para *Kogo*.

El batidor sonrió y levantó la liebre.

—¡Señor! Debe de pesar tres o cuatro veces más que el halcón. El mejor ejemplar que he visto desde hace semanas, *¿neh?*

—Sí, envíala al campamento para Anjín-san.

Toranaga saltó de nuevo sobre la silla e hizo ademán a los otros para que siguiese la caza.

Sí, había sido una buena presa, pero sin la emoción de la caza por el halcón peregrino. El azor no era más que esto: un ave de cocinero, un asesino, hecho para matar cualquier cosa que se moviese.

«Como tú, Anjín-san, *¿neh?*

»Sí, tú eres un azor de alas cortas. En cambio, Mariko era un peregrino.»

La recordaba con toda claridad y lamentaba sin querer, que hubiese sido necesario enviarla a Osaka y al Vacío.

«Pero no había más remedio —se dijo, con paciencia—. Había que liberar a los rehenes. No sólo a los de mi familia, sino a todos los demás. Ahora tengo otros cincuenta aliados en secreto. Tu valor y el valor y el sacrificio de dama Etsu los han atraído, con todos los Maedas, a mi bando, y, con ellos, a toda la costa occidental. Había que sacar a Ishido de su inexpugnable madriguera, dividir a los regentes y tener en un puño a Ochiba y a Kiyama. Tú hiciste todo esto y más: me diste tiempo. Y sólo el tiempo fabrica cepos y proporciona señuelos. Con un solo ataque en picado, como *Tetsu-ko*, mataste a todas tus presas, que eran las mías.

»Lástima que ya no existas. Pero tu lealtad merece una recompensa especial.»

Toranaga estaba ahora en la cresta, se detuvo y ordenó que le trajesen a *Tetsu-ko*. El halconero se llevó a Kogo, y Toranaga acarició por última vez al peregrino encapuchado, le quitó el capirote y lo lanzó al aire.

«La libertad de *Tetsu-ko* es el regalo que te hago, Mariko-san», dijo al espíritu de ésta, mientras el halcón trazaba círculos en el cielo, elevándose más y más.

—Sabia medida, señor —dijo el halconero.

—¿Qué?

—Soltar a *Tetsu-ko*, liberarla. La última vez que lo echaste a volar, pensé que no volvería, pero no estaba seguro. ¡Ah, señor! Eres el mejor halconero del Reino, el más grande, pues sabes cuándo hay que devolver un ave al cielo.

Toranaga emitió una risita burlona. El halconero palideció, no comprendiendo el motivo de aquélla, y se apresuró a devolver a *Kogo* y alejarse rápidamente.

El pueblo aparecía diáfano a la luz del Sol poniente, Anjín-san seguía en su mesa, los samurais hacían ejercicios, y surgía humo de las fogatas. Al otro lado de la bahía, a unos veinte *ri*, estaba Yedo. A cuarenta *ri* al Sudoeste se hallaba

Anjiro. A doscientos noventa *ri* al Oeste, Osaka, y al norte de ésta, apenas a treinta *ri*, Kioto.

«Allí es donde debería desarrollarse la batalla principal —pensó—. Cerca de la capital. Hacia el Norte, alrededor de Gifú, Ogaki o Hashima, sobre la Nakasendó, la Gran Carretera del Norte. Tal vez donde la carretera tuerce al Sur, hacia la capital, cerca del pequeño pueblo de Sekigahara, en la montaña. Por uno de esos lugares. ¡Oh! Podría estar años a salvo detrás de mis montes, pero ésta es la ocasión que estaba esperando: la yugular de Ishido está sin protección.

»Mi principal ataque será a lo largo de la Carretera del Norte, no de la costera de Tokaido, aunque fingiré cambiar cincuenta veces. Mi hermano cabalgará a mi lado. Sí, creo que Zataki se convencerá de que Ishido lo ha traicionado en favor de Kiyama. Mi hermano no es tonto. Y yo cumpliré mi solemne juramento de llevarle a Ochiba. Creo que Kiyama cambiará de bando durante la batalla. Creo que lo hará, y, si lo hace, caerá sobre Onoshi, su odiado rival. Ésta será la señal para el ataque con los cañones. Envolveré los flancos de sus ejércitos y triunfaré. ¡Oh, sí! Triunfaré, porque Ochiba, prudentemente, nunca permitirá que el Heredero se alce contra mí. Sabe que, si lo hiciese y aun sintiéndolo mucho, me vería obligado a matarlo.»

Toranaga empezó a sonreír para sus adentros.

«En cuanto haya vencido, daré a Kiyama todas las tierras de Onoshi y lo invitaré a nombrar heredero suyo a Saruji. Tan pronto como yo sea presidente del nuevo Consejo de Regencia, transmitiremos la petición de Zataki a dama Ochiba, la cual se indignará tanto por esta impertinencia que, para aplacar a la primera dama del país y al Heredero, los regentes no tendrán más remedio que invitar a mi hermano a pasar al Más Allá. ¿Y quién ocupará su puesto de regente? Kasigi Omi. Kiyama será la presa de Omi… Sí, esto es lógico, y muy fácil, porque seguramente, en aquellos tiempos, Kiyama, señor de todos los cristianos, hará ostentación de su religión, que sigue siendo contraria a nuestra ley. Los Decretos de Expulsión del Taiko sigue en vigor, *¿neh?* Y, sin duda, Omi y los demás dirán: “Voto porque se apliquen los Decretos.” Y cuando Kiyama se haya ido y no vuelva a haber ningún regente cristiano, apretaremos pacientemente las clavijas sobre el peligroso dogma extranjero, que es una amenaza para el País de los Dioses, que siempre ha amenazado nuestro wa… y que, por tanto, debe ser destruido. Los regentes animaremos a los paisanos de Anjín-san a apoderarse del comercio portugués. Lo antes posible, los regentes ordenaremos que todo el comercio y todos los extranjeros queden confinados en

Nagasaki, en una pequeña parte de Nagasaki, sometidos a severa vigilancia. Y nuestro país quedará cerrado definitivamente… para ellos, para sus cañones y para sus venenos.

»Será una edad de oro. Ochiba y el Heredero tendrán su majestuosa Corte en Osaka, y de vez en cuando, les rendiremos pleitesía y seguiremos gobernando en su nombre, fuera del castillo de Osaka. Dentro de unos tres años, el Hijo del Cielo me invitará a disolver el Consejo y a convertirme en shogun durante el resto de la minoría de edad de mi sobrino. Aceptaré, y, al cabo de un par de años, renunciaré sin ceremonia alguna en favor de Sudara, y retendré el poder como de costumbre, sin perder de vista el castillo de Osaka. El día menos pensado, los dos usurpadores cometerán un error y desaparecerán, y desaparecerá el castillo de Osaka, como un sueño más dentro de un sueño, y al fin ganaré el verdadero premio del Gran Juego que empezó al morir el Taiko: *el Shogunado*.

»Esto es lo que he planeado y por lo que he luchado toda la vida. Soy el único heredero del Reino. Seré shogun. E iniciaré una dinastía.

»Todo es posible ahora, gracias a Mariko-san y al bárbaro extranjero que llegó de los mares de Oriente y cuyo *karma* es no abandonar nunca este país. Como el mío es ser shogun.»

Toranaga sonrió a *Kogo*, el azor. «Yo no escogí ser como soy. Es mi *karma*.»

AQUEL AÑO, al amanecer del día veintiuno del décimo mes, el Mes sin Dioses, chocaron los principales ejércitos. Fue en las montañas próximas a Sekigahara, sobre la carretera, del Norte, y con mal tiempo: niebla y, después, cellisca. A última hora de la tarde, Toranaga había triunfado y empezó la matanza. Rodaron cuarenta mil cabezas.

Tres días más tarde, Ishido fue capturado vivo, y Toranaga, en un rasgo de ingenio, le recordó la profecía y lo envió encadenado a Osaka, para su exhibición en público, ordenando a los eta que enterrasen de pie al general señor Ishido, de modo que sólo sobresaliese la cabeza, e invitasen a los transeúntes a aserrar el cuello más famoso del Reino con una sierra de bambú. Ishido resistió tres días murió muy viejo.

Notas

[1] El *ri* es una medida de longitud que equivale, aproximadamente, a 1,5 kilómetros. <<

[2] Calcetines-zapatos. <<